

ANA JULIA DARNET DE FERREYRA

Profesora de Castellano y Literatura que fué en la Escuela Normal de Profesoras N° 1 "Roque Sáenz Peña", en la Escuela Normal de Maestras N° 6 "Vicente López y Planes" y en el Colegio Nacional N° 2 "Domingo Faustino Sarmiento".
Profesora de Castellano y Literatura, por concurso, en la Escuela de Comercio "Carlos Pellegrini", de la Universidad de Buenos Aires.

HISTORIA

DE LA

Literatura Americana y Argentina

(con su correspondiente Antología)

Retratos de Emilia Bertolé

★

OCTAVA EDICIÓN

(Reimpresión de la cuarta edición, aprobada
por el Ministerio de J. e Instrucción Pública)



ANGEL ESTRADA y Cía. S. A. - Editores
466 - Bolívar - 466 ★ Buenos Aires

BIBLIOTECA NACIONAL

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

*Régimen Legal de la Pro-
piedad Intelectual. Ley 11.723*

A GORI Y PICO

Ut desint vires, tamen laudanda est voluntas.

VIRGILIO.

A MODO DE INTRODUCCIÓN

Tengo para mí que estudiar la literatura de un pueblo significa llegar a su alma, comprender a través de sus grandes figuras cómo él pensaba y sentía en cada uno de los momentos de su evolución.

Y, al escribir esta HISTORIA DE LA LITERATURA AMERICANA Y ARGENTINA, he procurado, aunque ciñéndome al programa vigente para el cuarto año de estudios de los Colegios Nacionales y Liceos de Señoritas, acercarme a ese mi concepto de la historia literaria.

Pienso, asimismo, que indisoluble y estrecho lazo liga en el escritor vida y obra; por ello, trato con detención, que pudiera prima facie parecer excesiva, uno y otro aspecto de las grandes figuras, vinculando éstas a la tierra en que actuaron y al momento en que florecieron, para presentarlas, no cual hecho aislado, mas sí como eslabón de nunca cerrada cadena.

Profundamente convencida de que el estudio de la historia literaria sólo será eficaz cuando le acompañe abundante lectura, incluyo en cada bolilla una selección — lo más completa posible dentro de la tiranía del tiempo y del espacio — de la obra de los autores en ella incluidos.

Ahora bien, el deseo de que los alumnos lean en edición fiel las obras íntegras que el programa exige, unido al de ahorrarles la búsqueda — muchas veces dificultosa — de las mismas, me ha movido a incluirlas en la presente obra, que, para ser de fácil manejo, ha debido en virtud de ello, presentarse desdoblada en dos tomos.

Que este libro — escrito con el cariño que siempre puse en la enseñanza de nuestra lengua y su literatura, y con humildad ofrecido a maestros y alumnos — haga a aquéllos más fácil la enseñanza, a éstos más grato el aprendizaje. Tales son mis deseos al darlo hoy a la estampa.

ANA JULIA DARNET DE FERREYRA.

DOS PALABRAS AL APARECER LA CUARTA EDICIÓN

Decía al dar a la estampa dos años atrás esta historia de la LITERATURA AMERICANA Y ARGENTINA, que eran mis deseos hacer con ella a los maestros más fácil la enseñanza, a los alumnos más grato el aprendizaje.

El hecho de llegar hoy a la cuarta edición halaga mi espíritu, haciéndome creer que fueron ellos logrados. Y deseosa de retribuir tan cordial acogida dispensada al humilde fruto de mi pobre esfuerzo, impúseme la obligación de rever para esta nueva edición en su totalidad la obra, adaptándola enteramente a los programas que acaban de aprobarse.

Y siendo éstos más parcos en su contenido que los anteriores, hame sido posible encerrar su desarrollo completo — incluida la visión de conjunto de la Preceptiva ahora agregada al programa del cuarto año de estudios de los Colegios Nacionales, Liceos de Señoritas y Escuelas de Comercio — en este único tomo que ve ahora la luz y para el que — con amor de madre — deseo tan feliz suerte como lograron antes sus hermanos mayores.

ANA JULIA DARNET DE FERREYRA.

BOLILLA I

Breve introducción a la literatura de la América española en la época colonial. Las primeras universidades y los primeros escritores. El Inca Garcilaso. Sor Juana Inés de la Cruz.

La literatura colonial en la Argentina. Ruy Díaz de Guzmán, Luis de Tejeda, Manuel José de Labardén.

BIBLIOTECA NACIONAL
DE LOS REYES

LA LITERATURA DE LA AMÉRICA ESPAÑOLA EN LA ÉPOCA COLONIAL. LAS PRIMERAS UNIVERSIDADES Y LOS PRIMEROS ESCRITORES

En el siglo XVI España trasplantó a tierras de América su cultura, netamente imperialista y teocrática, que se mantuvo en pie durante tres largos siglos, hasta que a comienzos del décimonono las renovadoras auras del movimiento emancipador la sacudieron en sus cimientos.

No puede comprenderse la cultura colonial hispanoamericana si ella se estudia independientemente de la nación española, descubridora, pobladora y organizadora de la colonia, y cuyas Leyes de Indias fueron norma de esa cultura que se implantó al mismo tiempo que la metrópoli, expulsando de modo definitivo a los árabes, persiguiendo tenazmente a judíos y luteranos, fundando el Santo Oficio y la Compañía de Jesús, centralizando rigurosamente toda la administración, ahogaba todas las libertades civiles. Fácilmente se concibe entonces que sólo leyes que coartaran la libertad de la mente podía establecer España para sus colonias y que la Reina reprochara en 1532 al Consejo de Indias: "Yo he sido informada que se pasan a las Indias muchos libros de romance, de historias vanas y de profanidad, como son de Amadís y otras desta calidad". Tales libros se prohibían celosamente para salvar la integridad de la fe, que España, considerándolo misión providencial, defendía en el Nuevo Mundo. Y a tal punto llevóse la persecución al libro, cuya revisión se hacía por ejemplar, y no por lotes, que aun algunos tan nobles como el de Garcilaso sobre los incas y el del padre Las Casas acerca de la servidumbre de los indios fueron prohibidos.

Por otra parte, la Santa Inquisición, que era anterior en España al descubrimiento de América, y que no se limitaba ya a ejercer su acción contra judíos y árabes, sino que la extendió a los cristianos, como que podían caer en herejía, fué trans-

plantada a principios del siglo XVI a América; y los Comisarios del Santo Oficio, cuyos Tribunales residían en Méjico, Lima y Cartagena, expurgaron la colonia de vecinos sospechosos y libros prohibidos, instaurando significativos procesos, como el del poeta colonial don Martín del Barco Centenera, clérigo, ex comisario del Santo Oficio y autor del poema "*La Argentina*" que dió nombre a nuestro país. La Inquisición montó la máquina del más minucioso espionaje, muchas veces, sin embargo, burlado, según lo prueban el inventario de la librería de tal mercader o cual obispo y la iniciación literaria revelada por algunos poetas del siglo XVII y los prosistas de los días de la Revolución. Pero lo cierto es que la Inquisición creó en la colonia un ambiente nada propicio a los estímulos del arte y, que si bien sobraba tiempo para que los espíritus se entregaran al pensamiento, éste, en vez de volcarse en la inspiración literaria, se replegó en la oración cristiana. La actividad literaria se concentró en conventos y universidades, en algunos de los cuales cobró extraordinaria intensidad: allí se leía, se reflexionaba acerca de lo leído y se escribía en abundancia.

En la época de la colonia no puede hablarse con propiedad de literaturas nacionales; en efecto, no existiendo estados autónomos, y hallándose la raza en un proceso embrionario, carecieron los pueblos americanos de personalidad y cultura propias. Y los que hoy constituyen naciones independientes eran en los días de la colonia parte integrante de dilatados virreynatos, a su vez absorbidos por la centralizadora administración de la metrópoli. De un mismo tipo eran la vida y el pensamiento en toda América, a punto de que no es aventurado decir con RICARDO ROJAS que "constituyeron (los argentinos) con los estados americanos una sola nacionalidad; y desde la comunidad originaria, hemos entrado juntos en la historia, con los mismos indios y los mismos conquistadores".

Ha de reconocerse, pues, la existencia de una cultura hispanoamericana basada en un cúmulo de elementos comunes: gobierno, religión, idioma, moral, educación, que permiten considerarla como una sola formación espiritual, pero no es menos cierto que tal cultura, atento a los diversos caracteres regionales del suelo por donde se esparció la conquista, es susceptible de ser diferenciada en cierto número de zonas geográficas.

ya que la acción del conquistador, uno por su origen y su modalidad, estaba condicionada por las características propias del lugar en que debía actuar y de las gentes que debía someter. Ello explica la conducta tan distinta que reflejan las crónicas de la conquista de las tierras bañadas por el Pacífico y de las atlánticas, las del sometimiento del indígena de las llanuras y del de las montañas, y nos permite comprender la grande diferencia que media entre las que describen los grandes imperios indios, tal el de los aztecas en Méjico y el de los incas en el Perú, y las que refieren la rendición de tribus miserables como las que poblaban las tierras del Plata. Y es que la conquista americana ofrece dos aspectos fundamentalmente distintos: la de Méjico y Perú aprovechó de las antiguas capitales del imperio azteca e incaico, respectivamente, que convirtió en centro natural, del cual, por la red de caminos ya existentes, irradió su acción; la del Plata, en cambio, hubo de crear tales centros en un país inmenso y pobre. Así nacieron los núcleos del Plata, Uruguay y Paraguay, cuyo centro fué Asunción; el de Tucumán, en íntima vinculación con el Perú, y el de Cuyo, que hasta el siglo XVIII formó parte de la jurisdicción de Chile.

Cuatro fueron los núcleos de civilización en tierras de América:

1º *Perú*, que comprende las tierras adyacentes del Pacífico.

2º *Méjico*, con las tierras adyacentes del mar Caribe.

3º *El Plata*, y con él las tierras que le son adyacentes y la *Patagonia*.

4º *Río de Janeiro*, con las tierras adyacentes del Atlántico.

Fueron los centros más importantes de cultura: Santo Domingo, llamado la Atenas del Nuevo Mundo, cuya Universidad Imperial y Pontificia fundó Carlos V, y donde viera la luz Alonso de Espinosa, primer americano que publicara un libro; Méjico, la Nueva España de los conquistadores, visitada por grandes escritores españoles como Gutierre de Cetina, Mateo Alemán y Bernardo de Balbuena, donde nacieron dos figuras de primera magnitud: Sor Juana Inés de la Cruz y Juan Ruiz de Alarcón, y que contó desde muy antiguo con el famoso Colegio de Santa Cruz, en el que se enseñaba latín, retórica y filosofía, y la Escuela de San Juan de Letrán, destinada a la formación de maestros, y luego con una Universidad, también

obra de Carlos V, inaugurada el día 3 de junio de 1553, que había de regirse por el mismo estatuto que la de Salamanca, y cuyos estudios comprendían humanidades, cánones y teología, derecho, medicina y matemáticas; y Lima, la ciudad culta por excelencia, donde vivieron ilustres escritores españoles, sede de importantes colegios de humanidades fundados por la Compañía de Jesús y de la más famosa de las universidades americanas, la de San Marcos.

Las tierras del Plata quedaron en punto a cultura a la zaga; más agrestes y pobres, alejadas de los grandes centros, reflejaron en sus libros, escasos y humildes, su propia vida, cuyo nivel se elevó luego intelectualmente con la fundación de la Universidad de Córdoba por Trejo y Sanabria y la de Chuquisaca en el siglo XVII, y comercialmente con la creación posterior del virreinato de Buenos Aires.

La imprenta fué consentida en las colonias desde el siglo XVI y destinada por los reyes a coadyuvar en la obra de evangelización. La primera fué la de Méjico, que data de 1532 ó 1538, pues no hay certeza absoluta respecto a la fecha, cuya impresión primigenia fué la de la traducción por fray Juan de Estrada de la *"Escala espiritual para llegar al cielo"*, de San Juan Climaco. Siguió a aquélla la que en 1584 llevó el piemontés Antonio Ricardo o Ricciardi a Lima, cuyas prensas produjeron como primera obra un catecismo para los indios en lenguas quichua y aymará, ordenado por el Tercer Concilio de Lima, que con asistencia de casi todos los prelados del nuevo mundo, se reunió en la ciudad de los Reyes entre los años 1582 y 1583.

Muy posterior es la introducción de la imprenta en nuestro país, donde data de 1705 la que la Compañía de Jesús creó en las misiones guaranícas, y de 1765 la de Córdoba, traída luego a Buenos Aires por el virrey Vértiz, que la convirtió en la "Imprenta de los Niños Expósitos", que había de imprimir *"La Gaceta"* de Moreno y el *"Himno Nacional"* de López. La imprenta misionera, de la que MITRE dice: "No fué importada: fué una creación original", que nació o renació en medio de selvas vírgenes, como una Minerva indígena, armada de todas sus piezas, con tipos de su fabricación, manejados por indios salvajes recientemente reducidos a la vida civilizada, con nuevos signos fonéticos de su invención, hablando una lengua des-

conocida en el Viejo Mundo, publicó como primera obra la del padre Nieremberg: *"Diferencia entre lo temporal y lo eterno"*, vertida al guaraní por el padre Serrano.

Empero, casi toda la literatura colonial fué impresa en España, y aun lo que se debió a las prensas americanas hubo de venderse siempre a precio elevado, pues siendo enormes las distancias, los viajes eran escasos y carísimos. Agréguese a ello la censura que las leyes de Indias establecían para los libros relativos a América, que debían tramitar en el Consejo su licencia, y se comprenderá que muchas obras se hayan perdido y otras permanecido inéditas, como los versos del poeta argentino don Luis de Tejeda, hallados por ROJAS en nuestros días y por él editados por vez primera.

Es característica de la sociedad colonial de los siglos XVI y XVII la extremada violencia: las pasiones individualistas adquieren gran fuerza de expansión en la virgen naturaleza americana y se tornan reacias a toda disciplina social. El auge del instinto, manifestado en la codicia del poder, que llega al mismo crimen; en la concupiscencia, que hace peligrar la virtud de los mismos hombres de iglesia; en la sed de venganzas, que devora al indio oprimido, amenaza echar por tierra la obra de la colonización, ahogando las posibilidades de una rica literatura americana y permitiendo únicamente tal cual manifestación esporádica. Pero suavizadas tan rudas condiciones en el siglo XVIII, la literatura cobra nuevas fuerzas y es en esa época que debe buscarse el germen de las modernas literaturas de los países de América.

LOS PRIMEROS ESCRITORES

La literatura nace en América con las crónicas, simples documentos ocasionales, a las que siguieron algunos cuadros en prosa, de más vastas proporciones, tales las historias de don Gonzalo Fernández de Oviedo y don Antonio de Herrera, y relaciones en verso, menos utilitarias, como los poemas de don Juan de Castellanos, don Alonso de Ercilla y don Pedro de Oña.

Ellos iniciaron la serie de los llamados escritores de Indias, cuya obra se mantiene en la zona fronteriza entre la épica y la historia. Sus libros, que no alcanzan por cierto la elevación característica de la verdadera obra literaria, no carecen de en-

canto, ya que al fijar, sea de modo ingenuo o brutal, los rasgos de la realidad entretejidos con mitos y supersticiones, nos dejan entrever el cuadro general de la tierra conquistada, la esplendidez de su suelo virgen, la torpeza del invasor, la barbarie del indígena.

Los reyes de España pusieron especial celo en fomentar desde los albores de la colonización las noticias del Nuevo Mundo y organizar sus archivos, con miras de administrar mejor las colonias e inspirados en altos propósitos de gobierno. El emperador Carlos V creó el oficio de cronista, rentado por la Corona, y designó para desempeñar tal cargo a don **Gonzalo Fernández de Oviedo**, nacido en Madrid en 1478, en hidalga familia asturiana, de grande experiencia recogida en viajes y andanzas, que fué en América observador prolijo y admirador comprensivo de la naturaleza y las leyendas del nuevo continente, según lo prueba su "*Historia general y natural de las Indias*", cuya primera edición apareció en 1535 y recorrió con extraordinario éxito toda Europa. Ella nos interesa como cuadro general de estas Indias, contempladas desde la Metrópoli, y nos ofrece valioso testimonio de las ideas a la sazón imperantes acerca de la vida en la colonia.

También fué cronista mayor del Rey y como tal historiador de las Indias, don **Antonio de Herrera**, que no habiendo estado nunca en América, se valió para componer su obra, ya de libros impresos, ya de relaciones manuscritas, cuyo repertorio acompaña. Herrera, que escribió su "*Historia general de las Indias Occidentales*", más conocida con el nombre de "*Décadas*", en razón de comprender en serie cronológica ocho jornadas de diez años cada una, por mandato del rey don Felipe II, quiere convencer de la autenticidad de los datos que en su libro aporta, en cuyo prólogo manifiesta: "Hanse seguido en esta historia papeles de la Cámara Real y Reales Archivos; los libros y registros y relaciones y otros papeles del Real y Supremo Consejo de Indias, dexando aparte muchas cosas que los referidos autores han dicho, por no poderse verificar con escritos auténticos".

Uno y otro autor, Oviedo y Herrera, historiadores cortesanos los dos, procuran en sus respectivos libros esclarecer las hazañas de los conquistadores y justificar sus excesos y crueldades, a diferencia del padre Las Casas y sus émulos, que se

manifiestan siempre de parte de los indios, cuya docilidad y mansedumbre exageran.

Y uno y otro conceden especial atención a Colones y Magallanes, a Corteses y Pizarros, a incas y aztecas, ocupándose poco o nada de la colonización del Río de la Plata, del Paraguay y el Tucumán, a la sazón considerados episodios insignificantes o aventuras frustradas en una tierra pobre, fea e inhospitalaria.

Abstracción hecha de los cronistas del Plata, de quienes hemos de ocuparnos al hablar de la literatura colonial de nuestro país, mencionaremos algunos de los historiadores primitivos de Indias, que, aunque desprovistos del carácter de cronistas oficiales, escribieron obras de no escaso valor. Tales: fray **Reginaldo de Lizárraga**, visitador de los dominicos en el Perú, autor de la *"Descripción de toda la tierra del Perú, Tucumán, Río de la Plata y Chile"*, libro entre de viajes y de memorias, pleno de interesantísimas sugerencias y noticias, y de otros libros de índole religiosa, de los que no se conoce sino el título; don **Juan de Matienzo**, que escribió en Charcas su *"Gobierno del Perú"*, el cual, inédito durante más de trescientos años, salió a luz entre nosotros, por iniciativa de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires; don **Pedro de Cieza de León**, que nacido en España vino a América a los trece años de su edad y convertido luego en erudito de copiosa información, escribió a los treinta y dos la *"Crónica del Perú"*, vastísima enciclopedia sudamericana; don **Francisco de Jerez**, autor de la *"Conquista del Perú"*; don **Agustín de Zárate**, que cumpliendo comisiones oficiales en América, aprovechó su estada en estas tierras para apuntar noticias de la guerra civil, de la que en el Perú le tocó ser espectador, las que, vuelto a España completó, publicando su *"Historia del descubrimiento y conquista del Perú y de las guerras y cosas señaladas en ella, acaecidas hasta el vencimiento de Gonzalo Pizarro y de sus secuaces, que en ella se rebelaron contra Su Majestad"*, que mereció el honor de ser traducida al inglés, al francés y al holandés; don **Francisco López de Gomara**, historiador de Indias desde España, pues capellán de Hernán Cortés, a la vuelta de éste de América, cuando era ya Marqués del Valle, propúsose exaltar la figura de su jefe, por lo que su obra, agradablemente escrita, resientese de parcialidad, que le valió el disfavor oficial, al

punto que su "*Historia General de las Indias*" fué prohibida por cédula del rey don Felipe II.

La historia de las Indias, en lo que atañe a las tierras del trópico, fué escrita, entre otros, por **Martín de Anglería**, **Hernando Colón**, **Bernal Díaz**, el padre **Bartolomé Las Casas**.

Paralelamente a la documentación de la conquista militar, cuyo objeto fué colocar las nuevas tierras y los indios que las poblaban bajo la autoridad del rey de España, y cuyo agente era el encomendero, las órdenes religiosas procedieron a documentar la conquista espiritual, la que se propuso convertir las diversas tribus a la fe de Cristo y tuvo por agente al evangelizador. Cada una de las casas que integraban una orden religiosa tenía su propio archivo, en el que se guardaba constancia de la obra de la misión, para que luego el cronista oficial escribiese la historia de todo lo realizado. Por lo general, el cronista religioso fué un fraile, si no oriundo de América, residente en ella en un convento cualquiera, que convierte a toda la orden a que pertenece en protagonista de su narración, la que comienza con la llegada al país de los primeros religiosos de su cofradía y la fundación de la primera casa, para extenderse a todas las de la provincia, dando a esta palabra el valor de jurisdicción de la orden. Fácilmente se advierte que tales historias, que eran continuadas por cronistas posteriores, se proponían glorificar a la propia congregación, por lo cual no fueron siempre estrictamente ajustadas a la verdad y dieron motivo a no pocas polémicas y rectificaciones.

Fueron las órdenes que más hicieron por la evangelización de América, en serie decreciente, la de los jesuitas, la de los franciscanos, la de los dominicos, la de los mercedarios, la de los bethlemitas y la de los agustinos. Cada una de ellas tuvo sus historiadores máximos, así los padres **Nicolás del Techo** y **Pedro Lozano**, entre los jesuitas, fray **Diego de Córdoba Salinas** entre los franciscanos, fray **Antonio de la Calancha** entre los agustinos. Cronistas militares y religiosos tienen su particular encanto, que estriba en los primeros en su primitiva rudeza, en su tradicional ingenuidad en los segundos.

EL INCA GARCILASO



El Inca Garcilaso de la Vega, con justa razón considerado uno de los más representativos escritores de la América colonial, nació en el Cuzco el día 12 de abril de 1539.

Descendiente de los últimos reyes americanos, él mismo nos ilustra acerca de su ascendencia: fueron sus padres Garcilaso de la Vega, hijo de conquistadores, y doña Isabel Chimpu Oello, nieta del inca Yupanqui y sobrina nieta de Huayna Capac Inca, el último rey del Perú. Por ello en el alma del ilustre mestizo convivían la tradición india y la española, que le atraían con idéntica intensidad y le llevaron a componer con idéntico amor la historia patriarcal de la reyecía incaica y la sangrienta de la conquista española que la derrocó.

Educado en su ciudad natal en el colegio de los nobles mestizos del padre Juan de Cuéllar, donde aprendió latín, música, danzas y armas, dejó el Cuzco a los veintiún años, en 1560, para dirigirse a España. Allí conoció a Hernando Pizarro y al padre Las Casas y gestionó sin éxito ante el Consejo de Indias la restitución del patrimonio que por parte de madre le correspondía. No habiendo logrado el favor real, brindóle el suyo un allegado de sus abuelos españoles, el marqués de Priego, hasta que habiendo sentado plaza en el ejército de Felipe II, combatió contra los moriscos a las órdenes de don Juan de Austria.

Transcurren luego tres o cuatro lustros, durante los cuales se pierden los rastros del Inca Garcilaso, hasta que le vemos renunciar a las pompas del mundo y abrazar el estado eclesiás-

tico, sirviendo en la capilla de sus tíos en Montilla y entregándose por igual a la meditación religiosa y a las letras. Es ésa la época de su producción proficua, entre la que sobresale su libro de los "*Comentarios Reales*", cuyo título completo en la edición príncipe de la casa portuguesa de Pedro Crasbeeck, hermoso infolio con carátula a dos tintas y grandes páginas, reza así: "*Primera parte de los Comentarios Reales que tratan del origen de los Incas, reyes que fueron del Peru, de su idolatría, leyes y gobiernos en paz y en guerra, de sus vidas y conquistas, y de todo lo que fue aquel imperio y su republica antes que los españoles pasaran a el. Escritos por el Inca Garcilaso de la Vega, natural del Cuzco. Lisboa, Pedro Crasbeeck, 1609*".

A esta primera parte, que fué dedicada a la princesa de Braganza, siguió otra, impresa con carácter de póstuma, en Córdoba de España, en 1717, que trata únicamente, en ocho libros, de la conquista del Perú, desde la entrada de Pizarro hasta la muerte de Martín García Loyola, y que el autor dedicó "a los indios mestizos y criollos de los reinos y provincias del grande y riquísimo imperio del Perú".

Hacia los mismos años ocupóse también el Inca Garcilaso en traducciones, entre ellas la de los "*Diálogos del amor*", libro de filosofía platónica de León el Hebreo, que vertió del italiano, y cuya edición fué luego recogida por el Santo Oficio, que no la consideró apta para ser leída por el vulgo. Compuso asimismo una breve genealogía de Garci - Pérez de Vargas, su antepasado, y la historia de la conquista de la Florida por el adelantado Hernando de Soto, más conocida por "*La Florida del Inca*", obra ésta que alcanzó, aun antes de hallarse impresa, justa fama, y que puede considerarse como un ensayo previo del futuro autor de los "*Comentarios Reales*", la obra definitiva del Inca Garcilaso.

Para escribir los "*Comentarios Reales*" puso Garcilaso a contribución su propia memoria, rica en recuerdos personales, que cobran extraordinaria vida en la pluma del Inca ya anciano, cuyo corazón, aunque ganado por la religión de Cristo, sangra por la triste suerte del imperio de sus antepasados, para los cuales "trocóse el reinar en vasallaje". Y completó el recuerdo de lo que el niño y el mozo habían vivido, con la lectura de cuanta obra referente a la historia del Perú cayó en sus manos: las

de Blas Valera, Cieza de León, Gomara, Zárate, entre otros, y las informaciones que requería a cuantos de sus amigos habían visitado su tierra natal, y a sus parientes y allegados que aun vivían en ella.

Los "*Comentarios Reales*", que describen en sus dos partes el imperio del Tahuantisuyo, con sus magníficos caminos, sus ruinas impresionantes, sus costumbres, sus leyes, sus creencias, y nos ilustran acerca del idioma quichua, para reconstruir luego la historia de la conquista y las posteriores cruentas guerras civiles, son un documento de vivo americanismo y, a la par, de honda hispanidad, lo primero por la raza del autor y el asunto de la obra, lo segundo por la cultura de aquél.

El Inca mismo, preocupado por la corrupción en cuanto a la grafía de los nombres, declara "Para atajar esta corrupción, me sea lícito, pues yo soy indio, que en esta historia yo escriba como indio", para luego manifestar "de su camino es bien que entienda el Mundo Viejo y político, que el Nuevo (a su parecer bárbaro) no lo es ni lo ha sido sino por falta de cultura". Tales pensamientos alarmaron al Consejo de Indias, el cual, al producirse en el siglo XVIII la sublevación indígena de Condorcanqui, prohibió el libro de Garcilaso "porque en él aprendían los naturales muchas cosas inconvenientes". Ese reconocimiento es el mejor elogio que al Inca pudiera hacerse como precursor de la emancipación americana.

Los "*Comentarios Reales*", a los cuales niega equivocadamente MENÉNDEZ Y PELAYO valor histórico, reconociéndoles el muy grande de su prosa flúida y amena, han sido estudiados a la plena luz del americanismo científico por el inglés CLEMENTE MARKAM y el erudito peruano DE LA RIVA AGÜERO, y uno y otro, y con ellos los más insignes entre los americanistas, están contestes en afirmar que constituyen obra magnífica, cuyas noticias geográficas e históricas son casi siempre exactas, y cuyo lenguaje rico y colorido las viste con el ropaje del arte.

Los últimos años del Inca Garcilaso fueron plenos de nostalgia, según ciertas palabras de sus "*Comentarios*" lo dejan traslucir: "Paso una vida quieta y pacífica como hombre des-

engañado y despedido de este mundo y de sus mudanzas, sin pretender cosa de él, porque ya no hay para qué, que lo más de la vida es pasado y para lo que queda proveerá el Señor del Universo, como lo ha hecho hasta aquí". Murió Garcilaso muerto ejemplar, como lo fué su vida toda, en la Córdoba de España el 22 de abril de 1616, el mismo año en que Cervantes entregaba su alma a Dios. Una lámpara encendida por su mandato arde allí, en la Capilla de las Ánimas, desde tal día, y dice a quien a su vera pasa, al proyectar su luz sobre la negra lápida de su epitafio, de la hermosa alma del Inca.

CÓMO DEGOLLARON Á GONZALO PIZARRO. LA LIMOSNA QUE PIDIÓ Á LA HORA DE SU MUERTE, Y ALGO DE SU CONDICIÓN Y BUENAS PARTES

Resta decir la muerte lastimera de Gonzalo Pizarro. El cual gastó todo aquel día en confesar, como atrás quedó apuntado, que lo dejamos confesando hasta el mediodía; lo mismo hizo despues que comieron los ministros, mas él no quiso comer, que se estuvo á solas hasta que volvió el confesor, y se detuvo en la confesion hasta muy tarde. Los ministros de la justicia y viniendo daban mucha priesa á la ejecucion de su muerte. Uno de los mas graves, enfadado de la dilacion que habia, dijo en alta voz: ea no acaban de sacar ya ese hombre? Todos los soldados que lo oyeron, se ofendieron de su desacato de tal manera, que le dijeron mil vituperios y afrentas, que aunque me acuerdo de muchas dellas, y yo le conocí, no será razon que las pongamos aqui ni digamos su nombre. Él se fue sin hablar palabra antes que hubiese algo de obra, que se temió lo hubiera, según la indignacion y enojo que aquellos soldados mostraron de su descomedimiento. Poco despues salió Gonzalo Pizarro, subió en una mula ensillada que le tenian apercebida; iba cubierto con una capa; y aunque un autor dice, con las manos atadas, no se las ataron; un cabo de una soga echaron sobre el pescuezo de la mula por cumplimiento de la ley. Llevaba en las manos una imágen de Nuestra Señora, cuyo devotísimo fue, iba suplicándole por la intercesion de su ánima. A medio camino pidió un Crucifijo; un sacerdote, de diez ó doce que le iban acompañando que acertó a llevarlo, se le dió. Gonzalo Pizarro lo tomó y dió al sacerdote la imágen de Nuestra Señora, besando con gran afecto lo último de la ropa de la imágen. Con el Crucifijo en las manos, sin quitar los ojos dél, fue hasta el tablado que le tenian hecho para degollarle, do subió; y poniéndose á un canto dél, habló con los que le miraban, que eran todos los del Perú, soldados y vecinos, que no faltaban sino los magnates que le negaron; y aun dellos habia algunos disfrazados y rebozados, díjoles en alta voz: señores, bien saben vuestas mercedes que mis hermanos y yo ganamos este imperio: muchos de vuestas mercedes tienen repartimientos

de indios, que se los dió el marqués mi hermano: otros muchos los tienen que se los dí yo. Sin esto, muchos de vuestas mercedes me deben dineros, que se los presté; otros muchos los han recibido de mí, no prestados sino de gracia. Yo muero tan pobre que aun el vestido que tengo puesto es del verdugo que me ha de cortar la cabeza, no tengo con que hacer bien por mi ánima. Por tanto suplico á vuestas mercedes que los que me deben dineros, de los que me deben, y los que no me los deben, de los suyos me hagan limosna y caridad de todas las misas que pudieren que se digan por mi ánima; que espero en Dios, que por la sangre y pasión de nuestro Señor Jesucristo su hijo, y mediante la limosna que vuestas mercedes me hicieren, se dolerá de mí y me perdonará mis pecados: quédense vuestas mercedes con Dios. No había acabado de pedir su limosna cuando se sintió un llanto general con grandes gemidos y sollozos, y muchas lágrimas que derramaron los que oyeron palabras tan lastimeras. Gonzalo Pizarro se hincó de rodillas delante del Crucifijo que llevó, que lo pusieron sobre una mesa que había en el tablado. El verdugo, que se decía Juan Enriquez, llegó á ponerle una venda sobre los ojos. Gonzalo Pizarro le dijo: no es menester, déjala. Y cuando vió que sacaba el alfange para cortarle la cabeza, le dijo: haz bien tu oficio hermano Juan. Quiso decirle que lo hiciese liberalmente, y no estuviese martirizándole, como acaece muchas veces. El verdugo respondió: yo se lo prometo á vuesa señoría. Diciendo esto, con la mano izquierda le alzó la barba, que la tenía larga cerca de un palmo y redonda, que se usaba entonces traerlas sin quitarles nada; y de un revés le cortó la cabeza con tanta facilidad, como si fuera una hoja de lechuga, y se quedó con ella en la mano, y tardó el cuerpo algun espacio en caer en el suelo. Así acabó este buen caballero. El verdugo como tal, quiso desnudarle por gozar de su despojo; mas Diego Centeno que había venido á poner en cobro el cuerpo de Gonzalo Pizarro, mandó que no llegase a él, y le prometió una buena suma de dinero por el vestido, y así lo llevaron al Cozco y lo enterraron con el vestido, porque no hubo quien se ofreciese a darle una mortaja. Enterráronlo en el convento de nuestra Señora de las Mercedes, en la misma capilla donde estaban los dos don Diegos de Almagro, padre y hijo, porque en todo fuesen iguales y compañeros, así en haber ganado la tierra igualmente como en haber muerto degollados todos tres, y ser los entierros de limosna y las sepulturas una sola habiendo de ser tres, que aun la tierra parece que les faltó para haberlos de cubrir. Fueron igualados en todo por la fortuna, porque no presumiese alguno dellos mas que el otro ni todos tres mas que el marqués don Francisco Pizarro, que fue hermano del uno y compañero del otro, que lo mataron (cómo atrás se dijo), y le enterraron asimismo de limosna; y así todos cuatro fueron hermanos y compañeros en todo y por todo. Paga general del mundo, como le decían los que miraban estas cosas desapasionadamente á los que mas y mejor le sirven, pues así fenecieron los que ganaron aquel imperio llamado Perú.

De esta limosna que Gonzalo Pizarro pidió á la hora de su muerte (con ser el caso tan público como se ha referido) no hace mencion della ninguno de los tres autores; debió ser por no lastimar tanto los oyentes. Yo propuse escribir llanamente lo que pasó, y así lo hago.

Pasada la tormenta desta guerra, todos los vecinos de aquel imperio, cada cual en la ciudad do vivía, hicieron decir muchas misas por el ánima de Gonzalo Pizarro, así por haberlas él pedido en limosna, como por cumplir algo de la general obligacion y deuda que cada uno y todos en comun le debian por haber muerto por ellos. Su cabeza y la de Francisco de Carvajal llevaron á la ciudad de los Reyes, que su hermano el marqués don Francisco Pizarro fundó y pobló, y en sendas jaulas de hierro las pusieron en el rollo que está en la plaza della.

Gonzalo Pizarro y sus cuatro hermanos, de los cuales la historia ha hecho larga mencion, fueron naturales de la ciudad de Trujillo, en la provincia llamada Estremadura, madre estremada que ha producido y criado hijos tan heroicos, que han ganado los dos imperios del Nuevo Mundo, Méjico y Perú, que don Hernando Cortés, marqués del valle, que ganó á Méjico también fue extremeño, natural del Medellin. Y Vasco Nuñez de Valboa, que fue el primer español que vió la mar del Sur, fue natural de Jeréz de Badajoz; y don Pedro de Alvarado, que despues de la conquista de Méjico pasó al Perú con ochocientos hombres; y Garcilaso de la Vega, que fue por capitán de ellos, y Gomez de Tordoya fueron naturales de Badajoz. Y Pedro Alvarez Holguin, y Hernando de Soto, y Pedro del Barco, su compañero, y otros muchos caballeros de los apellidos Alvarados y Chaves, sin otra mucha gente noble que ayudaron á ganar aquellos reinos, los mas dellos fueron extremeños; que como las principales cabezas fueron de Estremadura, llevaron consigo los mas de sus naturales. Y para loa y grandeza de tal patria, bastará mostrar con el dedo sus famosos hijos y las heroicas hazañas de ellos, loarán y engrandecerán la madre que tales hijos ha dado al mundo. Fue Gonzalo Pizarro del apellido y genealogía de los Pizarros, sangre muy noble é ilustre en toda España; y el marqués del Valle don Hernando Cortés fue de la misma sangre y parentela: que su madre se llamó doña Catalina Pizarro; de manera que á esta genealogía se le debe dar la gloria y honra de haber ganado aquellos dos imperios.

Gonzalo Pizarro y sus hermanos, demas de ser hombres de tan principal linage, fueron hijos de Gonzalo Pizarro, capitán de hombres de armas, en el reino de Navarra, oficio tan preeminente, que todos los soldados de la tal compañía han de ser hijosdalgo notorios ó de ejecutoria. En testimonio de lo cual digo que yo conocí un señor de los grandes de España, que fue don Alonso Fernández de Córdoba y Figueroa, marqués de Priego, señor de la casa de Aguilar, con el mismo oficio de capitán de caballeros del reino de Navarra, y lo tuvo hasta su fin y muerte, y le honraba mucho con la soldadesca de tal plaza.

Fue Gonzalo Pizarro gentil hombre de cuerpo, de muy buen rostro, de próspera salud, gran sufridor de trabajos, como por la historia se habrá visto. Lindo hombre de á caballo de ambas sillas, diestro arcabucero y balletero, con un arco de bodoques pintaba lo que queria en la pared. Fue la mejor lanza que ha pasado al Nuevo Mundo, segun conclusion de todos los que hablaban de los hombres famosos que á él han ido.

Precióse de buenos caballos, y los tuvo bonísimos. Al principio de la conquista del Perú tuvo dos castaños; el uno llamaron el Villano, porque no era de tan buen talle, pero bonísimo de obra. Al otro llamaron el Zainillo; hablando dél un dia en conversacion los caballeros de aquel tiempo, á uno dellos que habia sido camarada de Gonzalo Pizarro le oí estas palabras: cuando Gonzalo Pizarro, que haya gloria, se veia en su Zainillo, no hacia mas caso de escuadrones de indios que si fueran de moscas. Fue de ánimo noblé, y claro, y limpio; ageno de malicias, sin cautelas ni dobleces; hombre de verdad, muy confiado de sus amigos ó de los que pensaba que lo eran, que fue lo que le destruyó. Y por ser ageno de astucias, maldades y engaños, dicen los autores que fue de corto entendimiento. No lo tuvo si no muy bueno, y muy inclinado a la virtud y honra. Afable de condición, universalmente bien quisto de amigos y enemigos; en suma tuvo todas las buenas partes que un hombre noble debe tener. De riquezas ganadas por su persona, podemos decir que fue señor de todo el Perú, pues lo poseyó y gobernó algun espacio de tiempo con tanta justicia y rectitud, que el presidente lo alabó como atrás se ha dicho. Dió muchos repartimientos de indios, que valian á diez, y á veinte, y á treinta mil pesos de renta, y murió tan pobre como se ha referido. Fue Gonzalo Pizarro buen cristiano, devotísimo de nuestra Señora la Virgen María, madre de Dios; y el presidente lo dijo en la carta que le escribió. Jamás le pidieron cosa, diciendo por amor de nuestra Señora, que la negase por muy grave que fuese. Teniendo experiencia de esto Francisco de Carvajal y sus ministros, cuando habian de matar alguno de sus contrarios que lo mereciese, apercibian y proveian con tiempo que no llegase nadie á pedir á Gonzalo Pizarro la vida de aquel tal, porque sabian que pidiéndosela por nuestra Señora, no se la habia de negar aunque fuese quien quisiese. Por sus virtudes morales y hazañas militares fue muy amado de todos; y aunque convino quitarle la vida (dejando aparte el servicio de su magestad), á todos en general les pesó de su muerte, por sus muchas y buenas partes; y así despues jamás oí que nadie hablase mal dél, sino todos bien y con mucho respeto como á superior. Y decir el Palentino que hubo algunos que dieron parecer, é insistieron que se debía hacer cuartos y ponerlos por los caminos del Cozco, y que el presidente no lo consintió, fue relación falsísima que dieron al autor, porque nunca tal se imaginó, que si hubiera pasado tal, después en sana paz se hablára en ello como se hablaba en otras cosas de mas secreto, y yo lo oyera, pero nunca tal se imaginó, porque todos los de aquel consejo (sino fue el presidente) debian muy mucho á Gonzalo Pizarro, porque habian recebido grandes honras y muchos beneficios de su mano, y no habian de dar parecer en infamia suya: bastóles consentir en su muerte por el servicio de su magestad y quietud de aquel imperio.



SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ

Sor Juana Inés de la Cruz, conocida por "la monja de Méjico", llamóse en el siglo *Juana de Asbage* y nació en la alquería de San Miguel de Nepanthla, en Méjico, el 12 de noviembre de 1651, hija de don Pedro Manuel de Asbage, oriundo de Guipúzcoa, y de doña Isabel Ramírez de Cantillana, americana hija de españoles, uno y otra de hidalga prosapia.

Desde muy tierna edad mostró Juana grande ingenio: a los tres años leía correctamente, a los ocho había ya compuesto una loa, y luego, en sólo veinte y cinco lecciones dominó la lengua latina. Los libros fueron la pasión de su vida y el estudio su deleite; llegó así a adquirir profunda versación, más notable aún si se tiene en cuenta la época en que vivió, en las más variadas disciplinas: filosofía, historia, retórica, matemáticas.

Tanta fué la fama que en la corte de Méjico aureoló la figura de Juana de Asbage, que en el palacio de la virreina, doña Luisa Gonçaga de Lara, reunióse un congreso integrado por humanistas, teólogos y matemáticos, deseosos de verificar hasta qué punto era aquélla merecida. Tan docta asamblea enmudeció de asombro ante la profundidad del saber que aquella juvenil cabeza encerraba.

Si grande era la natural inteligencia de Juana, no era menor su voluntad para el estudio; oigamos sus propias palabras al respecto: "Siendo así que en las mujeres es tan apreciable el adorno natural del cabello, yo me cortaba de él cuatro o seis dedos, midiendo hasta donde llegaba antes, e imponiéndome ley

de que si cuando volviese a crecer hasta allí no sabía tal o cual cosa que me había propuesto aprender en tanto que crecía, me lo había de volver a cortar en castigo de la rudeza... Que no me parecía razón que estuviese vestida de cabeza estando tan desnuda de noticias, que eran más apetecible adorno”.

Designada Juana dama de honor de la virreina, brilla por su belleza y exquisitez de espíritu en las fiestas cortesanas, a la par que, residiendo en el palacio del marqués de Mancera, frecuente el trato de los eruditos de su época. Compone en este momento de su vida numerosas poesías, muchas dedicadas a su amado, al que oculta bajo el nombre de Fabio. Pero, a los diez y siete años de su edad, algún obstáculo insalvable para el feliz logro de sus amores, o un desengaño muy profundo, la impulsa a dejar el mundo y vestir el hábito en el convento de San Jerónimo de Méjico.

Aun cuando sor Juana Inés de la Cruz, manifiesta que la ha impulsado a tal resolución el deseo “de vivir sola, de no tener rumor de comunidad que le impidiese el sosegado silencio de sus libros” y uno de sus biógrafos, el padre DIEGO CALLEJA, de la Compañía de Jesús, habla de su irresistible vocación religiosa, ha de pensarse en el motivo anteriormente apuntado, pues mal se avenía con la ascética vida del claustro la ternura y la vehemencia amorosa que vibran en las poesías de aquella a quien sus contemporáneos llamaron “la décima musa”, poesías algunas que exhalan tan sentidas quejas de un corazón dolorido, que mueve a compasión su lectura.

La índole misma de sus poesías de amor, así como los sentimientos que en el pecho de sor Juana Inés palpitaban, aun vistiendo ella toca y sayal, movieron a las autoridades eclesiásticas a oponerse a la publicación de aquéllas y a no permitir a quien las había escrito el estudio de las ciencias mayores. Tal resolución afectó en extremo a la monja, a tal punto que la pena de verse alejada de sus libros bien amados y privada del estudio le ocasionó aguda enfermedad que hubo de poner fin a su vida. Pasado el peligro de muerte y ya convaleciente, fuéronle aquéllos restituidos.

En el convento sor Juana Inés dividió su enclaustramiento entre los deberes de su estado y el cultivo de las letras, cobrando fama por su virtud, religiosidad, talento y saber, al

extremo de que virreyes, obispos y altos personajes de Méjico no resolvían los más graves asuntos sin consultarlos con ella.

Elegida por el voto unánime de sus hermanas de claustro, en dos oportunidades, abadesa, no quiso aceptar tan honroso cargo y vivió santamente refugiada en el amor divino que iluminó la última parte de su vida y le hizo comprender cuán equivocada era su ansia juvenil que la impulsaba, según quejas palabras de su superiora "de tal manera a las cosas de la tierra que no desee penetrar lo que pasa en el cielo".

Hacia 1695, sor Juana Inés desprendióse de sus amigos dilectos, los libros, y dedicó el producido de su venta a obras piadosas. Pocos días después, el 17 de abril, la epidemia que azotaba a Méjico y que había invadido el convento de San Jerónimo, puso fin a su vida.

La primera edición de las poesías de esta mujer extraordinaria apareció poco después de haber ella profesado; siguióle otra, fechada en Zaragoza en 1682, y luego una nueva en 1690, corregida y mejorada por la autora. La edición completa de las obras de la por sus contemporáneos apodada *el fénix de Méjico* que se publicó en Madrid en el año 1714, comprende poesías, comedias, autos sacramentales y loas. En muchas de las primeras, que el PADRE FEIJÓO califica de agudas y eruditas, dejóse sor Juana Inés llevar del mal gusto imperante en sus días y cayó en los extremos de la obscuridad gongorina o del frío conceptismo, pues como dice don RAMÓN DE MESONERO ROMANOS "floreció en el último tercio del siglo XVII, cuando ya el mal gusto literario había echado tan hondas raíces, que ni los ingenios privilegiados (como seguramente era el suyo), podían alcanzar a librarse de él"; pero en otras resplandece su límpida inspiración, su conmovedora ternura o su señorial elegancia. Entre las mejores de sus poesías han de citarse sus "*Liras*", dolorida queja de un corazón atormentado, de fuerte tono subjetivo; sus difundidas "*Redondillas contra la injusticia de los hombres al hablar de las mujeres*", notables por su profundo sentido psicológico; algunos de sus sonetos, de tendencia, por lo común, conceptista: "*Una fantasía contenta con amor decente*", "*Entre encontradas correspondencias vale más amar que aborrecer*".

De las loas sobresale la dedicada al rey Carlos II en ocasión de su cumpleaños y entre los autos sacramentales "*El*

mártir del sacramento, san Hermenegildo" y *"El cerco de Joseph"*. Los títulos de sus comedias son *"Amor es más laberinto"* y *"Los empeños de una casa"*, superior esta última y prueba fehaciente, según dice MESONERO ROMANOS, de "que a su claro ingenio y natural agudeza no la estaban negados los caminos del buen gusto, y que si no fuera por aquella fascinación propia de la época en que escribía, no hubiera sido esta sola composición en la que hubiera dado a conocer su competencia para la dramática".

A sus obras en prosa pertenecen las de carácter ascético y sus cartas; entre éstas es famosa aquélla en que critica un sermón pronunciado por el jesuita portugués y padre predicador Antonio Vieyra, la que, comentada por el obispo de Puebla, FERNÁNDEZ DE SANTA CRUZ, bajo el seudónimo de *Sor Filotea de la Cruz*, provocó la *"Carta a Filotea"* de sor Juana Inés, que contiene la historia de su vida.

La figura de sor Juana Inés de la Cruz constituye, por su sexo, por su temperamento tan ricamente dotado, por su fama, que abrazaba dos mundos y originó un grueso tomo de elogios de los más célebres contemporáneos, una de las más destacadas de su siglo.

REDONDILLAS

CONTRA LA INJUSTICIA DE LOS HOMBRES AL HABLAR DE LAS MUJERES

Hombres necios que acusáis
a la mujer sin razón,
sin ver que sois la ocasión
de lo mismo que culpáis;

Si con ansia sin igual
solicitáis su desdén,
¿por qué queréis que obren bien,
si las incitáis al mal?

Combatis su resistencia,
y luego con gravedad
decís que fué liviandad
lo que hizo la diligencia.

Parecer quiere el denuedo
de vuestro parecer loco
al niño que pone el coco,
y luego le tiene miedo.

Queréis con presunción necia
hallar a la que buscáis,
para pretendida Thais,
y en la posesión, Lucrecia.

¿Qué humor puede ser más raro,
que el que falto de consejo
él mismo empaña el espejo
y siente que no esté claro?

Con el favor y el desdén
tenéis condición igual,
quejándoos, si os tratan mal,
burlándoos, si os quieren bien.

Opinión ninguna gana,
pues la que más se recata,
si no os admite, es ingrata,
y si os admite, es liviana.

Siempre tan necios andáis,
que con desigual nivel,
a una culpáis por cruel,
y a otra por fácil culpáis.

¿Pues cómo ha de estar templada
la que vuestro amor pretende,
si la que es ingrata ofende,
y la que es fácil enfada?

Mas entre el enfado y pena
que vuestro gusto refiere,
bien haya la que no os quiere,
y quejaos en hora buena.

Dan vuestras amantes penas
a sus libertades alas,
y después de hacerlas malas
las queréis hallar muy buenas.

¿Cuál mayor culpa ha tenido
en una pasión errada,

la que cae de rogada,
o el que ruega de caído?

¿O cuál es más de culpar,
aunque cualquiera mal haga,
la que peca por la paga,
o el que paga por pecar?

¿Pues para qué os espantáis
de la culpa que tenéis?
queredlas cual las hacéis,
o hacedlas cual las buscáis.

Dejad de solicitar,
y después, con más razón,
acusaréis la afición
de la que os fuere a rogar.

Bien con muchas armas fundo
que lidia vuestra arrogancia,
pues en promesa e instancia
juntáis diablo, carne y mundo.

LA LITERATURA COLONIAL EN LA ARGENTINA

Con el nombre de literatura colonial se comprende toda la bibliografía que, durante los siglos XVI, XVII y XVIII, documenta la corriente de ideas, de origen grecolatino, que originada en España, se difunde por toda América, para luego de organizarse en la Argentina, coadyuvar a la formación de nuestra cultura local.

Dentro de los trescientos años de nuestra época colonial, abstracción hecha del siglo XVI, todo él dedicado a la conquista propiamente dicha y a la pacificación de las tierras conquistadas, pueden distinguirse dos matices fundamentalmente distintos: el del siglo XVII, que corresponde a una verdadera teocracia jesuítica bajo la dominación de la casa de Austria, y el del siglo XVIII, de moderado liberalismo, bajo la égida de la casa de Borbón.

Durante esos tres siglos las manifestaciones literarias no alcanzaron la plenitud estética: la prosa no sirvió sino para la crónica histórica o para la producción de índole didáctica; el verso, prisionero de la retórica, no salió del terreno de la

imitación; la oratoria no se ejercitó más que en el foro o el púlpito; el teatro fué simple ensayo rudimentario. Paralelamente, la ciencia no traspasó los límites de lo empírico y la filosofía se mantuvo apegada a la escolástica. Pero todo ello no fué óbice para que al cumplirse esos tres siglos la colonia fuese capaz de engendrar hombres de la talla de San Martín y Belgrano, de Gorriti y Moreno, de Vicente López y Juan Cruz Varela, que inauguran una nueva era: la de la emancipación.

Cuanto se escribió durante aquellos tres siglos, y no fué poco, independientemente de su valor intrínseco como obra literaria, tiene el inmenso de haber contribuido a la formación de nuestra nacionalidad, cuyas bases ha fijado. Y a través de aquellos siglos, cuyas características políticas, económicas y culturales hanse modificado por completo, persiste como lazo que aun nos une a la madre patria, y como vínculo entre todas las naciones de América la lengua castellana, que pese a los cambios que como idioma vivo ha ido sucesivamente sufriendo, es todavía el romance que hablaban quienes descubrieron y colonizaron estas tierras ha ya más de cuatrocientos años.

Si hubiéramos de señalar el rasgo común de toda la producción de la época colonial, no encontraríamos otro que uno negativo: la ausencia de un verdadero tipo nacional. Todos los autores de la colonia amaban y temían a Dios, todos ellos sentían la belleza, pero no fueron capaces de crearla y sí sólo de imitarla, por lo que aparecen sacrificadas la libertad y la espontaneidad de su pensamiento. Ello explica que nuestra literatura colonial se redujese a fría imitación, como lo fué también nuestro arte en esa época. Las cadenas que políticamente nos unían a España, también nos aherrojaban en el mundo de la cultura.

Tres etapas progresivas distingue RICARDO ROJAS en la literatura colonial argentina: una primera etapa, que corresponde a una época cuyo carácter dominante es el militar, y cuyo núcleo está en la Asunción del Paraguay, representada por los cronistas en prosa y verso del siglo XVI, la obra de los cuales, ruda y a la par candorosa, verídica y fantástica a la vez, narra la conquista de nuestra tierra por el español. El libro característico de esta primera etapa es el poema "*La Argentina*" del arcadiano don Martín del Barco Centenera, por lo que ROJAS la

llama **Jornada de Centenera**, encerrándola en el lapso 1536-1612. Una segunda etapa que se caracteriza por el esfuerzo castellano para la difusión de la cultura. Es éste el momento en que los conquistadores, para consolidar su obra, fundan ciudades e intentan trasplantar en ellas, donde han de educar los hijos que en tierra de Indias les nazcan, la cultura española. Esta misión de cultura, cuyo centro espiritual fué Córdoba, la cumplen las órdenes religiosas, en particular la de los jesuitas. Se escriben en esta etapa numerosas obras, las más de ellas de índole científica o didáctica, por ello más documentales que literarias, sin excluir, sin embargo, a la poesía, que florece en el lírico cordobés don **Luis de Tejeda**, por lo que **ROJAS** llama a esta segunda etapa, que se extiende de 1612 a 1767, la **Jornada de Tejeda**. Una tercera etapa que se señala por la reacción contra el espíritu jesuítico de la anterior y por la infiltración del laicismo europeo. Su centro está en Buenos Aires, que empieza a convertirse en la avanzada de las nuevas inquietudes y cuyo ambiente es propicio para toda reforma. Se funda entonces el teatro, aparece el primer periódico, se constituye la primera sociedad intelectual, se renuevan los principios pedagógicos, las costumbres se transforman. Corren auras renovadoras que van perfilando el carácter porteño y se vive con más intensidad la vida del espíritu. En tal momento aparece el autor de "*Siripo*", **Manuel de Labardén**, cuyo nombre da **ROJAS** a esta última jornada, que se dilata desde 1767 hasta los días que precedieron a la época de independencia.

Nuestra literatura colonial, en cantidad y calidad, es inferior a la de los otros virreñatos: Perú, Méjico, Nueva Granada, nos aventajan; pero no ha de buscarse la causa de ello en supremacía alguna intelectual, sino pura y exclusivamente en un arraigo más antiguo de la cultura española, lo que hizo por otra parte, y aquí es nuestra la ventaja, que el triunfo de la revolución libertadora fuese en esas regiones más tardío.

Las producciones literarias de nuestra época colonial están siempre en conjunto comprendidas dentro de los dominios de la historia, y la crónica es la última esencia, tanto de los documentos más rudimentarios y primitivos, como del poema más elevado. Y ello tiene su explicación: la potente realidad del medio ambiente subyugó siempre a la fantasía, que de suyo rudimentaria en las edades primeras, sólo puede ejercer-

se cuando el alma de la raza ha alcanzado su plenitud y se vivifica en la pura poesía.

Aun cuando la colonización de América coincidió con el siglo de oro de las letras españolas y la madurez de la lengua castellana, las duras condiciones de la conquista no fueron propicias para el desenvolvimiento literario. Los conquistadores fueron, ante todo, hombres de acción, muchas veces toscos e ignorantes, cuyas relaciones y crónicas reflejan su escasa cultura, pues los hombres de letras, aunque muchos de ellos gustaron de la vida de aventuras, corrieron éstas en tierras de Europa y no en las remotas de las Indias. Ello explica que todos los documentos literarios que el siglo XVI cuenta en las regiones del Río de la Plata se reduzcan a un *Romance* del clérigo **Luis de Miranda**, especie entre elegía y crónica versificada no desprovista de inspiración y fluidez, que personifica nuestra tierra en mujer encantadora a la par que trágica, hermosa sirena que atrae para sacrificarlos a los marinos, y para quien reclama el poeta un buen dueño; a los "*Comentarios de Alvar Núñez Cabeza de Vaca*", escritos por **Pero Hernández**, su secretario, primer libro acerca de las tierras del Plata editado en España y luego traducido a diversas lenguas, que encierra, no solamente los recuerdos de éste como testigo y actor de los sucesos que narra, sino también algunas anotaciones proporcionadas por el mismo Alvar Núñez; crónica de tono notarial, de manifiesta parcialidad y enconado espíritu banderizo, pero cuadro colorido, dentro de su forma insegura y rudimentaria, de la vida argentina en el siglo XVI a orillas de los ríos Paraná y Uruguay, que atrae nuestra simpatía por la defensa que en ella se hace del indígena, cruelmente vejado por el conquistador; y "*El viaje al Río de la Plata*", de **Ulrich Schmidel**, el alemán que, llevado por su espíritu aventurero, al que tentaron las historias maravillosas que de las Indias contaban, vino en la expedición de don Pedro de Mendoza, cuya trágica suerte corrió, y que, vuelto a su patria, relató sus andanzas por tierras de América, siendo el primero de los historiadores de Buenos Aires, en cuya fundación participó. Es la suya, obra en mala prosa plagada de barbarismos y, aunque llena de errores, verdadera en su fondo, pues refleja la realidad a través de un temperamento asaz ingenuo.

RUY DÍAZ DE GUZMÁN

El primer historiador de la Argentina nacido en tierras del Plata es **Ruy Díaz de Guzmán**, hijo primogénito de Alonso Riquelme de Guzmán, que, sobrino nieto de Álvar Núñez Cabeza de Vaca, vino con él a América, y de doña Úrsula de Irala, nacida de la unión del conquistador de este nombre con una india paraguaya.

Su padre, de quien dice Ruy Díaz de Guzmán que le premiaron con prisiones tras cuarenta y cuatro años de leales servicios, fué el primero que, ayudado posiblemente por algún clérigo, le adoctrinó en las primeras letras castellanas y latinas así como en la fe de Cristo, pero el vástago mestizo, sea haciendo honor a la herencia recibida de sus antepasados, sea por la influencia del medio ambiente, sintióse atraído por la carrera de las armas, y su vida fué en todo momento la de un soldado leal y esforzado. Como tal le vemos fundando y gobernando pueblos en la Argentina y el Paraguay, peleando con las tribus salvajes, desempeñando diversas comisiones en los más alejados puntos del país, según lo atestigua la probanza de sus servicios hecha por orden del Rey en 1605.

La muerte puso fin en 1629, en la Asunción, posible lugar también de su nacimiento y donde desempeñaba hacia aquella época el cargo de alcalde ordinario de primer voto, a su vida, toda ella hecha de amor a Dios y respeto a su Iglesia, de lealtad al Rey, de valor militar, de hidalga caballería.

No fué Ruy Díaz de Guzmán un hombre de letras, ni se valió de la palabra escrita como elemento estético, sino simplemente como instrumento moral, para dejar "alguna noticia de las cosas sucedidas en sesenta y dos años que ha se comenzó esta conquista". Estas sus palabras parecen indicar que, al escribir él su "*Argentina*", no conocía ni las crónicas de Perc Hernández y Schmidel, ni el poema homónimo de del Barco Centenera, con el cual, sin embargo, coincide en la materia y el nombre, al punto de que pudiera pensarse que su historia fuese una prosificación más o menos libre de aquél. Lo que sí podemos asegurar es que Ruy Díaz de Guzmán tenía plena conciencia de los deberes del historiador, pues si, a manera de defensa contra posibles ataques a su obra, dice en la dedicatoria en que la

ofrece al duque de Medina Sidonia que ella ha de aceptarse "como fruto primero de tierra tan inculta y estéril y falta de educación y disciplina", muestra su clara comprensión de la empresa acometida cuando manifiesta: "En todo he procurado satisfacer esta deuda (con su patria y sus antepasados), con la narración más fidedigna que me fué posible, aunque entiendo que algunos quedaron de ella con más sentimiento que gratitud por no poder satisfacerlos según lo que merecen, y otros cuyos pasados no anduvieron tan ajustadamente como debían; mas como el alma de la historia es la pureza y verdad, será fuerza pasar adelante con el fin de ella, por lo cual suplico humildemente a todos los que leyeren reciban mi buena intención y suplan con mucha discreción las muchas faltas que en ella se ofrecen".

"*La Argentina*" de Ruy Díaz de Guzmán, fechada en Charcas en 1612, no fué impresa sino en 1835 y luego repetidas veces, la última por don PAUL GROUSSAC, que dió de ella una edición seria y completa en 1914. Hasta la fecha de su primera impresión no fué conocida sino por los varios códices que de ella se conservaban, todos distintos, posibles copias de manos de los jesuítas, y ninguno el primitivo, que se extravió. Por la circunstancia de haber permanecido inédita durante más de dos siglos la obra de Ruy Díaz de Guzmán, y para diferenciarla de "*La Argentina*" de del Barco Centenera, se la llamaba hasta el siglo pasado "*La Argentina manuscrita*".

Consta la historia de Ruy Díaz de Guzmán de tres partes que comprenden diez y ocho, diez y seis y diez y nueve capítulos respectivamente, encabezados todos ellos por sendos epígrafes, como era costumbre entonces en los libros históricos o novelescos. Narra la primera todo lo concerniente al descubrimiento del Río de la Plata hasta los días de Irala; la segunda arranca de Alvar Núñez para terminar con la venida del obispo Laterre; la tercera refiere todos los acontecimientos desde el año 1555 hasta la fundación de Santa Fe. Al terminar esta parte se anuncian sucesos que "se podrán largamente ver en el libro siguiente", lo que nos hace suponer que la obra nos ha llegado mutilada. Escrita en prosa, aunque limpia, castiza y agradable, desprovista del calor y el sentimiento personal que su fondo acusa, "*La Argentina*" de Ruy Díaz fué en otra época considerada testimonio indiscutible en

lo que a nuestra primera historia se refiere, y como tal sirvió de fuente a los cronistas posteriores, hasta que AZARA en el siglo pasado y GROUSSAC en el presente, con equívoco interés el primero y probidad científica el segundo, pusieron en evidencia los errores o exageraciones en que Ruy Díaz de Guzmán ha incurrido, así como algunas de las consejas fantásticas por él referidas, tales la historia de Lucía Miranda o la leyenda de los enanos cullúes, luego incorporadas a la tradición nacional.

Pero ha de considerarse, para descargo de Ruy Díaz de Guzmán, que lo fantástico no era entonces como ahora absolutamente sobrenatural, sino parte de la realidad misma y que al historiador de aquellos días no repugnaba aceptar como verdadero lo que por tal tenía la tradición oral o el consenso público.

El origen de su madre justifica el elogio entusiasta que en su obra hace Ruy Díaz de Guzmán de mestizos y cuarterones de uno y otro sexo, a los que atribuye, tal vez con no poca exageración, las más excelentes cualidades. Por otra parte, se muestra orgulloso de su estirpe paterna, en defensa de la cual deforma la biografía de su padre y otros antepasados. En efecto, los ascendientes por una y otra rama, Alvar Núñez por la paterna y Domingo de Irala por la materna, introdujeron con sus disensiones las banderías en las tierras del Río de la Plata, lo que debió hacer que el nieto, puesto a historiador de las guerras civiles que ensangrentaron la conquista en esta parte del Nuevo Mundo, se hallase colocado en posición nada holgada, cuyas dificultades ha de haber agravado el hecho de pertenecer por su padre y su abuelo a la casta de los encomenderos, y a la de los indígenas sometidos al yugo de éstos, por una de las abuelas.

Mas lo que pareciera que debió atar la mano del historiador, fué, sin embargo, lo que le impulsó a escribir: las dos fuerzas encontradas de la sangre que corría por sus venas hacíanle, una de ellas, la nativa, amar el patrio suelo; la otra, la extranjera, blasonar de su estirpe hidalga. Y si al dedicar su obra al duque de Medina Sidonia y ofrecérsela como "su menor criado" habla la sangre española, lo hace la indígena cuando confiesa que la escribió "por celo de natural amor". Por ello, no es artificioso sentar que es harto semejante, por

no decir idéntica, la significación de Ruy Díaz de Guzmán dentro del Río de la Plata, a la del Inca Garcilaso en el Perú.

Haciéndole justicia, hemos de reconocer en Ruy Díaz de Guzmán al fundador de nuestra historia y honrarle por la magnitud del esfuerzo por él realizado, para reunir el considerable caudal de noticias que suponen los cincuenta primeros años de vida de un país aun no delimitado geográficamente y todo él fabuloso.

HISTORIA DE LUCÍA MIRANDA

Partido Sebastián Gaboto para España (en 1531)... el capitán don Nuño [de Lara] procuró de conservar la paz que tenía con los naturales circunvecinos, en especial con los indios timbús, gentes de buena maza y voluntad, con cuyos dos principales caciques siempre la tuvo; y ellos, acudiendo a buena correspondencia, de ordinario proveían a los españoles de comida, que, como gente labradora, no les faltaba. Estos caciques eran dos hermanos, el uno llamado Mangoré y el otro Siripo, mancebos ambos de treinta a cuarenta años, valientes y ejercitados en las cosas de la guerra, y así de todos muy temidos y obedecidos, en especial el Mangoré. El cual en esta sazón se aficionó de una mujer española que estaba en la fortaleza, llamada Lucía de Miranda, mujer de Sebastián Hurtado, naturales de Ecija. A esta señora hacía este cacique muchos regalos y socorros de comida, y ella, con muestras de agradecimiento, amorosos tratamientos, con que vino el bárbaro a tomarle tanta afición y tan desordenado amor, que intentó de robarla con los medios posibles, convidando a su marido que se fuese algún día a entretener a su pueblo y recibir dél hospedaje y buena amistad: lo cual se le denegó con buenas razones. Y visto que por aquella vía no se facilitaba su intento, y el continuo recato de su marido, y la honestidad y compostura della, vino a perder la paciencia con indignación y mortal pasión, ordenando contra los españoles, debajo de amistad, una alevosía y traición, por parecerle que por este camino sucederían las cosas de manera que aquella mujer viniese a su poder... Persuadió al otro cacique su hermano que no les convenía dar la obediencia tan de hecho a los españoles, porque con estar en sus tierras eran tan señoriles y resolutos en sus cosas, que en pocos días habían de sujetarlo todo, como lo comenzaban a hacer, y si con tiempo no se remediaba el inconveniente, después cuando quisiesen no lo podrían hacer ni excusar de ser sujetos a servidumbre. Para cuyo efecto él era de parecer que los españoles fuesen destruídos y muertos, y asolado el fuerte donde estaban, no perdiendo la ocasión cuando el tiempo la ofreciese. A las cuales razones el Siripo respondió que cómo era posible tratar él cosa semejante contra los españoles, habiendo él sido siempre amigo dellos y muy aficionado; que él de su parte no tenía tal intento, porque, demás del buen tratamiento y amistad que le hacían, no había recibido el menor agravio por donde tuviese causa de tomar las armas contra ellos; a lo cual el

Mangoré vino a replicar que así convenía se hiciese por el bien común y por el particular gusto suyo, a que como buen hermano debía conceder. De tal forma persuadió a su hermano, que vino a conformarse en él, dejando el negocio entre sí tratado para tiempo más cómodo y oportuno, el cual no mucho después se les ofreció como pretendían.

Y fué que, habiendo necesidad de comida en la fortaleza, despachó el capitán don Nuño cuarenta soldados en un bergantín... que fuesen por aquellas islas a buscar comida... Tuvo el Mangoré por buena esta ocasión, juntamente, por haber salido con esta compañía Sebastián Hurtado, marido de Lucía. Y así, luego fueron juntos, por orden de sus caciques, más de cuatro mil indios, y se fueron con ellos a poner media legua de la fortaleza en un sauzal (en) la costa del río... Cuando todos dormían, excepto las guardias que estaban en las puertas, el Mangoré y los suyos hicieron cierta seña a los de fuera, como estaba concertado. Llegándose al muro de la fortaleza, pegaron fuego a la casa de la monición, y hecho esto dieron repentinamente con las guardias; y en un punto tomaron las puertas de la fortaleza, por donde entraron matando los que hacían el cuarto y todos los que encontraban. Los españoles, despavoridos con el alarma, salían a la plaza... Pelearon varonilmente en este trance, en especial don Nuño de Lara... Procuraba de acudir a todas partes; no pudiendo remediar la ruina y perdición de todos, andaba desangrando de las muchas heridas que tenía. Se metió en la fuerza de los enemigos, donde, encontrando con el Mangoré, le dió una cuchillada que le derribó y asegundando dos golpes le quitó la vida, y a otros muchos indios y caciques; y muy cansado y cubierto de sangre de las crueles heridas, cayó en el suelo, donde los indios le acabaron de matar...

Y así, con la muerte de este capitán, fué luego ganada la fortaleza, y toda ella destruída, sin dejar hombre a vida, excepto cinco mujeres que allí había, con la muy cara Lucía de Miranda, y algunos tres o cuatro muchachos...

Visto por el Siripo la muerte de su hermano, y la dama que tan caro le costaba, no dejó de derramar muchas lágrimas, considerando el ardiente amor que le había tenido y lo que en su pecho iba sintiendo tener a esta española; y así de todos los despojos que aquí se ganaron no quiso de su parte otra joya que tomar por su esclava a la que por otra parte era señora de los otros...

Aunque era bien tratada y servida de los criados del Siripo, no por eso dejaba de vivir con mucho desconsuelo. Tanto, que un día, por la consolar, le habló con muestra de mucho amor y le dijo estas razones: "De hoy más, Lucía, no te tengas por mi esclava ni sierva, sino por mi querida mujer, y como tal puedes ser señora de todo cuanto tengo y hacer a tu voluntad, la cual te entrego desde hoy para siempre, pues te doy lo principal, que es el corazón". Cuyas palabras afligieron mucho más el alma de esta cautiva, viéndose sujeta al poderío y voluntad de un bárbaro.

Pocos días después se le acrecentó mucho más el sentimiento con la ocasión que de nuevo se ofreció, y fué que en este tiempo trajeron los indios corredores preso ante el Siripo a Sebastián Hurtado, el cual, habiendo vuelto con los demás del bergantín al sitio de la fortaleza,

saltando en tierra la vió asolada y destruída, con todos los cuerpos de los que allí se mataron; y no hallando entre ellos a su mujer consideró lo que fué, y sin otra resolución determinó de meterse entre aquellos bárbaros y quedarse él también cautivo con su mujer o morir en su compañía, y sin dar a nadie parte de su determinación se metió por aquella vega, donde otro día, habido y preso por los indios... [lo] llevaron, ligadas las manos, y lo presentaron a su cacique principal, el cual, luego que fué conocido, mandó quitarle de su presencia para que ejecutasen en él la muerte. A cuya sentencia, su tierna mujer con innumerables lágrimas pidió y rogó a su nuevo marido no se ejecutase su mandato; antes le suplicaba le otorgase la vida para que ambos se empleasen en servirle como verdaderos esclavos, de que siempre serían muy gratos. Por cuya intercesión el Siripo concedió a lo que le pedía con tanta instancia quien él, por la suya, tanto deseaba agradar, debajo de un riguroso precepto en que les mandó, con pena de su indignación, que por ninguna vía pudiesen comunicar ni tener trato uno con otro, porque de lo contrario les vendría su destrucción y muerte, y que a Sebastián Hurtado le mandaría dar otra mujer con quien viviese con mucho gusto y de quien fuese muy bien servido, haciéndole en todo tan buen tratamiento, como si fuera, no su esclavo, sino su verdadero vasallo. Ellos le prometieron de guardar en todo su precepto y mandamiento, y así se abstuvieron por algunos días sin nota alguna.

Mas como quiera que para los amantes no haiga leyes que les fuerzen [a] dejar de seguir la fuerza donde les lleva el amor, no perdían la ocasión todas las veces que el tiempo les daba lugar, porque de ordinario tenía Hurtado los ojos puestos en [Lucía] Miranda y ella los suyos en él; de modo que fueron de algunos de esta casa notados y entendidos, en especial de una india, mujer que había sido muy querida del Siripo, la cual por su nueva esposa había sido repudiada. Esta india, movida de rabiosos celos, le dijo al Siripo con gran desuello:

—Muy contento estás con la española tu nueva mujer, mas ella no lo está de ti, porque precia y estima más al de su nación y antiguo marido que todo cuanto tú tienes y posees; por cierto, pago muy bien merecido, pues dejaste lo que por naturaleza y amor estabas obligado y tomaste una extranjera y adúltera por mujer.

El Siripo se alteró con estas razones, y sin duda ninguna ejecutara su pasión en estos dos amantes, si no fuera por ver si era verdad lo que se le había dicho. Disimulando por entonces, andaban con cuidado para cogerlos en el hurto; hasta que un día fueron cogidos juntos, donde con una rabia y cruel ira mandó luego quemar en un gran fuego a la buena Lucía. Y venida a la ejecución de la sentencia, con gran firmeza y valor de ánimo sufrió el incendio del terrible fuego, donde padeció la muerte como verdadera cristiana, pidiendo a Nuestro Señor hubiese misericordia de sus pecados. Luego por el consiguiente mandó el cruel bárbaro que Sebastián Hurtado fuese asaeteado, y para el efecto fué llevado de muchos mancebos al campo, donde, atado en un algarrobo, de pies y de manos, fué de aquella gente con agudas flechas asaeteado hasta que de las crueles heridas fué muerto; puestos los ojos al cielo suplicaba

a Su Divina Majestad le perdonase sus pecados; por cuya misericordia es de creer están ambos a dos gozando de su santa gloria. Lo cual sucedió año de mil y quinientos y treinta y dos.

"Argentina", Libro I, Cap. 7.

LUIS DE TEJEDA

Luis de Tejeda, el primer poeta nacido en tierra argentina, vino al mundo el 25 de agosto de 1604, en la ciudad de Córdoba, entre cuyos primeros pobladores se contó su abuelo, don Tristán de Tejeda, uno de los más esforzados compañeros de armas del fundador don Jerónimo Luis de Cabrera, y fundador él mismo, al unirse con doña Leonor Mejía Mirabal, de uno de aquellos hogares cristianos que fueron pilar de la nueva sociedad americana.

Hijo de tal hogar fué don Juan de Tejeda Mirabal, padre a su vez de nuestro poeta, cuya madre fué doña María de Guzmán de la Vega, también de hidalga prosapia. Descendiente, pues, de conquistadores hazañosos, de quienes traen los primeros cronistas ponderativa noticia, la educación de Luis de Tejeda, en la que padres ricos y celosos pusieron todo su empeño, fué esmerada y digna. Agreguemos que las circunstancias ambientes le fueron también muy favorables, ya que siendo Córdoba el núcleo de acción de los jesuitas y su centro de estudios, fué la residencia de los mejores maestros y luego sede de la Universidad fundada en 1613 por Trejo y Sanabria, uno de cuyos primeros licenciados había de ser Luis de Tejeda.

Dió éste, desde temprana edad, muestras de nada común ingenio, que unido a una memoria portentosa y a una infatigable voluntad, rodearon su nombre, siendo estudiante, de la aureola de la fama. Terminados brillantemente en el colegio de los jesuitas, a los diez y siete años aun no cumplidos, los estudios del bachillerato, debió Luis de Tejeda, a fin de fortalecer su constitución, de suyo endeble, abandonar temporalmente los libros. Tal paréntesis lo dedicó el flamante bachiller a nuevas disciplinas aprendidas al calor de la amistad de los maestros jesuitas, cuales el dibujo y la música.

Vuelto a sus libros bienamados, terminó en la universidad la carrera, no de doctor, sino solamente de "maestro en artes", aunque hemos de decir que Luis de Tejeda fué por encima de todo un autodidacta, según su múltiple erudición lo atestigua: poseía a la par del latín, entonces usual y corriente, el griego y el hebreo; conocía por igual las matemáticas y la filosofía, la medicina y la teología, la jurisprudencia y la historia; sentía hondamente, y sabía expresarla, la emoción del amor y la belleza. Constituyó, puede decirse, un humanista de aquellos cuyo modelo nos ha dado el Renacimiento europeo, y fué en América uno de esos espíritus vigorosos que caracterizaron en España el siglo de oro de sus letras. Y he aquí lo asombroso: que tal espíritu haya podido florecer aislado, sólo consigo mismo, en un medio que le era muy inferior, y oprimido por una severísima legislación que ahogaba cuanto trascendiera a obra de imaginación.

Y tan múltiple como su erudición fué la romancesca vida de Luis de Tejeda, intensa y plena de movimiento, cuyos episodios suelen traer a nuestra memoria los que agitaron la de Cervantes o Lope de Vega, y de la cual sabemos por su poema autobiográfico: "*El peregrino en Babilonia*", así como por una anónima "*Genealogía*" de su familia. Entregado con su hermano Gabriel a ininterrumpida serie de devaneos galantes, luego que egresó de las aulas, su conducta llenaba de desazón a su padre, el cual, a fin de corregir al hijo descarriado, pensó enviarle a España, de lo que, aconsejado por el obispo Cortázar, aquel que al conocer a Luis en una fiesta literaria, siendo éste alumno del colegio de los jesuitas, le pronosticara brillante porvenir literario, desistió, prefiriendo concertar sus bodas con doña Francisca de Vera y Aragón, rica y bella descendiente de hidálgos conquistadores, que fué luego esposa santa y resignada ante el desamor y despego del poeta, entregado a nuevas aventuras tras efímero sosiego.

Hacia 1625 ingresa Luis de Tejeda en la carrera de las armas, virtualmente obligatoria en aquella aristocracia colonial, cuyos hijos debían defender la tierra conquistada por sus antepasados. Alférez real en el Cabildo de Córdoba primero, vino luego a Buenos Aires como capitán, al mando de una compañía de "provincianos", cuando los piratas holandeses atacaron el puerto y bloquearon el Plata. Y si bien es cierto que se portó temeraria y esforzadamente en tal ocasión, no

es menos cierto — lo confiesa él mismo en el mencionado poema — que demoró su vuelta mucho más de lo necesario, casi por tres años, retenido por nuevos episodios que le hicieron olvidar su hogar, al que por fin volvió, cubierto de los laureles de sus hazañas guerreras, las que había luego de repetir en los alrededores de la misma Córdoba, en Tucumán y el Chaco.

Terminada su carrera militar, comienza para Tejeda una nueva vida: en posesión de los cuantiosos bienes que de su padre había heredado, debió cuidar de sus intereses a la manera de gran señor feudatario y atender personalmente las casas de religión fundadas por sus antecesores; asimismo prestó importantes servicios civiles, que le valieron ser nombrado en 1648 por el virrey del Perú y a pedido del Ayuntamiento, juez común de toda su provincia, y ser condenado por la Audiencia de la Plata a prisión con confiscación de bienes, por la queja de vecinos muy principales que habían desacatado la orden convocatoria de las milicias.

En el año 1661, a los cincuenta y siete de su edad, ya viudo y alejado de sus hijos, algunos casados y otros entregados a la religión, Luis de Tejeda, que desde el 8 de septiembre de 1658 se había sentido llamar a la gracia por intercesión de María Santísima, abandona el siglo y se acoge a sagrado como lego en el convento de Santo Domingo “llena el alma de remordimientos y la mente de luz filosófica”, según la exacta expresión de ROJAS. Allí en la paz del claustro nació su poema autobiográfico “*El peregrino en Babilonia*”, así como algunas de sus obras menores. Tal reclusión duró hasta el año 1680, en el que la muerte le dió fin, en el mismo convento de Santo Domingo de Córdoba, donde aun reposan las cenizas del que fuera en vida don Luis de Tejeda, que RICARDO ROJAS juzga “la personalidad más interesante y compleja de nuestros orígenes literarios, y como la personificación de aquella sociedad militar y teocrática, igualmente arrebatada por el frenesí de la vida sensual y por el éxtasis de la vida religiosa”.

Toda la obra de Tejeda permanecía inédita hasta que RICARDO ROJAS, que halló en 1916 en la sección de manuscritos de la Biblioteca Nacional, el código que la contenía, así intitulado: “*Colección de varias poesías sueltas de don Luis Josef de Tejeda y Gusman, en cuyos versos, ya romancescos, ya heroy-*

cos, se presenta una idea bien circunstanciada de su vida mientras vivió en el siglo, y de su gran talento, y conocimientos de las ciencias y *Poesías sagradas*", las dió a publicidad.

"*El peregrino en Babilonia*", escrito, según ya dijimos, cuando Tejeda había renunciado al siglo, y comenzado posiblemente hacia 1663, es la confesión de sus aventuras amorosas cuando en el mundo estaba, documento precioso a través del cual conocemos su vida y sus andanzas. Y de una y otras nada nos oculta el autor, cuya sinceridad pareciera a veces rayana en cinismo, si no echásemos de ver que guía su pluma el más verdadero arrepentimiento. No conocemos este poema en su totalidad, pues de las tres partes que debió comprender, el códice descubierto por Rojas, así como otros hallados posteriormente, sólo traen las dos primeras. En la parte inicial, escrita casi toda ella en el metro octosílabo del romance, y cuyo encabezamiento dice "*Romance de su vida*", Tejeda llama Babilonia a su ciudad natal, la Córdoba de sus pecados, por la que el poeta, entregado a la vida de los placeres, deambula cual peregrino. Esta primera parte del poema, de fuerte sabor confidencial, termina diciendo: "Y así cantó el Pecador en el día de su desengaño su primera captividad en Babilonia, reservando su instrumento para proseguir con las dos restantes en más oportunas soledades".

La segunda parte de "*El peregrino en Babilonia*" encierra bajo el nombre de "*A las soledades de María Santísima*" una serie de cantos que señalan la transición espiritual del poeta al abandonar la vida del mundo para abrazar la monástica, y se caracteriza por la mayor solemnidad del metro — el heroico de la silva — que refleja la nueva posición psicológica del autor, entregado ahora a la meditación religiosa. Esta parte del poema es más lírica que narrativa, ya que en ella el poeta interrumpe continuamente el relato de su vida para describir los pasos de la Pasión de Nuestro Señor, a los que denomina "*Soledades*". Refiere aquí Tejeda, que aparecê literariamente disminuído en relación a los cantos anteriores, sus hazañas militares y su segunda cautividad, no ya en Córdoba, sino en el teatro de tales hazañas, de donde torna avergonzado a llamar a la casa de su mujer, de quien se confiesa "indigno esposo" y cuyo beato ejemplo le vuelve a la fe y a la práctica del culto, inspirándole las ceremonias de Semana

Santa las "*Soledades*". Al finalizar la segunda parte de "*El peregrino en Babilonia*", oye el poeta una voz que le llama a la postrera renunciación, cuando desatados ya todos los lazos terrenales, la piedad le permite acogerse a ese llamado que la misericordia divina hace a las almas para que la muerte del cuerpo no las sorprenda en pecado mortal.

Hasta aquí "*El peregrino en Babilonia*", cuya tercera cautividad, piensa ROJAS, pudieran ser las poesías místicas de Tejada, escritas después de su reclusión, ya que, siendo profana la primera de aquéllas, mezcla de lo profano y lo religioso la segunda, no habría falta de lógica en suponer totalmente religiosa la última. Entre las poesías místicas de don Luis de Tejada descuellan un soneto a Santa Rosa de Lima, escrito posiblemente en oportunidad de la beatificación de la santa de América, para participar en los certámenes literarios que con tal motivo se verificaron en Lima; famoso por ser el primer soneto de autor argentino compuesto en tierra argentina, y revelador en su énfasis, amaneramiento y obscuridad, de la influencia de Góngora; la "*Canción saphica a Santa Teresa de Jesús, celebrando el día en que se fundó su monasterio de esta ciudad de Córdoba*", compuesta también, a todas luces, bajo la influencia de Góngora, en primer lugar, según lo prueba la amanerada rima esdrújula, tan llena de dificultades, y también de Cervantes y Lope de Vega, al punto de percibirse en ella la vibración del renacimiento español; los tres "*Soliloquios del niño Dios el día de Navidad en su pesebre*"; las "*Redondillas a la Jura del Misterio de la Concepción de Nuestra Señora que hizo esta ciudad de Córdoba*"; las octavas reales de "*Los celos sin agravios*" y las silvas de "*El phenix del amor*".

Por otra parte, antes de profesar, compuso Tejada, ya en su primera juventud, ya llegado a la madurez, numerosas obras, entre ellas una comedia profana, fruto primerizo de su ingenio, en colaboración con su hermano Gabriel, cuyo asunto serían los primeros amores de uno y otro, y de la que no conocemos sino las referencias que de ella hace el autor en "*El peregrino en Babilonia*".

Aunque el anónimo autor del "*Ensayo sobre la Genealogía de los Tejeda de Córdoba del Tucumán*", así como el copista al que se debe el código hallado por ROJAS, ponderan

a don Luis como excelente poeta místico, lo cierto es que en sus poemas de carácter religioso no aparece tal excelencia, antes bien, es en sus cantos sacros donde su inspiración languidece, su verso se torna frío y su obra se vuelve impersonal. Y aunque el poeta profano no llegue a grande altura, como tal se muestra Tejeda menos retórico, y sus estrofas, de más espontánea inspiración, cobran una mayor fluidez.

La obra de Luis de Tejeda le perfila como un discípulo en tierras de América de los grandes poetas del siglo de oro español y permite considerarle un valor estimable en su tierra dentro de su época, máxime si se le mira sin abstraerle del medio semibárbaro en que debió actuar.

Y aunque Luis de Tejeda expresa el sentimiento prematuro de una nueva sociedad y posiblemente el de una nueva patria, cuando da este nombre a la ciudad que le vió nacer, no se le puede considerar un poeta nacional, ya que éste sólo florece en los pueblos con plena conciencia de su significación, de los que, por cierto, no puede hablarse en la América del siglo XVII. Estaremos más cerca de la verdad, pues, considerando a Luis de Tejeda un castellano del siglo XVII que, habiendo por obra del azar nacido en la tierra que sus antepasados conquistaron, pertenece por su sensibilidad, por sus ideas, por su lengua, más a la tierra de éstos que a la que le sirvió de cuna; pero no hemos de olvidar, por ello, que es él el primero que, venido al mundo en la virgen tierra de la futura Argentina, pulsa la lira.

SANTA ROSA DE LIMA

Nace en provincia verde y espinosa
tierno cogollo; apenas engendrado
entre las rosas, sol es ya del prado,
crepúsculo de olor, rayo de rosa.

De los llantos del alba apenas goza,
cuando es del dueño singular cuidado,
temiendo, o se lo tronche rudo arado,
o se lo aje mano artificiosa.

Mas ya del cairel desaprisiona
la virgen hoja, previniendo engaños,
la corta y pone en su guirnalda o zona;

así esta virgen tierna en verdes años
cortó su Autor, y puso en su corona:
¡oh bien anticipados desengaños!

LA CULTURA EN EL VIRREINATO DEL RÍO DE LA PLATA

Al dictar en 1767 el rey Carlos III la orden de expulsión de los jesuitas de todas las tierras de América, bajo la formidable acusación de que conspiraban contra su trono preparando en el Nuevo Mundo una teocracia independiente de España, orden que el gobernador Bucarelli cumplió celosamente en nuestro país, se asestó un golpe de muerte a la hegemonía intelectual de Córdoba, sede provincialista de la Compañía de Jesús, y a la cultura de tipo teocrático que estos religiosos representaban en la colonia.

La expulsión de los jesuitas en esta parte del Nuevo Mundo trajo como lógica consecuencia el desplazamiento de la hegemonía colonial hacia Buenos Aires, ciudad que con la posterior creación en 1776 del virreinato del Río de la Plata, en cuya capital fué erigida, convirtiéndose de silvestre periferia en centro cortesano, sede de nuevas instituciones: Palacio, Audiencia, Consulado, Aduana, generadoras todas ellas de nuevas costumbres y germen de nuevas ambiciones intelectuales. La habilitación del puerto de Santa María de los Buenos Aires para comerciar libremente con todos los de España y sus colonias, así como las victorias que el virrey Cevallos obtuvo entre 1762 y 1777 sobre los portugueses de la Banda Oriental, colmaron el orgullo de Buenos Aires, que hacia fines del siglo XVIII suplantó definitivamente a la vieja Córdoba.

Nace así, al tiempo que la creación del virreinato implanta una vida cortesana sin tradición en el Plata, una nueva vida popular, de espíritu regalista, laico y revolucionario. Y una y otra se reflejan en la literatura de la época: la primera en la poesía cortesana, fría y desprovista de alma, y asaz endeble entre nosotros, tales los romances, sonetos y odas destinados a celebrar los fastos o llorar las desgracias de la monarquía y sus representantes; la segunda en la incipiente poesía popular, así las sátiras, jácaras y letrillas callejeras.

Figura central y brillante del período del virreinato, fundamentalmente distinto éste en el Río de la Plata al de Lima o Méjico, donde se asentó durante más de trescientos años sobre las ruinas de los grandes imperios indígenas, fué Vértiz, el mejicano, el que define, por así decirlo, los orígenes laicos de

nuestra cultura, patrocinando todas las instituciones que prepararon, de manera consciente o no, la atmósfera intelectual de la emancipación. Al desplazarse la hegemonía intelectual de Córdoba hacia Buenos Aires, se decidió trasladar de la vieja ciudad universitaria a la nueva ciudad ribereña los instrumentos de cultura que habían pertenecido a los jesuitas, esto es: el Archivo, la Biblioteca, la Imprenta y la Universidad. Los dos primeros fueron traídos y luego lamentablemente dispersados, la Imprenta vimos ya como se convirtió en la llamada de los Niños Expósitos; en cuanto a la Universidad, mientras se tramitaba su traslado, fué fundado por Vértiz el Real Convictorio de San Carlos, colegio de enseñanza superior, orientado dentro del espíritu de política liberal que caracterizó a Carlos III, aunque calcado sobre el Colegio de Monserrat de Córdoba; verdadera escuela de humanidades preparatoria de las facultades y con estudios serios de filosofía y latinidad, entre cuyos maestros más ilustres se contaron don Juan Baltazar Maziel, don Pantaleón Rivarola, don Luis Chorroarín, don Mariano Medrano, don Valentín Gómez.

Corresponde también al progresista Vértiz la honra de haber creado en territorio argentino, en 1789, un teatro estable, esto es, un edificio teatral y la institución permanente de representaciones, obra que hubo de luchar con la tenaz resistencia que le oponía la casta sacerdotal, a la que procuró contentar el virrey destinando la utilidad de las representaciones al mantenimiento de los niños expósitos y estableciendo la censura previa. Con anterioridad sólo había existido un teatro dentro de la Universidad de Córdoba, en el cual, en determinadas ocasinones, se hicieron representaciones escénicas de índole escolar, que no fueron las únicas, pues para celebrar las festividades religiosas solían representarse en los templos escenas litúrgicas, tales los pesebres de Navidad o los pasos de Semana Santa; o, con motivo de los onomásticos reales organizábanse fiestas teatrales, hasta en los pueblos más humildes, llegándose a representar en Buenos Aires obras de Calderón de la Barca.

El teatro creado por Vértiz y construído por el cómico Francisco Velarde, la "*Casa de Comedias*", funcionó en la Ranchería, corral primitivo situado en la esquina de las hoy calles Alsina y Perú, y se redujo a un simple barracón de

madera y paja, que desapareció a raíz de un incendio, según las murmuraciones provocado por un cohete que en la noche de San Roque del año 1792, alguien lanzó desde la iglesia de San Juan. Reinstalóse dos lustros después frente a la Merced, esto es, en la esquina que forman las actuales calles Cangallo y Reconquista, no sin protestas de los vecinos y, en primer lugar, de la congregación, que el Cabildo acalló manifestando que se trataba de una construcción provisoria y prometiendo remediar los inconvenientes que surgieran.

El primer periódico argentino salió a la luz pública el 1 de abril de 1801 y fué el "*Telégrafo mercantil, rural, político, económico e historiógrafo del Río de la Plata*", más conocido simplemente por "*El Telégrafo*". Iniciado por el extremeño don **Francisco Antonio Cabello y Mesa**, que había fundado ya algún periódico en Lima y colaborado en otros, se imprimía en pequeños cuadernos que reunidos formaban tomos con el índice de las materias tratadas; por consiguiente, era una publicación de carácter intermedio entre el diario y la revista.

"*El Telégrafo*", que consiguió despertar el interés de sus lectores y era recibido por todas las personas ilustradas de Buenos Aires y muchas del interior del país y hasta de Chile y Perú, donde tenía corresponsales que enviaban colaboraciones de variada índole, constituyó el órgano oficial de la "*Sociedad Patriótica Literaria*", especie de academia que reunió en su seno a los más destacados de sus colaboradores: el poeta don **Manuel José de Labardén**, que publicó su "*Oda al Paraná*" en el número inicial; don **Domingo de Azcuénaga**, autor de poesías festivas y fábulas; don **Luis Chorroarín** y don **Carlos José Montero**, profesores uno y otro del Colegio Carolino; don **Manuel Medrano**, versificador más o menos hábil. Pero el espíritu de aldea, a la sazón imperante en Buenos Aires, así como algunas colaboraciones cuyas alusiones hirieron vivamente a los lectores, determinaron el fracaso de "*El Telégrafo*", que escasamente llegó a los dos años de vida. Le sucedió el "*Semanario de Agricultura, Industria y Comercio*", de **Hipólito Vieytes**, que se mantuvo hasta las invasiones inglesas.

Tales son a grandes rasgos las características de la cultura en el virreinato del Río de la Plata, que corresponden a

la época que, según oportunamente vimos, llama **ROJAS Jornada de Labardén**, porque ella culmina en la figura de este poeta.

MANUEL JOSÉ DE LABARDÉN

Hijo del doctor don Juan Manuel de Labardén, figura intelectual y socialmente prestigiosa en el mundo de la colonia, y de doña Josefa Aldao, de rancia prosapia, nació **Manuel José de Labardén** en Buenos Aires, en su barrio entonces más aristocrático, el 9 de junio de 1754.

Tras muy brillantes estudios en la lejana Universidad de Chuquisaca, en la que se doctoró en leyes, volvió Labardén a su ciudad natal en 1778, en la época en que el virrey Vértiz desarrollaba su obra de cultura y progreso. Por su abolengo, su título universitario, su juventud y su arrogante apostura, Labardén conquistó pronto la sociedad de Buenos Aires y la amistad de sus hombres más representativos: el virrey Vértiz, el doctor Maziél, rector del Colegio Carolino, y el núcleo selecto que había de constituir luego la "*Sociedad Patriótica Literaria*" y fundar con Antonio Cabello "*El Telégrafo*".

Generosamente dotado para las letras, cuyo estudio nunca descuidó, Labardén fué de los primeros que debió celebrar el nacimiento espiritual de Buenos Aires, y lo hizo el mismo año de su retorno a ella, en una fiesta literaria del Real Convictorio de San Carlos, en cuya ocasión resonaron en su claustro las primeras palabras de libertad. Llamado a examinar públicamente de filosofía al alumno Manuel Irigoyen, cuyas pruebas fueron excelentes, Labardén, tras el cálido elogio del profesor, que lo era don Carlos García Posse, hizo pública profesión de su fe filosófica, intentando conciliar las nuevas doctrinas de Condillac y el estudio de las ciencias naturales con las creencias religiosas. Fué la esencia de su discurso el pensamiento: "Uno de los medios con que las ciencias facilitan el conocimiento de Dios es el estudio de la Naturaleza. La perfecta coordinación del Universo, la armónica correspondencia de sus partes, la conformidad de los efectos, la perfección de la más mínima cosa, está manifestando la sabia mano del Supremo Artífice", por él presentado como "fruto de seria contempla-

ción"; y terminó haciendo el elogio de las ciencias y las letras, a cuyo estudio empezaban a aficionarse los jóvenes de Buenos Aires, con estas palabras: "Yo veo con el más vivo regocijo de mi corazón que las ciencias, que en otro tiempo estaban encarceladas en un rincón del Oriente, viajan ya por el mundo en libertad... Ellas llegaron (¡qué felicidad!) a este suelo y aquí han encontrado la acogida que merecían".

Tras este estreno triunfal, en el que las palabras pronunciadas por Labardén adquirieron extraordinaria resonancia por su novedad y valentía, volvemos a encontrarle hacia 1786, fecha en que reaparece como autor de una "*Sátira*" contra el ambiente literario de Buenos Aires, en la que llega a zaherir a don Juan Baltasar Maziel, figura respetadísima por su doble investidura religiosa y civil. La tal sátira aparece a nuestros ojos como agresiva venganza de pequeños agravios y la relaciona ROJAS a "unos malaventurados sonetos que habían circulado por esos días, atrayendo sobre ellos una lluvia de epigramas agudos y de letrillas". Y si bien Labardén no se atreve a defender los tales sonetos, encuentra peores los versos de quienes los criticaban. Ello es que en la "*Sátira*", en la cual Labardén se muestra ya como un verdadero hombre de letras, y que fué muy celebrada por los contemporáneos, se manifiesta ya de manera inequívoca el sentimiento orgulloso y regionalista de una patria local dentro de la común América.

Entre sus maestros de Chuquisaca tuvo uno Labardén que le distinguía con especial predilección; fué éste el Padre Valdez, que filántropo y liberal franqueó al discípulo su biblioteca, tal como el canónigo Terrazas lo hizo con Mariano Moreno. En ella conoció Labardén algunas de las tragedias de Esquilo y Sófocles, dos o tres de las comedias de Plauto, como también tal o cual obra de Alarcón, Calderón de la Barca y Tirso de Molina; todas ellas, así como "La Celestina" de Fernando de Rojas y las teorías acerca del arte dramático sustentadas por los clásicos paganos — Aristóteles y Horacio — y defendidos por los clasicistas modernos — Boileau y Luzán — fueron tema de conversaciones con el maestro, también dado a tal índole de estudios, y traductor y comentarista, a la sazón, del drama incaico "*Ollantay*". Así se despertó en Labardén el gusto dramático, encaminado por la doble acción de la lectura y del mentex hacia la tragedia de asunto ameri-

cano, al punto que, hallándose aún en Charcas, esto es, en su primera juventud, escribió un drama alrededor de un pasaje de "*La Araucana*" de Ercilla, que, cual papel olvidado, se extravió.

Cuando el virrey Vértiz fundó el primer teatro, y hay quien asegura que ello fué por sugestión de Labardén, éste le apoyó decididamente y aportó una obra autóctona: el drama "*Siripo*", que se estrenó con éxito extraordinario el domingo de Carnaval de 1789, precedida de una loa, también en verso, relativa a los niños expósitos, la cual así como el "*Siripo*" perdióse luego. Subió nuevamente a escena el drama de Labardén en Montevideo y Buenos Aires, después de 1810, en las fiestas de celebración del aniversario patrio, lo que nos hace suponer que si su original se perdió en el incendio del teatro, ha de haber sido en el de 1832 y no en el de 1792.

Del "*Siripo*" no conocemos sino el texto del acto segundo, y ello gracias al celo de don JUAN MARÍA GUTIÉRREZ, cuya probidad literaria garante la autenticidad, pero, procediendo por inducción, puede asegurarse que nuestro primer poeta dramático se atuvo, en cuanto al argumento, al episodio del violento amor de los caciques timbúes Mangoré y Siripo por la mujer del conquistador Sebastián Hurtado, Lucía Miranda, al cual la historia documental atribuye el valor de mera leyenda, pese a la tradición recogida por los cronistas jesuitas en Ruy Díaz de Guzmán, el más antiguo narrador de tal suceso.

Verdadera o falsa la tal leyenda, ello es que Labardén la recogió para su drama, aunque ignoramos si la siguió o no literalmente. Lo verosímil y posible es que en el primer acto Labardén haya arrancado de la paz estipulada entre los conquistadores y el cacique de los timbúes, Mangoré, que con su hermano Siripo protege al fuerte de Sancti-Spiritus, que Gaboto dejara en el Paraná al mando del capitán Nuño de Lara, por obra y gracia de la pasión que en su pecho encendiera Lucía Miranda. Ante la imposibilidad de ver satisfecha tal pasión, Mangoré quebranta la paz y tras declarar la guerra y destruir el fortín, muere en la pelea, de cuyas resultas queda la hermosa española cautiva de los indios.

El segundo acto, único que conocemos, abarca quince escenas y se desarrolla en el campamento de Siripo, que

habiendo heredado de su hermano el cacicato y la pasión por Lucía Miranda, inútilmente pretende los favores de ésta, cuyo esposo, de vuelta de una expedición al alto Paraná, viene en su busca. De haber seguido Labardén fielmente la crónica originaria, debió completar su obra un tercer acto, en cuyo transcurso Siripo, que ha prometido conservar la vida de los esposos con la condición de que no han de verse, al ser burlado por ellos, enloquecido por los celos, ordena su muerte: la de Hurtado asaeteado junto a un árbol, la de Lucía en la hoguera cruel.

Pero he aquí que la tradición atribuye cinco actos al drama de Labardén, lo que parece excesivo, pues el argumento, de suyo poco complicado, cabe con holgura en los tres actos que acabamos de bosquejar. De estar la tradición en lo cierto, ha de admitirse que Labardén, deseoso de satisfacer los cánonesseudoclasticistas que exigían al drama los cinco actos — ni más, ni menos — de que habla Horacio, debió incluir tan extensos como inútiles parlamentos hasta colmar la medida preestablecida.

El fragmento que de "*Siripo*" conocemos está escrito en versos endecasílabos de rima asonante, más a la manera de los autores dramáticos de la España de su siglo, imitadores de los franceses, que de los castizos dramaturgos del siglo de oro de las letras españolas, que prefirieron el típico octosílabo. En él los personajes se manifiestan a través de un diálogo, vivo y movido, o de largos monólogos, caracterizados uno y otros por el énfasis, que cae ya en lo hueco, ya en lo prosaico, sin dejar por ello de alcanzar en determinados momentos, por ejemplo al finalizar el acto, cierta vibrante plasticidad.

A pesar de no ser la tragedia de Labardén sino uno de los muchos ensayosseudoclasticistas del siglo XVIII, no carece enteramente de mérito literario, pero, en realidad, su verdadero valor estriba en el hecho de haber sido la primera obra dramática escrita en nuestro suelo y en sus tradiciones inspirada.

Otras obras teatrales: "*La pérdida de Jerusalén*" y "*La muerte de Filipo*", ya no de asunto americano, según el título permite colegir, preparaba Labardén, que seguirían al "*Siripo*", "si éste navega con próspero viento", según lo anuncia en carta dirigida a su amigo Manuel Basabilvaso; pero el

incendio del teatro, que hacía imposible toda representación, quebró sus proyectos. Y nuevamente desaparece de escena Labardén hasta el año 1801, en que al fundar don Antonio Cabello y Mesa "*El Telégrafo*", le busca haciendo honor a sus reconocidos méritos, y engalana con su "*Oda al majestuoso Río Paraná*" el número inicial del primer periódico argentino.

La "*Oda al Paraná*", en la que el poeta volvía a inspirarse en los motivos autóctonos, nos le muestra culto versificador de vena civil y le acredita como el primer cantor de la naturaleza argentina, a la que ensalza, pese al regionalismo que toda la obra respira, no todavía como el hijo de un país libre, sino como el súbdito fiel de la corona española. Después de ella, que lo consagró el primer poeta del Plata y fué calurosamente aplaudida por sus contemporáneos y seguida de numerosas imitaciones, todas muy inferiores, entre las que citaremos la de Prego de Oliver y la de Manuel Medrano, Labardén llamóse a silencio, aunque, según el testimonio de VICENTE FIDEL LÓPEZ, cuando su padre, el joven Vicente López y Planes, sometió en 1807 al juicio del autor del "*Siripo*" su poema "*Al triunfo argentino*", el maestro preparaba uno acerca de la defensa de Buenos Aires, que rompió al leer las primeras cuartillas del joven cantor de la Reconquista, el cual, reconocido, inicia sus versos llamándole "Hijo de Apolo" y ensalzando su celestial inspiración.

Habían llegado ya para Labardén, los tristes años del ocaso, y apenas sabemos de él en ese entonces, que con su esposa, que lo era su prima doña Celedonia de la Quintana, vivió ya en la Colonia del Sacramento, ya en su heredad de los Sauces, para morir en el mar, antes de la Revolución de Mayo, que había de convertir en realidad sus ensueños de una patria argentina grande y magnífica.

AL PARANÁ *

Augusto Paraná, sagrado río,
primogénito ilustre del Océano,
que en el carro de nácar refulgente ¹,
tirado de caimanes, recamados

* Las notas son del poeta.

¹ Hay en el Paraná multitud de conchas que fácilmente se descascaran, (y)

muestran un bruído nácar que puede ser un ramo de industria. Los paraguayos las emplean en embutidos.

de verde y oro, vas de clima en clima,
 de región en región, vertiendo franco
 suave frescor y pródiga abundancia,
 tan grato al portugués como al hispano:
 si el aspecto sañudo de Mavorte,
 si de Albión los insultos temerarios ²
 asombrando tu cándido carácter
 retroceder ³ te hicieron asustado
 a la gruta distante que decoran
perlas nevadas ⁴, igneos topacios,
 y en que tienes volcada la urna de oro ⁵
de ondas de plata ⁶ siempre rebosando:
 si las sencillas ninfas argentinas
 contigo temerosas profugaron
 y el peine de carey allí escondieron
 con que pulsan y sacan sonos blandos
en lirás de cristal, de cuerdas de oro,
 que os envidian las Deas del Parnaso:
 descende ya, dejando la corona
 de juncos retorcidos, y dejando
 la banda de silvestre camalote ⁷,
 pues que ya el ardimiento provocado
 del heroico español, cambiando el oro
 por el bronce marcial ⁸ te allana el paso,
 y para el arduo, intrépido combate
 Carlos presta el valor, Jove los rayos.
 Cerquen tu augusta frente alegres lirios
 y coronen la popa de tu carro;
 las ninfas te acompañen adornadas
 de guirnaldas, de aromas y amaranto;
 y altos himnos entonen, con que avisen
 tu tránsito a los dioses tributarios.
 El Paraguay, el Uruguay lo sepan,
 y se apresuren próbidos y urbanos
 a salirte al camino, y a porfía
 te paren en distancia los caballos
 que del mar patagónico ⁹ trajeron;

² Bloqueo de los ingleses.

³ No deben olvidar los amigos del país el raro fenómeno de haberse echado menos en los cinco años pasados el ordinario, crecimiento del Paraná, y las grandes resultas de este acaecimiento con respecto al comercio interior y cría de ganados. De semejante suceso no hay noticia y se ignora su causa. El año precedente volvió a su ordinario transborde.

⁴ La laguna Apuper, después Santa Ana, hoy de las Perlas, las ha dado pequeñas en su orilla. El fondo no se ha reconocido.

⁵ Nace el Paraná en las minas de oro de los portugueses.

⁶ Se alude al nombre del Río de la Plata, que le dió el genovés Gabot impropriadamente, no criándose este metal en sus provincias, por lo que debiera mantener el nombre de Río Solís, del descubridor.

⁷ El camalote es un conocido yerbazo que se cría en los remansos del Paraná.

⁸ Aprontes navales del Superior Gobierno y Real Consulado de Comercio contra los corsarios ingleses.

⁹ Hállase en la costa patagónica un

los que ya zambullendo, ya nadando,
 ostentan su vigor, que, mientras llegan,
 lindos céfiros tengan enfrenado.
 Baja con majestad, reconociendo
 de tus playas los bosques y los antros;
 extiéndete anchuroso, y tus vertientes,
 dando socorros ¹⁰ a sedientos campos,
 den idea cabal de tu grandeza.
 No quede seno que a tu excelsa mano
 deudor no se confiese. Tú las sales
 derrites, y tú elevas los extractos
 de fecundos aceites; tú introduces
 el humor nutritivo, y suavizando
 al árido terrón, haces que admita
 de calor y humedad fermentos caros,
 Ceres de confesar no se desdeña
 que a tu grandeza debe sus ornatos.
 No el ronco caracol, la cornucopia,
 sirviendo de clarín, venga anunciando
 tu llegada feliz. Acá tus hijos,
 hijos en que te gozas, y que a cargo
 pusiste de unos genios tutelares
 que por divisa la bondad tomaron,
 céfiros halagüeños ¹¹ por honrarte
 bullen y te preparan sin descanso
 perfumados altares en que brilla
 la industria popular, triunfales arcos,
 en que las artes populares lucen,
 y enjambre vistosísimo de naos
 de incorruptible leño ¹², que es don tuyo,
 con banderolas de colores varios
 aguardándote está. Tú, con la pala ¹³
 de plata, las arenas dispersando,
 su curso facilita. La gran corte
 en grande gala espera. Ya los sabios
 de tu dichoso arribo se prometen
 muchos conocimientos más exactos

marisco que tiene, en su pequeño tamaño, que será de cuatro pulgadas, la bizarra figura de los caballos del carro de Neptuno. Ignoramos si en otra parte los hay de más bulto. o si lo deben a la fecundidad griega. Su cabeza remeda con propiedad la del caballo, y la cola torcida acaba en alas, como se pinta frecuentemente

10 La Sociedad Económica tenga por objeto, aunque sea único, indagar el nivel de los terrenos, para proporcionar el regadío a nuestros campos, cueste lo que cueste; si no puede ser por ahora, para de aquí a dos siglos.

El terreno, sin una piedra, se brinda. Conseguido esto, véase aquí el pueblo escogido.

11 Buenos Aires.

12 No se sabe adónde llega la riqueza de maderas que poseemos. Cada vez que se registran los montes, se tropieza con un portento. Acaba de probarse para curvas el tortuoso tarane; madera muy dura, tenaz del clavo, muy ligera, y que no arde.

13 Debe pensarse seriamente en cerrar a las arenas la entrada de los puertos de este río.

de la admirable historia de tus reinos,
y los laureados jóvenes, con cantos
dulcisonos de pura poesía
que tus melifluas ninfas enseñaron,
aspiran a grabar tu excelso nombre
para siempre del Pindo en los peñascos,
donde de hoy más se canten tus virtudes
y no las iras del furioso Janto.
Ven, sacro río, para dar impulso
al inspirado ardor; bajo tu amparo
corran, como tus aguas, nuestros versos...
No quedarás sin premios (¡premio santo!)
Llevarás guarnecidas de diamantes
y de rojos rubíes, dos retratos,
dos rostros divinales, que conmueven:
uno de Luisa es, otro de Carlos.
Ves ahí, que tan magnífico ornamento
transformará en un templo tu palacio;
ves ahí, para las ninfas argentinas,
y su dulce cantar, asuntos gratos.

BOLILLA II

La literatura en la Argentina durante la época de la revolución e independencia. Los escritores y los poetas.

Juan Cruz Varela, Juan Antonio Miralla.

La poesía romántica: sus orígenes. Esteban Echeverría;
José Mármol; Ricardo Gutiérrez; Carlos Guido Spano;
Olegario V. Andrade; Rafael Obligado.

LA LITERATURA EN LA ARGENTINA DURANTE LA ÉPOCA DE LA REVOLUCIÓN E INDEPENDENCIA

RICARDO ROJAS, el historiador máximo de nuestras letras, comprende bajo la común designación de coloniales todas las manifestaciones literarias producidas durante los siglos XVI, XVII, XVIII y el primer cuarto del XIX, reconociendo que en esta última etapa de tal ciclo, que corresponde históricamente a la era de la Independencia, aparecen los gérmenes de la conciencia argentina.

ROJAS no ve en el 25 de Mayo de 1810 "el meridiano cronológico de dos edades diferentes u hostiles", admite que la revolución de Mayo señaló "una brusca mutación de escenario y actores" en lo que a historia externa del país atañe, pero en cuanto a su historia interna, "por donde pasa la tradición espiritual, invisible, silenciosa, continua", ve un encadenamiento íntimo de los autores de la era revolucionaria con los de la época que la precedió, llegando a la conclusión de que "ha cambiado su posición política, pero no su posición literaria". Los autores de la Revolución, ya sean los oradores que celebraban los triunfos de la patria, o los poetas que cantaban sus glorias, son revolucionarios en política, pero conservadores en literatura. El pensamiento argentino, que rompe en 1810 sus ataduras políticas, no se ve libre hasta después de 1830 de las de índole retórica; por ello afirma ROJAS que los últimos de los coloniales, como todos ellos caracterizados por su sujeción al dogma filosófico y literario, son **Juan Cruz Varela** en el verso y **Gregorio Funes** en la prosa, representantes todavía "de aquel sistema que reposaba en el prestigio de los nombres antiguos y en la obediencia a una tradición secular".

En el conato de conquista de nuestras tierras por los ingleses, en el primer decenio del siglo XIX, episodio que ha de mirarse como remota repercusión de la guerra europea de esa época, ha de buscarse el nacimiento entre nosotros de la poesía de índole civil. Las invasiones inglesas, que sacudieron la pacífica vida de la colonia, a la que amenazaron no sólo con la pérdida del suelo, sino también de las características raciales,

por ser el invasor de diferente tipo étnico, distinta religión y diversa lengua, despertaron la conciencia popular y estremecieron la fibra heroica que rompió a cantar con inusitado entusiasmo. Surgió así una copiosa producción de corte épico, acompañada de abundantes memorias de los hechos acaecidos y de no menor número de sermones y panegíricos, todo lo cual constituyó el precedente inmediato de la literatura de la época revolucionaria.



VICENTE LÓPEZ Y PLANES

En el nutrido conjunto de la obra literaria del período de las invasiones inglesas, que comprende los años de 1806 a 1808, destácase entre las composiciones poéticas "*El triunfo argentino*", poema heroico en memoria de la heroica defensa de Buenos Aires contra el ejército de doce mil hombres que la atacaron entre los días 2 a 6 de julio, según reza el epígrafe, original de don Vicente López y Planes.

Hijo de don Domingo López, comerciante asturiano de desahogada posición y de doña Catalina Planes, el futuro autor de nuestra canción patria nació el 3 de mayo de 1785 en Buenos Aires, donde murió a los setenta y un años de edad el 10 de octubre de 1856.

Su vida carece de incidencias dramáticas y fué la de un varón ilustre, que aunque gozó de la confianza de los más destacados personajes en los momentos sucesivos de nuestra historia, no ocupó nunca un lugar de primera fila. Le vemos así actuando al lado de Moreno, Belgrano, San Martín y Alvear;

a la vera de Rivadavia y Dorrego; junto a Rosas, Urquiza y Mitre, de todos los cuales fué el amigo de confianza, o el consejero, o el secretario, o el hombre capaz de solucionar los trances difíciles.

Su estreno en la vida pública data de 1806, cuando en ocasión de las invasiones inglesas actúa en la defensa de Buenos Aires como capitán de Patricios; acompaña luego en 1810 la expedición libertadora al interior en calidad de secretario; en 1813 integra, en carácter de diputado por Buenos Aires, la asamblea que honra nuestra historia con sus democráticas resoluciones; el año de la jura de la Independencia le encuentra actuando de secretario del Director Supremo; y en 1827 le vemos en el sitio de la presidencia unitaria sucediendo a Rivadavia, para desempeñar luego un ministerio durante la gobernación federal de Dorrego.

En los años de la tiranía de Rosas, que determinó la proscripción de su único hijo, don Vicente López gozó de la amistad del dictador, a la caída del cual fué proclamado gobernador de Buenos Aires, firmando en tal carácter el pacto de San Nicolás. Sus últimos años fueron los de un patriarca; vivió rodeado del afecto de sus connacionales, que veían en él, por encima de todo, al creador del himno patrio.

Si eficientes fueron los servicios del ilustre hombre en el orden político, no son menos importantes los que prestó en el campo de las letras, que enriqueció con "*El triunfo argentino*", su poema de 1808; el "*Himno Nacional*", compuesto en 1813, y otras composiciones, la última de las cuales data de 1830, inferiores en mérito, no sólo a aquéllas, sino a la obra poética de sus contemporáneos Esteban de Luca y Florencio Varela.

Entre las dos obras máximas de López, el "*Triunfo*" y el "*Himno*", la segunda, que le ha conquistado el alto puesto que ocupa en la literatura argentina y en el corazón de nuestro pueblo, pertenece más que a las letras a la historia y su valor de símbolo excluye todo intento de análisis; la primera, en cambio, constituye su más alto valor puramente literario.

"*El triunfo argentino*"; que MENÉNDEZ Y PELAYO con todo desdén e injusticia califica de "interminable y prosaico romanzón" y al que nuestro GUTIÉRREZ elogia hasta decir de él que "mientras haya amantes de la gloria literaria de Buenos Aires será alabado como un digno modelo", es documento

precioso que evidencia cómo, por influjo de la educación colonial, la emoción sincera de nuestros primeros poetas no se manifestaba sino a través de frías formas retóricas.

Este poema, que refleja la lucha victoriosa de hombres y mujeres, y hasta de ancianos y niños, que se opusieron tenazmente al invasor en defensa de su tierra, de su raza, de su lengua, de su religión, lucha en la que el autor se había destacado por su temeraria actuación como capitán de Patri-cios, consta de alrededor de mil endecasílabos dispuestos a la manera del romance heroico, esto es: asonantados los versos pares y sueltos los impares. Son sus características el amanerado énfasis declamatorio y el abuso de la mitología clásica, que ahogan lo típico y genuino, a punto que el poeta, al decir de ROJAS, "habla un idioma totalmente ajeno a su tiempo, a su asunto, a su medio".

La inspiración de López en "*El triunfo argentino*" no es siempre elevadamente poética: no pocos versos prosaicos y ripios, ya de idea, ya de palabra, afean el poema, que cae muchas veces en lo pedestre. Como poeta imaginativo, López acusa, en general, pobreza de ritmo y color, si bien logra, tal cual vez, felices cuadros, como, por ejemplo, el de la descripción de la lucha con el invasor en el centro de Buenos Aires.

No ha de concluirse por lo apuntado que "*El triunfo argentino*" carezca de todo valor literario, pues sus mejores pasajes justifican la fama de que, como poeta, gozó López, pero puede afirmarse, sí, que otros serían sus méritos si el autor dejando de lado la retórica pseudoclásica, se hubiera manifestado en forma más sincera y espontánea, como lo hizo en una de sus composiciones menos conocidas, en su "*Oda a las delicias del labrador*", en la cual, aunque sugestionado por la aprendida literatura pagana, muestra en pasajes de verdadero sabor eglógico su profunda comprensión de la naturaleza, que le acredita como un buen discípulo del dulce fray Luis de "*Vida retirada*".

Completan la obra literaria de Vicente López y Planes varias odas heroicas: "*La victoria de Suipacha*", "*En la victoria de Maipo*", la "*Oda patriótica federal*", y algunos sonetos: "*A la muerte del general Belgrano*", "*A la muerte de Matías Patrón*". Unas y otros nada agregan, pese al juicio

favorable que de algunos críticos han merecido, a la gloria poética de López.

★

Al poema de López siguieron numerosas composiciones destinadas a cantar el magnífico triunfo que enorgulleció por igual a nativos y españoles. Entre ellas los relatos versificados de **Pantaleón Rivarola**: "*Heroica Defensa*" y "*Romance heroico*", encuadrados por sus características dentro de la poesía popular argentina, como su mismo autor lo reconoce cuando dice "escribo en verso corrido (romance), porque esta clase de metro se acomoda mejor al canto usado en nuestros comunes instrumentos [guitarras] y, por consiguiente, es el más a propósito para que toda clase de gentes lo declame y cante". Y aun más: Rivarola editó anónimamente sus romances "para que corrieran" — dice ROJAS — "como cosa del vulgo", lo que originó que los críticos le llamasen romancista de ciegos..

A los romances de Rivarola siguió copiosa serie de coplas y letrillas anónimas, que circulando en forma manuscrita o transmitiéndose oralmente alcanzaron extraordinaria difusión. Su conjunto constituye valioso tesoro documental, que ha prometido RICARDO ROJAS editar en su anunciado "*Cancionero de las invasiones inglesas*".

Diversos pueblos del virreinato del Río de la Plata compitieron en la celebración del triunfo logrado frente al extranjero invasor: Catamarca se hizo presente con un prosaico "*Poema panegírico*", original de don **José Gabriel Ocampo**, cura de Tinogasta; Montevideo con cuatro mediocres odas de **Prego de Oliver**. Y aun la misma madre patria se asoció al júbilo poético con la "*Oda a la defensa de Buenos Aires*", que compuso don **Juan Nicasio Gallego**, uno de los maestros del pseudo-clasicismo, a la sazón en los comienzos de su carrera literaria. Esta oda que canta el triunfo de América, pero de una América que combate a la sombra del estandarte castellano, es fría y vulgar, pese a la opinión, un tanto apresurada y parcial, de **MENÉNDEZ Y PELAYO**, que la califica de obra magnífica a cuyo lado "quedan las demás reducidas a una mera curiosidad bibliográfica".

★

El movimiento de Mayo, que fué, según la feliz fórmula de ROJAS "una revolución por su doctrina y una epopeya por su acción", trajo a la escena de Buenos Aires nuevos actores de voz fogosa que exaltaron el alma de las muchedumbres lanzadas a la calle para proclamar sus derechos.

Nacieron en este momento decisivo de nuestra historia los partidos políticos, en los que ha de buscarse el germen de la oratoria democrática, por igual ejercitada en las arengas pronunciadas en la plaza pública, en los debates sostenidos en el recinto parlamentario, en las columnas del periodismo cívico, en la proclama militar dentro del cuartel, en el sermón patriótico que estremecía los viejos templos coloniales.

Fué la de esos días una literatura militante, agresiva, en su mayor parte impresa en periódicos o en hojas volantes, que pertenece por igual a publicistas y poetas. Pero unos y otros, de acuerdo al viejo aforismo "el pasado contiene el porvenir", no señalan un dislocamiento entre la conciencia histórico-literaria anterior al año diez y la posterior. La cultura de la época que siguió al pronunciamiento de Mayo conservó aún mucho de lo español, como, a la inversa, mucho de lo argentino apareció ya en germen antes de esa fecha.

Los dos rasgos fundamentales de la cultura dieciochesca, que caracteriza a casi todos los escritores americanos de la era de la Independencia, aun a los más atrevidos, son, en lo que al fondo de la obra respecta, el razonamiento teológico, y en cuanto a la forma, el abuso de la cita clásica, de que hicieron gala por igual prosistas y poetas, incapaces de olvidar el latín aprendido en las viejas aulas coloniales. Tales rasgos fueron con el correr de los años relajándose al influjo del pensamiento revolucionario y de la premura y espontaneidad de la lucha, que modificaron antes que nada la prosa, introduciendo en ella corrientes renovadoras; pero la poesía permaneció por mucho tiempo fiel a los cánones eclesiásticos.

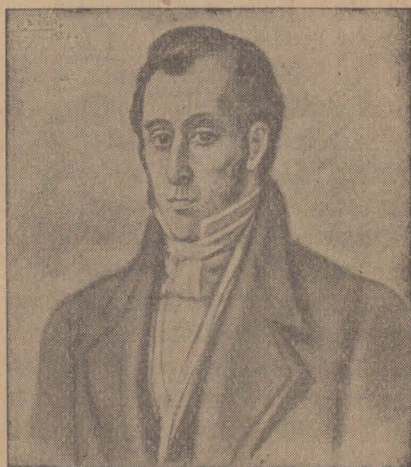
LOS POETAS

La epopeya de Mayo contó con un nutrido grupo de poetas que al cantar sus glorias lograron la popularidad. Los más significativos entre ellos son **Vicente López y Planes**, de quien

ya hablamos al ocuparnos de nuestra literatura prerrevolucionaria, Esteban de Luca y Juan Cruz Varela, y, en segundo término, Juan Crisóstomo Lafinur y fray Cayetano Rodríguez, cuyas poesías, recogidas de los periódicos en que salieron a la luz o de las hojas volantes que las popularizaron, integraron nuestras dos primeras antologías poéticas: "*La Lira Argentina*", impresa en París y editada en Buenos Aires en 1824 por don Ramón Díaz, y la "*Colección de Poesías Patrióticas*", aparecida probablemente hacia 1826.

Todos ellos, aureolados por la gloria de las hazañas que cantaron, en las que todos tuvieron, como soldados o como ciudadanos, participación activa, han sido en todo tiempo reverenciados, pero cuantos de ellos se ocuparon, confundieron la veneración que a sus virtudes cívicas era debida con la admiración que sus obras literarias pudieran merecer. El elogio que debió tributarse a su patriotismo extendióse a su inspiración literaria, nivelando valores absolutamente dispares, que corresponde a la crítica desapasionada discriminar.

ESTEBAN DE LUCA



El autor del primer canto a la emancipación americana fué Esteban de Luca y Patrón, nacido en Buenos Aires el 2 de agosto de 1786. Hizo sus estudios en el Colegio Carolino, donde tuvo por camaradas a López, Varela y Rivadavia. Cuando las invasiones inglesas comenzó su carrera mi-

litar, alistándose en el tercer batallón de Patricios con el grado de subteniente. Vuelto a la vida civil, fué alumno de la Academia de Matemáticas fundada por Belgrano, cuyos estudios debió abandonar cuando las exigencias de la revolución le tornaron a las armas. En ese entonces perteneció como capitán al regimiento América, prestando mayores servicios a la causa de la Independencia con su haber científico que con sus aptitudes militares. En efecto, dióse a la fabricación de armas con el maestro Ángel Monasterio, llegando a dirigir personalmente la preparación de las espadas y cañones que habían de dar el triunfo a los ejércitos patriotas. Sus méritos fueron reconocidos en el honroso decreto con que el Directorio Supremo del Río de la Plata lo puso al frente de los arsenales del Estado.

Pero aquel espíritu que con las pobres ciencias que aprendiera en la escuela de Belgrano supo ingeniarse para templar aceros, componer pólvora y fabricar fusiles, supo también cantar las victorias que las armas salidas de sus manos lograron en toda América. Fué a la par artesano y artista.

Su "*Marcha Patriótica*", el primero de los himnos de nuestra gesta revolucionaria, aparecida en "*La Gaceta*" del 15 de noviembre de 1810, que canta con ingenua sencillez a la solidaridad americana, a la libertad y a la mujer argentina, fué grata al corazón popular y coreada con febril entusiasmo en las asambleas patrióticas. A ella siguieron varias odas: "*Al gobierno revolucionario de 1812*", "*A Montevideo rendido*", "*A la victoria de Chacabuco*", "*Al triunfo de Cochrane sobre el Callao*", "*Al pueblo de Buenos Aires*", y dos cantos: "*A la victoria de Maipo*" y "*A la libertad de Lima*", compuesto este último por encargo del gobernador Rodríguez, deseoso de que Buenos Aires rindiera homenaje al libertador de América. En un conceptuoso decreto fué aceptado el canto de de Luca, que recibió en retribución las poesías de Homero, Osián, Virgilio, Tasso y Voltaire.

Entre sus obras menores figura una "*Canción*", de tono semejante a la "*Marcha Patriótica*", y algunas elegías. Se habla también de un poema "*La Martiniana*", probablemente dedicado a cantar las hazañas de San Martín, objeto permanente

de la admiración de de Luca, poema que no ha sido posible hallar.

La vida de de Luca fué tranquila y sedentaria; en contadas ocasiones abandonó los patrios lares, una de ellas fué su viaje al Brasil en 1824 en calidad de secretario de don Valentín Gómez, que cumplía una misión diplomática, a cuyo regreso, encallada la nave en el Banco Inglés, halló el poeta sepultura eterna en el fondo del mar. Tan trágico fin, que conmovió dolorosamente a todo Buenos Aires, inspiró a OLEGARIO ANDRADE su poema "*El arpa perdida*", el cual, unido al profundo estudio que a la vida de de Luca consagró JUAN MARÍA GUTIÉRREZ, ha contribuido a colocar a este poeta en el lugar de predilección que ocupa entre los cantores de la Revolución.

FRAY CAYETANO RODRÍGUEZ



Nacido en la villa de San Pedro, en la provincia de Buenos Aires, hacia el año 1761, Cayetano Rodríguez vistió en plena adolescencia el hábito de San Francisco, en cuya orden profesó en 1777.

Encargado de las cátedras de filosofía y teología en la Universidad de Córdoba durante nueve años, volvió en 1790 al convento franciscano de Buenos Aires, en el que, como maestro de Mariano Moreno, tuvo señalada parte en la forma-

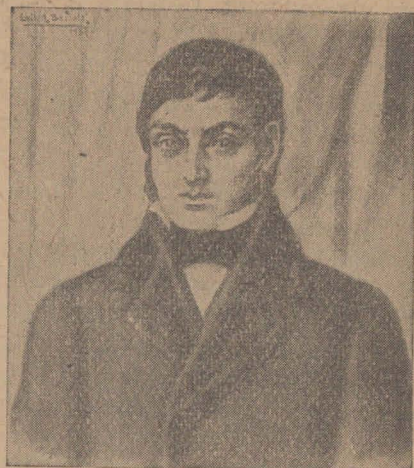
ción del futuro tribuno, que siendo en 1810 secretario de la primera Junta Gubernativa, le nombró conservador de la Biblioteca.

Fray Cayetano participó activamente en los sucesos que siguieron a la Revolución y fué sucesivamente diputado a la Asamblea Constituyente del año 13 y al Congreso de Tucumán, en el que le cupo la redacción de las *Actas*, de las cuales hizo un hermoso documento histórico. Se contó entre los opositores de Pueyrredón, de Alvear y, muy especialmente, de Rivadavia. A propósito de la reforma religiosa que éste propiciaba, sostuvo desde las columnas de "*El Oficial del día*" una acre polémica con Juan Cruz Varela.

Según el parangón de ROJAS, la figura de fray Cayetano se perfila, si bien desposeída del ciego fanatismo de Castro Barros y de la intrigante erudición del deán Funes, carente de la elevada virtud de Oro y del consciente liberalismo de Gorriti. Su obra se distribuye entre sus versos, sus cartas y sus polémicas. De los primeros, son los más inspirados los de carácter amatorio, que pecan por libres en demasía, tal "*El sueño de Eulalia contado a Flora*"; en los de carácter místico no hay verdadera unción religiosa y los patrióticos — de dos tipos: en loor de los próceres unos y en contra de los españoles otros — carecen de soltura. Son sus principales títulos: la oda "*Al paso de los Andes y victoria de Chacabuco*", "*Himno a la Patria*", "*A la memoria de Mariano Moreno*".

Fray Cayetano Rodríguez murió en Buenos Aires el 23 de enero de 1823. La fama, asaz generosa con él, ha aureolado con exceso su figura, que se nos aparece a través de su obra y de lo que de su vida sabemos, en su carácter eclesiástico, como un fraile no de los más virtuosos; considerado en su aspecto de hombre, más apasionado que inteligente; como poeta, más favorecido por la fama que por las musas; como prosista, caracterizado por todos los defectos inherentes a los coloniales; como maestro, feliz por haber tenido un discípulo de la talla de Mariano Moreno.

JUAN CRISÓSTOMO LAFINUR



Efímera fué la vida de Juan Crisóstomo Lafinur, nacido en San Luis el 27 de enero de 1797 y muerto de resultados de un accidente en Chile el 13 de agosto de 1824, a la temprana edad de veinte y siete años. Fueron sus padres un militar español, don Luis de Lafinur, venido a tierras de América con la expedición de Cevallos y que, luego de actuar sucesivamente en las luchas contra portugueses, indios e ingleses, abrazó la causa revolucionaria; y la dama cordobesa doña Bibiana Pinedo y Montenegro.

Su familia le destinaba a teólogo, para lo cual le envió a Córdoba, donde alcanzó el grado de bachiller en las aulas de Monserrat; allí tuvo por compañero de estudios a Juan Cruz Varela, y allí uno y otro escribieron sus primeros versos. Luego en Buenos Aires, robusteciéronse los lazos de esta amistad: ambos honraron con su firma las columnas de *"El Argos"* y *"La Abeja argentina"*, uno y otro integraron las sociedades intelectuales de la época, y a la par profesaron las ideas renovadoras de Rivadavia.

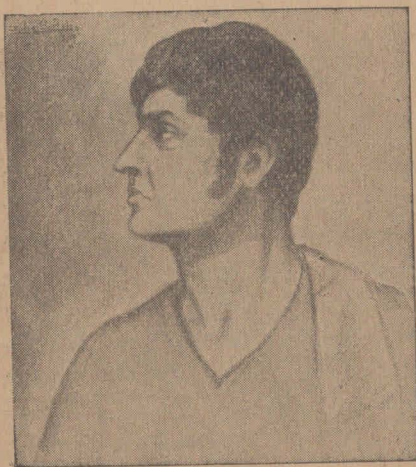
Fué la de Lafinur figura de varias facetas: su talento múltiple permitióle brillar como poeta, filósofo, maestro, periodista, y aun en los dominios de la música. La liberalidad de sus ideas le obligó en 1821 a dejar a Buenos Aires y radicarse en Mendoza, de donde luego pasó a Chile; allí casó con doña Eulogia Díaz y allí terminaron en plena juventud sus días. El aspecto más brillante de Lafinur es el de filósofo. La

era rivadaviana, propicia a las especulaciones del espíritu, le permitió renovar la enseñanza de la filosofía, que entonces se secularizó, y a la que encaminó — según destaca ROJAS — hacia los rumbos que había luego de imprimirle Diego Alcorta.

Sus primeros versos de índole patriótica datan del año 1820 y son: "*Cantos elegíacos*", escritos en ocasión de la muerte del general Belgrano y "*Oda a Valentín Gómez*", en elogio de la oración fúnebre por éste pronunciada en las exequias de aquél, a los que ha de agregarse una "*Oda a la jornada de Maipo*", inferior a la similar de de Luca, otra "*Oda a la libertad de Lima*" y un "*Himno*" para las fiestas patrias de 1822 en Mendoza, del que compuso letra y música.

Fué más abundante su vena amatoria, la mayoría de cuyos versos, entre los cuales deben citarse "*El amor*", "*A ella*", "*Los ojos*", "*Las flores*", "*Brindis*", "*A una rosa*" y la traducción de la elegía de Merville "*La caída de las hojas*", datan de sus años de Chile.

Corta fué la vida de Juan Crisóstomo Lafinur y exigua su producción, pero su talento luminoso y claro justifica la fama que le ha sobrevivido.



JUAN ANTONIO MIRALLA

Entre los poetas de la generación de Mayo hubo sólo uno que no puso su inspiración al servicio de los ideales

de la gesta emancipadora. Fué éste **Juan Antonio Miralla**, que habiendo nacido en nuestro país, murió muy lejos de él, tras

vivir la más romántica y aventurera de las vidas. En él ve RICARDO ROJAS "uno de los más originales caracteres que ha producido nuestra raza".

El celo del insigne JUAN MARÍA GUTIÉRREZ no ha logrado ilustrarnos acerca del lugar y fecha de nacimiento de Juan Antonio Miralla, de quien sólo puede asegurarse que era provinciano y cursó sus estudios en el famoso Colegio de San Carlos, pues consta en los libros de esta casa de estudios, que con fecha noviembre 9 de 1805, el discípulo Juan Antonio Miralla, que terminaba hacia ese entonces el año de filosofía bajo la dirección del profesor Juan Fernández de Agüero, actuó brillantemente en una de aquellas funciones públicas que se realizaban en la iglesia de San Ignacio y en las cuales los alumnos más aventajados sostenían, mitad en latín, mitad en castellano, proposiciones de lógica, metafísica, ética y física, contra maduros argumentadores convidados con anterioridad al certamen.

Tras tan feliz iniciación comenzó los estudios de teología, que, dotado de las cualidades que caracterizan a los hombres de acción, pronto abandonó por el de las lenguas vivas y otras ciencias de fines utilitarios.

Acallado el rumor de los triunfos de los criollos sobre el inglés invasor, distrajo la atención de todo Buenos Aires una preciosa custodia labrada por el genovés Baquí, que la expuso a la pública admiración en la iglesia de Santo Domingo, en cuyos pilares aparecieron escritos unos ingeniosos versos alusivos. Ellos valieron a su autor, que no era otro que Miralla, la protección de Baquí, y éste, valorando las prendas del joven poeta, le prohió y con él emprendió viaje a Lima, ciudad que fueron muy luego conminados a abandonar a consecuencias de los acontecimientos políticos del momento.

Pero Miralla, tal vez por su extrema juventud, o en mérito a la influencia de ciertas relaciones, logró permanecer en Lima, en cuyo Colegio de San Fernando le vemos en 1812 entregado al estudio de la medicina, sin por ello olvidar las letras. Características de las del Perú en los días de la colonia eran las descripciones de festividades públicas; a tal género pertenece el cuaderno que Miralla dedicó en el mismo año de 1812 al marqués de Torre-Tagle con el título de "*Breve descripción de las fiestas celebradas en la capital de los Reyes del*

Perú, con motivo de la promoción del Exmo. Sr. dr. dn. José Baquijano y Carrillo al Supremo Consejo de Estado, con una regular colección de algunas poesías relativas al mismo objeto". La tal descripción, por momentos elocuente, adolece de todos los defectos del mal gusto del género y de la época, de los cuales no es el menor el abuso de las citas clásicas, pero acusa ingenio y erudición.

Tal vez para agradecer el realce que la obra de Miralla prestó a los festejos con que Lima celebró a Baquijano, éste en viaje a Europa llevó a aquél como secretario privado, iniciándole en Madrid en la vida del lujo y la ostentación. Pero Miralla, que no ocultaba sus sentimientos americanos y liberales, se acarreó una seria persecución en Madrid, de índole política, ejercida por la monarquía absoluta, y filosófica, por parte de la Inquisición, que le obligó a huir a Inglaterra, de donde pasó antes de 1820 a La Habana, ciudad en la que se dedicó, para subsistir, al comercio, y desde la cual, ya dueño de ingente fortuna, añoraba a sus amigos compatriotas.

Su caballerosidad y desprendimiento le hicieron popular en La Habana, donde era grande su ascendiente, tanto que en una oportunidad logró por sí solo aquietar el furor popular que había estallado incontenible. Allí fundó en 1821, con el colombiano Fernández Madrid, un periódico intitulado "*Argos*", destinado a influir en la causa emancipadora de América y muy especialmente de Méjico, donde con Iturbide a la cabeza había estallado la rebelión.

Su amistad con el mencionado Fernández Madrid, médico, político, y dado como él a las musas, fué estrechísima. Solía en aquel dúo prestar Miralla la inspiración, a la que Fernández Madrid daba forma en versos, a juicio de JUAN MARÍA GUTIÉRREZ, "suaves, naturales y espontáneos, como hebras de seda de un hermoso capullo que se devana".

En la última mitad del año 22, el temperamento inquieto y aventurero de Miralla le llevó a los Estados Unidos, deseoso de promover y lograr la libertad de la isla de Cuba. Sabemos de su permanencia en la gran república del Norte gracias al sabio TICKNOR, el gran historiador de la literatura española, que le conoció y le oyó repetidas veces recitar versos o improvisarlos.

Pasó luego a Colombia, en cuya capital permaneció más de un año; allí desempeñó el cargo de oficial mayor del ministerio de Relaciones Exteriores y el de profesor de francés e inglés, lenguas que dominaba a la perfección, en el Colegio de San Bartolomé. Introducido gracias a sus dotes de inteligencia y sociabilidad en la mejor sociedad de Bogotá, casóse muy luego con doña Elvira Zuleta. Con ella y la hija nacida del matrimonio, se dirigió a Méjico, siempre fijo su pensamiento en la libertad de Cuba.

Una fiebre propia de los trópicos hizo presa de él durante el viaje y le arrebató a los treinta y cinco años escasos, el 4 de octubre de 1825, en Puebla de los Ángeles, tierra extraña en la que dejó en completa orfandad a una joven esposa y una tierna criatura, a las cuales nada pudo legar fuera de sus ejemplares palabras postreras: "No me acuerdo haber causado mal ninguno a ninguna persona en mi vida. A nadie le he engañado: siempre me indignó la mentira y no la admito ni aun en chanza".

Dentro de la obra de Miralla constituyen lo más notable sus dos traducciones: "*Las últimas cartas de Jacobo Dortis*", novela de Ugo Foscolo, que vertió del italiano, y la elegía inglesa de Tomás Gray "*El cementerio de aldea*". La primera de ellas, publicada en La Habana en 1822 y luego en Buenos Aires en 1835, es una versión "fácil y correcta" — dice GUTIÉRREZ — "y conserva transparentes, sin daño de la lengua castellana, las formas del original, vaporosas e indecisas a veces, enérgicas y lúgubres con mayor frecuencia".

La segunda, publicada repetidas veces con los más elogiosos comentarios por los periódicos de toda América, traduce en endecasílabos una de las más valiosas joyas de la literatura inglesa. En ella el poeta, que suele pasear al atardecer por la alameda que conduce al cementerio de la aldea, discurre acerca de la vida feliz y sosegada de aquellos que hoy duermen bajo la humilde losa sólo marcada por un apellido oscuro. Pero un día, ya no pasea el poeta, ni discurre; un epitafio que cierra la composición nos dice de su fin.

En esta traducción, al parecer casi improvisada en una reunión de aficionados a las letras, Miralla acredita sus dotes de versificador, a veces deslucidas por su afán de ser fiel al

original, que le obliga a usar de palabras poco gratas a la imaginación poética.

Forastero en su patria llama JUAN MARÍA GUTIÉRREZ a Miralla; forastero en las patrias letras, podría agregarse, pues nada hay en su obra que recuerde la tierra natal, a la que sin embargo no olvidaba, ya que en sus años de riqueza en La Habana, cuando gustaba regalarse en la lectura de sus autores favoritos en primorosas ediciones, donó a la Biblioteca de Buenos Aires, para regalo de sus compatriotas y en agradecimiento a "la gran ciudad donde recibió su instrucción", treinta y siete magníficos volúmenes, ya raros en aquel entonces, que aun hoy dicen de la finura de su gusto.

EL CEMENTERIO DE ALDEA

(TRADUCCIÓN DEL INGLÉS, DE TOMÁS GRAY)

La esquila toca el moribundo día,
la grey, mugiendo, hacia el redil se aleja,
a casa el labrador sus pasos guía,
y el mundo a mí y a las tinieblas deja.

La débil luz va del país faltando,
y alto silencio en todo el aire veo,
menos do gira el moscardón zumbando,
y allá, do al parque aduerme el cencerreo;

O en esa torre envuelta en hiedra, en donde
el triste buho quéjase a la luna
del que vagando por donde él se esconde,
en su antiguo dominio le importuna.

Bajo esos tilos y olmos sombreados
do el suelo en varios túmulos ondea,
para siempre en sus nichos colocados
duermen los rudos padres de la aldea.

Del alba fresca la incensada pompa,
la golondrina inquieta desde el techo,
bronco clarín de gallo, eco de trompa,
no más los alzan del humilde lecho.

No arde el hogar para ellos, ni a la tarde
se afana la mujer, ni a su regreso
los hijos balbuceando hacen alarde
de trepar sus rodillas por un beso.

¡Cómo las mieses a su hoz cedían,
y los duros terrenos a su arado!
¡Cuán alegres sus yuntas dirigían!
¡Cuántos bosques sus golpes han doblado!

No mofe la ambición caseros bienes
y obscuras suertes de fatigas tales,
ni la grandeza escuche con desdenes,
por humildes, del pobre los anales.

El boato y el blasón, mundo envidiable,
y cuanto existe de opulento y pulcro,
lo mismo tiene su hora inevitable:
La senda de la gloria va al sepulcro...

No los culpéis, soberbios, si en su tumba
la memoria trofeos no atesora;
do en larga nave y bóveda retumba
de alto loor la antifona sonora.

¿Volverá una urna inscrita, un busto airoso,
el fugitivo aliento al pecho inerte?
¿Mueve el honor al polvo silencioso?
¿cede a la adulación la sorda muerte?

Tal vez en este sitio abandonados
hay pechos donde ardió celestial pira,
manos capaces de regir estados,
o de extasiar con la animada lira.

Mas su gran libro, donde el tiempo paga
tributos, nunca les abrió la escuela;
su noble ardor fría pobreza apaga,
y el torrente genial de su alma hiela.

¡Cuánta brillante asaz piedra preciosa
encierra el hondo mar en negra estancia!
¡Cuánta flor, sin ser vista, ruborosa
en un desierto exhala su fragancia!

Tal vez un Hampden rústico aquí se halla
que al tiranuelo del solar, valiente
resistió; un Milton que sin gloria calla;
de sangre patria un Cromwell inocente...

Oír su aplauso en el Senado atento,
ruinas, penas echar de su memoria,
la tierra henchir de frutos y contento,
y en los ojos de un pueblo leer su historia.

Su suerte les vedó; mas en su encono
crímenes y virtudes dejó yertas;

vedóles ir por la matanza al trono,
y a toda compasión cerrar las puertas;

Callar de la conciencia el fiel murmullo,
apagar del pudor la ingenua llama,
o el ara henchir del lujo y del orgullo
con el incienso que la musa inflama.

Lejos del vil furor del vulgo insano,
nunca en vanos deseos se excedieron;
y por el valle de un vivir lejano
su fresca senda sin rumor siguieron.

Mas, protegiendo contra todo insulto
estos huesos aquel tûmulo escaso
de rústica escultura, en verso inculto
pide el tributo de un suspiro al paso.

Nombre y edad por pobre musa puestos,
vez de elegía y fama desempeñan;
y esparcidos en torno sacros textos,
que a bien morir al rústico le enseñan.

Pues ¿quién cedió jamás esta existencia
inquieta y grata al sordo olvido eterno,
y dejó de la luz la alma influéncia
sin mirar hacia atrás lánguido y tierno?

Al irse el alma, un caro pecho oprime,
y llanto pío el ojo mustio aguarda:
Naturaleza aun en la tumba gime,
y aun en cenizas nuestro fuego guarda.

Por ti, que al muerto abandonado honrando
su triste historia haces que en verso fluya,
si acaso solo, pensativo errando,
un genio igual pregunta por la tuya.

Tal vez un cano labrador le diga:
"Del alba le hemos visto a la vislumbre,
"sacudiendo el rocío en su fatiga,
"ir a encontrar el sol en la alta cumbre.

"Al pie del roble aquel algo inclinado
"que hondas raíces tuerce caprichoso,
"yacía por la siesta recostado,
"viendo al vecino arroyo bullicioso.

"Ya en ese bosque desdeñoso andaba
"sus temas murmurando y sonriendo;
"ya solitario y pálido vagaba,
"como de amor y penas falleciendo.

"Faltóme un día en la colina usada,
"junto a su árbol querido; en la dehesa
"al otro no le hallé, ni en la cascada,
"ni en la alta loma, ni en la selva espesa.

"Con ceremonia lúgubre cargado
"en el siguiente al cementerio vino,
"lee (pues sabes) lo que está grabado
"en esa piedra, bajo aquel espino".

EPITAFIO

De la tierra en el seno aquí reposa
un joven sin renombre y sin riqueza;
su cuna no esquivó la Ciencia hermosa,
y marcóle por suyo la tristeza.

Generoso y sincero fué, y el cielo
pagóle; dió cuanto tenía consigo
una lágrima al pobre por consuelo;
tuvo de Dios cuanto pidió: un amigo.

Su flaqueza y virtud bajo esta losa
no más indagues de la tierra madre;
con esperanza tímida reposa
allá en el seno de su Dios y Padre...

JUAN CRUZ VARELA

Fué Juan Cruz Varela el último representante de los poetas de educación colonial. Nacido en 1794 en el hogar de don Jacobo Varela, uno de los más conspicuos representantes de aquella burguesía mercantil característica de la colonia del



siglo XVIII, y de doña Encarnación Sanginés, sus padres destináronlo a la carrera eclesiástica. Terminados sus estudios secundarios en el Colegio de San Carlos, enviáronle al de Monserrat en Córdoba, de donde pensaban verle volver doctorado y ordenado.

Mas no fué así: aprobó el hijo los cursos de teología y cánones, al terminar los cuales orientóse, no por la senda que sus padres ansiaban para él, sino hacia la poesía, fruto de la incursión por cuyos campos fueron un poema narrativo de un motín estudiantil y otro de índole autobiográfica, "*Elvira*", fechado en 1816 y dedicado a su hermano Jacobo, al que refiere, velados por las alusiones mitológicas y el empaque escolástico, sus amores de estudiante.

Este poema de amor, palpitante de vida, en el que ya se presienten las futuras libertades románticas, el primero en que un poeta argentino se atreve a desnudar su alma, verdadero milagro si se considera la época en que fué escrito, obtuvo inmediato éxito, pese al cual, en sus años de madurez Varela suprimióle muchas de sus estrofas, que chocaban a su espíritu clasicista.

Persistiendo en la senda de la poesía erótica, hacia la que se creía llamado, a estar a su confidencia de 1817:

"No quiero, dijo Apolo
que este muchacho un día
para cantar horrores
su pluma en sangre tiña,
ni que, en pomposos metros
estragos y ruinas,
y fuego, y duelos, y guerra,
y mortandad describa.
Su corazón cual cera
al amor se derrita,
y cante solamente
juego, ternura y risas".

Varela canta a Laura y luego a Delia, sin conceder siquiera un verso a la patria epopeya, inspiradora de todos los poetas de "*La lira argentina*".

Radicado luego definitivamente en Buenos Aires, va presto dejando de lado los metros amatorios para entregarse a las musas guerreras, que había de dominar cumplida la primera década de la Revolución. Data de 1818 su "*Canto a la victoria*

de *Maipo*", la primera de sus composiciones épicas, a las que siguieron, a partir de 1822, las de índole civil destinadas a celebrar las progresistas iniciativas de Rivadavia, y luego sus producciones teatrales y su labor periodística. Después de 1829, ya expatriado, dedicóse en Montevideo a traducir a Virgilio y Horacio y a desahogar tal cual vez su rencor contra Rosas.

A través de toda su obra poética Juan Cruz Varela se perfila como un clásico, clásico por sus estudios que le adoc-trinaron en la veneración de los textos de Virgilio y Horacio; clásico por la enseñanza de maestros como Achega, de espíritu, aunque patriota, dogmático y reaccionario; clásico cuando en sus mocedades cantó a Elvira con acento escolástico; clásico en sus poemas al triunfo de San Martín en *Maipo* y en el elogio del héroe; clásico en su elegía a la muerte de Belgrano, en sus himnos "*A la libertad del Perú*" y "*A la gloria de Buenos Aires*"; clásico en el *coro* que compone para celebrar la victoria de Ayacucho, en sus versos contra el emperador del Brasil y en su salutación al héroe de Ituzaingó; clásico cuando vierte en armonías su indignación contra Rosas. Y es que si fué Juan Cruz Varela, dice ROJAS, "capaz de sacudir como ciudadano el yugo político, no era capaz de sacudir el yugo literario". En las postrimerías de su vida le alcanzó el romanticismo, que aunque Varela tal vez presintiera, no llegó a comprender en su esencia.

Excepción hecha de don Vicente López, cuyas musas silenciaron hacia 1830, Varela sobrevivió a todos los poetas de la Revolución; ello explica que su producción de orden heroica y civil exceda en número a la de cualquiera de aquéllos y sea también más varia.

En efecto, hasta 1822, su inspiración es semejante a la de López, de Luca y Lafinur, pero a partir de ese momento, militando activamente en la política de Rivadavia, Varela se pone a su servicio como funcionario, como tribuno, como periodista y como poeta. En este último carácter se vuelve eco melodioso de las progresistas iniciativas rivadavianas: la creación de la Sociedad de Beneficencia, la fundación de la Academia de Bellas Artes, la guerra contra el Brasil, las obras hidráulicas con las que se proyectaba, mediante la apertura de un canal, comunicar las provincias andinas con las del litoral, la libertad

de imprenta, todo ello fué glorificado por el numen de Varela, que lleno de patriótica esperanza cantaba los prodigios del progreso en su "*Profecía de la grandeza de Buenos Aires*", oda de severo corte clásico en que se suceden las visiones optimistas, quiméricas en aquellos días y realidad muchas de ellas en los nuestros.

Y he aquí lo sorprendente: tales ideas, liberales y subversivas para aquel tiempo, eran ensalzadas en la forma literaria característica colonial, conservadora y dogmática, cuyos rasgos distintivos eran su señalada tendencia a designar los lugares, no con su verdadero nombre, sino con apelativos cultos: Bonaria, por Buenos Aires, Colombia por América, Iberia por España, Heliópolis por Lima; la marcada predilección por el endecasílabo heroico entre los varios metros, y por la oda y el himno entre las especies líricas; el abuso de la erudición clásica y mitológica, con sus repetidas citas y alusiones.

Rivadavia, cuyo espíritu era progresista en cuanto a organización social, pero reaccionario en lo que a forma de gobierno atañe, encontró su par en Varela, a quien distinguió desde que se radicó en Buenos Aires, designándole para un bien remunerado empleo en su ministerio, siendo gobernador Martín Rodríguez. Luego, ya presidente, le dispensó su más amplio favor y le brindó su cordialísima amistad.

Y si el poeta prestó al estadista ayuda eficaz en la prensa y en la tribuna, halló a su vez satisfacción para su amor a las letras en los diversos círculos literarios creados en esa época, entre los cuales fué el más prestigioso la "*Sociedad Literaria*", nacida en 1822 bajo la protección de Rivadavia y la presidencia de Vicente López. Al calor de tal sociedad nacieron las dos tragedias clásicas que Varela escribió: "*Dido*" y "*Argia*", la primera de las cuales, cumpliendo expreso deseo del ilustre gobernante, fué leída en casa de éste y en presencia de López. Ella no es sino una dramatización, en romance endecasílabo, del libro IV de la "*Eneida*" de Virgilio, dividida en tres actos, de alrededor de quinientos versos cada uno. Se desarrolla en Cartago, a donde Eneas, que huye del incendio de Troya, llega en busca de la Italia de que hablan las profecías; y son sus personajes, además de éste, Dido, reina de Cartago, su hermana Ana, Nesteo y Sergesto, jefes troyanos, y Barcenia, dama de palacio.

En cuanto a técnica, Varela se muestra discípulo fiel de Racine, Alfieri y Quintana, los maestros del clasicismo dieciochesco y esclavo de las tres unidades dramáticas. Por ello su "*Dido*" carece de acción, para convertirse en mero alarde de enfático lirismo; el poeta narra, describe, relata, pero sus criaturas ideales carecen de vida y movimiento. Con agudo sentido crítico ha dicho de ella ROJAS que "es el comentario escénico de un argumento que se ha desarrollado antes de levantarse el telón".

La "*Dido*" de Varela parece no haber sido nunca representada; hubo de ella una segunda lectura, también a cargo del poeta, ante algunas damas y caballeros vinculados a la "*Sociedad Literaria*". Como fuera a raíz de ella muy favorablemente acogida y comentada por la prensa, es de suponer que si no subió a escena, ha sido por la carencia de intérpretes capaces.

A "*Dido*" siguió en 1824 "*Argia*", igualmente de asunto tomado a la antigüedad y de corte clásico. Inspirada en la "*Antígona*" y el "*Poliniceo*" de Alfieri, consta de cinco actos, cuya acción toda se desarrolla en el palacio de Creón, rey de Tebas, y son sus protagonistas Adraastro, rey de Argos, su hija Argia, Eurimedón, favorito de Creón y jefe de sus fuerzas.

Más dramática que "*Dido*", "*Argia*" le es inferior en el verso, muchas veces desmayado y prosaico. Una y otra tragedia, frutos de un Varela completamente extraño a su época y a su pueblo, constituyen, pese a sus numerosos defectos, que no son otros que los propios del escolasticismo clásico, los dos intentos dramáticos más importantes de la literatura argentina hasta los días del último de nuestros poetas coloniales.

Caído Rivadavia y su régimen, Varela debió expatriarse y refugiarse en Montevideo, donde el destierro era menos cruel. Allí se dió a traducir los poetas latinos y luego, ya cubierta la patria de luto y sangre por Rosas y sus secuaces, lloró en sus versos la triste suerte de Buenos Aires. Se destaca entre sus composiciones de esa sombría época de su vida, la dedicada "*Al 25 de Mayo de 1838*", plena de entusiasmo por las glorias pasadas y de desesperanza por el trágico presente de la patria bienamada.

Aunque sus años eran todavía los de la juventud en plena madurez, Juan Cruz Varela presentía ya su muerte, de la que

hablaba con su hermano Florencio, encomendándole para después de ella a su única hija. Refleja su estado de ánimo su hermosísima elegía "*De mi muerte*", que respira a la par que cristiana resignación, la serenidad de los grandes maestros paganos.

Dejó Varela este mundo el 25 de enero de 1839, entre la consternación por igual sincera de los emigrados argentinos y los poetas uruguayos, que aunque veían en él al último sobreviviente de un tipo de cultura ya desplazada, le reconocían como al más culto entre los poetas y al más completo entre los hombres de letras florecidos antes de los días del romanticismo.

EL 25 DE MAYO DE 1838, EN BUENOS AIRES

"Ya raya la aurora del día de Mayo:
salgamos, salgamos a esperar el rayo
que lance primero su fúlgido sol.

Mirad: todavía no asoma la frente,
pero ya le anuncia cercano al Oriente
de púrpura y oro brillante arrebol.

Mirad esas filas; el rayo, el acero,
los patrios pendones, la voz del guerrero
al salir el astro saludo le harán.

De párvulos tiernos inocente coro
alzará a los cielos el canto sonoro,
y todas las madres de amor llorarán.

Por los horizontes del río de Plata
el pueblo en silencio la vista dilata
buscando en las aguas naciente fulgor;

Y el aire de vivas poblaráse luego
cuando en el baluarte con lenguas de fuego
anuncie el momento cañón tronador:

Cándida y celeste la patria bandera
sobre las almenas será la primera
que el brillo reciba del gran luminar:

Y ved en las bellas cándida y celeste
como la bandera, la nítida veste
en gracioso talle graciosa ondear.

Yo he sido guerrero: también ha postrado
mi brazo enemigos: me le ha destrozado
la ardiente metralla del bronce español.

No sigo estandartes inútil ahora;
pero tengo patria... Ya luce la aurora,
y seré dichoso si miro este sol".

Así entre extranjeros que absortos oían,
y a ver esta pompa de lejos venían,
hablaba un soldado, y era joven yo.
¡Qué Mayo el de entonces! ¡Qué glorias aquéllas!
¡Pasaron! ¡Pasaron! Ni memoria de ellas
consiente el tirano que el mando robó.

¡Ay, sella tus labios, antiguo guerrero,
y no hables ahora si ansioso extranjero
la gloria de Mayo pregunta cuál es!

Sí, sella tus labios, reprime tus iras,
¡ah, no te desprecien los hombres que miras,
espera los días que vendrán después!

¡En vano se abrieron de Oriente las puertas!
¡Como en negra noche mudas y desiertas
las calles y plazas y templos están!

Sólo por escarnio de un pueblo de bravos
bandas africanas de viles esclavos
por calles y plazas discurriendo van.

Su bárbara grito, su danza salvaje
es en este día meditado ultraje
del nuevo caribe que el Sur abortó.

Sin parte en tu gloria, nación Argentina,
tu gloria, tu nombre, tu honor abomina;
en su enojo el cielo tal hijo te dió.

Feroz y medroso, desde el hondo encierro
do temblando mora, la mano de hierro
tiende sobre el pueblo mostrando el puñal.

Vergüenza, despecho y envidia le oprimen;
los hombres de Mayo son hombres de crimen
para este ministro del genio del mal.

Sin él, *patria, leyes, libertad* gritaron,
sin él, valerosos la espada empuñaron,
rompieron cadenas y yugo sin él.

Por eso persigue con hórrida saña
a los vencedores de su amada España,
y en el grande día la vengá crúel.

El Plata, los Andes, Tucumán hermoso,
y Salta, y el Maipo, y el Perú fragoso

¿le dieron acaso pugar y vencer?

Vilcapujio, Ayuma, Moquegua, Torata,
donde la victoria nos fué tan ingrata,
¿le vieron acaso con gloria caer?

A fuer de cobarde y aleve asesino,
espiaba el momento que al pueblo argentino
postrado dejara discordia civil;

Y al verle vencido por su propia fuerza,
le asalta, le oprime, le burla, y se esfuerza
en que arrastre esclavo cadena servil.

¡Oh Dios! No supimos vivir como hermanos;
de la dulce patria nuestras mismas manos
las tiernas entrañas osaron romper:

¡Y por castigarnos al cielo le plugo
hacer que marchemos uncidos al yugo
que obscuro salvaje nos quiso imponer!

¿Y tú, Buenos Aires, antes vencedora,
humillada sufres que sirvan ahora
todos tus trofeos de alfombra a su pie?

¿Será que ese monstruo robártelos pueda
y de ti se diga que sólo te queda
el misero orgullo de un tiempo que fué? ¹

¿Qué azote, qué ultraje resta todavía,
qué nuevo infortunio, cara patria mía,
de que tú no seas la víctima ya?

¡Ah, si tu tirano supiese siquiera
reprimir el vuelo de audacia extranjera
y vengar insultos que no vengará!

De Albión la potente sin duro castigo,
del Brasil, de Iberia bajel enemigo
la espalda del Plata jamás abrumó.

¡Y hora extraña flota le doma, le oprime,
tricolor bandera flamea sublime,
y la azul y blanca vencida cayó!

¿Qué importa al perjurio tu honor o tu afrenta?
Los heroicos hechos que tu historia cuenta,
tus días felices, tu antiguo esplendor,
deslumbran su vista, confunden su nada,
y el bárbaro intenta dejar apagada
la luz que a los libres en Mayo alumbró.

¹ Col misero orgoglio d'un tempo che fu,
dice el vehemente Manzoni en uno

de sus coros. — (Nota del autor).

Tú, que alzando el grito despertaste un mundo
postrado tres siglos en sueño profundo
y diste a los reyes tremenda lección,

¿De un déspota imbécil esclava suspiras?
¡Eh! contra tu fuerza, ¿qué valen sus iras?
¿No has visto a tus plantas rendido un león? ²

¡Hijos de mi patria, levantad la frente
y con fuerte brazo la fiera inclemente
que lanzó el desierto, de un golpe aterrada!
Lavad vuestra mancha, valientes porteños,
y mostrad al mundo que no tiene dueños
el pueblo que en Mayo gritó *Libertad*.

2 Alusión al último verso de la primera estrofa del Himno Nacional

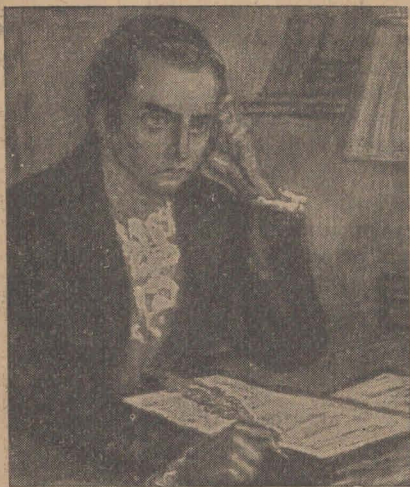
Argentino. — (Nota del autor).

LOS PROSISTAS

Las grandes revoluciones no se limitan a un simple cambio de nombres en el gobierno, sus efectos alcanzan a toda la organización civil. Así la de Mayo renovó todos los valores de la sociedad colonial, incluída su cultura, pero ello no fué obra de un momento sino de largos años, durante los cuales, mientras los próceres empuñaban las armas para afianzar la libertad, los publicistas, pluma en mano, moldeaban la nueva nación.

Y si interesa a las generaciones que han de venir tras un movimiento de tanta trascendencia como el de nuestra Revolución, conocer su desenvolvimiento militar y político, que constituyen su historia externa, no es de menor importancia su desenvolvimiento interno reflejado en la historia del pensamiento y la cultura.

Hemos de conocer el pensamiento de la revolución de Mayo a través de sus publicistas, oradores e historiadores: Mariano Moreno, Bernardo Monteagudo, Juan Ignacio Gorriti, el deán Gregorio Funes.



MARIANO MORENO

No hay ejemplo de unión tan íntima entre los hechos y el hombre, como la que nos ofrecen **Mariano Moreno** y la revolución de Mayo. Una y otro se complementan: si aquél es el vocero de la Revolución que propaga sus ideales, ésta es el fondo magnífico que engrandece su palabra.

Hijo primogénito del santanderino don Manuel Moreno Argumosa y de la porteña doña Ana María Valle, nació Mariano Moreno en Buenos Aires el 23 de septiembre de 1778. Cursados sus primeros estudios en la Escuela del Rey y los secundarios en el Colegio de San Carlos, sus padres, que deseaban y podían darle esmerada educación, le enviaron a Chuquisaca, en cuya universidad conquistó el título de doctor en Leyes. Y si en Buenos Aires fué discípulo predilecto de fray Cayetano Rodríguez, allí le distinguió el canónigo Terrazas, que llegó a permitirle la lectura de los libros prohibidos de su biblioteca.

Volvió a Buenos Aires casado con doña María Guadalupe Cuenca; de salud escasa y carácter serio y retraído, dividió aquí su tiempo entre las tareas de su flamante estudio de abogado y las preocupaciones de su hogar.

Cuando los sucesos preparatorios de la revolución de Mayo, no tuvo intervención alguna hasta el día 24, pero el 25 convirtiéndose en el alma del movimiento. Designado secretario de la Primera Junta Gubernativa, fué durante seis meses el depositario de la suma del poder público, hasta que surgieron sus se-

rias divergencias con el presidente Saavedra. Algunas de sus más enérgicas disposiciones: el fusilamiento de Liniers en Córdoba, las sangrientas represiones de los realistas del Alto Perú, su inteligente oposición a la incorporación a la Junta de los diputados provinciales; unidas al temor que su temperamento fogoso, tan diferente al de Saavedra henchido de amor propio, despertaba, determinaron su caída, no sin que antes de ella alcanzara a formar escuela entre los jóvenes, que habían de organizarse luego en el "*Club Patriótico*" de 1811 y en la "*Sociedad*" de 1812.

Los hombres de la tendencia opuesta a la de Moreno lograron, para alejarle, enviarle a Londres con una misión diplomática, que no alcanzó a cumplir, pues murió durante el viaje, el 4 de marzo de 1811, a los treinta y tres años de su edad. Envueltos en la bandera inglesa, sus restos reposan desde entonces en el fondo del mar.

Entre los escritos de Mariano Moreno, obra de un verdadero revolucionario, se destacan como los más notables los nacidos en los momentos más decisivos de su actuación. Son éstos: la "*Representación de los Hacendados*", de las vísperas de la Revolución; la propaganda de "*La Gaceta*", cuando la Revolución era un hecho, y "*Las miras del Congreso*", en momentos en que los diputados capitulares iban a incorporarse a la Junta Gubernativa.

La primera, cuyo verdadero título dice "*Representación que el apoderado de los hacendados de las compañías del Río de la Plata dirigió al Excmo. Señor Virrey don Baltasar Hidalgo de Cisneros en el expediente promovido sobre proporcionar ingresos al erario por medio de un franco comercio con la Nación inglesa. — Con superior permiso. — Buenos Aires, 1810*", escrita en plena época colonial, pero ya agitada por la inminencia del movimiento próximo, es un verdadero alegato forense, en el cual lo que más nos interesa es la crítica del sistema económico español.

La propaganda de "*La Gaceta*" representa una obra fragmentaria, escrita bajo el apremio de las circunstancias, en la cual Moreno predica con ardor la libertad, precisamente en los momentos en que dentro del gobierno ejercía un poder casi absoluto.

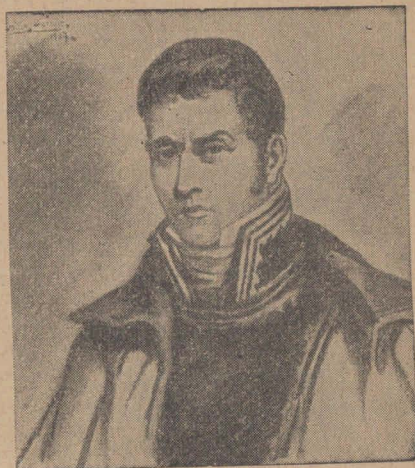
Su ensayo "*Sobre las miras del Congreso que acaba de convocarse y constitución del Estado*", primeramente publicado en números sucesivos de "*La Gaceta*", es ya labor de estadista, a la que su muerte prematura confiere, al decir de ROJAS, carácter de testamento político.

En éstos escritos se halla condensada la doctrina democrática de Moreno, nombre con el que ROJAS los reúne. Fuera de ellos están sus escritos que diremos menores: alegatos forenses, una "*Memoria sobre las invasiones inglesas*", posiblemente arreglada por su hermano Manuel, en que palpitan las inquietudes de su alma y aparece un Mariano Moreno más sensible al espectáculo que sus ojos contemplan, que pensador austero.

La obra de Mariano Moreno, valiente y noble en sus doctrinas, que por otra parte no eran originales de él; correcta y transparente en su prosa, carece de verdadero estilo literario, pero ella ha de ser mirada como la más inspirada expresión de nuestro movimiento revolucionario. En ella proclama Moreno su fe en las fuerzas de la tierra y del trabajo libres, su convencimiento de la excelencia de los sistemas republicanos y su deseo imperioso de organizar un gobierno que sea exponente de la soberanía de todos los pueblos adheridos al movimiento revolucionario. Ella trasunta la cultura filosófica y literaria de Moreno, de puro corte clásico, influencia de las escuelas coloniales en que se formara, a la que se unen las modernas teorías de los estadistas ingleses, los enciclopedistas franceses y los economistas españoles.

Fué preocupación fundamental de Mariano Moreno la democracia, que no podía ser, a sus ojos, sino fruto de la cultura. Ello explica su esfuerzo para difundir ésta, ya fundando periódicos y bibliotecas, ya traduciendo libros, ya procurando en todas formas educar al pueblo, en quien veía al soberano supremo. ¡Grande desgracia para nuestra flamante nación, luego desgarrada por luchas internas, que fuera tan fugaz el paso del abnegado tribuno por su escenario político!

BERNARDO MONTEAGUDO



Entre los continuadores de Mariano Moreno el más destacado es **Bernardo Monteagudo**. Nacido hacia 1785 en San Miguel del Tucumán o en Jujuy, donde vivía su padre, que lo fué el español don Miguel de Monteagudo, y costeados sus estudios de primeras letras por el Cabildo, no aparece en la vida pública hasta 1809, fecha en que le encontramos, ya con el título de abogado obtenido en Chuquisaca, interviniendo en la revolución de La Paz.

En 1810 apoya a Castelli en la expedición al Alto Perú y le defiende después del desastre de Huaqui; participa activamente en la ejemplar sanción de los gestores de la conspiración de Alzága; continúa la obra que Moreno emprendiera en "*La Gaceta*", para afianzar la cual inaugura la "*Sociedad Patriótica*" y crea un nuevo periódico, el "*Mártir o Libre*".

Miembro de la Asamblea Constituyente del año 13, como diputado por Mendoza, sufre con Alvear, para defender cuya política había fundado "*El Independiente*", los rigores del destierro en 1815, pero logra escapar del barco en que se hallaba preso y se dirige al Brasil, Francia, Inglaterra y Estados Unidos, de donde vuelve rico de experiencia y lectura.

Hacia 1817 reaparece con San Martín en la campaña libertadora, luego milita activamente en la política de Chile, cuya *Acta de proclamación de la independencia* le cabe el ho-

nor de redactar; secunda a O'Higgins y desempeña importante papel en la ejecución de los hermanos Carrera.

Como secretario y encargado del boletín del ejército sigue a San Martín al Perú, allí logra destacada posición, que pierde cuando la expatriación de aquél, después de la cual es desterrado a consecuencia de una revuelta popular. Refugiado en el Ecuador, Monteagudo intima con Bolívar, cuya obra secunda en el Norte. Entretanto, el Congreso de Lima le declara fuera de ley, y en esta ciudad, en la noche del 28 de enero de 1825, es asesinado alevosamente por orden de sus enemigos, a manos del negro Candelario Espinosa.

La obra de Monteagudo, superior a la de cuantos en América escribieron entre 1811 y 1824, comprende *memorias, ensayos, discursos, artículos periodísticos y cartas*. Son sus valores más altos, los escritos en que el publicista alcanza su plenitud como hombre y como pensador, su memoria política "*Sobre los principios que siguió en la administración del Perú y acontecimientos posteriores a su separación*" y su ensayo "*Sobre una federación general de los Estados hispano-americanos y plan de su organización*". La primera, que data de 1823, habla de la serenidad de su autor ante la desgracia y de su fe en su combativa juventud; en ella merecen destacarse reflexiones plenas de profundo estoicismo, como éstas: "Yo no escribo para inflamar pasiones ajenas, ni para desahogar las mías: un sentimiento de respeto a la opinión de los hombres me obligó a interrumpir el silencio con el cual he contestado siempre a las declamaciones del espíritu de partido y a los argumentos del odio... A los que deseen saber mi situación, después de las vicisitudes que he sufrido, yo tengo el placer de asegurarles que vivo suelto de cuidados e inquietudes, libre de rivales, pues que a nada aspiro, y lleno de gratitud por la hospitalidad que he recibido en este país, célebre por su patriotismo y por la sobreabundancia de buenas cualidades que distinguen a sus habitantes... Con respecto al porvenir, estoy también tranquilo, cualquiera que sea el plan que las circunstancias me obliguen a seguir. Yo no renuncio a la esperanza de servir a mi país, que es toda la extensión de América: mi

edad me permite todavía formar cálculos, que aunque necesiten algunos años para realizarse, me dejan entrever a la distancia la satisfacción de salir de este mundo sin haber vivido en vano”.

Pero también dice ella del profundo desprecio hacia los enemigos y de la conciencia del propio valer del autor: “Las injurias y los elogios hechos con justicia o sin ella producen en estos tiempos la utilidad de conservar la memoria de aquél a quien se dirigen. Cada uno entra después a formar su propia opinión, y al fin prevalece la verdad por más que se la desfigura. El mérito y el demérito son las cosas más reales que hay en el mundo: ambas han sido siempre independientes de los libelos o de las apologías, que en general no son sino el diálogo de un escritor con sus pasiones”.

En el *ensayo*, aparecido en 1824, proclama la unidad de América, que era para él su patria, y su profunda fe en la fuerza y el destino del nuevo mundo, todo él integrando una amplia confederación hispanoamericana.

Completa la producción de esta época de la vida de Monteagudo su folleto acerca de la administración del Perú, desde la instalación del gobierno hasta el 15 de julio de 1822, intitulado “*Exposición de las bases administrativas*”.

Con el rubro de *propaganda revolucionaria* reúne ROJAS los artículos de combate y de doctrina que desde 1812 a 1821 publicó Monteagudo en los diversos periódicos en que colaboró: “*La Gaceta*”, “*Mártir o Libre*”, “*El Censor de la Revolución*”, “*El Independiente*”, “*El Pacificador del Perú*”. Con ellos Monteagudo continúa la obra revolucionaria iniciada por Moreno en “*La Gaceta*” y la expande por toda América, convirtiéndose, según la feliz expresión de aquél en el caballero andante de la revolución argentina.

En distintos momentos de su vida Monteagudo pronunció en las numerosas asociaciones liberales nacidas al influjo de la “*Logia Lautaro*”, de que fué uno de los más conspicuos miembros, discursos inflamados, de airada vehemencia y contagioso entusiasmo, plenos de fe y convicción, que le ca-

racterizan más que como expositor de ideas, como agitador, como verdadero demagogo, que se vierte todo entero en sus arengas rebosantes de pasión personal.

No es menos importante su epistolario, rico en cartas cambiadas con los prohombres americanos, San Martín, O'Higgins, Bolívar entre ellos, a quienes secundó eficazmente en la obra de la emancipación americana, y los que a su vez hicieron de él el confidente y el consejero.

Pocas figuras en nuestra historia han sido tan cruelmente desfiguradas como la de Monteagudo, a quien se calificó de mulato, aludiendo a la falta de noticias ciertas acerca de su madre; de inmoral, porque tuvo como todo hombre sus devaneos amorosos; de sibarita, porque era cuidadoso de su persona y gustaba del propio decoro; de temperamento enfermizo, a él que fué capaz de soportar sin mella para su salud todos los climas y todos los trabajos; de sanguinario, porque cúpole actuar como emisario de la "*Logia Lautaro*" en las ejecuciones de los perniciosos hermanos Carrera y de los sublevados de San Luis. Pero a través de su obra Monteagudo se perfila como una personalidad vigorosa, de una cultura extraordinaria para su época, dotada de viril sensibilidad y de una voluntad de hierro, puesta al servicio de su gran ideal: la emancipación de la América toda. Temido, y en consecuencia odiado por muchos de sus contemporáneos, su nombre ha vivido por largos años ahogado entre las redes de la leyenda que le convirtió, tras una vida de martirio y una posteridad expiatoria de crímenes nunca cometidos y vicios nunca padecidos, en una siniestra figura. Mas la crítica moderna, divulgando sus páginas, que revelan una vida ejemplar y un escritor altamente dotado, el más hábil prosista de la emancipación americana, le ha reconocido en su verdadera categoría de héroe de la pluma.

JUAN IGNACIO GORRITI

Con Mariano Moreno y Bernardo Monteagudo, Juan Ignacio Gorriti integra el núcleo intelectual de la Revolución.



Constituye él una de las figuras más vigorosas entre las de los albores de la patria, pese a lo cual ha sido durante casi un siglo olvidado y pospuesto a muchos de sus contemporáneos, que no pueden comparársele.

Nacido en el año 1766, en Jujuy, en el hogar del vasco don Ignacio Gorriti y su esposa doña Felicianita de Cueto, él y sus hermanos revelan la preocupación característica de aquellos hogares españoles de la colonia, que deseaban para sus hijos una esmerada educación. Graduóse Juan Ignacio de doctor en ambos derechos, civil y canónico, en la Universidad de Córdoba, hacia 1790, cuando ya soplaban en ésta las renovadoras y más liberales ideas que los franciscanos introdujeron al suceder a los jesuitas. Vivió luego por espacio de veinte años dedicado al ejercicio de su profesión, hasta que el grito revolucionario de Mayo lo arrancó de ella para lanzarlo a la vida política.

Poco se sabe de Juan Ignacio Gorriti durante ese largo lapso de su existencia que media entre la fecha de su graduación y la de los sucesos de Mayo. Ejerció en ese entonces los curatos de Cochinoca y Jujuy, pero siendo ello insuficiente para llenar la vida de un espíritu tan excelentemente dotado

como el de Gorriti, es de suponer que colmó tal vacío entregándose con fervor a la lectura, que debió ser en él intensísima, dada la universal erudición de que hace gala en sus escritos. Tal vez ya en esa época comenzara Gorriti a escribir, pero fuera de su tesis doctoral, sólo se conoce de él, como obra suya anterior a 1810, su opúsculo "*Antídoto contra el veneno de la seducción*", de cuya publicación se encargó el Cabildo de Jujuy, que para ello promovió una colecta popular. Pero la Revolución frustró el propósito, y de la obra, que debió ser extensa, no conocemos sino el título.

Llegamos así a la etapa más gloriosa de la vida de Gorriti, conocida gracias a las diligentes investigaciones que por encargo del gobierno nacional realizó RICARDO ROJAS en ocasión del centenario de la bandera en Jujuy.

En 1810 el Cabildo Abierto de su ciudad natal designa diputado a la Junta de Gobierno de Buenos Aires a Gorriti, a quien presenta como "sujeto adornado de carácter, conocimientos literarios políticos y de estado, bellas luces y todas las cualidades que se requieren para el desempeño de los dignos objetos que se ha propuesto la excelentísima Junta". Presta realidad a tales elogios la actuación posterior de Gorriti: su serena y firme actitud en la "Junta Grande" y en la "Junta de Observación", frente a la demagogia de Buenos Aires y al despótico absolutismo de Rivadavia, hasta su destierro y retorno a Jujuy, cuando el Triunvirato rechaza el primer proyecto de Constitución, en el que Gorriti había colaborado.

En los años de esta primera actuación política de Gorriti, comprendió él los peligros que trae implícitos la democracia en los pueblos que no están preparados para ella y fué, gracias a su profunda ilustración, de los pocos que tuvieron plena y segura conciencia de la revolución patria y de sus destinos republicanos.

En 1813, a raíz de la elección del diputado jujeño para la Asamblea Constituyente, llega éste a Buenos Aires provisto de unas *Instrucciones*, muy probablemente escritas por Gorriti, pues además del hecho material de haber sido halladas entre sus papeles, ellas están saturadas de los recuerdos que éste conservaba de su fugaz intervención en los primeros gobiernos patrios. Su actuación de 1810 a 1815 nos muestra a Juan Ignacio Gorriti como un autonomista convencido, celoso defensor

de la libertad de los pueblos. Como tal le vemos actuar en una cuestión de competencia democrática entre Jujuy y Salta, en la que él, en representación de su pueblo, desenvuelve sus personales principios de autonomía y democracia. Tales antecedentes perfilan a Gorriti como el precursor del federalismo en América, puesto que los uruguayos pretenden para Artigas.

En el año 1826 Gorriti ocupa una banca como diputado por Salta en el Congreso Constituyente. En él intervino con sus discursos en las principales cuestiones debatidas, apoyando las ideas organizadoras y reformistas del presidente Rivadavia, no porque se sintiera cerca de su enemigo de 1811, sino porque con ello entendía huir de la demagogia, que le avergonzaba en su carácter de argentino, y cimentar la cultura y progreso de su patria. No lo comprendieron así los federales porteños que públicamente lo zaherían, queriendo ver en su apoyo a la Constitución de 1826 una claudicación de Gorriti, al que juzgaban evolucionando hacia el unitarismo. Y es que, en realidad, el ilustre estadista sacrificaba sus principios teóricos referentes al estado, a las necesidades inmediatas del orden social.

Su informe acerca del fracaso de la comisión de que fuera encargado frente a las autoridades federales de Córdoba y sus discursos en el mencionado Congreso dicen de la profundidad de su pensamiento y de la austeridad de su conducta. Entre ellos es un verdadero ejemplo aquel en que se opuso a la erección de un monumento a los autores de la revolución de Mayo, sosteniendo que, aparte de ser prematura la idea, era inapropiada, ya que tales autores habían sido los pueblos todos de la República.

Caído Rivadavia, Gorriti vuelve a su cargo de arcediano en Salta, pero no se desentiende de sus deberes ciudadanos, precisamente en aquel momento en que hacía crisis la revolución argentina, y las provincias, llevadas por su instinto regionalista, tendían a desmembrar el país. Designado gobernador de Salta en 1829, lo que no debe sorprendernos, pues jujeños y salteños gozaban por igual de la ciudadanía de ambas provincias en aquel entonces, contribuyó Gorriti a no pocas de las reformas civiles de aquélla, pero las montoneras, que ya desgarraban el interior de nuestro país, pusieron fin a su

gestión cuando los alzamientos victoriosos de los caudillos Latorre y Quiroga en 1831.

Y así como en 1811 el Triunvirato le había obligado a abandonar Buenos Aires en el plazo de veinticuatro horas, Quiroga y Latorre le señalaron nuevamente el camino de la proscripción. Refugióse Gorriti en Bolivia, cuyo presidente le acogió con benevolencia. Allí, designado rector del Liceo de Sucre, dióse a tareas docentes; allí, siendo cura de un pequeño pueblo de Cochabamba, y sin tener a mano sus libros bienamados, que como todas sus cosas le fueron confiscadas cuando su destierro, escribió su gran libro de las "*Reflexiones*", que dice de la amargura que presidió sus últimos años al recordar la patria perdida; allí la muerte puso fin a su vida heroica y ejemplar en 1842.

La obra de la ancianidad de Gorriti, cuyo título verdadero es "*Reflexiones sobre las causas morales de las convulsiones interiores de los nuevos estados americanos y Examen de los medios eficaces para reprimirlas, precedidos de un compendio de la vida pública del autor*", y cuyo pie de imprenta dice "1836, Valparaíso, Imprenta del Mercurio", presenta sus ideas sociales acerca de democracia y educación, orientadas en el mismo sentido que las que luego habían de constituir el ideal de nuestros grandes pensadores: Echeverría, Alberdi, Sarmiento, Mitre. A través de ella Gorriti, que por sus principios filosóficos y teológicos es todavía un hombre de la colonia, es un revolucionario por sus conceptos morales y sus ideales democráticos. Y preocupado por la crisis de la Revolución, busca la causa de sus errores y propone su remedio por la educación popular.

El motivo fundamental del libro de Gorriti está concretado en el título del cuarto de sus veintisiete capítulos: "*De la necesidad de instruir y morigerar a los pueblos*". Merecen ser reproducidas, pues conservan su valor a través de los años, sus palabras: "Me parece haber hecho un servicio a Bolivia advirtiéndole a sus legisladores que la enseñanza de Destut de Tracy y de Holbach está haciendo beber a la juventud boliviana el veneno del materialismo, destructor de todos los vínculos sociales y corruptor de las costumbres; y por lo mismo incompatible con la firmeza y estabilidad de las buenas leyes y tranquilidad pública".

El propósito de las "*Reflexiones*" lo puntualiza el mismo Gorriti cuando en su prefacio dice "que es él el más importante que puede someterse al examen de todos aquellos que apetecen con ardor una paz durable y garantía eficaz a las instituciones libres sancionadas por las sociedades americanas". En cumplimiento de tal fin cívico, Gorriti inicia una enérgica propaganda contra la guerra social, apartándose por igual de unitarios y federales y patrocinando cualquier reforma, siempre que tienda a la organización nacional, cuya base ha de ser la educación del pueblo.

Gorriti pone su fe más sincera en los maestros, que deben con su acción crear al ciudadano, cuya independencia moral y material ha de ser la obra de la escuela. Son sus palabras: "Si la consideración que se dispensa en la sociedad a los funcionarios públicos está en proporción directa a la importancia de sus funciones, no trepido en afirmar que en una república bien ordenada los maestros de escuela deberán ser, después de los individuos que ejercen los tres poderes supremos, los primeros personajes y los más bien dotados de la república, pues están encargados de funciones cuyo buen o mal desempeño se hará sentir desde la cabaña del labrador hasta la silla del supremo magistrado de la República". Por todo ello, puede considerarse, según ya se ha dicho, a Gorriti como el verdadero precursor de la generación de los proscriptos, que Echeverría encabeza con el "*Dogma Socialista*" y continúa Sarmiento en su "*Educación Popular*" y Alberdi en sus "*Bases*".

Gorriti, que escribió su obra en edad ya proveya, lejos del patrio suelo, y que defiende en ella los ideales de la civilización americana, al punto de que se la puede considerar como un manifiesto de la Iglesia argentina y nacionalista, le pone fin con esta especie de testamento político, que reclama para su autor la gloria que la posteridad mezquina no le ha concedido aún: "Cierro este escrito dirigiendo mis votos al cielo por la tranquilidad y prosperidad de todos los nuevos Estados americanos; y que las generaciones futuras, más afortunadas que la presente, libres de enemigos externos y del azote de la guerra civil, al abrigo de instituciones justas y liberales, logren en paz y tranquilidad la libertad que con nuestros sacrificios les hemos conquistado, tomando lecciones de nuestros desaciertos para preservarse de ellos".



GREGORIO FUNES

Así como en el verso es Juan Cruz Varela el postre-
ro de los escritores colonia-
les, corresponde ese puesto
en la prosa a Gregorio Funes, el famoso *deán Funes* de la epo-
peya patria. Y es que si Gregorio Funes fué revolucionario,
aunque asaz inseguro en política, en el dominio de las letras
fué un hombre del siglo XVIII.

Funes vino al mundo en la capital del imperio jesuítico,
Córdoba, el 25 de mayo de 1749. Del hogar hidalgo y cristiano
de sus padres, don Juan José Funes y Ludeña y doña María
Josefa de Bustos de Lara, pasó al Colegio de Monserrat y luego
a la Universidad, cuando aun en manos de los jesuítas vivían
una y otro en pleno escolasticismo. El mismo Funes reconoce
los defectos de aquel régimen cuando, ya en la senectud, al re-
cordar sus años de escuela, dice: "Es preciso confesar que
estos estudios se hallaban corrompidos por todos los vicios
de su siglo". *¿de qué vicios habla? Literales o Materiales?*

Huérfano de padre desde muy niño, dirigieron la educa-
ción del futuro deán su madre y el padre Juárez, confesor de
ésta, quienes, entre las dos profesiones que convenían a un
hidalgo, la de las armas y la de la Iglesia, orientaron al párvulo
hacia esta última.

Gregorio Funes, siguiendo la tradición de su casa, mos-
tróse siempre sumamente adicto a los jesuítas, al punto que,

cuando la expulsión de éstos, que asumió en Córdoba verdaderos contornos de desgarramiento, se contaba entre los jóvenes que pretendieron seguirlos. Terminó sus estudios universitarios con los franciscanos, que no modificaron sustancialmente el fondo ni la forma de la enseñanza, y bajo su égida fué, como en los tiempos de los jesuitas, el alumno sobresaliente, que dotado de natural inteligencia, sabía complacer a superiores y maestros.

En sus años de aprendizaje dióse Funes con entusiasmo a los estudios latinos, que no se proponían, por cierto, el deleite espiritual por la frecuentación de los autores paganos, sino el adiestramiento en la lengua de la Iglesia y de la Universidad. El mismo Funes confiesa que "los autores de la más culta latinidad y los mejores poetas se hicieron familiares a los alumnos, quienes se emulaban en imitarlos por sus composiciones prosaicas y en verso". Y al confesarlo evidencia la gran falla de aquella enseñanza, que pretendía encerrar en moldes de otra época y de otra sensibilidad, de otra lengua y de otras creencias, el pensamiento americano. Tales antecedentes de la educación de Funes aclaran su personalidad y explican sus páginas incoloras, pero correctas, con un diáfano concepto de sencillez y claridad.

Ya doctorado en derecho canónico, realizó Funes en 1775 un viaje a España. Llevaba a la madre patria el deseo de cursar los estudios de derecho civil, que no se organizaron en Córdoba hasta 1781; y el de vincularse en la Corte le hizo preferir la universidad española a la de Chuquisaca.

En Alcalá de Henares graduóse de bachiller en derecho civil en 1778, continuó su carrera en Madrid y, antes de terminarla, el Rey le concedió una canongía en la catedral de Córdoba de España. Con su título de doctor, para obtener el cual le abreviaron exámenes, regresó a la ciudad natal acompañado del obispo San Alberto. Éste, que venía destinado a la diócesis del Tucumán, ejerció con su grande ilustración y la prestancia que le confería su actuación en la corte como predicador de Carlos III, no escasa influencia sobre Funes, que le consideraba y miraba como el discípulo al maestro. A su lado realizó Funes la espléndida carrera eclesiástica que su madre soñara para él, llegando a la dignidad de deán de Córdoba, vicario general y provisor de los beneficios vacantes.

En ocasión de la muerte de Carlos III pronunció Funes en la catedral de Córdoba una oración fúnebre que dice de la madurez de su inteligencia colonial y puede citarse como ejemplo de la oratoria sagrada española.

Cuando en 1810 se encendió la hoguera de la revolución en Buenos Aires, y el ^{gobierno} gobernador Concha, el obispo Orellana y el ex virrey Liniers intentaron resistirla en Córdoba, haciendo honor a la tradición colonial de la familia de los Funes, lo llamaron de inmediato. El primer impulso del deán Funes, ya sexagenario e incapacitado por su educación colonial para convertirse en paladín de la nueva causa, fué apoyar la contrarrevolución. Pero al acercarse el ejército de Ocampo y la misión de Castelli, vencida la conspiración que pagaron con su vida los cabecillas, Funes hízose revolucionario y fué elegido diputado por Córdoba al gobierno de Buenos Aires, llevando como punto capital de sus instrucciones el pedido de restablecimiento de los jesuitas. Tal actitud, un tanto equívoca, refleja la sinuosa dualidad de Funes, o por lo menos le muestra, así como su actuación posterior, más leal a la iglesia católica que a la revolución argentina. En efecto, cuando la Junta le pidió su parecer con respecto al patronato real y al derecho del gobierno de intervenir en la Iglesia, emitió una opinión asaz ambigua. Igualmente al expedirse acerca de la libertad de prensa instituida por el primer gobierno patrio, se manifestó partidario de la libertad, pero enemigo de la licencia, y, en tal forma, que su dictamen permitía sin violencia el ejercicio de la censura previa, que precisamente significaba el retorno a la tiranía colonial. Fácilmente se comprende que, dentro de la Junta, no pudo simpatizar con Moreno, antes bien, plegóse a Saavedra, apoyando las iniciativas que habían de llevar la anarquía al interior.

En 1820 concluye el deán Funes su carrera política, como diputado al Congreso caído en esa fecha, y como oficioso corresponsal de Bolívar, a quien llegó a ofrecerse en contra de la influencia de su patria, a cuya ciudadanía renunció.

Con escasa posterioridad a la revolución de Mayo, a juzgar por las alusiones a ésta que el trabajo contiene, escribió Funes su "*Memoria sobre la agricultura*". En ella, luego de

considerar a ésta como arte por los instrumentos de labranza de que se vale; como origen de la riqueza por sus proyecciones comerciales y como objeto de policía por su influencia en la transformación social del campo, aconseja el fomento y divulgación de la técnica agropecuaria, para lo cual propone constituir a los párrocos de campaña en monitores de agricultura, y la casa de los mismos en sede de conferencias familiares, en las que, cumplidas previamente las obligaciones religiosas, aprenderían los habitantes de la campaña, mediante un catecismo agrario, cuanto necesitaban saber para transformar aquélla en fuente de riqueza y elevar la propia cultura general. Ello no debe sorprendernos, por cuanto en la época en que el deán Funes escribía, los párrocos rurales eran los únicos puntos de apoyo con que contaba la ciudad para extender su influencia a los campos desiertos y semisalvajes. Por otra parte, la idea no es original de Funes, sino de su maestro San Alberto, que siendo obispo de Córdoba, se había preocupado del problema de las campañas argentinas.

Los libros más importantes de Funes, cuya vida se prolongó hasta 1829, son su *"Historia civil de las Provincias Unidas del Río de la Plata"*, en que refunde las de los jesuitas Lozano y Guevara, con el agregado de lo pertinente a los sucesos de Mayo, más en forma tan escueta, que se echa de ver que hubo incompreensión de su parte para juzgarlos o falta de carácter para expedirse públicamente acerca de ellos; y el *"Examen crítico sobre los discursos de una constitución religiosa como parte de lo civil"*, obra de profunda erudición y ágil dialéctica, destinada a combatir la reforma eclesiástica, y en la que se opone a la creación de la iglesia argentina.

Sus obras menores comprenden numerosos ensayos, artículos, discursos y cartas, que llenarían varios tomos, pero cuya publicación es aún promesa.

Basta lo dicho para formar idea de la personalidad de este hombre complejo que define maravillosamente ROJAS cuando de él dice que "ante el llamado de su pueblo, siente nostalgias de su oligarquía eclesiástica, y ante el llamado de su patria siente nostalgias de su metrópoli española".

LA POESÍA ROMÁNTICA EN LA ARGENTINA

Durante los años de la colonia nuestro pensamiento, fiel reflejo del español, caracterízase por la sumisión al dogma: al dogma cristiano en materia de religión, al dogma monárquico en materia de política, al dogma neoclásico en materia de arte. Dentro de tal sumisión, fácilmente se concibe que la duda, la discusión y la libertad de acción adquirieran, en aquellos días de absoluta quietud intelectual, matiz de pecado monstruoso.

¶ Pero aquella atmósfera mental de tan severa disciplina colectiva debía conmoverse cuando las ideas liberales, que tuvieron su cuna en Francia e Inglaterra, penetraron en España, donde substituyeron la antigua rigidez política y religiosa por una tendencia al individualismo, que determinó el paso del absolutismo más rígido a un régimen más en consonancia con las nuevas auras renovadoras. Y ese sacudimiento de cadenas en política y esa tolerancia en religión trajeron aparejada la libertad artística, que produjo una verdadera revolución cultural en toda Europa durante los primeros treinta años del siglo pasado. Tal fué el origen del romanticismo.

¶ En nuestro medio penetraron también tales ideas, las que a partir de la revolución de Mayo hallaron terreno asaz propicio, pues nuevos intereses y nuevos sentimientos desplazaban día a día la vieja cultura colonial, pero, en verdad, nuestra emancipación intelectual no se produce sino veinte años después, cuando vuelto **Esteban Echeverría** de su proficuo viaje por Europa, donde dedicó un lustro al estudio intenso, trajo a estas tierras el nuevo pensamiento del viejo mundo.

Profunda fué la influencia de Echeverría en nuestro ambiente, que revolucionó con sus ideas políticas, económicas y literarias. Hizo escuela y ella fructificó en Mitre, Sarmiento y Mármol, y muy especialmente, en Alberdi, López y Gutiérrez, sus discípulos. Así como concretó sus ideas políticas en

su "*Dogma Socialista*", expresó su doctrina estética en un ensayo de una treintena de páginas, notable por su unidad y precisión, que no publicó nunca y conocemos gracias al celo de JUAN MARÍA GUTIÉRREZ, que lo encontró entre los apuntes del poeta-filósofo. Componen este ensayo seis breves artículos que encierran la esencia del romanticismo francés y su adaptación a nuestro medio. El primero de ellos trata de "*El fondo y la forma en las obras de imaginación*" y en él Echeverría comulga con la concepción individualista del cosmos: espíritu y materia, o sea divinidad y naturaleza en el universo, alma y cuerpo en la criatura humana, belleza y forma en el arte. Para él como para Platón la belleza está en el alma y es una pura idea, que no adquiere representación ante los sentidos sino cuando se reviste de la forma, sosteniendo luego que "en toda obra verdaderamente artística el fondo y la forma se identifican y completan".

Reconoce asimismo Echeverría la influencia del ambiente, de la raza y del hombre, esto es, el carácter nacional del arte, para concluir: "El arte debe ser el vivo reflejo de la civilización, revestir en las diversas épocas de su desarrollo forma distinta y aparecer con caracteres especiales en cada sociedad, en cada pueblo, en las diferentes edades que constituyen la vida de la humanidad, y así como cada nación tiene su religión, sus leyes, sus creencias, sus costumbres, su civilización, en fin, debe tener su arte".

En el tercer artículo trata Echeverría en forma concreta del romanticismo, al que concibe filosóficamente en función de la belleza y prácticamente en función de la libertad, cuando dice: "El romanticismo no reconoce forma ninguna absoluta: todas son buenas, con tal que representen viva y característicamente la concepción del artista". A renglón seguido vincula el problema político al estético, proclamando con Víctor Hugo que "el romanticismo no es más que el liberalismo en literatura".

Cobra luego Echeverría un tono polémico y pulveriza a los adeptos del clasicismo, no por afán de vana querella escolástica, sino para reivindicar el derecho a la libertad literaria, predicando que el poeta no ha de reconocer otras leyes que las

de la naturaleza, fuente viva de la belleza, y reclamando para aquél el puesto de soberano, que podrá dictar leyes, pero no admitirlas.

Con un claro concepto de vidente, y lacónica valentía, completa el fundador de nuestro romanticismo su breve tratado de estética con juiciosas observaciones relativas a la forma de la obra literaria y, en particular, a la versificación, que nos le presentan como un verdadero precursor de la poesía moderna. Verdad es que él no pudo llevar a la práctica como poeta las concepciones que como filósofo planteara, aunque lo intentó, lográndolo en parte, en "La Cautiva", pero no es menos cierto que con el empuje de su talento conmovió a América después de tres siglos de esclavitud dogmática y de opresión retórica.

El romanticismo que Echeverría importó de Francia, sin intervención alguna de España, fué en América un romanticismo americano, cuyos caracteres peculiares sintetiza así RICARDO ROJAS:

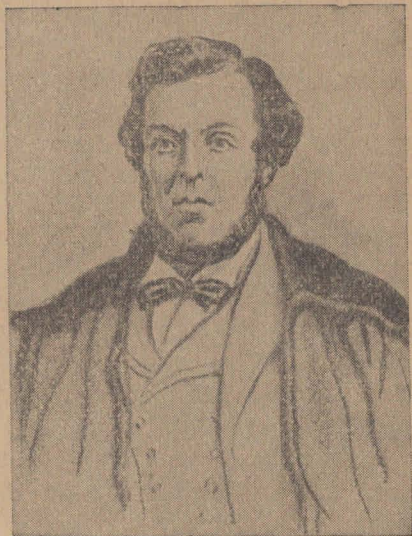
1º La alianza de la estética romántica con el liberalismo político de nuestra revolución emancipadora;

2º La entonación nacionalista que el arte, por su color local, y las ciencias sociales, por su método histórico, colocaron en nuestro medio;

3º El tono antiespañol de la prédica liberal de Echeverría y su escuela, al combatir no sólo contra la tradición clásica en letras, sino contra la escolástica y toda forma de cultura hispano colonial.

De tal romanticismo nacieron una doctrina política, la del "*Dogma Socialista*", y una teoría literaria, que dió, según veremos, óptimos frutos. Por ello, aun haciendo abstracción de su obra como hombre de letras y como político, merece Echeverría, el padre del romanticismo americano, cuya influencia fué poderosa en su tiempo, la fama que en la posteridad aureola su nombre.

ESTEBAN ECHEVERRÍA



Este hombre, ejemplo del tipo tan raro entre nosotros del puro hombre de letras, nació en Buenos Aires, hijo de padre vizcaíno, José Domingo Echeverría, y madre porteña, María Espinosa, el 2 de septiembre de 1805.

Aprendidas sus primeras letras en alguna escuela conventual, empezó sus estudios en el Colegio de Ciencias Morales, los cuales, por causas extrañas a sus deseos, debió abandonar después de haber aprobado, con los plácemes de sus profesores, algunas disciplinas. Huérfano y precisado a trabajar para subsistir, fué dependiente de aduana en la casa de comercio de don Sebastián Lezica, viviendo entonces una etapa de su vida carente de toda orientación y frecuentando los ambientes más bajos y abyectos, según propia confesión en sus "*Memorias*".

Vencida a fuerza de voluntad y ansia de superación aquella crisis propia de una adolescencia turbulenta, elevóse Echeverría por encima del lodazal en que había caído y emprendió viaje a Europa en 1825, a bordo del bergantín "La Joven Matilde". Contratiempos usuales en la navegación de aquel entonces, le obligaron a cambiar de embarcación en Pernambuco y a proseguir viaje en la fragata "Aquiles", con la que llegó al puerto del Havre a los cuatro meses largos de su partida de Buenos Aires.

En Europa permaneció Echeverría por espacio de cuatro años bien cumplidos. En ese lapso intimó con algunos compatriotas que, en carácter de becados, cursaban estudios en París, y con estudiantes de las más distintas procedencias, acercándose, ávido de saber y comprender, a los más destacados maestros. En aquella fructífera etapa de su vida, tan diametralmente opuesta a la anterior, quiso aprenderlo todo, según lo prueban sus cuadernos de estudiante, en los que hay apuntaciones de las más variadas ciencias y artes: geometría esférica, álgebra, química, historia, literatura. Y lo que es más interesante para comprender la actuación posterior de Echeverría, en Europa se empapó de las nuevas ideas que en política y arte conmovían al viejo mundo, sobre el que soplaban vientos de renovadora libertad.

Después de esos cuatro años tan intensamente aprovechados, volvió Echeverría a su tierra, convertido por fuera en elegante caballero y por dentro en poeta y filósofo, sereno de espíritu, ansioso de ser útil a su patria y de ganar para sí fama y renombre. Pero su patria no era ya la que él añoraba en sus años de Europa: gemía casi ahogada por la avasalladora y tétrica ola de la demagogia. Sintióse, pues, extranjero entre los suyos y no halló la manera de amoldarse a los nuevos tiempos. Intentó, sin embargo, orientarse en la senda de su vocación literaria, vocación que se le había despertado en París hacia 1830 — lo dice él mismo en sus "*Memorias*" — después de leer a Shakespeare, Byron y Schiller, y para realizar la cual debió leer y estudiar los clásicos de nuestra lengua, pues "no conocía el idioma ni el mecanismo de la metrifización española". Aprendida la técnica del verso, que no fué, según vemos, don de la naturaleza en Echeverría, compuso un cuadernillo, "*Ilusiones*", que no satisfizo al autor y jamás fué dado a la estampa.

Reintegrado, como decíamos, Echeverría a la patria, pese a la inculta indiferencia del ambiente, publicó en "*La Gaceta Mercantil*" sus poesías "*Regreso*" y "*Celebridad de Mayo*", a las que nadie concedió atención alguna. Siguió a éstas su poema "*Elvira*", publicado sin su firma y con muy escaso éxito de crítica en 1832, luego su "*Profecía del Plata*" y los "*Consuelos*" en 1834.

Enfermo del corazón desde los desordenados días de su juventud, recrudecieron en 1832 sus males; deseoso de mitigarlos buscando clima más propicio, fué Echeverría al Uruguay, de donde vuelve a Buenos Aires en 1836, convertido, a pesar de la indiferencia o de la hostilidad de algunos, en el maestro de la nueva generación. Rodeáronle entonces las futuras glorias literarias de su tierra, que le amaban por sus bellas prendas de carácter y le admiraban por sus ideas y sus obras. Asiduo concurrente al "*Salón Literario*" de Marcos Sastre, predicó allí sus doctrinas literarias, que escucharon, entre otros, José Mármol y Vicente Fidel López, hasta que en 1837, considerando Rosas peligroso aquel cenáculo, en el cual tantas veces se repetía la palabra "libertad", ordenó su clausura. Por aquellos días Echeverría colaboró regularmente en el "*Cancionero argentino*", serie de cuadernos de poesías, las más de las veces suyas o de Juan Cruz Varela, destinadas a ser cantadas en los salones, con música de Massini, Esnaola o Alberdi, muy dado a tal arte este último en sus años mozos.

En sociedad con ~~un~~ su hermano dedicóse Echeverría a la agricultura en su estancia de "Los Talas", en cuyo retiro apacible, en los momentos de ocio, escribía. Datan de esa época su composición elegíaca con motivo de la temprana y trágica muerte de Juan Cruz Varela, algunos de sus poemas narrativos y parte de "*La cautiva*", su obra de más aliento, que publicó en 1837 incluída en el tomo de las "*Rimas*" y de la que nos ocupamos con detención en el capítulo dedicado a la poesía gauchesca. Con este libro se define categóricamente Echeverría como romántico y con él se afianza aun más su reputación, apareciendo ante la conciencia pública como vigoroso poeta nacional.

En efecto, la "*Elvira*", historia amorosa saturada de la melancolía propia de otros climas, es el primer poema de tal especie escrito en una y otra orillas del Plata; los "*Consuelos*", verdadera biografía moral de Echeverría, emocionada confidencia de las íntimas angustias del poeta, eran las primeras poesías con personal hondura psicológica aquí producidas; y "*La cautiva*", poema de la pampa, atrevido intento de arte americano, pleno de color local, sorprendió a todos por su novedad. Si a ello agregamos las libertades métricas de que, de acuerdo a las tendencias románticas hizo gala Echeverría,

su desprecio por la mitología clásica, la libre expresión de sus emociones, su afán por formar escuela personal y justificar su obra con una doctrina estética que él mismo se encargó de formular y concretar, fácilmente se comprende cuán grandes son sus derechos al título de precursor dentro de nuestra historia literaria y cuánto debe a su acción la cultura nacional.

En el mismo año de 1837, treinta y cinco jóvenes, muchos de ellos antiguos concurrentes al "*Salón*" de Sastre, bajo la tutela de Echeverría fundaron un nuevo centro, que bautizaron "*Asociación de Mayo*", cuyos fines eran la regeneración de la patria por la libertad. Allí, en el momento máximo de su vida, leyó Echeverría sus "*Palabras simbólicas*", profesión de la nueva fe argentina y germen del "*Dogma Socialista*".

Y llegamos así al año 40, al apogeo de la tiranía, con su cortejo de luto y sangre y al momento de la expatriación de Echeverría. Aun cuando él había siempre sostenido que se debía combatir al tirano dentro del ambiente en que éste actuaba y que emigrar era inutilizarse para la patria, no le quedó otro remedio después del doble fracaso de la revolución del Sur y de la invasión de Lavalle.

En la colonia del Sacramento primero y en Montevideo luego, vivió Echeverría once años, once largos años ricos en angustias e inquietudes. En el primer lugar de su destierro, y en ocasión del 25 de Mayo, volvió Echeverría a pulsar su lira para cantar a la patria amada y lejana, en versos rebosantes de cólera y desesperación, pues la poesía había de convertirse en arma combativa del opresor en cuyas garras gemía la tierra natal. Siguió a esos versos de ocasión su viril proclama "*A la juventud argentina*" y otros que dicen de la nostalgia que embargaba a los expatriados y de las tristezas del destierro.

No pudiendo Echeverría tomar parte activa en los episodios guerreros del sitio de Montevideo por su falta de salud y de espíritu militar a la vez, aunque llegó a empuñar las armas en los casos extremos, dióse con entusiasmo a variadas labores intelectuales: al periodismo, a la historia, a la poesía, a la prosa literaria y política y a la prédica oral.

Como periodista, colaboró en "*El Comercio del Plata*", el mesurado y sobrio diario de Florencio Varela, y en "*El Nacional*" y "*Muera Rosas*", hojas en que los desterrados se des-

ahogaban en violentos artículos de combate. Como historiador, coadyuvó con Andrés Lamas en los trabajos del Instituto Histórico por éste fundado y publicó importantes artículos, tales el de "*La Revolución de Febrero*". Como poeta, escribió varios poemas que vanamente quisieron competir con "*La cautiva*"; son ellos "*Avellaneda*", cuyo argumento es el levantamiento del Norte contra Rosas, que finalizó con el cruento sacrificio del jefe del mismo, obra gemela de "*La revolución del Sur*", comenzada en su retiro de la estancia "Los Talas", que refiere el alzamiento de los estancieros de Buenos Aires y la muerte de Pedro Castelli en Dolores; "*El Ángel caído*" y "*La guitarra*", de inferior mérito, faltos de vida y de calidad. Tentó también el drama con "*Mangora*", inspirado en la vieja tradición de Lucía Miranda, y "*La Pola*" que alude a Policarpa Salavarrieta, la heroína de Bogotá; pero uno y otro no pasaron de simples conatos, hijos tal vez de la emulación con Varela o con Mármol.

Como prosista, fué en el destierro fecunda la obra de Echeverría. Allí completó con sus ensayos de moral, de educación, de estética, de historia, su doctrina del "*Dogma Socialista*", que desarrolla los quince temas que resumían las "*Palabras Simbólicas*" por él pronunciadas el 23 de junio de 1837, al crear la "*Asociación de Mayo*", asociación con la que Echeverría se proponía fundar un nuevo partido, alejado por igual de federales y de unitarios, que en continua lucha estérilmente desangraban al país.

El título de "*Dogma Socialista*" con que se reunieron esas páginas de vehemente propaganda y de polémica ardiente, y que no fué el primer título del libro, que en la edición de Montevideo de 1838 se llama "*Dogma de la joven generación*" y en la siguiente "*Dogma de Mayo*", no tiene con el ideario del socialismo contemporáneo otra similitud que la del nombre, ya que el socialismo de Echeverría, anterior a 1846, carece de toda vinculación con el actual, posterior a 1848. No atribuyó Echeverría otro significado a la palabra "socialista" que el equivalente a "credo social". En su edición primitiva de 1838, el libro no constó sino de las "*Palabras simbólicas*" y su comentario, frutos unas y otro del entusiasmo patriótico y de la esperanza en un futuro mejor; al reeditarlo Echeverría en 1846, lo precedió de una "*Ojeada retrospectiva*", en la que

estudia el movimiento intelectual rioplatense a partir del día en que tales palabras se pronunciaron y cuya nota dominante son el desencanto y un trágico presentimiento. La edición definitiva del libro, debida a RICARDO ROJAS, incluye una tercera parte bajo el rubro "*Defensa del dogma*", que comprende todas las páginas que para aclarar, difundir o defender sus ideas, escribió Echeverría, principalmente las cartas a don Pedro de Angelis, periodista extranjero y mercenario, al servicio del tirano. Trasuntan ellas la viril indignación del autor, que se ve escarnecido por el mismo a quien desprecia.

El ideal de Echeverría en el "*Dogma*" es un programa netamente nacional dentro de los límites patrios, y democrático en íntima vinculación con lo nacional. De sus quince "*Palabras simbólicas*", tres encierran la esencia total: "Mayo, progreso, democracia". Por eso el "*Dogma*", que comprende la fraternidad como sentimiento cristiano y la comunidad dentro del orden moral como solidaridad nacional, no podrá servir nunca de bandera exclusiva a partido político alguno, pero en él encontrarán todos la argentinidad en su más pura expresión. La misma idea núcleo del "*Dogma*", la libertad, sirvió a Echeverría de tema para algunas de sus prosas menores, que integran los tomos IV y V de sus obras completas publicadas por GUTIÉRREZ.

En materia de filosofía y de educación dejó Echeverría, de la época de su destierro, su "*Manual de enseñanza moral para las escuelas primarias*", acerca del cual, al tiempo de escribirlo, pedía a Sarmiento, a la sazón emigrado en Chile, gestionase su adopción en ese país; un trabajo intitulado "*Objeto y fines de la instrucción pública*"; y "*Fondo y forma de las obras de imaginación*", ensayo en que resume sus ideas estéticas, que constituyen, según oportunamente vimos, la esencia del romanticismo en América.

Obras puramente literarias en prosa escribió en Montevideo: "*La peregrinación de Gualpo*", "*La apología del matambre*", "*La leyenda de don Juan*", etc., y "*El matadero*", el primer cuento dentro de nuestra literatura, del que nos ocupamos in extenso en el capítulo dedicado a "La novela y el cuento en la Argentina en el siglo XIX".

Lejos de la patria, pobre, enfermo, casi olvidado, languidecía la vida del poeta en Montevideo, hasta que el 19 de

febrero de 1851 hizo crisis la afección pulmonar que lo consumía. Tras sencillas exequias, en las que hicieron uso de la palabra el poeta uruguayo Acuña de Figueroa y el argentino José Mármol, los restos mortales de Echeverría fueron depositados en el panteón de Montevideo. Allí el trajín de la guerra profanó las tumbas, y vano fué buscarlos cuando en ocasión del centenario del poeta se les quiso dar sepultura en la patria que él tanto amó y por la que tanto sufrió y sobre cuya civilización ejerció una tan profunda influencia en el campo de la política, de la educación y de las letras.

EL DESIERTO *

His vont. L'espace est grand.
Hugo.

Era la tarde, y la hora
en que el sol la cresta dora
de los Andes. El desierto
incommensurable, abierto,
y misterioso a sus pies
se extiende; triste el semblante,
solitario y taciturno,
como el mar, cuando un instante,
al crepúsculo nocturno,
pone rienda a su altivez.

Gira en vano, reconcentra
su inmensidad, y no encuentra
la vista, en su vivo anhelo,
do fijar su fugaz vuelo,
como el pájaro en el mar.
Doquier campos y heredades
del ave y brutos guaridas,
doquier cielo y soledades
de Dios sólo conocidas,
que Él sólo puede sondar.

A veces la tribu errante
sobre el potro rozagante,
cuyas crines altaneras
flotan al viento ligeras,
lo cruza cual torbellino,
y pasa: o su toldería¹
sobre la grama frondosa

asienta esperando el día...
Duerme, tranquila reposa,
sigue veloz su camino.

¡Cuántas, cuántas maravillas
sublimes y a par sencillas,
sembró la fecunda mano
de Dios allí! ¡Cuánto arcano
que no es dado al mundo ver!
La humilde yerba, el insecto,
la aura aromática y pura,
el silencio, el triste aspecto
de la grandiosa llanura,
el pálido anochecer.

Las armonías del viento
dicen más el pensamiento,
que todo cuanto a porfía
la vana filosofía
pretende altiva enseñar.
¡Qué pincel podrá pintarlas
sin deslucir su belleza!
¡Qué lengua humana alabarlas!
Sólo el genio su grandeza
puede sentir y admirar.

Ya el sol su nítida frente
reclinaba en occidente,
derramando por la esfera

* Las notas son del autor.

¹ Toldería: el conjunto de chozas o el aduar del salvaje.

de su rubia cabellera
el desmayado fulgor,
sereno y diáfano el cielo,
sobre la gala verdosa
de la llanura, azul velo
esparcía, misteriosa
sombra dando a su color.

El aura, moviendo apenas,
sus olas de aroma llenas,
entre la yerba bullía
del campo, que parecía
como un piélago ondear;
y la tierra, contemplando,
del astro rey la partida
callaba, manifestando,
como en una despedida,
en su semblante pesar.

Sólo a ratos, altanero
relinchaba un bruto fiero
aquí o allá, en la campaña;
bramaba un toro de saña,
rugía un tigre feroz:
o las nubes contemplando,
como extático y gozoso,
el Yajá² de cuando en cuando
turbaba el mudo reposo
con su fatídica voz.

Se puso el sol; parecía
que el vasto horizonte ardía;
la silenciosa llanura
fué quedando más oscura,
más pardo el cielo, y en él,
con luz trémula brillaba
una que otra estrella, y luego
a los ojos se ocultaba,
como vacilante fuego
en soberbio chapitel.

El crepúsculo entretanto,
con su claroscuro manto,
veló la tierra; una faja
negra como una mortaja
el occidente cubrió,
mientras, la noche bajando
lenta venía. La calma
que contempla suspirando
inquieta a veces el alma,
con el silencio reinó.

Entonces, como el rüido
que suele hacer el tronido
cuando retumba lejano,
se oyó en el tranquilo llano
sordo y confuso clamor;
se perdió... y luego violento,
como baladro espantoso
de turba inmensa, en el viento
se dilató sonoro,
dando a los brutos pavor.

Bajo la planta sonante
del ágil potro arrogante
el duro suelo temblaba,
y envuelto en polvo cruzaba
como animado tropel,
velozmente cabalgando;
vianse lanzas agudas,
cabezas, crines ondeando,
y como formas desnudas
de aspecto extraño y cruel.

¿Quién es? ¿Qué insensata turba
con su alarido perturba
las calladas soledades
de Dios, do las tempestades
sólo se oyen resonar?
¿Qué humana planta orgullosa

2 El P. Guevara hablando de esta ave, en su historia del Paraguay, dice:

El *Yahá* justamente le podemos llamar el volador y centinela. Es grande de cuerpo y de pico pequeño. El color es ceniciento con un collarín de plumas blancas que le rodean. Las alas están armadas de un espolón colorado duro y fuerte con que pelea... En su canto repiten estas voces, *Yahá, Yahá*, que significa en guaraní "vamos, vamos", de donde se les impuso el nombre. El misterio y significación

es que estos pájaros velan de noche, y en sintiendo ruido de gente que viene, empiezan a repetir *yahá, yahá*, como si dijeran: "vamos, vamos, que hay enemigos, y no estamos seguros de sus asechanzas". Los que saben esta propiedad de el *Yahá*, luego que oyen su canto, se ponen en vela, temiendo vengan enemigos para acometerlos...

En la provincia se llama Chajá o Yajá, indistintamente.

se atreve a hollar el desierto
cuando todo en él reposa?

¿Quién viene seguro puerto
en sus yermos a buscar?

¡Oíd! Ya se acerca el bando
de salvajes, atronando
todo el campo convecino.

¡Mirad! Como torbellino
hiende el espacio veloz.
El fiero ímpetu no enfrena
del bruto que arroja espuma.
Vaga al viento su melena,
y con ligereza suma
pasa en ademán atroz.

¿Dónde va? ¿De dónde viene?
¿De qué su gozo proviene?

¿Por qué grita, corre, vuela
clavando al bruto la espuela,
sin mirar alrededor?

¡Ved! Que las puntas ufanas
de sus lanzas, por despojos,
llevan cabezas humanas,
cuyos inflamados ojos
respiran aún furor.

Así el bárbaro hace ultraje
al indomable coraje
que abatió su alevosía;

y su rencor todavía
mira con torpe placer,
las cabezas que cortaron
sus inhumanos cuchillos,
exclamando: "Ya pagaron
del cristiano los caudillos
el feudo a nuestro poder.

Ya los ranchos³ do vivieron
presa de las llamas fueron,
y muerde el polvo abatida
su pujanza tan erguida.
¿Dónde sus bravos están?
Vengan hoy del vituperio,
sus mujeres, sus infantes,
que gimen en cautiverio,
a libentar, y como antes
nuestras lanzas probarán".

Tal decía; y bajo el callo
del indómito caballo,
crujiendo el suelo temblaba;
hueco y sordo retumbaba
su grito en la soledad.
Mientras la noche, cubierto
el rostro en manto nuboso,
echó en el vasto desierto
su silencio pavoroso,
su sombría majestad.

"*La cautiva*", Primera parte.

3 Ranchos, cabañas pajizas de nuestros campos.

EL FESTÍN

...orribile favelle,
Parole di dolore, acenti d'ira,
Voci alte fioche, e suon di man con elle.
Facevan un tumulto...

DANTE.

Noche es el vasto horizonte,
noche el aire, cielo y tierra.
Parece haber apifiado
el genio de las tinieblas,
para algún misterio inmundo,
sobre la llanura inmensa,
la lobreguez del abismo

donde inalterable reina.
Sólo inquietos divagando,
por entre las sombras negras,
los espíritus foletos
con viva luz reverberan,
se disipan, reaparecen,
vienen, van, brillan, se alejan;

mientras el insecto chilla,
 y en fachinales¹ o cuevas
 los nocturnos animales
 con triste aullido se quejan.
 La tribu aleve éntretanto,
 allá en la pampa desierta,
 donde el cristiano atrevido
 jamás estampa la huella,
 ha reprimido del bruto
 la estrepitosa carrera;
 y campo tiene fecundo
 al pie de una loma extensa
 lugar hermoso do a veces
 sus tolдерías asienta.
 Feliz la maloca² ha sido
 rica y de estima la presa
 que arrebató a los cristianos:
 caballos, potros y yeguas,
 bienes que en su vida errante
 ella más que el oro precia;
 muchedumbre de cautivas,
 todas jóvenes y bellas.
 Sus caballos, en manadas,
 pacen la fragante yerba;
 y al lazo, algunos prendidos,
 a la pica, o la manea,
 de sus indolentes amos
 el grito de alarma esperan.
 Y no lejos de la turba,
 que charla ufana y hambrienta,
 atado entre cuatro lanzas
 como víctima en reserva,
 noble espíritu valiente
 mira vacilar su estrella;
 al paso que su infortunio,
 sin esperanza, lamentan
 rememorando su hogar
 los infantes y las hembras.
 Arden ya en medio del campo
 cuatro extendidas hogueras,
 cuyas vivas llamaradas
 irradiando, colorean
 el tenebroso recinto
 donde la chusma hormiguea.
 En torno al fuego sentados
 unos lo atizan y ceban;

otros la jugosa carne
 al recoldo o llama tuestan,
 aquél come, éste destriza,
 más allá alguno degüella
 con afilado cuchillo
 la yegua al lazo sujeta;
 y a la boca de la herida,
 por donde ronca y resuella
 y a borbollones arroja
 la caliente sangre fuera,
 en pie, trémula y convulsa,
 dos o tres indios se pegan;
 como sedientos vampiros,
 sorben, chupan, saborean
 la sangre, haciendo murmullo,
 y de sangre se rellenan.
 Baja el pescuezo, vacila,
 y se desploma la yegua
 con aplauso de los indios
 que a descuartizarla empiezan.
 Arden en medio del campo
 con viva luz las hogueras;
 sopla el viento de la pampa,
 y el humo y las chispas vuelan.
 A la charla interrumpida,
 cuando el hambre está repleta,
 sigue el cordial regocijo,
 el beberaje y la gresca,
 que apetecen los varones
 y las mujeres detestan.
 El licor espirituoso
 en grandes vacías echan,
 y, tendidos de barriga
 en derredor, la cabeza
 meten sedientos, y apuran
 el apetecido néctar,
 que bien pronto los convierte
 en abominables fieras.
 Cuando algún indio, medio ebrio
 tenaz metiendo la lengua,
 sigue en la preciosa fuente
 y beber también no deja
 a los que aguijan furiosos,
 otro viene, de las piernas,
 lo agarra, tira y arrastra
 y en lugar suyo se espeta.

1 Llámense así en la provincia, ciertos
 sitios húmedos y bajos en donde crece
 confusa y abundantemente la maleza.

2 Maloca: lo mismo que incursión o
 correría.

Así bebe, ríe, canta,
y al regocijo sin rienda
se da la tribu: aquel ebrio
se levanta, bambolea,
a plomo cae, y gruñendo
como animal se revuelca;
éste chilla, algunos lloran,
y otros a beber empiezan.
De la chusma toda al cabo
la embriaguez se enseñoorea,
y hace andar en remolino
sus delirantes cabezas.
Entonces empieza el bullicio,
y la algazara tremenda,
el infernal alarido
y las voces lastimeras.
Mientras, sin alivio lloran
las cautivas miserables,
y los ternezuelos niños
al ver llorar a sus madres.
Las hogueras entretanto
en la oscuridad flamean,
y a los pintados semblantes
y a las largas cabelleras
de aquellos indios beodos
da su vislumbre siniestra
colorido tan extraño,
traza tan horrible y fea
que parecen del abismo
precita, inmunda ralea,
entregada al torpe gozo
de la sabática fiesta.³
Todos en silencio escuchan.
Una voz entona recia
las heroicas alabanzas
y los cantos de la guerra.

Guerra, guerra y exterminio
al tiránico dominio
del huinca⁴; engañosa paz:

3 Junta nocturna de los espíritus malignos según tradición comunicada a los pueblos cristianos por los judíos.

4 Huinca: voz con que designan los indios al cristiano u hombre que no es de su raza.

5 Valichu nombre que dan al espíritu

devore el fuego sus ranchos,
que en su vientre los caranchos
ceben el pico voraz.
Oyó gritos el caudillo,
y en su fogoso tordillo
salió Brian;
pocos eran, y él delante
venía, al bruto arrogante
dió una lanzada Quillán.
Lo cargó al punto la indiada:
con la fulminante espada
se alzó Brian;
grandes sus ojos brillaron,
y las cabezas rodaron
de Quitur y Callupán.
Echando espuma y herido,
como toro enfurecido
se encaró;
ceño torvo revolviendo,
y el acero sacudiendo:
nadie acometerle osó.
Valichu⁵ estaba en su brazo
pero al golpe de un bolazo⁶
cayó Brian
como potro en la llanura:
cebo en su cuerpo y hartura
encontrará el gavilán.

Las armas cobarde entrega
el que vivir quiere esclavo;
pero el indio guapo no:
Chañil murió como bravo,
batallando en la refriega,
de una lanzada murió.

Salió Brian airado
blandiendo la lanza;
con fiera pujanza
Chañil lo embistió;
del pecho clavado

maligno los indígenas de la pampa. Hemos leído en el Falkner Valichu: comúnmente se dice Gualichu.

6 Bolas: arma arrojadiza, que se compone de tres correas trenzadas, ligadas por un extremo, y sujetando en él otras tantas esferas sólidas de metal o piedra.

en el hierro agudo,
con brazo forzado,
Brian lo levantó.
Funeral sangriento
ya tuvo en el llano;
ni un solo cristiano
con vida escapó.
¡Fatal vencimiento!
Lloremos la muerte
del indio más fuerte
que la pampa crió.

Quienes su pérdida lloran,
quienes sus hazañas mentan.
Óyense voces confusas,
medio articuladas quejas,
baladros, cuyo son ronco
en la llanura resuena.
De repente todos callan,
y un solo murmullo reina,
semejante al de la brisa
cuando rebulle en la selva;
pero, gritando algún indio
en la boca se palmea,
y el disonante alarido
otra vez el campo atruena.
El indeleble recuerdo
de las pasadas ofensas
se aviva en su ánimo entonces,
y atizando su fiereza,
al rencor adormecido,
y a la venganza subleva.
En su mano los cuchillos,
a la luz de las hogueras,
llevando muerte relucen.
Se ultrajan, riñen, vocean,
como animales feroces
se despedazan y bregan,
y asombradas las cautivas
la carnicería horrenda
miran, y a Dios en silencio
humildes preces elevan.
Sus mujeres entretanto,
cuya vigilancia tierna
en las horas del peligro
siempre cautelosa vela,

acorren luego a calmar
el frenesí que los ciega,
ya con ruegos y palabras
de amor y eficacia llenas,
ya interponiendo su cuerpo
entre las armas sangrientas.
Ellos resisten y luchan,
las desoyen y atropellan
lanzando injuriosos gritos;
y los cuchillos no sueltan
sino cuando, ya rendida
su natural fortaleza
a la embriaguez y al cansancio,
dobla el cuello y cae por tierra.
Al tumulto y la matanza,
sigue el llorar de las hembras
por sus maridos y deudos;
las lastimosas endechas
a la abundancia pasada,
a la presente miseria,
a las víctimas queridas
de aquella noche funesta.
Pronto un profundo silencio
hace a los lamentos tregua;
interrumpido por ayes
de moribundos, o quejas,
risas, gruñir sofocado
de la embriagada torpeza;
al espantoso ronquido
de los que durmiendo sueñan,
los gemidos infantiles
del ñacurutú⁷ se mezclan;
chillidos, aúllos tristes
del lobo que anda a la presa.
De cadáveres, de troncos,
miembros, sangre y osamentas,
entremezclados con vivos,
cubierto aquel campo queda,
donde poco antes la tribu
llegó alegre y tan soberbia.
La noche en tanto camina
triste, encapotada y negra;
y la desmayada luz
de las festivas hogueras
sólo alumbra los estragos
de aquella bárbara fiesta.

“La cautiva”, Segunda parte.

⁷ Ñacurutú: especie de lechuga grande, cuyo grito se asemeja al sollozar de un niño.

JOSÉ MÁRMOL



En el patriota y honesto hogar de don Juan Antonio Mármol y doña Josefa Talavera nació José Mármol el 2 de diciembre de 1817. Terminados sus estudios primarios y preparatorios, comenzó los universitarios en la flamante Facultad de Derecho, que hubo luego de abandonar, tal vez por contingencias políticas. Fueron sus condiscípulos muchos jóvenes a los que cupo destacada actuación posterior, entre ellos: Florencio Balcarce, Emilio Agrelo, Luis L. Domínguez. De entre sus maestros fué el de filosofía, el doctor don Diego Alcorta, su predilecto y el que más hondas huellas debía dejar en el carácter del discípulo, que le retrata con palabras en que palpitan la verdad y el reconocimiento en su novela autobiográfica "*Amalia*".

En el año 1839, siendo aún estudiante de la Universidad, Mármol fué preso por la policía de Rosas y permaneció durante casi una semana en el calabozo, incomunicado y con grillos. Eran los días del espionaje enconado y de la amenaza sangrienta, cuando la tiranía, conmovida por la revolución del Sur y la invasión de Lavalle, se entregaba a todas las represalias del terror. Eran también los días en que la juventud, emigrando, exteriorizaba su repudio al déspota. El 20 de abril de 1839, después de no pocas inquietudes, que refiere en su diario íntimo, José Mármol se hace a la vela, rumbo a Montevideo, en una goleta francesa. Allí él, que no olvidaba las "cárceles y cadenas" que sufrió en carne propia, se convierte en el fustigador tenaz del tirano odiado. En íntima vincula-

ción con los demás emigrados, muchos de ellos sus antiguos amigos, protegido por Florencio Varela y no desconocido en el ambiente, pues, según lo dice en su diario ya mencionado "mis versos meten ruido", pronto su fama se consolidó. Entregóse de lleno al periodismo y colaboró, tanto en los órganos serios — *"El Nacional"* de Andrés Lamas, y *"El Comercio"* de Florencio Varela — como en los más agresivos papeles de combate — el *"Muera Rosas"* y *"El Guerrillero"*. En los primeros publicó Mármol algunos de sus versos más famosos: *"Al 25 de Mayo de 1856"*, *"Al Pampero"*, la oda *"A Buenos Aires"*; en los otros fué el inspirador de violentas sátiras y mordaces caricaturas contra Rosas. En uno de ellos, cuando el sitio de Montevideo por Oribe, apareció su famoso desafío a éste y sus sanguinarios secuaces, que decía:

"No presuman que me alcanza
su cuchillo ni serrucho;
tengo en mi mano la lanza
y en el mosquete el cartucho".

Como periodista no se limitó Mármol a su colaboración en las publicaciones ya mencionadas, fundó otras nuevas: *"El Album"*, *"El Conservador"* y *"La Semana"*, en las que aparecieron muchos de sus versos y donde escribieron los más destacados de los proscriptos y de los uruguayos a ellos unidos por la simpatía de ideales.

Sus contemporáneos hicieron justicia a los méritos de José Mármol. De él dice ECHEVERRÍA en 1845, al asignarle un puesto junto a Sarmiento, Alberdi, Mitre y Gutiérrez: "El señor José Mármol se atrajo desde temprano la atención pública como poeta. Los documentos del certamen del año 41 saludaron por primera vez con vivas simpatías la joven lira que ha sabido después herir con tan hondas y peregrinas vibraciones la noble cuerda del patriotismo. Su musa, reflexiva y entusiasta, descuella entre las coetáneas por la originalidad y el nervio de la expresión. Rosas, la Patria y la Libertad tienen en su labio yo no sé qué mágica potencia". En efecto, la consagración definitiva de Mármol, la mayoría de cuyas obras son hijas del destierro, data del 25 de mayo de 1841: Realizóse en ocasión de la fecha patria un certamen literario, pues desde que Juan Cruz Varela había celebrado la efémides gloriosa de

1839 con un canto contra Rosas, fué norma de los proscritos asociar el recuerdo de la radiante libertad de Mayo a la tristeza de la sombría esclavitud de la tiranía; concurrieron a ese certamen, el alma de cuyo jurado fué Florencio Varela, poetas argentinos y uruguayos, entre los cuales fueron los laureados, con la medalla de oro Juan María Gutiérrez, y con los accesits Luis L. Domínguez y José Mármol.

La crónica del emocionante acto público de la distribución de los premios fué escrita por Alberdi, quien, al glosar el dictamen y el informe relativo al mismo publicado por Florencio Varela y el jurado, volvió a plantear la cuestión de clásicos y románticos que cuatro años antes había iniciado Echeverría en Buenos Aires. Concreta ALBERDI su sentir respecto a este problema apasionante en éstas sus palabras: "Nos ha parecido oportuno tocar una cuestión que se refiere a dos sistemas de opiniones, no precisamente uno mejor que otro, sino uno nacional y presente, otro extranjero y pasado". Es decir, que entre nosotros la eterna oposición entre clásicos y románticos, entre antiguos y modernos, asumió el carácter de un conflicto entre lo extranjero y lo propio, lo que llamó RICARDO ROJAS la lucha del exotismo y el indianismo.

A partir de este certamen, la fama de Mármol, paladín de la nueva escuela, que a él concurrió encabezando su composición con unos versos de Byron, no hizo sino crecer, hasta elevarle al primer puesto entre los poetas de su tiempo, pues nadie como él supo expresar aquel nuevo sentimiento, íntima amalgama de odio y de amor, con que los proscritos veían llegar año tras año el 25 de mayo, sin que alborease para la patria la aurora de la libertad. Algunas de las más apasionadas composiciones de Mármol, en las que vibra el hálito tremendo de la profecía, datan de esas fechas, tales "*A Rosas, el 25 de mayo de 1843*" y "*Al Sol de Mayo*" en 1847. En todas estas poesías rebosantes de indignación, en las que el poeta lanza contra el tirano sus más furiosos anatemas, hasta decirle con la sobrehumana clarividencia del vate inspirado: "Ni el polvo de tus huesos la América tendrá", vibra también la nostalgia de la patria, que con magnífica visión plena de amor identifica con la América toda, la que ofrece a todas las razas del mundo al decirles: "América, mi madre, recoge vuestros

hijos y les ofrece el pan... Venid y cultivemos con fraternales manos la prometida tierra del bello porvenir”.

Al estudiar el sereno e imparcial MENÉNDEZ Y PELAYO los versos políticos de Mármol, al que reconoce un romántico a la manera de los españoles, y en particular de Zorrilla, por la opulencia de su desbordante inspiración, dice que “salvo las diferencias entre el puñal y la pluma, hay casos en que el poeta se pone a la altura del tirano a quien combate”, para afirmar su convencimiento de que no cree “se hayan escrito versos más feroces contra persona alguna, como no fuesen aquellos antiguos yambos de Arquíloco e Hiponacte, cuya lectura hacía ahorcarse a las gentes aludidas”.

Tanta fué la notoriedad que sobre la figura de Mármol proyectaron sus versos civiles, que los dramáticos alcanzaron escasa resonancia, para ser luego casi completamente olvidados. En Montevideo compuso y subieron a escena, con el aplauso del público y el juicio favorable de la crítica, dos obras teatrales, dos dramas en verso: “*El poeta*” y “*El cruzado*”. De ellos fué mejor recibido el primero, muy elogiosamente comentado por ALBERDI, que al hablar del segundo, reconoce que la sociedad de América no se halla en condiciones de gustar el drama erudito e histórico, alejado de su peculiar manera de ser, y señala al autor como fuente de inspiración para sus obras futuras lo típicamente americano.

Los dramas de Mármol, a cuyo respecto la crítica moderna no compartió el benevolente entusiasmo de Alberdi, carecen de originalidad en el asunto, de fuerza en la acción y de firmeza en los caracteres, pero por la propiedad de su lenguaje, el brillo de sus imágenes y la nobleza de su pensamiento, acusan cualidades que circunstancias más propicias hubieran podido desenvolver ventajosamente. De todas maneras, con ellos corresponde a Mármol un lugar honroso en nuestro teatro, entre los continuadores de Labardén y los precursores de Coronado.

Ante el apremiante asedio de Montevideo por Oribe, que amenazaba trasplantar a la tierra del destierro los horrores de la tiranía, algunos de los proscriptos buscaron refugio más alejado de la patria oprimida; entre ellos José Mármol, que vivió entonces en la corte de Río de Janeiro los dos años, según propia confesión, más felices de su vida. Allí, en la contemplación

de la naturaleza espléndida, en íntima comunión con el espíritu del mar, al volver de un fracasado viaje del Brasil a Chile, durante el cual la frágil embarcación hubo de luchar con los elementos desatados y los viajeros casi se toparon con la muerte, surgió su poema "*El Peregrino*", cuyo héroe byroniano, Carlos, personifica a Mármol, y en él a cada uno de cuantos conocieron esa íntima fusión de lo bello y lo amargo, que es la esencia del sentimiento latente en el pecho de todo proscrito.

Compuesta ya una parte de "*El Peregrino*", la conoció SARMIENTO en 1845, cuando en viaje para Europa tocó en Río. Y él, el enemigo reacio de la poesía, a la que conceptúa "un vicio español", vuelca en la carta que al respecto escribe a Miguel Piñero, la admiración que en su alma han despertado el poema y su autor. Cabe a Mármol el alto honor de ser el único que supo hacer vibrar con los acordes de su lira el espíritu del coloso americano, que confesaba: "Me ha dejado atónito, espantado, Mármol, con la lectura de su poema... Imposible seguir aquel torrente de pensamientos y de imágenes, que van cayendo y levantándose como el agua que desciende de las alturas de los Andes", para luego estimular al poeta: "¡Coraje, mi querido Mármol! Si alguna vez vuelves atrás la vista en la ruda senda que has tomado, me divisarás a lo lejos siguiendo tus huellas de Peregrino... La posteridad, la historia, te harán justicia". "*El Peregrino*", verdadera personificación del proscrito, es el reflejo fiel de la realidad, cuya impresión se acentúa por el desorden mismo de la obra; sus estrofas, llenas de vida y desbordantes de inspiración, en las que las imágenes fluyen a torrentes, son el eco de los sueños y de las inquietudes vividas en el destierro. En este poema Mármol, convertido en el vocero de su generación, logró cristalizarla en una sola figura, la del "Peregrino", que adquiere contornos y relieves de símbolo.

La vida del terror en Buenos Aires halla también en Mármol quien supiera dar de ella la imagen fiel. En su "*Amalia*", novela autobiográfica de la que hemos de ocuparnos en el capítulo en que estudiamos "La novela y el cuento en la Argentina", describe Mármol el ambiente de la época y retrata con no poco acierto a los más destacados personajes de esos días. Es toda ella un alegato novelesco en contra de la tiranía, de la cual, entretejidos en el romance de Amalia y Eduardo Belgrano, pre-

sentados cuadros y aspectos característicos. Precedió a esta novela "*El puñal*", violenta y desesperada prédica, publicada durante la permanencia de Mármol en Río de Janeiro, en la que justifica el tiranicidio, cuya necesidad proclama.

La caída del tirano pone punto final a la vida del peregrino, y el poeta vuelve a su tierra "pero busca a su patria y no la encuentra", y siente flaquear su entusiasmo y su voluntad cuando ve que nuevamente se enconan los ánimos y se encienden las contiendas civiles. Distinguido por Urquiza, que le envía en carácter de diplomático a las naciones vecinas, se afilia a las huestes de Mitre cuando aquél, luego de romper con Buenos Aires, se retira a Paraná.

Diputado y senador a la Legislatura de Buenos Aires, en cargado de las negociaciones de paz entre ésta y la Confederación, ministro en el Brasil, director luego de la Biblioteca Pública, periodista del partido, debió enfrentarse muchas veces, por las exigencias políticas, con sus antiguos amigos del destierro. Ello le produjo no pocas desazones y desencantos, que confiesa en el prólogo de las "*Armonías*", colección aparecida en 1854 de las últimas de sus poesías, escritas casi todas ellas antes de Caseros, pues terminado el destierro, enmudeció el poeta.

El estado de ánimo de Mármol había ya decaído notablemente: "el poeta se agita hoy dentro de sí mismo: se busca, se interroga y no se encuentra", son sus palabras; su espíritu se ensombrece más y más día a día, y termina de hundirlo en las tinieblas la ceguera que veló sus ojos, obligándolo a refugiarse en el puro recuerdo "de esos tiempos de ayer no más y que hoy parecen tan lejanos, tan pasados para el corazón del poeta".

La muerte apagó en Buenos Aires, el 9 de agosto de 1871, esa vida cuyas múltiples facetas: poeta civil, poeta lírico, dramaturgo, novelista, periodista, político, integran una figura de incuestionable grandeza.

AL PLATA

Hincha ¡oh Plata! tu espalda gigante
y atropellen tus ondas el pino;
es un hijo del suelo argentino
el que vuelve tus ondas a ver.

Que el pampero sacuda sus alas,
que las nubes fulminen el rayo;

una hoja del árbol de Mayo
es quien pasa rozando tu sien.

Brazo hercúleo del cuerpo argentino,
a la saña del alma responde;
si el rigor en el alma se esconde,
no desmienta tu brazo el rigor.

Sé la imagen del tiempo presente
y alborota tus ondas ¡oh Plata!
Mira mi alma cuán bien lo retrata
desafiando tus ondas mi voz.

¿No escucháis ese ronco bramido
que estremece el desierto y la sierra?
¿No sentís que se rasga la tierra?
¿No sentís un torrente bramar?

¡Es un mar de pasiones y sangre,
sin orillas, ni luz ni horizontes,
donde absorta la sien, de los montes
mira rayos y pueblos rodar!

Hincha ¡oh Plata! tu espalda gigante;
no desmientas tu tiempo inclemente,
y salpiquen tus ondas mi frente
conmoviendo la nave a mis pies.

Ese mar de pasiones y sangre
mi barquilla también arrebató.
¿Qué me importan tus ondas, ¡oh Plata!
si aun aquéllas no abaten mi sien?

De ola en ola mi frágil barquilla
bogaré por el mar iracundo;
si me cupo esta suerte en el mundo,
¡adelante, surquemos el mar!

Mi alma tiene la fe del poeta,
la esperanza me templa la lira;
ese mar con su furia me inspira,
y a su estruendo mi voz se alzaré.

De mi frente las nítidas flores
por los vientos verá desprendidas,
y hasta el fondo del mar sumergidas,
sin llorar al decirlas adiós.

Tumbarán mi barquilla las olas
y caeré dentro el mar sin enojos,
pues yo sé que al cerrarse mis ojos,
queda abierta en mi nombre otra flor.

Hincha ¡oh Plata! tu espalda gigante:
que fulminen las nubes el rayo:
una hoja del árbol de Mayo
es quien pasa rozando tu sien.

¿La borrasca me espera en la orilla?
Pues no duerman tus olas en calma.
¿Tempestades esperan a mi alma?

Pues sacude también mi bajel.

No me asustan la orilla ni el río;
yo me voy más allá de mis años,
y entre cielos y mundos extraños
vivo tiempos que están por venir.

Que haya sangre también en tus olas;
que salpique su espuma mi frente;
mira ¡oh Plata! cuál vuela mi mente;
oye ¡oh Plata! tu tiempo feliz.

★

El ángel del futuro de hinojos en Oriente
espera el primer rayo del venidero sol,
para decir al hombre del viejo continente:
“La aurora se levanta del mundo de Colón”.

Mañana de esa aurora los rayos en el monte,
los rayos en las ondas, los rayos por doquier,
harán sobre los cielos magnífico horizonte
que bañará radiante de América la sien.

Mañana en esos rayos ¡oh Plata! de repente
descenderá del cielo la bendición a ti,
y entonces el Viejo Mundo te gritará: “¡Detente!
mis razas arrebatas, mi genio y porvenir”.

Y seguirán tus ondas tirando en las arenas
las ciencias y las artes cual perlas de la mar,
y de hombres y de industria y de virtudes llenas
salpicarán el árbol frondoso de la paz.

Y al empinar tu planta sobre tu propio abismo
podrás girar altivos los ojos en redor.
sin encontrar esclavos ni rudo fanatismo
ni enrojecida huella de bárbara ambición.

¡Ay triste del que osare sobre argentina frente
alzar de los tiranos el látigo otra vez!
Sacudirás tus ondas y al eco solamente
el hacha del verdugo le abatirá la sien.

Cargado de recuerdos y de arrogancia entonces,
ofertas y amenazas y naves burlarás.
y ¡ay! triste para siempre del extranjero bronce
que osare en las riberas del Plata retumbar.

La libertad hermosa se bañará en tus olas,
el aire de su vida lo aspirará de ti,
y en tus riberas, antes tan áridas y solas,
tendrá para dormirse su célico jardín.

Y enamorado el hombre de su sin par belleza,
el labrador sus flores derramará a sus pies;
y el alto pensamiento mirando su cabeza,
del genio en la batalla le buscará el laurel.

Y poderoso entonces y entusiasmado y libre,

¿qué mano entre las nubes eclipsará tu sol?
¿Quién alzaré la frente cuando tu acento vibre,
y cien ciudades vuelvan el eco de tu voz?

Cuando tu ¡alerta! grite la Patagonia ¡alerta!
¡alerta! el viejo Chaco y ¡alerta! el Paraná;
y la nación levante su frente descubierta,
diciendo con sus broncees al enemigo: ¡Atrás!

★

Gozaos en la tumba, héroes de Mayo:
el árbol que plantasteis dará fruto,
cuando asome en Oriente el primer rayo
y huya la noche con su triste luto.

¡Oh! ese tiempo vendrá. Semeja ¡oh Plata!
los temporales de mi tiempo yerto...
Mi voz con tus bramidos arrebatá...
¡Adelante, bajel: vamos al puerto!

RICARDO GUTIÉRREZ



Este poeta, que gozó en vida de notoriedad comparable a la de Guido Spano, Andrade y Obligado, para caer luego un tanto en olvido, nació en el pueblo de Arrecifes en 1836.

La larga vida de Ricardo Gutiérrez cabe en unas pocas líneas. Estudiante de derecho primero, abandonó las disciplinas jurídicas, para las que no se reconoció vocación, por la medicina, que le atraía poderosamente. Para alistarse en la milicia, interrumpió otra vez sus estudios. Soldado y poeta a la vez, luchó en las contiendas civiles y en la guerra del Paraguay y

comenzó a escribir poesías que vieron la luz en "*La Nación Argentina*", diario de los Gutiérrez y en "*El Correo de los Domingos*", de Cantilo. De esa época, en que aun no contaba veinticuatro años, data "*La fibra salvaje*", su poema más famoso.

Terminada la guerra del Paraguay, en la que le cupo honrosísima actuación, más como médico en ciernes que como militar, dió fin a su carrera y, becado por el gobierno, fué a Europa a perfeccionarse en medicina infantil. A su vuelta, actuó en nuestro país como el primer médico de niños, cuyo hospital fundó. Abnegado y piadoso, conquistó en el ejercicio de su profesión el corazón de todas las madres, a las que ha de atribuirse alguna parte de su fama como poeta.

Después de una vida por completo consagrada a aliviar los dolores ajenos, como médico y como cristiano, murió Ricardo Gutiérrez, a los sesenta años de su edad, en Buenos Aires.

Tuvo como maestro gran influencia sobre los de su generación, influencia más personal que de orden científico, ya que no compuso, dentro de su especialidad, obra alguna de importancia. Nacido en una familia de periodistas, no lo fué de verdad. Hombre inteligente y de exquisita sensibilidad, de gustos sencillos y de una profunda y sincera fe cristiana, que para él fué sinónimo de amor al prójimo y por encima de todo, al sufriente, su profesión tuvo para Gutiérrez las características de un verdadero consorcio. Su temperamento, su vida ejemplar y su profesión abnegada explican los puros e ingenuos acentos de su poesía lírica, en la que volcó sus generosos sentimientos. Familiarizado, en razón misma de su profesión, con la muerte, la mira, no con la desesperación del romántico, sino con la esperanza del creyente, poniendo sobre las heridas dolorosas que ella causa, el bálsamo de su piedad inagotable.

Como poeta amoroso, Gutiérrez canta a las mujeres que pasaron por su vida, a cuya alma inmortal, antes que a su belleza corpórea y efímera se dirige. No supo en sus versos pintar paisajes ni retratar mujeres, pero supo sí transmitir su emoción en estrofas pletóricas de sinceridad. Fué antes que nada un poeta de las cosas íntimas, que nada concedió a los alardes técnicos.

Su obra comprende un ensayo de novela breve, "*Cristián*" de escaso valor, que mereció un nada complaciente juicio de

NAVARRO VIOLA, y sus poesías y poemas, que dispersos en periódicos y revistas, fueron reunidos en volumen en 1878. Lo mejor de toda ella son sus poesías, casi todas de índole puramente lírica, pues no actuando en política, y alejado por temperamento de la llamada poesía civil, sólo por excepción transgredió Gutiérrez los límites de aquélla, y cuando lo hizo, su inspiración fué asaz floja. Están ellas representadas por los llamados "*Libro de las lágrimas*" y "*Libro de los cantos*", verdaderos estuches de las confidencias saturadas de emoción de Gutiérrez, y por las composiciones sueltas que forman la última parte del tomo de sus poesías. Son las más inspiradas, y también las más difundidas: "*La victoria*", "*Los huérfanos*", "*La hermana de caridad*", "*El misionero*", "*La oración*", "*La vejez*" y los "*Nocturnos*".

También escribió Gutiérrez algunos poemas narrativos de considerable extensión — dos o tres mil versos cada uno — de los cuales son los más famosos "*La fibra salvaje*" y "*Lázaro*", que en la época de su aparición conquistaron por igual a los lectores y a la crítica. Menos difundidos y de menor aliento y mérito son el diálogo "*El poeta y el soldado*", "*La Magdalena*" y "*El hijo del Sol*". De los dos poemas mayores la crítica moderna entresaca fragmentos líricos, desdeñando las descripciones, retratos y narraciones, en que no fué nunca feliz Gutiérrez. Carecen uno y otro de color, plástica y acción, y cuando no llegan a las alturas del más puro lirismo, traspasando los límites del poema narrativo, caen en aburrido prosaísmo.

Si hubiera de definirse con precisión a Gutiérrez, pudiera llamársele, por sus bellas prendas morales, por su concepción platónica del amor, por su fe sincera, el poeta del amor cristiano.

LA VICTORIA

¡Ah! No levantes canto de victoria
en el día sin sol de la batalla,
ni el santo templo del Señor profanes
con plegaria de triunfo y de matanza.

Cuando se abate el pájaro del cielo,
se estremece la tórtola en la rama;
cuando se postra el tigre en la llanura,
las fieras todas aterradas callan...

¿Y tú levantas himno de victoria
 en el día sin sol de la batalla?
 ¡Ah! Sólo el hombre, sobre el mundo impío,
 en la caída de los hombres canta.

Yo no canto la muerte de mi hermano;
 ¡márcame con el hierro de la infamia
 porque, en el día en que tu sangre viertes,
 de mi trémula mano cae el arpa!



CARLOS GUIDO SPANO

A los poetas de la proscripción, cuyas figuras más eminentes fueron Esteban Echeverría y José Mármol, sucedieron los de la generación del 80, en la que se destacan Carlos Guido Spano, Olegario V. Andrade, Ricardo Gutiérrez y Rafael Obligado.

El primero, hijo de la prócer figura de don Tomás Guido, que fué el colaborador de San Martín en sus campañas y su amigo de toda la vida, y diplomático sagaz en los años de la tiranía, y artífice con Urquiza y Mitre de la organización nacional, a la par que hombre de letras ingénito; y de doña Pilar Spano, de ilustre prosapia, nació en Buenos Aires el 19 de enero de 1827, y, tras una vida tan larga cuanto ejemplar, murió donde nació, el 25 de julio de 1918.

La biografía de Carlos Guido Spano cabe en pocas líneas: venido al mundo cuando ya Rosas era dueño del poder, pasó los años de su primera juventud en el Brasil, ante cuyo gobierno su padre era ministro de la Confederación, al lado de Urquiza luego en Paraná, empleado nacional más adelante, la presi-

dencia de Roca le encuentra ya famoso como poeta. Convertido en una reliquia nacional, alcanzó Guido Spano una edad casi centenaria, viviendo entre la atmósfera de su gloria literaria y del cariño, saturado de respetuosa veneración, de sus conacionales.

Aunque empezó a componer hacia 1854, año éste en que aparecieron sus poemas en la "*Revista del Paraná*", pertenece Guido Spano a la generación del 80, porque fué ella la que supo comprender el refinamiento de su arte, y porque vivió con ella los últimos cuarenta años de su vida, que son los de su influencia máxima en los días de su gloriosa vejez.

De sentimientos domésticos fuertemente arraigados en su alma, canta Guido Spano el hogar donde vió la luz, a su padre y a su madre, a quienes, ya nonagenario e inválido, recordaba con cariño casi infantil; luego, en los días en que la vida le trató con dureza, refugiado en el propio, lo cantó con acento conmovido en "*At home*", así como los goces de la paternidad en sus versos dedicados a su hija María del Pilar.

Del tema del hogar pasa Guido Spano al de la patria, hondamente sentida, tanto la patria chica, su ciudad natal, como la patria grande, la Argentina toda, y aun la misma América. A una y otras dedica hermosos poemas, que dicen de sus profundos sentimientos nacionales y americanos. Pero, a pesar de ello, no podrá decirse que haya sido Guido Spano lo que se llama un poeta civil, pues no es el tema patriótico su predilecto. Sus composiciones más inspiradas han de buscarse entre las amorosas y de índole más íntima y humana, pues Guido Spano fué por encima de todo un lírico de la naturaleza y del amor, con características propias, que lo separan por igual de los poetas anteriores a los románticos y de éstos mismos.

Por razón de su propio temperamento y de su educación literaria, Guido Spano trae a nuestra poesía un sello nuevo y personal, iniciando una tendencia renovadora en cuanto a asunto y forma de la lírica atañe. En una palabra: Guido Spano adaptó el arte antiguo a la nueva sensibilidad; fué por ello, y en tal carácter lo reconoce RUBÉN DARÍO, un precursor de la poesía moderna. Sus composiciones líricas, incluídas las que integraron sus tomitos iniciales, "*Hojas al viento*" y "*Eclos lejanos*", aparecieron reunidas en el volumen de sus "*Poesías completas*", que se publicó en Buenos Aires en 1911 con sendos

prólogos de JOAQUÍN V. GONZÁLEZ y SANTIAGO ESTRADA y notas explicativas del autor. No es todo oro puro en esa colección, preparada con criterio integral y no selectivo; hay allí versos de ocasión, familiares o civiles, páginas de álbum, de escaso mérito, pero hay también casi una docena de poemas, verdaderas flores de antología: "*Al pasar*", "*At home*", "*En los guindos*", "*Ruego*", "*Myrta en el baño*", "*Gratitud*", que justificarían la fama del más glorioso de los poetas líricos.

La fama poética de Guido Spano ha oscurecido su valor, no menos estimable, como prosista. Su producción en tal carácter hállase compilada en dos tomos, que con el título de "*Ráfagas*" aparecieron en 1879, fecha después de la cual la labor de Guido como prosista se reduce casi a su nutrido epistolario. Precede a las "*Ráfagas*" una extensa carta a manera de prólogo, que no es sino la autobiografía del autor, admirable documento pleno de sinceridad y gracia, que arroja viva luz sobre la vida del poeta. No acusan igual mérito todas las páginas incluídas en las "*Ráfagas*"; parte de ellas son artículos de política e historia, polémicas efímeras, memorias administrativas con las que Guido se propuso demostrar su participación activa en la vida pública y el esforzado interés que puso siempre al servicio de sus ideales. Tales las apasionadas defensas de su padre, en 1866 replicando a Domínguez, en 1873 frente a López, y en 1880 ante éste y Mitre, empeñados en su famosa polémica histórica.

Periodista militante, se dedicó Guido a la crítica teatral, senda en que habían de seguirle Miguel Cané, Pedro Goyena, Lucio V. López, Calixto Oyuela y Paul Groussac, y a la bibliográfica y necrológica. Son los títulos de algunos de sus mejores trabajos dentro de tales géneros: "*Tragedia*", "*Los hugonotes*", "*Fedra*", y "*Adelaida Ristori*"; "*Emilio Castelar*" y "*Machiavelo y su siglo*"; "*Lamartine*" y "*Rossini*". Escribió también páginas de impresiones objetivas: "*El carnaval*" y "*El otoño*", y algunas profundamente personales como sus reflexiones acerca de la literatura americana.

Dentro del género epistolar fué Guido Spano maestro, no por la profundidad del concepto como Rousseau, ni por el valor histórico como el general Guido, su padre, ni por el sabor mundano como Madame de Sevigné, sino por su fino humorismo, feliz combinación de su ingenio natural y de su bondad,

más fuerte ésta que los años y los reveses de la fortuna, y por la elegancia de su prosa, ya que efectivamente fué él uno de nuestros más limpios y atildados prosistas.

Corresponde en justicia a Guido Spano el título de nuestro primer artista en el verdadero sentido de la palabra, pues perfeccionó el verso y pulió la prosa, llevando uno y otra a las regiones de lo puramente desinteresado. Dejó en los argentinos que tuvieron la felicidad de conocerle, el recuerdo de una vida serena y bellamente vivida.

AT HOME

Bella es la vida que a la sombra pasa
del heredado hogar; el hombre fuerte
contra el áspero embate de la suerte
puede allí abroquelarse en su virtud.
Si es duro el tiempo y la fortuna escasa,
si el aéreo castillo viene abajo,
queda la noble lucha del trabajo,
la esperanza, el amor, la juventud.

¡Hijos, venid en derredor; acuda
vuestra madre también ¡fiel compañera!
Y levantad a Dios con fe sincera
vuestra ferviente, cándida oración!
Él es quien nos reúne y nos escuda,
quien puso en nuestros labios la sonrisa,
da su aroma a la flor, vuelo a la brisa,
luz a los astros, paz al corazón.

Después de la fatiga y del naufragio
ansío rodearme de cariños;
la serena inocencia de los niños
de la herida mortal calma el dolor.
Es para el porvenir dulce presagio
que al hombre con el mundo reconcilia
el ver crecer en torno la familia
bajo las santas leyes del amor.

El vano orgullo, la ambición insana,
aspiren a las pompas de la tierra;
su nombre ilustre en la sangrienta guerra
lleno de encono el bárbaro adalid.
Nuestra misión es, hijos, más cristiana:
amar la caridad, amar la ciencia;
puras las manos, pura la conciencia,
dar el licor a quien nos dió la vid.

El sol de cada día nos alumbra
el sendero del bien; nada amedrente
al varón justo, al ánimo valiente
que fecundiza el suelo en que nació.
La libertad amemos por costumbre,
por convicción y por deber. En ella
el despotismo estúpido se estrella:
de la Patria los hierros destrozó.

¡Honra y prez a sus padres denodados!
entre ellos se encontraba vuestro abuelo;
hoy descansa su espíritu en el cielo,
noble atleta vencido por la edad.
Venid en sus recuerdos impregnados,
y llena el alma de filial ternura,
su venerada, humilde sepultura
con flores y con lágrimas regad.

Tomad ejemplo en él; y cuando un día
emprenda yo mi viaje sin retorno,
erigidme una cruz, y de ella en torno,
sin una mancha en la tranquila sien,
lentos de amor, de paz, que es la armonía,
podáis decir de vuestro padre amado:
latió en su pecho un corazón honrado;
no fué un prócer, fué más, hombre de bien.



OLEGARIO V. ANDRADE

En Gualeguaychú, donde vieron la luz muchos de nuestros más preclaros escritores, nació Olegario Víctor

Andrade el 7 de marzo de 1841. Emigrada su familia durante la tiranía en las fronteras, ya uruguaya, ya brasileña, retornó

a la patria después de Caseros. Ingresó entonces el futuro poeta, como alumno interno, en el colegio del Uruguay, cuyas aulas compartió con Wilde y Roca, y en el cuai, a la temprana edad de quince años, dió las primeras muestras de sus inclinaciones literarias, que aunque fueron luego incluídas en la edición oficial de sus "*Obras poéticas*", ofrecen escaso valor literario y no son sino vagos anuncios de la obra que habria de producir veinte años después.

En 1857 abandona Andrade el colegio, dando por terminados sus estudios oficiales, y empieza una vida libre de trabas y sujeciones, pero también plena de angustias y apremios. Corrían entonces los duros años de la guerra civil entre Buenos Aires y la Confederación, personificadas respectivamente en Mitre y Urquiza. Como buen entrerriano, Andrade gravitó hacia Urquiza y, como escritor que era, asumió su puesto de combate en las columnas de la prensa. Fundó en su pueblo natal "*El Porvenir*", órgano destinado a defender la política del Congreso de Santa Fe de 1853, y desde el que sostuvo en plena juventud, llevado por la más desinteresada y apasionada amistad, ardientes polémicas. Los artículos de "*El Porvenir*", que arrojan luz sobre una época poco conocida de la vida de Andrade, fueron reunidos en 1919 por su conterráneo don FÉLIX ETCHEGOYEN con el título de "*Artículos históricopolíticos*", y aunque la pasión que ellos rezuman es ya cosa muerta, pues los antagonistas de ayer son los ciudadanos fraternalmente unidos de la gran república de hoy, no carecen de valor histórico y constituyen documentos literarios de la mayor importancia, por cuanto descubren la ideación y la psicología del autor. Por su fogosidad, por su emoción, por su énfasis declamatorio, los artículos de "*El Porvenir*" son verdaderos poemas en prosa, que denotan una fuerte influencia de los románticos franceses: Lamartine, Víctor Hugo, Michelet.

Fiel a la tradición partidaria de la época de su iniciación y conservándose en cuanto al estilo idéntico a sí mismo, el defensor apasionado de Urquiza en "*El Porvenir*", lo fué luego de Roca, al que le unió estrecha amistad hasta el último día de su vida, en "*La Tribuna Nacional*".

Con anterioridad a los días de la consolidación de la unidad nacional, Andrade pasó una época difícil, muchas veces angustiosa, a la que puso fin el amor a las letras del presidente

Avellaneda y la influencia política de Roca, que le impulsaron en el camino de la fama, al punto que, en 1880, se le consideraba el poeta nacional por excelencia. Diputado, estrechamente relacionado en las esferas oficiales, ya aureolado por el halo de la fama, produjo en ese entonces sus poemas de más alta inspiración, que fueron gustados y aplaudidos por todos los públicos. Vivió así los años postreros de su vida en un cálido ambiente de simpatía y consideración que le rodeó hasta el día de su temprana muerte, ocurrida en Buenos Aires en 1884.

Como homenaje póstumo al amigo de todas las horas, al hombre de partido invariablemente fiel y al poeta que encarnaba el alma nacional, el Poder Ejecutivo, que Roca presidía, le tributó solemnes honras fúnebres y decretó la adquisición y publicación de sus obras poéticas. Fué ése el principio de su fama póstuma, que crece con el pasar de los años y le consagra el más alto valor entre nuestros poetas civiles.

Andrade, que aunque frecuentaba el mundo no era hombre de mundo, que aunque ocupó una banca parlamentaria no fué nunca orador, fué nada más que un lírico de alma y nada menos que eso. Sólo la poesía lograba arrancarle de su manera de ser reconcentrada y ensimismada, sólo ella le enardecía, inyectándole vida extraordinaria. De desordenada manera de vivir y de flaca voluntad, no militó nunca en las filas de la bohemia, atado por el profundo cariño que profesaba a los suyos.

De sus obras poéticas, la mayor parte fueron publicadas en los periódicos en que Andrade escribía cuotidianamente, y otras, como "*Prometeo*", en folleto, pero la edición total de ellas es la del homenaje nacional.

Como rasgos distintivos de la poesía andradiana se señala la tendencia del autor a basar sus obras en síntesis históricas de vastas proporciones, o en hipérboles cosmogónicas, o en atrevidas personificaciones, hermanando el elemento dramático humano con el que proporciona la naturaleza misma. Sus versos, de extraordinaria fluidez, suelen ser de tal manera brillantes y sonoros, que llegan a oscurecer el pensamiento, y éste se esfuma entre la pompa de las palabras. Pudiera decirse que si sobró inspiración a Andrade, faltóle en cambio buen gusto y disciplina literaria, defectos que la corriente modernista ha puesto más de relieve en nuestro poeta.

Son los títulos de sus mejores cantos: "*Prometeo*", "*Atlántida*", "*San Martín*", "*El arpa perdida*", "*La noche de Mendoza*" y, por encima de todos ellos, el magnífico "*Nido de Cóndores*". Dentro de más reducidas proporciones, compuso Andrade algunos poemas breves, que se caracterizan por el sello de una emoción más íntima y personal, tales: "*El consejo maternal*" y "*La vuelta al hogar*".

Unos y otros justifican la fama que acompañó a Andrade en sus últimos años, su gloria póstuma y su derecho al título del más grande de nuestros poetas civiles.

EL NIDO DE CÓNDORES

I

En la negra tiniebla se destaca,
como un brazo extendido hacia el vacío
para imponer silencio a sus rumores,
un peñasco sombrío.

Blanca venda de nieve lo circunda,
de nieve que gotea
como la negra sangre de una herida
abierta en la pelea.

¡Todo es silencio en torno! Hasta las nubes
van pasando calladas,
como tropas de espectros que dispersan
las ráfagas heladas.

¡Todo es silencio en torno! Pero hay algo
en el peñasco mismo,
que se mueve y palpita cual si fuera
el corazón enfermo del abismo!

Es un nido de cóndores colgado
de su cuello gigante,
que el viento de las cumbres balancea
como un pendón flotante.

Es un nido de cóndores andinos,
en cuyo negro seno
parece que fermentan las borrascas
y que dormita el trueno.

Aquella negra masa se estremece
con inquietud extraña:
¡Es que sueña con algo que lo agita
el viejo morador de la montaña!

No sueña con el valle, ni la sierra,
de encantadoras galas;
ni menos con la espuma del torrente
que humedeció sus alas.

No sueña con el pico inaccesible
que en la noche se inflama
despeñando por riscos y quebradas
sus témpanos de llama.

No sueña con la nube voladora
que pasó en la mañana
arrastrando en los campos del espacio
su túnica de grana.

Muchas nubes pasaron a su vista,
holló muchos volcanes,
su plumaje mojaron y rizaron
torrentes y huracanes.

Es algo más querido lo que causa
su agitación extraña:
Un recuerdo que bulle en la cabeza
del viejo morador de la montaña.

En la tarde anterior, cuando volvía,
vencedor inclemente,
trayendo los despojos palpitantes
en la garra potente.

Bajaban dos viajeros presurosos
la rápida ladera;
un niño y un anciano de alta talla
y blanca cabellera.

Hablaban en voz alta, y el anciano
con acento vibrante,
“¡vendrá, exclamaba, el héroe predilecto
de esta cumbre gigante!”

El cóndor al oírlo batió el vuelo,
lanzó ronco graznido,
y fué a posar el ala fatigada
sobre el desierto nido.

Inquieto, tembloroso, como herido
de fúnebre congoja,
pasó la noche, y sorprendiólo el alba
con su pupila roja.

II

Enjambre de recuerdos punzadores
pasaban en tropel por su memoria,
recuerdos de otro tiempo de esplendores,
de otro tiempo de gloria,
en que era breve espacio a su ardimiento
la anchurosa región del vago viento.

Blanco el cuello y el ala reluciente,
iba en pos de la niebla fugitiva,
dando caza a las nubes en Oriente;
o con mirada altiva
en la garra pujante se apoyaba,
cual se apoya un titán sobre su clava.

Una mañana — ¡inolvidable día! —
Ya iba a soltar el vuelo soberano
para surcar la inmensidad sombría
y descender al llano,
a celebrar con ansia convulsiva
su sangriento festín de carne viva,

Cuando sintió un rumor nunca escuchado
en las hondas gargantas de Occidente;
el rumor del torrente desatado,
la cólera rugiente
del volcán que en horrible paroxismo
se revuelca en el fondo del abismo.

Choque de armas y cánticos de guerra
resonaron después. Relincho agudo
lanzó el corcel de la argentina tierra
desde el peñasco mudo;
y vibraron los bélicos clarines
del Ande gigantesco en los confines.

Crecidas muchedumbres se agolpaban
cual las ondas del mar en sus linderos;
infantes y jinetes avanzaban,
desnudos los aceros,
y atónita al sentirlos la montaña,
bajó la frente y desgarró su entraña¹.

¹ Pasaje de los Andes. — 23 de enero de 1817.

¿Dónde van? ¿Dónde van? ¡Dios los empuja!
Amor de patria y libertad los guía:
Donde más fuerte la tormenta ruja,
donde la onda bravía
más ruda azote el piélago profundo:
¡Van a morir o libertar un mundo!

III

Pensativo a su frente, cual si fuera
en muda discusión con el destino,
iba el héroe inmortal que en la ribera
del gran río argentino
al león hispano asió de la melena
¡y lo arrastró por la sangrienta arena!

El cóndor lo miró, voló del Ande
a la cresta más alta, repitiendo
con estridente grito: "¡Este es el grande!"
y San Martín, oyendo
cual si fuera el presagio de la historia,
dijo a su vez: "¡Mirad! ¡ésa es mi gloria!"

IV

Siempre batiendo el ala silbadora,
cabalgando en las nubes y en los vientos,
lo halló la noche y sorprendió la aurora;
y a sus roncós acentos
tembló de espanto el español sereno
en los umbrales del hogar ajeno.

Un día... se detuvo; había sentido
el estridor de la feroz pelea;
viento de tempestad llevó a su oído
rugidos de marea;
y descendió a la cumbre de una sierra,
la corva garra abierta en son de guerra.

¡Porfiada era la lid! Por las laderas
bajaban los bizarros batallones,
y penachos, espadas y ciméras,
cureñas y cañones,
como heridos de un vértigo tremendo
en la sima fatal iban cayendo.

¡Porfiada era la lid! En la humareda
la enseña de los libres ondeaba

acariciada por la brisa leda
que sus pliegues hinchaba:
¡Y al fin, entre relámpagos de gloria
vino a alzarla en sus brazos la victoria!²

Lanzó el cóndor un grito de alegría,
grito inmenso de júbilo salvaje;
y desplegando en la extensión vacía
su vistoso plumaje,
fué esparciendo por sierras y por llanos
girones de estandartes castellanos.

V

Desde entonces, jinete del vacío,
cabalgando en nublados y huracanes,
en la cumbre, en el páramo sombrío,
tras hielos y volcanes,
fué siguiendo los vívidos fulgores
de la bandera azul de sus amores.

La vió al borde del mar, que se empinaba
para verla pasar, y que en la lira
de bronce de sus olas entonaba,
como grito de ira,
el himno con que rompe las cadenas
de su cárcel de rocas y de arenas.

La vió en Maipú, en Junín, y hasta en aquella
noche de maldición, noche de duelo,
en que desapareció como una estrella
tras las nubes del cielo;
y al compás de sus lúgubres graznidos
fué sembrando el espanto en los dormidos³.

¡Siempre tras ella, siempre! Hasta que un día
la luz de un nuevo sol alumbró al mundo:
El sol de libertad que aparecía
tras nublado profundo,
y envuelto en su magnífica vislumbre
tornó soberbio a la nativa cumbre.

VI

¡Cuántos recuerdos despertó el viajero
en el calvo señor de la montaña!
Por eso se agitaba entre su nido
con inquietud extraña;

² Batalla de Chacabuco. — 12 de febrero de 1817.

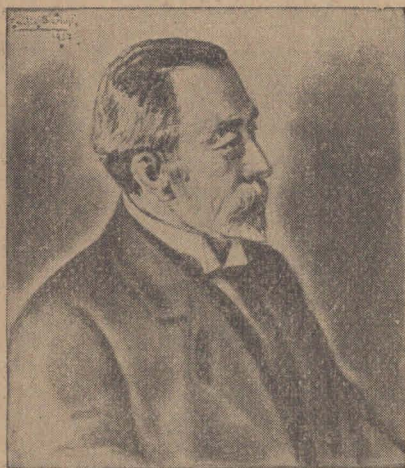
³ Sorpresa de Cancha Rayada. — 19 de marzo de 1818.

y al beso de la luz del sol naciente
volvió otra vez a sacudir las alas
y a perderse en las nubes del Oriente.

¿A dónde va? ¿Qué vértigo lo lleva?
¿Qué engañosa ilusión nubla sus ojos?
¡Va a esperar del Atlántico en la orilla
los sagrados despojos
de aquel gran vencedor de vencedores
a cuyo solo nombre se postraban
tiranos y opresores!

¡Va a posarse en la cresta de una roca
batida por las ondas y los vientos,
allá, donde se queja la ribera
con amargo lamento,
porque sintió pisar planta extranjera
y no sintió tronar el escarmiento!

¡Y allá estará! Cuando la nave asome
portadora del héroe y de la gloria,
cuando el mar patagón alce a su paso
los himnos de victoria,
volverá a saludarlo, como un día
en la cumbre del Ande,
para decir al mundo: ¡Este es el grande!



RAFAEL OBLIGADO

Hijo de don Luis Obligado
Saavedra y doña María Ortiz
Urien, pertenecientes uno y
otro a antiguas familias, cu-

yo origen se remonta a los días de la colonia, nació **Rafael Obligado** en Buenos Aires, el 27 de enero de 1851.

Nada hay en su biografía que exceda los límites de la simple historia de su vida privada; no poseyó carrera, ni liberal, ni militar; no actuó en política, no le sedujo la diplomacia, no cultivó el periodismo. Rico de nacimiento, la pasión de su vida fueron las letras y, dentro de ellas, la poesía lírica, único género al que se dedicó.

Terminados sus estudios preparatorios, se inscribió Obligado en la Facultad de Derecho, cuyos estudios abandonó, absorbido por la literatura. Deseoso de conocer y dominar la lengua española, frecuentó sus clásicos, sin excluir por ello a los maestros antiguos y a los extranjeros. Reunió una bien nutrida biblioteca y abrió su salón, en cuya famosa tertulia de los sábados sus camaradas intelectuales leían sus obras y platicaban de cuestiones artísticas. El elogio con que los tertulianos celebraban los versos de Obligado, le movió, sobreponiéndose a su ingénita timidez, a publicar en el año 1885 la primera edición de sus poesías, recibida con aplausos por la crítica de Hispanoamérica.

Fuera de su salón, la vida tranquila y reposada de Obligado se dividía entre el campo — durante el verano a orillas del Paraná — y su hogar y sus amigos — en el invierno en su ciudad natal. No conoció la inquietud de los viajes, ni dentro de su patria, ni fuera de ella. Según el bello símil de ROJAS, fué la vida de Obligado semejante a un lago profundo: Apacible quietud superficial y honda emoción interna.

Con posterioridad a la edición de 1885, completó Obligado, y lo editó en folleto, su poema "*Santos Vega*", y en 1906 dió a la estampa el tomo definitivo, considerablemente aumentado con relación al primero, de sus "*Poesías*". Reconocido unánimemente como nuestro poeta nacional, su musa llamóse a silencio a partir de esa fecha.

Aunque jamás fué profesor, pues carecía de vocación didáctica, al fundarse la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires fué designado por el gobierno para cooperar en su organización. Allí actuó luego como examinador, consejero, vicedecano, miembro y presidente de su Academia.

Quebrantada su salud durante los últimos cinco años de su vida, murió Obligado en Mendoza el 20 de marzo de 1920 y con él el más genuino de los poetas que cantaron nuestra tradición.

Parco en su obra, Obligado buscó inspiración para ella en el paisaje, que sentía hondamente. Dentro de nuestra literatura su posición es la de un romántico, pero un romántico más sincero que Echeverría y sin sus complicaciones, con la serena sobriedad de Juan María Gutiérrez y entroncado en la tradición de Martín Fierro, pues como éste, fué payador, aunque payador de la ciudad.

Curioso de las letras europeas y lector incansable, fueron maestros de Obligado los grandes autores españoles y extranjeros, pero no copió la actitud de ninguno y fué en sus poesías él mismo: El hidalgo castellano de América, por su estirpe y por su cultura, creador de la poesía castiza de nuestras pampas.

No ha de creerse que todas las poesías de Obligado alcanzan mérito igual, hay entre ellas alguna hojarasca: los versos de ocasión, las rimas familiares, las páginas de álbum, que se pierden en lo trivial, pero el resto de su obra será perdurable. El valor sobresaliente de ella es su poema "*Santos Vega*", cuyo motivo, la leyenda del payador que sólo el diablo pudo vencer, impresionó ya de niño la sensibilidad de Obligado, para cobrar luego en la mente del poeta vida extraordinaria y ser volcada en versos imperecederos. Verdad es que Obligado no inventó en su poema ni el personaje ni la leyenda: aquél tuvo existencia verdadera y ésta corría en boca de todos los gauchos viejos; tampoco fué el primero en llevar uno y otra a la literatura, pues ya lo habían hecho Mitre, Ascasubi y Eduardo Gutiérrez; pero también es verdad que, con él, Santos Vega logra su realización más artística, al punto de ser Obligado el cantor de Santos Vega por autonomasia. Dentro del género de su poema máximo escribió Obligado otras composiciones, entre ellas "*La luz mala*", alusión a las supersticiones campesanas relativas a los fuegos fatuos, y una serie de romances, "*Leyendas argentinas*", de menos valor literario éstas, por ser en ellas la inspiración más desmayada y hallarse el poeta fuera de su ambiente pampeano.

Plenas de sentimiento, saturadas de color, con esa emoción que las cosas vistas y vividas prestan a la poesía, son sus cuatro deliciosas églogas: "*El hogar paterno*", pintura de la casa bienamada a orillas del Paraná, que respira la dulce nostalgia de los primeros años; "*El nido de boyeros*" preciosa acuarela pastoril, entre cuyas pinceladas palpita el presenti-

miento del amor, que estremece delicadamente a la adolescente absorta en la contemplación del nido; "*La flor de seibo*", letrilla a imitación de "*La flor de caña*" de Plácido, el poeta de los trópicos, y "*Las quintas de mi tiempo*", plástica pintura en endecasílabos, cálida evocación del ambiente tan hondamente sentido y comprendido.

La musa de Obligado tuvo también latidos más íntimos, de los que son muestra su "*Visión*", las redondillas de "*El manantial*" y las breves estrofas de "*Pensamiento*" y "*Ofrenda*". Esporádicamente tentó el poeta la poesía política y filosófica con sus odas "*A Echeverría*" y "*América*", demostrando con ellas que no eran suyas las estentóreas trompetas de la fama, sino la melodiosa flauta del pastor y la acompasada guitarra del gaucho.

La lengua de Obligado, limpia y castiza lengua castellana, que no desdeñó la voz indígena insustituible, su profundo sentimiento del paisaje, su conciencia del tipo humano de América, su emoción libre y sincera, la clara idea que de su musa tenía, musa argentina como él y como su patria robusta, según él la define, presentan a Obligado como un romántico de nueva escuela y un precursor de la poesía moderna y, para decirlo con toda brevedad, como el cantor máximo de nuestra tradición.

LAS QUINTAS DE MI TIEMPO

*Estos, Fabio ¡ay dolor! que ves ahora*¹
jardines sabiamente dibujados,
fueron un tiempo rústicos cercados
de enhiesta pita y succulenta mora.

Y aquellas que allí ves altas mansiones
de mil primores llenas, antes fueron
modestas granjas donde en paz latieron
más nobles y sencillos corazones.

Naturaleza entonces a sus anchuras
por estos sus dominios discurría,
y como es dada a la labor, tejía
mil suertes de galanas vestiduras.

¹ Verso de Rodrigo Caro.

Aquí, rastreando la humedad del suelo,
las violetas silvestres agrupaba,
y por todas las quintas derramaba
un fresco aroma que llegaba al cielo.

Pródiga aquí de sus mejores galas,
prendía a las ventanas de una hermosa
de mosqueta y jazmín red olorosa
que desflocaba el aire con sus alas.

Por cima de los cándidos rebaños
que agrupaba el pastor en los oteros,
derramaban en flor los durazneros
una alegre sonrisa de quince años.

Y no bien tapizaba la pradera
y en los verdes naranjos florecía,
de sus maternas manos recibía
su corona nupcial la primavera.

Mas tú dirás, amigo, que al presente
aquella nuestra madre, de igual modo
sustenta, anima y embellece todo,
*y quien dijere lo contrario, miente*².

¡Infeliz! ¡cuál te engañas! Tú no sabes
lo que eran estos sitios, cuánta escena
de amor y paz y venturanza llena
huyó con las violetas y las aves.

Figúrate: es domingo; el aire en calma;
mucho sol, mucha luz, mucha alegría;
una de esas mañanas en que ansía
verse trocada en golondrina el alma.

Vieras aquí y allá, por los senderos,
confundidos los pobres y los ricos,
la madre, las amigas y los chicos
con sus lucientes trajes domingueros.

Dan al viento los niños infinitas
pandorgas, con navaja, y en batalla,
y a cada triunfo un clamoreo estalla
en el hueco inmortal de Cabecitas.

Se oye el rumor del biznagal que abrasa
el adobe en los hornos; el ligero

grato sonar de tarros de lechero
que al largo trote por las quintas pasa.

Y allá van, salpicando las veredas,
guiadas por un criollo o un navarro,
las carretas de pasto, que en el barro
vuelven crujiendo las pesadas ruedas.

Torna ahora los ojos, Fabio, y mira
aquel grupo de un árbol a la sombra,
que tiene el césped por mullida alfombra,
y la guitarra nacional por lira.

¿Qué ves allí? De un asador pendiente
asándose el cordero apetitoso,
y circular el mate generoso
en vez de la botella de aguardiente.

¡Oh campestres paseos! ¡oh manjares
jamás llorados cual se debe ahora!
¡Oh sencillez antigua y bienhechora,
salud un tiempo de los patrios lares!...

Mas calle, amigo, nuestra queja vana,
que si un remedio a nuestras ansias veo,
es quedar como Lope ante el Liceo
*llorando la vejez de su sotana*³.

Juro, Fabio, por todos los poetas,
que no hay porteñas hoy más regaladas
que aquellas que acudían en bandadas
a nuestras quintas a juntar violetas.

¡Las vieras, preparándose al asedio,
cuando aquellos piccitos voladores
no podían llegar hasta las flores
porque estaba una zanja de por medio!

¡Cuánto ardid para asirse del ramaje
y traspasar el cenagoso abismo,
alzando con angélico heroísmo
la muselina del sencillo traje!

Mas no faltaba un vástago de mora,
cual un brazo flexible, que de intento
para ayudarlas inclinaba el viento...
*Que tanto puede una mujer que llora*⁴.

³ Verso de Lope de Vega.

⁴ Idem.

Las veo aún, con las mejillas rojas
como granadas de Engadí partidas,
y las húmedas manos florecidas
mariposeando entre las verdes hojas;

Y correr, y chillar, y ser más bellas
cuando, lanzada como rauda fija ⁵
cruzaba una medrosa lagartija
con grave susto disparando de ellas;

Y, ya en violetas rebosando el seno,
búcaro ardiente que las flores aman,
cómo por los senderos se derraman
dejando el aire de perfumes lleno.

¡Oh, mi dulce porteña, amada mía!
Ya no hay violetas ni silvestres moras;
huyeron ya de la niñez las horas
dulces y alegres cuando Dios quería!... ⁶

⁵ Fija: arpón, fisga.

⁶ Verso de Garcilaso.

BOLILLA III

La poesía gauchesca en lengua popular: Bartolomé Hidalgo; José Hernández; Estanislao del Campo.

La poesía gauchesca en lengua culta: Rafael Obligado.

LA POESÍA GAUCHESCA EN LENGUA POPULAR

La literatura gauchesca es aquella en la cual el pueblo argentino ha llevado a su más alto grado de realización los elementos típicos de su nacionalidad, esto es: el indio, hijo genuino de la naturaleza americana; el gaucho, adaptación del europeo a la vida del desierto; el criollo, personificación del español americano. Ella comprende el conjunto de la obra literaria nacida al calor de la tierra nativa y la que el arte de la ciudad creó al tomar contacto con el alma de la campaña. Y se llama gauchesca porque fué el gaucho, protagonista de nuestra nacionalidad y germen creador de toda una cultura, aunque rudimentaria de rasgos inconfundibles, quien al irradiar su influencia hacia los campos de la literatura escrita, le dió origen.

El español americano de nuestra campaña, colocado frente a la naturaleza, y señor absoluto de su libertad, sin escuelas, sin iglesias, casi sin leyes, comprendió que su enemigo no era otro que el desierto inmenso, al que debía someterse o someter. Y, llevando en sí la indiscutible superioridad mental de la raza aria, se adaptó, después de un proceso que debía durar no menos de dos siglos, al ambiente en que vivía, dando origen al gaucho, tipo genuino de América, que, a su vez, se creó una conciencia propia y una manera de vivir peculiar.

En el dominio de la literatura el gaucho se proyectó en el payador, que en lengua y metro vulgar — el *sermo rústico* de Castilla la primera, el típico octosílabo el segundo — cantaba su libertad, acompañándose a la manera de los juglares y trovadores con instrumentos de cuerda: el charango, la guitarra o el arpa, o a falta de éstas con la caja, cuya rítmica percusión acentuaba la cadencia de payadas y milongas, de tristes y vidalitas, de aires y estilos. Pero, a diferencia de los trovadores y juglares que, por florecer al amparo de los señores en un medio aristocrático y asaz refinado como lo

era el provenzal, degeneraron, nuestros payadores, que hubieron de acogerse al abrigo de ranchos y pulperías en el agreste ambiente de la pampa, se tornaron viriles y altivos, creando una poesía austera como su vida misma, que aunque no desconoce el amor hondamente sentido, canta a la patria y sus atributos fundamentales: la libertad y la justicia; al trabajo, al destino.

Nuestra poesía popular, anónima y oral en sus orígenes, como toda poesía popular, unió al nacer la danza, la música y el canto; condicionados todos tres por el ritmo; encerraba, en consecuencia, los gérmenes de los tres aspectos fundamentales de la poesía: lírico, épico y dramático, que habían de desarrollar luego los payadores. Éstos, casi puramente líricos antes de 1810, se transformaron en épicos después de la revolución de Mayo, a partir de cuya fecha adquiere extraordinario vigor la poesía gauchesca de carácter político, cuyas más destacadas figuras son sucesivamente Bartolomé Hidalgo (1810 - 1822), Hilario Ascasubi (1830 - 1860) y José Hernández (1876 - 1880).

Ramas posteriormente nacidas del tronco de la poesía gauchesca fueron el teatro de los hermanos Podestá y la novela de Eduardo Gutiérrez, formas de decadencia de la especie primitiva, o de iniciación de otras nuevas, casi ajenas al arte.

Sintetizando las líneas fundamentales de la formación gauchesca, podemos decir que el gaucho, producto de la pampa, es el creador de la poesía payadoresca, cuyas formas sucesivas parten de la lírica popular para llegar después de la épica popular nacida en 1810, a la novela y el teatro nacionales.

La poesía gauchesca, que por su habla vulgar y su técnica rudimentaria ha sido muchas veces menospreciada, tiene, aparte de su alto valor intrínseco, desconocido por quienes quieren hallar en sus cultores a los clásicos argentinos, olvidando que la nuestra es una civilización no acabada sino en proceso, el muy grande de sus proyecciones futuras, ya que ella es el fermento indispensable en la elaboración del alma y el arte nacionales. Ella constituye la esencia de nuestra tierra, esencia recogida en rústico vaso, pero genuina y con todo su primitivo aroma.

✓ **BARTOLOMÉ HIDALGO**

Bartolomé Hidalgo nació el 24 de agosto de 1788 en la ciudad de Montevideo, hijo de humilde familia, de la que sólo se conoce lo que él mismo dice en una carta particular del año 1819: "Ya le he dicho que soy de una familia muy pobre, pero que soy hombre de bien y que éste es todo mi patrimonio".

Aunque algunos críticos de una y otra margen del Plata, —BAUZÁ entre los uruguayos y MITRE entre los argentinos— le presentan como el padre de la poesía gauchesca —Homero del género gauchesco le llama este último— lo cierto es que Hidalgo no fué el fundador ni el precursor de tal género, sino el intermediario entre las formas de la tradición oral y las escritas.

Confirmado no ha mucho el dato exacto del lugar y fecha de nacimiento de Hidalgo, su primera juventud, así como sus últimos años, permanecen aun oscuros. Sus estudios fueron pocos y someros; tempranamente alejado de las aulas, sábase que hacia 1810 era oficial peluquero; que al año siguiente, hallándose en Mercedes del Uruguay, incorporóse a la expedición de Rondeau, y que en febrero de 1812 el Triunvirato, haciendo justicia a sus méritos, reconocidos por sus jefes, le designa comisario de guerra en el ejército del Uruguay.

Aunque no existen pruebas de ello, parece que entre 1812 y 1814, fecha esta última de su retiro de las armas, Hidalgo estuvo en las campañas del norte argentino. Así inducen a creerlo los vivos recuerdos de tales campañas que aparecen en sus "*Diálogos*". Lo cierto es que a fines de 1814 le encontramos en Buenos Aires, casado, desempeñando el cargo de oficial segundo de tesorería en la Aduana y ya iniciado en la poesía payadoresca. Datan de esa época sus "*Cielos*" y sus "*Diálogos*", cuya inspiración fueron los recuerdos heroicos de sus años mozos.

De salud muy precaria, fué breve la vida de Hidalgo, a la que una afección pulmonar puso fin el 28 de noviembre de 1822. Aunque consta que falleció en Morón, en los alrededores de Buenos Aires, la misma penumbra que veló toda su vida, le ha acompañado después de su muerte: Nada se sabe de sus restos mortales.

Con ese criterio que es el punto de partida de cualquier estudio, se ha

JUAN MARÍA GUTIÉRREZ lamenta que una mayor cultura no haya permitido a Hidalgo producir obras de más aliento; RICARDO ROJAS, por el contrario, piensa muy acertadamente que “fueron la ingénita ignorancia y el talento nativo, los que permitieron a Hidalgo llegar al alma del pueblo, fueron sus exclusivas lecturas castellanas las que le concedieron su señoría del romance tradicional”. Ello es que, cuando saliéndose de los límites de la poesía payadoresca, quiso imitar a los clásicos, la obra de Hidalgo pecó de falsa y artificiosa.

Como obra primeriza de Bartolomé Hidalgo señalan sus comentadores uruguayos una de corte dramático: “*Sentimiento de un patriota*”, que aseguran fué representada en Montevideo en 1816, la cual piensa ROJAS sea la misma que con el título “*El Triunfo — Unipersonal dedicado al superior gobierno*” publicó en Buenos Aires en 1818. Tal obra era una alegoría teatral, en la que un único personaje — un soldado patriota — recita ante la efigie de San Martín una oda en su loor, con acompañamiento musical en ciertos momentos. /

Los endecasílabos grandilocuentes de “*El Triunfo*” y el amaneramiento de toda la obra muestran bien claramente que no era la lira de los helenos el instrumento que podía tañer Hidalgo; su obra posterior proclama que decía mucho mejor en sus manos la guitarra de nuestros gauchos. Y pulsando sus cuerdas el payador que en sus años mozos fuera soldado, canta Hidalgo el alma de la raza, sublimada en el dolor, cuando al despertarse violentamente hacia 1820 las pasiones populares, el espíritu de América se yergue altivo echando a rodar los prejuicios escolásticos de los días de la colonia.

Cielitos y diálogos integran la obra poética de Hidalgo. Los primeros no fueron en su origen sino una de las muchas danzas gauchescas, las cuales, como todos los bailes populares, de todos los tiempos y de todos los países, llevaban dentro de sí el germen de la poesía. En efecto, la danza popular desenvuelve en forma rítmica los dos movimientos primitivos de la alegría y el terror, que acentúa mediante el acompañamiento de la música y el comentario del verso. El cielito, que en sus comienzos no tuvo otro contenido fuera del amoroso — “en él se insinuaba la flor del primer galanteo”, según la frase de ROJAS — modificóse luego de acuerdo a los nuevos tiempos y sirvió para que el gaucho expresase en los días de la guerra

de la independencia sus ideales de libertad. Surgen así los nuevos cielos de carácter heroico, en los cuales se funde el tema civil en el molde del viejo metro amatorio. Son ellos creación anónima del alma del pueblo, cuyas huellas habría de seguir Hidalgo, que en un momento dado de su evolución compuso muchos de ellos, por lo que dióse en el prurito de atribuirle cuantas composiciones de tal género existieron. Lo cierto es que los cielitos, cuando se publicaron, aparecieron en hojas sueltas y sin firma, y como anónimos fueron luego recopilados en distintas colecciones — "*La Lira Argentina*" de 1824 y la "*Colección de poesías patrióticas*" — de la época de Rivadavia, hasta que posteriormente y sin ningún fundamento serio empezaron a atribuirse a Hidalgo.

Entre los cielos que se ha pretendido fuesen de Hidalgo, aunque uno y otro como anónimos cobraron fama en cuarteles y pulperías, se encuentran el de "*Maipú*" y el de la "*Venida de la Expedición Española al Río de la Plata*". El primero, hallado por ROJAS en el Museo Mitre, no es de los mejores dentro del género, pues revela el esfuerzo de un poeta de la ciudad empeñado en remedar la poesía de los campos. El segundo transparenta la viril reciedumbre de la vida del desierto y el áspero sabor de la carne salvaje, y es documento vivo, en la renovada forma del romance tradicional, de una épica verdaderamente nuestra, más plena de vigor y sinceridad que la fría poesía académica.

El cielito que, sin lugar a duda alguna, pertenece a Hidalgo es el de "*Un gaucho de la Guardia del Monte*", pues, aunque apareció como anónimo en "*La Lira Argentina*", por la identidad del personaje con el que bajo el nombre de Ramón Contreras figura en los "*Diálogos*" posteriores de Hidalgo, puede ser considerado como un anticipo de éstos. En el tal cielito el gaucho Contreras refiere, dirigiéndose a su auditorio, la gestión diplomática de Casa - Flores y comenta la equivocada política del rey don Fernando VII, al que ridiculiza sin piedad. Palpita en esta obra sincera emoción americana y un criollismo más de sentimiento que de forma. No se advierte en ella señales de ese "idioma de Hidalgo" de que algunos críticos han hablado y que no existió en realidad. La lengua de Hidalgo es puramente la gauchesca, libre aún de las exage-

raciones que para acentuar el color poético, habían de imponerle los gauchescos posteriores.

Pero no es en este tipo de poesía donde se muestra Hidalgo como verdadero talento creador, sino en sus "*Diálogos*", bien llamados "*Patrióticos*", con los cuales inicia una obra, que aunque es del pueblo por sus orígenes, le pertenece por la técnica. En ellos debemos buscar las raíces de la poesía gauchesca y no en los cielos, producto éste anónimo del pueblo que, al calor de la revolución, agitó la ciudad con la emoción del campo. Dentro de los límites del cielito, Hidalgo no fué sino uno de los muchos payadores que existieron en la pampa, pero considerado a la luz de sus "*Diálogos*" se nos aparece como verdadero poeta, en cuyas composiciones cristalizan las formas orales de la poesía anteriores a él. No fué, pues, un fundador, pues su obra no hubiera sido posible sin la precedente, anónima y popular, pero es, sí, el nexo de unión indispensable entre ésta y la de sus sucesores.

Los "*Diálogos patrióticos*" de Hidalgo que son tres y tienen como interlocutores a Juan Chano, el capataz del pago de las Islas del Tordillo y aquel Ramón Contreras ya conocido a través del cielito de Casa - Flores, datan de los años que corren entre 1820 y 1822, esto es, en el orden de los acontecimientos, del lapso comprendido entre la fracasada expedición española, motivo del cielo ya mencionado y el fin de la dominación de la madre patria en esta parte del continente americano.

El primer diálogo presenta a Chano de visita en el rancho de Contreras, a quien entre mate y mate comunica las noticias del mundo, para luego lamentarse uno y otro con sincera pena de la anarquía que destroza "la primera patria", "la patria vieja", es decir, la de 1810. Apunta en este diálogo — que termina con la prédica de la unión fecunda — la poesía civil, la crítica democrática al mal gobierno y al militarismo caudillista. En el segundo, de paso Ramón Contreras por las Islas del Tordillo "variando un zaino parejero", vuelve a platicar con Chano cabe el fogón acogedor. Tratan ahora de las tentativas españolas para reconquistar la perdida América y recuerdan las batallas a los españoles ganadas por la patria otrora unida y ahora anarquizada. En el tercero y último de los "*Diálogos patrióticos*", Ramón Contreras, que ha presenciado las fiestas patrias en la plaza de la Victoria, hace a su amigo Chano una

viva descripción de cañonazos, repiques e iluminaciones, de palos jabonados y corridas de sortijas, de funciones religiosas y teatrales; y en el espectáculo del pueblo que festejaba la magna efemérides, ve el viejo gaucho del Monte a la patria unida en el recuerdo de las glorias de Mayo. En los "*Diálogos*" de Bartolomé Hidalgo palpita el alma nacional en la íntima unidad del poeta, el protagonista, el asunto y el ambiente. Cobran por ello verdadero valor de epopeya.

Con posterioridad a los "*Diálogos*", y a pedido de Esteban de Luca, compuso Hidalgo un nuevo cielo, dedicado al triunfo de Lima y El Callao. Consta esta obra postrera de treinta y ocho cuartetos, en las cuales vano fuera buscar la fuerte inspiración de los primeros cielos, al punto de poder casi decir que ella marca la iniciación de la decadencia del género, que había luego de renacer, cuando la cruenta lucha de unitarios y federales, en la pluma de Hilario Ascasubi.

A modo de síntesis concluyamos diciendo que pertenece a Hidalgo en legítima justicia el título de creador del poema narrativo, de argumento civil, vaciado en el tradicional molde payadoresco.

HILARIO ASCASUBI

Con el suelo de nuestra pampa como lecho y el cielo del desierto por manto, nació **Hilario Ascasubi** en las proximidades de la posta de Fraile Muerto, en Córdoba, en una tempestuosa noche del año 1807. Radicados luego sus padres en Buenos Aires, los primeros años del futuro cantor de las pampas fueron los de nuestras gestas.

De carácter soñador y aventurero, la infancia de Ascasubi fué poco afecta a las disciplinas escolares y muy dada a andanzas y correrías. Sus años de niño fueron serie ininterrumpida de excursiones por las afueras de la ciudad y las riberas del Río, hasta que en 1819, apenas adolescente, enganchóse de grumete en "*La rosa argentina*", navicilla en viaje a la Guayana Francesa, y a su bordo fué de los primeros que a la sombra de nuestro pabellón atravesaron el Ecuador.

En los tres años que empleó en esa navegación, cuyo recuerdo perduró en su mente, entrevió Ascasubi las luces de otras civilizaciones, la imagen de las cuales hizo aun más notable a sus ojos nuestra barbarie. Y deseoso de trabajar en pro de la cultura de la patria, no encontró ambiente para ello sino en la provincia de Salta, donde el gobernador Arenales y su ministro Sánchez de Bustamante inspiraban a su Legislatura generosas leyes, pregoneras de su afán de progreso.

Ascasubi llevó de Buenos Aires, cedida por el gobierno de ésta al salteño, la imprenta que fuera de los Niños Expósitos, la misma que los jesuitas trajeron en el siglo XVII a sus fundaciones de Córdoba, y con ella enseñó tipografía e imprimió luego la "*Revista de Salta*", periódico que fundó en sociedad con Juan de Arenales, y en el que vió la luz pública, en septiembre de 1824 su "*Canto a la victoria de Ayacucho*", perdido luego en sus andanzas de Bolivia al Plata.

El año 1826 transforma a Ascasubi en guerrero: como teniente de infantería le encontramos en Ituzaingó, y luego, ya como capitán, le vemos actuar en las filas de Lavalle, cuando la revolución de los unitarios que derrocó a Dorrego. A partir de este momento hace Ascasubi profesión de fe como unitario, y como tal es sindicado y perseguido, hasta que, preso en 1832, es confinado por Rosas en un pontón primero, en el cuartel del Retiro después, con la consigna de que no se le permita escribir. Habiendo logrado fugar, con peligro de su vida, pues se dejó caer desde quince metros de altura a la zanja circundante del cuartel, y siéndole imposible la permanencia en Buenos Aires, huye Ascasubi a Montevideo, donde, para subsistir, establece una panadería, con cuyas buenas ganancias provee de armas a Lavalle y le tripula todo un buque para su fracasada expedición contra Rosas.

En el destierro se afianza la personalidad literaria de Ascasubi. En efecto: periodista antes de los veinte años en Salta, deja en 1826 los tipos por las balas, para volver a ellos, efímeramente, en 1830, cuando funda su primer periódico gauchesco, "*El arriero argentino*", del cual apareció un único número. Expatriado a partir de 1834, como unitario debió combatir durante los largos años del sitio de Montevideo, pero como buen gaucho que era, lo hace cantando. Multiplica entonces las hojas periódicas, creando todo un elenco de payadores

que se resumen sucesivamente en *Paulino Lucero*, el cantor que en nombre de los unitarios combate a Rosas antes de 1851, y en *Aniceto el Gallo*, que personificando a los porteños se enfrenta con Urquiza después de 1852. Definitivamente establecido en Montevideo tras los desgraciados acontecimientos de 1839, la literatura y la política absorben a Ascasubi; y a la par que cantó *Paulino Lucero*, a la manera de los gauchos, el odio a Rosas, su creador frecuenta a los más ilustres de los proscriptos: Florencio Varela, Domingo F. Sarmiento, Bartolomé Mitre, que reconocieron no sólo la vibración verdaderamente poética que suele estremecer sus versos, sino también el servicio que con ellos prestaba a la causa unitaria. Data de esa época la amistad de Mitre con Ascasubi, que afianzada después de Caseros se conservó inalterable hasta los últimos días del poeta. En 1853 recopila Ascasubi la mayoría de sus cantares gauchescos contra Rosas y los da a la estampa en un tomo que aparece en Buenos Aires con el título de "*Trovos de Paulino Lucero*".

Su espíritu de hombre maduro, tan dado a la aventura como lo fué él de su adolescencia, y el afán de progreso que constituyó en toda época de su vida una de sus más firmes características, le hicieron tentar, en los días en que Buenos Aires vivió separada del resto de las provincias, la empresa de dotar a la Capital de un gran teatro, empresa que al fracasar le sumió en la pobreza, al punto de verse precisado a recordar, para lograr la protección del Estado, sus servicios en favor de la causa pública. Le fué concedido en muy honrosos términos su retiro del ejército con el grado de coronel: "Desgracias inesperadas le han hecho perder su fortuna en edad avanzada, e inútil ya para servicios activos, rodeado de sinsabores domésticos, debe ser recompensado por sus servicios patrióticos", concluye el dictamen que suscribe el doctor RUFINO DE ELIZALDE.

Mitre, a quien Ascasubi acompañara en todas sus campañas hasta Cepeda, hizo también justicia a su amigo, al que envió en comisión a Europa, con el encargo de enganchar para nuestro ejército soldados extranjeros. Las numerosas cartas que entre 1862 y 1864 escribió Ascasubi a Mitre, de quien decía era el argentino que más bien le había hecho, arrojan viva luz sobre su personalidad, mostrando sus facetas

desconocidas. A través de tales cartas, el viejo cantor gauchesco se perfila como el más culto de los correspondientes y se muestra capaz de una digna figuración en un ambiente como el del París de Napoleón III. Y siendo tan diametralmente opuestos entre sí el payador unitario y el comisionado oficial en tierras de Europa, uno y otro son por igual sinceros, pues si en el primero vibran las rudas pasiones con salvaje acento, el segundo, al calor del ensueño político, sabe asimilarse al culto medio en que le tocó actuar.

De nuevo en Buenos Aires hacia 1865, vuelve luego Ascasubi a París, en su último viaje, que fué definitivo para el escritor. En efecto, a modo de presentación, Ascasubi acostumbraba regalar el tomo de los "*Trovos de Paulino Lucero*" y alguna hoja de "*Aniceto el Gallo*"; ello hizo que algunos de sus amigos, de una y otra parte del océano, le instaran a reunir sus otros cantos. Tal sugestión prosperó en el espíritu de Ascasubi, que vislumbró el interés histórico que con el correr de los años tendrían tales composiciones, y alentó sus viejas intenciones de escribir un poema que, dentro de la técnica gauchesca, describiese la vida de las pampas y cuyo personaje central podía ser el legendario Santos Vega, el mismo que habiendo en sus años mozos cautivado su imaginación, había él introducido en alguno de sus diálogos. Ya en los días en que Rosas le tuvo preso en el pontón y en otras ocasiones posteriores había intentado Ascasubi tal obra, que ahora se le aparecía como un medio precioso para sustraerse a la nostalgia que le embargaba. Es éste el origen de las ediciones ilustradas, que por la casa Dupont, de París, aparecieron en 1872 de su "*Paulino Lucero*", "*Aniceto el Gallo*" y "*Santos Vega*", todas tres profusamente comentadas en cuanto atañe al vocabulario. En la primera Ascasubi recopila los cantares contra Rosas (1839-1851), en la segunda los dirigidos a Urquiza (1854), y en la tercera aparece el poeta, alejado ya de las violentas pasiones políticas y envuelto en una atmósfera de serena nostalgia contemplativa.

El "*Paulino Lucero*" y el "*Aniceto el Gallo*" están íntimamente vinculados uno a otro, porque en los dos es político el argumento, ocasional el tema y combativo el espíritu. Veamos cómo nacieron los cantos que integran uno y otro. El partido unitario expatriado dió en combatir al tirano mediante

trovas populares publicadas en hojas periódicas, cuyos autores decían ser gauchos del ejército sitiado en Montevideo. Tal fué el origen del fingido *Paulino Lucero*, que no fué por cierto el primero de los payadores periodistas, ya que muy anteriormente, en 1820, el padre Castañeda, amparado por Dorrego, y diez años después Luis Pérez, el coplero de Rosas, habían iniciado el género. La obra de este último evidencia cuánta fué la influencia de Hidalgo, pues en sus versos resucitan los personajes de los "*Diálogos patrióticos*": el Gaucho del Monte, Contreras, Chano. Ascasubi siguió en el campo unitario las huellas de Pérez en el federal, pero superándolo notablemente. Creó primero "*El gaucho en campaña*" (cuatro números), luego "*El gaucho Jacinto Cielo*" (doce números), hasta llegar a la vigorosa personificación de *Paulino Lucero*, sin olvidar el recuerdo siempre vivo de Hidalgo, al punto de volver a presentar a Chano y Contreras dialogando acerca de las glorias de la patria, en ocasión del 25 de mayo de 1844 y en las trincheras de Montevideo. No creemos por ello que Ascasubi constriña su obra a servil remedo, no; él incorpora a la literatura gauchesca, gracias a su robusta inspiración nativa, fortalecida en la vida agreste, su valioso aporte personal, superando a todos sus predecesores, a los que le unen, no el prurito imitativo, sino las afinidades de raza, de momento y de medio.

El "*Paulino Lucero*", cuyo verdadero nombre es "*Paulino Lucero o los gauchos del Río de la Plata — cantando o combatiendo — contra los tiranos de las Repúblicas Argentina y Oriental del Uruguay — 1839 - 1851*" refiere, según reza la carátula misma, "*todos los episodios del sitio de nueve años que resistió heroicamente Montevideo, e igualmente los combates que en la campaña oriental sostuvieron los gauchos patriotas hasta postrar al tirano Juan Manuel de Rosas y sus satélites*". Intégranlo cielitos, medias cañas, romances, redondillas y décimas, inspirados a la vez por el ideal romántico y la pasión implacable. Y era tanta su identidad con el alma gauchesca, que luego de escritos volaban en boca del paisanaje como si en ella hubiera nacido; y dicese que hasta los mismos federales cedían a su seducción payadoresca.

Nadie como Ascasubi supo dar en el verso impresión tan real de la crueldad, como lo logró él en "*La refalosa*"; amenaza que un fingido mazorquero dirige a *Jacinto Cielo*, gace-

tero gaucho, que no es tal sino el propio Ascasubi. Aparece aquí el mismo cuadro del degüello que animó Echeverría en "*El matadero*", el primero de nuestros cuentos.

También abunda en detalles patéticos el poema "*Isidora la Federala*", triste historia de una mujer del pueblo, que por ser adicta al tirano fué sacrificada a sus furores. La "*Relación que Jacinto Amores hace a su paisano Simón Peñalva en las costas del Queguay, de las fiestas cívicas que para celebrar el aniversario de la jura de la Constitución Oriental se hicieron en Montevideo en el mes de julio de 1833*" recuerda el *Diálogo* de Hidalgo en que Chano y Contreras platican acerca de las fiestas mayas de Buenos Aires.

El otro tomo lleva como título "*Aniceto el Gallo, gacetero y prosista y gauchi-poeta argentino — Extracto del periódico de este título publicado en Buenos Aires el año 1854 y otras poesías inéditas*". Las tales poesías inéditas son romances, cielitos y diálogos compuestos antes de 1851, cantados en su época en campamentos y pulperías y que, en consecuencia, estarían más en su sitio en el primer volumen.

Si *Paulino Lucero* señala para la poesía payadoresca el momento de su culminación, *Aniceto el Gallo* jalona el de su decadencia; y si el segundo seudónimo, por más conocido en Buenos Aires, ha eclipsado al primero, una revisión de valores muestra cuán superior fué *Paulino* comparado a *Aniceto*, desde el punto de vista moral y literario. En efecto, *Paulino* es el gaucho proscrito en lucha contra el tirano opresor, *Aniceto* es el gaucho localista embanderado en contiendas civiles; el primero canta su pasión en versos pletóricos de vida y calor, profundamente originales en cuanto a su forma; el segundo, de inspiración más lánguida y oportunista, quiere, sin lograrlo, parecerse a su hermano mayor. *Aniceto el Gallo* es, según la feliz expresión de ROJAS, no ya "el gaucho poeta", sino "el poeta agauchado". A partir de él la poesía payadoresca de carácter político entra en franca decadencia, hasta que, en 1880, muere definitivamente.

Del poema "*Santos Vega*", el tercero de los tomos publicados por Ascasubi en París, en 1872, hemos de ocuparnos en el capítulo intitulado "La poesía gauchesca en lengua culta y en lengua popular", en el que también estudiaremos los poemas epónimos de Mitre y Rafael Obligado.

La influencia de Ascasubi fué considerable en el renacimiento de nuestro país. En él se encarnó el verdadero poeta del pueblo, cuyos versos, estremecidos frecuentemente por el hálito de la más legítima poesía, fueron arma de combate eficaz. Con ellos logró el cariño de los humildes y la estimación de los grandes hombres, y uno y otra conquistan para el autor, antes de su muerte, que acaeció en Buenos Aires en 1875, enorme popularidad, no desprovista de sus ribetes de gloria.

LA POESÍA GAUCHESCA EN LENGUA CULTA. ^
"LA CAUTIVA" DE ECHEVERRÍA Y EL
"SANTOS VEGA" DE OBLIGADO

Cuando la poesía gauchesca había producido ya los frutos fragmentarios que al hablar de Hidalgo estudiamos, apareció en el escenario porteño el paladín del romanticismo, Esteban Echeverría, que a su vuelta de Europa llegaba a las playas nativas imbuído de las teorías renovadoras del arte y las letras en el viejo mundo.

Y he aquí que la nueva escuela, que predicaba el individualismo y reclamaba una fábula rica en elementos dramáticos y atribuía gran valor a la naturaleza y a las tradiciones y formas populares, se avenía notablemente a las condiciones geográficas, históricas y sociales de nuestra tierra, cuya contemplación sugirió a Echeverría la idea de escribir una obra que, a la vez que fuese íntimamente nuestra, encuadrarse en las líneas románticas. Y nació así "*La cautiva*", primer poema nacional con el desierto por escenario.

Escrita "*La cautiva*" en la estancia de "Los Talas", en la llanura bonaerense próxima a Luján, apareció, con éxito señaladísimo, en el año 1837, incluida en el tomo de las "*Rimas*", en cuyo prólogo Echeverría, cuando dice "El desierto es nuestro más pingüe patrimonio, y debemos poner nuestro esfuerzo en sacar de su seno, no sólo riqueza para nuestro engrandecimiento y bienestar, sino también poesía para nuestro deleite moral y fomento de nuestra literatura", así como en su artículo "*La canción*" hace profesión de fe

que pudiéramos llamar “americanista”, usando de la palabra de que se valió Gutiérrez para propagar después de 1870 tales ideas. Echeverría, que en las andanzas de su turbulenta primera juventud conoció los bailes y canciones populares, con los que se encariñó al punto de llevar bajo su capa la guitarra, que fué también su compañera en París y a la que cantó en aquellos sus inspirados versos que comienzan:

“Tú, que has sido siempre
mi fiel compañera,
justo es que te cante,
sonora vihuela”.

veía en el canto popular el reflejo de la vida interior de las naciones, dando a la palabra canto su sentido musical. Por ello reclamaba para tal poesía el metro octosilábico, el genuinamente español y el más indicado para ser acompañado por la guitarra. Pero su mismo romanticismo, a la manera de Châteaubriand o de Víctor Hugo, no consintió a Echeverría, pese a su americanismo, encajar en los moldes de la poesía gauchesca tal como la cantaban nuestros payadores. Y fué así que, conservando un mismo fondo común, la diferencia de técnica hizo que la poesía gauchesca se bifurcara en dos corrientes: la popular que, continuando la tradición de Hidalgo y Ascasubi, culminó en **José Hernández**, y la culta, iniciada por Echeverría, que contó entre sus maestros a **Rafael Obligado**.

Fué característica de la primera acentuar su criollismo con el habla peculiar de los payadores, en tanto que la segunda expresó la emoción gauchesca en la lengua culta de las ciudades. Y si ésta carece de la espontaneidad y vigor de la otra, aquélla a su vez le es inferior en perspectiva y proyecciones.

Si quisiéramos definir al cantor de “*La cautiva*” haciendo plena justicia a sus méritos, habríamos de decir de él que fué en todo un payador, menos en la lengua. El argumento de su poema es un episodio de nuestra vida de fronteras, siempre agitada por las incursiones de los indios. Son tres sus personajes protagónicos: María, cristiana raptada en medio de las escenas de sangre, fuego y pillaje que constituían el drama de las estancias argentinas, cuando era menester disputar el terreno palmo a palmo al indígena indómito; Brian, su prometido y el héroe del poema, que lamenta morir a manos

Chapman

de los infieles del desierto y no a la sombra bien amada de su bandera; y la tribu india, personaje de índole colectiva.

Alternan en el poema la narración de los acontecimientos, que se resiente un tanto de lenta, y la descripción de cuadros, no siempre ricamente coloridos. Su vocabulario es el culto, matizado tal cual vez con algún término indígena, y su metro el octosílabo popular, del que dice Echeverría en el prólogo "que un día se apasionó de él, a pesar del descrédito a que lo habían reducido los copleros, por parecerle uno de los más hermosos y flexibles de nuestro idioma".

Falta a Echeverría, cuyo principal designio al componer "*La cautiva*" ha sido pintar "algunos rasgos de la fisonomía poética del desierto", "esa inefable posesión del espíritu de la lengua, que se manifiesta por un acorde paso del pensamiento y la palabra dentro del verso", según expresión de ROJAS. Por ello carece su obra de la facilidad payadoresca y de la objetividad que caracteriza al verdadero poema descriptivo, lo que no quita valor a su significación cronológica y estética dentro de la literatura nacional. En efecto, "*La cautiva*", abstracción hecha del mérito que le confiere la circunstancia de ser la primera obra de su especie por el tema y el vocabulario, tiene el muy importante de la influencia que sobre los autores posteriores ha ejercido en los vastos campos de la épica, la dramática y la novela. Y aun más: nadie como su autor supo llevar a un nivel tan alto los elementos cívicos, vinculando la vida del desierto a los ideales y tradiciones nacionales.

Cierto es que no logró Echeverría en "*La cautiva*" todo lo que en ella se proponía, pero tal circunstancia dice más de lo muy elevado de sus miras que de la flaqueza de la obra, con la cual contribuyó poderosamente a señalar rumbos dentro de nuestra literatura.

Fueron discípulos de Echeverría: Mitre, Luis L. Domínguez, Juan María Gutiérrez y Rafael Obligado. El primero intentó continuar la obra americanista del maestro y, muerto éste, expuso nuevamente los principios de una poesía nacional, procurando explicar sus propias tentativas mediante comentarios de índole crítica.

★

Mitre, y entiéndase que aquí hablamos del Mitre poeta de los años mozos, frecuentó a Echeverría en Montevideo, donde

uno y otro se hallaban expatriados, y sus relaciones mutuas de 1840 a 1850 fueron las que pueden unir a un joven discípulo de talento, que empieza a manifestarlo, y a un maestro formado en las aulas europeas, que hace plena justicia al discípulo, cuando de él dice en 1846 que "ha adquirido, desde muy joven, títulos bastantes como pensador y poeta".

Durante los seis primeros años de la decena señalada, Mitre compuso las poesías que en el tomo de sus "*Rimas*" reúne bajo el título "*Armonías de la pampa*", y son "*El caballo del gaucho*", "*El pato*", "*El ombú en medio de la pampa*" y "*Santos Vega*". Ellas reclaman para su autor el título de precursor en el terreno de la poesía nativa, pues es Mitre el primero de nuestros poetas que recogió la leyenda payadoresca de Santos Vega. Y sus poesías pampeanas se asemejan a los cantos de los payadores por su ambiente y asunto, así como por su lengua sencilla y el típico verso de ocho sílabas, pero difieren de ellas porque Mitre, puesto en el trance de elegir entre la corriente popular y la culta, siguió las huellas de Echeverría, por las razones que expone al preparar en 1854 la edición definitiva de sus poesías: "Las costumbres primitivas y originales de la pampa han tenido entre nosotros muchos cantores, pero casi todos ellos se han limitado a copiarlas, en vez de poetizarlas poniendo en juego sus pasiones, modificadas por la vida del desierto, y sacando partido de sus tradiciones y aun de sus preocupaciones. Así es que, para hacer hablar a los gauchos, han aceptado todos los barbarismos, elevando al rango de poesía una jerga muy enérgica, muy pintoresca y muy graciosa, para los que conocen las costumbres de nuestros campesinos, pero que por sí sola no constituye lo que propiamente puede llamarse poesía". De manera, pues, que si Mitre, al componer su "*Santos Vega*", recogía de la tradición popular el tipo que se proponía idealizar, repudiaba su habla característica.

En su poema narra la leyenda, que corría en boca de los gauchos y a la que da fundamento histórico, del payador que "murió de dolor por haber sido vencido por un joven en el canto que los gauchos llaman contrapunto: cuando la inspiración del improvisador faltó a su mente, su vida se apagó". La tradición popular identificó aquel cantor desconocido con el diablo, único capaz de vencer a Santos Vega, y convirtió a

éste en una especie de mito, que según las palabras de Mitre "vive en la memoria de todos envuelto en las nubes prestigiosas del misterio".

El "*Santos Vega*" de Mitre es una especie de elegía culta, cuyo asunto, ambiente y personaje protagónico pertenecen a la tradición popular; con ella Mitre se adelanta a Rafael Obligado que seis lustros después habría de repetir su tentativa. Independientemente de los méritos intrínsecos de la obra, ella tiene el muy grande de evidenciar la amplitud de espíritu de Mitre, al intuir que las sencillas costumbres y creencias del humilde habitante de nuestras pampas podían, por obra y gracia de la poesía, elevarse a las alturas del más puro arte.

Dentro de la corriente culta de la poesía gauchesca hemos de contar, antes de llegar a Obligado, a Luis L. Domínguez, autor de las populares octavas de "*El ombú*" y a Juan María Gutiérrez, poeta y crítico entre otras muchas facetas de su múltiple talento, que aunque compuso tal cual poesía a la manera de Echeverría, de quien fué, a la par que discípulo, amigo dilecto, hizo más por él y por nuestra tradición americana con sus enseñanzas que con sus versos.

★

Rafael Obligado fué el tercero de nuestros poetas — el segundo fué Ascasubi, pero por pertenecer a la escuela popular hemos de hablar luego de él — que eligió para su obra la figura legendaria de Santos Vega, cuya tradición renovó en cuatro canciones: "*El alma del payador*", "*La prenda del payador*", "*El himno del payador*" y "*La muerte del payador*", de inefable belleza y saturadas de honda emoción todas ellas. Con Rafael Obligado, Santos Vega alcanza su culminación artística; tanto es ello verdad, que por esta obra merece aquél el título de cantor máximo de nuestra tradición. Bien es cierto que no creó él ni el personaje ni la leyenda, según ya dijimos al hablar del poema epónimo de Mitre, pero también es verdad que el mito de Santos Vega, que ya siendo niño el poeta había herido vivamente su imaginación, cobró luego en su espíritu vida inusitada, para ser traducido en versos en que vibran la superstición y el misterio. Obligado llevó la tradicional figura de Santos Vega a un nivel tan alto de belleza y emoción, que puede llamársele con justicia sobrada el cantor por excelencia del payador que sólo el diablo pudo vencer.

SANTOS VEGA

Santos Vega el payador,
aquel de la larga fama,
murió cantando su amor
como el pájaro en la rama.
Cantar popular.

I

EL ALMA DEL PAYADOR

Cuando la tarde se inclina
sollozando al occidente,
corre una sombra doliente
sobre la pampa argentina,
y cuando el sol ilumina
con luz brillante y serena
del ancho campo la escena,
la melancólica sombra
huye besando su alfombra
con el afán de la pena.

Cuentan los criollos del suelo
que en tibia noche de luna,
en solitaria laguna,
para la sombra su vuelo;
que allí se ensancha, y un velo
va sobre el agua formando,
mientras se goza escuchando
por singular beneficio
el incesante bullicio
que hacen las olas rodando.

Dicen que, en noche nublada,
si su guitarra algún mozo
en el crucero del pozo
deja de intento colgada,
llega la sombra callada
y, al envolverla en su manto,
suena el preludio de un canto
entre las cuerdas dormidas,
cuerdas que vibran heridas
como por gotas de llanto.

Cuentan que, en noche de aqué-
en que la pampa se abisma [llas
en la extensión de sí misma
sin su corona de estrellas,
sobre las lomas más bellas,
donde hay más trébol risueño,
luce una antorcha sin dueño

entre una niebla indecisa,
para que temple la brisa
las blandas alas del sueño.

Mas si, trocado el desmayo
en tempestad de su seno,
estalla el cóncavo trueno,
que es la palabra del rayo,
hiere al ombú de soslayo
rojiza sierpe de llamas,
que, calcinando sus ramas,
serpea, corre y asciende,
y en la alta copa desprende
brillante lluvia de escamas.

Cuando en las siestas de estío
las brillazones remedan
vastos oleajes que ruedan
sobre fantástico río,
mudo, abismado y sombrío,
baja un jinete la falda
tinta de bella esmeralda,
llega a las márgenes solas...
¡y hunde su potro en las olas,
con la guitarra a la espalda!

Si entonces cruza a lo lejos,
galopando sobre el llano
solitario, algún paisano,
viendo al otro en los reflejos
de aquel abismo de espejos,
siente indecibles quebrantos,
y, alzando en vez de sus cantos
una oración de ternura,
al persignarse murmura:
—“¡El alma del viejo Santos!”

Yo, que en la tierra he nacido
donde ese genio ha cantado,
y el pampero he respirado
que al payador ha nutrido,
beso este suelo querido
que a mis caricias se entrega,
mientras de orgullo me anega

la convicción de que es mía
la patria de Echeverría,
la tierra de Santos Vega.

II

LA PRENDA DEL PAYADOR

El sol se oculta: inflamado
el horizonte fulgura,
y se extiende en la llanura
ligero estambre dorado.
Sopla el viento sosegado,
y del inmenso circuito
no llega al alma otro grito
ni al corazón otro arrullo
que un monótono murmullo,
que es la voz de lo infinito.

Santos Vega cruza el llano,
alta el ala del sombrero,
levantada del pampero
al impulso soberano.
Viste poncho americano,
suelto en ondas de su cuello,
y, chispeando en su cabello
y en el bronce de su frente,
lo cincela el sol naciente
con el último destello.

¿Dónde va? Vese distante
de un ombú la copa erguida,
como espiando la partida
de la luz agonizante.
Bajo la sombra gigante
de aquel árbol bienhechor,
su techo, que es un primor
de reluciente totora,
alza el rancho donde mora
la prenda del payador.

Ella, en el tronco sentada,
meditabunda le espera,
y en su negra cabellera
hunde la mano rosada.
Le ve venir: su mirada,
más que la tarde, serena,
se cierra entonces sin pena,
porque es todo su embeleso
que él la despierte de un beso
dado en su frente morena.

No bien llega, el labio amado

toca la frente querida,
y vuela un soplo de vida
por el ramaje callado...
Un ¡ay! apenas lanzado
como suspiro de palma
gira en la atmósfera en calma;
y ella, fingiéndole enojos,
alza a su dueño unos ojos
que son dos besos del alma.

Cerró la noche. Un momento
quedó la pampa en reposo,
cuando un rasgueo armonioso
pobló de notas el viento.
Luego, en el dulce instrumento
vibró una endecha de amor,
y en el hombro del cantor,
llena de amante tristeza,
ella dobló la cabeza
para escucharlo mejor.

—“Yo soy la nube lejana
(Vega en su canto decía),
que con la noche sombría
huye al venir la mañana;
soy la luz que en tu ventana
filtra en manojos la luna;
la que de niña, en la cuna,
abrió tus ojos risueños;
la que dibuja tus sueños
en la desierta laguna.

“Yo soy la música vaga
que en los confines se escucha,
esa armonía que lucha
con el silencio, y se apaga;
el aire tibio que halaga
con su incesante volar,
que del ombú vacilar
hace la copa bizarra;
¡y la doliente guitarra
que suele hacerte llorar!...”

Leve rumor de un gemido,
de una caricia llorosa,
hendió la sombra medrosa,
crujo en el árbol dormido.
Después, el ronco estallido
de rotas cuerdas se oyó;
un remolino pasó
batiendo el rancho cercano;

y en el circuito del llano
todo en silencio quedó.

Luego, inflamando el vacío,
se levantó la alborada,
con esa blanca mirada
que hace chispear el rocío.
Y cuando el sol en el río
vertió su lumbre primera,
se vió una sombra ligera
en occidente ocultarse,
y el alto ombú balancearse
sobre una antigua tapera.

III

EL HIMNO DEL PAYADOR

En pos del alba azulada,
ya por los campos rutila
del sol la grande, tranquila
y victoriosa mirada.
Sobre la curva lomada
que asalta el cardo bravío
y allá en el bajo sombrío
donde el arroyo serpea,
de cada hierba gotea
la viva luz del rocío.

De los opuestos confines
de la pampa, uno tras otro,
sobre el indómito potro
que vuelca y bate las crines
abandonando fortines,
estancias, rancho, mujer,
vienen mil gauchos a ver
si en otro pago distante
hay quien se ponga delante
cuando se grita: ¡A vencer!

Sobre el inmenso escenario
vanse formando en dos alas,
y el sol reluce en las galas
de cada bando contrario;
puéblase el aire del vario
rumor que en torno desata
la brillante cabalgata
que hace sonar, de luz llenas,
las espuelas nazarenas
y las virolas de plata.

De entre ellos el más anciano
divide el campo después,

señalando de través
larga huella por el llano;
y alzando luego en su mano
una pelota de cuero
con dos manijas, certero
la arroja al aire gritando:
—¡Vuela el pato!... ¡Va bus-
un valiente verdadero!" [cando

Y cada bando a correr
suelta el potro vigoroso,
y aquel sale victorioso
que logra asirlo al caer.
Puesto el que supo vencer
en medio, la turba calla,
y a ambos lados de la valla
de nuevo parten el llano,
esperando del anciano
la alta señal de batalla.

Dala al fin. Hondo clamor
ronco truena en el circuito,
y el caballo salta al grito
de su impávido señor;
y vencido y vencedor,
del noble triunfo sedientos,
se atropellan turbulentos
en largas filas cerradas,
cual dos olas encrespadas
que azotan contrarios vientos.

Alza en alto la presea
su feliz conquistador,
y su bando en derredor
le defiende y clamoarea.
Uno y otro aguijonea
el ágil bruto, y chocando
entre sí, corren dejando
por los inciertos caminos
polvorosos remolinos
sobre las pampas rodando.

Vuela el símbolo del juego
por el campo arrebatado,
de los unos conquistado,
de los otros presa luego;
vense, entre hálitos de fuego,
varios jinetes rodar,
otros súbito avanzar
pisoteando a los caídos,
y, en el aire sacudidos,
rojos ponchos ondear.

Huyen en tanto azoradas,
de las lagunas vecinas,
como vivientes neblinas,
estrepitosas bandadas;
las grandes plumas cansadas
tiende el chajá corpulento;
y con veloz movimiento
y con silbido de balas,
bate el carancho las alas
hiriendo a hachazos el viento.

Con fuerte brazo les quita
robusto joven la prenda,
y tendido, a toda rienda:
—“¡Yo solo me basto!” — grita.
En pos de él se precipita,
y tierra y cielos asorda,
lanzada a escape la horda
tras el audaz desafío,
con la pujanza de un río
que anchuroso se desborda.

Y allá van, todos unidos,
y él los azuza y provoca,
golpeándose la boca,
con salvajes alaridos.
Danle caza, y, confundidos,
todos el cuerpo inclinado
sobre el arzón del recado,
temen que el triunfo les roben,
cuando, volviéndose, el joven
echa al tropel su tostado...

El sol ya la hermosa frente
abatía, y, silencioso,
su abanico luminoso
desplegaba en occidente,
cuando un grito de repente
llenó el campo, y al clamor
cesó la lucha, en honor
de un solo nombre bendito,
que aquel grito era este grito:
“¡Santos Vega el payador!”

Mudos, ante él se volvieron,
y, ya la rienda sujeta,
en derredor del poeta
un vasto círculo hicieron.
Todos el alma pusieron
en los atentos oídos,
porque los labios queridos
de Santos Vega cantaban

y en su guitarra zumbaban
estos vibrantes sonidos:

—“Los que tengan corazón,
los que el alma libre tengan,
los valientes, esos vengan
a escuchar esta canción.
Nuestro dueño es la nación
que en el mar vence la ola,
que en los montes reina sola,
que en los campos nos domina,
y que en la tierra argentina
clavó la enseña española.

“Hoy mi guitarra, en los llanos,
cuerda por cuerda, así vibre:
hasta el chimango es más libre
en nuestra tierra, paisanos!
Mujeres, niños, ancianos,
el rancho aquel que primero
llenó con sólo un ¡te quiero!
la dulce prenda querida,
¡todo!... ¡el amor y la vida!
es de un monarca extranjero.

“Ya Buenos Aires, que encierra
como las nubes, el rayo,
el Veinticinco de Mayo
clamó de súbito: ¡Guerra!
¡Hijos del llano y la sierra,
pueblo argentino! ¿Qué haremos?
¿Menos valientes seremos
que los que libres se aclaman?
¡De Buenos Aires nos llaman,
a Buenos Aires volemos!

“¡Ah! Si es mi voz impotente
para arrojar, con vosotros,
nuestra lanza y nuestros potros
por el vasto continente;
si jamás independiente
veo el suelo en que he cantado,
no me entierren en sagrado
donde una cruz me recuerde:
entiérrenme en campo verde
donde me pise el ganado!”

Cuando cesó esta armonía,
que los conmueve y asombra
era ya Vega una sombra
que allá en la noche se hundía...
¡Patria! el sonoro concierto
¡Patria! a sus almas decía

el cielo, de astros cubierto,
de las lagunas de plata,
¡Patria! la trémula mata
del pajonal del desierto.

Y a Buenos Aires volaron,
y el himno audaz repitieron,
cuando a Belgrano siguieron,
cuando con Güemes lucharon,
cuando por fin se lanzaron
tras el Ande colosal,
hasta aquel día inmortal
en que un grande americano
batió al sol ecuatoriano
nuestra enseña nacional.

IV

LA MUERTE DEL PAYADOR

Bajo el ombú corpulento,
de las tórtolas amado,
porque su nido han labrado
allí al amparo del viento;
en el amplísimo asiento
que la raíz desparrama,
donde en las siestas la llama
de nuestro sol no se allega,
dormido está Santos Vega,
aquél de la larga fama.

En los ramajes vecinos
ha colgado silenciosa
la guitarra melodiosa
de los cantos argentinos.
Al pasar los campesinos
ante Vega se detienen;
en silencio se convienen
a guardarle allí dormido;
y hacen señas, no hagan ruido,
los que están a los que vienen.

El más viejo se adelanta
del grupo inmóvil, y llega
a palpar a Santos Vega,
moviendo apenas la planta.
Una morocha, que encanta
por su aire suelto y travieso,
causa eléctrico embeleso,
porque, gentil y bizarra,
se aproxima a la guitarra
y en sus cuerdas pone un beso.

Turba entonces el sagrado
silencio que a Vega cerca
un jinete que se acerca
a la carrera lanzado;
retumba el desierto hollado
por el casco volador;
y aunque el grupo, en su estupor,
contenerlo pretendía,
llega, salta, lo desvía,
y sacude al payador.

No bien el rostro sombrío
de aquel hombre mudos vieron,
horrorizados, sintieron
temblar las carnes de frío.
Miró en torno con bravío
y desenvuelto ademán,
y dijo: —“Entre los que están
no tengo ningún amigo,
pero, al fin, para testigo
lo mismo es Pedro que Juan”.

Alzó Vega la alta frente,
y le contempló un instante,
enseñando en el semblante
cierto hastío indiferente.
—“Por fin, — dijo fríamente
el recién llegado —, estamos
juntos los dos, y encontramos
la ocasión, que éstos provocan,
de saber cómo se chocan
las canciones que cantamos”.

Así diciendo, enseñó
una guitarra en sus manos,
y en los raigones cercanos
preludiando se sentó.
Vega entonces sonrió,
y, al volverse al instrumento,
la morocha hasta su asiento
ya la guitarra traía,
con un gesto que decía:
“La he besado hace un momento”.

Juan Sin Ropa (se llamaba
Juan Sin Ropa el forastero)
comenzó por un ligero
dulce acorde que encantaba,
y con voz que modulaba
blandamente los sonidos,
cantó *tristes* nunca oídos,
cantó *cielos* no escuchados,

que llevaban, derramados,
la embriaguez a los sentidos.

Santos Vega oyó en suspenso
al cantor; y, toda inquieta,
sintió su alma de poeta
como un aleteo inmenso.
Luego, en un preludeo intenso,
hirió las cuerdas sonoras,
y cantó de las auroras
y de las tardes pampeanas,
endechas americanas
más dulces que aquellas horas.

Al dar Vega fin al canto,
ya una triste noche oscura
desplegaba en la llanura
las tinieblas de su manto.
Juan Sin Ropa se alzó un tanto,
bajo el árbol se empinó,
un verde gajo tocó,
y tembló la muchedumbre,
porque, echando roja lumbre,
aquel gajo se inflamó.

Chispearon sus miradas,
y, torciendo el talle esbelto,
fue a sentarse medio envuelto
por las rojas llamaradas.
¡Oh, qué voces levantadas
las que entonces se escucharon!
¡Cuántos ecos despertaron
en la pampa misteriosa
a esa música grandiosa
que los vientos se llevaron!

Era aquélla esa canción
que en el alma sólo vibra,
modulada en cada fibra
secreta del corazón;
el orgullo, la ambición,
los más íntimos anhelos,
los desmayos y los vuelos
del espíritu genial,
que va en pos del ideal,
como el cóndor, a los cielos.

Era el grito poderoso
del progreso, dado al viento;
el solemne llamamiento
al combate más glorioso.
Era, en medio del reposo
de la pampa ayer dormida,

la visión ennoblecida
del trabajo, antes no honrado;
la promesa del arado
que abre cauces a la vida.

Como en mágico espejismo,
al compás de ese concierto,
mil ciudades el desierto
levantaba de sí mismo.
Y a la par que en el abismo
una edad se desmorona,
al conjuro, en la ancha zona
derramábase la Europa,
que sin duda Juan Sin Ropa
era la ciencia en persona.

Oyó Vega embebecido
aquel himno prodigioso,
e inclinando el rostro hermoso
dijo: — “Sé que me has vencido”.
El semblante humedecido
por nobles gotas de llanto,
volvió a la joven, su encanto,
y en los ojos de su amada,
clavó una larga mirada,
y entonó su postrer canto.

— “Adiós, luz del alma mía,
adiós, flor de mis llanuras,
manantial de las dulzuras
que mi espíritu bebía;
adiós, mi única alegría,
dulce afán de mi existir;
Santos Vega se va a hundir
en lo inmenso de esos llanos...
¡Lo han vencido! ¡Llegó, herma-
el momento de morir!” [nos.

Aun sus lágrimas cayeron
en la guitarra, copiosas,
y las cuerdas temblorosas
a cada gota gimieron;
pero súbito cundieron
del gajo ardiente las llamas,
y, trocado entre las ramas
en serpiente Juan Sin Ropa,
arrojó de la alta copa
brillante lluvia de escamas.

Ni aun cenizas en el suelo
de Santos Vega quedaron,
y los años dispersaron
los testigos de aquel duelo;

pero un viejo y noble abuelo
así el cuento terminó:
—“Y si cantando murió

aquel que vivió cantando,
fué — decía suspirando —
porque el diablo lo venció”.

★

EL “SANTOS VEGA” DE ASCASUBI

“Viejo ya, fatigado mi espíritu por golpes morales, llevado a pesar mío a una vida casi sedentaria, tal vez no hubiera resistido a la pesadumbre, si no hubiera sentido reanimarse mi vejez al deseo de completar en el último tercio de mi vida una obra comenzada hace veinte años y que ha sido desde entonces como el lazo de unión de todos mis recuerdos”. Son éstas las palabras con las cuales Ascasubi confiesa en el prólogo de su poema *“Santos Vega o Los mellizos de la Flor”*, publicado en París en 1872, el origen de la edición definitiva de su obra, en la que intentó presentar el cuadro completo de la vida de nuestras pampas, descripto en el habla propia del gaucho.

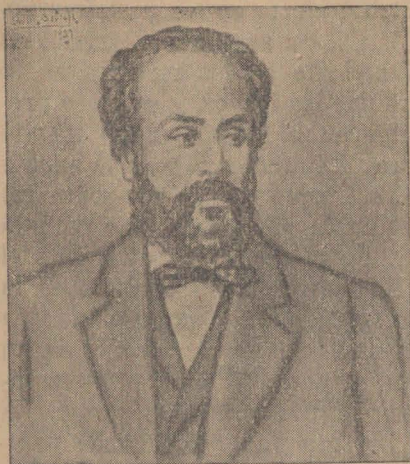
Diez cuadros del poema había compuesto Ascasubi en Montevideo en 1851, a los que agregó en París cincuenta y cinco, lo que no ha de sorprendernos, pues la obra no es en realidad sino un diálogo susceptible de admitir interpolaciones y agregados. Pero lo que ha de confesarse es que casi todo lo añadido en París aumenta no tanto el mérito intrínseco de la obra cuanto su volumen. Ascasubi vuelve en este poema a la figura literaria de Santos Vega, pero no hace de ella el protagonista de su obra, lo que hubiera sido acierto notable; sólo le confiere el papel de interlocutor en el diálogo frente al santiaagueño Rufo Tolosa. El verdadero personaje protagónico del poema es el gaucho, y desempeña un papel dramático importante, aunque secundario, el indio, primer y constante motivo de zozobra para aquél. Y siendo Ascasubi un poeta de la ciudad, deseoso como estaba de conservar, a manera de valor estético la lengua gauchesca, no tuvo otro recurso para ello que poner el relato en boca de un paisano. ¿Y quién podía ser ese paisano sino Santos Vega, “su ideal y tipo favorito de gaucho”, a la vez que la encarnación misma de la poesía popular argentina?

En este diálogo que sostienen Santos Vega y Rufo Tolosa se refleja la vida toda de la pampa, en una palabra, el cuadro

completo, físico y social de nuestro desierto en las postrimerías del siglo XVIII y comienzos del XIX. Su argumento, trivial en exceso, está constituido por la historia de los mellizos de la estancia de "La Flor" y su rapto por los indios, y es mero pretexto para los cuadros que integran el poema, cuyo mérito principalísimo reside en la pintura del ambiente y en la exacta observación del tipo del gaucho, así como en el extraordinario aporte de voces y modismos del habla gauchesca, que maneja Ascasubi con acabada maestría. Su metro no es otro sino el popular octosílabo castellano. En cuanto a su técnica, es la propia de un poema primitivo, siendo su composición asaz deleznable, ya que el argumento se desenvuelve a través de un diálogo, no dramático, sino a la manera de simple conversación sembrada de interrupciones y digresiones. Sus personajes carecen de vigor, así como de profundidad psicológica; pero, a pesar de tales fallas, la obra se salva por la visión del conjunto y la belleza y verdad de algunos de sus paisajes y episodios, que llegan a constituir verdaderos pequeños poemas.

Si Ascasubi se hubiera ceñido en su obra a más exiguas proporciones, si el argumento de ésta hubiera sido presentado con mayor nitidez y en versos más concisos, empleando el diálogo como elemento no narrativo sino dramático, su poema habría ganado notablemente, dejando de ser la desmayada y muy extensa obra que es, para convertirse en otra más fuerte y vigorosa, en la obra en que pensaba ANDRÉS LAMAS cuando en 1854, al agradecerle el envío de algunas de sus poesías, le decía desde Río de Janeiro: "Creo que usted podría hacer una composición interesante, bosquejando a grandes rasgos las guerras y convulsiones de que ha sido actor, espectador o víctima, delineando la figura de los principales caudillos, describiendo localidades, narrando aventuras, que den idea de las costumbres de las poblaciones y de las especialidades de la composición de nuestras tropas, de su manera de batallar, etc."

Digamos para terminar, que aun cuando Ascasubi no nos dió con su "*Santos Vega*" el poema épico nacional que de él podía esperarse, nos ha dejado, sin embargo, una obra importante, por cuanto ella tiende a incorporar — y lo dice ROJAS — "al arte argentino el fermento nativo imprescindible a nuestras obras futuras".



Estanislao

ESTANISLAO DEL CAMPO

Nacido en Buenos Aires el 7 de febrero de 1834, Estanislao del Campo pertenece literariamente a la que

podríamos llamar la generación de Caseros. A los veinte años de su edad tocóle presenciar la segregación de su provincia natal y, embanderado con los defensores de Buenos Aires, fué, a la par que soldado, feliz autor de letrillas, epigramas y cantares. Y si en el cantón "Patria o Muerte" fué uno de los valientes de más destacada actuación, "*El Nacional*" y "*Los Debates*" le contaron entre sus colaboradores, bajo el seudónimo de *Anastasio el Pollo*, hasta después de 1860.

Ocupaciones diversas llenaron la vida de Estanislao del Campo: dependiente de tienda en sus primeros años mozos, debió cambiar la vara por el fusil en ocasión del sitio de 1853, para asistir en 1859, a las órdenes de Alsina, a la batalla de Cepeda, y en 1861, a las de Mitre, a la de Pavón, en cuyo campo conquistó el grado de capitán. Funcionario administrativo luego, fué sucesivamente empleado de la aduana, secretario de la Legislatura de Buenos Aires, diputado y oficial mayor del Ministerio de Gobierno provincial, para volver a las armas cuando la revolución de 1874, a raíz de su intervención en la cual llegó a coronel. Resentida ya en ese entonces su salud, se extinguió prematuramente su vida en la misma ciudad de Buenos Aires que le viera nacer, el 6 de noviembre de 1880.

De las múltiples facetas de la vida de del Campo: comerciante, militar, periodista, funcionario, político, poeta, esta última es la que le ha valido en vida la amistad sincera de

Mármol, Ascasubi, Ricardo Gutiérrez, José Hernández, Guido y Spano, y ha rodeado su nombre, después de su muerte, con la aureola de la fama.

La obra poética de Estanislao del Campo es exigua, ya que casi toda ella se reduce al nada voluminoso tomo de sus "*Poesías*", publicado en 1870 por vez primera y editado luego repetidas veces. Su aparición como poeta data más o menos del año 1857, cuando bajo el seudónimo de *Anastasio el Pollo*, vieron la luz pública algunos versos gauchescos de actualidad política. No faltó quien pensara que el tal fuera otro de los gauchos payadores de Ascasubi, un hermano menor de *Paulino Lucero* y *Aniceto el Pollo*, por cuyo motivo el creador de éstos publicó en "*El Orden*" una carta en la que manifestaba desconocer a *Anastasio el Pollo*. A raíz de ella Estanislao del Campo publicó en "*Los Debates*" aquellas décimas que comienzan:

"He visto en un gacetón
que llamaban "*El Orden*",
que usted, aparcero, ha soltado
cuatro letras al botón".

y con las que se consagró como payador y discípulo de Ascasubi, pero del Ascasubi de los días de la decadencia, cuando la antigua poesía payadoresca se trocaba en retórica gauchesca.

En las composiciones incluídas en las "*Poesías*" pueden distinguirse varios grupos: el denominado "*Acentos de mi guitarra*", que comprende décimas gauchescas de índole política; el de las "*Composiciones festivas*", integrado por letrillas y epigramas al estilo de las coplas madrileñas, y el de las "*Composiciones varias*", que son poemas de tono lírico escritos en lengua culta y de asunto ya amoroso, ya civil. Pero la obra que ha cimentado la fama de Estanislao del Campo, colocándole al nivel de Hidalgo, Ascasubi y Hernández, es su poema "*Fausto*", en el que armonizan los elementos gauchescos, populares, festivos y románticos que caracterizan a ésta o aquella de sus obras que diremos menores, y entre las que merecen especial mención algunas redondillas y cantares, verdadera y sentida poesía popular, y sus cantos de corte romántico: "*Je-sús*", "*América*", "*Luz y sombra*".

El "*Fausto*" de Estanislao del Campo no es en verdad un poema de índole nativa, gauchesco por su forma, ni tam-

poco un poema culto de asunto nativo. Su posición es intermedia entre uno y otro aspecto de la poesía gauchesca, pudiéramos decir equidistante entre el "*Santos Vega*" de Ascasubi y "*La Cautiva*" de Echeverría, por lo que su autor aparece como un poeta de transición. Del Campo no se identifica con sus gauchos como lo hiciera Ascasubi y habría de hacerlo luego Hernández, antes bien, permanece siempre en plano distinto al de aquéllos, a los que suele mirar con cierto dejo de irónica socarronería. Hasta el mismo lenguaje gauchesco del poema no es realidad sino hábil remedo de un poeta culto e ingenioso, que habiendo asistido con otro poeta y cuñado suyo, Ricardo Gutiérrez, a una representación del "*Fausto*" de Goethe con música de Gounod en el teatro Colón de Buenos Aires, tuvo la peregrina ocurrencia de comentar las escenas como lo hubiera hecho *Anastasio el Pollo*, de haber existido. Instado por Gutiérrez, que celebró la feliz improvisación de su amigo y pariente, escribió luego del Campo su "*Fausto*". He aquí el origen del poema, cuyo argumento que llena seis cantos se reduce a la plática que en los campos del "*Bragao*" sostienen *Anastasio el Pollo* y don Laguna, su cuñado. Tras los preliminares habituales en los diálogos gauchescos, nos pone del Campo en presencia del tema que no es otro que la mencionada representación vista a través del temperamento de *Anastasio el Pollo*, que supone que ella es espectáculo de magia y no mera ficción teatral y refiere con la mayor naturalidad cuanto ha contemplado.

Abunda el "*Fausto*" de del Campo en cuadros hábilmente pintados que nos dicen de la fina sensibilidad poética del autor, manifestada a través de la técnica rudimentaria del metro payadoresco; tales aquél en que describe "la mar", que no es sino la laguna de Bragado, el del amanecer y el del crepúsculo en la pampa. No menos felices son los retratos, notables algunos de ellos, como el del diablo y el de Margarita, por su sobria plasticidad. Y agreguemos que cobran las figuras tal relieve y es tanta la animación que del Campo sabe imprimir a las escenas que el Pollo describe, que llega muchas veces a las lindes del drama. Pero por encima de todo lo que sea descripción externa se halla la profunda intuición psicológica, que confiere al "*Fausto*" un valor universal que sobrepasa en mucho la obra de los gauchescos anteriores, más ge-

nuinamente argentinos si se quiere. Late en este poema una emoción que ultrapasa los límites nacionales para convertirse en humana, un valor filosófico que no sorprende hallar en una obra de esta índole, ya que el mismo es flor de la poesía popular de todos los países y de todos los tiempos. Y he ahí el gran mérito del "*Fausto*" de del Campo: la fusión perfecta y natural de lo genuina y característicamente local con lo esencialmente humano y universal, que equilibra su gran falla: la carencia de íntima unidad entre asunto, personajes, forma y autor. Inferior desde este punto de vista a los *Diálogos* de Hidalgo y a los *Trovos* de Ascasubi, el "*Fausto*" de del Campo — del que dijera GUIDO Y SPANO en ocasión de devolver al autor su manuscrito: "Por lo visto, Anastasio no ha sufrido el mareo que causa en el ánimo esa composición vertiginosa (el "*Fausto*" de Goethe). En un santiamén se ha dado cuenta del enmarañadísimo drama, tal como nos lo presenta en la ópera la mano impía del compositor. En su lenguaje rústico lo narra, lo comenta, lo critica, mezclando con naturalidad inimitable lo peregrino a lo grotesco" —, los aventaja por su profundo valor humano, que le hace único dentro de nuestra literatura.

JOSÉ HERNÁNDEZ



Hijo de don Rafael Hernández y doña Isabel Pueyrredón, de vieja familia patricia ésta, nació José Hernández en el vecino partido de San Martín el 10 de noviembre de 1834.

Su infancia transcurrió en la misma chacra de Pueyrredón que le vió nacer y en la que se familiarizó desde su más tierna edad con la tradición y la vida de nuestras pampas. Ya mozo vivió los días de la tiranía en los campamentos militares bajo las órdenes de don Prudencio Rozas, y en las estancias de Camarones y la Laguna de los Padres; en una y otra parte completó su educación gauchesca y se encariñó con nuestros paisanos.

— Después de Caseros deja Hernández la pampa por la ciudad, para intervenir, ya como civil, ya como militar, en las luchas que dividieron a nuestra patria en los años de la organización nacional. Sus simpatías le llevaron, pese a su origen porteño y a su anterior actuación como federal, al lado de Urquiza, al que acompañó en Pavón y Cepeda; a raíz de tal actuación llegó, aunque nunca lo reclamó luego oficialmente, al grado de sargento mayor, y enriqueció sus conocimientos de la vida gauchesca, pues nuestro ejército de aquel entonces estaba casi íntegramente constituido por gauchos que guerrearban de acuerdo a la vieja estrategia de la montonera.

Como funcionario hizo brillante carrera Hernández, que sucesivamente fué oficial contador, taquígrafo parlamentario, fiscal de los tribunales, diputado, ministro de Hacienda, coadyuvando en todo momento a la feliz resolución del pleito de la capital definitiva de la nación y adentrándose en el conocimiento de nuestra política interna.

En su carácter de periodista le contaron entre sus colaboradores "*El Argentino*" de Entre Ríos y "*La Patria*" de Montevideo, y como fundador "*El Río de la Plata*" de Buenos Aires. En unos y otros afiló su pluma y adquirió consumada destreza de escritor.

El futuro fundador de la ciudad de La Plata, don Dardo Rocha, que tuvo en Hernández colaborador destacado, quiso, siendo gobernador de Buenos Aires, en el año 1880, enviarle a Australia a fin de que se compenetrase de su sistema agropecuario, invitación que él declinó, escribiendo su manual "*Instrucción del estanciero*", en el que revela su profundo conocimiento de los problemas de nuestra tierra y propone el medio de modernizar la vieja estancia criolla sin excluir de ella al gaucho, por el que sintió siempre Hernández entrañable cariño. Pero pese al notable valor de esta obra, ella es hoy casi

ignorada: Hernández no debe su fama sino a sus versos, y no a sus versos en lengua culta (el romance de "*El viejo y la niña*", las octavillas "*Los dos besos*", los "*Cantares*"), sino a los gauchescos y, por encima de todos ellos, al "*Martín Fierro*", su famoso poema, cuyas dos partes aparecieron, respectivamente, en 1872 y 1878.

Vivió José Hernández hasta 1886, año en que murió en Belgrano en su quinta "San José". Fué él hombre de excepcional inteligencia que, casi carente de escuela, todo lo aprendió en la vida misma, en la que le cupo destacada actuación. Pudiéramos decir que su naturaleza íntima fué la de un gaucho genial, capaz de transfigurarse, cuando las circunstancias lo exigieron, en ciudadano eminente, pues tal es el título que con sobrados motivos le corresponde.

El "*Martín Fierro*" — del que dice MITRE en carta de 1879 a José Hernández "es una obra y un tipo que ha conquistado su título de ciudadanía en la literatura y en la sociabilidad argentina" y a cuyo autor Avellaneda aconseja "siga escribiendo, soltando con espontaneidad su vena, matizando la observación propia, ingenuamente reproducida, con "recuerdos" comunes a todos, y no tendrá pronto, en cuanto a la difusión de su palabra escrita, sino un rival, tal vez invencible: "*Martín Fierro*" — constituyó el más extraordinario éxito editorial alcanzado por obra alguna de Hispanoamérica, al punto de que al lado de las múltiples ediciones legítimas, la primera de las cuales lleva el pie de imprenta de la Casa Coni, surgieron innumerables clandestinas, las más de ellas plagadas de erratas.

Y es que Hernández realizó el milagro de escribir una obra, que si bien mereció el aplauso de los doctos, no sólo de América, sino también de España — UNAMUNO dice que el "*Martín Fierro*" es de todo lo hispanoamericano lo más hondamente español y MENÉNDEZ Y PELAYO lo consagra la obra maestra del género gauchesco — llegó al alma misma del pueblo, que la reconoció como suya, tan suya, que sus ediciones se vendían en las pulperías de campaña junto con los fósforos, la cerveza y las sardinas.

Interminable sería la nómina completa de cuantos han comentado el "*Martín Fierro*", que ha sido motivo de notables conferencias de maestros de la talla de RICARDO ROJAS y LEOPOLDO LUGONES; que ha suscitado una encuesta ruidosa en el

año 1913, promovida por la revista "Nosotros", en la que se debatió la proposición: "¿Poseemos un poema nacional en cuyas estrofas suene la voz de la raza?"; que ha originado en el año 1925 la aparición del eruditísimo libro de ELEUTERIO F. TISCORNIA, en que aparece el texto del poema depurado, comentado y anotado.

El "*Martín Fierro*" consta, según ya incidentalmente lo dijimos, de dos partes: aparecida la primera en 1872, en 1878 dió a la estampa la segunda el autor, en cuyo prólogo decía: "Entrego a la benevolencia pública, con el título de "*La vuelta de Martín Fierro*" la segunda parte de una obra que ha tenido una acogida tan generosa que en seis años se han repetido once ediciones, con un total de 48.000 ejemplares". Entre una y otra parte comprende 7.218 versos, de los cuales sólo un tercio integran la primera.

ROJAS compara esta segunda parte del "*Martín Fierro*", más lánguida y menos vigorosa que la primera, con la segunda parte del "*Don Quijote de la Mancha*", en cuanto a su origen. En efecto, ambas segundas partes nacieron, no ya de la inspiración genial que dió vida a la primera, sino del cálculo literario y de la reflexión estética, que si bien ahonda en la psicología del personaje y acrecienta el primor de la forma, torna un tanto borrosas y desdibujadas las enérgicas siluetas protagónicas. Y aun extrema ROJAS la comparación, proclamando al "*Martín Fierro*" el arquetipo de la llanura argentina, así como "*Don Quijote*" lo es de la llanura castellana, sin por ello establecer parangón de ninguna otra índole entre ambas obras.

La primera parte del poema, "*La ida*", según el nombre con que plugo al vulgo designarla, refiere la vida de Martín Fierro en la pampa natal, rodeado de su mujer y sus hijos, hasta el momento en que, acosado por la fuerza abusiva de la nueva civilización, que día a día va ganando terreno, cruza la frontera para buscar bajo las tolderías indias la libertad que ya no existe para él en el desierto. La segunda parte, "*La vuelta*", completa el cuadro anterior con la narración de la vida del gaucho entre los indios, cuyas costumbres describe, para terminar con el regreso de Martín Fierro, que abandona la toldería por defender a una cristiana cautiva y mártir, a la que rescata, y vuelve a sus pagos, donde imparte a sus hijos,

ya mozos, la lección que su experiencia y su amor a la justicia le dictan.

Entre una y otra parte, que componen un poema de extensión relativamente corta, José Hernández, según lo señala LUGONES, ha logrado "describir toda la campaña, mover cuarenta y dos personajes, sin contar los grupos en acción, narrar una aventura interesantísima, constituida casi toda por episodios de grande actividad pasional y física, poner en escena tres vidas enteras — las de Fierro, Cruz y el viejo Vizcachá — evocar paisajes y filosofar a pasto". Adquiere por ello la obra un extraordinario valor colectivo, personificando "la vida heroica de la raza con su lenguaje y sus sentimientos más genuinos".

Aunque la división externa del poema distingue dos partes, su argumento comprende en realidad tres etapas: una primera, que corresponde a "*La Ida*" y comprende la vida de frontera; una segunda, a la que pertenecen los primeros mil trescientos versos de "*La Vuelta*", dedicada a la vida en la tolдерía india; y una tercera, integrada por los demás versos de "*La vuelta*" y destinada a narrar el retorno del protagonista a sus lares.

A pesar de que Hernández no se preocupó en su poema de situar la acción en el tiempo y en el espacio, inferimos de su lectura misma que la primera etapa transcurre en el fortín de la frontera, avanzada de la civilización sobre el dominio del indio, en los años de la presidencia de Sarmiento, cuando el general Gainza era ministro de Guerra (1868); la segunda en las tolдерías del Sur, allá por las sierras del Azul y las tierras del Río Negro, hacia 1874; y la tercera en las cercanías de Buenos Aires, "en la tierra donde crece el ombú", en las postrimerías de la presidencia de Avellaneda, que con el ministerio de Roca suprimió los fortines y terminó la conquista del desierto patagónico.

El verdadero protagonista del poema es el pueblo, encarnado en Martín Fierro, que es, a la par que sujeto de la acción, narrador, en su carácter de payador, de la misma. Son sus rasgos característicos el valor en la obra y el ingenio en el habla; con un concepto tan formado del individualismo, que prefiere huir a sacrificar su libertad; de tal manera enamorado de la justicia, que vuelve a sus pagos por defender a una

cautiva; capaz del amor, de la amistad y del patriotismo; tan profundamente cristiano que son sus palabras:

“Respetar tan sólo a Dios;
y de Dios abajo a ninguno!”

Le siguen en importancia el viejo Vizcacha, compendio de la filosofía popular; el sargento Cruz, viva personificación de la amistad gaucha; Picardía, verdadero héroe de novela picaresca; y Moreno, el último adversario del payador Fierro. El resto de los personajes son simples figuras de fondo, tales los hijos de Martín Fierro, o caracteres específicos: el comandante, el juez de paz, el pulpero, el mercachifle, el cacique, la china.

En cuanto a su forma, encontramos en el “*Martín Fierro*” todos los elementos genuinos de la poesía payadoresca, llevados a su más alto grado de superación: la música nativa, el baile que la complementa, el característico metro octosílabo formando cuartetos, sextinas y romances, el idioma gauchesco, del que hemos de decir con ROJAS que “no es sino la lengua nacional de los argentinos, vale decir el romance caballeresco del siglo XV, enriquecido por voces indígenas en cuatro siglos de vida americana”.

Diffícil es establecer la clasificación retórica del poema de Hernández, en el que vieron algunos la epopeya argentina de tipo primitivo y otros sólo un poema rural de índole narrativa. Para RICARDO ROJAS “el *Martín Fierro*” es el espíritu de la tierra natal contándonos, bajo el emblema de una leyenda primitiva, la génesis de la civilización en la pampa y las angustias del hombre en la bravía inmensidad del desierto, a la vez que el anhelo del héroe por la justicia, frente a la dura organización del pueblo al cual pertenece”. Por ello llega a la conclusión de que este poema no es una epopeya en el sentido tradicional de la palabra, por carecer de los elementos que caracterizan a ésta, pero no obstante, es la epopeya, entre los géneros clásicos, aquél al que más se asemeja el “*Martín Fierro*”, que constituye un poema épico argentino *sui generis*, tan definitivo en la historia de nuestra cultura como el “*Facundo*” de Sarmiento”.

MARTÍN FIERRO¹

PRIMERA PARTE

EL GAUCHO MARTÍN FIERRO

I

Aquí me pongo a cantar
al compás de la vigüela,
que el hombre que lo desvela
una pena extraordinaria,
como la ave solitaria
con el cantar se consuela.

Pido a los Santos del Cielo
que ayuden mi pensamiento,
les pido en este momento
que voy a contar mi historia
me refresquen la memoria
y aclaren mi entendimiento.

Vengan Santos milagrosos,
vengan todos en mi ayuda,
que la lengua se me añuda
y se me turba la vista;
pido a mi Dios que me asista
en una ocasión tan ruda.

Yo he visto muchos cantores,
con famas bien otenidas,
y que después de alquiridas
no las quieren sustentar: —
parece que sin largar
se cansaron en partidas.

Mas ande otro criollo pasa
Martín Fierro ha de pasar,
nada lo hace regular
ni las fantasmas lo espantan;
y dende que todos cantan
yo también quiero cantar.

Cantando me he de morir,
cantando me han de enterrar,

y cantando he de llegar
al pie del Eterno Padre —
dende el vientre de mi madre
vine a este mundo a cantar.

Que no se trabe mi lengua
ni me falte la palabra —
el cantar mi gloria labra
y poniéndome a cantar,
cantando me han de encontrar
aunque la tierra se abra.

Me siento en el plan de un bajo
a cantar un argumento —
como si soplara un viento
hago tiritar los pastos —
con oros, copas y bastos
juega allí mi pensamiento.

Yo no soy cantor letrao,
mas si me pongo a cantar
no tengo cuando acabar
y me envejezco cantando,
las coplas me van brotando
como agua de manantial.

Con la guitarra en la mano
ni las moscas se me arriman,
naides me pone el pie encima,
y cuando el pecho se entona,
hago gemir a la prima
y llorar a la bordona.

Yo soy toro en mi rodeo
y toraso en rodeo ageno,
siempre me tuve por güeno
y si me quieren probar,

¹ Este nombre indica, de acuerdo con la edición de Hernández, que habla Martín Fierro en los cantos siguientes,

hasta donde comienza a hablar Cruz.

salgan otros a cantar
y veremos quien es menos.

No me hago al lado de la güeya
aunque vengan degollando,
con los blandos yo soy blando
y soy duro con los duros,
y ninguno en un apuro
me ha visto andar tutubiendo.

En el peligro, ¡qué Cristo!
el corazón se me enancha
pues toda la tierra es cancha,
y de esto naides se asombre,
el que se tiene por hombre
donde quiera hace pata ancha.

Soy gaucha, y entiendalo
como mi lengua lo esplica
para mí la tierra es chica
y pudiera ser mayor
ni la víbora me pica
ni quema mi frente el sol.

Nací como nace el peje
en el fondo de la mar;
naides me puede quitar
aquello que Dios me dió —
lo que al mundo truge yo
del mundo lo he de llevar.

Ninguno me hable de penas
porque yo penando vivo
y naides se muestre altivo
aunque en el estribo esté
que suele quedarse a pie
el gaucha más alvertido.

Junta esperencia en la vida
hasta pa dar y prestar,
quien la tiene que pasar
entre sufrimiento y llanto;
porque nada enseña tanto
como el sufrir y el llorar.

Viene el hombre ciego al mundo
cuartiándolo la esperanza,
y a poco andar ya lo alcanzan

Mi gloria es vivir tan libre
como el pájaro del Cielo,
no hago nido en este suelo
ande hay tanto que sufrir;
y naides me ha de seguir
cuando yo remuento el vuelo.

Yo no tengo en el amor
quien me venga con querellas:
como esas aves tan bellas
que saltan de rama en rama —
yo hago en el trébol mi cama,
y me cubren las estrellas.

Y sepan cuantos escuchan
de mis penas el relato,
que nunca peleó ni mato
sino por necesidá;
y que a tanta alversidá
sólo me arrojó el mal trato.

Y atiendan la relación
que hace un gaucha perseguido,
que padre y marido ha sido
empeñoso y diligente.
Y sin embargo la gente
lo tiene por un bandido.

II

las desgracias a empujones;
¡La pucha! ¡que trae liciones
el tiempo con sus mudanzas!

Yo he conocido esta tierra
en que el paisano vivía
y su ranchito tenía
y sus hijos y mujer...
Era una delicia ver
cómo pasaba sus días.

Entonces ... cuando el lucero
brillaba en el cielo santo,
y los gallos con su canto
nos decían que el día llegaba
a la cocina rumbiaba
el gaucha... que era un encanto.

Y sentao junto al jogón
a esperar que venga el día,
al cimarrón le prendía
hasta ponerse rechoncho,
mientras su china dormía
tapadita con su poncho.

Y apenas la madrugada
empezaba a coloriar,
los pájaros a cantar,
y las gallinas a apiarse,
era cosa de largarse
cada cual a trabajar.

Este se ata las espuelas,
se sale el otro cantando,
uno busca un pellón blando,
éste un lazo, otro un rebenque,
y los pingos relinchando
los llaman dende el palenque.

El que era pion domador
enderezaba al corral,
ande estaba el animal
bufidos que se las pela...
Y más malo que su agüela
se hacía astillas el bagual.

Y allí el gaucha inteligente
en cuanto el potro enriendó,
los cueros le acomodó,
y se le sentó en seguida,
que el hombre muestra en la vida
la astucia que Dios le dió.

Y en las playas corcobiando
pedazos se hacía el sotreta
mientras él por las paletas
le jugaba las lloronas,
y al ruido de las caronas
salía haciéndose gambetas

¡Ah! ¡tiempos!... era un orgullo
ver ginetiar un paisano —
cuando era gaucha baquiano
aunque el potro se boliase,
no había uno que no parase
con el cabestro en la mano.

Y mientras domaban unos,
otros al campo salían,
y la hacienda recogían,
las manadas repuntaban,
y así sin sentir pasaban
entretenidos el día.

Y verlos al cair la noche
en la cocina riunidos,
con el juego bien prendido
y mil cosas que contar,
platicar muy divertidos
hasta después de cenar.

Y con el buche bien lleno
era cosa superior
irse en brazos del amor
a dormir como la gente,
pa empezar al día siguiente
las fainas del día anterior.

¡Ricuerdo! ¡Qué maravilla!
como andaba la gauchada,
siempre alegre y bien montada
y dispuesta pa el trabajo...
Pero hoy en el día... barajo
no se le ve de aporriada.

El gaucha más infeliz
tenía tropilla de un pelo,
no le faltaba un consuelo
y andaba la gente lista...
tendiendo al campo la vista,
no vía sino hacienda y cielo.

Cuando llegaban las yerras,
¡cosa que daba calor!
tanto gaucha pialador
y tironiador sin yel —
¡ah! tiempos!... pero si en él,
se ha visto tanto primor.

Aquello no era trabajo,
más bien era una junción,
y después de un güen tirón
en que uno se daba maña,
pa darle un trago de caña
solía llamarlo el patrón.

Pues siempre la mamajuana
vivía bajo la carreta,
y aquél que no era chancleta
en cuanto el goyete vía,
sin miedo se le prendía
como güérfano a la teta.

Y qué jugadas se armaban
cuando estábamos riunidos!
siempre íbamos prevenidos!
pues en tales ocasiones,
a ayudarles a los piones
caiban muchos comedidos.

Eran los días del apuro
y alboroto pa el hembraje,
pa preparar los potajes,
y osequiar bien a la gente,
y así, pues, muy grandemente,
pasaba siempre el gauchaje.

Venia la carne con cuero,
la sabrosa carbonada,
mazamorra bien pisada
los pasteles y el güen vino...
Pero ha querido el destino,
que todo aquello acabara.

Estaba el gaúcho en su pago
con toda seguridá!
Pero aura... barbaridá!
la cosa anda tan fruncida,
que gasta el pobre la vida
en juir de la autoridá.

Tuve en mi pago un tiempo
hijos, hacienda y mujer,
pero empecé a padecer,
me echaron a la frontera,
¡y qué iba hallar al volver!
tan solo hallé la tapera.

Sosegao vivía en mi rancho
como el pájaro en su nido —
allí mis hijos queridos,
iban creciendo a mi lao...
solo queda al desgraciao
lamentar el bien perdido.

Pues si usted pisa en su rancho
y si el alcalde lo sabe
lo caza lo mesmo que ave
aunque su mujer aborte...
No hay tiempo que se acabe
ni tiento que no se corte!

Y al punto dese por muerto
si el alcalde lo bolea,
pues ay no más se le apea
con una felpa de palos, —
y después dicen que es malo
el gaúcho si los pelea.

Y el lomo le hinchán a golpes,
y le rompen la cabeza,
y luego con lijereza
ansí lastimao y todo,
le amarran codo con codo
y pa el cepo lo enderiezan.

Ay comienzan sus desgracias,
ay principia el pericón;
porque ya no hay salvación,
y que usted quiera o no quiera
lo mandan a la frontera
o lo echan a un batallón.

Ansí empezaron mis males
lo mesmo que los de tantos,
si gustan... en otros cantos
les diré lo que he sufrido —
después que uno está... perdido
no lo salvan ni los santos.

III

Mi gala en las pulperías
era cuando había más gente,
ponerme medio caliente,
pues cuando puntiao me encuen-
me salen coplas de adentro [tro
como agua de la vertiente.

Cantando estaba una vez
en una gran diversión;
y aprovechó la ocasión
como quiso el Juez de Paz...
Se presentó, y ay no más
hizo una arriada en montón.

Juyeron los más matreros
y lograron escapar —
yo no quise disparar —
soy manso y no había porqué —
muy tranquilo me quedé
y así me dejé agarrar.

Allí un gringo con un órgano
y una mona que bailaba,
haciéndonos rair estaba:
cuando le tocó el arreo —
¡tan grande el gringo y tan feo!
lo viera cómo lloraba.

Hasta un inglés sangrador
que decía en la última guerra,
que él era de Inca la perra
y que no quería servir,
tuvo también que juir
a guarecerse en la Sierra.

Ni los mirones salvaron
de esa arriada de mi flor —
fué acoyarao el cantor
con el gringo de la mona
a uno solo por favor,
logró salvar la patrona.

Formaron un contingente
con los que del baile arriaron —
con otros nos mesturaron —
que habían agarrao también —
las cosas que aquí se ven
ni los diablos las pensaron.

A mí el Juez me tomó entre ojos
en la última votación —
me le había hecho el remolón
y no me arrimé ese día,
y él dijo que yo servía
a los de la ésposición.

Y así sufrí ese castigo
tal vez por culpas ajenas —
que sean malas o sean güenas
las listas, siempre me escondo —
yo soy un gaucho redondo
y esas cosas no me enllenan.

Al mandarnos nos hicieron
más promesas que a un altar —
el Juez nos jué a proclamar
y nos dijo muchas veces:
“Muchachos, a los seis meses
los van a ir a revelar”.

Yo llevé un moro de número,
sobresaliente el matucho!
Con él gané en Ayacucho
más plata que agua bendita —
siempre el gaucho necesita
un pingo pa fiarle un pucho.

Y cargué sin dar más güeltas
con las prendas que tenía,
gergas, poncho, cuanto había
en casa, tuito lo alcé —
a mi china la dejé
media desnuda ese día.

No me faltaba una guasca,
esa ocasión eché el resto;
bozal, maníador, cabresto,
lazo, bolas y manea...
¡El que hoy tan pobre me vea
tal vez no creerá todo esto!

Así en mi moro escarciando
enderesé a la frontera;
aparcero! si usted viera
lo que se llama cantón...
Ni envidia tengo al ratón
en aquella ratonera

De los pobres que allí había
a ninguno lo largaron,
los más viejos resongaron,
pero a uno que se quejó
en seguida lo estaquiaron
y la cosa se acabó.

En la lista de la tarde
el Jefe nos cantó el punto,
diciendo quinientos juntos
llevará el que se resierte
“lo haremos pitar del juerte,
más bien dese por dijunto”.

A naides le dieron armas,
 pues toditas las que había
 el Coronel las tenía,
 según dijo esa ocasión,
 pa repartirlas el día
 en que hubiera una invasión.

Al principio nos dejaron
 de haraganes criando sebo,
 pero después... no me atrevo,
 a decir lo que pasaba...
 barajo... si nos trataban
 como se trata a malevos.

Porque todo era jugarle
 por los lomos, con la espada,
 y aunque usted no hiciera nada,
 lo mesmito que en Palermo,
 le daban cada cepiada
 que lo dejaban enfermo.

Y qué indios — ni qué servicio,
 si allí no había ni cuartel —
 nos mandaba el Coronel
 a trabajar en sus chacras,
 y dejábamos las vacas
 que las llevara el infiel.

Yo primero sembré trigo
 y después hice un corral,
 corté adobe pa un tapial,
 hice un quinchó, corté paja...
 la pucha que se trabaja
 sin que le larguen ni un rial.

Y es lo peor de aquel enriedo
 que si uno anda hinchando el
 [lomo]
 se le apean como plomo...
 ¡Quién aguanta aquel infierno!
 Si eso es servir al Gobierno,
 a mí no me gusta el cómo.

Más de un año nos tuvieron
 en esos trabajos duros —
 y los indios, le aseguro,
 dentaban cuando querían:
 como no los perseguían
 siempre andaban sin apuro.

A veces decía al volver
 del campo la descubierta
 que estuviéramos alerta
 que andaba adentro la indiada;
 porque había una rastrillada
 o estaba una yegua muerta.

Recién entonces salía
 la orden de hacer la reunión —
 y cáibamos al cantón
 en pelo y hasta enancaos,
 sin armas, cuatro pelaos
 que íbamos a hacer jabón.

Ay empezaba el afán
 se entiende, de puro vicio,
 de enseñarle el ejercicio
 a tanto gaucho recluta,
 con un estrutor... que... bruta!
 que nunca sabía su oficio.

Daban entónces las armas
 pa defender los cantones,
 que eran lanzas y latones
 con ataduras de tientó...
 las de juego no las cuento
 porque no había municiones.

Y chamuscao un sargento
 me contó que las tenían,
 pero que ellas las vendían
 para cazar avestruces;
 y así andaban noche y día
 dele bala a los ñanduces.

Y cuando se iban los indios
 con lo que habían manotiao.
 salíamos muy apuraos
 a perseguirlos de atrás;
 si no se llevaban más
 es porque no habían hallao.

Allí, sí, se ven desgracias
 y lágrimas, y aflicciones,
 naides le pide perdones
 al Indio — pues donde entra
 roba y mata cuando encuentra
 y quema las poblaciones.

No salvan de su juror
ni los pobres angelitos
Viejos, mozos y chiquitos
los mata del mismo modo —
que el Indio lo arregla todo
con la lanza y con los gritos.

Tiemblan las carnes al verlo
volando al viento la cerda —
la rienda en la mano izquierda
y la lanza en la derecha —
ande enderieza abre brecha
pues no hay lanzaso que pierda.

Hace trotiadas tremendas
dende el fondo del desierto —
así llega medio muerto
de hambre, de sé y de fatiga.
Pero el Indio es una hormiga
que día y noche está despierto.

Sabe manejar las bolas
como naides las maneja,
cuando el contrario se aleja
manda una bola perdida,
y si lo alcanza, sin vida,
es seguro que lo deja.

Y el Indio es como tortuga
de duro para espichar;
si lo llega a destripar
ni siquiera se le encoge,
luego sus tripas recoge
y se agacha a disparar.

Hacían el robo a su gusto
y después se iban de arriba,
se llevaban las cautivas
y nos contaban que a veces
les descarnaban los pieses,
a las pobrecitas, vivas.

¡Ah! ¡si partía el corazón
ver tantos males, canejo!
Los perseguíamos de lejos
sin poder ni galopiar;
¿Y qué habíamos de alcanzar
en unos bichocos viejos?

Nos volvíamos al cantón
a las dos o tres jornadas
sembrando las caballadas;
y pa que alguno la venda,
rejuntábamos la hacienda
que habían dejao resagada.

Una vez entre otras muchas,
tanto salir al botón,
nos pegaron un malón
los indios, y una lanciada,
que la gente acobardada
quedó dende esa ocasión.

Habían estao escondidos
aguaitando atrás de un cerro...
¡Lo viera a su amigo Fierro
aflojar como un blandito!
Salieron como maíz frito
en cuanto sonó un cencerro.

Al punto nos dispusimos
aunque ellos eran bastantes,
la formamos al instante
nuestra gente que era poca,
y golpiándose en la boca
hicieron fila adelante.

Se vinieron en tropel
haciendo temblar la tierra
no soy manco pa la guerra
pero tuve mi jabón
pues iba en un redomón
que había boliao en la Sierra.

¡Qué vocerío! ¡Qué barullo!
¡Qué apurar esa carrera!
la indiada todita entera
dando alaridos cargó—
jué pucha... y ya nos sacó
como yeguada matrera.

¡Qué fletes traiban los bárbaros!
como una luz de lijeros—
hicieron el entrevero
y en aquella mescolanza,
éste quiero, éste no quiero,
nos escojían con la lanza.

Al que le dan un chuchazo
difícultoso es que sane,
en fin, para no echar panes,
salimos por esas lomas,
lo mesmo que las palomas,
al juir de los gavilanes.

Es de almirar la destreza
con que la lanza manejan!
De perseguir nunca dejan—
y nos traiban apretaos
si queríamos de apuraos
salirnos por las orejas.

Y pa mejor de la fiesta
en esa aflicción tan suma,
vino un indio echando espuma,
y con la lanza en la mano
gritando "Acabau cristiano
metau el lanza hasta el pluma".

Tendido en el costillar
cimbrando por sobre el brazo
una lanza como un lazo
me atropelló dando gritos—
si me descuido.. el maldito
me levanta de un lanzaso

Si me atribulo o me encojo,
siguro que no me escapo:
siempre he sido medio guapo

Seguiré esta relación
aunque pa chorizo es largo:
el que pueda hágase cargo
cómo andaría de matrero,
después de salvar el cuero
de aquel trance tan amargo.

Del sueldo nada les cuento
porque andaba disparando,
nosotros de cuando en cuando
solíamos ladrar de pobres—
nunca llegaban los cobres
que se estaban aguardando.

Y andábamos de mugrientos
que el mirarnos daba horror;

pero en aquella ocasión,
me hacía buya el corazón
como la garganta al sapo.

Dios le perdone al salvaje
las ganas que me tenía...
desaté las tres marías
y lo engatusé a cabriolas...
pucha... si no traigo bolas
me achura el indio ese día.

Era el hijo de un casique
sigún yo lo averigüé—
la verdá del caso jué
que me tuvo apuradazo
hasta que al fin de un bolazo
del caballo lo bajé.

Ay no más me tiré al suelo
y lo pisé en las paletas—
empezó a hacer morisquetas
y a mezquinar la garganta...
pero yo hice la obra santa
de hacerlo estirar la geta.

Allí quedó de mojón
y en su caballo salté;
de la indiada disparé,
pues si me alcanza me mata,
y al fin me les escapé
con el hilo en una pata.

IV

les juro que era un dolor
ver esos hombres, por Cristo!
En mi perra vida he visto
una miseria mayor.

Yo no tenía ni camisa
ni cosa que se parecza;
mis trapos sólo pa yezca
me podían ser al fin...
no hay plaga como un fortín
para que el hombre padezca.

Poncho, jergas, el apero,
las prenditas, los botones,
todo, amigo, en los cantones
jué quedando poco a poco,

ya me tenían medio loco
la pobreza y los ratones.

Sólo una manta peluda
era cuanto me quedaba —
la había agenciado a la taba
y ella me tapaba el bulto —
Yaguané que allí ganaba
no salía... ni con indulto.

Y pa mejor hasta el moro
se me jué de entre las manos —
no soy lerdo... pero hermano,
vino el comendante un día.
diciendo que lo quería
“pa enseñarle a comer grano”.

Afigúrese cualquiera
la suerte de éste su amigo,
a pie y mostrando el umbligo,
estropiao, pobre y desnudo,
ni por castigo se pudo
hacerse más mal connigo.

Así pasaron los meses,
y vino el año siguiente,
y las cosas igualmente
siguieron del mismo modo —
adrede parece todo
para aburrir a la gente.

No teníamos más permiso,
ni otro alivio la gauchada,
que salir de madrugada
cuando no había Indio ninguno,
campo ajuera a hacer boliadas
desocando los reyunos.

Y cáibamos al cantón
con los fletes aplastaos —
pero a veces medio aviaos
con plumas y algunos cueros —
que ay no más con el pulpero
los teníamos negociaos:

Era un amigo del Jefe
que con un boliche estaba,
yerba y tabaco nos daba
por la pluma de avestruz,

y hasta le hacía ver la luz
al que un cuero le llevaba.

Sólo tenía cuatro frascos
y unas barricas vacías,
y a la gente le vendía
todo cuanto precisaba;
a veces creiba que estaba
allí la proveeduría.

Ah! pulpero habilidoso,
nada le solía faltar —
Ay juna — y para tragar
tenía un buche de ñandú,
la gente le dió en llamar
“el boliche de virtù”.

Aunque es justo que quien vende
algún poquitito muerda,
tiraban tanto la cuerda
que con sus cuatro limetas,
el cargaba las carretas
de plumas, cueros y cerda.

Nos tenía apuntaos a todos
con más cuentas que un rosario,
cuando se anunció un salario
que iban a dar, o un socorro —
pero, sabe Dios qué zorro
se lo comió al Comisario.

Pues nunca lo ví llegar
y al cabo de muchos días —
en la mema pulpería
dieron una buena cuenta —
que la gente muy contenta
de tan pobre recebía.

Sacaron unos sus prendas
que las tenían empeñadas;
por sus deudas atrasadas
dieron otros el dinero;
al fin de fiesta el pulpero
se quedó con la mascada.

Yo me arrecosté a un horcón
dando tiempo a que pagaran,
y poniendo güena cara
estuve haciéndome el poyo,

a esperar que me llamaran
para recibir mi boyo.

Pero ahí me pude quedar
pegao pa siempre al horcón —
ya era casi la oración
y ninguno me llamaba —
la cosa se me ñublaba
y me dentró comezón.

Pa sacarme el entripao
vi al Mayor, y lo fí a hablar —
yo me le empecé a atracar,
y como con poca gana
le dije: "Tal vez mañana
acabarán de pagar".

—"Qué mañana ni otro día",
al punto me contestó,
"la paga ya se acabó,
siempre has de ser animal" —
Me rai y le dije: "Yo...
no he recibido ni un rial".

Se le pusieron los ojos
que se le querían salir,
y ay no más volvió a decir
comiéndome con la vista:
—"Y qué querés recibir
si no has dentrao en la lista?".

—"Esto sí que es amolar",
dije yo pa mis adentros.
"Van dos años que me encuentro
y hasta aura he visto ni un grullo,
dentro en todos los barullos
pero en las listas no dentro".

Vide el plaito mal parao
y no quise aguardar más...

Yo andaba desesperao,
aguardando una ocasión
que los indios un malón
nos dieran y entre el estrago
hacérmeles cimarrón
y volverme pa mi pago.

Es güeno vivir en paz
con quien nos ha de mandar —
y reculando pa trás
me le empecé a retirar.

Supo todo el Comendante
y me llamó al otro día,
diciéndome que quería
averiguar bien las cosas...
que no era el tiempo de Rosas,
que aura a naides se debía.

Llamó al cabo y al sargento
y empezó la indagación
si había venido al cantón
en tal tiempo o en tal otro...
y si había venido en potro,
en reyuno o redomón.

Y todo era alborotar
al ñudo, y hacer papel,
conocí que era pastel
pa engordar con mi guayaca,
mas si voy al Coronel
me hacen bramar en la estaca.

¡Ah! hijos de una... la codicia
ojalá les ruempa el saco;
ni un pedazo de tabaco
le dan al pobre soldao,
y lo tienen de delgao
más ligero que un guanaco

Pero qué iba a hacerles yo,
charavón en el desierto;
más bien me daba por muerto
pa no verme más fundido —
y me les hacía el dormido
aunque soy medio dispierto.

V

Aquello no era servicio
ni defender la frontera —
aquello era ratonera
en que sólo gana el fuerte —
era jugar a la suerte
con una taba culera.

Allí tuito va al revés
los milicos se hacen piones,
y andan en las poblaciones
emprestao pa trabajar —
los rejuntan pa peliar
cuando entran indios ladrones.

Yo he visto en esa milonga
muchos Gefes coñ estancia,
y piones en abundancia,
y majadas y rodeos;
he visto negocios feos
a pesar de mi inorancia.

Y colijo que no quieren
la barunda componer —
para eso no ha de tener
el Gefe que esté de estable,
más que su poncho y su sable,
su caballo y su deber.

Ansina, pues, conociendo
que aquél mal no tiene cura,
que tal vez mi sepultura
si me quedo iba a encontrar,
pensé en mandarme mudar
como cosa más sigura.

Y pa mejor, una noche
qué estaquiada me pegaron,
casi me descoyuntaron
por motivo de una gresca —
¡Ay juna, si me estiraron
lo mesmo que guasca fresca!

Jamás me puedo olvidar
lo que esa vez me pasó: —
Dentrando una noche yo
al fortín, un enganchao,
que estaba medio mamao,
allí me desconoció.

Era un gringo tan bozal,
que nada se le entendía —
¡Quién sabe de ánde sería!
Tal vez no juera cristiano;
pues lo único que decía
es que era *pa-po-litano*.

Estaba de centinela
y por causa del peludo
verme más claro no pudo
y esa fué la culpa toda —
el bruto se asustó al ñudo
y fí el pavo de la boda.

Cuando me vido acercar:
“¿*Quen vivore?*”... preguntó,
“¿*Qué vívoras?*” — dije yo. —
“*Ha garto*” — me pegó el grito:
y yo dije despacito:
“*Más lagarto serás vos*”.

Ay no más — Cristo me valga!
rastrillar el jusil siento —
me agaché, y en el momento
el bruto me largó un chumbo —
mamao, me tiró sin rumbo
que si nó, no cuento el cuento.

Por de contao, con el tiro
se alborotó el avispero —
los Oficiales salieron —
y se empezó la junción —
quedó en su puesto el nación —
y yo fí al estaquiadero.

Entre cuatro bayonetas
me tendieron en el suelo —
vino el Mayor medio en pedo,
y allí se puso a gritar,
“Picaro, te he de enseñar
andar reclamando sueldos”.

De las manos y las patas
me ataron cuatro sinchones —
les aguanté los tirones
sin que ni un ¡ay! se me oyera,
y al gringo la noche entera
lo harté con mis maldiciones.

Yo no sé porqué el Gobierno
nos manda aquí a la frontera,
gringada que ni siquiera
se sabe atracar a un pingo —
sí creerá al mandar un gringo
que nos manda alguna fiera!

No hacen más que dar trabajo
pues no saben ni ensillar,
no sirven ni pa carniar;
y yo he visto muchas veces,
que ni voltiadas las reses
se les querían arrimar.

Y lo pasan sus mercedes
lengüetiando pico a pico
hasta que viene un milico
a servirles el asao...
y eso sí, en lo delicao,
parecen hijos de rico.

Si hay calor, ya no son gente,
si yela, todos tiritan —
si usted no les da, no pitan
por no gastar en tabaco, —
y cuando pescan un naco
uno al otro se lo quitan.

Vamos dentrando recién
a la parte más sentida,
aunque es todita mi vida
de males una cadena
a cada alma dolorida
le gusta cantar sus penas.

Se empezó en aquel entonces
a rejuntar caballada,
y riunir la milicada
teniéndola en el cantón,
para una despedición
a sorprender a la indiada.

Nos anunciaban que iríamos
sin carretas ni bagajes
a golpiar a los salvajes
en sus mismas toderías —
que a la güelta pagarían
licenciándolo al gauchaje.

Que en esta despedición
tuviéramos la esperanza,
que iba a venir sin tardanza
sigún el Gefe contó,
un menistro o que sé yo...
que le llamaban Don Ganza.

Cuando llueve se acoquinan
como perro que oye truenos —
qué diablos — sólo son güenos
pa vivir entre maricas —
y nunca se andan con chicas
para alzar ponchos ajenos.

Pa vichar son como ciegos,
no hay ejemplo de que entiendan,
ni hay uno solo que aprienda
al ver un bulto que cruza,
a saber si es avestruza,
o si es ginete, o hacienda.

Si salen a perseguir
después de mucho aparato,
tuitos se pelan al rato
y va quedando el tendal —
esto es como en un nidal
echarles güebos a un gato.

VI

Que iba a riunir el Ejército
y tuitos los batallones —
y que traiba unos cañones
con más rayas que un cotín —
pucha... las conversaciones
por allá no tenían fin.

Pero esas trampas no enriedan
a los zorros de mi láya,
que el menistro venga o vaya,
poco le importa a un matrero —
yo también dejé las rayas...
en los libros del pulpero.

Nunca juí gaucho dormido
siempre pronto, siempre listo —
yo soy un hombre, ¡qué Cristo!
que nada me ha acobardao,
y siempre sali parao
en los trances que me he visto.

Dende chiquito gané
la vida con mi trabajo,
y aunque siempre estuve abajo
y no sé lo que es subir —
también el mucho sufrir
suele cansarnos — ¡barajol!

En medio de mi inorancia
conozco que nada valgo —
soy la liebre o soy el galgo
a según los tiempos andan,
pero también los que mandan
debieran cuidarnos algo.

Una noche que riunidos
estaban en la carpeta
emпинando una limeta
el Gefey el Juez de Paz —
yo no quise aguardar más,
y me hice humo en un sotreta.

Para mí el campo son flores
dende que libre me veo —
dónde me lleva el deseo
allí mis pasos dirijo —
y hasta en las sombras, de fijo
que adonde quiera rumbeo.

Entro y salgo del peligro
sin que me espante el estrago,
no aflojo al primer amago
ni jamás fí gaucho lerdo:
soy pa rumbiar como el cerdo
y pronto caí a mi pago.

Volvía al cabo de tres años
de tanto sufrir al ñudo,
resertor, pobre y desnudo —
a procurar suerte nueva —
y lo mesmo que el peludo
enderecé pa mi cueva.

No hallé ni rastro del rancho —
sólo estaba la tapera! —
por Cristo, si aquello era
pa enlutar el corazón —
yo juré en esa ocasión
ser más malo que una fiera!

Quién no sentirá lo mesmo
cuando así padece tanto!
Puede asigurar que el llanto
como una mujer largué —
Ay, mi Dios — si me quedé
más triste que Jueves Santo.

Solo se oiban los aullidos
de un gato que se salvó,
el pobre se guareció
cerca, en una viscachera —
venía como si supiera
que estaba de güelta yo.

Al dirme dejé la hacienda
que era todito mi haber —
pronto debíamos volver
sigún el Juez prometía,
y hasta entonces cuidaría
de los bienes, la mujer.

.....
.....
.....
.....
.....
.....

Después me contó un vecino
que el campo se lo pidieron —
le hacienda se la vendieron
pa pagar arrendamientos,
y qué sé yo, cuántos cuentos;
pero todo lo fundieron.

Los pobrecitos muchachos
entre tantas afliciones
se conchavaron de piones
¡mas qué iban a trabajar,
si eran como los pichones
sin acabar de emplumar!

Por ahí andarán sufriendo
de nuestra suerte el rigor:
me han contaó que el mayor
nunca dejaba a su hermano —
puede ser que algún cristiano
los recoja por favor.

¡Y la pobre mi mujer
Dios sabe cuánto sufrió!
Me dicen que se voló
con no sé qué gavilán —
sin duda a buscar el pan
que no podía darle yo.

No es raro que a uno le falte
lo que a algún otro le sobre —
si no le quedó ni un cobre
si no de hijos un enjambre,
¿qué más iba a hacer la pobre
para no morirse de hambre?

¡Tal vez no te vuelva a ver,
prenda de mi corazón!
Dios te dé su protección
ya que no me la dió a mí —
y a mis hijos desde aquí
les echo mi bendición.

Como hijitos de la cuna
andarán por ahí sin madre —
ya se quedaron sin padre
y así la suerte los deja,
sin naides que los proteja
y sin perro que les ladre.

Los pobrecitos tal vez
no tengan ande abrigarse,
ni ramada ande ganarse,
ni rincón ande meterse,
ni camisa qué ponerse,
ni poncho con qué taparse.

Tal vez los verán sufrir
sin tenerles compasión —
puede que alguna ocasión
aunque los vean tiritando,
los echen de algún jogón
pa que no estén estorbando.

Y al verse ansina espantaos
como se espanta a los perros,
irán los hijos de Fierro
con la cola entre las piernas,

a buscar almas más tiernas
o esconderse en algún cerro.

Mas también en este juego,
voy a pedir mi bolada —
a naides le debo nada
ni pido cuartel ni doy: —
y ninguno dende hoy
ha de llevarme en la armada.

Yo he sido manso primero,
y seré gaucho matrero —
en mi triste circunstancia
aunque es mi mal tan profundo,
nací, y me he criado en estancia,
pero ya conozco el mundo.

Ya le conozco sus mañas,
le conozco sus cucañas,
sé cómo hacen la partida,
la enriedan y la manejan —
deshaceré la madeja
aunque me cueste la vida.

Y aguante el que no se anime
a meterse en tanto engorro,
o sino aprétese el gorro
o para otra tierra emigre —
pero yo ando como el tigre
que le roban los cachorros.

Aunque muchos creen que ei gau-
cho
tiene una alma de reyuno —
no se encontrará ninguno
que no lo dueblen las penas —
mas no debe aflojar uno
mientras hay sangre en las venas.

VII

De carta de más me via
sin saber a dónde dirme;
mas dijeron que era vago
y entraron a perseguirme.

Nunca se achican los males,
van poco a poco creciendo,

y ansina me vide pronto
obligado a andar jugando.

No tenía mujer ni rancho,
y a más, era resertor,
no tenía una prenda güena
ni un peso en el tirador.

A mis hijos infelices
pensé volverlos a hallar —
y andaba de un lao al otro
sin tener ni qué pitar.

Supe una vez por desgracia
que había un baile por allí —
y medio desesperao
a ver la milonga fuí.

Riunidos al pericón
tantos amigos hallé,
que alegre de verme entre ellos
esa noche me apedé.

Como nunca, en la ocasión
por peliar me dió la tranca,
y la emprendí con un negro
que trujo una negra en ancas.

Al ver llegar la morena
que no hacía caso de naidés
le dije con la mamúa
—“Va... ca... yendo gente al
[baile].”

La negra entendió la cosa
y no tardó en contestarme
mirándome como a perro:
“Más vaca será su madre”.

Y entró al baile muy tiesa
con más cola que una zorra
haciendo blanquiar los dientes
lo mesmo que mazamorra:

—“Negra linda”... dije yo —
“Me gusta... pa la carona” —
y me puse a talarar
esta coplita fregona:

“A los blancos hizo Dios,
“A los mulatos San Pedro,
“a los negros hizo el diablo
“para tizón del infierno”.

Había estao juntando rabia
el moreno dende ajuera —
en lo oscuro le brillaban
los ojos como linterna.

Lo conocí retobao
me acerqué y le dije presto:
“Por...r...rudo que un hombre
“nunca se enoja por esto”. [sea

Corcobió el de los tamangos
y creyéndose muy fijo:
—“Mas *porrudo* serás vos,
“gaucho roto”, me dijo.

Y ya se me vino al humo
como a buscarme la hebra —
y un golpe le acomodé
con el porrón de giñebra.

Ay no más pegó el de ollín
más gruñidos que un chanchito,
y pelando el envenao
me atropelló dando gritos.

Pegué un brinco y abrí cancha
diciéndoles: —“Caballeros
“dejen venir ese toro”.
“Solo nací... solo muelo”.

El negro, después del golpe
se había el poncho refalao
y dijo: —“Vas a saber
“si es solo o acompañao”.

Y mientras se arremangó
yo me saqué las espuelas,
pues malicié que aquel tío
no era de arriar con las riendas.

No hay cosa como el peligro
pa refrescar un mamao,
hasta la vista se aclara
por mucho que haiga chupao.

El negro me atropelló
como a quererme comer —
me hizo dos tiros seguidos
y los dos le abarajé.

Yo tenía un facón con S
que era de lima de acero,
le hice un tiro, lo quitó
y vino ciego el moreno.

Y en el medio de las aspas,
un planazo le asenté
que lo largué culebriando
lo mesmo que buscapié.

Le coloriaron las motas
con la sangre de la herida,
y volvió a venir furioso
como una tigra parida.

Y ya me hizo relumbrar
por los ojos el cuchillo,
alcanzando con la punta
a cortarme en un carrillo.

Me hirvió la sangre en las venas
y me le afirmé al moreno,
dándole de punta y hacha
pa dejar un diablo menos.

Por fin en una topada
en el cuchilló lo alcé,
y como un saco de güesos
contra el cerco lo largué.

Tiró unas cuantas patadas
y ya cantó pa el carnero —
nunca me puedo olvidar
de la agonía de aquel negro.

Otra vez en un boliche
estaba haciendo la tarde,
cayó un gaucho que hacía alarde
de guapo y de peliador.

A la llegada metió
el pingó hasta la ramada —
y yo sin decirle nada
me quedé en el mostrador.

Era un terne de aquel pago
que naides lo reprendía,
que sus enriedos tenía
con el señor. Comendante: —

Y como era protegido,
andaba muy entonao,

En esto la negra vino,
con los ojos como ají —
y empesó la pobre allí
a bramar como una loba —
yo quise darle una soba
a ver si la hacía callar
mas, pude reflexionar
que era malo en aquel punto,
y por respeto al dijunto
no la quise castigar.

Limpié el facón en los pastos,
desaté mi redomón,
monté despacio y salí
al tranco pa el cañadón.

Después supe que al finao
ni siquiera lo velaron,
y retobao en un cuero
sin resarle lo enterraron.

Y dicen que dende entonces
cuando es la noche serena,
suele verse una luz mala
como de alma que anda en pena.

Yo tengo intención a veces
para que no pene tanto,
de sacar de allí los güesos
y echarlos al camposanto.

VIII

y a cualquier desgraciao
lo llevaba por delante.

Ah! pobre! si el mismo creiba,
que la vida le sobraba,
ninguno diría que andaba
aguaitándolo la muerte —

Pero así pasa en el mundo,
es así la triste vida —
pa todos está escondida,
la güena o la mala suerte.

Se tiró al suelo, al dentrar
le dió un empeyón a un vaso
y me alargó un medio frasco
diciendo: —“Beba cuñado”.

—“Por su hermana” contesté,
“que por la mía no hay cuidao”.

—“¡Ah! gaucho”, me respondió,
“¿de qué pago será crioyo? —
¿lo andará buscando el oyo? —
¿Deberá tener güen cuero?
Pero ande bala este toro
no bala ningún ternero”.

Y ya salimos trensaos
porque el hombre no era lerdo,
mas como el tino no pierdo,
y soy medio lijerón,
le dejé mostrando el sebo
de un revés con el facón.

Y como con la justicia
no andaba bien por allí,
cuanto pataliar lo ví,
y el pulpero pegó el grito,
ya pa el palenque salí
como haciéndome chiquito.

Monté y me encomendé a Dios,
rumbiando para otro pago —
que el gaucho que llaman vago
no puede tener querencia.
Y así de estrago en estrago
vive llorando la ausencia.

Él anda siempre jugando,
siempre pobre y perseguido,
no tiene cueva ni nido
como si fuera maldito —
porque el ser gaucho... barajo,
el ser gaucho es un delito.

Es como el patrio de posta:
lo larga éste, aquél lo toma, —
nunca se acaba la broma
dende chico se parece
al arbolito que crece,
desamparao en la loma.

Le echan la agua del bautismo
aquél que nació en la selva,
“buscá madre que te envuelva”
se dice el flaire y lo larga,

y dentra a cruzar el mundo
como burro con la carga.

Y se cria viviendo al viento
como oveja sin trasquila —
mientras su padre en las filas
anda sirviendo al Gobierno
aunque tirite en invierno,
naide lo ampara ni asila.

Le llaman gaucho “mamao”
si lo pillan divertido,
y que es mal entretenido
si en un baile lo sorprenden,
hace mal si se defiende
y si nó, se ve... fundido.

No tiene hijos, ni mujer,
ni amigos, ni protetores,
pues todos son sus señores
sin que ninguno lo ampare —
Tiene la suerte del güey —
¿y dónde irá el güey que no are?

Su casa es el pajonal,
su guarida es el desierto;
y si de hambre medio muerto
le echa el lazo a algún mamón,
lo persiguen como a plaito,
porque es un gaucho ladrón.

Y si de un golpe por hay
la dan güelta panza arriba,
no hay un alma compasiva
que le rese una oración —
tal vez como cimarrón
en una cueva lo tiran.

Él nada gana en la paz
y es el primero en la guerra —
no le perdonan si yerra,
que no saben perdonar, —
porque el gaucho en esta tierra
sólo sirve pa votar.

Para él son los calabozos,
para él las duras prisiones,
en su boca no hay razones
aunque la razón le sobre;

que son campanas de palo
las razones de los pobres.

Si uno aguanta, es gaucho bruto —
si no aguanta, es gaucho malo —
dele azote, dele palo!
porque es lo que él necesita!! —
De todo el que nació gaucho

Matreriando lo pasaba
y a las casas no venía —
solía arrimarme de día
mas lo mismo que el carancho,
siempre estaba sobre el rancho
espiano a la polecía.

Viva el gaucho que ande mal
como zorro perseguido —
hasta que al menor descuido
se lo atarazquen los perros,
pues nunca le falta un yerro
al hombre más alvertido.

Y en esa hora de la tarde
en que tuito se adormece
que el mundo dentro parece
a vivir en pura calma,
con las tristezas del alma
al pajonal enderieze.

Bala el tierno corderito
al lao de la blanca oveja
y a la vaca que se aleja
llama el ternero amarrao —
pero el gaucho desgraciao
no tiene a quien dar su queja.

Ansí es que al venir la noche
iba a buscar mi guarida —
pues ande el tigre se anida
también el hombre lo pasa
y no quería que en las casas
me rodiara la partida.

Pues aun cuando vengán ellos
cumpliendo con sus deberes,

ésta es la suerte maldita.

Vamos suerte — vamos juntos
dende que juntos nacimos —
y ya que juntos vivimos
sin podernos dividir...
yo abriré con mi cuchillo
el camino pa seguir.

IX

yo tengo otros pareceres
y en esa conducta vivo —
que no debe un gaucho altivo
peliar entre las mujeres.

Y al campo me iba solito,
más matrero que el venao —
como perro abandonao
a buscar una tapera,
o en alguna viscachera
pasar la noche tirao.

Sin punto ni rumbo fijo
en aquella inmensidá
entre tanta oscuridá
anda el gaucho como duende,
allí jamás lo sorprende
dormido, la autoridá.

Su esperanza es el coraje,
su guardia es la precaución,
su pingo es la salvación,
y pasa uno en su desvelo,
sin más amparo que el cielo
ni otro abrigo que el facón.

.....
.....
.....

Así me hallaba una noche
contemplando las estrellas
que le parecen más bellas
cuanto uno es más desgraciao,
y que Dios las haiga criaio
para consolarse en ellas.

Les tiene el hombre cariño
y siempre con alegría

ve salir las tres marías,
que si llueve, cuanto escampa,
las estrellas son la guía
que el gaucho tiene en la Pampa.

Aquí no valen Dotores
sólo vale la esperanza,
aquí verían su inocencia
ésos que todo lo saben,
por que esto tiene otra llave
y el gaucho tiene su cencia.

Es triste en medio del campo
pasarse noches enteras
contemplando en sus carreras
las estrellas que Dios cría,
sin tener más compañía
que su soledá y las fieras.

Me encontraba como digo,
en aquella soledá,
entre tanta oscuridá,
echando al viento mis quejas
cuando el grito del cajá
me hizo parar las orejas.

Como lumbriz me pegué
al suelo para escuchar;
pronto sentí retumbar
las pisadas de los fletes,
y que eran muchos ginetes
conocí sin vacilar.

Cuando el hombre está en peligro
no debe tener confianza,
ansí tendido de panza
puse toda mi atención,
y ya escuché sin tardanza;
como el ruido de un latón.

Se venían tan calladitos
que yo me puse en cuidao.
tal vez me hubieran bombiao
y me venían a buscar;
mas no quise disparar
que eso es de gaucho morao.

Al punto me santigüé
y eché de giñebra un taco,
lo mesmito que el matabo

me arroyé con el porrón:
"Si han de darme pa tabaco"
dije "esta güena ocasión".

Me refalé las espuelas,
para no peliar con grillos,
me arremangué el calsoncillo,
y me ajusté bien la faja;
y en una mata de paja
probé el filo del cuchillo.

Para tenerlo a la mano
el flete en el pasto até,
la cincha le acomodé,
y en un trance como aquél,
haciendo espaldas en él
quietito los aguardé.

Cuando cerca los sentí,
y que ay no más se pararon,
los pelos se me erizaron
y aunque nada vian mis ojos,
—"No se han de morir de antojo"
—les dije, cuanto llegaron.

Yo quise hacerles saber
que allí se hallaba un varón;
les conocí la intención
y solamente por eso
es que les gané el tirón,
sin aguardar voz de preso.

—"Vos sos un gaucho matrero"
dijo uno, haciéndose el güeno.
"Vos mataste un moreno
y otro en una pulpería,
y aquí está la polecía
que viene a justar tus cuentas;
te va a alzar por las cuarenta
si te resistís hoy día".

—"No me vengán" contesté
"con relación de dijuntos:
esos son otros asuntos;
vean si me pueden llevar,
que yo no me he de entregar,
aunque vengán todos juntos".

Pero no aguardaron mas
y se apiaron en montón —

como a perro cimarrón
me rodiaron entre tantos,
yo me encomendé a los Santos,
y eché mano a mi facón.

Y ya vide el fogonazo
de un tiro de garabina,
mas quiso la suerte indina
de aquel maua, que me errase,
y ay no más lo levantase
lo mesmo que una sardina.

A otro que estaba apurao
acomodando una bola,
le hice una dentrada sola,
y le hice sentir el fierro,
y ya salió como el perro
cuando le pisan la cola.

Era tanta la aflicción
y la angurria que tenían,
que tuitos se me venían
donde yo los esperaba,
uno al otro se estorbaba
y con las ganas no vian.

Dos de ellos que traiban sables
más garifos y resueltos
en las hilachas envueltos
enfrente se me pararon,
y a un tiempo me atropellaron
lo mesmo que perros sueltos.

Me fui reculando en falso
y el poncho adelante eché,
y en cuanto le puso el pie
uno medio chapetón,
de pronto le dí un tirón
y de espaldas lo largué.

Al verse sin compañero
el otro se sofrenó,
entónces le dentré yo,
sin dejarlo resollar,
pero ya empezó a aflojar
y a la pu..n...ta disparó.

Uno que en una tacuara
había atao una tijera,

se vino como si fuera
palenque de atar terneros,
pero en dos tiros certeros
salió aullando campo ajuera.

Por suerte en aquel momento
venía coloriendo el alba
y yo dije "si me salva
la virgen en este apuro,
en adelante le juro
ser más güeno que una malba".

Pegué un brinco y entre todos
sin miedo me entreveré —
echo ovillo me quedé
y ya me cargó una yunta,
y por el suelo la punta
de mi facón les jugué.

El más engolosinao
se me apió con un achazo,
se lo quité con el brazo
de nó, me mata los piojos;
y antes de que diera un paso
le eché tierra en los dos ojos.

Y mientras se sacudía
refregándose la vista,
yo me le fui como lista
y ay no más me le afirmé
diciéndole; "Dios te asista".
Y de un revés lo voltié.

Pero en ese punto mesmo
sentí que por las costillas
un sable me hacía cosquillas
y la sangre se me heló —
dende ese momento yo,
me salí de mis casillas.

Dí para atrás unos pasos
hasta que pude hacer pie,
por delante me lo eché
de punta y tajos a un criollo;
metió la pata en un oyo,
y yo al oyo lo mandé.

Tal vez en el corazón
lo tocó un Santo Bendito,

a un gaucho, que pegó el grito,
y dijo: —“¡Cruz no consiente
que se cometa el delito
de matar así un valiente.”

Y ay no más se me apareió,
dentrándole a la partida,
yo les hice otra embestida
pues entre dos era robo;
y el Cruz era como lobo
que defiende su guarida.

Uno despachó al infierno
de dos que lo atropellaron,
los demás remolinaron,
pues íbamos a la fija,
y a poco andar dispararon
lo mesmo que sabandija.

Ay quedaban largo a largo
los que estiraron la geta,
otro iba como maleta,
y Cruz de atrás les decía:
—“Que venga otra polecía
a llevarlos en carreta”.

Yo junté las osamentas
me hiqué y les recé un bendito;
hice una cruz de un palito
y pedí a mi Dios clemente,
me perdonara el delito
de haber muerto tanta gente.

Dejamos amontonaos
a los pobres que murieron
no sé si los recojieron
porque nos fuimos a un rancho,

o si tal vez los caranchos
ay no más se los comieron.

Lo agarramos mano a mano
entre los dos al porrón,
en semejante ocasión
un trago a cualquiera encanta,
y Cruz no era remolón
ni pijoteaba garganta.

Calentamos los gargeros,
y nos largamos muy tiesos,
siguiendo siempre los besos
a pichel, y por más señas,
íbamos como cigüeñas
estirando los pescuesos.

—“Yo me voy” le dije “amigo,
donde la suerte me lleve,
y si es que alguno se atreve
a ponerse en mi camino
yo seguiré mi destino
que el hombre hace lo que debe.

Soy un gaucho desgraciao
no tengo donde ampararme,
ni un palo donde rascarme
ni un árbol que me cubije;
pero ni aun esto me aflige
porque yo sé manejarme.

Antes de cair al servicio,
tenía familia y hacienda,
cuando volví, ni la prenda
me habían dejao ya,—
Dios sabe en lo que vendrá
a parar esta contienda”.

X

CRUZ²

—Amigazo, pa sufrir
han nacido los varones —
éstas son las ocasiones
de mostrarse un hombre fuerte
hasta que venga la muerte
y lo agarre a coscorrónes.

El andar tan despilchao
ningún mérito me quita...
sin ser un alma bendita
me duelo del mal ageno:
soy un pastel con relleno
que parece torta frita.

² Este nombre, de acuerdo con la edición de Hernández, indicá que el gau-

cho Cruz comienza a cantar, respondiendo a Fierro.

Tampoco me faltan males
y desgracias, le prevengo,
también mis desdichas tengo,
aunque esto poco me aflige —
yo sé hacerme el chanchito rengo
cuando la cosa lo exige.

Y con algunos ardiles
voy viviendo, aunque roto; —
a veces me hago el sarnoso
y no tengo ni un granito,
pero al chifle voy ganoso
como pansón al maíz frito.

A mí no me matan penas
mientras tenga el cuero sano,
venga el sol en el verano
y la escarcha en el invierno —
si este mundo es un infierno
¿por qué afligirse el cristiano?

Hagámosle cara fiera
a los males, compañero,
porque el zorro más matrero
suele cair como un chorlito;
viene por un corderito
y en la estaca deja el cuero.

Hoy tenemos que sufrir
males que no tienen nombre,
pero esto a naides lo asombre
porque ansina es el pastel,
y tiene que dar el hombre
más vueltas que un carrete!

Yo nunca me he de entregar
a los brazos de la muerte —
arrastro mi triste suerte
paso a paso y como pueda —
que donde el débil se queda
se suele escapar el fuerte.

Y ricuerde cada cual
lo que cada cual sufrió,
que lo que es, amigo, yo,
hago así la cuenta mía:
ya lo pasado pasó —
mañana será otro día.

Yo también tuve una pilcha
que me enllenó el corazón —
y si en aquella ocasión
alguien me hubiera buscado —
seguro que me había hallado
más prendido que un botón.

En la güella del querer
no hay animal que se pierda...
las mujeres no son lerdas —
y todo gaucho es doctor
si pa cantarle el amor
tiene que templar las cuerdas.

¡Quién es de un alma tan dura
que no quiera una mujer!
Lo alivia en su padecer:
si no sale calavera
es la mejor compañera
que el hombre puede tener.

Si es güena, no lo abandona
cuando lo vé desgraciado,
lo asiste con su cuidado,
y con afán cariñoso
y usted tal vez ni un rebozo
ni un pollera le ha dao.

Grandemente lo pasaba
con aquella prenda mía —
viviendo con alegría
como la mosca en la miel! —
¡Amigo, qué tiempo aquel!
¡la pucha — que la quería!

Era la águila que a un árbol
dende las nubes bajó,
era más linda que el alba
cuando va rayando el sol —
era la flor deliciosa
que entre el trebol creció.

Pero, amigo, el Comandante
que mandaba la milicia,
como que no desperdicia
se fué refalando a casa; —
yo le conocí en la traza
que el hombre traiba malicia.

Él me daba voz de amigo,
pero no le tenía fe —
era el jefe, y ya se vé,
no podía competir yo —
en mi rancho se pegó
lo mesmo que un saguapé.

A poco andar, conocí,
que ya me había desbancao.
y él siempre muy entonao,
aunque si darme ni un cotre
me tenía de lao a lao
como encomienda de pobre.

A cada rato, de chasque
me hacía dir a gran distancia,
ya me mandaba a una estancia,
ya al pueblo, ya a la frontera —
pero él en la comendacia
no ponía los piés siquiera.

Es triste a no poder más
el hombre en su padecer,
si no tiene una mujer
que lo ampare y lo consuele:
mas pa que otro se la pele
lo mejor es no tener.

No me gusta que otro gallo
le cacarée a mi gallina —
yo andaba ya con la espina,
hasta que en una ocasión
lo solprendí junto al jogón
abrazándome a la china.

Tenía el viejito una cara
de ternero mal lamido,
y al verlo tan atrevido
le dije: —“Que le aproveche,
que había sido pa el amor
como guacho pa la leche”.

Peló la espada y se vino
como a quererme ensartar,
pero yo sin titubiar
le volví al punto a decir:
—“Cuidao no te vas a pér...tigo
poné cuarta pa salir”.

Un puntazo me largó,
pero el cuerpo le saqué,
y en cuanto se lo quité
para no matar un viejo,
con cuidao, medio de lejos
un planazo le asenté.

Y como nunca al que manda
le falta algún adulón,
uno que en esa ocasión,
se encontraba allí presente,
vino apretando los dientes
como perrito mamón.

Me hizo un tiro de revuelves
que el hombre creyó siguro,
era confiao y le juro
que cerquita se arrimaba —
pero siempre en un apuro
se desentumen mis tabas.

Él me siguió menudiando
mas sin poderme acertar,
y yo, dele culebriar,
hasta que al fin le dentré
y ay no más lo despaché
sin dejarlo resollar.

Dentré a campiar en seguida
al viejito enamorao...
el pobre se había ganao
en un noque de lejía. —
¡Quién sabe como estaría
del susto que había llevao!

Es sonso el cristiano macho
cuando el amor lo domina! —
Él la miraba a la indina,
y una cosa tan jedionda
sentí yo, que ni en la fonda
he visto tal jedentina.

Y le dije: —“Pa su agüela
han de ser esas perdices”.
Yo me tapé las narices,
y me salí esternudando,
y el viejo quedó olfatiando
como chico con lumbrices.

Cuando la mula recula
señal que quiere cosiar —
así se suele portar
aunque ella lo disimula,
recula como la mula
la mujer, para olvidar.

Alcé mi poncho y mis prendas
y me largué a padecer
por culpa de una mujer

A otros les brotan las coplas
como agua de manantial;
pues a mí me pasa igual:
aunque las mías nada valen,
de la boca se me salen
como ovejas del corral.

Que en puertiendo la primera,
ya la siguen las demás,
y en montones las de atrás
contra los palos se estrellan,
y saltan y se atropellan
sin que se corten jamás.

Y aunque yo por mi inorancia
con gran trabajo me esplico,
cuando llego a abrir el pico
téngalo por cosa cierta,
sale un verso y en la puerta
ya asoma el otro el hocico.

Y empréstemme su atención
me oír relatar las penas
de que traigo el alma llena —
porque en toda circunstancia,
paga el gaucho su inorancia
con la sangre de sus venas.

Después de aquella desgracia
me guarecí en los pajales,
andube entre los cardales
como vicho sin guarida —
pero, amigo, es esa vida
como vida de animales.

Y son tantas las miserias
en que me he sabido ver

que quiso engañar a dos —
al rancho le dije *adiós*
para nunca más volver.

Las mujeres dende entonces
conocí a todas en una —
ya no he de probar fortuna
con carta tan conocida:
mujer y perra parida,
no se me acerca ninguna!

XI

que con tanto padecer
y sufrir tanta aflicción
malicio que he de tener
un callo en el corazón.

Ansí andaba como guacho
cuando pasa el temporal —
supe una vez pa mi mal
de una milonga que había,
y ya pa la pulpería
enderecé mi bagual.

Era la casa del baile
un rancho de mala muerte,
y se enllenó de tal suerte
que andábamos a empujones —
nunca faltan encontrones
cuando el pobre se divierte.

Yo tenía unas medias botas
con tamaños verdugones —
me pusieron los talones
con cresta como los gallos
si viera mis aflicciones
pensando yo que eran callos.

Con gato y con fandanguillo
había empezao el changango
y para ver el fandango
me colé haciéndome bola —
mas metió el diablo la cola
y todo se volvió pango.

Había sido el guitarrero
un gaucho duro de boca —
yo tengo paciencia poca
pa aguantar cuando no debo.

A ninguno me le atrevo
pero me halla el que me toca.

A bailar un pericón
con una moza salí,
y cuanto me vido allí
sin duda me conoció —
y estas coplitas cantó
como por rairse de mí:

“Las mujeres son todas
como las mulas —
yo no digo que todas
pero hay algunas
que a las aves que vuelan
les sacan plumas.

Hay gauchos que presumen
de tener damas —
no digo que presumen
pero se alaban,
y a lo mejor los dejan
tocando tablas”.

Se secretiaron las hembras --
y yo ya me encoré —
volí la anca y le grité
“Dejá de cantar... chicharra”
y de un tajo a la guitarra
tuitas las cuerdas corté.

Al grito salió de adentro
un gringo con un jusil —
pero nunca he sido vil,
poco el peligro me espanta —
ya me refalé la manta
y la eché sobre candil.

Gané en seguida la puerta
gritando: —“Naidés me ataje”
y alborotao el hembraje
lo que todo quedó oscuro,
empezó a verse en apuro
mesturao con el gauchage.

Yo no sé que tantos meses
esta vida me duró,
a veces nos obligó
la miseria a comer potro —

El primero que salió
fué el cantor y se me vino —
pero yo no pierdo el tino
aunque haiga tomao un trago —
y hay algunos por mi pago
que me tienen por ladino: --

No ha de haber achocao otro --
le salió cara la broma:
a su amigo cuando toma
se le despeja el sentido,
y el pobrecito había sido
como carne de palomá.

Para prestar sus socorros
las mujeres no son lerdas —
antes que la sangre pierda
lo arrimaron a unas pipas —
ay lo dejé con las tripas
como pa que hiciera cuerdas.

Monté y me largué a los campos.
más libre que el pensamiento,
como las nubes al viento
a vivir sin paradero,
que no tiene el que es matrero
nido, ni rancho, ni asiento.

No hay fuerza contra el destino
que le ha señalado el cielo —
y aunque no tenga consuelo
aguante el que está en trabajo!
¡naides se rasca pa abajo!
¡ni se lonjea contra el pelo!

Con el gaucho desgraciao
no hay uno que no se entone —
la menor falta lo espone
a andar con los avestruces!
Faltan otros con más luces
y siempre hay quien los perdona.

XII

me había acompaña con otros
tan desgraciaos como yo. —

Mas ¿para qué platicar

sobre esos males, — canejo?
Nace el gaucho y se hace viejo,
sin que mejore su suerte,
hasta que por ay la muerte
sale a cobrarle el pellejo.

Pero como no hay desgracia
que no acabe alguna vez,
me aconteció que después
de sufrir tanto rigor
un amigo por favor
me compuso con el juez.

Le advertiré que en mi pago
ya no va quedando un criollo,
se los ha tragao el oyo,
o juido o muerto en la guerra
porque, amigo, en esta tierra
nunca se acaba el embrollo. —

Colijo que jué para eso
que me llamó el juez un día,
y me dijo que quería
hacerme a su lao venir,
pa que dentrase a servir
de soldao de Polecía.

Y me largó una proclama
tratándome de valiente,
que yo era un hombre decente,
y que dende aquel momento
me nombraba de sargento
pa que mandara la gente.

Ansi estuve en la partida
pero, ¿qué había de mandar?
Anoche al irlo a tomar
vide güena coyuntura —
y a mí no me gusta andar
con la lata en la cintura.

.....
.....
.....

Ya conoce, pues, quien soy,
tenga confianza conmigo,
Cruz le dió mano de amigo,
y no lo ha de abandonar

juntos podemos buscar
pa los dos un mesmo abrigo.

Andaremos de matreros
si es preciso pa salvar —
nunca nos ha de faltar
ni un güen pingo para juir,
ni un pajal ande dormir,
ni un matambre que ensartar.

Y cuando sin trapo alguno
nos haiga el tiempo dejao —
yo le pediré emprestao
el cuero a cualquier lobo
y hago un poncho, si lo sobo,
mejor que poncho engomao.

Para mí la cola es pecho
y el espinazo cadera —
hago mi nido ande quiera
y de lo que encuentro como —
me echo tierra sobre el lomo
y me apeo en cualquier tranquera.

Y deje rodar la bola
que algún día ha de parar —
tiene el gaucho que aguantar
hasta que lo trague el oyo —
o hasta que venga algún criollo
en esta tierra a mandar.

Lo miran al pobre gaucho
como carne de cogote:
lo tratan al estricote —
y si ansí las cosas andan,
porque quieren los que mandan
aguantemos los azotes.

Pucha — si usté los oyera
como yo en una ocasión,
tuita la conversación
que con otro tuvo el juez —
le asiguro que esa vez
se me achicó el corazón.

Hablaban de hacerse ricos
con campos en las fronteras —
de sacarla más ajuera
donde había campos baldidos —

y llevar de los partidos
gente que la defendiera.

Todo se güelven proyotos
de colonias y carriles —
y tirar la plata a miles
en los gringos enganchaos,
mientras al pobre soldáo
le pelan la chaucha — ¡ah viles!—

Pero si siguen las cosas
como van hasta el presente
puede ser que de repente
veamos el campo desierto,
y blanqueando solamente
los güesos de los que han muer-
[to. —

Hace mucho que sufrimos

la suerte reclusiva —
trabaja el gaucho y no arriba,
porque a lo mejor del caso,
lo levantan de un sogazo
sin dejarle ni saliva.

De los males que sufrimos
hablan mucho los puebleros,
pero hacen como los teros
para esconder sus niditos:
en un lao pegan los gritos
y en otro tienen los güevos.

Y se hacen los que no aciertan
a dar con la coyuntura
mientras al gaucho lo apura
con rigor la autoridá,
ellos a la enfermedá
le están errando la cura.

XIII

MARTIN FIERRO ³

Ya veo que somos los dos
astillas del mismo palo —
yo paso por gaucho malo
y usté anda del mismo modo.
Y yo, pa acabar lo todo,
a los Indios me refalo.

Pido perdón a mi Dios
que tantos bienes me hizo —
pero dende que es preciso
que viva entre los infieles —
yo seré cruel con los crueles —
ansí mi suerte lo quiso.

Dios formó lindas las flores,
delicadas como son —
les dió toda perfección —
y cuanto él era capaz —
pero al hombre le dió más
cuando le dió el corazón.

Le dió claridá a la luz,
fuerza en su carrera al viento,
le dió vida, y movimiento

dende el águila al gusano —
pero más le dió al cristiano
al darle el entendimiento.

Y aunque a las aves les dió,
con otras cosas que inoro,
esos piquitos como oro
y un plumaje como tabla —
le dió al hombre más tesoro
al darle una lengua que habla.

Y dende que dió a las fieras
esa juria tan inmensa,
que no hay poder que las venza
ni nada que las asombre —
¿qué menos le daría al hombre
que el valor pa su defensa?

Pero tantos bienes juntos
al darle, malicio yo
que en sus adentros pensó
que el hombre los precisaba,
que los bienes igualaba,
con las penas que le dió.

³ Este nombre indica que torna a cantar Martín Fierro.

Y yo empujao por las mías
quiero salir de este infierno —
ya no soy pichón muy tierno
y sé manejar la lanza —
y hasta los Indios no alcanza
la facultá del Gobierno.

Yo sé que allá los caciques
ampan a los cristianos,
y que los tratan de "Hermanos"
cuando se van por su gusto —
a qué andar pasando sustos...
alcemos el poncho y vamos.

En la cruzada hay peligros
pero ni aun esto me aterra —
yo ruedo sobre la tierra
arrastrao por mi destino
y si erramos el camino...
no es el primero que lo erra.

Si hemos de salvar o nó —
de esto naide nos responde,
derecho ande el sol se esconde
tierra adentro hay que tirar,
algún día hemos de llegar...
después sabremos a donde.

No hemos de perder el rumbo
los dos somos güena yunta —
el que es gaucho va ande apunta,
aunque inore ande se encuentra;
pa el lao en que el sol se dentra
dublan los pastos la punta.

De hambre no pereceremos
pues sigún otros me han dicho
en los campos se hallan vichos
de lo que uno necesita...
gamas, matacos, mulitas,
avestruces y quirquinchos.

Cuando se anda en el desierto
se come uno hasta las colas —
lo han cruzado mujeres solas
llegando al fin con salú,
y a de ser gaucho el ñandú
que se escape de mis bolas.

Tampoco a la sé le temo,
yo la aguanto muy contento,
busco agua olfatiando al viento
y dende que no soy manco...
ande ay duraznillo blanco
cabo, y la saco al momento.

Allá habrá seguridá
ya que aquí nó la tenemos,
menos males pasaremos
y ha de haber grande alegría,
el día que nos descolguemos
en alguna toldería.

Fabricaremos un toldo
como lo hacen tantos otros,
con unos cueros de potro
que sea sala y sea cocina,
¡tal vez no falte una china
que se apiade de nosotros!

Allá no hay que trabajar,
vive uno como un señor —
de cuando en cuando un malón —
y si de él sale con vida,
lo pasa echao panza arriba
mirando dar güelta el sol.

Y ya que a fuerza de golpes
la suerte nos dejó afluss,
puede que allá veamos luz
y se acaben nuestras penas,
todas las tierras son güenas
vámosnos amigo Cruz.

El que maneja las bolas,
el que sabe echar un pial,
y sentársele a un bagual
sin miedo de que lo baje,
entre los mesmos salvajes
no puede pasarlo mal.

El amor como la guerra
lo hace el criollo con canciones —
a más de eso en los malones
podemos aviarnos de algo,
en fin, amigo, yo salgo
de estas pelegrinaciones.

.....

 En este punto el cantor
 buscó un porrón pa consuelo,
 echó un trago como un cielo,
 dando fin a su argumento;
 y de un golpe el istrumento
 lo hizo astillas contra el suelo.

“Ruempo” dijo “la guitarra,
 pa no volverla a templar
 ninguno la ha de tocar
 por siguro tengaló;
 pues naides ha de cantar
 cuando este gaucha cantó”.

Y daré fin a mis coplas
 con aire de relación,
 nunca falta un preguntón
 más curioso que mujer,
 y tal vez quiera saber
 como jué la conclusión.

Cruz y Fierro de una estancia
 una tropilla se arriaron —
 por delante se la echaron
 como criollos entendidos,

y pronto sin ser sentidos
 por la frontera cruzaron.

Y cuando la habían pasao,
 una madrugada clara
 le dijo Cruz que mirara
 las últimas poblaciones,
 y a Fierro dos lagrimones
 le rodaron por la cara.

Y siguiendo el fiel del rumbo
 se entraron en el desierto —
 no sé si los habrán muerto
 en alguna correría,
 pero espero que algún día
 sabré de ellos algo cierto.

Y ya con estas noticias
 mi relación acabé,
 por ser ciertas las conté,
 todas las desgracias dichas —
 es un telar de desdichas
 cada gaucha que usté vé.

Pero ponga su esperanza
 en el Dios que los formó,
 y aquí me despido yo
 que referí así a mi modo,
 males que conocen todos
 pero que naides cantó.

SEGUNDA PARTE

LA VUELTA DE MARTÍN FIERRO

I

Atención pido al silencio
 y silencio a la atención,
 que voy en esta ocasión
 si me ayuda la memoria,
 a mostrarles que a mi historia
 le faltaba lo mejor.

Viene uno como dormido
 cuando vuelve del desierto;
 veré si a explicarme acierto
 entre gente tan bizarra,

y si al sentir la guitarra
 de mi sueño me despierto.

Siento que mi pecho tiembla
 que se turba mi razón,
 y de la vigüela al són
 imploro a la alma de un sabio,
 que venga a mover mi labio
 y alentar mi corazón.

Si no llego a treinta y una

de fijo en treinta me planto,
y esta confianza adelanto
porque recibí en mí mismo,
con el agua del bautismo
la facultá para el canto.

Tanto el pobre como el rico
la razón me la han de dar;
y si llegan a escuchar
lo que esplicaré a mi modo,
digo que no han de reir todos,
algunos han de llorar.

Mucho tiene que contar
el que tuvo que sufrir,
y empezaré por pedir
no duden de cuanto digo;
pues debe creerse al testigo
sinó pagan por mentir.

Gracias le doy a la Virgen
gracias le doy al Señor,
porque entre tanto rigor
y habiendo perdido tanto,
no perdí mi amor al canto
ni mi voz como cantor.

Que cante todo viviente
otorgó el Eterno Padre,
cante todo el que le cuadre
como lo hacemos los dos,
pues sólo no tiene voz
el ser que no tiene sangre.

Canta el pueblera... y es pueta;
canta el gaucho... y ay ¡Jesús!
lo miran como avestruz
su inorancia los asombra;
mas siempre sirven las sombras
para distinguir la luz.

El campo es del inorante,
el pueblo del hombre estruido;
ya que en el campo he nacido
digo que mis cantos son
para los unos... sonidos,
y para otros... intención.

Yo he conocido cantores

que era un gusto el escuchar;
mas no quieren opinar
y se divierten cantando;
pero yo canto opinando
que es mi modo de cantar.

El que va por esta senda
cuanto sabe desembucha,
y aunque mi cencia no es mucha,
esto en mi favor previene;
yo sé el corazón que tiene
el que con gusto me escucha.

Lo que pinta este pincel
ni el tiempo lo ha de borrar,
ninguno se ha de animar
a corregirme la plana;
no pinta quien tiene gana
sinó quien sabe pintar.

Y no piensen los oyentes
que del saber hago alarde;
he conocido aunque tarde
sin haberme arrepentido
que es pecado cometido
el decir ciertas verdades.

Pero voy en mi camino
y nada me ladiará,
he de decir la verdá
de naides soy adulón,
aquí no hay imitación
esta es pura realidá.

Y el que me quiera enmendar
mucho tiene que saber —
tiene mucho que aprender
el que me sepa escuchar —
tiene mucho que rumiar
el que me quiera entender.

Más que yo y cuantos me oigan
más que las cosas que tratan
más que los que ellos relatan
mis cantos han de durar —
mucho ha habido que mascar,
para echar esta bravata.

Brotan quejas de mi pecho,

brota un lamento sentido;
y es tanto lo que sufrido
y males de tal tamaño,
que reto a todos los años
a que traigan el olvido.

Ya verán si me despierto
cómo se compone el baile —
y no se sorprenda naides
si mayor fuego me anima;
porque quiero alzar la prima
como pa tocar al aire —

Y con la cuerda tirante
dende que ese tono elija,
yo no he de aflojar manija
mientras que la voz no pierda;
sino se corta la cuerda
o no cede la clavija.

Aunque rompí el estrumento
por no volverme a tentar —
tengo tanto que contar
y cosas de tal calibre
que Dios quiera que se libre
el que me enseñó a templar.

De naides sigo el ejemplo,
naide a dirigirme viene —
yo digo cuando conviene
y el que en tal güeya se planta,
debe cantar cuando canta
con toda la voz que tiene.

Triste suena mi guitarra
y el asunto lo requiere —
ninguno alegrías espere
sinó sentidos lamentos,
de aquel que en duros tormentos
nace, crece, vive y muere. —

Es triste dejar sus pagos
y largarse a tierra agena
llevándose la alma llena
de tormentos y dolores,
mas no llevan los rigores
como el pampero a la arena.

He visto rodar la bola
y no se quiere parar,
al fin de tanto rodar
me he decidido a venir
a ver si puedo vivir
y me dejan trabajar.

Sé dirigir la mansera
y también echar un pial —
sé correr en un rodeo —
trabajar en un corral —
me sé sentar en un pértigo
lo mesmo que en un bagual.

Y empriénstenme su atención
si así me quieren honrar,
de no, tendré que callar
pues el pájaro cantor
jamás se para a cantar
en árbol que no da flor.

Hay trapitos que golpiar,
y de aquí no me levanto;
escúchenme cuando canto
si quieren que desembuche —
tengo que decirles tanto
que les mando que me escuchen.

Dejenme tomar un trago
estas son otras cuarenta,
mi garganta está sedienta,
y de esto no me abochorno —
pues el viejo, como el horno,
por la boca se calienta.

II

Irse a cruzar el desierto
lo mesmo que un foragido,
dejando aquí en el olvido
como dejamos nosotros,
su mujer en brazos de otro
y sus hijitos perdidos. —

Cuántas veces al cruzar
en esa inmensa llanura,
al verse en tal desventura
y tan lejos de los suyos
se tira uno entre los yuyos
a llorar con amargura.

En la orilla de un arroyo
solitario lo pasaba,
en mil cosas cavilaba
y a una güelta repentina
se me hacía ver a mi china
o escuchar que me llamaba.

Y las aguas serenitas
bebe el pingo trago a trago —
mientras sin ningún halago
pasa uno hasta sin comer,
por pensar en su mujer,
en sus hijos y en su pago.

Recordarán que con Cruz
para el desierto tiramos —
en la pampa nos entramos,
cayendo por fin del viage
a unos toldos de salvajes,
los primeros que encontramos.

La desgracia nos seguía,
llegamos en mal momento —
estaban en parlamento
tratando de una invasión
y el indio en tal ocasión
recela hasta de su aliento.

Se armó un tremendo alboroto
cuando nos vieron llegar,
no podíamos aplacar
tan peligroso hervidero;
nos tomaron por bomberos
y nos quisieron lanzar.

Nos quitaron los caballos
a los muy pocos minutos;
estaban irresolutos,
quien sabe qué pretendían,
por los ojos nos metían
las lanzas aquellos brutos.

Y dele en su lengüeteo
hacer gestos y cabriolas;
uno desató las bolas
y se me vino en seguida:
ya no creíamos con vida
salvar ni por carambola.

Allá no hay misericordia
ni esperanza que tener —
el indio es de parecer
que siempre matarse debe —
pues la sangre que no bebe
le gusta verla correr.

Cruz se dispuso a morir
peliando, y me convidó —
Aguantemos, dije yo,
el fuego hasta que nos queme —
menos los peligros teme
quien más veces los venció.

Se debe ser más prudente
cuando el peligro es mayor;
siempre se salva mejor
andando con alvertencia,
porque no está la prudencia
reñida con el valor.

Vino al fin el lenguaraz
como a trairnos el perdón,
nos dijo — “La salvación
se la deben a un cacique,
me manda que les explique
qué se trata de un malón.

Les ha dicho a los demás
que ustedes queden cautivos
por si caen algunos vivos
en poder de los cristianos,
rescatar a sus hermanos
con estos dos fugitivos”.

Volvieron al parlamento
a tratar de sus alianzas,
o tal vez de las matanzas,
y conforme les detallo —
hicieron cerco a caballo
recostándose en las lanzas.

Dentra al centro un indio viejo
y allí a lengüetiar se larga,
quien sabe que les encarga,
pero toda la riunión
lo escuchó con atención
lo menos tres horas largas.

Pegó al fin tres alaridos
y ya principia otra danza;
para mostrar su pujanza
y dar pruebas de ginete
dió riendas rayando el flete
y revolando la lanza. —

Recorre luego la fila,
frente a cada indio se para,
lo amenaza cara a cara
y en su juria aquel maldito
acompaña con su grito
el cimbrar de la tacuara.

Se vuelve aquello un incendio
más feo que la misma guerra —
entre una nube de tierra
se hizo allí una mescolanza,
de potros, indios y lanzas
con alaridos que aterran.

Parece un baile de fieras,
sigún yo me lo imagino —
era inmenso el remolino,
las voces aterradoras —
hasta que al fin de dos horas
se aplacó aquel torbellino.

De noche formaban cerco
y en el centro nos ponían
para mostrar que querían
quitarnos toda esperanza,
ocho o diez filas de lanzas
al rededor nos hacían.

De ese modo nos hallamos
empeñados en la partida —
no hay que darla por perdida
por dura que sea la suerte;
ni que pensar en la muerte
sino en soportar la vida.

Se endurece el corazón
no teme peligro alguno —
por encontrarlo oportuno
allí juramos los dos:
respetar tan solo a Dios,
de Dios abajo, a ninguno.

Allí estaban vigilantes
cuidándonos a porfía,
cuando roncar parecían
“Huaincá” gritaba cualquiera,
y toda la fila entera
“Huaincá” — “Huaincá” repetía.

Pero el indio es dormilón
y tiene un sueño projundo —
es roncador sin segundo
y en tal confianza es su vida,
que ronca a pata tendida
aunque se dé güelta el mundo.

Nos averiguaban todo
como aquel que se previene —
porque siempre les conviene
saber las juerzas que andan,
donde están, quienes las mandan,
qué caballos y armas tienen.

A cada respuesta nuestra
uno hace una exclamación —
y luego en continuación
aquellos indios feroces —
cientos y cientos de veces
repiten al mismo són.

Y aquella voz de uno solo
que empieza por un gruñido —
llega hasta ser alarido
de toda la muchedumbre —
y así alquieren la costumbre
de pegar esos bramidos.

III

El mal es árbol que crece
y que cortado retoña —
la gente esperta o visofña
sufre de infinitos modos —
la tierra es madre de todos,
pero también da ponzoña.

Mas todo varón prudente
sufre tranquilo sus males —
yo siempre los hallo iguales
en cualquier senda que elijo —
la desgracia tiene hijos
aunque ella no tiene madre. —

Y al que le toca la herencia
donde quiera halla su ruina —
lo que la suerte destina
no puede el hombre evitar —
porque el cardo ha de pinchar
es que nace con espina.

Es el destino del pobre
un continuo safarrancho,
y pasa como el carancho
porque el mal nunca se sacia,
si el viento de la desgracia
vuela las pajas del rancho.

Mas quien manda los pesares
manda también el consuelo —
la luz que baja del cielo
alumbra al más encumbrado,
y hasta el pelo más delgado
hace su sombra en el suelo.

Pero por más que uno sufre
un rigor que lo atormenta
no debe bajar la frente
nunca — por ningún motivo —
el álamo es más altivo
y gime constantemente.

.....
.....
.....
.....
.....
.....

El indio pasa la vida
robando o echao de panza —
la única ley es la lanza
a que se ha de someter —
lo que le falta en saber
lo suple con desconfianza.

Fuera cosa de engarzarlo
a un indio caritativo —
es duro con el cautivo,
le dan un trato horroroso —
es astuto y receloso,
es audaz y vengativo —

No hay que pedirle favor
ni que aguardar tolerancia —
movidos por su inorancia
y de puros desconfiaos —
nos pusieron separaos
bajo sutil vigilancia. —

No pude tener con Cruz
ninguna conversación —
no nos daban ocasión,
nos trataban como agenos —
como dos años lo menos
duró ésta separación.

Relatar nuestras penurias
fuera alargar el asunto —
les diré sobre este punto
que a los dos años recién
nos hizo el cacique el bien
de dejarnos vivir juntos.

Nos retiramos con Cruz
a la orilla de un pajal —
por no pasarlo tan mal
en el desierto infinito,
hicimos como un bendito
con dos cueros de bagual.

Fuimos a esconder allí
nuestra pobre situación
aliviando con la unión
aquel duro cautiverio —
tristes como un cementerio
al toque de la oración.

Debe el hombre ser valiente
si a rodar se determina,
primero, cuando camina;
segundo, cuando descansa,
pues en aquellas andanzas
perece el que se acoquina.

Cuando es manso el ternero
en cualquier vaca se priende —
el que es gaúcho esto lo entiende
y ha de entender si le digo,
que andábamos con mi amigo
como pan que no se vende.

Guarecidos en el toldo
charlábamos mano a mano —
éramos dos veteranos
mansos pa las sabandijas,
arrumbaos como cubijas
cuando calienta el verano.

El alimento no abunda
por más empeño que se haga;
lo pasa uno como plaga,
egercitando la industria —
y siempre como la nutria
viviendo a orillas del agua.

En semejante ejercicio
se hace diestro el cazador —
cai el piche engordador,
cai el pájaro que trina —
todo vicho que camina
va a parar al asador. —

Pues allí a los cuatro vientos
la persecución se lleva,
naide escapa de la leva

Antes de aclarar el día
empieza el indio a aturdir
la pampa con su rugir,
y en alguna madrugada,
sin que sintiéramos nada
se largaban a invadir. —

Primero entierran las prendas
en cuevas como peludos;
y aquellos indios cerdudos
siempre llenos de recelos
en los caballos en pelos
se vienen medio desnudos.

Para pegar el malón
el mejor flete procuran —
y como es su arma segura
vienen con la lanza sola,
y varios pares de bolas
atados a la cintura. —

De ese modo anda liviano,
no fatiga al mancarrón;

y dende que la alba asoma
ya recorre uno la loma,
el bajo, el nido y la cueva.

El que vive de la caza
a cualquier vicho se atreve —
que pluma o cáscara lleve —
pues cuando la hambre se siente
el hombre le clava el diente
a todo lo que se mueve.

En las sagradas alturas
está el maestro principal,
que enseña a cada animal
a procurarse el sustento
y le brinda el alimento
a todo ser racional.

Y aves, y vichos y pejes,
se mantienen de mil modos;
pero el hombre en su acomodo
es curioso de oservar:
es el que sabe llorar —
y es el que los come a todos.

IV

es su espuela en el malón,
después de bien afilao,
un cuernito de venao
que se amarra en el garrón.

El indio que tiene un pingo
que se llega a distinguir,
lo cuida hasta pa dormir,
de ese cuidado es esclavo —
se lo alquila a otro indio bravo
cuando vienen a invadir.

Por vigilarlo no come
y ni aun el sueño concilia —
sólo en eso no hay desidia,
de noche, les asiguro,
para tenerlo seguro
le hace cerco la familia.

Por eso habrán visto ustedes,
si en el caso se han hallao,
y sino lo han oservao
téngalos desde hoy presente —

que todo pampa valiente
anda siempre bien montao.

Marcha el indio a trote largo
paso que rinde y que dura;
viene en dirección sigura
y jamás a su capricho —
no se les escapa vicho
en la noche más oscura.

Caminan entre tinieblas
con un cerco bien formao;
lo estrechan con gran cuidado
y agarran al aclarar
ñanduces, gamas, venaos —
cuanto ha podido dentrar.

Su señal es un humido
que se eleva muy arriba —
y no hay quien no lo aperciba
con esa vista que tienen;
de todas partes se vienen
a engrosar la comitiva. —

Ansina se van juntando,
hasta hacer esas riuniones
que caen en las invasiones
en número tan crecido —
para formarla han salido
de los últimos rincones.

Es guerra cruel la del indio
porque viene como fiera;
atropella donde quiera
y de asolar no se cansa —
de su pingo y de su lanza
toda salvación espera.

Debe atarse bien la faja
quien aguardarlo se atreva;
siempre mala intención lleva,
y como tiene alma grande
no hay plegaria que lo ablande
ni dolor que lo conmueva. —

Odia de muerte al cristiano,
hace guerra sin cuartel —
para matar es sin yel,
es fiero de condición —

no golpea la compasión
en el pecho del infiel.

Tiene la vista del águila,
del león la temeridad —
en el desierto no habrá
animal que él no lo entienda —
ni fiera de que no aprienda
un instinto de crueldad.

Es tenaz en su barbarie,
no esperen verlo cambiar,
el deseo de mejorar
en su rudeza no cabe —
el bárbaro sólo sabe
emborracharse y peliar.

El indio nunca se ríe
y el pretenderlo es en vano,
ni cuando festeja ufano
el triunfo en sus correrías —
la risa en sus alegrías
le pertenece al cristiano.

Se cruzan por el desierto
como un animal feroz —
dan cada alarido atroz
que hace erizar los cabellos,
parece que a todos ellos
los ha maldecido Dios.

Todo el peso del trabajo
lo dejan a las mujeres —
el indio es indio y no quiere
apiar de su condición,
ha nacido indio ladrón
y como indio ladrón muere.

El que envenenen sus armas
les manda a sus hechiceras —
y como ni a Dios veneran
nada a los pampas contiene —
hasta los nombres que tienen
son de animales y fieras. —

Y son, por ¡Cristo bendito!
los más desaciaos del mundo —
esos indios vagabundos
con repunancia me acuerdo, —

viven lo mismo que el cerdo
en esos toldos inmundos.

Naidés puede imaginar
una miseria mayor —

su pobreza causa horror —
no sabe aquel indio bruto
que la tierra no da fruto
sinó la riega el sudor.

V

Aquel desierto se agita
cuando la invasión regresa —
llevan miles de cabezas
de vacuno y yeguarizo,
pa no afligirse es preciso
tener bastante firmeza.

Y cada cual con lo suyo
a sus toldos enderiesa —
luego la matanza empieza
tan sin razón ni motivo,
que no queda animal vivo
de esos miles de cabezas.

Aquello es un hervidero
de pampas — un celemín —
cuando riunen el botín
juntando toda la hacienda,
es cantidad tan tremenda
que no alcanza a verse el fin.

Y satisfecho el salvaje
de que su oficio ha cumplido
lo pasa por ay tendido
volviendo a su haraganiar —
y entra la china a cueriar
con un afán desmedido.

Vuelven las chinas cargadas
con las prendas en montón;
aflije esa destrucción —
acomodaos en cargueros
llevan negocios enteros
que han saquiado en la invasión.

A veces a tierra adentro
algunas puntas se llevan,
pero hay pocos que se atreven
a hacer esas incursiones,
porque otros indios ladrones
les suelen pelar la breva.

Su pretensión es robar,
no quedar en el pantano —
viene a tierra de cristianos
como furia del infierno;
no se llevan al gobierno
porque no lo hallan a mano.

Pero pienso que los pampas
deben de ser los más rudos —
aunque andan medio desnudos
ni su conveniencia entienden,
por una vaca que venden
quinientas matan al ñudo.

Vuelven locos de contentos
cuando han venido a la fija —
antes que ninguno elija
empiezan con todo empeño,
como dijo un santiagueño,
a hacerse la *repartija*.

Estas cosas y otras piores
las he visto muchos años;
pero si yo no me engaño
concluyó ese bandalage,
y esos bárbaros salvajes
no podrán hacer más daño.

Se reparten el botín
con igualdá, sin malicia;
no muestra el indio codicia,
ninguna falta comete,
sólo en esto se somete
a una regla de justicia.

Las tribus están desechas;
los caciques más altivos
están muertos o cautivos
privaos de toda esperanza,
y de la chusma y de lanza.
ya muy pocos quedan vivos.

Son salvages por completo
hasta pa su diversión —
pues hacen una junción
que naides se la imagina;
recién le toca a la china
el hacer su papelón.

Cuanto el hombre es más salvage
trata pior a la muger —
yo no sé que pueda haber
sin ella dicha ni goce —
¡Feliz el que la conoce
y logra hacerse querer!

Todo el que entiende la vida
busca a su lao los placeres —
justo es que las considere
el hombre de corazón;
sólo los cobardes son
valientes con sus mugeres.

Pa servir a un desgraciao
pronta la muger está
cuando en su camino va
no hay peligro que le asuste;
ni hay una a quien no le guste
una obra de caridá.

No se hallará una muger
a la que esto no le cuadre —
yo alabo al Eterno Padre, —
no porque las hizo bellas,
sino porque a todas ellas
les dió corazón de madre.

Es piadosa y diligente
y sufrida en los trabajos:
tal vez su valer rebajo
aunque la estimo bastante;
mas los indios inorantes
la tratan al estropajo.

Echan la alma trabajando
bajo el más duro rigor —
el marido es su señor,
como tirano la manda
porque el indio no se ablanda
ni siquiera en el amor.

No tiene cariño a naides
ni sabe lo que es amar —
¿Ni qué se puede esperar
de aquellos pechos de bronce?
Yo los conocí al llegar
y los calé desde entonces. —

Mientras tiene que comer
permanece sosegao —
yo que en sus toldos he estao
y sus costumbres oservo
digo que es como aquel cuervo
que no volvió del mandao.

Es para él como juguete
escupir un crucifijo —
pienso que Dios lo maldijo
y ansina el ñudo desato:
el indio, el cerdo y el gato,
redaman sangre del hijo.

Mas ya con cuentos de pampas
no ocuparé su atención —
debo pedirles perdón
pues sin querer me distraje,
por hablar de los salvages
me olvidé de la junción.

.....
.....
.....
.....
.....
.....

Hacen un cerco de lanzas,
los indios quedan ajuera —
dentra la china ligera
como yeguada en la trilla,
y empieza allí la cuadrilla
a dar güeltas en la era. —

A un lao están los caciques
capitanejos y el trompa;
tocando con toda pompa
como un toque de fagina;
adentro muere la china,
sin que aquel círculo rompa.

Muchas veces se les oyen
a los pobres los quejidos;
mas son lamentos perdidos —
al rededor del cercao
en el suelo están mamaos
los indios dando alaridos.

Su canto es una palabra
y de ay no salen jamás —
llevan todas el compás

El tiempo sigue en su giro
y nosotros solitarios,
de los indios sanguinarios
no teníamos que esperar —
el que nos salvó al llegar
era el más hospitalario.

Mostró noble corazón,
cristiano anelaba ser —
la justicia es un deber,
y sus méritos no callo, —
nos regaló unos caballos
y a veces nos vino a ver.

A la voluntad de Dios
ni con la intención resisto —
él nos salvó... pero, a ¡Cristo!
muchas veces he deseado
no nos hubiera salvado
ni jamás haberlo visto.

Quien recibe beneficios
jamás los debe olvidar;
y al que tiene que rodar
en su vida trabajosa,
le pasan a veces cosas
que son duras de pelar. —

Voy dentrando poco a poco
en lo triste del pasage —
cuando es amargo el brebage
el corazón no se alegra, —
Dentró una virgüela negra
que los diezmó a los salvages.

Al sentir tal mortandá
los indios desesperaos,

ioká - ioká repitiendo,
me parece estarlas viendo
más fieras que Satanás. —

Al trote dentro del cerco,
sudando, hambrientas, juirosas,
desgreñadas y rotosas
de sol a sol se lo llevan —
bailan, aunque truene o llueva,
cantando la mesma cosa.

VI

gritaban alborotaos
"Cristiano echando gualicho".
No quedó en los toldos vicho
que no salió redotao.

Sus remedios son secretos,
los tienen las adivinas —
no los conocen las chinas
sinó alguna ya muy vieja,
y es la que aconseja
con mil embustes la indina.

Allí soporta el paciente
las terribles curaciones —
pues a golpes y estrujones
son los remedios aquellos —
lo agarran de los cabellos
y le arrancan los mechones.

Les hacen mil heregías
que el presenciarlas da horror —
brama el indio de dolor
por los tormentos que pasa;
y untándolo todo en grasa
lo ponen a hervir al sol.

Y puesto allí boca arriba
al rededor le hacen fuego —
una china viene luego
y al oído le da de gritos
hay algunos tan malditos
que sanan con este juego.

A otros les cuecen la boca
aunque de dolores cruja —
lo agarran y allí lo estrujan,
labios le queman y dientes

con un güevo bien caliente
de alguna gallina bruja.

Conoce el indio el peligro
y pierde toda esperanza —
si a escapársele alcanza
dispara como una liebre —
le da delirios la fiebre
y ya le cain con la lanza.

Esas fiebres son terribles,
y aunque de esto no disputo
ni de saber me reputo,
será, decíamos nosotros,
de tanta carne de potro
como comen estos brutos.

Había un gringuito cautivo
que siempre hablaba del barco —
y lo augaron en un charco
por causante de la peste —
tenía los ojos celestes
como potrillito zarco.

Que le dieran esa muerte
dispuso una china vieja;
y aunque se aflije y se queja,
es inútil que resista. —
Ponía el infeliz la vista
como la pone la oveja.

Nosotros nos alejamos
para no ver tanto estrago —
Cruz sentía los amagos
de la peste que reinaba —
y la idea nos acosaba
de volver a nuestros pagos.

Pero contra el plan mejor
el destino se revela —
¡la sangre se me congela!
el que nos había salvado,
cayó también atacado
de la fiebre y la virgüela,

No podíamos dudar
al verlo en tal padecer
el fin que había de tener
y Cruz que era tan humano:

“Vamos, me dijo, paisano
a cumplir con un deber”.

Fuimos a estar a su lado
para ayudarlo a curar —
lo vinieron a buscar
y hacerle como a los otros;
lo defendimos nosotros,
no lo dejamos lancar.

Iba creciendo la plaga
y la mortandá seguía,
a su lado nos tenía
cuidándolo con pacencia —
pero acabó su existencia
al fin de unos pocos días.

El recuerdo me atormenta,
se renueva mi pesar —
me dan ganas de lorrar
nada a mis penas igualo;
Cruz también cayó muy malo
ya para no levantar.

Todos pueden figurarse
cuanto tuve que sufrir;
yo no hacía sinó gemir
y aumentaba mi aflicción,
no saber una oración
pa ayudarlo a bien morir. —

Se le pasmó la virgüela,
y el pobre estaba en un grito —
me recomendó a su hijito
que en su pago había dejado,
“Ha quedado abandonado” —
me dijo — “aquel pobrecito”.

“Si vuelve, busquemelo”, —
me repetía a media voz —
“en el mundo éramos dos
pues él ya no tiene madre:
que sepa el fin de su Padre
y encomiende mi alma a Dios”.

Lo apretaba contra el pecho
dominado por el dolor —
era su pena mayor
el morir allá entre infieles —

sufriendo dolores crueles
entregó su alma al Criador.
De rodillas a su lado
yo lo encomendé a Jesús! —

Aquel bravo compañero
en mis brazos espiró;
hombre que tanto sirvió,
varón que fué tan prudente,
por humano y por valiente
en el desierto murió. —

Y yo, con mis propias manos
yo mesmo lo sepulté —
a Dios por su alma rogué
de dolor el pecho lleno —
y humedeció aquel terreno
el llanto que derramé.

Cumplí con mi obligación,
no hay falta de que me acuse,
ni deber de que me escuse,
aunque de dolor sucumba —
allá señala su tumba
una cruz que yo le puse.

Andaba de toldo en toldo
y todo me fastidiaba —
el pesar me dominaba
y entregao al sentimiento,
se me hacía cada momento
oir a Cruz que me llamaba.

Cual más, cual menos los criollos
saben lo que es amargura —
en mi triste desventura
no encontraba otro consuelo
que ir a tirarme en el suelo
al lao de su sepultura.

Allí pasaba las horas
sin haber naides conmigo —
teniendo a Dios por testigo —
y mis pensamientos fijos
en mi muger y mis hijos,
en mi pago y en mi amigo.

Privado de tantos bienes
y perdido en tierra ajena

Faltó a mis ojos la luz —
tube un terrible desmayo —
cai como herido del rayo
cuando lo ví muerto a Cruz.

VII

parece que se encadena
el tiempo y que no pasara,
como si el sol se parara
a contemplar tanta pena.

Sin saber que hacer de mí
y entregao a mi aflicción,
estando allí una ocasión
de lado que venía el viento
oi unos tristes lamentos
que llamaron mi atención.

No son raros los quejidos
en los toldos del salvage,
pues aquél es vandalage
donde no se arregla nada
sino a lanza y puñalada
a bolazos y a corage.

No preciso juramento,
deben creerle a Martín Fierro —
ha visto en ese destierro
a un salvage que se irrita,
degollar a una chinita
y tirársela a los perros.

He presenciado martirios
he visto muchas crueldades —
crímenes y atrocidades
que el cristiano no imagina;
pues ni el indio ni la china
sabe lo que son piedades.

Quise curiosiar los llantos
que llegaban hasta mí,
al punto me dirigí
al lugar de ande venían —
me horrorisa todavía
el cuadro que descubrí!

Era una infeliz muger
que estaba de sangre llena —
y como una Madalena

lloraba con toda gana, —
conocí que era cristiana
y esto me dió mayor pena.

Cauteloso me acerqué

Más tarde supe por ella,
de manera positiva,
que dentró una comitiva
de pampas a su partido,
mataron a su marido
y la llevaron cautiva.

En tan dura servidumbre
hacían dos años que estaba —
un hijito que llevaba
a su lado lo tenía —
la china la aborrecía
tratándola como esclava.

Deseaba para escaparse
hacer una tentativa —
pues a la infeliz cautiva
naides la va a redimir,
y allí tiene que sufrir
el tormento mientras viva.

Aquella china perversa
dende el punto que llegó,
crueldá y orgullo mostró
porque el indio era valiente —
usaba un collar de dientes
de cristianos que él mató.

Le mandaba trabajar,
poniendo cerca a su hijito
tiritando y dando gritos
por la mañana temprano,
atado de pies y manos
lo mesmo que un corderito.

Ansi le imponía tarea
de juntar leña y sembrar
viendo a su hijo llorar,
y hasta que no terminaba,
la china no la dejaba
que le diera de mamar.

a un indio que estaba al lao;
porque el pampa es desconfiao
siempre de todo cristiano,
y vi que tenía en la mano
el rebenque ensangrentao.

VIII

Cuando no tenían trabajo
la emprestaban a otra china —
naides, decía, se imagina,
ni es capaz de presumir
cuanto tiene que sufrir
la infeliz que está cautiva.

Si ven crecido a su hijito
como de piedá no entienden,
y a súplicas nunca atienden,
cuando no es éste es el otro,
se lo quitan y lo venden
o lo cambian por un potro. —

En la crianza de los suyos
son bárbaros por demás,
no lo había visto jamás,
en una tabla los atan,
los crían así, y les achatan
la cabeza por detrás.

Aunque esto parezca estraño
ninguno lo ponga en duda:
entre aquella gente ruda,
en su bárbara torpeza,
es gala que la cabeza
se les forme puntiaguda.

Aquella china malgada
que tanto la aborrecía,
empezó a decir un día
porque falleció una hermana
que sin duda la cristiana
le había echado brugería.

El indio la sacó al campo
y la empezó a amenazar
que le había de confesar
si la brugería era cierta;
o que la iba a castigar
hasta que quedara muerta.

Llora la pobre aflijida
pero el indio en su rigor,
le arrebató con furor
al hijo de entre sus brazos
y del primer rebencazo
la hizo crujir de dolor.

Que aquel salvaje tan cruel
azotándola seguía —
más y más se enfurecía
cuanto más la castigaba,
y la infeliz se atajaba,
los golpes como podía.

Que le gritó muy furioso
"Confechando no querés"
la dió vuelta de un revés

y por colmar su amargura,
a su tierna criatura
se la degolló a los pies —

Es increíble, me decía,
que tanta fiera exista —
no habrá madre que resista,
aquel salvaje inclemente
cometió tranquilamente
aquel crimen a mi vista. —

Esos horrores tremendos
no los inventa el cristiano —
ese bárbaro inhumano,
sollozando me lo dijo,
"Me amarró luego la mano
con las tripitas de mi hijo".

IX

De ella fueron los lamentos
que en mi soledá escuché —
en cuanto al punto llegué
quedé enterado de todo —
al mirarla de aquel modo
ni un instante tutubí.

Toda cubierta de sangre
aquella infeliz cautiva,
tenía dende abajo arriba
la marca de los lazazos, —
sus trapos hechos pedazos
mostraba la carne viva.

Alzó los ojos al cielo
en sus lágrimas bañada,
tenía las manos atadas
su tormento estaba claro;
y me clavó una mirada
como pidiéndome amparo.

Yo no sé lo que pasó
en mi pecho en ese instante,
estaba el indio arrogante
con una cara feroz:
para entendernos los dos
la mirada fué bastante.

Pegó un brinco como gato
y me ganó la distancia,

aprovechó esa ganancia
como fiera cazadora —
desató las boliadoras
y aguardó con vigilancia.

Aunque yo iba de curioso
y no por buscar contienda,
al pingo le até la rienda,
eché mano dende luego,
a éste que no hierra fuego,
y ya se armó la tremenda.

El peligro en que me hallaba
al momento conocí —
nos mantuvimos así,
me miraba y lo miraba;
yo, al indio le desconfiaba
y él me desconfiaba a mí.

Se debe ser precabido
cuando el indio se agasape —
en esa postura el tape
vale por cuatro o por cinco
como el tigre es para el brinco
y fácil que a uno lo atrape

Peligro era atropellar
y era peligro el juir,
y más peligro seguir
esperando de este modo,

pues otros podían venir
y carniarme allí entre todos.

A juerza de precaución
muchas veces he salvado,
pues en un trance apurado
es mortal cualquier descuido —
si Cruz hubiera vivido
no habría tenido cuidado.

Un hombre junto con otro
en valor y en juerza crece —
el temor desaparece,
escapa de cualquier trampa —
entre dos, no digo a un pampa,
a la tribu si se ofrece. —

En tamaña incertidumbre
en trance tan apurado,
no podía por decontado
escaparme de otra suerte,
sinó dando al indio muerte
o quedando allí estirado.

Y como el tiempo pasaba
y aquel asunto me urgía,
viendo que él no se movía
me fui medio de soslayo
como a agarrarle el caballo
a ver si se me venía.

Ansí fué, no aguardó más
y me atropelló el salvage —
es preciso que se ataje
quien con el indio pelee —
el miedo de verse a pie
aumentaba su corage.

En la dentrada no más
me largó un par de bolazos —
uno me tocó en un brazo —
si me da bien me lo quiebra —
pues las bolas son de piedra
y vienen como balazo.

A la primer puñalada
el pampa se hizo un ovillo —
era el salvage más pillo
que he visto en mis correrías, —

y a más de las picardías
arisco para el cuchillo.

Las bolas las manejaba
aquel bruto con destreza,
las recogía con presteza
y me las volvía a largar
haciéndomelas silvar
arriba de la cabeza.

Aquel indio, como todos,
era cauteloso... ay juna!
ay me valió la fortuna
de que peliando se apotra,
me amenazaba con una
y me largaba con otra.

...Me sucedió una desgracia
en aquel percame amargo,
en momentos que lo cargo
y que él reculando va —
me enredé en el chiripá
y cai tirao largo a largo.

Ni pa encomendarme a Dios
tiempo el salvage me dió;
cuanto en el suelo me vió
me saltó con ligereza —
juntito de la cabeza
el bolazo retumbó.

Ni por respeto al cuchillo
dejó el indio de apretarme —
allí pretende ultimarme
sin dejarme levantar —
y no me daba lugar
ni siquiera a enderezarme.

Devalde quiero moverme
aquel indio no me suelta —
como persona resuelta
toda mi juerza ejecuto
pero abajo de aquel bruto
no podía ni darme güelta.

.....
.....
.....
.....

.....

¡Bendito Dios poderoso,
 quién te puede comprender!
 cuando a una débil muger
 le diste en esa ocasión
 la fuerza que en un varón
 tal vez no pudiera haber —

Esa infeliz tan llorosa
 viendo el peligro se anima
 como una flecha se arrima
 y olvidando su aflicción,
 le pegó al indio un tirón
 que me lo sacó de encima.

Ausilio tan generoso
 me libertó del apuro —
 si no es ella, de seguro
 que el indio me sacrifica —
 y mi valor se duplica
 con un ejemplo tan puro.

En cuanto me enderecé
 nos volvimos a topar —
 no se podía descansar
 y me choriaba el sudor —
 en un apuro mayor
 jamás me he vuelto a encontrar.

Tampoco yo le daba alce
 como deben suponer —
 se había aumentao mi quehacer
 para impedir que el brutazo
 le pegara algún bolazo
 de rabia a aquella muger. —

La bola en manos del indio
 es terrible, y muy ligera —
 hace de ella lo que quiera
 saltando como una cabra —
 mudos — sin decir palabra,
 peliábamos como fieras.

Aquel duelo en el desierto
 nunca, jamás se me olvida,
 iba jugando la vida
 con tan terrible enemigo,
 teniendo allí de testigo
 una muger afligida. —
 Cuanto él más se enfurecía

yo más me empiezo a calmar;
 mientras no logra matar
 el indio no se desfoga;
 al fin le corté una sogá
 y lo empecé a aventajar.

Me hizo sonar las costillas
 de un bolazo aquel maldito;
 y al tiempo que le di un grito
 y le dentro como bala,
 pisa el indio, y se refala
 en el cuerpo del chiquito.

Para explicar el misterio
 es muy escasa mi cencia —
 lo castigó, en mi conciencia,
 su Divina Magestá —
 donde no hay casualidá
 suele estar la Providencia.

En cuanto trastabillé
 más de firme lo cargué,
 y aunque de nuevo hizo pie
 lo perdió aquella pisada;
 pues en esa atropellada
 en dos partes lo corté.

Al sentirse lastimao
 se puso medio afligido —
 pero era indio decidido,
 su valor no se quebranta —
 le salía de la garganta
 como una especie de aullidos.

Lastimao en la cabeza
 la sangre lo enceguecía;
 de otra herida le salía
 haciendo un charco ande estaba —
 con los pies la chapaliaba
 sin aflojar todavía.

Tres figuras imponentes
 formábamos aquel terno; —
 ella en su dolor materno,
 yo con la lengua defuera,
 y el salvaje como fiera
 disparada del infierno.

Iba conociendo el indio
 que tocaban a degüello —
 se le erizaba el cabello
 y los ojos revolvía —

los labios se le perdían
cuando iba a tomar resuello.

En una nueva dentrada
le pegué un golpe sentido,
y al verse ya mal herido,
aquel indio furibundo
lanzó un terrible alarido —
que retumbó como un ruido
si se sacudiera el mundo.

Al fin de tanto lidiar,
en el cuchillo lo alcé —
en peso lo levanté
aquel hijo del desierto —
ensartado lo llevé,
y allá recién lo largué
cuando ya lo sentí muerto. —

Me persiné dando gracias

de haber salvado la vida:
aquella pobre afligida
de rodillas en el suelo,
alzó sus ojos al cielo
sollozando dolorida.

Me hiqué también a su lado
a dar gracias a mi Santo —
en su dolor y quebranto
ella, a la Madre de Dios,
le pide en su triste llanto
que nos ampare a los dos.

Se alzó con pausa de leona
cuando acabó de implorar,
y sin dejar de llorar
envolvió en unos trapitos
los pedazos de su hijito
que yo le ayudé a juntar.

X

Dende ese punto era fuerza
abandonar el desierto,
pues me hubieran descubierto,
y aunque lo maté en pelea,
de fijo que me lancean
por vengar al indio muerto.

A la afligida cautiva
mi caballo le ofrecí —
era un pingo que alquirití,
y donde quiera que estaba
en cuanto yo lo silvaba
venía a refregarse en mí. —

Yo me le senté al del pampa;
era un oscuro tapao —
cuando me hallo bien montao
de mis casillas me salgo —
y era un pingo como galgo
que sabía correr boliao. —

Para correr en el campo
no hallaba ningún tropiezo —
los egercitan en eso —
y los ponen como luz,
de dentrarle a un avestruz
y boliar bajo el pescuezo.

El pampa educa al caballo
como para un entrevero —
como rayo es de ligero
en cuanto el indio lo toca —
y como trompo en la boca,
da güeltas sobre de un cuero.

Lo barea en la madrugada —
jamás falta a este deber —
luego lo enseña a correr
entre fangos y guadales
ansina esos animales
es cuanto se puede ver.

En el caballo de un pampa
no hay peligro de rodar —
jue pucha — y pa disparar
es pingo que no se cansa —
con proligidá lo amansa
sin dejarlo corcobiar.

Pa quitarle las cosquillas
con cuidao lo manosea,
horas enteras emplea,
y por fin, sólo lo deja,
cuando agacha las orejas
y ya el potro ni cocea.

Jamás le sacude un golpe
porque lo trata al bagual
con pacencia sin igual,
al domarlo no le pega,
hasta que al fin se le entrega
ya dócil el animal.

.....
.....
.....
.....
.....
.....

Y aunque yo sobre los bastos
me sé sacudir el polvo —
a esa costumbre me amoldo —
con pacencia lo manejan
y al día siguiente lo dejan
rienda arriba junto al toldo.

Me vine como les digo
trayendo esa compañera —
marchamos la noche entera
haciendo nuestro camino
sin más rumbo que el destino
que nos llevara ande quiera.

Así todo el que procure
tener un pingo modelo —
lo ha de cuidar con desvelo
y debe impedir también,
el que de golpes le den
o tironén en el suelo.

Al muerto, en un pajonal
había trato de enterrarlo,
y después de maniobrarlo
lo tape bien con las pajas,
para llevar de ventaja
lo que emplearan en hallarlo.

Muchos quieren dominarlo
con el rigor y el azote,
y si ven al chafalote
que tiene trazas de malo,
que embraman en algún palo
hasta que se descogote.

En notando nuestra ausencia
nos habían de perseguir —
y al decidirme a venir,
con todo mi corazón
hice la resolución
de peliar hasta morir.

Todos se vuelven pretestos
y güeltas para ensillarlo —
dicen que es por quebrantarlo,
mas compriende cualquier bobo,
que es de miedo del corcobo
y no quieren confesarlo.

Es un peligro muy serio
cruzar juyendo el desierto —
muchísimos de hambre han muer-
pues en tal desasocio [to,
no se puede ni hacer fuego
para no ser descubierto. —

El animal yeguarizo,
perdónenme esta alvertencia,
es de mucha conocencia
y tiene mucho sentido —
es animal consentido
lo cautiva la pacencia. —

Sólo el albitrio del hombre
puede ayudarlo a salvar —
no hay auxilio que esperar,
sólo de Dios hay amparo —
en el desierto es muy raro
que uno se pueda escapar.

Aventaja a los demás
el que estas cosas entienda —
es bueno que el hombre aprienda,
pues hay pocos domadores,
y muchos frangoyadores
que andan de bozal y rienda.

Todo es cielo y horizonte
en inmenso campo verde!
¡Pobre de aquél que se pierde
o que su rumbo estravea!
Si alguien cruzarlo desea
este consejo recuerde. —

Marque su rumbo de día
con toda fidelidá —
marche con puntualidá
siguiéndolo con fijeza,
y si duerme, la cabeza
ponga para el lao que va.

Oserve con todo esmero
adonde el sol aparece,
si hay nieblina y le entorpece
y no lo puede observar,
guardesé de caminar
pues quien se pierde perece.

Dios les dió istintos sutiles
a toditos los mortales —
el hombre es uno de tales
y en las llanuras aquellas —
lo guían el sol, las estrellas
el viento y los animales.

Para ocultarnos de día
a la vista del salvage,
ganábamos un parage
en que algún abrigo hubiera —
a esperar que anocheciera
para seguir nuestro viage.

Penurias de toda clase
y miserias padecemos —
varias veces no comimos
o comimos carne cruda,
y en otras, no tenga duda,
con raíces nos mantubimos.

Y mientras que tomo un trago
pa refrescar el garguero —
y mientras tiembla el muchacho
y prepara su estrumento
les contaré de qué modo
tuvo lugar el encuentro. —
Me acerqué a algunas estancias
por saber algo de cierto,
creyendo que en tantos años
esto se hubiera compuesto;
pero cuanto saqué en limpio
fué, que estábamos lo mesmo.

Después de mucho sufrir
tan peligrosa inquietú —
alcanzamos con salú
a divisar una sierra,
y al fin pisamos la tierra
en donde crece el ombú. —

Nueva pena sintió el pecho
por Cruz, en aquel parage —
y en humilde vasallage
a la Magestá Infinita
besé esta tierra bendita
que ya no pisa el salvage.

Al fin la misericordia
de Dios, nos quiso amparar,
es preciso soportar
los trabajos con constancia —
alcanzamos a una estancia
después de tanto penar.

Ay mesmo me despedí
de mi infeliz compañera —
—“Me voy”, — le dije — “ande
[quiera.
aunque me agarre el gobierno,
pues infierno por infierno,
prefiero el de la frontera”. —

Concluyo esta relación,
ya no puedo continuar,
permítanme descansar:
están mis hijos presentes,
y yo ansioso porque cuenten
lo que tengan que contar.

XI

Ansí me dejaba andar
haciéndome el chanco rengo,
porque no me convenía
revolver el avispero;
pues no inorarán ustedes
que en cuentas con el gobierno
tarde o temprano lo llaman
al pobre a hacer el arreglo,
— pero al fin tuve la suerte
de hallar un amigo viejo,
que de todo me informó,
y por él supe al momento

que el juez que me perseguía
hacía tiempo que era muerto:
por culpa suya he pasado
diez años de sufrimiento,
y no son pocos diez años
para quien ya llega a viejo.
Y los he pasado así,
si en cuenta no me yerro.
Tres años en la frontera,
dos como gaucho matrero,
y cinco allá entre los Indios
hacen los diez que yo cuento.
—Me dijo, a más ese amigo
que andubiera sin recelo,
que todo estaba tranquilo,
que no perseguía el Gobierno,
que ya nadie se acordaba
de la muerte del moreno —
aunque si yo lo maté
mucha culpa tuvo el negro.
Estube un poco imprudente
puede ser, yo lo confieso,
pero él me precipitó
porque me cortó primero —
y amás me cortó en la cara
que es un asunto muy serio.
—Me aseguró el mismo amigo
que ya no había ni el recuerdo
de aquél que en la pulpería
lo dejé mostrando el sebo.
Él, de engreído me buscó
yo ninguna culpa tengo;
él mismo vino a peliarme,
y tal vez me hubiera muerto
si le tengo más confianza
o soy un poco más lerdo —
fué suya toda la culpa
porqué ocasionó el suceso.
—Que ya no hablaban tampoco,
me lo dijo muy de cierto,
de cuando con la partida
llegué a tener el encuentro.
Esa vez me defendí
como estaba en mi derecho,
porque fueron a prenderme
de noche y en campo abierto —
Se me acercaron con armas,
y sin darme voz de preso
me amenazaron a gritos

de un modo que daba miedo —
que iban a arreglar mis cuentas
tratándome de matrero,
y no era el Jefe el que hablaba
sinó un cualquiera de entre ellos
y ése me parece a mí
no es modo de hacer arreglos,
ni con el que es inocente,
ni con el culpable menos.
—Con semejantes noticias
yo me puse muy contento
y me presenté ande quiera
como otros pueden hacerlo —
—De mis hijos he encontrado
sólo a dos hasta el momento —
y de ese encuentro feliz
le doy las gracias al cielo.
A todos cuantos hablaba
les preguntaba por ellos,
mas no me daba ninguno,
razón de su paradero; —
casualmente el otro día
llegó a mi conocimiento,
de una carrera muy grande
entre varios estancieros —
y fuí como uno de tantos
aunque no llevaba un medio.
No faltaba, ya se entiende
en aquel gauchage inmenso
muchos que ya conocían
la historia de Martín Fierro;
y allí estaban los muchachos
cuidando unos parejeros —
cuanto me oyeron nombrar
se vinieron al momento,
diciéndome quienes eran
aunque no me conocieron,
porque venía muy aindiao
y me encontraban muy viejo.
La junción de los abrazos
de los llantos y los besos
se deja pa las mugeres
como que entienden el juego.
Pero el hombre que comprende
que todos hacen lo mismo,
en público canta y baila
abrazo y llora en secreto.
Lo único que me han contado
es que mi muger ha muerto.

Que en procuras de un muchacho
se fué la infeliz al pueblo,
donde infinitas miserias
habrá sufrido por cierto.
Que por fin a un hospital
fué a parar medio muriendo,
y en ese abismo de males
falleció al muy poco tiempo.
—Les juro, que de esa pérdida
jamás he de hallar consuelo;
muchas lágrimas me cuesta
dende que supo el suceso.
Mas dejemos cosas tristes
aunque alegrías no tengo;

me parece que el muchacho
ha templado y está dispuesto
vamos a ver que tal lo hace,
y juzgar su desempeño, —
—Ustedes no los conocen,
yo tengo confianza en ellos —
no porque lleven mi sangre,
eso fuera lo de menos,
sino porque dende chicos
han vivido padeciendo.
Los dos son aficionados —
les gusta jugar con fuego,
vamos a verlos correr —
son cojos... hijos de rengo.

EL HIJO MAYOR DE MARTÍN FIERRO ¹

XII

LA PENITENCIARIA

Aunque el gajo se parece
al árbol de donde sale,
solía decirlo mi madre
y en su razón estoy fijo:
“Jamás puede hablar el hijo
con la autoridá del padre”.

Recordarán que quedamos
sin tener donde abrigarnos;
ni ramada ande guardarnos
ni rincón ande meternos
ni camisa que ponernos
ni poncho con que taparnos.

Dichoso aquél que no sabe
lo que es vivir sin amparo;
yo con verdá les declaro,
aunque es por demás sabido —
dende chiquito he vivido
en el mayor desamparo. —

No le merman el rigor
los mismos que lo socorren —
tal vez porque no se borren
los decretos del destino,
de todas partes lo corren
como ternero dañino.

Y vive como los vichos
buscando alguna rendija —
el güerfano es sabandija
que no encuentra compasión,
y el qué anda sin dirección
es guitarra sin clavija.

Sentiré que cuanto digo
a algún oyente le cuadre --
ni casa tenía, ni madre,
ni parentela, ni hermanos;
y todos limpian sus manos
en el que vive sin padre.

Lo cruza éste de un lazo,
lo abomba aquél de un moquete,
otro le busca el cachete
y entre tanto soportar,
suele a veces no encontrar
ni quien le arroje un soquete.

Si lo recogen lo tratan
con la mayor rigidez —
piensan que es mucho tal vez
cuando ya muestra el pellejo
si le dan un trapo viejo
pa cubrir su desnudez.

¹ Indica el nombre, que va a hablar el hijo de Fierro.

Me crié pues, como les digo,
desnudo a veces y hambriento,
me ganaba mi sustento,
y así los años pasaban —
al ser hombre me esperaban
otra clase de tormentos.

Pido a todos que no olviden
lo que les voy a decir:
en la escuela del sufrir
he tomado mis lecciones;
y hecho muchas reflexiones
dende que empecé a vivir.

Si alguna falta cometo
la motiva mi inorancia,
no vengo con arrogancia
y les diré en conclusión
que trabajando de piñón
me encontraba en una estancia

El que manda siempre puede
hacerle al pobre un calvario;
a un vecino propietario
un boyero le mataron —
y aunque a mí me lo achacaron
salió cierto en el sumario.

Piensen los hombres honrados
en la vergüenza y la pena
de que tendría el alma llena
al verme ya tan temprano
igual a los que sus manos
con el crimen envenenan.

Declararon otros dos
sobre el caso del dijunto;
mas no se declaró el asunto,
y el Juez por darlas de listo,
—“Amarrados como un Cristo”—
nos dijo — “irán todos juntos”.

“A la Justicia Ordinaria
voy a mandar a los tres”; —
tenía razón aquel Juez,
y cuantos así amenacen;
ordinaria... es como la hacen
lo he conocido después.

Nos remitió como digo
a esa Justicia Ordinaria —
y fuimos con la sumaria
a esa cárcel de malevos,
que por un bautismo nuevo
le llaman Penitenciaría. —

El porque tiene ese nombre
naides me lo dijo a mí,
mas yo me lo explico así: —
le dirán Penitenciaría —
por la penitencia diaria
que se sufre estando allí.

Criollo que cai en desgracia
tiene que sufrir no poco —
naides lo ampara tampoco
sino cuenta con recursos —
el gringo es de más discurso,
cuando mata, se hace el loco.

No sé el tiempo que corrió
en aquella sepultura;
si de ajuera no lo apuran,
el asunto va con pausa;
tiene la presa segura
y dejan dormir la causa.

Inora el preso a que lado
se inclinará la balanza —
pero es tanta la tardanza
que yo les digo por mí —
el hombre que dentre allí
deje afuera la esperanza.

Sin perfeccionar las leyes
perfeccionan el rigor —
sospecho que el inventor
habrá sido algún maldito —
por grande que sea un delito
aquella pena es mayor.

Eso es para quebrantar
el corazón más altivo —
los llaveros son pasivos,
pero más secos y duros
tal vez que los mismos muros
en que uno gime cautivo.

No es en grillos ni en cadenas
en lo que usted penará,
sinó en una soledá
y un silencio tan proñundo,
que parece que en el mundo
es el único que está.

El más altivo varón
y de cormillo gastao,
allí se vería agoviao
y su corazón marchito
al encontrarse encerrao
a solas con su delito.

En esa cárcel no hay toros,
allí todos son corderos;
no puede el más altanero
al verse entre aquellas rejas,
sino amujar las orejas
y sufrir callao su encierro.

Y digo a cuantos inoran
el rigor de aquellas penas —
yo que sufrí las cadenas
del destino y su inclemencia:
que aprovechen la esperencia.
del mal en cabeza ajena.

Ay! madres, las que dirigen
al hijo de sus entrañas,
no piensen que las engaña,
ni que les habla un falsario;
lo que es el ser presidiario
no lo sabe la campaña.

Hijas, esposas, hermanas,
cuantas quieren a un varón —
díganles que esa prisión
es un infierno temido —
donde no se oye más ruido
que el latir del corazón.

Allá el día no tiene sol,
la noche no tiene estrellas —
sin que le valgan querellas
encerrao lo purifican,
y sus lágrimas salpican
en las paredes aquellas.

En soledá tan terrible

de su pecho oye el latido —
lo sé, porque lo he sufrido
y creamelo el aulitorio,
tal vez en el purgatorio
las almas hagan más ruido.

Cuenta esas horas eternas
para más atormentarse,
su lágrima al redamarse
calcula en sus aflicciones,
contando sus pulsaciones,
lo que dilata en secarse.

Allí se amansa el más bravo —
allí se duebla el más fuerte,
el silencio es de tal suerte
que cuando llegue a venir,
hasta se le han de sentir
las pisadas a la muerte.

Adentro mesmo del hombre
se hace una revolución —
metido en esa prisión
de tanto no mirar nada,
le nace y queda gravada
la idea de la perfección.

En mi madre, en mis hermanos,
en todo pensaba yo —
al hombre que allí entró
de memoria más ingrata —
fielmente se le retrata
todo cuanto ajuera vió.

Aquél que ha vivido libre
de cruzar por donde quiera.
se aflige y se desespera
de encontrarse allí cautivo;
es un tormento muy vivo
que abate la alma más fiera.

En esa estrecha prisión
sin poderme conformar,
no cesaba de esclamar:
¡Qué diera yo por tener
un caballo en que montar
y una pampa en que correr!

En un lamento constante
se encuentra siempre embretao —

el castigo han inventao
de encerrarlo en las tinieblas —
y allí está como amarrao
a un fierro que no se duebla.

No hay un pensamiento triste
que al preso no le atormente —
bajo un dolor permanente
agacha al fin la cabeza —
porque siempre es la tristeza
hermana de un mal presente.

Vierten lágrimas sus ojos
pero su pena no alivia;
en esa constante lidia
sin un momento de calma,
contempla con los del alma
felicidades que envidia.

Ningún consuelo penetra
detrás de aquellas murallas —
el varón de más agallas,
aunque más duro que un perno.
metido en aquel infierno
sufre, gime, llora y calla.

De furor el corazón
se le quiere reventar,
pero no hay sino aguantar
aunque sosiego no alcance —
dichoso en tan duro trance
aquél que sabe rezar! —

Dirige a Dios su plegaria
el que sabe una oración!
En esa tribulación
gime olvidado del mundo,
y el dolor es más profundo
cuando no halla compasión.

En tan crueles pesadumbres,
en tan duro padecer,
empezaba a encarnecer
después de muy pocos meses —
allí lamenté mil veces
no haber aprendido a ler.

Viene primero el furor, —
después la melancolía —

en mi angustia no tenía
otro alivio ni consuelo,
sinó regar aquel suelo
con lágrimas noche y día.

A visitar otros presos
sus familias solían ir!
Naidés me visitó a mí
mientras estube encerrado —
¡Quién iba a costiarse allí
a ver a un desamparado!!

¡Bendito sea el carcelero
que tiene buen corazón!!
Yo sé que esta bendición
pocos pueden alcanzarla, —
pues si tienen compasión
su deber es ocultarla.

Jamás mi lengua podrá
espresar cuanto he sufrido;
en ese encierro metido,
llaves, paredes, cerrojos —
se graban tanto en los ojos
que uno los vé hasta dormido.

.
.
.
.
.
.

El mate no se permite —
no le permiten hablar,
no le permiten cantar
para aliviar su dolor —
y hasta el terrible rigor
de no dejarlo fumar.

La justicia es muy severa
suele rayar en crueldá:
sufre el pobre que allí está
calenturas y delirios,
pues no existe pior martirio
que esa eterna soledá.

Conversamos con las rejas
por el solo gusto de hablar —

pero nos mandan callar
y es preciso conformarnos;
pues no se debe irritar
a quien puede castigarnos.

Sin poder decir palabra
sufre en silencio sus males —
y uno en condiciones tales
se convierte en animal,
privado del don principal
que Dios hizo a los mortales.

Yo no alcanzo a comprender
por que motivo será,
que el preso privado está
de los dones más preciosos,
que el justo Dios bondadoso
otorgó a la humanidad.

Pues que de todos los bienes
en mi inorancia lo inquiero,
que le dió al hombre altanero
su Divina Magestá;
la palabra es el primero
el segundo es la amistad.

Y es muy severa la ley
que por crimen o un vicio
somete al hombre a un suplicio
el más tremendo y atroz,
privado de un beneficio
que ha recibido de Dios.

La soledá causa espanto —
el silencio causa horror —
ese continuo terror
es el tormento más duro —
y en un presidio seguro
está de más tal rigor. —

Inora uno si de allí
saldrá pa la sepultura —
el que se halla en desventura
busca a su lado otro ser;
pues siempre es bueno tener
compañeros de amargura.

Otro más sabio podrá
encontrar razón mejor,
yo no soy rebuscador,
y ésta me sirve de luz,

se los dieron al Señor
al clavarlo en una cruz —

Y en las profundas tinieblas
en que mi razón existe,
mi corazón se resiste
a ese tormento sin nombre —
pues el hombre alegra al hombre,
y el hablar consuela al triste.

.....
.....
.....
.....
.....

Grábenlo como en la piedra
cuanto he dicho en este canto —
y aunque yo he sufrido tanto
debo confesarlo aquí;
el hombre que manda allí
es poco menos que un santo.

Y son buenos los demás,
A su ejemplo se manejan —
pero por eso no dejan
las cosas de ser tremendas;
piensen todos y compriendan
el sentido de mis quejas.

Y guarden en su memoria
con toda puntualidá,
lo que con tal claridá
les acabo de decir —
mucho tendrán que sufrir
si nó creen en mi verdá;

Y si atienden mis palabras
no habrá calabazos llenos —
manéjense como buenos;
no olviden esto jamás:
aquí no hay razón de más;
más bien las puse de menos.

Y con esto me despido,
todos han de perdonar —
ninguno debe olvidar
la historia de un desgraciado.
Quien ha vivido encerrado
poco tiene que contar. —

EL HIJO SEGUNDO DE MARTÍN FIERRO

XIII

Lo que les voy a decir
ninguno lo ponga en duda,
y aunque la cosa es peluda
haré la resolución,
es ladino el corazón
pero la lengua no ayuda. —

El rigor de las desdichas
hemos soportao diez años —
pelegrinando entre estraños
sin tener donde vivir;
y obligados a sufrir
una máquina de daños.

El que vive de ese modo
de todo es tributario;
falta el cabeza primario
y los hijos que él sustenta
se dispersan como cuentas
cuando se corta el rosario.

Yo andube así como todos.
hasta que al fin de sus días
supo mi suerte una tía
y me recogió a su lado,
allí viví sosegado
y de nada carecía. —

No tenía cuidado alguno
ni que trabajar tampoco —
y como muchacho loco
lo pasaba de holgazán;
con razón dice el refrán
que lo bueno dura poco.

En mí todo su cuidado
y su cariño ponía —
como a un hijo me quería
con cariño verdadero —
y me nombró de heredero
de los bienes que tenía. —

El Juez vino sin tardanza
cuando falleció la vieja —
—“De los bienes que te deja” —
me dijo — “yo he de cuidar;
es un rodeo regular
y dos majadas de ovejas”.

Era hombre de mucha labia
con más leyes que un dotor —
me dijo: “Vos sos menor
y por los años que tienes
no podés manejar bienes;
voy a nombrarte un tutor”.

Tomó un recuento de todo
porque entendía su papel,
y después que aquel pastel
lo tuvo bien amasao,
puso al frente un encargao,
y a mí me llevó con él. —

Muy pronto estuvo mi poncho
lo mesmo que cernidor —
el chiripá estaba pior,
y aunque para el frío soy guapo,
ya no me quedaba un trapo
ni pa el frío, ni pa el calor.

En tan triste desabrigo
tras de un mes, iba otro mes.
guardaba silencio el Juez,
la miseria me invadía —
me acordaba de mi tía
al verme en tal desnudez.

No sé decir con fijeza
el tiempo que pasé allí —
y después de andar así
como moro sin señor,
pasé a poder del tutor
que debía cuidar de mí.

XIV

Me llevó consigo un viejo
que pronto mostró la hilacha —
dejaba ver por la facha
que era medio cimarrón —
muy renegao, muy ladrón,
y le llamaban Viscacha.

Lo que el Juez iba buscando
sospecho y no me equivoco —
pero este punto no toco
ni su secreto averiguo —
mi tutor era un antiguo
de los que ya quedan pocos.

Viejo lleno de camándulas —
con un empaque a lo toro;
andaba siempre en un moro
metido no sé en que enriedos —
con las patas como loro,
de estribar entre los dedos.

Andaba rodiado de perros
que eran todo su placer,
jamás dejó de tener
menos de media docena —
mataba vacas ajenas
para darles de comer.

Carniábamos noche a noche
alguna res en el pago;
y dejando allí el resago
alzaba en ancas el cuero,
que se lo vendía a un pulpero
por yerba, tabaco y trago.

Ah! viejo más comerciante
en mi vida lo he encontrao —
con ese cuero robao
él arreglaba el pastel,
y allí entre el pulpero y él
se estendía el certificaio. —

La echaba de comedido;
en las trasquilas, lo viera,
se ponía como una fiera
si cortaban una oveja;

pero de alzarse no deja
un vellón o unas tijeras.

Una vez me dió una soba
que me hizo pedir socorro,
porque lastimé un cachorro
en el rancho de unas vascas —
y al irse se alzó unas guascas,
para eso era como zorro. —

¡Ay juna! dije entre mí
me has dao esta pesadumbre —
ya verás cuanto vislumbre
una ocasión medio güena,
te he de quitar la costumbre
de cerdiar yeguas ajenas.

Porque maté una viscacha
otra vez me reprendió —
se lo vine a contar yo —
y no bien se lo hube dicho: —
“Ni me nuembres ese vicho” —
me dijo, y se me enojó.

Al verlo tan irritao
hallé prudente callar —
éste me va a castigar
dige entre mí, si se agravia —
ya vi que les tenía rabia
y no las volví a nombrar.

Una tarde halló una punta
de yeguas medio vichocas,
después que voltió unas pocas
las cerdiaba con empeño —
yo vide venir al dueño
pero me callé la boca.

El hombre venía jurioso
y nos cayó como un rayo —
se descolgó del caballo
revoliando el arriador —
y lo cruzó de un lazazo
ay no más a mi tutor.

No atinaba don Viscacha

a que lado disparar,
hasta que logró montar,
y del miedo del chicote,—
se lo apretó hasta el cogote,
sin pararse a contestar.—

Ustedes creerán tal vez
que el viejo se curaría—
no señores, lo que hacía,
con más cuidao dende entonces,
era maniarlas de día
para cerdiar a la noche.

Ese fué el hombre que estubo
encargao de mi destino—
siempre andubo en mal camino
y todo aquel vecindario
decía que era un perdulario,
insufrible de dañino.

Cuando el Juez me lo nombró
al dármelo de tutor,
me dijo que era un señor
el que me debía cuidar—
enseñarme a trabajar
y darme la educación.—

Pero que había de aprender
al lao de ese viejo paco;
que vivía como el chuncaco
en los baños, como el tero—
un haragán, un ratero,
y más chillón que un barraco.

Tampoco tenía más bienes
ni propiedá conocida
que una carreta podrida,—
y las paredes sin techo.

Siempre andaba retobao
con ninguno solía hablar—
se divertía en escarbar
y hacer marcas con el dedo—
y cuanto se ponía en pedo
me empezaba a aconsejar.—

Me parece que lo veo
con su poncho calamaco—

de un rancho medio desecho
que le servía de guarida.—

Después de las trasnochadas
allí venía a descansar,
yo desiaba averiguar
lo que tubiera escondido,
pero nunca había podido,
pues no me dejaba entrar.

Yo tenía unas jergas viejas
que habían sido más peludas—
y con mis carnes desnudas,
el viejo que era una fiera,
me echaba a dormir ajuera
con unas heladas crudas.

Cuando mozo fué casao
aunque yo lo desconfío—
y decía un amigo mío
que de arrebatoo y malo,
mató a su mujer de un palo
porque le dió un mate frío.

Y viudo por tal motivo
nunca se volvió a casar;
no era fácil encontrar
ninguna que lo quisiera,
todas temerían llevar
la suerte de la primera.

Sonaba siempre con ella
sin duda por su delito,
y decía el viejo maldito
el tiempo que estubo enfermo,
que ella desde el mismo infierno
lo estaba llamando a gritos.

XV

después de echar un buen taco
ansí principiaba a hablar:
—“Jamás llegués a parar
a donde veas perros flacos.

El primer cuidao del hombre
es defender el pellejo—
lleváte de mi consejo,
fijate bien lo que hablo:

el diablo sabe por diablo
pero más sabe por viejo.

Hacete amigo del Juez
—no le des de que quejarse; —
y cuando quiera enojarse
vos te debes encojer,
pues siempre es güeno tener
palenque ande ir a rascarse.

Nunca le llevés la contra
porque él manda la gavilla —
allí sentao en su silla
ningún güey le sale bravo —
a uno le da con el clavo
y a otro con la cantramilla.

El hombre, hasta el más soberbio,
con más espinas que un tala,
aflueja andando en la mala
y es blando como manteca,
hasta la hacienda baguala
cai al jagüel con la seca.

No andés cambiando de cueva,
hacé las que hace el ratón —
conservate en el rincón
en que empesó tu existencia —
vaca que cambia querencia
se atrasa en la parición.

Y menudiando los tragos
aquel viejo, como cerro —
no olvidés — me decía — Fierro
que el hombre no debe creer,
en lágrimas de muger
ni en la renguera del perro.

No te debés afligir
aunque el mundo se desplome —
lo que más precisa el hombre,
tener, según yo discurro,
es la memoria del burro
que nunca olvida ande come.

Dejá que caliente el horno
el dueño del amasijo —
lo que es yo, nunca me aflijo
y a todito me hago el sordo —

el cerdo vive tan gordo
y se come hasta los hijos.

El zorro que ya es corrido
dende lejos la olfatea —
no se apure quien desea
hacer lo que le aproveche —
la vaca que más rumea
es la que dá mejor leche.

El que gana su comida
bueno es que en silencio coma
ansina, vos ni por broma —
quieras llamar la atención —
nunca escapa el cimarrón
si dispara por la loma.

Yo voy donde me conviene
y jamás me descarrío,
llevate el ejemplo mío,
y llenarás la barriga;
aprendé de las hormigas,
no van a un noque vacío:

A naides tengas envidia,
es muy triste el envidiar,
cuando veas a otro ganar
a estorbarlo no te metas —
cada lechón en su teta
es el modo de mamar.

Así se alimentan muchos
mientras los pobres lo pagan —
como el cordero hay quien lo haga
en la puntita no niego —
pero otros como el borrego
toda entera se la tragan.

Si buscás vivir tranquilo
dedicate a solteriar —
mas si te quieres casar,
con esta alvertencia sea,
que es muy difícil guardar
prenda que otros codicean.

Es un vicho la muger
que yo aquí no lo destapo, —
siempre quiere al hombre guapo,
más fijate en la elección;

porque tiene el corazón
como barriga de sapo”.

Y gangoso con la tranca,
me solía decir “Potrillo,
recién te apunta el cormillo
mas te lo dice un toruno,
no dejés que hombre ninguno
te gane el lao del cuchillo.

Las armas son necesarias
pero naides sabe cuando;
ansina si andás pasiendo,
y de noche sobre todo,
debés llevarlo de modo
que al salir, salga cortando.

Los que no saben guardar
son pobres aunque trabajen —
nunca por más que se atajen
se librarán del cimbrón, —
al que nace barrigón

Cuando el viejo cayó enfermo
viendo yo que se emporaba,
y que esperanza no daba
de mejorarse siquiera —
le truje una culandera
a ver si lo mejoraba. —

En cuanto lo vió me dijo:
—“Este no aguanta el sogazo —
muy poco le doy de plazo,
nos va a dar un espectáculo,
porque debajo del brazo
le ha salido un tabernáculo”.

Dice el refrán que en la tropa
nunca falta un güey corneta —
uno que estaba en la puerta
le pegó el grito ay no más:
“Tabernáculo... que bruto,
“un tubérculo dirás”.

Al verse así interrumpido
al punto dijo el cantor:
“No me parece ocasión

es al ñudo que lo fagen.

Donde los vientos me llevan
allí estoy como en mi centro —
cuando una tristeza encuentro
tomo un trago pa alegrarme;
a mí me gusta mojarme
por ajuera y por adentro.

Vos sos pollo, y te convienen
toditas estas razones,
mis consejos y lecciones
no echés nunca en el olvido —
en las riñas he aprendido
a no peliar sin puyones”.

Con estos consejos y otros
que yo en mi memoria encierro,
y que aquí no desentierro
educándome seguía —
hasta que al fin se dormía
mesturao entre los perros.

XVI

“de meterse los de ajuera,
“tabernáculo, señor,
“le decía la culandrerá”.

El de ajuera repitió
dándole otro chaguarazo
“Allá va un nuevo bolazo
copo y se lo gano en puerta:
a las mugeres que curan
se las llaman curanderas”.

No es bueno, dijo el cantor,
muchas manos en un plato,
y diré al que ese barato
ha tomao de entremetido,
que no creia haber venido
a hablar entre literatos —

Y para seguir contando
la historia de mi tutor
le pediré a ese dotor
que en mi inorancia me deje,
pues siempre encuentra el que teje
otro mejor tejedor.

Seguía enfermo como digo
cada vez más emperreo,
yo estaba ya acobardao
y lo espiaba dende lejos;
era la boca del viejo
la boca de un condenao: —

Allá pasamos los dos
noches terribles de invierno —
él maldecía al Padre Eterno
como a los santos benditos —
pidiéndole al diablo a gritos
que lo llevara al infierno.

Debe ser grande la culpa
que a tal punto mortifica,
cuando vía una reliquia
se ponía como azogado,
como si a un endemoniado
le echaran agua bendita.

Le cobré un miedo terrible
después que lo ví dijunto —
llamé al Alcalde, y al punto,
acompañado se vino
de tres o cuatro vecinos
a arreglar aquel asunto.

—“Anima bendita” — me dijo,
un viejo medio ladio —
que Dios lo haiga perdonao,
es todo cuanto deseo —
“le conocí un pastoreo
de terneros robao”.

“Ansina es” — me dije al Alcalde —
“con eso empezó a poblar
yo nunca podré olvidar
las travesuras que hizo;
hasta que al fin fué preciso
que le privasen carniar.

De mozo fué muy ginete
no lo bajaba un bagual —
pa ensillar un animal
sin necesitar de otro,
se encerraba en el corral

Nunca me le puse a tiro,
pues era de mala entraña;
y viendo heregía tamaña —
si alguna cosa le daba,
de lejos se la alcanzaba
en la punta de una caña.

Será mejor, decía ya,
que abandonado lo deje
que blasfeme y que se queje —
y que siga de esta suerte,
hasta que venga la muerte
y cargue con este hereje.

Cuando ya no pudo hablar
le ató en la mano un cencerro —
y al ver cercano su entierro,
arañando las paredes
espiró allí entre los perros
y este servidor de ustedes.

XVII

y allí galopiaba el potro...”

Se llevaba mal con todos —
era su costumbre vieja
el mesturar las ovejas,
pues al hacer el aparte
sacaba la mejor parte
y después venía con quejas”.

—“Dios lo ampare al pobresito” —
dijo enseguida un tercero —
“siempre robaba carneros
en eso tenía destreza —
enterraba las cabezas,
y después vendía los cueros”.

“Y que costumbre tenía
cuando en el jogón estaba —
con el mate se agarraba
estando los piones juntos —
yo tayo, decía, y apunto,
y a ninguno convidaba”.

“Si ensartaba algún asao,
pobre! cómo si lo vieses!
poco antes de que estuviese,

primero lo maldecía,
luego después lo escupía
para que naides comiese”.

“Quien le quitó esa costumbre
de escupir al asador,
fué un mulato resertor
que andaba de amigo suyo —
un diablo muy peliador
que le llamaban Barullo”.

“Una noche que les hizo
como estaba acostumbrao,
se alzó el mulato enojao,
y le gritó “viejo indino,
“yo te he de enseñar, cochino,
a echar saliva al asao”.

“Lo saltó por sobre el juego
con el cuchillo en la mano;
¡la pucha el pardo liviano!
en la mesma atropellada
le largó una puñalada
que la quitó otro paisano”.

“Y ya caliente Barullo,
quiso seguir la chacota,
se le había erizado la mota
lo que empezó la reyerta:
el viejo ganó la puerta
y apeló a las de gaviota”.

“De esa costumbre maldita
dende entonces se curó,
a las casas no volvió
se metió en un ciutal;
y allí escondido pasó
esa noche sin cenar”.

Esto hablaban los presentes —
y yo que estaba a su lao
al oír lo que he relatao,
aunque él era un perdulario,
dije entre mí “qué rosario
le están rezando al finao”.

Luego comenzó el alcalde
a registrar cuanto había,
sacando mil chucherías

y guascas y trapos viejos,
temeridá de trevejos
que para nada servían. —

Salieron lazos, cabestros,
coyundas y maniadores —
una punta de arriadores;
cinchones, maneas, torzales,
una porción de bozales
y un montón de tiradores. —

Había riendas de domar,
frenos y estribos quebraos;
bolas, espuelas, recaos,
unas pavas, unas ollas,
y un gran manojo de argollas
de cinchas que había cortao.

Salieron varios cencerros —
alesnas, lonjas, cuchillos,
unos cuantos coginillos,
un alto de gergas viejas,
muchas botas desparejas
y una infinidad de anillos.

Había tarros de sardinas,
unos cueros de venao —
unos ponchos augeriaos —
y en tan tremendo entrevero
apareció hasta un tintero
que se perdió en el juzgao.

Decía el alcalde muy serio
—“Es poco cuanto se diga
había sido como hormiga,
he de darle parte al Juez —
y que me venga después
conque no se los persiga”.

Yo estaba medio azorao
de ver lo que sucedía —
entre ellos mesmos decían
que unas prendas eran suyas,
pero a mí me parecía
que ésas eran aleluyas.

Y cuando ya no tubieron
rincón donde registrar,
cansaos de tanto huroniar

y de trabajar de valde —
 “Vámonos” — dijo el alcalde —
 “luego lo haré sepultar”.

Y aunque mi padre no era
 el dueño de ese hormiguero,
 él allí muy cariñoso
 me dijo con muy buen modo:
 “Vos serás el heredero
 y te harás cargo de todo.

Se ha de arreglar este asunto

como es preciso que sea;
 voy a nombrar albacea
 uno de los circunstantes —
 las cosas no son como antes
 tan enredadas y feas”.

¡Bendito Dios pensé yo,
 ando como un pordiosero,
 y me nuembran heredero
 de toditas estas guascas —
 quisiera saber primero
 lo que se han hecho mis vacas!

XVIII

Se largaron como he dicho
 a disponer el entierro —
 cuando me acuerdo me aterro,
 me puse a llorar a gritos
 al verme allí tan solito
 con el finao y los perros.

Me saqué el escapulario
 se lo colgué al pecador —
 y como hay en el Señor
 misericordia infinita,
 rogué por la alma bendita
 del que antes fué mi tutor.

No se calmaba mi duelo
 de verme tan solitario —
 ay le champurrié un rosario
 como si fuera mi padre —
 besando el escapulario
 que me había puesto mi madre.

Madre mía, gritaba yo
 donde andarás padeciendo —
 el llanto que estoy virtiendo
 lo redamarías por mí,
 si vieras a tu hijo aquí
 todo lo que está sufriendo.

Y mientras así clamaba
 sin poderme consolar —
 los perros para aumentár
 más mi miedo y mi tormento —
 en aquel mismo momento
 se pusieron a llorar. —

Libre Dios a los presentes
 de que sufran otro tanto;
 con el muerto y esos llantos
 les juro que falta poco
 para que me vuelva loco
 en medio de tanto espanto.

Decían entonces las viejas
 como que eran sabedoras,
 que los perros cuando lloran
 es porque ven al demonio;
 yo creía en el testimonio
 como cré siempre el que inora.

Ay dejé que los ratones
 comieran el guasquerío —
 y como anda a su albedrío
 todo el que güérfano queda —
 alzando lo que era mío
 abandoné aquella cueva.

.....

Supe después que esa tarde
 vino un pión y lo enterró —
 ninguno le acompañó
 ni lo velaron siquiera —
 y al otro día amaneció
 con una mano dejuera.

Y me ha contado además
el gaucho que hizo el entierro,
al recordarlo me aterro,
me da pavor este asunto,
que la mano del dijunto
se la había comido un perro.

Tal vez yo tuve la culpa
porqué de asustao me fui —
supe después que volví,
y asigurárselos puedo,
que los vecinos de miedo
no pasaban por allí.

Andube a mi voluntad
como moro sin señor —
ese fué el tiempo mejor
que yo he pasado tal vez —
de miedo de otro tutor, —
ni aporté por lo del Juez —
“Yo cuidaré — me había dicho —
de lo de tu propiedad —
todo se conservará,
el vacuno y los rebaños
hasta que cumplás 30 años
en que seas mayor de edad”.

Y aguardando que llegase
el tiempo que la ley fija —
pobre como lagartija
y sin respetar a naidés,
andube cruzando el aire
como bola sin manija.

Me hice hombre de esa manera
bajo el más duro rigor —
sufriendo tanto dolor
muchas cosas aprendí:
y por fin, víctima fui
del más desdichado amor.

De tantas alternativas
ésta es la parte peluda —
infeliz y sin ayuda
fué estremado mi delirio,

Hizo del rancho guarida
la sabandija más sucia;
el cuerpo se despeluza
y hasta la razón se altera,
pasaba la noche entera
chillando allí una lechuza.

Por mucho tiempo no pude
saber lo que me pasaba —
los trapitos con que andaba
eran puras hojarascas —
todas las noches soñaba
con viejos, perros y guascas.

XIX

y causaban mi martirio
los desdenes de una viuda.

Llora el hombre ingratitudes
sin tener un jundamento,
acusa sin miramiento
a la que el mal le ocasiona,
y tal vez en su persona
no hay ningún merecimiento.

Cuando yo más padecía
la crueldá de mi destino —
rogando al poder divino
que del dolor me separe —
me hablaron de un adivino
que curaba esos pesares. —

Tuve recelos y miedos
pero al fin me disolví —
hice corage y me fui
donde el adivino estaba,
y por ver si me curaba
cuanto llevaba le di: —

Me puse al contar mis penas
más colorao que un tomate —
y se me añudó el gaznate —
cuando dijo el ermitaño —
“Hermano, le han hecho daño
y se lo han hecho en un mate.

Por verse libre de usté

lo habrán querido embrujar". Después me empezó a pasar una pluma de avestruz — y me dijo: "De la Cruz recibí el don de curar.

Debés maldecir" — me dijo — "a todos tus conocidos. Ansina el que te ha ofendido pronto estará descubierto — y deben ser maldecidos tantos vivos como muertos".

Y me recetó que hincan en un trapo de la viuda frente a una planta de ruda hiciera mis oraciones, diciendo, "no tengas duda eso cura las pasiones".

A la viuda en cuanto pude un trapo le manotí; — busqué la ruda y al pie puesto en cruz hice mi reso, pero, amigos, ni por eso de mis males me curé. —

Me recetó otra ocasión que comiera abrojo chico — el remedio no me esplico, mas por desechar el mal — al ñudo en un abrojal fi a ensangrentarme el hocico.

Y con tanta medecina me parecía que sanaba; — por momentos se aliviaba un poco mi padecer, ma si a la viuda encontraba volvía la pasión a arder.

Otra vez que consulté su saber extraordinario, recibió bien su salario, y me recetó aquel pillo que me colgase tres grillos ensartaos como rosario. —

Por fin la última ocasión

que por mi mal lo fi a ver — me dijo — "No, mi saber no ha perdido su virtù, yo te dará la salú no triunfará esa muger.

Y tené fe en el remedio pues la cencia no es chacota, de esto no entendés ni jota, sin que ninguno sospeche: cortale a un negro tres motas y hacelas hervir en leche".

Yo andaba ya desconfiando de la curación maldita — y dije — "Éste no me quita la pasión que me domina; pues que viva la gallina aunque sea con la pepita".

Ansí me dejaba andar, hasta que en una ocasión, el cura me echó un sermón, para curarme sin duda; diciendo que aquella viuda era hija de confisión. —

Y me dijo estas palabras que nunca las he olvidao — "Has de saber que el finao ordenó en su testamento que naides de casamiento le hablara en lo sucesivo — y ella prestó el juramento mientras él estaba vivo.

Y es preciso que lo cumpla porque así lo manda Dios, es necesario que vos no la vuelvas a buscar, — porque si llega a faltar se condenarán los dos".

Con semejante alvertencia se completó mi redota; le vi los pies a la sota, y me le alejé a la viuda más curao que con la ruda con los grillos y las motas.

Después me contó un amigo
que al Juez le había dicho el cura,
"que yo era un cabeza dura
y que era un mozo perdido,
que me echáran del partido
que no tenía compostura".

Tal vez por ese consejo
y sin que más causa hubiera,
ni que otro motivo diera —

Martín Fierro y sus dos hijos
entre tanta concurrencia
siguieron con alegría
celebrando aquella fiesta.
Diez años, los más terribles
había durado la ausencia
y al hallarse nuevamente
era su alegría completa.
En ese mismo momento
uno que vino de afuera,
a tomar parte con ellos
suplicó que lo almitieran.
Era un mozo forastero
de muy regular presencia,
y hacía poco que en el pago
andaba dando sus güeltas,
aseguraban algunos
que venía de la frontera,
que había pelao a un pulpero

me agarraron redepente
y en el primer contingente
me echaron a la frontera.

De andar persiguiendo viudas
me he curao del deseo, —
en mil penurias me veo —
mas pienso volver tal vez,
a ver si sabe aquel Juez
lo que se ha hecho mi rodeo.

XX

en las últimas carreras,
pero andaba despilchao
no traía una prenda buena,
un recadito cantor
daba fe de sus pobreza —
le pidió la bendición
al que causaba la fiesta
y sin decirles su nombre
les declaró con franqueza
que el nombre de Picardía
es el único que lleva.
Y para contar su historia
a todos pide licencia,
diciéndole que en seguida
iban a saber quien era
tomó al punto la guitarra
la gente se puso atenta
y así cantó *Picardía*
en cuanto templó las cuerdas.

XXI

PICARDÍA

Voy a contarle mi historia
perdónenme tanta charla —
y les diré al principiarla,
aunque es triste hacerlo así,
a mi madre la perdí
antes de saber llorarla.

Me quedé en el desamparo,
y al hombre que me dió el ser
no lo pude conocer,
así, pues, dende chiquito,
volé como un pajarito
en busca de que comer.

O por causas del servicio
que tanta gente destierra —
o por causa de la guerra
que es causa bastante seria,
los hijos de la miseria
son muchos en esta tierra.

Ansí, por ella empujado
no sé las cosas que haría,
y aunque con vergüenza mía,
debo hacer esta alvertencia,
siendo mi madre Inocencia
me llamaban Picardía.

Me llevó a su lado un hombre
para cuidar sus ovejas
pero todo el día eran quejas
y guascazos a lo loco,
y no me daba tampoco
siquiera unas jergas viejas.

Dende la alba hasta la noche,
en el campo me tenía —
cordero que se moría,
mil veces me sucedió —
los caranchos lo comían
pero lo pagaba yo.

De trato tan riguroso
muy pronto me acobardé —
el bonete me apreté
buscando mejores fines,
y con unos bolantines
me fuí para Santa Fe.

El pruebista principal
a enseñarme me tomó —
y ya iba aprendiendo yo
a bailar en la maroma,
mas me hicieron una broma
y aquello me indijustó.

Una vez que iba bailando
porque estaba el calzón roto,
armaron tanto alboroto
que me hicieron perder pie;
de la cuerda me largué
y casi me descogoto.

Ansí me encontré de nuevo
sin saber donde meterme —
y ya pensaba volverme
cuando por fortuna mía,
me salieron unas tías
que quisieron recogerme.

Con aquella parentela,
para mí desconocida,
me acomodé ya en seguida,
y eran muy buenas señoras;
pero las más rezadoras
que he visto en toda mi vida.

Con el toque de oración
ya principiaba el rosario; —
noche a noche un calendario
tenían ellas que decir,
y a rezar solían venir
muchas de aquel vecindario.

Lo que allí me aconteció
siempre lo he de recordar —
pues me empiezo a equivocar
y a cada paso refalo —
como si me entrara el malo
cuanto me hincaba a resar.

Era como tentación
lo que yo experimenté —
y jamás olvidaré
cuanto tuve que sufrir,
porque no podía decir
“artículos de la Fe”.

Tenía al lao una mulata
que era nativa de allí —
se incaba cerca de mí
como el ángel de la guarda —
pícara, y era la parda
la que me tentaba ansí.

“Resá” — me dijo mi tía —
“artículos de la Fe” —
quise hablar y me atoré,
la dificultá me aflije —
miré a la parda, y ya dije
“artículos de Santa Fe”.

Me acomodó el coscorrón
que estaba viendo venir —
yo me quise corregir,
a la mulata miré
y otra vez volví a decir
“artículos de Santa Fe”.

Sin dificultá ninguna
rezaba todito el día,
y a la noche no podía
ni con un trabajo inmenso;
es por eso que yo pienso
que alguno me tentaría.

Una noche de tormenta,
vi a la parda y me entró chucho —
los ojos — me asusté mucho,
eran como refocilo:
al nombrar a San Camilo,
le dije San Camilucho.

Esta me da con el pie
aquella otra con el codo —
ah! viejas, — por ese modo,
aunque de corazón tierno,
yo las mandaba al infierno
con oraciones y todo.

Otra vez, que como siempre
la parda me perseguía,
cuando yo acordé, mis tías
me habían sacao un mechón
al pedir la estirpación
de todas las heregías.

Andube como pelota,
y más pobre que una rata —
cuando empecé a ganar plata
se armó no sé qué barullo —
y yo dije: "A tu tierra grullo
aunque sea con una pata".

Eran duros y bastantes
los años que allá pasaron —
con lo que ellos me enseñaron
formaba mi capital —
cuanto vine me enrolaron
en la Guardia Nacional.

Me había ejercitao al naipe,
el juego era mi carrera; —
hice alianza verdadera
y arreglé una trapisonda
con el dueño de una fonda
que entraba en la peladera.

Me ocupaba con esmero
en floriar una baraja —
él la guardaba en la caja
en paquetes como nueva;
y la media arroba lleva
quien conoce la ventaja.

Aquella parda maldita
me tenía medio afligido,
y así, me había sucedido,
que al decir estirpación —
le acomodé entripación
y me cayeron sin ruido. —

El recuerdo y el dolor
me duraron muchos días
soñé con las heregías
que andaban por estirpar —
y pedía siempre al resar,
la estirpación de mis tías.

Y dale siempre rosarios,
noche a noche y sin cesar —
dale siempre barajar
salves, trisagios y credos,
me aburrí de esos enriedos
y al fin me mandé mudar.

XXII

Comete un error inmenso
quien de la suerte presume,
otro más hábil lo fuma,
en un dos por tres, lo pela; —
y lo larga que no vuela
porque le falta una pluma.

Con un socio que lo entiende
se arman partidas muy buenas,
queda allí la plata agena,
quedan prendas y botones; —
siempre cain a esas riuniones
sonzos con las manos llenas.

Hay muchas trampas legales,
recursos del jugador —
no cualquiera es sabedor
a lo que un naipe se presta —
con una *cincha* bien puesta
se la pega uno al mejor.

Deja a veces ver la boca
haciendo el que se descuida —
juega el otro hasta la vida
y es seguro que se ensarta,
porque uno muestra una carta
y tiene otra prevenida.

Al monte, las precauciones
no hay de olvidarse jamás —
debe afirmarse a demás
los dedos para el trebajo —
y buscar asiento bajo
que le dé la luz de atrás.

Pa tayar, tome la luz —
dé la sombra al alversario —
acomódese al contrario
en todo juego cartiao —
tener ojo ejercitao
es siempre muy necesario.

El contrario abre los suyos,
pero nada vé el que es ciego —
dándole sogá, muy luego
se deja pescar el tonto —
todo chapetón cree pronto
que sabe mucho en el juego —

Hay hombres muy inocentes
y que a las carpetas van —
cuando asariados están,
les pasa infinitas veces,
pierden en puertas y en treses,
y dándoles *mamarán*.

El que no sabe, no gana
aunque ruegue a Santa Rita, —
en la carpeta a un mulita
se le conoce al sentarse —
y conmigo, era matarse,
no podían ni a la manchita.

En el nueve y otros juegos
llevo ventaja y no poca —
y siempre que dar me toca
el mal no tiene remedio,
porque sé sacar del medio
y sentar la de la boca.

En el truco, al más pintao
solía ponerlo en apuro;
cuando aventajar procuro,
sé tener, como fajadas,
tiro a tiro el as de espadas
o flor, o envite seguro.

Yo sé defender mi plata
y lo hago como el primero,
el que ha de jugar dinero
preciso es que no se atonte —
si se armaba una de monte,
tomaba parte el fondero.

Un pastel, como un paquete,
sé llevarlo con limpieza;
dende que a salir empiezan
no hay carta que no recuerde; —
sé cual se gana o se pierde
en cuanto cain a la mesa.

También por estas jugadas
suele uno verse en aprietos; —
mas yo no me comprometo
porque sé hacerlo con arte,
y aunque les corra el descarte
no se descubre el secreto.

Si me llamaban al dao
nunca me solía faltar
un *cargado* que largar,
un *cruzao* para el más vivo;
y hasta atracarles un *chivo*
sin dejarlos maliciar.

Cargaba bien una taba
porque la sé manejar;
no era manco en el billar,
y por fin de lo que esplico,
digo que hasta con pichicos,
era capaz de jugar.

Es un vicio de mal fin,
el de jugar no lo niego;
todo el que vive del juego
anda a la pesca de un bobo, —
y es sabido que es un robo
ponerse a jugarle a un ciego.

Y esto digo claramente
porque he dejao de jugar;
y les puedo asigurar
como que fui del oficio —
más cuesta aprender un vicio
que aprender a trabajar.

XXIII

Un nápoles mercachifle
que andaba con un arpista,
cayó también en la lista
sin dificultá ninguna:
lo agarré a la treinta y una
y le daba bola vista.

Se vino haciendo el chiquito,
por sacarme esa ventaja;
en el pantano se encaja
aunque robo se le hacía —
lo cegó Santa Lucía
y desocupó las cajas.

Lo hubieran visto afligido
llorar por las chucherías —
"Ma gañao con picardía"
decía el gringo y lagrimaba,
mientras yo en un poncho alzaba
todita su merchería.

Quedó allí aliviao del peso
sollozando sin consuelo,
había caído en el anzuelo,
tal vez porque era domingo,
y esa calidá de gringo
no tiene santo en el cielo.

Pero poco aproveché
de fatura tan lucida:
el diablo no se descuida,
y a mí me seguía la pista
un ñato muy enredista
que era Oficial de partida.

Se me presentó a esigir
la multa en que había incurrido,
que el juego estaba prohibido
que iba a llevarme al cuartel —
tube que partir con él
todo lo que había alquirido.

Empecé a tomarlo entre ojos
por esa albitrariadé;
yo había ganao, es verdá,
con recursos, eso sí,

pero él me ganaba a mí
fundao en su autoridá.

Decían que por un delito
mucho tiempo andubo mal;
un amigo servicial
lo compuso con el Juez,
y poco tiempo después
lo pusieron de Oficial.

En recorrer el partido
continuamente se empleaba,
ningún malevo agarraba
pero traía en un carguero,
gallinas, pavos, corderos
que por ay recoletaba.

No se debía permitir
el abuso a tal extremo.
Mes a mes hacía lo mesmo,
y así decía el vecindario,
"Este ñato perdulario
ha resucitao el diezmo".

La echaba de guitarrero
y hasta de concertador:
sentao en el mostrador
lo hallé una noche cantando —
y le dije — "Co... mo... quando
con ganas de oír un cantor".

Me echó el ñato una mirada
que me quiso devorar —
mas no dejó de cantar
y se hizo el desentendido —
pero ya había conocido
que no lo podía pasar —

Una tarde que me hallaba
de visita... vino el ñato,
y para darle un mal rato
dije fuerte... "Ña... to... ribia:
no cebe con la agua tibia",
y me la entendió el mulato.

Era el todo en el Juzgao,

y como que se achocó
ay nomas me contestó: —
“Cuanto el caso se presiente
te he de hacer tomar caliente
y has de saber quien soy yo”.

Por causa de una muger
se enredó más la cuestión;
le tenía al ñato afición
ella era muger de ley,
moza con cuerpo de güey
muy blanda de corazón.

La hallé una vez de amasijo,
estaba hecha un embeleso:
y le dije... “Me intereso
en aliviar sus quehaceres,
y así, señora, si quiere
yo le arrimaré los güesos”.

Estaba el ñato presente
sentado como de adorno —
por evitar un trastorno
ella al ver que se dijista,

me contestó:... “Si usted gusta
arrimelos junto al horno”.

Ay se enredó la madeja
y su enemistá conmigo,
se declaró mi enemigo,
y por aquel cumplimiento
ya solo buscó el momento
de hacerme dar un castigo.

Yo veía que aquel maldito
me miraba con rencor,
buscando el caso mejor
de poderme echar el pial;
y no vive más el lial
que lo que quiere el traidor.

No hay matrero que no caiga,
ni arisco que no se amanse —
así, yo, desde aquel lance
no salía de algún rincón —
tirao como el San Ramón
después que se pasa el trance.

XXIV

Me le escapé con trabajo
en diversas ocasiones;
era de los adulones,
me puso mal con el Juez;
hasta que al fin una vez
me agarró en las elecciones.

Ricuerdo que esa ocasión
andaban listas diversas;
las opiniones dispersas
no se podían arreglar —
decían que el Juez por triunfar
hacía cosas muy perversas.

Cuando se riunió la gente
vino a proclamarla el ñato;
diciendo con gran aparato
“que todo andaría muy mal,
si pretendía cada cual
votar por un candidato”.

Y quiso al punto quitarme

la lista que yo llevé,
mas yo se la mesquiné
y ya me gritó... “Anarquista
has de votar por la lista
que ha mandao el Comiqué”.

Me dió vergüenza de verme
tratado de esa manera;
y como si uno se altera
ya no es fácil de que ablande,
le dije... “Mande el que mande
yo he de votar por quien quiera.

En las carpetas de juego
y en la mesa eletoral,
a todo hombre soy igual,
respeto al que me respeta,
pero el naípe y la boleta
naides me lo ha de tocar”.

Ay no más ya me cayó
a sable la polecía,

aunque era una picardía
me decidí a soportar —
y no los quise peliar
por no perderme ese día.

Atravesao me agarró
y se aprovechó aquel ñato,
dende que sufrí ese trato
no dentro donde no quepo; —
fi a genetiar en el cepo
por cuestión de candilatos.

Injusticia tan notoria

no lo soporté de flojo
una venda de mis ojos
vino el suceso a voltiar —
vi que teníamos que andar
como perro con tramojo. —

Dende aquellas elecciones
se siguió el batiburrillo;
aquél se volvió un ovillo
del que no había ni noticia,
¡Es señora la justicia...
y anda en ancas del más pillo!

XXV

Después de muy pocos días,
tal vez por no dar espera
y que alguno no se fuera —
hicieron citar la gente,
pa riunir un contingente
y mandar a la frontera.

Se puso arisco el gauchage,
la gente está acobardada,
salió la partida armada,
y trujo como perdices
unos cuantos infelices
que entraron en la voltiada.

Decía el ñato con soberbia:
“Ésta es una gente indina;
yo los rodié a la sordina,
no pudieron escapar;
y llevaba orden de arriar
todito lo que camina”.

Cuando vino el Comendante
dijeron: “Dios nos asista”. —
Llegó y les clavó la vista
yo estaba haciéndome el zonzo —
le echó a cada uno un responso
y ya lo plantó en la lista.

“Cuadrate” — le dijo a un negro—
“te estás haciendo el chiquito
cuando sos el más maldito
que se encuentra en todo el pago,
un servicio es el que te hago
y por eso te remito”.

A OTRO

“Vos no cuidás tu familia
ni le das los menesteres;
visitás otras mugeres
y es preciso calabera,
que aprendás en la frontera
a cumplir con tus deberes”.

A OTRO

“Vos también sos trabajoso;
cuando es preciso votar
hay que mandarte llamar
y siempre andas medio alzado,
sos un desubordinao
y yo te voy a filiar”.

A OTRO

“¿Cuánto tiempo hace que vos
andás en este partido?
¿Cuántas veces has venido
a la citación del Juez?
No te he visto ni una vez
has de ser algún perdido”.

A OTRO

“Este es otro barullero
que pasa en la pulpería
predicando noche y día
y anarquizando a la gente,
irás en el contingente
por tamaña picardía”.

A OTRO

"Dende la anterior remesa
vos andás medio perdido;
la autoridá no ha podido
jamás hacerte votar, —
cuando te mandan llamar
te pasás a otro partido".

A OTRO

"Vos siempre andás de florcita,
no tenés renta ni oficio;
no has hecho ningún servicio,
no has votado ni una vez;
marchá... para que dejés
de andar haciendo perjuicio".

A OTRO

"Dame vos tu papeleta,
yo te la voy a tener. —
Ésta queda en mi poder
después la recogerás —
y así si te resertás
todos te pueden prender".

A OTRO

"Vos porque sos ecetuaio
ya te querés sulevar,
no viniste a votar
cuando hubieron elecciones —
no te valdrán eseciones,
yo te voy a enderezar".

Y a éste por este motivo
y a otro por otra razón,
todits, en conclusión,
sin que escapara ninguno,
fueron pasando uno a uno
a juntarse en un rincón.

Y allí las pobres hermanas,
las madres y las esposas
redamaban cariñosas
sus lágrimas de dolor;

pero gemidos de amor —
no remedian estas cosas.

Nada importa que una madre
se desespere o se queje —
que un hombre a su mujer deje
en el mayor desamparo;
hay que callarse, o es claro,
que lo quiebran por el eje.

Dentran después a empeñarse
con éste o aquel vecino;
y como en el masculino.
el que menos corre, vuela —
deben andar con cautela
las pobres, me lo imagino.

Muchas al Juez acudieron,
por salvar de la jugada;
él les hizo una cuerpiada,
y por mostrar su inocencia,
les dijo: "Tengan pacencia
pues yo no puedo hacer nada".

Ante aquella autoridá
permanecían suplicantes —
y después de hablar bastante
"Yo me lavo — dijo el Juez —
como Pilatos lo pies,
esto lo hace el Comendante".

De ver tanto desamparo
el corazón se partía —
había madre que salía
con dos, tres hijos o más —
por delante y por detrás —
y las maletas vacías.

¿Dónde irán, pensaba yo,
a perecer de miseria?;
las pobres si de esta feria
hablan mal, tienen razón;
pues hay bastante materia
para tan justa aflicción.

XXVI

Cuando me llegó mi turno
dige entre mí: "Ya me toca". —
Y aunque mi falta era poca

no sé porqué me asustaba, —
les aseguro que estaba
con ei Jesús en la boca.

Me dijo que yo era un vago,
un jugador, un perdido
que dende que fi al partido
andabø de picaflor —
que había de ser un bandido
como mi ante sucesor.

Puede que uno tenga un vicio,
y que de él no se reforme, —
mas naides está conforme
con recibir ese trato:
yo conocí que era el ñato
quien le había dao los informes.

Me dentró curiosidá,
al ver que de esa manera
tan seguro me dijera
que fué mi padre un bandido;
luego lo había conocido
y yo inoraba quien era.

Me empené en aviriguarlo,
promesas hice a Jesús —
tube por fin una luz,
y supe con alegría
que era el autor de mis días, —
el guapo Sargento Cruz. —

Yo conocía bien su historia
y la tenía muy presente —
sabía que Cruz bravamente
yendo con una partida,
había jugado la vida
por defender a un valiente.

Y hoy ruego a mi Dios piadoso
que lo mantenga en su gloria;
se ha de conservar su historia
en el corazón del hijo:
él al morir me bendijo
yo bendigo su memoria.

Yo juré tener enmienda
y lo conseguí deveras;
puedo decir ande quiera
que si faltas he tenido
de todas me he corregido
dende que supe quien era.

El que sabe ser buen hijo
a los suyos se parece; —
y aquél que a su lado crece
y a su padre no hace honor,
como castigo merece
de la desdicha el rigor.

Con un empeño costante
mis faltas supe enmendar —
todo conseguí olvidar,
pero por desgracia mía,
el nombre de *Picardía*
no me lo pude quitar.

Aquél que tiene buen nombre
muchos disjustos ahorra —
y entre tanta mazamorra —
no olviden esta alvertencia:
Aprendí por experiencia
que el mal nombre no se borra.

XXVII

—He servido en la frontera
en un cuerpo de milicias;
no por razón de justicia
como sirve cualesquiera. —
—La bolilla me tocó
de ir a pasar malos ratos
por la facultá del ñato;
que tanto me persiguió.
—Y sufrí en aquel infierno
esa dura penitencia,
por una malaquerencia
de un oficial subalterno.

—No repetiré las quejas
de lo que se sufre allá,
son cosas muy dichas ya
y hasta olvidadas de viejas,
—Siempre el mismo trabajar,
siempre el mismo sacrificio
es siempre el mismo servicio,
y el mismo nunca pagar.
—Siempre cubierto de harapos,
siempre desnudos y pobres,
nunca le pagan en cobre
ni le dan jamás un trapo.

—Sin sueldo y sin uniforme
lo pasa uno aunque sucumba,
conformese con la tumba —
y sinó... no se conforme.
—Pues si usted se ensoberbece
o no anda muy voluntario,
le aplican un novenario
de estacas... que lo enloquecen.
—Andan como pordioseros
sin que un peso los alumbre —
porque han tomao la costumbre
de deberle años enteros —
—Siempre hablan de lo que cuesta
que allá se gasta un platal!
pues yo no he visto ni un rial
en lo que duró la fiesta.
—Es servicio extraordinario
bajo el fusil y la vara —
sin que sepamos que cara
le ha dao Dios al comisario.
—Pues si va a hacer la revista
se vuelve como una bala,
es lo mesmo que luz mala
para perderse de vista —
—Y de yapa cuando va,
todo parece estudiao —
van con meses atrasaos
de gente que ya no está.
—Pues ni adrede que lo hagan
podrán hacerlo mejor,
cuando cai, cai con la paga
del contingente anterior —
—Porque son como sentencia
para buscar al ausente,
y el pobre que está presente
que perezca en la endigencia.
—Hasta que tanto aguantar
el rigor con que lo tratan,
o se resierta, o lo matan,
o lo largan sin pagar.
—De ese modo es el pastel
porque el gaucho... ya es un hecho
no tiene ningún derecho
ni naides vuelve por él.
—La gente vive marchita!
Si viera cuando echan tropa,
les vuela a todos la ropa
que parecen banderitas.
—De todos modos lo cargan

y al cabo de tanto andar —
cuando lo largan, lo largan
como pa echarse a la mar.
—Si alguna prenda le han dao
se la vuelven a quitar,
poncho, caballo, recaó,
todo tiene que dejar.
—Y esos pobres infelices
al volver a su destino —
salen como unos Longinos
sin tener con que cubrirse.
—A mí me daba congojas
el mirarlos de ese modo —
pues el más avisao de todos
es un peregil sin hojas.
—Aora poco ha sucedido
con un invierno tan crudo,
largarlos a pie y desnudos
pa volver a su partido.
—Y tan duro es lo que pasa
que en aquella situación,
les niegan un mancarón
para volver a su casa.
—¡Lo tratan como a un infiel!
Completan su sacrificio
no dándole ni un papel
que acredite su servicio.
—Y tiene que regresar
más pobre de lo que jué —
por supuesto a la mercé
del que lo quiere agarrar.
—Y no averigüe después
de los bienes que dejó —
de hambre, su muger vendió
por dos — lo que vale diez —
—Y como están convenidos
a jugarle manganeta
a reclamar no se meta
porque ése es tiempo perdido.
—Y luego, si a alguna estancia
a pedir carne se arrima —
al punto le cain encima
con la ley de la vagancia.
Y ya es tiempo, pienso yo,
de no dar más contingente —
si el Gobierno quiere gente,
que la pague y se acabó. —
—Y saco así en conclusión
en medio de mi inorancia,

que aquí el nacer en estancia
es como una maldición.

—Y digo, aunque no me cuadre
decir lo que naides dijo:

La Provincia es una madre
que no defiende a sus hijos.

—Mueren en alguna loma

en defensa de la ley,
o andan lo mesmo que el güey,
arando pa que otros coman.
—Y he de decir así mismo,
porque de adentro me brota,
que no tiene patriotismo
quien no cuida al compatriota.

XXVIII

Se me va por donde quiera
esta lengua del demonio —

voy a darles testimonio
de lo que vi en la frontera.

—Yo sé que el único modo
a fin de pasarlo bien,

es decir a todo amén

y jugarle risa a todo. —

—El que no tiene coichón
en cualquier parte se tiende —

el gato busca el jogón

y ése es mozo que lo entiende.

—De aquí comprenderse debe
aunque yo hable de este modo;

que uno busca su acomodo
siempre, lo mejor que puede.

—Lo pasaba como todos

este pobre penitente,

pero salí de asistente

y mejoré en cierto modo.

—Pues aunque esas privaciones

causen desesperación,

siempre es mejor el jogón

de aquél que carga galones.

—De entonces en adelante

algo logré mejorar,

pues supe hacerme lugar

al lado del Ayudante.

—Él se daba muchos aires,

pasaba siempre leyendo

decían que estaba aprendiendo

pa recibirse de fraile.

Aunque lo pifiaban tanto

jamás lo vi dijusao;

tenía los ojos paraos

como los ojos de un santo.

—Muy delicao — dormía en cuja—

y no sé porqué sería —

la gente lo aborrecía

y le llamaban LA BRUJA.

Jamás hizo otro servicio

ni tubo más comisiones,

que recibir las raciones

de víveres y de vicios.

Yo me pasé a su jogón

al punto que me sacó,

y ya con él me llevó,

a cumplir su comisión.

—Estos diablos de milicos

de todo sacan partido —

cuando nos vian riunidos

se limpiaban los hocicos.

Y decían en los jogones

como por chacarrería, —

“Con la Bruja y Picardía

van a andar bien las raciones”.

—A mí no me jué tan mal

pues mi oficial se arreglaba;

les diré lo que pasaba

sobre este particular. —

—Decían que estaba de acuerdo

la Bruja y el proveedor,

y que recebía lo pior —

puede ser — pues no era lerdo.

—Que a más en la cantidá

pegaba otro dentellón,

y que por cada ración

le entregaban la mitá.

—Y que esto lo hacía del modo

como lo hace un hombre vivo:

firmando luego el recibo

ya se sabe, por el todo.

—Pero esas murmuraciones

no faltan en campamento;

déjenme seguir mi cuento,

o historia de las raciones.

—La Bruja las recibía

como se ha dicho a su modo —

las cargábamos, y todo se entrega en la mayoría.
—Sacan allí en abundancia lo que les toca sacar — y es justo que han de dejar otro tanto de ganancia.
—Van luego a la compañía, las recibe el comendante; el que de un modo abundante sacaba cuanto quería.
—Así la cosa liviana, va mermada por supuesto — luego se le entrega el resto al oficial de semana. —
Araña, ¿quién te arañó?
Otra araña como yo —
—Éste le pasa al sargento aquello tan reducido — y como hombre prevenido saca siempre con aumento.
—Esta relación no acabo si otra menudencia ensarto; el sargento llama al cabo para encargarle el reparto.
—Él también saca primero y no se sabe turbar — naides le va a aviriguar si ha sacado más o menos.
—Y sufren tanto bocao y hacen tantas estaciones, que ya casi no hay raciones cuando llegan al soldado.
—Todo es como pan bendito! y sucede de ordinario, tener que juntarse varios para hacer un pucherito.
—Dicen que las cosas van con arreglo a la ordenanza — puede ser! Pero no alcanzan, tan poquito es lo que dan!
—Algunas veces, yo pienso, y es muy justo que lo diga,

sólo llegaban las migas que habían quedao en los lienzos.
—Y esplican aquel infierno en que uno está medio loco diciendo, que dan tan poco porque no paga el gobierno.
—Pero eso yo no lo entiendo, ni a aviriguarlo me meto; soy inorante completo nada olvido y nada apriendo.
—Tiene uno que soportar el tratamiento más vil: — a palos en lo civil, a sable en lo militar.
—El vistuario, es otro infierno; si lo dan, llega a sus manos en invierno el de verano — y en el verano el de invierno.
—Y yo el motivo no encuentro, ni la razón que esto tiene, mas dicen que eso ya viene arreglao dende adentro.
—Y es necesario aguantar el rigor de su destino; el gaucha no es argentino sinó pa hacerlo matar.
—Ansí ha de ser, no lo dudo — y por eso decía un tonto: “Si los han de matar pronto, mejor es que estén desnudos”.
—Pues esa miseria vieja no se remedia jamás; todo el que viene detrás como la encuentra, la deja. —
—Y se hallan hombres tan malos que dicen de buena gana — el gaucha es como la lana, se limpia y compone a palos.
—Y es forzoso el soportar aunque la copa se enllene; parece que el gaucha tiene algún pecao que pagar.

XXIX

Esto contó Picardía y después guardó silencio, mientras todos celebraban con placer aquel encuentro. Mas una casualidad,

como que nunca anda lejos, entre tanta gente blanca llevó también a un moreno, presumido de cantor y que se tenía por bueno —

y como quien no hace nada,
o se descuida de intento,
pues siempre es muy conocido
todo aquel que busca pleito, —
se sentó con toda calma,
echó mano al instrumento,
y ya le pegó un rajido.
Era fantástico el negro,
y para no dejar dudas
medio se compuso el pecho.

Todo el mundo conoció
la intención de aquel moreno —
era claro el desafío
dirigido a Martín Fierro,
hecho con toda arrogancia,
de un modo muy altanero.
Tomó Fierro la guitarra,
pues siempre se halla dispuesto —
y así cantaron los dos
en medio de un gran silencio. —

XXX

MARTÍN FIERRO

Mientras suene el encordao
mientras encuentre el compás,
yo no he de quedarme atrás
sin defender la parada —
y he jurado que jamás
me la han de llevar robada.

Atiendan pues los oyentes
y cayensen los mirones —
a todos pido perdones
pues a la vista resalta,
que no está libre de falta
quien no está de tentaciones.

A un cantor le llaman bueno,
cuando es mejor que los piores —
y sin ser de los mejores,
encontrándose dos juntos
es deber de los cantores
el cantar de contra-punto.

El hombre debe mostrarse
cuando la ocasión le llegue —
hace mal el que se niegue
dende que lo sabe hacer —
y muchos suelen tener
vanagloria en que los rueguen.

Cuando mozo fuí cantor —
es una cosa muy dicha —
mas la suerte se encapricha
y me persigue constante —
de ese tiempo en adelante
canté mis propias desdichas.

Y aquellos años dichosos
trataré de recordar —
veré si puedo olvidar
tan desgraciada mudanza
y quien se tenga confianza
tiemple y vamos a cantar.

Tiemple y cantaremos juntos,
trasnochadas no acobardan —
los concurrentes aguardan,
y porque el tiempo no pierdan,
haremos gemir las cuerdas
hasta que las velas no ardan.

Y el cantor que se presiente,
que tenga o no quien lo ampare
no espere que yo dispare
aunque su saber sea mucho —
vamos en el mismo pucho
a prenderle hasta que aclare.

Y seguiremos si gusta
hasta que vaya el día —
era la costumbre mía
cantar las noches enteras —
había entonces, dondequiera,
cantores de fantasía.

Y si alguno no se atreve
a seguir la caravana,
o si cantando no gana
se lo digo sin lisonja —
haga sonar una esponja
o ponga cuerdas de lana.

EL MORENO

Yo no soy señores míos
sinó un pobre guitarrero —
pero doy gracias al cielo
porque puedo en la ocasión,
toparme con un cantor
que experimente a este negro.

Yo también tengo algo blanco,
pues tengo blancos los dientes —
sé vivir entre las gentes
sin que me tengan en menos —
quien anda en pagos ajenos
debe ser manso y prudente.

Mi madre tuvo diez hijos,
los nueve muy regulares —
tal vez por eso me ampare
la Providencia divina —
en los güevos de gallina
el décimo es el más grande.

El negro es muy amoroso,
aunque de esto no hace gala,
nada a su cariño iguala
ni a su tierna voluntá —
es lo mismo que el macá
cría los hijos bajo el ala.

Pero yo he vivido libre
y sin depender de naides —
siempre he cruzado a los aires
como el pájaro sin nido —
cuanto sé lo he aprendido
porque me le enseñó un flaire.

Y sé como cualquier otro
el porqué retumba el trueno —
porqué son las estaciones
del verano y del invierno —
sé también de dónde salen
las aguas que caen del cielo.

Yo sé lo que hay en tierra
en llegado el mismo centro —
en donde se encuentra el oro,
en donde se encuentra el fierro,
y en donde viven bramando
los volcanes que echan juego.

Yo sé el fondo del mar
donde los pejes nacieron —
yo sé porque crece el árbol,
y porque silvan los vientos —
cosas que inoran los blancos
las sabe este pobre negro.

Yo tiro cuando me tiran,
cuando me aflojan, aflojo;
no se ha de morir de antojo
quien me convida a cantar —
para conocer a un cojo
lo mejor es verlo andar.

Y si una falta cometo
en venir a esta reunión —
echándola de cantor,
pido perdón en voz alta —
pues nunca se halla una falta
que no exista otra mayor.

De lo que un cantor esplica
no falta que aprovechar —
y se le debe escuchar
aunque sea negro el que cante —
apriende el que es inorante,
y el que es sabio, apriende más.

Bajo la frente más negra
hay pensamiento y hay vida —
la gente escuche tranquila
no me haga ningún reproche —
también es negra la noche
y tiene estrellas que brillan.

Estoy pues a su mandao,
empiece a echarme la sonda
si gusta que le responda,
aunque con lenguaje tosco —
en leturas no conozco
la jota por ser redonda.

MARTÍN FIERRO

Ah! negro, si sos tan sabio
no tengás ningún recelo;
pero has tragao el anzuelo
y al compás del estrumento —
has de decirme al momento
cuál es el canto del cielo.

EL MORENO

Cuentan que de mi color
Dios hizo al hombre primero —
mas los blancos altaneros,
los mismos que lo convidan,
hasta de nombrarlo olvidan
y sólo lo llaman negro.

Pinta el blanco negro al diablo,
y el negro, blanco lo pinta —
blanca la cara o retinta
no habla en contra ni en favor —
de los hombres el Criador
no hizo dos clases distintas.

Y después de esta alvertencia
que al presente viene a pelo —
veré, señores, si puedo
sigún mi escaso saber,
con claridá responder
cual es el canto del cielo.

Los cielos lloran y cantan
hasta en el mayor silencio —
lloran al cair el rocío,
cantan al silvar los vientos —
lloran cuando cain las aguas
cantan cuando brama el trueno.

MARTÍN FIERRO

Dios hizo al blanco y al negro
sin declarar los mejores —
les mandó iguales dolores
bajo de una misma cruz;
mas también hizo la luz
pa distinguir los colores.

Así ninguno se agravie,
no se trata de ofender —
a todo se ha de poner
el nombre con que se llama —
y a naides le quita fama
lo que recibió al nacer.

Y así me gusta un cantor
que no se turba ni yerra —
y si en tu saber se encierra
el de los sabios profundos —

decime cual en el mundo
es el canto de la tierra.

EL MORENO

Es pobre mi pensamiento,
es escasa mi razón —
mas para dar contestación
mi inorancia no me arredra —
también da chispas la piedra
si la golpea el eslabón.

Y le daré una respuesta.
sigún mis pocos alcances —
forman un canto en la tierra
el dolor de tanta madre,
el gemir de los que mueren
y el llorar de los que nacen.

MARTÍN FIERRO

Moreno, alvierto que trais
bien dispuesta la garganta,
sos varón, y no me espanta
verte hacer esos primores —
en los pájaros cantores
sólo el macho es el que canta.

Y ya que al mundo vinistes
con el sino de cantar,
no te vayas a turbar
no te agrandes ni te achiques —
es preciso que me esplices
cual és el canto del mar.

EL MORENO

A los pájaros cantores
ninguno imitar pretiende —
de un don que de otro depende
naides se debe alabar —
pues la urraca apriende hablar
pero sólo la hembra apriende.

Y ayúdame ingenio mío
para ganar esta apuesta —
mucho el contestar me cuesta —
pero debo contestar —
voy a decirle en respuesta
cual es el canto del mar.

Cuando la tormenta brama,
el mar que todo lo encierra
canta de un modo que aterra
como si el mundo temblara —
parece que se quejara
de que lo estreche la tierra.

MARTÍN FIERRO

Toda tu sabiduría
has de mostrar esta vez —
ganarás sólo que estés
en vaca con algún santo —
la noche tiene su canto —
y me has de decir cual es.

EL MORENO

No galope que hay augeros,
le dijo a un guapo un prudente —
le contesto humildemente,
la noche por cantos tiene
esos ruidos que uno siente
sin saber por donde vienen.

Son los secretos misterios
que las tinieblas esconden —
son los ecos que responden
como un lamento infinito
a la voz del que da un grito,
que viene no sé de donde.

A las sombras sólo el Sol
las penetra y las impone —
en distintas direcciones
se oyen rumores inciertos —
son las almas de los que han muer-
que nos piden oraciones. [to

MARTÍN FIERRO

Moreno por tus respuestas
ya te aplico el cartabón, —
pues tenés disposición
y sos estruido de yapa —
ni las sombras se te escapan
para dar explicación.

Pero cumple su deber
el leal diciendo lo cierto —
y por lo tanto te alvierto

que hemos de cantar los dos —
dejando en la paz de Dios
las almas de los que han muerto.

Y el consejo del prudente
no hace falta en la partida —
siempre ha de ser cometida
la palabra de un cantor —
y aura quiero que me digas
de donde nace el amor.

EL MORENO

A pregunta tan oscura
trataré de responder —
aunque es mucho pretender
de un pobre negro de estancia —
mas conocer su inorancia
es principio del saber.

Ama el pájaro en los aires
que cruza por donde quiera —
y si al fin de su carrera
se asienta en alguna rama,
con su alegre canto llama
a su amante compañera.

La fiera ama en su guarida
de la que es rey y señor —
allí lanza con furor
esos bramidos que espantan —
porque las fieras no cantan
las fieras braman de amor.

Ama en el fondo del mar
el pez de lindo color —
ama el hombre con ardor,
ama todo cuanto vive —
de Dios vida se recibe
y donde hay vida, hay amor.

MARTÍN FIERRO

Me gusta negro ladino
lo que acabás de explicar —
ya te empiezo a respetar
aunque al principio me rei —
y te quiero preguntar
lo que entendés por la ley —

EL MORENO

Hay muchas dotorerías
que yo no puedo alcanzar —
dende que aprendí a inorar
de ningún saber me asombro —
más no ha de llevarme al hombro
quien me convide a cantar.

Yo no soy cantor ladino
y mi habilidá es muy poca —
mas cuando cantar me toca
me defiendo en el combate —
porque soy como los mates:
sirvo si me abren la boca.

Dende que elige a su gusto
lo más espinoso elige —
pero esto poco me aflige
y le contesto a mi modo —
la ley se hace para todos
mas sólo al pobre le rige.

La ley es tela de araña —
en mi inorancia lo esplico,
no la tema el hombre rico —
nunca la tema el que mande —
pues la ruempe el vicho grande
y sólo enrieda a los chicos.

Es la ley como la lluvia
nunca puede ser pareja —
el que la aguanta se queja,
pero el asunto es sencillo —
la ley es como el cuchillo
no ofiende a quien lo maneja.

Le suelen llamar espada
y el nombre le viene bien —
los que la gobiernan ven
a donde han de dar el tajo —
le cai al que se halla abajo
y corta sin ver a quien.

Hay muchos que son doctores
y de su ciencia no dudo —
mas yo soy un negro rudo
y aunque de esto poco entiendo,
estoy diariamente viendo
que aplican la del embudo.

MARTÍN FIERRO

Moreno vuelvo a decirte
ya conozco tu medida —
has aprovechado la vida
y me alegro de este encuentro —
ya veo que tenés adentro
capital pa' esta partida.

Y aura te voy a decir
porque en mi deber está —
y hace honor a la verdá
quien a la verdá se duebla,
que sos por juera tinieblas
y por dentro claridá.

No ha de decirse jamás
que abusé de tu pacencia —
¿ en justa correspondencia
si algo querés preguntar —
podés al punto empezar
pues ya tenés mi licencia.

EL MORENO

No te trabes lengua mía,
no te vayas a turbar —
nadie acierta antes de errar —
y aunque la fama se juega —
el que por gusto navega
no debe temerle al mar.

Voy a hacerle mis preguntas
ya que a tanto me convida —
y vencerá en la partida
si una esplicación me da —
sobre el tiempo y la medida,
el peso y la cantidad. —

Suya será la vitoria
si es que sabe contestar —
se lo debo declarar
con claridá, no se asombre,
pues hasta aura ningún hombre.
me lo ha sabido esplicar. —

Quiero saber y lo inoro,
pues en mis libros no está,
y su respuesta vendrá
a servirme de gobierno —

para que fin el Eterno
ha criado la cantidad.

MARTIN FIERRO

Moreno te dejás cair
como carancho en su nido;
ya veo que sos prevenido
mas también estoy dispuesto —
veremos si te contesto
y si te das por vencido.

Uno es el sol — uno el mundo,
sola y única es la luna —
ansí han de saber que Dios
no crió cantidad ninguna.
El ser de todos los seres
sólo formó la unidad —
lo demás lo ha criado el hombre
después que aprendió a contar.

EL MORENO

Veremos si a otra pregunta
da una respuesta cumplida —
el ser que ha criado la vida
lo ha de tener en su archivo —
mas yo inoro que motivo
tuvo al formar la medida.

MARTIN FIERRO

Escuchá con atención
lo que en mi inorancia arguyo:
la medida la inventó
el hombre para bien suyo —
y la razón no te asombre,
pues es fácil presumir —
Dios no tenía que medir
sinó la vida del hombre.

EL MORENO

Si no falla su saber
por vencedor lo confieso —
debe aprender todo eso
quien a cantar se dedique —
y aura quiero que me explique
lo que significa el peso.

MARTIN FIERRO

Dios guarda entre sus secretos
el secreto que eso encierra,
y mandó que todo peso
cayera siempre a la tierra —
y según compriendo yo,
dende que hay bienes y males,
fué el peso para pesar
las culpas de los mortales.

EL MORENO

Si responde a esta pregunta
tengasé por vencedor —
doy la derecha al mejor —
y respóndame al momento —
cuando formó Dios el tiempo
y porque lo dividió —

MARTIN FIERRO

Moreno, voy a decir,
según mi saber alcanza —
el tiempo sólo es tardanza
de lo que está por venir. —
No tuvo nunca principio
ni jamás acabará —
porque el tiempo es una rueda,
y rueda es eternidá, —
y si el hombre lo divide
sólo lo hace en mi sentir —
por saber lo que ha vivido
o le resta que vivir.

Ya te he dado mis respuestas,
mas no gana quien despunta,
si tenés otra pregunta
o de algo te has olvidao
siempre estoy a tu mandao
para sacarte de dudas.

No procedo por soberbia
ni tampoco por jatanía,
mas no ha de faltar constancia
cuando es preciso luchar —
y te convido a cantar
sobre cosas de la Estancia —

• Ansi prepará moreno
cuanto tu saber encierre —

y sin que tu lengua yerre,
me has de decir lo que emprende
el que del tiempo depende,
en los meses que train erre.

EL MORENO

De la inorancia de naidés
ninguno debe abusar —
y aunque me puede doblar —
todo el que tenga más arte,
no voy a ninguna parte
a dejarme machetiar —

He reclarao que en leturas
soy redondo como jota —
no avergüenze mi redota
pues con claridá le digo —
no me gusta que conmigo
naidés juegue a la pelota —

Es buena ley que el más lerdo
debe perder la carrera —
ansí le pasa a cualquiera
cuando en competencia se halla,
un cantor de media talla
con otro de talla entera.

¿No han visto en medio del campo
al hombre que anda perdido —
dando güeltas aflijido
sin saber donde rumbiar?
Ansí le suele pasar
a un pobre cantor vencido.

También los árboles crugen
si el ventarrón los azota —
y si aquí mi queja brota
con amargura, consiste —
en que es muy larga y muy triste
la noche de la redota.

Y dende hoy en adelante,
pongo de testigo al cielo,
para decir sin recelo
que si mi pecho se inflama
no cantaré por la fama
sino por buscar consuelo.

Vive ya desesperado
quien no tiene que esperar —
a lo que no ha de durar
ningún cariño se cobre —
alegrías en un pobre
son anuncios de un pesar.

Y este triste desengaño
me durará mientras viva —
aunque un consuelo reciba
jamás he de alzar el vuelo —
quien no nace para el cielo
de valde es que mire arriba.

Y suplico a cuantos me oigan
que me permitan decir,
que al decidirme a venir
no solo jué por cantar,
sinó porque tengo a más
otro deber que cumplir.

Ya saben que de mi madre
fueron diez los que nacieron —
mas ya no existe el primero
y más querido de todos —
murió por injustos modos
a manos de un pendenciero.

Los nueve hermanos restantes
como güerfanos quedamos —
dende entonces lo lloramos
sin consuelo, creanmeló —
y al hombre que lo mató
nunca jamás lo encontramos.

Y queden en paz los güesos
de aquel hermano querido —
a moverlos no he venido,
mas si el caso se presenta —
espero en Dios que esta cuenta
se arregle como es debido.

Y si otra ocasión payamos,
para que esto se complete,
por mucho que lo respete
cantaremos si le gusta —
sobre las muertes injustas
que algunos hombres cometen.

Y aquí, pues, señores míos,
diré como en despedida,
que todavía andan con vida
los hermanos del dijunto —
que recuerdan este asunto
y aquella muerte no olvidan.

Y es misterio tan profundo
lo que está por suceder,
que no me debo meter
a echarla aquí de adivino;
lo que decida el destino
después lo habrán de saber.

MARTÍN FIERRO

Al fin cerrastes el pico
después de tanto charlar,
ya empesaba a maliciar
al verte tan entonao,
que traías un embuchao
y no lo querías largar.

Y ya que nos conocemos
basta de conversación;
para encontrar la ocasión
no tienen que darse prisa —
ya conozco yo que empieza
otra clase de junción.

Yo no sé lo que vendrá,
tampoco soy adivino —
pero firme en mi camino
hasta el fin he de seguir —
todos tienen que cumplir
con la ley de su destino.

Primero fué la frontera
por persecución de un juez —

los indios fueron después,
y para nuevos estrenos —
ahora son estos morenos
pa alivio de mi vejez.

La madre echó diez al mundo,
lo que cualquiera no hace —
y talvez de los diez pase
con iguales condiciones
la mulita para nones
todos de la mesma clase.
A hombre de humilde color
nunca sé facilitar,
cuando se llega a enojar
suele ser de mala entraña —
se vuelve como la araña
siempre dispuesta a picar.

Yo he conocido a toditos
los negros más peliadores —
había algunos superiores
de cuerpo y de vista... ¡ay juna! —
si vivo les daré una...
historia de las mejores.

Mas cada uno ha de tirar
en el yugo en que se vea;
yo ya no busco peleas
las contiendas no me gustan —
pero ni sombras me asustan
ni bultos que se menean.

La creía ya desollada
mas todavía falta el rabo —
y por lo visto no acabo
de salir de esta jarana —
pues esto es lo que se llama
remachársele a uno el clavo.

XXXI

Y después de estas palabras
que ya la intención revelan,
procurando los presentes
que no se armara pendencia
se pusieron de por medio
y la cosa quedó quieta —
Martín Fierro y los muchachos
evitando la contienda

montaron y paso a paso
como el que miedo no lleva,
a la costa de un arroyo
llegaron a echar pie a tierra.
Desensillaron los pingos,
y se sentaron en rueda,
refiriéndose entre sí
infinitas menudencias;

porque tiene muchos cuentos
y muchos hijos la ausencia.
Allí pasaron la noche
a la luz de las estrellas,
porque ése es un cortinao
que lo halla uno donde quiera,
y el gaucho sabe arreglarse
como ninguno se arregla —
el colchón son las caronas
el lomillo es cabecera
el coginillo es blandura
y con el poncho a la gerga
para salvar del rocío
se cubre hasta la cabeza —
tiene su cuchillo al lado,
pues la precaución es buena;
freno y rebenque a la mano,
y teniendo el pingo cerca,
que pa asegurarlo bien
la argolla del lazo entierra —
aunque el atar con el lazo
da del hombre mala idea; —
se duerme así muy tranquilo
todita la noche entera —
y si es lejos del camino
como manda la prudencia,
más seguro que en su rancho
uno ronca a pierna suelta.

Pues en el suelo no hay chinchas,
y es una cruja camera
que no ocasiona disputas
y que naides se la niega —
además de eso, una noche
la pasa uno como quiera,
y las va pasando todas
haciendo la misma cuenta —
y luego los pajaritos
al aclarar lo dispiertan.
Porque el sueño no lo agarra
a quien sin cenar se acuesta.
Así, pues, aquella noche
jué para ellos una fiesta,
pues todo parece alegre
cuando el corazón se alegra.
No pudiendo vivir juntos
por su estado de pobreza,
resolvieron separarse
y que cada cual se fuera
a procurarse un refugio
que aliviara su miseria.
Y antes de desparramarse
para empezar vida nueva,
en aquella soledá
Martín Fierro con prudencia —
a sus hijos y al de Cruz
les habló de esta manera. —

XXXII

Un padre que da consejos
más que padre es un amigo,
así como tal les digo
que vivan con precaución —
naides sabe en que rincón
se oculta el que es su enemigo.

Yo nunca tuve otra escuela
que una vida desgraciada —
no estrañen si en la jugada
alguna vez me equivoco —
pues debe saber muy poco
aquel que no aprendió nada.

Hay hombres que de su cencia
tienen la cabeza llena;
hay sabios de todas menas,
mas digo sin ser muy ducho —

es mejor que aprender mucho
el aprender cosas buenas.

No aprovechan los trabajos
sino han de enseñarnos nada —
el hombre, de una mirada
todo ha de verlo al momento —
el primer conocimiento
es conocer cuando enfada.

Su esperanza no la cifren
nunca en corazón alguno —
en el mayor infortunio
pongan su confianza en Dios —
de los hombres, sólo en uno,
con gran precaución en dos. —

Las faltas no tienen límites
como tienen los terrenos —

se encuentran en los más buenos,
y es justo que les prevenga; —
aquel que defetos tenga,
disimule los agenos. —

Al que es amigo, jamás
lo dejen en la estacada,
pero no le pidan nada
ni lo aguarden todo de él —
siempre el amigo más fiel
es una conduta honrada.

Ni el miedo ni la codicia
es bueno que a uno le asalten —
ansí no se sobresalten
por los bienes que perezcan —
al rico nunca le ofrezcan
y al pobre jamás le falten.

Bien lo pasa hasta entre pampas
el que respeta a la gente —
el hombre ha de ser prudente
para librarse de enojos —
cauteloso entre los flojos
moderado entre valientes.

El trabajar es la ley
porque es preciso alquirit —
no se espongan a sufrir
una triste situación —
sangra mucho el corazón
del que tiene que pedir.

Debe trabajar el hombre
para ganarse su pan;
pues la miseria en su afán
de perseguir de mil modos —
llama en la puerta de todos
y entra en la del haragán.

A ningún hombre amenacen
porque naides se acobarda —
poco en conocerlo tarda
quien amenaza imprudente —
que hay un peligro presente
y otro peligro se aguarda.

Para vencer un peligro,
salvar de cualquier abismo,
por esperencia lo afirmo,
más que el sable y que la lanza —

suele servir la confianza
que el hombre tiene en sí mismo.

Nace el hombre con la astucia
que ha de servirle de guía —
sin ella sucumbiría,
pero sigún mi esperencia —
se vuelve en unos prudencia
y en los otros picardía.

Aprovecha la ocasión
el hombre que es diligente —
y tenganló bien presente,
si al compararla no yerro —
la ocasión es como el fierro
se ha de machacar calientè.

Muchas cosas pierde el hombre
que a veces las vuelve a hallar —
pero les debo enseñar
y es bueno que lo recuerden —
si la vergüenza se pierde
jamás se vuelve a encontrar.

Los hermanos sean unidos,
porque ésa es la ley primera
tengan unión verdadera
en cualquier tiempo que sea —
porque si entre ellos pelean
los devoran los de ajuera.

Respeten a los ancianos,
el burlarlos no es hazaña —
si andan entre gente estraña
deben ser muy precabidos —
pues por igual es tenido
quien con malos se acompaña.

La cigüeña cuando es vieja
pierde la vista, — y procuran
cuidarla en su edad madura
todas sus hijas pequeñas —
apriendan de las cigüeñas
este ejemplo de ternura.

Si les hacen una ofensa,
aunque la echen en olvido,
vivan siempre prevenidos;
pues ciertamente sucede —
que hablará muy mal de ustedes
aquél que los ha ofendido.

El que obedeciendo vive
nunca tiene suerte blanda —
mas con su soberbia agranda
el rigor en que padece —
obedezca el que obedece
y será bueno el que manda.

Procuren de no perder
ni el tiempo, ni la vergüenza —
como todo hombre que piensa
proceder siempre con juicio —
y sepan que ningún vicio
acaba donde comienza.

Ave de pico encorvado
le tiene al robo afición —
pero el hombre de razón
no roba jamás un cobre —
pues no es vergüenza ser pobre
y es vergüenza ser ladrón.

El hombre no mate al hombre
ni pelee por fantasía —
tiene en la desgracia mía
un espejo en que mirarse —
saber el hombre guardarse
es la gran sabiduría.

La sangre que se redama
no se olvida hasta la muerte —
la impresión es de tal suerte,
que a mi pesar, no lo niego —
cai como gotas de fuego
en la alma del que la vierte.

Es siempre, en toda ocasión,
el trago el peor enemigo —
con cariño se los digo,

recuerdenlo con cuidado, —
aquel que ofiende embriagado
merece doble castigo —

Si se arma algún revolotis
siempre han de ser los primeros —
no se muestren altaneros
aunque la razón les sobre —
en la barba de los pobres
aprienden pa ser barberos.

Si entriegan su corazón
a alguna muger querida,
no le hagan una partida
que la ofienda a la muger —
siempre los ha de perder
una muger ofendida.

Procuren, si son cantores,
el cantar con sentimiento,
ni tiemplan el instrumento
por sólo el gusto de hablar —
y acostumbrense a cantar
en cosas de jundamento.

Y les doy estos consejos
que me ha costado alquiritlos,
porque deseo dirigirlos,
pero no alcanza mi cencia —
hasta darles la prudencia
que precisan pa seguirlos.

Estas cosas y otras muchas,
medité en mis soledades —
sepan que no hay falsedades
ni error en estos consejos —
es de la boca del viejo
de ande salen las verdades.

XXXIII

Después a los cuatro vientos
los cuatro se dirijieron —
una promesa se hicieron
que todos debían cumplir —
mas nó la puedo decir
pues secreto prometieron. —
Les alvierto solamente,
y esto a ninguno le asombre,
pues muchas veces el hombre
tiene que hacer de ese modo —
convinieron entre todos

en mudar allí de nombre.
Sin ninguna intención mala
lo hicieron, nó tengo duda, —
pero es la verdá desnuda,
siempre suele suceder —
aquel que su nombre muda
tiene culpas que esconder.

Y ya dejo el instrumento
conque he divertido a ustedes —
todos conocerlo pueden

que tuve costancia suma —
 éste es un botón de pluma
 que no hay quien lo desenriede.

Con mi deber he cumplido —
 y ya he salido del paso,
 pero diré, por si acaso,
 pa que me entiendan los criollos —
 todavía me quedan rollos
 por si se ofrece dar lazo.

Y con esto me despido
 sin espresar hasta cuando —
 siempre corta por lo blando
 el que busca lo seguro —
 mas yo corto por lo duro,
 y así he de seguir cortando.

Vive el águila en su nido,
 el tigre vive en la selva,
 el zorro en la cueva agena,
 y en su destino incostante,
 sólo el gaucha vive errante
 donde la suerte lo lleva.

Es el pobre en su horfandá
 de la fortuna el desecho —
 porque naide toma a pechos
 el defender a su raza —
 debe el gaucha tener casa,
 escuela, iglesia y derechos. —

Y han de concluir algún día
 estos enriedos malditos —
 la obra no la facilito
 porque aumentan el fandango,
 los que están como el chimango
 sobre el cuero y dando gritos.

Mas Dios ha de permitir
 que esto llegue a mejorar —
 pero se ha de recordar
 para hacer bien el trabajo,
 que el fuego, pa calentar
 debe ir siempre por abajo. —

En su ley está el de arriba
 si hace lo que le aproveche —
 de sus favores sospeche,
 hasta el mesmo que lo nombra —
 siempre es dañosa la sombra
 del árbol que tiene leche.

Al pobre al menor descuido

lo levantan de un sogazo —
 pero yo compriendo el caso
 el gaucha es el cuero flaco
 y esta consecuencia saco —
 da los tientos para el lazo.

Y en lo que esplica mi lengua
 todos deben tener fe
 así, pues, entiendanmé,
 con codicias no me mancho —
 no se ha de llover el rancho
 en donde este libro esté. —
 Permitanme descansar,
 ¡pues he trabajado tanto!
 en este punto me planto
 y a continuar me resisto —
 estos son treinta y tres cantos,
 que es la mesma edá de Cristo.

Y guarden estas palabras
 que les digo al terminar —
 en mi obra he de continuar
 hasta dárselas concluida —
 si el ingenio o si la vida
 no me llegan a faltar.

Y si la vida me falta,
 tenganló todos por cierto,
 que el gaucha hasta en el desierto,
 sentirá en tal ocasión
 tristeza en el corazón
 al saber que yo estoy muerto.

Pues son mis dichas desdichas
 las de todos mis hermanos —
 ellos guardarán ufanos
 en su corazón mi historia —
 me tendrán en su memoria
 para siempre mis paisanos. —

Es la memoria un gran dón,
 calidá muy meritoria —
 y aquéllos que en esta historia
 sospechen que les doy palo —
 sepan que olvidar lo malo
 también es tener memoria.

Mas naidas se crea ofendido
 pues a ninguno incomodo —
 y si canto de este modo
 por encontrarlo oportuno —
*no es para mal de ninguno
 sino para bien de todos.*

BOLILLA IV

La literatura argentina en el siglo XIX. Domingo Faustino Sarmiento; Juan Bautista Alberdi; Bartolomé Mitre.

ESCRITORES ARGENTINOS DEL SIGLO XIX

LOS PROSCRIPTOS

Los escritores que, inspirándose en las ideas libertadoras de 1810 y en el ideal de Mayo, combatieron encarnizadamente la tiranía de Rosas desde su iniciación hasta su derrocamiento en Caseros, esto es, desde 1829 hasta 1852, y que a partir de este momento y hasta la consolidación definitiva de la nacionalidad trabajaron para organizar nuestra democracia, es decir, en el lapso comprendido entre los años 1853 y 1880, en razón misma del destierro que por causas políticas debieron imponerse, pueden agruparse bajo el rubro común, con que ROJAS los bautiza, de *proscriptos*.

Si hubiera de sintetizarse su acción y su influencia, bastaría decir que ellos continuaron el ideal de Mayo y prepararon el triunfo de la Constitución. Son sus cualidades características el liberalismo en política y el romanticismo en literatura, consecuencia uno y otro del momento y las circunstancias en que debieron actuar los proscriptos. En efecto, fué la época de éstos contemporánea de la que en Europa renovó por el romanticismo la cultura europea. De tal renovación fué vocero entre nosotros, según vimos en el capítulo dedicado a "La poesía romántica en la Argentina", Esteban Echeverría. Datan de ese momento las influencias cosmopolitas sobre el pensamiento argentino, influencias que se ejercieron, ya por la acción de Echeverría, que formó escuela, ya por haber frecuentado nuestros escritores en el destierro los centros de cultura extranjera.

Como rasgos distintivos de la producción de los proscriptos debe señalarse, en su fondo, la preponderancia de la política, y en su forma, la improvisación. Caída la tiranía, origen de su destierro, los proscriptos se tornan artífices de la organización nacional, y la serena reflexión de la madurez sucede a la facundia y pasión de la juventud. Es éste el momento en

que Mitre y López se entregan a la historia. Alberdi a la legislación, Sarmiento al periodismo constructivo.

La obra de los proscriptos ha de buscarse, por una parte, en los géneros propiamente literarios — novela, teatro y poesía — fuertemente influídos todos ellos por la política, y, por otra, donde el acervo es más abundante, en el periodismo partidista, en la oratoria dentro y fuera del Parlamento, en la prosa constructiva.

El género novelesco está representado por tal cual ficción en prosa que, a falta de nombre más apropiado, ha de llamarse novela o cuento. Así: "*El matadero*" de Echeverría, "*El capitán de patricios*" y "*El hombre hormiga*" de Gutiérrez, "*Solitud*" de Mitre, "*Esther*" de Cané, "*Amalia*" de Mármol, "*La novia del hereje*" y "*La loca de la guardia*" de Vicente Fidel López.

Dentro del género dramático se cuentan algunos ensayos, los más de ellos nunca representados, tales: "*Las cuatro épocas*" de Mitre, "*La Revolución de Mayo*" y "*El gigante Amapolas*" de Alberdi, "*El poeta*" y "*El cruzado*" de Mármol.

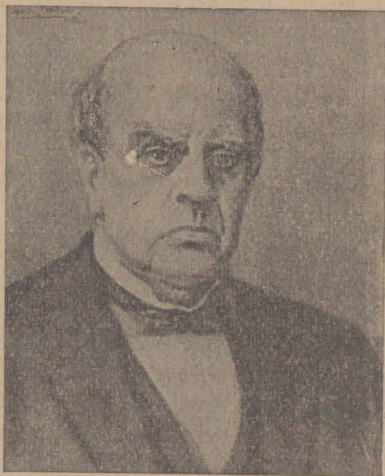
En los dominios de la poesía alternan las obras líricas y los poemas narrativos con las de carácter netamente político: los "*Consuelos*" y las "*Rimas*" de Echeverría y sus poemas "*La cautiva*", "*Avellaneda*", "*La revolución del Sur*"; "*El peregrino*" y las "*Armonías*" de Mármol; los versos de Mitre y de Gutiérrez; los poemas gauchescos de Hilario Ascasubi, Estanislao del Campo y José Hernández.

El otro aspecto de la obra de los proscriptos, en líneas generales extraña a la pura belleza y plena de contenido moral y filosófico, aunque sus autores unieron a su voluntad política su alma de poetas, abarca la producción de los espíritus selectos que, frente a los caudillos ignorantes y al pueblo inculto, dieron a la nacionalidad su conciencia histórica por la definición de su territorio, su estado y sus ideales. Son aquellos esclarecidos maestros, cuya obra es pilar de nuestra democracia, Echeverría con su "*Dogma socialista*", Alberdi con sus "*Bases*", Sarmiento con su "*Fáculo*", Mitre y López con sus libros de historia, Gutiérrez con su preocupación reflejada en "*La enseñanza pública*", Avellaneda con su "*Tratado de las leyes de las tierras públicas*".

A guisa de síntesis de la época de los proscriptos, repetimos con ROJAS: "La luz del primitivo ideal alumbra los caminos de toda la organización civil argentina, y puede asegurarse que la patria halló el camino de la grandeza por donde los poetas de aquella generación se lo indicaron... Los proscritos definen la conciencia de la nacionalidad".

S A R M I E N T O

NACIMIENTO E INFANCIA



En el humilde hogar de don José Clemente Sarmiento y doña Paula Albarracín, pobres vecinos de San Juan de la Frontera, vino al mundo, el 15 de febrero de 1811, **Domingo Faustino Sarmiento**: Faustino Valentín, según reza el acta de bautismo, quinto de los hijos del matrimonio y el único sobreviviente entre los cuatro varones.

Fué lugar de su nacimiento una modestísima casa situada en el barrio del Carrascal, residencia en aquel entonces de las gentes de más escasa fortuna. Y aunque vinculados los padres por parentesco a las principales familias de San Juan, la posición del hogar era poco espectable por su mucha pobreza y la humildad de sus medios de vida.

La figura central de aquel hogar — en el que se desconocían, no ya las comodidades que brinda la fortuna a aquellos a quienes sonríe, sino también las que satisfacen las necesidades más imperiosas de la vida — era la madre, mujer admirable, recordada por el hijo en párrafos llenos de devoción y honda ternura, que en las épocas en que don José Clemente

andaba en las malas — y eran las más — mantenía con el trabajo de sus manos a los hijos, en cuyo corazón cultivaba con amoroso celo los sentimientos religiosos que encerraban para su espíritu recto y transparente los principios del bien.

El pequeño Domingo Faustino, cuya clara inteligencia y felicísima memoria habían descubierto sus padres, que se propusieron cultivar tales facultades por medio de la educación, fué de los alumnos fundadores de la Escuela de la Patria, creada a principios de 1816 por el gobernador don José Ignacio de la Roza, espíritu ilustrado que, deseoso de colaborar en la obra de difusión de la cultura en que se hallaban empeñados los gobiernos patrios, logró los fondos y elementos necesarios para que en San Juan fuese una realidad la enseñanza de las primeras letras.

Allí aprendió Sarmiento a leer, en aquella escuelita de la que fué el alumno modelo por su aplicación y laboriosidad y a la que su madre, que pretendía formar en él desde sus más tiernos años los mejores hábitos, no le consentía faltar ni un solo día, como no fuese por circunstancias justificadísimas. Ya en posesión del alfabeto, su padre, que aunque poco instruido anhelaba para su hijo una verdadera cultura, le obligaba a leer en alta voz, con el deseo de que se ejercitase, “los librotos más abominables”, según propia confesión de Sarmiento, entre ellos la *“Historia crítica de España”*, de Juan de Masdeu, asaz abstrusa para una mente de seis años, pero que al grabar en ella tal cual conocimiento de elevada índole le confería cierta superioridad sobre sus condiscípulos y rodeaba de fama su precoz personalidad. Terminados sus estudios en la Escuela de la Patria, en la que ocupó siempre el puesto de *Primer Ciudadano*, reservado para los alumnos más distinguidos, debió continuar concurriendo a ella indefinidamente hasta su cierre en 1825, motivado por acontecimientos políticos de que luego hablaremos, pues los padres de Sarmiento carecían de recursos que les permitieran costear la educación de su hijo fuera de la provincia natal, y vanas fueron las tentativas para conseguirle una beca en el Seminario de Loreto en Córdoba.

Siendo en 1823 Rivadavia ministro de Gobierno del gobernador Rodríguez, dictó un decreto en cuya virtud seis jóvenes de cada una de las provincias, elegidos por sorteo entre los más distinguidos de las respectivas escuelas, debían pasar a

Buenos Aires, en cuyos colegios les sería costeadada "la educación, vestuario y mantenimiento". No quiso la suerte favorecer a Sarmiento, que figuraba el primero en la lista de la Escuela de la Patria, y ello llenó de amarga decepción el pobre hogar de los Sarmiento, cuyo jefe intentó todavía un recurso extremo: dirigir una solicitud al Ministerio de Gobierno, la cual, sin que en ella recayese providencia alguna fué archivada.

Aparece entonces en la vida de Sarmiento el presbítero don José de Oro Albarracín, su pariente por línea materna, espíritu culto y liberal que, conquistado por la inteligencia del niño, lo toma a su cargo, lo lleva a su casa y le enseña latín, geografía y religión. Pero la revolución del 26 de julio de 1825, que depuso al gobernador unitario don Salvador María del Carril, porque había acometido la temeraria empresa de la reforma eclesiástica en San Juan y la declaración de la libertad de cultos, industrias e imprenta; y los sucesos a ella posteriores: la reposición del gobernador y luego la designación de Navarro, su sucesor, trajeron como consecuencia la expulsión del territorio de la provincia, entre otros, de los tres maestros de la Escuela de la Patria y del presbítero Oro, con lo cual Sarmiento quedó en un solo día privado de cuantos se preocupaban por su educación y debió interrumpir sus estudios.

J U V E N T U D

A fin de ocupar su tiempo, convirtiéndose entonces Sarmiento en el ayudante del ingeniero francés Víctor Bareau, encargado de delinear la ciudad de San Juan, cuyo plano debía levantar. A su lado aprendió empíricamente la mensura, con cuyo conocimiento, tal vez, hubiese podido adquirir un medio de vida, pero los mismos acontecimientos políticos obligaron a M. Bareau, que solía dejar los niveles por la pluma de combate, a trasladarse a Mendoza.

Hacia 1826, instalado el presbítero Oro en el miserable poblado de San Francisco del Monte, en San Luis, reuniósele Sarmiento, y allí acabó de nutrir su inteligencia al lado del ilustrado maestro y de templar su carácter junto al alma ejemplar de su pariente y mentor, al que dedica en sus "*Recuerdos de provincia*" un conmovido párrafo, reconociendo cuánto de su formación le debe, al punto que, y son sus palabras: "su alma entera transmigró a la mía, y en San Juan mi familia,

al verme abandonar a raptos de entusiasmo, decía: "ahí está don José de Oro hablando", pues hasta sus modales y las inflexiones de voz alta y sonora se me habían pegado". Allí estreñóse Sarmiento como maestro, enseñando a leer a unos cuantos rústicos mocetones, alguno de los cuales abandonó la cartilla para casarse.

Fracasada en 1827 una última tentativa de iniciación de estudios secundarios — pues el gobernador José Antonio Sánchez, que interesado por Sarmiento, cuyas cualidades intelectuales conocía, ofreció hacerle estudiar a expensas del gobierno provincial en el Colegio de Ciencias Morales de Buenos Aires, fué depuesto por los federales que respondían a Facundo Quiroga — debió el joven Sarmiento procurarse una ocupación que le produjese de qué vivir, a cuyo efecto entró como dependiente en el almacén de la viuda de don Soriano Sarmiento. Allí estuvo dos largos y monótonos años apenas llevaderos gracias a la lectura de los *Catecismos de ciencias y artes* editados en Londres, con destino a las repúblicas hispanoamericanas, por Rodolfo Ackermann. Fueron de aquellas lecturas las que más honda huella dejaron en su espíritu los compendios de historia antigua y las vidas de Cicerón y Franklin, que despertaron en su alma la admiración por lo bueno y lo grande.

Cerraba Sarmiento sus días de rudo trabajo material con la lectura explicada de la Biblia que con su tío, el presbítero don Juan Pascual Albarracín, hacía noche tras noche antes de entregarse al reposo. Completóse así su educación, toda ella religiosa, iniciada por una madre creyente, continuada por maestros que también lo fueron y perfeccionada por clérigos, de los cuales varios, y algunos tan ilustres como fray Justo Santa María de Oro, se contaban entre sus familiares. Pese a tal educación y a la tradición hogareña, Sarmiento, que como todos los jóvenes de su época fué arrastrado a las luchas civiles, embanderóse con los unitarios, que constituían en San Juan la minoría ilustrada. Decidiólo a ello, además de su simpatía por la causa unitaria, que sustentaba teorías análogas a las que él leía en sus libros predilectos, la arbitrariedad que con él quiso ejercer el gobierno federal de don Manuel Gregorio Quiroga, pretendiendo hacerle servir en las milicias, lo que le era imposible por las exigencias del empleo de que vivía. Su negativa le valió una corta prisión, de la que le sacaron las

influencias de sus parientes federales, y que marcó su vocación política. “Dos años después — lo dice el mismo Sarmiento en un discurso pronunciado en Santa Rosa de los Andes, ya en el ocaso de su vida — entregaba la llave de la tienda para ceñir la espada contra Quiroga, los Aldao y Rosas: en las horas de reposo, que eran las de la proscripción, abrir escuelas y enseñar a leer a las muchedumbres”.

Tras correr serio peligro su vida en varias ocasiones, en julio de 1830 obtuvo Sarmiento, que ya era capitán, su licenciamiento del ejército de línea, para ingresar, conservando el grado, en un cuerpo de milicias locales. Permaneció en su provincia natal hasta que, cuando a principios de 1831 Rosas puso en ejecución el plan que iba a dar a los federales el dominio total del país y Facundo Quiroga empezó a recobrar en las provincias andinas el poder que había perdido en Oncativo, los unitarios de San Juan, teniendo las represalias del adversario y dominados por pánico indescriptible, emprendieron el camino del destierro y buscaron refugio en Chile. Entre los emigrados se hallaban Sarmiento y su padre, que después de una marcha de tres días, angustiosa por la fatiga del viaje y las inquietudes de la fuga, respiraron del otro lado de la cordillera el puro aire de la libertad.

Tras breve estada en Putaendo, se radicaron en Los Andes, donde tenían buenas relaciones que les acogieron generosamente. Allí el joven Sarmiento recurrió para ganarse la vida a sus aptitudes para la enseñanza, que ya había demostrado en San Luis, cuando estuvo con su tío don José de Oro, y en su propio hogar enseñando a sus hermanas, que, por él iniciadas, llegaron a ser excelentes maestras.

Fué nombrado maestro, con un sueldo de trece pesos mensuales, de la humildísima escuela de Los Andes. Allí puso en práctica sus ideas personales acerca de la enseñanza: adoptó el sistema Lancasteriano de enseñanza mutua, entonces muy en boga, sustituyó en el aprendizaje de la lectura el viejo método del deletreo por el silábico y desterró, no sólo los infames librotos terroríficos que asustaban a los tiernos infantes con sus descripciones del infierno, sino también las llamadas *Cartillas Cristianas*.

Tales innovaciones, como es natural, no fueron igualmente bien acogidas por todos; encontrólas mal el gobernador, don

José Tomás de la Fuente, y, tras agrio altercado, pues Sarmiento se manifestó con toda altivez, fué el maestro separado de su puesto. Y he aquí al joven sanjuanino nuevamente en situación asaz crítica: sin medios de vida, en país extraño, y no pudiendo volver al propio, donde el general Quiroga — al que en una carta que el azar puso en manos de éste había calificado de bandido — prometiera, enconado, a la ejemplar doña Paula Albarracín castigar con la muerte, donde lo encontrara, al hijo proscripto.

Pasó entonces Sarmiento al caserío de Pocuro; allí instaló una escuelita en la que, por una suma casi insignificante, enseñaba a los niños a leer, y allí instaló, al mismo tiempo, un miserable bodegón, que tuvo efímera existencia.

Hacia 1833 le encontramos en Valparaíso, de dependiente, por una onza mensual, en una casa de comercio; luego en Copiapó y Chañarcillo, como mayordomo de la mina de don Nicolás Vega, donde, y son sus palabras en *"Recuerdos de provincia"*: "calzaba babucha y escarpín, llevaba calzoncillo azul y algodón listado, engalanando este fondo, a más del consabido gorro colorado, una ancha faja de donde pendía una bolsa capaz de contener una arroba de azúcar, en la que siempre tenía uno o dos manojos de tabaco tarijeño".

Durante aquellos años Sarmiento reanuda con entusiasmo sus lecturas y estudios, suspendidos mientras vivió en la milicia; en Valparaíso aprendió en sólo mes y medio, pagando al profesor con verdadero sacrificio, el inglés, así como hacia 1839, durante el mes que permaneció escondido de Quiroga, estudió, sin más elementos que un diccionario y una gramática, el francés. Claro está que no adquirió por completo el dominio de una y otra lengua tras tan extraño cuan efímero aprendizaje, pero logró sí, leer y traducir los libros franceses e ingleses, ensanchando notablemente el campo de sus lecturas.

Asesinado Facundo Quiroga en febrero de 1835, empezaron a volver a sus lares los proscriptos que erraban por tierras de Chile, a los que los nuevos gobernadores de San Juan concedían plenas garantías. Sarmiento, que estuvo a punto de morir en las minas, a principios de 1836, de grave afección cerebral, volvió a la ciudad familiar en ese año y allí el cariño de los suyos completó su curación. Llevó entonces una vida oscura, ya enseñando dibujo, ya defendiendo

pleitos, todo ello con poca suerte, hasta que, vuelto a San Juan con el título de doctor en leyes y en carácter de juez Antonino Aberastain, uno de los compañeros de Sarmiento en la escuela de primeras letras y de los agraciados en aquel sorteo de las becas ofrecidas por el gobierno de Buenos Aires en 1823, dispensó su protección al ex condiscípulo, cuyas altas dotes de inteligencia estimaba, brindándole la oportunidad de demostrar su ilustración, notable para la época y el medio.

Con Aberastain y los escasos jóvenes ilustrados de San Juan, entre ellos Guillermo Rawson, se reunía Sarmiento en casa del doctor Quiroga de la Roza, hijo de una de las principales familias, flamante doctor en leyes y dueño de una hermosa colección de libros de literatura francesa. En esas tertulias se leía con entusiasmo y se imbuían los jóvenes estudiosos del espíritu francés; allí adquirió Sarmiento principios más o menos definidos, puso en orden sus desordenadas lecturas y convirtiéndose a la tendencia francesa que caracteriza su pensamiento y su obra anteriores a sus viajes por Europa y América del Norte.

Hacia esa época comienza Sarmiento a preocuparse de escribir, aunque dos o tres años antes, hallándose en Chañarillo, había ya trabajado en un proyecto sobre colonización de las tierras adyacentes al río Colorado. A un ensayo, "*Bases para la unión de la juventud americana*", siguieron tentativas poéticas; mas, pese a la opinión favorable que sus versos merecieron a Alberdi, a la sazón miembro distinguido de la juventud inteligente de Buenos Aires, comprendió Sarmiento que ni su inspiración, ni su estilo eran de los que pueden sujetarse a la tiranía del metro y el ritmo.

Constituyeron Sarmiento y sus amigos una "*Sociedad Literaria*", entre cuyos fines figuraba la fundación de colegios y la publicación de un periódico; el primero de ellos fué logrado con la inauguración, el 9 de julio de 1839, del Colegio de pensionistas de Santa Rosa en cuyo acto Sarmiento, que fué designado director del mismo, pronunció su primer discurso. El 20 de julio del mismo año se convirtió en realidad el segundo de los fines, con la aparición del primer número de "*El Zonda*", periódico semanal cuyo editor y principal colaborador era Sarmiento, y publicado en la pequeña imprenta fundada en 1825 por el doctor del Carril, que el gobernador Benavides cedió

a la "*Sociedad Literaria*" con la única condición de que el diario no había de ocuparse de política. La publicación fué de carácter meramente literario y en ella Sarmiento, iniciado como periodista, dió muestras de la impetuosidad que había de ser característica de sus escritos: censuró con tal acritud las costumbres locales que el gobernador, disgustado, retiró su protección a "*El Zonda*" y exigió al editor el pago de los gastos de impresión. Negado que se hubo Sarmiento, fué encarcelado, para recobrar su libertad, luego que satisfizo el pago exigido. Rompiéronse así las relaciones entre el gobierno y la "*Sociedad Literaria*", la cual, perdiendo entonces su carácter inicial, fué adquiriendo un matiz marcadamente político, para convertirse en una filial de la "*Asociación de Mayo*" que Echeverría fundara en Buenos Aires y a la que, siendo estudiante, había pertenecido Quiroga de la Roza.

Los acontecimientos políticos de 1840, repercusión en el interior de los acontecimientos que se desarrollaban a orillas del Plata, determinaron a Benavides a ordenar la prisión de los unitarios; la mayoría de ellos huyó a Chile o a Salta, pero Sarmiento, que no pudo alejarse, fué de nuevo encarcelado el 8 de noviembre, para luego ser públicamente pisoteado y golpeado por una turba de oficiales que ebrios pedían a gritos su cabeza. Salvó su vida en esa ocasión el ruego de su madre y hermanas y la serenidad del gobernador Benavides, que hizo comprender al indómito unitario que su permanencia en San Juan era imposible. Y nuevamente vemos a Sarmiento camino del destierro alejarse de su patria, de la que se despide con la famosa inscripción que graba al pasar en una piedra: "Las ideas no se degüellan".

MADUREZ Y OSTRACISMO

Ciérrase así el período de infancia y juventud de Sarmiento y comienza la época de su ostracismo. Se establece con Quiroga de la Roza en Santiago de Chile, donde debe hacer frente a la vida en un ambiente extraño a su temperamento y a sus ideas. Conoce entonces al gran LASTARRIA, gloria de las letras chilenas, que le describe así: "El hombre realmente era raro: sus treinta y dos años de edad parecían sesenta por su calva frente, sus mejillas carnosas, sueltas y afeitadas, su mirada fija, pero osada, a pesar del apagado

brillo de sus ojos, y por todo el conjunto de su cabeza, que reposaba en un tronco obeso y casi encorvado. Pero eran tales la viveza y la franqueza de la palabra de aquel hombre viejo, que su fisonomía se animaba con los destellos de un gran espíritu, y se hacía simpática e interesante”.

La situación del emigrado era asáz precaria y no podía apelar para subsistir sino a sus disposiciones para la enseñanza o a su aptitud literaria. Deseoso de probarse, y estimulado por sus amigos, escribió un artículo en celebración del próximo aniversario de la batalla de Chacabuco, que mereció la aprobación de LASTARRIA y apareció en *“El Mercurio”* de Valparaíso, encubierto el autor bajo el seudónimo de *Un teniente de artillería en Chacabuco*.

El público chileno, acostumbrado a la pluma de don Andrés Bello, el único que escribía en el país, abstracción hecha de los escritores políticos, recibió con curiosidad el artículo de Sarmiento y dejóse ganar por el talento y aptitudes literarias que aquél dejaba traslucir, por cuyo motivo la dirección de *“El Mercurio”*, único diario de Chile a la sazón, y de carácter semioficial, pues recibía una subvención del gobierno, ofreció al autor un sueldo mensual de treinta pesos, con la obligación de escribir semanalmente tres o cuatro editoriales.

Entra así el emigrado Sarmiento a formar parte de la redacción de *“El Mercurio”*, a la que perteneció hasta agosto del siguiente año, en cuya fecha, solicitado por don Manuel Montt, en momentos en que se desarrollaba la campaña de la futura presidencia, se hizo cargo de la redacción de *“El Nacional”*, periódico de índole política que tuvo muy efímera vida. De entonces data la firme amistad que unió para toda la vida a Montt y Sarmiento, y que hubiera representado para éste en ese momento, de haberlo querido aprovechar, el favor del partido oficial, triunfante en las elecciones.

Pero Sarmiento tenía sus ojos puestos en los acontecimientos de su patria, a la que intenta volver en setiembre de 1841, con una carta de presentación de la *“Comisión Argentina”* de Santiago, de la que era miembro, para el general Lamadrid, jefe de la *“Coalición del Norte”*. Mas, ya en la cumbre andina, debió volverse, pues el general Pacheco acababa de vencer a los unitarios en el Rodeo del Medio, en las proximidades de Mendoza, y Lamadrid, con los sobrevivientes

de su ejército, marchaba hacia Chile, con tan escasa fortuna que, sorprendidos por furioso temporal, murieron muchos de los fugitivos y otros padecieron atroces sufrimientos, de los que dió Sarmiento noticia en "*El Mercurio*", en artículos plenos de calor y emoción.

La realidad hizo ver a Sarmiento que se vuelta a los patrios lares era imposible en aquellos momentos, por lo que se decidió a trasladar su familia a Chile en 1842. Allí conquistóse en breve plazo un puesto de primera fila en las letras y en la política; continuó en la redacción de "*El Mercurio*", en el que tomó a su cargo los editoriales de política chilena y argentina y los de instrucción pública y crítica teatral. Su temperamento de recio luchador, su franqueza y valentía, originaron no pocas polémicas, que ejercieron una grande influencia en el desarrollo de la cultura chilena y, en particular, de sus letras. Sarmiento propúsose combatir el error, sugiriendo a la par las reformas que lo remediaran, y lo hizo con tal encarnizamiento que se atrajo animosidades tan injustas como profundas. Labróse así una situación de respeto junto a los hombres de gobierno, pero atrájose también el odio político de los opositores.

Entre tanto, el progresista Montt había fundado en enero de 1842 la primera Escuela Normal de Preceptores y confió su organización y dirección a Sarmiento con un sueldo mensual de cien pesos. En ella pudo éste, que enseñaba lectura, gramática, geografía, aritmética y cosmografía, aplicar sus personales ideas pedagógicas, entre las cuales eran de las más importantes las relativas a la enseñanza de la lectura por el método silábico, en sustitución del viejo sistema del deletreo.

En materia de lengua y gramática, Sarmiento profesaba doctrinas diametralmente opuestas a las a la sazón dominantes en Chile y que a los ojos de las personas ilustradas cobraban visos de verdaderas herejías literarias y gramaticales. Ello hizo que don ANDRÉS BELLO, bajo el seudónimo de *Un quidam*, le refutase proclamando la necesidad de que la juventud de Chile se aplicara con tesón al estudio de los "admirables modelos de la literatura castellana" a fin de evitar la corrupción literaria en que había caído un país americano, que no nombraba, pero era evidentemente la patria de Sarmiento. Éste replicó en dos artículos brillantísimos, verdadera profesión de

su fe literaria e índice de la profundidad de sus ideas, en los cuales atribuye la esterilidad de las letras chilenas “a la perversidad de los estudios que se hacen, el influjo de los gramáticos, el respeto a los admirables modelos, el temor de infringir las reglas, lo que tiene agarrotada la imaginación de los chilenos, lo que hace desperdiciar bellas disposiciones y alientos generosos. No hay espontaneidad, hay una cárcel cuya puerta está guardada por el inflexible culteranismo, que da sin piedad de culatazos al infeliz que no se le presenta en toda forma. Pero cambiad de estudios, y en lugar de ocuparos de las formas, de la pureza de las palabras, de los redondeados de las frases, de lo que dijo Cervantes o Fray Luis de León, adquirid ideas de donde quiera que vengan, nutrid vuestro espíritu con las manifestaciones de los grandes luminares de la época, y cuando sintáis que vuestro pensamiento a su vez se despierta, echad miradas observadoras sobre vuestra patria, sobre el pueblo, las costumbres, las instituciones, las necesidades actuales, y en seguida escribid con amor, con corazón, lo que se os alcance, lo que se os antoje, que eso será bueno en el fondo, aunque la forma sea incorrecta; será apasionado, aunque a veces sea inexacto; agradará al lector, aunque rabie Garcilaso; no se parecerá a lo de nadie, pero, bueno o malo, será vuestro, nadie os lo disputará...”

Ello fué principio de una ardiente polémica entre los escritores argentinos, representados por Sarmiento y Vicente Fidel López, y los chilenos, que fundaron un periódico literario, el “*Semanario de Santiago*”, que había de servir de tribuna a la juventud de Chile. Tanto se enardecieron los ánimos, que la polémica alcanzó contornos de escándalo, hasta que la intervención amistosa de Lastarria logró ponerle fin.

A mediados de 1842 abandonaba Sarmiento la redacción de “*El Mercurio*” de Valparaíso y a fines del mismo año fundaba con López “*El Heraldo Argentino*”, destinado a ser el órgano de los expatriados y que no alcanzó al tercer número, en vista de lo cual hízose luego cargo de “*El Progreso*”, primer diario que vió la luz en Santiago y órgano semioficial del gobierno y en particular del ministro Montt. Desde sus columnas trató Sarmiento todos los asuntos importantes de Chile, entre ellos el de la colonización del estrecho de Magallanes, y sostuvo una polémica, vivaz por una y otra parte, con José

Joaquín Vallejos, agudo escritor a la manera de Larra, que no simpatizando con los emigrados argentinos periodistas o literatos, que calificaba de loros parlanchines, los zahería, bajo el seudónimo de *Jotabeche*, con mordaces pullas.

Las desfavorables noticias llegadas del otro lado de los Andes, donde los unitarios habían sufrido la derrota de Arroyo Grande, impulsaron a Sarmiento y López a deponer toda hostilidad, y en el número de "*El Progreso*" del 11 de enero de 1843 manifestaban a sus lectores que creían definitivamente cerrado para ellos el camino de la patria y que, en consecuencia, deseosos de incorporarse a la nacionalidad chilena, desistían de todo afán polémico.

Terminaron así aquellas polémicas, fruto no sólo de divergencias literarias, sino de rivalidades entre la juventud aristocrática e ilustrada de Chile y los emigrados argentinos, no menos aristocráticos y plenos de arrogancia, polémicas que ejercieron la más favorable de las influencias en el campo de las letras chilenas, sobre el que soplaron por obra de ellas, auras renovadoras.

Pero el periodismo, que constituía para Sarmiento el más peligroso de los terrenos, dado su natural impetuoso y su confianza en sí mismo, le arrastró nuevamente, no ya a polémicas literarias, sino a luchas de peor especie, en las que se puso en tela de juicio su propia dignidad, como fué la cuestión con Domingo Godoy, motivada por una imprudente alusión de Sarmiento a una monja de pálido Zañartú, emparentada con aquél. Tras un tiroteo de panfletos de ribetes escandalosos, que cesó gracias a la intervención de personas respetables, fatigado y viendo su dignidad hecha jirones, palpando el vacío que iba creándose en torno suyo, pensó Sarmiento en refugiarse en las minas de Copiapó, de lo que fué disuadido por Montt, que lo retuvo en Santiago designándole miembro de la Facultad de Filosofía y Humanidades recientemente creada. Allí, un mes después, leía Sarmiento su primer trabajo producido para la Universidad: su "*Memoria sobre ortografía americana*", en la que declara muerta y enterrada a la Academia Española, así como su sistema orográfico, proponiendo uno fundado en la sola pronunciación de las palabras tal como éstas suenan en los países americanos. Sugería al efecto la adopción de una nomenclatura alfabética de acuerdo a la lógi-

ca, suprimiendo las letras innecesarias en el castellano de América: *h*, *v*, *z* y la *u* muda después de *g* y *q*, sustituyendo la *x* por los grupos *cs* o *gs* y la *y* con valor de vocal por la *i*, y fijando el sonido fuerte de la *c* ante las cinco vocales. Tales ideas, que en esencia tienden a la armonización de la escritura con la lectura, habían ya aparecido en el siglo XVI en los escritos de Antonio de Lebrija y luego en los de otros gramáticos posteriores, no eran, pues, originales de Sarmiento, pero, a pesar de ello, fueron refutadas por el literato español residente en Chile, don RAFAEL MINVIELLE, que acusó al argentino de odiar a España, y le enrostró su altanería y gravedad. Cabe decir que Sarmiento contestó a Minvielle en una serie de cartas destinadas a defender a un tiempo su persona y el sistema propuesto, y que éste, ampliamente discutido por la prensa y defendido por el autor en más de cuarenta jugosos artículos, fué aprobado en parte por la Universidad y usado por varios años, hasta que se generalizaron las reglas ortográficas de don Andrés Bello, tentativa ésta de escritura fonética.

Entre tanto proseguía Sarmiento tesoneramente su labor periodística y realizaba con sus artículos de instrucción pública, entre los que sobresalen los referentes a la educación de la mujer, fructífera obra en el terreno educacional, que contribuyó no poco al progreso de Chile.

Deseoso de proporcionar a los niños libros de lectura de carácter religioso, pero despojados de todo elemento terrorífico u obsceno, tradujo del francés en 1844 "*La conciencia de un niño*" y "*La vida de Jesucristo*", con los cuales él, que no militaba en el campo de religión alguna, se preocupaba de levantar el nivel de la educación religiosa del pueblo. Compuso en la misma época su "*Método de lectura gradual*", con el que prestó a su tierra de adopción el más señalado de los servicios, ya que en él han aprendido a leer en serie ininterrumpida tres millones de niños chilenos.

No menos proficua fué la obra de Sarmiento en el campo de la instrucción secundaria. Mientras dirigió la Escuela Normal introdujo reformas fundamentales en la enseñanza de la gramática castellana, que a pedido de la Facultad de Humanidades concretó en sus "*Apuntaciones sobre un nuevo plan de gramática*". Profesor en el Liceo de Santiago, que fué luego

de propiedad suya y de López, quisieron uno y otro imprimir orientación independiente al establecimiento, lo que fué motivo de censuras de parte del Consejo de Instrucción Pública y de su descrédito, circunstancias que determinaron su cierre.

Dividido en 1844 en dos tendencias el partido oficialista, Sarmiento volvió a la redacción de "*El Progreso*" para sostener la de Montt, frente a "*El Siglo*", órgano de la de Irarrázabal, dirigido por José Nepomuceno Espejo. Pronto polemizaron uno y otro diario, cuyos directores, ambos fogosos y apasionados, se excitaron al punto de llegar a una escena de público pugilato. Nuevas polémicas con Irisarri y Godoy enardecieron a Sarmiento, que quiso responsabilizar de los ataques contra él dirigidos a su amigo, el noble escritor Lastarria, con quien, en un momento de ofuscación rompió públicamente, para luego volver a su fraterna amistad.

En esta segunda etapa de su colaboración en "*El Progreso*", Sarmiento desarrolló una tenaz campaña contra el espíritu religioso dominante, cuyas características se encuadraron dentro de la mayor corrección y en la que fué golpe maestro el cargo por él incoado a los dirigentes católicos de Chile de no haber difundido entre el pueblo la doctrina de que eran depositarios.

En medio de esta vida tan múltiple cuan fecunda, Sarmiento no perdía el control de los sucesos de su patria y combatía desde la prensa el poder de Rosas, contra el cual logró excitar al gobierno y al pueblo chilenos, así como al periodismo, al punto que jamás éste dió cabida en sus órganos a nada que no fuese por completo adverso al tirano. Datan de esta época de la vida de Sarmiento dos obras de carácter a la vez político y literario, que fueron índice de su talento, que excedía el cauce del periodismo: las vidas del fraile Aldao y de Facundo Quiroga. La primera, que se hacía eco de la satisfacción con que los expatriados habían visto la muerte de aquel personaje siniestro que tanto había ofendido la moral cuanto perjudicado a su patria, apareció en el folletín de "*El Progreso*" y luego en libro con el título de "*Apuntes biográficos*". El éxito con que fué acogida estimuló a Sarmiento a emprender obra de más vastas proporciones destinada a combatir a Rosas, y le decidió a escribir la vida de Juan Facundo Quiroga, muerto diez años atrás por Santos Pérez en Barranca Yaco.

Durante los meses de mayo y junio de 1841 aparecieron, también como folletín de *"El Progreso"* y a medida que Sarmiento los iba escribiendo, los capítulos que luego reunidos formaron el tomo de *"Facundo o Civilización y barbarie en las pampas argentinas"*, ampliamente difundido en nuestro país y fuera de él.

Ambas obras no son en esencia sino los recuerdos personales del autor, que vivió en la época de Aldao y Quiroga, y fué testigo de los desmanes de uno y otro y de las luchas entre federales y unitarios, y comprendió la índole de nuestras masas campesinas, que armadas por uno u otro de los bandos, se lanzaban en ciega lucha en holocausto de intereses que no eran los propios.

Esos recuerdos personales, vertidos en el estilo característico de Sarmiento, y que no pueden interpretarse como historia de los hombres o de los sucesos a que ellos se refieren, constituyen la firme base sobre la que asienta la fama literaria del ilustre hijo de San Juan.

La *"Vida de Aldao"* bosqueja una de las más siniestras figuras de nuestra historia: la del mendocino José Félix Aldao, fraile dominico y capellán del ejército libertador de San Martín, que en las vísperas de Chacabuco trocó el hábito por la chaquetilla y se señaló en las acciones posteriores por su valor temerario y su sanguinaria crueldad. Embanderado luego en las contiendas civiles, primero con los unitarios, luego con los federales, convirtiéndose en el caudillo rosista de Mendoza, donde se entregó, con repugnante cinismo a todos los vicios. Sarmiento reconstruye esa vida tan fogosa y extraña en una obra, aunque de limitadas proporciones, plena de belleza, logrando con felices pinceladas — a veces una anécdota y aún una palabra — pintar vigorosamente situaciones y hechos que desnudan el alma oscura del fraile Aldao y retratan con toda fidelidad el ambiente en que actuó.

Dentro de la misma tendencia, pero con más amplias proporciones, escribió Sarmiento la segunda de estas obras, sin lugar a duda alguna la más importante de cuantas a su pluma se deben. El *"Facundo"*, nombre con el que usualmente se la designa, consta de tres partes netamente definidas: en la primera Sarmiento describe al país desde el punto de vista físico y trata de sus modalidades sociales, resultantes de su propia

naturaleza; en la segunda refiere la actuación pública de Juan Facundo Quiroga y los entretelones de su vida privada, que explican aquélla; en la tercera resume sus propias ideas políticas frente a la tiranía, que presto ha de desaparecer.

En la primera parte Sarmiento se nos muestra eximio colorista y retrata magistralmente algunos tipos que son para él consecuencia de las condiciones físicas propias del país; el baqueano, el rastreador, el cantor, el gaucho malo. Atribuye a la naturaleza peculiar — inmensas pampas, en gran parte carentes de árboles, ríos y montañas, en las que aparecen diseminadas unas pocas ciudades, casi perdidas durante cientos de años hasta que el ferrocarril las ha unido al mundo civilizado — su atraso social. En efecto, el aislamiento y la vida casi primitiva del gaucho, obligado a valerse de la fuerza para subsistir, ha originado al tipo brutal del caudillo que, señor de sus hordas semisalvajes, las lanza sobre la ciudad, cuya cultura desprecia, porque no la reconoce capaz de resistir a su empuje.

Dentro de tal corriente de ideas, Sarmiento ve en las revoluciones, que han ensangrentado despedazándolo a nuestro suelo, una lucha cuerpo a cuerpo entre las civilizaciones urbanas que, para defenderse, se cobijan bajo los pliegues del pabellón unitario, y la barbarie de la campaña, cuyos habitantes responden al bando federal, representado para ellos en los caudillos semibárbaros que al imponérseles postergaron la constitución definitiva del país.

Sentados estos precedentes, se entrega Sarmiento en la segunda parte, en la que se muestra parcial e inexacto, a cargar con sombrías tintas el retrato del Tigre de los Llanos, cuyo carácter refleja en una serie de anécdotas que nos le muestran irascible y autoritario, carente de sentido moral y de creencias religiosas, pero dotado de natural inteligencia, activo, conocedor profundo de la psicología del gaucho, cuyo corazón sabía como nadie ganar para su causa.

Luego de personificar en Buenos Aires y Córdoba respectivamente las ideas de libertad y progreso y la reacción contra ellas, refiere Sarmiento los hechos históricos culminantes de aquella época, a partir de la revolución iniciada por Lavalle en diciembre de 1828, verdadero punto de arranque de la tiranía; los episodios de la lucha civilizadora dirigida

por el general Paz, las campañas bárbaras de Quiroga, para terminar con la dramática escena del asesinato del caudillo, que presentía su fin, por Santos Pérez, el gaucho malo que mata para servir a una voluntad extraña aun no identificada.

En la tercera y última parte del "*Facundo*", Sarmiento propone el remedio que ha de extirpar los males del país. Unitario desde su iniciación, dentro de una familia cuyos más caracterizados representantes militaron en la tendencia federal, Sarmiento veía en Rivadavia el modelo del talento político y patriótico argentino; sus lecturas francesas consolidaron aun más sus ideas, que sistematizaba en su lema, desprovisto de todo contenido esencial: "La República Argentina no es ni puede ser sino una e indivisible", y en virtud de las cuales sostenía que el régimen unitario era el que reclamaban las condiciones físicas de un país que carecía de límites naturales que pudiesen demarcar los estados federales. La misma dictadura le servía de punto de apoyo para sus doctrinas, pues le permitía afirmar que al someter Rosas a su voluntad a todos los caudillos regionales, había consumado de hecho la unidad nacional. Pero no dejándose cegar por un concepto estrechamente partidista, concluye Sarmiento que los patriotas han de conformarse, caído Rosas, con un gobierno cuya constitución "unitaria, federal, mixta — ella ha de salir de los hechos consumados" — asegure la vida y la propiedad.

Es innegable que con "*Facundo*" Sarmiento se proponía un fin político, urgente en ese entonces: prestigiar la figura política del general Paz, a quien los desterrados de Montevideo iban a confiar un ejército capaz de derrocar al tirano, y desprestigiar la de Rosas, haciendo conocer el origen de su poder y la categoría de sus adeptos. Y lógicamente, siendo tales los propósitos, no podía esperarse de Sarmiento justicia e imparcialidad, ya que para él todos los argentinos de aquel entonces: o pertenecían al bando federal y eran con el tirano responsables de las calamidades nacionales, o, siendo unitarios, eran por el solo hecho de serlo, dechado de todas las virtudes cívicas. Y es también innegable que Sarmiento logró ampliamente el fin propuesto, ya que él, con esta obra de su madurez, así como Mármol con sus versos inflamados, legaron a las generaciones que habían de sucederles el retrato del tirano perfecto, carente de toda inspiración patriótica y de todo plan político.

Literariamente hablando, no es el "*Facundo*" obra maestra: incorrecta en su estilo, llega a veces a ser incoherente, pero aparecen en ella innumerables rasgos de genio, que se manifiestan en anécdotas oportunas, en atrevidas paradojas, en imágenes brillantes, en hermosas figuras, en comparaciones felices. Sarmiento no se complace en el detalle, pero logra en casi todos sus cuadros dar una impresión fiel y perdurable de los hombres y las cosas, de las circunstancias y las situaciones.

Profusamente difundido en todo el país, vertido al francés, al inglés, al alemán y al italiano, "*Civilización y barbarie en las pampas argentinas*" — de la que decía el ilustre BARROS ARANA en 1876 al hablar de las obras históricas argentinas: "Debe contarse en primera línea entre ellas la vida de Facundo Quiroga por don Domingo Faustino Sarmiento, página brillante, animada y colorida de la historia de las guerras civiles de las provincias argentinas. Aunque muchas obras de este célebre escritor abundan en noticias históricas, es el "*Facundo*" su libro capital; el que ostenta mejor que otro alguno sus grandes dotes literarias, y el que más nos enseña, pintándonos con ricas pinceladas la vida de las pampas, los rasgos distintivos del carácter de sus hijos, y los horrores de una lucha sangrienta, en que abunda el heroísmo más simpático y la crueldad más abominable" — constituye lo más genuinamente nacional dentro de nuestra literatura.

Los odios políticos y religiosos que con sus campañas habíase Sarmiento atraído, hiciéronle imposible la vida en Chile y, desalentado, pese a su vigoroso temperamento, solo en medio de una sociedad que le consideraba un advenedizo y no le perdonaba su superioridad, pensó dirigirse a Bolivia en busca de un ambiente más cordial y sosegado, pero Montt, su amigo de todos los momentos, cuya influencia en el gobierno era decisiva, consiguió para él la comisión de estudiar la instrucción pública en Europa, con una subvención de mil pesos anuales, y hacia allá partió el luchador en octubre de 1845.

A su paso, dos meses después, por Montevideo, halló ahí el último baluarte de la libertad en el Plata, refugio de los unitarios derrotados en el campo de batalla y sitiados por el ejército de Oribe. Allí, donde se publicaba a la sazón en "*El Nacional*" de Mitre como folletín su "*Facundo*", fué cordial-

mente acogido por sus compatriotas, que integraban un brillante centro intelectual. En Río de Janeiro, ciudad en que permaneció dos meses durante el verano de 1846, se vinculó con José Mármol, cuyos versos ardientes le conquistaron, y fué recibido por el emperador don Pedro II, con quien platicó acerca de la política de su país.

Ya en París en el mes de mayo, se aplicó durante casi medio año a cultivar su espíritu y aprovechar su viaje para sus fines políticos; investido como estaba de una misión oficial, pronto logró contacto con los más destacados periodistas y hombres públicos, a los cuales interiorizó de las características del gobierno de Rosas, carente de toda legalidad. En desempeño de la comisión motivo de su viaje visitó numerosos establecimientos de segunda enseñanza y especialmente la Escuela Normal de Versalles, así como los de protección a la primera infancia abandonada, nuevos en aquella época.

Presentado por cartas del general Las Heras y del almirante Blanco Encalada, visitó Sarmiento al general San Martín repetidas veces, sin lograr convencerlo de los horrores de la tiranía; tan inútiles fueron sus esfuerzos al respecto que, al presentir su muerte y disponer su testamento, legó el ilustre general su espada a Rosas.

Viajó luego por España, en cuya capital no intimó con ninguno de sus hombres distinguidos, recorrió las pocas casas de educación que en aquel entonces había y defendió en "*El Tiempo*" las reformas ortográficas aprobadas en Chile, lo que le valió el nombramiento de miembro honorario de la *Sociedad de Profesores de Enseñanza Primaria de Madrid*; así como combatió el intento del general ecuatoriano Flores, que procuraba contratar en España un ejército mercenario para reconquistar en su país el perdido poder.

Después de rápidas visitas a Córdoba, Sevilla y Cádiz, Sarmiento pasó a Barcelona, que le pareció lo mejor de España, y luego a Argelia, recién conquistada por Francia y que atraía su curiosidad, aguzada por el deseo de ver de cerca cómo resolvían los franceses el problema de la ocupación territorial, que le interesaba vivamente, pues ya había él reconocido en el "*Facundo*" que el mal más grave de la República Argentina era su extensión. En Roma, en 1847, luego de presenciar las fiestas del carnaval, fué recibido en Audiencia por el papa

Pío IX, que habiendo estado en Chile veinte años antes, lo recibió muy cordialmente, interesándose por las cosas de ese país. De allí, tras una ojeada a Nápoles y las ruinas de Pompeya, a cuyo regreso le fué dado pasar en Roma la Semana Santa, se dirigió a Alemania, donde hizo breve estada que dedicó a su misión oficial y a escribir una descripción de su país a pedido del doctor Wapoens que preparaba una obra, luego traducida y publicada en Chile con el título de "*La emigración alemana al Río de la Plata*".

De nuevo en París, fué incorporado como miembro extranjero al "*Instituto Histórico*" de Francia, que así reconocía el mérito de su "*Facundo*". En la sesión en que esta sociedad científica le recibió, leyó Sarmiento un discurso acerca de la conferencia que los dos grandes generales de la independencia americana sostuvieron en Guayaquil. En él comentaba la versión que de la misma recogió de los propios labios del general San Martín, que asistió a la sesión. Esta circunstancia, unida a sus notables méritos literarios, confieren extraordinario valor a tal discurso.

Tras el fugaz paso por Inglaterra que la exigüidad de sus recursos consentía, dirigióse Sarmiento a Estados Unidos, cuyas ciudades principales así como las del Canadá, recorrió en rapidísima jira. Allí tuvo ocasión de conocer a Horacio Mann, el distinguido escritor y pedagogo, y allí, cuando la falta de dinero iba a colocarle en difícil situación, encontró a un generoso joven chileno, Santiago Arcos, que allanó sus dificultades.

El viaje por Estados Unidos fué trascendental para Sarmiento que, fervoroso admirador hasta entonces de la cultura francesa, imprimió nuevo rumbo a sus ideas, encontrando el modelo ansiado, no ya en Francia, sino en la América del Norte, cuyo progreso tranquilo y seguro impresionó hondamente su espíritu, convirtiéndole en ardoroso propagandista de los sistemas norteamericanos. En la Habana, al reintegrarse al mundo hispánico, vuelve a ponerse en contacto, según sus propias palabras, con "las tinieblas de la barbarie española"; en Lima se encuentra con JUAN MARÍA GUTIÉRREZ, a quien produce la mejor de las impresiones, al extremo de declarar éste en carta a un amigo: "no hay distinción que

no se merezca esa alma noble, esa bella cabeza, ese constante soldado de las buenas ideas”.

En marzo de 1848 helo de nuevo en Santiago de Chile, después de casi tres años de ausencia de su tierra de proscripción, durante los cuales ha hecho abundante acopio de conocimientos y experiencias, que han de serle altamente útiles en sus tareas de periodista y de político. En esa época contrae enlace con doña Benita Martínez Pastoriza, dama sanjuanina, viuda con un hijo de corta edad, Domingo Fidel Castro, que Sarmiento adoptó dándole su apellido y que constituyó para él una de las más caras afecciones de su vida.

Un nutrido informe dió cuenta al gobierno chileno de los resultados de la misión que en el extranjero confiara a Sarmiento, que en él prometía una obra de vastas proporciones destinada a dar a conocer sus ideas en cuanto a instrucción primaria. Publicó asimismo una traducción de un relato italiano del viaje que el entonces papa Pío IX realizó a Chile en 1826, siendo el canónigo Mastai Feretti, y se preocupó de organizar una sociedad de industria sericícola, que no logró prosperar.

Asocióse luego al impresor francés Belin, que había de convertirse en su yerno al casarse con su hija natural Ana Faustina, nacida en Los Andes en 1831, para establecer una imprenta que, favorecida por el gobierno, cuyas publicaciones le eran confiadas, servía también de casa editora a la copiosa producción de Sarmiento en los últimos años de su destierro. En 1849 aparecieron dos de sus libros, fruto inmediato de sus andanzas por el extranjero: *“Viajes por Europa, África y América”* y *“De la educación popular”*. El primero de ellos comprende una serie de cartas a algunos de sus amigos, fechada cada una de ellas en los diferentes sitios que en su viaje visitó Sarmiento, las cuales no se limitan a reflejar las impresiones que su espíritu recibió al contemplar civilizaciones y costumbres diferentes, mas le sirven también para propagar las ideas que le han parecido dignas de ser difundidas, con lo que el autor satisface su innato espíritu de maestro.

Este libro, cuya aparición tuvo gran resonancia, al punto de ser reproducido por diversos periódicos de Chile y de Montevideo, se caracteriza por su tendencia antiespañola, pues Sarmiento contrapone a la deslumbradora claridad de Francia,

en la que ve a la maestra de la humanidad, y a la portentosa civilización que surge en Estados Unidos, el oscurantismo de España, triste resto, a su juicio, de un pasado grandioso. Hubo quien interpretó tal tendencia como un estallido de odio contra España — cuando no era sino un ataque a todas las equivocadas ideas que trajeron a este pueblo tan glorioso en su pasado y desdichado en su presente, a la ruina y el retroceso —, y salió en defensa de la patria que creyó ofendida. Es éste el origen del opúsculo aparecido en París en 1850, con el título *"Sarmienticidio o a mal Sarmiento buena podadera. Refutación, comentario, réplica, folleto o como quiera llamarse a esta quisicosa que en respuesta a unos viajes publicados sin ton ni son por un tal Sarmiento, ha escrito a ratos perdidos un tal Juan Martínez Villergas"*, más ingenioso que eficaz, pese a la importancia que los muchos enemigos de Sarmiento quisieron atribuirle, divulgándolo de uno y otro lado de los Andes.

En su libro *"De la educación popular"* resume Sarmiento el rico caudal de sus conocimientos en materia de instrucción, acopiado durante sus años de enseñanza y notablemente enriquecido en ocasión de sus viajes. En él se ocupa de la educación de la mujer, de los establecimientos destinados a la formación de maestros, de las rentas para el sostén de las escuelas, de los planes de estudio, de la ortografía castellana y de los sistemas de premios y castigos escolares, acompañando datos estadísticos que ilustran acerca de los países por él visitados, y el análisis de los sistemas de enseñanza primaria de algunos de ellos. Es éste, en relación a la época en que fué escrito, un libro de avanzada, que influyó notablemente en la preparación del proyecto de ley orgánica de la instrucción pública en Chile presentado por Montt al Congreso y tenazmente resistido en virtud de sus mismas tendencias renovadoras.

No cejó Sarmiento en esta etapa de su vida en su lucha contra Rosas. En su quinta de Yungai, propiedad de su esposa, convirtiéndose en el alma de los emigrados argentinos y de la propaganda antirrosista, para servir la cual creó un periódico semanal, *"La Crónica"*, desde el que combatió encarnizadamente todos los actos del gobierno de Buenos Aires y pintó con sombrías tintas los horrores de la tiranía, a la par que empezó a sugerir ideas de organización política para ser apli-

cadass cuando hubiere desaparecido la dictadura. Como réplica a "*La Crónica*", cuya importancia no escapaba a los ojos de Rosas, éste envió un agente a Mendoza con el cargo de contrarrestar en las provincias andinas la propaganda de Sarmiento, fundando un periódico llamado "*Ilustración Argentina*". Entre tanto corrían ya los rumores del levantamiento de Urquiza en Entre Ríos y, sintiendo Rosas vacilante su poder, con tanta perseverancia socavado por Sarmiento desde el destierro, solicitó "con grande confianza del gobierno de Chile una medida eficaz de represión y castigo que pusiese al alevé conspirador Domingo F. Sarmiento en la imposibilidad de seguir conspirando", que le fué denegada, por cuanto aquel gobierno manifestó que el ilustre sanjuanino se hallaba amparado por la Constitución y las leyes que garantizaban la libertad de prensa. En 1849 la aparición de "*La Tribuna*", periódico destinado a sostener la candidatura presidencial de don Manuel Montt, del que fué Sarmiento redactor, puso fin a "*La Crónica*", pero no a la campaña antirrosista, proseguida entusiastamente desde aquélla.

Ya no era Sarmiento a la sazón el ferviente unitario de los años anteriores a sus viajes por Europa y Norte América; habíase convertido, lo mismo que los más ilustres entre los unitarios argentinos, en decidido admirador del sistema federal, único según ellos comprendían, con Esteban Echeverría a la cabeza, que convenía a nuestro país, dadas sus condiciones geográficas. Y si en su "*Facundo*" Sarmiento se muestra fluctuante entre los dos sistemas, el unitario y el federal, proclamando que después de la caída del tirano la constitución argentina "debía surgir de los hechos consumados", en su "*Argirópolis o la capital de los Estados confederados del Río de la Plata*", aparecido en 1850 y escrito cuando su espíritu aun estaba embargado por la impresión que en él habían producido las maravillas logradas por el sistema federal en los Estados Unidos de Norte América, sostiene las excelencias de este sistema. "*Argirópolis*" propone la reunión en un solo estado de la Argentina, el Uruguay y el Paraguay y la fundación en la isla de Martín García de la capital de esta nueva y grande nación, a la que un Congreso Constituyente, reunido apenas depuesto Rosas, ha de dotar de una Constitución encuadrada en el régimen federal. Acompaña a este fantástico

proyecto una bien documentada colección de argumentos destinados a probar la ilegitimidad del gobierno de Rosas. La aparición de "*Argirópolis*" adquirió proporciones de acontecimiento, de lo que es índice el hecho de haberse de inmediato traducido al francés, a fin de facilitar a los políticos del viejo mundo el conocimiento de los sucesos de las tierras del Río de la Plata. Del mismo año de 1850 data "*Recuerdos de provincia*", obra tal vez la más acentuadamente personal de cuantas brotaron de la pluma de Sarmiento. Compónese ella de una sucesión de cuadros de tinte marcadamente local, que ponen de relieve la personalidad del autor, precisamente en los momentos en que los proscriptos habrían de volver a actuar en el escenario de su patria.

Eran rasgos característicos y congénitos de la personalidad moral de Sarmiento, a no dudarlo una de las más vigorosas que América ha producido, la más desenvuelta franqueza, una ilimitada audacia y una vanidad indomable. Esta última le hizo dedicar entre sus escritos, no pocos a su propia persona, a tal punto que puede asegurarse que fué necesidad imperiosa para Sarmiento hablar en todas las épocas de su vida de sí mismo, de sus inmensos servicios al bien público, de su indiscutible talento, de la rectitud que siempre presidió sus actos.

Entre su copiosa producción autobiográfica son los valores más altos el folleto "*Mi defensa*", en el que contestó con ejemplar franqueza y altivez, el virulento y personal ataque de Domingo Godoy, de que oportunamente hiciéramos mención, y "*Recuerdos de provincia*", escrita, no ya para defenderse, sino para mostrarse a sus conciudadanos tal era era e ilustrarlos acerca de los importantes servicios que como publicista había prestado a sus patrias de origen y de adopción. Él mismo lo confiesa en carta a don Vicente F. López, su amigo de siempre: "He conquistado en Chile el derecho de hablar de mí mismo, de ocuparme de mis negocios y de mi reputación. Ya saben que es éste mi defecto y me lo toleran. Preparo un librote titulado "*Recuerdos de provincia*" o cosa parecida, en que hago con el mismo candor que Lamartine, mi panegírico. Le protesto, amigo, que el ridículo ha de venir a estrellarse contra tantas cosas buenas y dignas de ser narradas, que tendrán de grado o por fuerza que perdonarme la osadía".

Con sus "*Recuerdos de provincia*" Sarmiento, el "loco Sarmiento" de que hablaban no sólo la prensa rosista sino también los documentos oficiales del gobierno de Buenos Aires, erigió a su vanidad un monumento sin precedentes, cierto es, pero hizo a las letras de su patria espléndido regalo, pues este libro constituye, a no dudarlo, lo mejor, literariamente hablando, de sus obras.

La unidad de "*Recuerdos de provincia*", libro por su autor dedicado "a sus compatriotas solamente", nace del hecho de vincularse todos los cuadros que la integran con la persona de Sarmiento o de sus allegados. Sus páginas iniciales, verdadero cuadro genealógico, muestran cómo los humildes padres de Sarmiento estaban vinculados por lazos de parentesco a las más distinguidas figuras de San Juan, en el mundo de la Iglesia, de las letras y de la política, entre ellas fray Justo Santa María de Oro, el deán Funes y Domingo de Oro. A una serie de capítulos dedicados a la historia de su pueblo y de su familia, siguen aquellos saturados de nobleza y cariño en que Sarmiento narra, alcanzando verdaderos efectos de belleza literaria, la vida del hogar, su niñez transcurrida entre los juegos infantiles y las tareas escolares, en un ambiente pleno de privaciones domésticas, pero iluminado por la figura de indiscutible grandeza moral de la madre.

Tras la descripción de las costumbres aldeanas de San Juan y de los cuadros de salvajismo contemplados en los días de la tiranía, refiere Sarmiento sus diez años de vida en Chile, con sus luchas enconadas, sus amarguras profundas y sus provechosos aprendizajes; sus viajes por uno y otro continente, su activa participación en la política de ambos lados de los Andes, para terminar señalando los méritos de sus obras literarias que — ¡oh vanidad incorregible! — recomienda a la admiración de sus compatriotas.

Pero al lado de esa vanidad ingénita que campea en las páginas todas de "*Recuerdos de provincia*", brilla una gran cualidad: la gratitud, que inspira a Sarmiento cuando habla de los tres grandes protectores a quienes debió el apoyo que había de llevarlo a las alturas: el presbítero José de Oro, el doctor Antonino Aberastain y don Manuel Montt; y un gran sentimiento: el amor filial, que le hace reconocer que cuanto

es se lo debe a la mujer ejemplar que supo formarlo en el camino de la rectitud y del bien.

El valor literario de "*Recuerdos de provincia*" finca en la poesía que de sus páginas brota, en la sencillez con que se manifiestan ideas y sentimientos, en sus aciertos de estilo, en sus pinceladas felices. Moralmente, pese al obstinado culto del propio yo, en la noble audacia del autor al exponerse de cuerpo entero a los ojos de sus conterráneos, para que éstos juzgasen de él, ya que sólo lo conocían a través de la campaña difamatoria que contra su persona llevaba Rosas, y se detuvieran a meditar si la ambición que ya bullía en su fuero interno de llegar a la presidencia de la República Argentina tenía o no firme punto de apoyo.

Por todo ello, entre la nutrida producción de Sarmiento, "*Recuerdos de provincia*", que siempre se leerá con gusto y con provecho, es, después de "*Facundo*", la obra más difundida y apreciada.

RETORNO A LA PATRIA

Entre tanto, del otro lado de los Andes, el general Urquiza, que habíase levantado contra Rosas, proclamado la necesidad de reunir un Congreso Constituyente y concretado una alianza con los gobiernos de Montevideo y Brasil, buscaba con sus lanzas entrerrianas el camino de Buenos Aires para abatir al tirano. Sarmiento, deseoso de no permanecer ajeno a los acontecimientos, funda en 1851 una revista quincenal, "*Sud América*", con el propósito de seguir combatiendo a Rosas y estimular a Urquiza, hasta que, impulsado a la vez por su patriotismo y su ambición, parte en el mes de setiembre rumbo a Montevideo con los coroneles Aquino y Paunero y el teniente coronel Mitre. Llegados allí el 2 de noviembre, en momentos en que se festejaba la liberación del sitio que por nueve años había amurallado a Montevideo, Sarmiento, llevado por su egolatría, se cree el hombre del momento y se presenta ante Urquiza con el grado de teniente coronel, que él mismo se había adjudicado y que aquél le reconoció, aunque sin confiarle mando alguno y encargándole únicamente de la redacción del *Boletín del Ejército*.

Librada el 3 de febrero de 1852 la batalla de Monte Caseros, que abatió el poder de Rosas, terminó Sarmiento su come-

tido con la publicación del número 26 del *Boletín*, destinado a cantar el triunfo del ejército revolucionario. Muy luego, habiendo dado a entender Urquiza con sus actos posteriores a la victoria que él sería el amo de la situación, Sarmiento no soportó más y, después de despedirse del vencedor de Caseros con una carta llena de reproches, partió para Río de Janeiro. Acogido allí deferentemente por el emperador don Pedro II, publicó un folleto en el que incluyó, además de algunos de los artículos aparecidos en "*Sud América*" las cartas cambiadas con Urquiza y algunos políticos y militares de su patria. Con ello se proponía dar a conocer su participación en los hechos que culminaron con la caída de Rosas.

Comprendiendo por el giro de los acontecimientos de Buenos Aires que Urquiza deseaba convertirse en el gobernante legal de la República Argentina, dirigióse Sarmiento a Chile a conferenciar con Alberdi, su amigo a la sazón, al que encontró favorablemente dispuesto en cuanto a Urquiza, para cuyo Congreso Constituyente había preparado sus "*Bases para la organización de la República Argentina*". De la divergencia de opiniones de Alberdi y Sarmiento con respecto a Urquiza, nació la profunda enemistad que debía separarlos para siempre. Organizó el primero un club con el objeto de apoyar "toda tendencia de organización argentina" al que negó Sarmiento su concurso, pretendiendo fundar a su vez un club de tendencia netamente antiurquicista, para el que obtuvo numerosas adhesiones. Firmemente resuelto a combatir a Urquiza como había combatido a Rosas, dió a la estampa de inmediato su "*Campaña en el Ejército Grande Aliado de Sud América*", destinada a desprestigiar al vencedor de Caseros y caracterizada por su absoluta parcialidad, que dedicó, a modo de provocación, a Alberdi; éste respondió al reto con sus "*Cartas sobre la prensa y la política militante de la República Argentina*". Enzarzados uno y otro en ardiente polémica, se sucedieron por ambas partes las publicaciones hirientes, plenas de exuberante pasión, hasta llevar el pleito al "*Instituto Histórico*" de Francia, interesado en la situación de las repúblicas americanas.

Promulgada entre tanto la Constitución por el Congreso Constituyente, publica Sarmiento sus "*Comentarios a la Constitución de 1853*", con los que demostró que no estaba en lo

cierto Alberdi cuando de él decía que era un ignorante en materia de instituciones. Su trabajo no adolece de más defecto que la excelencia de sus ideas, fuera de ambiente si se considera el rudimentario estado social de nuestra patria en aquellos días, que no había olvidado Alberdi en sus "*Bases*".

No pudiendo desentenderse de la política argentina, pues pese a su ventajosa posición en Chile, Sarmiento ambiciona destacarse dentro de su patria, cruza la cordillera a fines del año 1853, pero apresado en Mendoza por orden del gobernador, bajo la acusación de tramar una conspiración contra los poderes constituidos, lo que no pudo comprobarse, debió regresar a Chile, desde donde continuó escribiendo en favor de Buenos Aires, temporalmente aislada del resto de las provincias. Ello le valió que el gobierno de aquel estado le reconociera el grado de teniente coronel de caballería, con el que había comenzado la campaña de Caseros.

Elegido sucesivamente diputado para la primera legislatura de Buenos Aires y luego por Tucumán para el Congreso de la Confederación, Sarmiento no aceptó uno ni otro cargo, declarando que no formaría parte de asamblea alguna que no fuera la representación de todo el pueblo argentino.

De esta época de su vida datan varios folletos acerca de asuntos argentinos, entre los que son los más importantes: "*El derecho de ciudadanía*", destinado a demostrar el error de distinguir entre los argentinos distintas clases por el hecho de haber nacido en una u otra de las provincias de su territorio, y "*La educación común en el estado de Buenos Aires*", alegato en favor de los tres grandes factores de la prosperidad de las naciones: la tierra, el ganado y el hombre, que deben ser cultivados simultáneamente para que el país pueda alcanzar su máxima potencia.

Director de "*El Monitor de las Escuelas*", periódico mensual que el presidente Montt le confiara en 1852, Sarmiento prestó desde él grandes servicios a la educación chilena, para la que deseaba el establecimiento de bibliotecas populares, con destino a las cuales, que no pudieron ser creadas mientras él residió en Chile, tradujo la "*Historia de los descubrimientos modernos*" de Figuier.

El fecundo ciclo de su producción intelectual en tierras de Chile se cierra con su memoria acerca de la "*Educación co-*

mún", que mereció el segundo premio, con un muy elogioso informe, en un certamen oficial. Mas toda aquella actividad extraordinaria no hacía olvidar a Sarmiento el camino de su patria, como tampoco lo logró la eficaz protección que el presidente Montt le brindaba. En mayo de 1855 renuncia a cuanto tiene conquistado en Chile e intenta vivir su vida en el seno de la tierra en que plugo a Dios hacerle nacer y en la que había de alcanzar la más elevada de las posiciones.

Ya en la patria, acude Sarmiento a San Juan, que no veía desde 1840, pero se le ordena abandonar el pueblo natal en el término de veinticuatro horas, orden que después de una conferencia con el gobernador, lograda por los buenos oficios de Guillermo Rawson, es revocada. Tras breve estada en su provincia, que aprovecha Sarmiento para promover la fundación de una Quinta Normal de Agricultura, se dirige a Buenos Aires, donde es recibido con cierta indiferencia que su propia situación justificaba, ya que había declarado en carta al general Mitre que él sería "porteño en las provincias y provinciano en Buenos Aires" para coadyuvar en la obra de la unidad nacional.

ACTUACIÓN PÚBLICA

Vacante la redacción de "*El Nacional*" por haber asumido Mitre la cartera de Guerra, la desempeñó Sarmiento durante tres años con ejemplar dedicación; poco después fué honrado con el cargo de miembro del Consejo Consultivo de Gobierno, institución muerta al nacer, por cuya razón puede decirse que su primer puesto público fué el de concejal, para él que fué elegido en 1854 y desde el cual redactó el reglamento de la Municipalidad y presentó progresistas proyectos. Pero su aspiración era el cargo de Director General de Escuelas de la Provincia, que fué satisfecha al crearse en 1856 el Departamento de Escuelas, para cuya jefatura fué designado y que desempeñó durante seis años. Su gestión como tal fué proficua: aumentó el número de escuelas, hizo construir edificios escolares adecuados, propició nuevos métodos de enseñanza y nuevos libros de texto, prestigiando la educación común. De 1858 datan los "*Anales de la Educación Común*" con los cuales prestó señalado servicio a la enseñanza pública. Todo ello lo realizó Sarmiento sin dejar de colaborar entusiastamente en la obra

organizadora emprendida por el gobierno de Buenos Aires, al que sirvió con su experiencia y enorme caudal de conocimientos.

En "*El Nacional*" emprendió Sarmiento notables campañas periodísticas, entre ellas fueron las primeras las que se proponían la distribución de tierras en Chivilcoy y la constitución de la propiedad en el Delta del Paraná, del que era Sarmiento un enamorado. Una y otra, en las que Sarmiento preconizaba, adaptándolos al medio, los principios en práctica en los Estados Unidos, fueron tenazmente resistidas, a pesar de lo cual la primera cristalizó en la ley que fué el punto de arranque de un enorme desenvolvimiento agrícola. Fué la tribuna de "*El Nacional*" la que puso en evidencia a Sarmiento ante la opinión de Buenos Aires y le vinculó al partido de Mitre, Alsina y Vélez Sársfield; la que le lanzó a la vida pública, conquistándole en 1857 una banca de senador que mantuvo cinco años, durante los cuales realizó fecunda labor parlamentaria.

Distinguióse Sarmiento en el Senado de Buenos Aires, no por el brillo o el arte de sus palabras, sino por la versación y fundamento de sus discursos. Su opinión, profundamente pensada y perfectamente ilustrada, granjeóle prestigio y respeto. A él se debió la promulgación en 1859 del *Código de Comercio* preparado por los doctores Dalmacio Vélez Sársfield y Eduardo Acevedo; la adopción del sistema métrico de pesas y medidas, que no llegó a ser ley hasta su presidencia; la sanción, aunque en forma incompleta, de sus importantes proyectos de instrucción popular, fuertemente resistidos por la Legislatura y los ministros. Como miembro de la Comisión de Negocios Constitucionales tuvo destacada actuación en numerosos debates, entre ellos los relativos al enjuiciamiento de Rosas y a la confiscación de sus bienes.

Desplegó Sarmiento en aquella época de su vida extraordinaria actividad, sólo explicable por la exuberancia de su temperamento: En efecto, desempeñaba simultáneamente tres tareas ímprobas, cada una de las cuales era de por sí agobiadora: la redacción de "*El Nacional*", la jefatura del Departamento de Escuelas y la banca de senador. De las tres, la que más le imponía a la pública consideración, era la primera, que mantuvo hasta 1858, pues desde el diario combatía ardorosa-

mente a Urquiza y la política del Paraná. Ello le valió nuevas polémicas, comparables a las que en Chile sostuviera y aun incidentes personales de suma gravedad. Uno de sus contrincantes, el más ilustrado, fué don Juan Bautista Alberdi, a la sazón representante diplomático de la Confederación en París, que desde allí combatía al gobierno de Buenos Aires, y a quien Sarmiento refutaba con el fuego de que su corazón encendido contra el amigo de antes era capaz.

Sarmiento, que por combatir a Urquiza llegó a herir injustamente al doctor del Carril, vicepresidente de la Confederación y uno de los argentinos que más hicieron por la unión nacional, no fué nunca el enemigo de las provincias, antes bien, cumplió siempre su ideal de ser "provinciano en Buenos Aires y porteño en las provincias". Creía sinceramente que la reconstrucción nacional no podía hacerse con Urquiza, y por ello, con toda ingenuidad proponía, como única solución, el destierro de éste.

El combate de Cepeda, del 23 de octubre de 1859, en el que vencieron las armas de Urquiza y la diplomacia de Buenos Aires, llevó al pacto del 11 de noviembre de 1859, que unió a ésta con el resto de la Confederación, reservándole a la primera provincia argentina el derecho de proponer las reformas que estimara conveniente a la Constitución del 53. En la Convención de 1680, que al discutir tales reformas se propuso consagrar la más amplia autonomía de los estados federales, cupo destacada actuación a Sarmiento, que en la sesión de clausura pronunció magnífico discurso. En él hizo justicia a Urquiza, diciendo que por encima de los extravíos cometidos se alzaba la gloria de haber dado a la República su unidad.

Entretanto, elegido Mitre gobernador de Buenos Aires, Sarmiento fué llevado a los ministerios de Gobierno y Relaciones Exteriores, que desempeñó durante nueve meses. Como ministro realizó ponderable obra, entre la que se cuenta la fundación del Museo de Historia Natural, cuya dirección confió al sabio alemán Burmeister, y el auspicio del pacto del 6 de junio de 1860, que ratificó los pacíficos propósitos de los gobiernos de Buenos Aires y Paraná.

Tales propósitos se vieron defraudados por los sucesos de San Juan, donde el gobernador Virasoro, impuesto por Urquiza, procedía arbitrariamente y era combatido por el parti-

do del doctor Antonino Aberastain, el fiel amigo de Sarmiento. Muerto Virasoro en el motín que liberó a San Juan, el mismo día en que Sarmiento lo censuraba enérgicamente en su folleto "*El tirano Virasoro*", y en posesión del mando Aberastain, la confederación intervino la provincia. Resultado de todo ello fué el fusilamiento del grande amigo de Sarmiento y la nueva ruptura de relaciones entre provincianos y porteños. Enconado Sarmiento, cuya presencia en el ministerio de Gobierno no era ya posible, renunció, y, de nuevo en el llano, escribió en "*El Nacional*" el panegírico del desgraciado y noble Aberastain y no aceptó el ofrecimiento que el gobierno del Paraná le hiciera del cargo de ministro plenipotenciario en los Estados Unidos.

El combate de Pavón, el 17 de septiembre de 1861, eliminó a Urquiza del escenario nacional y puso el poder en manos de Mitre, llamado a unificar de manera definitiva la república bajo la égida de Buenos Aires. Para conseguirlo partió hacia el interior un ejército al mando del general Paunero, a cuyo lado y como auditor de guerra iba Sarmiento, con la misión especial de solucionar el pleito político de Cuyo. Convocado a elecciones el pueblo de San Juan, fué Sarmiento elegido gobernador de su provincia natal y en ella quedó, dando así satisfacción a su personal y grande ambición. Comenzó con él para San Juan una época de verdadera resurrección, pues dióse con afán a planear y realizar toda suerte de mejoras: fundó "*El Zonda*", destinado a ser órgano de sus propósitos; instaló un Colegio Preparatorio, a poco convertido en Colegio Nacional; inició la construcción de una escuela modelo que debía llevar su nombre y para la cual, por colecta popular, se habían ya reunido fondos; organizó la Quinta Normal de Agricultura, pues consideraba que en las provincias agrícolas debía enseñarse a la juventud la explotación de las tierras; urbanizó calles y abrió caminos; proyectó paseos... en una palabra, quiso dar a su ciudad natal y a las campañas que la rodeaban el aspecto y en lo posible las comodidades que la civilización reclama. Pero, apremiado por las incursiones del Chacho, que amenazaban vidas y hogares, debió muchas veces suspender su progresista gestión para salir a combatir la barbarie que golpeaba a las puertas.

Pacificadas las provincias andinas después de la muerte del Chacho a manos de los hombres del mayor Irrazábal, a quien Sarmiento recibió luego entusiastamente en San Juan, y siendo muy difíciles las relaciones entre el gobierno de esta provincia y el nacional, que no quiso responsabilizarse de esa muerte y había tenido un entredicho con Sarmiento a propósito de la facultad de declarar el estado de sitio, que éste sostenía entraba en las atribuciones de los gobiernos provinciales, no se halló mejor solución que la que la nobleza del presidente Mitre y su ministro Rawson sugirió: enviar al gobernador cuya ambición y actividad excedían el estrecho marco de una provincia a Estados Unidos como ministro plenipotenciario, encargándole al mismo tiempo una misión especial en Chile y Perú.

Cinco meses después de su designación, Sarmiento, que deseaba terminar la obra emprendida en San Juan, partía rumbo a Chile, donde aun se conservaba vivo el recuerdo de su talento y de los grandes servicios por él prestados. A poco de su llegada al país en el que, según propia manifestación había pasado "los mejores quince años de su vida", se produjo el incidente de la ocupación de las islas Chinchas por los españoles, atentado que motivó un gran movimiento de solidaridad panamericana ante el peligro de los avances europeos. Eco de tal movimiento fué el discurso que Sarmiento pronunció al ser recibido por el presidente de Chile, en el cual aventuró ardorosas declaraciones contra la política iniciada por España en el Pacífico, discurso que impresionó muy bien en Chile, pero considerado imprudente por el presidente Mitre, que también desaprobó la concurrencia de su ministro al Congreso Americano reunido en Lima y desautorizó explícitamente su participación en la nota de protesta contra España por el asunto mencionado, ordenándolo pasar a Estados Unidos de inmediato.

Llegado allí en pleno período de reorganización después del cese de la tremenda revolución que por tres años conmovió a la república del Norte, viajó por todo el país durante seis meses a la espera de nuevas credenciales que le acreditaran como ministro, pues había extraviado las que traía. Fijó luego su residencia en Nueva York, donde hizo vida de intenso estudio y trabajo. A fin de proporcionar a los países de lengua española un alto ejemplo, publicó una "*Vida de Abraham Lin-*

coln", extracto de cuantas biografías se publicaron a la muerte del ilustre hombre, con la cual también se proponía demostrar las excelencias de los gobiernos fuertes, tales como el que él quiso realizar en San Juan.

Continuó en Estados Unidos su prédica americanista valiente y sincera, apoyando la causa de Chile, Perú y Santo Domingo, amenazados por España; y allí vivió uno de los mayores dolores de su vida, cuando tuvo noticia de la muerte de Dominguito, su hijo adoptivo, en el que tenía puestas todas sus esperanzas, que pereció a los veintiún años de edad en el combate de Curupaity.

Preocupado siempre por la instrucción popular, asistió Sarmiento a los Congresos del Instituto Americano de Educación y escribió "*Las escuelas: base de la prosperidad y de la república en los Estados Unidos*", libro en un todo inferior al autor, ya que es una simple recopilación de artículos referentes a educación e instrucción primaria.

En 1867 fundó una revista trimestral, "*Ambas Américas*", con la que se proponía la divulgación en los países hispano-americanos de conocimientos útiles de educación, agricultura e industria. Aunque muy bien orientada, la revista, por falta de protección, sólo llegó al cuarto número.

Como diplomático, campo en el que escasa actuación tuvo Sarmiento, procuró, de acuerdo con el representante del Brasil, desvirtuar la mala impresión que la guerra del Paraguay había producido en los Estados Unidos, así como en el mundo todo, que no veía con buenos ojos el ataque llevado por tres potencias de recursos muy superiores a los del Paraguay contra un pueblo valiente y desgraciado. En sus artículos de "*Tribune*" de Nueva York y "*Daily Advertiser*" de Boston pintó la situación de la nación paraguaya, bajo el yugo de un tirano cruel y sombrío, contra quien, en verdad, combatía el ejército aliado.

Aproximábase entretanto la fecha que debía poner fin a la presidencia del general Mitre. De los tres candidatos a sucederle, Urquiza, Adolfo Alsina y Rufino de Elizalde, ninguno reunía la suficiente cantidad de votos para ser elegido. Surgió entonces espontáneamente la candidatura presidencial de Sarmiento, que, hallándose en París con objeto de visitar la exposición, recibió invitación del coronel don Lucio V. Mansilla

para regresar a la patria y participar en las lides electorales, a lo que se negó, pese a su elección de senador por San Juan y a su designación de ministro del Interior.

Ante la más serena imparcialidad del presidente Mitre, que aunque hubiese preferido a Rawson, no pronunció palabra alguna en contra de Sarmiento, se desarrolló la lucha electoral. Durante ella se hizo un proceso apasionado de la vida pública de éste, que contribuyó a asegurar su triunfo, lográndole el apoyo de cuantos en el país deseaban un gobierno sólido y respetable. Como se le enrostrara obstinadamente la muerte del Chacho, Sarmiento, a fin de sincerarse, escribió un opúsculo: *"El Chacho, último caudillo de las montoneras de los llanos"*, a la vez biografía de éste y crónica de los sucesos con él relacionados. Es ésta una obra semejante a las que Sarmiento dedicara con anterioridad a las vidas de Aldao y Quiroga; su conjunto presenta el cuadro completo de la barbarie de las campañas argentinas frente a la civilización de las ciudades, y así lo entendió Sarmiento al reunir las tres en un volumen único con el título común de *"Civilización y Barbarie"*, que la viuda de Horacio Mann, dando muestras de su grande estimación por el ilustre argentino, tradujo al inglés con algunos fragmentos de *"Recuerdos de provincia"*, y el todo precedido de un *Biographical Sketch* que constituye uno de los mejores estudios de la vida de Sarmiento.

Triunfante su candidatura, antes de emprender el retorno a la patria cuyos destinos iba a regir, realizó Sarmiento una última jira por las ciudades de la Unión, en una de las cuales convirtiéronse en realidad sus palabras de 1850 en *"Recuerdos de provincia"*: "Yo me sentía Franklin (cuando siendo dependiente de almacén en San Juan, a los diez y seis años de edad, leyerá la vida de ese hombre ejemplar) ¿y por qué no? Era yo pobrísimo como él, estudioso como él, y dándome maña y siguiendo sus huellas, podía un día llegar a formarme como él ser doctor ad-honorem como él, y hacerme un lugar en las letras y en la política americana". En efecto, la Universidad de Chicago le otorgó, en reconocimiento de sus grandes méritos, el título de doctor en Leyes, del que con tan legítima satisfacción como indiscreta vanidad se enorgulleció muchas veces Sarmiento.

De paso hacia el Plata fué Sarmiento saludado con los honores de presidente de la República Argentina en Brasil, a cuyo emperador aseguró que bajo su gobierno su país no se apartaría de la Triple Alianza. De ese regreso triunfal a la patria, satisfecha la ambición y pronto a realizar sus ideales políticos, ha dejado Sarmiento sus impresiones en las magníficas páginas de *"El viaje de Nueva York a Buenos Aires"*, escritas a bordo, que traducen el estado de alma de aquel hombre que tras rudo batallar llegaba al momento culminante de su vida.

PRESIDENCIA

El 12 de octubre de 1868 asumió Sarmiento el mando supremo, confiando los ministerios a cinco ciudadanos distinguidos, todos ellos netamente sarmientistas. Con el alejamiento de los mitristas, Sarmiento dió a entender que se proponía hacer lo que él mismo llamaba un gobierno fuerte, tal como el de Montt en Chile y el de Lincoln en Estados Unidos, capaz de consolidar la paz interna y robustecer y prestigiar el principio de autoridad.

En carta dirigida a Urquiza, que había acatado los resultados de la lucha electoral, sintetizaba Sarmiento en estas palabras sus ideas de estadista: "Menos gobierno que usted, más gobierno que el general Mitre: he aquí mi programa. No reclamo patente de invención, porque éste es el único gobierno conocido en los países bien organizados".

Fuertemente combatido por la oposición: don Rufino de Elizalde en *"La Nación Argentina"*, Mitre en el Senado Nacional, los hermanos Taboada en Santiago del Estero, Urquiza en Entre Ríos, comprendió Sarmiento de inmediato la necesidad de atraerse a los gobernadores de provincia que no le eran adictos y de robustecer la situación de los que le apoyaban.

Y, pese a las mil dificultades políticas que surgían a cada momento y que hubieran determinado el fracaso de otro gobierno menos decidido y enérgico, dióse Sarmiento entusiastamente a la organización pública. Terminada la guerra del Paraguay, y no con el resultado que Sarmiento apeteciera, según las ideas que en *"Argirópolis"* formulara, esto es, la anexión de ese territorio al nuestro, vióse perturbada la paz interna de la República por el asesinato de Urquiza a manos de los secuaces

de López Jordán. Desaparecido el vencedor de Caseros que había acatado los acontecimientos y cooperaba a la reconstrucción del país, surgía en Entre Ríos un nuevo poder frente al gobierno nacional. Pero Sarmiento, que incapaz de admitir el cisma desconoció a López Jordán como autoridad, se manejó con tal tacto, que consiguió deshacer al caudillo rebelde y colocar a Entre Ríos en la misma situación de las demás provincias.

A tales trastornos agregóse la crisis producida por la cruel epidemia de fiebre amarilla, que reclamó de imperiosa manera la atención del gobierno nacional. Cabe suponer que las magníficas ideas de Sarmiento hubieran en pocos años transformado el país, a no haber mediado los referidos obstáculos, pero, con todo, fueron tantas las obras de progreso que a su presidencia se deben, que es ella ejemplo de laboriosidad y de afán organizador entre las presidencias argentinas. Datan de ese entonces instituciones de la importancia del Observatorio Astronómico de Córdoba, la Escuela Militar, la Escuela Náutica, las dos primeras Escuelas Normales, el Banco Nacional Argentino; leyes tan fundamentales como la que sancionó el Código Civil y autorizó la compra de las tres primeras unidades de nuestra escuadra, en momentos de efervescencia contra Chile; pactos internacionales con diversos países; obras públicas de enormes proyecciones.

Como presidente continuaba, pues, Sarmiento, siendo el luchador infatigable y, a la par, el publicista nunca agotado que siempre hubo en él. Desde su alto sillón de primer magistrado aun escribía para *"El Nacional"* y *"La Tribuna"*, ya inflamados artículos contra sus adversarios políticos, ya elocuentes defensas de sus iniciativas. Ello creó a sus ministros y colaboradores difíciles situaciones, que les indujeron a rogarle no escribiese para la prensa, sin lograr de él otra promesa que la de hacerlo tan poco como le fuera posible.

Sarmiento dedicóse ardientemente a la propaganda de los principios de gobierno y derecho norteamericanos, inspiradores de muchos de sus mensajes al Congreso, y logró que se costeara por el estado la edición de las fundamentales obras de algunos juristas y constitucionalistas de la república del Norte, con lo que prestó señalado servicio al adelanto de las patrias instituciones.

Los últimos años de la presidencia de Sarmiento se debataron entre los inconvenientes derivados de la aspereza de relaciones entre Chile y nuestro país, que supo manejar hábilmente, y las nuevas revueltas de Entre Ríos, acaudillada por López Jordán. A propósito de estas últimas, y vistas las atrocidades que el rebelde cometía, propuso Sarmiento al Congreso un proyecto de ley que establecía la recompensa de cien mil pesos para quien entregase a López Jordán, idea enteramente nueva dentro de nuestras prácticas e imitación de las de los Estados Unidos.

Consecuencia de tales hechos fué el atentado criminal contra el presidente Sarmiento en la noche del 20 de agosto, cuando en circunstancias en que se dirigía a visitar a Vélez Sársfield, su ex ministro, consejero, amigo y casi su hermano, padre de la mujer que más profunda influencia ejerció sobre su vida, dos jóvenes marineros italianos, recién llegados a Buenos Aires, le descerrajaron en la esquina de Corrientes y Maipú un tiro de revólver. Tan grave suceso, que a juicio de todos debió ser instigado por López Jordán y sus secuaces, pudo acarrear funestísimas consecuencias a la República.

Deseoso de terminar con la guerra de Entre Ríos, Sarmiento, sin solicitar siquiera al Congreso el permiso constitucional para abandonar la Capital, se trasladó a Entre Ríos y allí, el 9 de diciembre de 1873, el ejército del gobierno, a las órdenes del ministro de Guerra, coronel Gainza, que en el mismo campo de batalla fué ascendido por el Presidente a general, batió completamente en Don Gonzalo a López Jordán, que se refugió en el Uruguay.

Llegó así el año 1874, el último de la presidencia de Sarmiento, que encontró pacificada la República y tres candidatos a suceder a aquél: el general Mitre, el doctor Adolfo Alsina y el doctor Nicolás Avellaneda. Sarmiento se mantuvo, durante la contienda electoral, cuyos resultados consagraron al último de los nombrados, ajeno a los manejos políticos, pero consultado por Avellaneda acerca del candidato a la vicepresidencia, indicó, aunque sin ser escuchado, pues ello no era viable, la gran figura de Vélez Sársfield, que fué sustituida por un hombre de las filas alsinistas: don Mariano Acosta.

Descontentos los mitristas de la elección, cuya legalidad discutieron, prepararon una revolución, la última de las que

pusieron a prueba a Sarmiento durante su presidencia. Sublevada la marina el 24 de septiembre, ese mismo día Mitre, obligado por las circunstancias y previa declaración de que, triunfante el movimiento, no aceptaría la investidura presidencial, renunció su grado militar y dejó Buenos Aires para ponerse al frente de los revolucionarios; y ese mismo día Sarmiento, desplegando la energía y actividad que le eran propias, adoptó las medidas del caso, que pusieron el 12 de octubre del año 1874 en posesión del mando al doctor Nicolás Avellaneda y dejaron montada la máquina capaz de vencer la revolución mitrista.

ANCIANIDAD

Difíciles fueron las condiciones en que Sarmiento descendió de la presidencia para reintegrarse a la vida privada y formar de nuevo en las filas de la democracia argentina. En efecto, su carácter inflexible habíale hecho impopular, impidiéndole formarse un partido personal, y su altivez indomable no le permitía incorporarse a ninguno de los que a su sucesor apoyaban. Por otra parte, el luchador de hierro comenzaba a resentirse de aquellos largos años de lucha y trabajo constante: estaba ya viejo, sordo y con una grave lesión de corazón, y la pobreza era como siempre, y he ahí uno de sus mayores méritos, tan compañera suya al término de una brillante carrera pública, como lo había sido en todos los momentos de su vida.

Una solicitud del presidente Avellaneda al Senado para conferir a Sarmiento el grado de coronel mayor, fué retardada por tres años. Ofrecida que le fué por el gobierno la legación en el Brasil, la declinó Sarmiento alegando su salud precaria y su sordera tenaz. Desde el llano, llevado por la impetuosidad de sus pasiones, exacerbadas éstas por las apasionadas críticas que la prensa opositora hacía a su presidencia, escribió Sarmiento ardorosos artículos en que justificaba sus gestiones y desprestigiaba a los adversarios.

Elegido senador por San Juan, incorporóse Sarmiento a la alta Cámara en mayo de 1875. Allí le cupo importantísima participación al discutirse la ley de amnistía para los revolucionarios de 1874, cuyo proyecto había aprobado la Cámara de Diputados con el aplauso de la opinión. Sarmiento se mostró contrario a tal amnistía e imprimió un carácter apasionado y

ardiente a la discusión, lo que originó violentas manifestaciones en su contra dentro del recinto parlamentario y una insolente rechifla en la calle, a cargo de la juventud de Buenos Aires.

Aunque Sarmiento explicó su actitud desde las columnas de la "*Tribuna*", en las dos sesiones subsiguientes del Senado la pasión política hizo una verdadera disección de su personalidad y el doctor Guillermo Rawson un proceso inflamado de los actos de aquél como gobernador de San Juan y presidente de la República. Durante otras dos sesiones se defendió Sarmiento y luego, agotado el debate, aprobóse la amnistía, con lo que la impopularidad de aquél en Buenos Aires llegó al máximo. En cambio, el gobierno de la provincia de Buenos Aires, de filiación alsinista, le estimaba profundamente y, dando muestra de ello, le designó en septiembre de 1875 Director General de Escuelas.

Desempeñando tan elevado cargo consiguió Sarmiento la promulgación de la nueva *Ley de Educación Común de Buenos Aires*, que creaba una renta especial para el sostenimiento de las escuelas. Fundó también un periódico quincenal, "*La educación común en la provincia de Buenos Aires*", en el que publicó importantes artículos de índole pedagógica y sus muy juiciosos informes anuales al Consejo General, integrado por ocho ciudadanos que jamás pusieron traba alguna a la gestión del Director.

Al mismo tiempo dirigía Sarmiento dos obras, de diversa naturaleza, pero ambas muy importantes: el arsenal de Zárate y el Parque 3 de Febrero. Gracias a su enérgica perseverancia, esta última, comenzada en las postrimerías de su presidencia, pudo ser inaugurada en parte antes de finalizar el año 1876.

La labor parlamentaria de Sarmiento en este período fué sólida y varia. Descuellan en ella la publicación del "*Digesto de la ley parlamentaria*", de Wilson, traducida por don Augusto Belín Sarmiento, su nieto, y el proyecto de reforma al Reglamento del Senado, inspirado en la mencionada obra norteamericana.

En el orden administrativo Sarmiento defendió algunas de las instituciones creadas durante su presidencia, tales las escuelas de agronomía de Salta, Tucumán y Mendoza y la de

minería de San Juan, que la penuria económica amenazaba suprimir. En el orden constitucional aportó inteligentes iniciativas respecto a la división de los territorios provinciales en circunscripciones electorales y a la inversión de los fondos de las subvenciones nacionales a las provincias. Igualmente defendió la autonomía provincial frente al gobierno federal, señalando los casos en que corresponde, de acuerdo a la Constitución, la intervención de aquél en los asuntos internos de las provincias. Una de sus más brillantes discusiones en la Cámara fué relativa al estado de sitio. Frente a Rawson, que imponía limitaciones a esa facultad del Poder Ejecutivo, sostuvo Sarmiento la independencia de éste para declarar el estado de sitio en los casos previstos por la Constitución, sin sujetarse a ninguna reglamentación. Durante este debate, ausente Rawson ocasionalmente, Sarmiento fué combatido con toda mordacidad por el senador Oroño, que en tres sesiones, en las cuales examinó íntegramente la vida de su adversario, le hizo blanco de la sátira más envenenada y del sarcasmo más cruel.

El presidente Avellaneda, deseoso de suavizar las asperezas que el fuerte gobierno de su antecesor había levantado, emprendió una política de conciliación que Sarmiento ridiculizó, reprochando a quien le sucedió en el gobierno su pretensión de "curar con emplastos" males que exigían la amputación o, cuando menos, el cauterio. Pese a su manera de pensar, se produjo la llamada "conciliación" del gobierno con los mitristas, lo que lleno de despecho a Sarmiento, que en ella creía ver la desautorización de su gobierno. Llamóse entonces a silencio, alejóse de las labores parlamentarias y escribió para la prensa sólo en contadas ocasiones, pero un movimiento revolucionario de los mitristas en Corrientes, contra el gobernador Derqui, en 1878, le trajo nuevamente a la lid y le hizo romper el fuego con una carta a don Félix Frías, presidente de la Cámara de Diputados, en la que hacía notar los inconvenientes derivados de las transacciones políticas. Hízose al mismo tiempo cargo otra vez de la redacción de "*El Nacional*", desde cuyas columnas debió defender su gestión presidencial, constantemente censurada por la prensa de los mitristas.

Vuelta a surgir la cuestión de límites con Chile, Sarmiento realizó una de sus más hermosas propagandas, coincidiendo sus ideas con las del general Mitre, su adversario político: uno

y otro deseaban un arreglo amistoso y definitivo. Eran aquellos los días en que la idea de la guerra con Chile era una obsesión para el pueblo argentino; Sarmiento, afrontando una vez más la impopularidad, pronunció en las sesiones secretas del Senado un magnífico discurso, que depositó en una escribanía pública para que fuera publicado una vez terminada la cuestión. Y, aunque fué derrotado por diez y ocho votos contra siete, recibió de Avellaneda, paladín como lo han sido todos los presidentes argentinos de la paz, estas confortantes palabras: "La causa vencedora tuvo el favor de los dioses, pero la vencida era la de Catón. Me dicen que su discurso de hoy sobrepasó todo elogio. No es bueno ser vencido en justos y sanos propósitos, pero consuela tener por apoyo un hombre como usted".

Al promediar el año 1879, las contiendas preelectorales decidieron a Avellaneda a confiar a Sarmiento el ministerio del Interior, para aceptar el cual debió abandonar su banca de senador, la Dirección de las escuelas de la provincia de Buenos Aires y la redacción de "*El Nacional*". Como ministro hubo Sarmiento de sortear una enorme dificultad política: la planteada por la actitud del gobierno de Buenos Aires, resuelto a llegar a la revolución con tal de no resignar sus pretensiones relativas a la futura presidencia, para lo cual había organizado varios batallones de Guardia Nacional provincial y creado una oficina directiva con el general Gainza como jefe. Sarmiento, que siendo gobernador de San Juan había asumido una actitud parecida, con todo desenfado conminó al gobierno de Buenos Aires a volver sobre sus pasos y presentó un proyecto de ley que preceptuaba que sólo el gobierno nacional podía convocar y organizar la Guardia Nacional.

Desde el ministerio Sarmiento ambicionaba una segunda presidencia, ambición que debía estrellarse frente a la resistencia mitrista y a los hábiles trabajos de los partidarios de Julio A. Roca. Odiado por éstos, que veían en él la fuerza capaz de destruir la máquina electoral montada por los roquistas, y odiado desde antes por los mitristas, ambos partidos se reunieron y, aprovechando una ausencia del ministro del Interior, le infligieron en la Cámara de Diputados sangrienta derrota. De ella culpó en parte Sarmiento a Avellaneda, que probablemente habría conocido la maniobra, y renunció a su

cargo, para correr al Senado, donde pronunció un ardiente discurso en que manifestaba que al llevarle al ministerio le habían engañado vilmente.

Resentido profundamente contra Avellaneda y anonadado por la potencia política de Roca, refugióse Sarmiento, para descansar y para olvidar, en Córdoba. De allí le sacó el gobierno de Buenos Aires confiándole nuevamente la Dirección de Escuelas. Producida la revolución de junio de 1880, que fué sofocada en un mes escaso, y federalizada en septiembre la ciudad de Buenos Aires, que se convirtió en capital de la República, acontecimientos en los que Sarmiento no tuvo participación alguna y cuyos resultados aprobó, pues siempre había él sostenido que la capital no podía salir de Buenos Aires, se hallaba disconforme con la cuestión de la sucesión presidencial, que creía debiera pertenecerle, a tal punto, que el triunfo de Roca le descorazonó y le hizo alejarse de la política y del periodismo.

Pero el general Roca, que siempre vió en Sarmiento un hombre superior y un maestro en la difícil tarea de gobernar un pueblo aun semibárbaro, le designó Superintendente Nacional de Escuelas. Como tal debía Sarmiento actuar al lado de hombres de carácter, algunos de ellos sus decididos adversarios, lo que hizo que antes de los cuatro meses de haberse constituido el Consejo Nacional de Educación, ya estuviera Sarmiento divorciado de él y lo combatiera en forma tal que logró del Senado la supresión de toda renta para los consejeros, que a su juicio integraban un organismo administrativo caro y perjudicial.

Después de una continua guerra de escaramuzas entre Sarmiento y los miembros del Consejo Nacional de Educación, fué éste disuelto por el gobierno y comenzó una procaz y estéril polémica, sostenida por el ex-Superintendente desde *"El Nacional"* y *"El Diario"* de Láinez, y desde *"La Tribuna Nacional"*, *"La Nación"*, *"La Prensa"*, *"La Libertad"* y *"El Fígaro"*, por sus adversarios. De esa época data un folleto de Sarmiento, *"Cien páginas sobre la facultad de imponer en las herencias transversales o las mandas en beneficio del alma"*, destinado a sostener la constitucionalidad de una ley de la provincia de Buenos Aires, que imponía una fuerte con-

tribución en favor del tesoro escolar a los legados transversales.

Vuelto nuevamente Sarmiento a la redacción "*El Nacional*", descargó desde sus columnas su despecho por la resolución del gobierno que irrisoriamente le daba "las gracias por los servicios prestados al país". Fué aquélla una campaña periodística que desbordó cual torrente y le obligó a prodigarse en forma casi intolerable, a pesar de lo cual aun encontró tiempo para preparar muchos de los capítulos de una obra filosófica, "*Conflictos y armonías de las razas en América*", cuyo primer volumen apareció en 1883.

En ella Sarmiento, que durante toda su vida, apartándose del aspacte puramente político de nuestras revoluciones, pretendió interrogar el ambiente y la historia a fin de establecer las causas primeras, poderosas y fatales que las motivaron, y estudiar los medios capaces de neutralizarlas para llegar a la realización de los ideales de libertad dentro de un buen gobierno, procuró condensar sus observaciones y sus ideas acerca de los males de América.

Comienza Sarmiento su obra dando a conocer los orígenes de la sociedad hispanoamericana, para lo cual enumera las razas que constituyen sus cimientos: la indígena, la española y la africana, cuyos valores aquilata. Del estudio de las razas quichua, araucana y guaraní deduce Sarmiento la ineptitud de sus descendientes para amoldarse a las instituciones que la civilización moderna trae aparejadas. De la observación de los caracteres de la raza española colonizadora del nuevo mundo, concluye que ella se encuentra debilitada, después de haber alcanzado en el siglo XVI su máximo poderío, por los estragos de la equivocada política de sus monarcas y de la nefasta Inquisición. El análisis de la raza africana, representada en América por los negros introducidos para cargar con los más pesados trabajos, le convence de que este tercer elemento es de suyo tan refractario a la civilización como los dos anteriores.

Contempla luego Sarmiento la obra del hombre en América, las instituciones que hubieran podido modificar las tendencias raciales, y encuentra que los españoles, al trasplantar al nuevo continente su cultura, implantaron en él todos los errores que dieron origen a su decadencia: prohibieron la en-

trada de los extranjeros, establecieron el más monstruoso monopolio comercial, diseminaron la población en un país inmenso y desierto y con la Inquisición mataron en el hombre de América todo afán creador.

La opinión de Sarmiento es terminante al respecto: "Uno de los más poderosos cargos que como publicistas americanos hemos hecho siempre a España, ha sido habernos hecho tan parecidos a ella misma... Esto no quita que le hagamos justicia, dándole aquello que le pertenece, que en verdad era mucho para nosotros entonces, pues nos daba lo poco que tenía, no teniendo para ella, ni para remedio, un poco de libertad. No pidamos, pues, peras al olmo, como no debemos esperar que supiese para gobernarnos a nosotros lo que ignoraba para gobernarse a sí misma".

Trazado con tintes sombríos el cuadro de la conquista y la colonización española, Sarmiento vuelve sus ojos a su modelo predilecto, a América del Norte, y expone el origen y desarrollo de la sociedad estadounidense, que en dos siglos fué capaz de conquistar su libertad y en uno más de descollar entre los pueblos de la tierra. Atribuye tales magníficos resultados al hecho de no haberse mezclado los sajones con las razas aborígenes, a que los conquistadores fueron elementos de selección dentro del pueblo inglés, a que la nueva sociedad se edificó sobre la base de la moral y de la libertad.

"Conflictos y armonías de las razas en América", que fué fríamente recibido por las gentes ilustradas de su tiempo, es posiblemente la menos difundida y estimada entre las obras de Sarmiento. Ella, que tal como la conocemos está incompleta, pues pensaba Sarmiento continuarla, se resiente de la incoherencia propia del autor. La caracteriza su carencia de método, que la convierte en una casi deshilvanada serie de capítulos aparentemente inconexos, y su absoluta desigualdad, pues los rasgos brillantes se opacan al lado de las más atroces vulgaridades. Pese a su valor filosófico, que es grande, su lectura, por las circunstancias expuestas, resulta penosa. Toda ella trasunta vivamente la decadencia del genio.

Al discutirse el proyecto de educación laica presentado al Congreso por Wilde, a la sazón ministro de Instrucción Pública, Sarmiento, cuya tendencia anticlerical era notoria, convirtiéndose en el paladín del laicismo en la prensa. Como tal contestó

al opúsculo de Avellaneda "*La escuela sin religión*" con una tanda de artículos densamente difundidos por todos los diarios liberales y agrupados bajo el rubro de "*La escuela sin la religión de mi mujer*".

Una divergencia con el editor de "*El Nacional*" con respecto a la presunta candidatura presidencial de Juárez Celman, hizo que Sarmiento se alejara de su redacción en 1883 al finalizar cuyo año prestó grande servicio a la cultura pública logrando que la "*Sociedad Protectora de Animales*", de la que era fundador y presidente, consiguiera impedir el establecimiento entre nosotros del bárbaro espectáculo de las corridas de toros.

Presintiendo próximo el término de su vida, deseaba Sarmiento volver a Chile, país del que decía en carta a un amigo: "Chile fué mi teatro y le debo los más gratos recuerdos; quisiera verle antes de morir, como la primera página y la más bella del libro de la vida". Consiguió que el gobierno de su patria le comisionara para celebrar entre ambos países un tratado destinado a facilitar la traducción al castellano de las más importantes obras universales, idea antigua ésta en su mente, inspirada por su celo combativo del oscurantismo español en América del Sur. Se proponía con ello — y son sus palabras — "vaciar al castellano, que es un lindo vaso de porcelana vacío, el espíritu que anima y vivifica a las otras naciones". En Chile, donde fué entusiastamente recibido como huésped de honor y lazo de fraternidad internacional, logró llegar a celebrar una convención latinoamericana sobre propagación de publicaciones útiles, a la que se adhirieron la República Argentina y Chile con ciento cinco mil francos anuales cada una, Colombia con sesenta mil y el Uruguay con cuarenta y cinco mil. Pero no habiéndose determinado quien debía dirigir los trabajos, tal tratado no llegó nunca a la efectividad.

Dejando "su patria chilena", volvió Sarmiento a la propia, recibiendo de paso para Buenos Aires calurosas demostraciones populares en San Juan y Mendoza. Entretanto su nieto, Augusto Belín Sarmiento, había editado en folleto la "*Introducción a las memorias militares y la foja de servicios de Domingo Faustino Sarmiento, General de División*", por el abuelo mismo preparada, que con afán senil se envanecía de su título militar. A este folleto siguió una serie de artículos en

"*El Diario*", con los que el viejo luchador, a propósito del conflicto entre el gobierno nacional y el vicario Clara de Córdoba, defendió el patronato del Gobierno sobre la Iglesia.

Incitado por el ejemplo de Chile, donde don Luis Montt, director de la Biblioteca Nacional, había editado una "*Noticia de las publicaciones hechas por Sarmiento en Chile*", el Poder Ejecutivo argentino envió al Congreso un proyecto de ley destinando veinte mil pesos a la edición de las obras completas de Sarmiento. Sancionado el proyecto, comenzó la obra el mismo Montt, y la continuó luego el nieto ya nombrado, que fué en los tres últimos lustros de la vida de Sarmiento su secretario y confidente.

En plena senectud, aun tuvo fuerzas Sarmiento para intervenir en la lucha electoral de que debía surgir el sucesor de Roca y oponerse a la candidatura, que era la oficial, de Juárez Celman, en la que veía con extraordinaria clarividencia, increíble a sus años, un grave peligro para el país. Coincidiendo su prédica antijuarista con la del general Mitre en Buenos Aires y la del general Napoleón Uriburu en Salta, el gobierno dictó una orden prohibiendo a los militares criticar los actos de sus superiores. Mitre pidió, a raíz de tal orden, su baja en el ejército, y Sarmiento sostuvo en "*El Debate*" que el presidente de la República no era su superior jerárquico en actos civiles, y que los militares fuera de servicio gozan de todos sus derechos políticos sin las trabas de la disciplina, estando, por otra parte, los generales, por imperio mismo de la Constitución, exceptuados de toda sujeción disciplinaria.

Fundó entonces Sarmiento "*El Censor*", en el cual, durante siete meses, combatió acremente la política oficial y la candidatura de Juárez Celman, pero sosteniendo que nunca debía acudirse a la revolución. De esos mismos días datan dos de sus libros: "*Vida y escritos del coronel don Francisco J. Muñoz*" y "*Vida de Dominguito*". El primero no es sino tributo cariñoso a la memoria de un amigo querido; el segundo, de orden puramente afectivo, es de escaso valor literario. Sarmiento, profundamente amargado en sus últimos años, agotándose paulatinamente su vida sin el consuelo de perpetuarse en un ser querido, quiso rendir a quien había sido el depositario de sus más caros afectos un culto doloroso. Tal fué el origen de la

"*Vida de Dominguito*", que constituyó para Sarmiento, al cumplirse el ciclo de sus días, su obra predilecta.

La nueva generación de Buenos Aires, que no había participado de la animosidad contra Sarmiento ni contribuido a la impopularidad de éste durante su presidencia y después de ella, comenzó a reconocer en aquel hombre fuerte los inmensos valores que tanto se habían empleado en el bien de la patria y, por vez primera en su vida, en ocasión de cumplir los setenta y seis años de edad, recibió Sarmiento un homenaje que decía del respeto y el cariño de la juventud de Buenos Aires.

Las fuerzas del viejo luchador decaían, pese a su empeñosa actividad demostrada cuando la epidemia del cólera asoló Buenos Aires; deseosos de conservarlas, los médicos señalaron a Sarmiento la dulzura del clima paraguayo. A mediados del año 1887 trasladóse el viejo luchador a la Asunción con su hija Ana Faustina, viuda de Belín, y dos de sus nietos. Recibido allí con los brazos abiertos, el incansable propagandista del progreso, próximo ya a extinguirse, impresionado por el espectáculo del pueblo paraguayo, que luego de sufrir consecutivamente horribles tiranías y soportar una guerra llevada en su contra por tres naciones poderosas, se debatía en medio de sangrientas revoluciones, quiso aleccionarlo con su palabra. Y lo hizo desde las columnas de "*El Independiente*", donde publicó unos artículos bajo el título de "*El Paraguay industrial*", en los que aconsejaba el cultivo intensivo del suelo. Otro artículo, aparecido el día del aniversario de la muerte del tirano Francia, hirió la susceptibilidad de un deudó de éste, a la sazón ministro, que llegó a retarle a duelo. La sociedad paraguaya, para desagraviarle, ofreció a Sarmiento una hermosa quinta en el camino de la Recoleta, a cuya vera residía la aristocracia de la Asunción.

Muy repuestas sus fuerzas, volvió Sarmiento a Buenos Aires en diciembre. En esa ocasión publicó en "*El Diario*" artículos relativos a un asunto que en esos momentos apasionaba a la opinión pública: el de la naturalización de los extranjeros, de la cual, sin desear la excesiva extranjerización del país, era Sarmiento partidario.

MUERTE

Al invierno siguiente, su salud, nuevamente resentida, le tornó al Paraguay, donde, con el trabajo intenso procuraba ahogar la melancolía que iba adueñándose de él. Escribía muchísimo para la prensa de Buenos Aires y de la Asunción y dirigía personalmente los trabajos en la quinta que le habían regalado y donde pensaba instalarse.

El 5 de setiembre, día en que alborozadamente celebró el fin de esos trabajos, sintióse enfermo al regresar al hotel en que se hospedaba. Durante cinco días creyeron sus deudos verle morir a cada instante en uno de los repetidos síncope que le acometían, hasta que en la mañana del 11 pasó del intranquilo letargo en que se hallaba sumido al profundo sueño de la muerte.

Así murió — dice GUERRA, su minucioso biógrafo — “este hijo predilecto de los tiempos heroicos de América, soldado del progreso, heraldo del libre pensamiento, adalid de la reforma y del bienestar de los pueblos y uno de los más honrados políticos de la República Argentina”.

Una nave de nuestra armada repatrió sus restos mortales, a los que pueblo y gobierno tributaron los más excelsos honores. Desde entonces descansan ellos en el cementerio de la Recoleta y el bronce y el mármol perpetúan en todos los rincones de la patria la memoria del más genial de los argentinos.

ASPECTO FÍSICO DE LA REPÚBLICA ARGENTINA
Y CARACTERES, HÁBITOS E IDEAS QUE ENGENDRA

L'étendue des pampas est si prodigieuse
qu'au nord elles son bornées par des bos-
quets de palmiers, et au midi par des neiges
éternelles.

Head.

El continente americano termina al Sur de una punta en cuya extremidad se forma el Estrecho de Magallanes. Al Oeste y a corta distancia del Pacífico se extienden, paralelos a la costa, los Andes chilenos. La tierra que queda al oriente de aquella cadena de montañas, y al occidente del Atlántico, siguiendo el Río de la Plata hacia el interior por el Uruguay arriba, es el territorio que se llamó Provincias Unidas del Río de la Plata, y en la que aun se derrama sangre por denominarlo República

Argentina o Confederación Argentina. Al Norte están el Paraguay y Bolivia, sus límites presuntos.

La inmensa extensión de país que está en sus extremos, es enteramente despoblada, y ríos navegables posee que no ha surcado aún el frágil barquichuelo. El mal que aqueja a la República Argentina es la extensión; el desierto la rodea por todas partes, se le insinúa en las entrañas; la soledad, el despoblado sin una habitación humana, son por lo general los límites incuestionables entre unas y otras provincias. Allí, la inmensidad por todas partes; inmensa la llanura, inmensos los bosques, inmensos los ríos, el horizonte siempre incierto, siempre confundiéndose con la tierra entre celajes y vapores tenues que no dejan en la lejana perspectiva señalar el punto en que el mundo acaba y principia el cielo. Al Sur y al Norte acéchanla los salvajes, que aguardan las noches de luna para caer, cual enjambre de hienas, sobre los ganados que pacen en los campos y en las indefensas poblaciones. En la solitaria caravana de carretas que atraviesa pesadamente las pampas, y que se detiene a reposar por momentos, la tripulación reunida en torno del escaso fuego, vuelve maquinalmente la vista hacia el Sur al más ligero susurro del viento que agita las hierbas secas, para hundir sus miradas en las tinieblas profundas de la noche en busca de los bultos siniestros de la horda salvaje que puede sorprenderla desapercibida de un momento a otro.

Si el oído no escucha rumor alguno, si la vista no alcanza a calar el velo obscuro que cubre la callada soledad, vuelve sus miradas, para tranquilizarse del todo, a las orejas de algún caballo que está inmediato al fogón, para observar si están inmóviles y negligentemente inclinadas hacia atrás.

Entonces continúa la conversación interrumpida, o lleva a la boca el tasajo de carne medio sollamado de que se alimenta. Si no es la proximidad del salvaje lo que inquieta al hombre del campo, es el temor de un tigre que lo acecha, de una víbora que puede pisar. Esta inseguridad de la vida, que es habitual y permanente en las campañas, imprime, a mi parecer en el carácter argentino cierta resignación estoica para la muerte violenta, que hace de ella unos de los percances inseparables de la vida, una manera de morir como cualquiera otra; y puede quizá explicar en parte la indiferencia con que dan y reciben la muerte, sin dejar en los que sobreviven impresiones profundas y duraderas.

La parte habitada de este país, privilegiado en dones y que encierra todos los climas, puede dividirse en tres fisonomías distintas, que imprimen a la población condiciones diversas, según la manera como tiene que entenderse con la naturaleza que la rodea. Al Norte, confundiéndose con el Chaco, un espeso bosque cubre con su impenetrable ramaje extensiones que llamáramos inauditas si en formas colosales hubiese nada inaudito en toda la extensión de la América. Al centro, y en una zona paralela, se disputan largo tiempo el terreno la pampa y la selva; domina en partes el bosque, se degrada en matorrales enfermizos y espinosos, preséntase de nuevo la selva a merced de algún río que la favorece, hasta que al fin, al Sur, triunfa la pampa y ostenta su lisa y velluda frente, infinita, sin límite conocido, sin accidente notable; es la imagen del mar

en la tierra; la tierra como en el mapa; la tierra aguardando todavía que se le mande producir las plantas y toda clase de simiente.

Pudiera señalarse como un rasgo notable de la fisonomía de este país, la aglomeración de ríos navegables que al Este se dan cita todos los rumbos del horizonte, para reunirse en el Plata, y presentar dignamente su estupendo tributo al Océano, que lo recibe en sus flancos no sin muestras visibles de turbación y respeto. Pero estos inmensos canales excavados por la solícita mano de la Naturaleza, no introducen cambio ninguno en las costumbres nacionales. El hijo de los aventureros españoles que colonizaron el país, detesta la navegación, y se considera como aprisionado en los estrechos límites del bote o la lancha. Cuando un gran río le ataja el paso, se desnuda tranquilamente, apresta su caballo y lo endilga nadando a algún islote que se divisa a lo lejos; arriba a él, descansan caballos y caballeros, y de islote en islote, se completa al fin la travesía.

De este modo, el favor más grande que la Providencia depara a un pueblo, el gaucho argentino lo desdeña, viendo en él más bien un obstáculo opuesto a sus movimientos, que el medio más poderoso de facilitarlos; de este modo la fuente del engrandecimiento de las naciones, lo que hizo la felicidad remotísima del Egipto, lo que engrandeció a la Holanda, y es la causa del rápido desenvolvimiento de Norte América, la navegación de los ríos o la canalización, es un elemento muerto, inexplorado por el habitante de las márgenes del Bermejo, Pilcomayo, Paraná, Paraguay y Uruguay. Desde el Plata remontan aguas arriba algunas navicillas tripuladas por italianos y carcamanes; pero el movimiento sube unas cuantas leguas y cesa casi del todo. No fué dado a los españoles el instinto de la navegación, que poseen en tan alto grado los sajones del Norte. Otro espíritu se necesita que agite esas arterias en que hoy se estagnan los fluidos vivificantes de una nación. De todos esos ríos que debieran llevar la civilización, el poder y la riqueza hasta profundidades más recónditas del continente, y hacer de Santa Fe, Entre Ríos, Corrientes, Córdoba, Salta, Tucumán y Jujuy, otros tantos pueblos nadando en riquezas y rebosando población y cultura, sólo uno hay que es fecundo en beneficios para los que moran en sus riberas: el Plata, que los resume a todos juntos.

En su embocadura están situadas dos ciudades: Montevideo y Buenos Aires, cosechando hoy alternativamente las ventajas de su envidiable posición. Buenos Aires está llamada a ser un día la ciudad más gigantesca de ambas Américas. Bajo un clima benigno, señora de la navegación de cien ríos que fluyen a sus pies, reclinada muellemente sobre un inmenso territorio, y con trece provincias interiores que no conocen otra salida para sus productos, fuera ya la Babilonia americana, si el espíritu de la pampa no hubiese soplado sobre ella y si no ahogase en sus fuentes el tributo de riqueza que los ríos y las provincias tienen que llevarla siempre. Ella sola, en la vasta extensión argentina, está en contacto con las naciones europeas, ella sola explota las ventajas del comercio extranjero: ella sola tiene el poder y rentas. En vano le han pedido las provincias que les deje pasar un poco de civilización, de industria y de población europea; una política estúpida y colonial se hizo sorda a estos

clamores. Pero las provincias se vengaron mandándole a Rosas, mucho y demasiado de la barbarie que a ellas les sobraba.

Harto caro la han pagado los que decían: "la República Argentina acaba en el Arroyo del Medio". Ahora llega desde los Andes hasta el mar; la barbarie y la violencia bajaron a Buenos Aires, más allá del nivel de las provincias. No hay que quejarse de Buenos Aires, que es grande y lo será más, porque así le cupo en suerte. Debiéramos antes quejarnos de la Providencia, y pedirle que rectifique la configuración de la Tierra. No siendo esto posible, demos por bien hecho lo que de mano de maestro está hecho. Quejémonos de la ignorancia de ese poder brutal que esteriliza, para sí y para las provincias, los dones que Natura prodigó al pueblo que extravia. Buenos Aires, en lugar de mandar ahora luces, riqueza y prosperidad al interior, mándale sólo cadenas, hordas exterminadoras, y tiranuelos subalternos. ¡También se venga del mal que las provincias le hicieron con prepararle a Rosas!

He señalado esta circunstancia de la posición monopolizadora de Buenos Aires, para mostrar que hay una organización del suelo, tan central y unitaria en aquel país, que aunque Rosas hubiera gritado de buena fe "¡federación o muerte!" habría concluido por el sistema unitario que hoy ha establecido. Nosotros, empero, queríamos la unidad en la civilización y en la libertad, y se nos ha dado la unidad en la barbarie y en la esclavitud. Pero otro tiempo vendrá en que las cosas entren en su cauce ordinario. Lo que por ahora interesa conocer, es que los progresos de la civilización se acumulan sólo en Buenos Aires; la pampa es un malísimo conductor para llevarla y distribuirla en las provincias, y ya veremos lo que de aquí resulta.

Pero por sobre todos estos accidentes peculiares a ciertas partes de aquel territorio predomina una facción general, uniforme y constante; ya sea que la tierra esté cubierta de la lujosa y colosal vegetación de los trópicos, ya sea que arbustos enfermizos, espinosos y desapacibles revelen la escasa porción de humedad que les da vida, en fin, que la pampa ostente su despejada y monótona faz, la superficie de la tierra es generalmente llana y unida, sin que basten a interrumpir esta continuidad sin límites las sierras de San Luis y Córdoba en el centro, y algunas ramificaciones avanzadas de los Andes al Norte; nuevo elemento de unidad para la nación que pueble un día aquellas grandes soledades, pues que es sabido que las montañas que se interponen entre unos y otros países, y los demás obstáculos naturales, mantienen el aislamiento de los pueblos y conservan sus peculiaridades primitivas.

Norte América está llamada a ser una federación, menos por la primitiva independencia de las plantaciones, que por su ancha exposición al Atlántico y las diversas salidas que al interior dan el San Lorenzo al Norte, el Misisipí al Sur y las inmensas canalizaciones al centro. La República Argentina es una e indivisible.

Muchos filósofos han creído también que las llanuras preparaban las vías al despotismo, del mismo modo que las montañas prestaban asidero a las resistencias de la libertad. Esta llanura sin límites que desde Salta a Buenos Aires, y de allí a Mendoza, por una distancia de más de setecientas leguas permite rodar enormes y pesadas carretas sin encontrar

obstáculo alguno por caminos en que la mano del hombre apenas ha necesitado cortar algunos árboles y matorrales; esta llanura constituye uno de los rasgos más notables de la fisonomía interior de la República.

Para preparar vías de comunicación basta sólo el esfuerzo del individuo y los resultados de la naturaleza bruta; si el arte quisiera prestarle su auxilio, si las fuerzas de la sociedad intentaran suplir la debilidad del individuo, las dimensiones colosales de la obra arrebatarían a los más emprendedores, y la incapacidad del esfuerzo lo haría inoportuno.

Así, en materia de caminos, la naturaleza salvaje dará la ley por mucho tiempo, y la acción de la civilización permanecerá débil e ineficaz. Esta extensión de las llanuras imprime, por otra parte, a la vida del interior cierta tinte asiática que no deja de ser bien pronunciada. Muchas veces, al salir la luna tranquila y resplandeciente por entre las hierbas de la tierra, la he saludado maquinalmente con estas palabras de Volney en su descripción de las Ruinas: "La pleine lune a l'Orient s'élevait sur un fond bleuâtre aux plaines rives de l'Euphrates". Y en efecto, hay algo en las soledades argentinas que trae a la memoria las soledades asiáticas; alguna analogía encuentra el espíritu entre la pampa y las llanuras que median entre el Tigris y el Eufrates; algún parentesco en la tropa de carretas solitaria que cruza nuestras soledades para llegar al fin de una marcha de meses, a Buenos Aires, y la caravana de camellos que se dirige hacia Bagdad o Esmirna. Nuestras carretas viajeras son una especie de escuadra de pequeños bajeles, cuya gente tiene costumbres, idiomas y vestidos peculiares que la distinguen de los otros habitantes, como el marino se distingue de los hombres de tierra.

Es el capataz un caudillo, como en Asia el jefe de la caravana; necesita para este destino una voluntad de hierro, un carácter arrojado hasta la temeridad, para contener la audacia y turbulencia de los filibusteros de tierra que ha de gobernar y dominar él solo en el desamparo del desierto. A la menor señal de insubordinación, el capataz enarbola su chicote de hierro, y descarga sobre el insolente golpes que causan contusiones y heridas; si la resistencia se prolonga, antes de apelar a las pistolas, cuyo auxilio por lo general desdén, salta del caballo con el formidable cuchillo en mano y reivindica bien pronto su autoridad por la superior destreza con que sabe manejarlo.

El que muere en estas ejecuciones del capataz, no deja derecho a ningún reclamo, considerándose legítima la autoridad que lo ha asesinado.

Así es como en la vida argentina empieza a establecerse por estas peculiaridades el predominio de la fuerza brutal, la preponderancia del más fuerte, la autoridad sin límites y sin responsabilidad de los que mandan, la justicia administrada sin formas y sin debate. La tropa de carretas lleva además armamento, un fusil o dos por carreta, y a veces un cañoncito giratorio en la que va a la delantera. Si los bárbaros la asaltan, forma un círculo atando unas carretas con otras, y casi siempre resisten victoriosamente a la codicia de los salvajes ávidos de sangre y de pillaje.

La arria de mulas cae con frecuencia indefensa en manos de estos beduinos americanos, y rara vez los troperos escapan de ser degollados. En estos largos viajes, el proletario argentino adquiere el hábito de vivir

lejos de la sociedad y de luchar individualmente con la naturaleza, endurecido en las privaciones, y sin contar con otros recursos que su capacidad y maña personal para precaverse de todos los riesgos que le cercan de continuo.

El pueblo que habita estas extensas comarcas, se compone de dos razas diversas, que mezclándose forman medios tintes imperceptibles, españoles e indígenas. En las campañas de Córdoba y San Luis predomina la raza española pura, y es común encontrar en los campos pastoreando ovejas, muchachas tan blancas, tan rosadas y hermosas, como querrían serlo las elegantes de una capital. En Santiago del Estero el grueso de la población campesina habla aún el "quichúa", que revela su origen indio. En Corrientes los campesinos usan un dialecto español muy gracioso: — "Dame, general, un chiripá", decían a Lavalle sus soldados.

En la campaña de Buenos Aires se reconoce todavía el soldado andaluz, y en la ciudad predominan los apellidos extranjeros. La raza negra, casi extinta ya, excepto en Buenos Aires, ha dejado sus zambos y mulatos, habitantes de las ciudades, eslabón que liga al hombre civilizado con el palurdo; raza inclinada a la civilización, dotada de talento y de los más bellos instintos de progreso.

Por lo demás, de la fusión de estas tres familias ha resultado un todo homogéneo, que se distingue por su amor a la ociosidad e incapacidad industrial, cuando la educación y las exigencias de una posición social no vienen a ponerle espuela y sacarla de su paso habitual. Mucho debe haber contribuido a producir este resultado desgraciado la incorporación de indígenas que hizo la colonización. Las razas americanas viven en la ociosidad, y se muestran incapaces, aun por medio de la compulsión, para dedicarse a un trabajo duro y seguido. Esto sugirió la idea de introducir negros en América, que tan fatales resultados ha producido. Pero no se ha mostrado mejor dotada de acción la raza española cuando se ha visto en los desiertos americanos abandonada a sus propios instintos.

Da compasión y vergüenza en la República Argentina comparar la colonia alemana o escocesa del Sur de Buenos Aires, y la villa que se forma en el interior; en la primera las casitas son pintadas, el frente de la casa siempre aseado, adornado de flores y arbustillos graciosos; el amueblado sencillo, pero completo, la vajilla de cobre o estaño, reluciendo siempre, la cama con cortinillas graciosas, y los habitantes en un movimiento y acción continuos. Ordeñando vacas, fabricando mantequilla y queso, han logrado algunas familias hacer fortunas colosales y retirarse a la ciudad a gozar de las comodidades.

La villa nacional es el reverso indigno de esta medalla; niños sucios y cubiertos de harapos viven con una jauría de perros; hombres tendidos por el suelo en la más completa inacción, el desaseo y la pobreza por todas partes, una mesita y petacas por todo amueblado, ranchos miserables por habitación, y un aspecto general de barbarie y de incuria los hacen notables.

Esta miseria que ya va desapareciendo, y que es un accidente de las campañas pastoras, motivó sin duda las palabras que el despecho y la humillación de las armas inglesas arrancaron a Walter Scott. "Las vastas llanuras de Buenos Aires, — dice — no están pobladas sino por cristianos

salvajes conocidos bajo el nombre de "huachos" (por decir "gauchos"), cuyo principal amueblado consiste en cráneos de caballos, cuyo alimento es carne cruda y agua, y cuyo pasatiempo favorito es reventar caballos en carreras forzadas. Desgraciadamente, — añade el buen gringo — prefirieron su independencia nacional a nuestros algodones y muselinas"¹. Sería bueno proponerle a la Inglaterra, por ver no más, cuántas varas de lienzo y cuántas piezas de muselina daría por poseer estas llanuras de Buenos Aires.

Por aquella extensión sin límites, tal como la hemos descrito, están esparcidas aquí y allá catorce ciudades capitales de provincia, que, si hubiéramos de seguir el orden aparente, clasificaríamos por su colocación geográfica: Buenos Aires, Santa Fe, Entre Ríos y Corrientes a las márgenes del Paraná; Mendoza, San Juan, Rioja, Catamarca, Tucumán, Salta y Jujuy, casi en línea paralela con los Andes chilenos; Santiago, San Luis y Córdoba al centro.

Pero esta manera de enumerar los pueblos argentinos no conduce a ninguno de los resultados sociales que voy solicitando. La clasificación que hace a mi objeto, es la que resultó de los medios de vivir del pueblo de las campañas que es lo que influye en su carácter y espíritu. Ya he dicho que la vecindad de los ríos no imprime modificación alguna, puesto que no son navegados sino en una escala insignificante y sin influencia. Ahora, todos los pueblos argentinos, salvo San Juan y Mendoza, viven de los productos del pastoreo; Tucumán explota, además, la agricultura, y Buenos Aires, a más de un pastoreo de millones de cabezas de ganado, se entrega a las múltiples y variadas ocupaciones de la vida civilizada.

Las ciudades argentinas tienen la fisonomía regular de casi todas las ciudades americanas: sus calles cortadas en ángulos rectos, su población diseminada en una ancha superficie, si se exceptúa a Córdoba que, edificada en corto y limitado recinto, tiene todas las apariencias de una ciudad europea, a que dan mayor realce la multitud de torres y cúpulas de sus numerosos y magníficos templos. La ciudad es el centro de la civilización argentina, española, europea; allí están los talleres de las artes, las tiendas del comercio, las escuelas y colegios, los juzgados, todo lo que caracteriza, en fin, a los pueblos cultos.

La elegancia en los modales, las comodidades del lujo, los vestidos europeos, el frac y la levita, tienen allí su teatro y su lugar conveniente. No sin objeto hago esta enumeración trivial. La ciudad capital de las provincias pastoras existe algunas veces ella sola sin ciudades menores y no falta alguna en que el terreno inculto llegue hasta ~~al~~ligarse con las calles. El desierto las circunda a más o menos distancia, las cerca, las oprime; la naturaleza salvaje las reduce a unos estrechos oasis de civilización enclavados en un llano inculto de centenares de millas cuadradas, apenas interrumpido por una que otra villa de consideración. Buenos Aires y Córdoba son las que mayor número de villas han podido echar sobre la campaña, como otros tantos focos de civilización y de intereses municipales; ya esto es un hecho notable.

El hombre de la ciudad viste el traje europeo, vive de la vida civili-

1 "Life of Napoleon Bonaparte", tomo II, capítulo I.

zada tal como la conocemos en todas partes; allí están las leyes, las ideas de progreso, los medios de instrucción, alguna organización municipal, el gobierno regular, etc. Saliendo del recinto de la ciudad, todo cambia de aspecto; el hombre de campo lleva otro traje, que llamaré americano, por ser común a todos los pueblos; sus hábitos de vida son diversos, sus necesidades peculiares y limitadas; parecen dos sociedades distintas, dos pueblos extraños uno de otro. Aun hay más; el hombre de la campaña, lejos de aspirar a semejarse al de la ciudad, rechaza con desdén su lujo y sus modales corteses; y el vestido del ciudadano, el frac, la capa, la silla, ningún signo europeo puede presentarse impunemente en la campaña. Todo lo que hay de civilizado en la ciudad está bloqueado por allí, proscripto afuera; y el que osara mostrarse con levita, por ejemplo, y montado en silla inglesa, atraería sobre sí las burlas y las agresiones brutales de los campesinos.

Estudiemos ahora la fisonomía exterior de las extensas campañas que rodean ciudades, y penetremos en la vida interior de sus habitantes. Ya he dicho que en muchas provincias el límite forzoso es el desierto intermedio y sin gua. No sucede así por lo general con la campaña de una provincia, en la que reside la mayor parte de su población. La de Córdoba, por ejemplo, que cuenta ciento sesenta mil almas, apenas veinte están dentro del recinto de la aislada ciudad; todo el grueso de la población está en los campos, que así como por lo común son llanos, casi por todas partes son pastosos ya estén cubiertos de bosques, ya desnudos de vegetación mayor y en algunas con tanta abundancia y de tan exquisita calidad, que el prado artificial no llegaría a aventajarles. Mendoza y San Juan, sobre todo, se exceptúan de esta peculiaridad de la superficie inculta, por lo que sus habitantes viven principalmente de los productos de la agricultura. En todo lo demás, abundando los pastos, la cría de ganado es, no la ocupación de los habitantes, sino su medio de subsistencia. Ya la vida pastoril nos vuelve impensadamente a traer a la imaginación el recuerdo del Asia, cuyas llanuras nos imaginamos siempre cubiertas aquí y allá de las tiendas del calmuco, del cosáco o del árabe. La vida primitiva de los pueblos, la vida eminentemente bárbara y estacionaria, la vida de Abrahán, que es la del beduino de hoy, asoma en los campos argentinos, aunque modificada por la civilización de un modo extraño.

La tribu árabe que vaga por las soledades asiáticas, vive reunida bajo el mando de un anciano de la tribu o un jefe guerrero; la sociedad existe, aunque no esté fija en un punto determinado de la tierra; las creencias religiosas, las tradiciones inmemoriales, la invariabilidad de las costumbres, el respeto a los ancianos, forman, reunidos, un código de leyes, de usos y prácticas de gobierno, que mantiene la moral, tal como la comprenden, el orden y la asociación de la tribu. Pero el progreso está sofocado, porque no puede haber progreso sin la posesión permanente del suelo, sin la ciudad, que es la que desenvuelve la capacidad industrial del hombre, y le permite extender sus adquisiciones.

En las llanuras argentinas no existe la tribu nómada; el pastor posee el suelo con títulos de propiedad, está fijo en un punto que le pertenece; pero para ocuparlo, ha sido necesario disolver la asociación y derramar las familias sobre una inmensa superficie. Imaginaos una extensión de dos mil leguas cuadradas cubierta toda de población, pero colocadas las habitaciones a cuatro leguas de distancia unas de otras, a ocho a veces, a dos las más cercanas. El desenvolvimiento de la propiedad mobiliaria no es imposible, los goces del lujo no son del todo incompatibles con este aislamiento: puede levantar la fortuna un soberbio edificio en el desierto; pero el estímulo falta, el ejemplo desaparece, la necesidad de manifestarse con dignidad que se siente en las ciudades, no se hace sentir allí en el aislamiento y la soledad. Las privaciones indispensables justifican la pereza natural, y la frugalidad en los goces trae en seguida todas las exterioridades de la barbarie. La sociedad ha desaparecido completamente; queda sólo la familia feudal aislada, reconcentrada; y no habiendo sociedad reunida, toda clase de gobierno se hace imposible; la municipalidad no existe, la policía no puede ejercerse y la justicia civil no tiene medios de alcanzar a los delincuentes.

Ignoro si el mundo moderno presenta un género de asociación tan monstruoso como éste. Es todo lo contrario del municipio romano, que reconcentraba en un recinto toda la población y de allí salía a labrar los campos circunvecinos. Existía, pues, una organización social fuerte, y sus benéficos resultados se hacen sentir hasta hoy y han preparado la civilización moderna. Se asemeja a la antigua slobada esclavona, con la diferencia que aquella era agrícola y por tanto más susceptible de gobierno; el desparramo de la población no era tan extenso como éste. Se diferencia de la tribu nómada, en que aquélla anda en sociedad siquiera, ya que no se posesiona del suelo. Es, en fin, algo parecida a la feudalidad de la Edad Media, en que los barones residían en el campo, y desde allí hostilizaban las ciudades y asolaban las campañas; pero aquí faltan el barón y el castillo feudal. Si el poder se levanta en el campo, es momentáneamente, es democrático: ni se hereda, ni puede conservarse, por falta de montañas y poblaciones fuertes. De aquí resulta que aun la tribu salvaje de la pampa está organizada mejor que nuestras campañas, para el desarrollo moral.

Pero lo que presenta de notable esta sociedad en cuanto a su aspecto social, es su afinidad con la vida antigua, con la vida espartana o romana, si por otra parte no tuviese una semejanza radical. El ciudadano libre de Esparta o de Roma echaba sobre sus esclavos el peso de la vida material, el cuidado de proveer a la subsistencia, mientras que él vivía libre de cuidados en el foro, en la plaza pública, ocupándose exclusivamente de los intereses del Estado, de la paz, la guerra, las luchas de partido. El pastoreo proporciona las mismas ventajas, y la función inhumana del ilota antiguo la desempeña el ganado. La procreación espontánea forma y acrece indefinidamente la fortuna; la mano del hombre está por demás; su trabajo, su inteligencia, su tiempo, no son necesarios para la conservación y aumento de los medios de vivir. Pero, si nada de esto necesita para lo material de la vida, las fuerzas que economiza no puede emplear-

las como el romano; fáltale la ciudad, el municipio, la asociación íntima, y por tanto, fáltale la base de todo desarrollo social; no estando reunidos los estancieros, no tienen necesidades públicas que satisfacer: en una palabra, no hay "res pública".

El progreso moral, la cultura de la inteligencia descuidada en la tribu árabe o tártara, es aquí no sólo descuidada, sino imposible, ¿dónde colocar la escuela para que asistan a recibir lecciones los niños diseminados a diez leguas de distancia en todas direcciones? Así, pues, la civilización es del todo irrealizable, la barbarie es normal² y gracias si las costumbres domésticas conservan un corto depósito de moral. La religión sufre las consecuencias de la disolución de la sociedad; el curato es nominal, el púlpito no tiene auditorio, el sacerdote huye de la capilla solitaria, o se desmoraliza en la inacción y en la soledad; los vicios, el simoníacoismo, la barbarie normal, penetran en su celda, y convierten su superioridad moral en elementos de fortuna y de ambición, porque al fin concluye por hacerse caudillo de partido.

Yo he presenciado una escena campestre digna de los tiempos primitivos del mundo anteriores a la institución del sacerdocio. Hallábase en la sierra de San Luis, en casa de un estanciero cuyas dos ocupaciones favoritas eran rezar y jugar. Había edificado una capilla en la que los domingos por la tarde rezaba él mismo el rosario, para suplir al sacerdote, y el oficio divino de que por años habían carecido. Era aquél un cuadro homérico: el sol llegaba al ocaso, las majadas que volvían al redil hendían el aire con sus confusos balidos; el dueño de casa, hombre de sesenta años, de una fisonomía noble, en que la raza europea pura se ostentaba por la blancura del cutis, los ojos azulados, la frente espaciosa y despejada, hacía coro, a que contestaban una docena de mujeres y algunos mocetones, cuyos caballos, no bien domados aún, estaban amarrados cerca de la puerta de la capilla. Concluido el rosario, hizo un fervoroso ofrecimiento. Jamás he oído voz más llena de unción, fervor más puro, fe más firme, ni oración más bella, más adecuada a las circunstancias que la que recitó. Pedía en ella a Dios lluvias para los campos, fecundidad para los ganados, paz para la República, seguridad para los caminantes. Yo soy muy propenso a llorar, y aquella vez lloré hasta sollozar, porque el sentimiento religioso se había despertado en mi alma con exaltación y con una sensación desconocida, porque nunca he visto escena más religiosa; creía estar en los tiempos de Abrahán, en su presencia, en la de Dios y de la naturaleza que lo revela; la voz de aquel hombre, candorosa e inocente, me hacía vibrar todas las fibras, y me penetraba hasta la médula de los huesos.

He aquí a lo que está reducida la religión en las campañas pastoras, a la religión natural; el cristianismo existe, como el idioma español, en clase de tradición que se perpetúa, pero corrompido, encarnado en supersticiones groseras, sin instrucción, sin culto y sin convicciones. En casi todas las campañas apartadas de las ciudades, ocurre que, cuando llegan comerciantes de San Juan de Mendoza, les presentan tres o cuatro niños

² El año 1826, durante una residencia de un año en la Sierra de San Luis, enseñé a leer a seis jóvenes de familias pudientes, el menor de los cuales tenía 22 años.

de meses y de un año para que los bauticen, satisfechos de que por su buena educación podrán hacerlo de un modo válido; y no es raro que a la llegada de un sacerdote, se le presenten mocetones que vienen domando un potro, a que les ponga el óleo y administre el bautismo "sub conditione".

A falta de todos los medios de civilización y de progreso, que no pueden desenvolverse sino a condición de que los hombres estén reunidos en sociedades numerosas, ved la educación del hombre en el campo. Las mujeres guardan la casa, preparan la comida, esquilan las ovejas, ordeñan las vacas, fabrican los quesos, y tejen las groseras telas de que se visten; todas las ocupaciones domésticas, todas las industrias caseras, las ejerce la mujer; sobre ella pesa casi todo el trabajo: y gracias si algunos hombres se dedican a cultivar un poco de maíz para el alimento de la familia, pues el pan es inusitado como manutención ordinaria. Los niños ejercitan sus fuerzas y se adiestran por placer en el manejo del lazo y de las boleadoras, con que molestan y persiguen sin descanso a las terneras y cabras; cuando son jinetes, y esto sucede luego de aprender a caminar, sirven a caballo en algunos quehaceres; más tarde, y cuando ya son fuertes, recorren los campos cayendo y levantando, rodando a designio en las vizcacheras, salvando precipicios, y adiestrándose en el manejo del caballo; cuando la pubertad asoma, se consagran a domar potros salvajes y la muerte es el castigo menor que les aguarda, si un momento les faltan las fuerzas o el coraje. Con la juventud primera viene la completa independencia, y la desocupación.

Aquí principia la vida pública, diré, del gaucho, pues que su educación está ya terminada. Es preciso ver a estos españoles, por el idioma únicamente y por las confusas nociones religiosas que conservan, para saber apreciar los caracteres indómitos y altivos que nacen de esta lucha del hombre aislado con la naturaleza salvaje, del racional con el bruto; es preciso ver estas caras cerradas de barba, estos semblantes graves y serios, como los de los árabes asiáticos, para juzgar del compasivo desdén que les inspira la vista del hombre sedentario de las ciudades, que puede haber leído muchos libros, pero que no sabe aterrar un toro bravío y darle muerte, que no sabrá proveerse de caballo a campo abierto, a pie y sin auxilio de nadie, que nunca ha parado un tigre, recibílo con el puñal en una mano y el poncho envuelto en la otra, para meterlo en la boca, mientras le traspasa el corazón y lo deja tendido a sus pies. Este hábito de triunfar de las resistencias, de mostrarse siempre superior a la naturaleza, de desafiarla y vencerla, desenvuelve prodigiosamente el sentimiento de la importancia individual y de la superioridad. Los argentinos, de cualquier clase que sean, civilizados o ignorantes, tienen una alta conciencia de su valer como nación; todos los demás pueblos americanos les echan en cara esta vanidad, y se muestran ofendidos de su presunción y arrogancia. Creo que el cargo no es del todo infundado, y no me pesa de ello. ¡Ay del pueblo que no tiene fe en sí mismo! ¡Para ése no se han hecho las grandes cosas! ¡Cuánto no habrá podido contribuir a la independencia de una parte de la América la arrogancia de estos gauchos argentinos que nada han visto bajo el sol mejor que ellos, ni el hombre sabio ni el poderoso? El europeo es para ellos el último de todos, porque no resiste a un par de corcovos del

caballo³. Si el origen de esta vanidad nacional en las clases inferiores es mezquino, no son por eso menos nobles las consecuencias, como no es pura el agua de un río porque nazca de vertientes cenagosas e infectas. Es implacable el odio que les inspiran los hombres cultos, e invencible su disgusto por sus vestidos, usos y maneras. De esta pasta están amasados los soldados argentinos: y es fácil imaginarse lo que hábitos de este género pueden dar en valor y sufrimiento para la guerra; añádase que desde la infancia están habituados a matar las reses y que este acto de crueldad necesaria los familiariza con el derramamiento de sangre y endurece su corazón contra los gemidos de las víctimas.

La vida del campo, pues, ha desenvuelto en el gaucho las facultades físicas, sin ninguna de las de la inteligencia. Su carácter moral se resiente de su hábito de triunfar de los obstáculos y del poder de la naturaleza: es fuerte, altivo, enérgico. Sin ninguna instrucción, sin necesitarla tampoco, sin medios de subsistencia como sin necesidades, es feliz en medio de su pobreza y de sus privaciones, que no son tales para el que nunca conoció mayores goces, ni extendió más altos sus deseos, de manera que, si esta disolución de la sociedad radica hondamente la barbarie por la imposibilidad y la inutilidad de la educación moral e intelectual, no deja, por otra parte, de tener sus atractivos. El gaucho no trabaja; el alimento y el vestido lo encuentra preparado en su casa; uno y otro se lo proporcionan sus ganados, si es propietario; la casa del patrón o del pariente, si nada posee. Las atenciones que el ganado exige, se reducen a correrías y partidas de placer. La herra, que es como la vendimia de los agricultores, es una fiesta cuya llegada se recibe con transportes de júbilo; allí es el punto de reunión de todos los hombres de veinte leguas a la redonda, allí la ostentación de la increíble destreza en el lazo.

El gaucho llega a la herra al paso lento y mesurado de su mejor "parejero", que detiene a distancia apartada; y para gozar mejor del espectáculo, cruza la pierna sobre el pescuezo del caballo. Si el entusiasmo lo anima, desciende lentamente del caballo, desarrolla su lazo y lo arroja sobre un toro que pasa con la velocidad del rayo a cuarenta pasos de distancia; lo ha cogido de una uña, que era lo que se proponía, y vuelve tranquilo a enrollar su "cuerda".

Facundo, Capítulo I.

³ El general Mansilla decía en la Sala durante el bloqueo francés: "¿Y qué nos han de hacer esos europeos que no saben galoparse una noche?" Y la inmensa barra plebeya ahogó la voz del orador con el estrépito de los aplausos.

ORIGINALIDAD Y CARACTERES ARGENTINOS—EL RASTREADOR — EL BAQUEANO — EL GAUCHO MALO — EL CANTOR

Ainsi que l'océan steppes remplissent
l'esprit du sentiment de l'infini.

Humboldt.

Si de las condiciones de la vida pastoril, tal como la han constituido la colonización y la incuria, nacen graves dificultades para una organización política cualquiera, y muchas más para el triunfo de la civilización europea, de sus instituciones y de la riqueza y libertad, que son

sus consecuencias, no puede, por otra parte, negarse que esta situación tiene su costado poético, frases dignas de la pluma del romancista. Si un destello de literatura nacional puede brillar momentáneamente en las nuevas sociedades americanas, es el que resultará de la descripción de las grandiosas escenas naturales, y sobre todo de la lucha entre la civilización europea y la barbarie indígena, entre la inteligencia y la materia; lucha imponente en América, y que da lugar a escenas tan peculiares, tan características y tan fuera de círculo de ideas en que se ha educado el espíritu europeo, porque los resortes dramáticos se vuelven desconocidos fuera del país donde se toman, los usos sorprendentes, y originales los caracteres.

El único romancista norteamericano que haya logrado hacerse un nombre europeo, es Fenimore Cooper, y eso, porque transportó la escena de sus descripciones fuera del círculo ocupado por los plantadores al límite entre la vida bárbara y la civilizada, al teatro de la guerra en que las razas indígenas y la raza sajona están combatiendo por la posesión del terreno.

No de otro modo nuestro joven poeta Echeverría ha logrado llamar la atención del mundo literario español con su poema titulado "La Cautiva". Este bardo argentino dejó a un lado a Dido y Arjea, que sus predecesores los Varelas trataron con maestría clásica y estro poético, pero sin suceso y sin consecuencia, porque nada agregaban al caudal de nociones europeas, y volvió sus miradas al desierto, y allá en la inmensidad sin límites, en las soledades en que vaga el salvaje, en la lejana zona de fuego que el viajero ve acercarse cuando los campos se incendian, halló las inspiraciones que proporcionan a la imaginación el espectáculo de una naturaleza solemne, grandiosa, inconmensurable, callada, y entonces el eco de sus versos pudo hacerse oír con aprobación aún por la península española.

Hay que notar de paso un hecho que es muy explicativo de los fenómenos sociales de los pueblos. Los accidentes de la naturaleza producen costumbres y usos peculiares a estos accidentes, haciendo que donde estos accidentes se repiten, vuelvan a encontrarse los mismos medios de parar a ellos, inventados por pueblos distintos. Esto me explica por qué la flecha y el arco se encuentran en todos los pueblos salvajes, cualesquiera que sean su raza, su origen y su colocación geográfica. Cuando leía en "El último de los Mohicanos" de Cooper, que Ojo de Halcón y Uncas habían perdido el rastro de los Mingos en un arroyo, dije: "van a tapar el arroyo". Cuando en "La Pradera", el Trampero mantiene la incertidumbre y la agonía mientras el fuego los amenaza, un argentino habría aconsejado lo mismo que el Trampero sugiere, al fin, que es limpiar un lugar para guarecerse, e incendiar a su vez, para poderse retirar del fuego que invade sobre las cenizas del que se ha encendido. Tal es la práctica de los que atraviesan la pampa para salvarse de los incendios del pasto. Cuando los fugitivos de "La Pradera" encuentran un río, y Cooper describe la misteriosa operación de Pawnee con el cuero de búfalo que recoge, va a hacer la "pelota", me dije a mí mismo: lástima es que no hayan una mujer que la conduzca, que entre nosotros son las mujeres las que cruzan los ríos con la "pelota" tomada con los dientes

por un lazo. El procedimiento para asar una cabeza de búfalo en el desierto, es el mismo que nosotros usamos para "batear" una cabeza de vaca o un lomo de ternera. En fin, mil otros accidentes que omito, prueban la verdad de que modificaciones análogas del suelo traen análogas costumbres, recursos y expedientes. No es otra la razón de hallar en Fenimore Cooper descripciones de usos y costumbres que parecen plagiadas de la pampa; así, hallamos en los hábitos pastoriles de la América; reproducidos hasta los trajes, el semblante grave y hospitalidad árabes.

Existe, pues, un fondo de poesía que nace de los accidentes naturales del país y de las costumbres excepcionales que engendra. La poesía, para despertarse, porque la poesía es, como el sentimiento religioso, una facultad del espíritu humano, necesita el espectáculo de lo bello, del poder terrible, de la inmensidad de la extensión, de lo vago, de lo incomprensible; porque sólo donde acaba lo palpable y vulgar, empiezan las mentiras de la imaginación, el mundo ideal. Ahora, yo pregunto: ¿qué impresiones ha de dejar en el habitante de la República Argentina el simple acto de clavar los ojos en el horizonte, y ver... no ver nada? Porque cuanto más hunde los ojos en aquel horizonte incierto, vaporoso, indefinido, más se aleja, más lo fascina, lo confunde y lo sume en la contemplación y la duda. ¿Dónde termina aquel mundo que quiere en vano penetrar? ¡No lo sabe! ¿Qué hay más allá de lo que se ve? La soledad, el peligro, el salvaje, la muerte. He aquí ya la poesía. El hombre que se muere en estas escenas, se siente asaltado de temores e incertidumbres fantásticas, de sueños que lo preocupan desierto.

De aquí resulta que el pueblo argentino es poeta por carácter, por naturaleza. ¿Y cómo ha de dejar de serlo, cuando en medio de una tarde serena y apacible, una nube torva y negra se levanta sin saber de dónde, se extiende sobre el cielo mientras se cruzan dos palabras, y de repente el estampido del trueno anuncia la tormenta que deja frío al viajero, y reteniendo el aliento por temor de atraerse un rayo de dos mil que caen en torno suyo? La obscuridad sucede después a la luz; la muerte está por todas partes; un poder terrible, incontrastable, le ha hecho en un momento reconcentrarse en sí mismo, y sentir su nada en medio de aquella naturaleza irritada: sentir a Dios, por decirlo de una vez, en la aterrante magnificencia de sus obras. ¿Qué más colores para la paleta de la fantasía? Masas de tinieblas que anublan el día, masas de luz lívida, temblorosas, que iluminan un instante las tinieblas y muestran la pampa a distancias infinitas, cruzándolas vivamente el rayo, en fin, símbolo del poder. Estas imágenes han sido hechas para quedarse hondamente grabadas. Así cuando la tormenta pasa, el gaucho se queda triste, pensativo, serio, y la sucesión de luz y tinieblas se continúa en su imaginación, del mismo modo que, cuando miramos fijamente el sol, nos queda por largo tiempo su disco en la retina.

Preguntadle al gaucho a quien matan con preferencia los rayos, y os introducirá en un mundo de idealizaciones morales y religiosas, mezcladas de hechos naturales, pero mal comprendidos, de tradiciones supersticiosas y groseras. Añádase que si es cierto que el flúido eléctrico entra en la economía de la vida humana, y es el mismo que llaman flúido nervioso, el cual excitado subleva las pasiones y enciende el entusiasmo,

muchas disposiciones debe tener para los trabajos de la imaginación el pueblo que habita bajo una atmósfera recargada de electricidad hasta el punto que la ropa frotada chisporrotea como el pelo contrariado del gato.

¿Cómo no ha de ser poeta el que presencia esas escenas imponentes?

“Gira en vano, reconcentra
su inmensidad, y no encuentra
la vista en su vivo anhelo
de fijar su fugaz vuelo,
como el pájaro en la mar.
Doquier campo y heredades
del ave y bruto guaridas;
doquier cielo y soledades
de Dios sólo conocidas,
que él solo puede sondar”;¹

¿O el que tiene a la vista esta naturaleza engalanada?

“De las entrañas de América
dos raudales se desatan;
el Paraná, faz de perlas,
y el Uruguay, faz de nácar.
Los dos entre bosques corren
o entre floridas barrancas,
como dos grandes espejos
entre marcos de esmeraldas.
Salúdanlos en su paso
la melancólica pava,
el picaflor y jilguero,
el zorzal y la torcaza.
Como ante reyes se inclinan
ante ellos ceibos y palmas,
y le arrojan flor de aire,
aroma y flor de naranja;
Luego en el Guazú se encuentran,
y reuniendo sus aguas,
mezclando nácar y perlas,
se derraman en el Plata”.²

Pero esto es la poesía culta, la poesía de la ciudad; hay otra que hace oír sus ecos por los campos solitarios: la poesía popular, candorosa y desaliñada del gaucho.

También nuestro pueblo es músico. Ésta es una predisposición nacional que todos los vecinos la reconocen. Cuando en Chile se anuncia por la primera vez un argentino en una casa, lo invitan al piano en el acto, o le pasan una vihuela, y si se excusa diciendo que no sabe pulsarla, lo extrañan, y no le creen, “porque siendo argentino”, dicen, “debe ser músico”. Esta es una preocupación popular que acusa nuestros hábitos nacio-

¹ Echeverría: “*La Cautiva*”.

² Domínguez.

nales. En efecto, el joven culto de las ciudades toca el piano o la flauta, el violín o la guitarra; los mestizos se dedican casi exclusivamente a la música, y son muchos los hábiles compositores e instrumentistas que salen de entre ellos. En las noches de verano se oye sin cesar la guitarra en la puerta de las tiendas, y tarde de la noche, el sueño es dulcemente interrumpido por las serenatas y los conciertos ambulantes.

El pueblo campesino tiene sus cantares propios.

El "triste", que predomina en los pueblos del Norte, es un canto frigio, plañidero, natural al hombre en el estado primitivo de barbarie, según Rousseau.

La "vidalita", canto popular con coros, acompañado de la guitarra y un tamboril, a cuyos redobles se reúnen la muchedumbre y va engrosando el cortejo y el estrépito de las voces; este canto me parece heredado de los indígenas, porque lo he oído en una fiesta de indios en Copiapó en celebración de la Candelaria, y como canto religioso, debe ser antiguo, y los indios chilenos no lo han de haber adoptado de los españoles argentinos. La "vidalita" es el metro popular en que se cantan los asuntos del día, las canciones guerreras; el gaucho compone el verso que canta, y lo populariza por las asociaciones que su canto exige.

Así, pues, en medio de la rudeza de las costumbres nacionales, estas dos artes que embellecen la vida civilizada y dan desahogo a tantas pasiones generosas, están honradas y favorecidas por las masas mismas que ensayan su áspera Musa en composiciones líricas y poéticas. El joven Echeverría residió algunos meses en la campaña en 1840, y la fama de sus versos sobre la pampa le habían precedido ya; los gauchos lo rodeaban con respeto y afición, y cuando un recién venido mostraba señales de desdén hacia el "cajetilla", alguno le insinuaba al oído: "Es poeta", y toda prevención hostil cesaba al oír este título privilegiado.

Sabido es, por otra parte, que la guitarra es el instrumento popular de los españoles, y que es común en América. En Buenos Aires, sobre todo, está todavía muy vivo el tipo popular español, el "majo". Descúbresele en el compadrito de la ciudad y en el gaucho de la campaña. El "jaleo" español vive en el "cielito"; los dedos sirven de castañuelas. Todos los movimientos del compadrito revelan al majo; el movimiento de los hombros, los ademanes, la colocación del sombrero, hasta la manera de escupir por entre los colmillos, todo es andaluz genuino.

Del centro de estas costumbres y gustos generales se levantan especialidades notables, que un día embellecerán y darán un tinte original al drama y al romance nacional. Yo quiero sólo notar aquí algunos que servirán para completar la idea de las costumbres, para trazar en seguida el carácter, causas y efectos de la guerra civil.

El más conspicuo de todos, el más extraordinario, es el "rastreador". Todos los gauchos del interior son rastreadores. En llanuras tan dilatadas en donde las sendas y caminos se cruzan en todas direcciones, y los campos en que pacen o transitan las bestias son abiertos, es preciso saber seguir las huellas de un animal, y distinguirlas de entre mil; conocer si va despacio o ligero, suelto o tirado, cargado o de vacío. Ésta es una ciencia casera y popular. Una vez caía yo de un camino de encrucijada al de Buenos Aires, y el peón que me conducía echó, como de costumbre,

la vista al suelo. "Aquí va", dijo luego, "una mulita mora, muy buena... esta es la tropa de don N. Zapata... es de muy buena silla... va ensillada... ha pasado ayer"... Este hombre venía de la sierra de San Luis, la tropa volvía de Buenos Aires, y hacía un año que él había visto por última vez la mulita mora cuyo rastro estaba confundido con el de toda una tropa en un sendero de dos pies de ancho. Pues esto que parece increíble, es con todo, la ciencia vulgar; éste era un peón de arria y no un rastreador de profesión.

El rastreador es un personaje grave, circunspecto, cuyas aseveraciones hacen fe en los tribunales inferiores. La conciencia del saber que posee, le da cierta dignidad reservada y misteriosa. Todos lo tratan con consideración: el pobre porque puede hacerle mal, calumniándolo o denunciándolo; el propietario, porque su testimonio puede fallarle. Un robo se ha ejecutado durante la noche; no bien se nota, corren a buscar una pisada del ladrón, y encontrada, se cubre con algo para que el viento no la disipe. Se llama en seguida al rastreador, que ve el rastro, y lo sigue sin mirar sino de tarde en tarde el suelo, como si sus ojos vieran de relieve esta pisada que para otro es imperceptible. Sigue el curso de las calles, atraviesa los huertos, entra en una casa, y señalando un hombre que encuentra, dice friamente: "¡Este es!" El delito está probado, y raro es el delincuente que resiste a esta acusación. Para él, más que para el juez, la deposición del rastreador es la evidencia misma; negarla sería ridículo, absurdo. Se somete, pues, a este testigo que considera como el dedo de Dios que lo señala. Yo mismo he conocido a Calíbar, que ha ejercido en una provincia su oficio durante cuarenta años consecutivos. Tiene ahora cerca de ochenta años; encorvado por la edad, conserva, sin embargo, un aspecto venerable y lleno de dignidad. Cuando le hablan de su reputación fabulosa, contesta: "Yo no valgo nada; ahí están los niños"; los niños son sus hijos, que han aprendido en la escuela de tan famoso maestro. Se cuenta de él que durante un viaje a Buenos Aires le robaron una vez su montura de gala. Su mujer tapó el rastro con una artesa. Dos meses después Calíbar regresó, vió el rastro ya borrado e imperceptible para otros ojos, y no se habló más del caso. Año y medio después Calíbar marchaba cabizbajo por una calle de los suburbios, entra en una casa, y encuentra su montura ennegrecida ya, y casi inutilizada por el uso. ¡Había encontrado el rastro de su raptor después de dos años! El año 1830, un reo condenado a muerte se había escapado de la cárcel. Calíbar fué encargado de buscarlo. El infeliz previendo que sería rastreado, había tomado todas las precauciones que la imagen del cadalso le sugirió. ¡Precauciones inútiles! Acaso sólo sirvieron para perderle; porque, comprometido Calíbar en su reputación, el amor propio ofendido le hizo desempeñar con calor una tarea que perdía a un hombre, pero que probaba su maravillosa vista. El prófugo aprovechaba todas las desigualdades del suelo para no dejar huellas; cuerdas enteras había marchado pisando con la punta del pie; trepábase en seguida a las murallas bajas, cruzaba un sitio, y volvía atrás. Calíbar lo seguía sin perder la pista; si le sucedía momentáneamente extraviarse, al hallarla de nuevo exclamaba: "¡Dónde te 'mi-as-dir!'". Al fin llegó a una acequia de agua en los suburbios, cuya corriente había seguido aquél para burlar

al rastreador... ¡Inútil! Calíbar iba por las orillas, sin inquietud, sin vacilar. Al fin se detiene, examina unas hierbas, y dice: "por aquí ha salido; no hay rastro, pero estas gotas de agua en los pastos lo indican!" Entra en una viña, Calíbar reconoció las tapias que la rodeaban, y dijo: "Adentro está". La partida de soldados se cansó de buscar, y volvió a dar cuenta de la inutilidad de las pesquisas; "no ha salido", fué la breve respuesta que sin moverse, sin proceder a nuevo examen, dió el rastreador. No había salido, en efecto, y al día siguiente fué ejecutado. En 1830, algunos presos políticos intentaban una evasión: todo estaba preparado, los auxiliares de afuera prevenidos; en el momento de efectuarla, uno dijo: "¿Y Calíbar?" — "¡Cierto!" — contestaron los otros anonadados, aterrados. — "¡Calíbar!".

Sus familias pudieron conseguir de Calíbar que estuviese enfermo cuatro días contados desde la evasión, y así pudo efectuarse sin inconveniente.

¿Qué misterio es éste del rastreador? ¿Qué poder microscópico se desenvuelve en el órgano de la vista de estos hombres? ¡Cuán sublime criatura es la que Dios hizo a su imagen y semejanza!

Después del rastreador, viene el "baquiano", personaje eminente y que tiene en sus manos la suerte de los particulares de las provincias. El baquiano es un gaucho grave y reservado, que conoce a palmo veinte mil leguas cuadradas de llanuras, bosques y montañas. Es el topógrafo más completo; es el único mapa que lleva un general para dirigir los movimientos de su campaña. El baquiano va siempre a su lado. Modesto y reservado como una tapia; está en todos los secretos de la campaña; la suerte del ejército, el éxito de una batalla, la conquista de una provincia, todo depende de él.

El baquiano es casi siempre fiel a su deber; pero no siempre el general tiene en él plena confianza. Imaginaos la posición de un jefe condenado a llevar un traidor a su lado, y a pedirle los conocimientos indispensables para triunfar. Un baquiano encuentra una sendita que hace cruz con el camino que lleva: él sabe a qué aguada remota conduce; si encuentra mil, y esto sucede en un espacio de cien leguas, él las conoce todas, sabe de donde vienen y adonde van. Él sabe el vado oculto que tiene un río, más arriba o más abajo del paso ordinario, y esto en cien ríos o arroyos; él conoce en los ciénagos extensos un sendero por donde pueden ser atravesados sin inconveniente, y esto en cien ciénagos distintos.

En lo más oscura de la noche, en medio de los bosques o en las llanuras sin límites, perdidos sus compañeros, extraviados, da una vuelta en círculo de ellos, observa los árboles; si no los hay, se desmonta, se inclina a tierra, examina algunos matorrales y se orienta de la altura en que se halla; monta en seguida, y les dice para asegurarlos: "Estamos en dereseras de tal lugar, a tantas leguas de las habitaciones; el camino ha de ir al Sur" y se dirige hacia el rumbo que señala, tranquilo, sin prisa de encontrarlo, y sin responder a las objeciones que el temor o la fascinación sugiere a los otros.

Si aun esto no basta, o si se encuentra en la pampa y la obscuridad es impenetrable, entonces arranca pastos de varios puntos, huele la raíz y la tierra, las masca, y después de repetir este procedimiento varias

veces, se cerciora de la proximidad de algún lago, o arroyo salado; o de agua dulce, y sale en su busca para orientarse fijamente. El general Rosas, dicen, conoce por el gusto el pasto de cada estancia del sur de Buenos Aires.

Si el baquiano lo es de la pampa, donde no hay caminos para atravesarla, y un pasajero le pide que lo lleve directamente a un paraje distante cincuenta leguas, el baquiano se para un momento, reconoce el horizonte, examina el suelo, clava la vista en un punto y se echa a galopar con la rectitud de una flecha, hasta que cambia de rumbo por motivos que sólo él sabe, y galopando día y noche, llega al lugar designado.

El baquiano anuncia también la proximidad del enemigo; esto es, diez leguas, y el rumbo por donde se acerca, por medio del movimiento de los avestruces, de los gamos y guanacos que huyen en cierta dirección. Cuando se aproxima, observa los polvos; y por su espesor cuenta la fuerza: "Son dos mil hombres" dice; "quinientos", "doscientos", y el jefe obra bajo este dato, que casi siempre es infalible. Si los cóndores y cuervos revolotean en un círculo del cielo, él sabrá decir si hay gente escondida, o es un campamento recién abandonado, o un simple animal muerto. El baquiano conoce la distancia que hay de un lugar a otro; los días y las horas necesarias para llegar a él, y a más, una senda extrañada e ignorada por donde se puede llegar de sorpresa y en la mitad del tiempo; así es que las partidas de montoneras emprenden sorpresas sobre pueblos que están a cincuenta leguas de distancia, que casi siempre las aciertan. ¿Creeráse exagerado? ¡No! El general Rivera, de la Banda Oriental, es un simple baquiano que conoce cada árbol que hay en toda la extensión de la República del Uruguay. No la hubieran ocupado los brasileños sin su auxilio, y no la hubieran libertado sin él los argentinos. Oribe, apoyado por Rosas, sucumbió después de tres años de lucha con el general baquiano, y todo el poder de Buenos Aires, hoy con sus numerosos ejércitos que cubren toda la campaña del Uruguay, puede desaparecer destruido a pedazos, por una sorpresa, por una fuerza cortada mañana, por una victoria que él sabrá convertir en su provecho, por el conocimiento de algún caminito que cae a retaguardia del enemigo, o por otro accidente inadvertido o insignificante.

El general Rivera principió sus estudios del terreno el año 1804, y haciendo la guerra a las autoridades, entonces como contrabandista, a los contrabandistas después como empleado, al rey en seguida como patriota, a los patriotas más tarde como montonero, a los argentinos como jefe brasileño, a éstos como general argentino, a Lavalleja como presidente, al presidente Oribe, como jefe proscripto, a Rosas, en fin, aliado de Oribe, como general oriental, ha tenido sobrado tiempo para aprender un poco de ciencia del baquiano.

"El Gaucho Malo", éste es un tipo de ciertas localidades, un "out-law", un "squatter", un misántropo particular. Es el "Ojo del Halcón", el "Trampero" de Cooper, con toda su ciencia del desierto, con toda su aversión a las poblaciones de los blancos; pero sin su moral natural y sin sus conexiones con los salvajes. Llámame el Gaucho Malo, sin que este epíteto le desfavorezca del todo. La justicia lo persigue desde muchos años; su nombre es temido, pronunciado en voz baja, pero sin odio.

y casi con respeto. Es un personaje misterioso; mora en la pampa, son su albergue los cardales; vive de perdices y "mulitas"; si alguna vez quiere regalarse con una lengua, enlaza una vaca, la voltea solo, la mata, saca su bocado predilecto, y abandona lo demás a las aves montecinas. De repente se presenta el Gaucho Malo en un pago de donde la partida acaba de salir; conversa pacíficamente con los buenos gauchos, que lo rodean y lo admiran; se provee "de los vicios", y si divisa la partida, monta tranquilamente en su caballo, y lo apunta hacia el desierto, sin prisa, sin aparato, desdeñando volver la cabeza. La partida rara vez lo sigue; mataría inútilmente sus caballos, porque el que monta el Gaucho Malo es un parejero "pangaré" tan célebre como su amo. Si el acaso lo echa alguna vez de improviso entre las garras de la justicia, acomete lo más espeso de la partida, y merced de cuatro tajadas que con su cuchillo ha abierto en la cara o en el cuerpo de los soldados, se hace paso por entre ellos, y tendiéndose sobre el lomo del caballo para substraerse a la acción de las balas que lo persiguen, endilga hacia el desierto, hasta que, poniendo espacio conveniente entre él y sus perseguidores, refrena su trotón y marcha tranquilamente. Los poetas de los alrededores agregan esta nueva hazaña a la biografía del héroe del desierto, y su nombradía vuela por toda la vasta campaña. A veces se presenta a la puerta de un baile campestre con una muchacha que ha robado; entra en baile con su pareja, confúndese en las mudanzas del "cielito", y desaparece sin que nadie lo advierta. Otro día se presenta en la casa de la familia ofendida, hace descender de la grupa a la niña que ha seducido, y desdeñando las maldiciones de los padres que lo siguen, se encamina tranquilo a su morada sin límites.

Este hombre divorciado con la sociedad, proscripto por las leyes; este salvaje de color blanco, no es en el fondo un ser más depravado que los que habitan las poblaciones. El osado prófugo que acomete una partida entera, es inofensivo para con los viajeros. El Gaucho Malo no es un bandido, no es un salteador; el ataque a la vida no entra en su idea, como el robo no entraba en la idea del "Churriador"; roba, es cierto, pero ésta es su profesión, su tráfico, su ciencia. Roba caballos. Una vez viene al real de una tropa del interior; el patrón propone comprarle un caballo de tal pelo extraordinario, de tal figura, de tales prendas, con una estrella blanca en la paleta. El gaucho se recoge, medita un momento, y después de un rato de silencio, contesta: "No hay actualmente caballo así". ¿Qué ha estado pensando el gaucho? En aquel momento ha recorrido en su mente mil estancias de la pampa, ha visto y examinado todos los caballos que hay en la provincia, con sus marcas, color, señas particulares, y convencido de que no hay ninguno que tenga una estrella en la paleta; unos la tienen en la frente, otros una mancha blanca en el anca.

¿Es sorprendente esta memoria? ¡No! Napoleón conocía por sus nombres doscientos mil soldados, y recordaba al verlos, todos los hechos que a cada uno de ellos se referían. Si no se le pide, pues, lo imposible, en día señalado, en un punto dado del camino, entregará un caballo tal como se le pide, sin que el anticiparle el dinero sea un motivo de faltar a la cita. Tiene sobre este punto el honor de los tahures sobre la deuda. Viaja a veces a la campaña de Córdoba, a Santa Fe. Entonces se le ve

cruzar la pampa con una tropilla de caballos por delante; si alguno lo encuentra, sigue su camino sin acercársele, a menos que él lo solicite.

"El cantor". Aquí tenéis la idealización de aquella vida de revueltas, de civilización, de barbarie y de peligros. El gaucho cantor es el mismo bardo, el vate, el trovador de la Edad Media, que se mueve en la misma escena, entre las luchas de las ciudades y del feudalismo de los campos, entre la vida que se va y la vida que se acerca. El cantor anda de pago en pago, "de tapera en galpón", cantando sus héroes de la pampa perseguidos por la justicia, los llantos de la viuda a quien los indios robaron sus hijos en un malón reciente, la derrota y la muerte del valiente Rauch, la catástrofe de Facundo Quiroga y la suerte que cupo a Santos Pérez. El cantor está haciendo candorosamente el mismo trabajo de crónica, costumbres, historia, biografía, que el bardo de la Edad Media, y sus versos serían recogidos más tarde como los documentos y datos en que habría de apoyarse el historiador futuro, si a su lado no estuviese otra sociedad culta con superior inteligencia de los acontecimientos, que la que el infeliz despliega en sus rapsodias ingenuas. En la República Argentina se ven a un tiempo dos civilizaciones distintas en un mismo suelo: una naciente, que sin conocimiento de lo que tiene sobre su cabeza, está remediando los esfuerzos ingenuos y populares de la Edad Media; otra, que sin cuidarse de lo que tiene a sus pies, intenta realizar los últimos resultados de la civilización europea. El siglo XIX y el siglo XII viven juntos: el uno dentro de las ciudades, el otro en las campañas.

El cantor no tiene residencia fija; su morada está donde la noche lo sorprende; su fortuna en sus versos y en su voz. Donde quiera que el "cielito" enreda sus parejas sin tasa, donde quiera que se apure una copa de vino, el cantor tiene su lugar preferente, su parte escogida en el festín. El gaucho argentino no bebe, si la música y los versos no le excitan³, y cada pulpería tiene su guitarra para poner en manos del cantor, a quien el grupo de caballos estacionados en la puerta anuncia a lo lejos donde se necesita el concurso de gaya ciencia.

El cantor mezcla entre sus cantos heroicos la relación de sus propias hazañas. Desgraciadamente, el cantor, con ser el bardo argentino, no está libre de tener que habérselas con la justicia. También tiene que dar la cuenta de sendas puñaladas que ha distribuido, una o dos "desgracias" (muertes) que tuvo y algún caballo o alguna muchacha que robó. El 1840, entre un grupo de gauchos y a orillas del majestuoso Paraná, estaba sentado en el suelo y con las piernas cruzadas un cantor que tenía azorado y divertido a su auditorio con la larga y animada historia de sus trabajos y aventuras. Había ya contado lo del rapto de la querida, con los trabajos que sufrió; lo de la "desgracia" y la disputa que la motivó; estaba refi-

³ No es fuera de propósito recordar aquí las semejanzas notables que representan los argentinos con los árabes. En Argel, en Orán, en Máscara y en los aduares del desierto, vi siempre a los árabes reunidos en cafés, por estarles completamente prohibido el uso de los licores, apiñados en derredor del cantor, generalmente dos, que se acompañan de la vihuela a dúo, recitando canciones nacionales planíderas como nuestros tristes. La rienda de los árabes es tejida de cuero y con azotera como las nuestras; el freno que usamos es el freno árabe y muchas de nuestras costumbres revelan el contacto de nuestros padres con los moros de la Andalucía. De las fisonomías no se hable: algunos árabes he conocido que juraba haberlos vistos en mi país. — (Nota de la edición de 1850).

riendo su encuentro con la partida y las puñaladas que en su defensa dió, cuando el tropel y los gritos de los soldados le avisaron que esta vez estaba cercado. La partida, en efecto, se había cerrado en forma de herradura; la abertura quedaba hacia el Paraná, que corría veinte varas más abajo, tal era la altura de la barranca. El cantor oyó la grito sin turbarse, viósele de improviso sobre el caballo, y echando una mirada escudriñadora sobre el círculo de soldados con las tercerolas preparadas, vuelve el caballo hacia la barranca, le pone el poncho en los ojos, y clávale las espuelas. Algunos instantes después se veía salir de las profundidades del Paraná, el caballo sin freno, a fin de que nadase con más libertad, y el cantor, tomado de la cola, volviendo la cara quietamente, cual si fuera en un bote de ocho remos, hacia la escena que dejaba en la barranca. Algunos balazos de la partida no estorbaron que llegase sano y salvo al primer islote que sus ojos divisaron.

Por lo demás, la poesía original del cantor es pesada, monótona, irregular, cuando se abandona a la inspiración del momento. Más narrativa que sentimental, llena de imágenes tomadas de la vida campestre, del caballo y las escenas del desierto, que la hacen metafórica y pomposa. Cuando refiere sus proezas o las de algún afamado malévolo, parécese al improvisador napolitano, desarreglado, prosaico de ordinario, elevándose a la altura poética por momentos, para caer de nuevo al recitado insípido y casi sin versificación. Fuera de esto, el cantor posee su repertorio de poesías populares, quintillas, décimas y octavas, diversos géneros de versos octosílabos. Entre éstos hay muchas composiciones de mérito, y que descubren inspiración y sentimiento.

Aun podría añadir a estos tipos originales muchos otros igualmente curiosos, igualmente locales, si tuviesen, como los anteriores, la peculiaridad de revelar las costumbres nacionales, sin lo cual es imposible comprender nuestros personajes políticos, ni el carácter primordial y americano de la sangrienta lucha que despedaza a la República Argentina. Andando esta historia, el lector va a descubrir por sí solo dónde se encuentra el rastreador, el baquiano, el gaucho malo, el cantor. Verá en los caudillos cuyos nombres han traspasado las fronteras argentinas, y aun en aquellos que llenan el mundo con el horror de su nombre, el reflejo vivo de la situación interior del país, sus costumbres, su organización.

Id., Capítulo II.

ASOCIACIÓN — LA PULPERÍA

Le gaucho vit de privations, mais son luxe est la liberté. Fier, d'une indépendance sans bornes, ses sentiments sauvages comme sa vie, son pourtant nobles et bons.

Head.

En el capítulo primero hemos dejado el campesino argentino en el momento en que ha llegado a la edad viril, tal cual lo ha formado la naturaleza y la falta de verdadera sociedad en que vive. Lo hemos visto hombre, independiente de toda necesidad, libre de toda sujeción, sin ideas

de gobierno, porque todo orden regular y sistemado se hace de todo punto imposible. Con estos hábitos de incuria, de independencia va a entrar en otra escala de la vida campestre que, aunque vulgar, es el punto de partida de todos los grandes acontecimientos que vamos a ver desenvolverse muy luego.

No se olvide que hablo de los pueblos esencialmente pastores; que en éstos tomo la fisonomía fundamental dejando las modificaciones accidentales que experimentan para indicar a su tiempo los efectos parciales.

Hablo de la asociación de estancias que, distribuidas de cuatro en cuatro leguas más o menos, cubren la superficie de una provincia.

Las campañas agrícolas subdividen y se disemina también la sociedad, pero en una escala muy reducida; un labrador colinda con otro, y los aperos de la labranza y la multitud de instrumentos, aparejos, bestias que ocupa, etcétera, lo variado de sus productos y las diversas artes que la agricultura llama en su auxilio, establecen relaciones necesarias entre los habitantes de un valle, y hacen indispensable un rudimento de villa que les sirva de centro. Por otra parte, los cuidados y faenas que la labranza exige, requieren tal número de brazos, que la ociosidad se hace imposible, y los varones se ven forzados a permanecer en el recinto de la heredad. Todo lo contrario sucede en esta singular asociación. Los límites de la propiedad no están marcados; los ganados, cuanto más numerosos son, menos brazos ocupan; la mujer se encarga de todas las faenas domésticas y fabriles; el hombre queda desocupado, sin goces, sin ideas, sin atenciones forzosas; el hogar doméstico le fastidia, lo expelle, digámoslo así. Hay necesidad, pues de una sociedad ficticia para remediar esta desasociación normal. El hábito contraído desde la infancia de andar a caballo, es un nuevo estímulo para dejar la casa. Los niños tienen el deber de echar caballos al corral apenas sale el sol; y todos los varones, hasta los pequeños, ensillan su caballo, aunque no sepan qué hacerse. El caballo es una gran parte integrante del argentino de los campos; es para él lo que la corbata para los que viven en el seno de las ciudades. El año 41 el Chacho, caudillo de los Llanos, emigró a Chile.—¿Cómo le va, amigo?—le preguntaba uno.—¿Cómo me ha de ir!—contestó con el acento del dolor y de la melancolía—¡en Chile y a pie! Sólo un gaucho argentino sabe apreciar todas las desgracias y todas las angustias que estas dos frases expresan.

Aquí vuelve a aparecer la vida árabe, tártara. Las siguientes palabras de Víctor Hugo parecen escritas en la Pampa: "No podría combatir a pie; no hace si no una sola persona en su caballo. Vive a caballo; trata, compra y vende a caballo; bebe, come y sueña a caballo".

Salen, pues, los varones sin saber fijamente adónde. Una vuelta a los ganados, una visita a una cría o a la querencia de un caballo predilecto, invierte una pequeña parte del día; el resto lo absorbe una reunión en una venta o "pulpería". Allí concurre cierto número de parroquianos de los alrededores; allí se dan y adquieren las noticias sobre los animales extraviados; trázanse en el suelo las marcas del ganado; sábase dónde caza el tigre, donde se le han visto los rastros al león; allí se arman las carreras, se reconocen los mejores caballos; allí, en fin, está el cantor; allí se fraterniza por el circular de la copa y las prodigalidades de los que poseen.

En esta vida tan sin emociones el juego sacude los espíritus enervados, el licor enciende las imaginaciones adormecidas. Esta asociación accidental de todos los días, viene, por su repetición, a formar una sociedad más estrecha que la de donde partió cada individuo; y en esta asamblea sin objeto público, sin interés social, empiezan a echarse los rudimentos de las reputaciones que más tarde y andando los años, van a aparecer en la escena política. Ved cómo.

El gaucho estima sobre todas las cosas, las fuerzas físicas, la destreza en el manejo del caballo, y además el valor. Esta reunión, este "club" diario, es un verdadero circo olímpico en que se ensayan y comprueban los quilates del mérito de cada uno.

El gaucho anda armado del cuchillo, que ha heredado de los españoles; esta peculiaridad de la Península, este grito característico de Zaragoza: "¡Guerra a cuchillo!" es aquí más real que en España. El cuchillo, a más de una arma, es un instrumento que le sirve para todas sus ocupaciones; no puede vivir sin él, es como la trompa del elefante, su brazo, su mano, su dedo, su todo. El gaucho, a la par del jinete, hace alarde de valiente, y el cuchillo brilla a cada momento, describiendo círculos en el aire, a la menor provocación, o sin provocación alguna, sin otro interés que medirse con un desconocido; juega a las puñaladas, como jugaría a los dados. Tan profundamente entran estos hábitos pendencieros en la vida íntima del gaucho argentino, que las costumbres han creado sentimientos de honor y una esgrima que garantiza la vida. El hombre de la plebe de los demás países toma el cuchillo para matar, y mata; el gaucho argentino lo desenvaina para pelear, y hiere solamente. Es preciso que esté muy borracho, es preciso que tenga instintos verdaderamente malos, o rencores muy profundos, para que atente contra la vida de su adversario. Su objeto es sólo "marcarlo", darle una tajada en la cara, dejarle una señal indeleble. Así, se ve a estos gauchos llenos de cicatrices que rara vez son profundas. La riña, pues, se trava por brillar, por la gloria del vencimiento, por amor a la reputación. Ancho círculo se forma en torno de los combatientes, y los ojos siguen con pasión y avidez el centelleo de los puñales, que no cesan de agitarse un momento. Cuando la sangre corre a torrentes, los espectadores se creen obligados en conciencia a separarlos. Si sucede una "desgracia", las simpatías están por el que desgració; el mejor caballo le sirve para salvarse a parajes lejanos, y allí lo acoge el respeto o la compasión. Si la justicia le da alcance, no es raro que haga frente, y si "corre a la partida", adquiere un renombre desde entonces, que se dilata sobre una ancha circunferencia. Transcurre el tiempo, el juez ha sido mudado, y ya puede presentarse de nuevo en su pago sin que se proceda a ulteriores persecuciones; está absuelto. Matar es una desgracia, a menos que el hecho se repita tantas veces, que inspire horror el contacto del asesino. El estanciero don Juan Manuel Rosas, antes de ser hombre público, había hecho de su residencia una especie de asilo para los homicidas, sin que jamás consintiese en su servicio a los ladrones; preferencias que se explicarían fácilmente por su carácter de gaucho propietario, si su conducta posterior no hubiese revelado afinidades que han llenado de espanto al mundo.

En cuanto a los juegos de equitación, bastaría indicar uno de los gauchos en que se ejercitan, para juzgar del arrojo que para entregarse a ellos se requiere. Un gaucho pasa a todo escape por enfrente de sus compañeros. Uno le arroja un tiro de bolas que en medio de la carrera maniata el caballo. Del torbellino de polvo que levanta éste al caer, vese salir al jinete corriendo seguido del caballo, a quien el impulso de la carrera interrumpida hace avanzar obedeciendo a las leyes de la física. En este pasatiempo se juega la vida y a veces se pierde.

¿Creeráse que estas proezas, la destreza y la audacia en el manejo del caballo, son las bases de las grandes ilustraciones que han llenado con su nombre la República Argentina, y cambiado la faz del país? Nada es más cierto, sin embargo. No es mi ánimo persuadir que el asesinato y el crimen hayan sido siempre una escala de ascenso. Millares son los valientes que han parado en bandidos oscuros; pero pasan de centenares los que a estos hechos han debido su posición. En todas las sociedades despotizadas las grandes dotes naturales van a perderse en el crimen; el genio romano que conquistara el mundo, es hoy el terror de los Lagos Pontinos, y los Zumalacárregui, los Mina, españoles, se encuentran a centenares en Sierra Leona. Hay una necesidad para el hombre de desenvolver sus fuerzas, su capacidad y ambición, que cuando faltan los medios legítimos, él se forja un mundo con su moral y sus leyes aparte, y en él se complace en mostrar que había nacido Napoleón o César.

Con esta sociedad, pues, en que la cultura del espíritu es inútil e imposible, donde los negocios municipales no existen, donde el bien público es una palabra sin sentido, porque no hay público, el hombre dotado eminentemente se esfuerza por producirse, y adopta para ello los medios y los caminos que encuentra. El gaucho será un malhechor o un caudillo, según el rumbo que las cosas tomen en el momento en que ha llegado a hacerse notable.

Costumbres de este género requieren medios vigorosos de represión, y para reprimir desalmados se necesitan jueces más desalmados aún. Lo que al principio dije del capataz de carretas, se aplica exactamente al juez de campaña. Ante toda otra cosa, necesita valor; el terror de su nombre es más poderoso que los castigos que aplica. El juez es naturalmente algún famoso de tiempo atrás a quien la edad y la familia han llamado a la vida ordenada. Por supuesto, que la justicia que administra, es de todo punto arbitraria; su conciencia o sus pasiones lo guían, y sus sentencias son inapelables.

A veces suele haber jueces de éstos, que lo son de por vida, y que dejan una memoria respetada. Pero la conciencia de estos medios ejecutivos y lo arbitrario de las penas, forman ideas en el pueblo sobre el poder de la "autoridad", que más tarde vienen a producir sus efectos. El juez se hace obedecer por su reputación de audacia temible, su autoridad, su juicio sin formas, su sentencia, un "yo lo mando" y sus castigos, inventados por él mismo. De este desorden, quizá por mucho tiempo inevitable, resulta que el caudillo que en las revueltas llega a elevarse, posee sin contradicción y sin que sus secuaces duden de ello, el poder amplio y terrible que sólo se encuentra hoy en los pueblos asiáticos.

El caudillo argentino es un Mahoma, que pudiera a su antojo cambiar la religión dominante y forjar una nueva. Tiene todos los poderes; su injusticia es una desgracia para su víctima, pero no un abuso de su parte, porque él puede ser injusto; más todavía, él ha de ser injusto necesariamente, siempre lo ha sido.

Lo que digo del juez, es aplicable al comandante de campaña. Este es un personaje de más alta categoría que el primero, y en quien han de reunirse en más alto grado las cualidades de reputación y antecedentes de aquél. Todavía una circunstancia nueva agrava, lejos de disminuir, el mal. El gobierno de las ciudades es el que da el título de comandante de campaña; pero como la ciudad es débil en el campo, sin influencia y sin adictos, el gobierno echa mano de los hombres que más temor le inspiran, para encomendarles este empleo, a fin de tenerlos en su obediencia; manera muy conocida de proceder de todos los gobiernos débiles, y que alejan el mal del momento presente, para que se produzca más tarde en dimensiones colosales. Así, el gobierno papal hace transacciones con los bandidos, a quienes da empleos en Roma, estimulando con esto el bandidaje, y creándole un porvenir seguro; así, el Sultán concedía a Mehemet-Alí la investidura de Bajá de Egipto, para tener que reconocerlo más tarde rey hereditario, a trueque de que no lo destronase. Es singular que todos los caudillos de la revolución argentina han sido comandantes de campaña: López e Ibarra, Artigas y Güemes, Facundo y Rosas. Es el punto de partida para todas las ambiciones. Rosas, cuando hubo apoderándose de la ciudad, exterminó a todos los comandantes que lo habían elevado, entregando este influyente cargo a hombres vulgares, que no pudiesen seguir el camino que él había traído: Pajarito, Celarrayán, Arbolito, Pancho el Nato, Molina, eran otros tantos bandidos comandantes de que Rosas purgó el país.

Doy tanta importancia a estos pormenores, porque ellos servirán para explicar todos nuestros fenómenos sociales y la revolución que se ha estado obrando en la República Argentina, revolución que está desfigurada por las palabras del diccionario civil, que la disfrazan y ocultan, creando ideas erróneas; de la misma manera que los españoles, al desembarcar en América, daban un nombre europeo conocido a un animal nuevo que encontraban, saludando con el terrible de león, que trae al espíritu la idea de la magnanimidad y fuerza del rey de las bestias, al miserable gato llamado puma, que huye a la vista de los perros, y tigre al jaguar de nuestros bosques. Por deleznales e innobles que parezcan estos fundamentos que quiero dar a la guerra civil, la evidencia vendrá luego a mostrar cuán sólidos e indestructibles son.

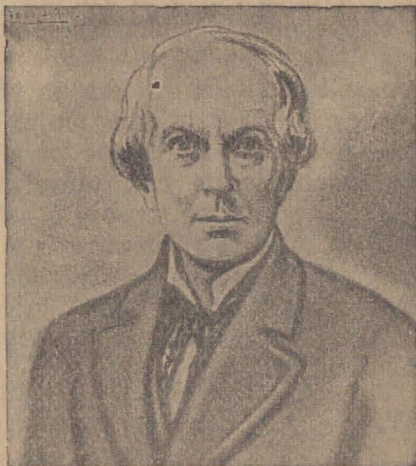
La vida de los campos argentinos, tal como la he mostrado, no es un accidente vulgar; es un orden de cosas, un sistema de asociación característico, normal, único a mi juicio en el mundo, y él solo basta para explicar toda nuestra revolución. Había antes de 1810 en la República Argentina dos sociedades distintas, rivales e incompatibles; dos civilizaciones diversas: la una española, europea, civilizada, y la otra bárbara, americana, casi indígena; y la revolución de las ciudades sólo iba a servir de causa, de móvil, para que estas dos maneras distintas de ser de un pueblo se pusiesen en presencia una de otra, se acometiesen, y después

de largos años de lucha la una absorbiese la otra. He indicado la asociación normal de la campaña, la desasociación, peor mil veces que la tribu nómada; he mostrado la asociación ficticia, en la desocupación; la formación de las reputaciones gauchas; valor, arrojo, destreza, violencias y oposición a la justicia regular, a la justicia civil de la ciudad. Este fenómeno de organización social existía en 1810, existe aún modificado, en muchos puntos, modificándose lentamente en otros, e intacto en muchos aún. Estos focos de reunión de gauchaje valiente, ignorante, libre y desocupado, estaban diseminados a millares en la campaña. La revolución de 1810 llevó a todas partes el movimiento y el rumor de las armas. La vida pública, que hasta entonces había faltado a esta asociación árabe-romana, entró en todas las ventas, y el movimiento revolucionario trajo al fin la asociación bélica en la "montonera" provincial, hija legítima de la venta y de la estancia, enemiga de la ciudad y del ejército patriota revolucionario. Desenvolviéndose los acontecimientos, veremos las montoneras provinciales con sus caudillos a la cabeza; en Facundo Quiroga, últimamente triunfante en todas partes, la campaña sobre las ciudades, y dominadas éstas en su espíritu, gobierno, civilización, formarse, al fin, el gobierno central, unitario, despótico, del estanciero don Juan Manuel de Rosas, que clava en la culta Buenos Aires el cuchillo del gaucho y destruye la obra de los siglos, la civilización, las leyes y la libertad.

Id., Capítulo III.

JUAN BAUTISTA ALBERDI

De origen vasco por su padre, comerciante afincado en Tucumán desde la época de la colonia y que casó con doña Josefa Aráoz, nació Juan Bautista Alberdi el 20 de agosto de 1810. Venido al mundo en días de plena efervescencia revolucionaria, creció Juan Bautista en un ambiente caldeado



por el entusiasmo patriótico, que inflamó también a su padre, uno de los primeros españoles que apoyó la causa emancipadora.

Como estudiante llegó a Buenos Aires en los días de Rivadavia, después de un penoso viaje de dos meses en carreta. Huérfano ya en ese entonces, fueron sus protectores el gobernador Heredia y su tío don José María Aráoz. Vinculóse con lo más destacado de su generación: con Miguel Cané (el primero de su nombre) en el Colegio de Ciencias Morales, con López en el "*Salón Literario*", con Echeverría en la "*Asociación de Mayo*", con Juan María Gutiérrez en la "*Nueva Troya*". Estudió Derecho en Buenos Aires y Córdoba y, de nuevo en su provincia natal, selló firme amistad con Avellaneda.

A raíz de su conspiración contra Rosas, debió expatriarse en Montevideo, en 1835, donde al año siguiente fué secretario de Lavalle. Luego de viajar por Europa, radicóse a su vuelta en Chile; allí fraternizó con Sarmiento y Mitre, con los que había de romper ruidosamente después de Caseros.

En esta primera etapa de su vida, la producción de Alberdi es proficua y abarca muy distintos géneros, desde la delectación estética hasta las ciencias sociales, pasando por la acción política. A los veinte y dos años escasos escribió "*El espíritu de la música*", arte en que era versado en extremo, pues llegó a componer acompañamientos para canciones de los poetas de sus días, y un "*Nuevo método para aprender el piano*", instrumento éste del que era un virtuoso. Es éste el Alberdi joven y galán, devoto de la mujer y el arte, que habría de transformarse con el correr de los años en el estadista severo y el agrio solterón de su madurez. Otros ensayos sobre música, teatro y poesía pertenecen a esta misma época, así como sus folletos políticos relativos a la tiranía y sus secuelas. En 1837 escribe su "*Memoria descriptiva de Tucumán*", en que refleja la faz cívica y moral de su tierra de origen, y en el mismo año aparece su tesis doctoral intitulada "*Preliminar al estudio del derecho*".

En Buenos Aires y Montevideo se da al periodismo, y en "*La Moda*" y "*El Iniciador*", publicaciones de una y otra ciudad respectivamente, toca cuestiones de crítica social y literaria en forma novedosa y original. Aunando las tendencias liberales, románticas y americanistas, combate Alberdi cuanto ofrezca resabios de coloniaje en materia política y de clasicis-

mo en literatura. Dentro de tal orden de ideas combate a Varela "el clásico" en su comentario al "*Certamen poético de Mayo*", que vió la luz en Montevideo en 1841. Tentó también el género dramático, escribiendo dos ensayos no desprovistos de mérito: "*La revolución de Mayo*" (1839) y "*El gigante Amapolas*" (1841).

Ha reflejado Alberdi sus andanzas por tierras de Europa y de Chile en sus "*Veinte días en Génova*", "*Impresiones de viaje*" y sus fantasías "*El Edén*" y "*La cárcel a la vela*", así como habla de su propia vida y obras y de los acontecimientos de que ha sido espectador en su país en el trienio 1839 - 1842 en su "*Memoria sobre su vida y sus escritos*".

Su campaña antirrosista, sus años de conspiración, con sus sueños y realidades, están perfectamente documentados en su "*Correspondencia*" y sus "*Memorias*", así como en sus colaboraciones en la "*Revista del Plata*", "*El Nacional*" y "*El Talismán*", y en sus virulentos panfletos políticos, casi todos publicados en Chile entre 1841 y 1851.

En 1852, hallándose Alberdi en Valparaíso, tuvo la noticia de la derrota de Rosas en Caseros, vencido por Urquiza, en cuyo ejército formaron los más gloriosos de los proscritos. Alberdi, a quien no seducían las guerras civiles, pues dos lustros antes había abandonado a Montevideo cuando fué sitiada, se puso de inmediato a redactar las "*Bases y puntos de partida para la reorganización constitucional de la República Argentina*", cuyos propósitos anuncia desde sus comienzos, cuando dice: "La victoria de Monte Caseros, por sí sola, no coloca a la República Argentina en posesión de cuanto necesita. Ella viene a ponerla en el camino de su organización y progreso, bajo cuyo aspecto considerada, esa victoria es un evento tan grande como la Revolución de Mayo, que destruyó el gobierno colonial español". Con su libro, Alberdi, que no había servido a su patria en la cruzada libertadora de las armas, lo hace en la de las letras, y su mismo papel contemplativo le permite una visión más serena de los acontecimientos que la de los combatientes.

De las "*Bases*" se conocen cuatro ediciones fundamentales: la príncipe, de mayo de 1852, editada en Valparaíso por la imprenta de "*El Mercurio*"; la segunda, de la misma imprenta, de julio del mismo año, en la que el autor, en la adver-

tencia que sigue al prólogo, manifiesta que el título de su obra no debió ser aquél con el cual apareció, sino "*Medios de libertad, de orden y de engrandecimiento para las repúblicas americanas de origen español*", que cambió por el primero, por parecerle "excesivamente presuntuoso"; y que ha ampliado el texto con noticias acerca de las Constituciones del Uruguay, Paraguay y California. Y aunque no lo dice expresamente, se incluyen en esta segunda edición muchas otras variantes y ampliaciones, llegando hasta a concretar un proyecto de Constitución, que fué sancionado en Santa Fe en 1853, y cuya esencia, pese a las ulteriores reformas es la de nuestra ^{CONSTITUCIÓN} Carta Magna. La tercera edición es la de la "*Imprenta Argentina*" de Buenos Aires, que reproduce la primera; y la cuarta, que se ha tenido por la definitiva, por haberse impreso bajo los auspicios del Estado y de acuerdo a un texto "corregido y aumentado por el autor", fué impresa en Besançon en 1858. En esta última Alberdi perturba la serenidad de la edición prístina de las "*Bases*" con el eco de las pasiones reavivadas por los sucesos ocurridos en torno a la cuestión de la capital argentina, variando fundamentalmente a este respecto su criterio, pues si en la edición de 1852 sostiene que por razones geográficas e históricas Buenos Aires debe ser la capital, en la de 1858 asegura que "todo gobierno nacional es imposible con la capital en Buenos Aires". En las "*Bases*" de Besançon Alberdi se convierte en el defensor de las trece provincias confederadas en pugna con Buenos Aires, de la que dice que "fué libertada contra su voluntad por la espada victoriosa del general Urquiza" y a la que declara "incapaz de la libertad, que es un arte, un hábito, una educación".

RICARDO ROJAS cree que, por patriotismo y por inteligencia, debe preferirse la edición de Valparaíso a la de Besançon, el libro del filósofo sereno al del polemista exacerbado. Por otra parte, el mismo Alberdi, vuelto a la patria en 1880 y presenciando desde su banca de diputado los sucesos que culminaron con la capitalización definitiva de Buenos Aires en 1882, escribe un opúsculo en el que celebra este hecho como la realización de uno de sus más caros ideales; es decir, que él mismo, treinta años después, vuelve a sus ideas primeras, las de las "*Bases*" de 1852, y desautoriza las apasionadas y partidistas de la edición de 1858.

Las disidencias entre Buenos Aires y la Confederación originan recia polémica entre Alberdi y Sarmiento, los amigos del destierro. Escribe éste en Buenos Aires "*Las ciento y una*" y aquél "*Las Quillotanas*", nombre vulgar de las "*Cartas sobre la prensa y política militante en la República Argentina*", escritas en la ciudad chilena de su residencia. Uno y otro, ciegos de pasión, discuten a la vez el destino del país y su propia personalidad, defendiendo Alberdi a Urquiza, cuyo consejero fué desde Chile, y atacándolo reciamente Sarmiento, como lo hiciera en su libro "*La campaña del ejército grande*".

Siguieron a las "*Bases*" varios libros destinados a completarlas: "*Elementos de derecho público provincial argentino*" (1853), "*Sistema económico y rentístico según la Constitución Argentina*", "*La integridad nacional de la República Argentina bajo todos sus gobiernos*" (1855) y luego, en 1881, el mencionado opúsculo, cuyo título era: "*La República consolidada con su capital en Buenos Aires*". Pero la obra cumbre de Alberdi e indiscutiblemente uno de los grandes libros argentinos son las "*Bases*"; tal fué la importancia que se les asignó después de Caseros, que la Confederación se organizó de acuerdo a ellas, y Urquiza, llegado a la presidencia, para premiar a su autor le envió como negociador diplomático a Europa, ante los gobiernos de Inglaterra, Francia y España y la Santa Sede. En Francia reeditó Alberdi sus obras con el agregado de la Constitución de que ya hicimos mención, y en 1855, a expensas del Estado, se hizo una nueva edición de tres mil ejemplares, destinada, según reza el correspondiente decreto, a educar al pueblo y recompensar al autor por los desinteresados servicios que con ellas prestara al país.

El valor de las "*Bases*" es inmenso por el importante papel que ellas desempeñaron como fuente de nuestras instituciones democráticas y por su rica doctrina cívica, pero ellas no revelan al escritor concebido como tal, sino simplemente al pensador inspirado y capaz de construir a la manera de Platón.

En 1878, cuando el ideal de democracia que Alberdi forjara había empalidecido notablemente a sus ojos, escribió éste "*Luz del día*", especie de caricatura de aquel ideal frente a la realidad de América. Es una obra alegórica que consta de tres partes: en la primera la Verdad, bajo el nombre de *Luz del día*, emigra de Europa a América en busca de aires menos

asfixiantes; en la segunda, la Verdad, harta ya de tratar con bribones, se encuentra con Don Quijote, empeñado en organizar en la Patagonia una república de carneros, el estado de Quijotania, llamado al más triste de los fracasos, en vista de lo cual, en la tercera parte *Luz del día* pronuncia una conferencia acerca del "sufragio universal de la universal ignorancia" y el problema de la libertad en las repúblicas hispanoamericanas.

Esta obra, más que novela, pues sus personajes son pura alegoría y no hay en ella acción, es una especie de diálogo filosófico a la manera de los burlescos del griego Luciano, aunque por momentos participa de géneros tan diversos como la sátira, la fábula, la polémica, la didáctica, la oratoria. Su esencia es la crítica de las sociedades hispanoamericanas, a las que se aconseja en la conferencia final pronunciada por *Luz del día*, la libertad por el gobierno de sí mismas, que han de lograr con la propia cultura; conclusión tan digna de aplauso como inadmisible es el medio propuesto para llegar a ella, que, según el autor, no puede ser otro que la sajonización. JOSÉ MANUEL ESTRADA ha hecho la mejor crítica de tal aserto, diciendo en el comentario que acerca de esta obra alegórica publicó en la "*Revista del Río de la Plata*", que *Luz del día* dice verdades, pero no es la Verdad, como pretende el autor.

La contraposición de las "*Bases*" y "*Luz del día*", sistema constitucional aquéllas para la nueva sociedad argentina y crítica acerba ésta de la realidad del medio donde había de aplicarse tal sistema, nos presenta cual antípodas, por una parte, la visión del ideal democrático soñado para nuestro continente y, por otra, la incapacidad de estos jóvenes pueblos para ser libres, en razón de su misma incultura.

Las obras de madurez de Alberdi reflejan en su casi totalidad su preocupación por las ciencias sociales, contempladas desde el doble punto de mira de lo histórico y lo real, y ni aun escapa a esa dualidad su libro "*El crimen de la guerra*", en el cual, junto a las más elevadas concepciones del pensador, aparecen los rasgos vigorosos del polemista, cuando se trata de Mitre y la guerra del Paraguay. La obra toda es un alegato del individualismo y pacifismo de Alberdi, de más valor biográfico y político que filosófico.

De 1880 data la conferencia acerca de "*La omnipotencia del Estado*", que bien puede ser mirada como el testamento fi-

losófico de Alberdi, pues se inspira en las teorías individualistas británicas, que tanto le complacieron siempre en su doble faz de hombre solitario y de pensador rebelde.

Terminada la misión diplomática que Urquiza le confiara, vuelve Alberdi al país, y hay quien piensa que podrá suceder a aquél en la presidencia, pero, por el contrario, llegan a tal elevado sitio sus amigos del destierro y enemigos del momento, Mitre y Sarmiento. Alberdi se convierte en una figura de otros tiempos y su actuación pública, pese a su efímera diputación del año 78, ha terminado. Vuelve a Europa, y allí, rodeado por la miseria, la vejez, la enfermedad y la misma locura, muere el 18 de junio de 1884.

Juan Bautista Alberdi no fué, ya lo dijimos, un artista de la palabra, de la que usó como de un arma de combate. Las cualidades de su estilo son la claridad y la fluidez antes que las verdaderamente literarias. No dominó nunca Alberdi la lengua en que escribía y él mismo lo confiesa manifestando que los autores españoles no fueron nunca de su predilección y que, falto de cultura literaria, era incapaz de sentir la belleza del castellano, que sólo pudo gustar en los últimos años de su vida. Su prosa — nunca cultivó el verso, cuya afición pudo venirle de la madre que, según el hijo, fué dada a la poesía — es siempre nerviosa, de muy simple sintaxis y carente de armonía. Él mismo se reconoce y se define a las mil maravillas cuando dice: “Mis escritos son acciones. No son escritos literarios: son actos de coraje, de patriotismo, de sinceridad”.

EL CRIMEN DE LA GUERRA

PARA EL PREFACIO

La victoria en los certámenes, como en los combates, no es la obra del que juzga. El juez la *declara* pero no la *hace*, ni la *da*. Son los vencidos los que hacen al vencedor. A este título concurre en esta lucha: busco el honor de caer en obsequio del laureado de la paz.

.....

Concurre desde fuera para escapar a toda sospecha de interés, a toda herida de amor propio, a todo motivo de aplaudir el desastre de los excluidos. Asisto por las ventanas a ver el festín desde fuera, sin tomar parte en él, como el mosquetero en un baile en Sud América, como el neutral en la lucha, que, aunque de honor y filantropía, es lucha y

guerra. Es emplear la guerra para remediar la guerra, homeopatía en que no creo.

Si no escribo en la mejor lengua, escribo en la que hablan cuarenta millones de hombres montados en guerra por su temperamento y por su historia.

Pertenezco al suelo abusivo de la guerra, que es la América del Sud, donde la necesidad de hombres es tan grande como la desesperación de ellos por los horrores de la guerra inacabable. Es otra de las causas de mi presencia extraña en este concurso de inteligencias superiores a la mía.

NATURALEZA DEL CRIMEN DE LA GUERRA

El crimen de la guerra, es el de la justicia ejercida de un modo criminal, pues también la justicia puede servir de instrumento del crimen, y nada lo prueba mejor que la guerra misma, la cual es un *derecho*, como lo demuestra Grocio, pero un derecho, que debiendo ser ejercido por la parte interesada, erigida en juez de su cuestión, no puede humanamente dejar de ser parcial en su favor al ejercerlo, y en esa parcialidad, generalmente enorme, reside el crimen de la guerra.

La guerra es el crimen de los soberanos, es decir, de los encargados de ejercer el derecho del Estado a juzgar su pleito con otro Estado.

Toda guerra es presumida justa porque todo acto soberano, como acto legal, es decir del legislador, es presumido justo. Pero como todo juez deja de ser justo cuando juzga su propio pleito; la guerra, por ser la justicia de la parte, se presume injusta de derecho.

La guerra considerada como crimen,—el *crimen de la guerra*—no puede ser objeto de un libro, sino de un capítulo del libro, que trata del derecho de las Naciones entre sí: es el capítulo del derecho penal internacional. Pero ese capítulo es dominado por el libro en su principio y doctrina. Así hablar del crimen de la guerra, es tocar todo el derecho de gentes por su base.

El crimen de la guerra reside en las relaciones de la guerra con la moral, con la justicia absoluta, con la religión aplicada y práctica, porque esto es lo que forma la ley natural o el derecho natural de las naciones, como de los individuos.

Que el crimen sea cometido por uno o por mil, contra uno o contra mil, el crimen en sí mismo es siempre el crimen.

Para probar que la guerra es un crimen, es decir una violación de la justicia en el exterminio de seres libres y jurídicos, el proceder debe ser el mismo que el derecho penal emplea diariamente para probar la criminalidad de un hecho y de un hombre.

La estadística no es un medio de probar que la guerra es un crimen. Si lo que es crimen, tratándose de uno, lo es igualmente tratándose de mil, el número y la cantidad pueden servir para la apreciación de las circunstancias del crimen, no para su naturaleza esencial, que reside toda en sus relaciones con la ley moral.

La moral cristiana, es la moral de la civilización actual por excelencia; o al menos no hay moral civilizada que no coincida con ella en su incompatibilidad absoluta con la guerra.

El cristianismo como la ley fundamental de la sociedad moderna, es la abolición de la guerra, o mejor dicho, su condenación como un crimen.

Ante la ley distintiva de la cristiandad, la guerra es evidentemente un crimen. Negar la posibilidad de su abolición definitiva y absoluta, es poner en duda la practicabilidad de la ley cristiana.

El R. Padre Jhacinthe decía en su discurso (del 24 de junio de 1863), que el catecismo de la religión cristiana, es el catecismo de la paz. Era hablar con la modestia de un sacerdote de Jesucristo.

El evangelio es el derecho de gentes moderno, es la verdadera ley de las naciones civilizadas, como es la ley privada de los hombres civilizados.

El día que el Cristo ha dicho: *Presentad la otra mejilla al que os dé una bofetada*, — la victoria ha cambiado de naturaleza y de asiento, la gloria humana ha cambiado de principio.

El cesarismo ha recibido con esa gran palabra su herida de muerte. Las armas que eran todo su honor, han dejado de ser útiles para la protección del derecho refugiado en la generosidad sublime y heroica.

La gloria desde entonces no está del lado de las armas, sino vecina de los mártires; ejemplo: el mismo Cristo, cuya humillación y castigo sufrido sin defensa, es el símbolo de la grandeza sobrehumana. Todos los Césares se han postrado a los pies del sublime abofeteado.

Por el arma de su humildad, el cristianismo ha conquistado las dos cosas más grandes de la tierra: la paz y la libertad.

Paz en la tierra a los hombres de buena voluntad, era como decir paz a los humildes, libertad a los mansos, porque la buena voluntad es la que sabe ceder pudiendo resistir.

La razón porque sólo son libres los humildes, es que la humildad, como la libertad, es el respeto del hombre al hombre; es la libertad del uno, que se inclina respetuosa ante la libertad de su semejante: es la libertad de cada uno erigida en majestad ante la libertad del otro.

No tiene otro secreto ese amor respetuoso por la paz, que distingue a los pueblos libres. El hombre libre, por su naturaleza moral, se acerca del cordero más que del león: es manso y paciente por su naturaleza esencial, y esa mansedumbre es el signo y el resorte de la libertad, porque es ejercida por el hombre respecto del hombre.

Todo pueblo en que el hombre es violento, es pueblo esclavo.

La violencia, es decir la guerra, está en cada hombre, como la libertad, vive en cada viviente, donde ella vive en realidad.

La paz, no vive en los tratados ni en las leyes internacionales escritas; existe en la constitución moral de cada hombre; en el modo de ser que su voluntad ha recibido de la ley moral según la cual ha sido educado. El cristiano, es el hombre de paz, o no es cristiano.

Que la humildad cristiana es el alma de la sociedad civilizada moderna, a cada instante se nos escapa una prueba involuntaria. Ante un agravio contestado por un acto de generosidad, todos maquinalmente exclamamos: — *Qué noble! qué grande!* — Ante un acto de venganza, decimos al contrario: — *Qué cobarde! qué bajo! qué estrecho!* — Si la gloria y el honor, son del grande y del noble, no del cobarde, la gloria es del que sabe vencer su instinto de destruir, no del que cede miserable-

mente a ese instinto animal. El grande, el magnánimo, es el que sabe perdonar las grandes y magnas ofensas. Cuanto más grande es la ofensa perdonada, más grande es la nobleza del que perdona.

Por lo demás, conviene no olvidar que no siempre la guerra es crimen; también es la justicia cuando es el castigo del crimen de la guerra criminal. En la criminalidad internacional sucede lo que en la civil o doméstica: el homicidio es crimen cuando lo comete el asesino, y es justicia cuando lo hace ejecutar el juez.

Lo triste es que la guerra puede ser abolida como justicia, es decir como la pena de muerte de las naciones; pero abolirla como crimen, es como abolir el crimen mismo, que lejos de ser obra de la ley, es la violación de la ley. En esta virtud, las guerras serán progresivamente más raras por la misma causa que disminuye el número de crímenes, la civilización moral y material, es decir la mejora del hombre.

EL SOLDADO DE LA PAZ

Hay un soldado más noble y bello que el de la guerra: es el soldado de la paz. Yo diría que es el único soldado digno y glorioso. Si la bella ilusión querida de todos los nobles corazones, de la paz universal y perpetua, llegase a ser una realidad, la condición del soldado sería exactamente la del soldado de la paz.

Así *soldado* no es sinónimo de *guerrero*. Los mismos romanos dividían la *milicia* en *togada* y *armada*. No es mi pensamiento que todo soldado se convierta en abogado; sino que el soldado no tenga más misión ni oficio que defender la paz.

La misma guerra actual, para excusar su carácter feroz, protesta que su objeto es la paz.

El soldado necesitaría de su espada para defender la neutralidad de su país, es decir que el suelo sagrado en que ha nacido no sea manchado con sangre humana, ni profanado con el más desmedido o inconmensurable de los crímenes.

El día que dos pueblos que se dan el placer de entre destruirse, como dos bestias feroces, no encuentren sino malas caras y desprecio por todas partes entre el mundo honesto que los observa escandalizado, la guerra perderá su carácter escénico y vanidoso, que es uno de sus grandes estímulos.

Como la sociedad civil se arma sólo por defenderse del asesino, del ladrón, del bandido doméstico, ella podría no dar otro destino a sus ejércitos, que el que tienen sus guardias civiles, municipales, campestres, nacionales, etc.

La civilización política no habrá llegado a su término, sino cuando el soldado no tenga otro carácter que el de un *guardia nacional de la humanidad*.

Los mejores ejércitos, los que han hecho más prodigios en la historia, son los que se improvisan ante los supremos peligros y se componen de la masa entera del pueblo, jóvenes y viejos, mujeres y niños, sanos y

enfermos. Ante la majestad de ese ejército sagrado, la iniquidad del crimen de la guerra de agresión no tiene excusa; porque es seguro que un ejército así compuesto no será agredido jamás por otro de su misma composición.

La frontera es la expresión geográfica del derecho; límite sagrado de la patria, que el pie del soldado no debe traspasar, ni para salir ni para entrar; pues el medio de que no lo viole el soldado de fuera, es que no lo quebrante el soldado de casa.

El soldado debe ser el guardián de la patria, es decir de la casa, del hogar; y el mejor y más noble medio de defender el hogar sin ser sospechado de agredir con pretextos de defenderse, es no sacar el pie del suelo de la patria.

Así como la presencia del malhechor en casa ajena es una presunción de su crimen, en lo civil; así todo Estado que invade a otro, debe ser presumido criminal, y tenido como tal sin ser oído por el mundo hasta que desocupe el país ajeno. Quedar en él, con cualquier pretexto, es conquistarlo.

La frontera debe ser una barricada, si es verdad que toda guerra internacional tiende a ser considerada como una *guerra civil*. La barricada internacional es el remedio de los ejércitos internacionales, y el preservativo de las casernas y cuarteles.

La paz es una educación como la libertad, y las condiciones del hombre de paz, son las mismas que las del hombre de libertad.

La primera de ellas es la mansedumbre, el respeto del hombre al hombre, la *buena voluntad*, es decir la voluntad que cede, que transige, que perdona.

No hay paz en la tierra sino para los hombres de buena voluntad.

Es por eso que los pueblos más severamente cristianos, son los más pacíficos y los más libres: porque la paz, como la libertad, vive de transacciones.

Disputar su derecho, era el carácter del hombre antiguo; abdicarlo en los altares de la paz con su semejante, es el sello del hombre nuevo.

No es cristiano, es decir no es moderno, el hombre que no sabe ceder de su derecho, ser grande, noble, generoso.

No hay dos cristianismos: uno para los individuos, otro para las naciones.

La nación, que no sabe ceder de su derecho en beneficio de otra nación, es incapaz de paz estable. No pertenece a la civilización moderna, es decir a la cristiandad, por su moral práctica.

La ley de la antigua civilización era el *derecho*. Desde Jesucristo la civilización moderna tiene por regla fundamental, lo que es *honesto*, lo que es *bueno*.

Ceder de su derecho internacional en provecho de otra nación, no es disminuirse, deteriorarse, empobrecerse. La grandeza del vecino, forma parte elemental e inviolable de la nuestra y la más alta economía política concuerda en este punto del modo más absoluto con las nociones de la política cristiana, quiero decir, honesta, buena, grande.

Estas no son ideas místicas. La historia más real las confirma. Grecia y Roma, los países del *derecho*, hicieron de la guerra un sistema

político; la Inglaterra, la Holanda, la América del Norte, países cristianos, son los primeros que han hecho de la paz un sistema político, una base de gobierno.

Formad el hombre de paz, si queréis ver reinar la paz entre los hombres.

La paz, como la libertad, como la autoridad, como la ley y toda institución humana, vive en el hombre y no en los textos escritos.

Los textos son a la ley viva, lo que los retratos a las personas: a menudo la imagen de lo que ha muerto.

La ley escrita, es el retrato, la fotografía de la ley verdadera, que no vive en parte alguna cuando no vive en el hombre: es decir en las costumbres y hábitos cotidianos del hombre; pero no vive en las costumbres del hombre lo que no vive en su voluntad, que es la fuerza impulsiva de los actos humanos.

Es preciso educar las voluntades, si se quiere arraigar la paz de las naciones.

La voluntad, doble fenómeno moral y físico, se educa por la moral religiosa o racional, y por afectos físicos, que obran sobre la moral. Y como no hay moral que haya subordinado la paz a la buena voluntad, tanto como la moral cristiana, se puede decir que la voluntad del hombre de paz es la voluntad del cristiano, es decir la *buena voluntad*. La prueba de esta verdad nos rodea.

Llamamos bueno, no al hombre meramente justo, sino al hombre honesto, es decir más que justo. Todo el cristianismo consiste, como moral, en la sustitución de la honestidad a la justicia.

La justicia está armada de una espada; el derecho, es duro, como el acero; la honestidad está desarmada, y con eso solo, su poder no reconoce resistencia: es suave y dócil como el vapor, y por eso es omnipotente como el vapor mismo, que debe todo su poder a su aptitud de contraerse: no sabe ser fuerte lo que no es capaz de compresión: ley de los dos mundos físico y moral.

La *buena voluntad*, que es la única predestinada a la paz, es la voluntad que cede, que perdona, que abdica su derecho, cuando su derecho lastima el bienestar de su prójimo. En moral como en economía, hacer el bien del prójimo, es hacer el propio bien.

Presentad la otra mejilla al que os dé un bofetón, es una hermosa e inimitable figura de expresión, que significa una verdad inmortal, a saber: — Ceded en vez de disputar: la paz vale todas las riquezas; la bondad vale diez veces la justicia. Cambiar el bien por el bien, es hazaña de que son capaces los tigres, las víboras, los animales más feroces. Dar flores al que nos insulta, regar el campo del que nos maldice, es cosa de que sólo es capaz el hombre, porque sólo él es capaz de imitar a Dios en ese punto.

Todo el hombre moderno, el *hombre de Jesucristo*, consiste en que su voluntad tiene por regla, la *bondad* en lugar de la *justicia*. El que no es más que justo, es casi un hombre malo. Se pueden practicar todas las iniquidades sin sacar el pie de la justicia.

Bondad, es sinónimo de *favor*, *concesión*, *beneficio*, y nada puede dar el hombre generoso de más caro que su derecho.

La buena voluntad en que descansa la paz de hombre a hombre, es la base de la paz de Estado a Estado. La voluntad cristiana, es la ley común del hombre y del Estado que desean vivir en paz.

Pero la paz es la fusión de todas las libertades necesarias, como el color blanco, que la simboliza, es la fusión de los colores prismáticos.

Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra libertad a los hombres de buena voluntad: es una traducción de la palabra del Evangelio, que se presta a las aseveraciones de la política más alta y positiva.

La *paz* significa el *orden*; pero el orden no es orden, sino cuando la *libertad* significa *poder*. Regla infalible de política: — La voluntad que no está educada para la paz, no es capaz de libertad, ni de gobierno.

El *poder* y la *libertad* no son dos cosas, sino una misma cosa vista bajo dos aspectos. La *libertad* es el poder del *gobernado*; y el *poder*, es la *libertad* del gobernante: es decir, que en el ciudadano el poder se llama libertad, y en el gobierno la libertad se llama facultad o poder.

Pero el *poder*, en cuanto *libertad*, no se nivela y distribuye de ese modo entre el gobernante y el gobernado, sino mediante esa *buena voluntad* que es el resorte de la paz o del orden: de esa voluntad buena y mansa que hace al gobernante más que justo, es decir honesto, y al gobernado honesto, manso también, es decir más que justo.

Así el tipo del hombre libre, es el hombre de paz, y de orden; y el tipo del hombre de paz es el hombre de *buena voluntad*, es decir el bueno, el manso, el paciente, el noble.

Sólo en los países libres he conocido este tipo del ciudadano manso, paciente y bueno; y en los Estados Unidos, más todavía que en Inglaterra y en Suiza. En todos los países sin libertad, he notado que cada hombre es un tirano.

Es lo que no quieren creer los hombres del tipo greco-romano: que el hombre de libertad, tiene más del carnero que del león, y que no es capaz de libertad sino porque es capaz de mansedumbre. Amansar al hombre, domar su voluntad animal, por decirlo así, es darle la aptitud de la libertad y de la paz, es decir del gobierno civilizado, que es el gobierno sin destrucción y sin guerra.

Los cristianos del día no son guerreros, sino porque todavía tienen más de romanos y de griegos, es decir de paganos, que de germanos y cristianos.

La misión más bella del cristianismo no ha empezado: es la de ser el código civil de las naciones, la ley práctica de la conducta de todos los instantes.

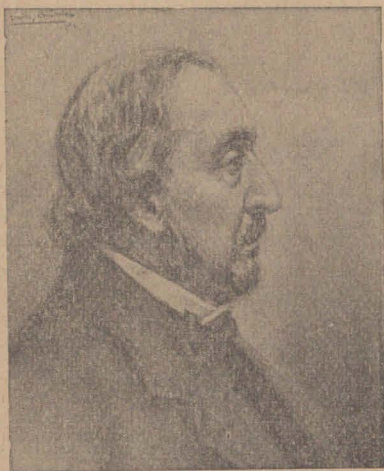
Quién lo creyera! Después de 1869 años el cristianismo es un mundo de oro, de luz y de esperanza que flota sobre la cabeza de la humanidad: una especie de platonismo celeste y divino, que no acaba de convertirse en realidad. El siglo de oro de la moral cristiana no ha pasado: todo el porvenir de la humanidad pertenece a esa moral divina que hace de la voluntad honesta y buena la única senda para llegar a ser libre, fuerte, estable y feliz.

La paz está en el hombre, o no está en ninguna parte. Como toda institución humana, la paz no tiene existencia si no tiene vida, es decir si no es un hábito del hombre, un modo de ser del hombre, un rasgo de su complexión moral.

En vano *escribiréis* la paz, para el hombre que no está amoldado en ese tipo, por la obra de la educación; su paz escrita, será como su libertad escrita: la burla de su conducta real.

Dejadme ver dos hombres, tomados de la casualidad, discutir un asunto vital para ellos, y os digo cual es la constitución de su país. *gi*

La Educación de sus hijos y la Constitución de los, basanada en el



BARTOLOMÉ MITRE

Hijo de don Ambrosio Mitre, hombre de recio carácter y temple austero, y de doña Josefa Martínez, prototipo

porteño de la mujer fuerte, nació **Bartolomé Mitre** en Buenos Aires el 27 de junio de 1821, siendo su padrino de óleos el general Rondeau.

Su genealogía, muy discutida, remonta según algunos a aquel don Juan de Mitre que acompañó a Cabrera en la fundación de Córdoba y, según otros, con más serio fundamento, a don Felipe y don José de Mitre, vecinos de la Banda Oriental en el siglo XVIII. En su abuelo y su padre aparecen ya los rasgos de carácter que habían de perfilar al nieto ilustre. Uno y otro fueron hombres de acción nacidos para civilizar el medio en que actuaron. Pintan de cuerpo entero al padre las líneas que escribió a su hijo, de 19 años a la sazón, al partir éste a la guerra contra el ejército rosista de Echagüe, que había invadido el Uruguay: "Te considero en los momentos de

una próxima batalla que va a decidir la suerte de la patria. Espero que sabrás llenar tu deber; si mueres habrás llenado tu misión, pero cuida de que no te hieran por la espalda. Después de perderte, lo que puede suceder y para lo que estoy preparado, consolará el resto de mi triste vida la memoria honrosa que espero que me legues. Adiós, hijo querido: tú eres mi esperanza". Y el hijo, que supo mostrarse digno de tal padre, al hablar de sus colaboradores, llama a éste "el más modesto y el más querido" y dice de él: "fué uno de los primeros que me iniciaron en el conocimiento íntimo de los hombres y cosas de su tiempo".

La niñez de Mitre transcurre en Patagones sobre las riberas del río Negro, en pleno contacto con la virgen naturaleza americana, lo que no ha de haber tenido escasa influencia sobre su carácter, que se templó al doble influjo del hogar ejemplar y el ambiente austero. De suyo voluntarioso e inclinado a la poesía, a fin de doblegarlo, a los catorce años escasos fué entregado por su padre a don Gervasio Rozas, bajo cuya tutela, en el Rincón de López, a orillas del San Borombón, terminó su aprendizaje rural y gauchesco. Abandonó esa escuela, en plena adolescencia, para empezar la vida del soldado y entregarse a tenaz lucha contra la tiranía. Y de aquel poeta ingénito, de aquel gaucho por imposición paterna, de aquel soldado por voluntad propia, los años harán un erudito y un maestro de su generación y de las venideras.

Durante la tiranía la familia de Mitre vuelve al Uruguay, cuna de sus antepasados, que tenía para todos ellos calor de patria. Allí conoce a Delfina de Vedia, que había luego de ser su esposa y allí cobra relieve su personalidad incipiente, atraída a la vez por dos pasiones vigorosas: la de las letras y la de las armas. Dice ECHEGERRÍA de Mitre en su "*Ojeada retrospectiva*" de 1845: "El señor Mitre, artillero científico, soldado en Cagancha y en el sitio de Montevideo, ha adquirido, aunque muy joven, títulos bastantes como pensador y poeta... Se ocupa actualmente de trabajos históricos que le granjearán, sin duda, nuevos lauros". Tal juicio presenta los tres aspectos salientes de la múltiple vida de Mitre: la acción, la poesía y la historia, que, hemos de decirlo, aparecen siempre indisolublemente unidos en él.

En poesía compartía Mitre las ideas de Schiller y de ella dice en su réplica a Sarmiento: "La palabra *poesía* deriva del griego y significa *crear, componer, fabricar, construir*, en fin, es una verdadera palabra enciclopédica, que representa dignamente la potencia creadora por excelencia, que a la manera del Creador sobre el barro, sopla una idea invisible, le da forma y vida y la immortaliza por los siglos de los siglos sin el auxilio de la reproducción". Tal poesía es la compañera inseparable de la acción en Mitre, que abandonó las armonías del verso para buscar la de las fuerzas encontradas de su tierra. A la manera de Platón, Mitre concibió una república ideal, en la contemplación de cuyos rasgos se deleita al admirar en sus últimos años la grandeza de la patria, de la que él fué artífice y, no por cierto, de los menores. La carrera militar de Mitre, comenzada como soldado distinguido en 1837, nos le muestra teniente coronel en 1846, después de brillantes campañas, entre ellas la de Entre Ríos y Montevideo. El año siguiente le encuentra en Bolivia, donde organizó el Colegio Militar de Sucre; allí fué condecorado con el escudo de benemérito en grado heroico por su actuación en las batallas de Malava y Viticke. Tras una breve estada en Chile y Perú, reaparece Mitre en la Banda Oriental en 1851, para luego al frente de la artillería del Ejército Aliado triunfar en Caseros, donde en el campo mismo de batalla es ascendido a coronel. Jefe de la Guardia Nacional, ministro de Guerra en 1852 y 1855, toma parte activa en las campañas contra los indios (1857) y en la de Cepeda (1859) y Pavón (1861), para culminar como jefe de los ejércitos de mar y tierra en su carácter de presidente de la República en el período 1862 - 1868. Como tal comandó personalmente el ejército de los aliados en la guerra del Paraguay, en la que se cubrió de gloria y condecoraciones.

Paralelamente se desarrolla su carrera política: diputado en la legislatura bonaerense en 1852 y 1854, es sucesivamente ministro, gobernador de Buenos Aires, presidente de la República, senador nacional y enviado diplomático en 1872. Su presidencia no es todo lo proficua que de un hombre de su talla podía esperarse, porque durante ella le absorben dos preocupaciones fundamentales: la guerra externa contra el tirano López en el Paraguay y la lucha interna contra la montonera y

los indios, pero quedan de ella, como de sus otros cargos, sus discursos y sus iniciativas, que hablan de su clara visión de estadista y de su capacidad de acción.

Retirado de la vida pública después de 1872, reapareció como conspirador, al frente de un ejército revolucionario en el año 1874, intentona que a poco le cuesta la vida. En 1883, luego de haber sido dado de baja dos veces, a su pedido, es reincorporado al ejército y alcanza el grado de teniente general. Es ésta la época de su vida en que trabaja con pasión en la historia patria, ordena los documentos de nuestra organización nacional y traduce a los grandes poetas de todos los tiempos. Efímeramente vuelve a la vida pública como senador en 1895, renunciando a serlo de nuevo en 1902, año de su jubileo, en que, como homenaje máximo, una ley del Congreso, daba, viviendo él, su nombre a una calle.

La vocación literaria de Mitre, despertó tempranamente. Aunque alguien dice que ya en 1836 publicó algunas poesías, la verdad es que ella se manifiesta con su composición de 1883 "*No tengo un nombre*" y que sus primeras armas las hizo en "*El Iniciador*" de Montevideo, cuya plana de redactores integró en calidad de *Benjamín*, con Andrés Lamas, Miguel Cané, Juan Bautista Alberdi, Juan María Gutiérrez y otros. Allí conoció a Florencio Varela y en 1840 a Esteban Echeverría. No habiendo formado en las filas románticas de la primera hora, pues el "*Salón*" de Sastre del año 35 y la "*Asociación de Mayo*" del 36 le encontraron casi niño, marca este encuentro de los expatriados Echeverría y Mitre la iniciación de éste en la nueva escuela, así como en la carrera militar, y el comienzo de sus investigaciones históricas.

La dedicación poética de Mitre fué característica de sus veinte años, pues casi todos sus versos pertenecen al período 1839 - 1842. ¿Por qué no persistió Mitre en la senda de la poesía, como lo hizo en la de las armas y en la de la historia? Él mismo lo explica en la carta - prólogo que dedica a Sarmiento, el enemigo del verso, y encabeza la edición de sus poesías, las "*Rimas*", que aparecieron después de Caseros: "Las poesías que se van a leer, fueron escritas todas ellas a la edad de veinte años. Entonces soñaba con la inmortalidad y los laureles de Homero me quitaban el sueño. Pronto comprendí que no podía aspirar a vivir en la memoria de más de una generación como poeta, ni nuestra sociedad estaba bastante madura para producir un poe-

ta laureado. Sin embargo, ese poco de poesía que Dios había depositado en mi alma, lo he derramado a lo largo del camino de mi vida, consagrándolo unas veces a mi patria, otras a mis amigos, otras a las afecciones puras y serenas del hogar, porque el que cuenta por seguro que sus versos no llegarán a la posteridad debe ser generoso con su pequeño tesoro”.

El aspecto de poeta es el más discutido de Mitre. Suelen olvidar los críticos que sus versos son obras de juventud que lograron el aplauso de dos generaciones y que algunas de ellas no dicen mal en una antología. Tales el soneto “*A la América*”, *El inválido*”, escrita a los diez y seis años, y “*Recuerdos de Buenos Aires*”.

Además de la lírica, ensayó Mitre otros géneros: la novela con “*Soledad — Memoria de un botón de rosa*”, publicada en folletín en “*El Comercio de Valparaíso*” de 1848; la dramática con “*Las cuatro épocas*”, obra en seis cuadros de índole patriótica, representada en Montevideo en 1840, con el aplauso del público y el elogio de Alberdi, y “*Policarpa Salavarrieta*”, drama histórico entretejido alrededor de la muerte de la famosa heroína de Bogotá.

Después de tales ensayos, Mitre cultiva la poesía únicamente en forma indirecta, esto es, traduciendo poetas antiguos y modernos, tarea en la que hermanó su amor a las musas y su erudita afición a las lenguas europeas. Luego de vertir al español a Horacio, Víctor Hugo, Longfellow y Byron, culminó su labor en la traducción de la “*Divina Comedia*” dantesca, empresa de la que su férrea voluntad, su enorme capacidad de trabajo y su profunda versación, le sacaron airoso.

Estudioso infatigable, dedicóse luego a las lenguas autóctonas, reuniendo el copioso material bibliográfico que después de su muerte publicó el MUSEO MITRE con el título de “*Catálogo razonado de las lenguas americanas*”. Dentro de ese orden de estudios compuso eruditas monografías acerca del poema quichua “*Ollantay*” y las lenguas tupí, araucana y otras, así como sobre “*Las ruinas de Tiiahuanaco*”, que visitó durante su estada en Bolivia. Aunque en sus años de madurez no produjo Mitre obras poéticas, el poeta que en él había no murió al dejar él los años mozos, antes bien, acompañó en toda hora al político y al pensador, presidiendo sus actividades como orador y como historiador. La arenga y la historia, que enlazan el mo-

mento presente con la acción futura y con los hechos pasados, le contaron entre sus maestros.

La actuación de Mitre como orador data de Caseros y comprende todas las formas de la oratoria política: la improvisación callejera, el debate parlamentario, la proclama gubernamental. Todos sus discursos, que el mismo autor reunió en varios volúmenes bajo el nombre común de "*Arengas*", le muestran como un tribuno político con todas las cualidades y todos los defectos propios del género y característicos del lugar y el momento. Son, por lo general, más interesantes desde el punto de vista histórico que literario y algunos de ellos fueron escuchados con frenético entusiasmo por sus oyentes, a lo que debe haber contribuido y no en escasa medida, la varonil apostura del orador y la conciencia de su prestigio cívico, que unidas al metal de su voz electrizaban al auditorio.

Son los más famosos de sus discursos el pronunciado *contra el Acuerdo de San Nicolás* en 1852, el *del enjuiciamiento de Rosas* en 1857 y el *de la guerra del Paraguay* en 1868, y, por encima de todos ellos, por la sinceridad y grandeza de su fondo, por la serena nobleza de su forma y por la memorable ocasión en que fué pronunciada, la "*Oración del Jubileo*", de patriarcal sublimidad. Además de los discursos de índole política, pronunció Mitre otros a manera de oración fúnebre, en los que el orador y el historiador se superponen y confunden. Tales los dedicados al general Paz, a San Martín, a José Mármol, a Guillermo Rawson, a Garibaldi. Pero es en el campo de la historia donde Mitre realiza su obra más sólida, en la historia que, desde los días de su iniciación — recordemos el juicio de ECHEVERRÍA — fué una de sus más caras preocupaciones. Compuso biografías sintéticas de Rivera Indarte y Lavalle, narró anécdotas de San Martín y Las Heras, perfiló figuras de héroes humildes como Falucho y Cabral, investigó los primeros pasos de la civilización en el continente americano, compiló y ordenó los archivos de todas nuestras grandes figuras y el propio, para llegar luego a sus obras máximas: la "*Historia de Belgrano y de la independencia argentina*", la "*Historia de San Martín y de la emancipación americana*" y las "*Comprobaciones históricas*", cuyo conjunto constituye el más grandioso de los monumentos levantados a la causa de la Independencia. Tal obra, por su mismo carácter, es susceptible de rectifica-

ciones posteriores, pero, para el espíritu deseoso de investigar nuestro pasado, ella marcará siempre el punto de partida y señalará el rumbo. En ella realizó Mitre un esfuerzo de titán al dar cima él solo a una empresa que, a no mediar las fuerzas de su inteligencia y de su voluntad, iluminadas por el resplandor del genio, hubiera reclamado el concurso de muchos. Entre sus méritos ha de reconocerse el acierto de su doctrina, la excelencia y abundancia de su documentación, la clara precisión de su método, la serena imparcialidad de su juicio y el patriótico desinterés de su esfuerzo.

La "*Historia de Belgrano*", que apareció en 1858, como una simple biografía del prócer, mereciendo el elogioso artículo que SARMIENTO le dedicó en "*Los Debates*", fué completada con nuevos documentos y ampliaciones en 1859; luego una tercera edición de 1877 siguió a la polémica entablada con Vélez Sársfield en torno a la figura de Güemes, y una última y definitiva de 1887 cerró la apasionante polémica con López.

Dos son las grandes polémicas literarias habidas en nuestro país: la de Sarmiento con Alberdi acerca de la organización nacional, agria y enconada, más personal que patriótica, de la que uno y otro salieron empequeñecidos; y la de Mitre y López acerca de la historia de la emancipación americana, amplia y casi siempre serena, en defensa generosa de la verdad, que engrandeció a ambos.

Cuando apareció la "*Historia de la República Argentina (desde sus precedentes coloniales hasta el derrocamiento de la tiranía de 1852)*" de Vicente Fidel López, en la que el autor alude repetidas veces a la "*Historia de Belgrano*" de Bartolomé Mitre, éste sintióse provocado y, deseoso de defender su obra, escribió las "*Comprobaciones históricas*", que empezaron a publicarse en la "*Nueva Revista de Buenos Aires*" de Quesada, y siguieron luego en el diario "*La Nación*" por él fundado, para ser finalmente reunidas en volumen. Iniciada la polémica, López comenzó la publicación en "*El Nacional*" de sus rectificaciones, que luego formaron los dos tomos del "*Debate histórico*", las cuales a su vez fueron contestadas por Mitre en las "*Nuevas comprobaciones*".

En esta polémica lo esencial no fué la lucha en sí misma, sino lo que en ella se debatía, y los dos autores defendieron ménos sus personas que sus obras. Ha de reconocerse que fué

Mitre quien elevó el tono de la discusión, convirtiéndola en una elevada polémica científica, y que uno y otro contendiente establecieron deberes caballerescos, tal como antes del asalto se saludan las espadas. El interés de la polémica estriba en que siendo Mitre y López temperamentos diametralmente opuestos, uno y otro comprendían la historia de muy diversa manera: López, más imaginativo, atendía a la tradición oral y buscaba el elemento pintoresco; Mitre, más sereno, sin despreciar aquélla, prefería la documentación justa y desapasionada. El tiempo ha dado la razón al segundo, cuya obra ha respetado, reconociéndolo el verdadero padre de nuestra historia, sin por ello negar a López un importante valor político y estético.

De una extraordinaria capacidad creadora, y trabajador incansable, Mitre fué, en épocas sucesivas o simultáneas, poeta, historiador, filólogo, orador, bibliófilo, matemático, artillero científico, guerrero, periodista, hombre de gobierno, hermanando siempre el ensueño y la acción. La gloria, la llama de cuya ambición ardía en su pecho, fué la compañera de su vida, en la que recorrió todos los caminos y en cada uno de ellos todas las etapas. Como militar, llegó de simple soldado a brigadier; como político empezó siendo diputado para culminar en presidente de la Nación; como hombre de letras cultivó todos los géneros, aun los más opuestos, tanto el madrigal galano como la polémica ardiente. Durante su vida todo lo conoció y todo lo comprendió; es ella tan amplia que excede la biografía personal e integra la historia nacional.

Fué Mitre uno de aquellos hombres completos del Renacimiento europeo, nacido en la joven América para ejemplo de sus hijos. Venerado por ellos, su vejez fué la de un patriarca, y su muerte, ocurrida en 1906, tuvo contornos de apoteosis.

HISTORIA DE BELGRANO Y DE LA INDEPENDENCIA ARGENTINA

INTRODUCCIÓN

Este libro es al mismo tiempo la vida de un hombre y la historia de una época. Su argumento, es el desarrollo gradual de la idea de la *Independencia del Pueblo Argentino*, desde sus orígenes a fines del siglo XVIII y durante su revolución, hasta la descomposición del régimen colonial en 1820, en que se inaugura una democracia genial, embrionaria y anárquica, que tienden a normalizarse dentro de sus propios elementos orgánicos.

Combinando la historia con la biografía, vamos a presentar, bajo un plan lógico y sencillo, los antecedentes coloniales de la sociabilidad argentina, la transición de dos épocas, las causas eficientes de la independencia de las Provincias Unidas del Río de la Plata, las acciones y reacciones de los elementos ingénitos de la nueva sociedad política; el movimiento colectivo, el encadenamiento lógico y cronológico de los sucesos; los hombres, las tendencias, los instintos, las ideas, la fisonomía varia de esa revolución de un pueblo emancipado, que lucha, busca su equilibrio y se transforma obedeciendo a su genialidad, sirviéndonos de hilo conductor al través de los tiempos y de los acontecimientos, la biografía de uno de sus más grandes protagonistas, precursor, promotor y campeón de la idea de independencia que, como se ha dicho, constituye el argumento del libro. En unos casos, la historia contemporánea servirá de fondo a la figura principal del cuadro, y en otros aparecerá confundida entre las grandes masas o perdiéndose en la penumbra del grande escenario. En ambos casos será un tipo de virtudes republicanas copiado al natural, cuya grandeza moral, sin exceder el nivel común, hará converger hacia ella los rayos luminosos de la historia.

Para dar unidad y colorido a la narración histórica, para hacer comprender el modo como la transición de un sistema a otro se produce, para presentar en su verdadera luz el cuadro de las acciones y reacciones de la revolución argentina, es indispensable ante todo, hacer conocer el teatro y el medio en que esas grandes evoluciones se operan. Esto es lo que haremos, procurando ligar las causas a sus efectos, al dar una idea de la constitución social, política y geográfica del país en que los sucesos que vamos a narrar se desenvuelven obedeciendo a la ley fatal de su organismo propio.

II

Lo que al finalizar el siglo XVIII se llamaba el Vireinato del Río de la Plata, dentro del cual se ha constituido como nación independiente la República Argentina, era un vastísimo territorio, que ocupaba la cuarta parte de la América del Sur. Situado en una extremidad del nuevo continente, se extendía, sin solución de continuidad, desde los 55 grados de latitud sur, hasta cerca de los 10 grados dentro del trópico de capricornio. Casi todos los climas del globo se encerraban en él, y todas las producciones de la tierra crecían en su suelo. Abierto por el oriente y su extremidad austral a las comunicaciones con el resto del mundo, por un extenso litoral marítimo que medía más de la mitad de su extensión longitudinal, estaba limitado al poniente por la gran cordillera de los Andes, accidentes que modificaban favorablemente sus condiciones climatológicas. Los terrenos ascendían gradualmente, desde las pampas horizontales de la cuenca del Plata, hasta la cumbre de las elevadas montañas del Alto Perú, que dividen los dos grandes sistemas hidrográficos de la América Meridional. Sus grandes ríos en la parte austral, corriendo de Norte a Sur por sus planos inclinados, articulaban admirablemente el territorio, formando un magnífico sistema fluvial, que ponía en comunicación a los países mediterráneos con el litoral marítimo, derramándose

todos ellos en el gran estuario del Plata al cual podían traer por tributo, juntamente con el caudal de sus aguas, todos los productos de las zonas alternadas que atravesaban.

La gran porción que hoy constituye la República Argentina, las Repúblicas del Paraguay, del Uruguay y de Bolivia actualmente, formaban parte integrante de este inmenso imperio territorial.

Dentro de los límites de estas inconmensuradas regiones, asentábase la colonización raquífica de una metrópoli en decadencia, que las había descubierto, conquistado y poblado, imponiéndoles su civilización, su ley y la índole de su sociabilidad.

La población, diseminada en esta vasta extensión de territorios, apenas sumaba un total de 600.000 almas al finalizar el siglo XVIII, correspondiendo más de la mitad a las cuatro Provincias del Alto Perú y sus circunscripciones de Moxos y Chiquitos; una sexta parte próximamente al Paraguay, y como un quinto del todo, a las Provincias que propiamente componen el país argentino, incluyendo en ellas las Misiones jesuíticas del Paraná y Uruguay después despobladas, y la Banda Oriental constituída posteriormente en nación independiente. Al estallar la revolución argentina en la primera década del siglo XIX, la población de todo el Vireinato apenas alcanzaba a 800.000 habitantes, pudiendo computarse en pocos menos de la mitad el número de indígenas salvajes o reducidos a vida civil que contribuía a formar la suma total¹.

Con esta población diminuta, y heterogénea, se inició la revolución de la Independencia Argentina, que ha fundado en el continente sudamericano seis repúblicas, constituyendo con los elementos incoherentes del antiguo vireinato, cuatro naciones independientes, que hoy suman cerca de seis millones de habitantes.

III

Dos corrientes humanas contribuyeron a fundar esta colonización, depositando por el espacio de cerca de tres siglos en el seno de su bastarda población, los gérmenes de la civilización europea que leyes fatales, debían modificar. La una, venía directamente de la madre patria, la España, atravesando los mares, y ocupaba y poblaba los litorales de la cuenca del Río de la Plata en nombre del derecho de descubrimiento y de conquista, fecundándola por el trabajo. La otra, venía del antiguo imperio de los Incas, ya sojuzgado por las armas españolas, explorando el inte-

¹ Faltando datos estadísticos para determinar con exactitud la población del Vireinato del Río de la Plata, a fines del siglo pasado y en 1810, hemos recopilado los que sobre el particular traen: Cosme Bueno en sus "Descripciones"; Azara en sus "Viajes"; los "Informes" de los vireyes del Perú y del Río de la Plata; el "Censo" de Vértiz; los datos de Helms en sus "Travels"; los estudios de don Manuel Ricardo Trelles insertos en el "Registro Estadístico de Buenos Aires"; el "Lazarillo de Ciegos Caminantes"; Wilcocke, "History of the Viceroyalty of Buenos Aires"; una obra *manuscrita* titulada "Colonias Orientales del Río de la Plata" escrita en 1804 por D. Miguel Lastarria, secretario del Virrey Arredondo, y un documento igualmente inédito sobre la estadística de la gobernación de Buenos Aires, confeccionado por los años de 1770. Con estos materiales comparados y combinados, hemos establecido las cifras aproximativas de la población en esas épocas, con la conciencia de que ellas no se alejan mucho de la verdad aritmética.

rior del país, que cruzaba desde el Pacífico al Atlántico, ocupando los territorios con los mismos derechos, y explotándolos bajo un sistema de servidumbre feudal.

Las dos corrientes fueron tan sincrónicas, que el mismo año (1515) en que Díaz de Solís descubría el Río de la Plata por el Atlántico, tomando tierra en una isla del Plata, los expedicionarios que seguían las huellas de Vasco Núñez de Balboa en el mar del Sur, pisaban la isla de las Perlas en el Pacífico, estableciendo esa doble corriente encontrada. Unos y otros buscaban la extremidad del continente americano (suponiéndolo de menor extensión de lo que realmente era), o por lo menos un estrecho que comunicase ambos mares². Así, en 1527, después de descubierto el Perú, Pizarro se establecía provisionalmente en la isla del Gallo, y trazaba con su puñal aquella famosa raya de oriente a poniente, mientras que sus asociados iban a Panamá a buscar nuevos auxilios para conquistar la tierra descubierta. En el mismo año de 1527 se establece Gaboto de igual modo sobre las márgenes del Paraná en el Carcarañá, levantando los muros del fuerte *Sancti-Spiritus*, primer establecimiento europeo en estas regiones, mientras envía a España algunos de sus compañeros en busca de más recursos para colonizar el país. En el mismo año de 1535 se fundaban las ciudades de Buenos Aires y de Lima, centros de esas evoluciones del descubrimiento y la conquista; y treinta y ocho años después, simultáneamente y en el mismo año de 1573, los conquistadores del Perú fundaban la ciudad de Córdoba del Tucumán, a sesenta leguas del Paraná, mientras los del Río de la Plata fundaban la ciudad de Santa Fe sobre las márgenes del mismo río, como primera escala de las comunicaciones marítimas con la madre patria. Poco tiempo después, los del Perú se acercaban al Paraná en busca de un puerto para comunicar por otra vía con la España, y unos y otros se encontraban inopinadamente en el puerto de *Sancti-Spiritus*, confundiendo ambas corrientes, y estableciéndose así las primeras comunicaciones terrestres entre el Atlántico y el Pacífico.

A su vez, la corriente que partía del Pacífico se bifurcaba en las altiplanicies de los Andes, siguiendo los antiguos caminos de las conquistas de los Incas. Después de implantar allí la colonización española del Alto Perú, y bajar a las pampas argentinas por los desfiladeros orientales de sus altas montañas, se extendía por las orillas del Pacífico faldeando la cadena occidental de la cordillera. Ocupaba y poblaba el reino de Chile, llevaba la guerra hasta las fronteras de Arauco, atravesaba la gran cordillera a la misma latitud de Buenos Aires, y casi al mismo tiempo que en un extremo se consolidaba la ocupación del Paraguay, se fundaba en el otro, al oriente de las montañas, la provincia de Cuyo, abriendo así un nuevo camino terrestre entre el Atlántico y el Pacífico.

En el mismo año (1547) en que el caudillo de la conquista chilena regresaba al Perú para tomar parte en sus discordias intestinas, el caudillo de la colonización argentina cruzaba el Gran Chaco y llegaba a

² Véase W. Irving "Compañeros de Cristóbal Colón", y Navarrete, "Col. de Doc". tomo III, pág. 48.

Chquisaca, dando por resultado, esta expedición fundar a Santa Cruz de la Sierra entre los grandes valles del Amazonas y del Plata.

Por el Norte, las corrientes opuestas de la colonización española y portuguesa se encontraban y se chocaban, fundándose al mismo tiempo los establecimientos que debían complicar en lo futuro la política internacional. Entonces se cruzaron por la primera vez en el nuevo mundo las espadas de ambas conquistas, sobre la misma línea divisoria trazada por la bula de Alejandro VI, encontrándose así la España y el Portugal, limítrofes en Europa y limítrofes en América, y en antagonismo en los dos hemisferios³.

Estos sincronismos, que no eran meras coincidencias, sino efectos de causas que debían repetirse bajo otra forma, a la par que establecían los puntos de contacto, y la acción recíproca o antagónica de la colonización española en la América meridional, trazaban los encontrados itinerarios del comercio colonial y los caminos futuros de la revolución continental. Confundíanse las razas, agrupábanse o dividíanse los intereses, y determinando las afinidades de las diversas partes, creábanse de este modo nuevos centros de atracción y repulsión recíproca.

La colonización peruana y argentina de los primeros tiempos, aunque impulsada por los mismos móviles, difería esencialmente una de otra, así en su organismo, como en sus medios y fines inmediatos. La peruana, lo mismo que la de Méjico, implantada en un imperio conquistado y explotando el trabajo de una raza dominada, se imponía como el feudalismo europeo, distribuía entre los conquistadores el territorio y sus habitantes, teniendo exclusivamente en mira la explotación de los metales preciosos. Tal fué el tipo en que se modeló la colonización del Alto Perú (hoy Bolivia) y cuyo carácter y fisonomía conserva todavía.

Trasladada al territorio chileno con el mismo objetivo, esa colonización, conservando sus rasgos característicos, se modificaba notablemente al chocar en son de guerra con la varonil raza indígena que defendía su suelo, teniendo que proveer por el trabajo a las primeras necesidades de la vida; y se hacía agrícola a la vez que minera, constituyendo de hecho el núcleo de una sociabilidad más espontánea.

IV

Los conquistadores, o más bien dicho colonos del Río de la Plata, ocupaban un país, poblado por tribus nómades sin cohesión social, sin metales preciosos y sin recursos para proveer a las exigencias de la vida civilizada. Los indígenas ocupantes del suelo, obedeciendo a su índole nativa, se plegaban mansamente; los unos bajo el yugo del conquistador; los más belicosos intentaban disputar el dominio de las costas, pero a los primeros choques cedían el terreno y se refugiaban en la inmensidad de los desiertos mediterráneos, donde sólo el tiempo y la

³ A excepción de ésta, que es famosa, y de la de Córdoba y Santa Fe, ninguna de las demás coincidencias ha sido señalada por los historiadores, no obstante la influencia visible que han tenido en los acontecimientos posteriores.

población condensada podría vencerlos, prolongando indefinidamente la guerra de la conquista.

La colonización del Río de la Plata tuvo, pues, de especial ser la única en la América del Sur, que no debió su establecimiento, su formación y su desarrollo gradual, al aliciente de los metales preciosos, aun cuando éste fuera el incentivo que la atraía. Bautizada con un nombre engañador, que sólo el porvenir debía justificar, defraudada en sus esperanzas, todo su capital se componía de llanuras cubiertas de malezas, donde únicamente el salvaje podía existir; montañas estériles que la limitaban en los confines; bosques vírgenes poblados de animales feroces, terrenos caóticos o pantanosos que matizaban la vasta extensión del territorio, y por todo recurso los productos silvestres y una agricultura primitiva que apenas bastaba a las premiosas necesidades de los indígenas. Así nació y creció la colonización argentina en medio del hambre y la miseria, pidiendo a la madre tierra su sustento, y se fortaleció en medio de dolorosos sufrimientos, ofreciendo en Sud América el único ejemplo de una sociabilidad hija del trabajo reproductor.

Esta colonia, estaba sin embargo condenada a perecer o a vegetar en la oscuridad y la miseria, si no hubiese encerrado en sus propios elementos un principio fecundo de vida y de progreso, producto de la combinación de los hombres y de las cosas y resultado lógico de las leyes naturales, como va a verse.

Los indígenas sometidos, se amoldaban a la vida civil de los conquistadores, formaban la masa de sus poblaciones, se asimilaban a ellos, sus mujeres constituían los nacientes hogares, y los hijos de este consorcio formaban una nueva y hermosa raza, en que prevalecía el tipo de la raza europea con todos sus instintos y con toda su energía, bien que llevara en su seno los malos gérmenes de su doble origen. De este modo, los indígenas sujetos a servidumbre social y no a esclavitud, compartían con sus amos las ventajas y las penurias de la nueva vida civil, trabajando para ellos y con ellos, pero comiendo del mismo pan. Y como la falta de minas de oro y plata que explotar eliminaba un elemento de opresión, la tiranía de su trabajo forzado en forma de mita, no pesaba sobre ellos como en el Perú. Las mismas encomiendas (lotes de tierras y hombres que tocaban a los colonos europeos a título de conquistadores), no revestían el carácter feudal que en el resto de la América española, limitada por otra parte su duración a sólo dos vidas de encomenderos, tendiendo por consecuencia todos los elementos humanos a refundirse en la masa de la población, bajo un nivel común. Esta suma menor de opresión relativa, esta limitación a la explotación del hombre por el hombre, que nacía de la naturaleza de las cosas; esta especie de igualdad primitiva que modificaba el sistema feudal de la colonia y neutralizaba el rozamiento de los intereses encontrados, hacia que la conquista fuese comparativamente más humana y se impusiera con menos violencia. De aquí proviene que la conquista del Río de la Plata no ofrezca el espectáculo de esas hecatombes humanas que han ensangrentado el resto de la América, ni ese consumo espantoso de hombres que sucumbían por millares condenados al trabajo mortífero de

las minas, sometidos a un régimen inhumano. De este modo, la raza indígena, sin extinguirse totalmente, se disminuía considerablemente, y su sangre mezclada con la sangre europea, fecundaba una nueva raza destinada a ser la dominadora del país. Lo contrario sucedía en la colonización peruana, en que la raza indígena prevalecía por el cruzamiento y por el número, sin asimilarse a los conquistadores. Así se ve, que a los treinta y ocho años de ocupado el Río de la Plata, los hijos de los españoles y de las mujeres indígenas, eran considerados como españoles de raza pura y constituían el nervio de la colonia. Ellos reemplazaban a los conquistadores envejecidos en la tarea, a ellos estaban encomendadas las expediciones más peligrosas, con ellos se fundaban las nuevas ciudades, como sucedió en Santa Fe, ellos tomaban parte en las agitaciones de la vida pública inculcando a la sociedad un espíritu nuevo. De su seno nacían los historiadores de la colonia, los gobernantes destinados a regirla, los ciudadanos del embrionario municipio, y una individualidad marcada con cierto sello de independencia selvática, que presagiaba el tipo de un pueblo nuevo, con todos sus defectos y calidades⁴.

En tal orden de cosas, como los dones gratuitos de la naturaleza y los frutos del trabajo eran más o menos el patrimonio de la comunidad; como la vida civil era poco complicada y el roce de los intereses menos ásperos; como en realidad no había pobres ni ricos, siendo todos más o menos pobres, resultaba de todo esto una especie de igualdad o equilibrio social, que entrañaba desde muy temprano los gérmenes de una sociedad libre, en el sentido de la espontaneidad humana.

V

La constitución geográfica contribuía poderosamente a estos resultados. La pampa inmensa y continua daba su unidad al territorio. El estuario del Plata centralizaba todas las comunicaciones. Los prados naturales convidaban a sus habitantes a la industria pastoril. Su vasto litoral lo ponía en contacto con el resto del mundo por medio de la navegación fluvial y marítima. Su clima salubre y templado, hacía más grata la vida y más reproductivo el trabajo. Era, pues, un territorio preparado para la ganadería, constituido para prosperar por el comercio, y predestinado a poblarse por la aclimatación de todas las razas de la tierra. Así se ve, que la ocupación útil del suelo empieza a realizarse por medio de los ganados traídos por tierra del Perú y del Brasil; que las corrientes comerciales del interior van convergiendo poco a poco

⁴ Un contemporáneo, el tesorero Hernando de Montalvo, que vino al Río de la Plata con la expedición de Zárate en 1574, y fué después cabildante de Buenos Aires en 1587, dice en un informe inédito que tenemos a la vista: — "Estas provincias han menester gente española sobre todo, porque es muy poca, y van cada día en más crecimiento los hijos de la tierra, así criollos como mestizos, que de cinco partes de la gente las cuatro son de ellos y van cada día en mayor aumento. Los criollos y mestizos tienen muy poco respeto a la justicia, hacen cada día muchas cosas dignas de castigo y no se castiga ninguna tienen muy poco respeto a sus padres y mayores, son muy curiosos en las armas, grandes arcabuceros, y diestros a pie y a caballo; son fuertes para el trabajo y amigos de la guerra... y muy amigos de novedades cada día." M. S. de 1579.

hacia el Plata; que la abundancia y el bienestar se difunde por este medio, y que el primer acto externo de los colonos después de la fundación de Buenos Aires en 1580, es la exportación de un cargamento de frutos del trabajo propio (cueros y azúcar), que provoca el comercio de importación y la inmigración⁵. De este modo se establece la doble corriente del intercambio de productos, y se crea el centro de atracción al cual debían afluir los inmigrantes en grandes masas, a pesar del sistema colonial que contrariaba su desarrollo y de las leyes prohibitivas que tendían a obstruir los canales naturales del comercio, como se verá después.

A este resultado contribuyeron en no pequeña parte, así el temple moral de los conquistadores, como las aptitudes de los principales caudillos de la colonización.

La América española fué poblada en su mayor parte por aventureros intrépidos, ávidos y rapaces, y a esto debe atribuirse en mucho los prematuros gérmenes de descomposición que inocularon a su colonización. Agréguese que ella no tuvo a su frente verdaderos colonizadores, y se tendrá la explicación de los vicios de conformación del molde en que las nacientes sociedades fueron vaciadas. El mismo Colón, el grande descubridor del nuevo mundo, no obstante su elevación moral, creía que la América y sus habitantes debían ser tratados como país conquistado y como esclavos (contra lo cual para honor de la humanidad protestó Isabel la Católica), y poseído de esta idea, fué un desgraciado colonizador de las Antillas. Las Casas, imbuído de la idea opuesta, no fué más feliz en su empresa de reducir a vida civil a los indígenas, creando en el nuevo mundo el tipo de las misiones apostólicas, que eran la continuación de la barbarie bajo otra forma, y aconsejando la importación de esclavos negros. Cortés y Pizarro fueron más bien extraordinarios hombres de acción, que dilataron su genio en un vasto teatro, luchando con una semi-civilización orgánicamente débil, que no contenía ningún germen progresivo, en cuyo tronco podrido injertaron la civilización europea. Así, pues, si se exceptúa a Valdivia en Chile y a Martínez Irala y Garay en el Río de la Plata, fundadores de las más oscuras y pobres colonias del nuevo mundo, puede decirse que la conquista española no cuenta con verdaderos colonizadores, en el sentido de poblar y civilizar un país desierto y bárbaro, y dotarlo de elementos de vida propia.

Los descubridores y exploradores del Río de la Plata establecieron los primeros jalones de su colonización. Díaz de Solís, uno de los primeros navegantes de su tiempo, descubre el Río de la Plata, y bautiza con la sangre del martirio el suelo destinado a recibir la semilla de la civilización humana. Magallanes, en el primer viaje de circunnavegación del mundo, da su nombre a Montevideo, marcando uno de sus futuros emporios. Sebastián Gaboto, que disputa a Colón, con mejores títulos que Américo Vespucio, la gloria del primer descubrimiento del continente

⁵ Este hecho, de que hace mención Barco de Centenera en su "Argentina", Canto 21, está comprobado además por los documentos inéditos del Archivo de Indias, en los cuales se hace igualmente mención de la plantación de cañaaverales y fabricación de esta primera cantidad de azúcar en el Paraguay. M. S. de 1580.

americano, deposita en el seno de la tierra el primer grano de trigo que fructificó en estas regiones, y funda su primer establecimiento, iniciando su ocupación y conquista.

Los primitivos pobladores del Río de la Plata, sin ser menos ávidos ni menos toscos por lo general, que los hombres de su época y la masa del país a que pertenecían, fueron más bien que aventureros, verdaderos inmigrantes reclutados en las clases y en los lugares más adelantados de la España, que en razón de su clase y procedencia, y dadas las condiciones especiales en que se encontraron, debían influir en su organización coetánea y en los destinos futuros de la colonia. Procedentes en su mayor parte de las Provincias de Viscaya y Andalucía, traían en su temperamento étnico las calidades de dos razas superiores, activa y varonil la una, imaginativa y elástica la otra. Nacidos y criados una gran parte de ellos en comarcas laboriosas, en puertos de mar como Cádiz, Sevilla y San Lúcar, en ciudades como Madrid, Toledo, Valladolid, Córdoba, Zaragoza y Salamanca⁶, traían en su mente otras nociones prácticas y otras luces, que faltaban a los habitantes de los valles y aldeas de Extremadura, de Galicia o de Castilla la Vieja, que dieron su contingente a la colonización del Perú, en la que su más grande caudillo no sabía ni escribir su nombre.

La primera expedición colonizadora del Río de la Plata en 1535, fué organizada en Sevilla en una grande escala, enrolándose bajo su bandera más de ochocientos guerreros y trabajadores, muchos de los cuales venían acompañados de sus mujeres e hijos, "muy buena gente y lucida", como dice el cronista Herrera. A su cabeza se puso un gentilhombre que había militado en Italia, enriqueciéndose en el saco de Roma bajo las órdenes del Condestable de Borbón. Acompañábanle muchos veteranos de las guerras de Flandes y Alemania, entre los cuales venía como simple soldado el primer historiador de la colonia, un hermano de leche del Emperador Carlos V, un hermano de Santa Teresa de Jesús y muchos capitanes y oficiales, "gentes que fueron sin duda (dice Azara) los más distinguidos e ilustres entre los conquistadores de Indias". Provista de armas, herramientas, municiones y víveres, esta expedición traía además cien yeguas y caballos, que debían servir de base a la fabulosa riqueza pastoril del Plata. La segunda expedición de Alvar Núñez Cabeza de Vaca, fué concebida bajo el mismo plan, trayendo en sus elementos personales nuevas fuerzas morales a la colonia. La tercera expedición, de la misma procedencia, y la más notable por su composición, trajo un gran número de labradores, artesanos y hombres de ciencias y letras, entre los cuales se encontraba el Homero ramplón de aquella trabajosa odisea. Además importó un número crecido de mujeres jóvenes, rico contingente que venía a vivificar la sangre europea, que operaba la conquista pacífica por la fusión de las razas.

Estos núcleos de población así compuestos, entrañaban otros tres elementos de lucha, de conservación y de vida, que debían desenvolverse con energía en el nuevo medio, en el sentido del bien y del mal: — el

⁶ Todos estos datos son tomados de los documentos originales que existen inéditos en el Archivo de Indias de Sevilla y cuyas copias obran en nuestro archivo.

espíritu guerrero, que a la vez de pelear con los indígenas, promovería disturbios en la colonia naciente; — el espíritu municipal, que encontraría su aplicación en la actividad de la vida colectiva, — y la preparación para el trabajo, que para ellos era condición de existencia.

VI

Todos estos elementos mancomunados y hasta cierto punto ponderados, constituían una democracia rudimental, turbulenta por naturaleza y laboriosa por necesidad, con instintos de independencia individual y de libertad comunal, a la vez que con tendencia a la arbitrariedad, en que la fuerza y la opinión intervenía activamente, con más eficacia que en el resto de la América. Así vemos pasar la colonia, de la anarquía al orden, del absolutismo al sistema electivo, y que, cuando faltaron a su cabeza los mandatarios legales, por acefalías ocasionales o por efecto de revoluciones, el sufragio popular dió razón de ser a sus gobernadores o caudillos, los que, apoyados en esta sola fuerza moral y material, se mantuvieron por largos años en sus puestos, sin provisión real y contra las provisiones del monarca metropolitano, dominando a todos con su popularidad y su elocuencia, a la vez que con su habilidad y energía.

Esta grosera república municipal en embrión, tuvo la fortuna de tener a su frente, en los primeros días de su fundación y en la primera época de su dilatación por el litoral del Plata y sus afluentes, dos hombres dotados del verdadero genio colonizador y de grandes calidades. Fueron estos Domingo Martínez de Irala y Juan de Garay, vizcaínos ambos, fundador el primero del Paraguay, y el segundo de Santa Fe y Buenos Aires. Ambos eran capitanes notables, hombres sagaces y perseverantes, administradores entendidos y desinteresados, tan firmes como moderados en el mando, que obraron conscientemente teniendo en vista grandes proyectos, según lo acreditan los documentos contemporáneos que originales se conservan. Irala, el más grande de los dos, a quien Azara califica de "carácter maravilloso", diciendo de él "que aventaja a todos los conquistadores en que redujo y civilizó un país bárbaro en "sumo grado, dictándole leyes las más humanas, sabias y políticas", es el verdadero colonizador del Río de la Plata, siendo el autor de su organización municipal y el reformador del sistema colonial en estos países, a los que supo dar el temple viril de su alma. Garay, dilatando metódicamente la ocupación del país, complementando la ley agraria de la colonia y fundando su riqueza pastoril, consolidó la obra de Irala, y dejó por herencia a la posteridad la ciudad de Buenos Aires, la Alejandría de Sud América, reedificada por 60 soldados, con lo que aseguró la organización del futuro Vireinato del Río de la Plata, dentro del cual debía constituirse más tarde la nación argentina, independiente, libre y rica ⁷.

⁷ La importancia futura de Buenos Aires no se ocultó a su fundador. Garay decía en uno de los documentos de su fundación: "La población del Puerto de Santa María "de Buenos Aires, tan necesaria y conveniente para el bien de toda esta gobernación "y de Tucumán". M. S. *Auto proveído* de Juan Garay en 1580.

Alonso de Vera, apellidado el Tupy, que estuvo presente a la fundación de Buenos Aires, dice comentando las anteriores palabras de Garay, aunque con errados conoci-

Aun cuando la colonización del litoral del Plata, no siempre fué acertada en la elección de los lugares que se poblaron y en los medios que al efecto se emplearon, ella obedecía empero a un plan preconcebido, que tenía en vista la producción, el comercio y la población. No así la colonización mediterránea del país, debida a la corriente del Perú, la cual, teniendo siempre presente su modelo, marchaba por instinto tras las huellas de la antigua civilización quichua desde Salta hasta Córdoba, y fundaba sus ciudades al acaso, sin consultar las condiciones geográficas, ni tener en mira ninguna idea económica para el futuro. Así, las dos colonizaciones, aun cuando después se han amalgamado por la influencia del medio, la continuidad del territorio, la comunidad de intereses y sus afinidades políticas y sociales, tenían una constitución distinta, siendo la consecuencia más notable de esto la desigual distribución del progreso.

Estas dos colonizaciones independientes, conocidas en la historia bajo la denominación colectiva de Provincias del Río de la Plata, eran dos cuerpos informes, sin cohesión y casi sin vitalidad, que crecieron lentamente en medio de la pobreza, bajo la dependencia del gran Virreinato del Perú, resolviéndose sus negocios políticos en Lima y sus litigios en la audiencia de Charcas.

VII

En 1617 se dividió en dos la gobernación, llamada propiamente del Río de la Plata. El Paraguay, bajo la denominación de Provincia del Guayrá, formó una circunscripción separada con su gobernador independiente, dentro de los límites que actualmente ocupa la República del mismo nombre. Bajo la denominación de Provincia de Buenos Aires, se erigió otra, de que formaba parte la Banda Oriental del Uruguay, el Entre Ríos, Corrientes, Santa Fe, la Patagonia, el Gran Chaco (y las Misiones jesuíticas del Paraná y Uruguay poco después), con jurisdicción superior en lo económico dentro de los límites de la antigua gobernación. La Provincia de Córdoba del Tucumán, conservó la misma organización, incluyéndose entonces en ella, además del territorio de Córdoba, el de Salta, Jujuí, Tucumán, La Rioja, Catamarca, Santiago del Estero y parte del Chaco. Los territorios de San Juan del Pico y Mendoza de la Frontera, hasta la Punta de San Luis, bajo la denominación de Provincia de Cuyo, continuaron por entonces bajo la dependencia inmediata de Chile, que la había fundado.

La división de la gobernación del Río de la Plata, respondiendo a necesidades nuevas, marca una de las más trascendentales evoluciones en

mientos geográficos, lo que copiamos de un documento inédito que tenemos a la vista: —“La población que de nuevo se hace por mandato de S. M. en este puerto que “agora se puebla de Buenos Aires, será una plaza la más importante que se habrá “poblado en Indias, y más en aumento del patrimonio real, por estar tan cerca como “están los Reynos de Chile dél y estar a 70 leguas la Mar del Sur, camino muy bueno “que se camina con carretas, y de allí a todas las Indias del Mar del Sur por la mar “en menos de quince días se ponen en la ciudad de los Reyes, y en otro en Arica “puerto de Potosí y de la Provincia de Charcas, interesará al Real Patrimonio cantidad “de pesos, tiempo, costas y grandes riesgos por la carrera que se sigue” (se refiere “a la del Istmo de Panamá). M. S. Carta al rey de 1580.

el desarrollo de su colonización. Iniciada ésta cerca de la embocadura del gran estuario, en época en que se tenían en mira las comunicaciones con el Oriente por el Estrecho de Magallanes, fué trasladada más tarde al interior del país buscando una comunicación con el Perú, y fijándose su centro de operaciones en la ciudad de la Asunción. Por el espacio de más de cuarenta años (1538 - 1580), fué la cabeza de esa colonización, a la que sólo el genio de Irala pudo dar alguna consistencia, haciendo germinar en su seno elementos expansivos. Garay, al reedificar la ciudad de Buenos Aires en 1580, después de fundar Santa Fe en 1573, la vivificó sacándola del aislamiento en que se atrofiaba, y la puso en comunicación con el mundo y en contacto inmediato con la que adelantaba por la parte de Chile y del Perú. Así se articulaba la población futura del Río de la Plata, volviendo la colonización al punto de partida.

Desde entonces, el Paraguay empezó a decaer, en la misma proporción en que el puerto de Buenos Aires iba prosperando. Las corrientes del comercio marítimo fueron sucesivamente convergiendo hacia el nuevo establecimiento, se establecieron comunicaciones regulares de intercambio con las costas del Brasil y con el interior del país, haciéndose más fáciles las de la metrópoli; se multiplicó su producción, y la inmigración europea fué paulatinamente afocándose en él. Así, antes de cumplirse los cuarenta años (1580 - 1617) que había durado la supremacía paraguaya, Buenos Aires era el centro de la población del Río de la Plata, su verdadera capital y su único mercado. Allí residían por lo común los gobernadores, allí estaba centralizada la contabilidad, allí acudían a proveerse de mercaderías europeas los habitantes del interior del país.

Mientras tanto, el Paraguay, aislado, reducido a sus propios elementos, privado de las corrientes vivificadoras de la inmigración y del intercambio de productos, se inmovilizó y dejó de ser el centro de una civilización expansiva y fecunda. Su contacto con la civilización portuguesa por la parte del Sur del Brasil, chocó con ella en las fronteras del Alto Paraná, y hubo de retroceder vencida, siendo devastada por los colonos brasilicportugueses de San Pablo, la Provincia del Guayrá, donde se asentaban tres ciudades que desaparecieron para siempre. Concurrió simultáneamente a esta decadencia, otro elemento de descomposición, el cual aunque condenado a eterna esterilidad, se inoculó por entonces a su sociabilidad. Nos referimos a las famosas Misiones jesuíticas, que en aquel tiempo (1617) ya constituían un imperio teocrático, compuesto exclusivamente de elementos indígenas, sujetos a un régimen comunista y a una disciplina monástica. La influencia de estas reducciones, favorable hasta cierto punto en el sentido de oponer un dique a las invasiones del Portugal por el Brasil, fué funesta al Paraguay. Ella detuvo el impulso de la colonización por el predominio del elemento europeo, el único que llevaba en sus entrañas el don de la reproducción. Puso un obstáculo a la fusión de las razas, que operaba la conquista pacífica, y sustrajo a los indígenas del contacto con la inmigración europea. Ocupó una gran parte del país con una población inconsistente y una civilización artificial, que entrañaba toda la debilidad y todos los vicios de la barbarie, combinados con los del gobierno eclesiástico. Paralizó así sus fuerzas eficientes, creó un nuevo antagonismo, y enervó la constitución

de la naciente sociabilidad. Empero, los instintos del individualismo, que Irala había inculcado a la colonia eran tan vigorosos, que por mucho tiempo pudieron luchar con ventaja, aunque circunscriptos al recinto de la ciudad de la Asunción, donde se mantuvo enérgico el espíritu guerrero y municipal de los primitivos conquistadores. Merced a esto, las semillas vivaces de la civilización europea en el Paraguay, no fueron del todo sofocadas por la semi-barbarie disciplinada del jesuitismo.

La obra de Irala y de Garay había sido continuada por un hombre de la misma familia, el célebre Hernando Arias de Saavedra, conocido en la historia bajo el nombre de Hernandarias, cuya fama ha sido algún tanto exagerada por los historiadores jesuíticos por espíritu de proselitismo. Era un hijo de la tierra, el primer criollo que en América fué levantado al gobierno por sus méritos y servicios. Nombrado primeramente Gobernador por elección popular con arreglo a la cédula de Carlos V de 1537, y posteriormente por provisión de los Vireyes y reales cédulas, Hernandarias completaba su quinto período gubernativo (en el espacio de cerca 30 años), cuando tuvo lugar la división de la provincia, tocándole a él quedar al frente de la del Paraguay. Hombre dotado de genio emprendedor y animado de gran celo por el progreso de la colonia nativa, había asegurado su población y tenía ya medida toda su extensión desde los Xarayes hasta las tierras Magallánicas, cuando esa división tuvo lugar.

Para llegar a estos mezquinos resultados, los pobladores habían tenido que luchar con los indígenas dueños del suelo, con la naturaleza bruta, con el hambre, el aislamiento, la pobreza, y sobre todo, contra la madre patria, que mal inspirada, hizo todo lo posible por ahogar en su cuna esta colonización robusta, que sólo se salvó de una temprana muerte merced a su propia vitalidad.

VIII

El sistema de explotación, basado en el monopolio comercial, que la España adoptó respecto de la América casi inmediatamente después de su descubrimiento, tan funesto a la madre patria como a sus colonias, lo fué más aun para el Río de la Plata. Calculado erradamente para que todas las riquezas del nuevo mundo pasaran a España, y que ésta fuese la única que la proveyese de productos europeos, toda la legislación de la metrópoli tendió exclusivamente a este objeto desde los primeros tiempos. A este fin se prohibieron en América todas las industrias y cultivos que pudieran hacer competencia a la Península. Para centralizar el monopolio, se creó la famosa casa de *Contratación de Sevilla* (1503), declarando que era la única puerta de España por donde podían expedirse buques con mercaderías para América y entrar los productos coloniales de retorno. Para asegurar la exclusiva, hasta del tráfico intermediario, a los mercaderes españoles, se prohibió toda comunicación comercial de las colonias entre sí, de manera que todas ellas convergiesen aisladamente a un centro único. El sistema restrictivo se complementó con la organización de las flotas y galeones llamadas de Tierra

Firme, reuniendo en un solo convoy anual o bianual, todas las naves de comercio (escortadas por buques de guerra), que al principio se despachaban sueltas por la Casa de Contratación, y declarando que a su vez la América no tendría para su tráfico con la madre patria sino una sola puerta de entrada y de salida (1538-1561). Fijóse ésta en Portobelo por el lado del Atlántico, y en Panamá por el del Pacífico, puntos donde en época fija del año, tenían lugar dos ferias de cuarenta días. Allí se verificaban los cambios, atravesando mercaderías el Istmo del Panamá y retornábanse por la misma vía los productos con que se cargaban la flota y los galeones, que regresaban inmediatamente. Pasado esto, se echaban los cerrojos de ambas puertas, y la América y la España quedaban comercialmente incomunicadas por un año o dos más, estándolo perpetuamente las colonias entre sí.

Las mercaderías europeas así introducidas por el Istmo, proveían a Venezuela, el Reino de Granada, Perú y Chile, haciendo escala las últimas en el Callao; de allí se llevaban a Chile las que le correspondían, y a Arica las que a lomo de mula debían introducirse en el Alto Perú, centralizándose en Potosí. A este mercado, finalmente, debían acudir a proveerse los habitantes de las provincias del Río de la Plata y Córdoba del Tucumán, teniendo éstas sus puertos secos para el caso de internación, recibiendo las mercaderías en los últimos puntos con un recargo de 500 a 600 por ciento y aún más, sobre su costo primitivo.

Tal era el itinerario y el sistema comercial, que en violación de las leyes de la naturaleza y de las reglas del buen gobierno estaba en vigencia cuando se pobló el Río de la Plata, y especialmente cuando se reedificó Buenos Aires. Excluida por él la concurrencia, suprimida en realidad la navegación, recargados artificialmente los fletes, exagerados los precios de los productos europeos y envilecidos los de los americanos, tasado el consumo y limitada la producción, estancados los capitales, desalentando el trabajo, provocando el abuso, fomentando la corrupción administrativa en la metrópoli y las colonias, y creando intereses sórdidos que lo explotaban en daño de la comunidad, tal sistema envolvía la ruina de la España y de la América a la vez. Así, antes de transcurrir un siglo, la población de España estaba reducida a la mitad, sus fábricas estaban arruinadas, su marina mercante no existía sino en el nombre, su capital había disminuído, su comercio lo hacían los extranjeros por medio del contrabando, y todo el oro y la plata del nuevo mundo, iba a todas partes, menos a España.

IX

El error fundamental del sistema colonial de España, no era emperuna invención suya: era la tradición antigua, era la teoría económica de la época reducida a práctica. La Inglaterra, en la explotación de sus colonias del norte de América, tendió a ese mismo resultado, pretendiendo por medio de leyes coercitivas a que la metrópoli fuese la única que las proveyera de productos europeos, la única de donde partiesen y a donde retornasen los buques destinados al tráfico, cometiendo mayores errores

teóricos en la institución de compañías privilegiadas, a las cuales entregaba el territorio como propiedad, a título de conquista, y a sus habitantes indígenas como esclavos, reservándose el monarca la absoluta potestad legislativa. En la práctica, sin embargo, estos errores tenían su correctivo. Los resultados que buscaba la Inglaterra realizáronse sin gran violencia, con ventajas para la madre patria y beneficio de las colonias. Sus leyes de navegación (1650-1666) dieron a la marina inglesa la supremacía y a sus puertos la exclusiva, al desterrar de sus mercados la competencia extranjera, quedando de mejor condición sus fabricantes y negociantes, y monopolizando de hecho y de derecho el comercio colonial. Este monopolio, explotado por un pueblo apto para el tráfico mercantil, con población superabundante, marina mercante libre en su esfera, con fábricas suficientes para abastecer sus colonias, con instintos de conservación para acrecentar el capital sin cegar las fuentes de la riqueza misma, con tradiciones de propio gobierno que trasplantaba a sus colonias, sin que un absolutismo como el de Carlos V o Felipe II las sofocase, y con una energía individual no coartada por la minuciosa tiranía fiscal de la España, este monopolio decíamos, entregado a otras manos, fundó la colonización norte-americana, y corrigió de hecho sus errores, sin incurrir en sus abusos. Acabó por imprimirle un sello moral, la colonización libre de los que, huyendo en Europa de la tiranía religiosa, buscaron en América la libertad de conciencia, estableciendo en ella de hecho y de derecho el gobierno del pueblo por el pueblo, sobre bases más sólidas y más justas aún que en la misma madre patria.

De todos modos, el sistema colonial español, tan absurdo y brutal como era, satisfacía hasta cierto punto, al principio, las necesidades de una parte de sus posesiones, proveyéndolas de algo de lo que necesitaban; hacía posible el intercambio de las que tenían oro, plata, perlas y piedras preciosas que exportar; daba alguna participación en sus beneficios, a los más inmediatos a la puerta legal de entrada y salida, que producían el cacao, tabaco, añil, la cochinilla, la vainilla, las sustancias tintóreas, la quina y otros artículos, que concurrían a las ferias y soportaban el recargo. Además, favorecía directamente al Perú, constituyendo en el Callao un nuevo monopolio, a cuya sombra se realizaban inmensas ganancias. Sus efectos desastrosos, no se sentían desde luego en el Alto Perú, país mediterráneo, condenado de todos modos a proveerse por las vías terrestres, que sólo explotaba minas con el trabajo de los indios, exportando únicamente barras de plata, y ganaba en los *repartimientos* de las mercaderías que con ellas adquiría el doble de lo que le costaban, quedando bajo su dependencia comercial las provincias de Córdoba del Tucumán y Río de la Plata. En cuanto a Chile, como tenía oro que cambiar por el camino marítimo, al menos hasta Panamá, y el Pacífico era una especie de mar clausurado, aun después de conocido el Estrecho de Magallanes, su situación era soportable, y por lo pronto no aspiraba a más, mientras no se descubriera el pasaje por el Cabo de Hornos, que debía redimirlo de esa esclavitud.

El Río de la Plata estaba totalmente excluido de esos beneficios, que aunque parciales y transitorios, hacían posible el comercio, o cuando

menos alimentaban la vida. No teniendo plata, oro, ni productos preciosos de poco volumen que trasportar por tierra al través de toda la América Meridional, no le era posible acudir a las ferias de Panamá y Portobelo, ni aun a la del Callao, hasta donde sus cueros, sus sebos y sus cereales no podían llegar. No podían venirle por esa vía las sustancias alimenticias, como el vino y el aceite, ni menos el fierro, y las ropas mismas les llegaban con un recargo que las ponía fuera del alcance de su pobreza, teniendo que acudir por ellas a Potosí, el mercado más caro de Sud-América⁸. No pudiendo realizar sus frutos por esa vía, ni proveerse de lo necesario por ella, carecía además hasta de la materialidad de la moneda para comprar, pues estaba prohibido que ella pasase de Potosí, ni que llegara al Río de la Plata el oro o la plata, aunque fuese en forma de bajillas; ni se permitía a los pasajeros que transitaban de una provincia a otra llevar más cantidad de monedas que la indispensable para el viaje, previo permiso y registro en la aduana seca de Tucumán, la cual tenía orden hasta para no dejar pasar en esa forma ni el producto de la venta de mulas que los de Buenos Aires realizaban en Salta⁹.

X

Buenos Aires, llave de un sistema geográfico que se ligaba por la navegación fluvial al Paraguay y por la vía terrestre con el Alto Perú y Chile, lindero con el Brasil, colocado frente al cabo de Buena Esperanza, escala necesaria de las comunicaciones por el Estrecho primeramente, y por el Cabo de Hornos después, situado a la inmediación del más vasto estuario del mundo, centro del más admirable y vasto sistema hidrográfico de la América del Sur, y en franca y directa comunicación marítima con la Europa, era sin duda el punto más digno de llamar la atención de la metrópoli, si ésta hubiera tenido entonces un gobierno previsor, o por lo menos una opinión pública que corrigiese sus extravíos. Pero la España, despojada de sus libertades municipales, era presa del más atrasado absolutismo, y como se ha dicho, cuando el Río de la Plata se descubrió, ya estaba planteado el absurdo sistema colonial que debía arruinar a la vez a la América y la España. Cuando empezó a poblarse en 1535, se estableció casi simultáneamente el tráfico de flotas y galeones de Tierra Firme, cuyo itinerario y efecto hemos señalado. Por último cuando se

⁸ D. Juan Ramírez de Velasco, nombrado por el Virrey del Perú Gobernador del Río de la Plata en 1595, escribía al Rey desde la ciudad de La Plata (Chuquisaca) lo siguiente: "Estas dos gobernaciones (la de Tucumán y Río de la Plata) serán inviables, porque si se ha de llevar desde Potosí la ropa siendo la más cara plaza de las Indias, no se podrían sustentar por estar a 200, a 300 y 400 leguas, y valía antes una vara de paño 30 pesos, y una de terciopelo 50, y de raso 20, y tafetan 10, vara de Ruan 4, de Olanda 10, una libra especias 30, una botija de aceite 30 y de vino 25, y a este respecto todos los demás artículos de Castilla, y el herrar un caballo vale 6 pesos, que se puede considerar que siendo menester mil caballos para cada jornada ya se sabe lo que costará el herraje, y con hacer merced V. M. a estas Gobernaciones de lo que digo (comercio con el Brasil) podrían venir a costo de Tierra Firme o Nueva España." M. S. *Carta al Rey* de 1595 en nuestro archivo.

⁹ Véase "Recopilación de Leyes de las Indias." Lib. VIII, tít. XIV. "De las Aduanas." Ley 2ª, 4ª, 5ª, 6ª, 7ª, 9ª y 10ª. — Véase también Azara "Viajes".

reedificó Buenos Aires, teniendo sus fundadores en vista los grandes objetos que se ocultaban a la ceguedad del gobierno español, el sistema del monopolio exclusivo por medio de los comerciantes de Sevilla y las ferias de Portobelo, imperaba en todo su vigor, y los intereses sórdidos y los abusos por él fomentados, eran más poderosos que el mismo monarca, en cuyo imperio no se ponía el sol.

La España, preponderante en Europa por la política y las armas, señora de las Antillas, de la América del Sur y parte de la del Norte hasta la Florida, con posesiones en Asia, habiendo incorporado a sus dominios al Portugal y sus colonias y por consecuencia el Brasil, las Molucas y la Costa de Africa (Guinea y Angola, según las denominaciones geográficas de la época), árbitra por algún tiempo del comercio de las Indias Orientales, poseyendo la primera marina militar del orbe, constituía el conjunto más colosal de países situados bajo los más diversos climas, y el más rico que la imaginación pudiera concebir¹⁰. Con sólo dejar crecer y multiplicar sus productos, y permitir que se cambiasen entre sí, rindiéndole sus tributos, la España pudo y debió ser la nación más poderosa y más próspera de la tierra, a haber permitido que se cumplieran las leyes de la naturaleza, aun sin poner de su parte, inteligencia ni trabajo. No lo hizo así, porque le faltaba hasta el instinto de la propia conservación. Por lo tanto, no es extraño que aplicara a la oscura y miserable colonia del Río de la Plata, la regla a que estaba sometido todo el imperio, y que le negara hasta el derecho de navegar para vivir, que ella se negaba a sí misma para engrandecerse y perpetuarse en los tiempos. Los que de estos hechos han sacado argumentos para acriminar a la España, atribuyéndole entrañas de madre desapiadada para con sus colonias, no han sido equitativos. A un absurdo sistemático, que refluía principalmente en daño propio, no puede negarse la inconsciente buena fe.

XI

El puerto de Buenos Aires, señalado por la naturaleza para ser el emporio de la América meridional, fué considerado por la España como un presente funesto, y como tal se declaró puerta condenada, aun para el uso de sus propios habitantes. Por el espacio de más de un siglo, toda la legislación española a su respecto, no tuvo más objeto que impedir la navegación y el intercambio que por él podía efectuarse. Prohibíase bajo severas penas, la entrada y salida por esta vía de hombres y mercaderías, y especialmente de los metales preciosos, declarándose expresamente que los frutos del país estaban incluidos en la prohibición absoluta. Dábase por razón para ello, que no produciendo el país oro ni plata, allí acudirían atraídos por su comercio los caudales de Potosí, saliendo con más facilidad que por la vía de Panamá; que las mercaderías entrarían por esta puerta franca a Chile y al Perú, con más de un 50 por ciento de economía en los precios, y otro tanto en los fletes y gastos, lo que

¹⁰ Véase Scherer. "*Histoire du Commerce de toutes les nations*", tomo II, pág. 197 y sig. Ed. de 1857.

perjudicaría al comercio de flotas y galeones de Tierra Firme, que tenía que luchar con mayores obstáculos y más gastos; y por último, que siendo el país sano y abundante, sus habitantes podían pasarse sin vender sus frutos, y que si por ello sufrían, era menos malo esto que el que se amenguaran las ganancias de las ferias de Portobelo¹¹.

Por el espacio de cerca de medio siglo (1535-1580) subsistió en todo su rigor esta prohibición absoluta. Durante ese periodo, la colonia solo se proveyó de instrumentos de trabajo y de las cosas esenciales a la vida, por medio de las expediciones que según las capitulaciones con los Adelantados conducían a los mismos pobladores. Por acaso, alguna de las naves destinadas a las Molucas o al Estrecho de Magallanes, arribaba al solitario puerto, y expendía en él parte de su cargamento pagando el *almoxarifazgo* (derechos de aduana) fundando la violación de la ley escrita en la ley natural¹².

En fuerza de la ley de la necesidad unas veces, por premiar servicios de conquistadores otras, o por mero favor a determinadas personas, se empezaron a conceder un año antes de reedificado Buenos Aires (1579) algunas *permisiones*¹³ de navios de registro, o sea buques sueltos, que con licencia expresa, pudieran ir hasta Cádiz o Sevilla o comerciar con la costa del Brasil, entonces dependencia de la corona de España bajo el cetro férreo de Felipe II. Por esta vía pudieron los colonos proveerse de hierro, acero, ropas y azúcar, que era lo que más necesitaban, introduciéndose a la vez algunos negros esclavos con licencia especial. Este tráfico, más bien consentido por gracia o tolerado por necesidad, que reconocido como derecho, tuvo su sanción legal en 1587 en que se reconoció la imposibilidad de que los habitantes del Río de la Plata acudieran al mercado de Potosí¹⁴. Desde entonces, la corriente de importación se

11 Todo esto está consignado en la legislación y consta de documentos públicos. Un historiador del comercio español en América, decía en 1797:—"Restringido estuvo el comercio del Río de la Plata, y ningún otro puerto de la dominación española en América tuvo menos libertad de ejecutarlo.—Los comercios de España y del Perú, ambos inclinaban a que nada sería tan conveniente como la absoluta prohibición de registros, fundándose en que eran perjudiciales a la negociación general que se hacía por Tierra Firme, y en que las Provincias del Río de la Plata tenían todo lo necesario para la vida humana, y podían pasar sin la venta de sus efectos. Añadían que éstos no eran de mucha consideración, y que de no extraerlos no les resultaría mucho perjuicio; pero que si experimentasen alguno, era menos malo que lo que sufriesen ellas." (*Memorias históricas*, etc., de Antúnez y Acevedo, Parte 2ª, art. VI).—Véase además Informe de los Virreyes del Perú, especialmente la "Relación" de don Luis de Velasco al Conde de Monterey en 1604, los del Consejo de Indias, Casa de contratación y Consulado de Sevilla sobre lo mismo, un "Memorial" de León Pinelo en 1623, los Memoriales del Consulado de Lima y del Apoderado de Buenos Aires en 1744 y 1750, documentos en que se da por razón para cerrar el puerto de Buenos Aires, sus mayores ventajas naturales y la baratura de las mercaderías y fletes terrestres.

12 El primer acto aduanero de este género que se registra en los anales del Río de la Plata, tuvo lugar en 1538 subsistiendo la 1ª población de Buenos Aires, según consta de un M. S. en 1545. Antonio León Pinelo sostuvo esta teoría en 1623 con relación a Buenos Aires, según se verá más adelante.

13 El único autor que cita esta fecha es Antonio León Pinelo en su "Memorial" de 1623, afirmando que el 1 de julio de 1579 fué "la primera permisión que tuvo el Río de la Plata como consta por Real cédula (de 1º de Julio de 1789) de dos navios para Sevilla o Cádiz".

14 Cédula de 20 de noviembre de 1587. El único que invoca este documento desconocido es Antonio León Pinelo, en su "Memorial" citado, diciendo que por él se declaró "que los de Buenos Aires no fuesen presos por el privilegio general del Perú", agregando "que en 1623 ya no se guardaba".

regularizó algún tanto, y no obstante disposiciones que mediaron en contrario, se mantuvo por el espacio de diez y seis años hasta el comienzo del siglo XVII (1586-1602). Empero, muy poco aprovecharon de estas limitadas franquicias los pobres pobladores del puerto de Buenos Aires, quienes sin salida para sus frutos, carecían como se ha visto de moneda, tenían que contentarse con recoger algunas migajas de este festín comercial, que beneficiaba principalmente a los mercaderes del Perú, los cuales no obstante las prohibiciones acudían a aquel mercado a comprar las mercaderías con oro y plata sonante¹⁵.

Hemos dicho que esta corriente se mantuvo no obstante disposiciones que mediaron en contrario. En efecto, en 1594 y 1595 recrudecieron las prohibiciones, ordenándose nuevamente que "si fuese posible" no entrase ni saliese nada ni nadie por el Río de la Plata¹⁶. La corriente de la importación marítima, no se interrumpió, empero, del todo, porque como los rescriptos del rey lo preveían, la prohibición absoluta era imposible. Contribuyó a darle nueva actividad el *asiento* de negros (mercado de esclavos con privilegio) que por entonces se estableció en Buenos Aires (1595-1596). Aunque al asentista general y a los factores del asiento, les era prohibido comerciar ni aún con el sobrante de las ropas y víveres destinados a los negros "bajo pena de la vida", sin embargo, como tenían autorización para introducir hasta 600 negros en buques propios, bajo la protección del pabellón negrero pasaba el contrabando. Como además podían vender licencias sueltas, que se explotaban por segundas manos, con buques patentados por el asiento, el tráfico fué ensanchándose gradualmente, poniendo al Río de la Plata en contacto con la costa de África¹⁷. Este establecimiento, a la vez que activó su comercio, introdujo un nuevo elemento étnico y social en el núcleo primitivo de la colonización argentina.

Tres razas concurrieron desde entonces al génesis físico y moral de la sociabilidad del Plata: la europea o caucasiana como parte activa, la indígena o americana como auxiliar y la etiópica como complemento. De su fusión, resultó ese tipo original, en que la sangre europea ha prevalecido por su superioridad, regenerándose constantemente por la inmigración, y a cuyo lado ha crecido mejorándose esa otra raza mixta del negro y del blanco, que se ha asimilado las cualidades físicas y morales de la raza superior¹⁸.

En cuanto a la esclavatura como institución, ella alteró muy poco las condiciones económicas y morales de la nascente sociabilidad. El negro era simplemente un nuevo colono, que entraba a formar parte en cierto modo de la familia con que se identificaba, siendo tratado con suavidad

15 Véase "Registro Estadístico de Buenos Aires", vol. II de 1860, pág. 14 (así como el tomo 29 de 1858) en que se hallan insertas las importantes investigaciones históricas de D. Manuel Ricardo Trelles sobre el puerto de Buenos Aires y orígenes de su comercio.

16 Cédulas de Felipe II de 28 de enero de 1594 y 30 de noviembre de 1595 en el Pardo. — Véase además Vicuña Mackenna "Historia de Valparaíso", tomo I, pág. 237-238.

17 Veitia Linage "Norte de la Contratación de las Indias", lib. I, cap. XXXII, Nros. 11, 12, 13 y 14.

18 Véase Azara "Voyages, etc.", tomo II, pág. 269.

y soportando un trabajo fácil, no más penoso que el de sus amos, en medio de una abundancia relativa que hacía grata la vida¹⁹. A esto se debió el espontáneo movimiento abolicionista, que en el espacio de menos de dos siglos (1596 - 1776) produjo el resultado proporcional de 174 libertos por cada 100 esclavos, siendo la proporción de la población general de un hombre de color, por cada cinco blancos, según lo comprueba la estadística del Paraguay y Buenos Aires en aquella época²⁰.

Esto explica también por qué, cuando llegó el día de la insurrección de la colonia, los antiguos libertos y los esclavos, tomaron las armas como hijos y hermanos de sus antiguos amos domésticos, se hicieron ciudadanos de la nueva democracia, formaron el núcleo de sus batallones veteranos, y derramaron generosamente su sangre al lado de ellos, sellando con ella el principio de la igualdad de razas y derechos, proclamado por la revolución de la independencia argentina.

XII

El primer año del siglo XVII (1601) comenzó para la colonia del Río de la Plata con una Real Cédula, reforzando las antiguas prohibiciones de todo comercio por el puerto de Buenos Aires, las cuales debían renovarse más tarde "bajo pena de ejemplar castigo"²¹. Al mismo tiempo, se fundaba la primera escuela para enseñar a leer y escribir a sus niños, y su primer molino de viento para moler sus trigos²². No obstante esto, sus progresos habían sido lentos en el espacio de veinte y dos años. En 1602 la población del puerto de Buenos Aires no pasaba de 500 vecinos, sin contar los indios repartidos y los negros esclavos, correspondiendo el aumento sobre los sesenta primitivos pobladores, a razón de un hombre de armas por año²³. Aunque la producción se había acrecentado por el procreo de los ganados, y la agricultura había hecho algunos progresos, según lo prueba la fundación de un molino, como los frutos del país no tenían salida, ni valor venal, su acción se limitaba a servir de moneda para las transacciones domésticas, y en el Paraguay el lienzo fabricado en la tierra y la yerba mate hacían el mismo oficio.

No por esto desmayaban en su fatigosa empresa los animosos pobladores de la ciudad de la Trinidad y Puerto de Santa María de Buenos Aires, en cuyo blasón municipal, dado por su glorioso fundador, se ostentaba "una águila negra pintada al natural, con su corona en la cabeza, "con una cruz colorada sangrienta saliendo de la mano, y con cuatro

19 Un viajero inglés, hablando de la condición de los esclavos en el Río de la Plata, decía en 1808: "Es un hecho que abona mucho en favor de los hispano-americanos "del Sud, el tratamiento suave, humano y benévolo que dan a sus esclavos, el cual "contrasta con su crueldad para con los animales. La condición de los africanos "es indudablemente más feliz aquí que en ninguna otra parte del mundo, y hasta "me avanzo a decir que más feliz aún que en su país natal. Rara vez se les impone un "castigo severo: su tarea es leve, y pueden desempeñarla fácilmente. En verdad, "apenas parecen esclavos". *Notes of the Viceroyalty of la Plata*, pág. 98.

20 Véase Azara obra citada, tomo II, cap. XIV, pág. 266 y siguientes.

21 Cédula de 6 de abril de 1601.

22 "Registro Estadístico de Buenos Aires", por M. R. Trelles, tomo II de 1860, página 15.

23 "Registro Estadístico de Buenos Aires", por M. R. Trelles, tomo II de 1860, página 18.

“hijos debajo demostrando que los cría”²⁴. Los aguiluchos habían crecido, y el instinto de su propia conservación los alentaba a la lucha y al trabajo, persiguiendo la tradición de abrir los *pueblos cerrados*, como ellos decían.

Los pobladores nombraron procurador que los representase en la Corte a un sobrino ilustre de San Ignacio de Loyola, y apoyados por su gobernador Hernandarias de Saavedra, suplicaron y reclamaron de las prohibiciones, alcanzando al fin que el sistema colonial se dulcificase a su respecto. En atención a “la pobreza de la tierra, a lo poco que se aumentaba su población por falta de todo lo más preciso para la vida humana, y no tener con qué proveerse sus habitantes por estar prohibida la entrada y salida por su puerto y los demás de toda su costa” el Rey, más por conmiseración que por justicia, expidió en 1602 una cédula modificando las restricciones comerciales²⁵. Por esa cédula, manteniendo en todo vigor el principio de que “no convenía que por las provincias del Río de la Plata se abriese puerto a la contratación con España, ni con ninguna otra parte, y que la prohibición se guarde inviolablemente y que no entren ni salgan personas sin expresa licencia del Rey”, se concede, empero, por merced, que los pobladores puedan por tiempo de seis años extraer de los frutos de su cosecha y en buques propios y por su cuenta hasta 2.000 fanegas de harina, 500 quintales de cecina y 500 arrobas de sebo, y conducir las al Brasil, Guinea y otras islas circunvecinas, pudiendo introducir de retorno “las cosas forzosas y necesarias”. Del beneficio de esta concesión, fué excluida la Provincia de Córdoba del Tucumán, no obstante la opinión en contrario de la Audiencia de Charcas, ordenándose por cédula posterior, que no se permitiera que de ninguna ciudad del interior, se llevase a Buenos Aires harina, cecina, ni bizcochos, ni otros bastimentos o frutos, sino en caso de gran necesidad, y en la cantidad estrictamente precisa²⁶.

Expirado el término de la permisión, renováronse las súplicas y reclamaciones; y como la razón suprema de la necesidad subsistía siempre, hubo de prorogarse y renovarse por tres veces consecutivas, en 1608, en 1614 y 1618, extendiéndose a los cueros al pelo, no obstante la oposición del Perú empeñado en el mantenimiento de las prohibiciones²⁷.

La gracia estaba tasada con tanta mezquindad, que debiéndola gozar en común el Paraguay y Buenos Aires en la distribución proporcional

24 Auto de D. Juan Garay de 20 de octubre de 1580, en que dice: “Estas dijo que señalaba y señaló por armas de esta ciudad, la razón de la cual (la cruz) y del blasón es el de haber venido a este Puerto con fin y propósito firme de dar ser y aumentar los pueblos de esta Gobernación, que há cuarenta están poblados y cerrados e ivan en gran disminución.” M. S. (*Archivo de la Audiencia de Charcas*).

25 Rubalcava “Tratado de el comercio de las Indias”, cap. XIII, No 211, y Cédula de 20 de agosto de 1602 despachada en Valladolid. — D. Manuel R. Trelles ha dado publicidad a este documento, insertándolo íntegro en el tomo II del “Registro Estadístico de Buenos Aires”, pág. 43.

26 Cédula de 29 de enero de 1606.

27 Cédulas de 19 de agosto de 1608; de 19 de octubre de 1614; y de 8 de setiembre del año 1618. La de 1608 fué siempre prórroga de la de 1602 que expiró el 7 de febrero de 1612; las otras dos fueron renovaciones.

que se hizo de la carga, cupo a cada habitante un cuero y medio de vaca! ²⁸ Bien se alcanza que en proporción de tan pobre exportación debía ser el retorno, y que éste apenas bastaría a llenar las más premiosas necesidades de la vida. Tanto en el sentido de la exportación como de la importación, la gracia era insuficiente y precaria, y a veces ilusoria, por la condición impuesta de que, el doble tráfico debía verificarse en buques propios y no fletados, y por cuenta y riesgo de los vecinos, que no tenían más moneda permitida que los cueros y la yerba mate.

Para conciliar las imperiosas necesidades de los pobladores, con las tiránicas exigencias de las prohibiciones y la clausura del puerto, se determinó por la cédula de 1618, que pudiesen importar y exportar hasta 200 toneladas anuales, en dos buques que no excediese cada uno de 100 toneladas, con sólo 10 toneladas de tolerancia, pena de decomiso. Al mismo tiempo se autorizaba la introducción de *algunas* de las mercaderías de retorno, al Tucumán y al Perú; pero con la precisa condición de que se estableciese una aduana seca en Córdoba, que cobrara nuevo derecho de importación, a razón de 50 por ciento, aforando los géneros a los precios del Perú, con el objeto de equilibrar los del forzado comercio por Panamá. De este modo las mercaderías introducidas por el puerto, además de pagar derechos de extracción en España, sufrir los quebrantos del cambio forzoso, volver a pagar derechos en Buenos Aires y cargar con los fletes marítimos y terrestres, tenían que abonar un 50 por ciento más a precios de aforo por Panamá, los cuales representaban el doble de su costo al llegar a Córdoba, o sea, un 300 a 400 por ciento de valor de fábrica. Tan absurdo era el sistema del monopolio por Tierra Firme, tan natural y ventajosa la vía comercial obstruida por la ley, que a pesar de esto, las mercaderías introducidas por el Plata, soportaban el recargo, y podían competir ventajosamente con las de las flotas y galeones una vez puestas en Córdoba.

Esto indujo a la Corte a restringir la merced a los términos más estrictos, dictando nuevas ordenanzas para el puerto en que hacía depender las licencias del beneplácito especial del monarca, debiendo ser los buques de menor porte, no pudiendo la moneda de plata de Potosí llegar ni a veinte leguas antes de Córdoba, y abonar, además de los otros derechos, los correspondientes al almojarifazgo en Sevilla bajo las penas más severas ²⁹.

En esta ocasión se levantó en España, una voz autorizada abogando por los derechos de Buenos Aires, declarando injustas las nuevas ordenanzas, imposible su ejecución, y sosteniendo ante el Monarca su derecho natural, aun con violación de la ley escrita. Fué éste el famoso Antonio de León Pinelo, relator del Consejo de Indias y procurador nombrado por la ciudad de Buenos Aires al efecto. En un Memorial que con tal motivo dirigió al Rey le decía: — “Años ha que a Buenos Aires se hizo esta merced con alguna largueza, que fué bastante para sustentar la tierra, sin “cometer excesos, los cuales fueron naciendo al paso que la merced limi-

²⁸ Testimonio del Gobernador de Buenos Aires don Diego de Góngora en 1618, remitido al Consejo de Indias, *apud* Pinelo.

²⁹ Nuevas ordenanzas de 7 de febrero de 1622. Fueron insertas en la Recopilación de Leyes de Indias, figurando en las últimas ediciones en el lib. VIII, tit. XIV.

"tándose, que como la falta de lo necesario suele compeler a lo ilícito" (*Cap. licet de servis*) nunca está más mejorado aquel puerto que cuando se le concede lo que no excusa, y faltándole, como *necesitas caret leges*, carecen de ley y de orden las cosas de Buenos Aires, cometéndose algunos excesos, que requieren más el remedio que la pena... y no "habiendo permisión habrá de ser sin ella". Y refiriéndose a la injusticia de la ley escrita y a la prohibición de la moneda, agregaba con firmeza: — "Es rigor obligar a unas Provincias a que por beneficio de otras compren más caro lo que han menester; que se prohíba el comercio por allí a efecto de que lo tenga por Portobelo, que está mil doscientas leguas, por el beneficio de los mercados de Sevilla. — Mándanse cosas que no se pueden ejecutar, porque las leyes han de ser conformes a la naturaleza, sitio y naturaleza de la tierra, y la de aquella no está bien entendida, por haber sido mal explicada en lo que ha de consistir la conservación. — Pudiera representar los inconvenientes e imposibles que ha de tener la ejecución de las nuevas ordenanzas que el año pasado (1622) se enviaron para aquel puerto y para la ciudad de Córdoba, donde se mandó formar una aduana; por lo cual no sólo se prohíbe comercio de Buenos Aires con Tucumán, siendo tan justo y necesario como se ha tocado, sino que se imposibilita el tener los vecinos de aquellas dos gobernaciones, lo que el derecho de las gentes introdujo, que es la moneda"³⁰.

En condiciones tan violentas, el contrabando tenía necesariamente que corregir tamaños errores y tantas injusticias, revindicando el legítimo derecho de vivir; y así fué como empezaron a difundirse las sanas ideas del buen gobierno, a formarse ese espíritu de resistencia, y a establecerse por su vía natural la corriente comercial que debía engrandecer al Río de la Plata, preparando la insurrección económica.

Tal era el estado del Río de la Plata al tiempo de dividirse en dos provincias en 1647, y su situación económica en 1623.

XIII

Un año antes de la división de la Provincia del Río de la Plata, descubrió (1516) Guillermo Schouten el estrecho de Lemaire y el paso del Cabo de Hornos. Este acontecimiento memorable, destinado a operar una revolución comercial, abrió a la navegación de todas las naciones el cerrado mar del Sur, que hasta entonces era una especie de lago, sobre el cual la España se consideraba con derecho exclusivo, pretendiendo atravesar cadenas en el Estrecho de Magallanes, pasaje que por otra parte era apenas frecuentado por sus dificultades y peligros para la navegación a vela. La Europa soportaba impaciente la arrogante pretensión de la España, de que, en ambos mares "el viento sólo había de soplar sobre sus velas, y sus aguas humedecer no más que sus quillas". La Holanda sublevada en Europa contra la dominación de la España, fué

³⁰ "Solicitud de la ciudad de Buenos Aires para que se le concediese permiso para navegar los frutos de su cosecha", firmado por Antonio de León en 1623. — No se conoce de este documento, sino un solo ejemplar impreso, que existe en el Archivo de Indias. Azara es el único autor que lo cita de paso.

la primera en enarbolar la bandera de la libertad de los mares, cuya doctrina formuló Hugo Grocio en páginas inmortales. Tras las huellas de Schouten se lanzaron las invencibles urcas holandesas, coronadas de cañones, tripuladas por marinos resueltos, cargadas de armas y mercaderías, y dominaron ambos mares. En menos de trece años (1623-1636) botó a la mar más de 800 naves haciendo arrear su pabellón a cerca de 550 buques españoles cargados de oro y plata. En 1630 se apoderó del Brasil desde Bahía hasta el Amazonas, estableciéndose así a pocos días de navegación del Río de la Plata.

En 1640 el Portugal recobró su autonomía sacudiendo el yugo de la España, y poco después recobraba sus colonias del Brasil, expulsando a los holandeses y abriase en ellas un vasto mercado, destinado principalmente a surtir a Buenos Aires por el contrabando.

Así se inició la gran revolución comercial, de que los vecinos de Buenos Aires fueron oscuros promotores, a que el descubrimiento del pasaje del Cabo de Hornos dió más ancho campo de acción, y que el Portugal a la par de las marinas de las demás naciones de Europa debían completar, lanzando el comercio por sus caminos naturales. El comercio de flotas y galeones por Panamá podría existir legalmente un siglo más; pero desde ese día quedó herido de muerte. La Inglaterra, los filibusteros de las Antillas, los corsarios franceses de Saint-Malo, debían darle el último golpe, al mismo tiempo que el emporio del Río de la Plata se levantaría triunfante del antiguo monopolio, redimiendo a una parte de la América meridional de su cautiverio comercial.

Los portugueses, nuevamente dueños del Brasil, continuaron el avance sobre las fronteras, unas veces en paz y otras en guerra, hasta situarse río de por medio frente a Buenos Aires en la Colonia del Sacramento a distancia de diez leguas. Allí levantaron una fortificación, que fué por el espacio de más de un siglo la ciudadela del contrabando organizado.

Al mismo tiempo, otras naciones comerciales de la Europa acudían al gran estuario antes desierto, y proveían a la colonia a cambio de cueros, recogiendo los óptimos frutos que la España en su ceguedad se negaba a sí misma, negando lo que por derecho natural debía a sus vasallos. En 1660, varios cargamentos holandeses fueron públicamente despachados por la aduana de Buenos Aires, y uno solo de ellos, realizó en cambio un valor de tres millones de pesos fuertes, lo que levantó el crédito del nuevo mercado. Mercado se llamaba el Gobernador de Buenos Aires entonces, y aunque severamente reprendido por esta transgresión escandalosa de la política colonial, puede decirse que fué la mano de la misma autoridad la que derribó las puertas del monopolio en el Plata, abriéndolas de par en par al ilícito y necesario comercio del mundo. Así se cumplía la predicción de León Pinelo cuarenta años antes: "que la necesidad no tiene ley, y que a falta de licencia los colonos se habían de pasar de ella, porque tenían derecho a vestirse, a alimentarse, a existir!"

Los portugueses, que al principio habían elegido la pequeña isla de San Gabriel frente a la Colonia del Sacramento, como centro de sus operaciones, a donde acudían los pobladores de Buenos Aires a proveerse por medio del contrabando, se fijaron definitivamente en la misma Colo-

nia, poniendo sus navíos bajo el amparo de los cañones. El punto en que se asentaba el nuevo establecimiento, correspondía al territorio de la banda oriental del Río de la Plata, encerrado entre el Uruguay y el Cabo de Santa María en la embocadura del estuario, y aunque perteneciente por derecho a los dominios de España, era una continuación de el del Brasil, con el cual lindaba inmediatamente. Apenas ocupado por los colonos españoles en uno que otro punto del litoral del Uruguay, los ganados habíanse multiplicado en sus feraces campos, los cuales eran considerados como una servidumbre de los vecinos de Buenos Aires.

Así que tuvo conocimiento de esta población el gobernador de Buenos Aires, que lo era entonces don José de Garro, llamado el "santo" y que era un hombre justo y animoso, púsose a la cabeza de 260 hombres de armas y gran número de indios misioneros, con los cuales tomó por asalto la fortaleza (7 de agosto de 1680) quedando prisionera de guerra toda la guarnición portuguesa. Esta fué la primera hazaña militar de los argentinos, como lo dice un historiador nacional.

La España decadente bajo el reinado del decrepito Carlos II, que gozaba perezosamente de la estéril paz a tanta costa alcanzada en Nimega, ilógica como siempre, reprobó la hazaña de sus colonos, que aseguraba su política de monopolio, y mandó devolver la plaza desmantelada a los portugueses. Desde entonces, el contrabando constituyó el verdadero comercio, y sus operaciones se efectuaron con la regularidad de un acto lícito al amparo del interés común. Los mercaderes del puerto, tenían agentes para el efecto en Río Janeiro y en Lisboa, y hasta en Sevilla, y recibían con seguridad sus cargamentos, desembarcándolos ya en las costas inmediatas a la ciudad, ya procurándolas al costado de los buques en embarcaciones construidas a propósito. La autoridad era impotente para contener ese tráfico y tuvo que tolerarlo o consentirlo, como un hecho o como una necesidad.

La guerra de sucesión que estalló a principios del siglo XVIII (1701), indujo a Felipe V a ceder la Colonia del Sacramento, a trueque de una alianza con el Portugal. Embanderado más tarde éste (1704) entre los enemigos del nieto de Luis XIV, que había suprimido los Pirineos, el Virey de Lima, comprendiendo mejor que la metrópoli sus intereses, mandó al gobernador de Buenos Aires apoderarse a todo trance de la plaza. Este cumplió la orden con las milicias de Buenos Aires, Santa Fe y Corrientes, reunidas a 4.000 indios misioneros, y obligó a la guarnición a evacuar la plaza por agua. A la terminación de la guerra de sucesión, que duró cerca de trece años, la Colonia del Sacramento fué nuevamente cedida por el tratado de Utrech (1713) a los portugueses, quienes la volvieron a ocupar en 1716. La bandera vencedora del contrabando flameó desde entonces en las aguas de la Colonia, y a su sombra continuó el tráfico en más vasta escala que antes.

Durante la guerra de sucesión, las expediciones de las flotas y galeones a Tierra Firme, se interrumpieron de hecho y durante trece años las ferias de Portobelo permanecieron desiertas, sin que se divisara una vela española en los mares americanos. En este interregno, los franceses, aunque aliados de la España, se encargaron de proveer las colonias, cambiando en el Río de la Plata cueros por negros que traían

de Africa, y corrompiendo a sus gobernadores, cuya complacencia compraban a precio de oro³¹.

A la terminación de la guerra, los ingleses, a título de aliados, obtuvieron por el tratado de Utrech la concesión de concurrir a las ferias de Portobelo que ya la España no podía alimentar con sus productos. De este beneficio participaron muy luego de hecho los holandeses y las demás naciones manufactureras de Europa. Así, llegó un día en que de las once partes del valor total del comercio por esa vía, diez correspondieron a los extranjeros, que hacían el contrabando en complicidad con los mercaderes españoles y con la tácita autorización del gobierno de la metrópoli. A esto quedó reducido el comercio por Panamá.

La Inglaterra obtuvo por el tratado de Utrech otra concesión, y fué establecer asientos de negros en las posesiones españolas de la América. Uno de esos asientos se estableció en Buenos Aires, y a la sombra de él se abrió una nueva vía al contrabando organizado, con sus reales, sus privilegios y sus depósitos, dentro del mismo puerto, que todavía la España se empeñaba en mantener cerrado. Las guerras que sobrevinieron poco después entre Inglaterra y España, ensancharon y consolidaron este comercio ilícito.

Siendo los derechos que se cobraban en Portugal más bajos que en España, y los costos menores, las mercaderías de esta procedencia, abastecían con ventaja, no sólo a las provincias del Río de la Plata, sino también a Córdoba del Tucumán, Cuyo, Chile y el Alto Perú, llevándolas hasta Lima. Así, mientras la España surtía sus vastos dominios en América, compuestos de ochenta provincias y cincuenta ciudades, con el cargamento de seis u ocho embarcaciones, enviando al Río de la Plata una expedición cada cuatro años³², los portugueses con sólo cinco ciudades en el Brasil, despachaban de 105 a 120 buques cargados cada año³³.

Los ingleses a su vez, convirtiendo los asientos de negros en factorías, abusaron de la licencia de introducir géneros para vestir los esclavos, alimentando con ellos el comercio clandestino, al amparo de sus inmunidades. Al mismo tiempo, sus audaces contrabandistas expendían sus cargamentos bajo la protección de sus cañones, llevando algunos de sus buques por retorno más de dos millones de pesos fuertes a los puertos de la Gran Bretaña³⁴.

El sistema del monopolio colonial entraba en el período de su descomposición. Pocos años más, y la última flota de galeones llegaría a Tierra Firme, levantándose Buenos Aires en el extremo opuesto como un nuevo emporio.

XIV

Al cumplirse un siglo de la división de las dos gobernaciones del Río de la Plata (1717), fué nombrado gobernador de Buenos Aires don

31 "Journal d'un Voyage sur les côtes d'Afrique et aux Indes d'Espagne en 1706", pág. 324.

32 Ustariz, "Teórica y Práctica de Comercio", cap. DXXI, pág. 21.

33 Heros "Representación al Rey sobre el comercio clandestino en América", en el "Semanario Erudito", t. XXVII.

34 Funes "Ensayo de la Historia del Paraguay, Buenos Aires y Tucumán", t. II, pág. 352.

Bruno Mauricio Zavala. Era el hombre destinado a poner orden en las cosas de la colonia, si el desorden no hubiese residido en las cosas mismas. Vizcaíno como Irala y Garay, guerrero de nota y de buena escuela, administrador probo, magistrado firme y justiciero, estaba animado de un verdadero celo por el bienestar del país, que procuraba conciliar con los derechos de la corona.

En medio de las empresas y trabajos útiles que Zavala llevó a buen término, tocóle presidir un período de descomposición y agitación, en que los intereses a la par de las pasiones condensadas, intervinieron con una perseverancia y una violencia cual nunca se habían manifestado antes. A los pocos años de estar en posesión del gobierno (1721), estallaron grandes disturbios en la provincia del Paraguay, que por orden del Virey del Perú le fué encomendada, reuniéndose así en sus manos la dirección de ambas gobernaciones del Río de la Plata.

El Paraguay, después de constituido en provincia separada, había continuado agitándose, presa del antagonismo del antiguo espíritu municipal de sus fundadores, combinado con los intereses sórdidos de los encomenderos de indios, en pugna con el sistema de las misiones jesuíticas, cuya tendencia era aislar la influencia española, para hacer prevalecer el elemento indígena semi-bárbaro, subordinado a un gobierno eclesiástico. Lo que propiamente se llamaba en aquella época el Paraguay, era hostil al jesuitismo y sus Misiones, como que éstas no eran sino un obstáculo puesto al desarrollo lógico de la conquista y de la civilización europea, con todas sus consecuencias. Las ruidosas controversias entre el famoso Obispo del Paraguay Fr. Bernardino Cárdenas, pusieron de manifiesto este antagonismo que fermentaba latente. El Obispo se declaró contra los jesuitas, y el pueblo en masa se declaró en favor del Obispo. La cuestión no era del episcopado contra el apostolado, sino del elemento europeo y del espíritu municipal formado por el desarrollo de la conquista, contra el proselitismo que acaudillaba el elemento indígena, organizado y armado en forma de reducciones de salvajes, sometidos a un régimen teocrático, que entrañaba la barbarie, sin llevar ningún principio fecundante en su seno. Con todas sus insanias y sus extravíos el pueblo adoptó por su caudillo al Obispo Cárdenas. La conmoción profunda que esto produjo se extendió hasta Corrientes y amenazaba invadir el resto de la gobernación de Buenos Aires hasta Santa Fe. El resultado fué, que el gobernador del Paraguay, depuesto por el pueblo, fuese repuesto por fuerza de armas, bajo las auspicios de los Padres de la Compañía de Jesús, al frente de sus bandas de catecúmenos armados. Esta fué la segunda gran derrota que experimentó el elemento civilizador del Paraguay, en lucha con la semi-barbarie indígena, organizada y armada por los jesuitas, bajo la apariencia de una semi-civilización artificial.

Durante el gobierno de Zavala, el odio concentrado, pero no domado, del Paraguay contra los jesuitas, estalló como un volcán, iluminando con fuegos siniestros los horizontes de la futura democracia del Río de la Plata. Con motivo de las contestaciones entre el gobernador del Paraguay nombrado por el Rey, y el Cabildo de la Asunción que invocaba los antiguos fueros municipales de los fundadores de la colonia, entró

a figurar en la escena de la historia el famoso Antequera, fundador del partido de los *Comuneros del Paraguay*, que enarbolando el pendón de Padilla caído en Villalar, proclamaron a voz en cuello, que "la autoridad del pueblo era superior a la del Rey". Con esta bandera y este credo, el Paraguay se levantó como un hombre, más que en defensa de sus fueros, en contra de los jesuitas. Con esta bandera y este programa se dieron batallas, se hizo una verdadera revolución, siendo el resultado, que los jesuitas volvieron a reponer al gobernador del Rey, haciendo prevalecer la influencia absoluta de su orden, y la fuerza bruta de los indígenas por ellos disciplinada. Los Comuneros perecieron unos en un cada, los otros expiaron sus crímenes de lesa majestad en las prisiones o se salvaron en el destierro, mártires de una causa del porvenir, de que no tenían verdaderamente conciencia, no obstante su osadía y sus proféticos postulados. La causa comunal recibió el último golpe, aboliendo Zavala el privilegio de los primitivos colonizadores del Río de la Plata, que conservaba el Paraguay como fuero municipal, de nombrar por elección popular sus gobernadores en caso de acefalía, con arreglo a la célebre cédula de Carlos V de 1537, de que ya se ha hecho mención antes.

Con la autoridad moral que le daba este triunfo, a la par de su carácter recto y severo, emprendió Zavala la fundación de la ciudad de Montevideo en 1726, después de haber expulsado del terreno a los portugueses, que intentaban fortificarse en él, lo mismo que antes en la Colonia del Sacramento. El objeto del Gobernador era simplemente contener la invasión del contrabando por esa parte, debiendo a esto su origen esta colonia filial de Buenos Aires, que debía ser con el tiempo el segundo emporio del Plata.

Animado de igual celo, prendió a los factores del asiento inglés de Buenos Aires, embargando sus propiedades, en previsión de las hostilidades que los ingleses intentaban contra España, y que después de una guerra de corta duración, debía reponer las cosas al estado anterior, con más desafuero aún que al principio.

Empeñado con la porfía de un vizcaíno, en extirpar el contrabando, Zavala embargó más de 200.000 cueros en la época de su gobierno, decomisó en una sola ocasión como 8.000 marcos de plata piña salidos de Potosí, impuso castigos, redobló su actividad y vigilancia; todo fué en vano. Las mercaderías del contrabando, transportadas por naves inglesas y portuguesas, o almacenadas en la Colonia del Sacramento, continuaron surtiendo a Chile y al Perú; la plata de Potosí, continuó afluyendo al puerto del Plata y saliendo al extranjero por canales ocultos, y el espíritu de resistencia contra las malas leyes económicas se vigorizó cada día más y más. Así decía por ese tiempo el Virey del Perú: — "Es Buenos Aires ruina de los dos comercios, la puerta por donde se huye hoy la riqueza, y la ventana por donde se arroja al Perú"³⁵. Era que el contrabando, protesta en acción contra un absurdo monopolio, se había convertido en una función normal, como la circulación de la sangre vital, que tenía por agentes a la mitad de la América Meridional, mancomunada por el interés recíproco.

35 "Memoria de los Vireyes que han gobernado en el Perú. — Relación de Armandaris", tomo III, pág. 253.

XV

Concurrieron a esto muchas causas más o menos mediatas o inmediatas, todas las cuales venían a converger al puerto de Buenos Aires.

El sistema del monopolio colonial por medio de las flotas y galeones de Tierra Firme, sólo pudo ser concebido por la demencia de un poder absoluto, y soportado por la inercia de un pueblo esclavizado. La ruina de la marina y de las fábricas españolas, la miseria consiguiente de la metrópoli y sus colonias, las guerras insensatas con holandeses, ingleses y portugueses, el ensanche que con tal motivo tomó la marina y la colonización francesa en las Antillas, y sobre todo, el contrabando, que era una necesidad de vida para los americanos, acabaron por destruir totalmente el comercio que se efectuaba por la vía del Istmo de Panamá. Desde el primer año del siglo XVII había cesado de hecho el sistema de flotas y galeones a Tierra Firme. La última feria de Portobelo que recuerda la historia, tuvo lugar el año de 1737.

Cuando la España, aleccionada por la experiencia, quiso reaccionar contra su ruinoso sistema, ya era tarde: estaba irremisiblemente perdida como metrópoli, y la América para ella como colonia. Ni el vínculo de la fuerza eficiente, ni el del amor, ni el de interés-siquiera, ligaba los hijos desheredados a la madre patria. Desde entonces la separación fué un hecho, y la independencia de las colonias americanas, una simple cuestión de tiempo y de oportunidad.

El descubrimiento del Estrecho de Magallanes primero, la fundación de Buenos Aires después, y la nueva ruta señalada por el Cabo de Hornos últimamente, al lanzar la navegación y el comercio por nuevos caminos, y abrir dos grandes puertas en ambos mares a la extremidad opuesta, por donde podía comunicarse con más facilidad y baratura con más de la mitad de la América del Sur, hicieron materialmente imposible el monopolio por el Istmo. Buenos Aires, a menos distancia de la Europa respectivamente, y en inmediato contacto terrestre con los países a que esta revolución natural debía favorecer, se hizo gradualmente el centro del nuevo movimiento, y empezó a ser el verdadero mercado americano. Chile, interesado en la navegación directa y las relaciones terrestres con Buenos Aires; el Paraguay, que a su vez recogía los beneficios de este último tráfico según se verá después; el Alto Perú, que encontraba mayores ventajas en surtirse por Buenos Aires y traer allí su plata, llevando en cambio las mercaderías que necesitaba; la provincia de Córdoba del Tucumán, que veía en Buenos Aires su puerto natural; todos aspiraban a emanciparse del predominio enervante de Lima, y hacían causa común con los habitantes del Río de la Plata, para quienes el comercio directo era una condición de vida. Así decía el Virey del Perú: — “El comercio de este reino, aunque se agotaba con sus ferias, se vol-
“vía a llenar con sus expendios, siendo Lima la única mano por donde
“daba a Portobelo sus millones, y los volvía a recibir de Potosí y de las
“demás minas, hasta que abierta por la codicia *la puerta del Océano*, se
“comenzaron a salir por ella”³⁶.

36 Armandaris “Memorias de Vireyes del Perú”, t. III, pág. 229.

Chile, a la vez que empezaba a gozar por el contrabando de los beneficios del comercio directo por el Cabo de Hornos, encontraba su conveniencia en el tráfico por la cordillera con el Río de la Plata, adonde enviaba su oro y sus vinos (y más tarde sus cobres), en cambio de mercaderías, recibía además de retorno la yerba del Paraguay por esa vía, a cuyo efecto se declaró puerto preciso el de Santa Fe. El Alto Perú acudía al mercado del Plata con sus pastas preciosas, y llevaba en cambio mercaderías y mulas, desligándose casi enteramente del de Lima. La provincia de Córdoba del Tucumán, se identificaba cada vez más con Buenos Aires, y éste exportaba con ventaja sus frutos, que la ganadería había multiplicado prodigiosamente, provocando la demanda y determinando la oferta.

Este núcleo de intereses legítimos, minaba por su base el poder colonial fundado en intereses sórdidos, presagiando la futura alianza con Chile, establecía corrientes simpáticas con el Alto Perú, que más tarde se convertirían en relaciones políticas y militares, y condensaba los elementos que debían componer en lo futuro la nacionalidad argentina, consolidando por lo pronto un mercado, que algún día había de encontrar para independizarse, el apoyo de las naciones comerciales, con las cuales iniciaba sus relaciones amistosas por medio del contrabando.

Así, pues, el contrabando era una función normal del organismo económico, un hecho superior al poder del Rey de España y de sus autoridades subalternas en América, y en la lucha de intereses vitales, la ley natural tenía necesariamente que prevalecer, como en efecto sucedió.

XVI

Con el advenimiento de la casa de Borbón al trono de las Españas, nuevas ideas económicas penetraron a los consejos de su gobierno, duramente aleccionado por la experiencia.

Extinguido el comercio de flotas y galeones por Panamá, la España adoptó el sistema de navíos de registro con licencias especiales, después de trasladar la contratación de Sevilla al puerto de Cádiz, que sin duda ofrecía mayores facilidades para el tráfico interoceánico. El derecho de comerciar con América, que hasta entonces había sido exclusivo de los castellanos, se hizo extensivo a todos los españoles. Pero los mercaderes peninsulares, creyéndose como antes en posesión de la exclusiva, siguieron el viejo sistema de escasear las mercaderías y retardar los envíos, para elevar los precios, de manera que en realidad dejaban libre el campo al contrabando lo mismo que antes. Así, los navíos españoles de registro que doblaban el Cabo de Hornos o arribaban al Río de la Plata, encontraban los mercados coloniales abarrotados de mercaderías extranjeras, las cuales activaban el comercio interior del Paraguay, Tucumán, Chile, Alto Perú y hasta del Perú mismo en su centro principal, que era el Callao, con ventaja de los países que se constituían en agentes de ese tráfico.

Tres grandes estadistas se sucedieron por estos tiempos en el gobierno de España, después del ministerio histórico de Alberoni, que inició el movimiento reformador: Patiño, bajo Felipe V, el Marqués de Ensenada bajo Fernando VI, y Gálvez bajo Carlos III. Bajo sus inspiraciones, el sistema

colonial fué radicalmente reformado, si bien no se abolió del todo el monopolio de la madre patria, pues, como lo observa un historiador del comercio universal (Scherer), "el espíritu de la época no lo permitía".

Patiño, apellidado el "Colbert de España", simplificó el sistema aduanero. Sustituyó el *palmeo*, o sea el cobro de derechos por la capacidad medida en palmos cúbicos que ocupaban las mercaderías, aboliendo el complicado proceder del tonelaje, a la vez que redujo todas las contribuciones marítimas (avería, San Telmo, señorío, tonelada, almirantazgo, millones, etc.) a un veinte por ciento de derecho específico, a más del derecho del *palmeo*, que era de cinco reales vellón por palmo.

Ensenada abolió las licencias especiales, rompiendo con la vieja rutina que tasaba el consumo, renunciando a la tutela que hasta entonces se había atribuido al soberano, consiguiendo luchar hasta cierto punto con el contrabando.

Ultimamente, bajo Carlos III, rompiendo con la tradición del privilegio exclusivo de Sevilla trasladado a Cádiz, se estableció una línea de avisos entre la Coruña y el Río de la Plata, autorizando a los comerciantes a ocupar la mitad del cargamento con mercaderías españolas y tomar de retorno una cantidad igual de frutos del país. Esta medida fué precursora de la célebre ordenanza, que derribando las barreras artificiales, autorizó a los doce puertos principales de España (con excepción de los de Vizcaya) a comerciar directamente con las colonias americanas.

Estas reformas sucesivas, cuyo complemento debía levantar a su apogeo el mercado de Buenos Aires, lo fueron colocando gradualmente en las condiciones de un verdadero emporio, categoría a que le daban derecho su situación geográfica y los intereses continentales que con él se ligaban. Desde 1748 a 1753 se exportó por el puerto de Buenos Aires por valor de 1.620.752 pesos fuertes, estando representada la producción del país por 150.000 cueros al pelo, y lo demás en oro y plata de Chile y del Perú. Desde 1754 a 1764 (vispera de la gran reforma) el valor de los metales preciosos ascendió a 35.811.519 pesos fuertes, figurando el oro por más de 10 millones y la plata por cerca de 25 millones. De 1748 a 1753, la exportación de Chile y el Perú por esta vía, ascendió en el quinquenio a 5.967.151 pesos fuertes, representados en pastas preciosas o monedas de oro y plata, y el resto en cacao, quina, lana de vicuña, cobre y estaño, correspondiendo como la mitad al Rey y la otra mitad a especuladores particulares³⁷.

A pesar de todo, el contrabando continuó luchando con éxito, obteniendo sobre el comercio permitido, utilidades que alcanzaban a un 64 por ciento.

XVII

Durante más de medio siglo, toda la atención de la España en el Río de la Plata, se concentró sobre dos puntos: el contrabando y la cuestión de límites con el Portugal por la parte del Brasil. Estas dos cuestiones, se reducían a una sola: el antagonismo de ambas naciones. La colonia del Sacramento, fué tomada, arrasada, devuelta y reedificada varias veces,

³⁷ Wilcocke "Vice Royalty of Buenos Aires", pág. 517 y 518.

sin dejar por esto de ser el foco del contrabando. Sus límites fueron sucesivamente adelantados por una y otra parte, fijados por tratados o treguas pasajeras, volviendo una y otra a empuñar las armas en Europa y América para dirimir sus cuestiones, sucediendo a veces que las hostilidades continuaban en un hemisferio, cuando la paz estaba ajustada en el otro.

El tratado de 1750, producto de un acuerdo entre las familias reinantes de España y Portugal, pareció poner en paz a los contendientes, aunque sin resolver sus cuestiones. La España reconoció implícitamente por él a los portugueses derechos de soberanía sobre la Colonia del Sacramento en el hecho de aceptarlas por vía de cesión, dando en cambio los siete pueblos de Misiones situados a la margen izquierda del Uruguay, cuya entrega resistieron con más previsión que el monarca los Padres de la Compañía de Jesús. A la anulación de ese tratado por el convenio de 1761 (que no debe confundirse con el llamado *pacto de familia* del mismo año), se siguió muy luego el estado de guerra declarada. Fué entonces que hizo su aparición en la historia argentina el famoso don Pedro Zeballos, de quien se ha dicho que fué la última llamarada de la grandeza española en América. El fué quien rindió la Colonia por capitulación y reconquistó el Río Grande, invocando la letra del antiguo tratado de Tordesillas. La paz, llamada de París, en 1763, devolvió la Colonia a los portugueses otra vez.

La guerra volvió a estallar en 1776, y entonces la España se decidió a hacer un esfuerzo supremo, para dirimir definitivamente sus cuestiones pendientes en el Río de la Plata.

Con tal objeto se erigió el Vireinato del Río de la Plata que se formó de las tres gobernaciones de Buenos Aires, Paraguay y Córdoba del Tucumán, a que se agregaron las provincias del Alto Perú y Cuyo, cuya constitución geográfica y antecedentes hemos bosquejado ya.

Don Pedro Zeballos fué colocado a su frente, en calidad de Virey y general en Jefe de la gran expedición de 9.000 hombres salida de la Península, que debía fijar sus límites con la espada del vencedor.

La gran empresa de Zeballos fué coronada por la victoria. La Colonia, rendida a discreción, vió volar sus murallas, cayendo así para siempre la ciudadela donde había flotado por cerca de un siglo la bandera triunfante del contrabando. La guerra terminó por el tratado de 1777, llamado de San Ildefonso.

Resuelta así la cuestión de límites y del contrabando, por la espada y por la diplomacia, Zeballos contrajo su atención a colocar el comercio del Río de la Plata en sus condiciones normales. Hasta entonces, la España había dado por motivo para no extender todas las franquicias comerciales al Río de la Plata, la permanencia de los portugueses en la Colonia, siendo así, que era el sistema prohibitivo el que daba razón de ser al comercio ilícito. Removido este inconveniente, Zeballos por sí y a petición del Cabildo de Buenos Aires, dictó un auto inmortal declarando libre el comercio del Río de la Plata con la península y las demás colonias, abriendo sus puertos a las naves mercantes españolas, y permitiendo la franca introducción de mercaderías ultramarinas a Chile y al Perú³⁸. Como un río detenido al que se rompen repentinamente los diques, el comercio se pre-

³⁸ Auto de D. Pedro Zeballos de 6 de noviembre de 1777.

cipitó como raudal que busca su nivel, derramando a su paso la riqueza y la abundancia. — Este auto memorable, aprobado y ampliado por la Corte, precedió al famoso reglamento del "Comercio libre" que la metrópoli dictó para sus colonias en el año siguiente, incluyendo en él sin restricciones al Virreinato del Río de la Plata ³⁹.

La guerra que en el año siguiente (1779) estalló entre Inglaterra y España, con motivo de la revolución de los norteamericanos apoyada por la última, coincidiendo con la gran sublevación de los indios del Perú, neutralizó por el momento los saludables efectos de esta reforma trascendental. La estagnación de frutos y caudales con tal motivo, a la vez que la consiguiente carencia de mercaderías, obligó a la Corte a otorgar una nueva franquicia, permitiendo el comercio del Río de la Plata por la vía del Brasil, bajo pabellón neutral, de acuerdo con la Corte de Lisboa ⁴⁰. La paz de Versalles en 1783, en que quedó reconocida por la Inglaterra la independencia de los Estados Unidos de América bajo los auspicios de la España, a la vez que restableció las corrientes del comercio, proclamó ante el mundo el derecho que tenían las colonias americanas a insurreccionarse, emanciparse de la madre patria y constituirse en naciones independientes y libres.

Aquí empiezan los grandes días del apogeo comercial para el Río de la Plata. Buenos Aires, cabeza de línea respecto de la metrópoli, se convertía en el gran mercado de una parte de la América meridional, al mismo tiempo que Sevilla, la antigua reina de las Indias, se convertía en un puerto enfangado y en una ciudad abandonada por el movimiento comercial. Emancipado de la servidumbre de Lima, (aunque no rescatado del todo del monopolio de los comerciantes de Cádiz), el Alto y Bajo Perú, Chile, el Paraguay y las Provincias del interior, le enviaban sus ricos productos, que exportaba a la par de los suyos, introduciéndose a su vez por la misma puerta los cargamentos que llegaban de Cádiz, Barcelona, Málaga, Santander, Vigo, Gijón, San Lúcar, la Habana, Lima, Guayaquil y Guinea, a la par que el asiento de negros de los ingleses contribuía por su parte a alimentar esa doble corriente.

En 1791 se amplió el comercio con la costa de Africa, estableciéndose el comercio directo, limitado hasta entonces a la trata de negros. En 1792, los productores ganaderos pidieron completa libertad de salida para sus frutos, y en el año siguiente fué concedida por cédula firmada por el ministro Gardoqui ⁴¹.

Durante los años de 1792 a 1795, llegaron al puerto de Buenos Aires 53 buques de la península y salieron 47, recibíendose y despachándose además varios cargamentos que hacían el tráfico de la Habana, de Guayaquil y del Callao. El valor de las importaciones y exportaciones ascendió en ese período a 7.879.968 pesos fuertes, sin computar el de los productos

39 "Reglamento para el comercio libre de España a Indias de 12 de octubre de 1778", pág. 2.

40 Informe del Virey Vértiz de 12 de marzo de 1784. M. S. del *Archivo General*. — Al principio, esta franquicia fué gracia especial otorgada a una casa de comercio de Cádiz, que extrajo por Janeiro dos millones de pesos fuertes y 180 mil cueros. Muy luego se hizo extensiva a todo el comercio.

41 Cédula de 10 de abril de 1793.

de la compañía de las pescas, que elevaban la cifra a más de ocho millones, quedando a favor del comercio local más de un tercio de su totalidad⁴². A la vez, el comercio interior era activísimo: Mendoza expendía en el mercado central más de siete mil trescientos barriles de vino por año; San Juan más de tres mil barriles de aguardiente; Tucumán gran cantidad de sus cueros curtidos y sus tejidos, el Paraguay su hierba, su tabaco y maderas, vendiéndose más de sesenta mil mulas con destino al Perú. El solo comercio del Paraguay con Buenos Aires, ascendía a 327.000 pesos fuertes contra 155.000 de retorno (siempre al año). De los productos del Paraguay, Chile consumía anualmente ciento cincuenta mil arrobas de hierba mate, recibiendo en cambio oro y cobre, que activaba la circulación⁴³.

La exportación del país estaba representada por productos del reino animal, principalmente; cueros al pelo, de toro, de caballo y curtidos, que tenían una demanda universal; lanas de carnero, que empezaban a ser apreciadas en Europa por su largura⁴⁴, y carne salada (*tasajo*) preparada por un nuevo proceder recién introducido en el país, además de otros productos de menos importancia, como el sebo, las plumas y peleterías, cuyo valor reunido ascendió en el mencionado quinquenio a cerca de cinco millones.

La población de sólo la provincia de Buenos Aires (incluso la Banda Oriental, Entre Ríos, Corrientes y Santa Fe) que era sólo de poco más de 37.000 almas antes del comercio libre, se había casi más que triplicado en el espacio de 22 años, alcanzando al finalizar el siglo XVIII la cifra de 170.000 almas, según Azara.

Así se enriquecía, se poblaba, se regeneraba y se educaba por el manejo de los propios negocios y por su contacto con el mundo, este núcleo robusto de una nación futura, al cual algunos han llamado "poderosa aristocracia" y otros "inteligente burguesía". Era simplemente una asociación libre de estancieros y mercaderes, en que los agricultores no dejaban de figurar en segunda línea; en que bajo el pie de una igualdad que la dignificaba, gozaban todos a la par de los dones gratuitos de la naturaleza y del trabajo remunerador, constituyendo una democracia de hecho, que se organizaba en la vida civil, y se desarrollaba espontánea y selvática en las campañas, con un templo de independencia genial.

XVIII

No obstante este bienestar general, esta condensación de los elementos de la vida orgánica, de este nuevo espíritu difundido en todas las clases sociales, el Vireinato del Río de la Plata, como cuerpo político y social, era una masa incoherente, sin afinidades íntimas, sin articulaciones poderosas, sin esa unidad armónica que es el resultado del equilibrio de la vida, que se distribuye igualmente en toda la economía.

42 Azara, "Voyages", t. II, pág. 314 a 316 y cuadro adjunto.

43 Azara, *loc. cit.* — V. V. Mackenna, "Historia de aVlparaíso".

44 Campomanes, "Apéndice de la Educación Popular", t. II, pág. 332.

Buenos Aires era el alma y la cabeza de este cuerpo informe; pero ni su espíritu penetraba la masa general, ni su acción se hacía sentir simultáneamente en las extremidades.

Lo que constituía su verdadero núcleo, que eran las Provincias Argentinas, constituidas después en cuerpo de nación, diseñaban ya su carácter democrático. Méjico y el Perú fueron verdaderas cortes coloniales, con aristocracia de condes y marqueses, que profesaban el culto de la nobleza y sostenían la institución con todas sus consecuencias. Chile, medio agricultor y medio minero, aunque constituido sobre bases menos aristocráticas, había implantado en su suelo la institución de los mayorazgos, y mantenía un sistema semi-feudal de señores del suelo y arrendatarios, cuya influencia se hizo sentir aún después de la revolución. El Alto Perú, cuya colonización estaba calcada sobre la del Perú, como queda explicado, conservaba en su seno una clase desheredada, que representaba más de la mitad de su población, dividiendo así a la sociedad en amos y siervos. La influencia de este sistema se hacía sentir en las Provincias Argentinas del norte, colonizadas en los primeros tiempos por el Perú, y se complicaba en el Paraguay, por los gérmenes que le habían inoculado las Misiones jesuíticas y los vicios primitivos de la conquista, no corregidos ya por el espíritu municipal extinguido. Sólo las Provincias del Río de la Plata presentaban la homogeneidad de una democracia genial, en que todos eran iguales de hecho y de derecho. Sin nobles, sin mayorazgos, despreciando por instinto los títulos de nobleza, sin clases desheredadas, sin antagonismo de razas ni de intereses, viviendo en un clima templado y una tierra abundante, que alimentaba la fuente de la vida con un trabajo fácil, y animados de un espíritu de igualdad nativa, un mismo nivel pesaba sobre todas las cabezas. El Virey no era sino un alto funcionario de la armazón artificial del gobierno colonial; no tenía más corte que la de sus empleados, ni más apoyo real que el de los españoles peninsulares que habitaban el país. Un profundo observador, que estudiaba el país por aquel tiempo, decía de los criollos argentinos: "Tienen tal idea de su igualdad, que creo que, aun cuando el rey acordase título de nobles a algunos particulares, ninguno los consideraría como tales. El mismo Virey no podría conseguir un cochero o un lacayo español" (criollo) ⁴⁵. El mismo escritor agrega: "Existe una especie de alejamiento, o más bien dicho, aversión decidida de los criollos o hijos de españoles nacidos en América, hacia los europeos y el gobierno español. Esta aversión es tal, que la he visto reinar entre el hijo y el padre, entre el marido y la mujer, cuando unos eran europeos y los otros americanos. Los abogados especialmente se distinguen por este sentimiento".

Esta sociabilidad naciente, con instintos democráticos, entrañaba empero todos los vicios esenciales y de conformación de la materia originaria y del molde colonial en que se había vaciado, a la par de los que provenían de su estado embrionario y de su propia naturaleza. Los desiertos, el aislamiento, la pereza, la despoblación, la falta de cohesión moral, la corrupción de las costumbres en la masa general, la ausencia de todo

⁴⁵ Azara "Viajes", t. II, pág. 277.

ideal, y, sobre todo, la profunda ignorancia del pueblo, eran causas y efectos, que produciendo una semi-barbarie al lado de una civilización débil y enfermiza, concurrían a viciar el organismo, en la temprana edad en que el desarrollo se iniciaba, y cuando el cuerpo asumía las formas externas que debía conservar.

El comercio que nutría la riqueza en las ciudades, el pastoreo que imprimía un sello especial a la población diseminada por las campañas, el sentimiento de individualismo marcado que se manifestaba en los criollos, el temple cívico de ciertos caracteres, la energía selvática de la masa de la población, la aptitud para todos los ejercicios que desenvuelven las fuerzas humanas, el valor nativo probado en las guerras con indios y portugueses, el antagonismo secreto entre la raza criolla y la raza española, el patriotismo local que no se alimentaba en la lejana fuente de la metrópoli, la indisciplina, el desprecio de toda regla, eran otros tantos estímulos y gérmenes de independencia inconsciente; pero no constituían aún por sí una sociabilidad orgánica, ni una civilización progresiva. Tenía en su brazo la fuerza que destruye, sin abrigar en su cabeza la idea que edifica, ni el poder creador dentro de sus propios elementos. Antes de ponerse en la vía del verdadero progreso, antes de dilatarse en la atmósfera vital de los pueblos socialmente bien constituidos, tenía muchos dolores que sufrir, mucho camino que andar, muchas enfermedades que curar y muchos elementos nuevos de vida durable que inocularse, así en el orden étnico como en el orden intelectual y moral. Llevaba fatalmente la revolución en sus entrañas fecundas, y la revolución, emancipándola de hecho, debía prolongarse en la sociedad misma, por acciones y reacciones internas, que al fin fijarían su tipo definitivo, poniéndola en vía de perfeccionarse en los tiempos.

La colonia y la metrópoli no constituían una sustancia homogénea. Entre una y otra no existía más vínculo de unión que la persona del monarca, armado de un poder absoluto, que excluía la idea de una patria común. De aquí la debilidad orgánica de la dominación española en América, de que surgiría más tarde la teoría revolucionaria, como se verá en el curso de este libro. Así, durante las largas y ruinosas guerras que sostuvo la España en los siglos XVII y XVIII, la América fué neutral, o más bien indiferente, sin que su corazón se agitase por el sentimiento del patriotismo, como sucedía en las colonias inglesas identificadas con la madre patria.

La unidad de creencia religiosa, era lo único que daba cierta cohesión a la sociabilidad, dispersa en una inmensa extensión de territorio. Pero el clero, poderoso en el resto de la América, se hallaba con raras excepciones, bajo el nivel común en el Río de la Plata, sin prestigio jerárquico, sin poder eficiente y sin acción sobre las masas semi-nómades. Así todo el clero argentino, fué revolucionario y republicano el día en que la colonia se insurreccionó contra la madre patria, a la inversa de lo que sucedió en el resto de la América, donde fué el agente más activo de la contrarrevolución, aún en Méjico, donde los curas acaudillaron las masas populares levantando el pendón de la independencia.

En lo administrativo, el Vireinato del Río de la Plata, cuya organización fué improvisada para hacer frente al Portugal en América, era una máquina pesada, cuyas ruedas mal engranadas, más eran las fuerzas que desperdiciaban por el roce, que las que utilizaban por su continuo movimiento estéril. Ella no respondía a un sistema político en sus partes componentes y carecía de armonía en su conjunto. La Ordenanza de Intendentes expedida en 1782, ledió una constitución administrativa de forma, una regularidad más aparente que real, y bosquejó en el mapa algunas de las futuras divisiones; pero sin radicar las nuevas autoridades creadas en el espíritu municipal de las localidades, que más bien tendía a sofocar.

El Virey y la audiencia, dominando en lo alto, fiscalizándose y contrapesándose en representación de la autoridad absoluta de la corona, y los Cabildos, sombra de la sombra de los antiguos Cabildos libres de la madre patria, representando nominalmente el comercio del pueblo, tal era en bosquejo la constitución colonial.

Los Cabildos fueron la única institución de la antigua constitución española, borrada con sangre de mártires por Carlos V y Felipe II, que la madre patria legó a sus colonias, despojada de su antiguo significado y de su importancia, con privilegios más aparentes que reales, aunque autorizada con la ficción de una elección popular, y con los atributos y formas externas de las corporaciones libres; empero, los Cabildos de América, ejercían funciones de propio gobierno en cuanto a la gestión de los intereses comunes y a la administración de la justicia popular. Eran en teoría los representantes del pueblo, tenían el derecho de convocarlo a son de campana, podían a veces levantarse como un poder independiente ante los representantes de la corona, y en ocasiones solemnes el pueblo reunido en congreso era llamado a decidir de sus deliberaciones por el voto directo como en las democracias de la antigüedad. Traían la tradición histórica de las arrogantes comunidades de Toledo y Aragón en el pasado, y entrañaban el principio de la soberanía popular en lo futuro, por el simple hecho de ser en ellos reconocido en teoría, bien que en esfera limitada y como mera fórmula. De su seno debía brotar la chispa revolucionaria; desde lo alto de su humilde tribuna había de proclamarse en un día no lejano el dogma de la soberanía del pueblo; porque basta que una representación se reconozca, aunque sea en teoría, y que se cometa una atribución popular que pueda ponerse en acción, aun cuando por el momento no tenga eficacia, para que la representación y la atribución se convierta en realidad, el día que las fuerzas populares concurren a darle nervio y punto de apoyo. Así sucedió con los comunes de Inglaterra, humildes representantes de los conquistados, que con esta sola representación se convirtieron en el omnipotente Parlamento de la Gran Bretaña y ejercieron sus altas atribuciones el día en que la opinión pública y las fuerzas populares les dieron su punto de apoyo y los invistieron de su autoridad inmanente.

La verdad de esta premisa se verá prácticamente comprobada en las páginas de este libro.

XIX

En el seno de esta sociedad así constituida, existía por los años de 1760 una familia, extranjera en parte por su origen, y con cierta notoriedad en el municipio y el comercio. Era su jefe don Domingo Belgrano y Peri (conocido por Pérez) natural de Oneglia en la Liguria, que trasladado en 1750 a Cádiz con el objeto de buscar fortuna en el comercio, pasó a América en 1759, después de obtener del Rey carta de naturalización⁴⁶. Constituyó en Buenos Aires su hogar, casándose allí con doña María Josefa González Casero, cuya familia radicada en el país fundó el Colegio de Niños Huérfanos de San Miguel, base de la Sociedad de Beneficencia, que más tarde debía llamar a la mujer a compartir las tareas del gobierno en la esfera de su generosa actividad. Aunque extranjero naturalizado, el italiano Belgrano y Peri, llegó a ser Regidor de Cabildo y Alferez Real de la ciudad de Buenos Aires. Favorecido por la fortuna en sus especulaciones comerciales, "adquirió riqueza (como lo dice uno de sus descendientes en sus Memorias), para vivir cómodamente" y dar a sus hijos la educación mejor en aquella época". De este enlace fecundo nacieron once hijos: siete varones y cuatro mujeres⁴⁷. Los primeros siguieron con honor las distintas carreras de las armas, del sacerdocio, de la magistratura y del comercio, ocupando alguno de ellos elevados puestos en la administración del Estado y en las Asambleas Legislativas.

Uno de estos siete hermanos era en 1787 maestro en artes y colegial del Consistorio de Monserrat, en la ciudad de Córdoba del Tucumán. Regentaba este establecimiento un teólogo profundo y un inspirado orador sagrado, hijo de Buenos Aires, llamado Fr. Pantaleón García. En la dedicatoria de un Panegirico de Santa Catalina de Sena, que corre impresa en Cádiz, el sabio maestro decía al joven discípulo: "En todo se nos presenta un joven ajeno a las puerilidades de la primera edad. ¡Yo descubro el tesoro que se oculta! Un entendimiento sano y lleno de luces, bellas cualidades que entre los hombres son un género de felicidad que parece los diviniza. El temor de Dios, que llama la Escritura, ya el principio de la sabiduría, ya la sabiduría misma, ya la plenitud de la corona de la sabiduría, es el móvil de sus acciones. Alcanzará sin duda a ser un hombre cual todos los deseamos, útil a Dios y al mundo, a la religión y al Estado".

Estas verdes promesas, que el elocuente orador colocaba sobre la cabeza de su joven discípulo, inspiradas por la contemplación extática de la belleza moral, debían ser cumplidas en toda su plenitud por otro

46 Con posterioridad a la publicación de nuestra "Historia de Belgrano" y con motivo de ella, se publicó en Italia una genealogía de la familia de Belgrano bajo el título de "Il Generale Emanuele Belgrano e la sua origine italiana, con apunti genealogici" per il Cav. G. B. de Crollanza, traducida y anotada en Buenos Aires poco después por el Dr. don Aurelio Prado y Rojas. — De este opúsculo tomamos al presente estas noticias.

47 He aquí sus nombres. El mayor don Carlos fué Teniente Coronel en tiempo del Rey, don Francisco, don José Gregorio, don Domingo (canónigo), don Agustín y don Joaquín, y las hermanas doña María Josefa, doña Rosario, doña Juana y doña Florencia.

hermano menor, que a la sazón no había cumplido los diez y siete años. Era este MANUEL BELGRANO, el cual al leer aquellas alentadoras palabras, debió sin duda sentirse impulsado a obrar grandes cosas, realizando las esperanzas de aquel apóstol de la verdad, que le revelaba la grandeza del destino de los hombres que se consagran al bien de sus semejantes. Hay palabras que en la primera edad deciden de los destinos futuros. En los escritos y acciones posteriores de Belgrano, se nota más de una vez la marca de fuego que la predicción de Fr. Pantaleón García debió estampar en su alma juvenil, blanda cera que se modelaba bajo la mano de aquel grande artífice de hombres.

MANUEL BELGRANO había nacido en Buenos Aires el 3 de junio de 1770 y era uno de los menores entre sus hermanos. Fué bautizado en la Iglesia Catedral de la misma ciudad al día siguiente de su natalicio, con el nombre de Manuel Joaquín del Corazón de Jesús. Puso sobre su frente el óleo sagrado, el Dr. Juan Baltasar Maciel, célebre por sus escritos y sus desgracias, y poseedor de la más rica biblioteca de los conocimientos humanos que hasta entonces se hubiese conocido en el Río de la Plata.

Belgrano creció en años bajo el amparo del ala maternal. Cursó en Buenos Aires las primeras letras. A la edad competente estudió en la misma ciudad el latín y la filosofía, siendo su maestro en el Colegio de San Carlos el Dr. Luis Chorroarín, de quien recibió lecciones (a la par de otros futuros hombres ilustres) en los ramos de lógica, física, metafísica, ética y literatura, según el orden de los estudios de entonces. No tenía aún diez y seis años y ya había aprendido cuanto podía enseñarse en las aulas de aquella época. Notando sus bellas disposiciones, decidiéronse sus padres a enviarle a España, para que completara allí sus estudios.

Por el año 1786 pasó Belgrano a España, donde estudió leyes en la Universidad de Salamanca, matriculándose en ella el 4 de Noviembre de 1786. El joven estudiante debió formar un triste concepto del saber geográfico de sus maestros respecto de la América, cuando al recibir su certificado de matrícula, que original tenemos a la vista, leyó que se le llamaba *natural de la ciudad y obispado de Buenos Aires en el reino del Perú*.

En Febrero de 1789 graduóse de bachiller en Valladolid, en cuya chancillería se recibió de abogado el 31 de Enero de 1793, después de haber pasado algún tiempo en Madrid completando sus estudios profesionales, y cultivando otros ramos de los conocimientos humanos a que se sentía más inclinado ⁴⁸.

"Confieso", dice Belgrano en su auto biografía, "que mi aplicación no la contraje tanto a la carrera que había ido a emprender, como al estudio de los idiomas vivos, de la economía política y el derecho público, y que en los primeros momentos en que tuve la suerte de encontrar hombres amantes del bien público, que me manifestasen sus ideas, se apoderó de mí el deseo de propender en cuanto pudiese al provecho general, y el de adquirir renombre con mis trabajos hacia tan importante objeto, dirigiéndolos particularmente a favor de mi patria".

⁴⁸ Fe de bautismo, certificado de estudio, diplomas, etc. M. S. S. originales de los papeles de la familia Belgrano.

Su ambición juvenil debía estimularle naturalmente al cultivo de aquellas ciencias que eran casi totalmente desconocidas en las colonias españolas, y en especial de las que tienen por objeto la mejora y la felicidad de la especie humana. La idea de importar a su patria ciencias nuevas y de aplicarlas algún día a su engrandecimiento, debió halagar sus tempranas aspiraciones a la gloria, y esto le estimuló sin duda a contraerse al estudio de las ciencias sociales, y con particularidad a la economía política. En la Universidad de Salamanca se había iniciado en sus principios, y mereció ser nombrado miembro de su "Academia de Economía Política", adelantando sus conocimientos en la materia con la lectura de los mejores libros y el trato con los hombres de letras durante su permanencia en Madrid. Allí fué donde se ligó con otra sociedad del mismo género, denominada de "Santa Bárbara", que lo puso en contacto con algunas notabilidades españolas, en mérito, tanto de sus conocimientos económicos, cuanto de la traducción de un tratado conexo con aquella ciencia ⁴⁹.

Al terminar Belgrano sus estudios por el año 1793 "las ideas de economía política cundían en España con furor", valiéndonos de sus propias palabras. La ciencia económica, que había sido cultivada en España desde principios del siglo XVII bajo los reinados de Felipe IV y Carlos II, (época en que recién empezaba a alborear en el resto de la Europa), estaba totalmente relegada al olvido, cuando a mediados del siglo XVIII, casi al mismo tiempo que Adam Smith publicaba su gran libro sobre la "Riqueza de las Naciones", se hizo sentir un movimiento en el sentido de rehabilitarla. Los antiguos trabajos económicos de Moncada, de Martínez Matta, de Osorio, y los más recientes planes comerciales de Ward y de Campillo fueron rejuvenecidos, popularizados y complementados por el genio observador de Campomanes, quien con sus discursos y con sus tratados populares, presidió a este movimiento saludable en el sentido del estudio de los intereses materiales. A este movimiento se asoció el célebre Jovellanos, que ya presagiaba su famosa *Ley Agraria*, Cabarrus, el fundador del Crédito Público en España, y el limeño Olavide que realizaba con audacia las teorías de los economistas en las colonias de Sierra Morena. En medio de esta atmósfera calurosa de ideas nuevas, que cautivaban la atención de los primeros hombres de la época, bajo los auspicios de un ministro ilustrado como Gardoqui, que acababa de llegar de los Estados Unidos, lleno de su espíritu progresista, y al mismo tiempo que se decretaban nuevas franquicias para el comercio de América, y con especial para el Río de la Plata, dilatáronse los horizontes del pensamiento de Belgrano poblando su imaginación impresionable de visiones risueñas para el porvenir de su patria.

La dirección de estos estudios sólidos, que tenían en vista el bienestar de los pueblos, fortalecieron su recto juicio y encendieron en su alma ese

49 Se publicó más tarde en Buenos Aires bajo el siguiente título: "Principios de la ciencia Económico-Política. Traducidos del francés por don Manuel Belgrano, Abogado de los Reales Consejos y Secretario por S. M. del Real Consulado de esta capital. Con superior permiso. En Buenos Aires MDCCXCVI. En la Real Imprenta de Niños Expósitos". 1.º vol. 8.º menor con 4 ff. en que se contiene la dedicatoria del traductor al Virey Melo de Portugal, y 91 pp.

amor por sus semejantes, que es uno de los rasgos distintivos de su carácter. Estos estudios, de que él fué importador, y que ayudado por Castelli, por Vieytes, Moreno y otras inteligencias argentinas, popularizó en las orillas del Río de la Plata, contribuyeron eficazmente a dar forma y dirección práctica a las ideas de progreso, ilustrando a la generalidad sobre sus verdaderos intereses. Ellos influyeron más poderosamente aún, en la preparación de la revolución política que estalló más tarde, la que fué precedida por la revolución económica del comercio libre, que emancipó mercantilmente a la colonia de su metrópoli, triunfo pacífico al cual no es extraño el nombre y la influencia de Belgrano, como luego se verá.

El estudio de las ciencias políticas, que tienen por objeto el mejor gobierno de las sociedades, contribuyó a formar su conciencia de ciudadano, ilustrándole sobre los verdaderos derechos y deberes de los pueblos; así como el estudio de las cuestiones económicas le había ilustrado respecto de sus verdaderos intereses. Ansioso de adquirir conocimientos, y de penetrar los misterios del pensamiento humano ensanchando al mismo tiempo el círculo de sus ideas, solicitó licencia para poder entregarse libremente a la lectura de libros prohibidos, cuando apenas hacía dos años que el célebre Olavide había sido procesado por la inquisición, y condenado a penas afrentosas, por haber cometido entre otros delitos, el de tener en su biblioteca la Enciclopedia y los escritos de Bayle, Montesquieu, J. J. Rousseau y Voltaire. El Papa Pío VI se la concedió *en la forma más amplia para que pudiese leer todo género de libros condenados aunque fuesen heréticos*, a excepción de los de *astrología judiciaria y las obras obscenas*⁵⁰. Munido de esta licencia y poseyendo varios idiomas, debieron serle familiares los escritos de Montesquieu y de Rousseau, así como los de Filangieri, cuyos tratados en aquella época empezaban a ser populares. En las páginas de aquellos dos grandes pensadores y de este ilustrado filántropo, debió beber sus ideas teóricas sobre el mejor gobierno de las sociedades. Algunos años después, esas ideas de buen gobierno le sirvieron para dar su carácter a la revolución americana, impulsándola en el sentido de las instituciones liberales, cuya noción trajo de la madre patria.

XX

Estos estudios teóricos, comenzados bajo un gobierno absoluto, aunque ilustrado y suave para la España, como era el de Carlos III, y continuados en presencia de una administración híbrida como la de Carlos IV, no podían dar a Belgrano ideas completas sobre los derechos del hombre en sociedad. Uno de aquellos acontecimientos extraordinarios que con-

⁵⁰ He aquí la traducción del documento original, que en latín tenemos a la vista: "Nuestro Santísimo Padre Pío VI. — En la audiencia del día 14 de septiembre de 1790. Su Santidad por gracia, y no obstante prohibiciones hechas, ha concedido al suplicante la licencia pedida, y la facultad de leer y conservar durante su vida todos y cualesquiera libros de autores condenados aunque sean heréticos, y en cualquiera forma que estuviesen publicados, con tal que los guarde para que no pasen a otras manos, exceptuando los de los Astrólogos judicarios o que contengan cosas supersticiosas, o que ex profeso traten de materias obscenas. — Por su orden: (firmado) J. Mercanti (L. S.)."

leven profundamente la conciencia humana, vino a iluminar con súbitos resplandores las profundidades de su ser moral, y a completar las ideas sin aplicación práctica, que hasta entonces había recogido en sus lecturas. Hablamos de la revolución francesa, que produjo en el alma de Belgrano otra revolución no menos radical. He aquí como él mismo se explica en sus Memorias al hablar de esta especie de trasfiguración moral, que hace presentir el futuro campeón de la libertad de un pueblo oprimido. "Como "en la época de 1789 me hallaba en España, y la revolución de la Francia "hiciese también la variación de ideas, y particularmente en los hombres "de letras con quienes trataba, *se apoderaron de mí las ideas de libertad, "igualdad, seguridad, propiedad, y sólo veía tiranos en los que se oponían "a que el hombre, fuese donde fuese, disfrutara de unos derechos que Dios "y la naturaleza le habían concedido, y que aun las mismas sociedades "habían acordado en sus establecimientos indirectamente".*

Nutrida su inteligencia con estos estudios sólidos y estas meditaciones severas, que son el pan de los fuertes, era ya un hombre de ideas formadas, cuando a fines de 1793 recibió una comunicación del Ministro Gardoqui, datada en el Escorial a 6 de Diciembre del mismo año, en la que le anunciaba haber sido nombrado Secretario perpetuo del Consulado que se iba a erigir en Buenos Aires. Aun no se había expedido la cédula ereccional que lleva la fecha de 30 de Enero de 1794, lo que manifiesta que Belgrano fué el primer hombre en quien se pensó al construir la corporación. En esa cédula se lee su nombre, a la par del de los Lezicas, Las Heras y Anchorenas, cuyos descendientes debían tener relación con sus destinos futuros. Al tiempo de extender los nombramientos, fué requerido por la Secretaría a fin de que indicara candidatos para los diversos Consulados, que en aquella época se erigieron en varios puntos de la América, distinción que manifiesta el grado de consideración de que ya entonces gozaba por sus talentos y la circunspección de su carácter, aun cuando a la sazón no hubiese cumplido los veinte y cuatro años.

El consulado de Buenos Aires fué instituido a petición del comercio de Buenos Aires, apoyada por el Virey Arredondo. En la época en que su erección fué decretada, no existían en América, sino dos corporaciones de este género: el de Méjico y el de Lima. El consulado de Lima, como se ha visto, había sido siempre hostil al comercio directo de la metrópoli con los puertos del Río de la Plata, y el sostenedor del monopolio de que estaban en posesión los comerciantes de Cádiz. Así decía el consulado de Lima, en una representación hecha al marqués de Villa García, Virey del Perú en 1744, lo siguiente: "El comercio de Buenos Aires siempre ha "sido pernicioso al del Perú, y no menos a los derechos reales, y por "esto, nuestros católicos reyes han resistido a abrir esta puerta, como "que no sujetándose el reino a la estrecha garganta de Panamá y Portobelo, se disipan y evaporan los más nobles espíritus del oro y de la "plata, extrayéndose por los resquicios que maquina la industria, cuyo "perjuicio se conoció aun antes que lo enseñase la experiencia"⁵¹. A lo que contestaba el apoderado del comercio de Buenos Aires en Madrid en

un memorial datado en 1750, patentizando las ventajas del comercio libre y el interés egoísta que animaba al consulado de Lima, diciendo al rey entre otras cosas: "Continúa el comercio limeño su antigua emulación declarada, maquinando cada día nuevos arbitrios para embarazar la frecuentación de navíos por la carrera de Buenos Aires, no tanto con razones justificadas, cuanto con pretextos paliados con apariencia de justicia, etc.: sin atender más que a su propio interés. No contento con haber obtenido la prohibición de que los comerciantes de Buenos Aires pudiesen retornar por esa vía los caudales producidos de su negociación, etc., ha logrado posteriormente una nueva orden, etc., para que dentro del mismo año salgan de aquella ciudad los efectos conducidos en los Permisos a su puerto" ⁵².

A virtud de estas y otras reclamaciones, las provincias del Río de la Plata obtuvieron las franquicias que ya quedan detalladas, y que hacen época en la historia colonial. La creación del consulado de Buenos Aires era, pues, el sello puesto a su carta de libertad; y el nombre de Belgrano, asociado al origen de esta institución, lo recomienda a la posteridad. Más adelante se verá la parte principal que le cupo en la tarea de popularizar los principios de libre cambio por medio de esa institución, y esto es lo que nos ha obligado a ilustrar una cuestión histórica, que tan íntimamente se liga con los trabajos económicos que llenaron la primera época de su vida.

El consulado de Buenos Aires fué instituído con un doble carácter. Al mismo tiempo de concedérsele la jurisdicción mercantil, debía tener el carácter de junta económica, fomentando la agricultura, la industria y el comercio, razón por la cual tomó el título de *Junta de gobierno*, obrando con independencia en lo relativo al fomento de esos tres ramos. Esto explicará algunas creaciones importantes que Belgrano realizó después con su auxilio.

Entre los deberes del secretario, uno de los más interesantes era, según el tenor del artículo XXX de la cédula ereccional, "escribir cada año una memoria sobre los objetos propios de su instituto". Belgrano, que había salido muy joven de Buenos Aires, sin tener ocasión de palpar los abusos de que eran víctimas las colonias españolas en América, y que por otra parte, veía que en su nuevo empleo podría utilizar los conocimientos económicos que había adquirido, dió a la creación de los consulados más importancia de la que realmente tenían. Aun llegó a persuadirse, que por este medio llegaría a obrarse la regeneración de un mundo y podría labrarse su felicidad. Así nos dice en sus memorias: "Se abrió un vasto campo a mi imaginación, como que ignoraba el manejo de la España respecto a sus colonias, y sólo había oído entre los americanos un rumor sordo de quejas y disgustos. ¡Tanto me halagué y me llené de ilusiones favorables a la América, cuando fui encargado por secretaría de que en mis memorias describiese las provincias, a fin de que conociendo su estado pudiesen tomar providencias acertadas para su felicidad!" Poco faltó para que estas ilusiones se realizaran, si, como

se verá luego, el consulado de Buenos Aires hubiese estado compuesto de hombres que se le parecieran.

Bajo la influencia de estas risueñas esperanzas abandonó la España, aspirando las emanaciones de una gloria misteriosa que le embriagaba, como esos perfumes que sorprenden en la oscuridad de la noche, y que no se atina de dónde vienen. Cuando dió la vela en Cádiz, faltaban seis años para que finalizara el siglo XVII, de cuyas ideas políticas y económicas debía ser uno de los heraldos en el Río de la Plata.

BOLILLA V

La literatura argentina en el siglo XIX. Noticia sobre Juan María Gutiérrez; Vicente Fidel López; Nicolás Avellaneda; Lucio V. Mansilla; Eduardo Wilde; Miguel Cané; José Manuel Estrada; Joaquín V. González; Paul Groussac.

ESCRITORES ARGENTINOS DEL SIGLO XIX.

LOS MODERNOS

La literatura de un pueblo refleja el alma y la manera de ser de éste en cada uno de los momentos sucesivos de su historia. El año 1880, que marca en nuestro país la iniciación de una nueva etapa histórica, es también el punto de partida de una nueva era literaria. En ese momento de la definitiva organización nacional se crea como consecuencia de ella un nuevo ambiente civil que origina nuevas condiciones para el pensamiento y la literatura argentinas.

En lo que a territorio respecta, éste se delimita definitivamente, fijándose las fronteras con los países vecinos y las interprovinciales; se conquista el desierto al indio y se extiende la acción del hombre sobre la tierra, gracias al trabajo, la industria y el progreso.

El elemento racial se modifica fundamentalmente: el indio es absorbido o eliminado, el gaucho se amolda al nuevo ambiente, el inmigrante se funde con el nativo, para el que ha llegado la hora del trabajo pacífico.

En el orden institucional se constituyen la nación y las provincias; se formulan nuevos códigos en consonancia con las nuevas necesidades; el gobierno, convirtiéndose en guardián de las leyes, se torna gestor administrativo y órgano civilizador; y la república, ensayo de democracia representativa, se encamina por la senda del respeto.

En el campo de la cultura surgen nuevos ideales y nuevos métodos; adquiere gran incremento la educación popular, que se establece obligatoria, gratuita y laica; se concede a la enseñanza universitaria todo su valor; las letras, las artes y la prensa se desenvuelven con más libertad; el individualismo se impone al elemento conservador y tradicional; en una palabra: la vida se torna más respetuosa del factor hombre.

En realidad, tal evolución comenzó al día siguiente de Caseros y todos nuestros gobernantes, en el período comprendido entre los años 53 y 80, pugnaron por llevar al país por los senderos de la paz y el progreso, que eran en realidad los soñados por los preclaros varones de la Independencia y por los que conocieron las amarguras del destierro en época de Rosas, pero la obra definitiva de consolidación en todos los órdenes se verificó durante las presidencias posteriores a 1880.

A los escritores de esa época los designa RICARDO ROJAS con el nombre de modernos, no porque todos ellos ofrezcan caracteres comunes que deban unirlos bajo un mismo rubro, ya que, según dijimos, el individualismo es la característica más saliente de la cultura de tal período, sino a fin de agruparlos cronológicamente.

Durante la época posterior a nuestra consolidación definitiva fué el problema político el más apasionante, lo que justifica la intensa producción bibliográfica de carácter geográfico, histórico, económico y jurídico, y explica el lugar secundario concedido a lo puramente científico y literario. Como consecuencia del nuevo orden civil instaurado en 1880, los modernos adoptan una posición intelectual caracterizada por una concepción materialista de la civilización, pero con carácter tan profundamente individualista, que es imposible encontrar entre todos ellos un rasgo común que los reúna.

La obra del escritor, difícil en nuestro país en la época colonial, por la escasez de libertad y de imprentas, fué también difícil en las posteriores por la falta de cultura. La industria del libro no era productiva, ni para el que lo escribía, ni para el que lo editaba. Ello explica que las ediciones fueran siempre de contados ejemplares, rara vez de más de doscientos, salvo en los casos de publicaciones oficiales a manera de homenajes póstumos o de estímulo al trabajo intelectual. Faltaba, puede decirse, el lector espontáneo, el que procreándose con la difusión gratuita del libro, fué formando, en colaboración con el Estado y con las empresas periodísticas, un clima más propicio para el escritor.

El verso, la prosa y el drama de la época moderna señalan los valores literarios más altos de toda nuestra literatura, pues los escritores del período colonial, poetas retóricos, prosistas adocenados u oradores conceptuosos, y los de la Revo-

lución, admirables por su patriotismo y valor heroico son muy inferiores, literariamente hablando, a los modernos.

Entre los poetas argentinos, los primeros líricos en toda la extensión de la palabra, líricos puros alejados de toda preocupación cívica, son los modernos: Guido Spano, Andrade, Ricardo Gutiérrez, Rafael Obligado.

En los dominios de la prosa encontramos novelistas que, aunque pecan de poco profundos, o de faltos de unidad, o de escasos de reflexión, o carecen de refinamiento estético, echan, sin embargo, junto con algún ensayo de épocas anteriores, los cimientos de nuestra novela. Tales Lucio V. López, Manuel Podestá, Eugenio Cambaceres, Julián Martel. Y al lado de ellos los prosistas fragmentarios como Santiago de Estrada, Lucio V. Mansilla, Miguel Cané y Eduardo Wilde, algunos de los cuales marcan sensibles progresos, con respecto a sus predecesores, en cuanto a técnica literaria, acusando otros una mayor libertad. También entre los modernos está magníficamente representada la oratoria, con figuras de la talla de Avellaneda y Estrada (José Manuel), que tuvieron del arte de la palabra un concepto acabado y un dominio perfecto.

En este período el teatro nacional, cuyos orígenes remontan a los coloniales con el teatro patricio de Labardén, Varela y Belgrano, arraiga entre nosotros como institución pública, después de la transacción de la tendencia gauchesca de Eduardo Gutiérrez con la literaria de Martín Coronado. A partir de ese momento nuestro teatro es una formación vigorosa que lleva a la escena la vida local y que, aunque todavía rudimentaria, tiende a ser una representación de lo eterno humano dentro del ambiente físico y moral de nuestra nacionalidad.

La obra de los modernos se resiente, hablando en líneas muy generales, de apresuramiento y de volubilidad, consecuencia de la vida febril y diversificada de los nuevos tiempos, a la par que de exceso de vanidad individualista, pero, a pesar de ello, excede a la de sus antecesores por una mayor sensibilidad literaria.

Tales son, a grandes rasgos, las características de los escritores argentinos de los años que siguen al de 1880.



JUAN MARÍA GUTIÉRREZ

Juan María Gutiérrez, el más correcto de los vates argentinos y el más completo de los hombres de letras de esta parte del nuevo continente, según el juicio que MENÉNDEZ Y PELAYO emitió en 1895, nació en Buenos Aires el 6 de mayo de 1809. Fueron sus padres el comerciante español don José Matías Gutiérrez, de quien heredó la hidalguía de la raza, y doña Concepción de Chiclana, de ilustre familia patricia, primera inspiradora del acendrado patriotismo del hijo.

Compañero de López en el "Salón" de Sastre, de Echeverría en la "Asociación de Mayo", de Alberdi, Sarmiento y Mitre en la proscripción, su personalidad se define con vigor desde los años mozos por su inteligencia perfectamente equilibrada, su seria cultura y su carácter pleno de nobleza, cualidades que le valieron notable ascendiente sobre sus amigos.

En el año 1841 concurre Gutiérrez en Montevideo al certamen de Mayo y, en esa ocasión, proclamado poeta por todo el concurso y laureado por el jurado, entre cuyos miembros se contaba Juan Cruz Varela, cimentó su fama. La composición que le valió el premio es la intitulada "A Mayo", cuatrocientos versos de la más variada factura métrica, dentro de la tendencia romántica por la libertad de formas y netamente clasicista por la pureza del idioma y la reflexión del plan. A

través de ella se advierte cuán hondamente sentía Gutiérrez la naturaleza americana y la tradición patria.

La vida de Gutiérrez, llena de los azares que la época borrascosa en que le tocó actuar le deparó, no es seguramente la que su carácter de suyo dulce y contemplativo hubiera elegido. Por su vasta cultura, su amor a los libros, su agudo espíritu crítico, Gutiérrez amaba la paz de su cuarto de estudio que, conspirador contra la tiranía en Buenos Aires, soldado de la cruzada libertadora en Montevideo, viajero poco afortunado en Europa, emigrado en Chile, político militante en el periodismo y en la acción, debió abandonar frecuentemente.

Aunque porteño de nacimiento, subordinando el localismo a la nacionalidad, Gutiérrez actuó en los días de la organización nacional en las esferas de Paraná, donde fué constituyente y ministro, con lo que se cerró las puertas del éxito cuando el triunfo favoreció a Buenos Aires. Y aunque el estudioso celebró el retiro de la vida política, todavía carente de cultura en su época, el hombre vió con amarga decepción como sus conciudadanos le olvidaban, a él que, en tiempos más conformes a su innata superioridad, hubiera podido, aprovechando sus dotes de estadista, conducir con acierto la nave de la patria.

Rector de la Universidad de Buenos Aires después de 1860, en un cargo adecuado a sus facultades, concurrente asiduo al "Salón" de Olaguer Feliú, mentor del librero Casavalle en sus empresas editoriales, fué Gutiérrez en los años postreros de su vida, que tuvo fin en 1879, el maestro indiscutido y el señor de nuestra cultura.

El conjunto de las obras de Juan María Gutiérrez nos le muestra en dos aspectos fundamentales distintos: como poeta y como crítico. Su labor en el primero de estos aspectos comprende sus "*Poesías*", publicadas en volumen en Buenos Aires, en 1869, y distribuídas por el autor mismo en tres series, lo que indica una inspiración obediente a un plan preconcebido. Forman esas series: las "*Composiciones cívicas*", inspiradas en la historia y la tradición patria; las "*Composiciones nacionales*", que vierten su emoción ante la naturaleza americana, y las "*Composiciones varias*", que reflejan la propia intimidad del autor. Cumple así el poeta el ciclo romántico integrado por la historia, la naturaleza y el individuo, que para él — dice ROJAS — se llamaron Mayo, América y Gutiérrez.

Las "*Composiciones varias*" dicen de la inquietud del poeta que, errante por el mundo, proscripto de su patria, se complace en el recuerdo de los viejos amores y en la fraternidad de los nuevos vínculos; las "*Composiciones cívicas*" reflejan los dos sentimientos opuestos que albergó el alma de Gutiérrez: el amor encendido al ideal de Mayo y el repudio violento a la tiranía de Rosas; y en las "*Composiciones nacionales*" su espíritu aspira a la íntima comunión del propio yo con el ambiente, en aras del americanismo, fórmula literaria de Gutiérrez.

Eruditísimo en letras españolas — sólo comparable a este respecto con Bello — Gutiérrez fué el poeta de la lengua castiza, del vocabulario exacto y de la prosodia correctísima. Sus características son la sobriedad, consecuencia en él de su disciplinada cultura, y la profunda conciencia de su arte. Ello le confiere rasgos individuales que le apartan de la turbulencia y frenesí románticos, por lo que se ha dicho de sus poemas que son esencia nueva con rancio sabor.

Se ha negado que Gutiérrez fuese lo que se llama un verdadero poeta, carácter en que lo reconoce ECHEVERRÍA en su ojeada de 1845 a los colaboradores del "*Dogma socialista*". No pudiera emitirse al respecto juicio más justo, y también más bellamente expresado que el de RODÓ en "*El mirador de Próspero*": "Qué le faltó para merecer cabalmente el nombre de poeta? Sin duda cierta exaltación de sentimiento y un grado más férvido de fantasía; acaso también cierto espontáneo arranque de la forma que precediera al delicado complemento del arte. Pero tal como es su libro de versos, se cuenta entre los pocos libros de su generación que hoy se pueden leer hasta el final sin atención violenta y con deleite, ya que no con impresión profunda... Del raudal de bullente poesía donde beben, a pleno sol, en el declive de la roca, los de la raza divina que han aprendido en el cielo, suele partir alguna acequia que lleva la onda sumisa a fluir de fuente de mármol, en un jardín sobre el que abre sus ventanas una sala de estudio. Faltan allí la fragancia de la montaña y el hervor del torrente, pero el agua aquella todavía es fresca y deliciosa".

No compuso Gutiérrez otras obras de imaginación, aparte de "*El capitán de Patricios*" y "*El hombre hormiga*", ensayos de su juventud vaciados en el molde romántico. El primero, pobre e incipiente tentativa novelesca, presenta como prota-

gonista a un joven capitán del batallón de Patricios, estrechamente vinculado al "*René*" de Châteaubriand y al "*Rafael*" de Lamartine y desprovisto de todo color local. El segundo, más humano y apegado a la realidad, encierra un intento de crítica psicológica y moral.

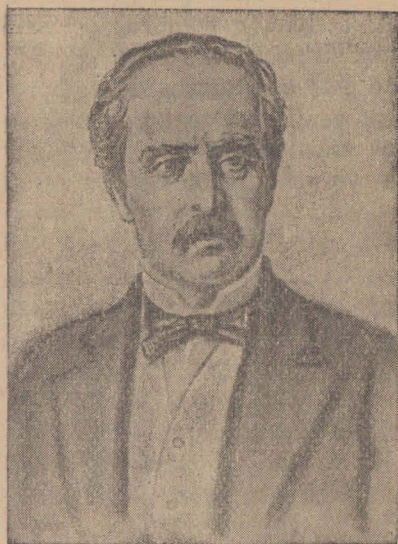
El resto de la obra de Gutiérrez, que pertenece a los dominios de la crítica y bien pudiera reunirse, según lo sugiere ROJAS, bajo el título "*Ensayos de crítica y de historia*", le muestra, guardando las distancias imputables a la incultura del medio en que le tocó actuar, como un Sainte-Beuve autóctono. Lo integran su estudio del poema "*La Argentina*", de del Barco Centenera, sus estudios crítico-biográficos acerca de numerosos poetas de la colonia americana y de la época de nuestra emancipación, "*La enseñanza pública en Buenos Aires*", obra auspiciada por el gobierno, sus "*Apuntes biográficos*", editados en 1860, y sus innumerables biografías, notas y estudios, prólogos y glósas, sobre documentos de la historia social de la colonia, dispersos en revistas y folletos, su correspondencia, sus polémicas y los documentos de su actuación en materia de política y de educación, así como administrativa. Ha de agregarse a todo ello su "*América Poética*" o "*Biblioteca de escritores en verso nacidos en la América de habla española, antiguos y modernos*", publicada por entregas en la "*Revista del Río de la Plata*", por él fundada en sociedad con Vicente Fidel López y Andrés Lamas. Es ella una voluminosa colección de la poesía americana hasta 1846, en la que el autor se ha dejado llevar a veces — al decir de don MARCELINO MENÉNDEZ Y PELAYO — "por un americanismo indulgente y mal entendido", pero con la cual prestó un señalado servicio a la cultura del nuevo continente.

Carente la obra de Gutiérrez del valor épico de la de Mitre, de la vigorosa vida que palpita en la de Sarmiento, de la imaginación fecunda de la de López, de la pasión que hierve en la de Mármol, ella caracteriza, sin embargo, por su serenidad, por su nobleza, por su armonía, a una figura de tanta significación en nuestra historia literaria, como la de Echeverría y Alberdi en la de las ideas sociales.

SARMIENTO, que reconoce a Gutiérrez la excelencia de su prosa, niégale pensamiento. Ciertamente es que no le pertenecen ideas que en el progreso del país hayan tenido la trascendencia

de las del autor de "*Facundo*" o del de las "*Bases*", pero es innegable que Gutiérrez sembró otras de gran relieve cultural, tales: la defensa del español como lengua de América, el reconocimiento de la alta función a que está llamada la universidad, la importancia que ha de atribuirse al aspecto espiritual y social de la civilización, su respeto impregnado de simpatía por lo indígena y gauchesco, ideas que si bien Gutiérrez no sistematizó, constituyen el clima de su obra, que respira toda ella amor, en una época en que la pasión y el odio cegaron los espíritus mejor dotados.

Por ello merece Gutiérrez el título de educador, de educador a través de su labor de crítico abnegado y dueño de ahincada voluntad, capaz de inteligente culto a las formas superiores de la civilización y de amorosa dedicación a las cosas pasadas, pero al cual faltó la amplitud de visión que le permitiera abarcar de una sola mirada todo un vasto panorama, cual lo hace el pensador de raza. "Él fué — dice Rodó en el magnífico estudio que le dedicó — el estudioso desinteresado, en una generación de combatientes y tribunos; fué en ella, el que se mantuvo fiel hasta morir al sueño literario, concebido antes de la juventud, inmune entre los afanes de la edad madura, y acariciado todavía con el amor de la vejez: a modo de la primorosa flor silvestre que, escogida en el paseo de la mañana, sirve de embeleso a todo el día y queda aún fragante, por la noche, junto al libro que se cierra para dormir".



VICENTE FIDEL LÓPEZ

Dos años después de componer nuestra canción patria, nació a don Vicente López y Planes su unigénito, Vicen-

te Fidel López, el 24 de abril de 1815, en los días que precedieron al alzamiento de Álvarez Jonte contra Alvear. De precaria salud el hijo durante su primera infancia, el padre mismo dirigió sus estudios. Fueron luego sus maestros don Pío de Cabezón y don José de Santábar, que le enseñaron el latín con tanto éxito, que a los quince años no cumplidos el alumno se examinaba de Plutarco, Ovidio y Virgilio y obtenía la nota de sobresaliente. Con Tejedor, Alberdi y Cané fué discípulo de filosofía del doctor Diego Alcorta, al que había de reemplazar a la temprana edad de veintidós años.

Estudiante de Derecho a partir de 1834, intimó en el "Salón" de don Marcos Sastre con Echeverría y Gutiérrez y formó en las filas del romanticismo literario y filosófico. A fines de 1839, ya abogado, comprendiendo la gravedad de la situación después del fracasado pronunciamiento de Lavalle, insinuó a su padre la conveniencia de abandonar Buenos Aires, donde la vida, por su noble carácter, se le hacía imposible. En efecto, considerando la amistad que unía a su padre con Rosas, pudo el joven López permanecer en Buenos Aires y, haciendo valer su apellido, su juventud, su título y su talento,

prosperar bajo la férula del tirano, pero, incapaz de contaminar su corazón y de proyectar sobre el altar que en él había levantado a la patria tradición la menor sombra, prefirió expatriarse, abandonando su hogar, su posición y su novia, a la que no pudo hacer su esposa sino casi dos lustros después.

No eligió Montevideo para su destierro, según lo dice en la "*Autobiografía*" escrita en los años serenos de la vejez y desgraciadamente inconclusa, porque no deseaba figurar en el alzamiento unitario; dirigióse a Córdoba primero, donde organizó una filial de la "*Asociación de Mayo*" y publicó "*El Estandarte*", para pasar al año siguiente a Chile. Allí contrajo acendrada amistad con Sarmiento, cuyas esforzadas campañas compartió; allí se inició en el periodismo con él y con Mitre; allí se formó la verdadera personalidad de escritor y estadista con que volvió a su patria después de Caseros.

En 1845 para optar al grado de bachiller en Humanidades presentó a la Universidad de Chile su "*Memoria sobre los resultados generales con que los pueblos antiguos han contribuido a la historia de la civilización*", muy elogiada por Sarmiento, en la que López establece dos tipos de civilizaciones: el quietista, fundado en la religión y característico de los pueblos orientales, y el dinámico, fundado en la política, típico de los occidentales. En esta obra primigenia, que asombró al jurado por su seriedad y profundidad, se perfila ya el jurista y el historiador de la madurez.

Dentro de un campo más restringido, pero no menos erizado de dificultades, publicó luego López su "*Manuel de la Historia de Chile*", a pedido del entonces ministro de Instrucción Pública y grande amigo de los emigrados argentinos, don Manuel Montt. Es un librito dedicado a los niños de las escuelas, excelente desde el punto de vista didáctico en cuanto a plan, estilo y vocabulario. En él ya concibe López a la historia como experiencia del ideal de un pueblo.

A esta misma época de su vida pertenece su "*Curso de bellas letras*", en el que revela un profundo dominio del estilo y las reglas de la composición. Habiendo sucedido en la cátedra a don José Victorino Lastarria, sucesor a su vez de don Andrés Bello en el Instituto Nacional, López disentía de los textos de Hermosilla y Gil de Zárate hasta entonces empleados y fué así que compuso el "*Curso de bellas letras*", aparecido

en 1845 y del que dice el mismo LASTARRIA en sus "*Recuerdos literarios*" que "aun cuando no era un texto irreprochable, llevaba grandes ventajas a los españoles que aquí se conocían". En esta obra dió López forma orgánica a las ideas renovadoras anticlasicistas y antiespañolas que con Sarmiento, el más apasionado, con Alberdi y Juan María Gutiérrez, sembraba desde las columnas de "*La Revista de Valparaíso*" y "*La Gaceta del Comercio*".

Caído Rosas en Caseros, resurgió la figura patricia de don Vicente López y Planes, que era en esos momentos una garantía cívica, y se le entregó el gobierno de Buenos Aires. El patriarca llamó entonces a su hijo, que en sus treinta y cinco años representaba la fuerza y los ideales de su generación, y le confió un ministerio, desde el que, en momentos caóticos, planeó con firme base la enseñanza en sus diversos grados y debió luego defender el acuerdo de San Nicolás, frente a Mitre, que encabezaba la resistencia al pacto. Pese a su defensa enérgica y vibrante, en la que palpitaba el espíritu de Tácito, su gobierno salió malparado y, perdido luego por un exagerado afán localista, se trabó en guerra civil con el resto del país, constituyéndose Buenos Aires como estado aparte. Calmadas años más tarde las pasiones de la primera hora, se reconciliaron los ánimos y se reconstruyó la nacionalidad argentina, pero López, que no pudo olvidar la amargura de la iniciación, abandonó la política, procurando servir a su país en otro terreno más en consonancia con sus aptitudes intelectuales. El político cedió el puesto al maestro, al jurista, al historiador.

Hermanando la imaginación con sus extraordinarias dotes para la historia, compuso López algunas novelas históricas: "*La novia del hereje o la inquisición en Lima*", obra frondosa, escrita en los años del destierro, según se desprende de la carta - prólogo dirigida a Navarro Viola, que se publicó en Chile como folletín de diario, pero no en Buenos Aires hasta 1854, y "*La loca de la guardia*", que el autor llama, pese a su considerable extensión, cuento histórico. La primera, en la que muchas veces el historiador sustituye al novelista, reconstruye con vivacidad, en torno a los amores de una gentil limeña y el pirata inglés Henderson, secuaz de sir Francis Drake, el cuadro de la sociedad de Lima en las postrimerías

del siglo XVI. La segunda, que toma su nombre de la figura de una joven loca cuya obsesión es la muerte de San Bruno, causante de todas sus desgracias, se desarrolla en los días de las campañas de San Martín, que López evoca más desde el punto de vista histórico que novelesco. Dentro de la misma tendencia escribió "*La semana de Mayo*", crónica novelada de la gesta revolucionaria.

Como compilador de documentos, López reunió en colaboración con Valentín Alsina los relativos a las invasiones inglesas y, bajo los auspicios de la Municipalidad, seis tomos de *Actas Capitulares* de la colonia en el período 1569 - 1643. De su actuación como profesor en la Facultad de Derecho ha dejado un "*Tratado de derecho romano*", en el que reunió las lecciones que en tal carácter dictó. En 1871, en colaboración con Gastón Máspero, publicó un trabajo en francés acerca de las razas arias del Perú, que mucho dice de la profundidad de su erudición.

Pero su obra fundamental es la dedicada a la historia patria, que comprende la "*Introducción de la Historia de la República Argentina (desde sus precedentes coloniales hasta el derrocamiento de la tiranía en 1852)*" y "*La revolución argentina (su origen, sus guerras y su desarrollo político hasta 1830)*" aparecidas en 1881, la "*Historia de la República Argentina (su origen, su evolución, su desarrollo político hasta 1852)*" en diez tomos, que se publicaron de 1883 a 1893, y el "*Debate histórico*", refutación a las "*Comprobaciones históricas*" de Mitre, que vio la luz en 1882 y del que ya hablamos cuando en el capítulo dedicado a éste aludimos a la polémica ardiente entre los dos historiadores.

El maestro que en López convivió con el pensador compuso para las escuelas, en 1889 - 90, el "*Manual de la Historia Argentina*" que, aunque no dotado de las excelencias del similar chileno, tal vez por el exceso de pasión con que el autor miraba las cosas de su patria o por la penuria del tiempo, que en la madurez suele ser más apremiante, es un esfuerzo magnífico para presentar a la juventud, y hacérselo amar, el cuadro de nuestro pasado. Siguió al manual un tomo también didáctico intitulado "*Coordinación metódica y anotación del texto de historia argentina que se sigue en los colegios nacionales*", destinado a facilitar la tarea del profesor.

La posición de López como historiador, diametralmente opuesta a la de Mitre, la define él mismo en su "*Introducción*" cuando dice: "No sé si esta manera de hacer la historia por medio del colorido local y de la resurrección dramática de los tiempos sobre que se escribe, parecerá todavía entre nosotros aventurada y extraña por lo mucho que se desvía del método que otros han seguido. Pero debo confesar que desde que pude leer y apreciar la portentosa vitalidad que el colorido local y el drama dan a los escritos inimitables de Tucídides, en lo antiguo, y de Thierry, y sobretodo de Macaulay, que es para mí el genio de la historia entre los modernos, pensé que sólo así, con esas tintas era posible escribir una historia que fuese nuestra, esto es, que tuviese el sello de la originalidad argentina con sus hombres y con sus cosas..."

Y aunque la orientación moderna de la historia no sea precisamente la que López le imprimió en sus obras, ellas cumplieron una importantísima función política y estética, pues agitaron en sus días la conciencia argentina y tendieron a la realización artística de nuestra historia. Los mayores enemigos de la obra de López fueron su exceso de pasión y el escaso tiempo transcurrido entre los hechos y su relación. Fué el suyo un esfuerzo prematuro y casi podríamos decir improvisado.

En sus años de madurez desempeñó López algunos cargos oficiales: presidente del Banco de la Provincia, ministro, rector de la Universidad, de los que documentó su actuación en memorias administrativas, que sustentan sanos principios en materia de economía y educación, pero su temperamento combativo y digno no era propicio para lograr brillo en la carrera oficial.

Octogenario, luego de una vida toda ella dedicada a la enseñanza, con la palabra, con la pluma y con el ejemplo, murió Vicente Fidel López en Buenos Aires el 30 de agosto de 1903. Fué él uno de los temperamentos más vigorosos de su generación y uno de los varones ejemplares de nuestro país.

NICOLÁS AVELLANEDA

Vástago de antiguas familias coloniales arraigadas en las provincias del noroeste argentino, nació Nicolás Avellaneda en Tucumán en octubre 1º de 1837. Nieto de un proscripto e hijo de uno de los más abnegados mártires de la tiranía, huérfano desde pequeño, formóse por sí solo, haciéndose acreedor por la precocidad de su talento, a la consideración pública desde su temprana juventud.

Graduado a muy temprana edad de abogado en Córdoba, se inició en su profesión en Buenos Aires en 1857, así como en el periodismo. Durante diez años enseñó Economía Política en la Facultad de Derecho, cátedra que fundó cuando sólo contaba veinte y tres años de edad; diputado a la Legislatura bonaerense a los veinte y siete, fué ministro del gobernador Alsina a los veinte y ocho, ministro de Instrucción Pública de Sarmiento a los treinta y uno y presidente de la República, como sucesor de éste, a los treinta y siete.

Concluído su mandato en 1880, fué, sucesivamente, rector de la Universidad de Buenos Aires, titular de la cátedra de Filosofía, senador por su provincia natal, realizando la carrera política más rápida y brillante de que haya ejemplo en nuestra historia. Fomentó como ministro y presidente la educación pública en todos sus aspectos y consolidó la conquista del desierto; sofocó la guerra civil iniciada en el año 74 y recru-



decida en el 80, logrando la definitiva capitalización de Buenos Aires; suavizó las asperezas argentino-chilenas y salvó al país de la crisis financiera que amenazaba ahogarlo en 1880. Tales son, a grandes rasgos, las características de su gloriosa actuación política, perfectamente documentada en sus memorias, cartas y discursos. "Pero esa actuación política, capaz por sí sola de llenar toda la vida de un grande hombre, va acompañada de su preocupación literaria de todos los momentos, pues fué Avellaneda uno de los primeros que entre nosotros tuvo el cuidado del estilo." Su vida clara, luminosa y ejemplar extinguióse prematuramente, ya que sólo contaba cuarenta y ocho años cuando murió en el mar, el 25 de noviembre de 1885.

Dos son los aspectos sobresalientes de la personalidad de Avellaneda: el hombre público con altas dotes de estadista y el literato, celoso hasta la obsesión, de la armonía de la forma. Y uno y otro se fusionan íntimamente en sus discursos, que con sus cartas y sus memorias y su "*Estudio sobre las leyes de tierras públicas*" integran los diez tomos de sus "*Obras completas*", impresas en 1910.

En el *estudio* citado, su obra de mayor aliento, que publicó en el año 1865, Avellaneda se revela como estudioso, como economista y como legislador, aspectos generalmente olvidados, pues su nombre evoca por lo general, la imagen del brillante orador que fué. Su libro sobre las tierras públicas, de valor universal desde el punto de vista doctrinario, y netamente argentino en su faz histórica, estudia los complejos problemas de la propiedad, el capital y el trabajo en nuestros campos, a la luz de las ideas de los más famosos maestros de la economía política en la centuria 1735-1850.

Avellaneda se muestra acérrimo defensor de la propiedad privada que, según JUAN BAUTISTA SAY, por él citado, "da inteligencia al que no la tiene", pero de una propiedad privada organizada de tal modo que se convierta en fuente de bien social; y ve en el armónico consorcio del capital y el trabajo colocados al servicio de las industrias agrarias, un firme pilar de la familia y de la patria, de la democracia y el progreso. Reconstruye con intuición certera la historia de la organización legal del agro argentino antes de 1865 y critica desde el punto de vista jurídico y económico tal organización. Este libro

es el más serio de cuantos se han escrito en nuestro país sobre derecho agrario y los problemas que en él se dilucidan siguiendo los fundamentales de nuestra organización económica.

Aunque fueron las letras su vocación, la vida pública impidió a Avellaneda darse a ellas como íntimamente lo deseaba. Por ello, el "*Estudio sobre las leyes de tierras públicas*" es su único libro orgánico; el resto de su producción lo integran escritos jurídicos, memorias ministeriales, mensajes gubernativos, cartas, notas íntimas, trabajos críticos y, muy especialmente, sus discursos, que han aureolado su nombre, presentándole a través de los años como un artista de la palabra.

Avellaneda tenía la pasión de la bella frase, y la cultivaba tanto en la carta íntima como en el documento público, en la conversación privada como en el discurso académico, pero el aspecto saliente de su personalidad literaria, según ya dijimos, fué el de orador, de orador artista, ya hablase en la calle desde la improvisada tribuna popular, en el aula desde su cátedra, en el parlamento desde su banca, en el gobierno desde el sitio del presidente.

Con Guido y con Estrada, Avellaneda pertenece al grupo de maestros que mayor influencia ejercieron sobre la generación de 1880, pero entre los tres él prepondera por su alto prestigio político y sus elevadas dotes de crítico. Fueron sus discípulos, que como él obraban por el ejemplo y la emoción, Pedro Goyena, Roque Sáenz Peña, Delfín Gallo, Indalecio Gómez, en los que se advierte también la influencia de Castelar y de los románticos franceses.

Avellaneda comprendía el discurso "como un organismo vivo" — son sus palabras — y proclamaba el alto valor de la imagen "necesaria a fin de dejar incrustado para siempre un pensamiento". Para él la emoción oratoria, por la pasión que abrasa al orador dominando a la muchedumbre, era comparable a la combustión volcánica. Poseía Avellaneda como cualidad innata, aquilatada luego por la reflexión estética, el arte de fascinación que le permitía subyugar a cuantos le oían y hacerse admirar por toda una generación. Los más famosos de sus discursos son los llamados *De la paz* y *De la conciliación*, el pro-

nunciado ante los restos de Rivadavia y el de la inauguración del Ferrocarril a Tucumán. De sus artículos son los valores más altos los dedicados a Fray Mamerto Esquiú y a Rivadavia.

RIVADAVIA

I

Recorriamos en el año pasado las calles de Río de Janeiro, y se nos mostró cerca de Botafogo la casa que ocupó don Bernardino Rivadavia durante su larga residencia en aquella ciudad. Es una casa alta de dos pisos, con dos estrechas ventanas en el segundo, pero que se abren sobre aquel mar azulado de la bahía que se dilata dulcemente hasta perderse confundido en el horizonte siempre despejado y sereno. Vivía allí el señor Rivadavia, solitario y en el aislamiento más completo. Cuéntase que golpearon un día a sus puertas dos jóvenes de Buenos Aires que pasaban para Europa, y que Rivadavia se negó a recibirlos cuando conoció sus nombres, diciéndoles: "Para los argentinos no vive ya don Bernardino Rivadavia". Revelaría, a ser cierto este rasgo, no precisamente la tristeza de su alma, como decíamos en el *Discurso*¹, sino la misantropía, en la que suelen predominar, más que la tristeza, cierta fiereza herida y el menosprecio de los hombres.

Habríamos ensayado en esta vez bosquejar un retrato de don Bernardino Rivadavia, tal como lo concebimos, pero nos detenemos ante una consideración para nosotros decisiva. El retrato de un personaje histórico no es sino la concentración de los rasgos que se desprenden de su vida bien penetrada y conocida; y el señor don Andrés Lamas da a la Prensa, en estos momentos, su anunciada historia de Rivadavia. Ahora bien, sabemos todos en el Río de la Plata que su pluma rejuvenece cuanto toca. El señor Lamas pertenece a la escuela de los Thierry, y las paciencias de la investigación le sirven para dar mayor valimiento a su talento de escritor; pero queremos aprovechar la ocasión para consignar sencillamente algunas reflexiones.

Cuando se estudia a don Bernardino Rivadavia en sus actos, que ocupan páginas hermosas de nuestra historia, llama sobre todo la atención lo abierto de su alma, su aptitud para acoger y hacer suyas las ideas nuevas en todos los rumbos del pensamiento, y, para decirlo de una vez en términos más concretos, su exención de toda preocupación, designese ésta con cualquier nombre: política, religiosa, intelectual, de pueblo o de raza.

En la mente de Rivadavia hay, por cierto, límites, porque no imaginamos que lo hubiera escrutado todo, y pensamos, por el contrario, que su instrucción, tanto literaria como científica, no era extensa. Pero en la mente de Rivadavia no existían los resabios que suelen perturbar las más nobles inteligencias: no había sombras.

¹ *Discurso del Centenario.*

Había nacido y educádose en una colonia española y no era español, ni aun siquiera *criollo*, sino por su amor a la nueva patria que concibió, desde el principio, organizada bajo ciertas formas que no se modificaron mucho en su espíritu a través de la variedad de los tiempos.

No tenía, como el español, la preocupación contra el extranjero, y fué el primero en llamarlo por un Decreto solemne, ofreciendo gratuitamente tierras a los que quisieran cultivarlas; no tenía, como el *criollo*, la prevención tradicional contra el español, nunca más explicable que en medio de la lucha que la avivaba; y lleva la firma de Rivadavia, como Secretario, el primer formulario para expedir cartas de ciudadanía en que se iguala el español al hijo del país. No tenía esas preocupaciones que Spencer llama de *habitud*, y que nacen de lo que se ha visto siempre y que forma como una atmósfera natural, y así le vemos, desde su primera aparición en el Gobierno (1811-1813), abolir los estancos, suprimir las corporaciones, buscando realizar en su plenitud la libertad de comercio y la de la industria.

Rivadavia no había estudiado en las Universidades coloniales. No era clérigo, ni abogado, ni comerciante o médico. No tenía borlas doctorales ni en teología, ni en jurisprudencia, y aunque todo ello le valiera en su juventud el punzante epigrama de Mariano Moreno — cuando lo presenta afrontando con afectada grandeza todas las carreras sin tener en realidad ninguna —, dejábale, en cambio, la ventaja de ser ajeno hasta de esas preocupaciones de Estado o profesionales que suelen advertirse en los hombres más eminentes. No tiene apego a lo que existe, o a lo que fué bajo las formas más consagradas. Así le vemos, desde el principio de la Revolución (1812), proyectar el “Establecimiento Científico” para enseñar ciencias nuevas, anunciando que su plan era hacer venir profesores de Europa. ¡Cuántos doctores hemos visto, henchidos por el sentimiento de su suficiencia y creyendo hasta ayer no más, que nos bastamos en todo y para todo a nosotros mismos!

Pero lleguemos a lo que es más portentoso en un argentino, y, sobre todo, en un porteño, cuando se trata de sentimientos que engendraba, naturalmente, la importancia excepcional de su provincia. En Rivadavia no se descubre un átomo de localismo. Las hegemonías producen como una consecuencia natural este sentimiento, ya de recelo o de preponderancia respecto a las otras secciones de un país, y que, cuando se trataba de Atenas, cabía en el alma elevada de Sócrates y en el corazón justo de Aristides. Rivadavia propone y hace prevalecer en el Congreso la constitución de la capital de la República en Buenos Aires, nacionalizando la ciudad con extenso radio para que sirviera de asiento permanente al Gobierno de la Nación, y proyecta la doble división de la provincia de Buenos Aires para mejor distribuir y ponderar las fuerzas políticas y sociales del país. Bajo todos estos aspectos, ningún otro argentino puede ser comparado a Rivadavia, incluyendo a Mariano Moreno, que es, más que argentino — el hijo predilecto de la metrópoli —, abogado de causas, y al que se le ve en cada frase asomar la toga. ¡Ah! ¡Las almas nacidas en plena luz son en todas partes un milagro, pero lo son más apareciendo, como Rivadavia, en una colonia española y en una extremidad del mundo civilizado! Estos son los rasgos que constituyen la grandeza moral e

intelectual de Rivadavia, en cuanto una rápida pincelada puede reasumirlos. Pero tenemos también con ellos la explicación de la debilidad de su Gobierno, hasta precipitarse, al parecer por sí mismo, en una caída pavorosa que resuena hasta hoy, con fragor, en la historia argentina. ¿Quién podría afirmar que estén ya agotadas para nosotros las consecuencias de aquel formidable acontecimiento?

Expliquémonos, empezando por establecer una diferencia que es indispensable para nuestro propósito. Hay dos clases de Gobiernos: los Gobiernos que pueden llamarse *iniciales*, porque se encuentran en los principios de una organización política y social, y los Gobiernos *institucionales*, es decir, ya instituídos y que se transmiten y se perpetúan dentro de formas prescriptas que tienen el asentimiento público. Un Gobierno institucional subsiste por la fuerza de su propia estructura; vive porque es el Gobierno y hay el hábito de obedecerle, y porque es un organismo encarnado en la nación, de la que recibe la vida por todas sus arterias. En estos Gobiernos, las calidades personales de los que los desempeñan no son indiferentes al bien o al mal de los pueblos, pero pueden traer, raras veces, las catástrofes en que aquellos desaparecen. Sucede lo contrario cuando empieza una organización, tratándose de consolidar una nación y de fundar su Gobierno. Toda la suerte del ensayo, su buen éxito o su malogro, dependen casi totalmente de las personas que dan su fisonomía al Gobierno, pues no ha podido aún recibirla de las Instituciones que no existen.

Este último era el caso del Gobierno presidencial de Rivadavia. Adviértase, además, que lo que había en su persona trascendía a su partido, porque pocos hombres han tenido como él ese don singular de provocar imitadores. Sus palabras circulaban como proverbios. Se imitaba su voz hueca, su ademán reposado, su porte solemne. El partido unitario se hallaba vaciado por entero en el molde rivadaviano. Rivadavia no era colonial, criollo, metropolitano, y ni aun siquiera localista; y estaba destinado a ser vencido en sus nobles propósitos de unificación y de gobierno, por las preocupaciones coloniales, por las desagregaciones criollas, por las prepotencias metropolitanas y por las pasiones localistas. Todos estos elementos, cuán diversos y hasta cuán adversos entre sí fueran, se convocaron al principio instintivamente; se dieron cita con signos convenidos y se juntaron por fin con alianza visible para pelear la batalla contra el enemigo común. Tenían desde su punto de vista razón sobrada. Rivadavia era el enemigo de las preocupaciones coloniales, de las petulancias criollas, del metropolitanismo que no quería desaparecer ante la nación y de las desagregaciones locales, que mezclando pasiones bárbaras a intereses sórdidos, oponían otros tantos estorbos a una organización nacional.

La resistencia a la obra de Rivadavia se llama también con un nombre propio en nuestra historia, y este es el de don Manuel Dorrego. Carlyle dice que si es cierto que la naturaleza aborrece el vacío, como lo proclamaba la física de la Edad Media, puede sostenerse con mayor verdad que los pueblos en su desenvolvimiento histórico aman las condensaciones vivientes, y que éstos son sus caudillos. Los suscitan y los promueven, sobre todo, las pasiones populares, y Dorrego apareció en

aquellos días, brotado como la espuma ardiente, en medio de nuestras convulsiones sociales.

Era hijo de Buenos Aires y se educaba en Chile cuando fué conocido el movimiento revolucionario que había estallado en las márgenes del Plata. Chile se conmueve, y Dorrego, agitando pasiones y removiendo hombres, presta los mayores servicios a su primera y rápida revolución. Vuelve a Buenos Aires y sale voluntariamente como soldado para las campañas del Alto Perú. Pelea en Suipacha; es herido en Nazareno; su valor resplandece en Salta; salva poblaciones del incendio o del saqueo, afrontando peligros como en Pozo Verde, y alcanzaba ya a mandar una parte del ejército en la victoria de Tucumán. Es amado por el soldado, atrayente para sus inferiores y altanero con sus jefes. No promueve desobediencias abiertas; pero se burla, desgastando con su sonrisa, como con una lima, la autoridad del mando. ¡Ah, cuántos reflejos tristes tiene en nuestra historia esa sonrisa de Dorrego! Obsérvese: es valiente, es generoso, es heroico; pero deja de pertenecer a los ejércitos de la Independencia cuando empieza a introducirse en ellos, con la presencia de San Martín, en el Norte, la verdadera disciplina militar. No es esta su atmósfera. Entra luego en luchas, frívolas en las apariencias, mortales en el fondo, con el Director Supremo don Martín Pueyrredón, que ensaya un Gobierno serio para la Nación, y el Director lo destierra, sin querer dar mayor trascendencia al acto, por *insubordinación* y *altanería*. Esta es la primera parte de su vida pública, que se refleja al brillo de su espada. Sábese, además, que tiene como ninguno la sagacidad del criollo, la inteligencia fácil y clara, la palabra abundante, el don de la atracción personal; y estas calidades juntas son sus mejores armas en la gran contienda con Rivadavia — su partido, su sistema —, porque le sirven para dar expresión viva, activa y militante a todos nuestros atrasos que, con todos sus nombres y bajo las personificaciones más varias, entran a ocupar la escena.

Describir la contienda sería redactar un volumen. Decimos siempre que el año 20 es el más tumultuoso de nuestra revuelta historia; pero lo es materialmente por las caídas de los Gobiernos, que duran apenas un día; por los motines en las calles; por las asonadas de barrios; por la algaraza y el polvo de los jinetes, que vienen cabalgando desde la vecina pampa para imponer su ley. Durante los dos años de la presidencia de Rivadavia, se siente como el rumor de un mundo en ebullición. Todo fermenta, se remueve, toma una fisonomía o un acento, sale a la superficie. Hay lo bueno: y es el extranjero que llega; el comercio que se agranda; la industria pastoril que mejora sus productos; la nueva tierra que se arranca al desierto, bajo el amparo de la ley enfiteútica; el río interior que se navega. El movimiento es también intelectual y hasta artístico. Se escucha por las tardes, en el Congreso, el elegante discurso de don Valentín Gómez; se recita en el salón el soneto de Lafinur, al mismo tiempo que se muestran los retratos en que Pellegrini ha hecho llegar hasta nosotros la sonrisa ya suave, ya altanera, de tanta hermosa dama... Ahí está Juan Cruz Varela, propagador del entusiasmo literario, más que poeta con inspiración, y que había formado su atmósfera,

dentro de la que cabían el actor y la actriz, Lapuerta y la Trinidad, el pintor venido de Europa, como Monvoisin, y los jóvenes todos que amaban la música de los versos. La Trinidad, con su voz empapada en lágrimas, atraía al escenario del Victoria la sociedad culta de Buenos Aires, para darle en espectáculo los lamentos de Dido acongojada, en aquellos endecasílabos de Varela, que podrían hoy encontrarse monótonos, pero que se incrustaron dulcemente en muchas vidas, conmoviendo el corazón de tantas beldades. Lapuerta hacía vibrar su acento trágico en *El delincuente honrado*, mientras recogía su gesto y grababa su voz el joven Casacuberta, que debía también subir a la escena para sobrepasar a su maestro en *Los siete escalones del crimen* — espectáculo de otra generación —, como el drama patibulario de Víctor Ducange excede al drama lacrimoso de don José Cadalso. ¡Varela mismo entraba en los bastidores del Teatro de la Victoria!

Pero hay también lo malo, lo sombrío, lo atrasado, lo receloso, y se halla del mismo modo en movimiento. Existe la pequeña Prensa para esparcir falsas alarmas, denigrar hombres y suscitar malas pasiones. Se prodiga la fiesta oficial hasta para inaugurar la construcción de una arcada en el cementerio, y cada una de ellas es el tema de burlas inextinguibles. El criollismo más neto se halla representado por el *compadre*, y éste se burla con sorna del sabio extranjero que se ha hecho venir de Europa, rabia contra la esquina ochavada, habla de los millones perdidos o por perderse en el pozo artesiano que se cava en la plaza de la Recoleta, hasta que llegando al famoso Canal de los Andes, los nervios se templan, las fisonomías se aplacan y el coro de la risa es universal. La reforma eclesiástica ha herido en carnes vivas, y de las celdas mismas de los conventos se escapan rumores siniestros y hasta embozadas amenazas. La pompa presidencial es repulsiva a estos mismos sentimientos, y se acecha en las calles el séquito del Presidente para soltar la carcajada a su paso. La ley de la capital encontraba resistencias en la pasión popular que azuzaban diariamente hombres graves, al mismo tiempo que sus agentes buscaban alianzas en el interior para la resistencia o para la lucha. A la hegemonía de Buenos Aires respondió el grito bárbaro de los caudillos apoderándose de su presa. Lo fué para cada uno la provincia en que gobernaba.

La primera figura en la lucha contra la Presidencia es, sin duda, la de don Manuel Dorrego. Da impulso a todas las resistencias, fuego a las pasiones, expresión a los descontentos, y presta su voz simpática y clara a las preocupaciones más oscuras. Perora en el Congreso, declama en las reuniones populares, habla en el café, en los círculos sociales, en las trastiendas; se guña de ojos con el transeunte, escribe hasta en las secciones más secundarias de su Prensa, parte migajas con el Padre Castañeda y se encuentra al habla con los caudillos del interior. Es el artista del desorden, cediendo tal vez a necesidades de su organización, sin odios en el alma, con la sonrisa ligera en los labios y sin la conciencia verdadera de la trascendencia subversiva de sus actos, él mismo se exalta y se embriaga envolviéndose cada día en el formidable ruido que ha promovido a su redor. Háblase de sus conocimientos sobre el sistema federal: no eran en mucho superiores a los del Padre Monteroso, que fué

entre nosotros su primer expositor. Se menciona su ciencia. Léanse sus discursos, que son hábiles, verbosos, hasta atraentes por su falta de hiel: pero no se columbra en ellos otra ciencia que su briosísima petulancia criolla, rica de savia y de ignorancia.

La Constitución que tan luminosamente había elaborado el Congreso y a cuya formación concurrieron los hombres más notables de la Nación, fué rechazada por los caudillos del interior, no porque fuera federal o unitaria, sino porque era simplemente una "Constitución", según la frase del canónigo Gorriti, que empieza a ser recogida como un juicio por la Historia. A su sombra no podían subsistir Gobiernos personales y bárbaros. Era el comienzo del fin. La famosa presidencia que había inquietado los celos de Bolívar y cuya fama se extendía por la Europa, iba a desaparecer, no después de formidables batallas, sino como se recogen los pintados bastidores de un teatro improvisado. Rivadavia presentó su renuncia, y desde aquel día debió presentirse la disolución del Congreso que había compartido con él las fascinaciones de los vastos proyectos, las pompas de un poder vano y las exaltaciones de un partido que mostraba su presencia en el Gobierno como el más alto testimonio de la civilización de su país. El documento de Rivadavia es sobrio y solemne: "Me es penoso, decía, no poder exponer a la faz del mundo los motivos que justifican mi irrevocable resolución, pero ellos son bien conocidos de la representación nacional. La historia me hará justicia; la espero de la posteridad".

El proceso histórico se halla desde entonces abierto y no ha sido aún fallado definitivamente. Somos hijos de los autores y no podemos todavía ser sus jueces. Pero estos aplazamientos ante la historia no son sino una forma para invocar el testimonio de la propia conciencia. Se siente recta la intención y se reputa acertado el acto, en lo que puede haber error. Rivadavia y Lavalle invocan igualmente la historia, el uno abdicando el mando y el otro ante el patíbulo de Dorrego. La renuncia de Rivadavia abrió paso franco al predominio de la barbarie bajo sus formas más odiosas. El fusilamiento de Dorrego no trajo, pero apresuró el advenimiento de Rosas, dejando interrumpido el drama intermedio².

II

¡Cómo es lleno de angustiosos recuerdos el pobre hogar del emigrado político, mientras dura su expatriación en la tierra extranjera! Los días se van y los años se acumulan, y no se piensa sino en la catástrofe que le condujo al destierro. Se pasan y se repasan en la memoria los acontecimientos últimos para comentarlos, para mutilarlos, para agrandarlos y hasta para modificarlos a su voluntad, porque la imaginación del proscrito, que no ve luz por delante, se vuelve hacia atrás, deshaciendo los hechos que fueron a su causa más funestos, para complacerse, siquiera por un momento, en absurdas perspectivas... ¡Ah!, si no se separan, en Catamarca, Lavalle y Lamadrid... Si juntan sus ejércitos, Oribe es

² No conocemos página más dolorosa que la escrita por el general Lamadrid, describiendo la trágica muerte de don Manuel Dorrego.

vencido en el Norte y nos vamos en seguida a subyugar a Cuyo... ¿Por qué dió Lavalle la triste batalla de Famailá? ¿Dónde estuvo el héroe en aquel día?... Y este eterno revenir alrededor de los mismos sucesos no tiene término. La conversación de la tarde se prolonga por la noche, y es la misma al día siguiente.

La casa del emigrado es estrecha y no hay lugar separado para los niños. Todo se habla, se hace, se dice, en su presencia. Tienen el derecho de intervenir en la plática más grave, y preguntan y se estimula su curiosidad para tener quizá ocasión de volver a los mismos temas. Pues qué, ¿el niño no se halla investido de igual título? Es también un desterrado, y él mismo lo comprende y lo siente.

Las familias argentinas que salieron en 1841, emigradas del Norte de la República, encontraron en los más próximos pueblos de Bolivia a otras que las habían precedido de seis, de ocho, de diez años, en la tierra de la proscripción. Estaban Pedraza y el doctor Figueroa, en Talina; Wilde, Valle, Ferrer, Villamonte y Usandivaras, en Tupiza; Rojo y los Alvarado, en Tarija; los Frías, Zuviría, Zorrilla, Paunero, Gorriti, Rueda y Bustamante, en Potosí, en Chuquisaca y en Cochabamba. Estos primeros emigrados no tenían todavía, como los que vinieron más tarde, el pie ligero, y no alcanzaron a internarse por el Norte sino hasta el centro de Bolivia, y por el Río de la Plata, como Carril, los Agüero, hasta Santa Catalina, en el Brasil. Nombrarlos ha sido decir quiénes son. Eran los antiguos unitarios de las provincias del interior. Eran los que habían conseguido escaparse, arrancando sus familias enteras después de la captura de Paz en Córdoba; después que Ibarra, cuya crueldad no tiene otro ejemplo entre los hombres, se sintió seguro; después de las dos terribles derrotas de Lamadrid, en las que el valor infausto, prodigado hasta la locura, sólo sirvió para multiplicar las víctimas, dejando empapados en sangre los campos; desde la aparición de Quiroga en Catamarca, o después de su paseo beduino por Tucumán y hasta Salta, en cuyas calles no quiso el bárbaro penetrar.

Las dos emigraciones se juntaron en los pueblos de Bolivia, para asociarse recíprocamente en su miseria, confundiendo al mismo tiempo sus lamentaciones y sus quejas. Los unos hablaban de Oribe y respondían los otros describiendo a Quiroga. El relato de un episodio del Quebracho Herrado era sobrepasado por el recuerdo de un acto de barbarie o de sangre, ejecutado por los feroces vencedores de la Ciudadela. Hemos podido así oír desde niños en Talina, en Tupiza, Tarija, Potosí, las dolorosas recriminaciones de los unitarios del interior contra los directores del Gobierno presidencial. Ellos decían que su desaparición voluntaria los había entregado sin defensa a las garras de los tigres; que el Gobierno presidencial tenía elementos para resistir a los embates de la barbarie y sobreponerse; que los hombres principales del interior, por su posición, inteligencia y fortuna le pertenecían, y que habrían sabido defenderlo hasta la muerte, como lo mostraron, arrastrándola un poco más tarde en luchas aisladas, casi oscuras y, por eso mismo, más terribles y sangrientas. Allí estaban los militares como Wilde, que había figurado entre los combatientes de Ituzaingó, y ellos añadían que el ejército vencedor era fiel al Gobierno y que sus jefes y oficiales, desti-

nados a perecer, en su mayor parte, como Plaza o el noble Barcala, bajo el puñal de los bárbaros, llevaban hasta el fanatismo su consagración a las nuevas instituciones. ¡Ah! ¡Qué no habrían bastado dos mil hombres del ejército de Ituzaingó, con un General como Alvear o como Paz, bajo la dirección de un Gobierno Nacional llamado a suplir, por la persistencia de su acción y por sus recursos, los accidentes de la mala fortuna, para barrer los caudillos y sus hordas, que no les estaban aún sino débilmente adheridas!...

Era esto lo que se hablaba allí, por los años 47 ó 48, entre los emigrados argentinos que se habían transportado con sus familias a Bolivia, después de la desaparición del General Paz y de la caída de Corrientes, cuando la República volvía a entrar bajo la garra de su tirano. No se entreveía un rayo de esperanza, y el destierro, como una fatalidad ciega, extendía nuevamente para aquellos desgraciados sus sombras implacables.

Apareció por ese tiempo un cometa cuya vuelta está anunciada para los primeros años del siglo próximo; no lo vimos subir en el horizonte, porque se halla éste cubierto por la alta montaña rocallosa que circunda por uno de sus costados la antigua villa de Tupiza, y sólo fué apercibido cuando se hubo elevado como un disco de luz roja sobre una de sus cumbres. Se salía a la plaza todas las noches, para contemplar el cometa durante horas enteras — no había otro espectáculo —, hasta que se creyó notar como una disolución por la mitad de la cauda del cometa y que ella se desprendía como un fragmento roto. “Es un buen pronóstico”, dijo uno, haciendo un signo. Otro lo comprendió rápidamente, y ya dijo con claridad: “Es la caída de Rosas”. ¡La caída de Rosas! El anuncio no venía ya de los hombres, sino de Dios. La voz corrió entre los hombres, y había algunos sensatos y graves; llegó hasta las mujeres, y se despertó a los niños, que tuvieron esa noche fiebre, para anunciarles la buena nueva.

III

El régimen presidencial desaparecía, no porque el Congreso hubiera dado su famosa ley designando la ciudad de Buenos Aires para la capital de la Nación, lo que no era poner sino en movimiento un resorte vital para el organismo argentino; y menos aun porque se hubiera proclamado Constituyente, puesto que, sin serlo, no habría tenido misión, en un país sin vínculo, sin Gobierno y que ensayaba salir de la desorganización política y social. ¿Puede ser serio aquel otro cargo de haber creado un Ejército nacional, cuando iba a requerirlo tan pronto la guerra contra el Brasil? La designación de un Ejecutivo nacional no era tampoco sino una medida inevitable, desde que era necesario proveer a la acefalía de la Nación, y poner al lado del Congreso que legislaba, el poder que debía ejecutar sus leyes. No. Estas no son las causas históricas del inmenso desastre. Fueron solamente los cargos contemporáneos, o, por mejor decir, las objeciones de la oposición, resistiendo actos que contrariaban naturalmente sus intentos, y no debe dárseles otro carácter ni mayor importancia. La observación opuesta nos parece, por el contrario, más próxima a la verdad: el régimen de los unitarios desapareció, porque después de haber instituido un Gobierno y colocándolo sobre su

asiento natural, lo abandonó sin combate delante del enemigo. El famoso Congreso, al proclamarse constituyente, sólo se dió, inducido por lejanos ejemplos, un título vano, y después de haber discutido su obra en debates luminosos, que levantaron por vez primera una tribuna a la elocuencia argentina, la inutilizó en seguida, entregándola a la aceptación de pueblos enseñoreados por caudillos que eran los enemigos naturales de la forma ordenada que constituye un Gobierno. ¿Cuál Gobierno? Todos, sea unitario, sea federal.

El partido unitario estaba llamado, bajo la dirección del más célebre de sus hombres de Estado, a organizar la Nación por la fundación real de su Gobierno, combatiendo las anarquías y superándolas hasta hacer prevalecer el sentimiento nacional, por la razón y por la fuerza, sobre los instintos de disolución local. Era, sin duda, ardua la empresa, y era por esto mismo deber suyo desplegar en línea de batalla cuanto poder tenía el país para sostener sus proclamadas instituciones. Pudo así haber sucumbido bajo la derrota, y era esto, a la verdad, mejor que desaparecer por la renuncia, para ir un poco más tarde a la proscripción, de la que no se volvió; o para bañar con su noble sangre viles cadalsos. ¿Era falta de valor? ¡No! Los que quedaron sucumbieron heroicamente, y no se vió a los otros decaer de la fortaleza de su alma en el largo destierro. Eran, además, patriotas, tenían abnegación y la memoria de sus virtudes cívicas es uno de los timbres del nombre argentino. Hubo en sus actos, más que error, una obcecación, y la ceguera en la conducta de los hombres se explica hoy, como en los tiempos de Teofrasto, por no conocerse bien a sí mismos y por conocer mal a los otros. Presumían demasiado de sí y tenían por sus adversarios un desdén altanero. Veían a Dorrego tan inquieto, ardiente, ligero, que no podían concebir siquiera un Gobierno manejado por sus manos. Vivían en Buenos Aires dentro de una atmósfera estrecha, escuchándose los unos a los otros, bajo las leyes de una cortesanía que ha quedado memorable en nuestros fastos sociales y no tenían quizá una conciencia bien clara de las fuerzas políticas que se habían destacado contra su obra. — ¿Eran éstas invencibles? ¡No! — Pero lo fueron cuando se les abandonó la escena.

Cuéntase que los labios altivos del más intencionado entre los corifeos de este partido, se entreabrieron una vez para dar en una sola frase la explicación de aquellos acontecimientos. "Esto es transitorio, dijo, hablando de los sucesos del día: volveremos pronto; seremos llamados". — ¿Por quién? — ¿Por qué afinidades de esa química exquisita de almas, que Teofrasto, La Bruyère y Pascal conocieron, se mezcla siempre a estos despliegues de la vanidad soberbia, un grano de inocencia, de candidez casi infantil? — ¡Seremos llamados! — Lo esperaron todavía durante veinte años, primero de los hombres y después del destino, hasta que, con el desencanto tardío, llegó para ellos, paso a paso, la muerte inevitable!

Así concluyó la dominación del partido unitario. Funda un Gobierno y lo abandona, dejando él mismo mutilada su figura histórica. No vale como partido, porque fundó un Gobierno para abandonarlo; aunque valgan sus hombres por el amor del bien, por la audacia de sus concepciones, por la pompa literaria de su palabra arrojada arrogantemente como un guante a la faz de la barbarie contra la que luchaban, y por sus sacri-

ficios del destierro, que llegan todavía hasta nosotros trascendiendo la atmósfera con un perfume de virtud. Su pasaje por el poder no puede ser más ruidoso, lleva consigo una atmósfera de fiesta, y al notarlo tan efímero, el espíritu más desprovisto de crítica podría creer que hay en su actitud mucho de teatral. Rivadavia tenía desde años atrás su poeta, y era, sin duda, el que más desplegó, entre los de su tiempo, el don del canto. Cada Decreto se convierte en una oda o en un himno. Hay un volumen del Registro Nacional que corresponde, por las inscripciones de sus títulos, a otro volumen de nuestro *Parnaso*. Los trabajos hidráulicos mismos, entrevistas entre lejanas perspectivas, estimulan la discreta musa de otro joven poeta. Se quiere, sin duda, el bien con patriotismo sincero, se le adivina, se le ve venir y se le proyecta en un Decreto. Es, sin embargo, necesario que el aplauso estalle instantáneo, y para hacerlo dulce al oído y más penetrante al alma, debe acompañarlo el ritmo del poeta. Teníamos ya esta facultad nacional de dar simpática vibración, alas a nuestras palabras y ellas corrían por la América y hasta por la Europa, siendo devueltas con el elogio de la Gran Presidencia.

De esta situación engañosa de los espíritus, y hasta enervante, no era difícil que saliera la abdicación del Gobierno, sin combate, y la dichosa explicación: "seremos llamados".

IV

Pero es en Rivadavia mismo en quien es necesario buscar la explicación de los hechos; y más de una vez nos ha sucedido preguntarnos, por qué había desaparecido en 1826 el Rivadavia de 1811 y 1812. Rivadavia se había mostrado, efectivamente, en aquellos primeros años de la Revolución, como un hombre de voluntad poderosa, sin detenerse ante las dificultades de la acción política, por duras, crueles y hasta trágicas que ellas fueran. Es Secretario de la Guerra, y da nervio al Gobierno, impulsando al mismo tiempo la revolución por una serie de actos que son conocidos. Pertenecía en seguida al Triunvirato, se impone a las disidencias de sus colegas, salva a la revolución de uno de sus mayores peligros, descubriendo y castigando con mano despiadada la conspiración de Alzaga. La ola sangrienta de las persecuciones se desata, y Rivadavia mismo le pone valla, con ánimo igualmente resuelto, por el célebre Decreto. ¡Basta de sangre! Quince años después, aquel hombre poderoso es buscado y no se le encuentra. ¿Qué modificaciones se habían obrado en su espíritu? El problema psicológico es siempre un misterio. Había pasado estos años dedicándolos en gran parte a la meditación y al estudio. Había residido mucho en Europa, observando en su conjunto el movimiento social y político de sus pueblos; había entrado en comunicación frecuente con los primeros sectarios de la doctrina económica de la que debía salir un poco más tarde, a favor de ciertos desarrollos, la escuela pacífica de Manchester, que abomina de los medios violentos y execra la guerra: y no es extraño que todo lo que había en su mente de teórico, y era mucho, de pensador, éste era su rasgo predominante, y hasta de filósofo, como lo muestra su incesante tendencia de asignar a cada hecho

su causa, se hubiera extraordinariamente desenvuelto, dejando empobrecidos los resortes de su carácter y de su voluntad.

Penetremos ahora con algunos rasgos, en el fondo de esta gran figura histórica de nuestros anales. El hombre físico es por todos conocido; sus retratos son numerosos y todos son idénticos. La plancha litografiada misma, a la que faltará siempre el rayo de la vida, es en este caso casi igual al pincel. No habrá en la figura de Rivadavia ninguna de esas líneas elegantes o de esos toques delicados que necesitan en cierto modo, para reproducirse, ser sentidos por la inspiración del artista. Hemos leído que cuando el señor Rivadavia paseaba por las calles de París, con su andar mesurado y grave, atraía la curiosidad de los transeúntes. Pero había en su rostro tal seriedad, su porte era tan grave, su ademán tan ceremonioso, que no hubo jamás hombre alguno, entre nosotros, que supiera imponer a los demás el sentimiento de su propia importancia, que se transparentaba en todos sus movimientos. Montesquieu lo ha dicho: "El mérito personal es una fuerza y puede sobreponerse a todo". El fisgón podía trazar con carbón en las paredes los contornos de la figura de Rivadavia, pero era casi imposible faltarle en su presencia al respeto: lo llevaba consigo y lo transmitía.

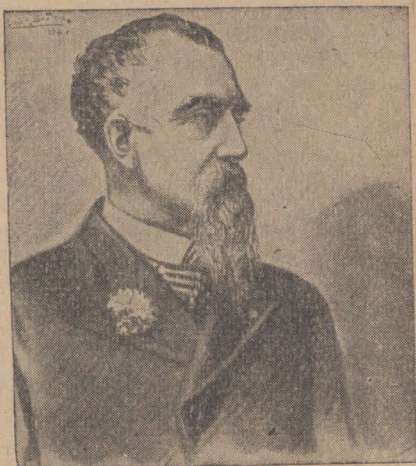
El señor Rivadavia escribía poco, pero son suyos hasta por la redacción, casi todos los documentos que llevan su nombre. No perteneció a la Asamblea de 1813, ni al Congreso de Tucumán, que cerró sus sesiones en 1819, y no tuvo ocasión para usar de la palabra en público, sino asistiendo a la Junta Provisional como Ministro del General Rodríguez. No poseemos un solo discurso suyo en el que se reconozca el vuelo o siquiera la amplitud oratoria. La palabra pública ha tenido entre nosotros su crecimiento visible, y por aquellos años no llegaba sino por accidente a las formas del discurso. Hablando o escribiendo, faltaba al señor Rivadavia la paciencia y el arte del desenvolvimiento. Su palabra no lleva su movimiento natural, y procede como por irrupciones, o incrustando en la exposición un poco confusa, tales o cuales frases salientes, que no son casi siempre aquellas palabras que llevan luz, según la expresión de Cicerón — *lumina verbi* —, y que dan tanta claridad como esplendor al discurso. Tenía, sin embargo, algunas expresiones felices, como cuando dijo en la Legislatura que el decreto de 1811 sobre la Prensa no había sido sino "una máquina para hacerla andar". Cuando se leen las exposiciones del señor Rivadavia en la Legislatura, no solamente se nota la falta de cierta prontitud en su inteligencia, y que no sería a la verdad conforme a su índole, sino de aquella perspicacia que se trasluce por la seguridad y el acierto de la réplica inmediata. Cuando se examinan los hechos de su conducta, algunos han creído hallar cierta ausencia de discernimiento; y la crítica es más segura si se refiere a la acción del momento, aplicada a los hombres y cosas sobre que se obra. Cuando se leen sus documentos, se descubre visiblemente que falta en el espíritu de Rivadavia lo que se llama con propiedad el sentimiento estético, es decir, el sentimiento de las proporciones; tal decreto es demasiado pomposo para concluir con una prescripción vulgar. Se desciende desde lo alto para ordenar la bagatela.

V

En ese momento célebre de nuestra historia, Rivadavia dijo: "Soy la razón, y no quiero ser la fuerza", y descendió con la solemnidad de un pontífice las gradas de la Presidencia, para ir a la proscripción, que sólo tuvo diez y ocho años después por desenlace la muerte, quizá anhelada. La intención era elevada y recta, porque nunca hubo bajo el cielo argentino un patriotismo como el suyo, más comprobado; y el experimento fué terrible, porque hizo del más grande de nuestros hombres públicos también el más infortunado. Es necesario, sin embargo, sobreponerse a la admiración por el genio, o lo que es más difícil, a la piedad por el infortunio, para decir que la noción de Rivadavia sobre su papel era equivocada. Gobierno es la autoridad, y la autoridad se compone, igualmente, de estos dos elementos ineludibles: la razón como la fuerza. Los gobernantes no son pastores de almas, y menos que orgullo, que es un sentimiento de dominación, puede haber hasta vanidad en confundir el Gobierno con un pontificado.

La paz con el Brasil estaba hecha por sí misma, en los términos que conocemos, y se realiza muy luego por sus sucesores casi sin negociaciones. ¿Era dolorosa? Adolfo Thiers ha mostrado que hay grandeza en suscribir con sus manos lo inevitable. Es necesario entrar en el fondo de la situación. La dimisión de Rivadavia no iba a dar temple a la guerra, ni crear mejores condiciones para negociar con ventaja la paz. Prevalían de este modo, por el contrario, los opositores de la guerra, y hasta los caudillos que se habían confabulado para rehusar sus contingentes al Ejército. Digámoslo de una vez: la renuncia de Rivadavia no llevaba a los Consejos de la Nación un régimen diverso de gobierno, ni siquiera un cambio de política, sino que traía pura, simple y exclusivamente la disolución nacional. Fué en aquellos días ya saludado en las antecámaras del Congreso, como Gobernador de Buenos Aires, el Coronel don Manuel Dorrego, y lo ha contado en un discurso memorable un testigo presencial de la escena.

LUCIO V. MANSILLA



Pertenece este escritor, como Miguel Cané y Eduardo Wilde, el grupo de los "prosistas fragmentarios" de RICARDO ROJAS, que los llama así por tratarse de autores, que, aunque han publicado muchos volúmenes, carecen de "ese espíritu de continuidad que en el pensamiento y en la obra crea la unidad orgánica del verdadero libro". Todos ellos, colocados en mejores condiciones de vocación intelectual y de cultura ambiente, hubieran descollado como novelistas.

Hijo del general rosista don Lucio Mansilla y de la hermana menor de Rosas, doña Agustina, nació **Lucio V. Mansilla** en Buenos Aires la víspera de la Nochebuena de 1837. Por su cercano parentesco con el tirano, conoció muy de cerca en su infancia los entretelones de esa época sombría de nuestra historia, que luego había de referir con su extraordinaria locuacidad. Estrenóse en la vida pública después de Caseros, encontrando por razón de su origen muchas resistencias, que supo vencer llevado por su ambición y respaldado por su audacia. Después del acuerdo de San Nicolás, que permitió la rehabilitación de muchos elementos vinculados a los federales, actuó en Paraná al servicio de la Confederación. De esa época de su vida data el material de su libro *"Retratos y recuerdos"*, que publicó en 1894. Inicióse luego en la carrera militar, en la que había de alcanzar el grado de general; asistió a la guerra del Paraguay, comandó el fortín de Río Cuarto y, finalmente, organizó una expedición al Sur, cuyas peripecias refiere en su

libro "*Una excursión a los indios ranqueles*", que vió la luz en 1879.

Entregado a la política, ocupó una banca de diputado durante la presidencia de Juárez Celman. Fué entonces un personaje que gozó de gran difusión popular, a cuyo amparo inició la publicación en el diario oficial, el "*Sud América*", de ciertas charlas anecdóticas que llamó "*Causeyries del Jueves*" y reunió luego en varios tomos intitulados "*Entre Nos*".

Caído Juárez Celman y los suyos, retiróse temporalmente de la vida pública y emprendió viaje a Europa, donde desempeñó varias misiones diplomáticas y publicó tres libros de índole autobiografía: "*Rosas*", "*Máximas y pensamientos*" y "*Mis memorias*".

Los varios libros mencionados, eliminando las innúmeras repeticiones y podando las abundantes digresiones, podrían convertirse en uno sólo, jugoso y sustancial. Como obras menores escribió Mansilla algunas de escasa originalidad: estudios acerca de política o cuestiones militares, comentarios de libros extranjeros; también una crónica de viaje: "*De Aden a Suez*"; un manifiesto político: "*En vísperas*", publicado en París en 1910, en el que refleja la decepción que le produjo, en un viaje a la patria, la situación electoral de la misma; "*Una tía*", comedia en cuatro actos sin mérito; un drama entre negros esclavos y colonos europeos del Brasil, llamado "*Ata Gull o una venganza africana*", no enteramente desprovisto de color y acción.

Dotado de innegables condiciones de novelista, Lucio V. Mansilla no compuso una sola novela y, aun más, pese a sus innatas dotes de escritor, no ha dejado una sola página magistral. Toda su obra es simple crónica, pero llena de interés histórico y humano.¹ Mansilla creó con su propia biografía un poema real y forjó de su propia personalidad un héroe novelesco. Su larga vida — la muerte le encontró octogenario en París el 8 de octubre de 1913 — ofrece las más diversas facetas: político, militar, legislador, periodista, viajero, diplomático, todo lo fué Mansilla. Dotado de exquisita sensibilidad y fuerte voluntad, de inteligencia comunicativa y corazón abierto, careció de rumbo definido y de método. Por ello sus obras se resienten de falta de reflexión y exceso de frivolidad. Si

quisiéramos caracterizarlas en sólo dos palabras, habríamos de decir de ellas con ROJAS, que constituyen en conjunto un vasto caos autobiográfico.

UNA EXCURSIÓN A LOS INDIOS RANQUELES

I

Dedicatoria. — Aspiraciones de un *tourist*. — Los gustos con el tiempo. — Por qué se pelea un padre con un hijo. — Quiénes son los Ranqueles. — Un tratado internacional con los indios. — Teoría de los extremos. — Dónde están las fronteras de Córdoba y campos entre los ríos 4º y 5º — De dónde parte el camino del Cuero.

No sé dónde te hallas, ni dónde te encontrará esta carta y las que le seguirán, si Dios me da vida y salud.

Hace bastante tiempo que ignoro tu paradero, que nada sé de ti; y sólo porque el corazón me dice que vives, creo que continúas tu peregrinación por este mundo, y no pierdo la esperanza de comer contigo, a la sobra de un viejo y carcomido algarrobo, o entre las pajas al borde de una laguna, o en la costa de un arroyo, un *churrasco* de guanaco, o de gama, o de yagua, o de gato montés, o una picana de avestruz, boleado por mí, que siempre me ha parecido la más sabrosa.

A propósito de avestruz, — después de haber recorrido la Europa y la América, de haber vivido como un marqués en París y como un guaraní en el Paraguay; de haber comido *mazamorra* en el Río de la Plata, *charquican* en Chile, ostras en Nueva York, *macarroni* en Nápoles, trufas en el Perigord, *chipá* en la Asunción, — recuerdo que una de las grandes aspiraciones de tu vida era comer una tortilla de huevos de aquella ave pampeana en *Nagüel Mapo*, que quiere decir "Lugar del Tigre".

Los gustos se simplifican con el tiempo, y un curioso fenómeno social se viene cumpliendo desde que el mundo es mundo. El *macrocosmo*, o sea, el hombre colectivo vive inventando placeres, manjares, necesidades y el *microcosmo*, o sea, el hombre individual pugnando por emanciparse de las tiranías de la moda y de la civilización.

A los veinticinco años, somos víctimas de un sinnúmero de superfluidades. No tener guantes blancos, frescos como una lechuga, es una gran contrariedad, y puede ser causa de que el mancebo más cumplido pierda casamiento. ¡Cuántos dejaron de comer muchas veces, y sacrificaron su estómago en aras del buen tono!

A los cuarenta años, cuando el cierzo y el hielo del invierno de la vida han comenzado a marchitar la tez y a blanquear los cabellos, las necesidades crecen, y por un bote de *cold cream*, o por un paquete de cosmético, qué no se hace?

Más tarde, todo es lo mismo; con guantes o sin guantes, con retosques o sin ellos "la mona aunque se vista de seda mona se queda".

Lo más sencillo, lo más simple, lo más inocente es lo mejor; nada de picantes, nada de trufas. El *puchero* es lo único que no hace daño, que no se indigesta, que no irrita.

En otro orden de ideas, también se verifica el fenómeno. Hay razas y naciones creadoras, razas y naciones destructoras. Y, sin embargo, en el irresistible *corso e ricorso* de los tiempos y de la humanidad, el mundo marcha; y una inquietud febril nace incesantemente a los mortales de perspectiva en perspectiva, sin que el ideal jamás muera.

Pues, cortando aquí el exordio, te diré, Santiago amigo, que te he ganado de mano.

Supongo que no reñirás por esto conmigo, dejándote dominar por un sentimiento de envidia.

Ten presente que una vez me dijiste, censurando a tu padre, con quien estabas peleado:

—¿Sabes por qué el viejo está mal conmigo?

—Porque tiene envidia de que yo haya estado en el Paraguay y él no.

Es el caso que mi estrella militar me ha deparado el mando de las fronteras de Córdoba, que eran las más asoladas por los ranqueles.

Ya sabes que los ranqueles son esas tribus de indios araucanos, que habiendo emigrado en distintas épocas de la falda occidental de la cordillera de los Andes a la oriental, y pasado los ríos Negro y Colorado, han venido a establecerse entre el Río 5º y el Río Colorado, al naciente del Río Chaleo.

Ultimamente celebré un tratado de paz con ellos, que el Presidente aprobó, con cargo de someterlo al Congreso.

Yo creía que siendo un acto administrativo no era necesario.

¿Qué sabe un pobre coronel de trotes constitucionales?

Aprobado el tratado en esa forma, surgieron ciertas dificultades relativas a su ejecución inmediata.

Esta circunstancia por un lado, por otro cierta inclinación a las correrías azarosas y lejanas; el deseo de ver con mis propios ojos ese mundo, que llaman Tierra Adentro, para estudiar sus usos y costumbres, sus necesidades, sus ideas, su religión, su lengua e inspeccionar yo mismo el terreno por donde alguna vez quizá tendrán que marchar las fuerzas que están bajo mis órdenes, — he ahí lo que me decidí no ha mucho y contra el torrente de algunos hombres que se decían conocedores de los indios a penetrar hasta sus tolderías, y a comer primero que tú en Nagüel Mapo una tortilla de huevo de avestruz.

Nuestro inolvidable amigo Emilio Quevedo, solía decirme cuando vivíamos juntos en el Paraguay, vistiendo el ligero traje de criollos e imitándolo en cuanto nos lo permitían nuestra sencillez y facultades imitativas: — ¡Lucio, después de París, la Asunción! Yo digo: — Santiago, después de una tortilla de huevos de gallina frescos, en el Club del Progreso, una de avestruz en el toldo de mi compadre, el cacique Baigorrita.

Digan lo que quieran, si la felicidad existe, si la podemos concretar y definir, ella está en los extremos. Yo comprendo las satisfacciones del rico y las del pobre; las satisfacciones del amor y del odio; las satisfacciones de la oscuridad y las de la gloria. Pero ¿quién comprende las sa-

tisfacciones de los términos medios; las satisfacciones de la indiferencia, las satisfacciones de ser *cualquier cosa*?

Yo comprendo que haya quien diga: — Me gustaría ser Leonardo Pereira, potentado del dinero.

Pero que haya quien diga: — Me gustaría ser el almacenero de enfrente, D. Juan o D. Pedro, un nombre de pila cualquiera, sin apellido notorio, — eso no.

Y comprendo que haya quien diga: — Yo quisiera ser limpiabotas o vendedor de billetes de lotería.

Yo comprendo el amor de Julieta y Romeo, como comprendo el odio de Silva por Hernani, y comprendo también la grandeza del perdón.

Pero no comprendo esos sentimientos que no responden a nada enérgico ni fuerte, a nada terrible o tierno.

Yo comprendo que haya en esta tierra quien diga: — Yo quisiera ser Mitre, el hijo mimado de la fortuna y de la gloria, o sacristán de San Juan.

Pero que haya quien diga: — Yo quisiera ser el Coronel Mansilla, — eso no lo entiendo, porque al fin, ese mozo *¿quién es?*

Al General Arredondo, mi jefe inmediato entonces le debo, querido Santiago, el placer inmenso de haber comido una tortilla de huevos de avestruz en Nagüel Mapo, de haber tocado los extremos una vez más. Si él me niega la licencia, me quedo con las ganas, y no te gano la delantera.

Siempre le agradeceré que haya tenido conmigo esa deferencia, y que me manifestara que creía muy arriesgada mi empresa, probándome así, que mi suerte no era indiferente. Sólo los que no son amigos pueden conformarse con que otro muera estérilmente... y en la oscuridad.

La nueva línea de fronteras de la Provincia de Córdoba, no está ya donde tú la dejaste cuando pasaste para San Luis, en donde tuviste la fortuna de conocer aquel tipo que te decía un día en el Morro: — ¡Yo no deseo, Sr. D. Santiago, visitar la Europa por conocer el Cristal Palais, ni el Buckingham Palace, ni las Tullerías, ni el London Tunnel, sino por ver ese Septentrión! ese Septentrión!

Está la nueva línea sobre el Río 5º, es decir, que ha avanzado veinticinco leguas, y que al fin se puede cruzar del Río 4º a Achiras sin hacer testamento y confesarse.

Muchos miles de leguas cuadradas se han conquistado.

¡Qué hermosos campos para la cría de ganados son los que se hallan encerrados entre el Río 4º y Río 5º!

La cebadilla, el porotillo, el trébol, la gramilla, crecen frescos y frondosos entre el pasto fuerte; grandes cañadas como la del Gato, arroyos caudalosos y de largo curso como Santa Catalina y Sampacho, lagunas inagotables y profundas, como Chemeco, Tarapendá y Santo Tomé constituyen una fuente de riqueza de inestimable valor.

Tengo en borrador el *croquis topográfico*, levantado por mí de ese territorio inmenso, desierto, que convida a la labor, y no tardaré en publicarlo, ofreciéndoselo con una memoria a la industria rural.

Más de seis mil leguas he galopado en año y medio para conocerlo y estudiarlo.

No hay un arroyo, no hay un manantial, no hay una laguna, no hay monte, no hay un médano donde no haya estado personalmente para determinar yo mismo su posición aproximada y hacerme baqueano, comprendiendo que el primer deber de un soldado es conocer palmo a palmo el terreno donde algún día ha de tener necesidad de operar.

¿Puede haber papel más triste que el de un jefe con responsabilidad librado a un pobre paisano, que lo guiará bien, pero que no le sugerirá pensamiento estratégico alguno?

La nueva frontera de Córdoba, comienza en la raya de San Luis, casi en el meridiano que pasa por Achiras, situado en los últimos dobleces de la Sierra, y costeanado el Río 5º se prolonga hasta la Ramada Nueva, llamada así por mí, y por los ranqueles *Trapalcó*, que quiere decir agua de Totorá. *Trapal* es Totorá y *co* agua.

La Ramada Nueva, son los desagües del Río 5º, vulgarmente denominados la Amarga.

De la Ramada Nueva, y buscando la derecha de la frontera Sud de Santa Fe, sigue la línea por la Laguna Nº 7, llamada así por los cristianos, y por los ranqueles *Potálauquen*, es decir, laguna grande; *potá* es grande y *lauquen* laguna.

Siguiendo el juicioso plan de los españoles, yo establecí esta frontera colocando los fuertes principales en la banda Sur del Río 5º.

En una frontera internacional esto habría sido un error militar, pues los obstáculos deben siempre dejarse a vanguardia para que el enemigo sea quien los supere primero.

Pero en la guerra con los indios el problema cambia de aspecto; lo que hay que aumentarle a este enemigo no son los obstáculos para entrar sino los obstáculos para salir.

El punto o fuerte principal de la nueva línea de frontera sobre el Río 5º se llama Sarmiento. De allí arranca el camino que por Laguna del Cuero, famosa para los cristianos, conduce a Leubucó, centro de las tolдерías ranquelinas.

De allí emprendí mi marcha.

Mañana continuaré.

Hoy he perdido tiempo en ciertos detalles creyendo que para ti no carecerían de interés.

Si al público, a quien le estoy mostrando mi carta, le sucediese lo mismo, me podría acostar a dormir tranquilo y contento como un colegial que ha estudiado bien su lección y la sabe.

¿Cómo saberlo?

Tantas veces creemos hacer reír con un chiste y el auditorio no hace ni un gesto.

Por eso toda la sabiduría humana está encerrada en la inscripción del templo de Delfos.

.....

V

El fogón. — Calixto Oyarzábal. — El cabo Gómez. — De qué fué a la guerra del Paraguay. — Por qué lo hicieron soldado de línea. — José Ignacio Garmendia y Máximo Alcorta. — Predisposiciones mías en favor de Gómez. — Su conducta en el batallón 12 de línea. — Primera entrevista con él. — Su figura en el asalto de Curupaití. — La lista después del combate. — El cabo Gómez muerto.

El fogón es la delicia del pobre soldado, después de la fatiga. Alrededor de sus resplandores desaparecen las jerarquías militares. Jefes superiores y oficiales subalternos, conversan fraternalmente y rien a sus anchas. Y hasta los asistentes que cocinan el puchero y el asado, y los que echan el mate, meten, de vez en cuando, su cucharada en la charla general, apoyando o contradiciendo a sus jefes y oficiales diciendo alguna agudeza o alguna patachada.

Cuando Calixto Oyarzábal, mi asistente, dejó la palabra, con sentimiento de los que le escuchaban, pues es un pillo de siete suelas, capaz de hacer reír a carcajadas a un inglés, pidiéronme mis circunstantes mi cuento.

Yo estaba de buen humor, así fué que después de dirigirle algunas bromas a Calixto, que con su aire de zonzó estudiado, ha hecho ya una revolución en las Provincias, para que veas lo que es el país, tomé a mi turno la palabra.

Y este cuento me permitirás que se lo dedique a un mi amigo, que ha hecho la guerra en el Paraguay como oficial de un batallón de Guardia Nacional.

Se llama Eduardo Dimet, y como le quiero, me permitirás no te haga la primera pintura de su carácter y cualidades porque los colores de la paleta del cariño son siempre lisonjeros y sospechosos.

Voy a mi cuento.

El cabo Gómez, era un correntino que se quedó en Buenos Aires cuando la primera invasión de Urquiza, que dió en tierra con la dictadura de Rosas.

Tendría Gómez, así como unos treinta y cinco años, era alto, fornido, y columpiábase con cierta gracia al caminar; su tez era entre blanca y amarilla, tenía ese tinte peculiar a las razas tropicales; hablaba con la tonada guaranítica, mezclando como es costumbre entre los correntinos y entre los paraguayos vulgares, la segunda y tercera persona; en una palabra, era un tipo varonil simpático.

Marchó Gómez a la guerra del Paraguay, en el 1er. batallón del 1er. Regimiento de G. N. que salió de Buenos Aires bajo las órdenes del comandante Cobo, si mal no recuerdo y perteneció a la compañía de Granaderos.

El capitán de ésta, era otro amigo mío, José Ignacio Garmendia, que después de haber hecho con distinción toda la campaña del Paraguay, anda ahora por Entre Ríos al mando de un batallón.

Un día leíase en la Orden General del 29 Cuerpo de Ejército del Paraguay, a que yo pertenecía: "Destínase por insubordinación, por el término de cuatro años, a un cuerpo de línea al soldado de G. N. Manuel Gómez".

Más tarde presentóse un oficial en el reducto que yo mandaba, — que lo guarnecía el batallón 12 de línea, creado y disciplinado por mí, con esta orden: “Vengo a entregar a Vd. una alta personal”.

Llamé un ayudante y la alta personal fué recibida y conducida a la Guardia de Prevención.

Luego que me desocupé de ciertos quehaceres, hice traer a mi presencia al nuevo destinado para conocerle e interrogarle sobre su falta, amonestarle, cartabonearle y ver a qué compañía había de ir.

Era Gómez, y por su talla esbelta fué a la compañía de granaderos.

José Ignacio Garmendia comía frecuentemente conmigo en el Paraguary, así era que después de la lista de tarde casi siempre se hallaba en mi reducto, junto con otro amigo muy querido de él y mío, Maximio Alcorta, aunque este excelente camarada, que lo mismo se apasiona del sexo hermoso que feo, tiene el raro y desgraciado talento de recomendar de vez en cuando a las personas que más estima: unos tipos que no tardan en mostrar sus malas mañas.

¡Cosas de Maximio Alcorta!

La misma tarde que destinaron a Gómez, Garmendia comió conmigo.

Durante la charla de la mesa, — ya que en campaña a un tronco de yatay se llama así, — me dijo que Gómez había sido cabo de su compañía; que era un buen hombre, de carácter humilde, subordinado, y que su falta era efecto de una borrachera.

Me añadió, que cuando Gómez se embriagaba perdía la cabeza, hasta el extremo de ponerse frenético si le contradecían, y que en ese estado lo mejor era tratarlo con dulzura, que así lo había hecho él, siempre con el mejor éxito.

En una palabra, Garmendia me lo recomendó con esa vehemencia propia de los corazones calientes, que así es el suyo, y por eso cuantos le tratan con intimidad le quieren.

La varonil figura de Gómez y las recomendaciones de Garmendia predispusieron desde luego mi ánimo en favor del nuevo destinado.

A mi turno, pues se lo recomendé al capitán de la compañía de granaderos, diciéndole todo lo que me había prevenido Garmendia.

El tiempo corrió...

Gómez cumplía estrictamente sus obligaciones, circunspecto y callado, con nadie se metía, a nadie incomodaba. Los oficiales le estimaban y los soldados le respetaban por su porte. De vez en cuando le buscaban para tirarle la lengua y arrancarle tal cual agudeza correntina.

En ese tiempo yo era mayor y jefe interino del batallón 12 de línea. Todos los sábados pasaba personalmente una revista general.

Me parece que lo estoy viendo a Gómez en las filas cuadrado a plomo, inmóvil como una estatua, serio, melancólico, con su fusil reluciente, con su correa lustroso, con todo su equipo tan aseado que daba gusto.

Gómez no tardó en volver a ser cabo.

Habrían pasado cinco meses.

Un día, paseábame yo a lo largo de la sombra que proyectaba mi alojamiento, que era una hermosa carreta.

Esto era en el célebre campamento de Tuyutí, allá por el mes de agosto.

En qué pensaba, cómo saberlo ahora. Pensaría en lo que amaba o en la gloria, que son los dos grandes pensamientos que dominan al soldado. Recuerdo tan sólo que en una de las vueltas que di, una voz conocida me sacó de la abstracción en que estaba sumergido.

Di media vuelta, y como a unos seis pasos de retaguardia, vi al cabo Gómez, cuadrado, haciendo la venia militar, doblándose para adelante, para atrás, a derecha e izquierda así como amenazando perder su centro de gravedad.

Sus ojos brillaban con un fuego que no les había visto jamás.

En el acto conocí que estaba ebrio.

Era la primera vez desde que había entrado en el batallón.

Por cariño y por las prevenciones que me había hecho Garmendia, le dirigí la palabra así:

—¿Qué quiere, amigo?

—Aquí te vengo a ver, che Comandante, pa que me des licencia usted.

—¿Y para qué quieres licencia?

—Para ir a Itapirú a visitar una hermanita que me vino de la Esquina.

—Pero hijo, si no estás bueno de la cabeza.

—No, che comandante, no tengo nada.

—Bien, entonces, dentro de un rato te daré la licencia, ¿no te parece?

—Sí, sí.

Y esto diciendo, y haciendo un gran esfuerzo para dar militarmente la media vuelta y hacer como era debido la venia, Gómez giró sobre los talones y se retiró.

Pasó ese día, o mejor dicho llegó la tarde, y junto con ella Garmendia.

Contéle que Gómez se había embriagado por primera vez, y me dijo que debía haberlo hecho para perder el miedo de hablar con el jefe, que cuando estaba en su batallón así solía hacer algunas veces.

Como él y yo nos interesábamos en el hombre, sobre tablas entramos a averiguar cuánto tiempo hacía que estaba ebrio cuando habló conmigo.

Llamé al capitán de granaderos, le hicimos varias preguntas y de ellas resultó exactamente lo que me acababa de decir Garmendia, —que Gómez había tomado para atreverse a llegar hasta mí.

Empezando por el sargento 1º de su compañía y acabando por el capitán, a todos los que debía, les había pedido la venia para hablar conmigo, estando en perfecto estado; de lo contrario, no se la habrían concedido.

Al otro día de este incidente, Gómez estaba ya bueno de la cabeza. Iba a llamarlo, mas entraba de guardia, según vi al formar la parada, y no quise hacerlo.

Terminado su servicio, le llamé, y recordándole que tres días antes me había pedido una licencia, le pregunté si ya no la quería.

Su contestación fué callarse y ponerse rojo de vergüenza.

—¿Por cuántos días quiere Vd. licencia, cabo?

—Por dos días, mi Comandante.

—Está bien; vaya Vd., y pasado mañana, al toque de asamblea, esté Vd. aquí.

—Está bien, mi Comandante.

Y esto diciendo, saludó respetuosamente, y más tarde se puso en marcha para Itapirú, y a los dos días, cuando tocaban asamblea, la alegre asamblea, el cabo Gómez entraba en el reducto, de regreso de visitar a su hermana, bastante picado de aguardiente, cargado de tortas, queso y cigarros que no tardó en repartir con sus hermanos de armas.

Yo también tuve mi parte, tocándome un excelente queso de Goya, que me mandaba su hermana, a quien no conocía.

¡En el mundo no hay nada más bueno, más puro, más generoso que un soldado!

El tiempo siguió corriendo.

Marchamos de los campos de Tuyutí a los de Curuzú para dar el famoso asalto de Curupaití.

Llegó el memorable día, y tarde ya, mi batallón recibió orden de avanzar sobre las trincheras.

Se cumplió con lo ordenado.

Aquello era un infierno de fuego. El que no caía muerto, caía herido y el que sobrevivía a sus compañeros contaba por minutos la vida. De todas partes llovían balas. Y lo que completaba la grandeza de aquel cuadro solemne y terrible de sangre, era que estábamos como envueltos en un trueno prolongado, porque las detonaciones del cañón no cesaban.

A los cinco minutos de estar mi batallón en el fuego sus pérdidas eran ya serias, — muchos muertos y heridos yacían envueltos en su sangre, intrépidamente derramada por la bandera de la patria.

Recorriendo de un extremo a otro hallé al cabo Gómez, herido en una rodilla: pero haciendo fuego hincado.

—Retírese, cabo, — le dije.

—No, mi comandante, — me contestó, — todavía estoy bueno — y siguió cargando su fusil y yo mi camino.

Al regresar de la extrema derecha del batallón a la izquierda, volví a pasar por donde estaba Gómez.

Ya no hacía fuego hincado, sino echado de barriga, porque acababa de recibir otro balazo en la otra pierna.

—Pero, cabo, retírese hombre, se lo ordeno — le dije.

—Cuando Vd. se retire, mi comandante, me retiraré, — repuso, y echando un voto, agregó: — ¡paraguayos, ahora verán!

Y ebrio con el olor de la pólvora y de la sangre, hacía fuego y cargaba su fusil con la rapidez de un rayo, como si estuviese ileso.

Aquel hombre era bravo y sereno como un león.

Ordené a algunos heridos leves que se retiraban que lo sacaran de allí, y seguí para la izquierda.

El asalto se prolongaba...

Yendo yo con una orden, recibí un casco de metralla en un hombro, y no volví al fuego de la trinchera.

Pocos minutos después, el ejército se retiraba salpicado con la sangre de sus héroes, pero cubierto de gloria.

Para pasar el parte, fué menester averiguar la suerte que le había cabido a uno de los compañeros.

Esta ceremonia militar es una de las más tristes.

Es una revista en la que los vivos contestan por los muertos, los sanos por los heridos.

¿Quién no ha sentido oprimirse su pecho después de un combate, durante ese acto solemne?

—¡Juan Paredes!

—¡Presente!...

—¡Pedro Torres!

—¡Herido!...

—¡Luis Corro!

—¡Muerto!...

¡Ah! ese "¡Muerto!" hace un efecto que es necesario sentirlo para comprender toda su amargura.

Según la revista que se pasó en el 12 de línea por el teniente 1º D. Juan Pencienati, que fué el oficial más caracterizado que regresó sano y salvo del asalto de Curupaítí, y según otras averiguaciones que se tomaron, conforme a la práctica, resultó que el cabo Gómez había muerto y por muerto se le dió.

En la vista que se mandó pasar a los hospitales de sangre, no se halló al cabo Gómez.

Para mí no cabía duda, de que Gómez si no había muerto, había caído prisionero herido.

Los soldados decían, — No señor, el cabo Gómez ha muerto. Nosotros lo hemos visto echado boca abajo al retirarnos de la trinchera con la bandera.

Yo sentía la muerte de todos mis soldados como se siente la separación eterna de objetos queridos.

Pero lo confieso, sobre todos los soldados que sucumbieron en esa jornada de recuerdo imperecedero, el que más echaba de menos era el cabo Gómez.

La actitud de ese hombre oscuro, tendido de barriga, herido en las dos piernas y haciendo fuego con el ardor sagrado del guerrero, estaba impresa en mí con indelebles caracteres.

Esta visión no se borrará jamás de mi memoria. Perderé el recuerdo de ella cuando los años me hayan hecho olvidar todo.

Y por hoy término aquí, y mañana proseguiré mi cuento.

Hoy te he narrado sencillamente la muerte de un vivo. Mañana te contaré la vida de un muerto.

Si lo de hoy te ha interesado, lo de mañana también te interesará.

A los del fogón que me escucharon les sucedió así.

VI

Regreso de Curupaítí. — Resurrección del cabo Gómez. — Cómo se salvó. — Sencillo relato. — Posibilidad de que un pensamiento se realice. — Dos escuelas filosóficas. — Un asesinato que nadie había visto. — Sospechas.

El ejército volvió a ocupar sus posiciones de Tuyutí; mi batallón su antiguo reducho.

Durante algún tiempo fué pan de cada día conversar del asalto de Curupaití, ora para hacer su crítica, ora para recordar los héroes que cayeron mortalmente heridos aquel día de luto.

La sucesión del tiempo, nuevos combates, otros peligros iban haciendo olvidar las nobles víctimas.

Sólo persistían en el espíritu el recuerdo de los predilectos, — de esos predilectos del corazón, cuya imagen querida no desvanece ni el dolor ni la alegría.

De cuando en cuando, los hospitales de Itapirú, de Corrientes y de Buenos Aires, nos remitían pelotones de valientes curados de sus gloriosas y mortales heridas.

La humanidad y la ciencia hacían en esas épocas de lucha diaria y cruenta, verdaderos milagros.

¡Cuántos que salieron horriblemente mutilados del campo de batalla, no volvieron a los pocos días a empuñar con mano vigorosa el acero vengador!

Los que mandaban cuerpos, enviaban de tiempo en tiempo oficiales de confianza a revisar los hospitales, tomar buena nota de sus enfermos o heridos respectivos y socorrerlos en cuanto cabía.

Yo tenía frecuentes noticias de los hospitales de Itapirú y de Corrientes. Los enfermos seguían bien. Día a día esperaba algunas altas.

Pensaba en esto quizá, cierta mañana, paseándome, según mi costumbre por el parapeto de la batería, cuyos cañones tenían constantemente dirigidas sus elocuentes y fatídicas bocas al montecito de Yataytí-Corá, cuando un ayudante vino a anunciarme:

—Señor, una alta del hospital.

Su fisonomía traicionaba una sorpresa.

—¿Y quién, hombre?

—Un muerto.

—¿Cuál de ellos?

—El cabo Gómez.

Al oírle, salté impaciente y alegre del parapeto a la explanada, corriendo en dirección al rancho de la Mayoría.

La noticia de la aparición del cabo Gómez, ya había cundido por las cuadras.

Cuando llegué a la puerta de la Mayoría, un grupo de curiosos la obstruía.

Me abrieron paso y entré.

El cabo Gómez estaba de pie, apoyado en su fusil y llevaba la mochila terciada. Sus vestiduras estaban destrozadas, su rostro pálido, había adelgazado mucho y costaba reconocerle.

Realmente, parecía un resucitado.

Le di un abrazo y ordené en el acto que prepararan un baile para celebrar esa noche la resurrección de un compañero y el regreso del primer herido.

El batallón era un barullo. Todos querían ver a un tiempo al cabo: los unos le hacían señas con la cabeza, los otros con las manos, los que no podían verle bien, se trepaban sobre el mojinete de los ranchos, nadie se atrevía a dirigirle la palabra interrumpiéndome a mí.

—¿Y cómo te ha ido, hombre?

—Bien, mi Comandante.

—¿Dónde está la alta? —pregunté al oficial encargado de la Mayoría. Díomela; y notando que era de un hospital brasileño, me dirigí al cabo.

—¿Qué has estado en un hospital brasileño?

—Sí, mi Comandante.

—¿Y cómo te salvaste de Curupaití? cuando yo te ordené salieras de la trinchera ya estabas herido de las dos piernas, no te podías mover.

—Mi Comandante, cuando los demás se retiraron con la bandera, viendo yo que nadie me recogía, porque no me oían o no me veían, me arrastré como pude y me escondí en unas pajas a ver si en la noche me podía escapar.

—¿Y cómo te escapaste?

—Cuando los nuestros se retiraron, los paraguayos salieron de la trinchera y comenzaron a desnudar los heridos y los muertos. Yo estaba vivo; pero muy mal herido, y como vi que mataban algunos que estaban *penando* me acabé de hacer el muerto, a ver si me dejaban. No me tocaron, anduvieron dando vueltas cerca de mí y no me vieron. Lo que la noche se puso oscura, hice fuerza para levantarme y me levanté y caminé agarrándome del fusil, que es este mismo, mi Comandante.

Un silencio profundo reinaba en aquel momento. Todos contenían hasta la respiración, para no perder una palabra de las del cabo.

—¿Y por dónde saliste?

Esa noche no pude salir, porque no era baqueano, y me perdí varias veces, y me costaba mucho caminar, porque me dolían los balazos. Pero así que vino la mañana, ya supe a dónde debía ir; porque oí la diana de los brasileiros. Seguí el rumbo y el humo de un vapor, y salí a Curuzú. Allí había muchos heridos, que estaban embarcando y a mí me embarcaron con ellos y me llevaron a Corrientes y allí he estado en el hospital, y ya estoy muy mejor, mi Comandante, y me he venido porque ya no podía aguantar las ganas de ver el batallón.

—¡Viva el cabo Gómez, muchachos! —grité yo.

—¡Viva! —contestaron los muy bribones, que nunca son más felices que cuando se les incita al desorden y se les deja la libertad de retozar.

Y se lo llevaron al cabo Gómez en triunfo, dándole mil bromas, y siendo su venida inesperada un motivo de general animación y contento durante muchas horas.

Estas escenas de la vida militar, aunque frecuentes, son indescriptibles.

Garmendia vino esa tarde a compartir mi pucherete, mi asado flaco y mi farriña, sabiendo ya por uno de sus asistentes que el cabo Gómez había resucitado.

Garmendia tiene fibras de soldado y estaba infantilmente alegre del suceso; así fué que la primera cosa que me dijo al verme, fué:

—Con que el cabo Gómez no había muerto en Curupaití, ¡cuánto me alegro!

—¿Y dónde está, llámelo, vamos a preguntarle cómo se escapó?

Contéle entonces todo lo que acababa de referirme el cabo; pero como se empeñase en verle la cara, le hice venir.

Interrogado por Garmendia, repitió lo que ya sabemos, con algunos

agregados, como por ejemplo, que la noche que estuvo oculto, él mismo se ligó las heridas, haciendo hilas y vendas de la ropa de un muerto.

Contónos también que estaba muy triste y avergonzado, porque en los primeros momentos del fuego, el día de Curupaití, el alférez Guevara le había pegado un bofetón, creyendo que estaba asustado, y diciéndole, — ¡Eh! haga fuego, déjese de mirar el oído del fusil.

Que él no había estado asustado ese día, que cuando el alférez le pegó, estaba limpiando la chimenea de su arma, que recién se asustó un poco cuando los paraguayos salieron de sus posiciones desnudando y matando, porque no tenía fuerzas para defenderse, y le dió miedo que lo ultimaran sin poder hacerles cara.

Y todo esto era dicho con una ingenuidad que cautivaba, dando la medida del temple de ese corazón de acero.

Garmendia gozaba como en el día de sus primeras revelaciones. Yo me sentía orgulloso de contar en mis filas un nene como aquél.

Confieso que le amaba.

Esa misma noche, y con motivo de las interminables preguntas de Garmendia, supe que Gómez había padecido en otro tiempo de alucinaciones.

Explicónos en su media lengua, lo mejor que pudo, que en Buenos Aires, siendo más joven, había tenido una querida. Que esta mujer le había sido infiel y que había estado preso por una puñalada que le diera.

Al recordarla, una especie de celaje sombrío envolvió su rostro, al mismo tiempo que cierta sonrisa tierna vagó por sus labios.

La curiosidad aumentaba el interés de este tipo, crudo, enérgico y fuerte, tan común en nuestro país.

Inquiriendo las causas que armaron el brazo de este Otelo correntino, sacamos en limpio que su querida no había faltado a los compromisos contraídos o a la fe jurada.

Que en sueños, mientras dormían juntos, la había visto en brazos de un rival, que él aborrecía mucho; que cuando se despertó, el hombre no estaba allí, pero que él lo veía patente; que lo hirió en el corazón, y que, a un grito de su querida, volvió en sí, despertándose del todo, y viendo recién que estaban los dos solos y que su cuchillo se había clavado en el pecho de su bien amada.

Este relato debe conservarse indeleble en la memoria de Garmendia; porque esa noche después, me dijo varias veces que si no pensaba escribir aquello.

Yo entonces tenía mi espíritu en otra línea de tendencias y no lo hice nunca.

A no ser mi excursión a Tierra Adentro, la historia de Gómez queda inédita, en el archivo de mis recuerdos.

Creerán algunos que a medida que corre la pluma voy fraguando cosas imaginarias, para llenar papel y aumentar el efecto artificial de estas mal zurcidas cartas.

Y sin embargo todo es cierto.

Los abismos entre el mundo real y el mundo imaginario no son tan profundos.

La visión puede convertirse en una amable o en una espantosa realidad. Las ideas son precursoras de hechos.

Hay más posibilidad de que lo que yo pienso sea, que seguridad de que un acontecimiento cualquiera se repita.

Las viejas escuelas filosóficas discurrían al revés.

El pasado no prueba nada. Puede servir de ejemplo, de enseñanza no.

Pero me echo por esos trigales de la pedantería y temo perderme en ellos.

Gómez nos hizo pasar una noche amena.

Al día siguiente otras impresiones sirvieron de pasto a la conversación, sin duda alguna, que nada hay tan fecundo para la cabeza y para el corazón como dos ejércitos que se acechan, que se tirotean y se cañonean, desde que sale el sol hasta que se pone.

Gómez dejó de ocupar por algún tiempo la atención de Garmendia y la mía.

¡Qué persistencia de personalidad!

Una mañana regresando a caballo a mi reducto, pasé como de costumbre por el campamento del viejo querido Mateo J. Martínez.

Jamás lo hacía sin recibir o dar alguna broma.

Este viejo en prospecto, para que no se enfade, si desconoce su actualidad, tiene la facilidad difícil de hacerse querer de cuantos le tratan con intimidad.

Iba a decir, que al pasar por el alojamiento de don Mateo, supe por él que en mi batallón había tenido lugar un suceso desagradable.

—¿Vd, paseando, amigo, y en su reducto matando vivanderos?

—¡No embrome, viejo!

—¿Qué no embrome? Vaya y verá.

Piqué el caballo y lleno de curiosidad y confusión partí al galope llegando en un momento a mi reducto.

No tuve necesidad de interrogar a nadie.

Un hombre maniatado que rugía como una fiera en la guardia de prevención me descorrió el velo del misterio.

—¡Desaten ese hombre! grité con inexplicable mezcla de coraje y tristeza.

Y en el acto el hombre fué desatado, y los rugidos cesaron, oyéndose sólo:

—Quiero hablar con mi Comandante.

Vino el Comandante de campo, y en dos palabras me explicó lo acaecido.

—Han asesinado a un vivandero que estaba de visita en el rancho del alférez Guevara!

—¿Quién?

—El cabo Gómez.

—¿Y quién lo ha visto?

—Nadie, señor, pero se sospecha sea él, por qué está ebrio, y murmura entre dientes, había jurado matarlo, ¡un bofetón a mí!...

¡Me quedé aterrado!

Pasé el parte sin mentar a Gómez.

Y aquí termino hoy.

Lo que no tiene interés en sí mismo, puede llegar a picar la curiosidad del amigo y de los lectores, según el método que se siga al hacer la relación.

El cabo Gómez queda preso.

VII

Presentimientos de la multitud. — Un asesino sin saberlo. — Deseos de salvarle. — Averiguaciones. — Un fiscal confuso. — Juicios contradictorios. — Agustín Mariño, auditor del Ejército Argentino. — Consejo de guerra. — Dudas. — Sentencia del cabo Gómez. — Se confirma la pena de muerte. — Preparativos. — La ejecución. — Una aparición.

Un hombre había sido asesinado en pleno día, durante la luz meridiana, en un recinto estrecho, de cien varas cuadradas, en medio de cuatrocientos seres humanos, con ojos y oídos, el cadáver estaba ahí encharcado en su sangre humeante, sin que nadie le hubiera tocado aun cuando yo penetré en el reducto, — y nadie, nadie, absolutamente nadie, podía decir, apoyándose en el testimonio inequívoco de sus sentidos, el asesino es fulano.

Y sin embargo, todo el mundo tenía el presentimiento de que había sido el cabo Gómez y algunos lo afirmaban, sin atreverse a jurar que lo fuera.

¡Qué extraño y profético instinto el de las multitudes!

Inmediatamente que pasé el parte, que se redujo a dar cuenta del hecho y a pedir permiso para levantar una sumaria, traté de averiguar lo acontecido.

Cuando vino la contestación correspondiente, yo estaba convencido ya de que el asesino era el cabo Gómez.

El hombre que viendo al extranjero amenazar su tierra marcha cantando a las fronteras de la Patria; que cruza ríos y montañas, que no le detienen murallas, ni cañones, que todo lo sacrifica, tiempo, voluntad, afecciones, y hasta la misma vida, que si se le grita, *¡arriba!* se levanta, *¡adelante!* marcha, *muere ahí*, ahí muere, en el momento quizá más dulce de la existencia, cuando acaba de recibir tiernas cartas de su madre y de su prometida, que esperanzadas en la bondad inmensa de Dios, le hablan del pronto regreso al hogar, ¿ese hombre no merece que en un instante solemne de la vida, se haga algo por él?

Eso hice yo. Y para que no me quedase la menor duda de que el asesino era el indicado, le hice comparecer ante mí, e interrogándole con esa autoridad paternal y despótica del jefe, me hice la ilusión de arrancarle sin dificultad el terrible secreto.

El cabo estaba aún bajo la influencia deletérea del alcohol; pero bastante fresco para contestar con precisión a todas mis preguntas.

—Gómez,— le dije afectuosamente — quiero salvarte, pero para conseguirlo necesito saber si eres tú el que ha muerto al hombre ese que estaba de visita en el rancho del alférez Guevara.

El cabo no respondió, clavándose sus ojos en los míos y haciendo un gesto de esos que dicen: dejadme meditar y recordar.

Dile tiempo, y cuando me pareció que el recuerdo le asaltaba, proseguí:

—Vamos, hijo, dime la verdad.

—Mi Comandante —repuso con el aire y el tono de la más perfecta ingenuidad, —yo no he muerto ese hombre.

—Cabo, —agregué, fingiendo enojo —por qué me engañas, ¿a mí me mientes?

—No, mi Comandante.

—Júralo, por Dios.

—Lo juro, mi Comandante.

Esta escena pasaba lejos de todo testigo. La última contestación del cabo me dejó sin réplica y caí en meditación, apoyando mi nublada frente en la mano izquierda como pidiéndole una idea.

No se me ocurrió nada.

Le ordené al cabo que se retirara.

Hizo la venia, dió media vuelta y salió de mi presencia, sin haber cambiado el gesto que hizo cuando le dirigí mi primera pregunta.

A pocos pasos de allí le esperaban dos custodias, que le volvieron a la guardia de prevención.

Yo llamé un ayudante y dicté una orden, para que el alférez D. Juan Alvarez Ríos, procediese sin dilación a levantar la sumaria debida.

Alvarez era el fiscal menos aparente para descubrir, o probar lo acaecido; por eso me fijé en él. No porque fuera negado, al contrario, sino porque es uno de esos hombres de imaginación impresionable, inclinados a creer en todo lo que reviste caracteres extraordinarios o maravillosos.

A pesar del juramento del cabo yo tenía mis dudas, y estaba resuelto a salvarle aunque resultasen vehementes indicios contra él, de lo que Alvarez inquirese.

Volví, pues, a tomar nuevas averiguaciones con el doble objeto de saber la verdad y de mistificar la imaginación de Alvarez, previniendo mañosamente el ánimo de algunos.

Por su parte, Alvarez se puso en el acto en juego, no habiéndoselas visto jamás más gordas.

Empezó por el reconocimiento médico del cadáver, registro, etc., y luego que se llenaron las primeras formalidades vino a mí, —para hacerme saber, que en los bolsillos del muerto se había hallado algún dinero, creo que doce libras esterlinas, y consultarme qué haría con ellas.

Díjele lo que debía hacer, y así como quien no quiere la cosa, agregué:

—No le decía a Vd. que Gómez no podía ser el asesino, se habría robado el dinero.

Esta vulgaridad surtió todo el efecto deseado, porque Alvarez me contestó: —Eso es lo que yo digo, aquí hay algo.

Más tarde volvió a decirme, que se había encontrado un cuchillo ensangrentado cerca del lugar del crimen; pero que habiendo muchos iguales no se podía saber si era el del cabo Gómez o no; que después lo sabría y me lo diría, porque era claro que si Gómez tenía el suyo, el asesino no podía ser él.

Aunque era cierto que la desaparición del cuchillo de Gómez podría probar algo, también podría no probar nada. Era, sin embargo, mejor que resultase que el cabo tenía el suyo.

Otro cabo, Irrazábal, hombre de toda mi confianza, que había sido mi asistente mucho tiempo, fué de quien me valí para saber si Gómez tenía o no su cuchillo.

Irrazábal estaba de guardia, de manera que no tardé en salir de mi curiosidad.

Gómez tenía su cuchillo, y en la cintura nada menos.

Quedéme perplejo al saberlo.

Voy a pasar por alto una infinidad de detallés. Sería cosa de nunca acabar.

Alvarez siguió fiscalizando los hechos, enredándose más a medida que tomaba nuevas declaraciones; lo que sobre todo acabó de hacerle perder su latín, fué la declaración de Gómez, que negó rotundamente haber asesinado a nadie.

Unas cuantas manchas de sangre que tenía en la manga de la camisa, cerca del puño, dijo que debían ser de la carneada.

Efectivamente, esa mañana había estado en el matadero del ejército, con un pelotón de su Compañía que salió de fajina.

Y para mayor confusión, resultaba que se había dado un pequeño tajo en el pulgar de la mano izquierda, con el cuchillo de otro soldado.

No obstante, la conciencia del batallón, — sin que nadie hubiese afirmado terminantemente cosa alguna contra Gómez, seguía siendo la conciencia del primer momento: Gómez es el asesino.

Al fin, acabó por haber dos partidos, — uno de los oficiales y de los soldados más letrados, — otro de los menos avisados, que era el partido de la gran mayoría.

La minoría sostenía que Gómez no era el asesino del vivandero, y hasta llegó a susurrarse, que éste y el alférez Guevara habían tenido una disputa muy acalorada, insinuando otros con malicia que Guevara le debía mucho dinero.

Alvarez estaba desesperado de tanta versión y opinión contradictoria, y sobre todo, lo que más le trabucaba era la opinión mía, favorable en todas las emergencias que sobrevenían a la causa de Gómez.

Los oficiales más diablos le tenían aterrado zumbándole al oído, que sería severamente castigado si nada probaba, y con mucha más razón si sin pruebas ponía una vista contra Gómez.

El pobre alférez iba y venía en busca de mi inspiración, y salía siempre cabizbajo con esta reflexión mía:

¡Cuántas veces no pagan justos por pecadores!

Como era natural, la sumaria no tardó en estar lista. En campaña el término es limitadísimo para estos procedimientos.

Fué elevada, y sobre la marcha se ordenó que el cabo Gómez fuera juzgado en Consejo de Guerra ordinario.

El Auditor del Ejército, joven español, lleno de corazón y de talento, que sirvió como un bravo, que luchó como un hombre templado a la antigua, contra el cólera dos veces, contra la fiebre intermiente, contra todas las demás plagas del Paraguay, y que ha muerto en el olvido, que así suele pagar la patria la abnegación, era mi particular amigo; yo le había colocado al lado del General Emilio Mitre cuando dejé de ser su secretario militar.

Por él supe lo que contenía la causa de Gómez, que Alvarez, a pesar de su notoria inhabilidad, algo había descubierto, que arrojaba sospechas de que Gómez era el verdadero autor del crimen.

Nombrado el consejo y prevenido yo por Mariño, procuré con el mayor empeño hacer atmósfera en pro de mi protegido, viendo a los vocales, conversándoles del suceso y diciéndoles qué clase de hombre era el acusado, sus servicios, su valor heroico y el amor que por esas razones le tenía.

Reunióse el consejo el día y hora indicado, y Gómez fué llevado ante él, con todas las formalidades y aparato militar, que son imponentes.

La opinión del batallón se había hecho mientras tanto unánime contra Gómez. Sólo había disputas sobre su suerte. Los unos creían que sería fusilado: los otros que no, que sería recargado, porque el General en Jefe, en presencia de sus méritos y servicios, quo yo haría constar, le conmutaría la pena, dado el caso que el consejo lo sentenciara a muerte.

Yo era el único que no tenía opinión fija.

Parecíame a veces que Gómez era el asesino, otras dudaba, y lo único que sabía positivamente era que no omitiría esfuerzo para salvarle la vida.

A fin de no perder tiempo, asistí como espectador al juicio, mas viendo que el ánimo de algunos era contrario a mi ahijado, me disgusté sobremanera y me volví a mi campo sumamente contrariado.

Se leyó la causa, y cuando llegó el momento de votar, el consejo se encontró atado. En conciencia, ninguno de los vocales se atrevía a fallar condenando o absolviendo.

Entonces, guiado el Consejo por un sentimiento de rectitud y de justicia, hizo una cosa indebida.

Remitieron los autos y resolvieron esperar. Y volviendo éstos sin tardanza, el Consejo Ordinario se convirtió en Consejo de Guerra verbal, teniendo el acusado que contestar a una porción de preguntas sugestivas, cuyo resultado fué la condenación del cabo.

Los que presenciaron el interrogatorio, me dijeron que el valiente de Curapaití no desmintió un minuto siquiera su serenidad, que a todas las preguntas contestó con aplomo.

Antes de que el cabo estuviera de regreso del Consejo, ya sabía yo cuál había sido su suerte en él.

Púseme en movimiento, pero fué en vano. Nada conseguí. El superior confirmó la sentencia del Consejo, y al día siguiente en la Orden General del Ejército, salió la orden terrible mandando que Gómez fuera pasado por las armas al frente de su batallón, con todas las formalidades de estilo.

No había que discutir ni que pensar en otra cosa, sino en los últimos momentos de aquel valiente infortunado.

¡La clemencia es caprichosa!

Los preparativos consistieron en ponerle en capilla y en hacer llamar al confesor.

Todos habían acusado a Gómez y todos sentían su muerte.

El cabo oyó leer su sentencia, sin pestañear, cayendo después en una especie de letargo. Yo me acerqué varias veces a la carpa en que se le

había confinado, hablé en voz alta con el centinela y no conseguí que levantara la cabeza.

El confesor llegó; era el Padre Lima.

Gómez era cristiano y le recibió con esa resignación consoladora, que en la hora angustiosa de la muerte da valor.

El padre estuvo un largo rato con el reo, y dejándole otro solo, como para que replegase su alma sobre sí misma, vino donde yo estaba encantado de la grandeza de aquel humilde soldado.

Quise preguntarle si le había confesado algo del crimen que se le imputaba, y me detuve ante esa interrogación tremenda, por un movimiento propio y una admonición discreta del sacerdote, que sin duda conoció mi intención y me dijo, "queda preparándose".

Yo pasé la noche en vela junto con el Padre. El por sus deberes, y yo por mi dolor, que era intenso, verdadero, imponderable, no podíamos dormir.

Quería y no quería hablar por última vez con el cabo.

Me decidí a hacerlo.

¡Pobre Gomez! Cuando me vió entrar agachándome en la carpa, intentó incorporarse y saludarme militarmente. Era imposible por la estrechez.

—No te muevas, hijo — le dije.

Permaneció inmóvil.

—Mi Comandante — murmuró.

Al oír aquel mi Comandante, me pareció escuchar este reproche amargo: Vd. me deja fusilar.

—He hecho todo lo posible por salvarte, hijo.

—Ya lo sé, mi Comandante, — repuso, y sus ojos se arrasaron en lágrimas, y los míos también, abrazándonos.

Dominando mi emoción, le pregunté:

—¿Cómo hiciste eso?

—Borracho, mi Comandante.

—¿Y cómo me lo negaste el primer día?

—Vd. me preguntó por un vivandero, y yo creía haber muerto al alferez Guevara.

—¿Esa fué tu intención?

—Sí, mi Comandante, me había dado un bofetón el día del asalto de Curapaití, sin razón alguna.

—¿Y qué has confesado en el Consejo?

—Mi Comandante, no lo sé. Yo he creído que el muerto era el alferez. Me han preguntado tantas cosas que me he perdido.

Salí de allí...

Hablé con el Padre y le rogué le preguntara a Gómez qué quería.

Contestó que nada.

Le hice preguntar si no tenía nada que encargarme, que con mucho gusto lo haría.

Contestó, que cuando viniese el Comisario, le recogiese sus sueldos; que le pagase *un peso* que le debía al sargento 1º de su compañía y que el resto se lo mandara a su hermana que vivía en la Esquina, villorio de Corrientes rayano de Entre Ríos.

Pasó la noche tristemente y con lentitud.

El día amaneció hermoso, el batallón sombrío.

Nadie hablaba. Todos se aprestaban en sepulcral silencio para las 8.

Era la hora funesta y fatal.

La orden, que yo presidiera la ejecución.

No lo hice, porque no podía hacerlo. Estaba enfermo.

Mi segundo salió con el batallón y mandó el cuadro.

Yo me quedé en mi carreta. La caja batía marcha lúgubrementemente.

Yo me tapé los oídos con entrambas manos.

No quería oír la fatídica detonación.

Después me refirieron cómo murió Gómez.

Desfiló marcialmente por delante del batallón repitiendo el rezo del sacerdote.

Se arrodilló delante de la bandera, que no flameaba sin duda de tristeza.

Le leyeron la sentencia, y dirigiéndose con aire sombrío a sus camaradas, dijo, con voz firme cuyo eco repercutió con amargura:

—¡Compañeros! así paga la Patria a los que saben morir por ella. Textuales palabras, oídas por infinitos testigos que no me desmentirán.

Quisieron vendarle los ojos y no quiso.

Se hincó... Un resplandor brilló... los fusiles que apuntaron... oyóse un solo estampido... Gómez había pasado al otro mundo.

El batallón volvió a sus cuadras y los demás piquetes del ejército a las suyas, impresionados con el terrible ejemplo; pero llorando todos al cabo Gómez.

A los pocos días yo tuve una aparición... Decididamente hay vidas inmortales.

VIII

El Palmar de Yatetí. — Sepulcro de un soldado. — Su memoria. — Sus últimos deseos cumplidos. — El rancho del General Gelly y lo que allí pasó. — Resurrección. — Visión realizada. — Fanatismo.

A inmediaciones de mi reducto estaba el palmar de Yataití, donde tantos y tan honrosos combates para las armas argentinas tuvieron lugar.

Allí fué enterrado el cabo Gómez, y sobre su sepulcro mandé colocar una tosca cruz de pino con esta inscripción:

“Manuel Gómez, cabo del 12 de línea”.

Durante algunas horas, su memoria ocupó tristemente la imaginación de mis buenos soldados. Y, poco a poco, el olvido, el dulce olvido fué borrando la impresiones luctuosas de ese día. Al siguiente, su nombre volvió a ser mentado, no fué ya a impulsos del dolor sufrido.

Así es la vida, y así es la humanidad. Todo pasa felizmente, en una sucesión constante, pero interrumpida, de emociones tiernas o desagradables, profundas o superficiales.

Ni el amor, ni el odio, ni el dolor, ni la alegría absorben por completo la existencia de ningún mortal. Sólo Dios es imperecedero.

La muchedumbre olvidó luego, como ves, el trágico fin del cabo.

Yo me dispuse a cumplir sus últimas voluntades.

Llamé al sargento 1º de la compañía de Granaderos, y con esa preocupación fanática que nos hace cumplir estrictamente los caprichos póstumos de los muertos queridos, le pagué *el peso* que le debía el cabo.

Confieso que después de hacerlo, sentí un consuelo inefable.

¡Cuesta tanto a veces cumplir las pequeneces!

Es por eso que el hombre debe ser observado y juzgado por sus obras chicas, no por sus obras grandes.

En el cumplimiento de las últimas, está interesado generalmente el honor o el crédito, el amor propio o el orgullo, el egoísmo o la ambición.

En el cumplimiento de las primeras no influye ninguno de esos poderosos resortes del alma humana, sino la conciencia.

Chancelada la deuda con el sargento, me quedaba por hacer la remisión prometida de los haberes devengados de Gómez a la Esquina.

Esperar el Comisario era un sueño. ¿Cuándo vendría éste? Y si venía, ¿estaría yo vivo? ¿Me entregaría, sobre todo, los sueldos del cabo? ¿El Estado no es el heredero infalible de nuestros soldados muertos en el campo de batalla, por él mismo, o por la libertad de la Patria, o por su honor ultrajado?

¿No es esa la consecuencia del odioso e imperfecto sistema administrativo militar que tenemos?

Gómez, no era un soldado antiguo en mi batallón. Reservándome, pues, ver si recogía sus sueldos de Guardia Nacional, resolví mandarle a su hermana los seis u ocho que se le debían como soldado de línea.

Simbad, el corresponsal del *Standard*, a la sazón en el teatro de la guerra, era vecino de la Esquina y mi antiguo amigo.

Debo a él la iniciación en un mundo nuevo, la lectura del *Cosmos*, ese monumento imprecadero de la sapiencia del siglo XIX.

De *Simbad* iba a valerme para remitir a su destino la pequeña herencia.

Habrían pasado *cincuenta y dos* horas desde el instante en que el cabo Gómez, según dejo relatado, recibió en su pecho intrépido las balas de sus propios compañeros en cumplimiento de una orden y del más terrible de los deberes.

Yo había ido de mi reducto, según costumbre que tenía, al alojamiento del jefe de Estado Mayor.

Tenía éste dos puertas. Una que daba al naciente y otra al poniente. La última estaba abierta. El General Gelly escribía con una pausa metódica, que le es peculiar, en una mesita, cuya colocación variaba según las horas y la puerta por donde entraba el sol. Esta vez se hallaba colocada cerca de la puerta abierta. Yo estaba sentado en una silla de baqueta paraguaya, dándole la espalda.

¿En qué pensaba?

Probablemente, Santiago amigo, en lo mismo que aquel tipo de comedia de San Luis, que te ponderaba un día las delicias de su Estancia.

—Aquí me lo paso,— te decía cierta hermosa tarde de primavera desde el corredor, que dominaba una vasta campiña — *pensando... pensando...*

Y tú, interrumpiéndole, con tu sorna característica, — *en qué... en qué...*

Y el pobre hombre contestaba, — *en nada... en nada...*

El General era distraído de su escritura a cada paso, por oficiales que se presentaban con distintas solicitudes, — dirigiéndole la palabra desde el dintel de la puerta.

Yo seguía *pensando...*

En el instante en que mi pensamiento se perdía, qué sé yo en qué nebulosa, un eco del otro mundo, con tonada correntina, resonó en mis oídos.

—Aquí te vengo a ver V. E. para que...

Mi sangre se heló, mi respiración se interrumpió... quise dar vuelta, ¡imposible!

—Estoy ocupado —murmuró el General, y el ruido del rasgurar de su pluma que no se interrumpió, produjo en mi cabeza un efecto nervioso semejante al que produce el rechinar estridoroso de los dientes de un moribundo.

—Haceme, che, V. E., el favor...

—Estoy ocupado, —repitió el General.

Yo sentí algo como cuando en sueños se nos figura que una fuerza invisible nos eleva de los cabellos hasta las alturas en que se ciernen las águilas.

Debía estar pálido, como la cara más blanca.

El General Gelly fijó casualmente su mirada en mí, y al ver la emoción angustiosa de que era presa, preguntóme con inquietud:

—¿Qué tiene Vd.?

No contesté... Pero oí... El vértigo iba pasando ya.

El General estaba confuso. Yo debía parecer muerto y no enfermo.

—¡Mansilla! —dijo.

—¡General! —repuse, y haciendo un esfuerzo supremo, di vuelta la cabeza y miré a la puerta.

Si hubiese sido mujer, habría lanzado un grito y me hubiera desmayado.

Mis labios callaron; pero como suspendido por un resorte y a la manera de esos maniqués mortuorios que se levantan en las tablas de la escena teatral, fuíme levantando poco a poco de la silla como queriendo retroceder.

—Che, V. E., hacé vos el favor, volvió a oírse.

El General Gelly, se puso de pie, y dirigiéndose a la voz que venía de la puerta, contestó:

—¿Qué quieres?

Yo sentí un sudor frío por mi frente, y llevando mi mano a ella y como queriendo condensar todas mis ideas y recuerdos o hacerlos convergir, a un solo foco, miré al General y exclamé con pavor:

—El cabo Gómez.

Efectivamente, el cabo Gómez estaba ahí, en la puerta del rancho del General, con el mismo rostro que tenía la noche que le vi por última vez.

Sólo su traje había variado. No revestía ya el uniforme militar, sino un traje talar negro.

Mis ojos estuvieron fijos en él un instante; que me pareció una eternidad.

El General Gelly volvió a repetir:

—¿Vamos, qué quieres? — Y dirigiéndose a mí: — ¿Está Vd. enfermo? La aparición contestó:

—Quiero que me dejes velar la crucecita de mi hermano.

—¿La crucecita de tu hermano? — repuso el General, con aire de no entender bien.

—Sí, pues, Manuel Gómez que ya murió...

Y esto diciendo, echó a llorar, enjugando sus lágrimas con la punta del pañuelo negro que cubría sus hombros.

Mientras se cambiaron esas palabras, yo volví en mí.

—¿Y dónde está la crucecita de tu hermano? — dijo el General.

—En el cementerio de la Legión Paraguaya.

Entonces, tomando yo la palabra, como aquella desdichada mujer no podía dejar de interesarme, la dije:

—No, estás equivocada, la cruz de Gómez no está ahí.

—Yo sé — murmuró.

Queriendo convencerla, la dije:

—Yo soy el jefe del 12 de línea, que era el cuerpo de tu hermano.

—Yo sé — murmuró, retrocediendo con marcada impresión de espanto.

—Yo tengo los sueldos de tu hermano para ti; ven a mi batallón, que está en el reducto de la derecha, te los daré y te haré enseñar dónde está su cruz.

—Yo sé — murmuró.

Un largo diálogo se siguió. Yo pugnando porque la mujer fuera a mi reducto para darle los sueldos de su hermano e indicarle el sitio de su sepultura, y ella aferrada en que no, contestando sólo: *Yo sé*.

El General Gelly, picado por la curiosidad de aquel carácter tan tenaz, al parecer, la hizo varias preguntas:

—¿De dónde vienes?

—De la Esquina.

—¿Cuándo saliste de allí?

—Antes de ayer.

—¿Dónde supiste la muerte de tu hermano?

—En ninguna parte.

—¿Cómo en ninguna parte?

—En ninguna parte, pues.

—¿Te la han dado en Itapirú, o aquí en el campamento?

—En ninguna parte.

—¿Y entonces, como la has sabido?

La hermana de Gómez, refirió entonces, con sencillez, que en sueños había visto a su hermano que lo llevaban a fusilar; que como sus sueños siempre le salían ciertos, había creído en la muerte de aquél, y que tomando el primer vapor que pasó por la Esquina, se había venido a velar su crucecita que estaba en el cementerio de los paraguayos, idea que era fija en ella.

A las interpelaciones del General Gelly siguieron las mías.

El sueño de la hermana de Gómez había tenido lugar precisamente

en el momento en que éste estaba en capilla, recibiendo los auxilios espirituales.

Un hilo invisible y magnético une la existencia de los seres amantes, que viven confundidos por los vínculos tiernísimos del corazón.

Y, como ha dicho un gran poeta inglés: Hay más cosas en el cielo y en la tierra de las que ha soñado la filosofía.

Empeñéme con la mujer cuanto pude, a fin de que fuera a mi reducto, intentando seducirla con el halago de los sueldos de su hermano. ¡Fué en vano!

El General la despidió, diciéndole que podía velar la crucecita de su hermano.

Y después de cambiar algunas palabras conmigo sobre aquel extraño sueño realizado, filosofando sobre la vida y la muerte, a mis solas, me volví a mi campo.

Mandé llamar a Garmendia en el acto, y le relaté todo lo sucedido.

Despachamos en seguida emisarios en busca de la hermana de Gómez.

Halláronla; pero fué inútil luchar contra su inquebrantable resolución de no verme, y menos convencerla de que la crucecita de su hermano no estaba en el cementerio que ella decía.

Esa noche hubo un velorio al que asistieron muchos soldados y mujeres de mi batallón prevenidos por mí.

Por ellos supe que la hermana de Gómez, siendo yo el jefe del 12, me achacaba a mí su muerte, y, asimismo, que en la Esquina tenía algunos medios de vivir, confirmando todos, por supuesto, que la noticia del fusilamiento se la dió Dios en sueños.

Al día siguiente del velorio la mujer desapareció del ejército, sin que nadie pudiera darme de ella razón.

El único mérito que tiene este cuento de fogón, que aquí concluye, es ser cierto.

No todas las historias pueden reivindicar ese crédito.

¿Si será verdad que el público no se ha dormido leyéndolo?

A los del fogón les pasaron distintas cosas.

Cuando yo terminé, unos roncaban, otro (la mayor parte) dormían.

Se oían sonar los cencerros de las tropillas; la luna despedía ya alguna claridad.

—¡A caballo! cordobeses, — grité — ¡se acabaron los cuentos!

Y todo el mundo se puso en movimiento, y un cuarto de hora después rumbeábamos en dirección a un oasis denominado Monte de la Vieja.

¡Buenas noches!, por no decir buenos días, o salud, lector paciente.

IX

Alegre. — En qué rumbos salimos. — ¿Los viajes son un placer? — Por qué se viaja. — Monte de la Vieja. — El alpataco. — El zorro colgado. — Pollo - helo. — Us - helo. — Qué es aplastarse un caballo. — Coli - Mula. — La trasnochada. — Precauciones.

La Alegre, es una laguna de agua dulce, permanente, cuyo nombre le cuadra muy bien, como que está situada en un accidente del terreno de cierta elevación, circunvalada de médanos y arbustos, que suministran una excelente leña, y de abundante pasto.

Las cabalgaduras se dieron allí una buena panzada, que no se les indigestó. ¡Ojalá que a ti y al lector les sucediera lo mismo con el cuento del cabo Gómez! Si sucediese lo contrario, me vería en el caso de suprimir otros que deben venir a su tiempo.

Nos pusimos en marcha.

El rumbo, Sur recto, o *reuto*, como dicen los paisanos.

El camino o, mejor dicho, la rastrillada, cruzaba por un campo lleno de chañaritos espinosos. La luna estaba en su descenso, el cielo nublado, la noche oscura, de modo que no pudiendo ver con facilidad los objetos, a cada paso rehuía el caballo la senda por no espinarse, espinándose el jinete y evitando el culebreo del animal que nos durmiéramos profundamente.

Todos los que viajan, ponderan alguna maravilla, la que más ha llamado su atención, o tienen alguna anécdota favorita, algo que contar, en suma, aunque más no sea, que han estado en París, barniz que no a todos se les conoce.

¿Dirás que no es cierto?

En lo que suelen estar divididas las opiniones de los *tourist*, y desde luego las opiniones de los que no han viajado, que es más fácil coincidir en pareceres cuando se conocen prácticamente las cosas, es sobre el capítulo: placer de los viajes.

Ni todos viajan del mismo modo, ni por las mismas razones, ni con el mismo resultado.

Se viaja por gastar el dinero, adquirir un porte y un aire *chic*, comer y beber bien.

Se viaja por lucir la mujer propia, y a veces la ajena.

Se viaja por instruirse.

Se viaja por hacerse notable.

Se viaja por economía.

Se viaja por huir de los acreedores.

Se viaja por olvidar.

Se viaja por no saber qué hacer.

Vamos, sería inacabable el enumerar todos los motivos *por qué* se viaja, como sería inacabable decir *para qué* se viaja.

No olvidemos que estas dos proposiciones, aunque son muy parecidas, gramaticalmente no significan lo mismo. Ambas significan causa o fin; pero *para* responde más que *por* a la idea de efecto.

Por ejemplo:

¿No es común ir a Europa por instruirse para olvidar lo poco que se ha aprendido en la tierra?

¿No suele suceder hacer un viaje *por* curarse *para* morir en el camino?

Ir *por* lana *para* salir trasquilado.

Madame de Staël dice, que viajar es, digan lo que quieran un placer tristísimo.

Sea de esto lo que fuere, yo digo que viajando por los campos, en noche clara u oscura, es un placer dormir.

Por mi parte al tranco, al trote o al galope, yo duermo perfectamente. Y no sólo duermo sino que sueño.

Cuántas veces un amigo que tengo en Córdoba, Eloy Avila, no sorprendió mis sueños, y yendo a la par mía, no me alzó el rebenque.

Sea de esto lo que fuere, el hecho es que el camino de la Laguna Alegre al Monte de la Vieja, no permitiendo dormir a gusto por el inconveniente de los arbustos, me pareció poco divertido.

Por fortuna, el terreno era mejor que el de la primera etapa. El guadal no nos amenazaba a cada paso, las mulas cargueras no caían y levantaban acá y acullá como antes de llegar a la Alegre.

Serían las tres y media de la mañana cuando llegamos al Monte de la Vieja.

Amanecía muy tarde, así fué que resolví pasar allí otro rato.

¡Desensillar y a la leña! fué el grito de orden.

El fogón volvió a arder con una rapidez maravillosa.

Uno de los talentos del gaucho argentino, consiste en la prontitud con que halla leña y en la asombrosa facilidad con que hace fuego.

Ellos hallan leña donde ningún otro la ve, y hacen fuego en el agua.

Y a propósito de leña que no se ve, ¿conoces Santiago, lo que es el algarrobo *alpataco*?

Es un arbustito muy pequeño, cuyo desarrollo se hace subterráneamente, echando raíces gruesísimas, que aunque estén verdes, tienen tanta resina, que arden como sebo.

Tú conoces el chañar. Pues así es el *alpataco*.

En los campos al Sur del Río 4º particularmente en los de Sampacho, y en algunos al Sur del Río 5º, abunda este arbustito, que más bien parece un algarrobo común naciente.

El ojo necesita estar ejercitado para distinguir el uno del otro.

¡Se puso un asado!

Mientras se hacía, habiendo calentado agua en un verbo, se cebaba mate y se daban sendas cabeceadas.

En este fogón no hubo cuentos. Hubo hambre y sueño y algunas órdenes para en cuanto amaneciera.

Caminamos, dormimos, y cuando... iba a decir gorjeaban las ave-cillas del monte...

Pero que, si en la Pampa no hay ave-cillas, — por casualidad se ven pájaros, tal cual carancho. Las aves, excepto las acuáticas, buscan la intermediación de los poblados.

Y luego el Monte de la Vieja no es más que un pequeño grupo de árboles, no muy viejos, bajo cuyo destruido ramaje apenas pueden guarecerse unas cuantas personas.

La luz crepuscular venía anunciando el día en el momento en que cumpliendo mis órdenes, se pusieron en juego todos los asistentes al llamado de Camilo Arias, un hombre de toda mi confianza, Alférez de Guardia Nacional del Río 4º, cuya pintura no faltará razón de hacer.

Era completamente de día cuando dejábamos el Monte de la Vieja, dirigiéndose a otro paraje, donde debía haber leña y agua sobre todo.

El rumbo era Sud arriba, o Sud con algunos grados de inclinación al Oeste.

La noche había estado templada así fué que la mañana no presentó ninguno de esos fenómenos meteorológicos que suele ofrecer la Pampa,

cuando después de un vacío abundante o de una fuerte helada sale el sol caliente.

Marchábamos.

El terreno presenta pocos accidentes; cañadas y cañadones, que se van encadenando, montecitos de pequeños arbustos quemados aquí, creciendo o retoñando allí, salitrales que engañan a la distancia, con su superficie plateada como la del agua.

El objetivo a que me dirigía era el Zorro Colgado.

Por qué se llamaba así este lugar es echarse a nadar, buscando un objeto perdido. Probablemente el primer cristiano que llegó allí halló un zorro colgado por los indios en algún árbol.

Seis leguas representan, no andando con apuro, dos horas y media de camino; contemplando las cabalgaduras, como es debido, en las carrocerías, un poco más.

Cuando llegamos al Zorro Colgado serían las 10 de la mañana.

El campo recorrido es muy solo. No tiene bichos o *aves*, como le llaman los paisanos a los venados, peludos, mulitas, guanacos, etc.

El Zorro Colgado no estaba, por supuesto.

Aquel punto es un grupito de árboles, chañares viejos, más altos que corpulentos. Tiene una aguadita que se seca cuando el año no es lluvioso.

Allí paramos un rato, lo bastante para que las bestias de carga que se habían quedado atrás llegaran, y después de haber bebido bien seguimos caminando en el mismo rumbo, hasta llegar a *Pollo-helo*, que quiere decir, en lengua ranquelina, Laguna del Polo, cuya pronunciación debe hacerse nasal o gangosamente, verbigracia, como si la palabra estuviese escrita así y debieran sonar todas las letras *Pollonguelo*.

Aquí variamos de rumbo un poco buscando el Sud recto, y así seguimos, como legua y media, por un campo muy guadaloso y pesado, en el que caímos y levantamos varias veces, lo mismo que las mulas de carga, hasta llegar a *Us-helo*, donde hay otro grupo de árboles, una aguada semejante a la anterior y una lagunita de agua salobre, pero potable no habiendo seca.

Las cabalgaduras se habían *aplastado* algo con la legua y media de guadal.

Aplastarse, es un término del país, que vale más que fatigarse y menos que cansarse, cuando se quiere expresar el estado de un caballo.

Hicimos alto, se hizo fuego, se hizo cama para una siesta, se descansó, se tomó mate, se durmió y a las cansadas llegaron las mulas de carga, que habiendo caído en una cañada mojaron las petacas de los padres franciscanos.

Serían las tres cuando nos movimos de aquí en dirección a *Coli-mula*, que de la etapa anterior queda en rumbo Sud.

Este trayecto es más variado que los demás; el terreno se quiebra acá y allá en grandes bajos salitrosos y en grupos considerables de arbustos crecidos.

En un inmenso pajonal, sembrado de grandes árboles diseminados, pillamos un caballo que hacía pocos días andaba por allí, pues, no estaba alzado aún.

Cuando llegamos a Coli-Mula, que quiere decir, mula colorada, habíamos andado tres leguas.

No sé por qué se llama así este paraje. No hay árboles. Es una linda lagunita circular, de agua excelente y abundante que dura mucho.

Resolví descansar allí hasta las nueve de la noche, y adelantar dos hombres.

El cielo comenzaba a fruncir el ceño, una hora negra se dibujaba en el horizonte hacia el lado del poniente, el sol brillaba poco.

Ibamos a tener viento o agua.

Llamé al cabo Guzmán, magnífico tipo criollo, y al indio Angelito, escribí algunas cartas, les dí mis instrucciones y los despaché, después de asegurarme de que habían entendido bien.

Llevaban encargo especial de llegar a las tolderías del cacique Ramón, que son las primeras, y de decirle que pasaría de largo por ellas, no sabiendo si al cacique Mariano le parecería bien que visitase primero a uno de sus subalternos y que al regreso lo haría.

Partieron los chasquis.

Mientras yo tomaba las antedichas disposiciones, otros se ocupaban en hacer un buen fogón, preparándonos para la trashedera.

Los chasquis no se habían perdido de vista aun, cuando frescas y recias ráfagas de viento comenzaron a augurar la inevitable proximidad de la tormenta.

El cielo se puso negro.

La experiencia nos dijo, que debíamos renunciar al fogón y al asado y prepararnos para una noche toledana por no decir pampeana.

El viento arreció, gruesas gotas de agua comenzaron a caer, la noche avanzaba, o mejor dicho, se anticipaba con rapidez.

Pronto estuvimos envueltos en una completa oscuridad.

Llovía a cántaros, silbaba el viento, eléctricos fulgores resplandecían en el cielo a distancias incommensurables, haciendo llegar hasta nuestros oídos el ruido sordo del rayo.

Las tropillas se habían agrupado, daban las ancas al viento y permanecían inmóviles.

Cada cual se había acurrucado lo mejor posible, y con maña procuraba mojarse lo menos posible. No teníamos siquiera donde hacer espalda, ni era posible conversar, porque el ruido de la lluvia, que caía a torrentes, ahogaba las palabras que salían de abajo de los ponchos o capotes con que estábamos cubiertos hasta la cabeza.

Durante dos horas llovió sin cesar, cayendo el agua a plomo.

Cuando las intermitencias del aguacero lo permitían, yo cambiaba algunas palabras con Camilo Arias, que estaba casi pegado a mi lado.

En una de esas plásticas diluvianas, le dije así:

—Puede ser que los indios me maten, es difícil; pero no lo es que quieran retenerme, con la ilusión de un gran rescate. En este caso es preciso que el General Arredondo lo sepa sin demora. Prevén a los muchachos,—eran estos cinco hombres especiales,—mis baqueanos de confianza.

Será señal de que *ando mal*, que no tenga en el cuello este pañuelo.

Era un pañuelo de seda de la India colorado, que siempre uso en el campo debajo del sombrero por el sol y la tierra.

Puede, sin embargo, suceder que tenga que regalar el pañuelo. En este caso la señal será que me vean con la *pera trenzada*.

No comuniques esto más que a los *muchachos*. Y cuando lleguemos a las tolderías no te acerques a hablar conmigo jamás. Sírrete de un intermediario.

Camilo es como un árabe, habla poco; sabe que la palabra es plata y el silencio oro, contestó sólo.

—Está bien, señor.

Y yo me quedé seguro de que me había entendido y rumiando: Algún mosquetero llegará a Londres y hablará con Buckingham.

Ya verás después, qué caso extraordinario sucedió con mi pera. (Te prevengo que estoy hablando de la barba).

Y como sigue lloviendo y estoy mojado hasta la camisa, me despido hasta mañana.



EDUARDO WILDE

De origen británico por la rama paterna, nació Eduardo Wilde en Tupiza el 15 de junio de 1844. Sus padres,

Diego Wellesley Wilde y Visitación García, de antigua familia tucumana ella, vivían en Salta, de donde emigraron a Bolivia en los días aciagos de la tiranía. De sus antepasados ingleses conservaba Eduardo Wilde lo rubio del cabello y lo azul de sus pupilas, y del lugar de su primera infancia ciertas modalidades prosódicas.

Conocemos los pormenores de su niñez por su obra póstuma "*Aguas abajo*", memorias introspectivas de sus primeros años, en la cual, bajo el seudónimo de Boris, aparece el

mismo Wilde. La época del destierro fué dura para la madre de Boris, que debió luchar sola entre la angustia y la miseria, pues el padre, de carácter aventurero y amigo de empresas, que por lo general se malograron, abandonaba con frecuencia el hogar. Vuelta la familia a Salta, Wilde ingresó al Colegio del Uruguay, en el que aprobó los estudios preparatorios, pasando después a la Facultad de Medicina de Buenos Aires, para graduarse de médico en 1870. Su tesis doctoral, que trataba del hipo, deja entrever las aptitudes literarias de Wilde.

Designado cirujano cuando la guerra del Paraguay, dióse desde entonces de lleno a su profesión, en la que prestó muy buenos servicios, ya preocupándose de la sanidad del puerto y de la ciudad de Buenos Aires, ya organizando convenciones y congresos médicos, ya al frente de hospitales, ya en la cátedra y el gobierno de la Universidad, ya actuando como médico estudioso y desinteresado. Escribió en esa época sus dos libros didácticos: "*Lecciones de higiene*" y "*Lecciones de medicina legal y toxicología*", que en relación al pobre ambiente científico de aquellos días, señalan un ponderable valor, y "*Prometeo y Cía.*", una de sus obras más personales, en la que vuelca muchos de sus recuerdos de médico.

Temperamento no sólo dado a la especulación científica, más también a la acción, pronto le sedujo la política. Diputado a la Legislatura de Buenos Aires en 1875, plegóse con entusiasmo al partido autonomista, al lado de Avellaneda primero, de Roca luego, que le hizo su ministro de Justicia, Culto e Instrucción Pública, siéndolo después del Interior durante la presidencia de Juárez Celman. En tan elevado sitio fueron su preocupación dominante la higiene y la cultura de su patria; sabemos de sus afanes por sus "*Memorias administrativas*" y sus "*Discursos parlamentarios*", en los que combate la rutina y el fanatismo, tal vez con demasía originada por su vehemente ansia progresista y el vértigo del poder (Hirió sentimientos muy respetables e intereses muy grandes, por lo que la crisis del año 90 lo halló caído y enlodado por la calumnia, de la que él jamás procuró sincerarse.) Vueltos al poder los suyos con la segunda presidencia de Roca, inició Wilde su carrera diplomática como ministro en España y luego en Bélgica, donde murió el 5 de septiembre de 1913.

Sus libros "*Tiempo perdido*", "*Prometeo y Cía*", "*Viajes y observaciones*", "*Por mares y por tierras*", le perfilan como un prosista original, al que interesa más el problema psicológico que la técnica literaria, el sentimiento antes que la palabra. Dotado de ingénita sensibilidad y talento natural, no fué Wilde el escritor que debió haber sido, porque ocupaciones diversas — su profesión de médico, la acción política, el apremio periodístico, las tareas diplomáticas — se lo impidieron.

"*Tiempo perdido*" y "*Prometeo y Cía.*" son colecciones de relatos de índole novelesca en su mayoría, entre los que destacan "*Tini*", por su honda ternura; "*La primera noche de cementerio*", a la manera de Poe; "*La lluvia*", fragmento autobiográfico de marcado tono subjetivo; "*Pablo y Virginia*", renovación sarcástica del viejo tema; "*Vida moderna*" y "*Mar afuera*", verdaderos artículos de costumbres con cierto sabor a los de Larra. "*Viajes y observaciones*" y "*Por mares y por tierras*" son descripciones de países exóticos o itinerarios de las andanzas del autor, que conoció todos los climas y recorrió todas las latitudes.

Los tres sentimientos dominantes en la obra de Wilde son: la ironía — original combinación del humorismo británico y de la malicia socarrona del provinciano —, la piedad — exteriorización de la ternura de su alma — y la tristeza, flor de su escepticismo.

En literatura tenía Wilde sus ideas propias: "Lo único que vale — dice alguna vez — es lo original y lo que más seduce es la narración sin digresiones largas ni comentarios". En lo que a estilo respecta cree que "lo exquisito de un libro está en la claridad de su forma, en la elegancia de las palabras, en la consonancia de los sonidos y, naturalmente, en la novedad del concepto que se expone", agregando luego que "uno se muere sin llegar a la forma literaria definitiva".

En síntesis, Wilde es un escritor profundamente original, cuya obra toda, una por el estilo y el asunto, gira alrededor del comentario de su propio yo. Es también, en cierto modo, un precursor de la nueva sensibilidad, que al trasplantar Rubén Darío a estas tierras el modernismo, habría de revelarse.

MIGUEL CANÉ



El 27 de enero de 1851 nació en Montevideo, donde estaban expatriados sus padres, el segundo Miguel Cané, que como su progenitor, vino al mundo con una profunda vocación literaria.

Caído el tirano cuando Cané contaba sólo dos años de edad, no creció éste en el triste ambiente del destierro, sino en la vibrante atmósfera de los días posteriores a Caseros. Frequentó como alumno interno las aulas del histórico Colegio Nacional de Buenos Aires, y de esa época de su vida nos ha dejado un vivaz relato en "*Juvenilia*", el mejor de sus libros.

Contrajo en los claustros del colegio estrecha amistad con Roque Sáenz Peña, Carlos Pellegrini y Aristóbulo del Valle, sus compañeros luego en la Facultad de Derecho, de la que egresó en el año 1872 con el título de abogado.

Envuelto en las redes de la política después de la revolución de 1874, incorporóse al partido autonomista de Adolfo Alsina, empezando a escribir a la sazón en "*La Tribuna*", el diario de sus primos los Varela, y en "*El Nacional*", que se honraba con las firmas de Vélez Sársfield y Sarmiento, a quienes Cané admiró profundamente en todas las épocas de su vida. A raíz de su actuación política ingresó a la vida parlamentaria como diputado en 1875, volviendo a las Cámaras muy posteriormente como senador.

A partir de 1880, en que fué designado director general de Correos y Telégrafos, Cané divide su tiempo entre tareas

administrativas y diplomáticas: ministro en Colombia y Venezuela en 1881, en Austria en 1883, en Alemania en 1884, en España en 1886; intendente municipal de Buenos Aires y luego ministro de Relaciones Exteriores en 1892, durante la claudicante presidencia de don Luis Sáenz Peña. Nuevamente en la carrera diplomática después de la caída de éste, pasó Cané varios años en Francia como plenipotenciario, hasta que retornó a la patria, donde colaboró en la fundación de la Facultad de Filosofía y Letras, de la que fué uno de los primeros decanos. En tal carácter pronunció algunas conferencias, entre ellas "*El espíritu universitario*" y "*La enseñanza clásica*", que evidencian su clarísima comprensión de los problemas educacionales.

Miguel Cané murió en Buenos Aires el 5 de septiembre de 1909; sus exequias, en las que hicieron uso de la palabra Adolfo Saldías, Mariano de Vedia, Rodolfo Rivarola y Enrique Larreta, dieron la medida del valor que la opinión pública asignaba a este escritor, cuya influencia dentro de la generación del 80 fué indiscutible.

Las características preponderantes en la obra de Miguel Cané son la gracia innata y la elegancia lograda en el estilo. Fué escritor por razones de familia, ya de herencia, ya de influencia del ambiente doméstico, así como por afición ingénita; en cambio, fué abogado, político, periodista, funcionario, diplomático, por accidente. De todas estas ocupaciones sucesivas, fué la última la que adoptó para cumplir su vocación, dividiendo su vida entre los libros y los viajes.

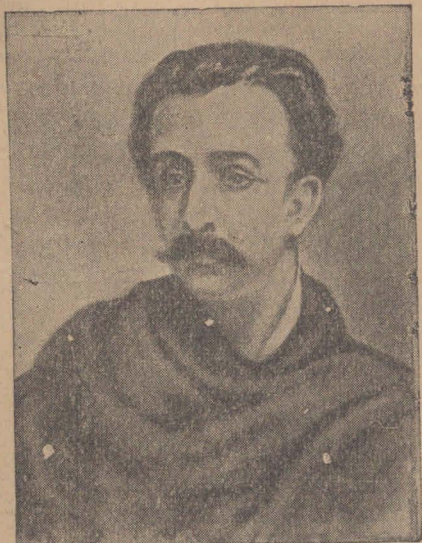
Los primeros ensayos literarios de Cané datan de la época en que cursaba sus estudios en el Colegio Nacional, pues según lo dice en "*Juvenilia*", ya en 1865, esto es, a los catorce años de edad, tenía casi concluída una novela, cuyo protagonista era un gaucho cantor y cuya acción se desarrollaba en una estancia. Con tales antecedentes debió ser Cané un novelista, pero la vida argentina lo malogró, absorbiéndolo el foro, la política, el periodismo, el parlamento, la administración, la diplomacia.

De todas las obras de Miguel Cané hay sólo una que merece el nombre de novela por la triple unidad de asunto,

ambiente y estilo, por sus narraciones plenas de vida, por la precisión de sus caracteres, por el colorido de sus cuadros, por la naturalidad de su diálogo; y ésta es "*Juvenilia*", verdadero libro de memorias de su vida estudiantil, que vió la luz en 1882. Toda su otra producción es de carácter fragmentario y fué en su casi totalidad escrita en el extranjero para "*La Prensa*", "*La Nación*" o "*El País*" y luego reunida en volúmenes cuyo título transparenta, no sólo su esencia, mas también el temperamento del autor. La integran: "*Ensayos*", colección de artículos triviales y cuentos de carácter exótico, publicados en 1877, pero concebidos en el lapso 1872-76, durante un viaje realizado en plena juventud a través de las viejas ciudades europeas; "*En viaje*" (1884), "*Charlas literarias*" (1885), "*Notas e impresiones*" (1901), "*Prosa ligera*" (1903), obras éstas en la que Cané se muestra más maduro como hombre y más seguro como escritor.

La lista de las obras de Cané se completa con la traducción del "*Enrique IV*" de Shakespearé, precedida de un estudio de la vida del dramaturgo inglés, que da la medida de su altísima cultura literaria y de su penetración crítica, y con el tomo póstumo de sus "*Discursos y conferencias*", que nos dejan entrever a un Miguel Cané cuyo ideal de patria se encarna en una síntesis de elevados valores espirituales.

Ha de reconocerse que la influencia de Miguel Cané fué preponderante en su época, que veía en él al maestro de su generación, pero también ha de decirse que esa influencia fué puramente personal y pasó con él. Con todo, fuerza es declararlo, sus libros significaron un progreso grande con relación a la técnica literaria de los años precedentes.



JOSÉ MANUEL DE ESTRADA

Es el de Estrada un nombre ilustre en la cultura argentina. Familia de viejo y noble origen castellano, fué

don Juan Bautista de Estrada el primer argentino de este apellido, el que luego había de emparentar por su hijo José Manuel, con la familia del virrey Liniers, con cuya nieta este último casó. Los hijos de José Manuel de Estrada diéronse a las letras: Santiago, hombre de mundo, exquisito "causeur", brillante prosista; Angel, editor y diplomático, padre a su vez de otro Angel de Estrada, que había de ser uno de los artistas más delicados y más fuertes, uno de los escritores más límpidos y más opulentos de la literatura contemporánea de Hispanoamérica; **José Manuel**, historiador, tribuno, publicista y maestro de la juventud, pero por encima de todo ello inspirado orador. La fama de este último eclipsó la de toda la familia, al punto de ser él el Estrada por antonomasia.

Nació Estrada en Buenos Aires el 13 de julio de 1842 y, huérfano de madre desde muy tierna edad, fué educado por su abuela doña Carmen de Liniers. Hizo sus primeras letras en el seno del hogar, en el que se conservaba el ambiente propio de los antiguos tiempos argentinos; fué luego su maestro e iniciador en la historia don Manuel Pinto, siempre bien recordado por el discípulo ilustre, que lo fué luego de fray Buena-

ventura Hidalgo en el Colegio de San Francisco de Buenos Aires. Aprendió allí filosofía y humanidades y tuvo ocasión de demostrar sus extraordinarias dotes oratorias disertando de historia, de religión y de moral.

En el mismo año de 1858 en que terminara sus estudios obtuvo el premio en un concurso organizado por el Liceo Literario, con un trabajo acerca del descubrimiento de América, en el que evidenció sus condiciones para las letras y la historia. A partir del año siguiente, y hasta 1861, emprendió la publicación de periódicos juveniles: "*La guirnalda*", "*Las novedades*" y "*La paz*".

A la temprana edad de 17 años publica Estrada un opúsculo, "*Signum fœderis*", en que proclama la unidad hispánica como base de la concordia argentina y la fraternidad americana, señalando el odio como causa única de nuestras desventuras. Pero su primera obra de aliento es de índole polémica, "*Génesis de nuestra raza*", refutación al profesor Minelli, que en un discurso había negado el origen divino del hombre. Siguió a ella "*El catolicismo y la democracia*", réplica vigorosa a "*La América en peligro*", de Francisco Bilbao, escrita para demostrar que no sólo no es el catolicismo culpable de los males que aquejan a la América española, sino que en él, aliado a la libertad, está la salvación de Hispanoamérica.

La primera obra histórica de Estrada ve la luz en 1865, a los veintidós años de su edad; publica en ese entonces el "*Ensayo histórico sobre la revolución de los Comuneros del Paraguay en el siglo XVII*", elogiado con idéntico entusiasmo por Mitre, presidente a la sazón, por Avellaneda y Goyena. Este libro pone punto final al período de iniciación de Estrada, que, a partir de ese momento, comienza su magisterio público, aun cuando su presentación sensacional como orador académico no tiene lugar sino en marzo de 1866, al inaugurar su curso de Historia Argentina en la Escuela Normal Popular recientemente fundada en la calle Reconquista. Estrada, que ya era conocido por sus colaboraciones en "*La Nación Argentina*" de los Gutiérrez, en "*El Correo del Domingo*" de Cantilo y en la "*Revista de Buenos Aires*" de Quesada y Navarro Viola, así como por sus obras ya mencionadas, leyó su primera conferencia ante un público escogido, al que admiró por la simpatía de su voz y su gesto, por el caudal impetuoso de su pensamiento

y por su elocuencia vibrante y avasalladora, todo lo cual, unido a la juvenil prestancia del maestro, sedujo a cuantos le escucharon. Las conferencias pronunciadas en los cursos de 1866 y 1868 se publicaron en la *"Revista Argentina"* que Estrada acababa de fundar y luego reunidas en libro bajo el título de *"Lecciones sobre la Historia de la República Argentina"*. Juzgadas tales lecciones a la luz de una crítica severa, ha de decirse que la erudición del autor, notable para su tiempo, pues su obra fué anterior a las grandes concepciones históricas de Mitre y López y al progreso en el conocimiento documental de nuestro pasado, resulta hoy deficiente, aun cuando el acierto de sus conclusiones y juicios revela en forma incontrovertible la amplitud de su talento. Su estilo adolece de énfasis oratorio y de declamación retórica, que si impresionaban gratamente a quienes escuchaban, chocan al frío lector de hoy. Pero, no obstante las apuntadas observaciones, Estrada es cronológicamente uno de los fundadores, y de los más ilustres, no sólo de la historia nacional, sino también de la oratoria académica.

Continuó su carrera de conferenciante, tan brillantemente iniciada en la Escuela Normal, como profesor de Instrucción Cívica en el Colegio Nacional de Buenos Aires, cátedra creada por el ministro Avellaneda en 1869, que la confió a Estrada, quien la desempeñó dándole carácter nacional y perspectiva histórica. En sus clases dictó quince conferencias acerca de la *Asociación de Mayo*, analizando el dogma de Echeverría como texto de moral política, conferencias que publicó en 1873 con el título de *"La política liberal bajo la tiranía de Rosas"* y dedicó a la Universidad de Chile. En 1875 fué designado profesor de Derecho Constitucional en la Facultad de Ciencias Jurídicas, distinción honrosa en grado sumo, por cuanto carecía de título doctoral. En la cátedra universitaria instruyó a sus alumnos con su ciencia a la par que los deleitó con su elocuencia. Sus lecciones, reunidas en un tomo, constituyen su tratado de Derecho Constitucional, en el que estudia con sobriedad y de acuerdo a las exigencias didácticas el texto de nuestra Carta Magna.

Durante el período 1876-1888 fué Rector del Colegio Nacional de Buenos Aires, cargo desde el que luchó por una enseñanza nacionalista y moral, presidida por la religión. De su actuación guardan sus discípulos, que le amaban, óptimo

recuerdo. Después de 1880, Estrada lleva su elocuencia de las aulas a las asambleas populares, sin abandonar el gesto propio de su alcurnia ni su alta posición literaria. Su corazón sincero, henchido no ya del liberalismo cristiano de su juventud, sino de la más acendrada disciplina católica, volcóse entonces, y a raíz de la reforma liberal iniciada en la presidencia de Roca y continuada durante la de Juárez Celman, en clubs, plazas y congresos, lanzándose a la reconquista de la teocracia colonial. Creyó Estrada que el avance del liberalismo laico, al realizar la por él llamada "secularización de la sociedad argentina", hacía peligrar la moral cívica y entabló fiera lucha en nombre de su fe religiosa, tan fiera, que el presidente Roca, de un plumazo, destituyó a un obispo, expulsó al nuncio apostólico y separó de su cátedra universitaria al profesor que se había convertido en el cruzado de la reacción. Los discípulos de Estrada corrieron a desagraviarle en su propia casa y, al despedirse de ellos, pronunció el maestro sus memorables palabras: "De las astillas de las cátedras destrozadas por el despotismo, haremos tribunas para enseñar la justicia y predicar la libertad".

El polemista católico necesitaba, para cumplir la misión que se había propuesto, un órgano, y, a tal fin, dió nueva vida a la "*Revista Argentina*" que fundara en su juventud y que no aparecía desde 1872, pero ya no fué ella cátedra de filosofía, de historia o de letras, sino arma de combate, cuyo lema era: "Instaurare omnia in Christo". Entre tanto, la polémica religiosa había adquirido franco matiz popular y reclamaba un diario católico. Cesó entonces en 1882 la "*Revista Argentina*" y apareció "*La Unión*", periódico que, ostentando como divisa "Pro aris et focis", combatió duramente, en nombre de Dios y la patria a los herejes. Escribían en "*La Unión*", además de Estrada, su hermano Santiago y sus compañeros de ideales: Miguel Navarro Viola, Tristán Achával Rodríguez, Pedro Goyena, Alejo de Nevares. Convertido en apóstol, Estrada reorganiza la Asociación Católica de Buenos Aires, extendiéndola a todo el país, que recorrió con fines de campaña proselitista.

A la sazón, el Congreso Pedagógico reunido por los liberales vota la exclusión de la enseñanza religiosa en las escuelas oficiales, idea que hace suya el Poder Ejecutivo, ampliándola

con la institución del Registro Civil. Declara entonces Estrada que ha llegado para los argentinos "la hora de vender la túnica y comprar espada" y se da de lleno a la más encarnizada lucha, pues como él dice "El enemigo acomete la escuela y peligra la fe de nuestros hijos". Tal actitud le acarrea la destitución de sus cátedras; pero el apóstol no cesa, se transforma en partido político la Asociación Católica y logra algunas bancas de diputados, una, desde luego, para Estrada, que lucha con inteligencia y corazón, pero sin éxito, por el matrimonio cristiano.

En esta nueva fase de la oratoria de Estrada, en la parlamentaria, se hermanan armónicamente la retórica académica magistral y el ardor romántico tribunicio. Para él el problema religioso involucraba todo el problema argentino y su tesis fué desde entonces la de que la creciente prosperidad del país ocultaba la vergüenza y el escándalo, pues "hay para los pueblos ignominias encubiertas bajo el esplendor del lujo y de la riqueza, como hay luces vagas sobre las fosas mortuorias".

Formando entre los descontentos de la presidencia de Juárez Celman, se incorporó a la Unión Cívica y participó en la revolución del 90. En el célebre mitin del 13 de abril en el Frontón Buenos Aires, habló José Manuel de Estrada después de Mitre y Alem, de Barroetaveña y Aristóbulo del Valle, pronunciando un discurso magnífico, una pieza oratoria maciza y brillante, que electrizó a la concurrencia. Reflejan la impresión que sus palabras produjeron, éstas de BALESTRA en su libro "*El noventa*": "Era un príncipe de la Universidad: hombre joven con las más altas virtudes y talentos". Mas hallábase ya quebrantada su salud y él herido de muerte, a los cuarenta y dos años escasos de su edad.

Durante la presidencia de don Luis Sáenz Peña rehusó un ministerio, pero aceptó, por razones de salud a no dudarlo, el cargo de ministro plenipotenciario en el Paraguay, donde murió el 17 de septiembre de 1894. Al ser repatriados sus restos, la iglesia, el gobierno y el pueblo católico prestaron a sus exequias valor de apoteosis.

Las obras de Estrada — cuyo conjunto, exclusión hecha de sus memorias como jefe de gobierno escolar o como rector y de la "*Historia de los Comuneros del Paraguay*", está integrado por polémicas o discursos o por las lecciones pronuncia-

das en las aulas de la Escuela Normal, del Colegio Nacional o de la Facultad de Derecho —, fueron reunidas en doce tomos con el título de "*Obras completas*" y prologadas por JOSÉ MARÍA GARRO, que dice del autor: "Es indudable que el orador superaba en él al escritor... Pero no basta decir que el señor Estrada fué un gran orador. Es menester agregar que lo que daba a su palabra incomparable eficacia no eran sólo las dotes externas de tal, sino también, y muy principalmente, esa abnegación de apóstol, esa fe robusta, esa honradez de convicciones y esa austeridad de vida que realzaron con sello especialísimo su fisonomía moral". Ningún juicio pudiera ser más exacto y darnos con más precisión la pauta de la talla del grande hombre.



JOAQUÍN V. GONZALEZ

En un humilde rincón de La Rioja, en Chilecito, nació Joaquín V. González el 6 de marzo de 1863. Hizo sus estudios en Córdoba, en cuya Universidad graduóse de abogado en 1886.

A poco de abandonar los claustros universitarios inicióse en la política; diputado nacional por su provincia, la elección de gobernador de la misma recaída en su persona impidióle terminar aquel mandato. Durante la segunda presidencia del general Roca tuvo a su cargo la cartera del Interior y luego, provisoriamente, la de Relaciones Exteriores, en los momentos más difíciles para nuestra política con el país hermano de allen-

de los Andes. Ministro de Justicia e Instrucción Pública del presidente Quintana, fundó como tal la Universidad Nacional de La Plata, cuyo primer presidente, reelegido varias veces, fué. Representante de su provincia en el Senado de la Nación a partir de 1907 y de 1916, fué en 1910 designado miembro de la Corte de Arbitraje de La Haya.

La muerte puso fin a su vida múltiple y proficua en Buenos Aires, lejos del terruño añorado. "Es triste morir entre cuatro paredes. Querría irme a Chilecito para tirarme bajo de un árbol, a morir en la montaña. El alma ha de volar mejor a su luz, bajo el cielo" — dijo en la hora de la agonía, el 21 de diciembre de 1923.

Como político Joaquín V. González fué un parlamentario en la más noble acepción de la palabra. Iniciado en plena juventud como diputado, sabía convencer con su palabra, siempre escuchada con respeto, con interés y aun con emoción. En la edad madura, ya senador, su opinión solía ser decisiva en los más graves asuntos. En su carácter de ministro o gobernador vinculóse a sinnúmero de obras importantes, a punto de poder decir que pocos argentinos han ejercido en su época una acción tan intensa como la de González sobre la vida de su país.

Como jurisconsulto cúpole la representación de su patria en dictámenes erizados de dificultades y en pactos que sellaron momentos memorables de nuestras relaciones exteriores.

Como educador cobra la figura de Joaquín V. González extraordinario relieve: desde la cátedra universitaria con sus magistrales lecciones, desde su sitio de ministro proyectando planes de enseñanza y propulsando la creación de escuelas de todo orden, hasta culminar con la fundación de la Universidad de La Plata, su obra más querida, en la que como presidente procura reunir a su torno sólo figuras de primer orden por su inteligencia y consagración al estudio, para lograr un colegio donde el adolescente, a la par de aprender, viviera una vida de relación amistosa y fructífera, alejada de toda tentación perjudicial y en contacto con estímulos para su corazón y su inteligencia. Y es que era González un convencido de que sólo mediante educación y sentimiento podía lograrse el equilibrio entre las fuerzas sociales exacerbadas por la diaria lucha. Por ello dice: "El hombre educado a medias es el combustible de

todos los desórdenes y de todas las corrupciones, y ninguna noción política, ni moral, ni económica echa raíces en tierra tan estéril o constantemente removida; y el problema argentino por excelencia en la época presente, es este de la completa o suficiente educación de sus clases superiores, para formar una armonía entre las posiciones elevadas de la escala social, económica o gubernativa con la índole y tipo de cultura que les corresponde y que califica la de la Nación entera... Gobernar es educar, es modelar, es pulir la masa incoherente y abigarra-da que se constituye en un Estado, y éste será tanto más digno de respeto y ayuda de los demás, cuanto más alta y fina y sólida sea la cultura adquirida por su propio esfuerzo".

Pero la más brillante de las múltiples facetas de la personalidad de Joaquín V. González es la de escritor: cuarenta volúmenes constituyen la documentación de su vida pública y testimonio irrecusable del alto valer de su espíritu de selección. Su obra vastísima — extraordinaria fué su fecundidad, sólo comparable a la de Sarmiento o Alberdi —, varía en cuanto al género — política, filosofía, sociología, historia, derecho, arte, literatura — es una por la homogeneidad de su espíritu.

El mismo González agrupó su producción en cuatro series: política, jurídica, pedagógica y literaria. En su obra de carácter político trató González graves problemas de gobierno, pero no buscando el propio ascenso hacia las más altas posiciones, sino de acuerdo a su concepción particular de la política, que no era para él sino una forma activa de la historia y un engranaje por la democracia colocado al servicio de la educación. González hizo política, pero "política espiritual", para emplear su manera de decir, mediante la ley y la educación. Comprende este aspecto de su producción desde "*Los mensajes provinciales*" del gobernador de La Rioja, que aun no contaba treinta años, hasta "*Patria y Democracia*", "*La Argentina y sus amigos*", "*La reforma electoral*", fruto ésta de su actuación en el Ministerio del Interior; "*Los tratados de paz*" en que documenta su gestión como ministro interino de Relaciones Exteriores; "*El senado federal*", definición de las prerrogativas de este cuerpo, y "*Código del trabajo*", que tocan uno y otro en las fronteras del tratado jurídico. Todas ellas evidencian el patriotismo admirable del autor, feliz combinación de virtud e inteligencia, y nos dicen de la dualidad

del espíritu de quien siendo, según la frase de ROJAS, "amo de La Rioja y aparcerero de Roca" supo ser también el estadista sereno que la solución de difíciles cuestiones capaces de comprometer el porvenir de la patria reclamaban.

Como jurista y constitucionalista produjo González múltiples obras: "*Proyecto de Constitución para La Rioja*"; algunos tratados: "*La propiedad de las minas*", "*La expropiación*"; diversas compilaciones: "*Debates constitucionales*", "*Opiniones en derecho*", "*Actos irrevocables del Ejecutivo*". En todas ellas manifiesta su profunda convicción de federalista y su amor a la democracia; jurisconsulto de enorme versación, puso toda ella al servicio de los intereses públicos, llegando excepcionalmente a rozar los privados. Profundo admirador de nuestra Constitución, en la que veía un eficaz instrumento de civilización, sin por ello considerarla como una cadena, antes bien como guía de un pueblo en evolución, su más grande obra en este campo es su "*Manual de la Constitución*", ejemplo magnífico de literatura didáctica y monumento de doctrina constitucionalista, del cual es difícil precisar su mérito mayor: la excelencia del método o la profundidad del fondo o la elegante claridad de la forma.

La faz pedagógica de la obra de Joaquín V. González nos le muestra familiarizado con todos los problemas de nuestra enseñanza. Y es que su múltiple actuación le puso sucesivamente en contacto con todos los grados de la instrucción, desde la escuela de primeras letras hasta los cursos del doctorado universitario. Fruto de esa dedicación son sus libros "*Enseñanza obligatoria*", "*Problemas escolares*", "*Universidades y Colegios*", "*Educación y Gobierno*", "*La Universidad de La Plata*", "*Política espiritual*", y sus nutridos volúmenes de informes, planes, proyectos, discursos, que revelan en González el armonioso complejo de maestro, filósofo, poeta, estadista, que le caracterizaron como un grande hombre, grande en la cátedra, en el libro y en los elevados sitios que ilustró al ocuparlos. Fueron las predilectas entre sus obras de índole pedagógica, las que se refieren a la Universidad de La Plata, por él tan amada. En ellas explica con amor el propósito de esa fundación, destinada a crear un gran sistema de elevados estudios "dándole — y repetimos las palabras de ROJAS —

por base la ciencia, por coronamiento el humanismo y por función la cultura social".

La obra literaria de González se inicia con unas rimas juveniles: un poema "*Oscar — Canto de invierno*", que el autor, a la sazón estudiante en Córdoba, remitió a Ernesto Quesada, director entonces de la "*Nueva Revista*" de Buenos Aires; y abarca un período de cuarenta años, durante los cuales, aparte de su labor de periodismo en "*La Prensa*" y "*La Nación*", escribió obras de tan alto valor como "*La Tradición Nacional*", "*Mis Montañas*", "*Cuentos*", "*Historias*", "*Bronce y lienzo*", "*Ideales y caracteres*", "*Fábulas*", "*El juicio del siglo*", y tradujo, acompañándolos de bien meditadas notas los poemas orientales del Kabir y Tagore.

Literariamente González se manifiesta libre de todo prejuicio: él concebía lo bello con absoluta independencia de tiempo, lugar y escuela, y pensando que es atribución de cada uno expresarlo tal como lo siente dentro de la modalidad de su ambiente peculiar. Tal modo de pensar presidió la concepción de sus dos libros más admirables: "*La tradición nacional*" y "*Mis montañas*", en los que se ha pretendido ver la influencia de "*Facundo*" y "*Recuerdos de Provincia*", sin echar de ver que el parentesco de unos y otros es simple consecuencia de la analogía de temas y no de estilo. 1) El primero de ellos, de tono grandilocuente, refleja la conciencia de un pueblo joven a través de un siglo de vida, reflejada en sus grandes hombres y sus grandes obras. 2) El segundo es el poema de la aldea nativa, en que se desenvuelve apaciblemente la vida sencilla, escrito con profundo amor. Siendo González un escritor de hondas lecturas, pues los clásicos universales eran la firme base de su cultura, fué sin embargo intensamente argentino por el fondo de su obra, de carácter marcadamente regional y argentino por su forma propia.

Caracterízase la prosa de González por su tendencia a la difusión, defecto que muchas veces se le ha reprochado, mas, como con todo acierto lo hace notar ROJAS, es ello resultante, por una parte de su temperamento soñador, por otra de la época misma. Son las más altas calidades de González como prosista la nitidez del dibujo y la serena transparencia de la forma, que brillan en muchas bellísimas páginas de sus "*Cuentos*", de sus "*Historias*" y de "*Mis Montañas*".

Como artista fué González, ya usara el verso, ya la prosa, un gran poeta rústico, cuya inspiración rezuma el sentimiento de la naturaleza y del terruño, y en cuyas obras palpita la emoción de la patria, el sentido de la raza y el alma de América.

A través de su múltiple actuación pública y de su copiosa producción, Joaquín V. González permanece siempre idéntico a sí mismo, es siempre el hijo de la montaña, dotado de admirable capacidad para el estudio y el trabajo, y aun más, el hijo de la montaña que, animado por el sentimiento poético de ésta, la amaba más que a todo otro rincón de la tierra. Al pie de su Famatina dilecto, en su Samay - Huasi, olvidábase González de los libros, que eran también sus amigos, y de los hombres, que jamás fueron sus enemigos — ni políticos ni literarios, ni profesionales, ni humanos — y vivía en íntima comunión con la naturaleza.

En todos sus libros, sean los del político o el jurista, del pedagogo o el literato, brilla el patriota. Cuanto González escribió lleva el sello de la patria emoción y es que su credo, por él mismo expresado, rezaba “el patriotismo es la esencia anímica de la levadura creadora de las razas y naciones”. Nada más justo, por ello, que cerrar este esbozo de la personalidad de Joaquín V. González con la breve fórmula de JUAN PABLO ECHAGÜE: “en horas críticas de evolución sociológica y mental, J. V. González ha sido para los argentinos, a través de toda su obra artística y pensante, un profesor de nacionalismo”.

PAUL GROUSSAC

Aunque francés de origen, pues nació en Toulouse el 15 de febrero de 1848, Paul Groussac, cuyo nombre de pila era en realidad François Paul o François de Paul, debe considerarse como escritor argentino. En efecto, pese a su nacimiento fuera del país y a que él mismo se tuvo siempre por extranjero y desterrado, habiéndose naturalizado argentino en noviembre de 1918, lo fué de verdad, pues aquí vivió desde los diez y ocho años de su edad, aquí se formó y actuó, aquí fundó su familia, y su obra lleva el sello de "la patria que el destierro dió a sus hijos", para decirlo con sus mismas palabras.

En su tierra de origen realizó Groussac sus estudios secundarios, terminados los cuales ingresó a la Escuela Naval de Brest, pero, ávido de conocer el mundo, abandonó la carrera y a bordo del velero "Anita" llegó a nuestro puerto en febrero de 1866. Partió luego hacia el interior "a cuidar carneros en la provincia de Buenos Aires", un poco por necesidad y mucho llevado por su espíritu pleno de curiosidad y su ansia de aventuras, que le hizo "trotar a mula este Virreynato, provincia por provincia, hasta Chile y Potosí, durmiendo al raso, bajo ramadas, más a menudo que en hotel". En San Antonio de Areco vivió dos años, en contacto con la pampa, entregado a tareas camperas, entre vascos y paisanos; y esa convivencia constituyó "una iniciativa algo somera, por con-



cienzuda que hubiera sido, en la elocuencia castellana y la historia argentina”.

De nuevo en Buenos Aires en 1868, y “como se vuelve siempre a los primeros amores”, al año siguiente entra como profesor en un establecimiento privado, el Colegio Modelo del Sud, y poco después es designado para dictar matemáticas en el Colegio Nacional. Entretanto había aprendido Groussac nuestra lengua y ya en 1870 pudo escribir su primer artículo en castellano, en un castellano del cual dice él mismo que “faltaba a la frase “cuadratura” y la expresión cojea un tanto”.

A partir de este momento se encauza la vida de Groussac y su personalidad comienza a desenvolverse merced a circunstancias favorables: Cosson, rector del colegio donde profesaba el joven francés, aquilata su valía y le protege, vinculándolo con José Manuel de Estrada y Pedro Goyena, los que a su vez le harán luego conocer desde su tribuna de la “*Revista Argentina*”. Con todo, no sabía aún Groussac si establecerse definitivamente en nuestro país o regresar al suyo, pero la guerra franco-prusiana, que hace difícil su vuelta a Francia, le retiene entre nosotros.

En ese entonces publica en la “*Revista Argentina*” su artículo sobre José de Espronceda, que comenzado en francés, tradujo y terminó en castellano, cediendo al ruego de Goyena. A estar a su propia manifestación, “lo escribió en la biblioteca del colegio, en dos o tres días, casi de un tirón, según el concepto romántico de la “*Inspiración*”, majadería que en una de sus mismas páginas está descripta”. Y agrega: “de esta salida del cascarón entresaqué algunas amistades, que serían mi principal ganancia”. Así lo conoció AVELLANEDA, a la sazón ministro, que años más tarde, con motivo del “*Ensayo histórico sobre el Tucumán*”, hace su elogio en la “*Nueva Revista de Buenos Aires*”, diciendo de él: “Han pasado ya algunos años desde que el nombre de don Paul Groussac nos fué por vez primera revelado. Escribía en una de nuestras revistas sobre Espronceda, el poeta del “*Diablo Mundo*”, y sobre Trueba, el cantor popular. Quedamos sorprendidos. No habíamos leído en nuestro idioma apreciaciones más finas y de un vuelo tan elevado. El análisis se mezclaba al drama. Era un estudio literario y a la par un estudio humano. En

el poeta se buscaba al hombre y a través de sus versos se divisaban las vicisitudes de la vida o las palpitaciones de su corazón... Era la aplicación entre nosotros de los procedimientos de la crítica moderna, como es practicada por Sainte-Beuve o por Nissard... Siguió escribiendo sobre crítica literaria y aplicándola en ocasiones a los escritores argentinos. Huía la detracción sistemática que conduce a la depresión moral o intelectual, conciliaba la equidad con el juicio exacto, pero evitando el elogio excesivo que suena con voz estentórea en las alturas, que suprime los matices intermedios o que excediéndose en blanduras, da tonos afeminados al discurso... Escribió biografías de hombres célebres para ligar con sus nombres largos períodos de la historia”.

A fin de atarlo al país, y tal vez a su misma persona, ofreció Avellaneda a Groussac el viaje a Tucumán y dos cátedras en su Colegio Nacional. Su espíritu aventurero y el paternal consejo de Cosson le decidieron a aceptar aquella proposición que había de cambiar para siempre el curso de su existencia. Sólo en mayo de 1871 pudo Groussac encaminarse rumbo a su nuevo destino, pues la epidemia de fiebre amarilla que azotó aquel año nuestra ciudad le postró en cama y le impidió, ya restablecido, emprender un viaje inmediato. Aprovechó esa dilación para escribir algún nuevo artículo literario y adentrarse en nuestra política interna, que comenzaba a interesarle. Tras largo viaje en vapor hasta Rosario, en tren hasta Córdoba y en mensajería hasta Tucumán, viaje que había luego de describir en su novela a la manera de Daudet “*Fruto vedado*”, llegó Groussac al Jardín de la República, donde fué bien acogido y desarrolló una febril actividad, ya en la cátedra, ya desde la dirección de “*La Unión*”, periódico oficial que debió abandonar después de una juvenil travesura.

Iniciados luego los trabajos en pro de la candidatura de Avellaneda a la presidencia de la Nación, Groussac toma a su cargo la propaganda en Tucumán, colaborando en “*La Razón*” y escribiendo una serie de artículos con el seudónimo de *Junius*, todo lo cual le indispone con don José Posse, rector del Colegio Nacional, que logra que Sarmiento lo separe de su cargo por “sus actos de altivez rayanos en la insubordinación”.

De esa misma época data su folleto, rebosante de cólera, “*Los jesuitas en Tucumán*”, en el que protesta contra la in-

troducción de esa orden religiosa en la provincia, folleto al que replica don Angel M. Gordillo en su libro "*Los Jesuítas según las fuentes más puras de la historia*".

Vuelto Groussac al favor oficial, es nombrado sucesivamente director de enseñanza provincial e inspector nacional de educación y si, por las dificultades inherentes a la época y al ambiente, no pudo leer y estudiar cuanto deseaba mientras vivió en Tucumán, al viajar en el desempeño de su nuevo cargo, según lo dice en el capítulo de "*El viaje intelectual*" dedicado a Daudet, encontró en los lugares más humildes y apartados, gracias a que "la erupción educativa de Sarmiento había derramado a millares los cajones de libros de toda laya o índole por el territorio argentino" las más bellas obras contemporáneas.

En 1878 vuelve Groussac, al ser nombrado director de la Escuela Normal de Tucumán, por él inaugurada con un magnífico discurso tres años antes, a la vida sedentaria y al estudio. En ese cargo le encuentra en 1882 el Congreso Pedagógico reunido con motivo de la Exposición Continental, para la que escribe su "*Ensayo histórico sobre el Tucumán*", por encargo del gobierno de la provincia, ensayo muy elogiosamente comentado por Avellaneda, según ya dijimos, y por Goyena.

A principios de 1883 se desarraiga definitivamente del jardín en que pasó doce años, él, que sólo pensaba en una estada de ocho o diez meses, y parte a Europa, donde frecuenta cursos, teatros y tertulias y conoce a Renán, Zola, Daudet, Goncourt y Víctor Hugo.

A su regreso es designado inspector de enseñanza secundaria y funda con Pellegrini, Lucio V. López y Gallo el "*Sud América*", diario de la tarde, político y literario, del que es director y en el cual publica algunos cuentos y su novela "*Fruto vedado — Costumbres argentinas*", que Groussac proyectó en París y pensó escribir en francés para sacar a su autor del "aislamiento y absoluta oscuridad, permitiéndole dejar alguna vez, en el gran teatro parisiense, el asiento de espectador pasivo, para ensayar el de actor en el escenario, por corto y secundario que fuese su papel".

Sobreviene luego la gran cuestión religiosa en nuestro país y el "*Sud América*" debe enfrentarse con "*La Unión*" de

Estrada, Goyena, Achával Rodríguez y Lamarca. Se enardecen los ánimos y la polémica se torna violenta en extremo, olvidándose las consideraciones debidas a la amistad y pronunciándose palabras tan difíciles de olvidar cuanto de perdonar.

El apoyo moral y material de Avellaneda logran para Groussac, en enero de 1885, el cargo de director de la Biblioteca Nacional, al que llega después de soportar los exasperados ataques de quienes se creían con más derecho que él para desempeñar tal función. Dos meses después se aleja del "*Sud América*" y comienza una vida íntegramente dedicada al cultivo de su espíritu, la que sólo abandona para emprender algún viaje, y luego en ocasión de la campaña presidencial de Sáenz Peña.

Data de ese año su "*Prosper Merimée*", escrito en francés, y del que sólo hizo una edición privada de 50 ejemplares, pues Groussac al escribir lo hacía buscando únicamente el propio placer: "¿Qué necesidad de exhibir el pensamiento, si el único deleite está en pensar? Lanzar una astilla más a la corriente que pasa... ¿Para qué, para quién? A no bastar la experiencia de los años, sería suficiente la de mi oficio de bibliotecario para enseñarme la vanidad de esta protesta contra el invencible olvido", dice alguna vez.

En 1886 se incorpora a "*La Nación*" como cronista teatral y en ella escribe durante todo el año artículos notables, en los que consagra dos columnas al drama o poema original y diez líneas a la reseña de la interpretación. En 1891 interrumpe Groussac su proficua labor puramente intelectual para ocuparse con sus amigos de la primera hora, Estrada y Goyena, y por disposición del ministerio de Instrucción Pública, y para sostener la candidatura de Roque Sáenz Peña a la presidencia de la República, candidatura que manejos ocultos arrebataron al hijo en beneficio del padre.

De 1892, año del cuarto centenario del descubrimiento de América, data el más amargo y agrio de los libros de Groussac: "*Colón*", de acentuada hispanofobia, y su *Cahier des sonnets*. En viaje a Norte América a fines del mismo año, publica en "*La Nación*" y en "*La Biblioteca*" sus impresiones de viaje, que luego había de reunir en un tomo con el nombre "*Del Plata al Niágara*". Siempre vívida en su espíritu la ima-

gen de la patria lejana, funda en 1894, dedicado a la colectividad francesa, "*Le courrier français*". En 1896, en los días de apogeo del modernismo literario, cuyo jefe era Rubén Darío, inicia Groussac "*La Biblioteca*", revista mensual destinada a la publicación de trabajos inéditos de historia, ciencias y artes y extraña a "toda preocupación de estrecha secta, partido o círculo". En ella escribe numerosos artículos, algunos de los cuales pueden considerarse verdaderos modelos en su género, otros llegaron a promover polémicas apasionadas, como la que sostuvo Groussac con el general Mitre a propósito de la figura de Liniers. Constituyen una serie interesante los "*medallones*", colección de verdaderos retratos, que aparecieron en la cara interna de la cubierta de cada entrega de la revista bajo el nombre de "*Redactores de 'La Biblioteca'*".

Interrumpida esta publicación en 1898, inicia Groussac en 1900 los "*Anales de la Biblioteca*", con el fin de dar a conocer los documentos inéditos relativos a la historia y geografía del Río de la Plata, que se conservaban en la Biblioteca Nacional. Fué la suya una labor intensa, completada con la de escritura y copia en el Archivo de Indias, a cargo de un empleado destacado en Sevilla, y que habría de ser la base de algunos de sus libros posteriores: "*Santiago de Liniers, Conde de Buenos Aires*" y "*Mendoza y Garay*"; uno y otro valiosa contribución a la historia del Río de la Plata y obras de gran envergadura. El primero, dedicado a Angel y José Manuel de Estrada, bisnietos del virrey Liniers y los primeros amigos del autor en nuestro país, constituye un modelo en el género de la biografía y una obra literaria acabada, en la que abundan hermosísimas páginas descriptivas de la ciudad en los días de la colonia y del ambiente en que cúpole actuar al ilustre francés.

Al mismo tiempo que veía la luz pública el primer tomo de los "*Anales*", el gobierno encargaba a Groussac un libro acerca de nuestro país, del cual sólo trazó el plan esquemático. En 1901, al instalarse la Biblioteca en su nuevo local de la calle México, se publicó en edición conmemorativa la "*Noticia histórica sobre la Biblioteca de Bs. As.*", escrita por su director, el cual pronunció un discurso en uno de cuyos párrafos, de emocionado tono subjetivo, se refiere a su celda de trabajo en la que "entré joven y de donde salgo viejo, deján-

dola como impregnada de mi espíritu: allí he vivido, estudiado, escrito, lo poco que de mí quedará”.

Delegado oficial a la Exposición de Roubaix en 1911, pronuncia en su país natal su conferencia magistral acerca de Liniers, luego publicada en la “*Revue des Deux Mondes*”, y escribe en la “*Revue Bleu*” su artículo “*M. Clemenceau et la Rep. Argentine*”.

En los días de la conflagración europea, que exacerba su agudo sentimiento de la patria de origen escribe en “*Le Courrier de la Plata*” artículos de propaganda aliadófila que le valen el 1º de febrero de 1918 la insignia oficial de la Legión de Honor. Nuevamente colaborador de “*La Nación*” en 1919, publica una serie de artículos de crítica literaria y filológica; luego, en 1921, las columnas de “*La Prensa*” dan cabida a sus colaboraciones de carácter marcadamente histórico.

Son sus últimas obras “*Relatos Argentinos*”, recopilación de algunas novelas breves y “*La divisa punzó*”, drama de reconstrucción histórica representado con gran éxito en 1923 y luego publicado.

Sus ojos, agotados por el afán de la lectura, se velan paulatinamente, y en vano la ciencia procura volverlos a la vida. Ya en tinieblas, Groussac se sobrevive a sí mismo, es su expresión, y no abandona su labor que se torna ahora pesada y triste. La muerte le quita de las manos el 29 de junio de 1929 su “*Acción francesa en la Argentina*” y el 2º volumen de “*Crítica literaria*”.

Las Obras Completas de Paul Groussac, cuya publicación se inició en 1918, comprenden los “*Estudios de historia argentina*” (El padre José Guevara, Don Diego de Alvear, El doctor don Diego Alcorta, Las “*Bases*” de Alberdi y el desarrollo constitucional); “*Los que pasaban*” (José Manuel Estrada, Pedro Goyena, Nicolás Avellaneda, Carlos Pellegrini y Roque Sáenz Peña); “*El viaje intelectual — Impresiones de naturaleza y arte*” (segunda serie); “*Del Plata al Niágara*” y “*Crítica literaria*”.

Basta recorrer los títulos de la vasta obra de Groussac para comprender cuán varia es ésta, y eso ateniéndonos sólo a lo publicado, pues muchos de sus trabajos sólo son conocidos por alusión a ellos o fragmentariamente. Y aun entre los que

llegaron a ver la luz, muchos sólo fueron publicados en ediciones privadas, destinadas a los amigos del autor.

Groussac fué pues, sucesiva o simultáneamente, crítico literario, cronista, historiador, novelista, comentador, ensayista, poeta, polemista, dramaturgo. Pero entre todos esos aspectos el sobresaliente y característico es el de crítico, al punto de no podersele negar el título de fundador de la crítica moderna en nuestro país. Y viviendo aislado como vivió, lejos de grupos y círculos, pudo ejercer su función con entera libertad de espíritu, erigiéndose en dómine severo, cuyos juicios nada piadosos, revestidos de aguda ironía, plenos de aticismo, eran esperados con verdadero temor. Escéptico por naturaleza, Groussac no creyó nunca en la influencia que su pluma pudiera ejercer sobre las generaciones contemporáneas y venideras.

Los maestros que formaron su temperamento, pero de los cuales se independizó luego por completo, fueron Taine, Daudet, Renán y Sainte-Beuve, muy especialmente el primero, al cual dedica su "*Colón*", reconociéndole como el que más ha contribuído a su desarrollo intelectual. Romántico al iniciarse en las letras, fué luego impresionista, pues — son sus palabras — "las fuerzas recónditas de su temperamento de escritor arras-trábanle hacia un sistema que no reconoce otro maestro que el propio yo". Tal fué su posición como crítico, magníficamente sintetizada en este párrafo: "Mi cabaña tiene galería abierta hacia los cuatro vientos y está construída ante un vasto horizonte sobre un promontorio que domina el mar".

Como historiador, su obra fué duramente criticada por los especialistas de la nueva escuela, aunque no puede negársele cuanto en ella puso de labor intensa y esfuerzo inteligente.

Por cuanto acabamos de decir, Paul Groussac, que no olvidó nunca su condición de francés, al extremo de no firmarse jamás sino Paul Groussac, tiene conquistado un puesto de honor entre los escritores argentinos.

BOLILLA VI

La novela, el cuento, el teatro en la literatura argentina. Noticia sobre Roberto J. Payró; José S. Alvarez; Florencio Sánchez.

LA NOVELA A TRAVÉS DE LOS SIGLOS

Durante los tres largos siglos de la colonia la novela carece en absoluto de representación en esta parte del continente americano y la prosa no es sino "instrumento de docencia o de acción, forma gemela del verso, escasamente capaz de servir a las ficciones de la imaginación", según concluye ROJAS tras tan afanosa cual estéril búsqueda. El motivo de la ausencia de la novela en el cuadro de la literatura colonial ha de buscarse en las disposiciones mismas de las Leyes de Indias que prohibían la entrada en América de todo libro de imaginación: ya en 1532 la Reina Católica reprochaba al Consejo de Indias: "Yo he sido informada que se pasan a las Indias muchos libros de romance, de historias vanas y de profanidad, como son de Amadís y otros de esta calidad", y en 1543 una real cédula insistía: "Sabad, que de llevarse a las Indias libros de romances y de materias profanas y fabulosas, ansí como son libros de Amadís y otros desta calidad de mentirosas historias, se siguen muchos inconvenientes, porque los indios que supieren leer, dándose a ellos, dexarán los libros de sana y buena doctrina, y leyendo los de mentirosas historias deprenderán en ellos malas costumbres e vicios".

Tales prohibiciones, luego incluídas en el cuerpo de las Leyes de Indias, cuya violación implicaba gravísimos daños: sospechas de herejía, persecuciones del Santo Oficio, etc., condenaron a la colonia a no tener poesía lírica, ni teatro, ni novela, y a refugiarse en la epopeya, la historia y la didáctica.

La época de la emancipación fué igualmente poco propicia a la novela, y en los años de la tiranía los proscriptos usaron de la prosa como arma política o molde de sus doctrinas, pero escasísimas muestras encontramos de prosa puesta al servicio de la imaginación. Tampoco la era gauchesca fué favorable a la novela, que sólo aparece hacia 1880 cuando Eduardo Gutiérrez prosifica la épica materia payadorea.

LA NOVELA ROMÁNTICA

ECHEVERRÍA Y MÁRMOL

Nuestras primeras producciones están representadas por el cuento de Echeverría "*El Matadero*" y la novela de Mármol "*Amalia*", uno y otra dentro de las tendencias del más puro romanticismo, pero, a pesar de ello, tan ajustados a la realidad de los hechos, que cobran valor de simples crónicas.

"*El Matadero*" es un cuento descriptivo, cuyo autor, aunque paladín del romanticismo en América, se muestra crudamente realista, complaciéndose en presentar en repugnantes cuadros tipos de la mayor vileza que dialogan en el más soez de los lenguajes. No le conocemos sino a través de la forma, posiblemente no definitiva y acaso por ello más vigorosa de los borradores que Juan María Gutiérrez encontró entre los papeles del amigo dilecto.

"*El Matadero*", cuyo título alude a los "*Corrales*" de la época de la tiranía, sitio en que se faenaban las reses destinadas al consumo de la población y donde se congregaban los más feroces de los mazorqueros para recrearse en el espectáculo de la sangre, desenvuelve en ese ambiente el episodio brutal, verdadero o fingido, de que es protagonista un joven unitario que, vejado en todas formas por la chusma federal y sometido finalmente a una simulación de degüello al compás de la "*Resbalosa*" o "*Refalosa*", tétrico acompañamiento musical de la macabra escena, muere víctima de su propio furor desatado ante la insolencia de la canalla.

"Los colores de este cuadro — dice JUAN MARÍA GUTIÉRREZ — son altos y rojizos, pero no exagerados, porque ellos recuerdan con propiedad la sangre, la lucha con el toro bravío, las pendencias cuerpo a cuerpo y al arma blanca, las jaurías de perros hambrientos, las bandadas de aves carnívoras, los grupos gárrulos de negras andrajosas, y el tumulto y la vocería de los carniceros insolentes. El tono insolente de este cuadro ni siquiera se atenúa con la presencia del joven que aparece en él como víctima de su dignidad personal y de su cultura.

que lejos de amedrentarse y palidecer delante de sus verdugos, despliega toda la energía, toda la entereza moral, todo el valor físico que inspira en el hombre de corazón el sentimiento del honor ofendido”.

Con este cuento, el primero dentro de nuestra literatura, que según el mismo GUTIÉRREZ “es una página histórica, un cuadro de costumbres y una protesta que nos honra”, Echeverría se señala como el precursor de la prosa descriptiva, que habían luego de cultivar, entre otros, Fray Mocho, Martiniano Leguizamón, Roberto J. Payró. —

EL MATADERO

A pesar de que la mía es historia, no la empezaré por el arca de Noé y la genealogía de sus ascendientes como acostumbraban hacerlo los antiguos historiadores españoles de América, que deben ser nuestros prototipos. Tengo muchas razones para no seguir ese ejemplo, las que callo por no ser difuso. Diré solamente que los sucesos de mi narración, pasaban por los años de Cristo de 183... Estábamos, a más, en cuaresma, época en que escasea la carne en Buenos Aires, porque la Iglesia adoptando el precepto de Epitecto, *sustine, abstine* (sufre, abstente) ordena vigilia y abstinencia a los estómagos de los fieles, a causa de que la carne es pecaminosa, y, como dice el proverbio, busca a la carne. Y como la Iglesia tiene *ab initio* y por delegación directa de Dios, el imperio inmaterial sobre las conciencias y estómagos, que en manera alguna pertenecen al individuo, nada más justo y racional que vede lo malo.

Los abastecedores, por otra parte, buenos federales, y por lo mismo buenos católicos, sabiendo que el pueblo de Buenos Aires atesora una docilidad singular para someterse a toda especie de mandamiento, sólo traen en días cuaresmales al matadero, los novillos necesarios para el sustento de los niños y de los enfermos dispensados de la abstinencia por la Bula y no con el ánimo de que se harten algunos herejotes, que no faltan, dispuestos siempre a violar los mandamientos carnificinos de la Iglesia, y a contaminar la sociedad con el mal ejemplo.

Sucedió, pues en aquel tiempo, una lluvia muy copiosa. Los caminos se anegaron; los pantanos se pusieron a nado y las calles de entrada y salida a la ciudad rebosaban en acuoso barro. Una tremenda avenida se precipitó de repente por el Riachuelo de Barracas, y extendió majestuosamente sus turbias aguas hasta el pie de las barrancas del Alto. El Plata creciendo embravecido empujó esas aguas que venían buscando su cauce y las hizo correr hinchadas por sobre campos, terraplenes, arboledas, caseríos, y extenderse como un lago inmenso por todas las bajas tierras. La ciudad circunvalada del Norte al Este por una cintura de agua y barro, y al Sur por un piélago blanquecino en cuya superficie flotaban a la ventura algunos barquichuelos y negreaban las chimeneas

y las copas de los árboles, echaba desde sus torres y barrancas atónitas miradas al horizonte como implorando la misericordia del Altísimo. Parecía el amago de un nuevo diluvio. Los beatos y beatas gimoteaban haciendo novenarios y continuas plegarias. Los predicadores atronaban el templo y hacían crujir el púlpito a puñetazos. Es el día del juicio, decían, el fin del mundo está por venir. La cólera divina rebosando se derrama en inundación. Ay! de vosotros pecadores! Ay! de vosotros unitarios impíos que os mofáis de la Iglesia, de los santos, y no escucháis con veneración la palabra de los ungidos del Señor! Ah de vosotros si no imploráis misericordia al pie de los altares! Llegará la hora tremenda del vano crujir de dientes y de las frenéticas imprecaciones. Vuestra impiedad, vuestras herejías, vuestras blasfemias, vuestros crímenes horrendos, han traído sobre nuestra tierra las plagas del Señor. La justicia del Dios de la Federación os declarará malditos.

Las pobres mujeres salían sin aliento, anonadadas del templo, echando, como era natural, la culpa de aquella calamidad a los unitarios.

Continuaba, sin embargo, lloviendo a cántaros, y la inundación crecía acreditando el pronóstico de los predicadores. Las campanas comenzaron a tocar rogativas por orden del muy católico Restaurador, quien parece no las tenía todas consigo. Los libertinos, los incrédulos, es decir, los unitarios, empezaron a amedrentarse al ver tanta cara compungida, oír tanta batahola de imprecaciones. Se hablaba ya, como de cosa resuelta, de una procesión en que debía ir toda la población descalza y a cráneo descubierto, acompañando al Altísimo, llevado bajo palio por el Obispo, hasta la barranca de Balcarce, donde millares de voces conjurando al demonio unitario de la inundación, debían implorar la misericordia divina.

Feliz, o mejor, desgraciadamente, pues la cosa habría sido de verse, no tuvo efecto la ceremonia, porque bajando el Plata, la inundación se fué poco a poco escurriendo en su inmenso lecho sin necesidad de conjuro ni plegarias.

Lo que hace principalmente a mi historia es que por causa de la inundación estuvo quince días el Matadero de la Convalecencia sin ver una sola cabeza vacuna, y que en uno o dos, todos los bueyes de quinteros y *aguateros* se consumieron en el abasto de la ciudad. Los pobres niños y enfermos, se alimentaban con huevos y gallinas, y los gringos y herejotes bramaban por el *beefsteak* y el asado. La abstinencia de carne era general en el pueblo, que nunca se hizo más digno de la bendición de la Iglesia, y así fué que llovieron sobre él millones y millones de indulgencias plenarias. Las gallinas se pusieron a seis pesos y los huevos a cuatro reales y el pescado carísimo. No hubo en aquellos días cuaresmales promiscuaciones ni excesos de gula; pero en cambio se fueron derecho al cielo innumerables ánimas y acontecieron cosas que parecen soñadas.

No quedó en el Matadero ni un solo ratón vivo de muchos millares que allí tenían albergue. Todos murieron o de hambre o ahogados en sus cuevas por la incesante lluvia. Multitud de negras rebusconas de *achuras*, como los caranchos de presa, se desbandaron por la ciudad como otras tantas harpías prontas a devorar cuanto hallaran comible. Las gaviotas y los perros inseparables rivales suyos en el matadero, emigra-

ron en busca de alimento animal. Porción de viejos achacosos cayeron en consunción por falta de nutritivo caldo; pero lo más notable que sucedió fué el fallecimiento casi repentino de unos cuantos gringos herejes que cometieron el desacato de darse un hartazgo de chorizos de Extremadura, jamón y bacalao y se fueron al otro mundo a pagar el pecado cometido por tan abominable promiscuación.

Algunos médicos opinaron que si la carencia de carne continuaba, medio pueblo caería en síncope por estar los estómagos acostumbrados a su corroborante jugo; y era de notar el contraste entre estos tristes pronósticos de la ciencia y los anatemas lanzados desde el púlpito por los reverendos padres contra toda clase de nutrición animal y de promiscuación en aquellos días destinados por la Iglesia al ayuno y la penitencia. Se originó de aquí una especie de guerra intestina entre los estómagos y las conciencias, atizada por el inexorable apetito y las no menos inexorables vociferaciones de los ministros de la Iglesia, quienes, como es su deber, no transigen con vicio alguno que tienda a relajar las costumbres católicas: a lo que se agregaba el estado de flatulencia intestinal de los habitantes, producido por el pescado y los porotos y otros alimentos algo indigestos.

Esta guerra se manifestaba por sollozos y gritos descompasados en la peroración de los sermones y por rumores y estruendos subitáneos en las casas y calles de la ciudad o donde quiera concurrían gentes. Alarmóse un tanto el gobierno, tan paternal como previsor, del Restaurador, creyendo aquellos tumultos de origen revolucionario y atribuyéndolos a los mismos salvajes unitarios, cuyas impiedades, según los predicadores federales, habían traído sobre el país la inundación de la cólera divina; tomó activas providencias, desparramó sus esbirros por la población, y por último, bien informado, promulgó un decreto tranquilizador de las conciencias y de los estómagos, encabezado por un considerando muy sabio y piadoso para que a todo trance y arremetiendo por agua y todo se trajese ganado a los corrales.

En efecto, el décimo sexto día de la carestía, víspera del día de Dolores, entró a nado por el paso de Burgos al Matadero del Alto una tropa de cincuenta novillos gordos; cosa poca por cierto para una población acostumbrada a consumir diariamente de doscientos cincuenta a trescientos, y cuya tercera parte al menos gozaría del fuero eclesiástico de alimentarse con carne. ¡Cosa extraña que haya estómagos privilegiados y estómagos sujetos a leyes inviolables y que la Iglesia tenga la llave de los estómagos!

Pero no es extraño, supuesto que el diablo con la carne suele meterse en el cuerpo y que la Iglesia tiene el poder de conjurarlo: el caso es reducir al hombre a una máquina cuyo móvil principal no sea su voluntad sino la de la Iglesia y el gobierno. Quizá llegue el día en que sea prohibido respirar aire libre, pasearse y hasta conversar con un amigo, sin permiso de autoridad competente. Así era, poco más o menos, en los felices tiempos de nuestros beatos abuelos que por desgracia vino a turbar la revolución de Mayo.

Sea como fuera; a la noticia de la providencia gubernativa, los corrales del Alto se llenaron, a pesar del barro, de carniceros, achuradores

y curiosos, quienes recibieron con grandes vociferaciones y palmoteos los cincuenta novillos destinados al matadero.

—Chica, pero gorda—exclamaban.—¡Viva la Federación! ¡Viva el Restaurador! Porque han de saber los lectores que en aquel tiempo la Federación estaba en todas partes, hasta entre las inmundicias del matadero y no había fiesta sin Restaurador como no hay sermón sin San Agustín. Cuentan que al oír tan desaforados gritos las últimas ratas que agonizaban de hambre en sus cuevas, se reanimaron y echaron a correr desatentadas conociendo que volvían a aquellos lugares la acostumbrada alegría y la algazara precursora de abundancia.

El primer novillo que se mató fué todo entero de regalo al Restaurador, hombre muy amigo del asado. Una comisión de carniceros marchó a ofrecérselo a nombre de los federales del matadero, manifestándole *in voce* su agradecimiento por la acertada providencia del gobierno, su adhesión ilimitada al Restaurador y su odio entrañable a los salvajes unitarios, enemigos de Dios y de los hombres. El Restaurador contestó a la arenga, *rinforzando* sobre el mismo tema y concluyó la ceremonia con los correspondientes vivas y vociferaciones de los espectadores y actores. Es de creer que el Restaurador tuviese permiso especial de Su Ilustrísima para no abstenerse de carne, porque siendo tan buen observador de las leyes, tan buen católico y tan acérrimo protector de la religión, no hubiera dado mal ejemplo aceptando semejante regalo en día santo.

Siguió la matanza y en un cuarto de hora cuarenta y nueve novillos se hallaban tendidos en la playa del matadero, desollados unos, los otros por desollar. El espectáculo que ofrecía entonces era animado y pintoresco aunque reunía todo lo horriblemente feo, inundo y deforme de una pequeña clase proletaria peculiar del Río de la Plata. Pero para que el lector pueda percibirlo a un golpe de ojo preciso es hacer un croquis de la localidad.

El Matadero de la Convalecencia o del Alto, sito en las quintas al Sur de la ciudad, es una gran playa en forma rectangular colocada al extremo de dos calles, una de las cuales allí se termina y la otra se prolonga hacia el Este. Esta playa con declive al Sur, está cortada por un zanjón labrado por la corriente de las aguas pluviales en cuyos bordes laterales se muestran innumerables cuevas de ratones y cuyo cauce, recoge en tiempo de lluvia, toda la sangrasa seca o reciente del matadero. En la junción del ángulo recto hacia el Oeste está lo que llaman la casilla, edificio bajo, de tres piezas de media agua con corredor al frente que da a la calle y palenque para atar caballos, a cuya espalda se notan varios corrales de palo a pique de ñandubay con sus fornidas puertas para encerrar el ganado.

Estos corrales son en tiempo de invierno un verdadero lodazal en el cual los animales apeñuscados se hunden hasta el encuentro y quedan como pegados y casi sin movimiento. En la casilla se hace la recaudación del impuesto de corrales, se cobran las multas por violación de reglamentos y se sienta el Juez del Matadero, personaje importante, caudillo de los carniceros y que ejerce la suma del poder en aquella pequeña república por delegación del Restaurador. Fácil es calcular qué clase de

hombre se requiere para el desempeño de semejante cargo. La casilla, por otra parte, es un edificio tan ruín y pequeño que nadie lo notaría en los corrales a no estar asociado su nombre al del terrible Juez y a no resaltar sobre su blanca pintura los siguientes letreros rojos: "Viva la Federación", "Viva el Restaurador y la heroína doña Encarnación Ezcurra", "Mueran los salvajes unitarios". Letreros muy significativos, símbolo de la fe política y religiosa de la gente del matadero. Pero algunos lectores no sabrán que la tal heroína es la difunta esposa del restaurador, patrona muy querida de los carniceros, quienes, ya muerta, la veneraban como viva por sus virtudes cristianas y su federal heroísmo en la revolución contra Balcarce. Es el caso que en un aniversario de aquella memorable hazaña de la mazorca, los carniceros festejaron con un espléndido banquete en la casilla a la heroína, banquete a que concurrió con su hija y otras señoras federales, y que allí en presencia de un gran concurso ofreció a los señores carniceros en un solemne brindis su federal patrocinio, por cuyo motivo ellos la proclamaron entusiasmados patrona del Matadero, estampando su nombre en las paredes de la casilla donde se estará hasta que lo borre la mano del tiempo.

La perspectiva del Matadero a la distancia era grotesca, llena de animación. Cuarenta y nueve reses estaban tendidas sobre sus cueros y cerca de doscientas personas hollaban aquel suelo de lodo regado con la sangre de sus arterias. En torno de cada res resaltaba un grupo de figuras humanas de tez y raza distinta. La figura más prominente de cada grupo era el carnicero con el cuchillo en la mano, brazo y pecho desnudos, cabello largo y revuelto, camisa y chiripá y rostro embadurnado de sangre. A sus espaldas se rebullían caracoleando y siguiendo los movimientos, una comparsa de muchachos, de negras y mulatas achuradoras, cuya fealdad trasuntaba las harpías de la fábula, y entremezclados con ellas algunos enormes mastines, olfateaban, gruñían o se daban de tarascones por la presa. Cuarenta y tantas carretas toldadas con negruzco y pelado cuero se escalonaban irregularmente a lo largo de la playa y algunos jinetes con el poncho calado y el lazo prendido al tiento cruzaban por entre ellas al tranco o reclinados sobre el pescuezo de los caballos echaban ojo indolente sobre uno de aquellos animados grupos, al paso que más arriba, en el aire, un enjambre de gaviotas blanquiazules que habían vuelto de la emigración al olor de carne, revoloteaban cubriendo con su disonante graznido todos los ruidos y voces del matadero y proyectando una sombra clara sobre aquel campo de horrible carnicería. Esto se notaba al principio de la matanza.

Pero a medida que adelantaba, la perspectiva variaba; los grupos se deshacían, venían a formarse tomando diversas aptitudes y se desparramaban corriendo como si en el medio de ellos cayese alguna bala perdida o asomarse la quijada de algún encolerizado mastín. Esto era, que ínter el carnicero en un grupo descuartizaba a golpe de hacha, colgaba en otros los cuartos en los ganchos a su carreta, despellejaba en éste, sacaba el sebo en aquél, de entre la chusma que ojeaba y aguardaba la presa de achura salía de cuando en cuando una mugrienta mano a dar un tarazón con el cuchillo al sebo o a los cuartos de la res, lo que originaba gritos

y explosión de cólera del carnicero y el continuo hervidero de los grupos, — dichos y gritería descompasada de los muchachos.

— Ahí se mete el sebo en las tetas, la tía — gritaba uno.

— Aquel lo escondió en el alzapón — replicaba la negra.

— ¡Ché! negra bruja, salí de aquí antes que te pegue un tajo — exclamaba el carnicero.

— ¡Qué le hago, ño Juan? ¡no sea malo! Yo no quiero sino la panza y las tripas.

— Son para esa bruja: a la m...

— ¡A la bruja! ¡a la bruja! — repitieron los muchachos — ¡se lleva la riñonada y el tongorí! Y cayeron sobre su cabeza sendos cuajos de sangre y tremendas pelotas de barro.

Hacia otra parte, entre tanto, dos africanas llevaban arrastrando las entrañas de un animal; allá una mulata se alejaba con un ovillo de tripas y resbalando de repente sobre un charco de sangre, caía a plomo, cubriendo con su cuerpo la codiciada presa. Acullá se veían acurrucadas en hilera cuatrocientas negras destejendo sobre las faldas el ovillo y arrancando uno a uno los sebitos que el avaro cuchillo del carnicero había dejado en la tropa como rezagados, al paso que otras vaciaban panzas y vejigas y henchían de aire de sus pulmones para depositar en ellas, luego de secas, la achura.

Varios muchachos gambeteando a pie y a caballo se daban de vejigazos o se tiraban bolas de carne, desparramando con ellas y su algarazara la nube de gaviotas que columpiándose en el aire celebraban chillando la matanza. Oíanse a menudo a pesar del veto del Restaurador y de la santidad del día, palabras inmundas y obscenas, vociferaciones preñadas de todo el cinismo bestial que caracteriza a la chusma de nuestros mataderos, con las cuales no quiero regalar a los lectores.

De repente caía un bofe sangriento sobre la cabeza de alguno, que de allí pasaba a la de otro, hasta que algún deforme mastín lo hacía buena presa, y una cuadrilla de otros, por si estrujo o no estrujo, armaba una tremenda de gruñidos y mordiscones. Alguna tía vieja salía furiosa en persecución de un muchacho que le había embadurnado el rostro con sangre, y acudiendo a sus gritos y puteadas los compañeros del rapaz, la rodeaban y azuzaban como los perros al toro y llovían sobre ella zoqueles de carne, bolas de estiércol, con groseras carcajadas y gritos frecuentes, hasta que el Juez mandaba restablecer el orden y despejar el campo.

Por un lado dos muchachos se adiestraban en el manejo del cuchillo tirándose horrendos tajos y reveses; por otro cuatro ya adolescentes ventilaban a cuchilladas el derecho a una tripa gorda y un mondongo que habían robado a un carnicero; y no de ellos distante, porción de perros flacos ya de la forzosa abstinencia, empleaban el mismo medio para saber quién se llevaría un hígado envuelto en barro. Simulacro en pequeño era éste del modo bárbaro con que se ventilan en nuestro país las cuestiones y los derechos individuales y sociales. En fin, la escena que se representaba en el Matadero era para vista no para escrita.

Un animal había quedado en los corrales de corta y ancha cerviz, de mirar fiero, sobre cuyos órganos genitales no estaban conformes los pareceres porque tenía apariencias de toro y de novillo. Llególe su hora.

Dos enlazadores a caballo penetraron al corral en cuyo contorno hervía la chusma a pie, a caballo y horquetada sobre sus ñudosos palos. Formaban en la puerta el más grotesco y sobresaliente grupo varios pialadores y enlazadores de a pie con el brazo desnudo y armados del certero lazo, la cabeza cubierta con un pañuelo punzó y chaleco y chiripá colorado, teniendo a sus espaldas varios jinetes y espectadores de ojo escrutador y anhelante.

El animal prendido ya al lazo por las astas, bramaba echando espuma furibundo y no había demonio que lo hiciera salir del pegajoso barro donde estaba como clavado y era imposible pialarlo. Gritábanlo, lo azuzaban en vano con las mantas y pañuelos los muchachos prendidos sobre la horquetas del corral, y era de oír la disonante batahola de silbidos, palmadas y voces tiples y roncás que se desprendía de aquella singular orquesta.

Los dicharachos, las exclamaciones chistosas y obscenas rodaban de boca en boca y cada cual hacía alarde espontáneamente de su ingenio y de su agudeza excitado por el espectáculo o picado por el aguijón de alguna lengua locuaz.

—Hí de p... en el toro.

—Al diablo los torunos del Azul.

—Mal haya el tropero que nos da gato por liebre.

—Si es novillo.

—¿No está viendo que es toro viejo?

—Como toro le ha de quedar. Muéstreme los c... si le parece,... e....o!

—Ahí los tiene entre las piernas. No los ve, amigo, más grandes que la cabeza de su castaño; ¿o se ha quedado ciego en el camino?

—Su madre sería la ciega, pues que tal hijo ha parido. ¿No ve que todo ese bulto es barro?

—Es emperado y arisco como un unitario. Y al oír esta mágica palabra todos a una voz exclamaron: ¡mueran los salvajes unitarios!

—Para el tuerto los h...

—Sí, para el tuerto, que es hombre de c... para pelear con los unitarios.

—El matahambre a Matasiete degollador de unitarios. ¡Viva Matasiete!

—¡A Matasiete el matahambre!

—Allá va —gritó una voz ronca interrumpiendo aquellos desahogos de la cobardía feroz. — ¡Allá va el toro!

—¡Alerta! Guarda los de la puerta. ¡Allá va furioso como un demonio!

Y, en efecto, el animal acosado por los gritos y sobre todo por dos picanas agudas que le espoleaban la cola, sintiendo flojo el lazo, arremetió bufando a la puerta, lanzando a entrambos lados una rojiza y fosfórica mirada. Dióle el tirón el enlazador sentando su caballo, desprendió el lazo de la asta, crujió por el aire un áspero zumbido y al mismo tiempo se vió rodar desde lo alto de una horqueta del corral, como si un golpe de hacha la hubiese dividido a cercén, una cabeza de niño cuyo tronco permaneció inmóvil sobre su caballo de palo, lanzando por cada arteria un largo chorro de sangre.

—Se cortó el lazo — gritaron unos — allá va el toro. Pero otros deslumbrados y atónitos guardaron silencio porque todo fué como un relámpago.

Desparramóse un tanto el grupo de la puerta. Una parte se agolpó sobre la cabeza y el cadáver palpitante del muchacho degollado por el lazo, manifestando horror en su atónito semblante, y la otra parte compuesta de jinetes que no vieron la catástrofe se escurrió en distintas direcciones en pos del toro, vociferando y gritando: — Allá va el toro! Atajen! Guarda! — Enlaza, Siete pelos. — Que te agarra, Botija! — Va furioso; no se le pongan delante. — ¡Ataja, ataja, morado! — Dele espuela al mancarrón. — Ya se metió en la calle sola. — ¡Que lo ataje el diablo!

El tropel y vocería era infernal. Unas cuantas negras achuradoras sentadas en hilera al borde del zanjón oyendo el tumulto se acogieron y agazaparon entre las panzas y tripas que desenredaban y devanaban con la paciencia de Penélope, lo que sin duda las salvó, porque el animal lanzó al mirarlas un bufido aterrador, dió un brinco sesgado y siguió adelante perseguido por los jinetes. Cuentan que una de ellas se fué de cámaras; otra rezó diez salves en dos minutos, y dos prometieron a San Benito no volver jamás a aquellos malditos corrales y abandonar el oficio de achuradoras. No se sabe si cumplieron la promesa.

El toro entre tanto tomó hacia la ciudad por una larga y angosta calle que parte de la punta más aguda del rectángulo anteriormente descrito, calle encerrada por una zanja y un cerco de tunas, que llaman *sola* por no tener más de dos casas laterales y en cuyo aposado centro había un profundo pantano que tomaba de zanja a zanja. Cierta inglés, de vuelta de su saladero vadeaba este pantano a la sazón, paso a paso, en un caballo algo arisco, y sin duda iba tan absorto en sus cálculos que no oyó el tropel de jinetes ni la gritería sino cuando el toro arremetía al pantano. Azoróse de repente su caballo dando un brinco al sesgo y echó a correr dejando al pobre hombre hundido media vara en el fango. Este accidente, sin embargo, no detuvo ni refrenó la carrera de los perseguidores del toro, antes al contrario, soltando carcajadas sarcásticas — Se amoló el gringo; levántate, gringo — exclamaron, y cruzando el pantano amasando con barro bajo las patas de sus caballos, su miserable cuerpo. Salió el gringo, como pudo, después a la orilla, más con la apariencia de un demonio tostado por las llamas del infierno que de un hombre blanco pelirubio. Más adelante al grito de Al toro! Al toro! cuatro negras achuradoras que se retiraban con su presa se zambulleron en la zanja llena de agua, único refugio que les quedaba.

El animal, entre tanto, después de haber corrido unas veinte cuabras en distintas direcciones azorando con su presencia a todo viviente, se metió por la tranquera de una quinta donde halló su perdición. Aunque cansado, manifestaba bríos y colérico ceño; pero rodeábalo una zanja profunda y un tupido cerco de pitas, y no había escape. Juntáronse luego sus perseguidores que se hallaban desbandados y resolvieron llevarlo en un señuelo de bueyes para que espíase su atentado en el lugar mismo donde lo había cometido.

Una hora después de su fuga el toro estaba otra vez en el Matadero donde la poca chusma que había quedado no hablaba sino de sus fechorías. La aventura del gringo en el pantano excitaba principalmente la ri-

sa y el sarcasmo. Del niño degollado por el lazo no quedaba sino un charco de sangre: su cadáver estaba en el cementerio.

Enlazaron muy luego por las astas al animal que brincaba haciendo hincapié y lanzando roncós bramidos. Echáronle, uno, dos, tres piales; pero infructuosos: al cuarto quedó prendido de una pata: su brío y su furia redoblaron; su lengua estirándose convulsiva arrojaba espuma, su nariz humo, sus ojos miradas encendidas. — ¡Desgarreten ese animal! — exclamó una voz imperiosa. Matasiete se tiró al punto del caballo, cortóle el garrón de una cuchillada y gambeteando en torno de él con su enorme daga en mano, se la hundió al cabo hasta el puño en la garganta mostrándola en seguida humeante y roja a los espectadores. Brotó un torrente de la herida, exhaló algunos bramidos roncós, vaciló y cayó el soberbio animal entre los gritos de la chusma que proclamaba a Matasiete vencedor y le adjudicaba en premio el matambre. Matasiete extendió, como orgulloso, por segunda vez el brazo y el cuchillo ensangrentado y se agachó a desollarle con otros compañeros.

Faltaba que resolver la duda sobre los órganos genitales del muerto, clasificado provisoriamente de toro por su indomable fiereza; pero estaban todos tan fatigados de la larga tarea que la echaron por lo pronto en olvido. Mas de repente una voz ruda exclamó: — Aquí están los huevos — sacando de la barriga del animal y mostrando a los espectadores, dos enormes testículos, signo inequívoco de su dignidad de toro. La risa y la charla fué grande; todos los incidentes desgraciados pudieron fácilmente explicarse. Un toro en el Matadero era cosa muy rara, y aun vedada. Aquél, según reglas de buena policía debió arrojarse a los perros; pero había tanta escasez de carne y tantos hambrientos en la población, que el señor Juez tuvo a bien hacer ojo lerdó.

En dos por tres estuvo desollado, descuartizado y colgado en la carreta el maldito toro. Matasiete colocó el matambre bajo el pellón de su recado y se preparaba a partir. La matanza estaba concluída a las doce, y la poca chusma que había presenciado hasta el fin, se retiraba en grupos de a pie y a caballo, o tirando a la cincha algunas carretas cargadas de carne.

Mas de repente la ronca voz de un carnicero gritó: — Allí viene un unitario! y al oír tan significativa palabra toda aquella chusma se detuvo como herida de una impresión subitánea.

—¿No le ven la patilla en forma de U? No trae divisa en el fraque ni luto en el sombrero.

—Perro unitario.

—Es un cajetilla.

—Monta en silla como los gringos.

—La mazorca con él.

—La tijera!

—Es preciso sobarlo.

—Trae pistoleras por pintar.

—Todos estos cajetillas unitarios son pintores como el diablo.

—¿A que no te le animas, Matasiete?

—¿A que no?

—A que sí.

Matasiete era hombre de pocas palabras y de mucha acción. Tratándose de violencia, de agilidad, de destreza en el hacha, el cuchillo o el caballo, no-hablaba y obraba. Lo habían picado: prendió la espuela a su caballo y se lanzó a brida suelta al encuentro del unitario.

Era este un joven como de veinte y cinco años de gallarda y bien apuesta persona que mientras salían en borbotón de aquellas desaforadas bocas las anteriores exclamaciones trotaba hacia Barracas, muy ajeno de temer peligro alguno. Notando, empero, las significativas miradas de aquel grupo de dogos de matadero, echa maquinalmente la diestra sobre las pistoleras de su silla inglesa, cuando una pechada al sesgo del caballo de Matasiete lo arroja de los lomos del suyo tendiéndolo a la distancia boca arriba y sin movimiento alguno.

—Viva Matasiete! — exclamó toda aquella chusma cayendo en tropel sobre la víctima como los caranchos rapaces sobre la osamenta de un buey devorado por el tigre.

Atolondrado todavía el joven, fué, lanzando una mirada de fuego sobre aquellos feroces, hacia su caballo que permanecía inmóvil no muy distante a buscar en sus pistolas el desagravio y la venganza. Matasiete dando un salto le salió al encuentro y con fornido brazo asiéndolo de la corbata lo tendió en el suelo tirando al mismo tiempo la daga de la cintura y llevándola a su garganta.

Una tremenda carcajada y un nuevo viva estertorio volvió a victoriarlo. ¡Qué nobleza de alma! ¡Qué bravura en los federales! siempre en pandilla cayendo como buitres sobre la víctima inerte.

—Degüéllalo, Matasiete: quiso sacar las pistolas. Degüéllalo como al toro.

—Pícaro unitario. Es preciso tusarlo.

—Tiene buen pescuezo para el violín.

—Tocale el violín.

—Mejor es la resbalosa.

—Probemos — dijo Matasiete y empezó sonriendo a pasar el filo de su daga por la garganta del caído, mientras con la rodilla izquierda le comprimía el pecho y con la siniestra mano le sujetaba por los cabellos.

—No, no le degüellen — exclamó de lejos la voz imponente del Juez del Matadero que se acercaba a caballo.

—A la casilla con él, a la casilla. Preparen la mazorca y las tijeras. Mueran los salvajes unitarios! Viva el Restaurador de las leyes!

—Viva Matasiete!

Mueran! Vivan! repitieron en coro los espectadores y atándolo codo con codo, entre moquetes y tirones, entre vociferaciones e injurias, arrastraron al infeliz joven al banco del tormento como los sayones al Cristo.

La sala de la casilla tenía en su centro una grande y fornida mesa de la cual no salían los vasos de bebida y los naipes sino para dar lugar a las ejecuciones y torturas de los sayones federales del Matadero. Notábase además en un rincón otra mesa chica con recado de escribir y un cuaderno de apuntes y porción de sillas entre las que resaltaba un sillón de brazos destinado para el Juez. Un hombre, soldado en apariencia, sentado en una de ellas cantaba al son de la guitarra la resbalosa, tonada de inmensa popularidad entre los federales, cuando la chusma, llegando

en tropel al corredor de la casilla lanzó a empujones al joven unitario hacia el centro de la sala.

—A ti te toca la resbalosa — gritó uno.

—Encomienda tu alma al diablo.

—Está furioso como toro montaraz.

—Ya le amansará el palo.

—Es preciso sobarlo.

—Por ahora verga y tijera.

—Si no, la vela.

—Mejor será la mazorca.

—Silencio y sentarse — exclamó el Juez dejándose caer sobre su sillón. Todos obedecieron, mientras el joven de pie encarando al Juez exclamó con voz preñada de indignación.

—Infames sayones, ¿qué intentan hacer de mí?

—Calma! — dijo sonriendo el Juez — no hay que encolerizarse. Ya lo verás.

El joven, en efecto, estaba fuera de sí de cólera. Todo su cuerpo parecía estar en convulsión. Su pálido y amoratado rostro, su voz, su labio trémulo, mostraban el movimiento convulsivo de su corazón, la agitación de sus nervios. Sus ojos de fuego parecían salirse de la órbita, su negro y lacio cabello se levantaba erizado. Su cuello desnudo y la pechera de su camisa dejaban entrever el latido violento de sus arterias y la respiración anhelante de sus pulmones.

—¿Tiemblas? — le dijo el Juez.

—De rabia porque no puedo sofocarte entre mis brazos.

—¿Tendrías fuerza y valor para eso?

—Tengo de sobra voluntad y coraje para ti, infame.

—A ver las tijeras de tusar mi caballo: túsenlo a la federala.

Dos hombres le asieron, uno de la ligadura del brazo, otro de la cabeza y en un minuto cortáronle la patilla que poblaba toda su barba por bajo, con risa estrepitosa de sus espectadores.

—A ver — dijo el Juez — un vaso de agua para que se refresque.

—Uno de hiel te haría yo beber, infame.

Un negro petizo púsosele al punto delante con un vaso de agua en la mano. Dióle el joven un puntapié en el brazo y el vaso fué a estrellarse en el techo salpicando el asombrado rostro de los espectadores.

—Este es incorregible.

—Ya lo domaremos.

—Silencio, — dijo el Juez — ya estás afeitado a la federala, sólo te falta el bigote. Cuidado con olvidarlo. Ahora vamos a cuentas.

—¿Por qué no traes divisa?

—Porque no quiero.

—¿No sabes que lo manda el Restaurador?

—La librea es para vosotros esclavos, no para los hombres libres.

—A los libres se les hace llevar a la fuerza.

—Sí, la fuerza y la violencia bestial. Esas son vuestras armas; infames. El lobo, el tigre, la pantera también son fuertes como vosotros. Deberíais andar como ellas en cuatro patas.

—¿No temes que el tigre te despedace?

—Lo prefiero a que maniatado me arranquen como el cuervo, una a una las entrañas.

—¿Porqué no llevas luto en el sombrero por la heroína?

—¡Porque lo llevo en el corazón por la Patria, por la Patria que vosotros habéis asesinado, infames!

—¿No sabes que así lo dispuso el Restaurador?

—Lo dispusisteis vosotros, esclavos, para lisonjear el orgullo de vuestro señor y tributarle vasallaje infame.

—Insolente! te has embravecido mucho. Te haré cortar la lengua si chistas.

—Abajo los calzones a ese mentecato cajetilla y a nalga pelada denle verga, bien atado sobre la mesa.

Apenas articuló esto el juez, cuatro sayones salpicados de sangre, suspendieron al joven y lo tendieron largo a largo sobre la mesa comprimiéndole todos us miembros.

—Primero degollarme que desnudarme; infame canalla.

Atáronle un pañuelo a la boca y empezaron a tironear sus vestidos. Encogíase el joven, pateaba, hacía rechinar los dientes. Tomaban ora sus miembros la flexibilidad del junco, ora la dureza del fierro y su espina dorsal era el eje de un movimiento parecido al de la serpiente. Gotas de sudor fluían por su rostro grandes como perlas; echaban fuego sus pupilas, su boca espuma, y las venas de su cuello y frente negreaban en relieve sobre su blanco cutis como si estuvieran repletas de sangre.

—Átenlo primero —exclamó el Juez.

—Está rugiendo de rabia —articuló un sayón.

En un momento liaron sus piernas en ángulo a los cuatro pies de la mesa volcando su cuerpo boca abajo. Era preciso hacer igual operación con las manos, para lo cual soltaron las ataduras que las comprimían en la espalda. Sintiéndolas libres el joven, por un movimiento brusco en el cual pareció agotarse toda su fuerza y vitalidad, se incorporó primero sobre sus brazos, después sobre sus rodillas y se desplomó al momento murmurando: Primero degollarme que desnudarme infame, canalla.

Sus fuerzas se habían agotado, inmediatamente quedó atado en cruz y empezaron la obra de desnudarlo. Entonces un torrente de sangre brotó borbolloneando de la boca y las narices del joven, y extendiéndose empezó a caer a chorros por entrambos lados de la mesa. Los sayones quedaron inmóviles y los espectadores estupefactos.

—Reventó de rabia el salvaje unitario, —dijo uno.

—Tenía un río de sangre en las venas, —articuló otro.

—Pobre diablo: queríamos únicamente divertirnos con él y tomó la cosa demasiado a lo serio, —exclamó el Juez frunciendo el ceño de tigre. Es preciso dar parte, desátenlo y vamos.

Verificaron la orden; echaron llave a la puerta y en un momento se escurrió la chusma en pos del caballo del Juez cabizbajo y taciturno.

Los federales habían dado fin a una de sus innumerables proezas.

En aquel tiempo los carniceros degolladores del Matadero eran los apóstoles que propagaban a verga y puñal la federación rosina, y no es difícil imaginarse qué federación saldría de sus cabezas y cuchillas. Lla-

maban ellos salvaje unitario, conforme a la jerga inventada por el Restaurador, patrón de la cofradía, a todo el que no era degollador, carnicero, ni salvaje, ni ladrón; a todo hombre decente y de corazón bien puesto, a todo patriota ilustrado amigo de las luces y de la libertad; y por el suceso anterior puede verse a las claras que el foco de la federación estaba en el Matadero.

★

La "*Amalia*" de Mármol, la primera y la más popular de las novelas argentinas, traducida a diversas lenguas e inspiradora de obras teatrales y cinematográficas, constituye un valioso documento histórico y social. Su primera parte apareció en Montevideo en el año 1854 y luego, reunida a la segunda, en Buenos Aires en 1855; a estas primeras ediciones siguieron otras muchas, pues la obra tuvo extraordinaria aceptación.

Su acción arranca del momento en que en la oscura noche del 4 de mayo de 1840, Eduardo Belgrano, en compañía de cuatro de sus amigos, como él unitarios que desesperaban de poder vivir tranquilos en su patria, aprestábase a embarcar en una ballenera rumbo a Montevideo, el asilo de los proscriptos. Conducíalos un sujeto apellidado Merlo, en el que los futuros prófugos habían depositado su confianza, ignorantes de que tenían que habérselas con un infame delator, gracias a cuyo aviso, mientras escudriñaban las aguas del río procurando descubrir la embarcación salvadora, les sorprende una partida de la mazorca que, con saña feroz, ultima a los compañeros de Belgrano. A punto de morir éste a manos de uno de los mazorqueros, es salvado providencialmente por Daniel Bello, su amigo de la infancia, que le lleva, como a lugar seguro, a casa de su prima, doña Amalia Sáenz de Olabarrieta, en la calle Larga de Barracas. Allí es curado con todo sigilo por el doctor don Diego Alcorta, maestro de filosofía que fué de Eduardo y Daniel, y queda entregado al reposo, mientras éste, ya en su casa, comienza a tejer la intriga que ha de salvar a su amigo de la persecución de los secuaces del tirano, que enterado ya del episodio, y en agria conversación, y con despectivo tono, señala a Victorica, su jefe de policía, el camino que debe seguir para aprehender al "salvaje unitario": valerse de las delaciones de los criados, gente de color adicta a Rosas, porque éste le habla continuamente de la igualdad de negros y blancos.

Florencia Dupasquier, la novia de Daniel, a quien éste ha encargado averiguar qué se dice del suceso en casa de doña María Josefa de Ezcurra, cumple exquisitamente su cometido y logra saber de los mismos labios de la satánica mujer cuanto desea, pero ésta logra también instilar en su alma el veneno de los celos, haciéndole creer que su novio le es infiel con Amalia. Tras una escena de celos motivada por las envenenadas alusiones de doña María Josefa, sabe Daniel por Florencia, que aun se ignora en los círculos del gobierno el nombre del prófugo del 4 de mayo y entonces, lleno de esperanzas, sigue representando, para alejar de sí las sospechas y enconar a los federales, los unos contra los otros, su papel de federal neto.

Entretanto, el amor se ha encendido en los pechos de Eduardo y Amalia, la que, para complacer a Daniel, deseoso de hacerla aparecer como buena federala, ha de ir con Florencia, en la noche del 24 de mayo, al baile dado por Manuelita y al cual ha sido invitada por ésta, a instancias de doña Agustina Rosas de Mansilla, que, presintiendo en la hermosa tucumana una rival de su belleza y de su lujo, desea intimar con ella. Daniel Bello, luego de asistir a una reunión de unitarios en casa de doña Marcelina, mujer que le sirve incondicionalmente en virtud de una carta sumamente comprometedora para ella y en poder de aquél, acude al baile federal donde tiene, el único, el valor de definir y expresar el sentimiento de la mayoría de los presentes, pero no el suyo, en un brindis por el primer federal "que tiña su puñal en la sangre de los esclavos de Luis Felipe y de los salvajes unitarios".

En este baile Amalia es presentada al comandante Mariño, el redactor de "*La Gaceta*", que, prendado de ella, declara que será suya o el diablo ha de llevárselo. Y por ello, cuando Amalia se retira acompañada en su coche por Eduardo, que ha ido a esperarla, es seguida por Mariño que le ofrece su compañía para evitarle cualquier encuentro desagradable en la soledad de los caminos. Pero Belgrano, con toda imprudencia, contesta al intruso de mala manera, y éste se retira diciendo que un hombre no olvida fácilmente tal insulto. En efecto: muy luego conviene con doña María Josefa favores recíprocos: ella le allanará el camino para que Amalia sea suya y él recibirá en su cuartel de serenos, de donde el que entra sólo sale para

la eternidad, a lo que el espíritu maligno de doña María Josefa llama "cierta cosa" y que no es sino Eduardo Belgrano.

La visita inesperada de doña María Josefa y Agustina Mansilla, así como las inquisitoriales preguntas de aquélla hacen sospechar a Daniel que la astuta vieja algo sabe del prófugo del 4 de mayo, presunción que confirma cuando ésta, deseosa de cerciorarse de una manera eficaz, presiona, con el pretexto de levantarse, el muslo herido de Eduardo, cuya palidez y desmayo dan a la satánica mujer la certeza que buscaba: la causa de Belgrano está perdida ya.

Daniel, que inmediatamente saca a Eduardo de la casa de Amalia y le coloca en lugar seguro, encuentra al volver a la quinta de Barracas una partida, que por orden de doña María Josefa viene a registrar la casa y a llevar a Belgrano, según la frase de Cuitiño, "vivo o muerto". Una declaración escrita del federalismo de Daniel, otorgada a éste por Salomón, confunde a Cuitiño que, avergonzado y rezongando contra doña María Josefa, abandona el campo. En la misma noche Mariño, conforme a su plan, ofrece por carta su protección secreta a Amalia, la que ante el insulto quiere devolver al insolente hecha pedazos su misiva, pero Daniel, hábil político, le contesta en su nombre con lo que consigue amilanar a Mariño, temeroso de que su imprudente carta llegue a manos del tirano.

Como la situación se complica por momentos y la persecución se exacerba, Amalia deja su quinta de Barracas y se refugia en Olivos, en la llamada "Casa sola", que, la misma noche en que Florencia y su madre parten rumbo a Montevideo es asaltada por Santa Coloma, que debe retirarse ante la carta conseguida de Manuelita por Daniel a manera de salvaguardia para Amalia y que ésta le muestra como supremo recurso. Vuelta a su casa de Barracas, encontramos a Amalia en la mañana del 3 de octubre eligiendo el vestido que ha de lucir aquella noche, la de su boda, después de realizada la cual ha de partir Eduardo hacia Montevideo.

Y transcurrían los únicos momentos de que los flamantes esposos podían disponer antes de la separación, cuando lo horrendo salvaje de la mazorca irrumpió destrozándolo todo en casa de Amalia y tronchando cruel sus vidas. Quien, sólo con llegar unos minutos antes hubiera podido impedir aquella tragedia,

don Antonio Bello, alcanza a recibir en sus brazos a su hijo moribundo y contempla aquel cuadro de muerte y desolación.

"*Amalia*", cuya acción, según se desprende de la síntesis que precede, entrelaza los elementos histórico-políticos de la época de Rosas con el romance amoroso de sus protagonistas, no es precisamente una novela histórica, por cuanto, escrita casi al tiempo que se desarrollaban los acontecimientos que en ella se refieren, ofrece las características de una obra de actualidad histórica. Carece, por otra parte, de la imparcialidad y objetividad que vano fuera pedir a su autor, enemigo militante y encarnizado del tirano, que se deja llevar siempre de su odio tenaz hacia Rosas y pretende con su obra presentar al mundo viril protesta contra esa época sombría de nuestra historia.

Y así como es real en sus líneas generales el asunto de "*Amalia*", reales son casi todos sus personajes, empezando por la protagonista, que posiblemente nada tenga que ver con la "*Amalia*" a la que dedica Mármol su "*Despedida*" fechada en Río de Janeiro en 1844 y a la que invoca:

"¡Ay Amalia! Yo dejo contigo
la más bella mujer que adoré".

Entre el matiz histórico-político y el sentimiento de la novela de Mármol, acusa el primero valores superiores, ya que no es la cuerda amorosa el fuerte del autor, también más inspirado y vehemente, como poeta civil que como poeta erótico. El mismo Mármol debió sentirlo así, cuando de los sesenta y siete capítulos de que consta la obra sólo nueve dedicó a la historia amorosa. Vale más "*Amalia*" por el ambiente social que ella pinta que por su argumento y sus caracteres. En cuanto a éstos, hemos de decir que Mármol, dentro de la corriente del romanticismo y acatando sus principios técnicos, se complace en el contraste, en la antítesis, en la oposición de los colores, y que, en consecuencia, sus criaturas ideales pertenecen a uno u otro de dos mundos antagónicos: al de las almas angélicas, en cuyo caso son el compendio de toda suerte de perfecciones, o al de los réprobos, y encierran entonces la máxima perversidad. Tal división resta fuerza de humanidad y calor de vida a la figuras del primer tipo que, excesivamente idealizadas, resultan borrosas, al punto que, por ejemplo, los amores de Amalia y Eduardo Belgrano carecen de interés por su inmate-

rialidad, convirtiéndose en puro alarde retórico. En cambio, en los retratos del mundo de los réprobos logra Mármol notables aciertos: su Rosas cobra verdadera vida y se nos aparece a través de algunas felices escenas — como la intitulada “*La hora de comer*”, que nos enfrenta a un personaje, todo él instintos, entregado al más grande de los placeres cuando se rasca el pecho con el goce físico propio de un organismo brutal— tal como le ve RAMOS MEJÍA en su notable trabajo psicológico “*La personalidad moral del tirano*”, presa de la locura moral y cuyas acciones todas tienden “a defenderse, a consolidarse y a perdurar”. No menos bien logrados son los retratos de Corvalán, de Cuitiño, de doña María Josefa Ezcurra, del loco Vi-guá, así como los de los tipos cómicos: don Cándido, cuyo precursor ha de buscarse en el don Abundio de “*Los novios*” de Manzoni, y doña Marcelina, tocante este último en lo bufo.

Numerosas son las descripciones eficaces que en “*Amalia*” encontramos, generalmente animadas por el soplo del odio del autor; se destacan entre ellas: la del amanecer de Buenos Aires, la del terror, la crónica del baile, la del Río de la Plata cuando la evasión a Montevideo, así como algunas de interiores, tal la de la alcoba de Amalia, acaso excesivamente enumerativa.

Mármol maneja hábilmente el diálogo y sabe mover a sus personajes, que hablan con vivacidad, aunque no pocas veces se tornan triviales.

En síntesis, “*Amalia*”, nuestra novela primigenia, vivo trasunto de la pasión impetuosa y desbordante del autor y documento inestimable para adentrarnos en el conocimiento de toda una época, pese a los defectos inherentes a una obra de iniciación, merece la fama que siempre la ha acompañado y que, de reflejo, perpetúa la de Mármol novelista por encima de la de Mármol poeta.

★

A “*El Matadero*” de Echeverría y “*Amalia*” de Mármol, puntos de arranque de nuestra producción novelesca, siguieron una serie de ensayos: “*Soledad*” de Mitre, “*El Capitán de Patricios*” de Gutiérrez, “*Esther*” de Cané padre, todas ellas obras de juventud y desprovistas de trascendencia, y otras obras de difícil clasificación, por muchos incluídas entre las

novelas, tales "*Facundo*" de Sarmiento y "*Luz del día en América*" de Alberdi. De unos y otras nos hemos ocupado oportunamente, también de los relatos históricos de **Vicente Fidel López**: "*La novia del hereje*", "*La loca de la Guardia*" y "*La gran semana de Mayo*", de forma descuidada — el escritor americano Simón Camacho entretúvose en contar las diez y siete veces que en una misma página aparece la preposición *para* — y más próximos a la historia que a la novela. (Ver Bolilla V, pág. 418).



LA NOVELA GAUCHESCA

EDUARDO GUTIÉRREZ

Dentro de la corriente gauchesca aparece la novela con los folletines de **Eduardo Gutiérrez**, muchos de ellos simples prosificaciones de los poemas payadorescos, otros de fondo histórico o policial, todos carentes de valor estético y destinados a la gran masa de lectores vulgares que se complacían en su desaliñada espontaneidad.

Eduardo Gutiérrez, que eslabona el ciclo épico de José Hernández, esto es la tradición de los gauchescos en verso con el nuevo ciclo de los gauchos en la novela y luego en el teatro, nació en el año 1853 en Buenos Aires, donde murió a temprana edad en 1890.

Su silueta es la misma de los payadores románticos que se complace en presentar en sus novelas: esbelto y de pulcro vestir, rubio y de ojos celestes, como muchos de nuestros gauchos, más parecidos al europeo conquistador que al indio autóct-

tono. Nacido en un hogar culto, entre cuyos ascendientes figura Hidalgo, el payador de nuestros "*Diálogos patrióticos*", desde pequeño fué atraído Eduardo Gutiérrez por la simpatía de la pampa, sus hombres y sus cosas, que instintivamente sentía, ya que jamás hizo vida de campo. Nunca fué dado al estudio, ni a la lectura; muy músico, por natural disposición, y dotado de admirable aptitud para las lenguas extranjeras, "su caudal no era otro que su propio intelecto y su enorme facilidad de asimilación", según fehaciente testimonio de su hermano CARLOS.

Su misma idiosincrasia explica su vocación periodística, si ésta no le viniera ya de familia, pues sus hermanos José María, Ricardo y Carlos, distinguidos todos ellos en las ciencias, las artes o las letras, fueron periodistas natos. Hizo sus primeras armas a los trece años en el diario familiar, "*La Nación Argentina*", escribiendo una sección de tono humorístico y tinte local llamada "*Crónica*". A partir de tal iniciación no abandonó la pluma, de la que brotaron alternativamente panfletos partidistas, cuadros de costumbres, artículos literarios o de crítica musical, géneros todos ellos en que puede considerársele como precursor dentro del cuadro de nuestra literatura.

Habiendo pasado en 1870 el periódico familiar a las manos del general Mitre, que le llamó simplemente "*La Nación*", Eduardo Gutiérrez colaboró como escritor serio en "*La Tribuna*" de los Varela, en "*La Epoca*" de los Cantilo, en "*El Nacional*" con Lucio V. López y Miguel Cané, en el último de los cuales creó sin embargo una sección intitulada "*Notas risueñas*", en la que volvió a mostrarse su chispa retozona de los días de la iniciación.

Pero su más copiosa colaboración ha de buscarse en "*La Patria Argentina*", "*El pueblo Argentino*", "*El Orden*" y "*La Crónica*", en especial en la primera, en los que aparecieron en carácter de folletín sus novelas gauchescas, sus crónicas históricas y sus relatos policiales, que integran un conjunto de treinta volúmenes y diez mil páginas. Tales cifras pudieran sugerirnos la idea de una pasmosa fecundidad, pero es menester reconocer con ROJAS, que Gutiérrez es por encima de todo, "un rapsoda épico de la tradición popular", ya que no ha

creado los personajes ni ha inventado los argumentos de sus novelas. Éstas pueden agruparse en tres series:

1ª — Las novelas gauchescas: "*Juan Moreira*", "*Juan Cuello*", "*Juan Sin Patria*", "*Pastor Luna*", "*El Mataco*", "*Santos Vega*" y "*Una amistad hasta la muerte*" (2ª parte de la anterior), cuyos tipos y episodios, que pertenecen, ya a la tradición folklórica, ya a la documentación jurídica, se repiten al punto de que podrían reducirse a dos fundamentales: "*Santos Vega*" y "*Juan Moreira*". En ellas aparece el gaucho, por lo común valiente, generoso y cantor, en pugna con las avanzadas de la civilización en la pampa — el comerciante, el comisario, el juez — y protagonista de una serie de lances, ya amorosos, ya guerreros, que alternan con las habituales escenas camperas de bailes, domas de potros, corridas de sortijas, hierras, serenatas. El precedente de las novelas de esta serie ha de buscarse en "*Martín Fierro*", del cual en cierta manera constituyen una prosificación, y luego en "*Santos Vega*" y "*La cautiva*".

2ª — Las crónicas históricas: Un primer grupo alrededor de la figura del general Peñaloza: "*El Chacho*", "*Las monotoneras*", "*El rastreador*" y "*La muerte de un héroe*"; un segundo grupo en torno a Rosas: "*Juan Manuel de Rosas*", "*La Mazorca*", "*Una tragedia de doce años*" y "*El puñal del tirano*", y luego: "*La muerte de Buenos Aires*" y "*Siluetas militares*". En las obras de esta serie, en las que ha de reconocerse la influencia de los gauchos de "*Facundo*", Gutiérrez nos habla de cosas, no ya presentidas, como en las anteriores, sino vividas, pues, a estar a las palabras de su hermano CARLOS: "Vida de campo en estancias no la hizo nunca, fué un vidente de sus escenas y sus tipos. Vida de campamento sí hizo, pues fué militar, haciendo su carrera en la frontera, en la guerra con los indios... Sus campañas fueron duras en esa época en que se expedicionaba sobre los indios, sin carpas, pasando las noches al raso y durmiendo a campo, sobre charcas que se escarchaban y a la de Dios que es grande. El, hijo de otro ambiente, dandy mimado y amante de abrigos y del fuego, contrajo la enfermedad que lo llevó a la tumba". En cuanto a la información histórica de las obras de Gutiérrez, ella es deficiente, no por ignorancia, que no puede suponerse en el

autor, sino porque éste deforma los hechos de acuerdo a las exigencias dramático - novelescas.

3ª — Los relatos policiales: “*Los grandes ladrones*”, “*Antonio Larrea*”, “*Los siete bravos*”, “*La infamia de una madre*”, “*El jorobado*”, “*Astucia de una negra*”, “*Carlos Lanza*”, “*Lanza, el gran banquero*”, “*Los hermanos Barrientos*”, “*El tigre del Quequén*”, “*Domingo Rivadavia*”, “*Amor funesto*”, “*Hormiga negra*” y “*El asesinato de Alvarez*”. En los folletines de esta serie prevalecen como argumentos crímenes, estafas y pesquisas, y no hay en ellos valor alguno fuera del simple interés folletinesco de la burda intriga destinada a deleitar al público vulgar.

Claro está que tal división no separa por completo en tres grupos distintos la obra de Gutiérrez, que en el fondo es una por su estilo y ambiente; simplemente atiende al elemento preponderante en cada una de sus novelas, ya gauchesco, ya histórico, ya policial. Tanto es ello así, que algunas de ellas han sido incluídas en una u otra de las categorías, tal “*Juan Moreira*”, gauchesca por la índole del personaje y policial por los lances de éste con los representantes de la autoridad.

La obra de Eduardo Gutiérrez se resiente de inconsistencia en la composición y repeticiones en el relato, fallas por igual imputables al género folletinesco y al método de trabajo del autor, el cual, dice su hermano CARLOS, “jamás pensaba lo que iba a escribir, escribía mientras tenía pluma, tinta y papel... Cuando le avisaban que el original del folletín se había agotado, leía el último folletín publicado y con sólo esto se ponía al corriente y continuaba. Jamás releyó sus originales, ni corrigió las pruebas, a tal extremo que, por descargo de conciencia, al editar en folletos sus obras ponía en la tapa “Sin corrección del autor”. Fué, pues, Gutiérrez, un escritor instintivo, tal como imagina RICARDO ROJAS a los autores de las novelas de caballería, como las suyas absurdas y repetidoras, como las suyas destinadas a exagerar el tipo individualista del valor y a ser gustadas por el vulgo. Y aunque Gutiérrez ama al gaucho, sobre todo al gaucho perseguido, el lenguaje de sus novelas, en las que alternan prosa y verso, no es el léxico gauchesco, sino el castellano, que jamás llegó a dominar como domina el artista consumado su instrumento. Sus folle-

tines — que en rigor de verdad no merecen ni por su argumento, ni por su forma, el nombre de verdaderas novelas — constituyen, no obra de arte, pero sí valioso documento en la historia de nuestras letras y de nuestra cultura. En ellos llegó Gutiérrez a corporizar con tal vigor al gaucho, a la sazón perseguido como peligroso y despreciado como inculto, que lo convirtió en héroe popular, bienamado de sus innumerables lectores. Y si fué Gutiérrez tosco e ingenuo como todos nuestros gauchescos, a cuya vera ocupa un lugar — y ciertamente de honor — fué también una figura que merece nuestro emocionado respeto por el amor a nuestras cosas que su obra trasunta y por su trascendente influencia en el teatro nacional.

LA NOVELA MODERNA

Sentados estos precedentes, ha de reconocerse que tenía ERNESTO QUESADA harta razón cuando decía en 1884: “Concordes están todos los autores en colocar a la novela en el primer rango entre las variadas producciones de la literatura moderna. Sólo se ufanan de tener grandes novelistas los pueblos que poseen literatura gloriosa ya, y cuya civilización ha alcanzado extraordinario desenvolvimiento. La literatura argentina, salvo raras excepciones, ha ofrecido el curioso fenómeno de carecer casi por completo de novelistas”. Pero también hemos de reconocer que tal juicio carecería de fundamento en su última parte, si hoy se le formulara, pues a partir de 1880 empezó a perfeccionarse la prosa, reflexivamente trabajada, y la novela se constituyó en género independiente, preferentemente cultivado, al punto de poder afirmar que cuenta nuestra literatura actual con una nutrida producción de tal índole.

EUGENIO CAMBACERES

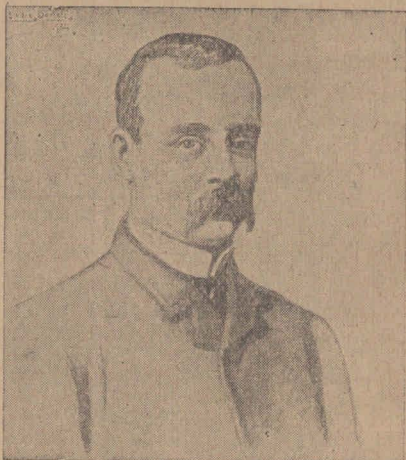
El primer novelista entre los de la generación de 1880 que acusa dotes de observador inteligente es **Eugenio Cambaceres**,

nacido en Buenos Aires en 1843 y muerto tempranamente en París en 1888, cuyo nombre perdura con igual intensidad en la tradición social y literaria de nuestra capital.

“Fué Cambaceres — dice ROJAS — un porteño representativo, de los de su época, a lo Miguel Cané, y para serlo del todo no le faltó ni aquella nativa plasticidad que lo hacía moverse como en su propia atmósfera, lo mismo en el bufete que en el salón, en la bolsa que en el parlamento, en la estancia pampeana que en el hotel internacional”.

Luego de cursar el bachillerato en el Colegio Nacional de Buenos Aires, pasó a la Facultad de Derecho, donde terminó la carrera de abogacía; dado luego a la política, fué diputado provincial bonaerense y luego nacional, dividiendo su tiempo, como sus más destacados contemporáneos, entre el comité popular y el club aristocrático. De viaje por Europa, terminó su vida, según dijimos, en París.

Numerosos rasgos peculiares perfilan la fisonomía de Cambaceres: apasionado de sentimientos y atrevido en sus convicciones, fué paladín entusiasta de las ideas liberales y el primero que entre nosotros osó proponer en 1873, la separación de la Iglesia y el Estado. Su extremada franqueza, en virtud de la cual denunció los fraudes electorales que provocaron la revolución de 1874, hízole alejarse del campo de la



política, que no era el que más convenía a su temperamento, y refugiarse en la literatura, para la que poseía condiciones innatas: capaz de sagaz observación y ameno conversador, sabía ahondar en la psicología de los hombres, plebeyos o aristócratas, y compenetrarse de los más distintos ambientes, camperos y urbanos. Unidas a tales dotes la valentía de su espíritu por demás independiente, fácilmente se echa de ver cuál había de ser la índole de las novelas de Cambaceres, la aparición de cada una de las cuales adquirió, por su crudo realismo, contornos de escándalo.

El autor mismo se encarga de ilustrarnos acerca del estado de ánimo que le impulsó a la tarea de escribir, cuando dice en la introducción de la primera de sus obras: "Vivo de mis rentas y nada tengo que hacer... Echo los ojos por matar el tiempo, y escribo... El más ligero esfuerzo intelectual me postra... Vivo por vivir; o, mejor, vegeto". Nos le imaginamos, pues, sin mayor esfuerzo, un gran pesimista, mal avenido consigo mismo y con la sociedad.

Cuatro títulos integran la producción de Eugenio Cambaceres: "*Pot - pourri*" y "*Música sentimental*", reunidos bajo el título de "*Silbidos de un vago*" y publicados anónimamente; "*Sin rumbo*" y "*En la sangre*".

La primera, que data de 1882 y, ratifica en cada una de sus páginas la propiedad de su título, constituye una especie de autobiografía de carácter que va reflejándose en bocetos de cuadros de costumbres, de críticas sarcásticas, de alusiones a personajes de la época, de retratos satíricos, entremezclados a la narración novelesca de un caso de psicología femenina resuelto gracias a la intervención eficaz del autor. "*Pot - pourri*" dice ya de un escritor que prescinde de todo artificio de fondo y forma, que se inspira en la pura realidad y la expresa al correr de la pluma.

Siguió a "*Pot - pourri*", tras intervalo de dos años, "*Sin rumbo*", la más significativa de las novelas de Cambaceres, genuinamente argentina y encuadrada, salvando las distancias, en las líneas del naturalismo a lo Zola. Ella nos presenta en sus primeras páginas el tipo del fracasado, que se personifica en Andrés, el que se reconoce como tal y se llama a sí mismo, cuando la cólera o el hastío lo ahogan, "chingado". Su aburrimiento invencible impulsa a Andrés hacia el campo y allí en

una calurosa tarde de verano, por mero capricho, atropella la inocencia de la chinita Donata, la hija del puestero Ño Regino, de la que luego se separa repugnado para volver a aturdirse en el bullicio de la ciudad. De nuevo en la estancia, tras un lío de amores en los entretelones del teatro Colón, y ansioso de hallar algo que llene el atroz vacío de su vida, encuentra en el puesto de Ño Regino una criaturita, hija suya y de Donata, la que ha muerto al ser madre. Esa criaturita, de la que Andrés se proclama padre, redime a éste de un pasado tan inútil cuán perverso y le infunde la alegría del vivir. Comienza así una nueva vida para el "chingado" que ya no se considera tal, pero la fatalidad, en forma de mortal crup, arrebatada a Andrés el objeto de su existencia, a la que él, desesperado, pone fin suicidándose de la más espantosa manera.

Cambaceres logra hacer vivir este drama en su novela con tal intensidad, que llega a producir la impresión de que no existe el autor como intermediario entre el hecho mismo y el lector, a lo que contribuye en no escasa medida el lenguaje, por completo ajeno a todo artificio, a toda preocupación literaria.

De muy distinta factura es "*Música sentimental*", aparecida en París en 1887, en la cual Cambaceres se propone contar la vida que allí lleva el argentino que sólo piensa en derrochar juventud y dinero. Menos genuina y característica que "*Sin rumbo*", en ella se manifiesta, empero, con igual franqueza, la realidad viva y directa. En "*Música sentimental*" se acentúa la despreocupación literaria de Cambaceres y su liberalidad gramatical: llevado tal vez de la intención de prestar colorido local a la obra, introduce un lenguaje abundantemente mechado de francés.

"*En la sangre*", la obra postrera de Cambaceres escrita poco antes de su muerte, es menos felizmente lograda que las dos anteriores. En ella se advierte el prurito de achacar al factor hereditario la persistencia de ciertos elementos de inferioridad moral — prurito que nos dice de la influencia de Zola — y el empeño agresivo de zaherir mordazmente a cierta personalidad, que habiendo nacido en el hogar de míseros inmigrantes, alcanzó tras rastrera porfía elevada situación social y pecuniaria. Se trata, pues, de una novela con clave, cuyo mismo carácter, a la par que resta libertad y espontaneidad al

autor, la convierte en monótona diatriba, huérfana de interés, verdad y calor humanos.

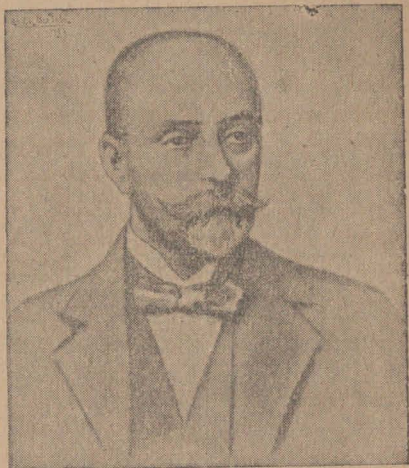
Aunque de todas las obras de Cambaceres se hicieron en breve plazo repetidas ediciones, la crítica las acogió con desfavorable juicio, atribuyendo su éxito a la licencia que las caracteriza; sólo MARTÍN GARCÍA MEROU salió en defensa del autor, reconociendo en él "una personalidad literaria original y dotada de mérito propio" y negando que sus novelas fuesen "pasajero capricho de los ocios de un mundano".

Lo cierto es que fué Cambaceres el primero que entre nosotros se atrevió a pintar los instintos a lo vivo, tal como lo hacían, con otra maestría desde luego, las grandes figuras del naturalismo, con las que, por su ascendencia gala y su dominio de la lengua paterna, estaba íntimamente familiarizado.

No faltaban a Cambaceres sensibilidad, ni vigor, ni valentía, pero sí arte reflexivo; por ello sus novelas son más la floración del talento espontáneo que la obra acabada del artista consciente de su arte, aunque cabía esperar, si la muerte no le hubiera arrebatado con tanta premura, la sazónada obra de la madurez, a la que, empero, se acerca notablemente "*Sin rumbo*", una de las mejores novelas argentinas por su plan bien hilvanado, su composición segura, su lenguaje puro y a la par vigoroso.

De las obras de Cambaceres, que tanto dieron que hablar en los días de su aparición y que hicieron de su autor uno de los hombres más discutidos de su tiempo, no se han hecho por largos años nuevas ediciones; yacen ellas en un olvido a todas luces injusto, siendo como es Cambaceres uno de los fundadores, y con relieves tan propios, de nuestra novela.

LUCIO V. LÓPEZ



También pertenece al núcleo de los fundadores de nuestra novela **Lucio Vicente López**, hijo del famoso historiador y nieto del poeta del *"Himno Nacional"*. Nacido en Montevideo el 13 de diciembre de 1848, cuando era esta ciudad refugio de nuestros proscriptos, fué argentino por tradición hogareña, por imperio legal que restituyó a la ciudadanía paterna a cuantos hijos de argentinos vieron la luz en el destierro, y por su propia voluntad. En Montevideo hizo sus estudios, desde el ciclo primario hasta el universitario, que completó en Buenos Aires, en cuya universidad graduóse de abogado en el año 1872.

Iniciado poco después en la vida pública, su apellido glorioso, las vinculaciones familiares y su talento, cultura y ambición le abrieron todas las puertas. Al lado de Adolfo Alsina en el campo de la política, de Juan María Gutiérrez en el de las letras y de Sarmiento en el del periodismo, pronto se destacó Lucio López, como le llamaban sus contemporáneos, entre los hombres de su generación. Dotado de innata aptitud para el verso, desde su adolescencia sus cantos aparecieron con favorable acogida en los periódicos de Buenos Aires; en la *"Revista del Río de la Plata"*, de que eran directores su padre, don Andrés Lamas y Gutiérrez, publicó los comienzos de un poema incaico con notas lingüísticas que, tal vez por sugestión de los paternos estudios americanistas emprendió, y algunos artículos de crónica y de jurisprudencia; en la *"Revista de Buenos Aires"*, de Vicente Quesada y Navarro Viola, un estu-

dio acerca del "*Ramayana*" y una dolora en octosílabos "*La muerte*". Pero pronto dejó el verso por la prosa y dedicóse a diversas actividades: la cátedra, el periodismo, el foro, la política. Profesor de historia, hizo publicaciones de carácter docente, entre ellas sus "*Lecciones de Historia Argentina*", que dicen de la influencia de Gutiérrez, su maestro predilecto, y de don Vicente Fidel, su padre, y calificadas por NAVARRO VIOLA de obra modelo dentro de su género. Político militante en el partido autonomista, fué sucesivamente diputado a la Legislatura porteña y al Congreso Nacional. Allí pronunció discursos notables en defensa de la política de Avellaneda, frente a Leandro Alem y Luis Varela; allí se le llamó extranjero, aludiendo a su nacimiento en el destierro.

Hacia 1880 viajó a Europa; fruto de sus andanzas por el viejo mundo son sus "*Recuerdos de viaje*", serie de artículos enviados a "*El Nacional*", a la sazón dirigido por Sarmiento y Aristóbulo del Valle, y luego publicados en libro que, dado su origen, carece de toda unidad y reúne los más heterogéneos materiales, según lo evidencia la simple enunciación de títulos: "*En el mar*", "*La catedral de Colonia*", "*Las griegas de terracota*", "*La campaña inglesa*", "*De Lisboa a Vigo*", "*Política europea*", etc. Caracterizan a los "*Recuerdos de viaje*" la prosa espontánea, la frase fluida y armoniosa, y la palabra, ya sobria cuando es grave el tema, ya llena de gracia en los cuadros realistas.

Despunta el talento de novelista de López, que la necesidad de escribir sus impresiones reveló a él mismo, en los cuentos "*Las anémonas*" y "*Don Polidoro*", llamado este último por el autor "retrato de muchos" y calificado por NAVARRO VIOLA de "cuadro inimitable". "*Don Polidoro*", que alcanzó extraordinario éxito en Buenos Aires, presenta el tipo del rico criollo que descubre París y corre con su familia las más ridículas aventuras en un mundo para él desconocido, víctima de su ingenuidad e ignorancia.

Nuevamente en Buenos Aires López, en posesión ya de su talento y de su estilo, pues — dice ROJAS — "lejos de nuestro medio tumultuoso había refinado su temperamento, aprendiendo a ver, a refleionar, a sonreír...", reinició sus múltiples actividades, fundando con sus más íntimos amigos el "*Sud América*", periódico destinado a preparar la candidatura pre-

sidencial de Juárez Celman, en cuyas columnas se publicó en folletín "*La gran aldea*", novela que López escribió, a estar al testimonio de su hijo Lucio, apresuradamente, robando tiempo a su tarea diaria. Señal de ese apresuramiento es su prosa incorrecta o vulgar, muy inferior a la de muchos cuadros de sus "*Recuerdos de viaje*" y en particular a la de su cuento de 1894 "*El salto de Ascochinga*".

"*La gran aldea*", escrita en el momento en que el pasado va cediendo el lugar a un porvenir que empieza a considerarlo ridículo, es flor de esa generación de 1880, la cual, luego de viajar por Europa, sonríe de las pretensiones de su ciudad, que aunque va creciendo vertiginosamente no se ha despojado aún de sus características aldeanas. No constituye en realidad una novela, sino una serie de cuadros realistas y chispeantes, ligados más que por el tenue hilo de la acción, que es en "*La gran aldea*" lo que menos importa, por la unidad de ambiente. De ello tenía conciencia López, pues al publicarla en libro, diólo como subtítulo el de "*Costumbres bonaerenses*".

"*La gran aldea*", en cuyos cuadros, a través de la deformación caricaturesca, se pintan con rasgos eficaces y verdaderos las modalidades del Buenos Aires de 1880, alcanzó al ser publicada resonante éxito, que la crítica moderna discute, en razón de su composición deshilvanada y su estilo poco cuidado. De sus cuadros son de los mejores el de "*Las tiendas de antaño*", cuyo tipo central, Don Narciso, está magníficamente logrado; el del baile en el elegante ambiente del Club del Progreso, el del desembarco del ejército de Pavón, el baile carnavalesco de los negros en el teatro de la Alegría. Alguna página de carácter subjetivo, como la de la muerte del padre de Julio demuestra que no carecía López de cuerda sentimental, que rara vez hace vibrar, temeroso de mostrarse sensible, lo que hubiera parecido cursi a aquella generación caracterizada por cierto escepticismo y ligereza de espíritu que pudieran sintetizarse en el lema "Glissez, n'appuyez pas".

Aunque no encontramos en "*La gran aldea*" un sólo carácter ni una sola pasión, ella presenta algunos felices bocetos, tales el de Mitre y el de Avellaneda. López, con su mordacidad e ironía, que eran rasgos distintivos de su carácter, da la impresión de ser enemigo de sus personajes, a los que logra a veces destacar con acierto, cuando no raya en exagerada ca-

ricatura, tal el retrato de la tía Medea, con la que es implacable aun en el momento mismo de la muerte. El mayor acierto de Lucio V. López en "*La gran aldea*" es, como lo reconoce ROJAS, su título "que define a la Buenos Aires del 80, cuyo ambiente describe".

Fuera de su actividad literaria, trabajó López intensamente como abogado en su bufete, que era de los de más renombre; como profesor en su cátedra de la Facultad de Derecho, desde la que pronunció su magnífica oración de despedida a los alumnos graduados en 1892; como político en el cargo de ministro del Interior durante la presidencia de Sáenz Peña padre, desde el que apoyó la intervención a la provincia de Buenos Aires, consecuencia de la cual fué su duelo con el coronel Sarmiento, que le llevó a la muerte el 29 de diciembre de 1894 ante la general consternación y el dolor de su padre, anciano ya y glorioso, que perdía su único hijo para recoger cinco huérfanos.

La figura de Lucio Vicente López merece perpetuarse en nuestra historia literaria con nítidos caracteres, porque fué él con algunos de sus relatos como "*Don Polidoro*" y con "*La gran aldea*", por encima de todo, quien abrió para nuestra novela el amplio campo de la vida local.



JOSÉ MIRÓ

Nacido en 1868, era José Miró, tal vez más conocido por su seudónimo **Julián Martel**, un joven periodista y poeta porteño, redactor de "*La Nación*", autor de tal cual verso frívolo y de algún cuento promisor, cuando después de la revo-

lución de 1890 sorprendió, aun a los más allegados de sus amigos, entre los que se contaban Bartolito Mitre, Gregorio de Laferrère, Julio Piquet y Roberto Payró, con la publicación de su novela "*La Bolsa*", en la que se describe, con maestría no igualada hasta entonces entre nosotros, la desenfrenada y sensual época de aventuras, juego y pasión inmediatamente anterior a la caída del presidente Juárez Celman.

El éxito del libro de Miró, cuya figura de simpática distinción atraía el afecto de cuantos le trataban en los centros que por su profesión debía frecuentar, produjo al autor, que pobre y soltero era el único sostén de su madre viuda, la ilusión de la gloria. Una implacable afección pulmonar, agravada hacia aquella época, le confinó en las provincias mediterráneas, de las que tornó para morir ante el desconsuelo materno y el pesar de sus amigos, legándonos la que constituye, para algunos de nuestros críticos, la mejor de las novelas argentinas. ¡Lástima grande que la muerte arrebatara con tal premura a quien a los veinte y dos años escasos dió tan acabada muestra de su talento de novelista!

En 1898 reeditóse "*La Bolsa*", por iniciativa de la madre, que en ello hallaba lenitivo para su dolor, y precedida de un prólogo de JULIO PIQUET, que la declara "un hermoso libro y el único documento literario que refleja con verdor un período singular de la vida bonaerense".

Aunque Miró, tal vez por exceso de modestia, hallara presuntuoso el título de novela para su obra y le diese el calificativo de "estudio social", ella es una verdadera novela, que marca dentro de nuestras letras, la iniciación de la madurez del género. Y si bien puede afirmarse que "*La Bolsa*" es una novela colectiva, ya que la acción dramática no se precisa en un solo personaje, antes bien se difunde en una muchedumbre de ellos, aparece, empero, como protagonista, el doctor Glow, esposo de la sensata Margarita, especulador audaz que, arrastrado por el torbellino que a todos enloqueció, asciende desde el anónimo llano hasta la cima de la fortuna, para luego despeñarse en el precipicio de la locura y de la ruina. En torno de él mueve Miró con segura mano los hilos de un nutrido conjunto de títeres del momento: bolsistas, jugadores, usureiros, manirroto, aventureros de toda laya, que se desenvuelven en el complicado ambiente de negocios, placeres y pasiones que

caracterizó aquel momento de la evolución de nuestra sociedad y con los que logra presentar una visión exacta de la fiebre de especulación y el ansia de riqueza que enloqueció al país en 1890.

En un fondo psicológico tan profundo ha entretejido hábilmente Miró su intriga novelesca, logrando una obra, a la vez que altamente humana, de fuerte color local. Son sus más altos méritos una prosa, en general amena, unas veces vigorosa, otras transparentando sutil emoción, aunque a ratos también monótona o desaliñada; sus descripciones en que suelen amalgamarse realismos y fantasías, como la del capítulo primero, que, partiendo del aspecto real de la plaza de Mayo en un día desapacible, llega a personificar al viento y aun a atribuirle intenciones políticas, y la del desfile de carruajes a la vuelta del paseo de Palermo, en el que ve la imaginación del novelista ciega carrera de una sociedad que ha perdido el control de sí misma para precipitarse en el abismo; algunos cuadros plenos de vigor plástico: el de las carreras en el hipódromo, el de la locura de Glow; los retratos felices, logrados en pocas pinceladas, de Margarita, la esposa de Glow, y de casi todos los integrantes de aquel mundo absorbido por el delirio de la especulación: el barón de Mackser, Daniel Fouchez, León Riffi, el judío Jacob, Juan Gray, Luciano Boyst...

Y por encima de todos esos méritos que acabamos de señalar, cábele a Julián Martel el de haber dado con su obra, expresión de la tristeza que embargaba a José Miró al contemplar el frenesí en que vivía la sociedad de su tiempo, la pintura no desprovista de idealismo, pese a su realidad, de la crisis de 1890, cuyo recuerdo se conserva bajo el nombre de "crisis del progreso" y que determinó la caída de un gobierno que no era, por cierto, el único responsable de ella, consecuencia, ante todo, de un estado social. Por ello merecería José Miró salir del injusto olvido que cubre por igual su nombre y su obra, verdadero símbolo ésta de una época de nuestra evolución.

MANUEL T. PODESTÁ



No fuera completa nuestra sucinta reseña de la novela argentina en el siglo XIX, si excluyéramos de ella la figura del doctor **Manuel T. Podestá**, prestigioso médico porteño que, además de destacarse en su profesión, lo hizo como político y hombre de mundo. Murió en Buenos Aires en 1918, donde había nacido en 1853 y doctorándose en 1878; desempeñó numerosos cargos propios de su profesión, poniéndose en contacto directo, en razón de ella, con las miserias del cuerpo y del espíritu, y conviviendo con el dolor en sus más diversas formas. Esa experiencia se revela en sus novelas, cuyos tipos y situaciones el autor ha visto en la realidad, y la primera de las cuales, intitulada "*Irresponsable*", que se publicó en 1888 como folletín de diario y luego en volumen, le consagró como novelista. A "*Irresponsable*" siguieron luego dos ensayos novelescos: "*Alma de niña*" y "*Daniel*", que revelan una composición ya más segura.

La obra de Podestá dice de la sugestión de la de Cambaceres, a la que se asemeja en cuanto al vivo color local y a su forma de espontáneo desaliño, también por su acentuado naturalismo y un cierto dejo cínico, aunque más se inclina ROJAS a pensar en la influencia de Zola, el padre del realismo francés.

En "*Irresponsable*" presenta Podestá el tipo del abúlico arrastrando su falta de voluntad, que es en él neurosis hereditaria, desde el colegio hasta el hospicio de locos donde ter-

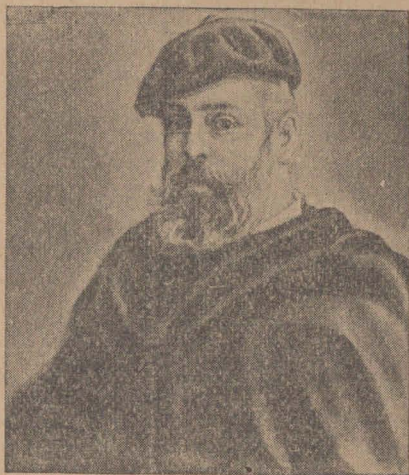
mina su vida. El protagonista, que ni sabemos cómo se llama, felizmente bautizado por MARIANO DE VEDIA como "el hombre de los imanes", aparece en contraste con el medio porteño de la bulliciosa alegría estudiantil, de la insaciable codicia política, de la esperanzada tenacidad de los inmigrantes: nada logra sacarle de su aplastada actitud de renunciamiento.

Son los mayores méritos de *"Irresponsable"*, no la narración, que apenas existe, ya que la acción progresa a través de simples cuadros descriptivos, no la figura del protagonista, tan anónima que hasta carece de nombre, sino la pintura de ambientes, rica en color y de trazo vigoroso, y el profundo análisis psico-patológico del abúlico.

De distinto carácter es *"Alma de niña"*, donde Podestá se muestra menos profundo como psicólogo, pero más diestro como novelista, y cuya acción se reduce al conflicto sentimental de Adela, simple niña que sufre hasta morir al ser abandonada por su novio. Más cuidada en su estilo, mejor llevada en su argumento, más orgánica en su composición, *"Alma de niña"* tiene muchas páginas felices y, aunque tan reales que dan la impresión de cosa vivida, animadas por cierto hálito de casto romanticismo, tales la escena del primer beso y el recuerdo en el novio infiel del amor de su juventud.

"Irresponsable" y *"Alma de niña"* justifican con exceso que Manuel T. Podestá, recordado entre nosotros como médico insigne, lo sea también como escritor, ya que fué capaz de ver en su torno y, con lo que veía, de crear.

SANTIAGO DE ESTRADA



Un olvido injusto pesa sobre la obra de **Santiago de Estrada**, uno de los más celebrados escritores de su tiempo y otro de los novelistas que las circunstancias convirtieron en uno de los prosistas fragmentarios de que habla ROJAS.

Hermano de la prócer figura que fué don José Manuel de Estrada, nació en Buenos Aires en los años de la tiranía, en 1840, y murió en 1891, cuando aun mucho podían nuestras letras esperar de su espíritu selecto.

Fruto de sus veinte años fueron dos ensayos novelescos: "*La flor de las tumbas*" y "*El hogar en las pampas*". Uno y otro, pese a su estructura vacilante, propia de la obra primeiza y juvenil, dicen en sus páginas, en que se entremezcla la realidad americana con el más ingenuo romanticismo, de la aptitud de su autor para la novela, aptitud que éste no cultivó posteriormente, pues llevado por su vocación al periodismo, dió toda su labor a la prensa.

La tradición católica de su familia y sus profundas convicciones religiosas le señalaron un puesto de combate en las polémicas que las reformas liberales de Roca y Juárez Celman motivaron. Desde "*La Religión*", "*La Reforma Pacífica*", y principalmente desde las columnas de "*La Unión*", defendió briosamente la posición del catolicismo en la Argentina, cuyos paladines más destacados eran su hermano José Manuel y su amigo Pedro Goyena.

El pleito con Chile despertó también el entusiasmo de Santiago de Estrada: discípulo de don Félix Frías, le acompañó en calidad de secretario en su misión diplomática especial al país hermano; fundador del periódico "*La Patagonia*", desde cuyas columnas dirigió la campaña en defensa de nuestros derechos sobre las tierras australes, fué el alma de las asambleas populares que con el mismo fin organizó. Militó asimismo en nuestra política interna, para servir cuyos intereses escribía en "*La Nación*" y "*Tribuna*", pero hízolo desprovisto de toda preocupación egoísta, pues él, que por sus antecedentes de familia y sus relevantes cualidades personales hubiera podido escalar las más altas posiciones, prefirió siempre los caminos del arte a los de la política.

Sus escritos, sólo lo que él deseó conservar, integran siete tomos, editados en Barcelona en el año 1889. Ellos son exponente fiel de su inteligencia perfectamente equilibrada, de su vasta erudición, de sus señoriales condiciones de carácter e hidalguía, que permiten reconocerle "en la vida argentina — y son éstas palabras de RICARDO ROJAS — un ciudadano ejemplar y un maestro de su naciente cultura". Los siete tomos mencionados se distribuyen de acuerdo a los siguientes títulos: "*Discursos*", "*Misceláneas*" (dos series), "*Estudios biográficos*", "*Viajes*" (dos series) y "*Teatro*". A ellos debe agregarse la biografía de don Félix Frías, por separado. El conjunto alcanza casi las tres mil páginas.

El tomo de "*Discursos*" no revela a Santiago de Estrada como orador nato; ellos, sobrios y mesurados, son, ya oraciones fúnebres, ya discursos académicos, ya conferencias de índole didáctica acerca de temas religiosos o literarios. Los dos volúmenes de las "*Misceláneas*" y el de "*Teatro*" encierran páginas preciosas para el conocimiento de nuestra cultura. En efecto, en ellos se conservan sus críticas cotidianas de arte y teatro, universales y locales, críticas estas últimas de las que — es justicia reconocerlo — él fué entre nosotros el iniciador. Unas y otras llevaron en alas de la fama su nombre a España, donde fué recibido con altos honores, entre ellos su propuesta por Cánovas del Castillo, Castelar y Núñez de Arce para miembro correspondiente de la Real Academia Española, en ocasión de su viaje en el año 89.

Todas las grandes figuras del teatro universal, todo el repertorio de óperas y dramas famosos, todas las manifestaciones de arte que hubo en nuestro país, fueron juzgadas por Santiago de Estrada, con acierto tal, que sus artículos críticos llegaron a pesar en los centros artísticos de Roma y Madrid.

En sus "*Viajes*" aparece Estrada dotado de ingenua sensibilidad y en un plano muy distinto al de los viajeros modernos del tipo de Pierre Loti o Rubén Darío, pero capaz, dentro de su sencillez, de hacernos ver y sentir lo que él ha visto y sentido. Alternan las descripciones, entre las que merecen citarse muy especialmente "*La alameda de Santiago*", "*Las sierras del Tandil*", "*Paisajes y crepúsculos*", "*Médanos*", con los cuentos y fantasías: "*Remembranzas*", "*Niebla*", etc.

Entre sus estudios biográficos, que encierran los más felices frutos de su labor de prosista, se destacan las veinte páginas de estilo purísimo de la silueta "*Mi padre*", trasunto precioso de los sentimientos cristianos del hijo y de las austeras virtudes del padre.

Sirva esta breve síntesis para formar idea de la figura de Santiago de Estrada, caballero entre los hombres, espíritu de selección entre nuestros escritores.

LA NOVELA FEMENINA

La mujer escritora en el más amplio sentido de la palabra, la mujer que como el hombre interviene libremente en la vida intelectual, y como él estudia y escribe, es producto característico de nuestro siglo XIX. En nuestro país, en particular, hasta largos años después de la revolución emancipadora, la mujer ha carecido, puede decirse, salvo muy contadas excepciones, por igual de libertad civil e intelectual; el ingenio femenino sólo comenzó a florecer con desusada actividad en el último tercio del siglo pasado, y muy especialmente dentro del género novelesco.

La primera figura femenina cuyo nombre conserva la historia de nuestras letras es la de doña **Joaquina Izquierdo**, que si bien no fué escritora "estaba dotada — según dice **JUAN MARÍA GUTIÉRREZ** — de la rara cualidad de leer el

verso de una manera especial, dándole la fuerza, el sentimiento y el realce que sus propios autores no acertaban a darle". Mujer de gran ingenio, tuvo su salón, en el que se hermanaban el fervor patriótico y el culto de las musas, frecuentado por los más distinguidos poetas de aquellos días.

Pero la figura de más relieve, para ROJAS "precursora del tipo moderno de la porteña en su rango", fué indiscutiblemente la de doña



MARIQUITA SÁNCHEZ DE THOMPSON

primero, de Mandeville luego, de espíritu cultísimo, con gran experiencia del mundo, dotada de firme voluntad, de abundante lectura, poseedora de varios idiomas, amiga sucesivamente de los más destacados hombres: Monteagudo, Rivadavia, Rosas, Mitre.

En su salón, el más famoso de la época revolucionaria, se cantó por vez primera, casi pudiéramos decir se compuso, nuestra canción patria, y él, después del segundo matrimonio de esta mujer excepcional, fué un verdadero centro de la cultura europea, en el Plata, sin perder por ello su carácter patricio.

Dice VICENTE FIDEL LÓPEZ que doña Mariquita fué poetisa, y hay quien asegura que escribió sus memorias; no conocemos éstas ni sus versos, pero su alma se transparenta en su epistolario, escrito con elegante sencillez, que dice de la claridad de su razonamiento y de la vehemencia de su sentir. Y si bien doña María Sánchez de Thompson no abre en reali-

dad el ciclo de las mujeres escritoras dentro de nuestra patria, no cabía silenciar el nombre de quien ejerció tan grande influencia en la cultura argentina, preparando el ambiente en que iba a actuar después de ella la mujer argentina dedicada a las letras, que, en realidad, no aparece hasta los días que siguieron a nuestra organización nacional.

Integran el primer núcleo de mujeres escritoras, como poetisas: Juana Manso, Josefina Pelliza, Silvia Fernández, Julia Gauna, Ida Rodríguez, Agustina Andrade, cuyas composiciones aparecen en el "*Album poético argentino*" de 1877 al lado de las de Guido Spano y Olegario V. Andrade; y como novelistas las citadas Juana Manso y Josefina Pelliza, Rufina Ochagavía, Juana Manuela Gorriti, Eduarda Mansilla, Rosa Guerra y la misma Manuelita Rosas.

JUANA MANUELA GORRITI

Entre las novelistas del siglo XIX descuella **Juana Manuela Gorriti**, hija del general de la independencia don

José Ignacio Gorriti, nacida en Salta el 15 de junio de 1819.

La guerra civil determinó la emigración de la familia Gorriti a Bolivia; allí en Sucre vivió Juana Manuela su adolescencia y su juventud; allí murieron su padre y su tío, el clérigo, escritor y maestro don Juan Ignacio; allí casó con don Isidoro Belzú, hombre de triste celebridad en América, que había de alcanzar la presidencia de la república boliviana; allí nacieron sus hijos, ninguno de los cuales pasó de la juventud.



Disuelto su matrimonio, que fué para ella yugo odioso, doña Juana Manuela radicóse en Lima, donde se dedicó a las letras y a la enseñanza, abriendo a la par su salón literario y su escuela infantil; el primero, frecuentado por todos los literatos peruanos, que la admiraban, aureoló de fama su nombre; la segunda le permitió subsistir. La invasión chilena, ocurrida cuando la señora Gorriti, ya anciana, sentía la nostalgia de su patria, desde donde la llamaban voces amigas, decidió su retorno al país natal, en el que se radicó definitivamente y vivió sus diez postreros años de una pensión que se le otorgó en mérito a los servicios prestados por su padre a la causa americana. Fueron sus amigos en esta última etapa de su vida — aparte de Josefina Pelliza y Eduarda Mansilla, sus íntimas — Sarmiento, Mitre y Roca, que no le escatimaron el aplauso. De estos años, los más fecundos en la vida de la ilustre anciana, data la mayoría de sus libros. Terminaron los días de Juana Manuela Gorriti, rodeada ella de la afectuosa consideración de sus compatriotas, el 6 de noviembre de 1892. En sus exequias, que cobraron relieves de acontecimiento, usó de la palabra el poeta Guido Spano, para decir del afecto y la admiración que este espíritu brillante había conquistado.

Juana Manuela Gorriti ha dejado nutrida obra: cuentos, leyendas, novelas; en ella predomina lo autobiográfico, que nos suministra precioso material para reconstruir su vida, a nuestros ojos la de una mujer dotada del más raro de los temperamentos. En sus libros *"La tierra natal"* y *"El mundo de los recuerdos"* presenta la visión de sus años de infancia en tierras de Salta, y en *"Panoramas de la vida"*, serie de cuentos fantásticos entremezclados con relatos históricos, *"Misceláneas"* y *"Lo íntimo"*, se retrata en diversos momentos de su vida intensa y múltiple.

"Sueños y realidades" es una colección de cuentos o novelas breves encabezadas por *"La quena"*, relato de ambiente indígena que encantó a los limeños de 1845, al que siguen *"Gubi-Amaya"*, narración espeluznante de la vida de un bandido; *"La hija del mashorquero"* y *"El tesoro de los Incas"*, leyendas históricas; *"El guante negro"* y *"El lucero del manantial"*, episodios de la dictadura de Rosas. De estas narraciones fueron publicadas algunas, con general aplauso, en la *"Revista de Lima"* y otras en la *"Revista del Paraná"*.

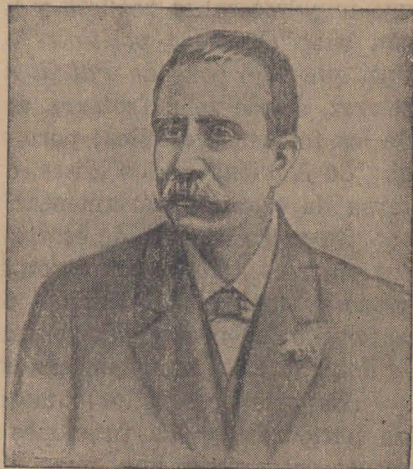
Su "*Güemes — Recuerdos de la infancia*" es una de sus más felices concepciones, que une la enseñanza de la historia, a la profundidad de la tragedia y los atractivos de la novela, según afirma el crítico TORRES CAIDEDO, que al juzgar a Juana Manuela Gorriti dice: "Sin la corrección de lenguaje de Fernán Caballero, tiene como esta afamada escritora española el amor a la verdad, a la sencillez, y sin ser realista describe fielmente la naturaleza, animándola con los tintes del ideal. La escritora no olvida a la mujer, la literata recuerda siempre que es cristiana, y por eso sus novelas y sus crónicas son recreativas, morales, y pueden sin recelo ponerse en manos vírgenes y entrar por la puerta principal en el hogar de la familia que más dada sea a la práctica de la virtud".

Pese al entusiasmo del crítico que acabamos de transcribir, RICARDO ROJAS considera la obra de doña Juana Manuela Gorriti "deleznable desde el punto de vista literario" y a la autora "un temperamento raro, intenso, a ratos fantástico", sin dejar por ello de reconocer que por algunos de sus cuentos merece ella un sitio entre los precursores de la novela argentina.

EL CUENTO

JOSÉ S. ÁLVAREZ

José Sixto Álvarez, más conocido literaria y familiarmente por su pseudónimo de *Fray Mocho*, es el más popular y característico de nuestros escritores. Entrerriano de nacimiento, pues vino al mundo en Gualeguaychú el 26 de agosto



de 1858, hijo de don Desiderio Álvarez Gadea, emparentado éste por su madre con uno de los famosos Treinta y Tres orientales, y de doña Dorina Escalada, descendiente del español del mismo apellido que sirviera eficazmente a la causa emancipadora, tal ascendencia explica las dotes de corazón y de ingenio que caracterizaron a Fray Mocho, cuyos primeros años transcurrieron en la campiña de su provincia natal, en las estancias de los "Campos Floridos", donde adquirió ese conocimiento de la naturaleza y de la vida rural de que hace gala en sus libros.

Terminados sus estudios primarios en la escuela del pueblo natal, ingresó como interno en el famoso colegio de Concepción del Uruguay, pero habiéndose suprimido en 1875 el internado, debió completar su carrera de normalista en la escuela del Paraná, no alcanzando a graduarse, pues fué expulsado del establecimiento a consecuencia de un acto de indisciplina contra el director, que lo era don José María Torres.

A los veintidós años de su edad le encontramos en Buenos Aires, donde se manifiesta su vocación periodística; protegido por don Onésimo Leguizamón, su ilustre coterráneo, ingresa como repórter en "*El Nacional*" que dirigía Alberú. En esa época ensaya el verso, que muy luego deja por la prosa, a la que imprime sabor realista y local. Le vemos así colaborando con sus "*Crónicas policiales*", en "*La Pampa*" de Ezequiel Paz, que dejó por "*La Patria Argentina*" de los hermanos Gutiérrez, donde sella fraterna amistad con Eduardo, el creador de los folletines criollos; pero su carrera periodística culmina en "*La Nación*" de los Mitre, donde se le confió la importante tarea de cronista parlamentario, que desempeñó eficazmente.

Su primera obra de escritor fueron una veintena de cuentos picarescos que aparecieron en 1882, reunidos bajo el título, pleno de maliciosa intención, de "*Esmeraldas*", que el mismo autor dió luego al olvido, cuando comprendió que su vocación le llamaba a un realismo más sano y noble.

Experto observador como era José S. Álvarez, sus tareas de periodista y las funciones administrativas que sucesivamente desempeñó, le acercaron a la vida porteña popular y le familiarizaron con los bajos fondos, permitiéndole documentarse para su obra posterior.

Durante la presidencia de Juárez Celman, Álvarez fué designado comisario de investigaciones de la policía de la capital, cargo en el que realizó proficua labor y cuyo fruto literario fueron dos obras: "*Vida de los ladrones célebres de Buenos Aires y sus maneras de robar*" y "*Memorias de un vigilante*", firmada esta última con el pseudónimo de *Fabio Carrizo*, en ninguna de las cuales aparecen los rasgos que habían de caracterizar la prosa de Fray Mocho. Dió luego a la estampa su "*Viaje al país de los matreros — Cinematógrafo criollo*" y "*En el mar austral (Croquis Fueguinos)*" con el último de los cuales quiso demostrar a quienes no le reconocían otra aptitud que la de reflejar la realidad, que era dueño de una tan poderosa imaginación que, basándose tan sólo en los relatos oídos a unos marinos amigos, podía reconstruir con admirable fidelidad cuadros por él nunca vistos. Uno y otro de estos libros acusan ya en Álvarez un mayor dominio de la técnica del idioma y se nos aparecen como momentos distintos de su formación de escritor espontáneo, la que llega a su punto de madurez después de la fundación de "*Caras y Caretas*".

Fueron los creadores de este semanario Bartolito Mitre, que se retiró de él antes de la aparición del primer número; Fray Mocho, el alma de la publicación; Mayol, encargado de la parte artística, y Pellicer, de la festiva. Y aunque los dos últimos eran españoles de origen, Álvarez logró dar a "*Caras y Caretas*" un tono netamente argentino, consiguiendo en la empresa el doble éxito de la popularidad y de la ganancia pingüe.

En "*Caras y Caretas*" publicó Fray Mocho una serie de fábulas, escenas y diálogos, de marcado carácter local, que luego como homenaje póstumo aparecieron en volumen bajo el epígrafe de "*Cuentos de Fray Mocho*" y que constituyen la parte más original y valiosa de su obra, muy superior a su otro tomo, "*Salero criollo*", que encierra los artículos compuestos por Álvarez al iniciarse, cuando aun no firmaba Fray Mocho, sino *Nemesio Machuca* o *Fabio Carrizo*.

En sus "*Cuentos*" Fray Mocho se muestra, según afirma ROJAS "como creador de un procedimiento y de un estilo" revelando "su gran aptitud para la narración y para el diálogo". Sus críticos, entre ellos MIGUEL CANÉ, además de RICARDO ROJAS, reconocen que había en José S. Álvarez, excelentes aptitudes de comediógrafo o novelista, que el periodis-

mo absorbió, dando a su obra un carácter superficial y fragmentario. En efecto, Fray Mocho sabía narrar y animar el diálogo entre sus personajes y era también capaz de felices descripciones, como lo probó en sus dos libros más orgánicos: *"En el mar austral"* y *"Viaje al país de los matreros"*.

Para el material de sus *"Cuentos"* sugiere ROJAS una clasificación en tres grupos:

a) Las escenas porteñas (caudros callejeros, episodios de la vida cosmopolita, diálogos, tipos);

b) Las escenas camperas (paisajes, anécdotas, diálogos, tipos); y

c) Las fábulas de animales, generalmente originarias del folklore gauchesco.

Fray Mocho es siempre breve en sus cuentos, dotados de parco argumento, plenos de sugestión popular, cuya prosa viva y clara se torna a veces romance, adquiriendo, sobre todo en sus escenas camperas, legítimo sabor payadoresco. Su vocabulario, verdadero vocabulario realista, no desdeña el elemento indio, ni el gauchesco, ni el cosmopolita, por lo que constituye documento filológico vivo de inapreciable valor.

Lo dicho sobra para reclamar para Fray Mocho un puesto de primera fila entre los cultores del cuento criollo y justifica que a su muerte, acaecida en nuestra capital en 1903, Miguel Cané, Martiniano Leguizamón y Ricardo Rojas rivalizaran en su elogio.

ROBERTO J. PAYRÓ



Una vida íntegramente dedicada a ininterrumpida labor intelectual fué la de Roberto J. Payró, nacido en Mercedes de Buenos Aires el 19 de abril de 1867, y extinguido a los sesenta y un años de edad el 5 de abril de 1928, en su retiro de Lomas de Zamora.

Una vocación firme, servida por aptitudes superiores, le consagró como escritor de jerarquía dentro de las letras argentinas, que enriqueció con algunas de sus obras más características y valiosas. Una modestia plena de decoro y de altiva independencia dió a su figura de hombre y ciudadano, los relieves de una envidiable e innata superioridad.

Dedicado preferentemente a los asuntos nativos, a lo típicamente nacional, Payró constituye uno de los escritores más representativos del carácter y el espíritu argentino. Desde los días de su iniciación literaria entregóse a la labor seria, a aquélla, que lentamente acumulada, define en la multiplicidad de sus valores una personalidad poderosa. Siendo Payró por su temperamento uno de aquellos escritores con tendencia a la difusión popular, caracterizóse empero por su elevada moral profesional y su probidad literaria, y es que era en el fondo un artista, un artista simple, natural y espontáneo. Pero su labor no fué de aquellas que nacen en la soledad alejada del mundo bullicioso, Payró vivió intensamente en el mundo mismo: en efecto, periodista, periodista admirable y completísimo, tocóle actuar en aquella época en que nuestros diarios eran por encima de todo, al decir de ALBERTO GERCHUNOFF "tribuna de

discusión política y de orientación doctrinaria, y los colaboradores o redactores eran, a su vez, políticos o diletantes de la política, a quienes atraía en las columnas del periódico el ruido de la polémica”.

Para Payró el periodismo no fué sino un oficio, al que le llevaban sus sentimientos generosos y su vocación decidida. Aprendió el oficio, minuciosa y concienzudamente, en los diarios chicos, formándose como comentarista, como cronista y como repórter, a la par que se ensayaba en los géneros literarios, dentro de los cuales había de convertirse, con el correr de los años en maestro acabado y de contornos peculiares.

Viviendo así de un diario en otro de la capital y del interior, al volver en el año 1892 de una desgraciada aventura periodística en Bahía Blanca, amargado su ánimo por ella, y profundamente afectado por la muerte de su primer hijo, la sugestión de José Miró, el autor de *“La Bolsa”*, tan tempranamente desaparecido, y una feliz estratagema de Julio Piquet, le consiguieron la entrada en *“La Nación”*, cuyo administrador, don Enrique de Vedia, periodista de calidad excepcional, le envió a ciertos partidos de la provincia de Buenos Aires, donde los cuatreritos asolaban las poblaciones. En tal oportunidad escribió Payró unas correspondencias sensacionales por su estilo y su valentía, que le valieron un puesto definitivo en *“La Nación”*, campo propicio para todo cultor de las letras. Allí completó Payró su vigoroso desenvolvimiento, según él mismo lo reconoce en su emotiva dedicatoria de *“El Capitán Vergara”*, y siguió desarrollando sus innatas dotes literarias; abandonó el verso, que fuera en él afición juvenil — data de 1884 la edición de sus *“Ensayos poéticos”* — y persistió en la novela y el cuento, género dentro del cual sus frutos primigenios fueron *“Antígona”* en 1885, *“Scripta”*, colección de cuentos aparecidos en 1887, y el volumen de 1888, *“Novelas y fantasías”*.

En todas estas obras juveniles, que anuncian la soltura y agilidad del creador, se perfila ya Payró como escritor que prefiere a todo la sencillez y cuya posición frente a la influencia pseudo-clasicista, que arrastrándose desde el siglo XVIII, aun contaminaba la prosa y el verso de 1880, es de absoluto desprecio. En efecto, Payró, como el ya citado GERCHUNOFF lo hace notar, se salva del gramaticalismo y del retoricismo de

su época, sin caer tampoco en la sugestión modernista de Rubén Darío, que lo juzgaba "el más vecino de su pensamiento y el más cercano de su corazón".

Vasta fué la obra literaria de Payró, pese a que no fué ella el objeto de su vida, ya que hemos dicho que su profesión era la de periodista; antes bien, nació aquélla en los momentos que su tarea en el diario le dejaba libres. Pero dueño Payró de la admirable solidez mental y del entusiasmo ilimitado que permitieron a algunos de nuestros periodistas tomar de nuevo la pluma cuando ésta y ellos habían ya pagado su contribución apremiante a las rotativas, impúsose la disciplina del método, gracias a la cual desenvolvió en planos paralelos la labor periodística y la literaria.

A la primera pertenece dentro de la obra de Payró el volumen de sus "*Crónicas*", que dice de la agilidad espiritual del autor y de la enjundia intelectual, aun de las más ligeras de sus obras; a su labor de viajero y a sus libros de impresiones: "*En las tierras de Inti*" y "*La Australia Argentina*", ricas descripciones de remotos paisajes, comentarios felices de hechos y costumbres, y bien fundamentados estudios de los más diversos problemas locales. El primero de ellos constituye un libro admirable, que puede sin desmedro parangonarse a "*Facundo*" o a "*Mis Montañas*", en el que Payró, en prosa movida y rica de color, presenta la vida y la tradición de Catamarca, evidenciando sus notables aptitudes para la descripción y su admirable capacidad que le permitía abarcar todos los aspectos de un país determinado.

A la edición de la última de estas dos obras, que refleja las impresiones de nuestra Patagonia, y que fué primeramente conocida como folletín de "*La Nación*", precede una elogiosa carta del general MITRE, fechada en septiembre de 1898, de la que entresacamos los siguientes párrafos: "Su libro, como comentario de un mapa geográfico hasta hoy mudo, importará la toma de posesión, en nombre de la literatura, de un territorio casi ignorado, que forma parte integrante de la soberanía argentina, pero que todavía no se ha incorporado a ella para dilatarla y vivificarla... La narración del viaje es amena y animada; las aventuras y las escenas que se suceden le dan a veces el interés de la novela, aunque a veces, también, pequen por minuciosas y demasiado largas, defecto fácil de

corregir en una revisión... Por último, las descripciones están iluminadas por sorprendentes paisajes nuevos y llenos de colorido, que se destacan como pinturas en medio de sus páginas, y ellas constituyen uno de sus más gratos atractivos”.

Integran la obra de Payró como periodista las valientes crónicas que siendo corresponsal de *“La Nación”* en Bélgica durante la gran guerra que asoló Europa en 1914, escribiera con destino a aquel diario. En esa oportunidad dió Payró valiosa prueba de su temple moral: habiendo asistido desde su residencia en Bruselas a la invasión alemana, afrontando peligros innúmeros hizo llegar al diario de Buenos Aires, con riesgo de la propia vida, correspondencias apasionadas que comprometieron seriamente su situación en Europa y le valieron en su patria, a su regreso a ella, un recibimiento entusiasta.

Como novelista ha dejado Roberto J. Payró obras que sin esfuerzo pueden incluirse en la categoría de las verdaderas obras maestras. *“El casamiento de Laucha”* constituye una de ellas dentro del género picaresco y es digna hermana del Lazarillo o el Buscón. Payró ha captado allí en forma admirable las características peculiares de nuestro ambiente rural, componiendo una narración magnífica por la profundidad de la observación, la chispa de su humorismo y su gracia retazona. Tales cualidades, a las que se aúna el espíritu satírico suavizado por la indulgencia, que era en Payró flor de su innata comprensión, humana resplandecen también en las *“Divertidas aventuras del nieto de Juan Moreira”*, que es considerada su obra capital y una de las más notables entre las novelas argentinas. Su personaje central, Mauricio Gómez Herrera, heterogénea amalgama de vicios y virtudes, caballero y salvaje a la vez, constituye un tipo admirablemente representativo de nuestra sociedad. La pintura del ambiente, magníficamente lograda, las figuras que dentro de él cobran vida real, hacen de las *“Divertidas aventuras del nieto de Juan Moreira”* documento precioso para el conocimiento del alma argentina de los últimos tiempos.

Pertenecen a la misma tendencia sus libros de cuentos y crónicas, interesantísimos y saturados de criollo sabor, *“Pago Chico”* y *“Violines y toneles”*, algunas de cuyas narraciones fueron solicitadas por el famoso escritor norteamericano WAL-

DO FRANK, para figurar en una antología de cuentos de la América latina.

Tras varios años de silencio como novelista, volvió Payró por sus fueros en tales dominios, mas dejando de lado la novela de ambiente e intentando de nuevo la histórica, que había ya ensayado en *"El falso Inca"*. En esta especie de novela Payró puso de relieve su profunda probidad y su minuciosa escrupulosidad, cuidando extremadamente de la información y del lenguaje. *"El capitán Vergara"*, que revive el mundo de la conquista en torno a la relevante figura de Irala; *"Mar Dulce"*, magnífica evocación de los episodios del descubrimiento del Río de la Plata, y *"Trapalanda"*, que se refiere a la ciudad fabulosa tan mentada, constituyen el valioso aporte de Payró a la novela histórica nacional.

— Cupo también a Payró destacada actuación como autor dramático, de la que nos ocupamos cumplidamente en el capítulo dedicado al teatro en el Río de la Plata.

La muerte de Roberto J. Payró, cuando aun mucho podía esperarse de su entusiasmo generoso, de su voluntad tesonera y de sus altas dotes como hombre y como escritor, ha privado a no dudarlo, de grandes valores a nuestra cultura. Con él se fué un delicado espíritu de artista, que escudriñaba en las cosas y en la vida para deducir de ellas su sentido aleccionador y sus matices de belleza.

DIVERTIDAS AVENTURAS DEL NIETO DE JUAN MOREIRA

PRIMERA PARTE

I

Nací a la política, al amor y al éxito, en un pueblo remoto de provincia, muy considerable según el padrón electoral, aunque tuviera escasos vecinos, pobre comercio, indigente sociabilidad, nada de industria y lo demás en proporción. El clima benigno, el cielo siempre azul, el sol radiante, la tierra fertilísima, no había bastado, como se comprenderá, para conquistarle aquella preeminencia. Era menester otra cosa. Y los "dirigentes" de Los Sunchos, al levantarse el último censo, por arte de birlibirloque habían dotado al departamento con una importante masa de sufragios — mayor que el natural, — para procurarle decisiva representación en la Legislatura de la provincia, directa participación en el gobierno autónomo, voz y voto delégados en el Congreso Nacional y, por

ende, influencia eficaz en la dirección del país. Escrutando las causas y los efectos, no me cabe duda de que los sunchalenses confiaban más en sus propias luces y patriotismo, que en el patriotismo y las luces del resto de nuestros compatriotas, y de que se esforzaban por gobernar con espíritu puramente altruista. El hecho es que, siendo cuatro gatos, como suele decirse, alcanzaban tácita o manifiesta ingerencia en el manejo de la res pública. Pero esto, que puede parecer una de tantas incongruencias de nuestra democracia incipiente, no es divertido y no hace, tampoco, al caso. Lo que sí hace y quizá resulte divertido, es que mi padre fuera uno de los susodichos dirigentes, quizá el de ascendiente mayor en el departamento, y que mi aristocrática cuna me diera — como en realidad me dió — vara alta en aquel pueblo manso y feliz, holgazán bajo el sol de fuego, soñador bajo el cielo sin nubes, cebado en medio de la pródiga naturaleza. Hoy me parece que hasta el aire de Los Sunchos era alimenticio, y que bastaba masticarlo al respirar para mantener y aun acrecentar las fuerzas: milagro de mi país, donde, virtualmente, todavía se encuentran pepitas de oro en medio de la calle.

Desde chicuelo era yo, Mauricio Gómez Herrera, el niño mimado de vigilantes, peones, gente del pueblo y empleados públicos de menor cuantía, quienes me enseñaron pacientemente a montar a caballo, vistear, tirar la taba, fumar y beber. Mi capricho era ley para todos aquellos buenos paisanos, en especial para el populacho, los subalternos y los humildes amigos o paniaguados de las autoridades; y cuando algún opositor, víctima de mis bromas, que solían ser pesadas, se quejaba a mis padres, nunca me faltó defensa o excusa, y si bien ambos prometían a veces reprenderme o castigarme, la verdad es que — especialmente el "viejo" — no hacían sino reírse de mis gracias.

Y aquí debo confesar que yo era, en efecto, un niño gracioso si se me consideraba en lo físico. Tengo por ahí arrumbada cierta fotografía amarillenta y borrosa que me sacó un fotógrafo trashumante al cumplir mis cinco años, y aparte la ridícula vestimenta de lugareño y el aire cortado y temeroso, la verdad es que mi efigie puede considerarse la de un lindísimo muchacho, de grandes ojos claros y serenos, frente espaciosa, cabello rubio naturalmente rizado, boca bien dibujada, en forma de arco de Cupido, y barbilla redonda y modelada, con su hoyuelo en el medio, como la de un Apolo infante. En la adolescencia y en la juventud fui lo que mi niñez prometía, todo un buen mozo, de belleza un tanto femenil, pese a mi poblado bigote, mi porte altivo, mi clara mirada, tan resuelta y firme; y estas dotes de la Naturaleza me procuraron siempre, hasta en épocas de madurez... Pero, no adelantemos los acontecimientos...

Tenía yo por aquel entonces un carácter de todos los demonios que, según me parece, la edad y la experiencia han modificado y mejorado mucho, especialmente en las exteriorizaciones. Nada podía torcer mi voluntad, nadie lograba imponérseme, y todos los medios me eran buenos para satisfacer mis caprichos. Gran cualidad. Recomiendo a los padres de familia deseosos de ver el triunfo de su prole, que la fomenten en sus hijos, renunciando, como a cosa inútil y perjudicial, a la tan preconizada disciplina de la educación, que sólo servirá para crearles luego graves y quizás insuperables dificultades en la vida. Estudien

mi ejemplo, sobre el que nunca insistiré bastante: desde niño he logrado, detalle más, detalle menos, todo cuanto soñaba o quería, porque nunca me detuvo ningún falso escrúpulo, ninguna regla arbitraria de moral, como ninguna preocupación melindrosa, ningún juicio ajeno. Así, cuando una criada o un peón me eran molestos o antipáticos, espiaba todos sus pasos, acciones, palabras y aun pensamientos, hasta encontrarlos en falta y poder acusarlos ante el tribunal casero; o — no hallando hechos reales, — imaginaba y revelaba hechos verosímiles, valiéndome de las circunstancias y las apariencias paciente y sutilmente estudiadas. ¡Y cuántas veces habrá sido profunda e ignorada verdad lo que yo mismo creía dudoso por falta de otras pruebas que la inducción y la deducción instintivas!

Pero esto era, sólo, una complicación poco evidente — para descubrirla he debido forzar el análisis, — de mi carácter que, si bien obstinado y astuto, era, sobre todo — extraña antinomia aparente, — exaltado y violento, como irreflexivo y de primer impulso, lo que me permitía tomar por asalto cuanto con un golpe de mano podía conseguirse. Y como, en el arrebatado de mi cólera llegaba fácilmente a usar de los puños, los pies, las uñas y los dientes, natural era que en el ataque o en la batalla con el criado u otro adversario eventual, resultara yo con alguna marca, contusión o rasguño que ellos no me habían inferido quizá, pero que, dándome el triunfo en la misma derrota, bastaba y aun sobraba como prueba de la ajena barbarie, y hacía recaer sobre el enemigo todas las iras paternas:

— ¡Pobre muchacho! ¡Miren cómo me lo han puesto! ¡Es una verdadera atrocidad!...

Y tras de mis arañoses, puntapiés, cachetadas y mordiscos, llovían sobre el antagonista los puñetazos de mi padre, hombre de malas pulgas, extraordinario vigor, destreza envidiable y amén de esto grande autoridad. ¿Quién se atrevía con el árbitro de Los Sunchos? ¿Quién no cejaba ante el brillo de sus ojos de acero, que relampagueaban en la sombra de sus espesas cejas, como intensificados por su gran nariz ganchuda, por su grueso bigote cano, por su perilla que en ocasiones parecía adelantarse como la punta de un arma?

Vivíamos con grandeza — naturalmente en la relatividad aldeana, que no da pretexto a los lujos desmedidos, — y “tatita” gastaba cuanto ganaba o un poco más, pues a su muerte sólo heredé la chacra paterna, gravada con una crecida hipoteca que hacían más molesta algunas otras deudas menores. Si; sólo teníamos una chacra, pero hay que explicarse: era una vasta posesión de cuatrocientas varas de frente por otras tantas de fondo, y estaba enclavada casi en el mismo centro del pueblo. Su cerco, en parte de adobe, en parte de pita, cina-cina y talas, interceptaba las calles de Libertad, Tunes y Cadillal, que corrían de Norte a Sur, y las de Santo Domingo, Avellaneda y Pampa, de Este a Oeste. Los cuatro grandes frentes daban sobre San Martín, Constitución, Blandengues y Monteagudo. Nuestra casa ocupaba la esquina de las calles San Martín y Constitución, la más próxima a la plaza y los edificios públicos, y era una amplia construcción de un solo piso, a lo largo de la cual corría una columnata de pilares delgados, sosteniendo un ancho alero. En ella

habítbamos nosotros solos, pues las cocinas, cocheras, dependencias y cuartos de la servidumbre, formaban cuerpo aparte, cuadrando una especie de patio en que mamita cultivaba algunas flores y tatita criaba sus gallos. En el resto de la chacra había algunos montecillos de árboles frutales, un poco de alfalfa, un chiquero, un gallinero, y varios potreros para los caballos y las dos vacas lecheras. Tengo idea de que alguna vez se plantaron hortalizas en un rincón de la chacra, pero en todo caso no fué siempre, ni siquiera con frecuencia, sin duda para no desdecir mucho del indolente carácter criollo que en aquel tiempo consideraba "cosa de gringos" ordeñar las vacas y comer legumbres. Con todo, nuestra casa era un palacio y nuestra chacra un vergel, comparadas con las demás mansiones señoriales de Los Sunchos, y nuestras costumbres de familia tenían un sello aristocrático que más de una vez envenenó las malas lenguas del pueblo, que zumbaban como avispas irritadas, aunque a respetable distancia de los oídos de tatita. Esta especie de refinamiento, cada vez más borroso, se explica naturalmente: mi padre pertenecía a una de las familias más viejas del país, una familia patricia radicada en Buenos Aires desde la guerra de la Independencia, vinculada a la alta sociedad y dueña de una respetable fortuna que varias ramas conservan todavía. Menos previsor o más atrevido que sus parientes, mi padre se arruinó—ignoro cómo y no me importa saberlo,—salió a correr tierras en busca de mejor suerte, y fué a varar en Los Sunchos, llevando hasta allí algunos de sus antiguos hábitos y aficiones.

No se ocupaba más que de la política activa, y de la tramitación de toda clase de asuntos ante las autoridades municipales y provinciales. Intendente y presidente de la Municipalidad, en varias administraciones, había acabado por negarse a ocupar puesto oficial alguno, conservando, sin embargo, meticulosamente, su influencia y su prestigio: desde afuera, manejaba mejor sus negocios, sin dar que hablar y siempre era él quien decidía en las contiendas electorales, y otras, como supremo caudillo del pueblo. Cuando no se iba a la capital de la provincia, llevado por sus asuntos propios o ajenos—en calidad de intermediario—, pasaba el día entero en el café, en la "cancha" de carreras o de pelota, en el billar o la sala de juego del Club del Progreso, o de visita en casa de alguna comadre. Tenía muchas comadres, y mamá hablaba siempre de ellas con cierto retintín y a veces hasta colérica, cosa extraña en una mujer tan buena, que era la mansedumbre en persona. Tatita solía mostrarse emprendedor. A él se debe, entre otros grandes adelantos de Los Sunchos, la fundación del Hipódromo que acabó con las canchas derechas y de andarivel, e hizo, también, para las riñas de gallos, un verdadero circo en miniatura. Leía los periódicos de la capital de la provincia, que llegaban tres veces por semana, y gracias a esto, a su copiosa correspondencia epistolar y a las noticias de los pocos viajeros y de Isabel Contreras, el mayoral de la galera de Los Sunchos, estaba siempre al corriente de lo que sucedía y de lo que iba a suceder, sirviéndole para prever esto último su peculiar olfato y su larga experiencia política, acopiada en años anteros de intrigas y de revueltas. La inmensa utilidad práctica de esta clase de información fué, sin duda, lo que le hizo mandarme a la escuela, no con la mira de hacer de mí un sabio,

sino con la plausible intención de proveerme de un herramienta preciosa para después.

Esto ocurrió pasados ya mis nueve años, puede también que los diez. Mi ingreso en la escuela fué como una catástrofe que abriera un paréntesis en mi vida de vagancia y holgazanería, y luego como una tortura, momentánea sí, pero muy dolorosa, tanto más cuanto que, si aprendí a leer, fué gracias a mi santa madre, cuya inagotable paciencia supo aprovechar todos mis fugitivos instantes de docilidad, y cuya bondad tímida y enfermiza, premiaba cada pequeño esfuerzo mío tan espléndidamente como si fuera una acción heroica. Me parece verla todavía, siempre de negro, oprimida en un vestido muy liso, pálida bajo sus bandós castaño obscuro, hablando con voz lenta y suave y sonriendo casi dolorosamente, a fuerza de ternura. Mucho le costaron las primeras lecciones, como le costó hacerme ir a misa e inculcarme inciertas doctrinas de un vago catolicismo, algo supersticioso, por mi inquietud indómita; pero a poco cedí y me plegué, más que todo, interesado por los cuentos de las viejas sirvientas y los, aun más maravillosos, de una costurerita española, jorobada, que decía a cada paso "interín", y que estaba siempre en los rincones oscuros, y en quien creía yo ver la encarnación de un diablillo entretenido y amistoso o de una bruja momentáneamente inofensiva. "Interín" me contaban las unas las hazañas de Pedro Urdemalas (Rimales, decían ellas), y la otra los amores de Beldad y la Bestia, o las terribles aventuras del Gato (el Ujier y el Esqueleto, leídas en un tomo trunco de Alejandro Dumas, mi naciente raciocinio me decía que mucho más interesante sería contarme aquello a mí mismo, todas las veces que quisiera y en cuanto se me antojara, ampliado y embellecido con los detalles en que sin duda abundaría la letra menudita y cabalística de los libros. Y aprendí a leer, rápidamente, en suma, buscando la emancipación, tratando de conquistar la independencia.

II

Acabé por acostumbrarme un tanto a la escuela. Iba a ella por divertirme, y mi diversión mayor consistía en hacer rabiar al pobre maestro, don Lucas Arba, un infeliz español, cojo y ridículo, que, gracias a mí, se sentó centenares de veces sobre una punta de pluma o en medio de un lago de pega-pega, y otras tantas recibió en el ojo o la nariz, bolitas de pan o de papel, cuidadosamente masticadas. ¡Era de verle dar el salto o lanzar el chillido provocados por la pluma, o levantarse con la silla pegada a los fondillos, o llevar la mano al órgano acariciado por el húmedo proyectil, mientras la cara se le ponía como un tomate! ¡Qué alboroto, y cómo se desternillaba de risa la escuela entera! Mis tímidos condiscípulos, sin imaginación, ni iniciativa, ni arrojo, como buenos campesinos, hijos de campesino, veían en mí un ente extraordinario, casi sobrenatural, comprendiendo intuitivamente que, para atreverse a tanto, era preciso haber nacido con privilegios excepcionales de carácter y de posición.

Don Lucas tenía la costumbre de restregar las manos sobre el pupitre — "cátedra" decía él, — mientras explicaba o interrogaba; después

en la hora de caligrafía o de dictado, poníase de codos en la mesa y apoyaba las mejillas en la palma de las manos, como si su cerebro pedagógico le pesara en demasía. Observar esta peculiaridad, procurarme pica-pica y espolvorear con ella la cátedra, fueron para mí cosas tan lógicas como agradables. Y repetí a menudo la ingeniosa operación, entusiasmado con el éxito, pues nada más cómico que ver a don Lucas rascarse primero suavemente, después con cierto ardor, en seguida rabioso, por último frenético hasta el estallido final:

—¡Todo el mundo se queda dos horas!

Iba a lavarse, a ponerse calmantes, sebo, aceite, qué sé yo, y la clase abandonada se convertía en una casa de orates, obedeciendo entusiasta a mi toque de zafarrancho; volaban los cuadernos, los libros, los tinteros — quebrada la inercia de mis condiscípulos, — mientras los instrumentos musicales más insólitos ejecutaban una sinfonía infernal. Muchas veces he pensado, recapitulando estas escenas, que mi verdadero temperamento es el revolucionario y que he necesitado un prodigio de voluntad para ser toda mi vida un elemento de orden, un hombre de gobierno... Volví, al fin, don Lucas, rojo y barnizado de ungüentos, con las pupilas saltándosele de las órbitas — espectáculo bufo si los hay, — y, exasperado por la intolerable picazón, comenzaba a distribuir castigos supletorios a diestro y siniestro, condenando sin distinción a inocentes y culpables, a juiciosos y traviesos, a todos, en fin... A todos menos a mí. ¿No era yo, acaso, el hijo de don Fernando Gómez Herrera? ¿No había nacido "con corona", según solían decir mis camaradas?

¡Vaya con mi don Lucas! Si mucho me reí de ti, en aquellos tiempos, ahora no compadezco siquiera tu memoria, aunque la evoque entre sonrisas, y aunque aprecie debidamente a los que, como tú entonces, saben acatar la autoridad política en todas sus formas, en cada una de ellas y hasta en sus simples reflejos. Porque, si bien este acatamiento es la única base posible de la felicidad de los ciudadanos, la verdad es que tú exagerabas demasiado, olvidando que eras, también, "autoridad", aunque de ínfimo orden. Y esta flaqueza es, para mí, irritante e inadmisibles, sobre todo cuando llega a extremos como éste.

Una tarde, a la hora de salir de la escuela y a raíz de un alboroto colosal, don Lucas me llamó y me dijo gravemente que tenía que hablar conmigo. Sospechando que el cielo iba a caérseme encima, me preparé a rechazar los ataques del magister hasta en forma viril y contundente, si era preciso, de tal modo que, como consecuencia inevitable, ni yo continuara bajo su férula ni él regentando la escuela, su único medio de vida: un arañazo o una equimosis no significaban nada para mí — era y soy valiente, — y con una marca directa o indirecta de don Lucas, obtendría sin dificultad su destierro de Los Sunchos, después de algunas otras pellejías que le dieran que rascar. Considérese, pues, mi pasmo, al oírle decir, apenas estuvimos solos, con su amanerado y académico lenguaje, o, mejor dicho, prosodia:

—Después de recapacitar muy seriamente, he arribado a una conclusión, mi querido Mauricio... Usted (me trataba de usted, pero tuteaba a todos los demás), usted es el más inteligente y el más aplicado... No, no se enfade todavía, permítame terminar, que no ha de pesarle...

Pues bien, usted que todo lo comprende y que sabe hacerse respetar por sus condiscípulos, mis alumnos, puede ayudarme con verdadera eficacia, sí, con la mayor eficacia, a conservar el orden y mantener la disciplina en las clases, minadas por el espíritu rebelde y revoltoso que es la carcoma de este país...

Aunque sorprendido por lo insólito de estas palabras, pronunciadas con solemne gravedad, como en una tribuna, comencé a esperar más serenamente los acontecimientos, sospechando, sin embargo, alguna celada.

—Pero no he querido — continuó don Lucas, en el mismo tono, — adoptar una resolución, cualquiera que ella sea, sin consultarle previamente.

El aula estaba solitaria y en la penumbra de la caída de la tarde. Junto a la puerta, yo veía, al exterior, un vasto terreno baldío, cubierto de gramíneas, rojizas ya, un pedazo de cielo con reflejos anaranjados, y, al interior, la masa informe y azulada de los bancos y las mesas, en la que parecía flotar aún el ruido y el movimiento de los alumnos ausentes. Esta doble visión de luz y de sombra me absorbió, sobre todo, durante una pausa trágica del maestro, para preparar esta pregunta:

—¿Quiere usted ser monitor?

—¡Monitor! ¡El segundo en la escuela, el jefe de los camaradas, la autoridad más alta en ausencia de don Lucas, quizás en su misma presencia, ya que él era tan débil de carácter!... ¡Y yo apenas sabía leer de corrido, gracias a mamita! ¡Y en la escuela había veinte muchachos más adelantados, más juiciosos, más aplicados y mayores que yo! ¡Oh! estos aspavientos son cosa de ahora; entonces, aunque no esperara semejante ganga, y aunque mucho me sonriera el inmerecido honor, la proposición me pareció tan natural y tan ajustada a mis merecimientos, que la acepté, diciendo sencillamente, sin emoción alguna:

—Bueno, don Lucas.

Yo siempre he sido así, imperturbable, y aunque me nombraran papa, mariscal o almirante, no me sorprendería ni me consideraría inepto para el cargo. Pero, deseando ser enteramente veraz, agregaré que el “don Lucas” de la aceptación había sido, desde tiempo atrás, desterrado de mis labios, en los que las contestaciones se limitaban a un sí o un no, “como Cristo nos enseña”, sin aditamento alguno de señor o don, como nos enseña la cortesía. Y ésta fué una evidente demostración de gratitud...

Después he pensado que, en la emergencia, don Lucas se condujo como un filósofo o como un canalla: como un filósofo, si quiso modificar mi carácter y disciplinarme, haciéndome, precisamente, custodio de la disciplina; como un canalla, si sólo trató de comprarme a costa de una claudicación moral, mucho peor que la física de su pata coja. Pero, medítándolo más, quizá no obrara ni como una ni como otra cosa, sino, apenas, como un simple que se defiende con las armas que tiene, sin mala ni buena intención, por espíritu de conservación propia, y utiliza para ello los medios políticos a su alcance — medios poco sutiles a la verdad, porque la sutileza política no es el dote de los simples. — Para los demás muchachos, el ejemplo podía ser descorazonador, anárquico, desastroso como disolvente, porque don Lucas no sabía contemporizar con la cabra y con la col; pero ¡bah! yo tenía tanto prestigio entre los camaradas, era tan fuerte, tan poderoso, tan resuelto y tan autoritario, para

decirlo todo de una vez, que el puesto gubernativo me correspondía como por derecho divino, y muy rebelde y muy avieso había de ser el que protestara de mi ascensión y desconociese mi regencia.

Comencé, pues, desde el día siguiente, a ejercer el mando, como si no hubiera nacido para otra cosa, y seguí ejerciéndolo con grande autoridad, sobre todo desde el famoso día en que presenté a don Lucas mi renuncia indeclinable...

He aquí por qué:

Irritado contra uno de los condiscípulos más pequeños, que, corriendo en el patio, a la hora del recreo, me llevó por delante, levanté la mano, y sin ver lo que hacía le di una soberbia bofetada. Mientras el chicuelo se echaba a llorar a moco tendido, uno de los más adelantados, Pedro Vázquez, con quien estábamos en entredicho desde mi nombramiento de monitor, me faltó audazmente al respeto, gritando:

—¡Grandulón! ¡Sirvergüenza!

Iba a precipitarme sobre él con los puños cerrados, cuando recordé mi alta investidura, y, conteniéndome, le dije con severidad:

—¡Usted, Vázquez! ¡Dos horas de penitencia!

Me volvió las espaldas, rudamente, y se encogió de hombros, refunfuñando no sé qué, vagas amenazas, sin duda, o frases despreciativas y airadas. Este muchacho, que iba a desempeñar un papel bastante considerable en mi vida, era alto, flaco, muy pálido, de ojos grandes, azul obscuro, verdosos a veces, cuando la luz les daba de costado, frente muy alta, tupido cabello castaño, boca bondadosamente risueña, largos brazos, largas piernas, torso endeble, inteligencia clara, mucha aptitud para los trabajos imaginativos, intuición científica y voluntad desigual, tan pronto enérgica, tan pronto muelle.

Aquel día cuando volvimos a entrar en clase Pedro, que estaba en uno de sus períodos de firmeza, apeló del castigo ante don Lucas, que revocó incontinenti la sentencia, quebrando de un golpe mi autoridad.

—¡Pues si es así, caramba! —grité, —no quiero seguir de monitor ni un minuto más. ¡Métase el nombramiento en donde no le dé el sol!

Don Lucas recapacitó un instante, murmurando: “¡Calma! ¡calma!” y tratando de apaciguarme con suaves movimientos sacerdotales de la mano derecha. Sin duda evocaría el punzante recuerdo de las puntas de pluma, el aglutinante de la pega-pega, el viscoso del papel mascado, el urticante de la pica - pica, pues con voz melosa, preguntó, tuteándome contra su costumbre:

—¿Es decir, que renunciás?

—¡Sí! ¡Renuncio in-de-cli-na-ble-men-te! —repliqué, recalcando cada sílaba del adverbio, aprendido de tatita en sus disquisiciones electorales.

La clase entera abrió tamaño boca, espantada, creyendo que la palabrota era un terno formidable, nuncio de alguna colisión más formidable aún; pero volvió a la serenidad, al ver que don Lucas se levantaba conmovido, y, tuteándome de nuevo, me decía:

—Pues no te la acepto, no puedo aceptártela... Tú tienes mucha, pero mucha dignidad, hijo mío. ¡Este niño irá lejos, hay que imitarle! —agregó, señalándome con ademán ponderativo a la admiración de mis estupefactos camaradas. —¡La dignidad es lo primero!... Mauricio

Gómez Herrera seguirá desempeñando sus funciones de monitor, y Pedro Vázquez sufrirá el castigo que se le ha impuesto. He dicho... ¡Y silencio!

La clase estaba muda, como alélada; pero aquel "¡silencio!" era una de esas terminantes afirmaciones de autoridad que deben hacerse en los momentos difíciles, cuando dicha autoridad pelagra, para que no se produzca ni siquiera un conato de rebelión; aquel "¡silencio!" era, en suma, una declaración de estado de sitio, que me encargaría de utilizar en servicio de la buena causa, desempeñando el papel de ejército y policía al mismo tiempo.

Sólo Vázquez se atrevió a intentar una protesta, balbuciendo, entre indignado y lloroso, un:

—¡Pero, señor!...

—¡Silencio he dicho!... Y dos horas más, por mi cuenta.

Acostumbrado a obedecer, Vázquez calló y se quedó quietecito en su banco, mientras una oleada de triunfal orgullo me henchía el pecho y me hacía subir los colores a la cara, la sonrisa a los labios, el fuego a los ojos.

VIII

En casa de Zapata nos aguardaba hacía rato la cena, gargantuesca como toda comida de gala en provincia.

Alrededor de la mesa de mantel largo, muy blanca pero con tosca vajilla de loza y gruesos vasos de vidrio, además de don Claudio, misia Gertrudis, mi padre y yo, sentáronse varios convidados de importancia: don Néstor Orozco, rector del Colegio Nacional, don Quintiliano Paz, diputado al Congreso, el doctor Juan Argüello, abogado y senador provincial, don Máximo Colodro, intendente de la ciudad, y el doctor Vivaldo Orlandi, médico italiano, situacionista, que acumulaba los cargos de director del hospital, médico de policía y de la municipalidad, profesor del Colegio Nacional y no recuerdo qué otra cosa, con gran ira y escándalo de sus colegas argentinos.

El que absorbió toda mi atención en los primeros momentos fué, con justicia, el doctor Orlandi. Hombre de cincuenta y cinco a sesenta años, alto, delgado, seco, de ojos negros pequeños y vivísimos, cutis aceitunado y rugoso, nariz aguileña algo rojiza en el extremo, gran cabellera que, como el bigote y la perilla que llevaba a lo Napoleón III, era de un negro tan natural que resultaba sobrenatural; decía pocas palabras, con rudo acento piamontés, en tono siempre sentencioso y dogmático. Después me aseguraron que era un cirujano habilísimo, el mejor de las provincias, y que en su mano hubiera estado conquistar, como médico, la misma capital de la república. Esto no me admiró tanto como su sombrero de copa, inmenso y brillante, que llevaba de medio lado y hundido hasta las cejas cuando andaba por la calle y que, en la circunstancia, había puesto cuidadosamente sobre una de las consolas de jacarandá. También me acupó don Néstor, anciano bajo y grueso, blanco en canas, de cara de luna llena, muy risueño siempre, amable conversador de ancha y roja boca, cuyos labios carnosos y sensuales relucían húmedos como besando las palabras que modulaba no sin gracia con una especie

de cadenciosa melopea. Le gustaba hablar de "los tiempos de antes", y al referirse a su juventud parecía buscar el testimonio de misia Gertrudis con una sonrisa picarescamente expresiva. Varias veces se insinuó, en la mesa que "había sido muy diablo", cosa que me hizo mucha gracia, sobre todo cuando replicó:

—Y no lo tienten al diablo... Porque todavía, todavía... Y acuérdense que más sabe por viejo que por diablo... ¿No es así, misia Gertrudis?

—¿Qué quiere que yo sepa, don Néstor? —contestó evasivamente el sargentón, con un tono de enfado que hiz osonreír a todos menos al marido.

Cuando mi padre habló, por fin, de mí, al servirse los postres —arroz con leche cubierto de canela en polvo, dulce de zapallo y de membrillo y tabletas y confites de Córdoba— yo me estremecí en el extremo de la mesa a que me habían relegado con la orden tradicional de "no meter mi cuchara", vale decir, de no despegar los labios como si quisieran que "aprendiese para estatua". Me estremecí porque tatita dijo:

—Aquí tienen ustedes un mocito que quiere hacerse hombre. Viene a estudiar para "doctor" y cuenta, como yo cuento, con la ayuda de los amigos. Es muy pollo todavía, pero tiene enjundia suficiente para no quedarse aplastado a lo mejor. Va a entrar al Colegio Nacional, y usted, don Néstor, bien puede darle una manito.

—Con mucho gusto —contestó el interpelado. —Hasta le pondremos cuarta si es preciso —agregó mirándome con sonrisa entre burlesca y afectuosa. —¿Estás bien preparado para el examen de ingreso?

—¿Cómo dice? —balbucí, no entendiendo la pregunta y con toda mi indígena descortesía, como si fuera el más "chúcaro" de mis jóvenes convecinos.

—Que si has terminado tus estudios en la escuela de Los Sunchos. Comprendiendo a medias, contesté, no sin cierto orgullo:

—Era monitor.

—¡Ah! —exclamó don Néstor, divertidísimo. —¿Conque, monitor? ¡está bueno! ¡está bueno! Ser monitor no es moco de pavo, pero...

Tatita corrió en mi auxilio diciendo socarronamente:

—La verdad... La verdad es que no sabe muy mucho; pero, hay que considerar... hay que considerar lo brutos que son los maestros de campaña... Y el tal don Lucas de Los Sunchos es tan mulita que no sirve ni para "rejuntar" leña... ¡Vaya, don Néstor, no se haga el malo y no me lo abatate al chico... ya sabe que en el camino se hacen buyes... ¡Y usted, doctor —dirigiéndose a Orlandi, —dé un "arrepujoncito", pues hombre!

Esto fué dicho con tal jovialidad bonachona que todos se echaron a reír; todos menos, naturalmente, doña Gertrudis, que no conseguía llegar a mostrarse amable ni aun para adular a tatita.

—Tien l'aspetto mucho inteligente —sentenció el doctor, examinándome con sus ojillos escrutadores. —Y los cóvenes creollos aprenden muy fáchile.

—Eso es verdad —asintió don Néstor. —Nuestra muchachada es viva como la luz. En cuanto a éste, ya se despertará en el Colegio. Si para admitir a los que vienen del campo exigiéramos que se presentaran

al examen de ingreso como unos Picos de la Mirándola, el Colegio quedaría monopolizado por la ciudad. Por eso el examen es, a veces, una mera formalidad, casi un simulacro... Podemos hacer esta concesión, confiando en nuestro excelente plan de enseñanza y en el saber de nuestros profesores, amiguito; el Colegio Nacional no es la escuela primaria de Los Sunchos. ¡Aquí se hacen hombres!

Ya apareció aquello: "¡Se hacen hombres!" Este idiotismo había de perseguirme toda la vida sin que hasta ahora sepa yo lo que quiere decir.

—Preséntese el niño sin cuidado—continuó don Néstor, volviendo a su húmeda sonrisa que había abandonado un instante.—Ahora lo tratarán como si lo presentaran en bandeja. Pero, después, ¡cuidado con los exámenes de fin de curso! ¡Entonces... entonces habrá que saber, amiguito; hay que hamacarse!

Todo aquello de exámenes, colegio, profesores, plan de estudios, me parecían a veces, pamplina, palabras sin sentido, gracias a mi profunda ignorancia; pero, inmediatamente después me intimidaban, como algo cabalístico y misterioso, como un rito terrible y arcano que sólo el poder de mi padre hacía accesible para mí,—tan accesible que todas las primeras dificultades se desvanecían ante su conjuro.—¿Por qué no habría de seguir siempre siendo así?... Y, ahito de comidas pesadas, mareado por el vino fuerte y amargo de la tierra, definitivamente rendido por la fatiga del viaje, comencé a dar cabezazos sobre la mesa, "a pescar", como decía tatita, soñando ya, semidespierto, con las pruebas de las sociedades secretas descritas en los novelones, como si se impusieran a un ser que, ajeno a mí, fuese al propio tiempo yo mismo.

—¡Se le van los bueyes, amigo!—gritó mi padre al verme dar con la frente en el mantel maculado de salsas y de vino.—Váyase a hacer nono. Misia Gertrudis, ¿dónde es el cuarto del chacho?

—Yo lo he de llevar—dijo la vieja, levantándose y haciendo terminar para mí aquella comida que debió asumir colosales proporciones, pues mucho más tarde parecióme oír, entre sueños, gran vocerío e inextinguibles carcajadas.

Algo monótonos, pero agradables por la libertad que me procuraba mi papel de cola de tatita, a quien seguía a todas partes, esquivándome en todas para fumar o corretear, pasaron los días que me separaban del misterioso y vagamente temido examen de ingreso.

Entré en la vasta aula, abovedada y solemne, pese a su poca elevación y merced a su aspecto alargado de catacumba, y me mezclé con otros chicos, más azorados que yo, casi sin ver la mesa examinadora, allá, en el extremo de la sala, destacándose con su tapete verde, su campanilla de plata y el amenazante bombo de las bolillas, sobre la pared blanca de cal, bajo un gran crucifijo negro, de madera, y tras de la cual se sentaban, en el medio don Néstor con su sonrisa, a la derecha el doctor Orlandi con el bigote y la perilla más negros que el betún, y a la izquierda un hombrecillo pálido y enjuto como un haz de sarmientos, quien, según después supe, era el doctor Prilidiano Méndez, profesor de latín, idólatra de esta lengua que, muerta y todo, era para él el Paladión del saber y la civilización humanos: quien ignorara el latín "estaba dispensado de tener sentido común", y quien lo supiera podía,

a su juicio, ignorar todo lo demás y ser, sin embargo, una deslumbrante lumbrera.

No entendí nada en los abracadabrantos interrogatorios sufridos por los muchachos que me precedieron, y preguntas y respuestas eran para mí un zumbido molesto de cosas informes, el rezongo de una liturgia desconocida. Pero una desazón me oprimía el pecho, perdido ya completamente mi aplomo de Los Sunchos, y cuando me llegó la vez, a pesar de mi convicción de invulnerabilidad, tiritando me acerqué a la silla que, en medio de un espacio vacío y frente al tapete verde, me parecía el banquillo de un acusado si no de un reo de muerte...

¿Qué me preguntaron primero? ¿Qué contesté? ¡Imposible reconstituirlo! Sólo recuerdo que don Prilidiano se inclinó al oído de don Néstor, y murmuró, no tan bajo que yo no lo oyera, con los sentidos aguzados por el temor:

—¡Pero si no sabe una palabra!

—¡Bah! Para eso viene, para aprender. Es el hijo de Gómez Herrera —dijo don Néstor.

—¡Ah! entonces...

El doctor Orlandi cortó el aparte, preguntándome:

—¿Cuál é il gondinende más grande del mundo?

Un relámpago de inspiración me iluminó haciéndome recordar lo que había oído de la grandeza de nuestro país, y contesté, resuelta, categóricamente:

—¡La República Argentina!

Los tres se echaron a reír, Orlandi, alzando los bigotes de tinta, don Néstor, estirando de oreja a oreja la gruesa boca húmeda, don Prilidiano con un ¡je, je je! seco y sonoro como el choque de dos tablas. Me desconcerté y una ola de sangre me subió a la cara. Don Nstor acudió en mi auxilio, diciendo entrecortadamente:

—No es del todo exacto... pero siempre es bueno ser patriota... ¿No aprenden geografía en la escuela de Los Sunchos?... ¡Está bueno!...

Hice ademán de levantarme, considerando terminado el martirio con la muerte moral; pero el latinista me detuvo, haciéndome esta pregunta fulminante:

—¿Cuál es la función del verbo!

Medio de pie, con la mano derecha apoyada en el respaldar de la silla, clavé en él los ojos espantados y balbucí:

—¡Yo... yo no la he visto nunca!

La ira de don Prilidiano quedó sofocada por las carcajadas homéricas de los otros dos, entre cuyos estallidos oí que don Néstor repetía:

—¡Está bien, siéntese! ¡Está bien, siéntese!

Completamente cortado volví a sentarme en el banquillo, diciéndome que aquella tortura no acabaría sino con mi muerte, material esta vez; pero el rector acertó a contenerse y me dijo más claro, con burlona bondad:

—No, no. Vaya a su asiento. Vaya a su asiento.

Los oídos me zumbaban, pero, al pasar junto a los bancos, parecióme oír: "Es un burro", y pensé en huir sin detenerme, hasta Los Sunchos, pero no tuve fuerzas. Caí desplomado en mi asiento. ¡Cómo

se habían reído de mí profesores y alumnos! ¡de mí, de quien, en mi pueblo, no se había atrevido nadie a reírse, de mí, de Mauricio Gómez Herrera!...

IX

Como era lógico — aunque ahora quizá no lo parezca, — entré a cursar el primer año del Colegio Nacional, y con este favor empezó el primer calvario de mi vida, quizás el único hasta hoy.

En cuanto supo que “había pasado”, tatita se volvió a Los Sunchos, dejándome en poder de los Zapata, cuyos procedimientos resultaron ¡ay! muy otros que los de mis padres, y cuyo seco rigor era la antítesis de la tolerancia cariñosa o servil a que estaba acostumbrado. En un principio, traté de rebelarme contra esta tiranía, sobre todo contra la de misia Gertrudis; pero mis esfuerzos se estrellaron en su carácter inflexible, que pocas veces trataba de disimular bajo una apariencia dulzona.

— ¡Es por tu bien! — me decía, después de arrancarme a las más inocentes diversiones. — ¡Qué diría tu padre, si te dejáramos hacer lo que quisieras, y perder el tiempo a tu antojo?

— Tatita — replicaba yo airado — no me ha tenido nunca encerrado como un preso, y no me perseguía como usted.

— ¡Es por tu bien, te repito! Y, además, seguimos las instrucciones del mismo don Fernando. Acuérdate de que, cuando don Néstor le dijo que, si no estudiabas mucho, te quedarías en primer año, tu padre me recomendó: “Atémelo a sogá corta, misia Gertrudis. ¡Téngamelo en un puño!” ¡Ni más ni menos! ¡Y... basta de discusión!

Se marchaba y yo me quedaba temblando de cólera y de impotencia. ¿Qué se había hecho de mi indomable voluntad? ¡Ay! desterrado, en el aislamiento, en un mundo desconocido y hostil, sin los sólidos puntos de apoyo de mamita, de los sirvientes, de todos cuantos me adulaban para adular a mi padre, sentíame deprimido, incapaz de iniciativa y de rebelión, desde que mis primeros esfuerzos revolucionarios sólo arribaron a hacer mayor la severidad de mis carceleros. Porque los Zapata lo eran: no me dejaban ni a sol ni a sombra, no me permitían salir solo; inspirado por su mujer, don Claudio me llevaba todos los días al Colegio, para hacerme imposible el dulce vagar de la “rabona”. Los domingos y fiestas tenía que ir con ellos a misa, al sermón, a la doctrina, y, en los intervalos, me hacían acompañarles a recorrer las calles como un bobo, cuando no a hacer visitas que me daban un tedio mortal y acababan con mi resto de energía. La vigilancia de misia Gertrudis no se adormecía un momento. Me había dado un cuarto contiguo al suyo, para tenerme siempre a la vista o al alcance de la mano y de la voz; limitaba mis relaciones con las chinitas a lo más estrictamente necesario para mi servicio, sin dejarme charlar ni jugar con ellas; registraba todas las noches mi habitación y mis bolsillos para confiscarme los cigarros y cuanto libro de entretenimiento me procuraba a hurtadillas; a media noche se levantaba para hacer una ronda por la casa, ver si las criadas dormían y si todo estaba en orden, celosa, hasta la manía, de una moral que, según las malas lenguas, no había sido su culto cuando moza, ni aun en los umbrales de la vejez. “Era de las que daban vuelta los santos cara a la pared

—contábanme sus contemporáneos, años más tarde,— y don Néstor Orozco no fué ni el primero ni el último de sus amigos”, y añadían nombres y detalles que no hacen al caso, riéndose unos de don Claudio, denigrándolo otros por su tolerancia según ellos interesada. En mi tiempo, misia Gertrudis trataba probablemente de redimir sus antiguos pecados con la monástica austeridad de los últimos años, ya fríos, sin sol ni flores. ¡Dios la haya perdonado en mérito de lo que hizo gozar y luego sufrir a los demás, si no en gracia de los interminables rosarios que nos hacía rezar todas las noches, de rodillas sobre un rudo enladrillado de la sala semi a oscuras.

Con todo, mi ingenio me permitía burlar de cuando en cuando su espionaje, especialmente para fumar y leer novelas que encuadernaba con las tapas de los libros de texto. Pero aquel sistema depresivo daba aparentemente sus frutos que cualquier observador superficial como misia Gertrudis y don Claudio, podría haber juzgado benéficos y duraderos, sin que fueran, en realidad, ni una ni otra cosa: del Mauricio arrebatado, alegre y franco de Los Sunchos, había hecho un muchachón disimulado, avieso y triste, una criatura aislada y arisca, como un perro perseguido. Ocultamente también escribí varias veces a mi madre, quejándome de la horrible sujeción y pidiendo que le pusiese remedio; me contestaba, afligida, diciendo que nada podía contra la voluntad de mi padre, que éste estaba resuelto a “hacerme hombre”, y mandándome dulces, tabletas y un poco de dinero, muy poco, porque tatita se lo había prohibido por consejo y exigencia de los Zapata. De vez en cuando, agregaba noticias de Teresa Rivas, que siempre le preguntaba con mucho interés por mí... Estas cartas, lejos de consolarme un tanto, hacían mayor mi desaliento y mi depresión, privándome de mis últimas esperanzas.

Acababa de quitarme toda energía mi situación en el Colegio, donde los condiscípulos me demostraban la mayor antipatía, un poco por mi culpa, sea dicho de paso, y sin que la provocara el favoritismo de mi admisión, ni la estupenda ridiculez de mi examen, aunque a veces recordaran, burlándose, el famoso “Yo no la he visto nunca”. Y es que, en un principio, falto de experiencia e iniciando una política inhábil y contraproducente, quise imponerles el mismo respeto y el mismo acatamiento de que gozaba en Los Sunchos, donde “era monitor”. Esta pretensión, mezclada quizás a un poco de envidia por mi buena figura, y de celos por cierta condescendencia de algunos profesores, desencadenó la enemistad de los muchachos, y el “monitor-pajuérano”, como me decían, fué la víctima de sus camaradas, que no vislumbraban siquiera, tras él, la sombra omnipotente y amenazadora del papá. Esta enemistad, que se traducía en agresiones colectivas, manteos, “ronga-catonga” bailadas en torno mío, no sin puñetazos, puntapiés, escupidas y otras amenidades escolares de que nunca me quejé a los superiores por caballeresco puntillo, cedió un tanto, casi por ejemplo, después de varios combates con “los más guapos”, en los que, por fortuna, resulté casi siempre vencedor. Pero la sorda hostilidad no cesó nunca, porque, envalentonado con mi triunfo, me mostré altivo en demasía, y porque mi forzoso aislamiento, fuera de las horas de clase y de los recreos en los claustros sombríos o en el gran patio del Colegio, no me permitía cultivar amistad alguna, ni aun la del mismo

Pedro Vázquez, alumno de segundo año ya. ¿Cómo hacerme de camaradas íntimos, si don Claudio ahuyentaba en la calle a mis condiscípulos, que de otro modo quizá se hubieran unido a mí?

El estudio me interesaba muy poco; antes que aprender las largas lecciones de memoria, el *musa musae*, el *bonus, bona, bonum*, la nomenclatura interminable de los departamentos de provincia, los cuentos insípidos del Compendio de Historia Sagrada, prefería quedarme horas enteras mirando al aire, evocando las risueñas imágenes de Los Sunchos, o rehaciendo las complicadas intrigas de las novelas. Era el más "burro" de la clase, pero mi insuficiencia no me molestaba en lo más mínimo, ni por mis condiscípulos ni por los profesores, olfateando instintivamente en estos últimos, quizá, una insuficiencia si no mayor, más perniciosa aún. Salvo raras excepciones eran ignorantes, se limitaban a tomar las lecciones con el texto en la mano, "docticum libro", y contestaban rara vez a las preguntas que se les hacía para aclarar una duda, maestros improvisados, en fin, en una época en que las "cátedras" eran el refugio de los amigos del Gobierno que no tenían profesión ni aptitudes para ganarse el pan.

Mi vida, pues, no era vida. Moríame de hastío en casa de Zapata, que apenas recibía a dos o tres personas, además del cura Ferreira y de fray Pedro Arosa, franciscano, y que no dió fiesta alguna después de la comida en honor de tatita; sufría y rabiaba en el Colegio, donde lo que aprendí fué de oírlo repetir a los demás; cada día me era más difícil procurarme novelas, porque el dinero escaseaba mucho, pues, como repetía misia Gertrudis:

—Aquí tienes todo cuanto necesitas, y la plata es la perdición de los muchachos, sobre todo en una ciudad como esta—considerando que la dormida capital provinciana era una Babilonia, si no un París.

¿Qué hacer, entonces? ¡Volverme a Los Sunchos! Esta idea llegó a convertirse en obsesión. Pero, ¿cómo realizarla, sin medios, sin recursos? En último extremo, cansado de quejarme inútilmente a mi madre, había escrito a tatita, pintándole mis padecimientos con los más negros colores, y pidiéndole que me llevara a su lado, o, por lo menos, me hiciera tratar de un modo más humano; pero él, convencido de que yo exageraba, alentado por los consejos de don Higinio, engañado por las cartas de don Claudio, me contestó diciéndome que aguantara, porque en la vida todo no eran rosas, y que mayores pellejerías había pasado él cuando muchacho para "hacerse hombre". Todavía no me doy cuenta de lo que se proponía doña Gertrudis y su marido tratándome así, y, a lo más que puedo llegar, es a decirme que daban libre curso a su carácter con los que estaban bajo su dependencia—las chinas y yo,—y que eran más sabroso para ellos dominarme, engañando a tatita, so color de rigidez de principios. No cedí, sin embargo, y volví al asalto por la parte más débil, escribiendo una y otra carta a mamá, con tantas jeremiadas, revueltas entre repeticiones y faltas de ortografía, que la buena señora se resolvió, por fin, a desobedecer de lleno, y quizá, por primera vez, a su marido, enviándome algunos pesos bolivianos que yo le pedía con el pretexto de suavizar un tanto mis amarguras y comprar libros y otras cosas necesarias.

Una vez dueño de este capital maduré mi proyecto de fuga, no tan fácil como a primera vista podría creerse: me costó días enteros de meditación, pero el plan resultó de una pieza.

La galera para Los Sunchos salía los lunes, miércoles y viernes muy temprano, de una posada céntrica, el Hotel de la Bola de Oro, y después de atravesar la ciudad, se detenía en una pulpería de las afueras — la Esquina del Poste Blanco, — especie de sub-agencia para encomiendas y pasajeros, antes de emprender seriamente el galope, camino real adelante. Allí había que tomarla, no cabe duda, pues atravesando la ciudad alguien entre los acostumbrados espectadores del paso de la galera, había de verme, necesariamente.

Los hábitos recién adquiridos de disimulo me sirvieron en la circunstancia como si sólo para ella me los hubieran inculcado; después tuve ocasión de utilizarlos muchas veces con éxito, probando que los frutos de al buena educación no se pierden nunca. Bueno, pues; con gran sorpresa y mucho gusto de misia Gertrudis, que hasta entonces tenía que despertarme tres y cuatro veces cada mañana, comencé a madrugar por iniciativa propia, y a dar cortos paseos, con el libro en la mano, como quien estudia, primero en la huerta, después en la acera de la calle, casi siempre a la vista de la vigilante centinela, pero cuidando de desaparecer a veces un momento, para que fueran adormeciéndose sus sospechas. Cuidé también de hablar mucho por aquellos días, de un paraje pintoresco, a una legua o poco más de la ciudad, al otro extremo del Poste Blanco, que habíamos visitado en una excursión con los Zapata, y donde el río, que más cerca era apenas un hilo de agua tendido sobre un inmenso lecho de cantos rodados, ofrecía entonces, gracias a una especie de dique natural, un buen bañadero y un excelente sitio para pescar bagres y dientudos. El "Mojarral" con sus sauces, sus peces y su bañadero no se me caía de la boca, y cualquiera hubiese jurado que yo no pensaba en otro paraíso.

— ¡Así me gusta! ¡Estás estudioso! — decía misia Gertrudis, no sin sorna, al verme salir de mi cuarto, con el libro en la mano, casi de madrugada. — Si seguís así, un día de estos te vamos a llevar al "Mojarral".

— ¡Sí! Pero que sea pronto... ¡Tengo tantísimas ganas!

En fin, un martes por la noche deposité una maletita con parte de mi ropa en el fondo de la huerta, que daba a una calle excusada, y en un rincón de donde podría sacarla fácilmente sin ser visto. Me acosté, en seguida, pero no me fué posible dormir: la fiebre me devoraba, considerábame libre ya, y renacía en mí el muchacho inventivo y resuelto de Los Sunchos, aparentemente domado por el freno horrible de los Zapata, hasta el punto de buscar en mi imaginación cómo vengarme de misia Gertrudis. No encontré, por el momento, castigo alguno digno de su perversidad, y dejé que la ocasión me ofreciera la venganza, jurándome, sin embargo, no abandonar jamás este santo propósito. Como apenas me amodorraba, despertaba sobresaltado, soñando que me habían descubierto, resolví levantarme, de noche aún. Debía hacer ruido, porque misia Gertrudis gritó de pronto:

— ¡Quién anda ahí?

Volví a meterme en cama, medio vestido, y oí que la vieja se levanta-

taba a su vez precipitadamente, encendía luz, se asomaba a mi cuarto y luego salía al patio a hacer una ronda extraordinaria.

—¡Esta es la mía!— me dije, sin reflexionar, inspirado por mi grande amiga, la oportunidad.

Y precipitándome al dormitorio de misia Gertrudis—don Claudio tenía cuarto aparte,—tomé de sobre la cómoda, donde las ponía siempre, sus magníficas trenzas castañas, que sólo se ataba a la cabeza una vez terminadas las faenas matinales. ¿Qué iba a hacer con ellas? No lo sabía ni me importaba por el momento.

Amaneció poco después, sin que misia Gertrudis volviera de su inspección, y yo salí, como de costumbre, con el libro en la mano. La vieja estaba haciendo fuego en la cocina. Corrí a la huerta, tiré en el lodo infecto del comedero de los cerdos las hermosas trenzas que los “cuchis” se encargarían de devorar o destrozarse, por lo menos, como un plato exquisito, saqué la maleta de su escondite, y, por las calles solitarias aún, envueltas en húmeda neblina, me fui al boliche del Poste Blanco, a esperar la galera de Los Sunchos que ya estaría por llegar. En efecto, la aguardaba hacía dos minutos, cuando se detuvo en la puerta, con gran ruido de hierros y de maderas entrechocados. El mayoral, Isabel Contreras, y los postillones, entraron a tomar su segunda “mañanita”, de caña pura, caña con limonada o ginebra, sorbida ya la primera en la Bola de Oro, y a recoger encomiendas, correspondencia y pasajeros, si los había. Y había uno: yo.

Contreras, que como miembro conspicuo de la población flotante de Los Sunchos, me conocía como a sus manos, y respetaba a tatita, a quien, según ya dije, servía de correo especial y de informante celoso, me hizo la mejor acogida, no se metió en indiscretas averiguaciones a propósito de mi presencia allí, y me dispensó el señalado honor de invitarme a que lo acompañara en el pescante, mientras ponía él mismo mi valija en el imperial. Cuando hice mención de pagar el pasaje, rechazó el dinero.

—Ya me pagará don Fernando.

¡Si yo hubiese sabido! ¡Cuántas semanas antes hubiera desertado de la zapatil mazmorra!

Charlando durante el viaje, y animado por alguna libación en las postas, con la falta de reserva que caracteriza a la petulancia infantil, y que no había corregido del todo, todavía, pese a la inquisitorial fiscalización de misia Gertrudis, conté por lo largo a Contreras mis padecimientos y mi escapatoria, cuando “ya no podía aguantar más”. Sobre saltóse el buen paisano en un principio, pensando en sus responsabilidades, y ya iba a arrepentirme de mi desmedida confianza, cuando reaccionó, echóse a reír a carcajadas, y, haciendo restallar su largo látigo, exclamó:

—¡Hijo e tigre, overo has de ser! ¡Este no desmiente la casta!

Se rió mucho más de la jugarreta del pelo postizo, diciendo que bien se la merecía la “perra vieja” aquella, y después, como hombre ducho, me aconsejó que no me dejase ver por tatita antes de hablar con mi madre, porque las madres son siempre las “mejores tapaderas” para los hijos, y porque “hay que tener mucho ojo con el mal genio de don Fernando”. Y, para hacerlo mejor, detuvo la galera en una callecita solitaria, a corta

distancia de casa, guardó la maleta para enviármela más tarde, y me estrechó campechanamente la mano con la suya, como papel de lija, diciéndome:

—Y ahora, compadre, bajesé y vaya corriendo a su mamá, que es la única que tendrá lástima de sus penurias... Dígale que aquí, como en cualquiera otra parte puede “hacerse hombre”.

¡Hacerse hombre!... Rodó la galera, siguiendo su camino, y yo me quedé inmóvil, alelado, entre alegre y temeroso. Allá, muy lejos, quedaban la ciudad, el Colegio, doña Gertrudis, don Claudio, el latín, el infierno, como una horrible pesadilla. Estaba en Los Sunchos, en “mi” pueblo, en mi teatro, y aunque receloso de lo que iba a ocurrir, me sentía con más valor, con más fuerzas, dueño de mi mismo, en fin.

EL TEATRO EN EL RÍO DE LA PLATA

Nacido con el poeta Manuel José de Labardén, casi en los años postreros de la colonia, al declinar el siglo XVIII, el arte dramático ha sido a través de las diversas etapas de nuestra historia — emancipación, tiranía, organización nacional — género revestido siempre de la mayor importancia. Fuese una u otra de sus especies: tragedia pseudo-clásica con Juan Cruz Varela, drama romántico con José Mármol, drama gauchesco “a lo Juan Moreira”, poema eglógico con José de Maturana, drama en verso con Martín Coronado, comedia realista con Gregorio de Laferrere, ello es que el arte dramático no fué jamás proscripto del campo de nuestras letras y tiene dentro de ellas remoto origen y larga tradición.

Y es que el teatro es el género literario por excelencia ligado a la vida íntima del pueblo, cuya alma colectiva se refleja por igual en el escenario donde se representa la acción y en el recinto desde donde la contemplan los espectadores. Todo pueblo siente la necesidad de un teatro propio que represente el drama de su propia existencia, cuyos gérmenes deben buscarse en el baile popular y en el instinto mismo. Y sólo cuando ese embrión, a través de formas cada vez menos groseras, llega a espiritualizarse, puede en realidad hablarse de un “teatro nacional”.

Vimos en el capítulo inicial cómo desde muy antiguo se celebraron en la colonia representaciones teatrales en ocasión de magnos acontecimientos, y cómo al impulso progresista del virrey Vértiz nació contra la opinión del clero nuestro primer teatro estable, en 1781, en la primitiva “Casa de Comedias” o

"Teatro de la Ranchería", rudimentaria instalación en la que subió a escena en 1789 el *"Siripo"* de Labardén, primer drama argentino.

Fué el tal teatro, cuya primera concesión le fué otorgada al cómico y empresario Francisco Velarde, que lo construyó, modesto galpón de madera, barro y paja, que no carecía de lo indispensable para sus fines: escenario, garita para el apuntador, espacio interior para telones y bambalinas, platea para los espectadores distinguidos, palenque para los humildes, con exclusión de indios y negros, balcones con palco de honor guardado de rojo y gualda para las autoridades, graderías, cazuela para las mujeres y tertulia para los hombres, todo ello iluminado con velas de sebo.

Destruído por el incendio, que, según también dijimos, creyóse provocado por un cohete que el 16 de agosto de 1792, en ocasión de las fiestas de San Roque, fuera lanzado desde la iglesia de San Juan, situada a dos cuadras de nuestra primera sala de espectáculos, pasaron más de dos lustros hasta que los hermanos Olaguer Feliú construyeron en 1804 el segundo de nuestros teatros estables frente a la iglesia de la Merced, no menos resistido que el anterior por el elemento clerical, que veía en tal institución una burla de la religión católica.

Llamóse esta segunda casa dedicada al arte dramático el *"Coliseo provisorio"*, porque fué una obra precaria destinada al esparcimiento público, en tanto se construía frente a la Plaza Mayor, en el llamado Hueco de las Ánimas, que es el actual ángulo de Reconquista y Rivadavia, el teatro oficial proyectado por el Cabildo de Buenos Aires durante el virreinato de Sobremonte. Fué el teatro de Olaguer Feliú superior en cuanto a edificio al de la *"Ranchería"*, cuyas líneas generales conservó, y en él se festejaron en los últimos años de la colonia y en los primeros de la era independiente los grandes acontecimientos: la Reconquista, las victorias de nuestros ejércitos, los sucesos felices de los días de Rivadavia; en él estrenó Varela su *"Argia"*, en él triunfaron intérpretes criollos, capaces de representar el más selecto repertorio español, como Trinidad Guevara y Juan Casacuberta, que había luego de dejar la escena para empuñar el fusil en las filas unitarias; en él realizó sus experimentos y ensayos la *"Sociedad para el fomento del buen gusto en el teatro"*, organizada en los días del

Directorio de Pueyrredón; en él, en cuyo palco de honor sustituyó en 1813 el celeste y blanco patrios a los colores españoles, adquirió verdadero carácter nacional nuestro arte dramático.

El "*Coliseo provisorio*" fué pues el teatro de la emancipación, así como el de la "*Ranchería*" fué el de la colonia, y el de la "*Victoria*", sito en la calle de este nombre, entre las actuales de Bernardo de Irigoyen y Tacuarí e inaugurado en 1838 con el padrinazgo de Manuelita Rosas y don Bernardo Victorica, jefe de policía; ornamentado en el rojo vivo de la federación y cuyos espectáculos comenzaban con los rituales gritos "¡Viva la Federación!" y "¡Mueran los salvajes unitarios!", fué el de la tiranía.

Entre tanto las obras del "*Coliseo grande*" en la Plaza Mayor poco habían adelantado: comenzadas en 1804, fueron interrumpidas por las invasiones inglesas cuando ya se habían levantado las paredes; reiniciadas en varias oportunidades: en 1828, en 1835, y en 1851, fecha en que se procedió a techar en ocasión de un gran baile en honor de Manuelita, fueron adquiridas en los días de la organización nacional por un grupo de hombres ilustres, entre ellos Carlos Pellegrini y el poeta gauchesco Hilario Ascasubi, el primero de los cuales, que era ingeniero, terminó la construcción entre los años 1855 y 1857, dándole la fisonomía de un teatro moderno.

Surgió así nuestro viejo "*Teatro Colón*", que durante tres décadas fué activo centro de difusión artística, hasta que en 1887 lo sustituyó el "*Teatro de la Ópera*" en la calle Corrientes, que es hoy también sólo un recuerdo. En esa época de profunda modificación, que transforma la gran aldea en opulenta ciudad, crece entre nosotros el gusto por el teatro, que se torna productiva empresa comercial, y se multiplican las salas destinadas a las representaciones públicas, las cuales, desaparecidos los espectáculos bárbaros de la corrida de toros y la riña de gallos, se transforman en el solaz colectivo preferido, a cuyo lado subsiste el circo de lona con sus payasos, acróbatas y cantares, germen a su vez de una nueva rama en el viejo tronco de nuestro arte dramático.

He aquí a grandes rasgos la historia, pudiéramos decir externa, de nuestro teatro, magistralmente estudiada por don MARIANO G. BOSCH, interesante sí, pero no tanto desde nuestro punto de vista particular, como la literaria, que comenza-

aparece convertido el gaucho peleador en pugna eterna con la policía, en buen criollo de orden dispuesto a marchar al compás del progreso que invadía las pampas, para llegar a "*La piedra de escándalo*" de Martín Coronado, cuya representación es acontecimiento de suma importancia dentro de la historia de nuestro teatro, al extremo de poderse considerar momento fundamental dentro del nuevo proceso formativo, típicamente criollo desde el doble punto de vista de la obra y del intérprete.

De cuanto acabamos de decir fluye que la historia de nuestro teatro comienza, no en 1880, fecha importantísima dentro de su evolución, sino en 1789, el día en que Labardén, en el primitivo "*Teatro de la Ranchería*", emocionó a nuestros remotos antepasados con su "*Siripo*".

EL DRAMA EN VERSO

Nuestro teatro nació en verso. Labardén compuso su drama, de asunto y ambiente argentino, en el clásico endecasílabo español y Varela, su más inmediato sucesor, seudo clasicista de la escuela italiana, escribió también en verso sus dos tragedias "*Dido*" y "*Argia*", celebrada la una por Rivadavia y el selecto grupo de sus colaboradores, y representada la otra en el teatro de Olaguer Feliú.

Fuera de la escuela neoclásica, ya en los días en que soplaban las renovadoras auras del romanticismo, Mármol eligió el verso para sus dramas "*El poeta*" y "*El cruzado*"; y también fué el verso la forma que los dramaturgos de menor significación: Méndez, Belgrano, Cuenca, Ortega, Echagüe, escogieron para sus obras dramáticas. Ello explica que Martín Coronado, piedra angular de nuestro teatro después de 1880, escribiese también en verso, idealizando en la escena nuestra vida local y refundiendo, según afirma ROJAS "en un solo espectáculo dos tradiciones que parecían irreconciliables dentro del teatro argentino: el arte culto y la emoción popular".

De los más significativos precursores de nuestro teatro en verso: Labardén, Varela y Mármol, hemos hablado en su oportunidad y muy brevemente lo haremos ahora de dos figuras no desprovistas de relieve propio: Belgrano y Ortega. El primero, sobrino del general cuyo mismo nombre y apellido

llevaba, culto e ilustrado espíritu, muerto en la plenitud de su vida en la proscripción, compuso una tragedia intitulada "*Molina*", en verso endecasílabo, de corte pseudoclásico y argumento incaico, que dedicó a Rivadavia y no fué nunca representada. Aunque no fué "*Molina*" obra original por su asunto, pues éste ya había sido tratado con anterioridad por el poeta portugués Vicente de Acuña con el título de "*El triunfo de la naturaleza*", constituye la tragedia de Manuel Belgrano, documento literario no desdeñable, eslabón valioso en la cronología de nuestro drama en verso iniciada por Labardén, y concepción poética no carente de mérito.

El segundo, Miguel Ortega, cuarenta años después que escribiera Belgrano su "*Molina*", insistió en el viejo episodio que utilizó Labardén para su "*Siripo*", componiendo "*Lucía de Miranda*", pieza en cinco actos, de factura no inferior al drama primigenio y notable por su sobriedad y movimiento dramático, escrita en versos que don MIGUEL NAVARRO VIOLA director de la "*Revista de Buenos Aires*" califica de excelentes. De ella dice ROJAS que "por su asunto indígena, por su estructura teatral y por su agradable versificación, merecería ser representada en alguno de los escenarios actuales".



PEDRO ECHAGÜE

Entre los emigrados que en época de la tiranía buscaron refugio en Bolivia, se encuentra don Pedro Echagüe, que emprendió el camino del destierro acompañando los restos de Lavalle, cuya cabeza las hordas rosistas codiciaban para colo-

car junto a las de Castelli, Avellaneda y otros mártires. Militar por accidente y hombre de letras por vocación, Echagüe alternó los cargos públicos que en diversas ocasiones hubo de desempeñar, con sus tareas de periodista en *"El Zonda"* de Sarmiento y otros diarios, y con su labor de escritor, faceta esta última la más importante entre las varias que su vida ofrece.

Autor de crónicas histórico-novelescas: *"Apuntes de un proscripto"*, relato autobiográfico de sus años de destierro, y *"Mártires argentinos"*, memorias no desprovistas de vuelo imaginativo; de novelas: *"Un lego de San Francisco"*, *"Amelia y Amalia"*; de poesías líricas compiladas en un tomo titulado *"Ecos postreros"*; la figura de Echagüe nos interesa por el aporte por él traído a nuestro teatro. Como autor dramático le debemos un apólogo: *"Tres entidades negativas"*; varias comedias, algunas de ellas representadas, unas en prosa: *"Padre, hermano y tío"*, *"Memorias de un coronel"*, otras en verso: *"Un beso"*, *"De mal en peor"*, *"Primero es la patria"*, *"Amor y Virtud"*, y un drama también en verso, *"Rosas"*, escrito en 1860 y a cuya primera representación en el antiguo teatro de la Victoria asistieron el presidente Mitre y Sarmiento, su ministro.

MARTÍN CORONADO

Cúpole a don Martín Coronado hacer resurgir entre nosotros el gusto por el teatro en verso. Nacido en Buenos Aires el 4 de julio de 1840, luego de haber cursado sus estudios preparatorios en el colegio uruguayo de Larroque y ha-



ber iniciado los de Humanidades, comenzó Coronado la carrera de leyes, que trocó por la del notariado, en la que alcanzó destacada figuración como jefe del Registro Civil. Pero la vocación de su vida fueron las letras: periodista, fundó en 1879 "*El Correo Americano*" y fué luego colaborador de "*La Prensa*"; poeta lírico, publicó en 1873 sus "*Poesías*", dispersas hasta entonces, cuya edición, muy favorablemente acogida, agotóse prestamente. Una segunda edición de 1904 incluyó nuevas obras, entre ellas "*La rosa blanca*", poema dramático puesto en escena en junio de 1877 por la compañía española de Hernán Cortés.

Las poesías de Coronado le acreditan como un estimable valor lírico, no a la altura, por cierto, de Andrade, Gutiérrez, Guido Spanò y Obligado, pero sí dotado de profundo sentimiento nativo y fluidez melódica, que hicieron de él "un versificador castizo, cantor sincero, poeta de verdad", según dice ROJAS. Sobresalen dentro de la obra lírica de Martín Coronado sus poemas "*Carapachay*", "*La tarde*" y "*Visión de ensueño*", pero es en la dramática donde su temperamento había de expresarse plenamente.

El éxito que con "*La rosa blanca*" obtuvo Coronado le hizo entrever la posibilidad de un teatro nativo. En efecto, nuestra vieja tradición dramática, de suyo erudita, y el germen de un teatro popular, hallábanse en aquella época olvidados por el repertorio extranjero, de variada procedencia y diversa índole, que habíase enseñoreado de nuestros escenarios, deleitando a nuestros abuelos e iniciándolos en el gusto por el teatro, pero postergando en verdad el surgimiento de una dramática nacional. Y si otrora hubo actores criollos de la talla de Trinidad Guevara y Juan Casacuberta, en los días de Coronado no había sino compañías extranjeras, fuera de los cuadros gauchescos que dramatizando nuestra formación payadoresca, primitivamente épica, luego novelesca con Gutiérrez y lírica culta con Obligado, creaban vigorosa rama en el tronco de nuestro teatro.

Todos estos antecedentes, considerados por Martín Coronado, a la sazón presidente de la "*Academia Argentina*", de no lejana fundación, hicieron que ésta, a iniciativa de aquél se abocase al estudio del problema del teatro nacional y ofreciese su colaboración práctica a las empresas teatrales "dando a la

escena tres dramas de sus miembros en el espacio de un año" según dice la *Memoria* que Coronado presentó al concluir en 1879 su período presidencial.

El entusiasmo de Martín Coronado por nuestro teatro debió hacer frente a dos tendencias, aunque una y otra antagónicas, opuestas al ensueño del futuro autor de "*La piedra de escándalo*": por una parte el apego de las clases cultas al teatro extranjero, por la otra la preferencia del elemento popular por el teatro gauchesco. A la espera de que actores criollos fueran capaces de poner en escena las obras que compuso después de "*La rosa blanca*", consintió Coronado en que fueran representadas por elencos extranjeros, primero "*Luz de luna y luz de incendio*", drama en verso basado en un episodio de los tiempos de Rosas, que se llamó luego "*Bajo la tiranía*", seguido, en no interrumpida serie que se cerró en 1897, por "*Salvador*", estrenado en 1885; un drama en prosa "*Cortar por lo más delgado*", que la compañía de Mariano Galé llevó a escena en 1893; "*Un soñador*" y "*Justicias de antaño*", en prosa y verso, respectivamente, también representadas por el mismo Galé.

Estas piezas, que integran la primera serie de la producción teatral de Coronado, se caracterizan por el predominio de la cuerda lírica sobre la teatral y de lo español sobre lo americano.

Tras una tregua de seis años reinicia Coronado su tarea de escritor dramático con "*La piedra de escándalo*", obra que, aunque escrita años atrás, no fué dada a conocer hasta que en 1903 la compañía de los hermanos Podestá la representó con éxito extraordinarísimo en el teatro Apolo de Buenos Aires, donde aun hoy una placa recordatoria nos dice del acontecimiento. En esta obra, la primera que escrita por un artista culto presentaba personajes del campo y era representada por cómicos nacionales, aparece un nuevo tipo de gaucho que ha sustituido el clásico chiripá por la bombacha y que, en vez de pasar su vida huyendo de la policía, la dedica a las faenas campestres; un nuevo gaucho ennoblecido por su concepción de la vida y por la inspiración romántica del poeta, que conquistó de inmediato la pública simpatía y el favor de la crítica.

Con "*La piedra de escándalo*", que alcanzó las quinientas representaciones, pese a la sugestión española que en ella flota, sugestión del viejo teatro del siglo de oro o del romántico de Zorrilla, nuestro arte dramático comienza el camino de su emancipación: vase formando el público que había de aplaudir las posteriores creaciones del teatro nacional, se multiplican las compañías autóctonas y brotan los autores nativos.

Tras esta obra afortunada escribió Coronado "*Culpas ajenas*", "*Flor del aire*", "*Tormenta de verano*", "*Parientes pobres*", "*Sebastián*", "*La vanguardia*", "*Vía libre*" y "*El sargento Palma*", en verso las más y dentro siempre de la tendencia romántica, caracterizadas todas ellas por el más cuidadoso respeto de la lengua castellana, que lleva al autor a evitar todo dialectalismo.

En los años postreros de su vida intentó Coronado reeditar con "*La chacra de don Lorenzo*" el éxito de "*La piedra de escándalo*". La nueva obra, en la que reaparecieron el Lorenzo y otros personajes característicos de la anterior, de la que constituye una especie de segunda parte, fué recibida con benevolencia y cerró la carrera teatral de don Martín Coronado, distinguido hombre de letras que merece el título de patriarca de nuestra escena.



JOSÉ DE MATURANA

Entre los autores dramáticos en verso que continuaron la obra de Martín Coronado se destaca José de

Maturana, que nacido en Buenos Aires en el año 1884, se acre-

ditó a los diez y seis de su edad como poeta lírico con su libro de versos intitulado "*Cromos*", al que siguieron "*Poemas de color*" y "*Las fuentes del camino*".

Tras un viaje por Europa, cuyas impresiones reflejó en "*El balcón de la vida*", vuelto a su tierra natal dióse a la inspiración dramática, pero conservándose poeta, pues, a pesar de haberse estrenado con un sainete realista "*¡Qué calor con tanto viento!*", compuso luego poemas de sabor eglógico: "*El campo alegre*", "*La flor del trigo*", "*La flor silvestre*", "*Canción de invierno*" y "*Canción de primavera*", que el público y la crítica acogieron con general beneplácito.

Obras las de Maturana de transición entre el sentimentalismo romántico y el realismo ambiente, carecen de vigor teatral, tanto por su contextura como por sus caracteres. En ellas el poeta se muestra inferior al de las concepciones de orden lírico, pero, con todo, ha de reconocerse que es Maturana dentro de nuestro moderno teatro en verso, el que, después de Coronado, más hizo por él.

LA COMEDIA REALISTA

Así como desde los orígenes de nuestro teatro fué cultivado el drama poético, tuvo también entre nosotros cultores la comedia realista, que llevó a la escena los tipos, costumbres e imágenes característicos de nuestra idiosincrasia y resultantes de la íntima fusión del elemento extranjero o importado con lo nativo o regional.

Ya vimos oportunamente cómo a las representaciones por aficionados del repertorio clásico español en los grandes fastos coloniales, sucedieron las de las compañías contratadas en la península para el escenario de la "*Casa de Comedias*" o del "*Teatro Argentino*", que dejaron luego el puesto a los primeros grandes actores nacidos en el país, como Trinidad Guevara y Juan Casacuberta. Cuando nuestra generosa Carta Magna abre las puertas a la inmigración, numerosas compañías cosmopolitas actúan en nuestros teatros, hasta que hacia 1880 el gusto público vuelve a lo español y los elencos oriundos de la madre patria se enseñorean nuevamente de los escenarios porteños, desprendiéndose de ellos algunos elementos

que van a engrosar las filas de los actores criollos, que ya representan las obras de Coronado, Granada y Sánchez. Asimismo las compañías de género chico españolas incorporan a su repertorio las obras nacionales de Trejo, Soria y García Velloso.

El realismo popular, que se inspira en el ambiente mismo, aparece en nuestra escena con los sainetes *"El amor de la estanciera"* en los años postreros del virreinato y *"Las bodas de Chivico"* en los primeros de la independencia. A partir de estos antecedentes el teatro argentino va reflejando los diversos acontecimientos históricos y políticos y se convierte, por así decirlo, en crónica viva: Las invasiones inglesas inspiran una loa: *"La lealtad más acendrada y Buenos Aires vengada"*; la guerra de Independencia el drama *"La batalla de Tucumán"*; la época plena de ensueño y ansia de progreso de Rivadavia se refleja en *"El destino de Buenos Aires"*; la tiranía da origen a una adaptación por el actor Rosquellas, dedicada a Rosas, de *"El buen gobernador"*; luego, en los días que preceden a Caseros, Pedro Lacasa escribe *"La muerte del loco traidor salvaje unitario Urquiza"*, a la que sigue la violenta *"Huída de don Justo"*, y, posteriormente a la liberación del tirano, Pedro Echagüe compone su *"Rosas"* y Heraclio Fajardo su *"Camila O'Gorman"*.

En la época de la organización nacional son numerosos los títulos de piezas dramáticas; lo que dice del gusto de nuestro público por el teatro; llegamos así, pasando por los sainetes de Nemesio Trejo, las *"Comedias Argentinas"* de Godofredo Daireaux y los innúmeros manuscritos e impresos fechados con posterioridad al año 1900, que se conservan en la Biblioteca Nacional y comprenden obras originales, copias, arreglos y traducciones, a la comedia urbana de Gregorio de Laferrere, la cual, junto con el drama poético de Martín Coronado superó, al decir de ROJAS, "el gauchismo originario por la adopción de otros asuntos argentinos", con cuyo aporte "los Podestá dilataron el horizonte nacional de sus temas, mejorando a la vez la técnica de su arte rudimentario".

GREGORIO DE LAFERRERE



Hijo de padre francés y madre argentina, **Gregorio de Laferrere** nació el 8 de marzo de 1867 en Buenos Aires, donde murió el 30 de noviembre de 1913. Su vida, si bien breve, fué múltiple, pues la consagró alternativa o simultáneamente al periodismo, al parlamento y al teatro, frecuentando ya el club elegante, ya el comité político.

En su primera juventud Laferrere, cuya curiosidad intelectual era grande, pero diversificada, había cultivado, si bien silenciosamente, las letras, ensayando la novela. Luego de un viaje a Europa en 1889, militó activamente en política: diputado provincial bonaerense en 1893 y nacional por dos lustros a partir de 1898, había organizado al disolverse el "*Partido Nacional*", a cuya tradición pertenecía, un "*Partido Nacional Independiente*" y luego una "*Asociación Popular*", uno y otra con fines netamente electorales. Del comité de esta última en la calle Corrientes, donde actuaba como eficaz caudillo, y del aristocrático "*Círculo de Armas*", en el que descollaba como hombre de mundo, impensadamente y ante el asombro de todos y el desdén de algunos, saltó Laferrere al escenario porteño el 30 de mayo de 1904, con su comedia "*Jettatore*", que estrenó Jerónimo Podestá con extraordinario éxito de público y crítica.

Nada nos ilustra mejor acerca de la iniciación teatral de Laferrere que sus mismas palabras: "He escrito para el teatro como he hecho muchas cosas raras en mi vida: por el deseo de conocer algo que no conocía, de experimentar emociones

nuevas; por no aburrirme lo mismo que el día anterior; por halagos de lucha, de investigación, de aventura... ¡Qué sé yo por qué!... Mi primera comedia fué "*Jettatore*". La escribí por humorada, y sin imaginarme que alguna vez sería llevada a las tablas. Resultaría divertido si se pudiera contar el motivo que me indujo a escribirla. Más tarde se me ocurrió, y siempre por espíritu de broma, leérsela a un amigo, el doctor Francisco Beázley — único responsable de mis aventuras teatrales, como lo haré constar en el libro mismo el día que edite "*Jettatore*" — y por su exigencia la envié, con todo género de precauciones al teatro de la Comedia, donde actuaba la compañía de Jerónimo Podestá. Fué llevada por un periodista — cuya reserva, sin embargo, me inspiraba confianza — manifestando que se la remitía un amigo desde el Rosario. Un mes después le devolvieron la obra, con la declaración categórica de que no era representable, que no era teatral. Convencido — lo estaba de antemano — dejé los cuadernos en un rincón. Meses más tarde, la infidencia de otro amigo, Mariano de Vedia, hizo que volviesen al teatro".

En su "*Jettatore*" Laferrere nos presenta caricaturizada la superstición colectiva que atribuye a ciertas personas una influencia nefasta, la cual superstición habíase difundido notablemente en el Buenos Aires de aquellos tiempos y en cuyo apoyo uno de los personajes cita el cuento de Teophile Gauthier, que afirma la existencia de tal flúido magnético. El "*Jettatore*" de la obra de Laferrere es el inocente don Lucas, en torno de quien ocurren mil episodios que se atribuyen a su influencia fatal y hacen que se le aplique el nombre que sirve de título a la comedia.

En 1905 estrenó Laferrere "*Locos de verano*", cuyo epígrafe es el nombre con que en Buenos Aires solía designarse a aquellos que viven pendientes de determinada manía u obsesión, a los que el autor ridiculiza, presentando dentro de una sola familia los más variados tipos: el padre, don Ramón, entregado a la política y los diarios; la madre, doña Rosario, dedicada a la iglesia y las obras piadosas; Tito sueña con las nuevas artes, la fotografía y las fonografía, y Sofía con su álbum de postales y autógrafos, mientras Elena vive esclava de las conveniencias sociales y Arturo del juego. Todos ellos, siempre absortos en su propia idea entretejen los más incoherentes diá-

logos y provocan las más hilarantes escenas en tanto Elena y Lucio, los únicos sensatos, viven la realidad de su mutua simpatía.

"*Bajo la garra*", estrenada en 1907, presenta las fatales consecuencias a que suele llevar en los círculos más distinguidos la maledicencia. De ella son víctimas los jóvenes esposos Elena y Enrique, llevados a un desenlace trágico por la duda que a él atenaceaba hasta enfurecerlo frente a la desesperada protesta de ella. Es ésta la obra, entre las de Laferrere, de más hondura psicológica y vigor dramático.

De 1908 data "*Las de Barranco*", historia grotesca de desenlace dramático, de la familia guaranga: Doña Rosa, viuda del capitán Barranco, vive con sus tres hijas de una exigua pensión, cuya escasez procura remediar con su desvergüenza. La vemos así fomentando la amabilidad de las niñas para con sus festejantes generosos, ante la indignación de una de ellas, la más sensata y digna, que huye para casarse con su novio, lejos de ese ambiente de inconsciencia y mentira. Constituye "*Las de Barranco*" la obra de más cuidada factura de las de Laferrere, cuya nómina completa "*Los invisibles*", estrenada en 1911. El protagonista de esta última, Don Ramón, convencido de la verdad de las teorías espiritistas, las adopta, originando con ello una serie de descabros de toda índole, hasta que la reaparición de un pariente que se hallaba de viaje, al cual en virtud de las prácticas ocultistas daban por muerto, sume a él y los suyos en el mayor de los estupores.

Además de estas cinco comedias escribió Laferrere algunas obras menores: "*El cuarto de hora*", un acto que representó la compañía Guerrero-Díaz de Mendoza, en una de sus temporadas del Odeón, y algunos diálogos: "*El tío*", "*Por teléfono*", y monólogos "*La conciencia*", "*El miedo*", "*La vergüenza*", "*Los caramelos*", además de un entremés "*Dios los crea...*" que reúne los protagonistas de todas sus comedias.

El carácter sobresaliente de Laferrere como comediógrafo es su habilidad en el diálogo y el ágil movimiento que imprime a sus personajes, que llegan a dar, aunque caricaturesca, la impresión de la vida misma. Nada más personal que la manera como escribía Laferrere sus comedias. "Mientras escribo — dice — la primera escena, no tengo idea de cuál será la segunda. Tampoco trato de imaginarla. Será la que determinen

los hechos mismos: los que de acuerdo con aquellos tipos que ya existen para mí, ocurrirían en la vida real. Lo propio sucede con los siguientes respecto de la anterior. Si en el curso del acto entra un nuevo personaje es porque lo veo entrar, lo veo también dentro de un tipo definido y entonces hace lo que necesariamente debe hacer, de acuerdo con su idiosincrasia. La acción se desarrolla así, naturalmente, sin esfuerzo de mi parte, sin inventarla casi, pues los personajes constituyen un pequeño mundo que poco a poco va tomando forma y adquiriendo consistencia. Yo no gobierno a mis muñecos: se gobiernan ellos mismos como mejor lo entienden, dentro de la verdad humana. Es claro que yo estoy de acuerdo con ellos y por eso los interpreto". Ello explica que en sus personajes no llegue nunca Laferrere a crear caracteres humanos, sino simplemente tipos locales, y que sus comedias carezcan de una fábula pasional que les preste íntima unidad a través de sus movidas escenas.

Ha de reconocerse a Laferrere sagacidad en la observación de la vida diaria, que le permitió estilizar ciertos tipos, si bien universales con características locales: el vivo, el guarango, el loco de verano, el botarate. Su lenguaje, copia de las formas orales del castellano de Buenos Aires, huyó tanto del barbarismo como de la grosería plebeya. Tales cualidades hicieron de la comedia de Laferrere una comedia urbana, a la vez que muy argentina, nada exótica para el extranjero, que permitió a nuestro teatro trasponer los límites de la patria y ser comprendido por otros pueblos. Ello es suficiente para conceptuar a Gregorio de Laferrere, dentro de la historia de nuestro teatro, uno de sus valores superiores.

LAS DE BARRANCO

PERSONAJES

DOÑA MARÍA
CARMEN
PEPA
MANUELA
DOÑA ROSARIO

PETRONA
LINARES
ROCAMORA
BARROSO
MORALES

CASTRO
PÉREZ
GENARO
COCINERA
MUCHACHO

ACTO PRIMERO

La escena representa un vestíbulo guarangamente amueblado. Como detalles de rigor: un gran cuadro con el retrato al óleo de un capitán del ejército y otro un poco más chico conteniendo condecoraciones militares:

cordones, medallas, etc., etc. Sobre una mesa hay una gran caja de cartón y delante de ésta se encuentra de pie doña María examinando unas blusas que va sacando del interior de la caja. A pocos pasos, en actitud de espera, un muchacho.

DOÑA MARÍA. (Concluyendo de examinar las blusas) — ¡Qué preciosura! ¡Son una monada! (Mirando al muchacho) Dígame que muchas gracias..., que se las agradecemos muchísimo (Acentuando) Y que Carmen le manda muchos recuerdos. Dígame así. (Haciendo un gesto después que el muchacho saluda y se va por la derecha) Son regularcitas, no más. (Gritando) ¡Carmen! (Volviendo al comentario). Algún saldo que no le servía. (Gritando con más fuerza) ¡Carmen! (A Carmen, que aparece por la izquierda) Mirá... mirá el regalo que te manda Rocamora el del registro. Una blusa para vos y otra para cada una de tus hermanas.

CARMEN. (Frunciendo el ceño) — ¿Blusas?

DOÑA MARÍA. (Sin apercibirse del gesto de Carmen) — Sí. Aquí las tenés. No son feas. Sobre todo la tuya. Mirá. (Levanta en alto una blusa).

CARMEN. (Sin preocuparse de la blusa y con fastidio) — ¡No debía de habérselas recibido!

DOÑA MARÍA. (Entarándose con ella) — Ché, ché, ché... ¿Estás loca? ¿Qué querés decir?...

CARMEN. (Con aflicción) — Pero, ¿usted no sabe, que Rocamora me pretende?

DOÑA MARÍA. — ¡Vaya una novedad! ¿Y qué hay con eso?

CARMEN. — ¿Usted no sabe que le he dicho que no consentiré nunca en casarme con él?

DOÑA MARÍA. — Sí... y demasiado bueno es el pobre que todavía te hace regalos. ¡Razón de más para agradecérselos, me parece! ¿O es que querés prohibirle ahora que sea generoso si quiere serlo? ¡Es lo único que faltaba!

CARMEN. (Con soberbia) — ¡Sí, mamá!... ¡Que se guarde sus generosidades porque yo no las necesito!

DOÑA MARÍA. — ¿Qué no las necesitás? (La mira un momento y después desdeñosamente) ¡No me hagás reír, infeliz! Pero, decime, ¿qué es lo que te has creído?... ¿qué te imaginás que sos? ¿No comprendés, acaso, que en nuestra situación necesitamos de todo el mundo?... ¿que es preciso vivir?... ¿que los ciento cincuenta miserables pesos que nos da de pensión el gobierno no alcanzan para nada?... ¿A qué vienen esos aires, entonces? ¿A quién vas a engañar con eso?

CARMEN. (Con abatimiento) — ¡Si yo no pretendo engañar, mamá!...

DOÑA MARÍA. (Con irritación) — ¡Explicáte! ¡Explicáte, entonces! (Brusca transición, con sincera alarma) ¡O qué!... ¿Te ha faltado, acaso?

CARMEN. (Con altanería) — ¡Faltarme!!

DOÑA MARÍA. (Con naturalidad) — ¡Y entonces!...

CARMEN. (Con amargura) — ¡Pero si sabe que no lo puedo ver! ¡Si lo sabe! ¡Y precisamente por eso es que se empeña!... como si quisiera

someterme, obligarme. (*Con arranque*) ¡Eso es lo que no puedo soportar, mama!

DOÑA MARÍA. (*Con indiferencia*) — ¡Bah! ¡No seas zonza! ¡Con recibirle los regalos y ponerle buena cara estás del otro lado! Nadie te pide otra cosa. ¡Una sonrisa a tiempo y se acabó!

CARMEN. (*Con angustia*) — ¡Pero si precisamente es lo que no puedo! No lo hago por él. ¡Lo hago por mí! En cada uno de esos regalos veo el pago anticipado de esa sonrisa que me pretende arrancar... y me subleva tanto, me da tanta rabia y tanta vergüenza, ¡que siento ganar de tirarle por la cara la porquería que me trae! (*Con un gesto de rabia*) ¡Ah!... ¡la sola idea de que pueda creerlo! (*Cambiando bruscamente de tono y con desaliento*) ¡Pero, ya sé, mama, que usted no me entiende!

DOÑA MARÍA. (*Con acento reconcentrado y mucha amargura*) — Te equivocás... te equivocás... ¡pretenciosa ridícula!... ¡Demasiado que te entiendo!... Lo que tiene que tengo un poco más de mundo que vos... y conozco mejor la vida... ¡Ya lo creo que te entiendo!... ¡Sos el retrato de tu pobre padre!... (*Mira al óleo del capitán*) ¡Así era él también!... ¡y así le fué! Tenía tus mismas ridiculeces y se le llenaba la boca con las mismas pavadas... (*Ahuercando la voz*) ¡El capitán Barranco no se vende!... ¡el capitán Barranco no se humilla!... ¡el capitán Barranco cumplirá con su deber!... (*Volviendo a la voz natural y con acento despreciativo*)... y el capitán Barranco, entre miserias y privaciones... terminó en un hospital... porque no habían en su casa recursos para atenderlo... ¡Eso es lo que sacó el capitán Barranco con sus delicadezas!... (*Exaltándose y con acento duro*) Pero la viuda del capitán Barranco es otra cosa... ¡entendolo bien! No vive de ilusiones... Sabe que tiene tres hijas que mantener... ¡tres zánganas!... ¡a cual más inútil!... que se lo pasan preocupadas de moños y composturas... mientras la pobre madre tiene que buscarse como Dios le ayude el zoquete diario que han de llevarse a la boca para no morir de hambre!... ¡Por eso también, la viuda del capitán Barranco sabe lo que tiene que hacer!... (*Con tono imperativo y lleno de amenaza*) Y ahora... lleve adentro esas blusas y ¡cuidado! que cuando venga Rocamora no le dé usted las gracias con toda amabilidad!... (*Carmen, en silencio, se dirige sumisamente hacia el sitio donde se encuentra la caja de las blusas y en ese momento golpean las manos hacia la derecha*) Andá a ver primero quien golpea las manos... (*En otro tono, después de echar una ojeada por el suelo, que está lleno de papeles cortados y mientras Carmen vase por la derecha*) Pero, ¡miren cómo han puesto el suelo de papeles!... (*Empieza a levantar papeles*) ¡Si no digo!... ¡Esas haraganas no sirven para nada!... (*Gritando*) ¡Manuela!... (*Aproximándose hacia la izquierda y en voz alta hacia el exterior*) ¡Manuela!

VOZ DE MANUELA. (*Desde el interior*) — ¡Qué quiere?

DOÑA MARÍA. — Vení para acá... (*Sigue recogiendo papeles*) ...vení a ver como está esto.

VOZ DE MANUELA. — No puedo... me estoy haciendo los rulos...

DOÑA MARÍA. (*Gritándole, mientras sigue en la tarea de recoger papeles*) — ¡Yo te voy a dar rulos, sinvergüenza!... ¡dejá no más! (*En otro tono, leyendo la inscripción de un trozo de papel que recoge del suelo*) Se alquila... con h... ¡Para qué les habrá servido la escuela a estas inservibles!... (*Leyendo rápidamente la inscripción de otro papel*) ¡Otra!... pieza con z... (*Como dudando*) con z... con z... (*Resolviendo el caso*) ¡Qué barbaridad!... ¡Parece mentira!... (*Interrumpiendo bruscamente la tarea para aproximarse de nuevo a la izquierda y gritando*) Decime... ¿le prendieron el cabo de vela a San Antonio?

VOZ DE MANUELA. — No sé... yo le dije a Pepa... (*Gritando*) ¡Pepa! ¡te llama mama!...

(*Aparece por la derecha doña Rosario saludando con la cabeza y prece-dida de Carmen*).

CARMEN. — Mama... esta señora viene por la pieza desalquilada...

DOÑA MARÍA. (*Muy amable*) — Pase adelante, señora... pase adelante... (*Tira a un lado una pelota de papel que ha ido formando con los pedazos recogidos del suelo*).

DOÑA ROSARIO. — Sí, señora... como vi papel en el balcón...

VOZ DE MANUELA. (*En el interior*) — ¡¡Pepa!!...

DOÑA MARÍA. — Sí... sí... tome usted asiento... (*Le señala una silla*).

DOÑA ROSARIO. (*Sentándose*) — Pero me dice esta señorita que la pieza es muy chica...

DOÑA MARÍA. — ¿Chica?... ¡que ha de ser chica, señora!... (*Dirige una mirada furibunda a Carmen*)... Es una pieza muy decente... ya lo verá usted... (*A Carmen*) Andá, abríla... que en seguida vamos nosotras...

VOZ DE MANUELA. (*Mientras Carmen vase por el foro*) — ¡Pepa!... ¡te digo que te llama mama!...

DOÑA MARÍA. (*A doña Rosario*) — Pues, ayer precisamente quedé desocupada... ¡Oh!... estoy segura que le va a gustar mucho...

VOZ DE MANUELA. — ¡Bueno, a mí qué me importa!... ¡yo te digo lo que dice ella!...

DOÑA MARÍA. (*Después de dirigir una mirada de inquietud hacia la izquierda y con cierta nerviosidad*) — Durante mucho tiempo ha vivido la viuda de un coronel... ¡Como ésta es una casa tan tranquila!... No tengo sino otro inquilino... un estudiante de las provincias...

VOZ DE MANUELA. (*Levantando el diapasón*) — Más zonza serás vos... ¿entendés?...

DOÑA MARÍA. (*Apresuradamente y muy nerviosa*) — Estudiante de medicina... ¿Sabe?... De medicina...

VOZ DE MANUELA. — ¡La idiota sos vos!... ¿Qué te has creído?

DOÑA MARÍA. (*Con tono de reconvencción, en alta voz y mirando hacia la izquierda*) — ¡Manuela!

VOZ DE PEPA. (*Más lejana que la de Manuela*) — ¿A que no me lo repetís?

DOÑA MARÍA. (*Levantando más la voz*) — ¡¡Niñas!!...

VOZ DE PEPA. (Con el mismo diapasón que la de Manuela) — ¡Guarranga!...

VOZ DE MANUELA. — ¡Estúpida! (Se produce una gritería en la que las dos voces se insultan).

DOÑA MARÍA. (Sofocada) — Discúlpeme usted... (Dirigiéndose precipitadamente hacia la izquierda) ¡Niñas!... ¡niñas!...

PEPA. (Apareciendo bruscamente, por la izquierda y con la cara descompuesta). — ¡Es cierto que usted me llama?... (Se detiene sorprendida al encontrarse con doña Rosario).

DOÑA MARÍA. (Con voz contenida por la ira) — Esta señora viene a alquilar la pieza... (Señala a doña Rosario).

PEPA. (A doña Rosario y tratando de sonreír) — Perdone, señora... ¡estábamos jugando!

MANUELA. (Apareciendo a su vez por la izquierda, muy sofocada y con la cabeza llena de papelitos) — ¡Mentira! mama... ¡ha sido ella!... (Se detiene confusa).

CARMEN. (Apareciendo por el foro) — Ya está abierta la pieza... pueden pasar...

DOÑA MARÍA. (A doña Rosario, con voz apagada y señalando a Manuela, Pepa y Carmen) — Son mis tres hijas... (En otro tono) ¡Quiere que pasemos?... (Le indica el foro).

DOÑA ROSARIO. — Vamos, señora... (Se dirigen ambas hacia el foro y Manuela, Pepa y Carmen las miran salir en silencio. Antes de desaparecer doña María y sin que doña Rosario se aperciba hace señas de amenaza a Manuela y Pepa).

PEPA. (A Manuela) — Ahí tenés lo que has sacado... ¿ves?...

MANUELA. (Encogiéndose de hombros) — ¡Oh!... ¿y acaso tengo yo la culpa?... ¿por que no viniste cuando te llamé?

CARMEN. — ¡Qué ha sucedido?

PEPA. — Esta guaranga que se puso a gritar... haciendo un escándalo que ha oído esa vieja...

CARMEN. (Con tristeza) — ¡Ustedes siempre lo mismo!... (Mientras se adelanta unos pasos hacia la derecha). ¿Cuándo acabarán estas cosas?

PEPA. (Con acritud) — ¡Adiós!... ¡ya salió la otra!... (Avanzando hacia Carmen y con visible irritación) Pero, decime... ¿qué es lo que te has figurado?... ¡cualquiera diría que te crees mejor que las demás! (Carmen, sin responder, hace un movimiento de hombros).

MANUELA. (A Pepa, tomándola del brazo) — ¡Déjala, mujer!... ¡Si es una romántica!

PEPA. (Resistiéndose y con aire provocativo) — ¡No... es que ya estoy hasta aquí... (Se pasa un dedo por la frente) ...de las pavadas de ésta!

MANUELA. (Tironeándola del brazo) — Bueno... déjala... no hay que hacerle caso...

PEPA. (Sin cejar y con acento despreciativo) — ¿Qué se habrá creído esta infeliz?... (Mira a Carmen de arriba a abajo).

MANUELA. (Soltando bruscamente el brazo de Pepa y separándose de

ella unos pasos para examinarle los botines que lleva puestos) —

Che... che... che... ¿y esos botines? *Botines?*

PEPA. (*Encarándose con Manuela*) — ¿Qué te importa? *11*

MANUELA. — ¿Cómo qué me importa?... ¡Ya te he dicho que no quiero que te pongás mis botines!...

PEPA. (*Dirigiéndose a salir por la izquierda*) — ¡Oh!... ¡no seas zonzal!

MANUELA. (*Exasperada y siguiéndola*) — ¡Es que te los vas a sacar!

PEPA. (*Dándose vuelta antes de salir y con mucha irritación*) — Mirá, ¿eh?... ¡no me vengás con cuestiones!... (*Vase*).

MANUELA. (*Saliendo detrás de Pepa*) — ¡Te digo que me des los botines!... ¡dame los botines!... (*Siguen las voces hasta perderse*). (*Morales ha aparecido un momento antes por el foro y deteniéndose en la puerta ha oído las últimas palabras de la escena anterior*).

MORALES. (*Riendo*) — ¡Lo de siempre!... (*Se adelanta*).

CARMEN. (*Sonriendo*) — ¡Qué quiere usted!... ¡No pueden vivir sin pelear! (*En otro tono*) ¡Ya se va al hospital!

MORALES. (*Mirando al reloj*) — Sí... a las tres tengo clase... (*Transición*) ¿Quién es esa señora que está en el fondo con su mamá?

CARMEN. (*Sonriendo*) — Una futura vecina suya...

MORALES. (*Con cómica sorpresa*) — ¿Viene a alquilar la otra pieza?

CARMEN. — Así parece...

MORALES. (*Riendo*) — ¡Pues la felicito!... (*Ambos rien. Transición*)

Y qué milagro... ¿No ha venido nadie?

CARMEN. — Nadie... ¿Por qué?

MORALES. (*Con intención*) — ¡Como al Rocamora ése lo veo con tanta frecuencia!...

CARMEN. (*Haciendo un gesto de indiferencia*) — ¡Ah!... (*Deja de reír*).

MORALES. — Y anteanoche había otro nuevo... Me dijeron que se llama Barroso... ¿no?

CARMEN. — Sí... es un dentista de aquí, de la esquina...

MORALES. (*Con acento reconcentrado y después de mirarla un instante en silencio*) — ¡Ah! ¡Carmen!... (*Se adelanta hacia ella*).

CARMEN. (*Vivamente*) — ¡Por favor, Morales! no empecemos... ya sabe lo convenido... Si hemos de ser amigos... (*Con amargura*)... ¡no me mortifique usted también!...

MORALES. (*Apresuradamente y con pena*) — Sí... sí... me callo... (*En otro tono y sacando del bolsillo un sobre del que toma un papeletito*) Aquí le he traído el palco... no encontré bajo, pero es adelante... (*Le extiende el billete*).

CARMEN. (*Con sorpresa y sin tomar el billete*) — ¿Palco?... ¿Qué palco?...

MORALES. — Pero... el que me pidió su mamá en nombre suyo...

CARMEN. (*Frunciendo el ceño*) — Yo no le he pedido nada, Morales...

MORALES. (*Sorprendido*) — ¡Pero si me dijo la señora que usted deseaba ir al teatro... ¡y quería que yo le consiguiera localidad!

CARMEN. (*Con dureza*) — Es mentira, Morales.

MORALES. — ¿Mentira?

CARMEN. (*Con irritación*) — ¡Sí!... mentira... ¡la eterna mentira que ya me tiene enferma! Son cosas de mi madre... Yo no le he pedido a usted nada... ¡llévase ese palco!

MORALES. (*Sorprendido*) — Bueno, Carmen, bueno... ¡no es para tanto!... además tenga en cuenta que yo...

CARMEN. (*Interrumpiendo y reaccionando*) — ¡Discúlpeme!... (*En tono de súplica*) pero, ¡yo se lo ruego!... ¡Entiéndame usted bien!... ¡no quiero que me traiga usted nunca nada!... (*Levantando la voz*) ...y aunque se lo digan... ¿oye?... ¡aunque se lo digan, no lo crea!... (*Exaltándose*) ¡porque si mi madre y mis hermanas!... (*Deteniéndose y con desaliento*) ...pero... (*Haciendo un gesto de abatimiento y resignación*) ¡al fin es mi madre y son mis hermanas!... (*Con voz apagada*) No hablemos más, Morales...

MORALES. (*Con gravedad y mirándola fijamente*) — Sí, Carmen, sí... lo comprendo...

CARMEN. (*Exaltándose de nuevo*) — ¡Qué hagan lo que quieran!... ¡pero por lo menos que me dejen a mí!... ¡que no me mezclen a mí! (*Con desesperación*) ¡Yo no quiero!... ¡yo no puedo!...

MORALES. — Cállese... no me perdono haberle causado esta contrariedad...

CARMEN. (*Exaltada*) — ¡Es que es de todos los días!... ¡a cada rato!... ¡usted lo sabe!... ¡es con todos!... con todos los que vienen a esta casa. ¡Y siempre soy yo el precio!... ¡siempre!... ¡Ah!... ¡si supieran el efecto que me hacen estas cosas!... ¡Si supieran cómo me duelen!... ¡cómo me lastiman!... ¡todo lo que sufro!... (*Doña María y doña Rosario aparecen por el foro discutiendo*).

DOÑA ROSARIO. — Imposible, señora... imposible... ¿para qué?

DOÑA MARÍA. (*Agriamente*) — ¡Pues, no sé dónde va a encontrar mejor... ni más barata!

DOÑA ROSARIO. — Eso es cuestión mía, señora... adiós... (*Se dirige hacia la derecha, haciendo un saludo con la cabeza a Carmen y a Morales*).

DOÑA MARÍA. (*Gritándole rabiosa*) — ¡Alquile la plaza Victoria... y así tendrá jardín!...

DOÑA ROSARIO. (*Dándose vuelta antes de salir*) — ¡Y usted a su pieza póngale unos palitos y le resultará pajarera!... (*Desaparece por la derecha*).

DOÑA MARÍA. (*Avanzando, rabiosa, a gritos*) — ¡Con usted adentro como lechuzas! (*Después de asomarse hacia el exterior*) ¡Miren la facha! (*A Carmen con irritación*) En seguida das vuelta a San Antonio del lado de la pared... ¡Bonitos inquilinos los que trae!...

CARMEN. (*Observando*) — Pero, mama...

DOÑA MARÍA. (*Encarándose con ella y remedándole la voz*) — Mama... mama... (*Volviendo a su voz natural y rabiosa*) Ahí tenés lo que sacás... ¿ves?... ¿Por qué le dijiste que la pieza era chica?

CARMEN. — ¡Pero, si de todos modos iba a verla!... ¿O usted cree que no la alquila por lo que yo le dije?

DOÑA MARÍA. (*Rabiosa*) — Pero ¿qué necesidad tenías de decírselo?

CARMEN. (*Sonriendo*) — ¿Y para qué mentir, mama?

DOÑA MARÍA. (*Exasperada*) — ¡Idiota!... ¡ni siquiera servís para eso!... (*Dejando a Carmen y encarándose con Morales*) ¡Y usted, por supuesto, se olvidó de mi encargo?... ¡cuando no!

MORALES. (*Sonriendo*) — No, señora... aquí lo tengo... (*Saca del bolsillo del chaleco el boleto del palco*) ...pero... (*Mirando a Carmen*) ...Carmen no lo quiere...

DOÑA MARÍA. (*Dirigiendo una mirada furibunda a Carmen*) — ¿Que no lo quiere?... (*Aproximándose bruscamente a Morales*) ¡Traiga para acá, hombre!... (*Le saca el boleto de las manos*) ¡Si se está muriendo de ganas!... (*Mira, indignada, a Carmen*) ...¡es de puro remilgada que es!... ¡usted no la conoce!...

CARMEN. (*Con arranque*) — No diga eso, mama, porque yo...

DOÑA MARÍA. (*Con furia e interrumpiéndola*) — ¡Usted... usted... se calla la boca!... (*Mira fijamente a Carmen que intimidada, guarda silencio y baja los ojos. Después de convencerse de que Carmen la obedece, dirigiéndose a Morales y en tono desdeñoso*) Desde anoche no hace más que hablar del palco... (*Mirando a Carmen con desprecio*) ¡Y quién la ve después!... (*Gravemente, a Morales, y mientras guarda en el bolsillo el billete del palco*) Muchas gracias, Morales.

MORALES. (*Mirando el reloj*) — Me voy... (*Afectuosamente al pasar por delante de Carmen mientras se dirige a salir por la derecha*) Hasta luego, Carmen.

CARMEN. — Hasta luego, Morales.

DOÑA MARÍA. (*Gritándole a Morales antes de que salga*) — ¿Va para el hospital?

MORALES. (*Deteniéndose*) — Sí, señora...

DOÑA MARÍA. (*Amablemente*) — Entonces... si llega a ir la mujer de las empanadas... ¡a ver si se trae unas empanaditas, pues!

MORALES. (*Sonriendo*) — ¡Cómo no! (*Desaparece por la derecha*).

DOÑA MARÍA. (*Duramente a Carmen después de quedar solas*) — ¿Conque ya le habías dicho que no?... (*Desdeñosa*) ¡Ah! ¡infeliz!... (*Secamente*) Llévate esas blusas para adentro y mostráselas a tus hermanas... (*Carmen, en silencio, se acerca a tomar las cajas de las blusas*).

(*Manuela entra corriendo por la izquierda y sale en igual forma por la derecha*).

MANUELA. (*Al pasar*) — ¡¡Ahí está!!...

DOÑA MARÍA. (*Mirándola salir*) — ¡Oh!... ¿y ésta?

CARMEN. (*Mientras se dirige a salir por la izquierda con la caja de las blusas*) — Debe ser el rubio flaco... a quien habrá visto desde el balcón...

DOÑA MARÍA. — ¿Qué rubio flaco?

CARMEN. (*Deteniéndose un momento*) — Ese que se para siempre en la esquina... y que desde hace unas cuantas tardes había desaparecido... (*Con firmeza*) Usted debía prohibirles eso... ¡es un escándalo! (*Vase por la izquierda*).

DOÑA MARÍA. (*Con fastidio*) — ¡Ah!... ¡el de los pantalones cortos!

(Mientras empieza de nuevo a recoger papeles del suelo) ¡Mire que perder el tiempo con semejantes tipos!... (Con pena) Y que todos los de Manuela sean iguales... ¡qué desgracia de muchacha!

MANUELA. (Entrando por la derecha y riendo con fuerza) — ¡Qué casualidad!... el flaco que tiraba la carta a la escalera... (Muestra una carta que trae en la mano) ...y Morales que bajaba... ¡No tuvo más remedio que alcanzármela!

DOÑA MARÍA. (Muy seria) — ¡Hum!... ¡ya no me está gustando mucho el flaco ése!... ¡Qué es lo que quiere?... si sólo lo hacés por entretenerme nada tengo que decir... pero que no se vaya acercando demasiado... ¡yo no quiero atorrantes en mi casa!

MANUELA. (Riendo) — No, mama... ¡si ni piensa venir!

DOÑA MARÍA. (Dignamente) — Y cuidadito con contestarle las cartas... ¿eh?

MANUELA. (Escandalizada y en tono de reproche) — ¡Pero, mama, por Dios!... ¿Cómo se le ocurre que le voy a escribir? (Con naturalidad)... le contesto por señas desde el balcón.

DOÑA MARÍA. (Natural) — Y eso mismo... que no sea cuando pase mucha gente... (Oyendo golpear las manos hacia la derecha) — A ver, a ver... ahí golpean las manos... debe ser un inquilino... (Mientras Manuela vase por la derecha) ¡Seguro!... ¡Si ya se sabe! ¡Castigándolo San Antonio no falla!... (Se asoma por el foro la cocinera, con una cacerola en la mano).

COCINERA. — Señora, no hay...

DOÑA MARÍA. (Interrumpiéndola, indignada) — Mándese mudar... ¡atrevida!... ¿quién le pregunta si hay o no hay? ¡A la cocina. (La cocinera desaparece).

MANUELA. (Entrando por la derecha, con un ramo de flores en la mano) — Es un ramo que manda el dentista para Carmen...

DOÑA MARÍA. — ¿Qué dentista?

MANUELA. — Barroso... el de la esquina... (Doña María la mira como si no comprendiese) ¡Ese tipo que se lo pasa en la azotea mirando con anteojo!

DOÑA MARÍA. — ¡Ah!... (Con fastidio) ¡Si será zonzó!... ¡Mire que venirse tan luego con ramos!... Si fuese algo que sirviera. (Imperativa) A ver... trae para acá... (Toma el ramo, lo examina, y después de una pausa bruscamente) Decile a la cocinera que se lo lleve a la mujer del boticario y le diga de mi parte que los cumpla muy felices.

MANUELA. (Sorprendida y tomando el ramo) — ¡Ah!... ¿es el santo?... ¿y usted, cómo lo sabe?

DOÑA MARÍA. — ¡Qué sé yo si es o no es! Pero, aparentando creerlo tendrá que quedar agradecida... y puede que mande algo... (Manuela sale corriendo con el ramo por el foro).

(Entra Pepa furiosa por la izquierda, trayendo una blusa en la mano).

PEPA. (Con voz temblorosa por la rabia) — ¿Y por qué han de elegirme la más fea para mí?... (Agita la blusa con furor).

- DOÑA MARÍA. — Che... che... che... ¡dejate de historias!... eso se lo decís a Rocamora, si querés... cada una traía el nombre escrito...
- MANUELA. (*Que ha entrado por el foro, aproximándose a Pepa y examinando la blusa*) — ¿Qué es esto?... ¿qué es?
- PEPA. (*Estrujando la blusa*) — ¡Pero si es horrible!... ¡horrible!... (*Entra la cocinera por el foro con el ramo en la mano y sale por la derecha*).
- DOÑA MARÍA. (*A Manuela*) — Ahí hay otra para vos...
- MANUELA. (*Encantada*) — ¿Para mí?... ¡para mí también!... (*Sale corriendo por la izquierda*).
- DOÑA MARÍA. (*A Pepa*) — ¿Qué estás haciendo?... ¡Las vas a romper!... (*Le quita la blusa de las manos*).
- PEPA. (*Exasperada*) — ¡Que se rompa!... ¡qué me importa!... (*Golpeando rabiosa el suelo con el pie*) ¡Me las va a pagar!... ¡Oh!... ¡Me las va a pagar! (*Se oye golpear las manos a la derecha*).
- DOÑA MARÍA. (*Con autoridad*) — ¡Bueno... bueno... basta... ¡Ve quién golpea las manos... A ver... pronto!
- PEPA. (*Siempre enfurecida y besándose los dedos en cruz mientras se dirige hacia la derecha*) — ¡Por éstas que me las va a pagar!... (*Deteniéndose antes de salir y con acritud*) ¡Ah!... y déjese de viejas... ¿eh?... ¡La pieza hay que alquilarla a algún mozo bien!... (*Vase por la derecha*).
- MANUELA. (*Apareciendo muy risueña, por la izquierda, con la blusa puesta y a tiempo de oír las últimas palabras de Pepa*) — ¿Un inquilino?
- DOÑA MARÍA. — Debe ser...
- MANUELA. (*Mostrando la blusa que trae puesta*) — ¿Qué tal me queda?... (*Se contonea*).
- DOÑA MARÍA. — A ver... acercate... (*Después de examinarle un momento la blusa tocándosela en distintas partes*) Aquí podrías ponerle un...
- PEPA. (*Entrando bruscamente por la derecha, para salir en igual forma por el foro*) — Vienen a cobrar el alquiler. (*Desaparece*).
- MANUELA. (*Siguiéndola apresuradamente*) — ¡Lindo inquilino!
- DOÑA MARÍA. (*Enfurecida*) — ¡¡Manuela!... (*Manuela se detiene*) Lo encerrás a San Antonio... ¡ya sabés dónde!... (*Encrespándose y al público, mientras Manuela desaparece por el foro*) ¡Yo le voy a enseñar a hacer milagros aunque no quiera!... (*Asomándose por la derecha*) Adelante...
- (*Aparece Castro por la derecha, con una valija en la mano*).
- DOÑA MARÍA. (*Con mucha amabilidad*) — Entre... Entre... ¿Cómo le va?
- CASTRO. (*Secamente*) — Aquí traigo los recibos... (*Abre la valija y va a sacar algo de ella*).
- DOÑA MARÍA. (*Sonriendo con mucha amabilidad*) — ¡Ah!... ¿los recibos? Bueno... mire... no los saque... de todos modos hasta la semana que viene no se los voy a poder pagar... (*Señalándole una silla*) Siéntese...

CASTRO. (*Secamente y quedándose de pie*) — Muchas gracias... Pero le prevengo que no voy a poder esperar más... Hace un mes que he recibido orden de demandarla.

DOÑA MARÍA. (*Insinuante*) — ¡Bah!... ¡si es cuestión de unos días!... Le prometo que para la semana que viene sin falta...

CASTRO. (*Meneando la cabeza*) — ¡Siempre me dice usted lo mismo! Se van a juntar tres recibos y es para mí una gran responsabilidad.

DOÑA MARÍA. (*Con el mismo tono de antes*) — ¡Pero hombre!... ¡quien ha esperado lo más, espera lo menos!...

CASTRO. — ¡No!... lo siento mucho... pero hoy mismo iniciaré la demanda... (*Hace ademán de retirarse*).

DOÑA MARÍA. (*Alarmada*) — ¡No hará usted eso!... ¡no puede ser!... ¡sería una mala acción de su parte!... (*Gritando*) ¡Carmen... Carmen...!

CASTRO. (*Menos resuelto*) — ¡Si no tengo otro remedio!

DOÑA MARÍA. (*Con convicción*) — ¡No!... ¡qué esperanza!... ¡eso no lo hace un amigo como usted!... (*Gritando más fuerte*) ¡Carmen!

CARMEN. (*Apareciendo por la izquierda*) — ¿Qué hay?

DOÑA MARÍA. (*Sonriendo*) — Mira... mira quién está aquí... (*Señala a Castro*).

CARMEN. (*Sin entusiasmo*) — ¡Ah!... ¿Cómo le va?

CASTRO. (*Adelantándose a darle la mano y con amabilidad*) — Muy bien señorita... ¿y a usted?

DOÑA MARÍA. (*Con aire socarrón*) — ¿Qué te parece?... Este señor quiere echarnos a la calle... ¡así son los amigos! (*Carmen permanece impassible*).

CASTRO. (*Confuso*) — ¡Señora!... yo no hago sino lo que me mandan!...

DOÑA MARÍA. (*Intencionada*) — ¡Cállese, hombre!... ¡si al fin no se trata sino de unos cuantos días!... ¡de puro malo no más!... (*Con sorna*) Pero, siéntese... ¡supongo que no pretenderá crecer!... *Dándose vuelta hacia Carmen y en tono amenazador, mientras Castro se vuelve para tomar una silla*) ¡O le ponés otra cara o me la pagás después! (*Castro se sienta y doña María y Carmen hacen lo mismo*).

CASTRO. (*Dulcificado*) — Si por mí fuera, sería otra cosa... pero...

DOÑA MARÍA. (*A Carmen, muy insinuante*) — Pero... decile... decile a ese hombre para que se convenza... nada más que una semana... ¡me parece que no es una cosa del otro mundo!... (*Dirigiendo una mirada amenazadora a Carmen y marcando las palabras al ver que ésta no dice nada*) Con ese dinero que vamos a recibir... todo quedará arreglado...

CARMEN. (*Con tono un tanto vacilante*) — ¿No podría usted esperarnos una semana?

CASTRO. (*Indeciso*) — ¿Una semana?...

CARMEN. — Sí.

CASTRO. — Si fuera algo seguro....

DOÑA MARÍA. (*Vivamente*) — Pero... ¡ya lo creo... (*A Carmen, con calor*) ¡Decile... decile... vos sabés muy bien!...

CARMEN. (*Con voz apagada que quiere ser firme*) — Sí, señor... es seguro...

CASTRO. (*Vacilante*) — Bueno... si usted cree...

CARMEN. — Sí, señor, sí...

CASTRO. (*Decidiéndose*) — Bien... esperaré...

DOÑA MARÍA. (*Triunfante*) — ¡Ya decía yo!... ¡no podía ser de otro modo!... (*En tono de amable reproche, a Castro*) ¡Las ocurrencias tuyas!... ¡parece mentira!

CASTRO. (*Defendiéndose*) — Pero, señora... es que...

DOÑA MARÍA. (*Interrumpiéndole*) — Bueno, hombre, bueno... no hablemos más... esto ya está arreglado y hasta olvidado...

CASTRO. (*Con alarma*) — ¿Cómo, olvidarlo?...

DOÑA MARÍA. (*Con precipitación*) — Bueno... arreglado... lo mismo es... ¿Quiere tomar un mate? (*Entra la cocinera por la derecha y sale por el foro*).

CASTRO. — No... muchas gracias... no tomo mate...

DOÑA MARÍA. — Pues otra cosa no puedo ofrecerle... ¡Ésta es casa de pobres! (*A Carmen, indicándole la corbata de Castro*) ¡Mirá, Carmen, qué bonita corbata... ¡como la que vos querías!

CASTRO. (*Sorprendido y tocándose la corbata*) — ¿Ésta?

DOÑA MARÍA. — ¡Es preciosa!... Carmen está desde hace tiempo deseando una corbata así... y no puede encontrarla en ninguna parte... ¡Mire que ha andado esta muchacha!

CASTRO. (*Sonriendo*) — Pues es muy fácil... (*A Carmen*) Si usted quiere se la enviaré... es nueva...

CARMEN. (*Vivamente*) — No, señor, no...

DOÑA MARÍA. (*Intencionada*) — ¡Bah!... ¿Y por qué no, zonza?... ¿Qué puede importarle a él una corbata?... Si fuera algo de valor... (*A Castro*) Mándesela no más...

CASTRO. (*Apresuradamente*) — ¡Cómo no!... Con mucho gusto...

CARMEN. (*Impaciente*) — Le he dicho que no..., señor...

DOÑA MARÍA. (*Riendo forzosamente*) — ¡Pero qué tonta!... (*A Castro*) No le haga caso y mándesela...

CARMEN. (*Poniéndose bruscamente de pie y con violencia*) — ¡Y yo le repito que no me mande nada!... (*Vase por la izquierda haciendo un gesto de desesperación*).

CASTRO. (*Sorprendido y poniéndose también de pie*) — ¡Pero, señorita Carmen!... (*Hace ademán de seguirla*).

DOÑA MARÍA. (*Con naturalidad*) — ¡Deje, hombre... no vale la pena! ¿Se va a preocupar ahora por semejante pavada?... Con mándarsela no más.

CASTRO. (*Confuso y sin saber qué hacer*) — Es que no quisiera que... (*Mira a la izquierda*).

(*Aparece por el foro Manuela que viene corriendo*).

MANUELA. (*Sorprendiéndose al encontrar todavía a Castro*) — ¡Ah!... (*Se queda cortada*).

DOÑA MARÍA. (*Sonriendo*) — Aquí tiene otra de mis hijas...

CASTRO. (*Distraídamente*) — Sí... sí... la conozco... (*Dirige una ojea-*

da a la izquierda.) — Bueno, señora, hasta la semana que viene, entonces... (Le da la mano).

DOÑA MARÍA. — Adiós...

CASTRO. (*Suplicante*) — Y que no sea como siempre... ¿eh?

DOÑA MARÍA. (*Con aplomo*) — Vaya tranquilo...

CASTRO. (*Dándole la mano a Manuela*) — Adiós, señorita... (Se dirige hacia el foro).

MANUELA. — Que le vaya bien... (Le saca la lengua, mientras Castro desaparece por la derecha).

DOÑA MARÍA. (*Acompañando a Castro y gritando hacia el exterior*) — ¡Que le vaya bien!... ¡Que le vaya bien... (A Manuela, con naturalidad) — Ya podés sacar a San Antonio... ¡no te decía!... Si es hijo del rigor. (Se ríe).

MANUELA. (*Vivamente*) — No... déjelo otro ratito... yo también le he pedido una cosa.

DOÑA MARÍA. (*Muy seria*) — No, che... no hay que abusar... sacalo no más...

MANUELA. (*Pesarosa*) — ¡Qué lástima!...

DOÑA MARÍA. — ¿Dónde anda Pepa?

MANUELA. (*Vivamente*) — ¡Ah! Eso venía a avisarle... ¡Es una bruta!... Me ha tirado con una maceta... ¡mire... (Le muestra el hombro, donde tiene restos de tierra).

DOÑA MARÍA. (*Con ansiedad*) — ¿Y la ha roto?

MANUELA. — No... si era uno de los tarritos de lata... (*Con hipocresía*) ¡Fíjese que porque le dije que le pidiera a San Antonio un novio!... ¡Qué bárbara!... (Se limpia el hombro).

DOÑA MARÍA. — Y, ¿para qué le hablás de novios?... Ya sabés que la pobre se exaspera...

MANUELA. (*Con hipocresía*) — La verdad... ¿eh?... mire que no haber tenido nunca a nadie que le diga nada... ¡parece mentira! (Se ríe con malicia).

DOÑA MARÍA. (*Con desdén*) — Sí... ¡por bonitos que son los tuyos!... ¡Como para hablar! (*Aparece Petrona por la derecha*).

PETRONA. — Buenas tardes, tía...

DOÑA MARÍA. (*Con fastidio*) — Ché... ¿ya estás aquí?... ¡Vos parece que no tenés qué hacer nada en tu casa!...

PETRONA. (*Sonriendo*) — Me mandó mama a comprar unas cosas... y aproveché para venirme un ratito... (Se acerca a Manuela y la toma cariñosamente del brazo).

DOÑA MARÍA. (*Con fastidio*) — ¡Ya sé qué ratito es éste!... ¡Para pasártelo en el balcón haciéndole gracias a los que pasan!...

PETRONA. (*Con tristeza*) — ¡Como en casa no hay balcón... y sin balcón es tan difícil encontrar quien se fije en una!

MANUELA. (*Convencida*) — ¡Ya lo creo!... ¡el balcón es una gran cosa!

DOÑA MARÍA. — Bueno... cuidado con lo que hacen... ¿eh?...

PETRONA. (*Riendo*) — Pierda cuidado, tía... (A Manuela alegremente)

Vamos... (*Petrona y Manuela tomadas de la cintura van a dirigirse hacia la izquierda, cuando Manuela se detiene de pronto*).

MANUELA. (*A doña María*) — ¡Ah!... mire que Pepa se quedó en el cuarto de Morales registrándole los baúles.

DOÑA MARÍA. (*Con indiferencia*) — ¡Bah!... ¡para lo que tendrá que esconder!...

MANUELA. (*Afligida*) — Es que después puede creerse Morales que esta vez he sido yo también... ¡El otro día se puso furioso!...

DOÑA MARÍA. (*Despreocupada*) — Sí... por no sé qué historia de retratos y de cartas... ya me dijo...

MANUELA. (*Riendo*) — Son cartas de la madre... ¡si viera qué risa!... ¡no sabe casi escribir!... (*Va a salir por la izquierda con Petrona*). (*Aparece por el foro Pepa y se detiene al entrar, mostrando un tarro grande de vidrio que trae en las manos*).

PEPA. — ¡Qué hombre cochino!... ¡miren lo que tiene dentro del baúl!

MANUELA. (*Deteniéndose para avanzar después, hacia Pepa*) — ¿Qué es, che?... ¿qué es? (*Examina de cerca el tarro*).

PETRONA. (*A Manuela, al verla dirigirse hacia Pepa*) — Te espero en el balcón... (*Desaparece por la izquierda*).

PEPA. (*A Manuela*) — Yo no sé... parece una oreja...

MANUELA. (*Riendo y muy gozosa*) — Sí... es una oreja... Venga, mama... ¡venga vea qué raro!... (*A Pepa, con sobresalto*) ¡Cuidado!... ¡no lo movás!...

DOÑA MARÍA. (*Acercándose*) — ¿Oreja de qué?...

PEPA. — ¡Qué sé yo!... tiene una cosa así como dedos... mire... (*Las tres juntas examinan el contenido del tarro*).

DOÑA MARÍA. (*Con enojo, en seguida del examen*) — ¡En seguida tiren eso!... ¡Es lo que falta! ¡Que nos venga a traer aquí las pestes del hospital!... (*Imperiosa*) ¡Llévenselo al fondo!

PEPA. (*Alarmada*) — ¡Pero, si se lo he sacado del baúl!

DOÑA MARÍA. — ¡Qué importa!... ¡En mi casa no se tienen esas cosas!

PEPA. (*Afligida*) — ¡Es que estaba con llave... lo he abierto con una mía!

DOÑA MARÍA. (*Exasperada*) — ¡Aunque sea con la de San Pedro!... ¡Quién le manda traer porquerías aquí!... ¡Ligero!... ¡al fondo con eso!... (*Hace un ademán enérgico. Pepa y Manuela se dirigen hacia el foro sosteniendo entre ambas el tarro que no se cansan de examinar*).

PEPA. (*Empujando con el codo a Manuela*) — Dejalo... ¡lo vas a voltear!... (*Desaparecen por el foro discutiendo*).

DOÑA MARÍA. (*Después de verlas salir*) — No sé qué será... ¡pero oreja no es!...

PETRONA. (*Asomando la cabeza por la izquierda y con mucho interés*) — ¿Y Manuela?

DOÑA MARÍA. — Fué para el fondo...

PETRONA. (*Pesarosa*) — ¡Caramba!... (*Desaparece bruscamente. Golpean las manos hacia la derecha y doña María, encaminándose hacia el sitio, asoma la cabeza al exterior*).

DOÑA MARÍA. — Adelante. (*Aparece Linares por la derecha*).

LINARES. — He visto que se alquila aquí una pieza...

DOÑA MARÍA. (*Con volubilidad*) — Sí, señor, sí... una lindísima pieza... Acaba de dejarla la viuda de un coronel... y estoy segura que...

LINARES. (*Interrumpiéndola*) — ¿Puede verse?

DOÑA MARÍA. (*Muy amable*) — ¡Cómo no ha de poder verse!... ¡ya lo creo!... pero siéntese... (*Linares no se da por aludido*) Todos los que la han ocupado hasta ahora...

LINARES. (*Interrumpiéndole y con cierta sequedad*) — Desearía verla...

DOÑA MARÍA. (*Que al invitarle a sentarse a su vez lo ha hecho y que se pone de pie al apercebirse de que Linares no lo hace. Con sequedad*) Bueno, hombre, bueno... (*Llamando en voz alta*) Carmen... (*A Linares, con despecho*) Siéntese un momento...

LINARES. — Gracias... estoy bien... (*Se queda de pie*).

DOÑA MARÍA. (*Con fastidio*) — Bueno... no se siente entonces... (*Acercándose hacia la izquierda*) ¡Carmen!... (*Después de un momento a gritos y acercándose más a la izquierda*) ¡Carmen!... (*A Carmen que aparece por la izquierda*) Acompaña al señor a ver la pieza...

CARMEN. (*A Linares*) — Por aquí, señor... (*Señala hacia el foro. Linares se adelanta hacia el foro y antes de salir se detiene*).

LINARES. (*A Carmen*) — Pase usted... (*Carmen sale por el foro y Linares la sigue dándose vuelta para mirar con curiosidad a doña María, que a su vez lo sigue mirando y se asoma al foro después de verlo desaparecer*).

DOÑA MARÍA. (*Volviendo hacia el público*) — ¿De dónde habrá salido ese erizo?... (*Transición*) ¡¡Hum!!... me parece que ahora aunque le guste no se la alquilo!... ¡¡Yo soy así!!...

(*Aparece Pepa por el foro dando vuelta la cabeza, como si siguiera con la mirada a personajes que acaban de salir*).

PEPA. (*A doña María*) — ¿Es algún inquilino?

DOÑA MARÍA. — Un inquilino...

PEPA. (*Con acritud*) — ¡Es claro!... ¡y ya lo mandó con Carmen! ¿Por qué no me avisó a mí?... (*Ante un movimiento de hombros de doña María*) ¡Aunque haga así! ¡Es la verdad! ¡Aquí parece que no existiera sino Carmen!

DOÑA MARÍA. (*Con fastidio*) — ¡No digás zonceras, mujer!

PEPA. (*Con amargo despecho*) — ¡Todo el mundo, con Carmen!... ¡Cualquiera diría que lo que no sea Carmen no sirve para nada!...

DOÑA MARÍA. (*Impaciente*) — ¡Pero, decime, estúpida!... ¿acaso tengo yo la culpa de que nadie se haya ocupado nunca de vos?... ¿qué querés que yo le haga?

PEPA. (*Con rabia*) — ¡Y cómo se han de ocupar si usted no hace más que meterles a Carmen por los ojos!... ¡Usted tiene la culpa!

DOÑA MARÍA. (*Con sorna*) — ¡Ah! ¡sí!... ¡no ves que es por eso!... ¡pavota!

PEPA. — ¡Claro que es por eso!... (*Con irritación*) ¿Y por qué ha

de ser, entonces?... ¿O usted también cree que Carmen es mejor que nosotros?

DOÑA MARÍA. (*Impaciente*) — ¡Callate!... callate... ¡no me hagas hablar!

PEPA. (*Exasperada*) — ¡Hable! ¡qué me importa!... (*Amenazadora*) ¡El día menos pensado yo sé lo que va a suceder!

DOÑA MARÍA. (*Perdiendo la paciencia y con imperio*) — ¡Te digo que basta!... ¿eh?... (*La mira con fijeza*) ¡Oh!... (*Pepa intimidada, guarda silencio, estrujando nerviosamente una punta de la bata que tiene puesta. Entra Manuela corriendo por el foro y se dirige a salir en igual forma por la izquierda.*)

MANUELA. (*Al pasar*) — ¡Me había olvidado del rubio flaco!

DOÑA MARÍA. (*Gritándole*) — ¡Che!... (*Manuela se vuelve después de haber salido*) ¿Y el inquilino?

MANUELA. — Ahí venía... (*Con mucha ironía, a Pepa*) ¡Puede ser, Pepa, que lo mande San Antonio!... (*Lanza una carcajada y desaparece*).

PEPA. (*Enfurecida, queriendo precipitarse detrás de ella*) — Sinvergüenza!... ¡yo te voy a dar!...

DOÑA MARÍA. (*Tomándola bruscamente de un barzo*) — ¡Sosegate! (*Aparecen por el foro Carmen y Linares*).

LINARES. — Señora... he visto la pieza... y me conviene...

DOÑA MARÍA. (*Con sorna*) — ¿Ah, sí?... ¿conque le gusta entonces?

LINARES. — Sí, señora... desde este momento corré por mi cuenta...

DOÑA MARÍA. (*Dándose importancia*) — Bueno... bueno... pero ahora soy yo la que necesita ciertos informes... algunos antecedentes respecto a su persona... Necesito saber quién es usted... necesito...

LINARES. (*Metiendo la mano en el bolsillo e interrumpiéndola*) — Voy a darle a usted una seña y volveré mañana... (*Le extiende un billete*).

DOÑA MARÍA. (*Encantada y tomando el billete*) — ¡Ah!... perfectamente... (*Mientras guarda el billete*) ¿Quiere usted un recibito?

LINARES. — No hay necesidad... (*Saludando*) Hasta mañana... (*Hace ademán de irse*).

PEPA. (*A doña María, rápidamente*) — Pregúntele siquiera cómo se llama...

DOÑA MARÍA. (*A Linares, muy amablemente*). ¿Su nombre?... ¿Quiere decirnos su nombre?

LINARES. (*Deteniéndose un momento*) — Eduardo Linares... ~~servi-~~ ~~dor...~~ (*Vuelve a saludar y desaparece por la derecha*).

DOÑA MARÍA. (*Que lo ha acompañado hasta salir, a gritos y con grandes ademanes*) — ¡Que le vaya bien, don Eduardo!... ¡Adiós!... ¡Adiós!... (*Saludando hacia el exterior*) ¡No... deje no más... no cierre! ¡adiós!... (*Mirando después el billete que saca del bolsillo y que vuelve a guardar*) ¡Al fin... (*Golpean las manos hacia la derecha*) Carmen... vé quién es... (*A Pepa, mientras Carmen vase por la derecha*) Decile a Manuela que te ayude a limpiar la pieza...

Pepa y Manuela van a limpiar la pieza

PEPA. — Acuérdesse que no hay palangana...

DOÑA MARÍA. (*Contrariada*) — ¡Es verdad!... (*Después de meditar, rápidamente*). Bueno... pónganle la de ustedes... que ya se la sacaremos al tomar confianza... (*Entra Carmen por la derecha con un frasco en la mano*).

CARMEN. — La boticaria manda este frasco de agua de Colonia...

DOÑA MARÍA. (*Muy apurada, tomando el frasco*) — ¡Ah! ¡sí!... ya sé... traé para acá...

CARMEN. — Dice que aunque no es su santo le agradece lo mismo el recuerdo...

DOÑA MARÍA. (*Interrumpiéndola*) — Bueno... bueno... ¡qué tanto hablar! ¡Está el frasco aquí y se acabó! (*Toma el frasco y se lo entrega a Pepa*) Ponémelo en mi cuarto...

PEPA. (*Sorprendida, mientras toma el frasco*) — ¡Qué recuerdo es éste?

DOÑA MARÍA. (*Con enojo*) — ¡No te importa!... (*Transición*) Y cuidadito con gastar de esta agua... ¿eh? (*Con aspavientos*) Esta es para cuando yo tenga esos dolores de cabeza tan fuertes que me suelen dar...

PEPA. (*Con acritud, señalando a Carmen*) — Prevénganselo a ella también... (*Con rabia, viendo que Carmen sonríe*) ¿De qué te reís?... ¿Por qué no te lo han de prevenir a vos como a mí?... (*Se encara con ella y Carmen no contesta*).

DOÑA MARÍA. (*A Pepa, con autoridad*) — ¡Basta!... ¡vaya para adentro!... (*Viendo que Pepa no obedece*) ¡Que se vaya le digo!... (*A gritos*) ¡Pronto!... (*A Carmen, con aire indiferente, mientras Pepa vase por la izquierda, después de dirigir una mirada rencorosa a Carmen y haciendo gestos de rabia*) Ahí te mandó unas flores el dentista Barroso... no sé por dónde andarán... (*Mira distraídamente a los lados, como buscándolas*).

CARMEN. (*Con fastidio*) — ¿Barroso? ¿Y por qué se las recibió?

DOÑA MARÍA. — ¡Eso es!... ¡Si te creerás que hemos de estar haciendo guarangadas a la gente porque a vos se te ocurra!...

(*Con acritud*) ¡Lo mismo que hoy!... ¿Por qué no le aceptaste la corbata al cobrador?... (*Viendo que Carmen guarda silencio*) ¿Con qué derecho lo desairaste?... (*Impaciente al ver que Carmen guarda silencio*) ¿Por qué?... decí... (*Carmen, sin responder, hace un gesto de impaciencia y quiere retirarse*) ¿Qué? ¿Qué modos son esos?... (*La toma con rabia de un brazo*) ¡Contesta!...

CARMEN. (*Con irritación*) — ¿Qué quiere que le conteste?...

DOÑA MARÍA. — ¡Por qué le dijiste que no te mandara la corbata?

CARMEN. (*Con acento reconcentrado*) — ¡Por que era una indecencia!...

DOÑA MARÍA. (*Con gesto amenazador*) — ¿Qué decís?... ¿Qué decís, atrevida? (*Extiende la mano como si fuera a pegarle*).

CARMEN. (*Retrocediendo y con voz reconcentrada*) — ¡Mama... mama... por Dios!... ¡no me toque!...

DOÑA MARÍA. (*Conteniéndose, pero furiosa*) — ¿Ésa es una amenaza?... ¿Es ésa una amena?... ¡A mí!... ¡a tu madre!...

CARMEN. (*Con voz sorda*) — ¡No, mama... no!... No es una amena-

za... pero, considere... ¡ya es demasiado!... ¡Se lo pido por mi padre, mama!... (*Señala el retrato del capitán*) ¡no me haga usted hacer una locura!

DOÑA MARÍA. (*Exasperada*) — ¿Qué querés decir?... ¿Qué querés decir con eso?... ¡Explicate... pronto!... ¡Explicate!...

CARMEN. (*Con voz sorda*) — Que si continúa usted sometiéndome a esta vida de humillaciones y de vergüenza... ¡el día menos pensado no me verá usted más!

DOÑA MARÍA. (*Azorada*) — ¿Qué decís?...

CARMEN. (*Con firmeza y casi amenazadora*) — ¡Yo no he nacido para vivir así, mama!... ¡Y aunque quisiera, no podría!...

DOÑA MARÍA. (*Después de un momento de vacilación como si no supiera qué partido tomar, indecisa entre pegarle o no*) — ¡Ay! ¡ay!... ¡es lo único que me faltaba!... (*Se deja caer sobre una silla*) ¡Ya veo que te has propuesto matarme a disgustos!... ¡Eso es lo que querés!... ¡Ay!... ¡ay!... ¡me ahogo!... (*Se lleva las manos a la garganta*) Me ahogo...

CARMEN. (*Acercándose, alarmada*) — Pero, mama...

DOÑA MARÍA. (*Rechazándola con ademán trágico*) — ¡Salí!... ¡salí!... ¡es tu obra... es lo que buscás!... ¡hija desnaturalizada!... ¡ay!... ¡ay!... ¡me muero!... ¡me muero!... (*Aparenta una especie de convulsión*).

CARMEN. (*Afligida*) — ¡No, mama, no!... ¡por Dios, mama!... (*Aproximando su cara a la de doña María*).

DOÑA MARÍA. (*Con voz desfallecida*) — ¡Me muero!... (*Echa la cabeza para atrás, cierra los ojos y queda inmóvil*).

CARMEN. (*Con un grito de desesperación*) — ¡Manuela!... ¡Pepa!... (*Vase corriendo por la izquierda y después que ha desaparecido, doña María, sin variar de posición, ni levantar la cabeza, se rasca con fuerza una pierna y vuelve a quedar inmóvil, entran precipitadamente por la izquierda Manuela, Pepa y Petrona, Manuela viene comiendo algo que tiene en la mano*).

MANUELA. (*Corriendo hacia doña María*) — ¿Qué es eso, mama?... ¿Qué tiene?...

PETRONA. — ¿Qué le pasa, tía? (*Se inclina sobre doña María*).

DOÑA MARÍA. (*Abriendo los ojos como si volviera de un desmayo y con voz desfallecida*) — ¿Dónde estoy?

MANUELA. — Aquí... en casa...

DOÑA MARÍA. (*Suspirando*) — ¡Entonces no es nada!... (*Buscando a Carmen, con la mirada*) ¿Dónde está Carmen? (*A Carmen, que ha entrado por la izquierda y se acerca a ella*) ¡Te perdono, hija, te perdono!... (*Le coloca la mano encima de la cabeza en actitud de protección*).

PEPA. (*Con acritud*) — ¿La perdona?... ¿y qué es lo que le ha hecho?... (*Mirando a Carmen con irritación*) ¡Cuando no!

DOÑA MARÍA. (*Con aire resignado*) — Nada... nada... se acabó... (*Suspira y después a Manuela, con voz triste*) ¿Qué estás comiendo?

MANUELA. — Queso.

DOÑA MARÍA. (*Después de suspirar fuertemente otra vez*) — Dame un poquito... (*Manuela le da lo que tiene en la mano y doña María come, mientras Petrona vase corriendo por la izquierda, como si se volviera al balcón*).

PEPA. (*A Manuela*) — ¿Querés que arreglemos la pieza?

MANUELA. — Bueno...

DOÑA MARÍA. (*Suspirando*) — Y yo tengo que lavar el piso de la cocina... ¡qué trabajo!...

PEPA. — Pero mama... deje que lo lave la cocinera...

DOÑA MARÍA. (*Siempre melancólica*) — Sí... pero tengo que estar... (*A Pepa*) Andá, traeme los botines de Morales para no mojarme los pies... (*Mientras Pepa vase por el foro, se sienta doña María y se prepara, discretamente, a sacarse los botines que tiene puestos. Después golpean las manos hacia la derecha*).

MANUELA. (*Echándose un poco para atrás y haciendo como que mira al sitio donde golpean las manos*) — ¡Allí está Rocamora!

DOÑA MARÍA. (*A Manuela, con precipitación y poniéndose de pie*) — ¡Pronto!... que entre... (*Mientras Manuela se dirige hacia la derecha, a Carmen, que ha querido huir, con voz suplicante*) Por favor, Carmen... no estés seria con Rocamora... (*Marcando el tono de súplica*) ¡Reíte un poco! (*Carmen, resignada, se queda inmóvil*).

MANUELA. (*Hablando hacia el exterior*) — Entre, Rocamora... entre. (*Extiende la mano inclinando el cuerpo como si indicara el paso a alguien que viniera de afuera*).

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto anterior. Carmen se encuentra cosiendo en escena. De cuando en cuando interrumpe su tarea llevándose el pañuelo a los ojos para continuarla después silenciosamente. Al cabo de un momento aparece por el foro la cocinera, llevando sobre el brazo algunas piezas de ropa blanca y sale sin decir nada, por la izquierda. Un momento después aparece por el foro Linares y se detiene al entrar.

LINARES. (*Desde el foro*) — ¿Podría usted proporcionarme una aguja?

CARMEN. (*Levantando los ojos de la costura y tratando de sonreír*) — ¡Cómo no! ¿Para qué la quiere?...

LINARES. (*Adelantándose hacia Carmen*) — Tengo que darle una puntada a esta corbata. (*Muestra una corbata que trae en la mano*).

CARMEN. (*Extendiendo la mano*) — Traiga. Yo se la daré...

LINARES. — No... ¡no hay necesidad de que usted se moleste!...

CARMEN. (*Insistiendo*) — Pero, si nada me cuesta... Démela...

LINARES. (*Entregándole la corbata*) — Muchas gracias (*Mientras Carmen examina la corbata y se prepara a coser, Linares se sienta a cierta distancia, en frente de ella y después de un momento en que Carmen cose*) ¡Y su mamá?...

CARMEN. (*Sin levantar los ojos*) — Salió a las tiendas con las mucha-

chas... (*Después de una pausa, sin dejar de coser*) ¿Qué le pasó a usted anoche al entrar?...

LINARES. (*Sonriendo*) — ¡Ah!... ¿me sintió usted? ¡Fué una maceta que me llevé por delante!...

CARMEN. (*Sin levantar la vista*) — Es tan angosta la galería...

LINARES. (*Sonriendo*) — Bueno... como yo todavía no conozco bien el camino... Anoche he salido por primera vez después de dos semanas...

CARMEN. (*Interrumpiéndose con cierta sorpresa y levantando los ojos*) — ¿Dos semanas, ya?

LINARES. (*Sonriendo*) — ¡Cómo no! Mañana hace dos semanas que me mudé...

CARMEN. (*Después de pensar un momento*) — Es verdad... Fué un viernes... Tiene razón... (*Mientras continúa cosiendo*) ¡No parecía! (*Después de una pausa*) ¿No le hace a usted daño escribir tanto?...

LINARES. — ¡Qué voy a hacer! Lo necesito. (*Sonriendo*) Vivo de lo que escribo...

CARMEN. (*Ya está (Señalando la corbata)*). ¿Quiere que cosa el forro también?

LINARES. (*Sonriendo*) — Si no es abuso.

CARMEN. (*Haciendo un movimiento de hombros*) — ¡Bah! (*Sonriendo mientras examina la corbata*) ¡Aquí se ve la mano de usted!...

LINARES. (*Riendo*) — ¿Por qué?

CARMEN. (*Riendo*) — ¡Por lo mal cosido que está!

LINARES. (*Riendo*) — ¡Pues, se equivoca! Esa mano no es la mía...

CARMEN. (*Con risueña sorpresa*) — ¿No? (*Examinando la corbata con más atención*) De mujer no es...

LINARES. (*Haciendo con la cabeza una señal afirmativa*) — ¡Y nada menos que de mi novia!... ¡Figúrese!...

CARMEN. (*Riendo*) — ¡Caramba! ¡Discúlpeme, entonces!...

LINARES. (*Riendo*) — ¡No hay de qué!...

CARMEN. (*En tono de broma*) — Bueno... Estarían ustedes conversando mientras ella cosía... ¿no es eso?... (*Vuelve a ponerse a coser*).

LINARES. (*Sonriendo*) — Es muy posible...

CARMEN. — Así se explica...

LINARES. (*Sonriendo*) — No conversemos, entonces... No sea que esta costura también salga mal...

CARMEN. (*Con repentina gravedad y como si bruscamente se pusiera en guardia*) — No es el mismo caso. (*Linares la mira sorprendido y un tanto desconcertado, mientras Carmen sigue cosiendo*).

MORALES. (*Entrando por la derecha*) — Buenas tardes...

CARMEN. (*Levantando apenas la vista, para seguir después su tarea*) — Buenas tardes...

LINARES. — ¿Cómo? ¿Ya está de vuelta?...

MORALES. (*Malhumorado*) — Me salí sin unos apuntes que necesito para la clase de la tarde... ¿No ha venido nadie?...

LINARES. — ¡Que yo sepa!...

MORALES. (*A Carmen, con cierta nerviosidad*) — ¿A que no sabe, Carmen, a quién he visto hace un rato, como viniendo para aquí?

CARMEN. — ¿A quién? (*Lo mira, dejando de coser*).

MORALES. — ¿No se le ocurre?

CARMEN. — No.

MORALES. (*Irónico*) — Adivine.

CARMEN. (*Sonriendo y mientras se dispone a continuar la costura*) — No... ¡es mucho trabajo! (*En otro tono, a Linares, mostrándole la corbata*) Voy a dar vuelta a esta parte... ¿No le parece? (*Linares hace una señal de asentimiento y Carmen cose*).

MORALES. (*Insistiendo y con creciente ironía que comienza a ser agresiva*) — ¿No adivina, entonces?

CARMEN. (*Con cierto fastidio*) — ¡Déjese de zonceras, hombre!...

MORALES. (*Con brusquedad*) — ¡Eso es! ¡Enójese ahora! ¡Cómo si yo tuviese la culpa! ¡Me parece que no es por mí por quien viene!...

LINARES. (*Sonriendo*) — Pero, ¿de quién se trata?

MORALES. (*Agresivo*) — De un amigo de Carmen. ¡Uno que se mueve como una cuerda y habla con tanta solemnidad que parece que estuviese siempre de luto!... (*Cambiando de tono, a Linares, que sonríe*) ¡Hombre! Usted lo conoce... Ese que cuando anoche estábamos en la puerta, vimos entrar con un chico que traía unas cajas al hombro.

CARMEN. (*Haciendo una exclamación de dolor*) — ¡Ay!...

LINARES. (*A Carmen*) — ¿Qué? (*Va a ponerse en pie*).

CARMEN. (*Llevándose el dedo a la boca*) — Nada... Me he pinchado...

MORALES. (*Cada vez más agresivo*) — ¿Y qué diablos trae en esas cajas, Carmen?... ¡Porque es curioso! ¡Nunca lo he visto sin el chico y las cajas! ¡Parecen San Rafael, Tobías y el pescado!...

CARMEN. (*Visiblemente molestanda poniéndose en pie y extendiendo a Linares la corbata*) — Ahí tiene la corbata, señor Linares...

LINARES. (*Tomándola*) — Gracias. (*Carmen se dirige sin decir nada a salir por la izquierda*).

MORALES. (*Después de un momento de indecisión, adelantándose unos pasos por la izquierda*) — ¡Carmen!

CARMEN. (*Deteniéndose*) — ¿Qué?...

MORALES. (*En tono de arrepentimiento*) — ¿Se ha enojado?

CARMEN. (*Sin poder disimular su fastidio*) — ¡No, hombre, no! (*Vase por la izquierda y Morales hace un gesto de abatimiento*).

LINARES. (*Después de ver salir a Carmen*) — Amigo Morales... ha estado usted mal... ¡Lo desconozco!...

MORALES. (*Abatido*) — Sí... ¡Y lo peor es que sin razón! Porque yo mismo lo comprendo. ¡La pobre no tiene la culpa! (*Exaltándose*) Pero... ¡qué quiere!... ¡Es que no puedo!... Me da rabia de verla tan... ¡qué sé yo!... tan paciente... tan sumisa...

LINARES. — ¿Quién es el individuo?

MORALES. (*Con abatimiento*) — Un tal Rocamora... dueño de un registro... (*Con rabia*) ¡Un bestia a quien le da por los regalos y que se ha empeñado en volcar aquí todas las porquerías que no le sirven en su casa!...

LINARES. — Pero... ¿y Carmen?

MORALES. (*Con amargura*) — ¡Carmen!... Carmen no le hace caso...

Pero, ¡bah!... ¡Para él no valen desprecios ni desaires!... Suceda lo que suceda... continúa impasible... firme en sus trece... y convencido del resultado. Pues en su caletre no cabe que nadie puede resistirse a la larga a un hombre que regala, vuelve a regalar y continúa regalando. Así lo entiende y no hay quién le haga comprender otra cosa. ¡Dígame si no es irritante!...

LINARES. (*Riendo*) — ¡Curioso!

MORALES. (*Indignado*) — El hecho es que tiene encantada a la familia y que no sale de aquí... Lo mismo que el dentista Barroso... ¿Todavía no se ha visto usted con Barroso? (*Linares hace un gesto negativo*) ¡Pues, ése es otro! No hace más que reírse. ¡De todo se ríe!... ¿De veras no lo ha visto? (*Con rabia*) ¡Dan ganas de pegarle para ponerlo triste!

LINARES. (*Con malicia*) — ¡Hum!... ¡Me parece que ha de bastar ser pretendiente de Carmen para no caerle a usted en gracia!

MORALES. (*Un tanto desconcertado*) — ¿A mí? ¡No, hombre! ¡A mí qué me importa!... ¡Es que me indigna!... En dos años he visto desfilar a tantos... Ahora son estos... Mañana serán otros... Y la pobre Carmen es la víctima. (*Con amargura*) ¡Es que usted no sabe!... pero, esa vieja... ¡¡esa vieja!!

LINARES. (*Riendo*) — ¡Pero, hombre!... Al fin es lo natural. Querrá casar a la hija.

MORALES. (*Sarcásticamente*) — ¿Casarla? ¡No sea usted inocente! ¡Dios la libre a Carmen de pensar en casarse! Si mañana llegara a tener interés por alguno, la madre sería la primera en no dejarlo poner los pies más aquí... ¡No ve que casándose Carmen se concluye el filón y la casa se derrumba!...

LINARES. (*Sorprendido*) — Pero, entonces... (*Se detiene, no atreviéndose a concluir la frase*).

MORALES. (*Rápidamente*) — ¡Ah! ¡No! Eso no... No confundamos...

LINARES. — ¡Pues, no entiendo!...

MORALES. — Sí... Yo antes tampoco lo entendía... Pero así es. (*Con mucha intención y amargura, golpeándole el hombro*) Aquí, amigo, sólo se compran amabilidades y sonrisas... Tienen su precio... ¡Como que de eso se vive!... Lo que sí, que esas sonrisas son con frecuencia simples muecas con que se trata de contener las lágrimas que quieren brotar...

LINARES. (*Sentido*) — Me lo imagino... La pobre Carmen...

MORALES. (*Marcando mucho*) — La pobre Carmen vive en una continua rebelión... y en un constante sometimiento... No puede sublevarse del todo... Lo intenta... lo quiere... pero no puede... ¡La voluntad brutal de la madre concluye por dominarla siempre!...

LINARES. (*Mirando hacia la derecha*) — Parece que hay gente. (*Ambos miran hacia la derecha y escuchan. Después se oye golpear las manos*).

MORALES. (*En alta voz*) — Adelante. (*Nadie responde*).

LINARES. — No le han oído...

MORALES. (*Acercándose hacia la derecha y asomándose por la puerta*) — Adelante. (*Aparece Castro por la derecha*).

CASTRO. (*A Morales*) — ¿Cómo está? (*Le da la mano*) ¿Y la señora?

MORALES. — Ha salido...

CASTRO. (*Desconfiado*) — Salido... ¿de veras?

MORALES. — Sí, hombre, sí! Ha salido...

CASTRO. — ¿No podría hablar con la señorita Carmen?

MORALES. — Tampoco está...

CASTRO. (*Con desaliento*) — ¡Pues, amigo, esta gente me tiene loco!
¡Ya no sé qué hacer!

MORALES. (*Conciliador*) — Hay que tener un poco de paciencia... espérese unos días... cuando cobren la pensión es posible que...

CASTRO. (*Interrumpiéndole*) — ¡No, hombre, no!... ¡si es una pura embrolla!... ¡ya lo estoy viendo!... ¡no me van a pagar!

MORALES. (*Sin convicción*) — ¿Pero por qué ha de creer eso?

CASTRO. (*Con abatimiento*) — Y lo peor es que yo también voy a ir a la calle pues he faltado a mi deber esperando más de lo que debía!... (*Con un gesto de resignación*) ¡En fin!... Yo lo he hecho por la señorita Carmen... ¡que sí no!... (*Con cierto reproche*) Pero ella también... ha procedido mal... porque... (*Transición*) Bueno... hasta la vista... (*Hace ademán de irse*).

MORALES. (*Por decir algo*) — Cuando lleguen les diré que ha venido usted.

CASTRO. (*Con sorna*) — Sí... ¡lo van a sentir mucho!... (*Vase por la derecha*).

MORALES. (*Acercándose a Linares y cruzándose de brazos*) — ¡Ya lo ve usted... ¡Siempre Carmen!... ¡Y en todo es lo mismo!

LINARES. (*Con curiosidad*) — Pero, dígame... ¿y las hermanas... las otras muchachas?...

MORALES. (*Haciendo un gesto significativo*) — ¡¡Uff!!!

LINARES. — ¿Siguen a la madre?

MORALES. — Manuela es una tilinguita, usted la ha visto... una tilinguita hipócrita y nada más... pero la otra ¡la Pepa!... (*Con cómico terror*) ¡Dios lo libre de la Pepa, amigo!... Imagínese usted una mujer que hasta ahora no ha encontrado ni por casualidad un hombre que le diga una palabra... pero así... ¡como lo oye!... ni uno solo... ¿entiende?... ¡es una fiera!... (*Linares ríe*) ¡No, no sería!... Muerde y araña como cualquier perro o cualquier gato... ¡póngasele a tiro y verá!

LINARES. (*Riéndose*) — Por lo pronto, no he conseguido todavía que me conteste cuando le doy las buenas tardes...

MORALES. (*Encogiéndose de hombros*) — ¡Qué va a contestar!... (*Bruscamente*) ¡No... de veras!... ¡No es broma!... ¡A esa mujer hay que encontrarle un novio... de otro modo nos va a devorar!...

LINARES. (*Riéndose*) — ¡Vaya una familia!

MORALES. (*Con amarga ironía*) — Usted escribe novelas... ¿no?

LINARES. (*Sonriéndose*) — Novelas, no.

MORALES. — Bueno, cuentos... (*Señalando hacia la izquierda*) Pues ahí tiene tema para uno... Llámelo "Flor de Pantano"... (*Dirigiéndose*

hacia el foro) Voy a buscar los apuntes para la clase... (*Vase por el foro*).

LINARES. (*Mirando hacia la izquierda y con tristeza*) — ¡Pobre muchacha!... (*Se dirige después hacia el foro y en el momento en que va a salir golpean las manos hacia la derecha. Se detiene y volviendo la cabeza*) ¡Adelante!...

BARROSO. (*Apareciendo por la derecha y deteniéndose al entrar*) — ¿La señora de Barranco?... (*Ríe imbécilmente*).

LINARES. (*Sin moverse del sitio*) — No está, señor...

BARROSO. — ¡Cómo! ¿Que no está? (*Ríe lo mismo*).

LINARES. (*Resolviéndose a aproximarse y un tanto sorprendido*) — ¡Pues, hombre!... No estando... ¿Qué le ve usted de extraño?

BARROSO. — ¡No!... ¡si digo no más!... (*Ríe*).

LINARES. (*Después de observarle un momento, bruscamente y mirándolo con fijeza*) — ¡Ah!... Usted se llama Barroso... ¿no?

BARROSO. (*Riendo*) — Sí, señor... Leónidas Barroso... ¿en qué me ha conocido?

LINARES. (*Sonriendo*) — ¡Se me ocurre, no más!...

BARROSO. (*Sonriendo*) — ¡Ya sé!... ¿Le habrán hablado de mí?...

LINARES. — Sí, mucho...

BARROSO. (*Riendo y muy contento*) — ¿Quién?... ¿quién?... Diga quién...

LINARES. (*Serio*) — ¿Con que buscaba usted a la señora?

BARROSO. — Sí, señor... (*Riendo*) ¿Pero, usted quién es?... (*Lo examina con curiosidad*).

LINARES. — Pues la señora ha salido...

BARROSO. (*Serio*) — ¡Caramba!... ¿Y las muchachas?... (*Ríe*).

LINARES. — También...

BARROSO. (*Con pena*) — ¡Pero vea!... y yo que les traía unos encargos que me habían hecho... (*Muestra unos paquetes que trae en la mano*).

LINARES. — Si quiere usted dejarlos... (*Le señala un mueble como indicando que puede dejarlos encima de él*).

BARROSO. (*Vacilando*) — No... más bien volveré... ¿No sabe usted si tardarán mucho?... (*Linares hace un gesto indicando que no sabe*) Bueno... no importa... volveré... (*Extendiéndole la mano*) Adiós, señor... ¿eh?... mucho gusto... (*Ríe*).

LINARES. (*Acompañándolo hasta la puerta de la derecha*) — Adiós, señor Barroso... que le vaya bien...

BARROSO. (*Aclarando*) — Leónidas... Leónidas Barroso... (*Riendo*) ¿Y usted quién es?

LINARES. (*Palmeándole familiarmente*) — Adiós... ¡eh!... adiós... (*Lo empuja hacia afuera hasta hacerlo desaparecer y se dirige después hacia el foro, por donde bruscamente aparece Morales que viene sin cuello de camisa y sin corbata, visiblemente irritado*).

MORALES. (*Mostrando algo que trae en la mano*) — ¡¡Pero no ve, hombre!... ¡¡Si da una rabia!!... ¡me han puesto a la miseria la brocha de afeitar!

LINARES. (*Aproximándose*) — ¿Qué le han hecho?

MORALES. — Llena de pintura verde... ¿no ve?

LINARES. (*Riendo*) — Me explico... Hoy vi a Pepa pintando las tinas del patio... ¡Debe ser eso!

MORALES. (*Exasperado*). — ¡Es claro!... ¡la han agarrado de pincel!... ¡¡Si no digo!!... ¡¡Esta familia!! (*Con exaltación*) ¡¡Ah!! no fuera porque no quiero; (*Dirigiendo una mirada hacia la izquierda*) porque no puedo irme... ¡mañana mismo me mandaba a mudar!...

LINARES. (*Con malicia*) — ¿Y por qué no puede? (*Con sorna*) ¡Con irse!

MORALES. (*Con fastidio*) — ¡Eso es!... ¡venga a embromar usted también!... (*Se dirige a salir por el foro*).

LINARES. (*Gritándole*) — ¡Oiga!... ¿Sabe quién vino?

MORALES. (*Deteniéndose*) — ¿Quién?

LINARES. — Barroso...

MORALES. (*Volviéndose precipitadamente*) — ¿Barroso? ¿y dónde está? (*Mira alarmado hacia la izquierda*).

LINARES. (*Sonriendo*) — Se fué... le dije que no había nadie...

MORALES. (*Con entusiasmo*) — ¡Muy bien hecho!... (*Le estrecha efusivamente la mano*).

LINARES. (*Retirando con viveza la mano*) — ¡Eh!... ¡cuidado con la pintura!...

MORALES. — ¡No, hombre, no!... (*Con fastidio oyendo que golpean las manos hacia la derecha*) ¡Ahí golpean otra vez! (*Vase bruscamente por el foro levantándose las solapas del saco. Mientras Linares se adelanta, aparecen simultáneamente Rocamora por la derecha y por la izquierda Carmen*).

ROCAMORA. (*Saludando con la cabeza a Linares*) — Buenas tardes... (*Apercibiendo a Carmen, cuya presencia en escena no ha notado todavía Linares y adelantándose hacia ella*) ¿Cómo está Carmencita? (*Le da la mano*)

CARMEN. (*Llamando a Linares que al apercibirse de la presencia de Carmen ha intentado retirarse por el foro*) — Señor Linares... (*Presentando a Rocamora*) El señor Linares... el señor Rocamora...

ROCAMORA. (*Solemne y afectado, dándole la mano*) — Mucho gusto, señor... (*A Carmen*) ¿La señora y sus hermanitas?...

CARMEN. — Han salido...

LINARES. (*Haciendo una inclinación de cabeza*) — Con el permiso de ustedes... (*Hace ademán de retirarse por el foro*).

CARMEN. (*Vivamente*) — ¡Señor Linares!... (*Linares se detiene y Carmen vacila como si no supiera qué decirle*) Vea... hágame el favor... Dígame a Morales que venga un momento... (*Linares hace una seña de asentimiento y vase por el foro*).

ROCAMORA. (*Con solemnidad después de salir Linares*) — ¿Quién es ese joven?... (*Hace el ademán de ir a tomar un silla para sentarse*).

CARMEN. — El nuevo inquilino... (*Nerviosamente y quedando en pie*) Mire, Rocamora... discúlpeme... pero... no estando mi madre ni las muchachas me parece que lo natural... (*Se detiene, vacilando*).

ROCAMORA. (*Deteniéndose antes de llegar a sentarse y demostrando extrañeza*) — ¿Qué?...

CARMEN. (*Más resuelta*) — Que volviese usted cuando ellas estuvieran...

ROCAMORA. (*Decepcionado*) — ¡Como a usted le parezca!... pero le diré que no veo el motivo...

CARMEN. (*Vacilando*) — Usted comprende... estando sola...

ROCAMORA. (*Con fastidio*) — Acaba usted de llamar al estudiante y justamente la he encontrado acompañada por ese otro... (*Señala al foro*)... que... al fin y al cabo... en fin... no sé... ¡pero si ellos están no veo por qué no puedò estar yo!...

CARMEN. (*Con firmeza*) — Morales y Linares son nuestros inquilinos... viven aquí... están en su casa...

ROCAMORA. (*Ofendido*) — Bueno... bueno... me iré entonces... (*Transcurre un instante en que Rocamora la mira fijamente sin moverse del sitio y sin demostrar intención de irse. Después la cocinera entra por la izquierda y se dirige a salir por el foro*).

CARMEN. (*Impetuosamente a la cocinera*) — ¡Dígale a Morales que lo estoy esperando!... (*La cocinera vase por el foro*).

ROCAMORA. (*Después de hacer un gesto de fastidio se dirige a tomar su sombrero que ha dejado encima de una silla y volviendo en seguida a Carmen y en tono de reproche*) — ¿Que le pareció a usted la sombrilla de anoche?

CARMEN. (*Con voz contenida*) — ¡Ah! a propósito, Rocamora... ¿No le he pedido a usted que me haga el favor de no traerme nada?... ¿por qué se empeña en hacerlo?

ROCAMORA. (*Meloso*) — ¡Oh!... ¡tratándose de usted, Carmen!...

CARMEN. (*Conteniéndose*) — ¡Pero, si no es eso!... Desde que yo se lo pido... desde que le digo que no quiero que me traiga nada... (*Con energía*) que no quiero...

ROCAMORA. — Lo hago con tanto gusto...

CARMEN. (*Con impaciencia*) — ¡Pues aunque lo haga usted con gusto!... ¡Desde que yo me opongo!...

ROCAMORA. — Para mí no es sacrificio...

CARMEN. (*Exasperada*) — ¡Ah! ¡qué duro!... que duro es usted... (*Se pasea nerviosamente*).

ROCAMORA. (*Sin inmutarse*) — ¡Bah!... Usted sabe que la quiero... y al fin he de convencerla...

CARMEN. (*Exasperada, encarándose con él*) — ¿Usted?... ¿Usted?...

ROCAMORA. (*Sonriendo con afectación*) — Sí, yo, Carmencita, yo... (*Enfáticamente*) Si no soy rico por lo menos...

CARMEN. (*Con extraordinaria violencia*) — ¡Nunca!... ¡Nunca!... ¡entiéndalo usted bien!... ¡Primero cualquier cosa!... ¡todo!... ¡menos casarme con usted!...

ROCAMORA. (*Imperturbable*) — No crea... no crea... (*Se sonríe con fatuidad*).

LINARES. (*Asomando por el foro*) — Señorita Carmen... me pide Morales que lo disculpe... Se está vistiendo... (*Hace ademán de retirarse*).

CARMEN. (*Impetuosamente*) — ¡Entre, señor Linares!... hágame el favor... espérese... (*Linares se adelanta entonces algunos pasos. Durante un instante los tres personajes guardan silencio. Rocamora no parece resuelto a irse. Carmen en actitud de espera no oculta su extrema violencia y Linares, después de dirigir una significativa mirada a ambos, se decide tranquilamente a tomar asiento y adopta una posición cómoda, demostrando a las claras que está dispuesto a esperar todo el tiempo que sea necesario para que Rocamora se vaya*).

ROCAMORA. (*Bruscamente, pero sin abandonar su solemnidad*) — ¡Perfectamente! ¡Servidor de ustedes!... (*Se coloca ruidosamente el sombrero y vase por la derecha*).

LINARES. (*Que se ha puesto de pie siguiendo con la mirada a Rocamora*) — He comprendido... La presencia de ese hombre la estaba molestando a usted...

CARMEN. (*Muy excitada y estrujándose nerviosamente las manos*) — ¡Sí, señor!... sí... me molesta... ¡me desespera! y ya no puedo... ¡no puedo más!...

LINARES. — Pero... ¿Por qué no se lo dice usted claramente?

CARMEN. (*Con desesperación*) — ¡Si se lo he dicho!... ¡hasta el cansancio se lo he dicho!... pero ¡es inútil!... ¡Oh! ¡usted no lo conoce!... insiste e insistirá siempre... ¡convencido que con sus regalos va a comprar poco a poco mi voluntad!... (*Exaltándose*) ¡Y si él supiera el efecto que me hacen!... (*Con extrema exaltación*) ¡¡Hay momentos en que desearía ser hombre para darle de bofetadas!!... (*Cubriéndose el rostro con las manos y rompiendo a llorar, mientras se deja caer sobre una silla profundamente abatida*) ¡Dios mío!... ¡Dios mío! ¡qué desgraciada soy!...

LINARES. (*Aproximándose a Carmen*) — Vamos... ¡no sea niña!... levante esa cabeza... no llore... ¡No hay que afligirse así!... (*Carmen sigue sollozando. Aparece Morales por el foro concluyendo de atarse la corbata y muy apurado. Al apercibirse de la actitud de Carmen se acerca a ella precipitadamente*).

MORALES. — ¿Qué es eso? ¿Qué tiene Carmen?

CARMEN. (*Poniéndose de pie y enjugándose las lágrimas*) — Nada, Morales, no es nada...

MORALES. (*Afligido y siguiéndola*) — ¿Cómo nada?... ¿por qué llora?... (*Volviéndose a Linares, al ver que Carmen sin responder vase por la izquierda*) ¿Qué ha pasado?

LINARES. — No sé... parece que ha tenido una escena con el individuo ese... el Rocamora.

MORALES. — ¡Ah! ¡canalla!... pero, ¡cómo!... ¿Estaba Rocamora aquí cuando Carmen me llamó?... (*Con exaltación al ver una señal afirmativa que hace Linares con la cabeza*) ¡Y por qué no me lo dijo, hombre?... ¿por qué no me lo dijo?... (*Se pasea nerviosamente y haciendo ademanes de indignación*).

LINARES. (*Sonriendo*) — ¿Para qué?... ¿para que nos hubiera dado un espectáculo viniéndose en camisa?...

PETRONA. (*Entrando por la derecha*) — Buenas tardes... (*Al ver que nadie le contesta*) Buenas tardes...

- LINARES. — Buenas tardes.
- PETRONA. — ¿No está tía? (*Ante una señal negativa de Linares*) Bueno... con permiso. (*Se dirige hacia la izquierda*).
- MORALES. (*Con irritación*) — ¿Ya se va al balcón?...
- PETRONA. (*Deteniéndose*) — Sí... ¿y qué tiene?...
- MORALES. (*En el mismo tono*) — ¿A buscar novio?
- PETRONA. — Sí... ¿y qué tiene?
- MORALES. (*Remedándole la voz*) — No... no tiene nada... ¡vaya no más!... (*Mientras Petrona haciendo un gesto de fastidio se va por la izquierda*) ¡¡Cretina!!... (*Se pasea desordenadamente*).
- LINARES. (*Riendo*) — ¡Hemos quedado muy nerviosos, amigo Morales!... (*Entran por la derecha doña María, Pepa y Manuela. Estas dos últimas vienen discutiendo en voz alta*).
- MANUELA. — ¡Ah, sí!... ¡cómo no!... ¡ya lo creo!...
- PEPA. (*Rabiosamente*) — ¡Ya verás!... ¡ya verás!... ¿qué te has creído?
- MANUELA. — ¡Estás fresca!... ¡cómo no!
- DOÑA MARÍA. (*A gritos y cortando la discusión*) — ¡Basta!... (*A Manuela*) Andá ligero a preparar el mate... vengo muerta de sed... (*A Morales y a Linares mientras se saca la gorra*) ¿Ustedes aquí?... (*Manuela se va por el foro sacándole la lengua a Pepa, mientras Morales y Linares se acercan a doña María, Pepa se precipita sobre la canastilla de costura que había utilizado Carmen al principio del acto*).
- PEPA. (*Muy irritada*) — ¡No ve!... ¡ya me han andado con mi canasta de costura!... (*Enfurecida aproximándose hacia la izquierda, después de examinar la canastilla ligeramente*) ¡Carmen!...
- LINARES. (*A doña María*) — Todavía no he ido por la imprenta, señora... Así que no tengo las invitaciones...
- PEPA. (*Enfurecida asomándose por la izquierda*) — ¡¡Carmen!!...
- DOÑA MARÍA. — Bueno, tráigamelas mañana... no sea como este embrollón... (*Señala a Morales*).
- MORALES. (*Secamente*) — Embrollón, ¿por qué?...
- PEPA. (*Volviéndose hacia doña María y exasperada al ver que Carmen no ha respondido*) — ¡Ahí tiene!... ¿ve?... ¡Carmen me ha andado revolviendo la costura!... (*Muestra la canastilla que tiene en la mano*) ¿No dice usted que son invenciones mías?
- DOÑA MARÍA. (*Fastidiada*) — ¡Bueno, hombre, bueno!... ¡qué tanto alboroto!... ¡vaya una cosa del otro mundo!
- PEPA. (*Enfurecida*) — ¡Es que sabe que no quiero!... y lo hace de gusto por hacerme rabiar!...
- LINARES. (*Muy amablemente*) — Señorita... yo tal vez, tengo la culpa...
- PEPA. (*Interrumpiéndole con violencia y adelantándose hacia él*) — ¿Usted también?... ¡Venga a disculparla ahora!... ¿qué tiene que mezclarse usted?... diga... ¿qué tiene que mezclarse?
- LINARES. (*Sorprendido y retrocediendo*) — Pero, es que...
- DOÑA MARÍA. (*Imperiosa a Pepa y desde lejos*) — Te mando que te calles la boca... ¿me entendés?...
- MORALES. (*Acercándose al oído de Linares*) — ¡Mire que muerde!...

PEPA. (*Dirigiéndose enfurecida a Morales*) — ¿Qué le está usted diciendo en voz baja?... Usted lo que es. es un zonzo!... ¿sabe? ¡Ya le he dicho que no se meta conmigo!...

DOÑA MARÍA. (*Irritada*) — ¡¡Pepa!!...

MORALES. (*Indignado y avanzando hacia Pepa*) — ¡Sí!... y a título de que soy zonzo pinta usted las tinas del patio con mi brocha de afeitar... ¿no es cierto?

PEPA. (*Encarándose con él*) — Yo no he pintado nada... ¿entiende?... Yo no necesito de lo suyo... ¿sabe?... ¿Qué es lo que se ha creído?

MORALES. (*A gritos*) — Y yo le digo que sí ha pintado... ¡y también le digo que no volverá a pintar!... porque ya estoy hasta aquí... (*Señala la frente*) ¿Comprende?... hasta aquí!

PEPA. (*Enfurecida y desafiándolo*) — ¿Y qué?... ¿y qué?...

DOÑA MARÍA. (*A gritos, a Pepa, mientras se interpone entre los dos*) — ¡Callate la boca!... (*A Morales en igual forma*) ¡Y usted también! (*Aprovechando un silencio*) ¿Qué se han imaginado?... ¿que así no más me van a faltar al respeto?... (*Transición después de un momento en que Morales y Pepa se han dirigido miradas de rencor sin decir nada*) ¡¡Parecen chicos!! (*A Linares y muy calmada*) ¿Qué le parece?... ¡Tamaños zánganos peleándose como criaturas!... (*A Pepa imperiosa*) Andá a llamar a tu hermana Carmen... (*Con mucha naturalidad a Linares*) Siéntese Linares... (*Le enseña un asiento. Mientras Pepa vase en silencio por la izquierda, sin cesar de dirigir miradas de indignación a Morales, que le corresponde en igual forma, doña María toma asiento y la imita Linares. Morales queda en pie*).

MANUELA. (*Apareciendo por el foro*) — Mama... hay poca yerba...

DOÑA MARÍA. (*Insinuante*) — ¿Por qué no se va entonces hasta el almacén de la esquina y se trae un poco de yerba?... tomaremos unos matecitos... (*Morales se da vuelta con un ataque de risa que inútilmente intenta contener y doña María no cesa de dirigirle miradas de irritación*).

LINARES. (*Sonriendo*) — No hay inconveniente, señora... (*Metiendo la mano en el bolsillo*) pero, ¿no sería lo mismo que fuese la cocinera? (*Saca dinero*).

DOÑA MARÍA. (*Apresuradamente*) — Sí... ¿por qué no? lo mismo es... (*A Manuela, señalando el dinero que tiene en la mano Linares y sin descuidar a Morales que por ratos vuelve a reír*) Decile a Gertrudis que se traiga un kilo de yerba... (*Mientras Manuela toma el dinero de mano de Linares*) ¿Le gustan con azúcar quemada?...

LINARES. (*Sonriendo*) — ¡Como lo tomen ustedes!... ¡me es igual!...

DOÑA MARÍA. (*Apresuradamente a Manuela*) — Entonces que traiga un kilo de azúcar también... (*Mira nuevamente a Morales mientras Manuela vase por el foro y después con mucha tranquilidad a Linares*) ¡Yo no sé lo que le pasa a esta muchacha!... desde hace días tiene algo extraño... (*Con intención*) ¿no se lo ha notado?...

LINARES. (*Con sorpresa*) — ¿Yo?... no, señora...

- DOÑA MARÍA. (*Mirándolo de reojo y con intención*) — Yo creo que está enamorada...
- MORALES. (*Estallando de risa*) — ¿Quién está enamorada?... ¿Manuela?...
- DOÑA MARÍA. (*Con acritud a Morales*) — ¿Y por qué no ha de estarlo?... ¿cree usted que la pobrecita no puede enamorarse como cualquiera?... (*Con fastidio viendo que Morales no cesa de reír*) ¡No sé a que viene esa risa!... (*Fulminándolo con la mirada*) ¡Vaya una pavada!...
- LINARES. (*Interviniendo*) — Bueno... ¡como yo la conozco tan poco!...
- DOÑA MARÍA. — ¡Es claro!... si se lo pasa escribiendo en su cuarto... (*En tono de amable reconvención*) Es usted muy poco sociable... pero con nosotras déjese de cumplimento y véngase todos los días a tomar mate...
- LINARES. (*Sonriendo*) — Muchas gracias...
- MORALES. (*A Linares, soltando a reír otra vez*) — Aquí a la vuelta hay una yerba muy rica... apenas se dobla la esquina... (*Acompaña a la palabra el ademán*).
- DOÑA MARÍA. (*Con mucha rabia*) — ¡Gracioso!... ¡serán todos como usted!... ¡que es nuestra señora del Triunfo!... (*Entra la cocinera por el foro y vase por la derecha*).
- PEPA. (*Entrando por la izquierda*) — Ya va a venir Carmen... (*Se sienta aislada a la izquierda y en actitud que revela mal humor*).
- DOÑA MARÍA. (*A Pepa*) — Pero, acercate, mujer... ¿por qué te vas tan lejos?...
- PEPA. (*Malhumorada*) — Déjeme... estoy con dolor de cabeza.
- DOÑA MARÍA. (*A Morales*) — Morales... ¿quiere ver por qué no viene Manuela con el mate?...
- MORALES. — ¡Pero si recién sale!... no tiene tiempo...
- DOÑA MARÍA. (*Insinuante*) — No importa... vaya.
- MORALES. — ¡Pero si recién sale!...
- DOÑA MARÍA. — No importa... ¡hágame el favor!...
- MORALES. — Pero...
- DOÑA MARÍA. (*Sulfurándose*) — ¡Le digo que vaya! (*A Linares en tono confidencial, mientras Morales haciendo un gesto de rabia obedece yéndose por el foro*) Pues esa muchacha me tiene preocupada... fíjese y verá... está pálida... triste...
- LINARES. (*Con aparente ingenuidad*) — Le habrá hecho daño alguna cosa.
- DOÑA MARÍA. (*Impacientándose*) — ¡No, hombre!... ¡no es eso lo que digo!... (*Lo mira con recelo, pero se tranquiliza ante su impasibilidad*) me refiero a cierta clase de preocupaciones... Esta tarde, sin ir más lejos, nos han ido siguiendo dos jóvenes muy bien que la festejan... ¡pues ni por casualidad se ha dado vuelta para mirarlos! (*A Pepa*) ¿Cómo es que se llama el rubio, Pepa?
- PEPA. (*Siempre displicente*) — ¿Qué rubio?
- DOÑA MARÍA. — El de Manuela...

PEPA. (*En igual tono*) — Ruiz... (*Entra Manuela con el mate y se dirige a Linares*).

DOÑA MARÍA. (*A Linares*) — ¿No ve?... Ruiz... Es sobrino del ministro Ruiz.

MANUELA. (*Con ingenuidad a doña María*) — ¿Quién?... ¿el rubio?... ¡no, mama!... lo han criado en la casa... (*Ofrece el mate a Linares*).

DOÑA MARÍA. (*Con fastidio a Manuela*) — ¡Qué sabés vos, mujer!...

MORALES. (*Cruza apresuradamente del foro a derecha mirando el reloj*) — ¡No alcanzo la clase!

DOÑA MARÍA. (*Gritándole*) — ¡No se olvide de lo que me prometió!... (*Morales desaparece por la derecha*).

LINARES. (*Devolviendo el mate a Manuela*) — Muchas gracias, señorita...

MANUELA. (*Con zalamería*) — ¿Estaba a su gusto?... (*Toma el mate*).

LINARES. (*Sonriendo*) — ¡Como de sus manos!

MANUELA. (*Riendo*) — ¡Gracias!... (*Se dirige a salir foro*).

DOÑA MARÍA. (*Que ha observado con malicia la escena*) — ¡Manuela!... (*Manuela se detiene*) Quedate vos... que siga cebando Pepa... (*A Pepa imperiosamente*) Vení, Pepa... seguí cebando... (*Se ha puesto de pie y colocada un poco detrás de Linares hace señas a Manuela indicándole que debe sentarse al lado de éste*).

PEPA. (*Displicente*) — ¿Yo?...

DOÑA MARÍA. (*Terminantemente*) — Sí, vos... (*Pepa de mala gana se dirige al sitio donde ha quedado parada Manuela. Doña María pasando por detrás de Manuela y muy rápidamente mientras la empuja hacia Linares*) ¡Contribuí siquiera con la yerba!... (*Se dirige hacia la izquierda por donde aparece en ese momento Carmen*).

MANUELA. (*A Linares, aproximándosele y entregando al pasar el mate a Pepa que vase por el foro*) — ¡Ah!... me olvidaba de decirle que hoy estuvieron a buscarlo... (*Se le sienta al lado*).

LINARES. — ¿A mí?... ¿quién?... (*Siguen conversando en voz baja. Entra la cocinera por la derecha trayendo unos grandes paquetes y sale por el foro*).

DOÑA MARÍA. (*Secamente a Carmen*) — ¿Por qué has tardado tanto? CARMEN. — Estaba arreglando una ropa...

DOÑA MARÍA. — Encontramos a Rocamora en la calle... ¿No has querido recibirlo?... ¿no?

CARMEN. (*Con fastidio*) — ¡Desde que estaba sola!

DOÑA MARÍA. — ¡Jesús!... ¡ni que te fuera a comer! (*Amenazadora*) Ahora va a venir a tomar mate... cuidado con lo que hacés... ¿eh?

MANUELA. (*A doña María en voz alta y muy admirada*) — ¡Mama!... ¿sabe quién es el joven que estuvo esta mañana?...

DOÑA MARÍA. (*Acercándose a ella mientras Carmen se sienta aislada en el sitio que antes ocupó Pepa*) — ¿Quién?... (*Entra Pepa por el foro con un mate que la da a doña María*).

MANUELA. — Un diputado amigo del señor Linares...

DOÑA MARÍA. (*Haciendo un movimiento de sorpresa y acercándose a Linares*) — ¿Amigo suyo?...

LINARES. — Sí, señora... hemos sido condiscípulos...

DOÑA MARÍA. (*Con ansiedad*) — ¿Pero, entonces usted podría hacreme aumentar la pensión? (*Devuelve el mate a Pepa que vase foro*).

LINARES. — Lo intentaré por lo menos...

DOÑA MARÍA. (*Agitada*) — ¡Pero hombre de Dios!... ¡y no decía usted nada!... (*Llamando a Carmen*) ¡Carmen!... (*A Manuela imperiosamente*) ¡Salí vos de ahí!... andá, seguí cebando mate... (*A Carmen mientras Manuela hace un gesto de contrariedad y vase foro*) ¿Has oído?... el señor Linares va a hacernos aumentar la pensión... expícale bien de lo que se trata... (*La toma del brazo y la quiere sentar en la silla que ha dejado vacía Manuela*) expícale... (*Impaciente viendo que Carmen no se sienta*) ¡Sentate, mujer, sentate!...

LINARES. (*Apresurándose a ponerse de pie viendo la situación violenta de Carmen*) — Tenemos tiempo, señora...

DOÑA MARÍA. (*Alarmada*) — ¿Se va?

LINARES. — Voy hasta mi cuarto a corregir unas pruebas...

DOÑA MARÍA. (*Solicita*) — ¿No necesita que le ayuden?...

LINARES. (*Sonriendo*) — No, señora, no...

DOÑA MARÍA. — Pero se va a ocupar de nosotros... ¿no es cierto que se va a ocupar?... lo ha prometido...

LINARES. — Sí, señora, esté tranquila... (*Saluda y se dirige hacia el foro*).

DOÑA MARÍA. (*Afectuosamente*) — ¡Y no trabaje tanto!... ¡que se puede enfermar!... (*Solicita*) si precisa algo avise... (*Linares sonríe, saluda y vase por el foro*).

DOÑA MARÍA. (*Apresuradamente a Carmen y en tono de súplica*) — ¡Carmencita!... ¿te das cuenta?... ¡es preciso... es preciso que este hombre nos haga aumentar la pensión... yo te lo suplico, Carmencita!

CARMEN. — Pero ¿y qué quiere que yo haga?

DOÑA MARÍA. (*Insinuante*) — ¡Ser de otro modo, mujer!... ¡no ponerle esa cara de vinagre con que ahuyentás a la gente!... ¡sé amable... reíte un poco!... (*Con mucha suavidad*) pero, ¿es posible que alguna vez no entrés en razón?... ¡pensá en tu pobre madre que está enferma y vieja... que pocos años le quedan de vida... y que nada te cuesta complacerla!... ¿lo harás?... ¿no es verdad que lo harás?

CARMEN. (*Confusa*) — Pero si yo no sé qué... (*Por el foro entra Manuela con el mate y doña María se lo toma bruscamente de las manos*).

DOÑA MARÍA. (*Extendiéndole el mate a Carmen*) — Andá... llevale este mate...

CARMEN. (*Protestando*) — Pero, mama... ¡si estará en su cuarto!...

DOÑA MARÍA. (*Tranquilamente y con el brazo estirado*) — ¡Y qué importa! se lo alcanzarás desde la puerta... andá...

CARMEN. (*Resistiendo y sin tomar el mate*) — Pero, mama...

DOÑA MARÍA. (*Imperiosamente*) — Vamos... pronto... andá... (*Carmen no parece decidirse, cuando se presenta por la derecha Rocamora*).

ROCAMORA. — Aquí me tienen ustedes... (*Asomándose después hacia el exterior*). Entrá...

CARMEN. (*Después de echar una rápida ojeada a Rocamora, arrebatándole el mate de las manos a doña María y con mucha resolución*) — ¡Traiga!... (*Vase bruscamente por el foro*).

DOÑA MARÍA. (*Muy amable*) — Adelante... adelante... (*Se dirige hacia Rocamora seguida por Manuela, en tanto que aparece por la derecha un muchacho trayendo al hombro una gran caja de cartón*).

ROCAMORA. (*Al muchacho*) — Dejala allí... (*Señala una silla sobre la que el muchacho deposita la caja*) Andá no más... (*El muchacho vase por la derecha y Rocamora mira después a su alrededor como buscando a alguien, mientras doña María y Manuela observan con curiosidad la caja sin decir nada*).

DOÑA MARÍA. (*Después de un momento de espera*) — Siéntese, pues... lo estábamos esperando... (*Siéntanse los tres personajes y en ese momento aparece por el foro Pepa y se detiene al entrar, contrariada por encontrarse con Rocamora*).

PEPA. — ¡¡¡Oh!!!... (*Vacila entre irse o quedarse*).

DOÑA MARÍA. (*Que la apercibe*) — Entrá... Pepa... entrá...

PEPA. (*De mal talante*) — Buenas tardes... (*Toma asiento en el otro extremo del salón, en el sitio que ocupó antes y adopta una actitud de absoluta indiferencia para el resto de los personajes*).

ROCAMORA. — Me pareció ver a Carmen al entrar...

DOÑA MARÍA. (*Muy amable*) — Ya viene... es que se ha empeñado en prepararle ella misma el mate... ¡está lo más contrariada por no haberlo podido recibir hoy!

ROCAMORA. (*Disimulando su despecho*) — ¡Oh!... ¡qué importa!

DOÑA MARÍA. (*Con zalamería*) — ¡Como en esta casa se le quiere a usted tanto!... ¡todo el día se habla de usted!... Carmen con la sombrilla de anoche está encantada... ¡no sabe qué hacer!... (*Mira disimuladamente a la caja*).

MANUELA. (*Con aspavientos*) — ¡Como que es preciosa!... ¡también tiene usted un gusto!... (*Junta las manos en señal de admiración y mira a la caja*).

ROCAMORA. (*Echándose para atrás*) — ¡Phs!... el hábito... la costumbre...

DOÑA MARÍA. — ¡Ah! ¡eso sí!... ¡todos sus regalos son del mejor gusto!... ¡yo no sé cómo hace usted para elegir tan bien!... (*Quiere mirar a la caja y se contiene*) Siempre lo estamos diciendo... ¿no es verdad, Pepa?

PEPA. (*Desde su sitio y displicente*) — ¿Qué?...

DOÑA MARÍA. (*Expresiva*) — Los regalos de Rocamora... ¡tan bonitos!

PEPA. (*Con displicencia*) — Sí, muy bonitos...

ROCAMORA. (*Tratando de sonreír sin abandonar su importancia*) — Es mi lado flaco... ¡toda la vida me ha dado por los regalos!... (*Con mucho énfasis*) ¡Phs!... al fin es un placer como otro cualquiera... (*A doña María*) ¿no le parece?... ¡Desde que se puede!

DOÑA MARÍA. (*Con muchos aspavientos*) — ¡Ya lo creo!... ¡es lo que

yo siempre digo!... ¡¡se goza regalando!! (*Hace un movimiento con los brazos, como quien tira un montón de cosas por delante*).

[ROCAMORA. (*Mirando hacia el foro y tratando de sonreír*) — Pero... ¿saben ustedes que se hace esperar el mate?

DOÑA MARÍA. (*Con calma*) — Es que debe estar quemando el azúcar... ¡Esta Carmen es tan prolija!...

BARROSO. (*Apareciendo bruscamente por la derecha con un montón de paquetes y deteniéndose al entrar*) — Buenas tardes... (*Ríe imbécilmente*).

DOÑA MARÍA. (*Levantándose bruscamente y precipitándose sobre Barroso*) — ¡Ah! ¿lo traje... justamente iba a mandar para allá... (*Al acercársele en voz baja*) ¡Estamos con un loco!... ¡salga ligero!... ¡ligero!... (*Barroso con cara de susto mira a Rocamora por encima del hombro de doña María y desaparece por la derecha retrocediendo seguido de doña María que sale también*).

ROCAMORA. (*A Manuela*) — ¿Quién es ese hombre?

MANUELA. (*Vacilando*) — No sé... no lo conozco... (*A Pepa*) Pepa, lo conocés vos?

PEPA. (*Displaciente siempre*) — Yo no...

ROCAMORA. (*Con mucha solemnidad*) — Tiene cara de asesino...

MANUELA. (*Fingiéndose asustada*) — ¡Ay!... ¿de veras?... ¿le parece? (*Se pone de pie*).

ROCAMORA. (*Muy grave*) — ¡Por lo poco que he visto no me gusta nada!...

MANUELA. — ¡Pobre mama!... Voy a ver... (*Va a dirigirse a la derecha cuando aparece por ésta doña María*).

DOÑA MARÍA. (*Trayendo en los brazos los paquetes de Barroso y con mucha tranquilidad*) — ¡Estas tiendas están imposibles!... (*Aludiendo a los paquetes*) Unas compras de esta mañana... que recién me las traen... (*A Manuela*) Tomá, Manuela, llevá esas compras para adentro.

MANUELA. (*Que se ha adelantado a recibir los paquetes, en voz baja*) — ¿Qué le dijo?

DOÑA MARÍA. (*Aparte y rápidamente*) — Que era un pariente loco que le daba por pegar. (*Manuela vase con los paquetes por la izquierda y doña María vuelve a su asiento*).

ROCAMORA. (*Muy grave*) — Pues el mate no llega... (*Mira hacia el foro*).

DOÑA MARÍA. (*Con calma*) — ¡Oh! no puede tardar... (*A Pepa*) Pepa... ¿por qué no le recitás a Rocamora esos versos tan bonitos que sabés?

PEPA. (*Sorprendida*) — ¿Yo?

DOÑA MARÍA. (*Muy seria*) — Naturalmente, hija... ¡si recitás muy bien!... vení... ¡dejate de vergüenzas!... (*Pepa la mira asombrada y no sabe si enojarse o no. Termina por hacer un gesto y vuelve a su actitud de indiferencia*).

LINARES. (*Entrando por el foro y dirigiéndose a salir por la derecha*

llevando el sombrero en la mano) — Buenas tardes... (*Vase por la derecha y Rocamora no contesta*).

DOÑA MARÍA. — Buenas tardes... (*A Manuela que aparece por la izquierda y con mucha resolución*) Andá decile a Carmen que venga en seguida... que se deje de tantos preparativos... que no la vamos a criticar. (*Manuela vase por el foro*).

ROCAMORA. (*Secamente*) — Ese joven que salió es el nuevo inquilino... ¿no?...

DOÑA MARÍA. (*Con aparente desdén*) — ¿Ése?... sí, el inquilino...

ROCAMORA. — ¿Cómo se llama?

DOÑA MARÍA. — Linares...

ROCAMORA. — ¿Es argentino?

DOÑA MARÍA. — Creo que sí...

ROCAMORA. — ¿En qué se ocupa?

DOÑA MARÍA. — En nada... escribe... (*Rocamora saca ceremoniosamente una libreta de apuntes y toma nota sin levantar los ojos. Entre tanto entra muy apresurada Manuela por el foro y le dice algo muy rápido en el oído a doña María. Ésta se levanta y vase por el foro, mientras Manuela se sienta en la silla que aquélla deja vacía*).

ROCAMORA. (*Mientras sigue escribiendo*) — ¿Cuántos años tiene?

MANUELA. (*Sorprendida*) — ¿Quién?...

ROCAMORA. (*Dándose cuenta*) — ¡Ah!... (*Continuando el interrogatorio*) ¿Cuántos años tiene el nuevo inquilino?...

MANUELA. — ¿Cuántos le parece?... tendrá veinte y cinco o treinta y cuatro... (*Rocamora escribe*).

ROCAMORA. — ¿Soltero?...

MANUELA. — ¡Naturalmente!...

ROCAMORA. — ¿Sabe leer?...

MANUELA. (*Hace un gesto de ignorancia y después*) — Escribir sabe... (*Rocamora anota*).

ROCAMORA. — ¿Ha estado preso alguna vez?

MANUELA. (*Azorada*) — Yo no sé...

ROCAMORA. (*Guardando la libreta muy ceremoniosamente*) — ¿Cuando hable con él dígame que lo tengo reventado!...

MANUELA. — ¿Por qué?... ¿por qué?... (*Rocamora hace un movimiento con la mano como indicando que hay que darle "tiempo al tiempo"*).

(*Aparece por el foro Carmen con un mate en la mano y seguida por doña María que la viene empujando con disimulo*).

DOÑA MARÍA. (*Triunfante*) — ¿No le decía yo?... ¡empeñada en lucirse con usted!... aquí la tiene... (*Rocamora sin mirar a doña María ni a Carmen y haciéndose el que no nota su presencia, se levanta de pronto y con aire solemne, con la manifiesta intención de producir un golpe teatral, dirigese lentamente al sitio en que está colocada la caja a que antes se ha hecho referencia; la toma después y en actitud majestuosa se aproxima al sitio donde está Pepa y la coloca delante de ella*).

ROCAMORA. (Solemne) — Esto es para usted, Pepa... (Se inclina ceremoniosamente).

PEPA. (Poniéndose de pie bruscamente y con azoramiento) — ¿Para mí?... ¿para mí?...

ROCAMORA. (Tratando de ser lo más suave posible) — Sí... para usted... (Doña María, Carmen y Manuela han permanecido inmóviles a la distancia, presenciando furiosamente la escena. Pepa con una gran nerviosidad abre la caja y saca de ella un lujoso batón que levanta en alto y examina ávidamente).

PEPA. (Con voz un poco temblorosa por la emoción) — ¿Es para mí? ROCAMORA. (Galantemente) — ¡Esto... y todo cuanto usted quiera!...

(Echa una rápida mirada hacia Carmen, lo más disimulada posible).

PEPA. (Con voz emocionada) — Muchas gracias... Rocamora... muchas gracias. (Se aleja unos pasos y se deja caer sobre una silla).

DOÑA MARÍA. (Azorada, a Manuela y mientras Carmen se adelanta con naturalidad hacia Rocamora con el mate en la mano) — ¿Qué quiere decir esto?

CARMEN. (A Rocamora, ofreciéndole el mate) — ¿Quiere un mate, Rocamora?

ROCAMORA. (Haciéndose el sorprendido y aparentando desdenosa indiferencia) — ¡Ah!... ¿es usted Carmen?... (Toma el mate, lo chupa y devolviéndoselo en seguida) Está frío... gracias... (Sin preocuparse más de ella se dirige hacia Pepa, a quien habla en voz baja y con mucha afectación).

DOÑA MARÍA. (A Carmen que pasa hacia el foro llevando el mate) — ¡A las mil maravillas, hija!... ¡Con Linares iba a ser una complicación! (Carmen sonríe y vase por el foro. Doña María se lleva después el dedo a los labios indicando a Manuela que lo que corresponde es guardar silencio, yendo ambas a sentarse juntas en el extremo opuesto, desde donde observan siempre a Rocamora y a Pepa aparentando conversar entre ellas).

PEPA. (A Rocamora en voz baja y emocionada y con mirada tierna) — ¡Fíjese en lo que está diciendo!

ROCAMORA. (Con calor) — ¡Es que es así, Pepa!...

PEPA. (Con voz temblorosa) — ¡No... no es cierto!... ¡me está usted engañando, Rocamora!

ROCAMORA. (Con pasión) — ¡Yo se lo juro!... (Dirige una rápida ojeada al grupo, deseoso de ver si Carmen está presente. Doña María y Manuela que desde un instante antes guardan silencio, se ponen inmediatamente a conversar, disimulando).

PEPA. (Mirando a Rocamora, siempre lánguidamente) — ¿Y entonces... por qué?... (Se detiene).

ROCAMORA. — ¿Qué?...

PEPA. (Con ansiedad) — ¿Por qué todo hacía suponer otra cosa?

ROCAMORA. (Haciéndose el sorprendido) — ¿Otra cosa?

PEPA. (Con ansiedad) — ¿Por qué todo hacía suponer otra cosa?

(Entra Carmen por el foro con el mate y se lo ofrece a doña María).

ROCAMORA. (Después de convencerse con una rápida ojeada de la pre-

sencia de Carmen) — ¡Pero, cómo!... ¿y ha podido creer usted en eso?... *(Con vehemencia y accionando mucho para aparentar gran interés en lo que debe suponer Carmen que está diciendo)* ¡Si yo, Pepa, hace mucho que he deseado vivamente el momento feliz de podersele decir!... *(Rápida mirada a Carmen)* ¡Si he ansiado la oportunidad de poder expresarle todo lo que siento, revelando este secreto, Pepa, que ya no podía contener más tiempo!... Si yo... *(Nueva ojeada a Carmen)* la quiero a usted en silencio desde el primer momento que la vi... *(Carmen recibe el mate de manos de doña María y vase por el foro)* Desde aquella tarde, Pepa, en que entrando usted al registro me pareció que el sol había entrado, que todo era luz, y que por todas partes... *(Rápida ojeada que le permite asegurarse de la ausencia de Carmen, lo que apaga bruscamente su inspiración. Después, sin entusiasmo)* Desde entonces, Pepa...

PEPA. *(Que lo ha escuchado con arrobamiento)* — ¡Ah!... ¡no me engañe, Rocamora!... no me engañe... ¡sería un crimen que me engañara usted!...

ROCAMORA. *(Tendiéndole la mano)* — ¡No diga usted eso!... hasta mañana... *(Recobra su solemnidad habitual)*.

PEPA. *(Tendiéndole la mano)* — Hasta mañana... *(Se pone de pie y lo sigue, mientras Rocamora se aproxima a doña María y a Manuela, que parecen estar muy entretenidas en una conversación que no les permite apercibirse de nada)*.

ROCAMORA. *(Solemnemente a doña María)* — Me voy, señora...

DOÑA MARÍA. *(Haciéndose la sorprendida)* — ¡Ah!... ¡tanto gusto, Rocamora!... *(Le da la mano)*.

ROCAMORA. — Adiós, Manuela... *(Se dirige hacia la derecha y de pronto dase vuelta y con afectación mira a los lados. Después, aparentando indiferencia)* No, nada... es que no me acordaba si estaba Carmen aquí... *(Saluda ceremoniosamente y vase. Inmediatamente después de salir Rocamora doña María y Manuela corren hacia la caja que contiene el batón, al que comienzan entre las dos a examinar nerviosamente. Entre tanto Pepa ha quedado en pie cerca de la puerta derecha, con la vista fija en el suelo y revelando una profunda preocupación)*.

PEPA. *(Después de un momento de silencio y con la cara resplandeciente de felicidad)* — ¡Ay!... mama... mama... ¡qué contenta estoy!...

DOÑA MARÍA. *(Preocupada de examinar el batón)* — ¡Y tenés razón!... ¡Porque es precioso!

MANUELA. *(Ocupada de lo mismo)* — ¡Lindísimo!...

PEPA. *(Con voz desfallecida)* — ¡No!... mama... no... ¡no es eso!... *(Se deja caer sobre una silla y a pesar de tener la cara sonriente y expresando gran contento, se lleva el pañuelo a los ojos para contener las lágrimas que de ellos brotan)*.

DOÑA MARÍA. *(Después de mirarse con Manuela demostrando asombro, se acerca unos pasos seguida de ésta)* — ¡Qué tenés?... *(Pepa sin*

contestar apoya la cabeza sobre los brazos y llora en silencio, lo que hace detenerse a la distancia a doña María y a Manuela, que revelan estupor. Después Manuela quiere precipitarse sobre Pepa y doña María la detiene con el brazo extendido) ¡Dejala!... ¡ni cuando murió su padre la había visto llorar!...

ACTO TERCERO

La misma decoración del acto anterior. Se oye la voz de doña María que gradualmente viene aproximándose y llamando a Manuela.

DOÑA MARÍA. (*Apareciendo por el foro*) — ¡Manuela! (*Haciendo un gesto al ver aparecer a Manuela por la izquierda*) ¡Al fin, mujer! ¿De dónde salís. Desde hoy te estoy llamando...

MANUELA. — No la he oído. Estaba en el balcón.

DOÑA MARÍA. — ¿Pero vos te lo pasás todo el día en el balcón?

MANUELA. (*Sonriendo*) — ¡Está en la esquina el morocho gordo!

DOÑA MARÍA. (*Remedándole la voz*) — ¡El morocho gordo! (*En tono desdeñoso*) ¡Bonito mamarracho!...

MANUELA. (*Con fastidio*) — ¡Oh! ¿Y qué quiere que yo le haga si no hay otro? ¡Qué fastidio! ¡Siempre con lo mismo!

DOÑA MARÍA. — Bueno. Andá ayudá a tu hermana Pepa...

MANUELA. — ¿Dónde está?

DOÑA MARÍA. — Amasando las tortas fritas que le prometió a Rocamora. Andá a ayudarla. (*Manuela vase por el foro y Doña María se dirige hacia la izquierda*) ¡Carmen! (*Repitiendo el llamado*) ¡Carmen! (*Golpean las manos a la derecha y entonces doña María se dirige hacia ella*) ¡Adelante! (*Aparece por la derecha Genaro*) ¡Ah! ¿Sos vos? ¿Qué hay?...

GENARO. — Dice el señor Barroso que conforme despache a un cliente que lo está embromando, va a venir a tomar mate..

DOÑA MARÍA. — Bueno. Decile que lo esperamos... y que no se olvide de lo que prometió. (*Hace ademán de despedir a Genaro, pero éste parece indeciso y no se va*). ¿Qué esperás?

GENARO. (*Vacilando*) — ¿Y la niña Carmen? (*Levantándose sobre la punta de los pies mira hacia la izquierda por sobre el hombro de doña María*).

DOÑA MARÍA. — ¿Qué querés con Carmen?

GENARO. (*Resolviéndose*) — Es que me dijo que a escondidas le diera esto. (*Con mucho trabajo saca del pecho un ramito de violetas que trae oculto*).

DOÑA MARÍA. (*Tomándolo*) — ¿Violetas?... Bueno... Lo mismo es... Andate. (*Genaro desaparece por la derecha y doña María se aproxima a la puerta de la izquierda mientras huele desdeñosamente el ramito*). ¡Papanatas! (*Asomándose por la puerta izquierda*) ¡Carmen! (*Aparece Carmen por la izquierda*). ¿No has oído que te llamaba?

CARMEN. (*Con suavidad*) — Estaba vistiéndome...

DOÑA MARÍA. (*Extendiéndole el ramito*) — De parte de Barroso. (*Carmen sin decir nada, toma el ramito, lo arroja a la distancia y queda impasible mirando a doña María, que a su vez sin enojarse y con toda calma, se acerca a recogerlo y lo vuelve a tirar hacia el exterior por la puerta izquierda*). Tiralo por lo menos adentro... para que cuando venga no lo vea. (*Volviendo hacia Carmen, con naturalidad*) ¿No le has preguntado a Linares si necesita algo?

CARMEN. — No, mama. Tenía la pieza cerrada...

DOÑA MARÍA. (*Con naturalidad*) — Golpeale la puerta. ¡Andá!...

CARMEN. (*Con impaciencia*) — Pero ¿para qué?

DOÑA MARÍA. (*Imperativa*) — ¡Te digo que vayás! ¡Qué tanta pregunta!

CARMEN. (*Suplicante*) — Pero, oiga mama, oiga. Me está usted haciendo hacer cosas que al mismo Linares le chocan! (*Ante un movimiento de impaciencia de doña María*) ¡Si no es para que se enoje! Pero... escuche... ¡haga el favor!... ¡escuche! (*Doña María parece resignarse a escuchar*). Durante estos últimos quince días he estado yendo a su pieza a cada rato. ¡Y siempre con pretextos ridículos! ¿Usted cree que él mismo no se da cuenta? ¡Si me lo dice, mama! ¿Sabe lo que me dijo ayer? ¡Qué me tenía lástima!

DOÑA MARÍA. — ¿Lástima? ¿Y por qué te va a tener lástima?

CARMEN. — ¡Porque ve! ¡Porque comprende! Porque no es como los otros, mama. ¡Eso es lo que usted no quiere entender!

DOÑA MARÍA. (*Desdeñosamente*) — ¡Pues no sé lo que tenga de distinto a los demás! Lo que es a mí, hijita, me parece igual a todos...

CARMEN. (*Con convicción*) — ¡Oh! ¡No es lo mismo! (*Mueve la cabeza para uno y otro lado*).

DOÑA MARÍA. (*Con desdén*) — ¡Bah! (*Maliciosamente*). ¿Te ha dicho algo?

CARMEN. — ¿Algo de qué? (*Doña María sonríe con malicia y Carmen comprendiendo hace una señal negativa con la cabeza*).

DOÑA MARÍA. (*Incrédula*) — ¿No te ha hecho el amor? (*Con sorpresa ante otra señal negativa de Carmen*) ¿No?...

CARMEN. — No... Y precisamente por eso le estoy agradecida...

DOÑA MARÍA. (*Desconcertada*) — Pues, hijita... ¡no entiendo! (*Incrédula*) Pero, entonces... ¿cómo se ha ocupado del asunto de la pensión? Ya ves: en sólo quince días ya tiene el despacho favorable...

CARMEN. — ¿Y eso qué tiene que ver? ¿No le digo que es distinto a los demás? (*Doña María hace con la cabeza una señal de incredulidad*) Ya ve... usted se ha empeñado en que yo copie los originales que escribe. ¡Yo! ¡mama!... ¡con mi pobre letra!... ¡imagínese qué haré! Pues él no me dice nada. Me deja hacer. Pero estoy segura que lo único que se propone es que aprenda a escribir. ¡Para eso sirven mis copias!...

DOÑA MARÍA. (*Sin dejarse convencer*) — Sí... Pero muy bien que de esa manera hemos conseguido que se tome interés por nosotras...

CARMEN. — Hubiera hecho lo mismo sin necesidad de estas cosas...

DOÑA MARÍA. — ¡Eso no lo sabemos! (*En otro tono*) Y como ahora es preciso que se trate el asunto por la Cámara... dejate de zonceras. (*Empujándola suavemente*) ¡Y andá, hijita, andá!...

CARMEN. (*Queriendo resistir*) — Pero, escuche, mamá...

DOÑA MARÍA. (*Perdiendo la paciencia e imperiosamente*) — ¡Te digo que vayás! (*Carmen hace un gesto de resignación y vase por el foro. Aparece Petrona por la derecha*).

PETRONA. (*Corriendo a abrazar a Doña María y muy contenta*) — ¡Ahora va a venir!...

DOÑA MARÍA. (*Con extrañeza*) — ¿Quién?...

PETRONA. (*Alarmada*) — ¿Cómo quién? ¡Mi novio! (*Con ansiedad*) ¿Qué, no le dijo nada Manuela?

DOÑA MARÍA. (*Recordando*) — ¡Ah, sí! ¡Ni me acordaba!

PETRONA. (*Volviendo a recuperar la alegría*) — Está en la esquina y espera una seña desde el balcón. (*Se frota las manos de contenta*).

DOÑA MARÍA. (*Recapacitando*) — Despacio... despacio y vamos a cuentas. Quiere decir que vos tenés un novio y que, con el pretexto de venir a coser con las muchachas, querés verte aquí con él. ¿No es eso?

PETRONA. — Sí pues... Sin que mamá sepa nada...

DOÑA MARÍA. (*Categorica y resolviendo el punto*) — Pues, no puede ser...

PETRONA. (*Angustiada*) — ¿No?, ¿por qué?

DOÑA MARÍA. — Porque me va a meter en un lío con tu madre. Y yo no quiero líos...

PETRONA. (*Afligida*) — ¡Tía! ¡Si usted lo conociera! ¡Es tan decente! ¡Tan bueno!

DOÑA MARÍA. (*Desconfiada*) — Y, entonces. ¿por qué no lo quiere tu madre?

PETRONA. — ¡Por nada! ¡Por capricho!...

DOÑA MARÍA. — ¿En qué se ocupa?...

PETRONA. — Es de un diario...

DOÑA MARÍA. (*Con un poco más de interés*) — ¡Ah! ¿periodistas?... (*Marcando el interés*) ¿No sabés si escribe en la "vida social"?...

PETRONA. — Eso no sé...

DOÑA MARÍA. (*Después de meditar un momento*) — No, hija, no... ¡no puede ser! (*Da por terminada la conversación, pero Petrona va a insistir, cuando aparece por el foro Pepa trayendo una fuente con tortas y seguida por Manuela*).

PEPA. (*Riendo*) — ¡Ya no hay más que freírlas! (*Mostrando la fuente*) ¡Mire qué lindas! (*Manuela ha corrido hacia Petrona y ambas conversando animadamente se dirigen hacia la izquierda y de pronto, como si hubieran tomado una brusca resolución, salen por ésta, corriendo*).

DOÑA MARÍA. (*A Pepa, examinando las tortas*) — Muy bien, muy bien. Cuidado con quemarlas ahora...

PEPA. (*Riendo*) — ¡Qué esperanza! ¡Ya va a ver! (*Se dirige hacia el foro*) ¡De chuparse los dedos!...

DOÑA MARÍA. (*Antes de que llegue a salir*) — ¿Y Carmen?

PEPA. (*Deteniéndose*) — Conversando con Linares. (*Resolviéndose de*

pronto a volver) — ¡Ah! Desde hace días quería decírselo. Me parece que Linares se ocupa demasiado de aconsejar a Carmen. ¡Quién sabe qué cosas le está metiendo en la cabeza!...

DOÑA MARÍA. — ¿Aconsejarla? ¿Qué le aconseja?

PEPA. — Ayer al pasar oí que le decía que aunque se lo mandasen no debía hacer eso...

DOÑA MARÍA. — ¿Qué?

PEPA. — ¡Ah! ¡Yo no sé de lo que estarían hablando!...

DOÑA MARÍA. (*Con despreocupación*) — ¡Bah! ¡bah! Dejate de pavadas. Y a ver si te apurás con las tortas...

PEPA. — ¡Oh! en seguida están. Ya verá. (*Vase por el foro, mientras entran corriendo por la izquierda Manuela y Petrona*).

MANUELA. (*Riendo*) — ¡Ahí sube!

DOÑA MARÍA. — ¿Quién?...

PETRONA. — ¡Mi novio!...

MANUELA. — ¡El novio!...

DOÑA MARÍA. (*Con enojo*) — ¿Qué? ¿Y por qué han hecho eso?...

PETRONA. (*Abrazándola*) — ¡Sí, tía, sí! ¡No sea mala!

PÉREZ. (*Apareciendo por la derecha y deteniéndose al entrar en actitud encogida*) — Servidor. (*Da vuelta el sombrero entre las manos*).

PETRONA. (*Entusiasmada*) — ¡Entrá!... (*Corrigiéndose*) Entre...

entre... (*Señalando a doña María*) Esta señora es mi tía...

PÉREZ. (*Volviéndose a saludar desde lejos y siempre cohibido*) — Mucho gusto...

DOÑA MARÍA. (*A Petrona y con fastidio, después de haber estado observando a Pérez curiosamente*) — ¿Éste es tu novio?

PETRONA. — Sí, tía. (*A Pérez, con impaciencia, comprendiendo que su empaque lo está perjudicando*) ¡Pero, entre, hombre entre! (*Pérez adelanta un paso*).

DOÑA MARÍA. (*Con retintín*) — ¿Con que usted es periodista?

PÉREZ. (*Con dejo de compadre*) — Por lo menos de la familia. ¡Soy tipógrafo!

DOÑA MARÍA. (*Dirigiendo una furibunda mirada a Petrona*) — ¡Ya decía yo!

PÉREZ. (*En igual forma*) — Y en mis ratos desocupados me dedico a la fotografía. ¡Tengo gran afición!...

DOÑA MARÍA. (*Sin oírlo bien, tratando de asumir una actitud digna*) — Pues lo que ustedes pretenden es imposible. Si mi cuñada se opone a las relaciones de ustedes no es justo que yo las favorezca. Al fin es la madre y tiene derecho. Así que, ya saben. (*Hace un movimiento con el brazo señalando la salida*).

PETRONA. (*Angustiosamente*) — ¡Tía! ¡tía! (*La abraza*) ¡Por favor!...

MANUELA. (*Suplicante*) — ¡Déjelos, mama!...

DOÑA MARÍA. (*Con energía*) — ¡No y no! ¡Sería faltar a mi deber!... (*Hace un ademán majestuoso*).

PÉREZ. (*Socarrón*) — ¿Y no me permitirá siquiera que les forme un grupo?

MANUELA. (*Saltando de alegría*) — ¡Sí, mama, un grupo!

DOÑA MARÍA. (*Con extrañeza*) — ¿Grupo? ¿Grupo de qué?

PÉREZ. — Un retrato, señora. ¡No le digo que soy un gran aficionado! Me vengo con la maquinita... y en un momento... ¡zás! ¡En todas las posturas!

DOÑA MARÍA. (*Agradablemente sorprendida*) — ¡Cómo! ¿Nos puede retratar?...

PÉREZ. (*Riendo*) — ¡Ya lo creo! ¡Mejor que Vicón!

PETRONA. (*Con aspaviento*) — ¡Si viera qué bien, tía!...

DOÑA MARÍA. (*Animándose*) — ¡Ah!, eso sí. ¿Por qué no? (*Con arranque*) ¡Pero, entonces, hombre! ¿A qué salió con la pavada de tipógrafo? ¡Hubiera empezado por ahí... por lo del grupo!...

PETRONA. (*Apresuradamente*) — ¡Venite mañana a las tres!

DOÑA MARÍA. (*En tono de reproche*) — ¡Niña! ¿Qué es eso?...

PETRONA. (*Muy compungida y corrigiéndose*) — Venga si puede, a las tres...

PÉREZ. (*Riendo*) — ¡Aquí estaré con la maquinita! ¡Vayan pensando en las posturas! (*Saluda con la cabeza y va a salir*).

DOÑA MARÍA. (*Con mucho interés*) — No vaya a olvidarse, ¿eh?...

PÉREZ. (*Riendo*) — ¡Qué esperanza! ¡Bueno fuera! (*Vase por la derecha contoneándose compadronamente*).

DOÑA MARÍA. (*Después de salir Pérez, con naturalidad, a Petrona*) — Hija... has tenido una buena idea. (*Transición*) Acompañenme a matar el grillo que estuvo gritando anoche. Vamos a echar agua en el zócalo...

MANUELA. (*Adelantándose, mientras doña María y Petrona se dirigen hacia la izquierda*) — ¡Voy primero un ratito al balcón! (*Vase por la izquierda, corriendo*).

PETRONA. (*Abrazando bruscamente a Doña María*) — ¡Cuánto la quiero! ¡Qué buena es usted! (*Demuestra una gran nerviosidad*).

DOÑA MARÍA. (*Separándola con fastidio*) — ¡Dejate de pavadas! (*Ambas vanse por la izquierda. Aparece Rocamora por la derecha y lo sigue un muchacho trayendo unas cajas*).

ROCAMORA. (*Al muchacho, después de cerciorarse que no hay nadie*) — Esperame afuera. (*El muchacho vuelve a salir por la derecha llevándose las cajas*).

CARMEN. (*Aparece por el foro y se detiene sorprendida al encontrar a Rocamora*) — ¿No saben que está usted aquí? (*Apresuradamente*) Voy a avisarles... (*Hace ademán de salir por la izquierda*).

ROCAMORA. (*Adelantándose bruscamente*) — ¡Oiga, Carmen! (*Carmen se detiene*) ¿Continúa usted pensando lo mismo?...

CARMEN. (*En tono de amenaza, pero conteniendo la risa*) — Se lo cuento a Pepa, ¿eh? (*Lo amenaza con el dedo*) No continúe...

ROCAMORA. (*Con despecho*) — Déjese usted de Pepa y conversemos, ¿quiere?...

CARMEN. (*Siempre en tono de cómica amenaza*) — A la primera palabra voy y se lo digo todo. (*Señala hacia el foro*).

ROCAMORA. — No. No hará usted eso...

CARMEN. (*Riendo*) — ¿Qué no? ¡Lo va usted a ver! (*Hace ademán de salir por el foro*).

ROCAMORA. (*Alarmado*) — ¡Oiga, Carmen, oiga! (*Carmen se detiene y Rocamora queda un tiempo silencioso, mirándola fijamente*) ¡Qué buen humor tiene usted ahora! Desde hace pocos días la he visto reír por primera vez!...

CARMEN. (*Entre serie y risueña, suspirando con fuerza*) — ¡Oh! ¡Rocamora! ¡Es que usted no puede darse cuenta de lo que significa verse libre de usted! Ahora la tengo a Pepa. ¡Cuidado!...

ROCAMORA. (*Con amargura*) — Otras causas deben haber también. La noto a usted muy distinta...

CARMEN. (*Un tanto confusa*) — ¿A mí? ¡Vaya! (*Transición*) Bueno... mire que Pepa le ha prohibido conversar conmigo, ¿eh? ¡Ahora no más viene! (*Mira hacia el foro*).

ROCAMORA. (*Mirando al foro también y con cierta alarma*) — Sí. No avise nada. Volveré más tarde. *Asuspira con fuerza y retrocede unos pasos hacia la derecha*.

CARMEN. (*Burlonamente*) — Hasta luego, entonces...

ROCAMORA. (*Deteniéndose antes de salir y queriéndola tentar*) — ¡Si viera usted qué encajes más bonitos traigo ahí! (*Señalando hacia la derecha*) ¡Son una maravilla!...

CARMEN. (*En tono burlón*) — Déselos a Pepa...

ROCAMORA. (*Con pasión y avanzando otra vez*) — ¡Carmen! ¡Carmen!...

CARMEN. (*Dándose rápidamente vuelta hacia foro, gritando*) — ¡Pepa! ¡Pepa!...

ROCAMORA. — ¡No! ¡no!... (*Vase bruscamente por la derecha y Carmen queda riéndose. Entra por la izquierda Doña María, seguida de Petrona*).

DOÑA MARÍA. — ¿Qué grito ha sido ése? (*Transición al apercibirse de la risa de Carmen*) — Che, che, che... ¿te estás riendo sola? (*Mira a los lados*) ¡Avisá!

CARMEN. (*Conteniéndose, pero siempre risueña*) — Llamaba a Petrona. (*A Petrona*) — Dice Pepa que vayas a ayudarle a sacar las tortas. No quiere que yo las toque. (*Petrona vase por el foro*).

DOÑA MARÍA. (*A Carmen*) — ¿Y Linares?

CARMEN. (*Abandonando el aire risueño*) — Está en su cuarto...

DOÑA MARÍA. — ¡Pero, hombre! ¿Te aburriste tan pronto?

CARMEN. (*Secamente*) — ¿Y qué quiere que hiciera? Se ha puesto a escribir. (*Con imperceptible despecho*) ¡Ya sabe que todo el día escribe! (*Aparece Morales por la derecha*).

MORALES. (*Secamente*) — Buenas tardes. (*Se dirige hacia el foro*).

CARMEN. (*Afablemente*) — Buenas tardes, Morales... (*Sonriendo*) ¿Qué significa ese aire tan grave? ¿Qué le pasa?

MORALES. (*Volviéndose, para encararse con doña María*) — ¿Y qué significa, señora, ese aumento de dos pesos en el alquiler de la pieza, que me ha notificado esta mañana Pepa?...

DOÑA MARÍA. (*Con naturalidad*) — ¿Cómo qué significa? ¡Que se le aumentan dos pesos! ¿Y de ahí?...

MORALES. — ¡Pero es un aumento ridículo, señora!...

DOÑA MARÍA. (*Con sorna*) — Si lo encuentra tan ridículo, le aumentaremos diez. ¿Qué le parece?...

MORALES. (*Con tristeza, avanzando hacia el foro, después de dirigir una mirada a Carmen*) — Lo que me parece es que usted abusa contando con que me he de callar. ¡Si así no fuera! (*Va a salir*).

DOÑA MARÍA. (*Insinuante*) — Vaya... Le propongo un trato...

MORALES. (*Deteniéndose*) — ¿Qué trato?

DOÑA MARÍA. — En lugar de pagar dos pesos a fin de mes... pague uno adelantado.

MORALES. (*Después de vacilar un momento y haciendo un gesto de fastidio*) — ¡Phs!... En definitiva, ¡qué me importa! (*Mete la mano al bolsillo y va a sacar dinero*).

DOÑA MARÍA. (*Deteniéndole con un ademán*) — No. Déselo a Pepa no más. (*Morales vase por el foro*).

CARMEN. (*En tono de reproche, después de salir Morales*) ¿Y por qué han hecho eso, mama? ¡Pobre Morales!...

DOÑA MARÍA. (*Con naturalidad*) — Vos, callate. ¡No ves que es para las tortas!...

MANUELA. (*Entrando por la izquierda y muy desconsolado*) — ¿Qué rabia!... ¡No ha vuelto el morocho!...

PETRONA. (*Apareciendo por el foro*) — ¡Ya están las tortas ¡Riquísimas!

BARROSO. (*Apareciendo por la derecha y riéndose*) — ¡Aquí estoy yo!...

DOÑA MARÍA, MANUELA, PETRONA. (*Saliendo a su encuentro*) — ¡Barroso! ¡Señor Barroso! ¡Qué suerte! ¡Tanto gusto! (*Apretones de mano. Carmen, aprovechando la confusión, intenta desaparecer por el foro, pero es apercebida por doña María*).

DOÑA MARÍA. (*Imperiosamente*) — ¡Carmen! (*Carmen se detiene cerca del foro*).

BARROSO. (*Adelantándose hacia Carmen*) — ¿Cómo está Carmencita? (*Le da la mano*).

PEPA. (*Entrando por el foro y extendiéndole la mano a Barroso*) — Tanto gusto, Barroso. (*A Carmen, con malicia*) ¡Ahí está! ¿Cómo decías que no había de venir?...

CARMEN. (*En tono de protesta*) — ¡Yo no he dicho nada!

DOÑA MARÍA. (*Interviniendo, rápidamente*) — ¡Eso es! Disimulá ahora! (*A Barroso*) No le crea. Desde hoy no hace otra cosa que mirar el reloj...

BARROSO. (*Conmovido y acercándose más a Carmen*) — Muchas gracias, Carmen, muchas gracias...

CARMEN. (*Impetuosamente*) — Pero si yo... (*Con aire resignado se calla, al apercebirse de las señas desesperadas que le hace doña María*).

MANUELA. (*Desde lejos*) — Aquí. Siéntese aquí, Barroso. (*Le prepara una silla. Barroso se aproxima y doña María, Pepa y Petrona ro-*

deándolo le siguen. Carmen se dirige hacia el otro extremo del escenario).

DOÑA MARÍA. (*A Barroso, mientras van hacia Manuela*) — ¡Dos días sin venir! ¿Qué le había pasado?...

BARROSO. (*Riendo*) — ¡Los clientes, señora... los clientes me tienen loco!...

PEPA. — Pero, hombre, hágase negar. ¡No faltaba más!...

MANUELA. — ¡Es claro! Dígales que no está. (*Mostrándole la silla*)
Siéntese. (*Obedece Barroso y a un lado se le sienta doña María y al otro va a sentarse Manuela*).

PEPA. (*Encarándose con Manuela*) — Dejame a mí ahí...

MANUELA. (*Sentándose*) — No quiero...

PEPA. (*Sulfurándose*) — ¡Te digo que me dejés!...

DOÑA MARÍA. (*Con tono de reproche*) — ¡Pepa!...

PEPA. (*Reaccionando y poniéndose a reír*) — Bueno, bueno... no quiero enojarme. (*Va a sentarse en otro sitio*).

DOÑA MARÍA. (*Levantándose de su silla al notar que Carmen ha ido a sentarse al otro extremo*) — Carmen, sentate acá. (*Se aproxima a Carmen y ésta parece que quiere resistirse, pero ante la mirada amenazadora de doña María obedece y cambia de asiento con ella*).

PEPA. (*Iniciando la conversación*) — ¡Pues lo hemos extrañado mucho!

BARROSO. (*Riendo*) — Muchas gracias...

MANUELA. (*Señalándole un diente*) — Va a tener que arreglarme este diente...

BARROSO. (*Riendo*) — ¡Cuando quiera!...

PETRONA. (*Apresuradamente*) — Y a mí, Barroso...

BARROSO. (*Riendo*) — ¡Como no!...

PEPA. — Mi emplomadura se me ha aflojado...

DOÑA MARÍA. (*Agriamente*) — ¡Ah!, eso quería decirle... La mía también, ¿sabe? (*En tono de reconvención*) ¡Parece mentira, hombre! ¡Después de darle a una tanto trabajo!...

BARROSO. (*Riendo*) — ¡Qué le vamos a hacer! (*A Carmen*) ¿Y usted, Carmencita?...

CARMEN. — Yo no necesito nada...

BARROSO. (*Compungido*) — ¡Qué lástima!...

CARMEN. (*Riendo*) — Muchas gracias...

BARROSO. (*Confundido*) — No... Si digo no más...

DOÑA MARÍA. (*Haciendo como que contiene la risa*) — ¿Lástima, dice?... ¡Ja! ¡ja! ¡ja! ¡Qué Barroso éste!... ¡Siempre tan gracioso!...

BARROSO. (*Cada vez más confundido*) — ¿Yo? No, señora... Si es que...

DOÑA MARÍA. (*Apresuradamente*) — ¡Cállese, buena pieza! ¡Si ya sabemos lo pícaro que es usted! ¡Ja! ¡ja! ¡ja! (*Pepa, Manuela y Petrona acompañan en las risas a doña María hasta que Barroso toma el partido de reírse también, festejándose ruidosamente las buenas ocurrencias del dentista. Doña María cesando de reír bruscamente y con tono imperativo*) Pepa, andá a preparar el mate. (*A Manuela, mientras Pepa vase por el foro*) Y vos traeme un pañuelo.. (*A Petrona, mientras Manuela vase por la izquierda*) Decile a la cocinera si se

- acordó de lo que le dije. (*A Barroso, mientras Petrona vase por el foro*) Con permiso, ya vuelvo. (*Vase, majestuosamente, por el foro*).
- BARROSO. (*A Carmen, después de quedar solos y poniendo los ojos en blanco*) — ¡Carmen! (*Carmen no contesta*) ¡Carmencita!...
- CARMEN. (*Con abatimiento*) — ¿Qué?...
- BARROSO. — ¡Yo la amo, Carmen!...
- CARMEN. (*Con suavidad*) — Y ya le he dicho que yo no, Barroso. ¿Por qué insiste? ¡Dése cuenta! ¿Qué saca con insistir?...
- BARROSO. (*Afligido*) — ¡Pero es preciso! Ya ve: su mamá quiere... sus hermanitas quieren... yo también quiero...
- CARMEN. (*Con una leve sonrisa*) — ¡Pero yo no!...
- BARROSO. (*Confuso*) — ¿Y entonces, cómo hacemos?
- CARMEN. (*Riendo*) — ¡Qué sé yo!
- BARROSO. (*Después de un momento de silencio y tomándole bruscamente una mano*) — ¡Es que yo la amo! ¡La amo!...
- CARMEN. (*Poniéndose violentamente de pie*) — ¡No sea zonzos! ¿eh?...
- BARROSO. (*Afligido y poniéndose de pie también*) — ¿La he ofendido? (*Carmen parece que va a decir algo, pero se contiene*) Si la he ofendido, perdóneme... Pero yo...
- CARMEN. (*Apaciguándose y resignada*) — Bueno, basta. (*Se sienta*) Siéntese.
- BARROSO. (*Sentándose a su vez y después de un instante de silencio*) — ¿Por qué yo la amo? (*Carmen lo mira y no puede menos de sonreír ligeramente*) ¡Se ríe! ¡Se ríe! ¡Ja! ¡ja! ¡ja! (*dándole un golpecito sobre el hombro*) ¡Así me gusta! ¡Ja! ¡ja! ¡ja!
- CARMEN. (*Indignada y poniéndose bruscamente de pie*) — ¡Le he dicho que no me toque!...
- BARROSO. (*Afligido y poniéndose de pie a su vez*) — ¿Le he ofendido?...
- CARMEN. (*Con rabia*) ¡Imbécil! (*Con repentina resolución corre hacia el foro y asomándose por él*) ¡Mama! ¡Mama!...
- BARROSO. (*Suplicante y aproximándose*) — Pero, escuche, Carmen, escuche...
- CARMEN. (*Sin atenderlo y a gritos*) — ¡Mama! (*Con voz vibrante de ira a doña María que aparece por el foro*) ¡Quédese usted si quiere! ¡Porque yo me voy! (*Desaparece violentamente por la izquierda*).
- DOÑA MARÍA. (*A Barroso, después de presenciar sorprendida, la salida de Carmen*) — ¿Qué ha pasado?
- BARROSO. — Yo no sé... Yo no le he hecho nada... ¡No le he hecho nada!... (*Se besa los dedos en cruz*).
- DOÑA MARÍA. (*Con calma*) — Sí, hombre, sí. Usted no necesita jurar. Siéntese. (*Se sientan ambos*).
- MANUELA. (*Entrando por la izquierda y a Barroso, mientras entrega a doña María un pañuelo que trae en la mano*) — Ahí acaban de salir de su casa dos señoras, muy paquetas. Las vi desde el balcón...
- BARROSO. (*Riendo*) — Sí, las clientas... ¡Me tienen loco!...
- DOÑA MARÍA. (*A Manuela, después de haber mirado con curiosidad el pañuelo*) — ¿Y para qué me das esto?
- MANUELA. (*En tono de reproche*) — Pero, mama... El pañuelo que me pidió...

DOÑA MARÍA. (*Dándose cuenta*) — ¡Ah!, ¡es cierto! (*Se suena gravemente la nariz. Entra Pepa por el foro*).

PEPA. — Barroso... la cocinera tiene dolor de muelas... ¿Tendría inconveniente en verla?

BARROSO. (*Poniéndose de pie y riendo*) — Con mucho gusto...

PEPA. (*A Manuela*) — Acompañá a Barroso, Manuela...

MANUELA. (*A Barroso*) — ¿Vamos? (*Manuela y Barroso desaparecen por el foro*).

PEPA. (*Apresuradamente a doña María*) — Ahora no más viene Rocamora... ¡Voy a vestirme ligero! (*Vase por la izquierda*).

DOÑA MARÍA. (*Gritándole*) — ¡Decile a Carmen que venga! (*Oyendo golpear las manos hacia la derecha, en alta voz*) ¿Quién es? (*Después de un momento de espera, viendo que no contestan, se dirige hacia la derecha y se asoma por ella*) ¿Qué se le ofrece? (*Impaciente*) ¿Qué se le frunce, hombre? (*Vase por la derecha haciendo un gesto de fastidio y al cabo de un instante entra leyendo un papel que trae en la mano*) La demanda del almacenero. (*Desdeñosamente*) ¡Bah! (*Hace una pelota con el papel y la tira en un rincón. Aparece Linares por el foro*).

LINARES. (*Con cierta nerviosidad*) — ¿Y Carmen, señora? (*Mira a los lados como buscándola*).

DOÑA MARÍA. (*Muy amable*) — Ahí está. ¿Qué necesita?...

LINARES. (*Vacilando*) — Es para pedirle que me haga unas copias. ¿Quiere hacer el favor de decirle que cuando se desocupe venga un momento por mi cuarto?

DOÑA MARÍA. — ¡Cómo no! (*Gritando hacia la izquierda*) ¡Carmen!... (*Después a Linares*) ¿Y mi asunto, señor Linares? ¿Cómo va?

LINARES. (*Distraídamente*) — Esta semana quedará despachado...

DOÑA MARÍA. (*Muy gozosa*) — ¿De veras? ¡Oh! ¡Cuánto se lo vamos a agradecer! No se imagina todo lo que se lo vamos a...

LINARES. (*Que está preocupado y no parece haberla oído siquiera*) — ¿Ese que está adentro es el dentista, no?

DOÑA MARÍA. — Sí, Barroso... ¿Por qué?

LINARES. (*Nerviosamente*) — ¿Hace mucho que vino?

DOÑA MARÍA. — No, recién llega. (*Apresuradamente*) ¿Qué?... ¿Precisa algo? Es muy buen amigo y no hay más que decírselo. (*Hace ademán de arrancar un diente*).

LINARES. — No, gracias. (*Transición*) Le ruego que no se olvide de prevenirle a Carmen que la espero, ¿eh?...

DOÑA MARÍA. — ¡Oh! En seguida. (*Asomándose por la izquierda, mientras Linares vase por el foro*) ¡Carmen! ¡El señor Linares pregunta por vos! (*Aparece Carmen por la izquierda*).

CARMEN. — ¿Dónde está Linares? (*Lo busca con la mirada, mientras doña María la contempla con visible irritación*).

DOÑA MARÍA. (*Con furor contenido*) — ¿Por qué no venías? (*Con creciente irritación, ante el silencio de Carmen*). ¡Te prevengo que me estás quemando la sangre! (*Sacudiéndole el brazo*) ¿Qué es lo que te has creído vos?

CARMEN. (*Con energía, separándose de ella, bruscamente*) — ¡Déjeme! (*Mirándole de frente*) ¡Ya le he dicho que no quiero que me ponga las manos encima!

DOÑA MARÍA. (*Con furor reconcentrado*) — ¡Carmen! ¡Carmen!...

CARMEN. (*Con resolución y mirándola de frente*) — ¡Y sépalo una vez por todas! ¡Esto se acabó! ¡Se acabó para siempre!...

DOÑA MARÍA. (*Con estupor*) — ¿Qué?

CARMEN. (*Con resolución*) — ¡Que ya no soporto más!...

DOÑA MARÍA. (*Exasperada*) — ¡Es a tu madre!, ¡es a tu madre!... ¡bandida!, a la que estás hablando! (*Levanta el brazo, amenazándola*).

CARMEN. (*Echándose para atrás, con la mirada extraviada y presa de la mayor exaltación*) — ¡Cuidado! mama ¡cuidado! (*Doña María se detiene con el brazo levantado y va después bajándolo con lentitud, mientras ambas se miran fijamente y en silencio, hasta que llega a descansar la mano sobre la cabeza y se retira unos pasos con afectado estupor, en tanto que Carmen continúa con acento reconcentrado*) ¡No porque sea usted mi madre, tiene derecho de hacer lo que está haciendo!...

DOÑA MARÍA. (*Volviendo bruscamente hacia Carmen*) — ¿Quién te ha enseñado eso? ¿De dónde has sacado eso?

CARMEN. (*Levantando las manos hacia el óleo del Capitán y con acento lleno de angustia*) — ¡Padre! ¡padre! ¿por qué te has muerto? (*Se deja caer sobre una silla y rompe en sollozos, ocultándose la cara*).

DOÑA MARÍA. (*Con irritación*) — ¡Si tu padre viviera no me estarías faltando al respeto!...

CARMEN. (*Levantando la cabeza y con profunda amargura*) — ¡Si mi padre viviera! ¡si pudiera darse cuenta! ¡Toda una vida honrada! ¡llena de privaciones! ¡llena de sacrificios! ¿para qué? ¡Señor! ¿para qué? (*Llora desconsoladamente, mientras doña María visiblemente desconcertada, no sabe qué partido tomar*).

DOÑA MARÍA. (*Por decir algo*) — Por eso en la casa de tu padre había hambre...

CARMEN. (*Irguiéndose*) — ¡Sí! ¡pero había también vergüenza!...

DOÑA MARÍA. (*Tomando su partido*) — ¡Ay! ¡ay! ¡me vas a matar! (*Se deja caer sobre una silla*) ¡Me muero! ¡me muero! (*Simula una convulsión*).

CARMEN. (*Poniéndose de pie con toda calma y secándose las lágrimas con el pañuelo*) No se desmaye, mama, porque es inútil. (*Se retira unos pasos*).

DOÑA MARÍA. (*Levantándose bruscamente*) — ¡Ah! ¡Canalla! (*Avanza furiosa hacia ella*) ¡Con que es inútil! (*Carmen la mira serenamente y doña María se contiene de nuevo*).

CARMEN. (*Con firmeza*) — Usted no quiere creerme... Pero le repito que esto se acabó... se acabó para siempre. (*Con resolución*) Ahora mismo voy a echar a la calle a ese imbécil. (*Señala hacia el foro*).

DOÑA MARÍA. (*Azorada*) — ¿Vos? (*Se oyen las voces de Barroso, Manuela, Petrona y Morales que se aproximan hacia el foro*).

CARMEN. — Sí, yo... Ahora lo verá usted. (*En actitud de desafío, mira hacia el foro con aire resuelto*).

DOÑA MARÍA. (*Exasperada*) — ¡Carmen!... ¡cuidado con lo que hacés! (*Las voces se acercan*).

CARMEN. (*Con resolución*) — ¡Hago lo que debo!

DOÑA MARÍA. (*Amenazadora, aproximándose*) — ¡Carmen! (*Aparecen por el foro Barroso, Manuela, Petrona y Morales, conversando y riendo todos a la vez. Carmen en actitud de ir a decir algo, avanza hacia ellos y en ese instante doña María, adelantándosele, se precipita sobre Barroso, hablando muy ligero*).

DOÑA MARÍA. — Bueno... bueno... ¡cómo no!... sí... ¡hasta mañana!... ¡hasta mañana!... (*Empuja suavemente a Barroso hacia la derecha y éste sorprendido se deja llevar*).

MANUELA y PETRONA. (*Después de apercibirse de la actitud de Carmen y dándose cuenta de que algo grave sucede, ayudando a doña María*) — ¡Hasta mañana, Barroso!... hasta mañana... lo esperamos... no deje de venir... lo esperamos... hasta mañana... (*Van conduciéndolo suavemente hasta hacerlo desaparecer por la derecha y en tanto que una de ellas le entrega el sombrero, mientras Morales queda en el foro observando a Carmen que, en actitud de desafío, presencia la escena*).

MANUELA. (*Después de salir Barroso y mirando alternativamente a doña María y a Carmen*) — ¿Qué hay?... ¿qué ha sucedido? (*Doña María, sin contestar, se dirige resueltamente hacia Carmen, que ha continuado inmóvil en el mismo sitio, y en el momento en que, presa del mayor furor, va a decirle algo, aparece Linares por el foro*).

LINARES. (*Desde el foro y en alta voz a Carmen*) — Carmen... haga el favor un momento... ¿quiere?...

CARMEN. — ¡Cómo no!... (*Se dirige hacia el foro*).

DOÑA MARÍA. (*Mientras Carmen desaparece por el foro, sonriendo y con mucha melosidad para que la oiga Linares*) — Andá... andá... ¡desde hoy se lo estoy diciendo!... (*Morales después de ver salir a Carmen y a Linares, se dirige hacia el foro con la manifiesta intención de salir también*).

DOÑA MARÍA. (*Rápidamente, a Morales*) — ¡Morales!

MORALES. (*Sin detenerse*) — Ya vuelvo... (*Desaparece por el foro*).

DOÑA MARÍA. (*Gritando*) — ¡Oiga!... (*Viendo que no vuelve, a Petrona*). Corré... llámalo... (*Petrona sale apresuradamente por el foro y se la oye gritar llamando a Morales*).

MANUELA. (*Acercándose con curiosidad a doña María*) — ¿Qué hubo, mama? (*Doña María no contesta*).

PETRONA. (*Volviendo a entrar por el foro*) — ¡No me ha hecho caso! ¡se fué!... (*Golpean las manos a la derecha y aparece Castro, en tanto que Petrona se lleva con espanto las manos a la cabeza al ver al cobrador*).

CASTRO. (*Secamente*). — Buenas tardes...

DOÑA MARÍA. (*Al ver a Castro*) — ¡Hola!... ¡tanto gusto!... (*Rápidamente, a Manuela*) Decile a Carmen que venga... (*Manuela vase corriendo por el foro*).

CASTRO. (*Secamente*) — Le vengo a avisar que mañana presento la demanda...

DOÑA MARÍA. (*Haciéndose la sorprendida*) — ¿La demanda?... ¿pero, está usted en su juicio?... ¿por qué?...

CASTRO. (*Con brusquedad*) — Porque no me paga... ¡Me parece suficiente razón!

DOÑA MARÍA. — ¡Pero, hombre de Dios!... ¿y no se le pagó?

CASTRO. — Sí... un mes... y se me debían tres... y con éste cuatro...

DOÑA MARÍA. (*Rápidamente, a Petrona, que después sale corriendo por el foro*) — ¡Qué se apure!... (*A Castro*) Pues, así como se pagó uno... se le pagarán los demás... (*Señalándole una silla*) Siéntese, hombre, siéntese...

CASTRO. (*Secamente*) — No... no me siento... Adiós... (*Hace ademán de irse*).

DOÑA MARÍA. (*Con aflicción*) — ¡Castro!... ¡Castro!... ¿es posible, Castro?...

CASTRO. — Es inútil, señora... queda usted notificada. (*Manuela llega corriendo hasta el foro y de allí, disimulando, se adelanta con paso natural*).

MANUELA. (*Rápidamente, a doña María*) — ¡No quiere venir!

DOÑA MARÍA. (*Suspirando y precipitándose hacia la derecha*) — Bueno...

DOÑA MARÍA. (*Al ver que Castro se va*) — ¡Pero, Castro!... ¡un hombre como usted!... ¡siempre tan bueno y complaciente! (*Castro, sin darse por entendido, desaparece por la derecha*) Escuche... Castro... le voy a pagar... venga... (*Asoma la cabeza al exterior*) entre...

CASTRO. (*Volviendo, receloso*) — ¿Me va a pagar?...

DOÑA MARÍA. — Sí... escuche... (*Mientras Castro adelanta un paso, a Manuela, con voz angustiada*) ¡Decile que por favor! (*Manuela vase apresurada por el foro*).

CASTRO. (*Desconfiado*) — ¿Los cuatro meses?...

DOÑA MARÍA. (*Insinuante y para ganar tiempo*) — Sí... sí... los cuatro meses... y hasta otros cuatro adelantados si usted quiere...

CASTRO. (*Receloso y moviendo la cabeza*) — Señora... señora... (*Entra Petrona por el foro*).

DOÑA MARÍA. (*Indignada*) — ¡Vaya una desconfianza, hombre! ¿qué es lo que se ha creído?... ¿con quién cree usted que está hablando?

PETRONA. (*Rápidamente, a doña María*) — ¡Es inútil!... ¡no quiere!...

DOÑA MARÍA. (*Con altivez*) — ¡Soy la viuda del capitán Barranco!... ¡que era todo un caballero!... (*Señalando el cuadro*). ¡¡¡Ahí están sus medallas!!!...

CASTRO. (*Con sorna*) — Y aquí están los recibos... (*Le presenta los recibos y doña María los toma. Entra Manuela por el foro y mirando a doña María le hace con disimulo señas de que Carmen no viene*).

DOÑA MARÍA. (*A Castro, con dignidad, mientras le devuelve tranquilamente los recibos*) — Le repito que se los voy a pagar... Vuelva el lunes que viene...

CASTRO. (*Con indignación, tomando los recibos*) — ¡Ya verá qué lunes le voy a dar mañana! (*Vase bruscamente por la derecha*).

DOÑA MARÍA. (*Persiguiéndolo*) — ¡Castro!... ¡Castro!... (*Volviéndose rabiosa al ver que Castro no le hace caso y se va*) ¿Dónde está esa canalla?

PETRONA. — Está con Linares y Morales...

MANUELA. (*Intrigado*) — Y mire, mama... es Linares el que la aconseja... Estoy segura que él no la dejaba venir...

DOÑA MARÍA. (*Con furor*) — ¡Ah! ¿sí?... ¿Linares?... (*Con aire amenazador se dirige hacia el foro, pero de pronto se detiene, vuelve y habla con voz natural*) ¿Cuándo dijo Linares que se reunía la cámara?...

MANUELA. — Pasado mañana, me parece...

DOÑA MARÍA. (*Con calma*) — Bueno... vamos a contar la ropa para la lavandera... (*Las tres se dirigen hacia la izquierda*).

MANUELA. — ¡Ah!... mama... dijo la mujer que no la llevaba más...

DOÑA MARÍA. (*Con preocupación*) — Buscaremos otra... (*En ese momento golpean las manos hacia la derecha y las tres se detienen. Aparece por la derecha Genaro*).

GENARO. — Dice el señor Barroso que se ha dejado olvidado el bastón y los guantes...

DOÑA MARÍA. — ¿El bastón y los guantes?... (*Mira alrededor como buscándolos*) ¿Pero, dónde tendrá la cabeza ese hombre?... A ver... Manuela... buscalos...

MANUELA. (*Señalando un sitio*) — Allí está el bastón... (*Se adelanta a tomarlo*) Y los guantes... los guantes... (*Mira a todos lados como buscándolos*).

DOÑA MARÍA. (*Apresuradamente a Genaro*) — Bueno... bueno... llévale el bastón y decíle que aquí no hay ningún guante... que no debe haberlos traído... (*Manuela entrega a Genaro el bastón*).

PETRONA. (*Mirando hacia un punto*) — Allí me parece... (*Quiere correr hacia el sitio*).

DOÑA MARÍA. (*Reteniéndola de la muñeca, mientras con toda indiferencia habla a Genaro*) ...que los hemos buscado por todas partes y que no están. (*Genaro vase por la derecha llevándose el bastón*).

PETRONA. (*Que mientras Genaro salía se ha acercado a examinar el sitio que señaló antes*). ¡No son!...

DOÑA MARÍA. (*Con naturalidad*) — Bueno... si se encuentran les servirán para no estropearse las manos cuando barran... (*Aparece por la izquierda Pepa, luciendo el batón que le regaló Rocamora en el final del segundo acto, y que debe ser un poco llamativo, pero sin exageración*).

PEPA. (*A Manuela*) — Te prevengo que está el morocho en la esquina... (*A doña María, riendo, mientras Manuela vase corriendo por la izquierda*). Salí al balcón para hacer rabiar a la hija del relojero... (*Se arregla unos pliegues del batón*).

DOÑA MARÍA. (*En tono de reproche*) — ¡Dejate de pavadas!... ¿eh? ¡Mirá que el reloj del comedor ya anda atrasado!...

PEPA. (*Riendo*) — ¡Se ha puesto la batita verde!... ¡si viera!... ¡pare-

ce una cotorra!... (*A Petrona, aludiendo al batón que tiene puesto*)
¿Qué tal me queda de lado?

PETRONA. (*Contemplándola admirada*) — ¡Lindísimo, che!...

(*Aparece por el foro Carmen seguida de Linares y Morales. Doña María se limita a dirigir una furibunda mirada a Carmen, y ésta sin darse por aludida se coloca hacia la derecha, junto al foro, donde se pone a conversar aparte con Morales*).

LINARES. (*Adelantándose hacia doña María y después de contemplar sonriente a Pepa*) — Presénteme a esta señorita... (*Doña María sonríe a su vez*).

PEPA. (*Encantada*) — ¡Jesús!... ¿y no me ve todas las tardes?... (*Se mira el batón*) ¡No sé qué tiene de particular!

LINARES. (*Con cómica sorpresa*) — ¡Ah!... ¿es verdad?... no la había conocido... (*Ríe*).

DOÑA MARÍA. (*Con intención*) — ¿Y las copias, Linares?

LINARES. — Ya se las encargué a Carmen... (*Dando vuelta la cabeza*).
¡Carmen! (*Carmen interrumpe su conversación con Morales para escuchar a Linares*). No se vaya a olvidar de las copias... ¿eh?...

CARMEN. — Esta noche las hago... (*Inmediatamente continúa su conversación con Morales. Doña María va a sentarse aislada hacia la izquierda, primer término, y queda de pronto silenciosa y pensativa. Linares, Pepa y Petrona forman grupo aparte al centro*).

MANUELA. (*Entrando por la izquierda, a Pepa y en tono de reproche*)
— ¡Mentirosa!

PEPA. — ¡Se habrá ido!... Ahí estaba...

LINARES. (*Sonriendo, a Manuela*) — ¿Qué le pasa?...

MANUELA. (*Muy zalamera*) — A usted tengo que pedirle un servicio...

LINARES. — Con mucho gusto...

MANUELA. — Usted que tiene tantos amigos... ¿quiere averiguarme cómo se llama el morocho?

LINARES. — ¿Qué morocho?

MANUELA. — ¡Pero, hombre!... mi simpatía...

LINARES. — ¡No sé quién es!...

MANUELA. — Era un amigo del rubio flaco... ¿se acuerda?... pasaban juntos... después el rubio se fué y quedó él...

PEPA. (*Riendo*) — ¿Y cómo querés que sepa si no lo conoce?...

MANUELA. — Pues por eso, que averigüe... (*Sigue hablando en voz baja*).

DOÑA MARÍA. (*Desde lejos y con voz apagada*) ¡Petrona!... (*Petrona abandona el grupo de Linares, Pepa y Manuela y se acerca a doña María*) A ver, pues, no estás de haragana... Ahí encima de mi cama hay unas costuras... traelas...

PETRONA. (*Suplicante*) — ¡Ahora, después!... Déjeme otro ratito...

DOÑA MARÍA. (*Imperativa y recobrando otra vez sus bríos*) — ¡Le digo que vaya!... ¿se ha figurado que va estar de florcita?... ¡Aquí todo el mundo trabaja!... (*Mientras Petrona, sin responder, vase por la izquierda, en tono de nuevo apagado, a Linares*). ¡Linares!

LINARES. (*Interrumpiendo su conversación con Pepa y Manuela, pero sin moverse del sitio*) — Señora...

DOÑA MARÍA. (*En igual forma*) — Venga un momento... (*Linares antes de separarse de Pepa y Manuela dirige una mirada de extrañeza al grupo de Carmen y Morales, que continúan conversando aparte. Cuando Linares da vuelta para acercarse a doña María, Manuela le hace por la espalda una mueca y le saca la lengua*).

DOÑA MARÍA. (*Amablemente, a Linares*) — Siéntese...

MANUELA. (*A Pepa, mientras Linares va a tomar una silla*) — ¡Le tengo una rabia!... ¡Ojalá se muriera!... (*Señala a Linares*).

PEPA. (*Riendo*) — ¿Por qué?...

MANUELA. — ¡De gusto no más!...

PEPA. (*Riendo*) — ¡No seas tilinga!... Vení, ayudame... (*Se sientan junto al foro en el rincón de la izquierda, preparándose a un trabajo de labor que saca Pepa de los bolsillos del batón*).

DOÑA MARÍA. (*A Linares, en tono confidencial*) — Después que me haga despachar el aumento de la pensión, tengo otro favor que pedirle...

LINARES. — Si depende de mí... (*Dirige una mirada al grupo de Carmen y Morales*).

DOÑA MARÍA. — Es para una amiga mía... una excelente mujer que está en la miseria...

LINARES. — ¿Y yo qué puedo hacer?... (*Impaciente, mirando a Carmen y a Morales, pero tratando de sonreír y consultando el reloj*) ¡Pero, amigo Morales!... Usted ya ha perdido la clase... ¿sabe qué hora es?

MORALES. (*Interrumpiendo apenas su conversación con Carmen para contestar*) — Ya me voy. (*Sigue conversando*).

DOÑA MARÍA. (*Insistiendo*) — ¡Cómo que va a hacer!... Con sus relaciones en la cámara...

LINARES. (*Sonriendo*) — ¿Qué?... ¿Otra pensión?...

DOÑA MARÍA. — Naturalmente... (*Linares vuelve a mirar a Carmen y a Morales*) Es hija de un compadre del general... del general... (*Como si tratara de recordar*) ¿Cómo es que se llamaba?... ¿Espérese... (*Después de un momento desistiendo*) ¡Vaya!... ¡no me acuerdo!... Pero era una gran cosa... ¡de lo mejor!

LINARES. (*Que comienza a demostrar cierta nerviosidad, mirando de cuando en cuando a Carmen y a Morales*) — No, señora... es imposible...

DOÑA MARÍA. — Pero si hizo toda la campaña del Paraguay... ¡Y hasta fué herido!...

LINARES. — ¿Quién?...

DOÑA MARÍA. — El general...

LINARES. (*Con fastidio*) — ¡Y qué tiene que ver, señora!... el general no ha dejado hijos ni nada... (*Linares hace un movimiento de hombros sin contestar, mientras observa a Morales y a Carmen*).

PETRONA. (*Entrando por la izquierda, a Manuela*) — Ahí está el morrocho en la esquina... (*Manuela vase corriendo por la izquierda y Petrona ocupa su asiento*).

DOÑA MARÍA. (*A Linares, decepcionada*) — ¿Entonces, no se puede?

LINARES. (*Distraídamente y mirando a Carmen y a Morales*) — No, señora, no... (*Con un principio de irritación en la voz*) ¡Carmen!... (*Carmen interrumpe su conversación con Morales*) ¿Cuándo va a hacer las copias?

CARMEN. (*Con naturalidad*) — Pensaba hacerlas esta noche... pero si las quiere antes...

LINARES. — Sí... ¿sabe?... porque son de apuro... discúlpeme...

CARMEN. — Bueno... bueno... entonces en seguida las haré... (*Sigue conversando con Morales. Entra Manuela por la izquierda y se acerca a Petrona*).

MANUELA. (*Decepcionada a Petrona*) — ¿Para qué mentís?... es el amigo... el del pajizo... (*Se sienta con Petrona y Pepa*).

DOÑA MARÍA. (*Volviendo a la carga, a Linares*) — Pues le prevengo que se podría sacar bastante... porque está en muy buena posición...

LINARES. (*Después de dirigir una mirada de irritación hacia Carmen y Morales*) — ¿Quién?

DOÑA MARÍA. — La persona de quien le hablo...

LINARES. (*Impaciente*) — ¡Pero no dice que estaba en la miseria!...

DOÑA MARÍA. (*Con calma*) — ¡Ah!, ¡bueno!... ¡pero no tanto!...

LINARES. (*Nervioso*) — No, señora... yo no puedo... ¡no soy corredor de pensiones!... (*Se pone de pie*).

DOÑA MARÍA. — Es que además de compadres, eran íntimos...

MANUELA. (*A Linares, desde su asiento y muy zalamera*) — ¿Quiere un mate?

LINARES. — Bueno...

MANUELA. (*Levantándose*) — Se lo voy a cebar yo... ¡no quiero que se lo cebe nadie sino yo!...

LINARES. (*Tratando de sonreír*) — Muchas gracias... (*Demostrando mucha nerviosidad, da vuelta para mirar de nuevo a Carmen y a Morales y al volver la espalda a Manuela, ésta le saca la lengua y vase por el foro después*).

DOÑA MARÍA. (*Con voz apagada*) — Vení... Pepa... (*Pepa se levanta y se aproxima a doña María, mientras Linares, como si tomara de pronto una resolución, se acerca a Petrona y se sienta bruscamente enfrente de ella en el asiento que deja Pepa y dando la espalda al grupo de Carmen y Morales, aparentando después iniciar conversación con Petrona*).

PEPA. (*A doña María*) — ¿Qué quiere?

DOÑA MARÍA. (*En tono confidencial*) — Es bueno que cuando venga Rocamora le echés unas indirectas a propósito del mantel... mira que el que hay ya no se puede poner... (*En ese momento Petrona se ríe fuerte de algo que le dice Linares, y Carmen, con naturalidad, da vuelta la cabeza para mirarlos; los ve juntos y vuelve después a seguir la conversación con Morales*).

PEPA. (*A doña María*) — El otro día se lo insinué... pero no me entendió...

DOÑA MARÍA. — ¡No se lo harías comprender bien claro!... (*Tiene de pronto un estremecimiento*).

PEPA. — ¿Qué es eso?

DOÑA MARÍA. — No sé... una especie de escalofrío... ¿cómo es que dicen?... (*Sonriendo, pero con cierta tristeza en la voz*) ¡Ah! ¡sí!... ¡Deben haber pasado por encima del sitio donde me van a enterrar!...

PEPA. (*Riendo*) — ¡Qué ocurrencia!... (*Se dirige a salir por la izquierda. En ese momento Petrona se ríe con más fuerza que antes y Carmen — ahora nerviosamente —, vuelve a dar vuelta la cabeza y después de observarles un instante, sigue de nuevo su conversación con Morales, pero sin disimular cierta preocupación*).

DOÑA MARÍA. (*A Pepa*) — ¿Qué vas a hacer?...

PEPA. — Me tiene nerviosa la tardanza de Rocamora... Voy un rato al balcón...

DOÑA MARÍA. (*Bruscamente*) — ¿Qué ruido es ése?... ¿Has oído?

PEPA. (*Deteniéndose y señalando los cuadros*) — Es uno de esos cuadros... hace tiempo que están sonando... y el día menos pensado se van a venir al suelo...

CARMEN. (*Aprovechando el pretexto para interrumpir la conversación con Morales y adelantándose hacia doña María*) ¡Ah! ¡sí!... Hay que cambiarles las cuerdas... hace mucho que se lo quería advertir... (*Mira con extrañeza a Linares y a Petrona, que no se dan por apercibidos de nada, pareciendo muy entretenida esta última en escuchar a Linares*).

DOÑA MARÍA. — Bueno... Veremos...

MORALES. (*Mirando el reloj*) — ¡Qué barbaridad!... ¡Las tres!... (*Vase precipitadamente por la derecha y Pepa por la izquierda*).

CARMEN. (*Acercándose a cierta distancia de Linares y tratando de sonreír*) — ¿Entonces... voy a hacer las copias?

LINARES. (*Interrumpiendo apenas su conversación con Petrona y aparentando indiferencia*) Bueno... (*Carmen, sorprendida, los observa un instante y después, sin decir nada, se dirige hacia la izquierda, por donde parece que va a salir, pero de pronto se detiene como si no se resolviera a hacerlo y en momentos en que Manuela entra con el mate y se dirige a Linares, ella va lentamente a asomarse por la puerta de la derecha*).

MANUELA. (*Entregándole el mate a Linares*) — A ver qué le parece.

LINARES. (*Después de chupar el mate*) — Riquísimo...

DOÑA MARÍA. (*A Carmen, que vuelve de asomarse por la puerta de la derecha*) — ¿Qué hay?

CARMEN. (*Secamente*) — Nada... me pareció que llamaban...

LINARES. (*Entregando el mate a Manuela, que después vase por el foro*) — Gracias... (*Sigue su conversación con Petrona*).

DOÑA MARÍA. (*A Carmen, pasándose la mano por la frente*) — ¡Qué raro!... ¡pues al mirar a la puerta... yo también hubiera jurado que había visto entrar a alguien!

CARMEN. (*Vacilando, a Linares, desde lejos*) — Hay que copiar de un solo lado del papel... ¿no?

LINARES. (*Con indiferencia*) — Sí... de un solo lado... (*Sigue conversando con Petrona, Carmen parece que va a decir algo, pero se calla*).

DOÑA MARÍA. (*A Carmen*) — En el cuarto de Pepa tenés tinta... (*En*

ese momento Linares y Petrona rien con fuerza y Carmen, bruscamente, sin mirarlos, vase por la izquierda).

DOÑA MARÍA. (Dándose vuelta para mirar a Linares y a Petrona) — ¡Caramba!... ¡Qué alegres están ustedes!...

LINARES. (Sonriendo) — ¡Es que a Petrona de todo le da risa! (Entra Manuela por el foro con el mate y se dirige a doña María).

DOÑA MARÍA. (Suspirando) — ¡Pues, a mí no sé lo que me ha entrado!... de golpe me he puesto así... sin saber por qué... (Demuestra abatimiento. Linares y Petrona siguen conversando).

MANUELA. (Ofreciendo el mate a doña María) — ¿Quiere? (Doña María lo toma). ¿Qué dice que tiene?

DOÑA MARÍA. — Nada, hija... estoy un poco cansada... (Chupa el mate).

PETRONA. (A Linares, riendo) — ¿Y quién era el que entró?

LINARES. — El amor...

PETRONA. (Con mucho interés) — ¿Y el gigante, qué hizo?

LINARES. — Tiró las botas... y se quedó dormido... (Petrona ríe con fuerza y la conversación continúa).

DOÑA MARÍA. (Devolviendo el mate a Manuela) — ¡Tomá, hombre!... ¡es pura yerba! (Manuela vase por el foro en tanto que Carmen entra bruscamente por la izquierda, se cerciora con una rápida mirada de que Petrona y Linares continúan juntos y aparenta después buscar algo mirando a los lados).

DOÑA MARÍA. (Suavemente) — ¿Qué querés?

CARMEN. — Nada... creí que había dejado la... (Termina la frase entre dientes y se dirige hacia la izquierda, por donde vuelve a desaparecer).

DOÑA MARÍA. (Con extrañeza y junto con la salida de Carmen) — ¿Qué?...

LINARES. (A doña María, aparentando indiferencia) — ¿Qué dice Carmen que le ha pasado?

DOÑA MARÍA. — ¡No le entendí!... (Haciendo un brusco movimiento) Pero... ¿han oído?

LINARES. — ¿Qué?

DOÑA MARÍA. (Mirando a los cuadros) — Siguen crujiendo los cuadros...

LINARES. — No, señora; son ilusiones tuyas...

DOÑA MARÍA. (Mirando con un poco de temor al óleo del capitán) — ¡No... si hacen ruido!...

PETRONA. (A Linares, impaciente) — ¿Y después?... ¿después?... (Entra Manuela por el foro y se acerca a Linares con un mate).

LINARES. (A Petrona) — Después vino la princesa... (Toma el mate de manos de Manuela y sigue conversando con Petrona, mientras Manuela se adelanta hacia doña María).

MANUELA. (A doña María) — La llama la cocinera... (Entra Carmen por la izquierda y se acerca resueltamente a Linares, trayendo unos papeles en la mano).

DOÑA MARÍA. (A Manuela) — Bueno... ahora iré...

CARMEN. (*Bruscamente, a Linares*) — Hay aquí unas palabras que no entiendo...

LINARES. — Déjelas en blanco... (*Va a seguir su conversación con Petrona*).

CARMEN. (*Con voz alterada*) — ¿Cómo, en blanco?

LINARES. (*Con tranquilidad y sin mirarla*) — Sí... yo después las pondré...

CARMEN. (*Extendiéndole violentamente los papeles a Linares*) — En esa forma... discúlpeme... ¡pero yo no puedo hacerle sus copias! (*Linares, sonriendo, toma los papeles y se levanta, entregando al mismo tiempo el mate a Manuela, mientras Carmen se separa bruscamente del sitio y se dirige hacia la derecha (primer término) donde queda inmóvil y de pie. En momentos en que Manuela le toma el mate a Linares, se asoma Pepa por la izquierda*).

PEPA. (*Muy apurada*) — ¡Manuela!... ¡Manuela!... ¡Ahí está!... (*Desaparece*).

MANUELA. (*Haciendo porque tome nuevamente el mate Linares*) — ¡Tenga!... ¡tenga!... ¡tenga, hombre!... (*Le abandona el mate y vase corriendo por la izquierda*).

DOÑA MARÍA. (*Con calma y poniéndose de pie*) — ¡Ah! ¡trastornadas!... Petrona, levá ese mate para adentro... (*Mientras Petrona vase por el foro*) Voy a ver qué quiere la cocinera... (*Vase lentamente por el foro y con cierto abatimiento que no le es habitual. Durante un instante Linares y Carmen conservan sus posiciones y guardan silencio. Linares contempla a Carmen, que no lo mira, observando una actitud altanera*).

LINARES. (*Adelantándose hacia ella*) — Carmen... ¿se ha fastidiado?

CARMEN. (*Con altivez*) — ¿Por qué? (*Linares la contempla un momento*).

LINARES. (*Con suavidad*) — Le pido que me perdone...

CARMEN. (*Dulcificándose*) — ¿Perdonarlo?... ¡Qué ocurrencia!... (*Sonriendo, mientras le toma de la mano los papeles*) ¡Deme eso!... (*Linares la mira fijamente al entregarle los papeles y Carmen, riendo, se dirige hacia la izquierda*) ¡Voy a hacer las copias!

LINARES. (*Sonriendo y con intención*) — ¿Y las palabras que no entienda?

CARMEN. (*Riendo*) — ¡Las dejaré en blanco!... (*Va a salir por la izquierda pero de pronto se detiene, y vuelve hacia Linares*) ¡Ah! vea... Morales me estaba hablando de una hermana que se le está por casar... y a quien los padres no la dejan...

LINARES. (*Con intención*) — ¿Sí?... Bueno... y... ¿para qué me cuenta eso?

CARMEN. (*Turbada*) — Es que me pareció... (*Vacilando*) ¡Vaya!... ¡tiene razón!... ¡son zonceras mías!... (*Quiere correr hacia la izquierda*).

LINARES. — ¡Oiga!... (*Carmen se detiene*) ¿De veras?... ¿de eso sólo conversaban?...

CARMEN. (*Acercándose*) — De veras...

LINARES. (*Con intención*) — ¿De nada más?

CARMEN. (*Con firmeza*) — De nada más...

LINARES. (*Sonriendo*) — Pues ya que me dice usted lo que hablaba con Morales... yo también, quiero decirle lo que conversaba con Petrona... Le estaba contando un cuento...

CARMEN. (*Incrédula*) — ¡Un cuento!

LINARES. (*Riendo*) — Un cuento de gigantes y princesas...

CARMEN. (*Incrédula*) — ¡Sí, como no!...

LINARES. (*Sonriendo*) — ¿No me cree? (*Entra Petrona por el foro y se dirige a salir por la izquierda*).

CARMEN. — No...

LINARES. (*Riendo y en alta voz, a Petrona*) — ¿Que le parecieron, Petrona, los casamientos del gigante?

PETRONA. (*Sin detenerse y riendo a carcajadas*) — ¡Lindísimos!... (*Desaparece por la izquierda*).

CARMEN. (*Sin poder reprimir un movimiento de gozo*) — ¡Era cierto!... (*Transición*) ¡Y usted demostraba tanto interés al hablarla!

LINARES. — ¡Como usted en escuchar a Morales!

CARMEN. (*Con ímpetu*) — ¡Yo estaba aburrida!

LINARES. (*Riendo*) — ¡Y yo también! (*Ambos se miran un instante, en silencio*).

CARMEN. (*Bruscamente*) — ¡Me voy!... (*Hace ademán de irse*).

LINARES. (*Con emoción*) — ¡No... Carmen... no! ¡falta algo todavía!... ¡Tenemos otra cosa que decirnos... y que ya es inútil callar!... (*La toma de las manos y la mira intensamente*) ¡Que nos queremos!...

CARMEN. (*Mirando con miedo hacia el foro*) — ¡Cuidado!...

LINARES. (*Con pasión*) — ¡Qué te quiero, Carmen!... ¡que con toda el alma te quiero!...

.....

ACTO CUARTO

La misma decoración del acto anterior

Entra Carmen por la izquierda con una canastilla de costura y se adelanta hasta la mitad de la escena, cuando aparece Linares por la derecha, que viene con sombrero puesto. — Al verse, ambos se detienen, vacilan un momento, se cercioran de que nadie les ve y adelantándose el uno hacia el otro, toma Linares entre las manos la cabeza de Carmen y simula darle un beso sobre la frente, apresurándose en seguida a desaparecer por el foro, mientras Carmen dando señales de agitación, queda con la mirada fija hacia la izquierda, como temerosa de haber sido espiada. Un instante después entra Manuela corriendo, por la izquierda y al encontrarse con Carmen se detiene bruscamente y trata de hacerse la disimulada, aparentando buscar algo a su alrededor.

CARMEN. (*Sonriendo amargamente*) — ¿Me habías perdido de vista?...

MANUELA. (*Fingiéndose sorpresa*) — ¿Por qué?

CARMEN. — ¡No seas tonta! ¿Crees que no sé que desde hace días me andás espiando por encargo de mama?

MANUELA. (*Un poco confusa*) — ¿Yo? ¡Qué más te quisieras! ¡Para lo que a mí me importa!

CARMEN. (*Con amargura*) — ¡Hija! ¡Bonito oficio! (*Le da la espalda*) ¡Seguí no más! (*Aparece doña María por la izquierda*).

DOÑA MARÍA. (*Con acritud*) — ¿Qué están haciendo aquí? (*Fija la vista en Carmen*).

CARMEN. — Salgo recién del cuarto. (*Mostrando la canasta*) Iba a coser.

DOÑA MARÍA. (*Siempre mirando a Carmen mientras Manuela se aproxima hacia la puerta izquierda y se detiene cerca de ella*) — ¿Está adentro el sinvergüenza ése?

CARMEN. (*Con dureza*) — ¡No sé a quién se refiere!...

DOÑA MARÍA. — No sabés, ¿eh? Pues me refiero a tu Linares... a la monada de tu Linares... a quien felizmente ya voy a tener que aguantar pocos días más...

CARMEN. (*Alarmada*) — ¿Pocos días?...

DOÑA MARÍA. — Hoy le he pedido el desalojo. ¡No quiero sinvergüenzas en mi casa!

CARMEN. (*Irritada*) — ¡No era sinvergüenza cuando se trataba de conseguirle el aumento de la pensión! ¡Así agradece!

DOÑA MARÍA. (*Ahucando la voz*) — ¡El aumento! (*Desdeñosa*) ¡Bonita porquería! ¡Cincuenta pesos! (*Bruscamente*) Pero, sobre todo, aquí no se trata de aumentos, ¿entendés? ¡No quiero que hablés con él! ¡no quiero que lo veas! (*Exaltándose*) ¡Eso es lo que no quiero!...

CARMEN. (*Con firmeza*) — ¡Desde que va a casarse conmigo!...

DOÑA MARÍA. (*Furiosa*) — ¿Casarse? ¡Yo le voy a dar casarse a ese atorrante! ¡Canalla! ¡muerto de hambre! (*Entra Pepa por la derecha, con sombrero puesto y unos paquetes; deja el sombrero y los paquetes sobre un mueble, mientras Manuela se le aproxima*).

CARMEN. (*Indignada*) — ¡No hable así, mama! ¿Con qué derecho habla así?...

DOÑA MARÍA. (*En el colmo del furor*) — ¡Hablaré como me dé la gana!... ¿entendés? ¿Qué es lo que te has creído? ¡Es lo que me faltaba ahora: que en mi propia casa no pueda decir lo que quiera de un zaparrastroso! ¡de un pillo! ¡de un ladrón!...

CARMEN. (*Estallando*) — ¡Cállese! ¡cállese! ¡Deba darle vergüenza hablar de esa manera! (*Vase bruscamente, por la izquierda*).

DOÑA MARÍA. (*A gritos, a Pepa*) — ¡Ahora mismo le decís a ese bandido que no quiero que pase el día de mañana sin que se mande mudar! (*En momentos en que Pepa va a salir por el foro*) ¡Y que ya me han dicho que lo han visto en la azotea! ¡Que no quiero que suba a la azotea! ¡Porque yo misma a empujones lo voy a bajar! (*A Manuela, mientras Pepa vase por el foro*). Y vos andá a ver a esa hipócrita. ¡No la perdás de vista! Es capaz de escribirle.

MANUELA. (*Encantada*) — ¡No hay cuidado! (*Vase por la izquierda. Aparece por el foro Morales, revelando en su actitud abatimiento*).

MORALES. — Señora... desde mañana puede disponer de la pieza...

DOÑA MARÍA. (*Sorprendida*) — ¿Se va? ¿Por qué se va?...

MORALES. (*Después de un momento de vacilación*) — He resuelto mudarme...

DOÑA MARÍA. — Pero... tendrá algún motivo.

MORALES. — No, señora, no. Quiero estar más cerca del hospital. Eso es todo...

DOÑA MARÍA. (*Incrédula*) — Pero, ¿de veras se va?...

MORALES. (*Con una sonrisa triste*) — De veras. (*Entra Manuela por la izquierda*).

MANUELA. (*Despacio, a doña María*) — Se ha encerrado en la pieza y no quiere abrir...

DOÑA MARÍA. (*A Morales*) — Espéreme un momento. Tenemos que hablar. (*Imperativa*) ¡Usted no puede irse así! (*Morales indica con un gesto que tiene su resolución tomada y doña María vase por la izquierda*).

MORALES. (*Sonriendo*) — ¿Y qué tal los novios, ¿Manuela?

MANUELA. (*Sonriendo*) — Novios, no. Simpatías, no más...

MORALES. — Bueno... las simpatías...

MANUELA. — Esta de ahora me parece que... (*Hace un gesto significativo, queriendo expresar que la considera asegurada*) ¡Quién sabe!...

MORALES. — ¿Cómo se llama?

MANUELA. — ¡Ah! El nombre no sé... Yo le llamo el del pajizo...

MORALES. (*Riendo*) — ¡Ah! ¡ahora es el del pajizo!...

MANUELA. (*Con naturalidad*) — Sí. Era un amigo del morocho, ¿se acuerda? Siempre lo acompañaba cuando venía por aquí...

MORALES. — ¿Y el morocho, qué se hizo?

MANUELA. (*Con melancolía*) — Se fué...

MORALES. — ¿Dejando al amigo? ¡Menos mal!...

MANUELA. (*Con tristeza*) — ¡Así es!

MORALES. (*Como si de pronto escuchara algún ruido extraño hacia la izquierda*) ¿Qué es eso?

MANUELA. — ¿Qué?

MORALES. — Oiga. (*Indica hacia la izquierda y ambos hacen como que escuchan*).

MANUELA. — No es nada. Mama que está queriendo hacerle abrir la puerta a Carmen... que se ha encerrado...

MORALES. (*Haciendo un gesto de lástima*) — ¡Pobre Carmen!...

PEPA. (*Entrando por el foro y muy irritada*) — ¡Qué lástima más torpe! (*Mostrando las manos*) ¡Miren cómo me he puesto las manos a fuerza de golpearle la puerta! ¡Y resulta que estaba en la azotea! (*A Manuela*) ¿Dónde anda mama?

MANUELA. — Está adentro. (*Pepa se dirige hacia la izquierda cuando aparece por ésta doña María*).

DOÑA MARÍA. (*Con irritación*) — ¿Le dijiste?

PEPA. — Sí...

DOÑA MARÍA. — ¿Qué contestó?

PEPA. — Que está bien. (*Pepa vase por la izquierda y doña María se aproxima a Morales y a Manuela*).

DOÑA MARÍA. (*A Manuela*) — Colocátele delante de la puerta. (*Antes de que Manuela concluya de salir por la izquierda*) Y no te movás, ¿eh? (*Después de salir Manuela y en otro tono*) Siéntese, Morales. (*En tono confidencial, después de sentarse ambos*) Yo sé por lo que usted se va...

MORALES. — Señora, ya se lo he dicho... El hospital...

DOÑA MARÍA. — No, no es cierto. Pero le voy a dar una noticia que lo hará cambiar de parecer. (*Con mucha intención*) Linares se muda... A Linares le he exigido que me deje la pieza... Linares no continuará viviendo en esta casa...

MORALES. (*Con tristeza*) — ¡Y bien, señora! ¡Eso no modifica en nada mi resolución!

DOÑA MARÍA. (*Con enojo*) — Tiene que modificarla. ¿Cómo no la va a modificar? (*Insinuante*) Usted se va porque Linares lo incomoda... Porque estoy segura que se ha imaginado entre Carmen y él lo que en realidad no existe... pero, de todos modos, yéndose Linares, no tiene por qué usted...

MORALES. (*Protestando débilmente*) — No, señora, no. ¡Si no es eso!

DOÑA MARÍA. — ¡Que no ha de ser, hombre! ¿O usted cree que yo soy ciega y no comprendo las cosas? ¡Déjese de zonceras y no trate de hacer comedias conmigo! No ve que he nacido mucho antes que usted. (*Viendo que Morales no contesta*) ¡Vaya! Usted se queda. Linares se va... y todo vuelve como antes...

MORALES. (*Con profunda amargura*) — ¡Y dice usted que no es ciega!... ¡En medio de todo va a concluir usted por darme lástima! (*Se pone de pie, paseándose nerviosamente*).

DOÑA MARÍA. (*Sorprendida*) — ¿Qué dice?...

MORALES. (*Encarándose bruscamente con ella*) — ¡No, señora, no! ¡No se haga usted ilusiones! ¡No se engañe respecto a la situación que usted misma se ha creado con su atolondramiento y sus inconsciencias!... ¡Ya su imperio se acabó!...

DOÑA MARÍA. — ¡Morales! ¿Qué quiere decir esto? (*Se pone de pie y toma una actitud de dignidad ofendida*).

MORALES. (*Atenuando el tono*) — ¡Sí, señora! ¡Lo que tenía que suceder ha sucedido! ¡Es preciso resignarse! ¡Hasta ahora su egoísmo ha sido aquí la única fuerza, subordinándolo todo a su servicio. ¡De hoy en adelante hay algo que puede más que su egoísmo: el amor, señora, el amor!... ¡que es el más fuerte!

DOÑA MARÍA. (*Indignada*) — ¡No diga usted disparates! ¿A qué viene eso?

MORALES. (*Con tristeza*) — Carmen y Linares se quieren. ¡Déjelos que sean felices! No trate de oponerse usted: ¡sería inútil cuanto hiciera! ¡Ya ve: yo mismo me resigno! ¡Y sabe Dios lo que me cuesta!

DOÑA MARÍA. (*Violentemente*) — ¡Usted no es nadie! Pero yo soy su madre y mientras viva no se ha de hacer aquí sino mi voluntad!...

MORALES. (*Con amargura*) — ¡No se engañe! La autoridad de madre, en su alto concepto, no la tiene, no la puede tener usted! ¡Usted misma se ha encargado de perderla! Ahora usted manda, pero no con-

vence. Inspira usted temor, pero no respeto. ¡Su autoridad es de esas a las que se obedece en todo lo que se ve y cuando está presente! No es la santa autoridad de madre a la que por el placer de obedecerle se la obedece siempre!...

DOÑA MARÍA. (*Con arrogancia*) — ¡Pues, con eso me basta! ¡Y se hará lo que yo mande! (*Con violencia*) ¡Y, por lo pronto, salga usted de aquí! (*Le señala la puerta de salida con un ademán enérgico*).

MORALES. (*Sin alterarse*) — Sí, señora, me voy. ¡Pero, ¡cuidado!... ¡No se equivoque! Carmen no está preparada para la lucha. Ha secado usted en ella todas las nobles fuentes de resistencia, y no ha sabido usted cultivar ninguno de los sentimientos elevados capaces de imponer el sacrificio. No tiene siquiera una noción clara de lo que es la vida. Y aunque por instinto sabe que no es lo que le ha enseñado usted, el instinto no basta. La confusión se establece... y concluye el espíritu por perder el rumbo al contacto diario de miserias y flaquezas. ¡Vea que ese cariño es el único halago generoso y puro que ha conocido en la vida! ¡La primera bocanada de aire sano que acaricia sus pulmones! ¡Se aferra a él porque siente que la levanta y la dignifica! ¡No cometa el error de oponerse! Carmen no puede luchar. Es un leño al que azotan todas las olas. ¡Cuidado! ¡No lo arrastre a la continente! (*Se coloca el sombrero y vase por la derecha, dejando a doña María suspensa y perpleja durante un instante*).

DOÑA MARÍA. (*Corriendo hacia la puerta derecha y asomándose por ella*) — ¡Morales! (*Después de un rato, levantando la voz*) ¡Morales! (*En el momento de asomarse doña María a la puerta derecha, ha aparecido Carmen por la izquierda y al ver a doña María de espalda vase apresuradamente por el foro sin que ésta se aperciba. Después de salir Carmen, doña María hace un gesto de indiferencia al ver que Morales no vuelve y va a retirarse de la puerta, cuando de pronto, como si oyera algún ruido hacia el exterior, vuelve de nuevo a asomarse y escucha un momento*) ¿Quién anda ahí? (*Escuchando*) ¡Oh! ¿qué es eso? (*Entra Petrona por la derecha llorando con fuerza*) ¡Adiós! ¡Es lo que faltaba! ¿Qué tenés vos?... ¿alguna otra pelea con el embrollón de tu novio?...

PETRONA. (*Llorando*) — ¡Es un cobarde! ¡En el zaguán mismo acaba de darme una cachetada!...

DOÑA MARÍA. (*Sorprendida*) — ¿Una cachetada?...

PETRONA. (*Llorando*) — Venía siguiéndome desde casa. ¡Y aprovechó cuando entré! ¡Es un cobarde! (*Mostrando una mejilla*) ¡Vea como me ha puesto!...

DOÑA MARÍA. (*Azorada*) — ¿Qué estás diciendo, mujer? ¿Tu novio te cachetea?

PETRONA. (*Siempre llorando*) — ¡Con el pretexto de que tiene celos me pega siempre! ¡Ya no puedo más! ¡El domingo en la isla de Maciel fué lo mismo!

DOÑA MARÍA. — ¡En la isla de Maciel! ¿Vos has ido con tu novio a la isla de Maciel? ¿Cuándo? ¿Con qué motivo? (*Viendo que Petrona no contesta*) ¡Contestá! ¿Qué quiere decir esto? (*Al ver que no contes-*

ta, en otro tono) Che, che, ¿Sabés que no me está gustando el asunto?... Hoy mismo le voy a avisar a tu madre...

PETRONA. (*Con angustia*) — ¡No, por Dios! ¡Si se lo dice no me va a dejar verlo más!...

DOÑA MARÍA. (*Sorprendida*) — ¿Verlo? ¿Y todavía pensás en verlo después de lo que te ha hecho?

PETRONA. (*Con angustia*) — ¡Y cómo quiere que no lo vea! (*Llora*).

DOÑA MARÍA. (*Indignada*) — ¡A ese miserable! ¡a ese canalla!...

PETRONA. (*Dejando de llorar*) — Canalla no es...

DOÑA MARÍA. (*Indignada*) — ¿No es canalla el que le pega a una mujer?... ¿Qué es, entonces?...

PETRONA. — Me pega porque tiene celos. Y tiene celos porque me quiere... ¡Y eso no es ser canalla! ¿sabe?

DOÑA MARÍA. (*Azorada*) — Pero, ¿te das cuenta de lo que estás diciendo, desgraciada? ¿Quiere decir que encontrás muy bien que te maltrate? ¿Qué te gusta que te golpee?

PETRONA. (*Secándose las lágrimas*) — ¡Eso no! ¡Pero desde que no hay otro remedio, qué se va a hacer! ¡Para eso es hombre! (*Transición*) Deje que me moje un poco la cara y me voy. (*Da unos pasos hacia la izquierda*).

DOÑA MARÍA. — ¡Sí! ¡Y para no volver!...

PETRONA. (*En tono de súplica y deteniéndose*) — ¡Pero, tía!...

DOÑA MARÍA. (*Resueltamente*) — ¡Ni una palabra! Elegí... o le aviso a tu madre o no volvéis a poner los pies más aquí...

PETRONA. (*Resignada*) — En ese caso, no volveré. (*Vase tristemente por la izquierda y doña María la sigue con la mirada sin salir de su asombro*).

DOÑA MARÍA. (*Acercándose después hacia la izquierda, por cuya puerta se asoma*) — ¡Manuela! (*En voz más alta*) ¡Manuela! (*Después de un instante, aparece Manuela por la izquierda. Con enojo*) ¿Dónde estabas?...

MANUELA. (*Vacilando y confusa*) — Ahí... donde usted me dijo... ¿Dónde quiere que estuviera?

DOÑA MARÍA. — ¿Qué hace Carmen?

MANUELA. — Continúa en el cuarto...

DOÑA MARÍA. — Andá. Golpeale otra vez. ¡ecile que si no abre le voy a echar la puerta abajo! (*Manuela vase apresuradamente por la izquierda a tiempo que entra por la misma, Pepa, a quien por poco lleva por delante*).

PEPA. (*Sulfurándose y a gritos hacia el exterior*) — ¡Eh! ¡Más cuidado! ¿No tiene ojos? (*Arreglándose el vestido*) ¿Qué burra! (*Transición*) ¿Sabe quién está en el balcón de enfrente con la hija del relojero? ¡Barroso! (*Se ríe*) ¡Dicen que se casa! ¿Será cierto?

DOÑA MARÍA. (*Distraída*) — ¿Está cerrada la puerta del cuarto de Carmen?

PEPA. — No... si en el cuarto no está...

DOÑA MARÍA. (*Alarmada*) — ¿Cómo que no está? ¿Quién no está?...

PEPA. — Carmen... Vi a Petrona lavándose la cara... no hay nadie más...

DOÑA MARÍA. (*Nerviosa*) — ¿Qué no está en el cuarto, Carmen?... ¿Estás segura?... (*Entra Manuela por la izquierda con cara de espanto*).

MANUELA. — Se ha salido...

DOÑA MARÍA. (*Avanzando hacia ella, furiosa*) — ¿No te dije que no te movieras del lado de la puerta?... (*Levanta el brazo amenazándola*).

MANUELA. (*Agachándose y defendiéndose con los brazos levantados*) — ¡Me había asomado un ratito al balcón!

DOÑA MARÍA. (*Agitada*) — ¡A ver!... ¡ligero!... ¡corran al fondo!... ¡ligero!... ¡debe estar hablando con ese cañalla!... (*Doña María, Manuela y Pepa se dirigen precipitadamente hacia el foro, cuando aparece por éste Carmen, que viene muy abatida y enjugándose las lágrimas. Con mucha irritación al ver a Carmen*) ¿De dónde salís?... ¿qué has estado haciendo?...

CARMEN. (*Con voz temblorosa, señalando a Pepa y a Manuela*) — Dígameles que se vayan... que nos dejen un momento... (*Manuela hace ademán de irse, pero Pepa permanece impassible, entonces Manuela también se detiene*).

DOÑA MARÍA. (*Con sorpresa*) — ¿Qué quiere decir eso?... ¿Qué te pasa?...

CARMEN. (*Con voz suplicante, a Pepa y a Manuela*) — ¡Por favor!... ¡Váyanse!... (*Pepa y Manuela sin decir nada vanse a salir por la izquierda*).

DOÑA MARÍA. (*Nerviosa*) — ¿A qué viene esto ahora?...

CARMEN. (*Sollozando, después de ver salir a Pepa y a Manuela*) — ¡Mama!... ¡mama!... ¡téngame lástima!... (*Corre hacia ella*) ¡Usted no puede desear mi desgracia!... ¡Al fin es mi madre!... ¡Y no va a querer que yo sea desgraciada!...

DOÑA MARÍA. (*Rechazándola*) — ¿Te has vuelto loca? ¿Qué estás diciendo?

CARMEN. — Linares no puede irse solo de aquí... ¡Linares me quiere!... ¡Consienta, mama, en que nos casemos!...

DOÑA MARÍA. (*Con irritación*) — ¡Sali!... ¿Y para esto te acordás que soy tu madre?... ¿Cómo podés imaginarte que voy a consentir en semejante disparate?...

CARMEN. (*Con voz suplicante y sollozando*) — ¡Es mi felicidad la que le pido!...

DOÑA MARÍA. (*Con sorda irritación*) — ¡Tu felicidad! ¡Es claro!... ¡y con eso crees haberlo dicho todo!... ¿Quiere decir entonces que yo no soy nadie?... ¿que yo no significo nada?... (*Exaltándose*) ¿Crees que te he criado, que te he alimentado, que te he hecho lo que sos... ¡sacrificándome toda la vida!... para que así... el mejor día... ¡porque se te ocurra!... ¡me dejes por un bribón cualquiera!... ¿Encontrás eso muy natural... muy razonable?...

CARMEN. (*Con angustia*) — Pero, ¿qué mayor satisfacción para usted, mama, que verme contenta y feliz al lado del hombre que quiero?...

DOÑA MARÍA. (*Exaltada*) — Pero, ¿y yo?... ¿y yo?... ¿no pensás en mí?... ¿no pensás en mi situación cuando vos estés lejos?... ¿no

soy nadie para vos?... ¿Qué dirías si tus hermanas hicieran lo mismo?... Si todas me dejaran... si todas me abandonaran... (*Con voz quejumbrosa*) ¿No te da lástima imaginarte esa pobre vieja... ¡enferma y sola!... tirada por sus hijas al medio de la calle, a pretexto de que cada una ha querido buscar la felicidad a su manera?

CARMEN. (*Con angustia*) — ¿Y yo qué puedo hacer, mama?... ¿qué puedo hacer yo?... ¡piense un poco también en mí!... ¡Si lo quiero!... ¡lo quiero!...

DOÑA MARÍA. — ¡Olvidarlo!... ¡no acordarte más de él!... ¡Eso es lo que tenés que hacer!... ¡No acordarte de que existe en el mundo semejante pillo!...

CARMEN. (*Con mucha ternura*) — ¡Pero si para mí, mama, Linares es la vida!... ¡Sin él no podría vivir!... ¡He llegado a quererlo tanto, que cuando pienso así... que pudiera faltarme... que pudiera no volverlo a ver!... no sé explicarle lo que me pasa... no podría decirle lo que siento... pero es un vacío tan grande... una angustia tan extraña... que sólo se me ocurre llorar... y lloraría... ¡lloraría siempre!... sin importarme de nada, ni preocuparme de otra cosa que de continuar llorando... ¡hasta que lo volviera a ver!

DOÑA MARÍA. — Pero... ¿y yo?... ¿y yo?... ¡Pensá en nosotras!... ¡pensá en mí!...

CARMEN. (*Con aflicción*) — ¡Si no puedo!... ¡pienso en que lo quiero!... ¡y no puedo pensar más!

DOÑA MARÍA. (*Impaciente*) — ¡Basta de ridiculeces!... ¡Es preciso y se acabó!

CARMEN. (*Angustiada*) — ¿Pero usted no sabe entonces lo que es querer?... querer mucho... querer así... ¡como yo quiero!... ¿Acaso porque sea preciso se va a dejar de querer?... ¿cómo puede decir eso, mama... usted que también tiene que haber querido?...

DOÑA MARÍA. (*Imperativa*) — ¡Basta he dicho!...

CARMEN. (*Desesperada*) — ¡Oh! ¡no!... ¡se lo suplico!...

DOÑA MARÍA. (*Exasperada*) — ¡Te digo que basta!

CARMEN. (*Sollozando*) — ¡Se lo suplico!... ¡mama... se lo suplico!... ¡Fíjese por Dios en lo que hace!... ¡¡Por última vez!! (*Cae de rodillas delante de doña María*).

DOÑA MARÍA. (*Fuera de sí*) — ¡Basta!... ¡basta!... ¿no entendés?

CARMEN. (*Con repentina resolución y enderezándose*) — Está bien... basta... (*Vase silenciosamente por la izquierda y doña María la sigue con la mirada hasta que desaparece. Entra Petrona por la izquierda y se dirige a salir por la derecha*).

PETRONA. (*Sin detenerse*) — Adiós, tía...

DOÑA MARÍA. (*Secamente*) — Adiós...

PETRONA. (*Deteniéndose antes de salir y con mucha humildad*) — Entonces... ¿no quiere que vuelva?...

DOÑA MARÍA. — No... ¡Qué te aprovechen las cachetadas!... ¡seguí no más!...

PETRONA. (*Con mucho sentimiento*) — Oh, no, tía... estoy segura que ahora está esperándome en la esquina... ¡Cada vez que me pega se

pone después de cariñoso y de bueno!... ¡Pobre!... ¡da lástima!... (*Desaparece por la derecha a tiempo que golpean las manos y en seguida vuelve a aparecer*) — Tía, aquí está el señor Rocamora... (*Da paso a Rocamora y al muchacho que lo sigue con unas cajas y vase nuevamente*).

ROCAMORA. (*Adelantándose a dar la mano a doña María, mientras el muchacho deja las cajas sobre una silla y vase por la derecha*) — Buenas tardes...

DOÑA MARÍA. — Un momento, Rocamora... voy a avisar a Pepa... Siéntese. (*Se dirige hacia la izquierda*).

ROCAMORA. — Estoy bien... gracias... (*Doña María vase por la izquierda y Rocamora empieza a pasearse a lo largo del escenario. Al cabo de un instante se asoma Linares por el foro, observa la escena sin que Rocamora lo aperciba y desaparece inmediatamente. Después de un momento aparece Carmen por la izquierda y vase apresuradamente por el foro aprovechando un instante en que Rocamora en sus paseos le da la espalda. En seguida de salir Carmen aparece Manuela muy agitada por la izquierda y mira a todos lados, como buscando a alguien*).

MANUELA. (*Bruscamente a Rocamora*) — ¿No ha venido Carmen por aquí?

ROCAMORA. (*Sin interrumpir sus paseos*) — No... (*Manuela vuelve a desaparecer apresuradamente por la izquierda. Entran por la izquierda doña María y Pepa*).

PEPA. (*Secamente, adelantándose a Rocamora*) — ¡Qué horas de venir!

ROCAMORA. (*Dándole la mano*) — Discúlpeme... un quehacer urgente...

PEPA. (*Nerviosamente*) — Sí... sí... muy bonito. (*En voz baja y olfateándole la ropa*) ¡qué olor tan raro!... ¿de dónde salís?

ROCAMORA. (*En igual forma*) — Del registro...

PEPA. (*Nerviosamente y aparte*) — ¡Mentira!... decí... decí... eh ¿de dónde? (*Rocamora aparenta darle explicaciones en voz baja, accionando mucho*).

MANUELA. (*Entrando muy agitada por la izquierda y aparte a doña María*) — ¡No la puedo encontrar!

DOÑA MARÍA. — ¿A quién?...

MANUELA. — ¡A Carmen!...

DOÑA MARÍA. (*Alarmada*) — ¿No está en su cuarto?... ¿has visto bien?

MANUELA. (*Apresuradamente*) — ¡Vuelva a ver usted!... ¡Yo entretanto voy al fondo! (*Mientras Manuela vase corriendo por el foro, doña María vase precipitadamente por la izquierda*).

ROCAMORA. (*Solemne y después de dirigir una mirada a su alrededor*) — Nos han dejado solos...

PEPA. (*Con falso pudor*) — ¡Es verdad!... (*Mira a los lados y de pronto aunque Rocamora ha permanecido impassible*) ¡No quiero!... ¡estate quieto! (*Retrocede*).

ROCAMORA. (*Solemne*) — ¿Qué?

PEPA. (*Haciéndose la confundida*) — ¡Ah! no... yo creía... (*Baja los ojos*).

ROCAMORA. (*Aproximándose a Pepa siempre solemne pero tratando de dar a la voz cierta emoción*) — ¡Pepa!... (*Entra corriendo Manuela por el foro y sale en igual forma por la izquierda sin preocuparse de Pepa ni de Rocamora*).

PEPA. (*Fingiéndose alarmada*) — ¡Ahí tenés lo que sacás!... ¡nos ha visto!

ROCAMORA. (*Sorprendido*) — ¿Y qué puede habernos visto?...

PEPA. (*Bajando los ojos*) — ¡Es una imprudencia!...

PEPA. (*Con pasión*) — ¡Filiberto!... (*Se miran un momento y después Rocamora con mucha solemnidad le da un beso en la frente y en este instante entran bruscamente por la izquierda Manuela y doña María, con la manifiesta intención de salir en igual forma por el foro. Vase corriendo Manuela por el foro sin apercibirse de nada, pero doña María que sorprende el beso de Rocamora, se detiene bruscamente y mira durante un instante con expresión de estupor a Rocamora y a Pepa, que permanecen confusos y sin saber qué hacer*).

DOÑA MARÍA. (*Avanzando con dignidad*) — ¿Qué quiere decir esto?... (*Rocamora y Pepa bajan la cabeza sin responder*) ¿Es esta la manera que tiene usted de corresponder a la confianza con que se le recibe en esta casa? (*Rocamora no responde*) ¡Contestel!... ¡so sinvergüenza! (*Gesto de indignación de Rocamora*) ¿es así como responde usted a las bondades que con usted se tienen?... (*Con mucha energía*) ¡Inmediatamente sale usted de aquí! (*Le señala la puerta*).

PEPA. (*Levantando la cabeza y con resolución*) — ¡Eso no, mama!...

DOÑA MARÍA. (*Sin preocuparse de Pepa*) — ¡Salga usted en seguida! (*Rocamora hace ademán de irse*).

PEPA. (*Fuera de sí, precipitándose sobre Rocamora y tomándolo de los brazos*) — ¡No!... ¡No!... ¡usted no se va!... (*Mira a doña María con aire de desafío*).

DOÑA MARÍA. (*Con sincera indignación*) — ¡Pepa!...

PEPA. (*Forcejeando con Rocamora*) — ¡No!... ¡vos no podés irtel!... ¡no le hagás caso!... ¡no!... ¡no!...

DOÑA MARÍA. (*A gritos*) — ¡Pepa!... ¡fijate en lo que hacés!...

PEPA. (*Luchando con Rocamora que quiere desasirse de ella*) — ¡Que-date!... ¡no le hagás caso!... ¡vos no te vas!...

ROCAMORA. (*Desprendiéndose violentamente de Pepa, que cae de rodillas con el choque*) — ¡Perfectamente!... (*Vase por la derecha*).

DOÑA MARÍA. (*Precipitándose sobre las cajas que trajo un momento antes Rocamora a las que toma y arroja por la derecha*) — ¡Y llévase también sus porquerías!

PEPA. (*Levantándose del suelo ha corrido hacia la derecha y asómase por ella gritando con desesperación*) — ¡Rocamora!... ¡Rocamora!...

DOÑA MARÍA. (*Tironeándola sin resultado*) — ¡Sosegate!... ¡No hagás eso!...

PEPA. (*Con angustiosa desesperación*) — ¡Rocamora!... (*Volviéndose como una fiera hacia doña María, al convencerse de que Rocamora no vuelve*) ¿Qué es lo que ha hecho?... ¿Qué ha hecho usted?... ¡vieja loca!... ¿Con qué derecho me quita lo que es mío?... (*Amenazado*).

ra) ¡Diga!... ¿con qué derecho?... (*Levanta el brazo como si fuera a pegarle*).

DOÑA MARÍA. (*Retrocediendo asustada*) — ¡Pepa... ¿Estás en tu juicio?

MANUELA. (*Gritando desde el interior del foro*) — ¡Mama!... ¡mama!... (*Apareciendo*) ¡Carmen y Linares no están por ninguna parte!

DOÑA MARÍA. (*Azorada*) — ¿Qué?... ¿Qué decís?... (*Se abalanza hacia Manuela*).

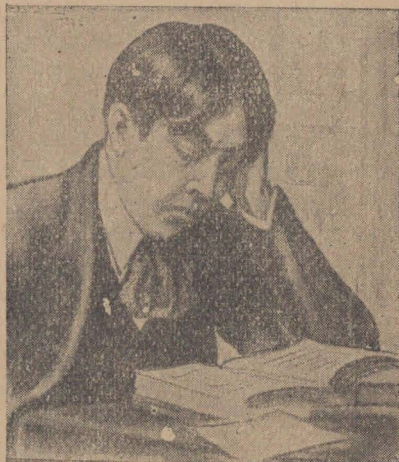
MANUELA. — ¡Que Carmen se ha ido, mama!...

DOÑA MARÍA. (*Precipitándose por el foro*) — ¿Qué se ha ido?... (*Con voz angustiada*) ¡Carmen!... ¡Carmen!... ¡Carmen!... (*Manuela ha salido junto con ella y la voz de doña María se va apagando gradualmente hasta apagarse del todo. Después de salir doña María, Pepa vacila un momento, concluye por hacer un gesto enérgico y poniéndose precipitadamente el sombrero desaparece a la vez por la derecha. La escena queda un instante vacía y después se derrumba con estrépito el cuadro de medallas y el telón comienza a descender lentamente mientras se oye de nuevo la voz de doña María que se aproxima llamando a Carmen*).

FLORENCIO SÁNCHEZ

El 13 de agosto de 1903 se estrenó en nuestro teatro de la Comedia una obra que concentró la atención de crítica y público por su hondo y sano naturalismo. Ella era "*M'hijo el doctor*", original de **Florencio Sánchez** y con la que éste iniciaba la serie de sus éxitos, de grande influencia civilizadora sobre nuestro teatro.

Nació Florencio Sánchez en Montevideo el 17 de enero de 1873, primogénito entre los once hijos que hubo el matri-



monio de don Olegario Sánchez y doña Josefa Musante. [Aprendidas sus primeras letras en Treinta y Tres, donde a poco de su nacimiento se radicaron sus padres, cursó Sánchez los estudios primarios en Minas e inició los secundarios en Montevideo. Nuevamente en Minas, empleóse a los quince años de escribiente en la Junta Administrativa, dedicando sus ocios oficinescos a las letras. En el periódico local hizo Sánchez, amparado en el pseudónimo, sus primeras armas literarias, publicando de tarde en tarde algún articulejo, por lo común de índole satírica.]

Lejos de su familia y llevado de las juveniles ansias aventureras, Florencio Sánchez aparece en 1893 como empleado supernumerario en la Oficina de Estadística y Antropometría de La Plata, dirigida por don Juan Vucetich. Allí perseveró en sus aficiones literarias y trabó amistad con un culto compatriota, don Antonio Masoni de Lis, a quien confiaba el juicio y la corrección de aquellos escritos que borroneaba cuando la labor era escasa en la oficina. Clausurada ésta, pierde Sánchez el empleo y vuelve a Montevideo, donde se convierte en periodista y logra destacarse, primero en "*El Siglo*" y luego en "*La Razón*", como eximio cronista e inteligente repórter. Además de sus crónicas policiales bordadas en ameno diálogo, Sánchez publicó en "*La Razón*" algunos cuentos, oculto bajo el pseudónimo de *Ovidio Paredes*.

Luego de actuar en la revolución que sacudió al Uruguay en 1896, primero entre los blancos, a los cuales pertenecía por tradición familiar y por la influencia de su hogar periodístico, y luego al lado de los colorados con Aparicio Saravia, y tras un breve viaje a Buenos Aires, Sánchez hace profesión de fe anarquista, afiliándose al "*Centro Internacional de Estudios Sociales*", en el que pronunció conferencias de crítica social, plenas de originalidad, presentadas en chispeantes diálogos; y en cuyo cuadro filodramático aparece como actor y autor, estrenando sus primeros y toscos ensayos dramáticos.

En 1898 vuelve Sánchez a nuestro país, desde donde la dirección del diario "*La República*" de Rosario le llamaba para confiarle el cargo de secretario de redacción, que su carácter de bohemia incorregible le hizo abandonar luego para dirigirse a Buenos Aires. Aquí se vincula con nuestros hombres de letras y colabora, ya en "*El País*" de Pellegrini, ya

en "*El Sol*" de Alberto Ghirardo. En este último publica bajo pseudónimo sus "*Diálogos de actualidad*" y con su nombre las "*Cartas de un flojo*", en las que satiriza con amarga elocuencia los vicios de su patria y se revela como utópico anarquista lírico y soñador cuando al hablar de la tierra dice: "Ella entera nos pertenece con su oxígeno y su sol, y es dominio que tienen derecho a usufructuar por igual todos los hombres".

Hacia el año 1900 vuelve Sánchez a Rosario y reingresa, ahora como cronista policial, en "*La República*", a cuyo frente queda luego, trabajando de firme, deseoso de conquistar una posición que le permita casarse con su novia de Buenos Aires. Pero igualmente de firme trabaja en el mundo obrero, en el que logra constituir las primeras sociedades gremiales, que se reúnen con frecuencia en la "*Casa del Pueblo*", y poco a poco va convirtiendo "*La República*" en un periódico de tendencias tan atrevidamente rojas, que el propietario, temeroso, resuelve prescindir de sus servicios, con lo que nuevamente se encuentra Sánchez en plena bohemia, sin casa y sin pan.

De ese entonces data su primera obra destinada al teatro: "*La gente honesta*" (*Sainete de costumbres rosarinas*), en el que se ridiculizan personajes del momento, y cuya representación, encomendada a la compañía de Jerónimo Podestá, prohibió la policía que, dicho sea de paso, aprehendió al autor. Este salió del lance magullado, pero no vencido, ya que "*La gente honesta*" apareció la misma noche en que debió estreñarse, en boletín del diario "*La Época*".

Perseverando en su afición al género dramático, Sánchez escribió poco después un sainete que intituló "*Canillita*", apodado éste de uno de los muchos vendedores de diarios de Rosario, con los cuales Sánchez confraternizaba y a quienes, cuando sus recursos se lo permitían, pagaba el café con leche. Escrito "*Canillita*" sobre una base de realidad vivida por el mismo Sánchez y sus humildes amigos, fué estrenado y obtuvo favorable acogida. Representado luego en Buenos Aires, fué tal su difusión, que su título pasó a ser el nombre vulgar con que por siempre se designará entre nosotros al vendedor de diarios.

De nuevo en Buenos Aires, Sánchez publicó en 1903, a pedido del doctor José Ingenieros y en los "*Archivos de Psiquiatría y Criminología*" por éste dirigidos, un notable estudio

psicológico acerca del famoso caudillo riograndense Joao Francisco, vigoroso cuadro pleno de sombras y saturado de ironías.

Entre tanto, corrían los años de su noviazgo, que la familia de la novia, considerándolo excesivamente largo y nada seguro en virtud del turbulento carácter del novio, deseaba cortar. Y fué así como a Florencio Sánchez, desesperado ante la idea de perder a su amada, ocurriósele escribir una obra de teatro que le produjese el dinero que para casarse necesitaba. Nació así "*M'hijo el doctor*", que Sánchez puso en manos de don Joaquín de Vedia y éste llevó al teatro de la Comedia, cuyo escenario ocupaba la compañía de Jerónimo Podestá. Allí fué estrenada el 13 de agosto de 1903 y ese día las ovaciones del público y los elogios de la crítica consagraron como autor dramático a Sánchez, que poco después se casaba.

Luego del estreno de "*M'hijo el doctor*", Sánchez fué desligándose de los diarios, en los que sólo muy de tarde en tarde volvió a escribir; dióse puramente al teatro, y sus obras, que nacieron muy espaciadas, fueron generalmente hijas de la necesidad. Gustaba a Sánchez elaborar con toda lentitud *inmente* sus obras, que luego escribía con verdadero frenesí, sin retocar nunca nada, en formularios de telegramas. No buscaba la soledad ni el silencio ni el ambiente cómodo para escribir: lo hacía en cualquier parte y, según la gráfica frase de JOAQUÍN DE VEDIA "en un solo esfuerzo espasmódico y brutal". Ello explica que la víspera de la lectura de una de sus mejores comedias, "*La Gringa*", escrita tras largo período de holganza, pudiese decir Sánchez: "*La Gringa* está hecha aquí — señalando su frente —. Esta noche la escribo".

Seis fueron los años de producción fecunda de Florencio Sánchez: de 1903, en que estrenó "*M'hijo el doctor*", a 1909, fecha de su partida a Europa; seis años también de vida desordenada, interrumpida cada tanto por períodos de retraimiento, en que buscaba reposo y nuevas fuerzas para reponer su salud ya quebrantada.

Veinte son las obras que en ese lapso compuso Sánchez, todas ellas escritas, dice GIUSTI, "a veces en horas, al correr de la pluma, casi sin corregir ni releer lo escrito, en una prosa deficiente y burda, no sin algún desliz ortográfico, en la cual no cabe reconocer otras condiciones que la espontaneidad y la verdad". Sánchez no se preocupó en ellas de hacer

obra de arte, no hizo sino teatro, y tampoco como él entendía que éste debía hacerse, sino como las exigencias de la vida lo reclamaban. Cuando pretendió hacer estilo fracasó, produciendo las más falsas de sus obras. Y es que Sánchez, que carecía de una cultura disciplinada, era un intuitivo que — y lo dice el mismo GIUSTI — “tenía la visión innata del teatro y lo amaba por encima de todas las cosas... veía la vida como acción, manifestándose en tipos, movimientos, ademanes, diálogos”.

En su teatro Sánchez no se perfila como creador de caracteres, ni como hábil psicólogo capaz de adentrarse hondamente en el alma humana, pero sí como insuperable pintor de tipos y ambientes. Como lo reconoce ROJAS “si a su poderosa capacidad representativa de los hechos actuales hubiera unido más amplio don de generalización filosófica para engrandecer sus asuntos y más intenso numen de evocación poética para ennoblecer la vida de las almas, su caso hubiera sido, a no dudarlo, el de un dramaturgo genial”.

Entre esas veinte obras hay muy distintos valores. Algunas, escritas con el apremio de ganar para vivir el día presente, son inferiores e indignas de figurar al lado de obras tan valiosas como “*Nuestros hijos*” y “*Los derechos de la salud*”.

Son los puntos más bajos entre las producciones de Sánchez: “*Los curdas*”, nueva versión de su mal sainete de 1902, “*La gente honesta*”, representada en 1907 por José J. Podestá, que en un momento de penuria económica, uno de los tantos que Sánchez pasara, se la había comprado en cincuenta pesos; “*El conventillo*”, “*El cacique Pichuleo*”, “*El desalojo*”, “*Mano santa*”. Entre sus obras menores se destacan “*Marta Gruni*” y “*Las cédulas de San Juan*”, sainetes ricos en color que concluyen en vulgar y sangrienta tragedia de amor; “*Moneda falsa*”, que aunque escrita para un concurso jocoserio constituye un pequeño drama de la mala vida, un tanto deshilvanado, pero pleno de vigor; “*La Tigra*”, donde se ofrece una colorida visión del café-concierto, y “*La pobre gente*”, vívido y penoso cuadro de la miseria. Caracteriza a las obras menores de Sánchez la profunda piedad que el autor siente por los humildes y los míseros.

Sus obras mayores, esto es, las de tres o más actos, llegan a ocho, que ROJAS distingue en rurales: "*M'hijo el doctor*", "*La gringa*" y "*Barranca abajo*", y urbanas: "*En familia*", "*Los muertos*", "*El pasado*", "*Nuestros hijos*" y "*Los derechos de la salud*". GIUSTI las clasifica con distinto criterio, según predomine en ellas la pintura del ambiente o se planteen problemas y sustenten tesis: Incluye entre las de la segunda categoría "*Nuestros hijos*", "*El pasado*" y "*Los derechos de la salud*", y en la primera las restantes.

"*M'hijo el doctor*", cuya máximo valor está en su primer acto, reveló, al poner frente a frente a don Olegario y a Julio, su hijo ya "doctor", la existencia entre nosotros de un rico filón de asuntos hasta entonces inexplorado. De ella puede decirse que si bien franqueó a Sánchez las puertas del éxito, no es por cierto sino una promesa, un anuncio de lo que había de ser su obra posterior. En "*Barranca abajo*" y "*La gringa*", también de ambiente rural, Sánchez lleva el drama rústico a insospechada altura. La segunda, principalmente, es notable por su naturalismo, que se manifiesta libre de trabas, y por su sana emoción; ella destaca en íntima compenetración el cuadro de la tierra y el hombre y adquiere verdadero valor de alegoría, simbolizando la lucha entre el progreso, representado por la inmigración fecunda, y la rutina, encarnada en la raza autóctona, estacionaria y vencida. Una frase de las finales de la comedia cristaliza el optimismo con que Sánchez miraba el futuro de esta tierra americana: "Hija de gringos puros, hijo de criollos puros... De ahí va a salir la raza fuerte del porvenir".

"*Barranca abajo*", la última de las obras rurales de Sánchez, es una historia de despojo y deshonor, de desmoronamiento de la familia campesina, que lleva al viejo Zoilo a matarse y monologar antes de hacerlo: "Agarran a un hombre sano... güeno... honrao... trabajador... servicial... lo despojan de todo lo que tiene, de sus bienes amontonados a fuerza de sudor, del cariño de su familia, que es su mejor consuelo, de su honra... canejo! que es su reliquia, lo agarran, le retiran la consideración, le pierden el respeto, lo manosean, lo pisotean, lo soban, le quitan hasta el apellido... y cuando ese disgraciao, cuando ese viejo Zoilo, cansao, deshecho, inútil para todo, sin una esperanza, loco de vergüenza y de

sufrimiento resuelve acabar de una vez con tanta inmundicia de vida, todos corren a atajarlo. No se mate, que la vida es güena! ¿Güena pa qué?"

A estas tres obras rurales siguieron las urbanas, la primera de ellas "*En familia*", que muestra el drama de la perdición por el vicio y la miseria, también tocado por Sánchez otras veces: en "*La pobre gente*", "*Los muertos*" y "*Un buen negocio*". "*Los muertos*" es un drama escrito en cuarenta y ocho horas escasas, en que el autor se propuso, y lo consiguió, desnudar brutalmente el vicio y la orgía.

En sus tres últimas obras: "*El pasado*", "*Nuestros hijos*" y "*Los derechos de la salud*", Sánchez intentó la alta comedia, la obra dramática de análisis psicológico y, a la par, de tesis social. De ellas la tercera, por su tesis inaceptable para nuestro sentimiento cristiano, que exalta los derechos de la salud y la vida sobre el dolor y la muerte, fué condenada casi unánimemente por la crítica y resistida por el público, pero no puede negársele, al lado de su valiente franqueza de pensamiento, una aguda eficacia dramática.

A través de su obra vemos cómo Sánchez fué elevándose de lo puramente regional al mundo de ideas de honda significación humana, cómo apartándose del simple naturalismo llegó a construir obras en que se plantean profundas cuestiones de ética y filosofía.

Breve fué la carrera dramática de Sánchez, seis años que pudieran reducirse a unos cuarenta días de labor efectiva. Se advierte a través de ella una continua superación que, a no haberlo impedido la muerte, hubiérale llevado a insospechada altura.

Los éxitos que Sánchez logra en Buenos Aires y Montevideo le hicieron ambicionar un escenario de mayores proporciones para sus triunfos. Acuciólo el deseo de ir a Europa, para lo que le era menester conseguir una pensión del gobierno uruguayo, que después de no pocos inconvenientes le fué concedida por tres años y debía serle entregada por mitades.

Designado Comisionado oficial para informar "sobre la concurrencia de la República a la Exposición Artística de Roma", fué cariñosamente despedido por sus amigos de ambas orillas del Plata, que dejaba, y son sus palabras, "porque si el

artista simpático a Nietzsche se conformaba con pan y arte, yo ambiciono, pan, arte y gloria”.

Solo y enfermo — nunca fué la salud patrimonio de Sánchez — partió para Europa en septiembre de 1909; luego de viajar y alternar con amigos y compatriotas, radicóse en Milán a principios de la primavera de 1910. Agotados sus recursos, comenzó para Sánchez la penuria económica, que su falta de ánimo para el trabajo y su salud cada vez más quebrantada agudizaron. En el otoño de 1910, en Génova, ya se siente morir; minado por una cruel tuberculosis que por su insistencia uno de los facultativos que le asisten le confiesa, vive sus últimos días entre accesos de desesperación y fugaces ilusiones acerca del porvenir y su obra futura. Un auxilio del gobierno de su patria, insistentemente pedido por el cónsul uruguayo en Génova y por la esposa de Sánchez desde Montevideo, le permite emprender viaje a Suiza, en la dulzura de cuyo clima confiaba para restablecerse, pero no logra pasar de Milán, donde muere el 7 de noviembre y aun hoy reposa.

BARRANCA ABAJO

PERSONAJES

DOLORES	DON ZOILO
RUDECINDA	ANICETO
PRUDENCIA	JUAN LUIS
ROBUSTIANA	GUTIÉRREZ
MARTINIANA	BATARÁ
SARGENTO MARTÍN	

La acción pasa en la campaña de Entre Ríos

ACTO PRIMERO

Representa la escena un patio de estancia; a la derecha y parte de foro, frente de una casa antigua, pero de buen aspecto, galería sostenida por medio de columnas. Gran parral que cubre todo el patio; a la izquierda un zaguán. Una mesa, cuatro sillas de paja, un brasero con cuatro planchas, un sillón de hamaca, una vela, una tabla de planchar, una caja de fósforos, un banquito, varios papeles de estraza para hacer parches, una azucarera y un mate. Es de día.

Al levantarse el telón aparecen en escena Dolores sentada en el sillón con la cabeza atada con un pañuelo blanco; Prudencia y Rudecinda, planchando; Robustiana haciendo parchecitos con una vela.

ESCENA I

ROBUSTIANA, DOLORES, RUDECINDA Y PRUDENCIA

DOLORES.— Poneme pronto hija, esos parches.

ROBUSTIANA.— Paresé, en el aire no puedo hacerlo. (*Se acerca a la mesa, coloca los parches de papel sobre ella y les pone sebo de vela*) ¡Aquí, verás!

RUDECINDA.— ¡Eso es! ¡Llename la mesa de sebo, si te parece! ¿No ves? Ya gotiaste encima el paño.

ROBUSTIANA.— ¡Jesús! ¡Por una manchita!

PRUDENCIA.— Una manchita que después con la plancha caliente ensucia toda la ropa... Ladiá esa vela...

ROBUSTIANA.— ¡Viva, pues, la patrona!

PRUDENCIA.— ¡Sacá esa porquería de ahí! (*Da un manotón a la vela que va a caer sobre la enagua que plancha Rudecinda*).

RUDECINDA.— ¡Ay! ¡Bruta! ¡Cómo me has puesto la enagua!

PRUDENCIA.— ¡Oh! ¡Fué sin querer!

ROBUSTIANA.— ¡Juá, juá, juá! (*Recoge la vela y trata de reanudar su tarea*).

RUDECINDA.— ¡A la miseria! ¡Tanto trabajo que me había dao plancharla! ¡Odiosa!... ¡Te había de refregar por el hocico!

PRUDENCIA.— ¡No hay cuidao!

RUDECINDA.— ¡No me diera Dios más trabajo!

PRUDENCIA. (*Alejándose*) — Pues hija estaría todo el día ocupada.RUDECINDA.— ¡Ah, sí! ¡Ah, sí! ¡Ya verás! ¡Zafada! ¡Sinvergüenza! (*La corre*).ROBUSTIANA.— ¡Juá, juá, juá! (*Al ver que no la alcanza*).RUDECINDA. (*Deteniéndose*) — ¿Y vos... gallina crespa, de qué te reís?

ROBUSTIANA.— ¿Yo?... ¡De las cosquillas!

RUDECINDA.— ¡Pues tomá para que te rías todo el día! (*Le refriega las enaguas por la cara*) ¡Atrevida!ROBUSTIANA.— ¡Ah!... ¡madre! ¡Bruja del diablo!... (*Corre hasta la mesa y toma una plancha*) ¡Acercate ahora! ¡Acercate y verás como te plancho la trompa!

PRUDENCIA.— ¡Ya la tienes almidonada, che Robusta!

RUDECINDA. (*A Prudencia*) — Vos, relamida, que te pintás con el papel de los festones para lucirle al rubio...ROBUSTIANA.— ¡Juá, juá, juá! (*Cantando*).

Mañana por la mañana
se mueren todas las viejas...
y las llevan a enterrar
al...

PRUDENCIA.— ¡Angelitos pal cielo!

DOLORES.— Por favor, mujeres, por favor. ¡Se me parte la cabeza! Parece que no tuvieran compasión de esta pobre madre dolorida.

Robustiana. Preparame esos parchecitos... ¡Ay, mi Dios y la Virgen Santísima!...

RUDECINDA.—Si te hicieras respetar un poco por los potros de tus hijas... no pasaría esto.

ROBUSTIANA.—Petro, pero no pa tu doma.

DOLORES.—¡Hija mía, por favor!

ROBUSTIANA.—¡Oh! ¡Que se calle esa primero! ¡Es la que busca! (*Rudecinda rezongando limpia las manchas de sebo*) Ahí tiene su remedio, mamá. ¡Prontito que se enfria! (*Colocándole los parches*) Aquí. ¿Ta caliente? Ahora el otro, ¡ajajá!

DOLORES.—Gracias. Quiera Dios y María Santísima que me haga bien esto. (*Rudecinda rezonga fuerte*).

ROBUSTIANA. (*Por Rudecinda*)—¡Juera! Pasá juera canela! (*Prudencia arregla las planchas en el brasero*).

DOLORES. (*A Robustiana*)—Mirá, hijita mía. Si hay agua caliente, cebame un mate de hojas de naranjo. ¡Ay, Dios mío!

ROBUSTIANA.—Bueno. (*Antes de hacer mutis*) ¡Rudecinda! ¿Querés vos un matecito de torongil? ¡Es bueno pa la ausencia!

RUDECINDA.—¡Tomalo vos bacaray! (*A Prudencia*) ¡Ladiá el cuero!... (*Toma otra plancha, la refriega sobre una chancleta enseñada*) ¡Coloradas las planchas! ¡Uff! ¡Que temeridad!... (*Pausa. Prudencia plancha tarareando. Rudecinda trabaja para enfriar la plancha, y misia Dolores suspira quejumbrosa*).

ESCENA II

Los mismos y don Zoilo

Aparece por la puerta del foro. Se levanta de la siesta. Avanza lentamente y se sienta en un banquito. Pasado un momento saca el cuchillo de la cintura y se pone a dibujar marcas en el suelo.

DOLORES. (*Suspirando*)—¡Ay, Jesús, María y José!

RUDECINDA.—Mala cara trae el tiempo. Parece que viene tormenta del lado de la sierra.

PRUDENCIA.—Che, Rudecinda, ¿se hizo la luna ya?

RUDECINDA.—El almanaque la anuncia para hoy. Tal vez se haga con agua.

PRUDENCIA.—Con tal que no llueva mucho...

DOLORES.—¡Robusta! ¡Robusta! ¡Ay, Dios! (*Zoilo se levanta y va a sentarse a otro banquito*).

RUDECINDA. (*Ahucando la voz*)—¡Güenas tardes!... dijo el muchacho cuando vino...

PRUDENCIA.—Y lo pior jué que nadie le respondió. ¡Linda cosa!

RUDECINDA.—Che Zoilo, ¿me encargaste el generito pal viso de mi vestido (*Zoilo no responde*) ¡Zoilo!... ¡Eh!... ¡Zoilo!... ¿Tas sordo? Decí... ¿Encargaste el generito rosa? (*Zoilo se aleja y hace mutis lentamente por la derecha*).

ESCENA III

Los mismos, menos don Zoilo

RUDECINDA. — No te hagás el desentendido, ¿eh?... (A Prudencia)
Capaz de no haberlo pedido. Pero malhaya que no suceda, porque
se las he de cantar claro... Si se ha creído que debo aguantarle
sus lunas, está muy equivocao...

DOLORES. — En el papelito que mandó a la pulpería no iba apuntao.

PRUDENCIA. — Yo lo puse...

DOLORES. — Pero él me lo hizo sacar.

RUDECINDA. — ¿Qué?

DOLORES. — Dice que bonitas estamos para andar con lujos... ¡Ay,
mi Dios!

RUDECINDA. — ¡Ah, sí? Dejalo que venga y yo le voy a preguntar
quien paga mis lujos... ¡Caramba! ¡Le han entrao las economías
con lo ajeno.

ESCENA IV

Los mismos, y Martiniana

MARTINIANA. — ¡Bien lo decía yo!... De juro que mi comadre Rude-
cinda está con la palabra. ¡Güenas tardes les dé Dios! (Con cierto
alborozo) ¿Cómo le va?

PRUDENCIA. — ¡Hola, ña Martiniana!

MARTINIANA. — ¿Cómo está, comadre? ¿Cómo te va, Prudencia? ¡Ay,
Virgen Santa! Misia Dolores siempre con sus achaques. ¡Qué tor-
mento, mujer!... ¿Qué se ha puesto? ¿Parches de yerbas? ¡Psh!...
¡Cusí, cusí! Usté no se va a curar mientras no tome la ñopatía. Lo
he visto a mi compadre Juan Avería hacer milagros... Tiene tan
güena mano pa podarla... ¿Y qué tal, muchachas? ¿Qué se cuenta
e nuevo? Me viá sentar por mi cuenta, ya que no me convidan.

RUDECINDA. — ¿Y mi ahijada?

MARTINIANA. — ¡Güena, a Dios gracias! La dejé apaleando una ro-
pita del capitán Butiérrez, porque me mandó hoy temprano al sar-
gento a decirme que no me juera a olvidar de tenerle, cuando menos,
una camisa pronta pal sábado, que están de baile.

RUDECINDA. — ¿Dónde?

PRUDENCIA. — Será muy lejos, pues nosotros no sabemos nada.

MARTINIANA. — Háganse las mosquitas muertas. ¡No van a saber!
El sargento me dijo que la junción sería acá.

PRUDENCIA. — Como no bailemos con las sillas...

RUDECINDA. — ¡Quién sabe! Tal vez piensen darnos alguna serenata.
El comisario es buen cantor.

MARTINIANA. — ¡Sí, algo de eso he oído!

DOLORES. — ¡Ay, mi Dios! ¡Cómo pa serenatas estamos!

MARTINIANA. — Lo que es don Zoilo no le va a gustar mucho. Así le
decía yo al sargento.

DOLORES. — ¡Oh! Si fuéramos a hacerle caso, viviríamos peor que en un convento.

MARTINIANA. — Parece medio maniático; aurita cuando iba dentrandó, me topé con él y ni las güenas tardes me quiso dar... No es por conversar, pero dicen por ahí que está medio ido de la cabeza. También, hija, a cualquiera le doy esa lotería. ¡Miren que quedarse de la mañana a la noche con una mano atrás y otra adelante, como quien dice, perder el campo en que ha trabajado toda la vida y la hacienda y todo! Porque dejuramente entre jueces y procuradores, le han comido vaquitas y majadas. ¡Y gracias que dió con un hombre tan güeno como don Luis! Otro ya le hubiera intimidao el desalojo, como se dice! ¡Qué persona tan cumplida y de güenos sentimientos! ¡Oh! ¡No te pongás colorada, Prudencia! No lo hago por alabártelo... Che, decime: ¿tenés noticia de Aniceto? Dicen que está poblando en Sarandí pa casarse con vos. ¿Se jugará esa carrera? ¡Hum!... Lo dudo, dijo un pardo y se quedó serio... ¡Ah! ¡Eso sí! Como honrao y trabajado no tiene reparo. Pero qué querés; se me hacen que no harían güena yunta. ¿Es cierto que don Zoilo se empeña tanto en casarlos, che?

PRUDENCIA. — Diga. ¿Me trajo aquella plantita de resedá?

MARTINIANA. — ¿Querrás creer que me iba olvidando? Sí, y no. El resedá se quedó en casa; pero te traigo unas semillitas de una planta pueblera muy linda.

PRUDENCIA. — ¡A verlas, a verlas! (*Acercándose*).

MARTINIANA. — (*Sacando un sobre del seno*) Están ahí dentro de ese papel.

PRUDENCIA. (*Ocultando la carta*) — ¿Se pueden sembrar ahora?...

MARTINIANA. — Cuando vos querás; en todo tiempo.

PRUDENCIA. — Pues yo misma voy a plantarlas. (*Va hacia el jardín-cito de la derecha y abre la carta*).

MARTINIANA. — Pues sí, señor, comadre. Dicen que anda la virgüela. ¿Será cierto?

RUDECINDA. (*Que ha seguido con interés los movimientos de Prudencia*) — Parece... Se habla mucho. (*Deja la plancha y se aproxima a Prudencia*).

MARTINIANA. — Como calandria al sebo. (*Volviendo a Dolores*) ¡Caramba, caramba, con doña Dolores! (*Aproximándose le da el banco*) Le sigue doliendo no más.

PRUDENCIA. — ¿Qué te dice Juan Luis, che? Leé pa las dos.

PRUDENCIA. — Puede venir el viejo.

RUDECINDA. — A ver. Leé no más.

PRUDENCIA. (*Leyendo con dificultad*) — “Chinita mía”.

RUDECINDA. — ¡Si será zafao el rubio!...

PRUDENCIA. — “Chinita mía. Recibí tu adorable cartita y con ella una de las más tiernas satisfacciones de nuestro naciente idilio. Si me convenzo de que me amas de veras”... ¡Sinvergüenza, no está convencido todavía! ¿Qué más quiere? ¡Goloso!

RUDECINDA. — No seas pava. No dice semejante cosa. Hay un punto en la letra sí. Sí, punto... “me convenzo de que me amas de veras y...”

PRUDENCIA. — ¡Ah, bueno! (*Lee*) “Que me amas de veras y espero recibir constantes y mejores pruebas de tu cariño. Tengo una sola cosa que reprocharte. Lo esquivo que estuviste conmigo la última tarde...”

RUDECINDA. — ¿Ves? ¿Qué te dije?

PRUDENCIA. — Yo no tuve la culpa. ¡Sentí ruido y creí que venía mamá!

RUDECINDA. — ¡Zonza! ¡Pa lo que cuesta dar un beso! Seguí leyendo.

PRUDENCIA. — ¡Si no fuera más que uno! (*Leyendo*) “La última tarde...” ¡Ay! Creo que llega tata.

RUDECINDA. — No; viene lejos. Fíjate prontito a ver si dice algo pa mí.

PRUDENCIA. — Esperate... “Dile a Rudecinda que esta tarde o mañana iré con el Capitán Butiérrez a reconciliarlo con don Zoilo”.

MARTINIANA. (*Como dando una señal*) — Muchachas, ¿sembraron ya las semillas?

PRUDENCIA. — Acabamos de hacerlo. (*Escondiendo la carta*).

ESCENA V

Los mismos y don Zoilo

ZOILO. (*Con una maleta de lona en la mano, que deja caer a los pies de doña Dolores*) — Ahí tienen los encargos de la pulpería.

MARTINIANA. (*Zalamera*) — Güenas tardes, don Zoilo. Hace un rato no quiso saludar, ¿eh?

ZOILO. — ¿Qué andás haciendo por acá? ¡Nada güeno, de juro!

MARTINIANA. — Ya lo ve, pasando un poquito.

ZOILO. — Ahí se iba tu yegua campo ajuera, pisando las riendas.

MARTINIANA. (*Mirando al campo*) — Y mesmo. Mañerasa la tubiana. (*Vase, hablando a gritos*) Che, Nicolás; vos que tenés güenas pier-nas, atajamelá, ¿querés?

ESCENA VI

Los mismos, menos Martiniana

RUDECINDA. (*Que ha estado revisando las maletas. A don Zoilo, que se aleja*) — ¡Che, Zoilo! ¡Eh! ¿Y mis encargos?

ZOILO. — No sé.

RUDECINDA. — ¿Cómo que no sabés? Yo he pedido (*Recalcando*) por mi cuenta, pa pagarlo con mi platita, dos o tres cosas y un corte de vestido pa Prudencia, la pobre, que no tiene qué ponerse. ¿Ande está eso?

ZOILO. — Tará ahí... (*Prudencia recoge la maleta y se va por la izquierda*).

RUDECINDA. — ¡Por favor, che! Mirá que voy a creer lo que andan diciendo. Que tenés gente en el altillo.

ZOILO. — Así será.

RUDECINDA. — Bueno. Dame entonces la plata; yo haré las compras.

ZOILO. — No tengo plata.

RUDECINDA. — ¿Y el dinero de los novillos que me vendiste el otro día?

ZOILO. — Lo gasté.

RUDECINDA. — Mentira. Lo que hay es que vos pensás rebuscarte con lo mío, después de haber tirado en pleitos y enredos la fortuna de tus hijos. Eso es lo que hay.

ZOILO. — Güeno, ladiate de ahí, o te sacudo un guantón. (*Mutis*).

ESCENA VII

Los mismos, menos don Zoilo

RUDECINDA. — Vas a pegar, desgraciao. (*Volviéndose*) ¿Has visto, Dolores? Este hombre está loco o está borracho...

DOLORES. (*Suspirando*) — ¡Qué cosas, Virgen Santa!

RUDECINDA. (*Tirando violentamente de las ropas de la mesa donde está la plancha*) — ¡Oh!... Lo que es conmigo va a embromar poco... O me entrega a buenas mi parte, o...

ESCENA VIII

Los mismos y Prudencia

ROBUSTIANA. — Ahí tiene su mate, mama... Pucha, que hay gente desalmada en este mundo. Parece mentira. Es no tener ni pizca...

RUDECINDA. — ¿Qué estás rezongando vos?

ROBUSTIANA. — Lo que se me antoja. ¿Por qué le has dicho esas cosas a tata?

RUDECINDA. — Porque las merece.

ROBUSTIANA. — ¡Qué ha de merecerlas el pobre viejo! ¡Desalmadas! Y parece que les estorba y quieren matarlo a disgustos.

RUDECINDA. — Callate la boca, hipócrita. Buena jesuíta sos vos...

ROBUSTIANA. — Vale más ser eso que unas perversas y unas... desorejadas como ustedes.

RUDECINDA. (*Airada, levantando una plancha*) — A ver. Repetí lo que has dicho, insolente.

DOLORES. — ¡Hijas, por misericordia, no metan tanto ruido! ¿No ven cómo estoy?

ROBUSTIANA. (*Burlona*) — ¡Ay, Dios mío! ¡Doña Jeremías! ¡Usted también es otra como esas! Con el pretexto de su jaqueca, sus dolomas, no se ocupa de nada y deja que todo en esta casa ande como anda. ¡Qué demontres! Vaya a acostarse si no quiere oír lo que no le conviene. (*Rudecinda y Prudencia cambian gestos de asombro*).

DOLORES. (*Levantándose*) — ¡Mocosa, insolente! ¿Esa es la manera de tratar a su madre? Te viá a enseñar a respetarme.

ROBUSTIANA. — Con su ejemplo no voy a aprender mucho, no hay cuidado...

DOLORES. — ¡Madre Santa! ¿Han oído ustedes?

ESCENA IX

Los mismos y Prudencia

PRUDENCIA. (*Que ha oído el final de la escena*) — ¡Dejala, mamá! ¡La picó el alacrán!

ROBUSTIANA. — Callate vos, pandereta.

DOLORES. — Qué la viá dejar. Vení pa cá... Decí... ¿qué malos ejemplos te ha dao tu madre?

ROBUSTIANA. — No sé... no sé...

RUDECINDA. — Mirenlá. Retratada de cuerpo entero. ¡Tira la piedra y esconde la mano!

DOLORES. — ¡No la ha de esconder! (*Cogiéndola por un brazo*) ¡Hablá, pues, largá el veneno! (*La zamarrea*).

ROBUSTIANA. — ¡Déjeme!

RUDECINDA. — Ahora se te van a descubrir las hipocresías, tísica.

PRUDENCIA. — Las vas a pagar todas juntas. Lengua larga.

ROBUSTIANA. — ¡Jesús! ¡Sé ha juntao la partida! Pero no les viá tener miedo. ¿Quieren que hable? Bueno... ¿Saben qué más? Que las tres son unas... (*Doña Dolores le tapa la boca de una bofetada*) ¡Ay... perra vida!... (*Enfurecida, levanta la mano e intenta arrojarle sobre doña Dolores*).

RUDECINDA. (*Horrorizada*) — ¡Muchacha! ¡A tu madre!

ROBUSTIANA. (*Se detiene sorprendida, pero reacciona rápidamente*) — ¡A ella y a todas ustedes! (*Se precipita sobre un banco y lo levanta con ademán de arrojarlo. Las tres mujeres retroceden asustadas*).

ESCENA X

Los mismos y don Zoilo

ZOILO. — ¡Hija! ¿Qué es esto?

ROBUSTIANA. (*Deja caer el banco y se arroja en sus brazos sollozando*) — ¡Ay, tata! ¡Mi tatita! ¡Mi tatita!

ZOILO. — ¡Calmesé! ¡Calmesé! ¿Qué le han hecho, hija? ¡Pobrecita! ¡Vamos! Tranquilícese que le va a venir la tos. Sí... ya sé que usted tiene razón. Yo, yo la voy a defender.

DOLORES. (*Dejándose caer en un sillón*) — ¡Ay, Virgen Santísima de los Dolores! ¡Se me parte esta cabeza! (*Rudecinda y Prudencia continúan planchando*).

ZOILO. (*Entre iracundo y conmovido*) — ¡Parece mentira! ¡Tamañas mujeres! Bueno, basta, hijita. ¿No ve? ¿Ya le entra la tos? ¡Cal-mesé, pues!... (*Robustiana tose*).

ROBUSTIANA. — Sí, tata; ya me pasa.

ZOILO. — ¿Quiere un poco de agua? A ver ustedes, cuartudas, si se comiden a traer agua pa esta criaturita. (*Rudecinda va a buscar el agua*).

ROBUSTIANA. — Me pe... ga... ron porque... les dije... la ver-dad... ¡Son unas sinvergüenzas!

ZOILO. — Demasiado lo veo. ¡Parece mentira! ¡Canejo! ¡Se han pro-puesto matarnos a disgustos!

PRUDENCIA. — ¡Fíjese, mamá, en el jueguito de esa jesuita!

RUDECINDA. — ¡Ahí tiene el agua! Hasta pa augarse. (*Con un jarro*).

ZOILO. — Tome unos traguitos... ¡así! ¿Se siente mejor? Trate de sujetar esa tos, pues... (*Sonriendo*) ¡Qué diablos!... Tírele de la riendita. ¿Quiere acostarse un poquito? Venga a su cama.

ROBUSTIANA. (*Mimosa*) — ¡No!... Muchas gracias. (*Lo besa*). Mu-chas gracias. Estoy bien; además, quiero quedarme aquí porque... ¡quién sabe qué enredos van a meterle ésas!

RUDECINDA. — Mirenla a la muy zorra... Tenés miedo de que sepa la verdad, ¿no?

ZOILO. — ¡Cállese usted la boca!

RUDECINDA. — ¡Oh!... ¿Y por qué me he de callar? ¿Hemos de dejar que esa mocosa invente y arregle las cosas a su modo? ¡No faltaba más! La madre la ha cachetiao, y bien cachetiada, porque le faltó al respeto...

DOLORES. — ¡Ay Dios mío!

PRUDENCIA. — ¡Claro que sí! ¡Cuando menos, ella tendrá corona!

RUDECINDA. — ¡Y le levantó la mano a Dolores!

ZOILO. — ¡Güeno, güeno! ¡Que no empiece el cotorreo! Ustedes desde un tiempo a esta parte, me han agarrao a la gurisa pal piquete, sin respetar qué está enferma y por algo ha de ser... (*Enérgico*) ¡Y ese algo lo vamos a aclarar ahora mesmito! (*A Dolores*) A ver vos, doña Quejidos; vos que sos aquí la madre y la dueña e casa, ¿qué enriedo es éste?

DOLORES. — ¡Virgen de los Desamparados, como pa historias estoy con esta cabeza!

ZOILO. — ¡Canejo! Se la corta si no le sirve pa cumplir con sus obliga-ciones... (*A Rudecinda*) Y vos, vamos a ver, aclárame pronto el asunto; no has de tener jaqueca también. Respondé...

RUDECINDA. (*Chocante*) — ¡Caramba, no sabía yo que te hubiesen nombrao juez!

ZOILO. — No. A quien nombraron fué a ño rebenque. (*Mostrando el talero*) Así es que no seas comadre y respondé como la gente. Ya se te ha pasao la edad de las macanadas.

RUDECINDA. — Te voy a contestar cuando me digás qué has hecho de mis intereses.

ZOILO. (*Airado, conteniéndose*) — ¿Eh? ¡Hum!... Ta güeno. Esperate un poco, que voy a dar lindas noticias. (*Hosco, retorciendo el rebenque*). Con que... ¿nadie quiere hablar? (*A Robustiana*) Vamos a ver, hijita. Usted ha de ser más güena. Cuénteles a su tata todas las cosas que tiene que contarle. Reposadita y sin apurarse mucho, que se fatiga.

ROBUSTIANA. — No, tata; no tengo nada que decirle.

ZOILO. — ¿Cómo es eso?

ROBUSTIANA. — Digo... no. Es que... Lo único... es eso... que no me tratan bien.

ZOILO. — Por algo ha de ser entonces. Vamos... empiece.

ROBUSTIANA. — Porque no me quieren, será.

ZOILO. — Bueno, hijita. Hable de una vez; no me vaya a disgustar usted también. (*Grave*).

ROBUSTIANA. — Es que... si lo digo se disgustará más.

ZOILO. — Ya caíste, matrera. Ahora no tendrás más remedio que largar el lazo... y tire sin miedo que no le viá mañeriar a la argolla. ¡Está bien sogueao el güey viejo!

DOLORES. — ¡Ay, hijas! ¡No puedo más! Voy a echarme en la cama un ratito.

ZOILO. — ¡No, no, no, no! ¡De aquí no se mueve nadie! A la primera que quiera dirse, le rompo las canillas de un talerazo. Empiece el cuento.

ROBUSTIANA. — No, no... tata... Usté se va a enojar mucho.

ZOILO. — ¡Más de lo que estoy! Y ya me ves; tan mansito. Encomiencen... yamos. (*Recalcando*) Había una vez unas mujeres...

ROBUSTIANA. — Bueno; lo que yo tenía que decirle era que, en esta casa, no lo respetan a usted, y que las cosas no son lo que parece... (*Levantándose*) Y entré por un caminito y salí por otro...

ZOILO. — ¡No me juyás!... Adelante, adelante, sentate. Eso de que no me respetan hace tiempo que lo sé. Vamos a lo otro.

ROBUSTIANA. — Yo creo que nosotros debíamos irnos de esta estancia... De todos modos ya no es nuestra, ¿verdad?

ZOILO. — ¡Claro que no!

ROBUSTIANA. — ¡Y como no hemos de vivir toda la vida de prestaos, cuanto más antes mejor; menos vergüenza!

ZOILO. — Es natural, pero no comprendo a qué viene eso...

ROBUSTIANA. — ¡Viene a que si usted supiera por qué don Juan Luis nos ha dejao seguir viviendo en la estancia después de ganar el pleito, ya se habría mandao mudar!

RUDECINDA. — ¡Ave Maria! ¡Qué escándalo de mujer intrigante... Zoilo!... ¡Pero Zoilo! ¿Tenés valor de dejarte enredar por una mocosa?

ZOILO. — Siga, m'hija... siga no más. Esto se va poniendo bonito.

RUDECINDA. — ¡Ah, no! ¡Qué esperanza! Si vos estás chocho con la gurisa, nosotras no, ¿me entendés? ¡Faltaba otra cosa! ¡Mándese mudar de aquí, tísica, lengua larga! ¡Ya!... (*A Zoilo*) No, no me mirés con esos ojos, que no tengo miedo. A ver ustedes, qué hacen; vos, Dolores... Prudencia. Parece que tuvieran cola e paja... Mué-

vanse. Vengan a arrancarle el colmillo a esta víbora, pues (*A Robustiana*) Contestá, ladiada. ¿Qué tenés que decir de malo de don Juan?

DOLORES. — ¡Ay, mi Dios!

ZOILO. — Siga, hija, y no se asuste, porque aquí está don talero con ganas de comer cola.

ROBUSTIANA. — Sí, tata. ¡Vergüenza da decirlo!... ¡Cuando usted se va pal pueblo, la gente se lo pasa aquí de puro baile corrido!

ZOILO. — Me lo maliciaba.

ROBUSTIANA. — ¡Con don Juan Luis, el comisario Butiérrez y una runfla más!

ZOILO. — ¡Ah! ¡Ah! Adelante.

ROBUSTIANA. — Y lo peor es que... es que... Prudencia... (*Llora*) No, no digo más... (*Prudencia se aleja disimuladamente y desaparece por la izquierda*).

ZOILO. — ¡Vamos, pues, no llore! Hable. ¿Prudencia qué?

ROBUSTIANA. — Prudencia... al pobre... al pobre Aniceto, tan bueno y que tan... to que la quiere... le juega feo con don Juan Luis.

ZOILO. — ¡Ah! Eso es lo que quería saber bien. Ahora sí, ahora sí, no cuente más, m'hija; no se fatigue. Venga a su cuarto; así descansa... (*La conduce hacia el foro; al pasar junto a Dolores levanta el talero como para aplastarla*) ¡No te viá pegar! ¡No te asustés, infeliz!

ESCENA XI

Los mismos, menos Prudencia y don Zoilo

RUDECINDA. (*Permanece un instante cavilosa y con aire despreciativo*). — Bueno; ¿y qué? (*Viendo llorar a Dolores*) No te aflijas hija. Ya lo hemos de enderezar a Zoilo. ¡Mocosa! ¡Quién hubiera creído!

ESCENA XII

Los mismos, don Zoilo y Batará

ZOILO. — ¡Arrastradas! ¡Arrastradas! Merecían que las deslomara a palos... Arrastradas... (*Llamando*) ¡Batará! ¡Batará! (*Paseándose*) ¡Ovejas! ¡Peores entoavía! ¡Las ovejas, siquiera, no hacen daño a naide!... (*Volviendo a llamar*) ¡Batará!

BATARÁ. — Mande, señor.

ZOILO. — ¿Qué caballo hay en la soga?

BATARÁ. — El doradillo tuerto, señor!

ZOILO. — ¿Aguantará un buen galope?

BATARÁ. — ¡Ya lo creo, señor!

ZOILO. — Bien. Vas a ensillarlo en seguida y les bajás la mano hasta el Sarandí. ¿Sabés ande está poblando Aniceto?

BATARÁ. — Sí, señor.

ZOILO. — Llegás y le decís que se venga con vos, porque tengo que hablarle... ¡Ah!... Te arrimás a lo de mi compadre Luna a decirle en mi nombre que necesito la carreta con güeyes pa mañana; que me haga el favor de mandármela de madrugada.

BATARÁ. — Ta bien, señor.

ZOILÓ. — Entonces, volá.

ESCENA XIII

Los mismos, menos Batará

ZOILO. (*Después de pasearse un momento, a Dolores*) — Y usté, señora, tiene que mejorarse en seguidita de la cabeza; ¿me oye? ¡En seguidita!

DOLORES. — ¡Ay, Jesús, María y José! ¡Sí, estoy un poco más aliviada ya! ¡Me han hecho bien los parchecitos!

ZOILO. — ¡Pues se alivia del todo y se va rápido a arreglar con esas las cacharpas más necesarias pal viaje; mañana al aclarar nos vamos de aquí!

DOLORES. — ¡Ave María Purísima!

ROBUSTIANA. — ¿Y ande nos vamos?

ZOILO. — ¡Ande a usté no se le importa! ¡Canejo! ¡Ya, muévanse!... (*Paseándose*).

DOLORES. (*Yéndose*) — Virgen de los Desamparados, ¡qué va a ser de nosotras!

ESCENA XIV

Rudecinda y don Zoilo

RUDECINDA. — Decime Zoilo, ¿Te has enloquecido endeveras? ¿Ande nos llevás?

ZOILO. — ¡Al medio del campo! ¡Qué se yo! ¡No me va a faltar una tapera vieja ande meterlas!

RUDECINDA. — ¡Ah! ¡Yo no voy! ¡Soy libre!

ZOILO. — Quedate sí querés.

RUDECINDA. — Pero primero me vas a entregar lo que me pertenece; mi parte de la herencia...

ZOILO. — ¡Pediselá a tu amigo el diablo, que se la llevó con todo lo mío!

RUDECINDA. — ¿Cómo? (*Espantada*).

ZOILO. — ¡Llevándosela!

RUDECINDA. — ¡Ah! ¡Madre! ¡Ya lo maliciaba! ¿Con qué me has fundido también? ¿Con qué me has tirado mis pesitos? ¿Con qué me quedo en la calle? ¡Ah!... ¡Canalla! ¡Sinvergüenza! La...

ZOILO. (*Imponente*) — ¡Phss! ¡Cuidado con la boca!

RUDECINDA. — ¡Canalla! ¡Canalla! ¡Ladrón!

ZOILO. — ¡Rudecinda!

RUDECINDA. — ¡No te tengo miedo! Te lo viá decir mil y cincuenta veces... ¡Canalla! ¡Cuatrero! ¡Cuatrero!

ZOILO. (*Hace un ademán de irse, pero se detiene*) — ¡Pero hermana! ¡Hermana!... ¡Es posible!

RUDECINDA. (*Llora*) — Madre de mi alma que me han dejado en la calle... me han dejado en la calle... Mi hermano me ha robao... (*Desaparece por el foro llorando a gritos. Zoilo, abrumado, hace mutis lentamente por la primera puerta izquierda*).

ESCENA XV

Después de una breve pausa, aparece Prudencia. Mira cautelosamente en todas direcciones, y no viendo a nadie corre hacia la derecha, deteniéndose sorprendida junto al portón.

PRUDENCIA. (*Ademán de huir*) — ¡Ah!

LUIS. — Buenas tardes. ¡No se vaya! ¿Cómo está? (*Tendiéndole la mano*).

PRUDENCIA. (*Como avergonzada*) — ¡Ay, Jesús!... ¿Cómo me encuentra?...

LUIS. (*Reteniéndole la mano, después de cerciorarse que están solos*) — ¡Encantadora la encuentro, monísima, mi vidita!

PRUDENCIA. — ¡No, no...! Déjeme... Váyase... ¡Tata está ahí!

LUIS. (*Entusiasmado, avanzando*) — ¡Y qué tiene! ¡Dormirá! Vení, mi prenda!

PRUDENCIA. (*Compungida*) — No; váyase, sabe todo. Está furioso.

LUIS. — ¡Oh! Ya lo amansaremos. ¿Recibiste mi carta?

PRUDENCIA. — Sí. (*Después de mirar a todos lados, con fingido enojo*)
Usté es un atrevido y un zafado, ¿sabe?

LUIS. — ¿Aceptás? ¿Sí? ¿Irás a casa de Martiniana?

ROBUSTIANA. — Este... Jesús, siento ruido... (*Huyendo hacia el foro*) ¡Tata! ¡Lo buscan! (*Mutis segunda izquierda*).

LUIS. — ¡Arisca la china!

ESCENA XVI

Zoilo y Juan Luis

ZOILO. — ¿Quién me busca? ¡Ah!

LUIS. — ¿Qué tal viejo? ¿Cómo le va? ¿Está bueno? Le habré interrumpido la siesta, ¿no?

ZOILO. — Bien, gracias; tome asiento. (*Pronto aparecen en una de las puertas Prudencia, Rudecinda y Dolores; curiosean inquietas un instante y se van*).

LUIS. — Me traigo un amigo y no sé si usted tendrá gusto en recibirlo.

ZOILO. — No ha de ser muy chúcaro cuando no le han ladrao los perros.

LUIS. — Es una buena persona.

ZOILO. — Ya caigo. El capitán Butiérrez, ¿no? (*Se rasca la cabeza con rabia*) ¡Ta güeno!...

LUIS. — Y me he propuesto que se den un abrazo. Dos buenos criollos como ustedes, no pueden vivir así, enojados. De parte de Butiérrez, ni que hablar...

ZOILO. (*Muy irónico*) — ¡Claro! ¡Ni que hablar! Mande no más, amigo. ¡Usted es muy dueño! Vaya y dígame a ese buen mozo que se apee... Yo voy a sujetar los perros.

LUIS. — ¡Acérquese no más, comisario! Ya está pactado el armisticio. (*A voces desde la verja. Va a su encuentro*).

ESCENA XVII

Los mismos y Gutiérrez

LUIS. — (*Aparatoso; empujando a Gutiérrez*) — Ahí lo tiene al amigo don Zoilo olvidado por completo de las antiguas diferencias... *Pax vobis*.

GUTIÉRREZ. — ¡Cuánto me alegro! ¿Cómo te va, Zoilo? (*Extendiendo los brazos*).

ZOILO. (*Empacado, ofreciéndole la mano*) — Güen día.

GUTIÉRREZ. (*Cortado*) — ¿Tu familia buena? (*Pausa*).

ZOILO. — Tomen asiento.

LUIS. — Eso es... (*Ocupando el sillón. Señala una silla*) ¡Siéntese por acá, comisario! Tiempo lindo, ¿verdad? Arrime un banco, pues... (*Zoilo se sienta*) Las muchachas estarán de tarea seguramente y hemos venido a interrumpirlas. Seguro que han ido arreglarse. Dígalas que por nosotros no se preocupen. ¡Pueden salir así no más, que siempre están bien! (*Pausa embarazosa*).

GUTIÉRREZ. (*Por decir algo*) — ¡Qué embromar! ¡Qué embromar con las cosas!

LUIS. — ¿Con qué cosas?

GUTIÉRREZ. — Ninguna. Decía por decir algo no más. Es costumbre.

ESCENA XVIII

Los mismos y Rudecinda

RUDECINDA. (*Un tanto trastornada y hablando con relativa exageración*) — ¡Ay!... ¡Cuánto bueno tenemos por acá!... ¿Cómo está Butiérrez? ¿Qué milagro es éste, don Juan Luis? Vean en qué figura me agarran.

LUIS. — Usted siempre está buena moza.

RUDECINDA. — ¡Ave María! No se burle.

GUTIÉRREZ. — Tome asiento. (*Ofreciéndole su silla*).

RUDECINDA. — ¡No faltaba más! Usted está bien; no, no, no. Ya me van a traer. (*A voces*) ¡Robusta, sacá unas sillas! ¿Y qué tal? ¿Qué buena noticia nos traen? ¿Qué se cuenta por ahí? Ya me han dicho que usted, Butiérrez...

ZOILO. — ¡Rudecinda! Vaya a ver qué quiere Dolores.

RUDECINDA. — No; no ha llamado.

ZOILO. (*Levantándose*) — ¡Va... ya a ver... qué... quiere... Dolores!

RUDECINDA. (*Vacilante*) — Este... (*Después de mirar a Zoilo*) Con permiso. (*Vase*).

ESCENA XIX

Los mismos, menos Rudecinda

LUIS. — ¡Qué muchacha de buen genio esta Rudecinda! ¡Siempre alegre y conversadora... sí, señor!... ¿Y no tenemos un matecito, viejo Zoilo? Lo encuentro serio. Seguro que no ha dormido siesta. Mi padre es así; cuando no sestea, anda que parece alunao...

GUTIÉRREZ. (*Cambiando de postura*) — ¡Qué embromar con las cosas!

ESCENA XX

Los mismos y Prudencia

PRUDENCIA. (*Con mucha cortesía*) — ¡Buenas tardes!

LUIS. (*Yendo a su encuentro*) — ¡Viva!... ¡Salió el sol! ¡Señorita!

PRUDENCIA. — Bien, ¿y usted?

GUTIÉRREZ. — ¡Señorita Prudencia! ¡Qué moza!

PRUDENCIA. — Bien, ¿y usted? Tomen asiento. Estén con comodidad.

LUIS. — Gracias; siempre tan interesante, Prudencia. Linda raza, amigo Zoilo.

ZOILO. — Che, Prudencia. Andá, que te llama Rudecinda.

PRUDENCIA. — ¿A mí? ¡No he oído!

ZOILO. — He dicho que te llama Rudecinda.

PRUDENCIA. (*Atemorizada, yéndose*) — ¡Voy! Con licencia.

ESCENA XXI

Los mismos, menos Prudencia

LUIS. — Pues yo no he oído.

ZOILO. (*Alterado*) — ¡Pero yo sí, canejo! ¿Me entiende?

LUIS. — Bueno, viejo. Tendrá razón, no es para tanto.

GUTIÉRREZ. — ¡Hum!... Qué embromar... Qué embromar con las cosas...

ZOILO. — Ta bien. Dispense. (*Aproximando su banco a Juan Luis*) Díga... ¿Tendrá mucho que hacer aura?

LUIS. — ¿Yo?

ZOILO. — El mismo.

LUIS. — ¡No! Pero no me explico...

ZOILO. — Tenía que decirle dos palabritas.

LUIS. — A sus órdenes, viejo. Ya sabe que siempre...

GUTIÉRREZ. (*Levantándose*) — Andate pa tu casa, Pedro, que parece que te echan.

ZOILO. — Quedate no más. Siempre es güeno que la autoridad oiga también algunas cosas... Esté, pues. Como le iba diciendo. Usted sabe que esta casa y este campo fueron míos; que los heredé de mi padre, y que habían sido de mis agüelos... ¿no? Que todas las vaquitas y ovejitas existentes en el campo, el pan de mis hijos las crié yo a fuerza de trabajo y sudores, ¿no es eso? Bien saben todos que, con mi familia, jué creciendo mi haber, a pesar de que la mala suerte, como la sombra al árbol, siempre me acompañó.

LUIS. — No sé por qué viene eso, francamente.

ZOILO. — Un día... Déjeme hablar. Un día se les antojó a ustedes que el campo no era mío, sino de ustedes; metieron ese pleito de reivindicación; yo me defendí; las cosas se enredaron como herencia de brasileiro, y cuando quise acordar amanecí sin campo, ni vacas, ni ovejas, ni techo para amparar a los míos.

LUIS. — Pero usted bien sabe que la razón estaba de nuestra parte.

ZOILO. — Taría cuando los jueces lo dijeron, pero yo después no supe hacer saber otras razones que yo tenía.

LUIS. — Usted se defendió muy bien, sin embargo.

ZOILO. (*Levantándose terrible*) — No, no me defendí bien; no supe cumplir con mi deber. ¿Sabe lo que debí hacer, sabe lo que debí hacer? Buscar a su padre, a los jueces, a los letraos; juntarlos a todos ustedes, ladrones, y coserles las tripas a puñaladas, ¡pa escarmiento de bandoleros y saltiadores! ¡Eso debí hacer! ¡Eso debí hacer! ¡Coserlos a puñaladas!

LUIS. (*Confuso*) — ¡Caramba, don Zoilo! ¡Por favor!

GUTIÉRREZ. (*Interponiéndose*) — ¡Hombre, Zoilo! ¡Calmate! ¡Respetá un poco, que estoy yo acá!

ZOILO. (*Serenándose*) — ¡Toy calmao! ¡Ladate de ahí!... ¡Eso debí hacer! ¡Eso! (*Sentándose*) No lo hice porque soy un hombre muy manso de sí, y por consideración a los míos. Sin embargo...

LUIS. — Repito, señor, que no acabo de explicarme los motivos de su actitud. Por otra parte, ¿no nos hemos portado con bastante generosidad? Los hemos dejado seguir viviendo en la estancia! Nos disponemos a ocuparlo bien para que pueda acabar tranquilamente sus días.

ZOILO. (*Irguiéndose*) — ¡Cállese la boca, mocoso!... ¡Linda generosidad! ¡Bellacos!

LUIS. — ¡Señor!... (*Poniéndose de pie*).

ZOILO. — ¡Linda generosidad! Pa quitarnos lo único que nos quedaba, la vergüenza y la honra, es que nos han dejao aquí... ¡Saltiadores! ¡Parece mentira que haiga cristianos tan desalmaos!... ¡No les basta dejar en la mitad del campo al pobre paisano viejo, a que se gane la vida cuando ya ni fuerzas tiene, sino que éntoavía pensaban servirse de él y su familia pa desaguachar cuantas malas costumbres han aprendido! ¡Ya podés ir tocando de aquí, bandido! Mañana esta casa será tuya. ¡Pero lo que ahura hay adentro es bien mío! ¡Y este pleito yo lo fallo! ¡Juera de aquí!

LUIS. — ¡Pero señor!

ZOILO. (*Agarrando el talero*) — ¡Juera he dicho!

LUIS. — Está bien... (*Se va lentamente*).

ZOILO. (*A Gutiérrez, que intenta seguirlo*) — Y en cuanto a vos, entrá si querés a sacar tu prenda. ¡Pasá nomás, no tengás miedo!

GUTIÉRREZ. — Yo...

ZOILO. — ¡Ah!... ¡No querés! Bueno, tocá también. Y cuidadito con ponérteme por delante otra vez. (*Gutiérrez mutis*) ¡Herejes! ¡Saltiadores! (*Los sigue un momento con la mirada, balbuceando frases incomprensibles. Después recorre con la vista las cosas que le rodean, avanza unos pasos y se deja caer abrumado en el sillón*) ¡Señor! ¡Qué le habré hecho a la suerte pa que me trate así!... ¡Qué, qué le habré hecho! (*Deja caer la cabeza sobre las rodillas*).

ACTO SEGUNDO

Representa la escena a gran foro, telón de campo, a la izquierda un rancho con puerta y ventana practicable, sobre el mojinete del rancho, un nido de horneros. A la derecha rompimiento de árboles. Un carrito con un barril de los que usan para transporte de agua. Un banco largo debajo del alero del rancho, un banquito, un jarro de lata. Es de día.

Al levantarse el telón aparecen en escena, Robustiana pisando maíz en un mortero, Prudencia cosiendo un vestido.

ESCENA I

Robustiana y Prudencia

ROBUSTIANA. — ¡Cheé, Prudencia! ¿Querés seguir pisando esta maza-morra? Me canso mucho. Yo haría otra cosa cualquiera.

PRUDENCIA. — Pisala vos con toda tu alma. Tengo que acabar esta pollera.

ROBUSTIANA. — ¡Qué sos mala! Llamala a mama entonces o a Rudecinda.

PRUDENCIA. (*Volviéndose, a voces*) — Mama... Rudecinda. Vengan a servir a la señorita de la casa, y tráiganle un trono para que esté a gusto.

ESCENA II

Los mismos, doña Dolores y Rudecinda

DOLORES. — ¿Qué hay?

PRUDENCIA. — Que la princesa de Chimango no puede pisar maíz.

DOLORES. — ¿Y qué podés hacer entonces? Bien sabés que no hemos venido acá pa estarnos de brazos cruzados.

ROBUSTIANA. — Sí, señora, lo sé muy bien; pero tampoco viá permitir que me tengan de piona.

RUDECINDA. (*Asomándose a la ventana*) — ¿Ya está la marquesa buscando cuestiones? Cuando no...

ROBUSTIANA. — Callate vos, comadreja.

RUDECINDA. — Andá, correveidile; buscá camorra no más pa después dirle a contar a tata que te estamos martirizando.

ROBUSTIANA. (*Dejando la tarea*) — ¡Por Dios!... ¿Quieren hacerme el favor de decirme cuándo, cuándo me dejarán en paz? ¿Yo qué les hago? Bien buena que soy; no me meto con ustedes y trabajo como una burra, sin quejarme nunca, a pesar de que estoy bien enferma... ¡Y ahora porque les pido que me ayuden un poco, me echan la perrada como a novillo chúcaro!

RUDECINDA. (*Que ha salido un momento antes con el pelo suelto, peinándose*) — ¡Jesús, la víctima! Si no hubiera sido por tus enriedos, no te verías en estos trances.

ROBUSTIANA. — Por favor.

RUDECINDA. (*Remedándola*) — ¡Por favor! ¡Véanla el aire de romántica!... Cómo se conoce que anda enamorada; no te pongas colorada. ¿Te crees que no sabemos que andás atrás de Aniceto?

ROBUSTIANA. — Bueno, por Dios. No hablemos más. Haré lo que ustedes quieran. Trabajaré hasta que reviente. (*Continúa pisando el maíz*) De todos modos no les voy a dar mucho trabajo, no; pronto no más. (*Aparte, casi llorosa*) ¡Si no fuera por el pobre tata, que me quiere tanto!

PRUDENCIA. (*A Rudecinda*) — ¿Te parece que será bastante ancho? Le puse cuatro paños.

DOLORES. — ¡Ave María! ¡Qué anchura!

RUDECINDA. — ¡No, señora... con el fruncido! ¡A ver! ¡A ver! Espere; tengo las manos llenas de aceite.

PRUDENCIA. — ¿Y si la midiéramos con la tuya, lila? ¿Ande la tenés?

RUDECINDA. — A los pies de mi cama. Vení. (*Mutis ambas*).

DOLORES. — Ahora van a ver cómo sobra. Ese tartán es muy ancho. (*Mutis*).

ESCENA III

Robustiana y don Zoilo

ROBUSTIANA. (*Angustiada*) — ¡No quieren a nadie! ¡Pobre tatita! (*Llora un instante, apoyada en el mortero. Oyéanse rumores a la izquierda. Robustiana levanta la cabeza, se enjuga rápidamente las lágrimas y continúa la tarea, canturreando un aire alegre. Zoilo avanza por la izquierda a caballo, con un balde en la mano, arrastrando un barril de agua. Desmonta, desata el caballo y lo saca fuera; vuelve y acomoda la rastra*).

ZOILO. — ¡Buen día, hija!

ROBUSTIANA. — ¡La bendición, tatita!

ZOILO. — ¡Dios la haga una santa! ¿Pasó mala noche, eh? ¿Por qué se ha levantado hoy?

ROBUSTIANA. — No; dormí bien.

ZOILO. — Te sentí toser toda la noche.

ROBUSTIANA. — Dormida, sería.

ZOILO. — Traiga; yo acabo.

ROBUSTIANA. — ¡No, deje! ¡Si me gusta!

ZOILO. — Pero le hace mal. Salga.

ROBUSTIANA. — Bueno. Entonces yo voy a ordeñar, ¿eh?

ZOILO. — ¿Cómo? ¿No han sacado leche entoavía?

ROBUSTIANA. — No, señor, porque...

ZOILO. — ¿Y qué hacen ésas? ¿A qué hora se levantaron?

ROBUSTIANA. — Muy temprano...

ZOILO. — ¡Dolores! ¡Rudecinda! (*Llamando*).

ROBUSTIANA. — Yo fui, que...

ESCENA IV

Los mismos y Rudecinda

RUDECINDA. — ¡Jesús! ¡Qué te duele!

ZOILO. — ¿No han podido salir entoavía de la madriguera? ¿Por qué no han ordeñado de una vez?

RUDECINDA. — ¡Qué apuro! Ya fué Dolores. (*Intencionado*) Te vino con el parte alguna tijereta, ¿no? ¿Cuánto pagás por viaje? (*Hace una mueca de desprecio a Robustiana, da un coletazo y desaparece. Pausa*).

ESCENA V

Robustiana, don Zoilo y Batará

BATARÁ. (*Aparece silbando, saca un jarro de agua del barril y bebe*)
— ¡Ta fría! (*A Robustiana*) ¡Día! ¡Sión! ¡Madrina! Aquí le traigo pa usté. (*Le ofrece una yunta de perdices*).

ZOILO. — ¿Y Aniceto?

BATARÁ. — Ahí viene; se apartó a bombiar el torito osco que parece medio tristón.

ZOILO. — ¿Encontraron algo?

BATARÁ. — Sí, señor. Cueríamos tres con la ternera rosilla que murió ayer.

ROBUSTIANA. — ¡Ave María Purísima! ¡Qué temeridad!

BATARÁ. — Y por el cañadón grande encontramos un güey echado, y a la lechera chorriada muy seria.

ZOILO. — ¿Les dieron güelta a la pisada?

BATARÁ. — Sí, señor. Pero pa mí que ese remedio no las cura. ¡Pucha! ¡Pidemia bruta! Se empieza a poner serio el animal, desganao; s'echa y al rato no más queda tieso como una guampa clavada en el suelo. Debe ser algún pasto malo.

ROBUSTIANA. — ¡Qué tristeza! ¡Era lo único que nos faltaba! ¡Que tras de que tenemos tan poco, se nos mueran los animales! ¡Y con el invierno encima!

ZOILO. — ¡No hay que afligirse, m'hija! ¡No hay mal que dure cien años! ¡Aistá Aniceto!

ESCENA VI

Los mismos y Aniceto

ANICETO. — Tres... y dos por morir. (*A Robustiana*) Buenos días... (*A Zoilo*) ¡Hay que mandar la rastra pa juntar los cueros! (*Sentándose en cualquier parte*) Dicen que don Luis tiene un remedio bueno allá en la estancia.

ZOILO. — Sí, una vacuna... Pero ése debe ser para animales finos.

BATARÁ. — ¡Güena vacuna! Cuando vino el ingeniero ese para probar el remedio, se murió medio rodeo de mestizas en la estancia grande; ¡ah!... Ese franchute no más ha de haber sido el que trujo la epidemia.

ANICETO. — Grano malo no es.

ZOILO. — Últimamente sea lo que sea... que se muera todo de una vez. Si fuera mío el campo, ya le habría prendido fuego. ¡Ensillame el overo!

ESCENA VII

Rudecinda, don Zoilo y Aniceto

RUDECINDA. — ¡Che, princesa! Podés ir a tender la cama, si te parece. ¿O esperás que las sirvientas lo hagan? Pronto es mediodía, y todo está sucio.

ROBUSTIANA. — No rezongués. Ya voy. (*Vase*).

RUDECINDA. — ¡Movete, pues! (*A Aniceto*) Buen día. ¿No han carniado?

ZOILO. — No sé qué... ¡si no te carniamos a vos!

RUDECINDA. — ¡Tas muy chusco! ¡No hablo con vos!

ANICETO. — No hay nada, doña. Anduve mirando si encontraba alguna ternera en buenas carnes y...

RUDECINDA. — Pues yo he visto muchas...

ANICETO. — Ajenas serían...

ZOILO. — No perdás tiempo, hijo, en escuchar zonceras.

RUDECINDA. — ¡Zonceras! ¿Y qué comemos entonces? ¿Querés seguir manteniéndonos a pura mazamorra? Charque no hay más.

ZOILO. — Pero hay mucho rulo, y mucha moña, y mucha comadrería.

RUDECINDA. — Mejor.

ZOILO. — ¡Entonces no se queje, canejo!

RUDECINDA. — ¡Avisá si también pensás matarnos de hambre!

ZOILO. — Si tenés tanta, pegá un vólido pal campo. ¡Carniza no te ha de faltar!... Podrás hartarte con tus amigos los caranchos. Che, Aniceto. Voy a dir hasta el boliche a buscar un parche poroso pa Robusta, que la pobre está muy mala de la tos... Reparame un poco esto, y si se alborotan mucho las cotorras, meniales chumbo no más. (*Vase lentamente*).

RUDECINDA. — Eso es; pa esa gaucha tísica todos los cuidados; los demás que revienten. Andá no más... Andá no más, que poco te va durar el contento. (*A Aniceto*) ¿Y a usted lo han dejado de cuidador? Bonito papel, ¿no? ¡Ja!... ¡Ja!... El maizal con espantajo. (*Mutis*).

ESCENA VIII

Robustiana y Aniceto

ANICETO. — ¡Pucha, que son piores! (*Se lava las manos junto al barril echándose agua con el jarro*).

ROBUSTIANA. — ¡Espérese! ¡Yo le ayudo!

ANICETO. — No, dejá. Ya va a estar, hija.

ROBUSTIANA. (*Tomando el jarro y volcándole el agua en las manos*) — ¡Hija! ¡La facha para padre de familia! ¿Quiere jabón?

ANICETO. — ¡Gracias, ya está! (*Intenta secarse con el poncho*).

ROBUSTIANA. — ¡Ave María! No haga eso, no sea... (*Va corriendo adentro y vuelve con una toalla*) ¡Jesús! no puedo correr... Parece que me ahogo.

ANICETO. — ¡Ves! Por meterte a comedida.

ROBUSTIANA. — Ya pasó. (*Burlona*) ¡Retemé no más, tatita! ¡No digo! Si tiene el andar de padre de familia.

ANICETO. — ¡Oh!... Te ha dado fuerte con eso.

ROBUSTIANA. — ¡Claro! ¡Si me trata con seriedad!

ANICETO. — ¿Yo?

ROBUSTIANA. — ¡Siempre que me habla pone una cara! (*Remedando*) “¡Gracias, hija! ¡Hacé esto, m’hija! ¡Buen día, m’hija!” O si no se pone bueno y mansito como tata y me trata de usted. “¡Hijita, el rocío puede hacerle mal! Hija, alcancemé eso, ¿quiere?” ¡Ja, ja, ja! Cualquier día, equivocada, le pido la bendición.

ANICETO. — ¡Vean las cosas que se le ocurren! Es mi manera así.

ROBUSTIANA. — ¿Y como con otras no lo hace?

ANICETO. — ¡Ah! Porque, porque...

ROBUSTIANA. — ¡Dígalo, pues! ¿A qué no se anima?

ANICETO. — Porque, bueno... y vamos a ver: ¿por qué vos me tratás de usted y con tanto respeto?

ROBUSTIANA. (*Confundida*) — ¿Yo? ¿Yo? Este... ¡miren qué gracia! Porque... ¿Quiere que le cebe mate?

ANICETO. — ¡No, señora! ¡Responda primero!

ROBUSTIANA. — Pues porque... antes, como yo era chica y usted... tamaño hombre, me parecía feo tratarlo de vos.

ANICETO. — ¿Y ahora?

ROBUSTIANA. (*Ruborizándose*) — Ahora... Ahora porque... porque me da vergüenza.

ANICETO. (*Extrañado*) — ¡Vergüenza de mí! ¡De un hermano casi!

ROBUSTIANA. — ¡No... vergüenza no! Este... ¡Sí! ¡No sé qué! Pero... (*Como inquirendose por sus propios pensamientos*) ¡Ay! ¡Si nos vieran juntos! ¡Conversando así de estas cosas!...

ANICETO. — ¿De cuáles?

ROBUSTIANA. — ¡Nada, nada! Este... ¡Caramba! Venga a sentarse y hablaremos como dos buenos amiguitos...

ANICETO. (*Con mayor extrañeza y curiosidad*) — ¿Y antes cómo hablábamos?

ROBUSTIANA. (*Impaciente*) — ¡Jesús... si parezco loca! ¡No sé ni lo que digo! Quería decir... No me haga caso, ¿eh? Bueno. ¡Siéntese! ¡A ver! ¿Qué iba a preguntarle? ¡Ah! ¡Ya me acuerdo! Diga... ¿Por qué venía tan triste esta mañana del campo?

ANICETO. (*Ingenuo*) — ¡Pensando en todas las desgracias de padrino Zoilo!

ROBUSTIANA. — ¡Cierto! ¡Pobre tatita! ¡Me da una lástima! ¡A veces tengo miedo de que vaya a hacer alguna barbaridad! Pues... ¿Y en otras cosas pensaba?

ANICETO. — ¡En nada!

ROBUSTIANA. — ¿En nada, en nada, en nada más? Vamos... A que no me dice la verdad.

ANICETO. — Por Dios, que no...

ROBUSTIANA. — ¿Se curó tan pronto?...

ANICETO. — ¡Ay, hija! ¡No había caído!

ROBUSTIANA. — ¿Otra vez? ¿Bendición, tatita?

ANICETO. — Bueno. No te trataré más así si no te agrada...

ROBUSTIANA. — Me agrada. Es que usted piensa siempre que soy muy chiquilina. Pero dejemos eso. ¿No venía pensando en alguna persona?

ANICETO. — No hablemos de difuntos. Aquello tiene una cruz encima.

ROBUSTIANA. — Yo siempre pensé que Prudencia le iba a jugar feo...

ANICETO. — No me quería y se acabó.

ROBUSTIANA. — Hizo mal, ¿verdad?

ANICETO. — ¡Pa mí que hizo bien! Peor es casarse sin cariño.

ROBUSTIANA. — Usted sí que la quería de veras. ¡Qué lástima! (*Pausa*) Yo... todavía no he tenido novio... ninguno... ninguno...

ANICETO. — ¿Te gustaría?

ROBUSTIANA. — ¡Miren qué gracia! ¡Ya lo creo! Un novio de adeveras pa que se casara conmigo y nos llevásemos a tata a vivir con nosotros. Siempre pienso en eso.

ANICETO. — ¿Al viejo solo? ¿Y las otras?

ROBUSTIANA. — ¡Ni me acordaba! Bueno; la verdad es que para lo que sirven... Bien se las podía llevar un ventarrón.

ANICETO. (*Pensativo*) — Con que... pensando en novios... ¡Está bien! ¡Ta bueno!

ROBUSTIANA. (*Después de un momento*) — Diga... ¿Verdad que estoy más gruesa?

ANICETO. (*Sorprendido en su distracción*) — ¿Qué?

ROBUSTIANA. — Ave María, qué distraído... ¿No me halla más respuesta?

ANICETO. — ¡Mucho!

ROBUSTIANA. — Si no fuera por la tos, estaría ya tan alta y robusta como Prudencia, ¿verdad? Sin embargo, Dios da pan al que no tiene dientes.

ANICETO. — ¡Así es!

ROBUSTIANA. — Yo en lugar de ella...

ANICETO. — ¡Qué! (*Vivamente*).

ROBUSTIANA. — ¡Nada!

ANICETO. (*Levantándose*) — En lugar de ella... qué.

ROBUSTIANA. — ¡Ay, qué curioso!

ANICETO. — Diga, pues...

ROBUSTIANA. (*Azorada, de pie ante el gesto insistente de Aniceto*) — Pero... ¿Yo qué he dicho? No, no me haga caso. ¡Estaba distraída! ¡Ay, me voy! Soy muy aturdida. Adiós, ¿eh? (*Volviéndose*) ¿No se va a enojar conmigo?

ANICETO. (*Tierno*) — ¡Venga, hija, escúcheme!

ROBUSTIANA. (*Vivamente*) — ¡Bendición, tata! (*Vase lentamente por detrás del rancho*).

ESCENA IX

Martiniana, Rudecinda, Dolores y Prudencia

MARTINIANA. (*Desde adentro izquierda*) ¡Ave María Purísima! (*Con otro tono*) ¡Sin pecado concebida! ¡Apiate no más, Martiniana, y pasa adelante! (*Apareciendo*) ¡Jesús qué recibimiento! ¡Ni que fuera el rey de Francia!... ¡Ay, cómo vienen todos!... (*Saludando*) ¡Reverencias! ¡Quédense sentaos no más! ¡Los perdono!

RUDECINDA. — ¡Ay, comadre! ¿Cómo le va? ¡La conocí en la voz!

MARTINIANA. — Dejuramente, porque ni me había visto... Creí mesmamente que el rancho se hubiera vuelto tapera... (*Aparecen sucesivamente Dolores y Prudencia*) ¡Doña Dolores! ¡Prudencia! Estaban atariadas, ¿verdad?

PRUDENCIA. — No... Conversando no más.

RUDECINDA. — Tome asiento, comadre. (*Acercando un banco*).

MARTINIANA. — ¡Siempre cumplida! Tanto honor de una comadre.

PRUDENCIA. — ¿Y qué vientos la traen?

MARTINIANA. — ¡Miren, la pizcueta! Ya sabe que son güenos vientos.

PRUDENCIA. — De aquel rumbo.

MARTINIANA. — No pueden ser malos, ¿eh? Sin embargo, ande ustedes me ven casi se me forma remolino en el viaje.

RUDECINDA. — ¡Cuenta!

PRUDENCIA. — ¿Qué le ocurrió?

MARTINIANA. — Nada. Que venía pa acá, y al llegar al portoncito e la cuchilla, ¿con quién creerán que me topé? ¡Nada menos que con el viejo Zoilo!

PRUDENCIA. — ¡Con tata!

MARTINIANA. — “¿Ande vas, vieja... arcabucera?” — “Ande me da la rial gana...” le contesté, mas me quiso atravesar el caballo por

delante. Pero yo que no quería tener cuestiones con él por ustedes, ¿saben?, nada más taloné la tubiana vieja y enderecé pacá al galope.

PRUDENCIA. — ¡Menos mal!

MARTINIANA. — ¡Verás, hijita! ¡La cuestión no acabó ahí! En cuanto me vido galopando, adivinen lo que hizo ese viejo hereje. “¿Ande te has de ir, avestruz loco?”, me gritó, y empezó a reboliar las boliadoras. Sea cosa, dije yo, que lo haga, y asujeté. “¿Vas por casa?” — “¿Qué le importa?” Y se armó la tinguítanga. “Sí, señor; viá a visitar a mi comadre y a las muchachas, que las pobres son tan güenas y usté las tiene viviendo en la inopia, soterradas en una madriguera”, y que tal y que cual. ¡Pucha!... Ahí no más se me durmió a insultos. Pero yo no me quedé atrás y le dije, defendiéndolas a ustedes, como era mi obligación, tantas verdades, que el hombre se atoró. Aurita no más me pega un chirlo, pensé. ¡Pero, nada!... Se quedó un rato serio, y después, dentrando en razón dejuramente, me dijo: “Hacé lo que te acomode... ¡al fin y al cabo!...” ¿Qué le parece? ¡Después habrá quien diga que ña Martiniana Rebenque no sabe hacer las cosas! ¡Ah! ¿Y sabés lo qué me dijo también al principio?... Que sabía muy bien que don Juan Luis había estado en casa aquel día que vos fuiste, Prudencia, a pasar conmigo... Qué temeridad, ¿no?

ESCENA X

Los mismos y Robustiana

ROBUSTIANA. (*Aparece demudada, sosteniéndose en el marco de la puerta, con voz muy débil*) — ¿Me quieren dar un poco de agua?

RUDECINDA. — Ahí está el barril.

ROBUSTIANA. (*Tose, tapándose la boca con un pañuelo, que debe estar ligeramente manchado de sangre*) — ¡No... puedo!

MARTINIANA. — ¿Cómo te va hija?... ¡Che!... ¿Qué tenés? (*Acude en su ayuda*) Vengan, a que a esta muchacha le da un mal...

DOLORES. (*Alarmada*) — Hija... ¿Qué te pasa?

MARTINIANA. (*Avanza sosteniéndola*) — ¡Coraje, mujer! ¡no es nada! No se aflija... Con un poco de agua...

PRUDENCIA. (*Que se ha acercado llevando el agua*) — Tomá el agua. ¡Parece que echa sangre!

ROBUSTIANA. — ¡De las muelas será! (*Bebe un sorbo de agua, sofocada siempre por la tos, y a poco reacciona un tanto*) No fué nada... Llénenme adentro.

DOLORES. — ¡Virgen Santa! ¡Qué susto!

MARTINIANA. (*Conduciéndola con Prudencia*) — Hay que cuidarse, hija, con esa tos. Así... empiezan todos los tísicos... Yo siempre le decía a la finadita, hija de don Basilio Fuentes... Cuidate, muchacha... Cuidate, muchacha, y ella... (*Mutis*).

ESCENA XI

Los mismos, menos Robustiana

DOLORES. — Esta hija todavía nos va a dar un disgusto; verás lo que te digo.

RUDECINDA. — No te preocupes. De mimosa lo hace. Pa hacer méritos con el bobeta del padre.

DOLORES. — ¡No exageres! ¡Enferma está!

RUDECINDA. — Bueno... Pero la cosa no es pa tantos aspavientos. MARTINIANA. (*Reapareciendo con Prudencia*) — ¡Ya está aliviada!

DOLORES. — ¿Se acostó?

MARTINIANA. — Sí... Vestida, no más... Sería bueno que usted fuera a verla, doña Dolores... ¡y le diera un tecito de cualquier cosa!

DOLORES. (*Disponiéndose a ir*) — Eso es... Un té de saúco; ¿será bueno?

MARTINIANA. — Sí, o si no, una cucharada de aceite de comer... Suaviza el caño de la respiración. (*Dolores mutis*).

ESCENA XII

Los mismos, menos Dolores

RUDECINDA. — ¿Y después, comadre, qué pasó?

PRUDENCIA. — Tata se fué y... qué.

MARTINIANA. — Y nada más.

PRUDENCIA. — ¿Qué noticias trae?

RUDECINDA. — No tenga miedo.

MARTINIANA. — Bueno; dice don Juan Luis que no halla otro remedio, que ustedes deben apurarse y convencer a doña Dolores y mandarse mudar con ella pa la estancia vieja... El día que ustedes quieran él les manda el breque al camino y... ¡a las de juir!...

PRUDENCIA. — ¿Y Robusta? ¿Y tata?

RUDECINDA. — ¿Y Aniceto?

MARTINIANA. — Ese es zonzo de un lao... A Robusta la llevan no más, y en cuanto al viejo ya verán como poniéndole el nido en una jaula, cae como misto. Ta aquerenciadazo con ustedes. Y más si le llevan la gurisa.

RUDECINDA. — ¿Y cómo?

PRUDENCIA. — Yo tengo miedo por tata. ¡Es capaz de matar a Juan Luis!

MARTINIANA. — ¡Qué va a matar ése! Y además, no tiene razón, porque don Juan Luis no se mete en nada. Son ustedes mismas las que se resuelven. ¿Por qué le van a consentir a ese hombre, después que les ha derrochado el güen pasar que tenían, que las tenga aquí encerradas y muriéndose de hambre? ¡No faltaba más! ¡Si juese por algo malo, yo sería la primera en decirles: no lo hagan! Pero es pal

bien de todos, hijas. Ustedes se van allá: primero lo convencen al viejo y después a vivir la güena vida. Vos con tu Juan Luis, que tal vez se case pronto, como me lo ha asiguro; usted, comadre, con su comisario... que me han dicho que anda en tratos pa poblar y ayuntarse... ¿eh? Se pone contenta, y todo como antes.

PRUDENCIA. — Sí, la cosa es muy linda. Pero tata, tata...

MARTINIANA. — ¡Qué tanto preocuparse del viejo! Peor sería que juyeras vos sola con tu rubio, como sucede tantas veces; demasiado honrada que sos todavía, hijita. A otros más copetudos que el viejo Zoilo les han hecho doblar el cogote las hijas, por meterse a contrariarles los amores. Ustedes no van a cometer ningún pecao, y además, si el viejo tiene tanta vergüenza debería de darle en seguir manteniéndose a costillas de un pobre, como el tape Aniceto, que es el dueño de todo esto.

RUDECINDA. — Claro está. Y últimamente, si él no quiere venirse con nosotras, que se quede; pa eso estaremos Dolores y yo, pal respeto de la casa... ¡qué diablos! (*Resuelta*) ¡Se acabó! Voy a conversar con Dolores y verás cómo la convenzo.

ESCENA XIII

Prudencia y Martiniana

PRUDENCIA. — Rudecinda no sabe nada de aquello, ¿verdad?

MARTINIANA. — ¡Qué esperanza! Te has creído que soy alguna... ¡No faltaba más!

PRUDENCIA. — No; es que me parece que anda desconfiada.

MARTINIANA. — No hagas caso. Hacé de cuenta que todo ha pasao entre vos y él. Además, pa decir la verdá, yo no vide nada... Taba en la cachimba lavando.

PRUDENCIA. — ¡Pschiss!

ESCENA XIV

Los mismos, Rudecinda y don Zoilo

ZOILO. — ¿Ande está Robustiana?

PRUDENCIA. — Acostada.

MARTINIANA. — Mire, don Zoilo. Tiene que cuidar mucho a ésa; no la hallo bien. No me gusta ningún poquito esa tos. (*Zoilo desaparece*).

RUDECINDA. — No pude hablar con Dolores, pero es lo mismo. ¿Pa cuándo podrá ser, comadre?

MARTINIANA. — Cualquiere día. No tienen más que avisarme. Ya saben que pa obra güena siempre estoy lista.

RUDECINDA. — Bueno; pasao mañana. ¿Te parece, Prudencia? ¡O mejor mañana nomás!

ESCENA XV

Los mismos, Rudecinda y don Zoilo

ANICETO. — ¡Pase adelante!

SARGENTO. — Güen día (*A Rudecinda*). ¿Cómo le va, doña? (*A Prudencia*). ¿Qué hace, ña Martiniana?

PRUDENCIA. — ¿Cómo está, sargento? ¿Y el comisario?

SARGENTO. — Güeno. Les manda muchos recuerdos y esta cartita pa usted.

RUDECINDA. — Está bien, gracias.

MARTINIANA. — ¿Anda de recorrida o viene derecho?

SARGENTO. — Derecho... Vengo en comisión. (*Volviéndose a Aniceto*) ¡Ah!... y con usted tampoco anda muy bien el comisario. Dice que por qué no jué a la reunión de los otros días; que si ya se le ha olvidado que hay elecciones, y superior gobierno, y partidos...

ANICETO. — Dígalé que no voy ande no mé convidan.

SARGENTO. — ¡No se retobe, amigazo! ¡La política anda alborotada y no es güeno estar mal con el superior! ¿Y don Zoilo? (*A Rudecinda*) Me dijo el capitán que no se juesen a asustar las mozas, que no es pa nada malo. Estará un rato en la oficina. Cuando hablen con él, lo largan.

ESCENA XVI

Los mismos y don Zoilo

ZOILO. — ¿Qué andás queriendo vos por acá?

SARGENTO. — Güen día, viejo. Aquí andamos. Este... Vengo a citarlo.

ZOILO. — ¿A mí?

SARGENTO. — Es verdá.

ZOILO. — ¿Pa qué?

SARGENTO. — Vaya a saber uno... Lo mandan y va.

ZOILO. — ¿Y no tienen otras cosas que hacer que molestar vecinos?

SARGENTO. — Así será. (*Batará se asoma, escucha un momento la conversación y se va*).

ZOILO. — Ta güeno. Pues... Decile a Butiérrez que si por casualidad tiene algo que decirme, mande o venga. ¿Me has oído?

SARGENTO. — Es que vengo en comisión.

ZOILO. — ¡Y a mí, qué me importa!

SARGENTO. — Con orden dé llevarlo.

ZOILO. — ¡A mí! ¡A mí!

SARGENTO. — Eso es.

ZOILO. — ¿Pero han oído ustedes?

SARGENTO. (*Paternal*). — Nó ha de ser por nada. Cuestión de un rato. Venga no más. Si se resiste, va a ser pior.

MARTINIANA. — Claro que sí; mejor es dir a las güenas. ¿Qué se saca con resistir a la autoridad?

ZOILO. — ¡Callá esa lengua, vos! Vamos a ver un poco; ¿no está equivocado? ¿Vos sabés quién soy yo? ¡Don Zoilo Caravajal, el vecino don Zoilo Caravajal!

SARGENTO. — Sí, señor. Pero eso era antes, y perdone. Aura es el viejo Zoilo, como dicen todos.

ZOILO. — ¡El viejo Zoilo!

SARGENTO. — Sí, amigo; cuando uno se güelve pobre, hasta el apelativo le borran.

ZOILO. — ¡El viejo Zoilo! Con razón ese militar de Butiérrez se permite nada menos que mandarme a buscar preso. En cambio, él tiene aura hasta apellido... Cuando yo le conocí no era más que Anastasio, el hijo de la parda Benita... ¡Trompetas! (*A voces*) ¡Trompetas, canejo!

ANICETO. — No se altere, padrino. A cada chanco le llega su turno.

ZOILO. — ¡No m'he de alterar, hijo! Tiene razón el Sargento. ¡El viejo Zoilo y gracias! ¡Pa todo el mundo! Y los mejores a gatas si me tienen lástima. ¡Trompetas! Y si yo tuviera la culpa, menos mal. Si hubiera derrochao; si hubiera jugao; si hubiera sido un mal hombre en la vida, si le hubiera hecho daño a algún cristiano, pase, nunca cometí una mala acción, nunca... ¡canejo! y aura, porque me veo en la mala, la gente me agarra pal manoseo, como si el respeto fuese cosa de poca o mucha plata.

SARGENTO. — Eso es. Eso es.

RUDECINDA. — ¡Ave María! ¡No esageres!

ZOILO. — ¡Que no esagere! ¡Si al menos ustedes me respetaran! Pero ni eso canejo. Ni los míos me guardan consideración. Soy más viejo Zoilo pa ustedes, que pal más ingrato de los ajenos... ¡Vida miserable! Y yo tengo la culpa. ¡Yo!... ¡Yo! ¡Yo! Por ser demasiado pacífico. Por no haber dejado un tendal de bellacos. ¡Yo... tuve la culpa! (*Después de una pausa*) ¡Y dicen que hay un Dios!... (*Pausa prolongada; las mujeres, silenciosas, vanse foro. Don Zoilo se pasea*).

ESCENA XVII

Don Zoilo, Aniceto, Sargento y Batará

ZOILO. — Está bien, sargento. Lléveme no más. ¿Tiene orden de atarme? Proceda no más.

SARGENTO. — ¡Qué esperanza! Y aunque tuviese. Yo no ato cristiano manso.

ZOILO. — ¡No sabe qué hay contra mí?

SARGENTO. — Decían que una denuncia de un vecino.

ZOILO. — ¡También eso! ¡Quién sabe si no me acusan de carniar ajeno! Lo único que me faltaba...

BATARÁ. (*Que se aproxima por detrás del rancho, a Aniceto*). — Si quiere resistir, le escondo la carabina al milico.

ANICETO. — Salí de acá.

ZOILO. (*Al sargento*) — Cuando guste... Tengo el caballo ensillao. (*A Aniceto*) Hasta la güelta, hijo. Si tardo cuidemé mucho a la gurisa... que la pobrecita no está nada bien.

ANICETO. — Vaya tranquilo.

ZOILO. — Güeno. Marcharé adelante como preso acostumbrao.

SARGENTO. (*A Aniceto*) — ¡Salú, mozo! (*Batará le sigue azorado*).

ESCENA XVIII

Robustiana y Aniceto

ROBUSTIANA. — Aniceto... ¿Y tata?

ANICETO. — Ahí lo llevan.

ROBUSTIANA. — Preso, ¿verdad?

ANICETO. — Preso.

ROBUSTIANA. — ¡Ay tatita! (*Echando a correr*).

ANICETO. (*Deteniéndola*) — ¡No, no vaya! Se afligiría mucho.

ROBUSTIANA. — ¡Tata no ha dao motivo! ¡Lo llevan pa hacerle alguna maldad! Dejemé ir: ¡Yo quiero verlo! ¡Capaces de matarlo, lárgueme!

ANICETO. — Venga acá. No se aflija. Es pa una declaración.

ROBUSTIANA. — ¡No, no, no! ¡Usted me engaña! ¡Ay, tatita querido! (*Llora desconsolada*).

ANICETO. — Calmesé... no sea mala.

ROBUSTIANA. — ¡Aniceto! ¡Aniceto! El corazón me anuncia desgracia. ¡Déjeme ir!

ANICETO. — ¿Qué sacaría con afligir más a su tata? Es una injusticia que lo prendan sin motivo. ¡Pero qué le hemos de hacer! Calmesé y esperemos. Antes de la noche lo tendremos de vuelta.

ROBUSTIANA. — ¿Pero y mamá? ¿Y Prudencia? ¿Y la otra? ¿Qué han hecho por tata?

ANICETO. — ¡Nada, hija! Ahí andan con el rabo caído, con vergüenza seguramente.

ROBUSTIANA. — ¡Qué idea! ¡Tal vez ellas no más! Serán capaces las infames. (*Enérgica*) ¡Oh!... Yo lo he de saber.

ANICETO. — ¡Quédese quieta; no se meta con esas brujas, que es pa peor!

ROBUSTIANA. — Sí; son ellas, son ellas pa quedar libres. ¡Ay, Dios Santo! ¡Qué infames!

ANICETO. — No sería difícil. Pero calmesé. Tal vez todo eso sea pa mejor. No hay mal que dure cien años... Estese tranquilita y tenga paciencia.

ROBUSTIANA. — ¡Ah! Usted es muy bueno. El único que lo quiere.

ANICETO. — ¡Bien que se lo merece! Amalaya me saliera bien una idea y verán cómo pronto cambian las cosas.

ROBUSTIANA. — ¿Qué idea? Cuéntemela.

ANICETO. — Después; más tarde.

ROBUSTIANA. — ¡No! ¡Ahora! Dígamela pa consolarme.

ANICETO. — Bueno; si me promete ser juiciosa... ¿Se acuerda lo que hace un rato me decía hablando de novios?

ROBUSTIANA. — Sí.

ANICETO. — Pues ya le tengo uno.

ROBUSTIANA. — ¿Como yo quería? (*Sorprendida*).

ANICETO. — Igualito... De modo que si usted le gusta... un día nos casamos.

ROBUSTIANA. — ¡Ay, Jesús!

ANICETO. — ¿Qué es eso, hija? ¿Le hice mal? Si hubiera sabido...

ROBUSTIANA. — No... un mareo. ¿Pero lo dice de veras? (*Asentimiento*) ¿De veras? ¿De veras? ¡Ay!... Aniceto. Me dan unas ganas de llorar... de llorar mucho. Mi Dios, ¡qué alegría!

ANICETO. — ¿Aceta?

ROBUSTIANA. — ¡Dios!... Si parece un sueño. Vivir tranquilos, sin nadie que moleste, queriéndose mucho; el pobre tata, feliz allá lejos... En una casita blanca... Yo sana... sana... ¡En una casita blanca!... Allá lejos... (*Radiante, va dejando resbalar la cabeza sobre el pecho de Aniceto*).

ACTO TERCERO

Igual decoración que el acto segundo, más una cama de fierro bajo el alero, junto a la puerta. Es de día.

Al levantarse el telón, aparece en escena don Zoilo, encerrando un lazo y silbando-despacito. Al concluir, lo cuelga del alero. Luego de un pequeño momento, hace mutis por el foro, a tiempo que salen del rancho Rudecinda y Dolores.

ESCENA I

Rudecinda y doña Dolores

RUDECINDA. — ¡Ahí se va solo! ¡Andá a hablarle! Le decís las cosas claramente y con firmeza. Verás cómo dice que sí; está muy quebrado ya... ¡Peor sería que nos fuésemos, dejándolo solo en el estado en que se halla!

DOLORES. — Es que no me animo; me da no sé qué. ¿Por qué no le hablás vos?

RUDECINDA. — ¡Peor todavía! Animate, mujer. Después de todo, no te va a castigar. Y como mujer dél que sos, tenés derecho a darle un consejo sobre cosas que son pal bien de todos.

DOLORES. — No. De veras. No puedo. Siento vergüenza, miedo, qué sé yo.

RUDECINDA. — ¡Jesús!... ¿Te dentro el arrepentimiento y la vergüenza después que todo está hecho? Además, no se trata de un delito.

DOLORES. — No me convencés... Prefiero que nos vayamos callaos no más... ¡Como pensábamos irnos la otra vez!

RUDECINDA. — Se ofenderá más y no quedará saber después de nada...

DOLORES. — ¿Y don Luis no le iba a escribir?...

RUDECINDA. — Le escribí, pero el viejo rompió la carta sin leerla. Resolvete, pues.

DOLORES. — No... no... y no.

RUDECINDA. — ¡Bueno! Se hará como vos decís. Pero después no me echés las culpas si el viejo se empaca. ¡Mirá! Ahí llega Martiniana con el breque. Si te hubieses decidido, ya estaríamos prontas. ¡Pase, pase, comadre!

ESCENA II

Los mismos y Martiniana

MARTINIANA. — ¡Buen día les dé Dios!

RUDECINDA. — ¿Qué es ese lujo, comadre? ¡En coche!

MARTINIANA. — Ya me ve. ¡Qué corte! Pasaba el breque vacido por frente a casa, domando esa yunta, y le pedí al pión que me trujese. *(Bajo)* Allá lo vide al viejo a pie, por entre los yuyos. ¿Le hablaron?

RUDECINDA. — ¡Qué! ¡Esta pavota no se anima! Nos vamos calladas.

MARTINIANA. — Como ustedes quieran. Pero yo, en el caso de ustedes, le hubiese dicho claro las cosas. El viejo que ya está bastante desconfiao, puede creer que se trata de cosas malas. Cuando íbamos a juir la otra vez, era distinto. Entonces vivía entoavía la finadita Robustiana. Dios la perdone, y era más fácil de convencer.

RUDECINDA. — Ya lo está oyendo, Dolores.

DOLORES. — Tendrán ustedes razón... Pero yo no me atrevo a decirle nada...

RUDECINDA. — Entonces nos quedaremos... a seguir viviendo una vida arrastrada, como los sapos en la humedad de este rancho, ¡sin tener qué comer casi, ni qué ponernos, ni relaciones, ni nada!

DOLORES. — No sé por qué... pero me parece que me anuncia el corazón que eso sería lo mejor... Al fin y al cabo no lo pasamos tan mal... Y tenga los defectos que tenga, mi marido no es un mal hombre.

RUDECINDA. — Pero bien sabés que es un maniático. Por necesidad, sería la primera en acetar la miseria... Pero lo hace de gusto, de capricho... Juan Luis le ofrece trabajo; nos deja seguir viviendo en la estancia como si fuera nuestra. ¿Por qué no quiere? Si no le gustaba que Juan Luis tuviese amores con Prudencia y que Butiérrez me visitase, y que nos divirtiésemos de cuando en cuando... con decirlo, santas pascuas... Todo fué por hacerle el gusto a ese ladio de Aniceto, que andaba celoso de Prudencia, y por los chismes de la gurisa... Por eso no más. Ahora que se acabó el asunto, no veo por qué ha de seguir porfiando.

DOLORES. — ¡Bien; no hablemos más, por favor!... ¡Hagan de mí lo que quieran! Pero no me animo, no me animo a hablarle. *(Vase)*.

ESCENA III

Los mismos, menos Dolores

MARTINIANA. — Ultimamente, ni le hablen... Yo decía por decir... Mire, comadre... Vámonos no más. La cosa sería hacerlo retirar al

viejo hoy del rancho. Vamos a pensar. Si me hubieran avisao hoy temprano, yo le hablo a Butiérrez pa que lo cite como la vez pasada. ¡Estuvo güeno aquello! ¡Lástima que la enfermedad de la gurisa no nos dejó juir! ¡Qué cosa! Si no juese que se murió la pobrecita, pensaría que lo hizo de gusto. Dios me perdone.

RUDECINDA. — Bueno; ¿y cómo haríamos, comadre?

MARTINIANA. — No se aflija. Ta tratando con una mujer de recursos... ¡Paresé! ¡Paresé!... ¡Vea ya sé!... Pucha, si lo que no invento yo, ni al diablo se le ocurre. Vaya no más tranquila, comadre, a arreglar sus cositas...

RUDECINDA. — ¿Contamos con usted, entonces?

MARTINIANA. — ¡Phiss! Ni que hablar. (*Rudecinda mutis*).

ESCENA IV

Martiniana y Prudencia

MARTINIANA. — Güeno. Pitaremos, como dijo un gringo... (*Lía un cigarrillo y lo enciende*).

PRUDENCIA. — ¿Qué tal, Martiniana?

MARTINIANA. — Aquí andamos, hijita... Ya te habrás despedido de toda esta miseria. Mire que se precisa anchetas pa tenerlas tanto tiempo soterradas en semejante madriguera. Fijate, che... ¡La man-sión con qué te pensaba obsequiar ese abombao de Aniceto!... ¿Pensaría que una muchacha decente y educada, y acostumbrada a la comodidá, iba a ser feliz entre esos cuatro terrones? ¡Qué asombroso! Mejor han hecho su casa aquellos horneritos, en el molinete... ¡Qué embromar! ¡Che... che!... ¡La cama de la finadita!... ¿Sabés que me dan ganas de pedirla pa mi Nicasia? La misma que lo hago... Dicen que ese mal se pega... pero con echarle agua hirviendo y dejarla al sol... Ta en muy güen uso y es de las juertes. ¡Ya te armaste, Martiniana!... ¡Pobre gurisa!... ¡Quién te iba a creer! Y ya hace... ¿cuánto, che? ¿Cómo veinte días? ¡Dios le tenga en güen sitio a la infeliz! ¡Cómo pasa el tiempo! Che, y ¿era cierto que se casaba pronto con Aniceto?

PRUDENCIA. — Ya lo creo. Aniceto no la quería; ¡qué iba a querer! ¡Pero por adular a tata!...

MARTINIANA. — Enfermedad bruta, ¿eh? ¿Qué duró? Ocho días o nueve y se jué en sangre por la boca. (*Suspirando*) ¡Ay, pobrecita! ¡Y el viejo sigue callao no más?

PRUDENCIA. — Ni una palabra. Desde que Robustiana se puso mal, hasta ahora no le hemos oído decir esta boca es mía... Conversa con Aniceto, y eso lejos de la casa... y después se pasa el día dando vueltas y silbando despacito.

MARTINIANA. — Ha quedado maniático con el golpe. La quería con locura.

ESCENA V

Los mismos, Aniceto y don Zoilo

Aniceto cruza la escena con algunas herramientas en la mano y va a depositarlas bajo el alero. Don Zoilo entra un instante después silbando en la forma indicada.

ZOILO. — ¡Acabó?

ANICETO. — Sí, señor...

ZOILO. — ¡Quedó juerte la cruz?

ANICETO. — Sí, señor... Y alrededor de la verja le planté unas enredaderitas. Va a quedar muy lindo.

ZOILO. — Gracias, hijo. (*Bebe agua y tanea el lazo*).

MARTINIANA. — Güen día don Zoilo... Yo venía con el breque a pedirle que las dejara a Dolores y a las muchachas ir a pasar la tarde a casa.

ZOILO. — ¡Qué?

MARTINIANA. — Ir a casa. Las pobres están tan tristes y solas, que me dió pena...

ZOILO. — ¡Cómo no? Es mucho mejor. (*Mutis*).

MARTINIANA. — Muchas gracias, don Zoilo. Ya sabía... (*Volviéndose*) Che, Prudencia andá, avisales que está arreglao; que vengan no más cuando quieran.

ESCENA VI

Aniceto y Martiniana

ANICETO. — ¡Eh! ¡Vieja! En seguidita, pero en seguidita, ¿me oye?, sube en ese breque y se manda mudar.

MARTINIANA. — Pero...

ANICETO. — No levante la voz... (*Enseñándole el talero*) ¿Ves esto? ¡Güeno!... ¡Sin chistar!

MARTINIANA. — Yo...

ANICETO. — ¡Volando he dicho! ¡Ya!... (*Martiniana se va encogida, bajo el temor del talero con que la amenaza durante un trecho Aniceto*).

ESCENA VII

Aniceto y Rudecinda

ANICETO. (*Volviéndose*) — ¡Son lo último de lo pior! ¡Ovejas locas!

RUDECINDA. — ¿Y mi comadre?

ANICETO. — Se jué.

RUDECINDA. — ¿Cómo? ¡No puede ser!

ANICETO. — Yo la eché.

RUDECINDA. — Martí... (*Queriendo llamarla*).

ANICETO. (*A la vez, violento*) — ¡Callesé! ¡Llame a doña Dolores!

RUDECINDA. (*Sorprendida*). — ¿Pero qué hay?

ANICETO. — Llamelá y sabrá. (*Rudecinda, asomándose a la puerta del rancho, hace señas*).

ESCENA VIII

Los mismos y doña Dolores

DOLORES. — ¿Qué pasa?

RUDECINDA. — No sé... Aniceto...

ANICETO. — Digan... ¿No tienen alma ustedes? ¿Qué herejía andan por hacer?

DOLORES. (*Confundida*) — ¿Nosotras?

ANICETO. — Las mismas... ¿No les da ni un poco de lástima de ese pobre hombre viejo? ¿Quieren acabar de matarlo?

RUDECINDA. — Che... ¿con qué derecho te metés en nuestras cosas? ¿Te dejó enseñada la lección Robustiana?

ANICETO. — Con el derecho que tiene todo hombre bueno de evitar una mala acción... Se quieren dir pa la estancia vieja... escaparse y abandonarlo, cuando más carece de consuelos y de cuidados el infeliz. ¡Qué les precisa darle ese disgusto que lo mataría! Vea, doña Dolores. Usted es una mujer de respeto y no del todo mala. Por favor. Impóngase de una vez... Mande a encontrar en la familia el amor y el respeto que le han quitao...

DOLORES. — Yo... yo... yo no sé nada, hijo.

RUDECINDA. — Dolores hará lo que mejor la cuadre, ¿has oído? Y no precisa consejos de entrometidos.

ANICETO. — Callesé. ¡Usted es la pior! La que le tiene regüelto los sesos a esas dos desgraciadas. Ya tiene edá bastante pa aprender un poco e juicio...

RUDECINDA. — ¡Jesús María! ¡Y después quedarán que una no se queje! ¡Si hasta este mulato guacho se permite manosiarla! ¿Qué te has creído, trompeta?

ANICETO. — Haga el favor. ¡No grite! ¡Podría oír!

RUDECINDA. — Bueno. ¡Que oiga! Si lo tiene que saber después, que lo sepa ahora... Sí, señor... Nos vamos pa la estancia, a lo nuestro... Queremos vivir con la comodidad que Zoilo nos quitó por un puro capricho... ¡A eso!... Y si a él no le gusta, que se muerda. ¡No vamos a estar aquí tres mujeres (*Zoilo aparece por detrás del rancho*) dispuestas a sacrificarnos toda la vida por el antojo de un viejo maniático!

ANICETO. — ¿Usté qué dice, señora? (*A doña Dolores*).

DOLORES. — ¡Ay! ¡No sé! ¡Estoy tan afligida!

ANICETO. — Bueno. Si usted no dice nada, yo... yo no voy a permitir que cometan esa gran picardía.

RUDECINDA. — ¿Vas a orejarle... como es tu costumbre? ¡Si no le tenemos miedo... a ninguno de los dos! Anda contale, decile que...

ANICETO. — ¡Ah! Con que ni esa vergüenza les queda... ¡Arrastradas!... Con que se empeñan en matarlo de pena. Pues güeno, lo mataremos entre todos; pero les vía sobar el lomo de una paliza primero, y todavía será poco. ¡Pa lo que merecen! ¡Desvergonzadas! ¿Qué se han pensao?... ¿Se creen que soy ciego?... ¿Se creen que no sé que la mataron a disgustos a la pobre chiquilina? Se piensan que no sé que entre la vieja Martiniana y usted (*a Rudecinda*) que es otra... bandida, como ella, han hecho que a esa infeliz de Prudencia la perdiera don Juan Luis...

RUDECINDA. — ¡Miente!

DOLORES. — Virgen de los desamparados, ¿qué estoy oyendo?

ANICETO. — La verdad. Usted es una pobre diabla y no ha visto nada. Por eso el empeño de irse. Pa hacer las cosas más a gusto... ¡Esa con su Butiérrez y la otra con su estanciero... y como si juese todavía poca infamia, pa tener un hombre honrao y güeno de pantalla, de tanta inmundicia. (*Pausa. Dolores llora*) Y ahora, si quieren ustedes, pueden irse, pero van a tener que dir pasando bajo el mango de este rebenque.

RUDECINDA. (*Reaccionando energética*) — ¡Eh! ¿Quién sos vos? ¡Gua-

cho!

ANICETO. — ¿Yo? (*Levanta el talero*).

ESCENA IX

Los mismos y don Zoilo

ZOILO. (*Imponente*) — ¡Aniceto! (*Estupefacción*) Usted no tiene ningún derecho.

ANICETO. — Perdone, señor.

RUDECINDA. — Es mentira, Zoilo.

ZOILO. (*A Aniceto*) — Vaya, hijo... Haga dar güelta a ese breque que se va...

ANICETO. — Ta bien... (*Mutis*).

ESCENA X

Los mismos, menos Aniceto

Don Zoilo se aproxima silbando al barril, bebe unos sorbos de agua, que paladea con fruición.

RUDECINDA. — ¿Has visto a ese atrevido insolente? ¡Pura mentira!

ZOILO. (*Se sienta*) — Sí, eso.

RUDECINDA. (*Recobrando confianza*) — Debe estar aburrido de tenernos ya.

DOLORES. — ¡Zoilo! ¡Zoilo! ¡Perdoname!

ZOILO. (*Como dejando caer lentamente las palabras*) — ¿Yo? Ustedes son las que deben perdonarme. La culpa es mía. No he sabido tratarlas como se merecían. Con vos fui malo siempre... No te quise. No pude portarme bien en tantos años de vida juntos. No te enseñé tampoco a ser güena, honrada y hacendosa. ¡Y buena madre sobre todo!

DOLORES. — ¡Zoilo! ¡Por favor!

ZOILO. — Vos también, hermana, me porté mal. Nunca te di un güen consejo, empeño en hacerte desgraciada. Después te derroché tu parte de la herencia, como un perdulario cualquiera. (*Pausa*) Mis pobres hijas también fueron víctimas de mis malos ejemplos. Siempre me opuse a la felicidad de Prudencia. (*Con voz apagada por la emoción*) y en cuanto a la otra... a aquel angelito del cielo, la maté yo a disgustos. (*Oculto la cabeza en la falda del poncho con un hondo sollozo. Rudecinda se deja caer abrumada. Pausa prolongada. Don Zoilo, rehaciéndose*) Güeno, vayan aprontando no más las cosas pa dirse. Va a llegar el breque.

DOLORES. (*Echándose al cuello*) — ¡No... no, Zoilo! ¡No nos vamos ¡Perdón! ¡Ahora lo comprendo! Hemos sido unas perversas... unas malas mujeres... Pero perdonanos...

ZOILO. (*Apartándose con firmeza*) — Salga... ¡Déjeme!... Vaya a hacer lo que le he dicho...

DOLORES. — ¡Por María Santísima! Te lo pido de rodillas... ¡Perdón... perdoncito... Te prometemos cambiar para siempre.

ZOILO. — ¡No!... ¡No!... ¡Levántese!

DOLORES. — Te juro que viá ser una buena esposa... Una buena madre. Una santa. Que volveremos a la buena vida de antes, que todo el tiempo va a ser poco pa quererte y pa cuidarte. ¡Decí que nos perdonás, decí que sí! (*Abrazada a sus piernas*).

ZOILO. — ¡Salí! ¡Dejame! (*La aparta con violencia. Dolores queda de rodillas, llorando y apoyada los brazos en el suelo*) Y usté, hermana. Vamos arriba... ¡Arriba pues! (*Rudecinda hace un gesto negativo*). ¡Oh!... ¡Ahura no les gusta? Vamos a ver... (*Se dirige a la puerta del rancho y al llegar se encuentra con Prudencia*) ¡Hija! ¡Usted faltaba! ¡Venga... a su padre! ¡Así!

ESCENA XI

Los mismos y Prudencia

PRUDENCIA. — ¿Pero qué pasa?

ZOILO. — Nada, no se asuste. Quiero hacerla feliz. La mando con su hombre, con su... (*Entra en el rancho*).

ESCENA XII

Los mismos, menos don Zoilo

PRUDENCIA. — ¡Virgen Santa! ¿Qué ocurre? (*Afligida*) ¡Mamá! Mamita querida... Levántese. Venga. (*Se levanta*) ¿Le pegó? ¡Fué capaz de pegarle!

DOLORES. — ¡Hija desgraciada! (*La abraza*).

PRUDENCIA. (*Conduciéndola a un banco*) — ¿Pero qué será esto, Dios mío? (*A Rudecinda*) ¡Vos contame! ¿Fué tata? (*Rudecinda no responde*) ¡Hay, qué desgracia! (*Viendo a don Zoilo*) ¡Tata, tata! ¿Qué es esto?

ESCENA XIII

Los mismos y don Zoilo

ZOILO. (*Tirando algunos atados de ropa*) — Que se van... a la estancia vieja... ¡que fué del viejo Zoilo!... ¿No tenían todo pronto para juir? ¡Pues aura yo les doy permiso pa ser dichosas! Güeno. Ahí tiene sus ropas... ¡Adiosito! Que sean felices.

DOLORES. — ¡Zoilo, no!

ZOILO. — ¡Está el breque! Que cuando vuelva no las encuentre aquí. (*Se va por detrás del rancho lentamente*).

ESCENA XIV

Dolores, Prudencia, Rudecinda y Martiniana

MARTINIANA. — ¡Bien decía yo que eran cosas de ese ladiao de Aniceto! ¿Qué? ¿Y esto qué es? ¡Una por un lao... otra por otro... el tendal!... ¡Hum! Me parece que ño rebenque ha dao junción... ¡Eh! ¡Hablen, mujeres! ¿Jué muy fuerte la tunda? ¡No hagan caso! Los chirlos suelen hacer bien pa la sangre... Y después, ¡qué dimontres! ¡No se puede dir a pescar sin tener un contratiempo! ¡Quién hubiera creído que ese viejo sotreta le iba a dar a la vejez por castigar mujeres!... Pero digan algo, cristianas. ¿Se han tragao la lengua?

RUDECINDA. (*Levantándose*) — Cállese, comadre. (*Sale Aniceto, y durante toda esta escena se mantiene a distancia cruzado de brazos*).

MARTINIANA. — ¡Vaya, gracias a Dios que golvió una en sí! A mí me jué a llamar Aniceto... ¿Qué hay? ¿Nos vamos o nos quedamos?

RUDECINDA. — Sí. Nos vamos... ¡Echadas! ¡Ese guacho de Aniceto lo echó a perder! ¡Dolores! ¡Eh! ¡Dolores! ¡Ya basta, mujer! Tenemos que irnos... Ya oíste lo que dijo Zoilo.

DOLORES. — No. Yo me quedo. Vayan ustedes no más.

RUDECINDA. — ¡Qué has de quedar! ¿Sos sorda entonces? Vos, Prudencia... ¿estás vestida? Bueno, andando. (*A Dolores*) ¡Vamos, levántate, que las cosas no están pa desmayos! ¡Vaya cargando esos bultos, comadre!

MARTINIANA. — Al fin hacen las cosas como Dios manda... (*Recoge los atados*).

RUDECINDA. — ¡Movete, pues, Dolores!

DOLORES. — ¡No! Quiero verle, hablar con él primero; esto no puede ser.

RUDECINDA. — Como pa historias está el otro.

MARTINIANA. — Obedezca, doña... con la conciencia a estas horas no se hace nada. Dicen, aunque sea mala comparación, que cuando una vieja se arrepiente, tata Dios se pone triste. Aura que me acuerdo. ¿No me querrían dar o vender esta cama de la finaíta? Le vendría bien a Nicasia, que tiene que dormir en un catre de guasquillas. ¡Si cabiera en el pescante, la mesma que la cargaba, linda! Es de las que duran...

RUDECINDA. — ¡Sí, mujer! Mañana mismo lo mandamos buscar. Verás cómo se le pasa. ¡Qué va a hacer sin nosotras!

MARTINIANA. (*A Prudencia*) — Comedite, pues, y ayudame a cargar el equipaje. Es mucho peso pa una mujer vieja. Andá con eso no más. En marcha, como dijo el finao Artigas... (*Antes de hacer mutis*) ¡Hasta verte, rancho pobre! (*Aniceto las sigue un trecho y se detiene pensativo observándolas*).

ESCENA XV

Aniceto y don Zoilo

Don Zoilo aparece por detrás del rancho, observa la escena y avanza despacio hasta arrimarse a Aniceto.

ZOILO. — ¡Hijo!

ANICETO. (*Sorprendido*) — ¡Eh!

ZOILO. — Vaya a acompañarlas un poco... y después repunta las ovejitas pa carniar... ¿eh? ¡Vaya!

ANICETO. (*Observándolo fijamente*) — ¿Pa carniar?... Bueno... Este... ¿Me presta el cuchillo? El mío lo he perdido...

ZOILO. — ¿Y cómo? ¿No lo tenés ahí?

ANICETO. — Es que... vea... le diré la verdad. Tengo miedo de que haga una locura.

ZOILO. — ¡Y de ahí!... Si la hiciera... ¿no tendría razón acaso? ¡Quién me lo iba a impedir!

ANICETO. — ¡Todos! ¡Yo!... ¿Cree acaso que esa chamuchina de gente merece que un hombre güeno se mate por ella?

ZOILO. — Yo no me mato por ellos, me mato por mí mismo.

ANICETO. — ¡No, padrino! ¡Calmesé! ¿Qué consigue con desesperarse?

ZOILO. (*Levantándose*) — Eso es lo mesmo que decirle a un deudo en el velorio: “No llore, amigo; la cosa no tiene remedio”. ¡No ha de llorar, canejo!... ¡Si quiere tanto a ese hijo, a ese pariente! Todos somos güenos pa consolar y pa dar consejos. Ninguno pa hacer lo que manda. Y no hablo por vos, hijo. Agarran a un hombre sano, güeno, honrao, trabajador, servicial... lo despojan de todo lo que tiene, de sus bienes amontonaos a juerza de sudor, del cariño de su familia, que es su mejor consuelo, de su honra... ¡canejo!... que es su reliquia; lo agarran, le retiran la consideración, le pierden el respeto, lo manosean, lo pisotean, lo soban, le quitan hasta el apellido... y cuando ese desgraciao, cuando ese viejo Zoilo, cansao, deshecho, inútil pa todo, sin una esperanza, loco de vergüenza y de sufrimientos resuelve acabar de una vez con tanta inmundicia de vida, todos a atajarlo. ¡No se mate, que la vida es güena! ¡Güena pa qué?

ANICETO. — Yo, padrino...

ZOILO. — No lo digo por vos, hijo... Y bien, ya está... No me maté... ¡Toy vivo! Y aura, ¿qué me dan? ¿Me degüelven lo perdido? ¿Mi fortuna, mis hijos, mi honra, mi tranquilidad? (*Exclamación*) ¡Ah, no! ¡Demasiado hemos hecho con no dejarte morir! ¡Aura arreglate como podás, viejo Zoilo!

ANICETO. — ¡Así es nomás!

ZOILO. (*Abrazándolo afectuosamente*) — ¡Entonces, hijo... vaya a repuntar la majadita... como le había encargado. ¡Vaya!... ¡Dejemé tranquilo! No lo hago. Camine a repuntar la majadita.

ANICETO. — Así me gusta. Viva... viva.

ZOILO. — ¡Amalaya fuese tan fácil vivir como morir!... ¡Por lo demás, algún día tiene que ser!...

ANICETO. — ¡Oh!... ¡Qué injusticia!

ZOILO. — ¿Injusticia? ¡Si lo sabrá el viejo Zoilo! ¡Vaya! No va a pasar nada... le prometo... Tome el cuchillo... Vaya a repuntar la majadita... (*Zoilo lo sigue con la mirada un instante y volviéndose al barril extrae un jarro de agua y bebe con avidez; luego va en dirección al alero y toma el lazo que había colgado y lo estira; prueba si está bien flexible y lo arma, silbando siempre el aire indicado. Colocándose después debajo del pelo del mojinete trata de asegurar el lazo, pero al arrojarlo se le enrieda en el niño de hornero. Forcejea un momento con fastidio por voltear el nido*) ¡Las cosas de Dios! ¡Se deshace más fácilmente el nido de un hombre que el nido de un pájaro! (*Reanuda su tarea de amarrar el lazo, hasta que consigue su propósito. Se dispone a ahorcarse. Cuando está seguro de la resistencia de la soga, se vuelve al centro de la escena, bebe más agua, toma un banco y va a colocarlo debajo de la horca*).

ROBERTO J. PAYRÓ

Desde sus años mozos fué Payró un apasionado del teatro. Si bien no intentó entonces el género dramático como autor, pues era empresa llena de dificultades estrenar una obra en Buenos Aires cuando aun no existían las compañías autóctonas y las españolas eran aves de paso y por lo general no representaban sino el repertorio madrileño aumentado con algunas traducciones del teatro francés más en boga, realizó ponderable y entusiasta labor como cronista y crítico teatral. Roberto J. Payró, que se halla íntimamente vinculado a nuestro teatro en sus tiempos contemporáneos, que junto con Florencio Sánchez tornó posible el robustecimiento del drama y la comedia nacionales, hizo sus primeras armas como autor teatral con "*Renata*", tres actos derivados de la obra homónima de Zola, por aquél traducida en los folletines de "*La Nación*". Habiendo parecido un tanto atrevida, "*Renata*" no logró ser representada.

Después de ello no volvió Payró a escribir para nuestra escena hasta 1897. En ese año, en casa de Luis Berisso y ante un cónclave en el que figuraban Rubén Darío, Ángel de Estrada, Ricardo Jaimes Freyre, Alberto Ghirardo, Diego Fernández Espiro y otros, leyó "*El triunfador*", mas siendo tan diversos y contradictorios los juicios que tal lectura motivó, prefirió Payró no estrenarlo.

En 1902, cuando aun nuestro público no estaba acostumbrado a ver dramatizadas en la escena las costumbres del país, alentado por el éxito de "*La piedra de escándalo*" de Martín Coronado y "*Al campo*" de Nicolás Granada, estrenó en el teatro Apolo, con éxito clamoroso, "*Canción trágica*", poema dramático en un acto, cuya acción se desarrolla en Catamarca, durante los días de la tiranía. Nunca el elenco de José Podestá había llevado a escena obra de tal envergadura literaria y nunca un público tan calificadamente intelectual había acudido a ver representar una obra argentina. Fué ésta la obra dramática en que Payró rayó a mayor altura, por su técnica simple y vigorosa, por la feliz evocación del ambiente, por la recia pintura de los personajes, por su honda vena poética, por su austeridad artística.

"Sobre las ruinas", vigoroso drama en cuatro actos, en el que se debaten profundos problemas típicos, fué estrenado en 1904 por la compañía de Jerónimo Podestá en el teatro de la Comedia. Es una obra que por sus características pertenece al llamado teatro de ideas. Siguióle *"Marcos Severi"*, cuyos tres actos, rebosantes de sentimiento cordial y expansivo, debaten hondas cuestiones humanas; y *"El triunfo de los otros"*, primero publicado en los folletines de *"La Nación"* y luego magistralmente creado por Enrique Borrás, que lo hizo aplaudir por los públicos de España, Cuba y Méjico.

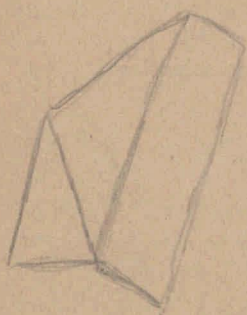
Años después, en 1923, reverdecieron las glorias de Payró como autor dramático con sus piezas *"Vivir quiero conmigo"* y *"Fuego en el rastrojo"*. Su obra póstuma para el teatro es *"Alegría"*, escrita en seis semanas durante el verano de 1928, a requerimiento del actor Florencio Parravicini, su gran admirador, que deseaba "una pieza de transición, de argumento movido y rasgos cómicos... que, pese a la altura espiritual de la cual sabía que el autor no había de descender, fuese accesible a un auditorio popular". Tal obra, cuyo personaje central — el clown Alegría, que a través de un cúmulo de aventuras termina en acomodado ganadero de la Patagonia — es histórico, se desarrolla en el ambiente austral de nuestra patria y refleja la lucha, de épicos contornos, de los hombres entre sí y contra la naturaleza, en aquellas apartadas regiones.

Estrenada *"Alegría"* pocos días después de la muerte del autor, en una función que cobró relieves de impresionante homenaje póstumo, obtuvo un muy relativo éxito, manteniéndose apenas dos semanas en el cartel. Es una obra de sano optimismo, pintura fiel de los tipos y episodios característicos de la región que Payró llamara *"La Australia Argentina"*.

BOLILLA VII

La literatura argentina contemporánea. Noticia sobre los
autores más representativos.

Nota: Por la índole misma del libro excluimos deliberadamente a todos
los autores que aun hoy viven.



ANGEL DE ESTRADA



Ángel de Estrada, representante genuino del literato, personificación del “hombre de letras en su más elevada acepción”, como lo declara ERNESTO QUESADA, la definición más exacta de cuya personalidad — sugiere JUAN PABLO ECHA-GÜE — sería la misma dedicatoria con que él ofreciera su “*Redención*” a sus tíos José Manuel y Santiago: “cultor de las letras argentinas en el seno del Bien, la Verdad y la Belleza”, nació en Buenos Aires el 20 de septiembre de 1872, en la patricia familia descendiente en línea recta de don Santiago de Liniers, virrey del Río de la Plata y conde de Buenos Aires.

En el histórico Colegio Nacional de Buenos Aires, en cuyas aulas vibraba aún la palabra de su tío José Manuel, cursó los estudios secundarios, concluídos los cuales matriculóse en la Facultad de Derecho, cuyas disciplinas constituyeron para su temperamento de artista, pesada tortura intelectual. Pese a ello, en noble victoria de la razón sobre el espíritu, de la inteligencia sobre el corazón, obtuvo, al terminar su carrera, las más altas notas.

Jamás ejerció su profesión. Desde sus años mozos el ambiente en que se va desenvolviendo su personalidad fomenta su natural inclinación hacia las letras francesas de las que oye hablar en la casa paterna a Lucio V. López, Eduardo Wilde, Miguel Cané, Paul Groussac, el general Mansilla, a su tío Santiago. Su predilección estética le inclina hacia los maestros

clásicos y modernos de Francia, aunque su viril nacionalismo le haga lamentarse, al cumplir sus veinte años, del afán cosmopolita: “¡Ay del cosmopolitismo que invade al país! — exclama —. Las costumbres son savia de los pueblos: su literatura, vida y fulgor, salmo en los triunfos, bálsamo en las amarguras”.

“En la literatura argentina — dice SÁENZ HAYES — Angel de Estrada es el peregrino por antonomasia. Obedece esta actitud a una conformación psicológica especial, a un estado de ánimo en perpetua inquietud, a un deseo rara vez o nunca satisfecho de estar en todo, de verlo todo a través de las grandes rutas mundanales. A ese linaje de seres pertenecieron singulares ingenios, con Byron y Châteaubriand, como divinidades superiores. No hubo distancia que les apocara el ánimo, ni obstáculo que no franquearan los Childe Harold y los René. De la propia manera sintió y se comportó Estrada”. En plena juventud comienza a recorrer el viejo mundo, huyendo de Londres y París y buscando los canales de Venecia, las galerías de Florencia, las ruinas de Roma, los pórticos de Atenas. Tales andanzas enriquecen de nuevas visiones sus ojos, de viviente cultura su espíritu, pero, lejos de la patria, le atormenta la nostalgia. Y es que Estrada sentía hondamente la hermosura de la tierra extraña y el calor de la propia, mas no podían en su alma vibrar una y otro a un tiempo. De ahí su congoja, magníficamente expresada en esta frase que su amigo y comentarista JORGE MAX ROHDE recogiera de sus labios: “Si yo hubiera tenido un hijo, no habría permitido que fuera a Europa”.

En París frecuenta a Barrés, a Maurras, a León Daudet, a Pierre Luys, y se vincula con Zola, Henry Barbusse, los Goncourt y José María de Heredia, llegando a crear con este último una honda amistad literaria y afectiva. Valera le saluda desde España, cuyos maestros, entre ellos, Pereda, Pérez Galdós y la Pardo Bazán, le tienden su mano.

Durante sus años de permanencia en Buenos Aires, dividía Ángel de Estrada sus horas entre su cátedra de Literatura en el Colegio Nacional, sus tareas en la Facultad de Filosofía y Letras como consejero y académico, y su biblioteca en la casa tradicional de la calle Bolívar, verdadero refugio de ciencia y arte, donde conversador infatigable, y también incomparable, dueño de cultura vastísima y profunda, decía ante

parco auditorio de íntimos sus recuerdos de viaje, desleía el oro puro de su saber, evocaba figuras ilustres que alcanzó a conocer, vertía su acendrada fe católica, hecha de principios arraigados por tradición familiar y por propia y firme convicción, que llevaba a Roma sus ojos y su corazón en demanda del talismán que todo lo puede.

De todo se hablaba en aquellas reuniones, menos de la obra del dueño de casa que, al decir de ROHDE, que gozó de su amistad y era parte en el cenáculo, "jamás hablaba de sí mismo; jamás insinuaba espontáneamente una referencia sobre su propia vida; jamás un asomo de vanidad o de ufanía ante el trabajo realizado: sus amigos pocas veces lograron arrancarle alguna confesión sobre sus proyectos literarios". Y "es que el maestro entre muchas y muchas condiciones excelentes tenía aquella su modestia de buen gusto, su exquisito tacto que suprimía toda vanidad y alejaba hasta el asomo de una pedantería" — completa LUIS MARÍA JORDÁN, que agrega — "tenía el desprecio más profundo por la bullanga editorial y el indecoroso tejemaneje que la prepara o que la sigue".

De regreso del último de sus viajes por Europa, al acercarse a la patria siempre amada, doblemente amada por virtud de la nostalgia cuando lejos, apagóse su vida a bordo del "Massilia" el 28 de diciembre de 1923. Con él se fué un maestro inolvidable, siempre insatisfecho de la forma, cuya obra "fruto exquisito que esconde en su semilla el germen de todas las culturas — dice en feliz frase ROHDE — no ha hallado en nuestra tierra la caricia solar que merece"; y cuyo espíritu está admirablemente sintetizado en la respuesta que Juan de Monfort, el protagonista de "*Redención*", da al filósofo que le aconseja dedicar su atención a contemplar los fragmentos del Partenón en el museo del Acrópolis: "Admiro y me detengo un instante, pero paso. Yo he saludado con igual emoción el San Pedro de Roma, el Acrópolis de Atenas y la catedral de Chartres. Diferentes sensaciones, por lo diverso de sus medias tintas, sacudieron en el fondo idéntica sensibilidad. Mi espíritu es la ola que refleja la tarde y el alba, y lo mismo la gaviota que la vela, o la noche que la estrella, cargada de historia, de fábula, de poesía, eco vibrante del sonido, del color y de la forma; insomne viajador a través del siglo, es arpa colgada

en el olivo griego, o en el laurel del Lacio, y en el sauce hebreo como en la encina gala".

Su obra nutrida comprende prosa y verso. En verso, luego de su primer trabajo, el pequeño tomo de los "*Ensayos*" publicado en la antigua imprenta de don Martín Biedma, "*Los espejos*", "*Alma nómada*", "*El huerto armonioso*" y "*Plegaria del sol*". En prosa: "*Cuentos*", "*El color y la piedra*", "*Formas y espíritus*", "*La voz del Nilo*", "*Redención*", "*La ilusión*", "*Calidoscopio*", "*Visión de paz*", "*Las tres gracias*", "*El triunfo de las rosas*", "*Cadoreto*"; además de "*Los cisnes encantados*", inspirada pantomina infantil, que niños de nuestra sociedad animaron en el viejo escenario del *Teatro de la Ópera*.

Dentro de la crítica literaria dejó publicadas en folleto sus conferencias "*Cervantes y el Quijote*" y "*El cardenal Giménez de Cisneros*", así como el discurso acerca de "*Pedro Goyena*", dicho cuando su recepción en la Academia de Filosofía y Letras. Permanecieron inéditas sus dos conferencias "*San Vicente de Paul*" y "*La Francia Católica*", pronunciada esta última en ocasión de la visita del abate francés Olivier D'Averscat, que en días de la guerra europea trajera a nuestro país el sentimiento de los católicos franceses.

Asiduo colaborador de "*La Mañana*" y "*El Diario*" de sus grandes amigos Francisco Uriburu y Manuel Láinez, publicó en ellos, así como en diversas revistas literarias, innúmeros artículos. Varios libros, entre ellos el poema lírico "*El sueño de una noche de castillo*" y las evocaciones en prosa de "*La esfinge*", quedaron inconclusos a su muerte. Con el material disperso en diarios y revistas, fruto de treinta años de intensa labor intelectual, con su correspondencia familiar y literaria, con sus artículos de crítica, sus impresiones de viaje y con su "*Diario*", pudiéranse integrar varios volúmenes más.

Manos fraternas dispusieron la publicación de la obra póstuma del escritor, la que fué encomendada a JORGE MAX RHODE, a cuyo celo se deben "*La esfinge*" y "*El sueño de una noche de castillo*". Hemos de conocer luego "*Seres y cosas*", artículos de crítica, y el "*Diario íntimo*", pleno de reminiscencias de nuestro ambiente, a propósito del cual ha dicho el mencionado crítico en conferencia recordatoria pronunciada en la Facultad de Filosofía y Letras: "Aquéllos que tuvieron la fortuna de frecuentar el trato de Ángel de Estrada, deplora-

ran que el tesoro de la palabra suya prodigada a manos llenas en la anécdota pintoresca, en la doctrina política o el problema social, no humane la página de sus libros, donde el arte puro levantó un templo. Pero esa palabra del palique amistoso, vehemente, ardorosa, entrecortada de exclamaciones o envuelta en risa que poseía el aletazo del asombro ante el espectáculo de la vida transeúnte; esa palabra que nunca penetró en el templo del artista se conserva en su "*Diario*".

Fué Ángel de Estrada un enamorado de la belleza, que contemplaba con ansia y amor en sus manifestaciones externas: la obra arquitectónica, el cuadro, la estatua, la joya, el vidrio artístico, para luego pedir a la palabra la expresión de cuanto su contemplación le sugería. Su fina sensibilidad percibe la belleza en el más fino detalle — el color, el matiz, la piedra — y por amor a ella se declara panteísta en "*Alma nómada*", pero panteísta no por convicción filosófica, sino a la manera de San Francisco de Asís, según lo prueban sus versos:

"Como el Verbo revive en el fragmento
de la hostia, fulgura en cada cosa
de Dios el pensamiento".

En "*Formas y espíritus*" los paisajes cobran para Estrada categoría de "estados de ánimo" y las obras magistrales evocan reminiscencias familiares. En este libro vierte el autor hondo lirismo y un penetrante sentimiento íntimo, que, por pudor de artista, no revisten formas subjetivas, sino aparecen encarnados en personajes novelescos.

En "*Redención*" el protagonista, dotado como el autor de exquisito sentimiento estético, es vivificado por un gran amor humano, tan grande que le hace confesar: "Sólo después de conoceros recuperaré mi fervor de conquista. El arte vuelve a ser la divina fortaleza. Sueño con sus huertos cerrados porque vuestra frente espera coronas". "En "*Redención*" — dice el insigne crítico brasileño Magalhaes de Azeredo — vive nuestro tiempo, el tiempo en el cual vivimos, palpítamos, gozamos y sufrimos".

"*El color y la piedra*", joya imperecedera de nuestras letras, constituye himno magnífico a las purísimas formas de la clásica hermosura, cuyas manifestaciones parecen tocadas de hálito divino por obra de su pluma. "Es un libro lleno de

color y de gracia, un libro que parece de Cané, por la intensidad personal, de Lucio López por la elegancia, pero con más color, con más luz, con más poder descriptivo... un libro fuerte y hermoso", dice de él JOSÉ ENRIQUE RODÓ.

"*La voz del Nilo*", inspirada en su viaje a Egipto, así como "*Visión de paz*", que nació de su peregrinación a Tierra Santa, dicen de la aptitud de Estrada para el paisaje, pero el paisaje pleno de reminiscencia de arte y cultura, casi pudiera decirse, intelectual.

En "*Calidoscopio*" Estrada muestra su verdadera posición, que era más la de un imaginativo, que la de un intelectual: "con la realidad de sus sensaciones construye, bajo el sol y la luna, armoniosas quimeras".

El sentido crítico es también una de las dotes de Estrada y se manifiesta a través de las opiniones que vierten sus criaturas ideales. Ellas descubren un crítico de amplia visión, sin prejuicios de escuelas, a las que sólo pide como condición *sine qua non*, siquiera una parcela de belleza. Su criterio no pretende esclavizar a los autores encerrándolos en moldes rígidos: los juzga de acuerdo al innato temperamento de cada uno. Ello explica su aplauso a las más diversas tendencias, aún a las contrarias a su propia manera de ser.

En el Renacimiento italiano halló Estrada su ideal estético, al que revistieron con las formas de la vida y el arte el pincel de Leonardo, la inspiración de Rafael y el cincel de Miguel Ángel. A él dedica la más profundamente hermosa de sus obras, "*Las tres Gracias*", en cuyas páginas todas palpita la esencia del cristianismo. En ella dice Miguel Ángel: "No hay conflicto: mis ojos son paganos, porque aman la hermosura; mi alma cristiana, porque adora la verdad", sentencia en que ve JULIO NOÉ magnífica fórmula de conciliación no desdeñada por los hombres del Renacimiento.

En "*El triunfo de las rosas*", como en "*Las tres Gracias*", pone Estrada en evidencia su magnífico poder de evocación, haciendo revivir el aspecto heroico y religioso de Roma que sirven "de gran marco — dice RAMÓN J. CÁCANO — al continuo devenir de los sentimientos humanos que llenan de poesía y de leyenda cada lugar y cada piedra".

La obra de Estrada carece de fuerza vital, de calor, de espontaneidad, de naturalidad, apunta JULIO NOÉ, sin dejar por

ello de reconocer su riqueza verbal, su variedad, su armonía. Y es que sus novelas, por ejemplo, ofrecen una realidad que pertenece más a los dominios del arte que a los de la vida; sus criaturas no son seres de carne y hueso, antes bien sombras huidizas, que accionan en sutil atmósfera, espejo de todas las culturas, reino de la ilusión. La languidez caracteriza su acción, que es, no producto de sus pasiones, sino reflexiva creación del autor, y se deslía en diálogo primoroso, de sabor católico, en el sentido que a la palabra da MANUEL GÁLVEZ cuando dice en *"La vida múltiple"*: "El catolicismo literario se caracteriza por la suntuosidad del estilo, la abundancia de imágenes, la línea complicada de la prosa, cierto hermetismo, la indiferencia y el desdén hacia la realidad exterior, el amor exagerado por las cosas de otro tiempo y una afición a lo exquisito, lo sutil, lo raro, cuando no a lo enfermizo". Y agrega, a manera de definición de la literatura del maestro: "Yo imagino la obra total de Ángel de Estrada como una gran capilla de alguna catedral magnífica. No es romántica porque no hay en Estrada primitividad, ni gótica porque carece de misticismo. Sería más bien una capilla en el estilo del Renacimiento español o más exactamente quizás, en ese estilo tan moderno y sutil, tan puro y elegante, tan desconocido todavía, tan denigrado por los pedantes, que se llama el Barroco. Una capilla suntuosa, brillante, y en la que hay raros mármoles, bellas estatuas, hierros complicados, vidrieras de maravillosos colores y una tumba señorial y melancólica. Pero no es una capilla al atardecer ni llena de frailes. La imagino a la hora en que el sol enciende las vidrieras; la imagino solitaria, pero como si estuviera arreglada para alguna gran solemnidad. Nadie ha entrado todavía en su recinto, fuera de algún viejo artista. No hay aún en ella calor de humanidad. Pero todas sus lámparas están encendidas, sus piedras y su oro y su plata relucen, las flores artificiales y naturales ponen su nota de color, y todo ello nos encanta los sentidos y nos deja en el alma una sensación de color y de belleza".

Señor del mundo de la fantasía, que percibe la vida a través de su velo y la idealiza y la ennoblece con imponderable poesía que el sol de Jerusalén ilumina, es también Estrada señor de la lengua castellana que, a juicio de los críticos, alcanza en las páginas de *"Cadoreto"* su más alta perfección.

Escuchad cómo sueña el protagonista bajo las bóvedas de la catedral de Carcasona: "Las fajas del sol se tiñen en las imágenes de las vidrieras. Las campanillas tañen y un árbol gigantesco de invisible cristal vibra con raíces y ramas armoniosas... Adelantan los cirios palidecientes en el desborde de la plena claridad... Las capas y casullas se animan rojas tocando las dalmáticas y sobrepellices blancas. Hermoso brilla el fuego. Hermosa brilla la nave. Tienen el mismo ardor porque derraman la misma gloria. ¡Ah, las coronas del martirio sobre las sacrosantas canas! El palio llega y deslumbra. Lluven torrentes de rosas: las cortan manos de luz en fantástico jardín etéreo. Las reciben criaturas con guirnaldas de azahares, seres inmaculados de una primavera de albas. ¡Silencio! La Hostia resplandece; y bajo los airones blancos del dosel, entre las manos níveas del pontífice es la hora mística en el sol de la Custodiá. Caed ¡oh fieles! ante el altar. Allí están el reflejo de la melancolía y el hábito de la esperanza: el sepulcro de Dios se vuelve cuna de la vida; la tristeza pálida evapórase en júbilo ardoroso... ¡Prostérnate, multitud! ¡Jesús pasa, Jesús reina, Jesús impera!"

El estilo de Estrada, cuyo vocabulario no rehuye el galicismo en su ansia de expresar "no sólo los matices ambientes e inmanentes — dice ROHDE — sino los más intangibles e inasequibles: el temblor de una estrella, el aroma de un pétalo o la brisa que mueve una nube", es rico y armonioso.

Ángel de Estrada fué, en esencia, un escritor y un espíritu profundamente moderno, cuya obra toda rezuma modernidad, pero la modernidad de sus días, anteriores a la gran guerra, que todo lo ha transformado; "el artista y el escritor más puro de nuestra literatura" concluye JUAN PABLO ECHAGÜE.

La misma calidad de su arte restó popularidad a la obra de Ángel de Estrada, a quien ya en 1896 PAUL GROUSSAC confería, en igualdad de condiciones con Enrique Larreta, el principado de la nueva generación literaria de aquel entonces. Refiriéndose a esa impopularidad, dice ERNESTO QUESADA: "No sé si serán muchos o pocos los lectores de Estrada. Tampoco creo que ello preocupe especialmente al autor, ni que

traiga atravesado este clavo en el corazón. Pero sí sé que quien le lea resultará convertido en devoto lector suyo a cada libro que en lo sucesivo publique, y que cederán todos a su autoridad y talento, reconociéndole realmente como a uno de los príncipes actuales de las letras argentinas”.

LEOPOLDO LUGONES



Leopoldo Lugones — de quien dice RUBÉN DARÍO en el estudio que precede *“Las montañas del oro”*: “No creo yo que en nuestras tierras de América haya hoy personalidad superior a la de Leopoldo Lugones, quien antes de llegar al medio del camino de la vida, se ha levantado ya inmovible pedestal para el futuro monumento” — nació en Río Seco, provincia de Córdoba, el 13 de junio de 1874.

Los cuatro primeros lustros de su vida transcurrieron en Ojo de Agua, en la llanura mediterránea, que dejó por Buenos Aires en los años postreros del siglo pasado. En la gran capital, en su *“Ateneo”*, conoció a Rubén Darío poco antes llegado de Chile con el prestigio de su *“Azul”*, acrecentado con sus estudios sobre *“Los raros”*. Presentóle Lugones sus versos primeros y fué acogido en forma triunfal: “¡Un astro! nos comunicamos todos — dice DARÍO — con el gentil entusiasmo que allí animaba a coetáneos y menores”. A partir de aquel momento formó Lugones entre los jóvenes que rodeaban a Darío, a la sazón entregado a la composición de sus *“Prosas profanas”*, a los que éste iniciaba en las nuevas ideas que ha-

bía aprendido en Europa cuando representara a su país en las fiestas colombinas.

A poco afilióse Lugones al partido socialista, continuando su campaña periodística, que comenzara en "*La Montaña*", audaz revista, la primera que en Buenos Aires estremeció el ambiente conservador, en "*La Prensa*" y "*El Tiempo*". Su carrera administrativa desenvolvióse en la Dirección de Correos y Telégrafos, a la que, como Rubén Darío perteneció; en el Ministerio de Instrucción Pública, como inspector de enseñanza secundaria, y luego, a partir de 1915, en la Biblioteca Nacional de Maestros, que dirigió hasta los primeros días de febrero de 1938, en que llamó a sí la muerte.

Dentro de la docencia, ha dictado en el Colegio Nacional la cátedra de Literatura. En el Viejo Mundo, radicado en París, dirigió desde 1914 "*La Revue Sud - Americaine*". Vuelto a la patria, trabajador infatigable, compartía Lugones su tiempo entre su nutrida labor literaria, que comprende casi todos los géneros, sus tareas oficiales en la mencionada Biblioteca y su colaboración asidua en los más importantes de nuestros órganos periodísticos.

Su primera colección de poesías, "*Las montañas del oro*", que a su aparición fué calificada de extravagante, data de 1897. "Fué juzgado — dice MAS Y PÍ — como un poema absurdo, como un desafío a toda regla, y como tal mantenido en despreciativo olvido". Trátase, en verdad, de una obra rara en su conjunto, cada una de cuyas composiciones es una exageración de las tendencias que conmovían en aquellos días el ambiente literario de Buenos Aires. Con ella, que tuvo el mérito innegable "de abrir horizontes a las generaciones nacientes preparándolas para el deleite soberano de nuevos manantiales", según apunta MAS Y PÍ, propúsose Lugones asestar fieros golpes a la tradición poética firmemente mantenida entre nosotros. Al juzgar AMADO NERVO años después "*Las montañas del oro*" dijo: "El libro era de una valiente y bella audacia, de una pericia notable y bastante aún para dar sello de personalidad a tales o cuales inevitables influencias y adaptaciones, hijas de la sugestión de visibles lecturas". En efecto, trasluce en "*Las montañas del oro*" la influencia de Baudelaire y de Poe, los dos máximos poetas satánicos, así como también algo de la manera de Almafuerte y luego, en menor

escala, de muchas otras lecturas de juventud. Mas no por ello ha de creerse que Lugones imite, no, simplemente refleja lo que impresiona su espíritu, imprimiéndole el sello de su vigorosa personalidad. ¿Cómo había de imitar Lugones, si a poco de aparecer su obra primigenia decía en *"El Mercurio de América"*, donde llevaba la sección de crítica de letras francesas: "La juventud americana carece de originalidad porque no tiene sinceridad. Antes sueña con la edición que con la realización artística. Vive esa juventud del robo, así, en todo el rigor del vocablo: del robo en la propia y extraña tierra. No aprende, plagia; no plagia, copia; no copia, calca". Lugones, que por aquel entonces era, al decir de GROUSSAC, en cuya revista *"La Biblioteca"* colaboraba, "un joven modesto, respetuoso, ingenuo admirador de Hugo y Leconte de Lisle", pertenecía a aquella juventud que proclamaba sus rebeliones literarias, sus nuevos cánones, en las mesas del café, pero sin llegar a conmover la crítica, que recibió con indiferencia sus *"Montañas del oro"*. En efecto, ocho años pasaron desde el día de su aparición hasta el de la crítica ensañada que contra el libro de Lugones llevó CALANDRELLI, crítica que por lógica reacción sólo sirvió para robustecer la posición literaria, ya sólida entonces, del poeta cordobés.

Honda transformación sufrió Lugones después de su obra primera: El hombre de ideas avanzadas, el socialista convencido, el anarquista militante, convirtiéndose en el más celoso defensor del orden establecido. Su espíritu, de ingénita rectitud, justo e íntegro, hábale hecho combatir la inmoralidad ambiente y atacar las bases de la sociedad actual en cuanto tendía al lucho y la impudicia; incorporado luego a la sociedad que tanto había combatido, continuó fustigando lo inmoral en nombre de su propia moral: pasó así de la anarquía más absoluta a la autoridad más rígida. Mucho le fué reprochado tal paso, que tanto dice de la persistencia de su afán justiciero.

Concordante con esa transformación espiritual hubo en Lugones una transformación intelectual. Índice de ello es su segundo libro: *"El imperio jesuítico"*, que no debiendo ser otra cosa que simple informe oficial de un viaje a Misiones, se convirtió en obra definitiva acerca de complejos e interesantísimos problemas de la América colonial. En ella el poeta, cuya sensibilidad latía bajo el manto de externa indiferencia,

realizó obra histórica valiosa, rica en descripciones arqueológicas y geográficas y en sugerencias acerca del encadenamiento de los hechos.

La magna aventura de los jesuitas, que ansiaban aunar la conquista espiritual y la territorial, era digna de un poeta épico. Ella encontró en Lugones el vocero impersonal de hechos que la historia ha comprobado y cuyo estudio es luminosa guía para la comprensión del pasado y la previsión de lo futuro. El sistema jesuítico, que creó — dice Lugones — “formidable teocracia tranquila en su inercia de bloque” y cuyo triunfo, según él piensa, habría perpetuado la Edad Media en América, lo que ya era un progreso, si consideramos la vida primitiva y salvaje del Nuevo Continente en aquel entonces, ha sido expuesto por Lugones en maciza y castiza prosa, con estilo firme y seguro. En “*El imperio jesuítico*”, como lo hace notar MAS Y PÍ, emplea Lugones “la frase amplia, el período clásico de robusto giro, porque su pensamiento se extiende en un gran impulso magnífico, sereno y poderoso”. Pudiera la obra ofrecer alguna falla desde el punto de vista puramente histórico, mas como obra artística alcanza ella verdadero poder de evocación, que dice del poeta que, enamorado de su asunto, ha vivificado magistralmente hechos y personajes de grandeza homérica.

Dentro de la quietud espiritual que respira “*El imperio jesuítico*” vino a luz nueva obra poética: “*Los crepúsculos del jardín*”, que GIUSTI, rígido censor de Lugones, califica de “libro muy atildado, muy bonito, delicioso... pero en el cual el poeta no alcanza a imprimir sello propio a los elementos tomados en préstamo, a Samain, Laforgue y D’Annunzio”, en tanto que MAS Y PÍ, siempre entusiasta de Lugones, le llama “libro de rarezas espirituales y de noble elevación mental”.

En “*Los crepúsculos del jardín*” Lugones, no menos lírico y vigoroso que en “*Las montañas del oro*”, aparece más afianzado en sí mismo, más personal, y demuestra que sus alardes modernistas no le impiden dominar los viejos metros, los de la inspiración clásica. No es una manera nueva la de Lugones en su segundo libro de versos ni es ésta una obra de decadencia, como algunos de sus críticos han pretendido; ella refleja simplemente la natural evolución operada en ocho años de lucha, de deseos cumplidos, de ilusiones desvanecidas; hay, como di-

ce AMADO NERVO, la diferencia que va de las montañas a los jardines, de las auroras a los crepúsculos.

"*Los crepúsculos del jardín*" constituyen serie de poemas de dulce serenidad y aristocrática finura, sin arrebatos, sin fuego de pasión, obra más del artista que del hombre. La musa del poeta, aparentemente frívola, ya mordaz, ya satírica, es en lo íntimo sensible y romántica, sabe del dolor de verse encadenada y lo vierte bajo la máscara de la ironía burlona y triste. Con amoroso afán el poeta cincela sus versos, busca para ellos imágenes nuevas, pinta ambientes y paisajes en manera serena y sencilla. Sirva de ejemplo su crepúsculo otoñal expresado en un solo verso:

"La tarde de muaré se ahogó en la fuente"

y el paisaje destacado como en una agua fuerte cuando dice:

"Llenábanse de noche las montañas".

Algunos de sus poemas, plenamente simbolistas, le muestran preocupado por ver en cuanto le rodea un segundo sentido. Tal "*El buque*", en que habla de un misterioso bajel a la deriva sobre un mar cambiante de color y aspecto a compás de las horas, poema en que cada una de las estrofas se cierra con lírico comentario cuyo conjunto expresa el íntimo sentimiento de la angustia fuera de toda razón y de toda lógica.

En su segunda obra en prosa, "*La guerra gaucha*", propúsose Lugones hacer comprender al pueblo lo que fueron aquellas luchas sostenidas, tenaces, entre los que representaban las tradiciones de los conquistadores y los nuevos ciudadanos en cuyo pecho aun latía el corazón indómito de los primitivos habitantes de América. En tal empeño debía Lugones fracasar, como fracasó, porque los relatos que integran la guerra gaucha no pudieron ser debidamente comprendidos por la masa cosmopolita de nuestro país, para la cual la vida argentina de épocas más o menos alejadas de los momentos presentes tiene carácter exótico.

"*La guerra gaucha*", cuyo plan primitivo fué el de una novela, convirtiéndose por la gran diversidad de escenarios y ambientes en que ella se desenvolvió, en serie de episodios, entre los que se destaca uno magnífico: "*Al rastro*". No hay en ella personaje central, todo en ella es anónimo, su fuerza propul-

sora es el montón olvidado de pueblo capaz del máximo sacrificio; apenas hacia el final se corporiza el Güemes de fantásticos contornos de nuestra epopeya patria.

En "*La guerra gaucha*" — apunta MAS Y PÍ — quísose ver "un desafío a la tradición literaria, una arrogancia de estilista nuevo, en alarde de modernismo". No hay tal: debió el autor describir ambientes y tipos nuevos y, en consecuencia, formar un lenguaje capaz de representarlos; recurrió así al neologismo, "a algún verbo formado por mí, a falta de vocablo específico". Ello explica sus audacias gramaticales que han hecho calificar a GIUSTI de abigarrada la lengua de "*La guerra gaucha*", obra ésta en que se cumple el deliberado propósito del autor de mostrarse siempre nuevo y no repetirse nunca, lo que es para este mismo crítico "una manifestación de rastacuerismo intelectual".

En la forma de "*La guerra gaucha*", en la que GIUSTI reconoce, a pesar de todo, "del lado estilístico un interesante trabajo de renovación lingüística", brillan dos cualidades innegables: la claridad y la exactitud; las expresiones, a fuer de gráficas, se tornan chocantes: "Las gotas trotaron con mayor presura... Los truenos entreverando gigantescamente sus monólogos". Y, por encima de todo, el mayor mérito de "*La guerra gaucha*" está en la viril gallardía del autor, que la publicó en momentos en que el criollismo, vencido por su propia inanidad y por la falsa oposición en que se le colocaba frente a lo extranjero, era desdeñado. Con "*La guerra gaucha*" demostró Lugones que el criollismo, mirado con altura, era fuente de emoción artística, y que dentro de lo nacional había una fuerza, no por olvidada menos grandiosa. Pudiera decirse con MAS Y PÍ que es ella la primera manifestación de bien encaminado nacionalismo.

Siguió a "*La guerra gaucha*" "*Las fuerzas extrañas*", libro inspirado por el misterioso pensamiento del "más allá", que ha dado origen a esa especie de literatura en que se amalgaman lo real y lo fantástico, de que gusta el público, pues ella, abriendo ante sus ojos el panorama infinito de la alada fantasía, la libera de la abrumadora realidad. A tal tipo de literatura debía también rendir culto Lugones, cuyo amor a las ciencias de toda índole no podía dejar de plantear el tan discutido problema del "más allá". Hay en este libro extraño la delirante fan-

tasía de Poe, la matemática exactitud de Wells, la serenidad profunda de Villiers, la solemnidad de Flaubert; tiene él de tratado de teosofía, de cuento de hadas, de doctrina cosmogónica; en muchos de sus capítulos palpita eso terrible y misterioso que sorprende nuestros sentidos, incapaces de comprenderlo. Su forma externa evidencia la mano del artista preocupado de expresar bellamente su pensamiento. Ella resplandece en algunos de sus cuentos magníficos: "*La estatua de sal*", "*La llama de fuego*".

En "*Lunario sentimental*", aparecido en 1909, cuyo anuncio fué el "*Himno a la luna*" de 1904, original composición, notable por su bello concepto vertido en admirable y concisa forma, Lugones se propuso, según propia confesión, además de escribir "un libro entero dedicado a la luna, especie de venganza con que sueño casi desde la niñez, siempre que me veo acometido por la vida", renovar la métrica castellana, languideciente por su sometimiento a los cánones artísticos, impulsarla hacia el modernismo, que trae aparejadas nuevas formas dentro de la belleza. Defiende el verso libre, que "quiere decir, como su nombre lo indica, una cosa sencilla y grande: la conquista de una libertad" y que no es, desde luego, el blanco o sin rima.

También aboga Lugones por la rima, "elemento esencial en el verso moderno, que con él reemplazó el ritmo estrecho del verso antiguo", y reclama para el verso la concisión y la claridad: "siendo conciso y claro, tiende a ser definitivo", dice en su prólogo del "*Lunario*", verdadero tratado del modernismo en poesía.

Paralelamente impúsose también continuar en su tarea renovadora de imágenes, ya comenzada en sus obras anteriores, empeño asaz peligroso por su fácil pendiente hacia el ridículo. Como todo innovador, Lugones suele caer en exageraciones y ridiculeces, más ellas descontadas, ha de reconocerse que su "*Lunario*" es obra de verdadero poeta. En él, junto a audacias injustificables, de las que he aquí desconcertante muestra:

"Y la luna en enaguas
como propicia náyade
me besaré cuando haya de
abrevarme en sus aguas".

"Pero a tus pies, la faja
del arco iris es trocha;
y la luna es tu brocha
y el viento tu navaja".

"A ella va, fugaz sardina,
mi copla en su devaneo
frita en el chisporroteo
de agridulce mandolina".

aparecen comparaciones bellísimas, a la par de exactas.

"El tigre que en el ramaje atenúa
su terciopelo negro y gualdo
y su mirada hipócrita como una ganzúa;
el buho con sus ojos de caldo,
los lobos de agudos rostros judiciales,
la democracia de los chacales,
clientes son de tu luz severa,
y no es justo olvidar a la oblicua hiena
.....

En la gracia declinante de tu disco
bajas acompañada por el lucero
hacia no sé qué conjetural aprisco
cual una oveja con su cordero".

En trance de cantar a la luna, que ha inspirado a los poetas de todos los tiempos, y deseoso de herir rápidamente la sensibilidad del lector, no podía Lugones volver a las simples y familiares imágenes por aquéllos empleadas y debía necesariamente buscar otras de nuevo cuño, chocantes por lo inspiradas. Y así como al realizarse la modificación métrica hubieron de emplearse los metros más absurdos, la renovación de las imágenes impuso crear las más atrevidas: ello explica las mil fórmulas extrañas por Lugones inventadas para la luna: hada de las lentejuelas, ombligo del firmamento, Colombina cara de estearina, azúcar en la taza de luz celeste, etc. Con ello satisface Lugones sus puntos de vista, en el dicho prólogo enunciados: "el lenguaje es un conjunto de imágenes, comportando, si bien se mira, una metáfora cada vocablo; de manera que, hallar imágenes nuevas y hermosas, expresándolas con claridad y concisión, es enriquecer el idioma, renovándolo a su vez... El lugar común es malo, a causa de que acaba perdiendo toda significación expresiva por exceso de uso; y la originalidad

remedia este inconveniente, pensando conceptos nuevos que requieren expresiones nuevas”.

Las dos composiciones más perfectas del “*Lunario sentimental*”, y aún de todas las que de la pluma de Lugones han brotado, son la preciosa égloga “*La copa inhallada*” y la pequeña comedia “*Los tres besos*”, que el autor llama cuento de hadas, una y otra reconocidas por GIUSTI “flúidas, amables, fáciles”. En la primera Lugones vuelve al verso armonioso, encuadrado en las líneas tradicionales, demostrando que no hay en ellas vallas para su creación. En alejandrinos pareados se desenvuelve una acción de corte netamente clásico, cuyo escenario está en los campos de Arcadia. Toda ella es una felicísima evocación de ambiente y épocas y el lenguaje en que dialogan sus personajes el que conviene a seres de otros días y lógicamente de otras ideas y sentimientos.

El “*Lunario sentimental*”, de suyo obra rara y desigual, fué sumamente discutido cuando su aparición; “libro heterogéneo, atormentado, sin espíritu propio” le juzgó GIUSTI, que vió en él la influencia de Jules Laforgue, el cantor del simbolismo en Francia, también inspirado en la luna; “obra original, extravagante, que sirve solamente para decir de un gran talento malgastado en malabarismo que la generalidad no acepta ni comprende” dijo MAS Y PÍ, que cambiando de opinión después de meditado estudio de la obra total del poeta, la reconoció “obra magnífica como esfuerzo y en la que mucho de serio dice la gravedad del empeño con que la ha realizado Lugones”. Este mismo crítico la considera obra de sátira poética: “la mejor de las obras hechas a la visión enloquecida de ciertos poetas que en su afán de innovación llegan hasta lo delirante. Mas en el fondo de esa obra hay una gran dosis de verdad, hay la seria actitud del hombre convencido que lleva a cabo un propósito largamente meditado”.

El centenario de la patria epopeya inspiró a Lugones cuatro obras: “*Piedras liminares*”, “*Odas seculares*”, “*Prometeo*” y “*Didáctica*”, desarrollo las cuatro de una misma idea en cuatro planos distintos y exponente de la multiplicidad de su talento. La primera de ellas es conjunto de tres trabajos, especie de comentario ellos de la fausta conmemoración: “*El templo del Himno*” y “*La cacolitia*”, conferencias, y “*El monumento del centenario*”, publicado en el órgano opositor que

era a la sazón "*El Diario*", los tres rotundos de afirmación de patriótica fe.

"*El templo del Himno*" reclama para celebrar el centenario de Mayo un templo, pues "siempre que un pueblo quiso conmemorar algo grandioso levantó un edificio" y "el templo es la manifestación superior de la arquitectura" y ésta a su vez "la más alta manifestación de todo arte". Y para tema de ese templo propone Lugones el himno patrio, cuyo panegírico entona en páginas con ritmo de epopeya, proclamándole "el verbo de la República". En "*La cacolitia*" combate Lugones la construcción de la Basílica de Luján, que es para él conjunto de las más desesperantes ridiculeces arquitectónicas, iglesia extranjera, en cuyas naves el alma argentina será incapaz de musitar sus oraciones, pues Lugones entiende que el arte, y en máxima manera el arquitectónico, ha de estar en íntima vinculación con el medio en que se desenvuelve y las causas que le dieron origen, si no quiere llevar al fracaso. En el último estudio, el dedicado al monumento del Centenario, se explaya el ideal patriótico de Lugones. Luego de señalar los errores de todos los proyectos presentados, que se caracterizan por su afán de militarizar nuestra revolución, que fué esencialmente civil, y de poner en evidencia la incompreensión que de nuestro pasado, nuestra vida presente y nuestro porvenir ellos evidencias, torna a su primera idea del "*Templo del Himno*". "*Piedras liminares*", en síntesis, constituye brillante alegato en pro de un arte propio capaz de reflejar en toda su pureza y esplendor nuestra alma nacional.

Las "*Odas Seculares*" proclaman a Lugones nuestro poeta civil por excelencia. Tras la inquietud de sus andanzas por extrañas tierras, en el momento de la conmemoración feliz, el poeta alza su voz sonora para ofrecer a la patria su corazón encerrado en un libro, y repetimos a MAS Y PÍ, "de una serenidad majestuosa, de una gravedad altiva que le hace en mucho diferente de los anteriores". Ábrese el libro, en el que hay la comprensión perfecta de la poesía moderna, con el canto "*A la Patria*", grave en el ritmo y hondo en el pensamiento y noble en la forma. Siguen a ésta las composiciones dedicadas a Buenos Aires, a Tucumán, a Montevideo, al Plata, a los Andes, magníficas todas, que sirven de prólogo al canto "*A los ganados y a las mieses*", verdadera loa a la grandeza del país,

que consiste en la plenitud afanosa del trabajo, fuerza generadora de la nobleza y la dignidad del porvenir.

En este canto sereno y sencillo cual clásica égloga, pero vibrante por la visión del futuro grandioso y henchido de amor y heroico entusiasmo, aparece el verdadero Lugones, que engarza en la métrica tradicional sus innovaciones en la imagen y en la esencia del verso. Cierra el volumen, arca de poesía verdaderamente argentina, con áureo broche, la composición "*Los hombres*"; loa a nuestros próceres.

En "*Prometeo*" se propone Lugones lo que a su juicio "urge sobre todas las cosas": la espiritualización del país — y no halla para conseguirlo nada mejor que la contemplación de los ideales griegos, cuya ética contrapone a la moral cristiana, lo que hace que el libro pierda su virtud didáctica. "*Prometeo*" es, en esencia, un ensayo de helenización propuesto por el autor como homenaje a la patria para elevarla de la tristeza y el materialismo que la aplastan. "Jamás consistirá el honor del país — dice con su palabra ardiente — en amontonar millones, como no está el honor de la familia en los ahorros de la esposa... El porvenir de la patria grande o sea el imperio futuro de su civilización y de su justicia, es asunto de espíritu, no de fuerza bruta, ni de oro bruto". Y proclama su ideal: "Llevar un poco de blanco y de azul a la conciencia de las naciones", ideal que Lugones concreta en la enseñanza de la mitología griega, y muy particularmente en la hazaña sin par de Prometeo, que escaló el cielo para arrebatarse a los dioses una chispa del sagrado fuego. Más que obra práctica ha de verse en "*Prometeo*" el ensueño patriótico — hecho de fe y de esperanza — del autor, que lucha en desesperado esfuerzo por la espiritualización de lo que se ofrece a su contemplación como signo del más puro modernismo.

Con el nombre de "*Didáctica*" recopiló Lugones sus artículos publicados en "*El Monitor de la Educación Común*", que desenvuelven en principio las ideas del ex ministro Joaquín V. González y constituyen en conjunto, valioso ensayo de enseñanza argentina.

Al año siguiente, en ocasión del centenario de Sarmiento, de cuya comisión de homenaje era Lugones secretario, escribió su historia del genial argentino, obra a una de poeta, novelista, historiador y periodista, en la que se evidencian magnífi-

camente las grandes dotes que como pensador distinguen a Lugones y aparecen las variadas facetas de su múltiple temperamento.

De la "*Historia de Sarmiento*" ha dicho MAS Y PÍ: "Sarmiento aparece en la obra de Lugones, como fundido en bronce, imperecederamente, definitivo, en la más noble y clásica de las prosas que se han escrito en esta tierra". Y en verdad, de la evocación literaria hecha por la pluma de Lugones surge acabada la figura de Sarmiento hasta en sus menores detalles. No le va en zaga la descripción del ambiente, en parcos rasgos, firmes como pinceladas, y el retrato moral que, plasmado con admirable intuición, cobra extraordinario relieve. En esta obra de patriótica exaltación el estilo de Lugones, naturalmente vigoroso, recto e inflexible, alcanza su máxima seguridad y nobleza, llegando a la consistencia clásica.

La obra posterior de Lugones, que simplemente enunciaremos, es nutrida: en verso "*El libro fiel*", "*El libro de los paisajes*", "*Las horas doradas*" y "*Romancero*"; en prosa: "*El elogio de Ameghino*", en quien ve el ideal del sacerdote laico, "*El Payador*", donde al estudio sociológico del gaucho pampeano sigue el análisis crítico del "*Martín Fierro*", del que afirma: "como todo poema épico, el nuestro expresa la vida heroica de la raza: su lucha por la libertad contra las adversidades y la injusticia"; "*El ejército de la Iliada*", "*Mi beligerancia*", "*Las industrias de Atenas*", "*La torre de Casandra*", "*El tamaño del espacio*", "*Estudios helénicos*", "*Cuentos fatales*" y "*La organización de la paz*", cuyos títulos mismos dicen de las múltiples dedicaciones de su actividad.

En el lapso 1918-1925 ha publicado Lugones en "*La Nación*" el resultado de sus investigaciones filológicas y hasta el día de su muerte continuó en "*El Monitor de la Educación Común*" la publicación de su "*Diccionario etimológico del castellano usual*". Sienta Lugones como resultado de tales estudios que el origen de los vocablos para él mal llamados americanismos, está en el castellano mismo y no en las lenguas autóctonas.

La diversidad de los géneros por Lugones abordados le ha valido críticas de quienes le niegan autoridad para entender de cosas tan dispares, GIUSTI entre ellos, que a propósito de las versiones lugonianas de algunos cantos homéricos, dice:

Melancolía

“En muchas cosas él entiende, por lo visto, como lo he demostrado en los últimos años, enseñando, y perdóneseme la expresión, pontificando en historia, sociología, escultura, pintura, arquitectura, filología, didáctica, matemáticas, botánica, paleontología y otras varias artes y ciencias. Se me asegura que los en ellas versados suelen sonreírse con frecuencia de las afirmaciones del imprevisto sabio, aunque generalmente, por discreción, filosofía o indiferencia, se callen...”

Lo innegable es que Lugones, autodidacta, pues carece de títulos universitarios, como no sea el de doctor “honoris causa” que le otorgó la Facultad de Ciencias de Córdoba, es un ejemplo de voluntad para el trabajo y de fe en si mismo, “no es lo que se llama un hijo de sus obras — le ha dicho don MARIANO DE VEDIA — sino un padre”.

Como escritor, hemos de convenir con MAS Y PÍ, en que Leopoldo Lugones “es una viva representación de su tiempo y de su ambiente”, cuya variabilidad característica, que tanto se le ha reprochado, es la consecuencia natural de su manera de ser.

MELANCOLÍA

A la hora en que a la tarde le aparecen ojeras,
cuando aquieto mis pasos por las tristes riberas
donde entre brumas lilas esfúmanse las naves,
y afligen como adioses los vuelos de las aves
que afrontan lejanías hondas como la muerte;
cuando el sol moribundo sangre' pálida vierte
en la imperial fatiga de su grandeza inútil;
cuando el amor es necio, cuando la gloria es fútil;
cuando la misma pena, por el cansancio trunca,
conoce el desconsuelo de no revivir nunca;
cuando en el pecho amagan incurables dolencias;
cuando en el alma hay naves que preceden ausencias
lo que en ambos fué dicha reza en mí una plegaria.

Vístese de heliotropo la tarde solitaria;
los pensativos sauces despídense del día
con un desasosiego tal, que se creería
hallar bajo cada uno de los sauces aquellos,
una huérfana pálida de lánguidos cabellos.

Algo tuyo que gime flota en el oleaje
taciturno, y agrava la inquietud del paisaje,

y estoy tan triste, tanto, que ni llorarte puedo;
 pues bajo esa nostalgia que se acurruca en miedo,
 no sé por qué inconclusa sugestión de las brisas,
 sufro, y las mismas lágrimas se me vuelven sonrisas.

A RUBÉN DARÍO Y OTROS CÓMPlices

Aut insanit homo, aut versus facit.
Hor. Sat. VII, lib. II.

*Habéis de saber
 que en cuitas de amor,
 por una mujer
 padezco dolor.*

Esa mujer es la luna,
 que en azar de amable guerra,
 va arrastrando por la tierra
 mi esperanza y mi fortuna.

La novia eterna y lejana
 a cuya nívea belleza
 mi enamorada cabeza
 va blanqueando cana a cana.

Lunar blancura que opreso
 me tiene en dulce coyunda,
 y si a mi alma vagabunda
 la consume beso a beso.

A noble cisne la iguala,
 ungiéndola su ternura
 con toda aquella blancura
 que se le convierte en ala.

*En cárcel de tul,
 su excelsa beldad
 captó el ave azul
 de mi libertad.*

A su amante expectativa
 ofrece en claustral encanto,
 su agua triste como el llanto
 la fuente consecutiva.

Brilla en lo hondo, entre el mur-
 [murio,
 como un infusorio abstracto,
 que mi más leve contacto
 dispersa en fútil mercurio.

A ella va, fugaz sardina,
 mi copla en su devaneo,
 frita en el chisporroteo
 de agridulce mandolina.

Y mi alma, ante el flébil cauce,
 con la líquida cadena,
 deja cautivar su pena
 por la driada del sauce.

*Su plata sutil
 me dió la pasión
 de un dardo febril
 en el corazón.*

Las guías de mi mostacho
 trazan su curva; en mi yelmo,
 brilla el fuego de San Telmo
 que me erige por penacho.

Su creciente está en el puño
 de mi tizona, en que riel
 la calidad paralela
 de algún íncrito don Nuño.

Desde el azul, su poesía
 me da en frialdad abstrusa,
 como la neutra reclusa
 de una pálida abadía.

Y más y más me aquerencio
 con su luz remota y lenta,
 que las noches transparenta
 como un alma del silencio.

*Habéis de saber
 que en cuitas de amor,
 padezco dolor
 por esa mujer.*

LOS PROCERES

Aquellos grandes hombres, con dignidad severa
que es la lección más alta de su ilustre carrera,
en la bella y difícil conciencia del deber,
para honra de la Patria dicen cómo hay que ser.

Mandan que en una vida de sencilla nobleza,
tengamos bien unidos corazón y cabeza;
como el pilar constante, si es sólido su ajuste,
un solo miembro integra con la basa y el fuste.

Proclaman que adoptemos la honradez valerosa
que asegura la fama de la joven esposa;
porque la Patria es bella y es joven todavía,
y es propio de la llama consumir la bujía.

Que el egoísmo es perro traicionero, y guarda
mal la heredad hermosa cuando la ración tarda.
Que no hay casa estimable cuando no tiene adentro
la llama hospitalaria por amistoso centro.
Y que no hay garantía tan fiel para la puerta,
como la del vecino que la halla siempre abierta.
Que el sol de la bandera no cobije intereses
bastardos, proveyendo la igualdad de las mieses
y la paz de los hombres con justiciero rayo;
pues ya la Junta el mismo 25 de Mayo
ordenó en su proclama que el porvenir encierra:
"Llevad hasta los últimos términos de la tierra
la persuasión de vuestra cordialidad". Y el canto
de las primeras glorias, con grito sacrosanto
que habló en mares y cumbres como un viento profundo,
nos predijo por libres los plácemes del mundo.

Y la sólida regla de la Constitución,
abrió a todos los hombres el noble pabellón,
como árbol de justicia donde la primavera,
con sus flores azules y blancas se embandera.

Quieren que realicemos con dicha más segura,
sin espadas ni leyes, la libertad futura;
así como bebemos con sencillo alborozo,
el agua que el pocero nos alumbró en el pozo.
Que nuestros brazos libres sean gajos de fuerza,
para que no haya cepo de opresión que los tuerza.
Que para nuestro espíritu, de todo justo hermano,
una amistad inmensa sea el género humano.
Que hagamos de sus tumbas las macetas de flores
con que los buenos muertos prorrogan sus amores,
como si nos dijeran con su palabra honrada,
que la eternidad fórmase de vida renovada;
y que así como ellos precisamos vivir,
no de pasado ilustre, sino de porvenir.

Que sea, al completarse cada fasto sonoro,
nuestra espalda la puerta cerrada del decoro;
y el animoso pecho la delantera proa,
para mejores hechos dignos de nueva loa;
pues ellos nos dejaron en sus actos más bellos,
el duro y noble encargo de ser mejores que ellos.

Su probidad sencilla, su piedad grave y recta,
el porfiado heroísmo de su vida imperfecta,
el timbre igualitario que dieron a sus nombres,
nos prueban que, ante todo, cuidaban de ser hombres,
y lo que nos los torna más buenos y admirables
en los póstumos días, es que son inimitables.

Quiere el viejo fecundo florecer en la prole,
y ser el fundamento de progresiva mole
enaltecida en causa genial de fortaleza.
El árbol valeroso no se esparce en maleza.
Antes, pujando el bosque con formidable anhelo,
cada año engendra y lanza nuevo vástago al cielo,
que sobre los ramajes, sonoros de huracán,
cruza como una espada su hombro de capitán.

A LA LUNA DE VERANO

Son de tu clientela,
el can necio y fiel,
y la damisela
con su damisel.

Deplora un falsete
tu fiasco de actriz
en el clarinete
de un mozo infeliz.

Tu gran cero ha inscrito
en su proverbial
cabeza, el chorlito,
con luz natural.

Guarismo enigmático
que en fiel comprensión,
el asno lunático
pone a su ilusión.

Una *miss* coqueta
quisiera volar
en su bicicleta
con tu rueda impar.

Bandeja del ogro
que al pobre bebé,
en péfido logro
va a comerle un pie.

Flor de *jettatura*,
carantoña vil,
tu antigua flacura
tiene un aire hostil.

Sobre la muralla
te canto mi amor.
Dame tu pantalla
luna, ¡qué calor!

RICARDO GÜIRALDES

Ricardo Güiraldes, por JULIO NOÉ definido "el novelista de la pampa vieja y tradicional, de la pampa gaucha, salvaje o mansa, como moza campesina, según el hombre que la conquista... el evocador potente del paisano que ya se va hundiendo en la leyenda, el descriptor vigorosísimo de los paisajes, de las costumbres, de los trabajos y de los afa-



nes de nuestra llanura", nació en Buenos Aires el 13 de febrero de 1886.

Contaba Ricardo Güiraldes cuatro años de edad cuando su familia, tras viaje por Europa, se estableció en San Antonio de Areco, en "La Porteña", vieja estancia que le pertenecía desde setenta años atrás y en la que se había formado el espíritu criollo que de sus antepasados heredó el autor de "*Don Segundo Sombra*". Allí conoció Güiraldes los secretos de la vida gaucha y, magníficamente dotado para la música, se inició en la guitarra, que luego, bajo la dirección del maestro Sagreras habría de llegar a dominar.

Cuando las exigencias escolares lo impusieron, dejó Güiraldes la estancia, a la que por muchos años sólo podría tornar en época de vacaciones. Sus hábitos de libertad e indisciplina, adquiridos en los días de vida campera, hicieron difícil e irregular su paso por las aulas, que abandonó definitivamente a poco de haberse matriculado en diversas escuelas de la Universidad.

Convertido así en autodidacta, comenzó Güiraldes a escribir, y lo hizo en la forma que el rasgo característico de su personalidad, la condición de errante, se impuso: "errante por sugestión de la llanura, errante por amor a lo nuevo, a lo insospechado — dice NOÉ — por asimilar horizontes, por arrancarse de lo conocido, por beber lo que viene. Errante en el espacio como un gaucho y en el pensamiento como un poeta". Esa condición explica todas las obras de Güiraldes y, en virtud de ella, poco monta en los libros de éste el argumento; ellos constituyen, en esencia, momentos de la realidad vista por el autor y reflejada a la manera de los impresionistas franceses y de nuestro Lugones. Por otra parte, la estética de Güiraldes escapa a toda clasificación. He ahí cómo él mismo la resuelve: "No creo en la poesía realizada según una definición. La poesía es aquello hacia lo cual tiende el poeta. Esta vaguedad me parece preferible a todo sistema".

En sus paseos a caballo por la llanura infinita, solía Güiraldes detenerse de pronto y anotar escuetamente las impresiones que el campo le sugería o las palabras y relatos que de labios de algún paisano oía. Nacieron así muchas de las vigorosas notas, despojadas de todo alarde retórico, pero palpitantes de vida, que integraron en 1915 su obra primigenia:

"Cencerros de cristal", serie de poemas que desconcertaron a público y crítica, pues uno y otra juzgaron absurdas esas composiciones vacilantes entre la prosa y el verso, compuestas muchas veces de simples imágenes.

Veinte años después, borrada la sonrisa despreciativa con que *"Cencerros de cristal"* fuera acogida, contemplada la obra con la perspectiva que el tiempo le presta, causa extrañeza el desconcierto que su aparición provocó y al que, en no escasa medida, contribuyó el temor de la generación intermedia entre el modernismo de fines del siglo XIX y las escuelas vanguardistas posteriores a 1920, de caer en el exceso. Se observa en *"Cencerros de cristal"* una derivación de la poesía francesa de Rimbaud y Laforgue, de la americana de Whitman, y no pocos puntos de contacto con Lugones y el futurismo, que lo acreditan como libro de juventud nuevo y vigoroso y promisor.

En los *"Cuentos de muerte y sangre"*, que siguieron inmediatamente a *"Cencerros de cristal"*, Güiraldes intenta la descripción del ambiente campero en que se había formado. En sus páginas, en las que Güiraldes recoge las anécdotas que el azar ha llevado a sus oídos, las figuras y paisajes del campo "adquieren — como apunta GUILLERMO DE TORRE — una simple y dramática realidad novelesca; al ser traducidos por vez primera en lenguaje moderno, le otorgan también una singular primacía en el sector de la novela argentina". Y cuando el protagonista de esos cuentos es un gaucho, uno de aquellos gauchos que Güiraldes amó con lírico entusiasmo y a los que dedicó sus mejores páginas, afanoso de que "ellos se reconocieran — dice PABLO ROJAS PAZ — a través de las palabras oportunas y regocijantes como una bienvenida", cobra el relato extraordinaria animación. En este libro, el segundo de los iniciales de Ricardo Güiraldes, aparece ya don Segundo Sombra haciendo en torno al fogón gaucho un cuento de ánimas y aparecidos.

"Raucha — Momentos de una juventud contemporánea" es obra eminentemente autobiográfica. En ella Güiraldes, que se ha propuesto contar en forma, la más real posible, la íntima verdad de su vida, cuanto él ha conocido y sentido, describe el ambiente en que vivió sus días de infancia: la estancia, "amontonamiento de cosas diversas e incoherentes", la casa, la cocina de los peones, los cuartos, los pesebres, la puerta

cochera y sobre ella "como un escudo nobiliario, el "fierro", la marca si mejor se entiende, bandera del pequeño pueblo", y todo ello circundado por el monte, teatro de sus travesuras. Retrata luego Güiraldes los tipos familiares, el personal de la estancia, "todos criollos puros, salvo uno que otro vasco puestero con majadas al tercio", y por las páginas de "*Raucha*" desfilan don Víctor Taboada, don Ramón Cisneros, don José Hernández, don Nicasio Cano, todos ellos sus profesores de ciencia gaucha, de quienes aprendió mucho de lo que había luego de transcribir en "*Don Segundo Sombra*". El mismo don Segundo aparece allí, emanando de su persona extraña sugestión y conquistando la admiración de Güiraldes, a la sazón muchacho, a quien se "llevó tras él como podía haber llevado un abrojo de los cercos prendido en el chiripá". Uno y otro se vinculan más cada día: el viejo paisano toma confianza con Güiraldes y le abre su alma, éste llega a conocerlo como nadie y cóbrale tal devoción, que cuando después de aparecida su obra máxima alguien le acusa de haber idealizado excesivamente la figura del resero, replica pleno de emoción que era don Segundo en la realidad mucho más de lo que el libro trasunta.

En "*Raucha*", aparecido en 1917, Güiraldes ha logrado el propósito que le indujo a escribirlo, pero para ello ha debido recurrir a un lenguaje propio, de léxico y sintaxis arbitrarias. En él Güiraldes aparece plenamente convencido de que al autor le asiste el derecho de escribir como se le ocurra, sin preocuparse del genio de la lengua, ni del sentido y la función de las palabras; por ello multiplica los neologismos, barbarismos y solecismos, entre los que se cuentan no pocos de muy dudoso gusto, que afean la obra, sincera y sobria representación de una vida, vigorosa en los años juveniles vividos en el sano ambiente del campo, corrompida luego por los halagos de la ciudad, y finalmente reconquistada para el bien en la pampa natal.

Trazada la obra en base a la pintura directa de tipos y hechos, abundan en ella los rasgos felicísimos y de colorido exacto y vemos cuanto los ojos del autor han visto y sentimos cuanto su alma ha sentido. A través de sus páginas Güiraldes se nos aparece profundamente argentino y capaz de crear la obra literaria que también lo sea en su fondo y en su expre-

sión. Lástima grande que tan bellas cualidades aparezcan en "*Raucha*" un tanto desnaturalizadas por esa retórica que GIUSTI califica de "snob".

Del mismo año de "*Raucha*" data "*Rosaura*", novela plena de delicadeza, momentos de un idilio, de la que Güiraldes, que en ella afirma su predilección por los temas nativos mezclados con sugerencias de la vida europea, editó contados ejemplares para ser distribuidos entre sus amigos predilectos.

"*Xaimaca*", que siguió a las dos anteriores, libro simple y delicioso, casi carente de argumento, es relación de un viaje de novios por la costa del Pacífico hasta Jamaica, cuya lectura "deja — dice RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA — la impresión de haber subido en un elevador loco de millas".

"*Don Segundo Sombra*", la obra postrera de Güiraldes, es libro verdaderamente epopéyico, pues más que novela constituye narración, de tinte autobiográfico y fábula libre de enredos, cuyo escenario es la llanura argentina y, dentro de ella, la provincia de Buenos Aires y sus estancias, que el autor tenía, según ya vimos, muy sobrados motivos para conocer.

La tradición familiar vinculaba a Güiraldes a nuestra aristocracia agraria y al rústico ambiente que en su libro describe, y aunque de él le alejara la vida ultrarefinada de la ciudad, los viajes a los grandes centros de civilización europea y su vastísima cultura literaria, no hay duda que la evocación de la pampa, magníficamente lograda, debió serle tarea grata a la par que fácil.

Difícil en cambio es para el lector ubicar la acción de "*Don Segundo Sombra*" en el tiempo: esa pampa sin ferrocarriles, de estancias salvajes y puestos perdidos en su inmensidad, de auténticos gauchos de chiripá que jamás han visto una máquina agrícola es lejana; tráela hacia nuestros días algún personaje fugaz: un inglés comprador de frigorífico, un cerealista alemán. Por ello es punto sutil dilucidar si la pampa de Güiraldes es la que sus sentidos han captado o la que su fantasía ha entretejido sobre el canevas de sus recuerdos, mas ¿qué importa ello? Lo esencial es que "*Don Segundo Sombra*" cobra valor de cosa verdadera y su pampa es la pampa del gaucho, la pampa tradicional.

En el libro de Güiraldes aparece con caracteres épicos la actitud del gaucho frente a la naturaleza y al hombre, una y otro hostiles o indiferentes para él, a los que no ha de oponerse con otros medios que su fuerza física y su voluntad, y a los que vence en dura lucha, que la muerte dé continuo atisba, a rigor de bravura o de ingenio, con maña o con cuchillo, con lazo o con ligereza.

Los personajes, sino protagónicos, de primer plano, son dos en "*Don Segundo Sombra*": el que habla, el muchacho huérfano, de alma triste, que arrastró vida de pillete en su niñez precoz y falta de cariño, y que, al encontrarse impen-sadamente con aquel jinete que parecióle "un fantasma, una sombra, algo que pasa y es más una idea que un ser; algo que me atraía con la fuerza de un remanso cuya hondura sorbe la corriente del río", se sintió unido a él y le siguió para formarse a su ejemplo, convirtiéndose a su lado en el tipo genérico del verdadero gaucho pampeano, luego transformado por los favores de la fortuna en patrón culto, tan culto que fué capaz de dictar a Güiraldes la colorida narración de sus andanzas; y don Segundo, el jinete desconocido para el gauchito, después su padrino, su consejero, su protector, gaucho rudo e inculto, pero experimentado y poseedor del vasto saber práctico del hombre de nuestra pampa, verdadera creación poética, pues desprendiéndose de su carnal envoltura, adquiere categoría de verdadero mito: "él es — dice GIUSTI — el impulso instintivo que en la pampa convierte en un varón sufrido y diestro al adolescente, flojo e inexperto, es la escuela libre de la misma pampa". Para PABLO ROJAS PAZ también don Segundo es un símbolo y no un personaje: "Es el espíritu de la pampa, su duende; aconseja, regaña, advierte y cuenta consejas de brujas y aparecidos".

Y ese gaucho pampeano, verazmente evocado por Güiraldes, y este mito poético, por él creado, se destacan, apunta JUAN B. GONZÁLEZ "sobre la vigorosa tonalidad del fondo: porque es la tierra, la llanura, el animal, la mata de pasto, la laguna, hasta la nube y el ave quienes siempre presentes acaban por crear e imponer la evidencia del medio físico, que es la raíz perdurable de la obra artística".

Abundan en "*Don Segundo Sombra*", del que el autor "ha querido hacer un libro rudo y honrado", según dice GIUSTI,

los cuadros magníficos del ambiente pampeano: la domada inicial, en que el muchacho evidencia su temple, la lluvia, la escena del baile del capítulo XI, las de las aventuras amorosas del protagonista, la riña de gallos, la carrera de caballos, a los que han de agregarse los cuentos narrados por don Segundo, de genuino sabor de pampa, con su obligada intervención del Diablo, tan familiar a la imaginación del hombre de nuestros campos.

Güiraldes se ha propuesto en esta obra una pintura cruda y verdadera del gaucho y de sus trabajos, y la ha logrado sin vacilaciones, de manera tan segura como firme era el carácter de don Segundo, traslucido en este consejo a su ahijado: "Hacete duro, muchacho", al que acompaña cariñoso rebencazo.

En cuanto a su aspecto literario, si bien para algunos críticos Güiraldes carece del pleno dominio del arte de decir, por todos le es reconocida "su natural intuición de la expresión adecuada, cuando no, en ocasiones única". Los personajes dialogan en un lenguaje marcado por poderoso sello de vida y el relato se mantiene dentro del movimiento y la flexibilidad exigidos por la narración. Lo que ha de lamentarse es que Güiraldes, en cierta manera especie de jefe de la llamada nueva sensibilidad, haya hecho a ésta algunas concesiones ultraístas que acarrearán cierta falta de equilibrio entre el lenguaje campero, de áspero vigor, y el alambicamiento esforzado de la frase literaria. Digamos, empero, que Güiraldes, literato de raza, acierta más que yerra, y que es injusto el calificativo de "libro cimarrón", a su "*Don Segundo Sombra*" aplicado por GROUSSAC.

En síntesis, este libro es profundamente de nuestra tierra, tan característicamente propio de ésta, que en una traducción, trocada la lengua vernácula, perdería enorme parte de su valor. Y es, ante todo, un libro de honda sinceridad, tan intensamente sincero en cada una de sus páginas como su dedicatoria: "Al gaucho que llevo dentro de mí, sacramento, como la custodia la hostia". Él "quedará — proclama GÓMEZ DE LA SERNA — como un formidable monumento en que está divulgada, sin gringadas, el alma seria de la pampa".

Gravemente enfermo después de la aparición de "*Don Segundo Sombra*", cuando aun en sus momentos de lucidez y optimismo acariciaba el propósito de nuevas obras, en plena

juventud, apagóse el 11 de noviembre de 1927, en París, donde fuera a buscar la salud huidiza, la vida de Ricardo Güiraldes, que pidió para sus cenizas el reposo de la pampa, junto a las de los paisanos que tanto amó y a cuyo lado se hizo hombre.

Como lo ha dicho GÓMEZ DE LA SERNA en su "*Requiem por Ricardo Güiraldes*": "Él quedará en nuestro recuerdo como un tipo fiero, incapaz de traición, clásico de sus plumadas, caballeroso de sus ideas".

DON SEGUNDO SOMBRA

(FRAGMENTOS)

Oímos un galope detenerse frente a la pulpería, luego el chistido persistente que usan los paisanos para calmar un caballo, y la silenciosa silueta de don Segundo Sombra quedó enmarcada en la puerta.

.....

.....

.....

Mientras los hombres se saludaban con las cortesías de uso, miré al recién llegado. No era tan grande en verdad, pero lo que le hacía aparecer tal hoy le viera, debía seguramente a la expresión de fuerza que manaba de su cuerpo.

El pecho era vasto, las coyunturas huesudas como las de un potro, los pies cortos con un empeine a lo galleta, las manos gruesas y cuerudas como cascarón de peludo. Su tez era aindiada, sus ojos ligeramente levantados hacia las sienes, y pequeños. Para conversar mejor habíase echado atrás el chambergo de ala escasa, descubriendo un flequillo cortado como crin a la altura de las cejas.

Su indumentaria era de gaucho pobre. Un simple chanchero rodeaba su cintura. La blusa corta se levantaba un poco sobre un "cabo de güeso", del cual pendía el rebenque tosco y ennegrecido por el uso. El chiripá era largo, talar, y un simple pañuelo negro se anudaba en torno a su cuello, con las puntas divididas sobre el hombro. Las alparbatas tenían sobre el empeine un tajo para contener el pie carnudo.

Cuando lo hube mirado suficientemente, atendí a la conversación. Don Segundo buscaba trabajo y el pulpero le daba datos seguros, pues su continuo trato con gente de campo hacía que supiera cuanto acontecía en las estancias.

.....

.....

.....

Lo que había que decir estaba dicho. Un silencio tranquilo aquietó el lugar. El tape Burgos se servía una cuarta caña. Sus ojos estaban lacrimosos, su faz impávida. De pronto me dijo, sin aparente motivo:

—Si yo fuera pescador como vos, me gustaría sacar un bagre barroso bien grandote.

Una risa estúpida y falsa subrayó su decir, mientras de reojo miraba a don Segundo.

—Parecen malos —agregó— porque colean y hacen mucha bulla; pero ¡qué malos han de ser si no son más que negros!

.....

.....

—Un barroso grandote —repitió el borracho—, un barroso grandote... ¡ahá! aunque tenga barba y ande en dos patas como los cristianos... En San Pedro cuentan que hay muchos d'esos bichos; por eso dice el refrán:

San Pedrino

El que no es mulato es chino.

Dos veces oímos repetir el versito por una voz cada vez más pastosa y burlona.

Don Segundo levantó el rostro y como si recién se apercibiera de que a él se dirigían los decires del tape Burgos, comentó tranquilo.

—Vea, amigo...; vi'a tener que creer que me está provocando.

Tan insólita exclamación, acompañada de una mueca de sorpresa, nos hizo sonreír a pesar del mal cariz que tomaba el diálogo. El borracho mismo se sintió un tanto desconcertado, pero volvió a su aplomo, diciendo:

—¿Ahá? Yo creiba que estaba hablando con sordos.

—¡Qué han de ser sordos los bagres con tanta oreja! Yo, eso sí, soy un hombre muy ocupao y por eso no lo puedo atender ahora. Cuando me quiera peliar, avisemé siquiera con unos tres días de anticipación.

No pudimos contener la risa, malgrado el asombro que nos causaba esa tranquilidad que llegaba a la inconsciencia. De golpe, el forastero volvió a crecer en mi imaginación. Era el "tapao", el misterio, el hombre de pocas palabras que inspira en la pampa una admiración interrogante.

El tape Burgos pagó sus cañas, murmurando amenazas.

Tras él corrí hasta la puerta, notando que quedaba agazapado entre las sombras. Don Segundo se preparó para salir a su vez y se despidió de don Pedro, cuya palidez delataba sus aprehensiones. Temiendo que el matón asesinara al hombre que tenía ya toda mi simpatía, hice como si hablara al patrón para advertir a don Segundo:

—Cuidese.

Luego me senté en el umbral, esperando con el corazón que se me salía por la boca, el fin de la inevitable pelea.

Don Segundo se detuvo un momento en la puerta, mirando a diferentes partes. Comprendí que estaba habituando sus ojos a lo más obscuro, para no ser sorprendido. Después se dirigió hacia su caballo caminando junto a la pared.

El tape Burgos salió de entre la sombra y creyendo asegurar a su hombre, tiróle una puñalada firme, a partirle el corazón. Yo vi la hoja cortar la noche como un fogonazo.

Don Segundo, con una rapidez inaudita, quitó el cuerpo y el facón se quebró entre los ladrillos del muro con nota de cencerro.

El tape Burgos dió para atrás dos pasos y esperó de frente el encontronazo decisivo.

En el puño de don Segundo relucía la hoja triangular de una pequeña cuchilla. Pero el ataque esperado no se produjo. Don Segundo, cuya serenidad no se había alterado, se agachó, recogió los pedazos de acero roto y con su voz irónica dijo:

—Tome, amigo, y hágala componer, que así tal vez no le sirva ni pa carniar borregos.

Como el agresor conservara la distancia, don Segundo guardó su cuchillita y, estirando la mano, volvió a ofrecer los retazos del facón:

—¡Agarre, amigo!

Dominado el matón, se acercó, baja la cabeza, en el puño bruñido y torpe la empuñadura del arma, inofensiva como una cruz rota.

Don Segundo se encogió de hombros y fué hacia su redomón. El tape Burgos lo seguía.

Ya a caballo el forastero iba a irse hacia la noche; el borracho se aproximó, pareciendo por fin haber recuperado el don de hablar:

—Oiga, paisano —dijo levantando el rostro hosco, en que sólo vivían los ojos—. Yo vi'a hacer componer este facón pa cuando usted me necesite.

En su pensamiento de matón no creía poder más, como gesto de gratitud, que el ofrecer así su vida a la de otro.

—Aura deme la mano.

—¡Cómo no! —concedió don Segundo, con la misma impasibilidad con que hoy aceptaba el reto—. Ahí tiene, amigo.

Y sin más ceremonia se fué por el callejón, dejando allí al hombre que parecía como luchar con una idea demasiado grande y clara para él.

Cap. II.

BOLILLA VIII

La literatura en la América española durante la revolución e independencia. Principales figuras del siglo XIX. Andrés Bello; José Joaquín de Olmedo; José María Heredia.

El romanticismo. Juan Montalvo; Ricardo Palma; Gertrudis Gómez de Avellaneda; Juan Zorrilla de San Martín.

LA LITERATURA EN LA AMÉRICA ESPAÑOLA DURANTE LA REVOLUCIÓN E INDEPENDENCIA

PRINCIPALES FIGURAS DEL SIGLO XIX

Don Andrés Bello, don José Joaquín de Olmedo y don José María Heredia integran el grupo de los primeros poetas de América: nadie ha de disputarles la excelsa cumbre del Parnaso del nuevo mundo. En trance de precisar en pocas líneas los rasgos distintivos de cada uno de ellos, hemos de reconocer con MENÉNDEZ Y PELAYO que Bello, humanista nato, tiende a un arte más perfecto, más puro, más exquisito; Heredia, apasionado y espontáneo, acierta en forma soberana o tropieza y cae; Olmedo, grandilocuente y efervescente, vuela como Píndaro y es rico en imágenes brillantes y metros pomposos, a la manera de Quintana.

ANDRÉS BELLO



Don Andrés Bello, patriarca de las letras y ciencias americanas y príncipe entre los líricos del nuevo mundo, nació en Caracas el 29 de noviembre de 1781. Fueron sus padres un distinguidísimo abogado, don Bartolomé Bello, y una noble matrona, doña Ana López.

Dotado de privilegiada inteligencia y decidida afición al estudio, dióse desde sus más tiernos años con pasión a la lectura. Muy niño aún, compraba con sus ahorros las comedias de Calderón, que leía y releía hasta grabar en su memoria escenas enteras, lo que ejerció profunda influencia sobre su estilo.

En la culta ciudad natal recibió Bello, él mismo se complace en reconocerlo, esmeradísima educación. Siguió los cursos de humanidades y filosofía, guiado por profesores ilustradísimos, con éxito tal, que ya en su juventud se le miraba en Caracas como el mejor latinista y se le reconocía excelente poeta por las aun escasas muestras que como tal había dado. Eran éstas un vibrante soneto, "*A la victoria de Bailén*", improvisado al calor del entusiasmo con que este triunfo se festejó en Caracas; algunas traducciones de Virgilio que se han perdido, así como un romance "*Al samán del Catuche*", árbol tradicional de la ciudad, a cuya sombra pasó Bello felices horas de juventud; una oda "*Al Anauco*", la primera de sus obras poéticas, pues data de 1798; "*La nave*", feliz imitación, en estilo calderoniano, de Horacio, y una traducción de "*Zulima*", la tragedia de Voltaire.

Estas obras de juventud, que dicen de la profunda asimilación por Bello del espíritu de los clásicos latinos y de la versificación de los poetas castellanos del Siglo de Oro, le valieron la estima de los hermanos Ustáriz y de cuantos concurrían a las tertulias de la academia literaria por ellos fundada. Uno de aquéllos, deseoso de ayudar al joven, que a la sazón estudiaba las carreras de medicina y derecho, y cuya situación no era muy desahogada, le recomendó para un empleo en la secretaría del gobernador don Manuel de Guevara Vasconcelos, empleo que logró luego de someterse a una prueba de competencia.

La pesada carga que este empleo significaba le obligó a suspender sus estudios profesionales, pero no los literarios, a los que dedicó cuanto momento pudo disponer, sacrificándoles los destinados a las naturales expansiones de la juventud. Datan de esa época de su vida dos poemas en romance endecasílabo, por mucho tiempo perdidos y luego encontrados, muy inferiores a su obra anterior. Son ellos: el "*Poema en acción de gracias al rey de las Españas por la propagación de*

la vacuna en sus dominios", dedicado por el autor al gobernador Vasconcelos, que le había distinguido con el título de Comisario de Guerra y se proponía llevarle a España para hacer valer sus merecimientos, y el intitulado "*Venezuela consolada*", en torno al mismo asunto. Tan distintos son uno y otro a la producción ya señalada de Bello, que MIGUEL ANTONIO CARO, su biógrafo, los califica de "declamación rimada en vez de poesía".

Entretanto, estalla en Caracas el 19 de abril de 1810 el movimiento revolucionario gemelo del nuestro del 25 de Mayo; una Junta Gubernativa integrada por criollos sustituye al Presidente Gobernador que regía en nombre de la metrópoli y ella ofrece a Bello el cargo de secretario, para el que era irremplazable por sus conocimientos administrativos. Aceptado el puesto, decide en junio del mismo año la Junta Gubernativa enviar una misión a Inglaterra a fin de solicitar su protección. La integran don Luis López Méndez, el coronel don Simón Bolívar y, en calidad de secretario, don Andrés Bello.

Fracasadas las negociaciones, tornó a Caracas el segundo, cuya ambición deseaba una activa ingerencia en los sucesos de la patria, y permanecieron en Londres López Méndez y Bello, padeciendo mil penurias por la irregularidad con que percibían sus sueldos, los que cesaron cuando en 1812 España reconquistó por completo a Venezuela.

Casado Bello con doña Ana Boyland y ya padre, siguió para subsistir el consejo de Blanco White, el famoso redactor de "*El Español*", y dedicóse a la enseñanza privada. Él, que al salir de Caracas era ya un hombre completamente formado, de una ya grande cultura humanística y filosófica, que dominaba la lengua francesa y había aprendido por sí solo la inglesa, llevado por el deseo de leer el "*Ensayo sobre el entendimiento humano*" de Locke, adquirió extraordinario crédito como profesor de castellano y literatura, que llegó a oídos del secretario de estado, sir William Hamilton, cuyos hijos, que debían prepararse para ingresar a la Universidad, le fueron confiados.

Hacia 1822 fué Bello designado por Irisarri, ministro de Chile en Londres, para desempeñar el cargo de secretario.

de la legación, en el que se mantuvo hasta 1824, año en que pasó a la de Colombia.

En aquellos años de Inglaterra, el estudio fué como siempre la pasión dominante de Bello y las musas su consuelo. Asiduo visitante del Museo Británico, trabó allí relación con letrados y eruditos de la talla de James Mill. Hombres de letras españoles y americanos se encontraban en Londres en aquel entonces: Blanco White, Salvá, Mora y otros entre los primeros; Bello, García del Río y Fernández Madrid de Colombia, Irisarri de Chile, entre los segundos. Unos y otros, en momentos en que sus respectivas patrias decidían por las armas sus destinos, fraternizaron, y de tal convivencia nacieron algunas obras originales de mérito, varias excelentes revistas y numerosas traducciones.

Por espíritu de noble emulación decidieron españoles y americanos publicar por separado sus periódicos, a fin de hacer ostentación de sus fuerzas como escritores. Nacieron así *"El Censor Americano"* de Irisarri, en que colaboró Bello hacia 1820, y luego, en 1823, la *"Biblioteca Americana"* de García del Río y Bello, muy notable publicación de la que sólo apareció el primer tomo y una entrega del segundo, continuada en 1826 por el *"Repertorio Americano"*, del que vieron la luz pública cuatro tomos.

En uno y otro Bello escribió artículos numerosos y variados, pues indistintamente trataba materias literarias o científicas. Entre los primeros son notables sus juicios acerca de Cienfuegos, Olmedo y Heredia, que le perfilan como crítico sagaz bajo la modestia con que velaba su opinión, y el relativo a la traducción de las poesías de Horacio por Javier de Burgos, que dice de su profunda compenetración con el espíritu del vate latino. No menos valiosos son sus estudios de etimología, prosodia y versificación, entre ellos el escrito en colaboración con García del Río: *"Indicaciones sobre la conveniencia de simplificar y uniformar la ortografía de América"*, base de la futura reforma ortográfica chilena, luego propiciada por José Joaquín de Mora y especialmente por Sarmiento. Con idéntico amor dióse Bello primero a profundizar el estudio de las letras griegas y luego al de las lenguas romances, en especial de la italiana, haciendo no pocos curiosos descubrimientos y fijando no escasos fenómenos de la lingüís-

tica romance. Escribió dentro de tal orden de estudios algunos artículos notabilísimos, que habrían luego de ser base de sus obras posteriores.

Desde 1823 Bello estudiaba con amor el "*Poema del Cid*", que se propuso restaurar con una paciencia y escrupulosidad dignas del más exigente de los filólogos alemanes. Lástima grande que no contara para su trabajo con un códice fidedigno como el que sirvió para las posteriores ediciones críticas. Su obra, escrita con la jeroglífica letra del erudito colombiano, durmió largos años, hasta que le fué solicitada por Rivadeneyra para su Biblioteca de Autores Españoles, pero el gobierno de Chile se la pidió para editarla y ofrecerla a la reina Isabel II, en retribución de atenciones, propósito que el enojoso episodio de la ocupación de las islas Chinchas frustró.

Estudiando a fondo la poesía caballeresca, emprendió Bello la traducción del "*Orlando enamorado*" de Boyardo, del que alcanzó a vertir catorce cantos, a cada uno de los cuales precedió de una introducción plena de sabroso donaire. Tradujo asimismo en forma magistral un trozo de "*Los jardines*" de Delille.

Como poeta original, su obra de Londres, aparte de la "*Epístola a Olmedo*", se reduce a sólo dos piezas, pero ambas magníficas: la "*Alocución a la poesía*" y la "*Silva a la agricultura de la zona tórrida*", presentadas como fragmentos de un poema inédito intitulado "*América*". Una y otra, que aparecieron en el "*Repertorio Americano*" sin firma y bajo el título genérico de "*Silvas Americanas*", constituyen el mejor título de Bello como poeta y sobrevivirán a todo otro trabajo del ilustre colombiano. En ellas Bello expresa con pureza de estilo y en castiza lengua nobles pensamientos que fluyen espontáneamente y llevan el sello personalísimo del autor. La primera de estas silvas es de índole histórica y en parte descriptiva, en ella se cantan loas a los pueblos y hombres que tuvieron en la guerra de la Independencia señalada figuración y, considerando hermanas a las repúblicas de la América española, se desenvuelve el generoso pensamiento de la solidaridad panamericana.

La "*Silva a la agricultura de la zona tórrida*", calificada por TRÜBNER como "uno de los más bellos ejemplares que hay en castellano de poesía didáctica", es canto magnífico

a las majestuosas cordilleras, los abundantes pastos, las plantaciones vigorosas de añil, de cacao, de caña de azúcar, de que hablan los viajes de Humboldt y Bompland. Bello, a la manera de Virgilio, su poeta predilecto, ve en la agricultura la fuerza que ha de reparar las pérdidas sufridas por su joven pueblo en la guerra y llevarle a la felicidad, e invoca el ejemplo de la república romana, que

“Antes fió las riendas del Estado
a la mano robusta
que tostó el sol y encalleció el arado,
y bajo el techó humoso campesino
los hijos educó, que el conjurado
mundo allanaron al valor latino”.

Si agregamos que al pie de las páginas explicaciones técnicas completan el texto poético, así como en los poemas épicos, fechas y circunstancias aclaran algunos sucesos, ha de reconocerse que la *“Silva a la agricultura de la zona tórrida”* es una composición erudita, de carácter doctrinal, semejante a las que se escribieron en siglos anteriores, pero que en sus días, por su lengua y por su ubicación, adquiere carácter extraordinario, pues la poesía didáctica no fué nunca género predilecto en la literatura hispánica.

Entretanto, Simón Bolívar, su antiguo camarada, que era ya reconocido como el libertador de medio continente hispanoamericano, presidía la confederación integrada por Venezuela, Nueva Granada y Quito, y aunque Bello había cantado su gloria en la *“Alocución a la poesía”* y en el *“Himno a Colombia”*, la excesiva soberbia de Bolívar no se declaró satisfecha, y lejos éste de proteger a su amigo de los años juveniles, le infligió repetidos desaires, el último de los cuales, su traslado a París en carácter de cónsul general y la promesa, que sabía a burla, de nombrarle encargado de negocios en Portugal cuando este país reconociera la independencia de Colombia, decidieron a Bello a renunciar y pasar a Chile, aceptando la propuesta hecha por el ministro de esta república en Londres.

BOLÍVAR fué el primero en lamentar tal resolución, ya que en carta a Fernández Madrid, fechada en 1889, decía:

“Persuada usted a Bello que lo menos malo que tiene la América es Colombia; y que si quiere ser empleado en este

país, que lo diga y se le dará un buen destino. Su patria debe ser preferida a todo, y él digno de ocupar un puesto muy importante en ella. Ya conozco la superioridad de este caraqueño, contemporáneo mío. Fué mi maestro cuando teníamos la misma edad y yo le amaba con respeto. Su esquivéz nos ha tenido separados en cierto modo, y por lo mismo deseo reconciliarme, es decir, ganarlo para Colombia”.

Con los dos hijos de su primer matrimonio, su segunda esposa, doña Isabel Dunn, y el hijo que ésta acababa de darle, llegó Bello a Chile en julio de 1829, a servir en su administración como oficial mayor del Ministerio de Relaciones Exteriores.

Eran aquéllos los años de la anarquía chilena: conservadores y liberales se combatían encarnizadamente en el gobierno, en el Congreso, en la prensa, y hasta en el hogar doméstico, al decir de don MIGUEL LUIS AMUNÁTEGUI, el ilustre hombre de letras chileno. A los pocos meses de su estada en la república del Pacífico le fué confiada a Bello la rectoría del Colegio de Santiago, establecimiento apoyado por los conservadores frente al Liceo de Chile que fomentaban los liberales y cuyo director era el literato español don José Joaquín de Mora. Políticamente rivales ambas casas de estudio, una y otra en manos de hombres de mérito, las dos competían en la faz pedagógica, pero el apasionamiento arrastró a sus dirigentes a una acre polémica, que fué excepción en las normas de conducta de Bello, encuadradas siempre en la más exquisita cortesía, y que determinó el alejamiento de Mora y el cierre del Liceo. No le sobrevivió mucho el Colegio de Santiago, al que el gobierno había cedido, en reconocimiento de la labor en él desarrollada, los claustros de la Universidad de San Felipe. A pesar de ello siguió el ilustre colombiano, ya naturalizado ciudadano de Chile, ejerciendo benéfica influencia en la dirección de los estudios, sea como miembro de la junta de educación, sea como consejero privado del gobierno. Además, dirigió en su propia casa, hasta el año 1843, cursos privados de las más distintas materias, en los que se formaron no pocos brillantes estadistas y sobresalientes literatos.

Aun reconociendo, como lo hacía Bello, la falta de entusiasmo que en Chile había por las letras, ya que en cartas a su amigo Fernández Madrid le decía: “La bella literatura

tiene aquí pocos admiradores... Aquí nada se lee", saludó en 1830 el aniversario de la independencia chilena con una breve oda, al estilo de las de Horacio y fray Luis, que el periódico oficial "*El Araucano*" publicó entre las pobres coplas de los ingenios autóctonos. El contraste de la poesía de Bello, verdadera joya, y aquellos falsos oropeles que la acompañaban, hizo comprender al autor que antes de ofrecer bellos versos al público era menester formar un auditorio capaz de aquilatar sus méritos. Por ello condenó a sus musas al silencio durante diez años, diez años que en el tiempo que sus tareas oficiales y periodísticas le dejaban libre dedicó, según ya dijimos, a la educación de Chile, diez años en que, en mucho por su influencia, las gentes se acostumbraron a leer y el comercio de libros progresó extraordinariamente.

Incorporado desde su fundación a "*El Araucano*", perteneció a éste durante veinte y tres años, teniendo siempre a su cargo la parte literaria y científica y algunas veces la política. Ilustró sus columnas con abundantes extractos y traducciones de artículos ingleses y franceses bien escogidos, que contribuyeron a formar el gusto público, y no escasos trabajos originales. Pero los más sostenidos esfuerzos de Bello fueron los que dedicó a enmendar los resabios de pronunciación y gramática que afeaban la lengua de Chile; preconizó que si bien las reglas eran un buen medio para corregirlos, no había otro mejor que el de la lectura consciente de las buenas obras españolas; opinión ésta que le valió algunas escaramuzas con nuestro Sarmiento, colocado en un muy diferente punto de vista.

Cuando la aparición en elegante folleto, en julio de 1841, del canto elegíaco en quintillas "*El incendio de la Compañía*", en que Bello, sin darse a conocer, volviendo a las musas lamentaba la destrucción de la hermosa iglesia de los jesuitas en Santiago, Sarmiento aplaudió al poeta, pero un año después atribuía a éste y a sus enseñanzas la esterilidad de los jóvenes talentos chilenos, que para replicarle fundaron una revista literaria orientada por el maestro, que no desdeñó colaborar en ella.

En "*El Araucano*" inició Bello la crítica teatral, hasta entonces desconocida en Chile, que sirvió de estímulo al arte dramático incipiente, y publicó artículos tan importantes co-

mo los intitulados "*La Araucana de Ercilla*", "*El Gil Blas*", el "*Juicio crítico de Hermosilla*", el "*Modo de escribir y de estudiar la Historia*", la "*Filosofía fundamental de Balmes*", etc. Colaboró asimismo asiduamente en los periódicos literarios de la época: "*El Museo de ambas Américas*", "*Crepúsculo*", "*La revista de Santiago*", "escribiendo — dice AMUNÁTEGUI — tanto verso y tanta prosa, como si estuviera al principio de su carrera". Uno de sus más notables artículos del "*Crepúsculo*" es el dedicado a los "*Orígenes de las novelas de caballería y la influencia de la poesía germánica sobre la poesía romana*".

Senador desde el año 1833 y en carácter de tal interviniendo inteligentemente en la formación de las leyes, algunas de las cuales, suficientes para asegurar la gloria de un estadista, se le deben íntegramente; como oficial mayor del Ministerio de Relaciones Exteriores dirigiendo éstas más que el ministro mismo, los primeros años de su vida en Chile fueron mordidos por la envidia y la pasión política opositora, pero su inmensa superioridad, que le hizo manifestar siempre una ejemplar moderación, su fecundidad literaria y los inestimables servicios prestados a la educación de los jóvenes y a la ilustración de los chilenos le conquistaron un prestigio asaz merecido. La sociedad de Chile, haciendo justicia al alto valor de este hijo adoptivo, le rodeó de consideraciones, estimuló sus trabajos y premió sus servicios, prestando tranquilidad a su espíritu y dignificando su carácter.

Consolidaron su reputación de estadista y literato, ya firmemente asentada con sus "*Principios de Derecho Internacional*" y las "*Lecciones de ortología y métrica castellanas*", la "*Análisis ideológica de la conjugación castellana*", en que trabajaba desde 1810 y que no terminó hasta 1841, fruto sazonado de largas y pacientes observaciones practicadas no sólo en las obras de los escritores clásicos, sino en las locuciones usadas por el vulgo; su magnífica "*Gramática de la lengua castellana*", aparecida en 1847 y que le valió en 1851 su proclamación, por voto unánime, de académico honorario de la Real Academia Española; su "*Cosmografía*" y la "*Historia de la literatura*" que vieron la luz pública en 1848 y en 1850, respectivamente.

El retorno de Bello a las musas fué fecundo. A esta segunda época de su actividad poética, iniciada por el "*Canto*

elegíaco” mencionado y que muestra ya el influjo que sobre la inspiración de Bello había de ejercer Víctor Hugo, llevándolo al terreno donde la novedad linda con la extravagancia, pertenecen algunas traducciones e imitaciones del poeta francés: “*Los fantasmas*”, delicada versión de las febriles y fúnebres ideas propias del romanticismo germánico; “*A Olimpio*”, de tono grave y melancólico, muy dentro del estilo calderoniano de Bello; “*Los duendes*”, alarde de habilidad métrica, en que Bello rivalizó con Víctor Hugo en el juego de ideas y palabras; “*La oración por todos*”, la más admirable entre las poesías de Bello, en que éste supera notablemente al modelo, enriqueciéndolo con estrofas llenas de sentimiento, que apenas alcanza a deslucir la parte final con la aparición de los con-sabidos fantasmas sepulcrales.

En la misma época empezó Bello a escribir una leyenda en verso, “*El proscrito*”, que no terminó y de la que sólo se conocen algunos fragmentos, y adaptó al teatro chileno el drama “*Teresa*” de Dumas (padre). Pero su pasmosa actividad mental dió entonces, además de los frutos antes mencionados, otros de que luego hablaremos.

Rector de la Universidad de Chile desde su reorganización en 1843, la inauguró con un magnífico discurso el 17 de septiembre del mismo año y la rigió por cuatro períodos sucesivos de cinco años cada uno, fomentando con celo sus estudios.

Ya sexagenario, su actividad no era inferior a la de los jóvenes discípulos que le veneraban, y se sentía — lo dice AMUNÁTEGUI — “rejuvenecer al soplo de la ilustración que se extendía por su patria adoptiva”. A aquellos años postreros de su vida se debe su magistral “*Tratado de filosofía*”, sólo publicado después de su muerte, y el “*Código Civil*” de Chile, verdadero monumento jurídico en que adapta a las condiciones peculiares del país los últimos adelantos de la ciencia del Derecho, que representó para el autor, por ley del año 1855, la exigua recompensa de veinte mil pesos y la jubilación con sueldo íntegro como oficial del Ministerio de Relaciones Exteriores.

Su fama era ya tal, que excedía los límites de su patria de adopción; lo prueba el hecho de que hacia 1854 sometieron a su arbitraje los gobiernos del Ecuador y los Estados Unidos de Norte América una cuestión pendiente y al año siguiente hicieron lo propio los de Perú y Colombia.

Su avanzada edad y las fuerzas que ya le abandonaban no le permitieron redactar el proyecto de "*Código de Enjuiciamiento*" que se le había encargado. Conservando sólo el cargo de Rector de la Universidad, retiróse don Andrés Bello, casi octogenario, a la vida privada, venerado por la juventud, considerado por la sociedad, respetado por los gobiernos, en alas de la fama su nombre. * Prolongóse la vida de este maestro de la lengua castellana, de este estudioso infatigable, de este polígrafo asombroso, de este apóstol de la cultura europea en América, de "este patriarca de la literatura americana", según la frase de OYUELA, al que debe Chile no escasa parte de su florecimiento intelectual y de su prosperidad y organización, hasta la mañana del 15 de octubre de 1865, día en que su muerte adquirió contornos de duelo nacional. *

LA ORACIÓN POR TODOS

IMITACIÓN DE VÍCTOR HUGO

I

Vé a rezar, hija mía. Ya es la hora
de la conciencia y del pensar profundo.
Cesó el trabajo afanador, y al mundo
la sombra va a colgar su pabellón.
Sacude el polvo el árbol del camino
al soplo de la noche, y en el suelto
manto de la sutil neblina envuelto
se ve temblar el viejo torreón.

¡Mira! Su ruedo de cambiante nácar
el Occidente más y más angosta,
y enciende sobre el cerro de la costa
el astro de la tarde su fanal.
Para la pobre cena aderezado
brilla el albergue rústico, y la tarda
vuelta del labrador la esposa aguarda
con su tierna familia en el umbral.

Brota del seno de la azul esfera
uno tras otro fúlgido diamante,
y ya apenas de un carro vacilante
se oye a distancia el desigual rumor.
Todo se hunde en la sombra: el monte, el valle,

y la iglesia, y la choza, y la alquería;
y a los destellos últimos del día
se orienta en el desierto el viajador.

Naturaleza toda gime; el viento
en la arboleda, el pájaro en el nido,
y la oveja en su trémulo balido,
y el arroyuelo en su correr fugaz.
El día es para el mal y los afanes:
¡he aquí la noche plácida y serena!
El hombre tras la cuita y la faena
quiere descanso y oración y paz.

Sonó en la torre la señal: los niños
conversan con espíritus alados,
y los ojos al cielo levantados
invocan de rodillas al Señor.
Las manos juntas y los pies desnudos,
fe en el pecho, alegría en el semblante,
con una misma voz, a un mismo instante,
al Padre Universal piden amor.

Y luego dormirán; y en leda tropa
sobre la cuna volarán ensueños,
ensueños de oro, diáfanos, risueños,
visiones que imitar no osó el pincel;
y ya sobre la tersa frente posan,
ya beben el aliento a las bermejas
rosas, como lo chupan las abejas
a la fresca azucena y al clavel.

Como para dormirse, bajo el ala
esconde su cabeza la avecilla,
tal la niñez en su oración sencilla
adormece su mente virginal.
¡Oh dulce devoción, que reza y ríe!
¡De natural piedad primer aviso!
¡Fragancia de la flor del paraíso!
¡Preludio del concierto celestial!

II

Vé a rezar, hija mía. Y ante todo
ruega a Dios por tu madre; por aquella
que te dió el ser, y la mitad más bella
de su existencia ha vinculado en él;
que en su seno hospedó tu joven alma,
de una llama celeste desprendida;
y haciendo dos porciones de la vida,
tomó el acíbar y te dió la miel.

Ruega después por mí. ¡Más que tu madre
lo necesito yo!... Sencilla, buena,
modesta como tú, sufre la pena,
y devora en silencio su dolor.
A muchos compasión, a nadie envidia
la vi tener en mi fortuna escasa;
como sobre el cristal la sombra, pasa
sobre su alma el ejemplo corruptor.

No le son conocidos... ni lo sean
a ti jamás... los frívolos azares
de la vana fortuna, los pesares
ceñudos que anticipan la vejez;
de oculto oprobio el torcedor, la espina
que punza a la conciencia delincuente,
la honda fiebre del alma, que la frente
tiñe con enfermiza palidez.

Mas yo la vida por mi mal conozco,
conozco el mundo y sé su alevosía;
y tal vez de mi boca oirás un día
lo que valen las dichas que nos da;
y sabrás lo que guarda a los que rifan
riquezas y poder, la urna aleatoria,
y que tal vez la senda que a la gloria
guiar parece, a la miseria va.

Viviendo, su pureza empaña el alma,
y cada instante alguna culpa nueva
arrastra en la corriente que la lleva
con rápido descenso el ataúd.
La tentación seduce; el juicio engaña;
en los zarzales del camino deja
alguna cosa cada cual: la oveja
su blanca lana, el hombre su virtud.

Vé, hija mía, a rezar por mí, y al cielo
pocas palabras dirigir te baste:
"Piedad, Señor, al hombre que criaste;
eres grandeza; eres bondad. ¡Perdón!"
Y Dios te oirá; que cual del ara santa
sube el humo a la cúpula eminente,
sube del pecho cándido, inocente,
al trono del Eterno la oración.

Todo tiende a su fin; a la luz pura
del sol, la planta; el cervatillo atado,
a la libre montaña; el desterrado,
al caro suelo que le vió nacer;

y la abejilla en el frondoso valle,
de los nuevos tomillos al aroma;
y la oración en alas de paloma
a la morada del Supremo Ser.

Cuando por mí se eleva a Dios tu ruego,
soy como el fatigado peregrino,
que su carga a la orilla del camino
deposita y se sienta a respirar.
Porque de tu plegaria el dulce canto
alivia el peso a mi existencia amarga,
y quita de mis hombros esta carga
que me agobia, de culpa y de pesar.

Ruega por mí, y alcánzame que vea
en esta noche de pavor, el vuelo
de un ángel compasivo, que del cielo
traiga a mis ojos la perdida luz,
y pura, finalmente, como el mármol
que se lava en el templo cada día,
arda en sagrado fuego el alma mía,
como arde el incensario ante la cruz.

III

Ruega, hija, por tus hermanos,
los que contigo crecieron,
y un mismo seno exprimieron,
y un mismo techo abrigó.
Ni por los que te amen sólo
el favor del cielo implores;
por justos y pecadores
Cristo en la cruz expiró

Ruega por el orgulloso
que ufano se pavonea,
y en su dorada librea
funda insensata altivez;
y por el mendigo humilde
que sufre el ceño mezquino
de los que beben el vino,
por que le dejen la hez;

Por el que de torpes vicios
sumido en profundo cieno,
hace aullar el canto obscuro
de nocturna bacanal;
y por la velada virgen

qué en su solitario lecho,
con la mano hiriendo el pecho,
reza el himno sepulcral;

por el hombre sin entrañas,
en cuyo pecho no vibra
una simpática fibra
al pesar y a la aflicción;
que no da sustento al hambre,
ni a la desnudez vestido,
ni da la mano al caído,
ni da a la injuria perdón;

por el que en mirar se goza
su puñal en sangre rojo,
buscando el rico despojo
y la venganza cruel;
y por el que en vil libelo
destroza una fama pura,
y en la aleve mordedura
escupe asquerosa hiel;

por el que surca animoso
la mar, de peligros llena;
por el que arrastra cadena,
y por su duro señor;
por la razón que leyendo
en el gran libro vigila;
por la razón que vacila,
por la que abraza el error.

Acuérdate, en fin, de todos
los que penan y trabajan;
y de todos los que viajan
por esta vida mortal.
Acuérdate aún del malvado
que a Dios blasfemando irrita:
la oración es infinita,
nada agota su caudal.

IV

Hija, reza también por los que cubre
la soporosa piedra de la tumba,
profunda sima donde se derrumba
la turba de los hombres mil a mil:
abismo en que se mezcla polvo a polvo,
y pueblo a pueblo; cual se ve a la hoja

de que al añoso bosque abril despoja,
mezclar las suyas uno y otro abril.

Arrodilla, arrodíllate en la tierra
donde segada en flor yace mi Lola,
coronada de angélica aureola;
do helado duerme cuanto fué mortal;
donde cautivas almas piden preces
que las restauren a su ser primero,
y purguen las reliquias del grosero
vaso, que las contuvo, terrenal.

Hija, cuando tú duermes, te sonríes,
y cien apariciones peregrinas
sacuden retozando tus cortinas;
travieso enjambre, alegre, volador:
y otra vez a la luz abres los ojos,
al mismo tiempo que la aurora hermosa
abre también sus párpados de rosa,
y da a la tierra el deseado albor.

¡Pero esas pobres almas!... ¡Si supieras
qué sueño duermen!... Su almohada es fría,
duro su lecho: angélica armonía
no regocija nunca su prisión.
No es reposo el sopor que las abrumba;
para su noche no hay albor temprano,
y la conciencia, velador gusano,
les roe inexorable el corazón.

Una plegaria, un solo acento tuyo,
hará que gocen pasajero alivio,
y que de luz celeste un rayo tibio
logre a su obscura estancia penetrar;
que el atormentador remordimiento
una tregua a sus víctimas conceda,
y del aire, y el agua, y la arboleda,
oigan el apacible susurrar.

Cuando en el campo, con pavor secreto
la sombra ves que de los cielos baja,
la nieve que las cumbres amortaja,
y del ocaso el tinte carmesí;
en las quejas del aura y de la fuente
¿no te parece que una voz retaña,
una doliente voz que dice: "Niña,
cuando tú reces, ¿rezarás por mí?"

Es la voz de las almas. A los muertos
que oraciones alcanzan, no escarnece

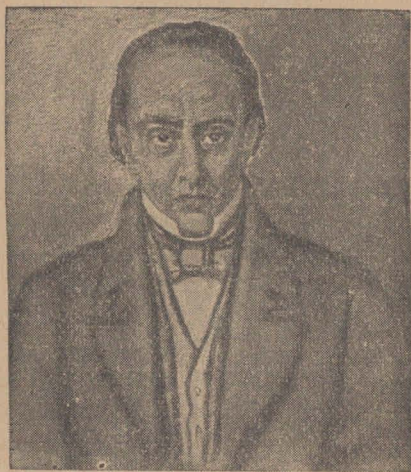
el rebelado arcángel, y florece
sobre su tumba perennal tapiz.
Mas ¡ay! a los que yacen olvidados
cubre perpetuo horror: hierbas extrañas
ciegan su sepultura: a sus entrañas
árbol funesto enreda la raíz.

Y yo también (no dista mucho el día)
huésped seré de la morada obscura,
y el ruego invocaré de un alma pura
que a mi largo penar consuelo dé.
Y dulce entonces me será que vengas
y para mí la eterna paz implores
y en la desnuda losa esparzas flores,
simple tributo de amorosa fe.

¿Perdonarás a mi enemiga estrella,
si disipadas fueron una a una
las que mecieron tu mullida cuna
esperanzas de alegre porvenir?
Sí, le perdonarás; y mi memoria
te arrancará una lágrima, un suspiro
que llegue hasta mi lóbrego retiro
y haga mi helado polvo rebullir.

JOSÉ JOAQUÍN DE OLMEDO

El 19 de marzo de 1780 nació en Guayaquil don José Joaquín de Olmedo, hijo de don Miguel Agustín de Olmedo, natural de Málaga que pasó a las Indias en 1767 con el cargo de administrador de rentas reales de Panamá, para luego radicarse en Guayaquil, donde alcanzó grandes prestigios y



fundó su familia, casando con una distinguidísima dama americana, doña Ana Francisca Mari, de quien hubo dos hijos, el primogénito ya mencionado y una niña. A los nueve años escasos José Joaquín fué llevado por su padre al colegio dominicano de San Fernando, de Quito; en él cursó estudios de gramática castellana y latinidad durante dos años, hasta que en el año 1794, encomendado a un su pariente, el obispo de Huamanga, pasó a Lima, en cuyo colegio de San Carlos completó su educación, con éxito tal, que a los veinte años de edad había ya logrado por oposición la cátedra de filosofía. Concluyó sus estudios en la Universidad de San Marcos, en ella se doctoró en jurisprudencia en el año 1805 y se recibió de abogado en el año 1808.

Profesor de derecho civil en el colegio de San Carlos, también por oposición, y catedrático de los llamados de Digesto por espontánea elección de los componentes del claustro universitario, y dedicado al ejercicio de su profesión, estas actividades no impidieron el cultivo de su innata aptitud literaria, de la que dió primeras muestras en sus odas: "*A la muerte de la Princesa de Asturias*" y "*El árbol*". Estas poesías juveniles, desiguales en su estilo, pero interesantes, aparte de serlo por el curioso contraste entre el entusiasmo español que ellas respiran y la posterior actitud del poeta, de frenético anti-españolismo, lo son por sus hermosos versos, que anuncian ya la manera del artista, el cual podrá sin duda perfeccionarse luego, pero ha encontrado ya su instrumento. Luego de perder a su padre en 1808, venerable anciano que amaba más la patria de su esposa e hijos que la propia, incorporóse Olmedo en 1809 a la Universidad de Santo Tomás de Aquino y al Colegio de Abogados de Quito, que dejó para acompañar a España en calidad de secretario al obispo Silva, su mentor juvenil. Fracasado el viaje por la disolución de la Junta Central a que iba a incorporarse el obispo, volvió a Guayaquil, donde a los treinta años escasos fué elegido representante de esta provincia a las Cortes Generales convocadas por la Regencia del reino. Como tal figuró en Cádiz entre los diputados europeos y americanos que se caracterizaron por sus ideas liberales y propiciaron reformas de acuerdo a ellas.

Aunque su temperamento no era el de orador parlamentario, pronunció algunos discursos, entre los que sobresale el consagrado a pedir la abolición de las mitas o trabajos forzados de los indios. En él, que logró el fin propuesto, decía Olmedo: "Es admirable que haya habido en algún tiempo razón que aconsejara esta práctica de servidumbre y de muerte, pero es más admirable que haya habido reyes que la manden, leyes que la protejan, y pueblos que la sufran".

Olmedo, que fué designado en 1812 Secretario de las Cortes y al año siguiente miembro y también Secretario de la Diputación Permanente, apoyó con su voto el decreto de 1814 que imponía al Rey el juramento de la Constitución, decreto que originó la disolución de las Cortes, el restablecimiento del poder absoluto y de la Inquisición y la pérdida de la libertad a los diputados más conspicuos. Comprendió entonces Olmedo que había llegado el momento de la revolución para España y de la independencia para América. A ella volvió a fines de 1816; allí le esperaba el dolor de la muerte de su madre; allí casó con doña Rosa de Icaza y allí nacieron sus tres hijos. De esa época data su silva magistral "*A un amigo en el nacimiento de su hijo*", feliz composición plena de sentimiento reflejado en bellos versos.

Proclamada el 9 de octubre de 1820 la independencia de Guayaquil, fué ese mismo día elegido Olmedo para regir su provincia natal, con el título de Jefe Político. Como tal, preparó al país para su defensa, haciéndole capaz de resistir los ataques realistas que por todas partes amagaban, y organizó la administración pública. Redactó un proyecto de constitución, el Reglamento Provisorio; convocó un Colegio Electoral que lo sancionó y eligió una Junta de Gobierno, para cuya presidencia fué designado.

Entretanto, Simón Bolívar, que se hallaba luchando en el sur de Colombia, al tener noticia del movimiento de Guayaquil se puso en comunicación con Olmedo, expresándole la conveniencia de que ambas provincias se anexasen, y, para apoyar su solicitud, envió un cuerpo de tropas a las órdenes del general Sucre, al que de inmediato unieron sus fuerzas los guayaquileños, formándose así el ejército con que los

españoles fueron batidos en Pichincha. Llegado a Guayaquil Bolívar, exigió nuevamente la anexión a Colombia, contra la manera de pensar de Olmedo y los que en el gobierno le acompañaban, deseosos de formar una nación independiente, tal como lo es el Ecuador en nuestros días. Pese a ello, Bolívar no escuchó razones, y por el solo acto de izar la bandera de Colombia en la plaza pública, consumóse la anexión, que determinó el destierro de nuestro poeta. Despidióse éste del ambicioso libertador con una carta rebotante de indignada amargura y serena nobleza; dice en ella: "Yo puedo equivocarme, pero creo haber seguido en el negocio que ha terminado mi administración la senda que me mostraban la razón y la prudencia: esto es, no oponerme a la resolución de usted para evitar males y desastres al pueblo; y no intervenir ni consentir en nada para consultar a la dignidad de mi representación... Yo me separo, pues, atravesado de pesar, de una familia honrada que amo con la mayor ternura, y que quizás quede expuesta al odio y a la persecución por mi causa. Pero así lo exige mi honor. Además, para vivir necesito de reposo más que del aire: mi Patria no me necesita; yo no hago más que abandonarme a mi destino".

Ya en Lima, donde se expatrió, fué honrado Olmedo con altos cargos: entre ellos el de diputado al Congreso Constituyente que San Martín convocara después de su célebre conferencia con Bolívar. Como tal integró la comisión que elaboró la Carta Magna de la república peruana, y luego, con el diputado Sánchez Carrión, gestionó de Bolívar su paso al Perú con sus tropas para concluir con el poder español en América. Al cumplir esa comisión dió Olmedo magnífico ejemplo de lealtad y patriotismo, echando al olvido cuanto con anterioridad sucediera.

Libre ya el Perú y vencidos los españoles en Junín, propúsose Olmedo escribir su famoso canto a esta victoria, que sólo convirtiéndose en realidad cuando en Ayacucho quedó para siempre sellada la independencia del continente americano. Mientras escribía este canto magnífico, en el que por primera vez se insinúa la idea de la confederación sudamericana, tuvo Olmedo la grande satisfacción de que el gobierno del Perú

le concediera los derechos propios del peruano de nacimiento, honor que aceptó previa licencia del gobierno de su patria.

El "*Canto a la victoria de Junín*" encierra, a juicio de MENÉNDEZ Y PELAYO, las mayores bellezas poéticas que la pluma de Olmedo creó, aunque no es, por cierto, la más igual y correcta de sus obras. Y es que Olmedo, que como poeta fué falto de voluntad y constancia, lo que explica su escasa fecundidad, mientras la fiebre de la inspiración le devoraba, pulía sus versos con exquisitez de humanista, pero pasada ella, escrita la última línea, en alas de la pereza volaban sus poesías sin el retoque final.

Por su vuelo lírico merece el canto de Olmedo el calificativo de pindárico, pero en sus detalles recuerda a Horacio y de Virgilio, pese a sus colosales dimensiones que lo alejan de la nerviosa concisión horaciana. Hay en el canto a Junín mucho de imitación, aparte de los latinos ya mencionados, de Lucrecio, de Quintana, a quien no poco se asemeja Olmedo, a punto de que suele llamársele el Quintana americano, pero, y son las palabras de MENÉNDEZ Y PELAYO "imitar de esta manera, con tal amplitud y tal señorío del pensamiento ajeno, equivale ciertamente a crear de nuevo".

Brillan en este canto de Olmedo, como en casi todas sus composiciones, el sentimiento de la naturaleza y el profundo amor a ella, que permiten al poeta presentar como fondo de los acontecimientos el maravilloso paisaje del nuevo mundo; y la aptitud descriptiva, pero suele Olmedo caer, aunque su idioma es por lo común vigoroso y sano, en el epíteto manido y la adjetivación vulgar, y sus versos, nunca mal contruídos, pues su fino oído no los hubiese tolerado, adolecen tal cual vez de prosaicos y desgarbados.

El canto de Olmedo, que por su grande extensión — más de ochocientos versos — deja de ser tal para convertirse en poema lírico a la par que épico, y que por la amplitud de su concepción debiera llamarse con más propiedad "*Canto a Bolívar*" que "*A la victoria de Junín*", adolece de exceso de hipérbole y énfasis laudatorio. El mismo Libertador lo comprendió así como lo demuestran estas palabras tomadas de una carta suya al poeta: "Si yo no fuera tan bueno y usted

no fuese tan poeta, me avanzaría a creer que usted había querido hacer una parodia de la "*Ilíada*" con los héroes de nuestra pobre farsa. Usted sabe bien que de lo heroico a lo ridículo no hay más que un paso, y que Manolo y el Cid eran hermanos, aunque hijos de distintos padres. Un americano leerá el poema de usted como un canto de Homero, y un español le leerá como un canto de "*El Facistol*" de Boileau", palabras que dicen mucho del buen sentido y de la sagacidad de quien fuera capaz de subyugar medio continente. Y le respondía Olmedo: "Ya que usted me da tanto con Horacio y con su Boileau, que quieren y mandan que los principios de los poemas sean modestos, le responderé que eso de reglas y de pautas es para los que escriben didácticamente o para la exposición del argumento en un poema épico. ¿Pero quién es el osado que pretenda encadenar el genio y dirigir los raptos de un poeta lírico? Toda la naturaleza es suya; ¿qué hablo yo de naturaleza? Toda la esfera del bello ideal es suya".

Por lo demás, no ha de olvidarse que Olmedo, como todos los poetas americanos de la época de la Independencia es clásico por la forma, pero moderno por el espíritu. Anterior al canto de Junín es la traducción, incompleta, pues sólo comprende las tres primeras epístolas, del "*Ensayo sobre el hombre*", del inglés Pope, impresa en Lima en 1823. De las tres sólo la primera fué definitivamente corregida por Olmedo; las otras dos, aunque de versificación más negligente, ofrecen también hermosísimos trozos de poesía filosófica. Entre sus composiciones de menor importancia hemos de citar su "*Alfabeto para un niño*", bella y delicada poesía, que dice de su nobleza de alma, de fácil verso y forma sencilla, pero rica de bien intencionado pensamiento; la "*Canción indiana*", plena de dulzura y delicadeza, y la "*Oración de la infancia*", de tierna y conmovedora sencillez.

El libertador Bolívar, haciendo plena justicia a los méritos de Olmedo, le designó agente diplomático con Paredes en Inglaterra y Francia, en reemplazo del ilustre García del Río. En Londres permaneció hasta el año 1828; allí, a la vez que cumplía celosamente su cometido diplomático, trabajó para el perfeccionamiento de su propia cultura y entabló amis-

tad, que había de ser preciosa y eterna, con Bello, pero las amarguras que las dificultades de su misión le produjeron, y el ansia de reunirse a su familia bien amada le inspiraron cartas a Bolívar como aquella en que le decía: "Si es cierto que me tiene usted algún afecto; si no es mera fórmula la expresión "amigo de mi corazón" con que usted cierra todas sus cartas; si algo merece el cantor de Junín, y en fin, si usted cree que no he sido un hombre del todo inútil a mi patria y a la causa americana, yo ruego a usted con todo el encarecimiento de que soy capaz, me envíe o mande una licencia para volver". Desde allí mismo desaprobó, cuando Bolívar le rogó su opinión, la Constitución de Bolivia, oponiéndose al sistema en ella establecido para la sucesión en el poder. Los acontecimientos posteriores le dieron la razón, cuando muerto el fundador de la república de Colombia, víctima de la ingratitud de sus compatriotas, se formaron de ella tres estados, de uno de los cuales, el del Ecuador, fué luego elegido Olmedo vicepresidente, mandato que, enemigo de los altos cargos — con anterioridad había rechazado la cartera de Relaciones Exteriores que Bolívar le ofreciera — declinó, para no aceptar sino la prefectura de Guayaquil, que desempeñó por breve tiempo, pues debió concurrir a la conferencia diplomática de 1832, que discutió los límites de Nueva Granada y Ecuador.

Hallábase a la sazón este último en manos del general don Juan José Flores, venezolano de origen y jefe de las tropas colombianas que permanecían acantonadas en el Ecuador, tropas que eran una amenaza para la pública tranquilidad y que sólo la firme mano de aquél podía contener. Olmedo y la población culta apoyaban a Flores, pero ello no logró impedir la lucha civil, cuya suerte decidióse en Miñarica.

El cantor de Junín y de Bolívar celebró el acontecimiento con su magnífica oda compuesta en 1835: "*Al general Flores, vencedor en Miñarica*". Y si mostróse asaz hiperbólico y enfático en aquel primer canto, no lo fué menos en este segundo, cuyo asunto, a no dudarlo, era de muy inferior importancia, ya que sólo se trataba de una de las tantas luchas civiles de América, en que uno y otro bando se tildaban mutuamente de tiranos, y cuyo único resultado práctico, logrado al precio

de mil cadáveres tendidos en el campo de batalla, era la sustitución de un presidente por otro. Aun cuando el asunto inspirador careciese de grandeza, no puede negársele el mérito de haber despertado, como el mismo Olmedo lo reconoce en carta dirigida a Flores, la musa de Junín, en silencio durante dos lustros.

Elegido presidente de la Convención de Ambato en 1835, colaboró Olmedo eficazmente en la Constitución por ella redactada, después de lo cual retiróse a la vida privada por diez años, que dedicó al estudio, y durante los cuales continuó la magnífica traducción de las "*Epístolas de Pope*". De tales tareas le arrancó la revolución de marzo de 1845, de la que, con Vicente Roca y Diego Noboa fué animador entusiasta. Tal revolución iba dirigida contra el general Flores, que pese a la oposición del pueblo ecuatoriano, aspiraba a perpetuarse en el poder.

Se ha censurado la conducta de Olmedo, que luego de exaltar al héroe de Miñarica salió a combatirlo, pero es injusta tal acusación pues nuestro poeta era hombre de convicciones: cuando sostuvo a Flores creía él, como lo creyó la mayoría ilustrada, que ello convenía a los intereses de la patria; cuando luego comprendió que aquél representaba un peligro para la libertad, no tuvo a menos convertirse en su enemigo.

Miembro del gobierno provisional que sustituyó a Flores, fué candidato a la presidencia de la república, pero vencido en la lucha electoral por don Vicente Ramón Roca, hombre más joven y de más carácter, que debió luchar duramente durante su administración. La última comisión oficial desempeñada por Olmedo fué la de reclamar, infructuosamente, al Perú los restos del general Lamar, que fuera en vida su grande amigo.

Vuelto a la tierra natal, en ella murió cristianamente el 17 de febrero de 1842. El Ecuador, valorando los altos méritos de éste su hijo preclaro, tributóle honores de presidente de la República y rindió justo tributo a su memoria. Su gloria, que excede las fronteras de América, es la que cabe a un gran poeta, a un hombre excelente, a un ciudadano ejemplar.

JOSÉ MARÍA DE HEREDIA

El primer lírico del Parnaso cubano, para nombrarle con las palabras mismas de MENÉNDEZ Y PELAYO, nació en Santiago de Cuba el 31 de diciembre de 1803. Su padre, que oriundo de Santo Domingo fué magistrado integérrimo, de espíritu liberal, aunque servidor fiel de los intereses españoles, hízole cursar estudios de Humanidades y Derecho en Caracas y luego en la Habana.

Desde sus primeros pasos en la escuela dió Heredia claras muestras de su precocidad — componía buenos versos a los diez años — y de su aplicación ejemplar, así como de sus bellas prendas de carácter.

Graduado de bachiller en Leyes hacia 1820, recibióse en Puerto Príncipe de abogado en 1823, pero apenas pudo ejercer en la patria su profesión, pues entregado casi desde la niñez al ardor de las ideas revolucionarias, a los veinte años escasos, por haber intervenido en la llamada Conspiración de los Soles de Bolívar, fué condenado a perpetuo destierro por la Audiencia de Cuba.

Terrible golpe fué éste para el joven Heredia, que recibía no poder vivir lejos de sus dos grandes amores: la patria, cuyo dulce clima era propicio a su salud precaria, y su madre, cuyos cuidados eran condición de su existencia.

Dirigióse el proscrito a Estados Unidos, donde se dió con entusiasmo a la poesía y escribió algunas sentidas com-

posiciones plenas de nostalgia por el patrio suelo. Entre ellas son de las más inspiradas la "*Silva a Elpino*" y el poema "*Placeres de la melancolía*", al último de los cuales pertenecen estos versos de exquisito sentimiento y delicada forma:

“¡Oh! no me condenéis a que aquí gima,
como en huerta de escarchas erizada
se marchita entre vidrios encerrada,
la planta estéril de distante clima”.

En 1825 pasó Heredia a Méjico, donde sus talentos y virtudes eran conocidos y admirados por influyentes amigos. Allí formó su familia en 1827 y allí desempeñó importantes cargos públicos: juez, fiscal de la Audiencia, diputado, magistrado. De su carrera, vertiginosamente precipitada por los acontecimientos, dice el mismo Heredia: “El torbellino revolucionario me ha hecho recorrer en poco tiempo una vasta carrera, y con más o menos fortuna he sido abogado, soldado, viajero, profesor de lenguas, diplomático, magistrado, historiador y poeta a los veinticinco años”. Allí, al contemplar las recias luchas políticas, en la que también le cupo personal actuación, luchas que empobrecieron y ensangrentaron a Méjico, cambió un tanto sus opiniones políticas, según lo prueba este párrafo de una carta suya fechada en 1836 y dirigida al general Tacón, entonces gobernador de Cuba: “Es verdad que hace doce años la independencia de Cuba era el más ferviente de mis votos, y que por conseguirla habría sacrificado gustoso toda mi sangre; pero las calamidades y miserias que estoy presenciando hace ocho años han modificado mucho mis opiniones y vería como un crimen cualquiera tentativa para trasplantar a la feliz y opulenta Cuba los males que afligen al continente americano”.

Aparte de su labor poética, fundamental en Heredia, en Méjico el periodismo le contó entre sus cultores: dirigió "*La Miscelánea*", periódico literario, y colaboró en otros: "*El Iris*", "*El Indicador de la Federación Mexicana*" y "*Biblioteca de Damas*". Pronunció numerosos discursos en diversas circunstancias y cultivó el arte dramático, en cuyo terreno habíase ya ensayado en su adolescencia con su "*Eduardo IV*", la tragedia "*Atreo*" y algún sainete. Escribió también una obra histórica en cuatro tomos: "*Lecciones de Historia Universal*", aparecida en Toluca en 1837.

En el año 1836 le fué permitido por el mencionado Tacón volver por unos pocos meses a Cuba con la obligación de buscar luego nuevamente el camino del destierro. Tal viaje le inspiró unas de sus más hermosas composiciones: la "*Oda al Océano*", en el que Heredia veía el camino a la patria, a los brazos maternos.

Vuelto a Méjico, ya muy quebrantada su salud, hízose cargo de la dirección de la "*Gaceta Oficial de la República*", que hubo luego de abandonar en procura de reposo reparador. En Toluca, donde se había retirado, murió cristiana y ejemplarmente el 21 de mayo de 1839.

Tales son los rasgos de su biografía, breve como su vida. Su acción política fué escasa, pues prematuramente desterrado, no tuvo intervención alguna en lucha armada o conjuración separatista. Fué más eficaz su acción literaria sostenida, para la que contaba con su generoso talento.

Como poeta revolucionario cabe a Heredia destacadísima actuación, al punto de ser su nombre un símbolo, una bandera de combate en la lucha por la separación de Cuba, aunque a juicio de MENÉNDEZ Y PELAYO sean las composiciones políticas las más endebles de toda su producción. Sus versos inflamados corrían, a poco de compuestos, en forma manuscrita y subrepticia y enardecían los ánimos de cuantos ansiaban la independencia de la isla natal. Entre ellos se destacan por su esplendidez descriptiva y su tono elegíaco la "*Epístola a Emilia*" y el "*Himno del desterrado*", que presentan a Heredia como poeta exaltado y melancólico y en un plano muy distinto al del grandilocuente Olmedo.

A estar al mismo MENÉNDEZ Y PELAYO, tampoco es la cuerda erótica la más feliz en Heredia. Uno de sus más ilustres biógrafos define sus versos amorosos como "cartas de amor que ganarían mucho con estar en prosa".

Las dos obras maestras de Heredia, y las más profundamente originales son, sin duda alguna, "*En el teocalli de Cholula*", magnífica descripción de la pirámide azteca, fruto de sus diez y ocho años, y "*Al Niágara*". Es la primera, en la que no se advierte la menor sombra de resabio declamatorio, tan pulida en los detalles, de movimiento tan reposado y a la par majestuoso, de contemplación tan alta y recta, que "nos resistiríamos a creer — dice el eminente crítico español tan-

tas veces mencionado — fuese obra de un mozo de diez y ocho años, aunque de precocidad inaudita”.

La segunda, que se ha calificado de “catarata de poesía”, es notable — y repetimos las palabras de MENÉNDEZ Y PELAYO, porque es imposible expresar más felizmente la admiración que esta composición suscita — por “aquella elevación gradual y majestuosa con que el poeta se levanta desde la esfera de la contemplación física hasta la intuición del total destino humano y del particular suyo; y como, desde la revelación de Dios en las maravillas de la naturaleza, desciende a las agitaciones y flaquezas de la conciencia propia”. Resalta en la magnífica oda “*Al Niágara*” su grandiosa unidad de composición, que no era habitual en el poeta, lo que se explica por el hecho de haber éste bosquejado en unas pocas líneas de prosa el croquis de la obra. Con todo, la lengua de Heredia no alcanza a la riqueza y corrección de la de Bello, dueño de una cultura humanística que la vida corta y azarosa del cubano, su naturaleza bravía e impetuosa, le impidieron adquirir.

De sus restantes composiciones, en las que hermosos fragmentos dicen de la admirable aptitud de Heredia para la descripción sintética, cabe destacar: “*Versos escritos en una tempestad*”, “*Al Sol*”, “*A la noche*”, “*A mi caballo*”, elogiadas por BELLO, que descubre en ellas una melancolía con sabor byroniano, y que también celebró en el “*Repertorio Americano*” el romance “*A mi padre en sus días*”, expresión admirable en su sencillez de la ternura filial. En sus valientes versos “*Al cometa de 1825*”, de profundo sentimiento cristiano, Heredia, cuya alma rebosa pesar, se complace en buscar a cada instante el consuelo de Dios, al que admira y ama con tierna devoción.

Asimismo Heredia tradujo o imitó en excelente forma algunas poesías célebres: “*La visión*”, de Byron; “*Los sepulcros*”, de Foscolo; “*La desesperación*”, de Lamartine; “*El canto del cosaco*”, de Beranger; “*El panteón del Escorial*”, de Quintana, y vertió al castellano tragedias de Voltaire, José María Chenier, Alfieri y otros.

Heredia es el poeta nacional por excelencia de la isla que él tanto amó, y, a estar a la ilustrada opinión de uno

de sus fervientes admiradores, el doctor BLANCHET, "mientras palpita en Cuba un corazón sensible a la libertad, a los pasmosos espectáculos de la naturaleza, a los más elevados fines de la existencia, serán leídos, saboreados, los versos de Heredia".

EN EL TEOCALLI DE CHOLULA

¡Cuánto es bella la tierra que habitaban
los aztecas valientes! En su seno
en una estrecha zona concentrados
con asombro se ven todos los climas
que hay desde el Polo al Ecuador. Sus llanos
cubren a par de las doradas mieses
las cañas deliciosas. El naranjo
y la piña y el plátano sonante,
hijos del suelo equinoccial, se mezclan
a la frondosa vid, al pino agreste,
y de Minerva al árbol majestuoso.
Nieve eternal corona las cabezas
de Iztaccihual purísimo, Orizaba
y Popocatepec; sin que el invierno
toque jamás con destructora mano
los campos fertilísimos, do ledo
los mira el indio en púrpura ligera
y oro teñirse, reflejando el brillo
del sol en Occidente, que sereno
en hielo eterno y perennial verdura
a torrentes vertió su luz dorada,
y vió a Naturaleza conmovida
con su dulce calor hervir en vida.

Era la tarde: su ligera brisa
las alas en silencio ya plegaba
y entre la hierba y árboles dormía,
mientras el ancho sol su disco hundía
detrás de Iztaccihual. La nieve eterna,
cual disuelta en mar de oro, semejaba
temblar en torno de él; un arco inmenso
que del empíreo en el cenit finaba
como espléndido pórtico del cielo
de luz vestido y centellante gloria,
de sus últimos rayos recibía
los colores riquísimos. Su brillo
desfalleciendo fué: la blanca luna
y de Venus la estrella solitaria
en el cielo desierto se veían.

¡Crepúsculo feliz! Hora más bella
que la alma noche y el brillante día,
¡cuánto es dulce tu paz al alma mía!

Hallábame sentado en la famosa
choluteca pirámide. Tendido
el llano inmenso que ante mí yacía,
los ojos a espaciarse convidaba.
¡Qué silencio! ¡qué paz! ¡Oh! ¿quién diría
que en estos bellos campos reina alzada
la bárbara opresión, y que esta tierra
brota mieses tan ricas, abonada
con sangre de hombres, en que fué inundada
por la superstición y por la guerra?...

Bajó la noche en tanto. De la esfera
el leve azul, obscuro y más oscuro
se fué tornando: la movable sombra
de las nubes serenas, que volaban
por el espacio en alas de la brisa,
era visible en el tendido llano.
Iztaccihual purísimo volvía
del argentado rayo de la luna
el plácido fulgor, y en el Oriente
bien como puntos de oro centellaban
mil estrellas y mil... ¡Oh! yo os saludo
fuentes de luz, que de la noche umbría
ilumináis el velo,
y sois del firmamento poesía.

Al paso que la luna declinaba
y al ocaso fulgente descendía
con lentitud, la sombra se extendía
del Popocatepec, y semejaba
fantasma colosal. El arco obscuro
a mí llegó, cubrióme, y su grandeza
fué mayor y mayor, hasta que al cabo
en sombra universal veló la tierra.

Volví los ojos al volcán sublime,
que velado en vapores transparentes
sus inmensos contornos dibujaba
de Occidente en el cielo.
¡Gigante del Anáhuac! ¿Cómo el vuelo
de las edades rápidas no imprime
alguna huella en tu nevada frente?
Corre el tiempo veloz, arrebatando
años y siglos, como el norte fiero
precipita ante sí la muchedumbre

de las olas del mar. Pueblos y reyes
viste hervir a tus pies, que combatían
cual hora combatimos, y llamaban
eternas sus ciudades, y creían
fatigar a la tierra con su gloria.
Fueron: de ellos no resta ni memoria.
¿Y tú eterno serás? Tal vez un día
de tus profundas bases desquiciado
caerás; abrumará tu gran ruina
al yermo Anáhuac; alzaránse en ella
nuevas generaciones, y orgullosas
que fuiste negarán...

Todo parece
por ley universal. Aun este mundo
tan bello y tan brillante que habitamos,
es el cadáver pálido y deforme
de otro mundo que fué...

En tal contemplación embebecido
sorprendiéndome el sopor. Un largo sueño
de glorias engolfadas y perdidas
en la profunda noche de los tiempos,
descendió sobre mí. La agreste pompa
de los reyes aztecas desplegóse
a mis ojos atónitos. Veía,
entre la muchedumbre silenciosa
de emplumados caudillos, levantarse
el déspota salvaje en rico trono
de oro, perlas y plumas recamado;
y al son de caracoles belicosos
ir lentamente caminando al templo
la vasta procesión, do la aguardaban
sacerdotes horribles, salpicados
con sangre humana rostros y vestidos.
Con profundo estupor el pueblo esclavo
las bajas frentes en el polvo hundía
y ni mirar a su señor osaba,
de cuyos ojos férvidos brotaba
la saña del poder.

Tales ya fueron
tus monarcas, Anáhuac, y su orgullo:
su vil superstición y tiranía
en el abismo del no ser se hundieron.
Sí, que la muerte, universal señora,
hiriendo al par al déspota y esclavo,
escribe la igualdad sobre la tumba.
Con su manto benéfico el olvido
tu insensatez oculta y tus furores
a la raza presente y la futura.

Esta inmensa estructura
vió a la superstición más inhumana
en ella entronizarse. Oyó los gritos
de agonizantes víctimas, en tanto
que el sacerdote, sin piedad ni espanto,
les arrancaba el corazón sangriento;
miró el vapor espeso de la sangre
subir caliente al ofendido cielo
y tender en el sol fúnebre velo,
y escuchó los horrendos alaridos
con que los sacerdotes sofocaban
el grito del dolor.

Muda y desierta
ahora te ves, pirámide. ¡Más vale
que semanas de siglos yazcas yerma,
y la superstición a quien serviste
en el abismo del infierno duerma!
A nuestros nietos últimos, empero,
sé lección saludable; y hoy que el hombre
al cielo, cual Titán, truena orgulloso,
sé ejemplo ignominioso
de la demencia y del furor humano.

EL ROMANTICISMO EN AMÉRICA

Separadas del tronco de la madre patria sus colonias americanas, nació en ellas una nueva literatura, que se diferencia de la que seguía las huellas del clasicismo, con Meléndez y Quintana como modelos, no en la forma, que se mantuvo siempre dentro de las mismas líneas, sino en el fondo. Fué ésta la literatura política y patriótica, en cuyas manifestaciones hierve el insulto a España y se expande el grito de rebeldía, reflejo del ansia de libertad de los pueblos de América. Su valor, en general, es escaso, pudiéndose afirmar que la verdadera literatura hispanoamericana avanza con el romanticismo, que llegó al nuevo mundo por diversos caminos y en distintos momentos.

En Méjico penetró la corriente romántica hacia 1820, antes que en España, y fué ello resultado de su insurrección, que el espíritu de los hombres y libros franceses favoreció. En la madre patria, en cambio, no prendió el romanticismo hasta los días en que vino al suelo el poder absoluto de Fer-

nando VII, por donde vemos que en España y en América, romanticismo y revolución vinieron a ser, tanto en política como en literatura, una sola y misma cosa.

En nuestro país, según oportunamente vimos, el romanticismo fué, como en Méjico, de origen francés; de aquí pasó a Chile y a Montevideo, cuando los días luctuosos de la tiranía de Rosas convirtieron a esta última en la Nueva Troya. De 1830 a 1850 los proscriptos cantan y lloran con fiero acento su libertad perdida, suspiran por su hogar lejano con melancólica queja, pintan con trágica palabra el sombrío cuadro de la patria tiranizada.

Entre 1842 y 1848 llegó el romanticismo a Caracas y Venezuela, de donde pasó a Nueva Granada. En Bogotá inspiró a José Eusebio Caro y a Julio Arboleda estrofas magníficas, resplandecientes de ira y amor, y en Antioquía hizo suspirar a Gutiérrez González en dulces y melodiosos versos.

Hacia 1850 penetró en el Perú, produciendo una verdadera fiebre romántica que RICARDO PALMA en "*La bohemia limeña de 1848*" ha descrito magistralmente. Esta corriente fué enteramente española y llevó a los países del Pacífico el sentimiento de la libertad en el arte y en la palabra, así como el de la naturaleza como elemento poético.

Con el romanticismo, que proclamaba lo regional en el arte, la descripción de la naturaleza convirtiéndose en el asunto más universal de la poesía de América. Y débese ello en buena parte a ALEJANDRO DE HUMBOLDT, el viajero incansable que publicó a partir de 1807 su "*Viaje a las regiones equinociales del nuevo continente*" y al ejemplo de CHATEAUBRIAND, el primero que en Francia poetizó la naturaleza.

Las cuatro primeras obras donde adquirió valor primordial la naturaleza americana y se reflejó en forma brillante, son el canto "*Al Niágara*" de José María de Heredia, la "*Silva a la agricultura de la zona tórrida*" de Andrés Bello, "*La Cautiva*" de Esteban Echeverría y el "*Facundo*" de Domingo Faustino Sarmiento, "panfleto — dice RICARDO ROJAS de este último — que resultó después historia, poema, romance, cartilla y biblia".

El otro elemento característico del romanticismo, el de la historia en la literatura, que dió origen al arte novelesco y legendario de Walter Scott, Víctor Hugo, el Duque de Rivas

y Zorrilla, no halló en América campo propicio, por tratarse de pueblos muy nuevos, sin remoto pasado histórico.

A juicio de MENÉNDEZ Y PELAYO, "los románticos americanos, con excepción muy brillante de algún colombiano y de algún argentino, cayeron en una imitación todavía más servil y más estéril que lo había sido la de los llamados clásicos. Habían cambiado los modelos: no era ya Horacio, ni Quintana; pero eran Byron, Víctor Hugo, Espronceda, Zorrilla y aun Tassara y Bermúdez de Castro, con la desventaja en los imitadores románticos de ser mucho menos cuidadosos en la pureza de la dicción y del buen orden y concierto en las ideas que los clásicos, como gente que tomaba por inspiración el desorden, por bazarría la incorrección gramatical, por muy profundas las cosas a medio decir y por rasgos de genio desbordado las más incoherentes extravagancias". Conviene en ello RODÓ cuando dice en *"El mirador de Próspero"*: "El romanticismo, en cuanto quebrantaba los moldes de una preceptiva artificial y vetusta, en cuanto favorecía el libre arranque de la inspiración y ensanchaba los límites del vocabulario poético, ofrecía, ciertamente, ejemplo y enseñanzas favorables al florecimiento de una literatura americana diferenciada y eficaz; pero este impulso de reacción contra el dogmatismo retórico tenía en América, más que en ninguna otra parte, peligros y desventajas que no supieron conjurarse, porque halagaban muchas de las propensiones más funestas y arraigadas de nuestro espíritu: propensión a la negligencia, al desaliño, a la falsa espontaneidad, a la abundancia viciosa; el desconocimiento o menosprecio de la parte consciente y reflexiva del arte; el crédito de la falacia repentista; el desamor de ese ideal de perfección, único capaz de engendrar la obra que dura".

En tanto que el crítico LAUXAR, que ve en el romanticismo el origen de la literatura americana, reconoce: "Dos son los elementos esenciales que ofrece como característica a la poesía América: uno, su naturaleza; otro, la situación del hombre en el continente. Quiso la suerte que la revolución estallase cuando, bajo la influencia del romanticismo era posible el aprovechamiento del primero y que, en seguida, la organización democrática diera todo su valor al segundo. Así

nacieron hermanas en América la libertad y la poesía. Castellana por la lengua, europea en la cultura, la producción literaria hispanoamericana es continental por el campo inmenso que le sirve de teatro, por las costumbres y la manera de ser que refleja”.

JUAN MONTALVO



Hijo de padres distinguidos y acomodados, cuyos antecesores habían constituido una verdadera aristocracia de nobleza y virtud en Ambato, la Florencia del Ecuador, nació **Juan Montalvo** a los pies del Cotopaxi, hermoso y airado, el 13 de abril de 1833.

Desde muy niño su amor al estudio, su dignidad personal, su austero carácter, le señalaron a la consideración de sus maestros y decidieron a sus padres a enviarle a Quito para educarse, donde descolló por sus facultades intelectuales y entre ellas por una memoria asombrosa, que había de ejercer grande influencia en sus escritos, ricos de citas históricas, recuerdos y alusiones, y producidos lejos de su biblioteca, sin libros, notas ni apuntaciones.

Graduado de bachiller, frecuentó por algún tiempo las clases de Derecho, que luego abandonó, fuera por su salud delicada o por no atraerle suficientemente tales disciplinas. De nuevo en la ciudad natal, dedicóse por completo al estudio de clásicos griegos y latinos, que fueron en aquella época de su vida sus más íntimos compañeros. Los Andes, impo-

nentes y hermosos, las praderas verdes y risueñas, fueron el espectáculo que sus ojos contemplaban de continuo; como aquéllos, fué elevado su pensamiento, como éstas, serena su alma.

Muy joven inicióse Montalvo en política, en las filas del partido liberal, convirtiéndose en el paladín enérgico e infatigable de las libertades y del progreso. Sus primeros artículos aparecieron en "*La Democracia*", publicación hebdomadaria que vió la luz pública en Quito hacia 1852. De inmediato fué apreciado el valor de Montalvo por el general Urbina, a la sazón presidente del Ecuador y siempre deseoso de rodearse de hombres inteligentes. Concluído el período presidencial y designado Urbina ministro plenipotenciario en Europa, pensó llevar consigo en carácter de adjunto a Montalvo, pero reteniéndole en el Ecuador la inminencia de la guerra con el Perú, decidió que el joven escritor, en cuyo porvenir literario pensaba, emprendiese viaje solo.

Satisfecha así una de las mayores ambiciones de su vida, entregóse Montalvo febrilmente en París a sus estudios predilectos, procurando apagar la sed de saber que le devoraba. Frecuentador asiduo del Colegio y el Instituto de Francia, de la Sorbona, de los museos, conoció en pocos meses al París intelectual más a fondo que el más culto de los parisienses.

Visitó allí a Lamartine, al cual dirigió un tierno y conmovedor artículo desde las columnas de la prensa, que agradeció el viejo poeta, ya ciego, en una hermosísima carta, a la que pertenecen estas palabras: "He leído estas líneas y he amado la mano extranjera que las escribió".

Los sucesos políticos de los años 59 y 60 obligaron a Montalvo a regresar al Ecuador. Con su despedida a Francia termina la época de su existencia tranquila y plena de ilusiones. A partir de ese momento se abre para él toda una vida de privaciones, sufrimiento y destierro. Encuentra a su patria entregada a los excesos de la guerra civil y a su frente un caudillo, García Moreno, al que se dirige en una carta, admirable mezcla de sentimiento humano y sana filosofía, vertidos uno y otra en lenguaje armonioso y convincente, que comienza: "No es la voz del amigo que pide su parte en el triunfo, la que ahora se hace oír, ni la del enemigo en derrota que demanda gracia y desea incorporarse con los victoriosos",

y continúa luego: "Déjeme usted hablar con claridad: hay en usted elemento de héroe y de... suavicemos la palabra, de tirano. Tiene usted valor y audacia, pero le faltan virtudes políticas, que si no procura adquirirlas a fuerza de estudio y buen sentido, caerá como cae siempre la fuerza que no consiste en la popularidad".

En 1862 apareció en el "*Iris*", periódico literario de los superiores del Colegio de la Unión, del que era Montalvo colaborador, un artículo suyo notabilísimo, después de lo cual cesó de escribir, hasta que en 1866 realiza una trascendental revolución con el surgimiento de "*El Cosmopolita*". Fué éste una especie de periódico opúsculo, en el cual Montalvo levantó a alturas insospechadas el pabellón del partido liberal, que, es cierto, había contado hasta entonces con caudillos, prosélitos, publicistas, víctimas, pero nunca con un pecho que tan exaltadamente amase la libertad, con una pluma que disparara dardos tan mortíferos, con un poder de seducción que tan hábilmente atrajese al pueblo y a la juventud.

La aparición de "*El Cosmopolita*", destinado a levantar la moral de un pueblo, estremeció de admiración a los amigos de Montalvo, de pavor a los enemigos. Su apóstrofe del primer número: "García Moreno ha dejado el mando, es cierto, pero con el mando no se le acaba su carácter, ni los ímpetus de su genio son menos de temer: siempre es audaz, siempre arrojado, siempre poderoso de su persona, y según es lengua, diestro en el manejo de las armas. ¿Será de cobardes irritarle con su ira? La cosa es clara, nadie que no esté firmemente resuelto, ni se sienta con ánimo para morir de su mano o matarle en propia y natural defensa, habrá de ir inconsideradamente a echarle el agraz en el ojo".

A través de esta publicación Montalvo se perfila tal como él mismo se retrataba: "Humilde con el señor, alto con los altos, me hago pequeño como Filotas, cuando las he con gente bondadosa y modesta. Para los viles, desprecio; para los malvados, odio; para los criminales, espanto". Póseedor del valor y la franqueza en grado heroico, con verdadera alma de apóstol, era para Montalvo imperativo categórico, publicar junto con su doctrina sus más íntimos sentimientos, por ello "*El Cosmopolita*", aunque obra de combate, es su personificación. En sus tres tomos vibran la omnipotencia de las selvas tropi-

cales y la majestad de los Andes, la pasión y el esfuerzo de la juventud. De *"El Cosmopolita"*, dice YEROVI, uno de los más conscientes y prolijos biógrafos de Montalvo, que llevándolo bajo el brazo podría éste comparecer el día del juicio final ante Dios y decirle: "Este libro soy yo".

Hacia 1869 Montalvo obtiene con *"El Cosmopolita"*, magnífico triunfo para la democracia, cuando, a consecuencia de su prédica ardiente, García Moreno es expulsado de la Cámara de Senadores, a la que, llevado por el fraude, pretendía incorporarse. Tras la presidencia de don Jerónimo Carrión y de don Javier Espinoza, García Moreno, el hombre-dios del partido conservador es proclamado candidato, pero la voz avasalladora de *"El Cosmopolita"* se prodiga en bellos y majestuosos artículos rebosantes de patriotismo y pasión. Ante la imposibilidad del triunfo consuman los conservadores la revolución, que señala para Montalvo el camino de la expatriación. Como desterrado vuelve a París, donde en ocasión de la muerte de una matrona quiteña, a la que amaba filialmente, escribe un artículo necrológico: *"El Padre Lachaise"*, modelo entre los de su género por la ternura que de él fluye. Pero la necesidad de subsistir le vuelve a América; recluso en Ipiales, aldea de Colombia, vive durante siete años en la triste situación que supone para un hombre como él, en toda la plenitud de su inteligencia, la privación de la lectura.

Allí bosquejó los *"Capítulos que se le olvidaron a Cervantes. — Imitación de un libro inimitable"*, hermosísima obra que YEROVI califica de maestra por la altura de sus ideas, la amplitud de su doctrina, la rectitud de su criterio y la hermosura y pureza de su idioma, encabezada con el pensamiento: "El que no tiene algo de don Quijote no merece el aprecio ni el cariño de sus semejantes".

JUAN VALERA ve en este libro de Montalvo, que es para él "el más complicado, el más raro, el más originalmente enrevesado e inaudito de todos los prosistas del siglo XIX", una muestra de su optimismo que le lleva no a destruir sino a construir, llegando a hacerle competir con lo insuperable. Reconoce Valera el mérito de esta obra, a la que precede un excelente juicio de Cervantes y el Quijote, aunque haciendo la salvedad de que carece ella de la impremeditada y admirable sencillez del original.

También de los años del destierro en Ipiales data "*La dictadura perpetua*", verdadera sentencia de muerte dictada contra García Moreno, que se convirtió en realidad por manos de Rayo. La noticia, que llegó a Montalvo aun sumido en la desesperación del destierro, le hace exclamar en uno de sus comunes arranques de franqueza: "No hay duda; mis ideas prendieron; no es el acero de Rayo, es mi pluma que le mata".

Encendida nuevamente la hoguera de la guerra civil, Montalvo propone para conjurarla una patriótica solución; ello le vale ser apresado en horas de la noche, cuando se hallaba entregado al reposo, por secuaces de Veintemilla, jefe de los revolucionarios, y puesto a bordo de un vapor inglés pronto a zarpar. Fué éste el destierro que Montalvo llamó el más cruel y sombrío de su vida, pues por las circunstancias en que se produjo y las condiciones económicas en que él se hallaba, no contaba ni con el dinero del pasaje.

Elegido luego diputado por el partido opositor, Montalvo, enfermo o con la convicción de que nada podría hacer frente a la mayoría contraria, no aceptó, defraudando así las esperanzas de la nación entera, que ansiaba ver en la tribuna parlamentaria al valiente redactor de "*El Cosmopolita*".

Elevado Veintemilla a la silla presidencial, se exacerba la persecución de los liberales, entre ellos de Montalvo, que debe llevar una vida entre escondrijos y sobresaltos, a la que prefiere el destierro. Vuelve así a Ipiales con el propósito en él habitual de escribir. Eran sus proyectos concluir las obras iniciadas, escribir otras nuevas y marchar luego a Europa para preocuparse personalmente de su publicación. De ellos le distraen los lamentos de la patria esclavizada; resuelve entonces convertir en látigo su pluma y nacen así sus doce "*Catilinarias*", a través de cuyas páginas inflamadas se presenta alternativamente como apóstol del bien y la justicia o como genio del odio y la venganza. En ellas Montalvo hace trizas a Veintemilla, cuyo gobierno, por sólido que pareciera, no podría resistir tan furioso ataque. "Catilina mismo — dice FEDERICO CÓRDOVA, sagaz comentarista del pensamiento de Montalvo — no oyó de labios de Cicerón en el senado romano, frases más duras y crueles". Para muestra del despre-

cio olímpico con que Montalvo trata a Veintemilla, leamos este párrafo de las "*Catilinarias*": "Ignacio Veintemilla no ha sido ni será jamás tirano: la mengua de su cerebro es tal, que no va gran trecho de él a un bruto. Su corazón no late; se revuelca en un montón de cieno. Sus pasiones son las bajas, las insanas; sus ímpetus los de la materia corrompida e impulsada por el demonio. El primero soberbia, el segundo avaricia, el tercero lujuria, el cuarto ira, el quinto gula, el sexto envidia, el séptimo pereza; ésta es la caparazón de esa carne que se llama Ignacio Veintemilla".

Ya en viaje a Europa Montalvo, sus amigos allegaron los fondos necesarios para la publicación de "*Los siete tratados*", obra que apareció al tiempo que las armas de los ejércitos restauradores lograban la caída de Veintemilla. En la conciencia de todo el Ecuador estuvo que tal triunfo sobre la tiranía y la barbarie fué a la vez obra de la espada de Alfaro y Saresti y de la pluma de Montalvo: "Las armas coronan la obra de la pluma", se dijo.

"*Los siete tratados*", que se intitulan sucesivamente: *De la nobleza*, *De la belleza en el género humano*, *Réplica a un sofista pseudo-católico*, *Del genio*, *Los héroes de la emancipación hispano-americana*, *Los banquetes de los filósofos* y *El buscapié*, a los que siguió "*La geometría moral*", que bien pudiera llamarse "*Tratado del amor*", la más personal de las obras de Montalvo, que en muchos de sus pasajes se retrata, produjeron con su aparición gran revuelo en Europa y merecieron el elogio de autores y críticos de la talla de CÉSAR CANTÚ, JUAN VALERA, NÚÑEZ DE ARCE, CÁNOVAS DEL CASTILLO. Fué entre ellos de los más entusiastas, VALERA, que comparó con Montaigne a Montalvo, declarando admirable "su vastísimo saber, la fuerza de su memoria y la alada virtud de su fantasía".

Todo ello indujo a Montalvo a visitar España, donde fué objeto de expresivos homenajes; CASTELAR pretendió que la Academia Española de la Lengua le contase entre sus miembros correspondientes, pero lo avanzado de sus ideas en materia de religión y filosofía lo impidió, pese a su gloria literaria. No menor revuelo produjeron "*Los siete tratados*" en el Ecuador, donde su lectura fué prohibida por el Arzobispo de Quito, JOSÉ IGNACIO ORDÓÑEZ, en una pastoral que Mon-

talvo despedaza poco después en su "*Mercurial Eclesiástica*", su última obra de combate.

No ha de creerse por ello que fuera Montalvo un ateo, no, era un creyente sincero, profundo admirador del cristianismo, que combatía al clero porque lo veía estrechamente unido al despotismo en su patria. Bien lo prueban sus palabras: "Jesús hombre, es un gran hombre, el mayor de todos; Jesús Dios es el que mantiene en el mundo la virtud y tira la rienda al crimen. La ley de Jesucristo debe ser no solamente ley religiosa, más antes es ley política. Si despojásemos a este gran profeta de su carácter divino, pondríamos a las humanas sociedades al borde de un abismo; el hombre no basta para contener al hombre, es necesario el Dios: pues Jesucristo es Dios!".

Tres años después apareció el primer volumen de "*El Espectador*", tan favorablemente acogido que a poco le siguieron el segundo y tercero. Contienen ellos una serie de artículos a la manera de la hojita diaria del inglés Addison y han merecido de PEDRO PABLO FIGUEROA el siguiente juicio: "En "*El Espectador*" Montalvo vació como en fornido molde toda la savia de su ingenio en sus postreros años, cuando el trabajo y las decepciones de la existencia habían agotado en su cerebro la inspiración y en su alma extinguido la luz de la esperanza".

La publicación de "*El Espectador*" dió origen a la enfermedad que truncó la vida de Montalvo; un enfriamiento al volver a su casa luego de corregir afanosamente las pruebas le postró en cama; tras estériles sufrimientos y cruentas intervenciones, Montalvo, que los había soportado con una entereza espartana, que impresionó a los mismos médicos, comprendió que su fin se hallaba cercano. El 17 de enero de 1889 hízose vestir el frac; sorprendido uno de sus íntimos al encontrarle así, oyó de sus labios estas palabras inesperadas: "Puede que llame su atención verme de la manera que me encuentra. El paso a la Eternidad es el acto más serio del hombre. El vestido tiene que guardar relación".

Aun cuando deseaba Montalvo para reposo de sus restos mortales el cementerio de Montmartre, donde descansan tantos mártires de la libertad, ellos, reclamados por la ciudad de Guayaquil, guárdanse en su Cementerio Católico.

Este hombre preclaro, dueño de un corazón nobilísimo y de una inteligencia deslumbradora, ciudadano sin tacha, patriota abnegado, campeón de la verdad, censor implacable del tirano, hermano de los humildes, uno de los más grandes caracteres de América, fué en todo momento de su vida cruelmente calumniado, vituperado, escarnecido; sus méritos, desconocidos; sus propósitos, desvirtuados.

En vida cualidad alguna le fué reconocida: como escritor, despreciado; como patriota, desprestigiado; como hombre de carácter, negado. Clara conciencia de ello tenía Montalvo, que en algún capítulo de su "*Geometría moral*", dice: "Ese hombre henchido de odio, vivía empapado en lágrimas de amor y pesadumbre. El más desgraciado de todos es el que no puede ser comprendido a causa de la superioridad de su alma: a los que como éste los aborrecemos, ya porque nos lastima su grandeza, que nosotros calificamos de orgullo, ya porque nos irritan sus virtudes, las cuales pesan sobre nosotros y nos abruman. ¿Cuántos hombres superiores no son locos para el vulgo o para los que los rodean, a causa de que él no puede bajar hasta ellos, ni ellos subir hasta él?"

La Academia Ecuatoriana le señalaba con horror y calificaba sus obras de inmorales, sin detenerse a contemplar las dotes de talento del autor y su profundo dominio de la lengua castellana, reconocido por VALERA, que dice de Montalvo: "No sólo habla y escribe el castellano puro, sino que le ha estudiado con amor; posee el rico tesoro de sus vocablos, giros y frases, y los emplea y ordena con muy notable facundia y con artística destreza para expresar sus sentimientos".

Alguna vez, cuando la injuria no provenía sólo de los enemigos, mas también de los mismos hombres de su partido hubo de decir amargado: "Al diablo sea ofrecido el fruto que se saca de tanto estudiar, tanto padecer, tanto gemir por las desgracias comunes, por los males de la patria. Rectitud, austeridad, firmeza son los tres enemigos, no del alma, sino de la suerte del hombre de bien, del patriota desprendido. ¿Cómo hemos de formar buenos ciudadanos, cargándoles la mano por todas partes, a los amigos de la cosa pública, lejos de animarles con algún estímulo?"

Enemigo irreconciliable de la ciega fortuna, jamás quiso Montalvo poner su pluma al servicio del lucro: "Este buen

sujeto ha creído que a mi pluma podía dar el uso de una cuchara”, replicó a quien le proponía escribir pequeñas obras mensuales que el público recibiría bien y pagaría mejor.

Completan el repertorio de Montalvo “*El Regenerador*”, también obra de combate; los volúmenes de “*Joyas literarias*”; “*El terremoto de Imbabura*”, que mereció felicitaciones de Víctor Hugo, y artículos inéditos y escogidos. Pero sus tareas de prosador y polemista insigne no le impidieron cultivar las musas: compuso versos y escribió dramas, aunque unos y otros no resisten el parangón con su prosa magnífica.

Entre los primeros se citan “*Consejos a un niño*”, plenos de sentimientos y hermosas imágenes; “*Al pie del Monte Blanco*”, de atrevida concepción; “*La juventud se va*”, destinado a llorar lo efímero de los años juveniles. Mas, no sólo en verso fué Montalvo poeta, en su prosa canta muchas veces, sin esclavizar su inspiración a las reglas de la métrica; trozos hay en ella que reflejan, en períodos arrebatadores por su belleza, lo más hondo de su alma, lo más sutil de su ingenio.

Sus dramas, salvados casualmente de la destrucción al procederse al inventario de sus papeles después de su muerte, se intitulan “*Granja*”; “*El descomulgado*”, cuyo protagonista es el propio Montalvo; “*La leprosa*”; “*Yara*”; “*El dictador*” y ellos tienen todos por argumento sucesos reales y recientes. Reconociendo la excelencia de su lenguaje, se ha criticado en ellos la falta de acción y de intriga, a pesar de lo cual han sido entusiastamente aplaudidos por el público ecuatoriano.

La posteridad ha hecho justicia al insigne Montalvo, que el Ecuador ha proclamado su hijo predilecto.

EL BUSCAPIÉ

Dame *del atrevido*; dame, lector, *del sandio*, del mal intencionado no, porque ni lo he menester, ni lo merezco. Dame también *del loco*, y cuando me hayas puesto como nuevo, recíbeme a perdón y escucha. ¿Quién eres, infusorio, — exclamas — que con ese mundo encima vienes a echármelo a la puerta? Cepos quedos: no soy yo contrabandista ni pirata: mía es la carga: si es sobradamente grande para uno tan pequeño, no te vayas de todas por este único motivo; antes repara en la hormiga que con firme paso echa a andar hacia su alcázar, perdida bajo el enorme bulto que lleva sobre su endeble cuerpecillo. Si no hubiera quien las acometa, no hubiera empresas grandes; el toque está en el éxito: siendo él bueno, el acometedor es un héroe; siendo malo, un necio: aun muy dichoso si no le calificamos de malandrín y bellaco. Este como libro

está compuesto: sepa yo de fijo que es obrita ruin, y no la doy a la estampa; téngala por un acierto, y me ahorro las enojosas diligencias con que suelen los autores enquillotrar al público, ese personaje temible que con cara de justo juez lo está pesando todo. Él decidirá: como el delito es máximo, la pena será grande: al que intenta invadir el reino de los dioses, Júpiter le derriba. Pero el rayo consagra: ese demente es un escombros respetable.

¿Qué pudiera proponerse, me dirán, el que hoy escribiera un *Quijote* bueno o malo? El fin con que Cervantes compuso el suyo no existe: la lectura de los libros caballerescos no embebece a cuerdos ni a locos, a entendidos ni a ignorantes, a juiciosos ni a fantásticos: estando el mal extirpado, el remedio no tiene objeto, y el doctor que lo propina viene a curar en lo sano. Así es; pero yo tengo algo que decir: Don Quijote es una dualidad; la epopeya cómica donde se mueve esta figura singular tiene dos aspectos: el uno visible para todos; el otro, emblema de un misterio, no está a los alcances del vulgo, sino de los lectores perspicaces y contemplativos que, rastreando por todas partes la esencia de las cosas, van a dar con las lágrimas anexas a la naturaleza humana guiados hasta por la risa. Don Quijote enderezador de tuertos, desfacedor de agravios; Don Quijote caballero en Rocinante, miserable representación de la impotencia; Don Quijote infatuado, desvanecido, ridículo, no es hoy necesario para nada. Este Don Quijote con su celada de cartón y sus armas cubiertas de orín se llevó de calles a Amadis y Belianis, Policisnes y Palmerines, Tirantes y Tablantes; destrozólos, matólos, redujolos a polvo y olvido: España ni el mundo necesitan ya de este héroe. Pero el Don Quijote simbólico, esa encarnación sublime de la verdad y la virtud en forma de caricatura, este Don Quijote es de todos los tiempos y todos los pueblos, y bien venida será adonde llegue, alta y hermosa, esta persona moral.

Cervantes no tuvo sino un propósito en la composición de su obra, y lo dice; mas sin saberlo formó una estatua de dos caras, la una que mira al mundo real, la otra al ideal; la una al corpóreo, la otra al impalpable. ¿Quién diría que el *Quijote* fuese libro filosófico, donde están en oposición perpetua los polos del hombre, esos dos principios que parecen conspirar a un mismo fin por medio de una lucha perdurable entre ellos? El género humano propende a la perfección, y cuando el polo de la carne con su enorme pesadumbre contrarresta al del espíritu, no hace sino trabajar por la madurez que requiere nuestra felicidad. Si Don Quijote no fuera más que esa imagen sería y gigantesca de la risa, las naciones todas no la hubieran puesto en sus plazas públicas como representante de las virtudes y flaquezas comunes a los hombres; porque una caricatura tras cuyos groseros perfiles no se agita el espíritu del universo, no llama la atención del hombre grave, ni alcanza el aprecio del filósofo. Hay obras que hacen reír quizá más que el *Quijote*, y con todo, su fama no ha salido de los términos de una nación: testigo Rabelais, padre de la risa francesa. Panurge y Pantagruel darán la ley en Francia; Don Quijote la da en el mundo. Con decir que Juan Falstaff no es ni para escudero de Don Quijote, dicho se está que en este amable insensato debajo de la locura está hirviendo esa fuente de sabiduría donde

gustan de beber todos los pueblos. "El *Quijote* es un libro moral de los más notables que ha producido el ingenio humano." Si como español pudiera infundir sospechas de parcialidad el autor de esta sentencia, extranjero fué el que llamó a Cervantes "honra, no solamente de su patria, sino también del género humano"¹.

Don Quijote es un discípulo de Platón con una capa de sandez: quitémosle su aspada vestidura de caballero andante, y queda el filósofo. Respeto, amor a Dios, hombría de bien cabal, honestidad a prueba de ocasiones, fe, pundonor, todo lo que constituye la esencia del hombre afilosofo, sin hacer mérito de las obligaciones concernientes a la caballería, las cuales siendo de su profesión, son características en él. Aun su faz ridícula, puesta al viso, seduce con un vaivén armonioso de suaves resplandores. Se hace armar caballero, por habilitarse para el santo oficio de valer a los que poco pueden: embiste con los que encuentra, si los tiene por malandrines y follones, esto es, por hombres injustos y opresores de los desvalidos. Trátase de un viaje al fin del mundo: él está ahí, a él le toca e incumbe molestia tan gloriosa, pues va a desagraviar a una mujer, a matar al gigante que usurpó el trono a una reina sin amparo. Todo noble, todo elevado en el fundamento de esta insensata generosidad: echada al crisol de la filosofía locura que tan risible nos parece, luego veríamos cuajarse una pepita de oro aquilatado. El móvil de acciones tan extravagantes, en resumidas cuentas, viene a ser la virtud. Don Quijote es el hombre imaginario, en oposición al real y usual que es su escudero Sancho Panza. ¿Quién no divisa aquí las dos naturalezas del género humano puestas en ese contraste que es el símbolo de la guerra perpetua del espíritu y los sentidos, del pensamiento y la materia? Si el fundador de la Academia no hubiese temido ser impío modificando la obra del Todopoderoso, habría ideado el hombre perfecto, al modo que imaginó y compuso su República. Empero, si a fuer de pensadores le quitamos a la humana especie su parte tosca y viciosa, queda descabalada: el polvo del mal es contrarresto necesario en nuestra naturaleza; y sin propender a un sacrílego trastorno, al sabio mismo no le es dable decir: "Así hubiera sido mejor el hombre." Todo lo que hace el filósofo para mostrarnos que somos ruines y que pudiéramos ser más dignos del Criador, es delinear el hombre imaginario. Tal es Don Quijote: en poco está que este loco sublime no derrame lágrimas al sentarse a la mesa, cual otro Isidoro Alejandrino.

Aquí estriba el secreto de la celebridad sin mengua de Cervantes: si a ingenio va, muchos lo han tenido tan despejado y alto como el suyo. Mas cuando Boccaccio rendía homenaje al vicio con obras obscenas; cuando la reina de Navarra y Buenaventura Desperries enderezaban a los sentidos el habla seductora de sus cuentos eróticos; cuando el cura de Meudón y Bouchet le daban vuelo al pecado con su empuje irresistible; cuando las matronas graves, las niñas puras leían y aprendían a esos autores para citarlos sin empacho, se estaba ya desenvolviendo en las entrañas del porvenir el genio que luego había de dar al mundo la gran lección de moral que los hombres repiten sin cansarse. ¿Qué es de esos novelistas, célebres en su patria y su tiempo? Fantasmas desconsolados,

¹ John Bowle, *Anotaciones al Quijote*.

vaguean al descuido por los ámbitos oscuros de la eternidad: si alguien los mira, si alguien los conoce, no se inclina, como Dante en presencia de los espectros celestiales que encuentra en el Paraíso. Cervantes enseñó deleitando, propagó las sanas máximas riendo, escarneció los vicios y barrió con los pervertidores de la sociedad humana; de donde viene a suceder que su alma disfruta de la luz eterna y su memoria se halla perpetuamente bendecida. Tanto como esto es verdadero el principio del divino Sócrates, cual es que sólo por medio de la virtud podemos componer las obras maestras. Cervantes sabía esto, y echó por la senda opuesta a la que siguieron los autores contra los cuales alzó bandera, hablando de cuyas obras dijo un gran obispo: "Su doctrina incita la sensualidad a pecar, y relaja el espíritu a bien vivir." Escritor cuyo fin no sea de provecho para sus semejantes, les hará un bien con tirar su pluma al fuego: provecho moral, universal; no el que proclaman los pseudo-sabios que adoran al dios Egoísmo y le casan a furto con la diosa Utilidad en el ara de la Impudicia.

Así lo han comprendido los autores que, poniendo el ingenio a las órdenes de las buenas costumbres, cierran con los vicios y los tienen a raya. Sus armas no siempre son unas: Teofrasto, La Bruyère, Le Rochefoucauld, Vauvernargues hinchén de amarga tirria las cláusulas con que retratan el corazón humano. Reír, jamás estos filósofos: hablan cual sombras tétricas que tuviesen de la Provincia el encargo de corregir a los hombres reprendiéndolos con aspereza. El vicio los irrita, el crimen les da tártagos, y la acritud saludable de su pecho sale afuera en pocas palabras hoscas y bravias como el fierro bruto. Bajeza, perversidad humana, miráronlas en serio; y para remediarlas emplearon una murria acerba revestida de indignación. Estos censores se pasan de severos: témelos uno, pero elude su castigo con huir de ellos: más pueden esos maestros sutiles que se insinúan ríe riendo, se meten adentro y hieren el alma. Plauto, Cervantes y Molière han hecho más contra las malas costumbres que todos los campeones cuya espada han sido la cólera o las lágrimas. A Demócrito no gusta uno de mostrársele; a Heráclito le compadecemos y pasamos adelante.

El autor del *Quijote* siguió las propensiones de su temperamento: así como su héroe se cubre el rostro con su buena celada, así él se oculta debajo de ese antifaz tan risueño y alegre con el cual llena de regocijo a quienes le miran y escuchan: si la melancolía le oyera, se riera: no hay hambre, luto, palidez que no quiebren la tristeza en la figura del caballero andante en quien son motivos de risa lo mismo que a otros los vuelve respetables y aun temibles. Elevado, grave, adusto en ocasiones; audaz, intrépido, temerario; sensible, amoroso, enamorado; constante, sincero, fiel, todo para hacer reír. ¿Es ésta una burla atroz, escarnio violento al cual sucumben esas virtudes? Nada menos que eso: Cervantes saca el caballo limpio: esas virtudes quedan en pie, erguidas, adorables; no han hecho sino ir a la batalla. Deslinde éste muy holgado, si consideramos que no les ha cabido ni el aliento de la ridiculez, y que no afean su manto de armiño partícula de tierra ni chispa de sangre. Antes podemos considerar esta antilogía como el testimonio de lo avieso y torcido de nuestra condición: efectivamente, ¿quién aspira a la felicidad

mundana, quién la alcanza con el ejercicio de las buenas obras? Si el que las tiene de costumbre se escapa de la fisga, la ingratitud no le perdona; si no muere en la cruz, de día y de noche están en un tris de lapi-darle sus más íntimos amigos. ¡Oh tú, el franco, el dadivoso!, no des una ocasión, o no des cuanto te piden: eres un ahorrativo, un cutre para el cliente benigno; córrale sangre por las venas, y no serás menos que un canalla. ¡Oh tú, el denodado, el menospreciador del peligro!, parece en él, y eres un necio: murió de puro tonto, exclama tu propio camarada: si tu ángel de la guarda te preserva, no eres sino fanfarrón, matasiete de comedia que se pone en cobro a la asonada del enemigo verdadero. ¡Oh tú, el sufrido, el manso, que perdonas agravios, olvidas calumnias!: hombre vil, sin honra ni amor propio. ¡Oh tú, el magnánimo, el altivo, que por bondad o por desdén no das rostro a tus perseguidores!: ignorante, cobarde, según los casos. ¿Qué mucho, pues, si aquel cuyas acciones tienen por móvil principios sanos y plausibles sea víctima o escarnio de sus semejantes? Caídas, palos, afrentas de Don Quijote; lances ridículos, burlas, carcajadas son espejo de la vida. Si éste fuera bribón cuerdo y redomado, nadie le diera sogas, nadie hallara de qué reírse en él; siendo loco furioso, ¡guarda, Pablo, Dios y a un lado! Nosotros pensamos que sin miedo del martirio debemos echar por el camino de espinas: como esto sucede algunas veces, para honra de la especie humana, apenas habrá quien juzgue por gratuitos los encargos que contra ella se derivan de ciertas consideraciones. ¿Gratuitos? ¡Dios misericordioso! Pitágoras muere en el fuego; Sócrates apura la cicuta; Platón es vendido como esclavo; Jordán Bruno, Savonarola son pasto del verdugo. ¿Quién más? Todos piensan que el matador de César dijo una gran cosa cuando exclamó: “¡Oh virtud, no eres sino vana palabra!” Exclamó: “¡Oh virtud, eres sentencia de muerte!”, y el mundo le sacaba aún más verdadero.

“Capítulos que se le olvidaron a Cervantes”, Capítulo I.

DE LA GRANDE AVENTURA DEL GLOBO ENCANTADO EN QUE VENÍA LA MÁGICA ZIRFEA

Siguió su camino Don Quijote, y ahora fué él quien habló primero diciendo: Tienes del sexo frágil, Sancho, que no pierdes ocasión de soltar el trapo: ¿por qué metes tu cuchara en conferencias a que yo vengo con obispos y arzobispos? Donde habla el amo, calla el criado, Sancho incorregible; o por mejor decir, donde el gallo canta... Ya me entiendes. — Si el escudero ha de ser mudo, respondió Sancho, ¿por qué en el acto de armarse los caballeros no le cortan o le pican la lengua? Así vuestras mercedes no se anduvieran dando de las astas con sus criados sobre si dicen esto y dicen lo otro. — Ya te veo, besugo, replicó Don Quijote: si te cosieran los labios, hablaras por los ojos. Pues no se dirá que Don Quijote de la Mancha dejó morir a su escudero por falta de paciencia para oírle. — Lo malo que dirían sería que lo asesinó, repuso Sancho:

matar a uno atajándole el resuello, hendiéndole la mollera, o privándole del uso de la palabra, todo va a dar allá. Ahora digo a vuesa merced en verdad que desde chiquito he hablado, y que habrán de quitarme la vida para imponerme un silencio absoluto. — Sancho dichoso, dijo Don Quijote, para ti el hablar es tan necesario como el respirar: ¡si te conozco! permanecieras dos días en ayunas; una hora en silencio, no. Habla cuanto se te antoje, pero ten cuidado de tomarle el pulso a mi humor, que no siempre le podrás hallar como hoy, dispuesto a llevarte el genio. — Hubiera seguido adelante Don Quijote sus razones; pero una aventura que prometía ser de mucho tomo le incitaba a un mismo tiempo por otro lado, y así se apercibió para ella, resuelto a acometerla con mano armada. — En ese globo que llega rozando el suelo viene una encantadora, Sancho, dijo: de este modo viaja Urganda la desconocida; de este modo corre el mundo la mágica Zirfea. — Téngase vuesa merced y mire lo que hace, respondió Sancho, que todavía me está cimbreado el cuerpo de los palos de ahora ha poco. — Mucho miedo y poca vergüenza, dijo Don Quijote. Encantador o encantadora, brujo o bruja, incubo o súcubo, aquí he de ver lo que me quiere; y aunque sea el diablo en persona, se ha de volver rabo entre piernas.

Era el caso que por el camino adelante venía una recua de mulas envuelta en una manga de polvo, trayendo al cuello la capitana un esquilón que resonaba en la obscuridad. ¿Quién viene aquí?, preguntó Don Quijote en voz arrogante: ¿es gente de la común y pasadera, o de aquella cuya corrección y castigo incumbe a los caballeros andantes? — Dinero del rey, contestó uno de los guardas que allí venían. Hágase a un lado, hermano, y deje pasar la recua. — ¿De dónde traéis ese dinero? ¿Adónde lo lleváis, cuánto es y a qué se lo destina? — Remesa de Indias, volvió a contestar el guarda, llegada a Sevilla por la última flota. Nos lo han entregado a bulto, las talegas vienen selladas, y no sabemos cuánto sea. En orden al uso que Su Majestad dé a esta bicoca, lo sabe el diablo. — Hablad del rey con humildad y respeto en presencia de un caballero andante, dijo Don Quijote, u os hago ver en este punto quién es Don Quijote de la Mancha. — Ahora viene este vestiglo, tornó a decir el guarda, a levantarme la especie de que murmuro de Su Majestad, y aun se propone castigarme de mano poderosa. Váyase el espantajo normal, antes que yo pase con mis mulas sobre él y le deje preveído para cuatro meses de cama. — ¡Para doce os proveeré yo, bellaco!, gritó Don Quijote, y arremetió de manera que si el agredido no se hace a un lado muy a prisa y hurta el cuerpo, su grosería le diera mucho de que se arrepintiese. Errado el golpe, quiso Don Quijote venir a tierra por el arzón delantero de la silla, y en cuerpo indefenso le dió el guarda media docena de palos tales, que los yangüeses no se alabaran de habérselos dado mejores. Dejóle por no matarle, muy asido el pobre caballero con la cerviz de Rocinante, mientras Sancho llevaba de otras manos, y no menos hábiles para esas gracias. Siguieron los arrieros su camino, sin dárseles una chita de la mala obra que acababan de hacer: si del todo morían aquellos desventurados, ¿qué había sino decir que les quitaron la vida en defensa de las acémilas del rey? Don Quijote se enderezó como pudo sobre su caballo, y dijo en voz quebrantada y dolorida: —

Tenga yo aquí el bálsamo que tú sabes, y estos huesos rompidos, Sancho, y estas heridas de que estoy acribillado no me dieran afincamiento. Dígate que de hoy para adelante, primero nos ha de faltar el pan en las alforjas que el bálsamo de Fierabrás. Con sólo haber hecho mención de él, me siento mejor; y si alcanzara a olfatearlo, siquiera a frasco cerrado, yo me diera por sano. — Repita vuesa merced esa palabra, y aquí echo el alma por la boca, respondió Sancho. — Será porque tú no has llevado lo que yo, volví a decir el caballero: en sintiéndote molido, harto desearas el específico que ahora finges aborrecer. — ¿Qué ha llevado vuesa merced?, preguntó Sancho; o yo sé poco, o los míos fueron palos. — A mí me tocó una cosa parecida, respondió Don Quijote. El mal estuvo en que a los primeros me invalidaron el brazo de la espada; de otro modo yo les diera a entender a esos malandrines quién es éste a quien el mundo llama Don Quijote. Ahora vengo a discurrir, hermano Sancho, que el héroe de esta hazaña, que para nosotros ha sido una desgracia, es Fristón. Entre ese encantador y yo hubo siempre alongamiento de voluntad; mas ya providenciaremos lo necesario, y él verá si se le vuelve la albarda a la barriga. Vente conmigo, Sancho, y por la fe de caballero juro que antes de un día habré reparado con una hazaña de las mías el mal que nos ha cabido en esta aventura.

Se arrellanó Sancho en su rucio, y cuando iba caminando dijo: — ¿Vuesa merced es perito en esto que llaman pecados, señor Don Quijote? — ¿En el cometerlos?, respondió el caballero, pecador soy yo a Dios; ¿a qué viene esa pregunta, Sancho indiscreto? — Digo, señor, si vuesa merced sabe a ciencia cierta cuáles acciones tienen ese nombre, y cuándo incurre uno en ellos, y esto para que yo salga de un esprucu que me está carcomiendo las entrañas del alma. — Apuesto cualquier cosa, replicó Don Quijote, a que quisiste decir escrúpulo. En este caso, puedes acallar la conciencia, cierto de que yo te lo quito de las entrañas del alma, y aun de más adentro, si la tuya se compone de muchos departamentos. Mas si ese esprucu es algún insecto, áspid, culebra u otro ente maléfico que se te ha adherido al alma, no me será dable sacarte de tu cuita. — ¿No llaman esprucu, volvió Sancho a decir, esa incomodidad del espíritu que uno experimenta cuando no acierta a saber si ha obrado bien o mal? — Eso es escrúpulo, respondió Don Quijote; y pues tan bien lo explicas, dí luego el que ahora te roe el pecho. — Es el caso, señor, que cuando vuesa merced arremetió con el guarda, yo le tuve por muerto a esa buena pieza y pensé que el propio camino llevarían los demás; y así, juzgando lícito hacer mío el botín de guerra, resolví apoderarme del dinero de Su Majestad. ¿Es o no esto un principio de robo? — Cuando pensabas tomar el dinero del rey, contestó Don Quijote, ¿era como quien iba a robar o como quien resolvía apropiarse de una cosa ganada en buena guerra? — Vuesa merced, replicó Sancho, tenga presente que yo jamás hago nada como quien roba: si acometo a las acémilas, hubiera sido a lo cristiano, sin mala intención ni daño de tercero. — Todavía es verdad que no obraste como bueno, dijo Don Quijote: acudir al botín es cosa posterior y secundaria; y tú principias por echarte sobre él, dejando en pie al enemigo. Viste, por otra parte, que la batalla no se hizo sobre aquella remesa de Indias, la que, siendo del rey, era dos veces sagrada, sino

¡sobre si el bellacón del guarda se había de ir o no sin su merecido! Mas te arrepientes de tu mal pensamiento, y yo te doy por absuelto de la pena. Pon en la memoria, Sancho, que el fin de las aventuras no es el hacernos de riquezas: podemos ganar un reino matando a su dueño en la batalla; pero no es del caballero andante pelear sobre simples bienes de fortuna. Más noble es mi profesión, buen Sancho, y más generosos y respetables estos que nos llamamos andantes. A esta ley te has de atener en lo sucesivo, sin que te sea prohibido hacer tuyos los despojos de los soberbios a quienes yo fuere derribando; regla que puedes poner en planta ahora mismo con esos que allí vienen.

Id., Capítulo XVIII.

QUE MUESTRA HASTA DÓNDE PODÍAN LLEGAR Y LLEGARON EL ATREVIMIENTO Y LA LOCURA DE DON QUIJOTE

A cierta distancia vió Don Quijote una como iglesia que se venía acercando lentamente, en medio de una nube de polvo. Despabiló la vista y aguzó el oído, inquiriendo hacia dónde podía sonar la música de Anfión que así descuajaba los edificios y los obligaba a venir tras ella. Tuvo el caballero por bien averiguado que era cosa de aventura, o principio y elementos de una de las más famosas que pudieran sucederle; y así, montó sobre su caballo, tomó su buena lanza, salió al camino, y se estuvo a esperar que llegase aquella máquina, con ánimo de embestirla, si fuese una legión de diablos salida del infierno con casa y todo. — Muda el lobo los dientes y no las mentes, dijo Sancho al ver a su amo a punto de batalla. ¿No sea cosa que otros batanes?... Y no digo más, sino paz duradera y suceda lo que Dios quiera. — Habíase acercado el promontorio movable: la gente de juicio no vió en él ni todo el grupo, sino un lento pacífico elefante que venía cubierto con una caparazón enorme, siguiéndole sus dueños, los cuales traían además dos osos tan católicos que se dejaron matar primero que hacer perjuicio ni a una mariposa. Es una compañía de ganapanes, medio artistas, que se van por esos mundos haciendo ver en aldeas y ventas su buen elefante, a cuyo espectáculo añaden las habilidades de los osos, maestros en el *pésamedello*, el *colorín colorado* y las *gambetas*, que los bailan como unos gerifaltes. No traen mono, por parecerles personajes de mala representación para unos como ellos, que pasándose de titiriteros habían venido a rayar en cómicos o histriones. Los osos y el elefante no son todo; sus dueños tienen también su papel: armando un tablado sobre la marcha, representan por su parte sainetes y entremeces que ellos califican de comedias y aun de tragedias. El tuáutem y primer accionista se llama tío Peluca, o maestro Peluca, indistintamente: hombre de buen parecer por el un lado, si bien por el otro no le falta si no el ojo; razón por la que, quizá con algún fundamento, sus amigos le llaman por cariño y antonomasia el Tuerto, sin que él dé muestras de sentirse. Viene entre ellos un hombre de nueve pies de altura, con el espesor y el ancho correspondientes, cuyo objeto es hacer juego con el elefante; asturiano

que pone en la sociedad su corpulencia, y tiene derecho a los gananciales por un igual con los demás socios, si no es el tío Peluca, quien, como director de la empresa, toma para sí el tercio del producto libre. Después de ese hombrón, el tercero en la jerarquía es un homúnculo, de una vara de estatura, a quien se le podía clavar en la pared con un alfiler de a cuarto. Estos dos marchantes compiten y rivalizan, cuándo en lances amatorios, cuándo en hechos de armas, cuándo en cantares de gesta, con sacudimiento y bizarria tales el braguillas, que no hay otra cosa para el villanaje que les suele servir de espectadores. Este exiguo personaje se llama Pepe Cuajo, frisa con los cincuenta años y tiene unas barbejas que comunican suma ridiculez a su persona. Por el genio, Pepe Cuajo es el mismo diablo: gestudo, fruncido, gritón. Sus aparceros lo aguantan por las utilidades que dejan su figura y su buen desempeño en el teatro, donde es cosa de morir de risa verle hacer papeles de enamorado y valiente. A este negocio concurre a las mil maravillas una moza fehuela, pero vivaracha, quien, huída de sus padres desde niña, se había criado en poder de esa gente truhanesca y vagabunda. Llámase Munchira la gentil pieza, y por refinamiento de cariño, sus compañeros le dicen Munchirita, mientras que el grandazo de más allá es conocido con el nombre de Pedro Topo. Hombre éste de buena pasta y mejor índole, a quien se puede perjudicar, pero no ofender, porque en ello va mucho peligro. La compañía es bien surtida y hace buenos cuartos en haz y paz de nuestra santa madre Iglesia.

No se le ocultó a Don Quijote qué era lo que allí venía; mas no por eso desistió de su empeño; antes tuvo a fortuna el encontrar con enemigo tan digno de él, habiendo resuelto llamarse el Caballero del Elefante cuando le hubiese vencido, a semejanza de otros que ya tomaron los de Caballero del Cisne, del Unicornio, de la Serpiente, del Basilisco, y otros no menos famosos. — ¡Arre! Buen hombre, gritó el maestro Peluca, deje pasar la bestezuela, que es moro de paz. — Don Quijote hizo su primer embestida, sin más fruto que verse apartar suavemente por el bondadoso o desdenoso animal. — ¡Qué diablo de ladrón es éste!, dijo el maestro Peluca, al ver que Don Quijote volvía a la carga. ¡Quietos, Chilintomo, quietos! — Volvió a separarlo con mansedumbre el generoso bruto, y seguía su acompasado, lento paso, poniendo en tierra cada minuto cuatro arrobas de pies, sin dársele un comino de las arremetidas de Don Quijote. Redobló su furia el caballero, juntó sus fuerzas, se encomendó a su señora Dulcinea del Toboso, y a espuela batida Rocinante se vino a estrellar, baja la lanza, contra la impasible mole. A las voces de su dueño: ¡Dale, Chilintomo!, borneó la trompa Chilintomo en forma de parábola, y dió tal chincharrazo, que caballo y caballero fueron a dar sin sentido a doce pasos. Siguió adelante la comitiva mientras Sancho Panza se tiraba, dando gritos desesperados, sobre su amo. Mas vió que Don Quijote se meneaba, y aun le oyó decir en voz balbuciente:

No me pesa la mi muerte,
porque yo morir tenía;
pésame de vos, señora,
que perdéis mi compañía.

—Vuesa merced no está muerto, le gritó Sancho al oído; si a mí no me cree, aquí está Rocinante que no me dejará mentir.—Habíase, en efecto, enarmonado el pobre rocín, y se dejaba estar dolorido, pensativo, caídas las orejas, con señales de haberle llegado al alma el golpe. Don Quijote no quería estar ileso por nada de este mundo; con tal de verse malferido en buena guerra, se hubiera dejado morir sin argumento. Figurándose que la batalla había sido terrible y que estaba cosido a lanzazos, iba recorriendo en su memoria las aventuras de los mejores caballeros, según cuadraban con su situación, y decía:

Desdeque allí hubieron llegado
van el cuerpo a desarmare:
quince lanzadas tenía;
cada cual era mortale.

Pensaba Don Quijote que el suyo era caso de muerte, y bien por real enfervorizamiento, bien porque el delirio le pareciese convenir a su situación, mirando suavemente a su escudero, siguió diciendo:

Ya se parte el pajecico,
ya se parte, ya se va.

—No me parto ni me voy, señor Don Quijote: amigo viejo, tocino y vino añejo. El que me busca en la prosperidad y me niega en el infortunio o el peligro, *abrenuncio*: firmado lo doy que ése tiene un depósito de estiércol en el pecho. Aquí estoy yo, señor: fíese de este corazón. empuñe esta mano que sabe alargarse al afligido más prontamente que al dichoso.—Como pudieras, Sancho, respondió Don Quijote, proporcionarme un bocado del bálsamo que sabes, vieras a tu señor alzarse cuan alto es, con todos sus huesos en sus coyunturas.—Sancho corrió hacia los criados con un preciosísimo portante, y como los hallase entendiendo en alforjas y maletas, les pidió un jarro de vino para salvar la vida a un cristiano. Habíanse partido los señores, sin hacer caso del caballero andante caído y molido, propasándose el doctor Mostaza hasta el extremo de gritarle: ¡Así te quise ver, infame! Los criados que, sin duda valían más que los amos, le dieron de buena voluntad a Sancho lo que pedía, y éste, provisto de su elixir, volvió para su señor. Don Quijote, tomando a dos manos el jarro, se lo echó al colete, de tan buena gana, que a los cuatro sorbos no dejó gota en el recipiente. Por cierto que no pudo montar a cuatro tirones, ni a ocho montara si su criado no hubiera acudido a darle impulso y vuelo. Cuando se vió a horcajadas, pensó que de un salto se había puesto sobre su buen caballo, y bizarreándose en él apretó las espuelas, con ánimo de hacerle dar algunos escarceos. Al verle tan de buen año, le dijo su escudero: Coscorrón decañaheja duele poco y mucho suena, señor Don Quijote. Desigual fué la batalla, pero no tan recia como la que nos dieron los yangüeses.—No digas eso, respondió Don Quijote, sino que ahora no me han roto en la boca la ampolla del bálsamo prodigioso. Si en la batalla a que aludes hubiera yo podido aprovecharme de la bebida encantada, me vieras entonces tan entero y animoso como ahora. Monta, Sancho, y sígueme; hoy es cuando

nos va a suceder aquello de que ha de resultar, para mí el ganar la corona imperial, para ti el posesionarte de tu condado. Si lo tuvieres por mejor, serás terrateniente de mis más pingües comarcas, como te obligues a hacer pleito homenaje a mi corona, y pondremos a Sanchica de menina de la emperatriz. Si el imperio que yo gane está situado en el Asia, serás el primer nabab de todo el continente; a menos que no gustares más bien de tomar mis flotas a tu cargo en la laguna Meótide o mar de Zabache, con el título de almirante. — Sea de mi colocación lo que fuere, repuso el escudero, lo cierto es, señor Don Quijote, que al enfermo que es de vida, el agua le es medicina. Quien viera a vuesa merced ahora ha poco tan caído de salud, y quien le ve sobre su alfaina repartiendo coronas y haciendo almirantes, no acabara de maravillarse del vaivén de la fortuna. Vengan esas flotas y sigamos, que temo no haya lugar para todos en la venta. — Haces mal en temer eso, amigo Sancho: ora en venta, ora en castillo, a gloria tendrán todos, grandes y pequeños, el correrse, estrecharse, apretarse y exprimirse para hacernos plaza.

Cuando esto decían, iban ya de camino caballero y escudero, paso entre paso; ni Don Quijote estaba para espolear tan a menudo a Rocinante, ni Rocinante para salir de su genio. — ¿De qué alfaina hablabas hace poco?, preguntó Don Quijote a su criado. — ¡Pesia mí!, ¿de qué alfaina? De la que monta vuesa merced, este paño de lágrimas, nuestro buen Rocinante. — ¿Y por qué le llamaste alfaina? — Porque así he oído a vuesa merced llamar a los caballos de primera clase. — ¡Quia!, dijo Don Quijote; ¿soy yo de los que hablan disparates? Habrásme quizás oído decir alfana. — Vuesa merced, repuso el escudero, se detiene en una brizna y tropieza en una tilde: ¿qué va de lo uno a lo otro? — Lo que va de macho a hembra, volvió a decir Don Quijote; lo que va de Sancho a Sancha: alfana es la yegua corpulenta, briosa, superior, y ésta nunca puede ser caballo. Sí no me crees, ahí está la del moro Muzaraque, la cual era como una iglesia. ¿Y la del rey Gradoso no era un yegután desmedido, sobre la cual tenía el moro que subir por escalera?

*Gradasso havea l'alfana la piú bella
e la miglior che mai portasse sella.*

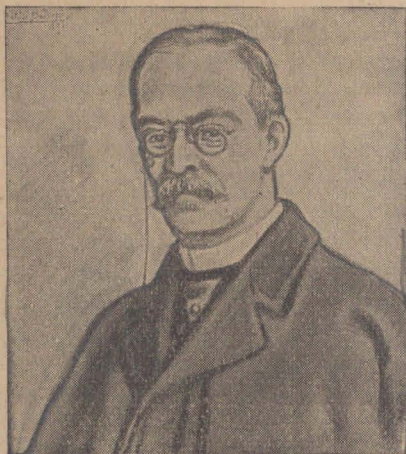
como lo puedes ver en las historias caballerescas. Habla con atildadura, Sancho, o te doy carta desaforada y te levanto la facultad de usar de la palabra en mi presencia. — Déjeme vuesa merced expresarme a mi sabor, replicó Sancho, y oírá sentencias y cosas que se le graben para siempre en la memoria. Me tienen por asno; pues métanme el dedo en la boca. Aldeana es la gallina y cómela el de Sevilla. — Si a tu sabor te dejara yo hablar, Sancho intrincado, Sancho escabroso, ¿qué fuera de la lengua castellana? Habla jerigonza, habla aljamía, habla germanía; pero confiesa a lo menos que eres gitano, morisco o galeote: católico viejo habla español rancio. Uno que se está educando para conde y va camino de la monarquía ha de medir la boca en el comer, la lengua en el hablar, y haberse con mucho tiento en sus maneras y discursos. ¿Piensas que la justedad de las ideas no requiere tersura en las expresiones, y que el

pensar bien no ha de venir junto con el bien decir en los que aspiran a levantarse sobre el vulgo? Dime otra vez alfaina, y veremos si no revoco la determinación que tengo de elevarte a de donde veas como pollos a tus contemporáneos. — Cide Hamete no quiere acordarse de la réplica de Sancho, y dice tan sólo que los aventureros llegaron a la venta, henchida ya de gente por ser las seis de la tarde, hora en que todo el mundo acude a la posada. Traía Don Quijote desencajado el juicio, revueltos los sesos más que de costumbre; y así la venta del Moro fué para él castillo, por castillo la tuvo, vió el atalaya sobre los adarves, y aun oyó el son de la trompeta con que anunciaban la llegada de un caballero de alta guisa.

Id., Capítulo L.

RICARDO PALMA

Ricardo Palma, el venerado tradicionalista peruano, don Ricardo para sus conacionales, nació en Lima el 7 de febrero de 1833. Alumno de la Universidad Mayor de San Marcos, en la que se graduó en Leyes a los veinte años mal cumplidos, sus horas se dividieron, a poco de iniciar sus estudios de Derecho, entre éstos y el cultivo de las letras. De su adolescencia — aparecieron hacia 1850 — datan las primeras muestras de su labor literaria: alguna pieza dramática: “*La hermana del verdugo*”, “*La muerte o la libertad*” y tal cual traducción: pasajes de “*La leyenda de los siglos*” de Víctor Hugo. Ellas, aunque defectuosas como toda producción primigenia, dicen ya de las particulares disposiciones del autor para las letras.



De las aulas universitarias pasó Ricardo Palma a la armada nacional, a la que sirvió durante siete años, hasta que los sucesos políticos del año 60 lo proscribieron. En Chile, donde cumplió su destierro, fué colaborador de "*El Diablo*", redactó al año siguiente "*La revista de Sud América*" y en 1863 dió a la imprenta los "*Anales de la Inquisición en Lima*". Tras corta estada en su patria emprendió largo viaje por Europa y América del Norte, a cuyo regreso fué designado cónsul en Pará, cargo que a poco dejó para desempeñar en Lima importantes funciones en diversos ministerios.

Del año 1865 data "*Armonías. — Libro de un desterrado*", volumen de versos editado en París, que dice de la influencia de las lecturas de Zorrilla, Víctor Hugo y Heine, y muestra a su autor militando en las filas del romanticismo. Por ese entonces fué también colaborador asiduo de los más importantes diarios de Lima, Buenos Aires y Santiago de Chile.

Así como al terminar su carrera universitaria dejó los códigos por las armas, abandonó en 1866 la pluma por la espada en defensa de la patria, tocándole asistir al famoso combate de El Callao, el 2 de mayo. Nuevamente entregado, cuando hubo pasado el peligro del ataque español, a su pasión literaria, apareció en 1870 un nuevo tomo de sus poesías, "*Pasionarias*", que vió la luz en El Havre.

Senador y secretario del presidente del Perú, que lo era el coronel Balta, el golpe de Estado que derrocó a éste y le hizo perecer fusilado por su propio ministro de Guerra, decidió a Palma a abandonar por completo la política. Dióse así íntegramente a la literatura.

Destruída cuando la ocupación de Lima por el ejército chileno la Biblioteca Pública fundada por San Martín, el gobierno del general Iglesias encomendó a Palma, que era un enamorado de los libros, su reconstrucción. Tarea ardua y difícil fué ésta, a cuyo servicio puso don Ricardo su entusiasmo y sus vastísimas vinculaciones literarias. En la obra compitieron el patriota y el literato; como la extrema pobreza del erario público, enflaquecido a consecuencia de la guerra con Chile, no consentía la compra de libros, Palma pidió, valido de su prestigio personal y de la simpatía que la desgracia de su patria despertaba, sus obras a todos los

escritores de Hispanoamérica. Sus cartas en demanda de libros invadieron la América toda y aun el viejo mundo. Asimismo, hallándose muchos de los libros de la antigua Biblioteca mal vendidos en las librerías de viejo de Lima, realizó verdadera heroica cruzada para volverlos a sus anaqueles vacíos.

Más de veinte años permaneció Palma al frente de esa Biblioteca, que fué fruto de su esfuerzo infatigable, y que en 1912, dolorido, aunque orgulloso de su obra, debió abandonar por torpe imposición del gobierno, en cuya oportunidad recibió el cálido homenaje de la juventud intelectual de Lima, que veía en él al patriarca de las letras peruanas. Dijo en esa ocasión don Ricardo: "Voyme de aquí, contento y orgulloso, porque sé que al honrar mis canas y mi actuación literaria y bibliotecaria, lo habéis hecho con honda sinceridad y sin ajenos móviles que bastardearan vuestra manifestación. Recibid todos, amigos míos, el abrazo estrecho que os doy con el alma entera; antes de irme al desierto a plantar de nuevo mi tienda y a soñar allí con mis conquistadores valerosos, mis virreyes caballerescos, mis tapadas limeñas, gentilmente bellas y espiritualmente decidoras. Mis dolencias físicas no me permiten ya escribir tradiciones; pero habéis tenido la nobleza de escribirle al abuelo lo último, lo más hermoso".

Del año 1884 datan sus célebres "*Tradiciones peruanas*", creación literaria completamente suya, feliz amalgama de historia y romance, de pasmosa erudición y ameno y sencillo estilo, velado por fina ironía, en que se retratan de mano maestra, sobre bases de realidad histórica o de vuelo imaginativo, las costumbres del antiguo virreinato del Perú. Sintiendo intensamente desde niño la ciudad natal, limeño hasta la médula de los huesos, tuvo siempre para Palma irresistible encanto la historia de la ciudad de los virreyes. Mas, su temperamento resistióse a la fría reconstrucción histórica, aunque nadie más capacitado que él para tal empresa, en virtud de su profundísima versación en la materia. A la historia propiamente dicha, que imponía con exceso a su espíritu regocijado y optimista, sólo rindió tributo en sus mentados apuntes acerca de "*La Inquisición en Lima*" y en su folleto "*Monteagudo y Sánchez Carrión*". Tampoco tienen las "*Tradiciones peruanas*" nada de las reconstrucciones históricas a lo Walter Scott, pues son éstas fruto del más empedernido romanticismo,

en tanto que Palma muy pronto abandonó tal corriente. El mismo lo dice:

“En buena hora siguen los románticos
lanzando de gemidos un tropel;
para mí el mundo pícaro es poético:
poco en el hoy y mucho en el ayer”.

Investigando amorosamente el pasado, extrae Palma de él, de sus rancios manuscritos, de sus crónicas enrevesadas, un museo viviente; él recoge los hechos menudos de cuyo conjunto surge una verdad impresionista; mas, preocupado de que vaya alguien a creer que todo ello es fantasía, advierte casi siempre que no cuenta patrañas amables sino verdad fidedigna, agregando a la narración el dato histórico, que a nuestra juicio sobra, pues al narrador no ha de exigírsele más verdad que la del arte, muy otra que la probada exactitud.

En las “*Tradiciones*”, que vivifican ricamente la época de la colonia, diluyó Ricardo Palma, en lenguaje, a la par de castizo, pleno de picaresco donaire, y con estilo peculiarísimo, cuanto de amable, no por ello menos positivo, halló en los vetustos, apolillados y apergaminados legajos coloniales. Ellas abarcan un período de tres siglos y por sus páginas desfilan los conquistadores: fieros en el combate, heroicos en la desgracia, codiciosos, sensuales y místicos a una; los virreyes, con toda su gama de pasiones y debilidades; los obispos quijquillosos; los frailes pintorescos; los secos oidores, sólo conmovidos ante la mirada provocativa de las tapadas; los nobles, vanos y presumidos, mas también valientes; los ricos comerciantes; los médicos de lanceta y sanguijuelas; los letrados eruditos y alambicados, y, dominando por encima de todo este mundo poliforme, la gentil limeña de todas las clases sociales, humilde o encumbrada, de noble y pura sangre o mulata, pero siempre fina y graciosa.

Palma con sus tradiciones ha iniciado en el Perú el género amable de Anatole France, cuya seriedad socarrona recuerda, pero su estilo, que sabe a música retozona, es el de la novela picaresca española, aunque sin sus truhanerías. Al leerlas se adivina en el autor que cuenta por el placer de contar y se le sorprende imitando la historia desfigurada de las viejas, que eran para él rico acervo viviente y precioso

auxiliar para averiguar un detalle perdido: "el porqué de un mote, la historia de un blasón", dice GARCÍA CALDERÓN, que agrega: "con los años ha llegado a parecerse a ellas. En su figura volteriana, los ojos, por encima de las lentes, miran socarronamente, y en los labios se afirmó un pliegue de malicia tan natural que no parece amarga. Su charla es un venero de anécdotas. Conoce Lima como un antiguo cronista, las prerrogativas y los milagros de su convento. Pocas veces una ciudad tuvo más sentimental archivero".

En síntesis, con sus tradiciones, en las que palpita todo un mundo de variados matices, asentado sobre indiscutible verdad histórica, ha dado Ricardo Palma al Perú valiosísima joya literaria, que en vano se ha pretendido imitar. Ellas le valieron el respeto y la amistad de los primeros hombres de letras de América, entre los nuestros, de Gutiérrez, Sarmiento, Mitre, López, Guido Spano.

En 1886 reunió Palma en un tomo la colección de sus poesías, las que por cierto no constituyen el oro finísimo de su obra, y publicó otro libro sumamente ameno: "*La bohemia literaria de 1848 a 1860*", historia íntima de una de las épocas más interesantes de la literatura peruana, en la que trasparenta el recuerdo de sus años mozos, saturados de romanticismo y plenos de ambiciones y ensueños. En 1892 Ricardo Palma fué a España en carácter de delegado del Perú al Congreso Internacional de Americanistas reunido en la Rábida en conmemoración del cuarto centenario del descubrimiento de América. Allí le cupo la alta honra de ser designado por sus colegas americanos, por absoluta unanimidad, para contestar en nombre de todos ellos el discurso con que Cánovas del Castillo inauguró las sesiones. Su amor a lo autóctono hízole proponer a la Real Academia de la Lengua, de la que era miembro correspondiente, así como de la de Historia, la inclusión en el Diccionario de varios cientos de americanismos; mas, la docta corporación, tras mucho agasajarle, sólo accedió a admitir unos cuantos de ellos, lo que no dejó de amargar al americanista sincero y entusiasta que había en don Ricardo.

A los años de la vejez, agotadas las tradiciones y las fuerzas, se deben los estudios filológicos de Palma. Sus "*Pape-*

letas lexicográficas", continúan el "*Diccionario de Peruanismos*" de Juan Arona.

Retirado a la vida privada en 1912, en las circunstancias que ya dijimos, acogióse Ricardo Palma a la paz de su quinta de Miraflores, donde en medio de la felicidad que la adoración de los suyos le brindaba, de la veneración de su pueblo, vivió los años de su serena ancianidad, los postreros de su vida intensa y generosa. A ella puso fin la muerte el 6 de octubre de 1919. Con él desapareció un legítimo orgullo de su patria, de la América latina y de la prosa castellana.

LOS MOSQUITOS DE SANTA ROSA

Cruel enemigo es el zancudo o mosquito de trompetilla, cuando le viene en antojo revolotear en torno de nuestra almohada, haciendo imposible el sueño con su incansable musiquería. ¿Qué reposo para leer ni para escribir tendrá un cristiano si en lo mejor de la lectura, o cuando se halla absorbido por los conceptos que del cerebro traslada al papel, se siente interrumpido por el impertinente animalejo? No hay más que cerrar el libro o arrojar la pluma, y coger el plumerillo o abanico para ahuyentar al mal criado.

Creo que una nube de zancudos es capaz de acabar con la paciencia de un santo, aunque sea más cachazudo que Job, y hacerle renegar como un poseído.

Por eso mi paisana Santa Rosa, tan valiente para mortificarse y soportar dolores físicos, halló que tormento superior a sus fuerzas morales era el de sufrir, sin refunfuño, las picadas y la orquesta de los alados musiquines.

Y ahí va, a guisa de tradición, lo que sobre tema tal refiere uno de los biógrafos de la santa limeña.

★

Sabido es que en la casa en que nació y murió la Rosa de Lima hubo un espacioso huerto, en el cual edificó la santa una ermita u oratorio destinado al recogimiento y penitencia. Los pequeños pantanos que las aguas de regadío forman son criaderos de miriadas de mosquitos, y como la santa no podía pedir a su Divino Esposo que, en obsequio de ella, alterase las leyes de la Naturaleza, optó por parlamentar con los mosquitos. Así, decía:

—Cuando me vine a habitar esta ermita hicimos pleito homenaje los mosquitos y yo: yo, de que no les molestaría, y ellos, de que no me picarían ni harían ruido.

Y el pacto se cumplió por ambas partes, como no se cumplen... ni los pactos politiqueros.

Aun cuando penetraban por la puerta y ventanilla de la ermita, los bullangueritos y lanceteros guardaban compostura hasta que con el alba, al levantarse la santa, les decía:

—¡Ea, amiguitos, id a alabar a Dios!

Y empezaba un concierto de trompetillas, que sólo terminaba cuando Rosa les decía:

—Ya está bien, amiguitos; ahora vayan a buscar su alimento.

Y los obedientes suctorios se esparcían por el huerto.

Ya al anochecer los convocaba, diciéndoles:

—Bueno será, amiguitos, alabar conmigo al Señor, que les ha sustentado hoy.

Y repetíase el matinal concierto, hasta que la bienaventurada decía:

—A recogerse, amigos, formalitos y sin hacer bulla.

Eso se llama buena educación, y no la que da mi mujer a nuestros nenos, que se le insubordinan y forman algazara cuando los manda a la cama.

No obstante, parece que alguna vez se olvidó la santa de dar orden de buen comportamiento a sus súbditos, porque, habiendo ido a visitarla en la ermita una beata llamada Catalina, los mosquitos se cebaron en ella. La Catalina, que no aguantaba pulgas, dió una manotada y aplastó un mosquito.

—¿Qué haces, hermana? —dijo la santa—. ¿Mis compañeros me matas de esa manera?

—Enemigos mortales, que no compañeros, dijera yo —replicó la beata—. ¡Mira éste cómo se había cebado en mi sangre, y lo gordo que se había puesto!

—Déjalos vivir, hermana: no me mates ninguno de estos pobrecitos, que te ofrezco no volverán a picarte, sino que tendrán contigo la misma paz y amistad que conmigo tienen.

Y ello fué que, en lo sucesivo, no hubo zancudo que se le atreviera a Catalina.

También la santa en una ocasión supo valerse de sus amiguitos para castigar los remilgos de Frasquita Montoya, beata de la Orden Tercera, que se resistía a acercarse a la ermita, por miedo de que le picasen los jejenes.

—Pues tres te han de picar ahora —le dijo Rosa—; uno en nombre del Padre, otro en nombre del Hijo y otro en nombre del Espíritu Santo.

Y simultáneamente sintió la Montoya en el rostro el aguijón de tres mosquitos.

Y comprobando el dominio que tenía Rosa sobre los bichos y animales domésticos, refiere el cronista Meléndez que la madre de nuestra santa criaba con mucho mimo un gallito que, por lo extraño y hermoso de la pluma, era la delicia de la casa. Enfermó el animal y postróse de manera que la dueña dijo:

—Si no mejora habrá que matarlo para comerlo guisado.

Entonces Rosa cogió el ave enferma, y, acariciándola, dijo:

—Pollito mío, canta de prisa; pues si no cantas, te guisa.

Y el pollito sacudió las alas, encrespó la pluma, y muy regocijado soltó un

¡Quiquiriquí!

(¡Qué buen escape el que di!)

¡Quiquiricuando!

(Ya voy, que me están peinando).

"Tradiciones peruanas".

LA CAMISA DE MARGARITA

Probable es que algunos de mis lectores hayan oído decir a las viejas de Lima, cuando quieren ponderar lo subido de precio de un artículo.

—¡Qué! Si esto es más caro que la camisa de Margarita Pareja.

Habríame quedado con la curiosidad de saber quién fué esa Margarita, cuya camisa anda en lenguas, si en *La América*, de Madrid, no hubiera tropezado con un artículo firmado por D. Ildefonso Antonio Bermejo (autor de un notable libro sobre el Paraguay) quien, aunque muy a la ligera, habla de la niña y de su camisa, me puso en vía de desenredar el ovillo, alcanzando a sacar en limpio la historia que van ustedes a leer.

I

Margarita Pareja era (por los años de 1766) la hija más mimada de D. Raimundo Pareja, caballero de Santiago y colector general del Callao.

La muchacha era de esas limeñitas que por su belleza cautivan al mismo diablo y le hacen persignarse y tirar piedras. Lucía un par de ojos negros que eran como dos torpedos cargados con dinamita y que hacían explosión sobre las entretelas del alma de los galanes limeños.

Llegó por entonces de España un arrogante mancebo, hijo de la coronada villa del oso y del madroño, llamado D. Luis Alcázar. Tenía éste en Lima un tío solterón y acaudalado, aragonés rancio y linajudo, y que gastaba más orgullo que los hijos del rey Fruela.

Por supuesto que, mientras le llegaba la ocasión de heredar al tío, vivía nuestro D. Luis tan pelado como una rata y pasando la pena negra. Con decir que hasta sus trapicheos eran al fiado y para pagar cuando mejorase su fortuna, creo que digo lo preciso.

En la procesión de Santa Rosa conoció Alcázar a la linda Margarita. La muchacha le llenó el ojo y le flechó el corazón. La echó flores, y aunque ella no le contestó ni sí ni no, dió a entender con sonrisitas y demás armas del arsenal femenino, que el galán era plato muy de su gusto. La verdad, como si me estuviera confesando, es que se enamoraron hasta la raíz del pelo.

Como los amantes olvidan que existe la aritmética, creyó D. Luis que para el logro de sus amores no sería obstáculo su presente pobreza, y fué al padre de Margarita, y sin muchos perfiles le pidió la mano de su hija.

A. D. Raimundo no le cayó en gracia la petición, y cortésmente despidió al postulante, diciéndole que Margarita era aún muy niña para tomar marido, pues a pesar de sus diez y ocho mayos todavía jugaba a las muñecas.

Pero no era esta la verdadera madre del ternero. La negativa nacía de que D. Raimundo no quería ser suegro de un *pobretón*; y así hubo de decirlo en confianza a sus amigos, uno de los que fué con el chisme a D. Honorato, que así se llamaba el tío aragonés. Este, que era más altivo que el Cid, trino de rabia y dijo:

—¿Cómo se entiende? ¡Desairar a mi sobrino! ¡Muchos se darían con un canto en el pecho por emparentar con el muchacho, que no lo hay más gallardo en todo Lima! ¡Habrás visto insolencia de la laya! Pero, ¿a dónde ha de ir conmigo ese colectorcillo de mala muerte?

Margarita, que se anticipaba a su siglo, pues era nerviosa como una damisela de hoy, gimoteó, y se arrancó el pelo, y tuvo pataleta, y, si no amenazó con envenenarse, fué porque todavía no se habían inventado los fósforos.

Margarita perdía colores y carnes, se desmejoraba a vista de ojos, hablaba de meterse a monja, y no hacía nada en concierto. “¡O de Luis o de Dios!”, gritaba cada vez que los nervios se le sublevaban, lo que acontecía una hora sí y otra también. Alarmóse el caballero santiagués, llamó físicos y curanderas, y todos declararon que la niña tiraba a tísica, y que la única *melecina* salvadora no se vendía en la botica.

O casarla con el varón de su gusto o encerrarla en el cajón con palma y corona. Tal fué el *ultimátum médico*.

D. Raimundo (¡al fin padre!), olvidándose de coger capa y bastón, se encaminó como loco a casa de D. Honorato, y le dijo:

—Vengo a que consienta usted en que mañana mismo se case su sobrino con Margarita, porque si no la muchacha se nos va por la posta.

—No puede ser— contestó con desabrimiento el tío—. Mi sobrino es un *pobretón*, y lo que usted debe buscar para su hija es un hombre que varee la plata.

El diálogo fué borrascoso. Mientras más rogaba D. Raimundo, más se subía el aragonés a la parra, y ya aquél iba a retirarse desahuciado, cuando D. Luis, terciando en la cuestión, dijo:

—Pero, tío, no es de cristianos que matemos a quien no tiene la culpa.

—¿Tú te das por satisfecho?

—De todo corazón, tío y señor.

—Pues, bien, muchacho: consiento en darte gusto; pero con una condición, y es ésta: D. Raimundo me ha de jurar ante la Hostia consagrada que no regalará un ochavo a su hija ni la dejará un real en la herencia.

Aquí se entabló nuevo y más agitado litigio.

—Pero, hombre—arguyó D. Raimundo—, mi hija tiene veinte mil duros de dote.

—Renunciamos a la dote. La niña vendrá a casa de su marido nada más que con lo encapillado.

—Concédame usted entonces obsequiarla los muebles y el ajuar de novia.

—Ni un alfiler. Si no acomoda, dejarlo y que se muera la chica.

—Sea usted razonable, D. Honorato. Mi hija necesita llevar siquiera una camisa, para reemplazar la puesta.

—Bien: paso por esa funda para que no se me acuse de obstinado. Consiento en que le regale la camisa de novia, y san se acabó.

Al día siguiente D. Raimundo y D. Honorato se dirigieron muy de mañana a San Francisco, arrodillándose para oír misa, y, según lo pactado, en el momento en que el sacerdote elevaba la Hostia divina, dijo el padre de Margarita:

—Juro no dar a mi hija más que la camisa de novia. Así Dios me condene si perjurare.

II

Y D. Raimundo Pareja cumplió *ad pedem litterae* su juramento, porque ni en vida ni en muerte dió después a su hija cosa que valiera un maravedí.

Los encajes de Flandes que adornaban la camisa de la novia costaron dos mil setecientos duros, según lo afirma Bermejo, quien parece copió este dato de las *Relaciones secretas*, de Ulloa y D. Jorge Juan.

Ítem: el cordoncillo que ajustaba al cuello era una cadeneta de brillantes, valorizada en treinta mil *morlacos*.

Los recién casados hicieron creer al tío aragonés que la camisa a lo más valdría una onza, porque D. Honorato era tan testarudo que, a saber lo cierto, habría forzado al sobrino a divorciarse.

Convengamos en que fué muy merecida la fama que alcanzó la camisa nupcial de Margarita Pareja.

Id.

GERTRUDIS GÓMEZ DE AVELLANEDA

Doña Gertrudis Gómez de Avellaneda, unánimemente considerada la primera entre cuantas mujeres han

escrito versos en nuestra lengua, y de la que MENÉNDEZ Y PELAYO dice: "aunque sea honra imperecedera de América



por su origen, pertenece enteramente a Europa por su educación y desarrollo", vino al mundo en la ciudad de Puerto Príncipe, en Cuba, el 23 de marzo de 1814, hija de padre español, el capitán de navío don Manuel Gómez de Avellaneda, de importante actuación en la isla, y de madre americana, doña Francisca de Arteaga.

Su educación en un ambiente casi primitivo, donde no había escuela ni teatro, fué eminentemente familiar; completó la que sus padres le dieron, la que su inteligencia y su innato amor a la poesía le procuraron.

Desde sus primeros años compuso versos y en su adolescencia escribió dramas, pese a la paterna oposición, que veía en ello inclinaciones incompatibles con la misión social y el papel doméstico que la sociedad de aquel entonces atribuía a la mujer. Tal oposición, como siempre sucede, no hizo sino avivar en la precoz cubana su pasión poética. A la edad en que las niñas juegan a las muñecas, Gertrudis Gómez de Avellaneda leía a Calderón, Byron, Schiller, Chateaubriand y Walter Scott, traducía a Corneille, Racine y Voltaire, imitaba a Quintana y Heredia, y representaba con un grupo de amigas de su edad los dramas por ella compuestos.

Huérfana de padre en edad temprana y contraídas nuevas nupcias por la madre, trasladóse la familia hacia 1836 a Europa, para luego de una breve estada en Francia, radicarse en La Coruña, de donde era oriundo el coronel Escalada, el nuevo jefe de la familia.

Gertrudis Gómez de Avellaneda, Tula para sus íntimos, despidióse de la patria con su precioso soneto "*Al partir*" y dejó la isla natal, cuyo sol esplendoroso había de añorar plena de nostalgia, pese a sus vivos deseos de hallar en Europa más adecuado campo para su aptitud literaria.

Persistiendo en su invencible amor hacia la poesía, publicó en 1839 sus primeros versos, bajo la protección del que había de ser luego celebradísimo crítico, don Manuel Cañete, en "*La Aureola*", periódico por éste dirigido. Considerándose Tula forastera en España, aparecieron ellos, que le valieron justas alabanzas y los muy elogiosos juicios de la crítica y de los poetas más renombrados, entre ellos del ilustre don ALBERTO LISTA, bajo el seudónimo de *La Peregrina*. Luego de un viaje en unión de su hermano por Andalucía, adonde la llevó el deseo

de conocer el paterno solar, pasó la poetisa a Madrid, que ya sabía de ella por la fama que la publicación de los versos de *La Peregrina* le había granjeado.

Y hemos aquí de rectificar la opinión de MENÉNDEZ Y PELAYO con que iniciamos este somero estudio de Gertrudis Gómez de Avellaneda, pues si bien es cierto que en España se perfeccionaron sus aptitudes y se desarrollaron sus facultades, no es menos cierto que habiendo ella vivido los veintidós primeros años de su existencia en Cuba, es allí donde se ejerció la poderosa influencia del medio sobre la personalidad en la primera juventud, y allí donde se formó su gusto y se definió su firme vocación.

Ya en Madrid, reconocida entre los mejores poetas de sus días, gozó de la amistad de Juan Nicasio Gallego, de Quintana, Zorrilla, Espronceda, Alarcón, Hartzenbusch, Bretón, que la recibieron y trataron como hermana en el culto de las musas, acallándose así la prevención de la época contra la literatura femenina. Tula, con su inmenso talento, con su vigorosa inspiración, con su exquisito gusto, con su clásica elegancia, con la pureza de su lenguaje, apagó todos los celos y venció todas las antipatías. Y supo conservarse exquisitamente mujer, desmintiendo el elogio que de ella pretendió hacer un popular ingenio: "¡Es mucho hombre esta mujer!". Como MENÉNDEZ Y PELAYO lo hace notar, "La Avellaneda era mujer y muy mujer, y precisamente lo mejor que hay en su poesía son sentimiento de mujer, así en las efusiones del amor humano como en las del amor divino" y "lo femenino eterno es lo que ella ha expresado y es lo característico de su arte".

En 1841 apareció la primera colección de sus poesías, precedida de un ponderativo prólogo de JUAN NICASIO GALLEGO, que consagró definitivamente su nombre. Ellas, retocadas y ligeramente pulidas, reaparecieron con muchas otras en un volumen mayor hacia 1850, arca preciosa de su cuerda lírica, de valor notablemente superior a la edición de sus "*Obras completas*" de 1869, donde aparecen sus composiciones, dice ENRIQUE PIÑEYRO, "por malaventurado empeño de corregirlas, debilitadas y desfiguradas".

No imitando a nadie y tan grande como cualquiera, Gertrudis Gómez de Avellaneda representa en la lírica española

del siglo pasado la más perfecta fusión del arte clásico con el romanticismo de Quintana y Gallego entre los españoles; de Byron, Lamartine y Hugo entre los franceses; creando algo muy suyo en que se entremezclan la forma rotunda, el tono elevado y el dibujo preciso de sus antecesores y su propia y profunda emoción vertida en la riquísima vena de su inspiración.

Esta poetisa, que el ilustre don JUAN VALERA señala como la primera "entre cuantas personas de su sexo han pulsado la lira castellana, así en éste como en los pasados siglos" y a la que tampoco reconoce rival fuera de España, se inspira en tres diversas fuentes: el amor humano, el amor divino y el amor a la poesía. Sus versos dentro de la primera inspiración son, al decir del mismo VALERA "la historia psicológica íntima y honda de esta pasión de su pecho..., de este afán de adoración y de afecto que no descubre objeto adecuado y digno a quien adorar y querer". Ellos reflejan en su expresión apasionada el amor en todas sus manifestaciones y en todas sus fases. La pasión despechada jamás halló acentos más inflamados que en su "*A él*", de 1850.

Profundamente cristiana, sus versos religiosos constituyen rica parte de su obra poética. Hay entre ellos algunos juveniles de imitación bíblica, notables por lo profundo de su concepto teológico y la pompa de su forma, tal el magnífico canto "*A la cruz*", que ensalza la Redención por el beneficio histórico y social de ella derivado, y otros, los de la ancianidad, de tono místico, que dicen de su fe cada vez más robustecida a través de los años, de los que es prototipo la "*Dedicación de la lira a Dios*".

Íntimamente enamorada de su arte, al que consagraba el más alto respeto, Gertrudis Gómez de Avellaneda halló en el concepto mismo de la poesía fuente de elevadísima inspiración lírica. Por ello, su oda "*A la poesía*" y sus octavas "*Al genio poético*" señalan los valores más altos de su producción.

El recuerdo de la tierra nativa le inspiró, además del ya mencionado soneto, una hermosísima elegía a la muerte de Heredia, sus magníficas estrofas "*A vista del Niágara*", índice del fiel amor a América, que en ella se hermanaba al sentimiento español de que están saturadas sus composi-

ciones poéticas y dramáticas. A "la hermosa Cuba" dedicó también la edición de 1869 de sus obras completas.

Entre 1841 y 1843 publicó Tula su novela "*Sab*", de ambiente americano, escrita poco después de su llegada a Europa, cuyo protagonista es un esclavo mulato de alma heroica y en la que se pintan las atrocidades del régimen de la esclavitud; luego otra titulada "*Dos mujeres*" y el "*Espatolino*".

Pero no es la novela el género que había de immortalizar a Gertrudis Gómez de Avellaneda, dentro de cuya prosa han de preferirse los cuentos, que aunque no acusan una manera definida, como no sea el predominio de la fantasía sobre la observación, llevan, empero, el sello del talento de la autora, y a éstos las leyendas a la manera romántica de Bécquer en "*La ajorca de oro*". Son los mejores de sus títulos: "*La flor del ángel*", "*La dama de Amboto*", "*El artista barquero*", "*La bella Toda*", "*El cacique de Turmequé*", "*La montaña maldita*", "*La ondina del lago azul*".

Aspecto notabilísimo de la producción de Gertrudis Gómez de Avellaneda constituyen sus dramas. Ya dijimos cómo desde la niñez la atrajo poderosamente el arte dramático, a tal punto que en aquel perdido rincón de América donde vino ella al mundo, donde no existía el teatro, lo había ella improvisado con sus pequeñas amigas. Ya en España, su ambición la impulsó a escribir una tragedia que fuera representada ante el público, en una época en que la tragedia clásica se hallaba por completo abandonada. Dió así a la escena española su drama en cuatro actos "*Alfonso Munio*", que fué a la vez la gloria de la autora y el triunfo del arte dramático español. El estreno de "*Alfonso Munio*" en 1844 fué acontecimiento magnífico, aunque hemos de decir que esta obra, por la señora Avellaneda llamada tragedia, si bien plena de vida poética y promisorio de mucho más, no pasa de ser un ensayo. Sus caracteres apenas se hallan esbozados y el argumento, aunque interesante, es exiguo, pero su grande y vigorosa espontaneidad, su versificación excelente y su tercer acto, rezumante de misterioso prestigio y de terror trágico y de admirable efecto teatral, justifican el clamoroso éxito del estreno. A "*Alfonso Munio*", que salió deslucido de las correcciones de la vejez, siguieron al año siguiente dos dramas

trágicos: "*El príncipe de Vianna*" y "*Egilona*", de valor semejante a aquél e igualmente aplaudidos.

"*Saúl*", drama bíblico leído en 1846 y no representado hasta 1849, fué más friamente recibido. Inspirada Gertrudis Gómez de Avellaneda en las tragedias que acerca del mismo asunto compusieron Alfieri y Soumet, produjo una obra superior a la del primero de éstos desde el punto de vista lírico, pero inferior en cuanto a sobriedad. Algunos de sus pasajes, tal el canto de Micol, hija de Saúl y esposa de Daniel, son verdaderas joyas líricas.

En el certamen poético realizado en 1845 para premiar las dos odas que mejor cantaran la clemencia y piedad de la Reina, dióse el caso inaudito de que la señora Avellaneda obtuviera el premio y el accésit. La corona de laurel conquistada en doble triunfo, fué ceñida a sus sienes por el Infante don Francisco.

Al año siguiente los acontecimientos de la vida de Gertrudis Gómez de Avellaneda, hasta entonces todos puramente literarios, señalaron para ella uno de los momentos culminantes de su existencia: unióse en matrimonio con don Pedro Sabater, distinguido caballero, jefe político de Madrid y diputado a Cortes. Tal unión, efímera por el precario estado de salud del esposo, fué consuelo que endulzó los últimos días de éste y ejemplo de tierna piedad por parte de la esposa, que a los pocos meses lloraba su viudez, ya presentida en sus versos al que había de ser por breve tiempo su compañero:

"Yo no puedo sembrar de eternas flores
la senda que corréis de frágil vida;
pero si en ella recogéis dolores
un alma encontraréis que los divida".

Recluida la poetisa después de su desgracia en el Convento de Loreto de Burgos, exáltase su sentimiento religioso, de hondo arraigo en su alma. De nuevo en Madrid, tardó mucho en tornar a la vida del mundo y su producción literaria aparece entonces un tanto velada por el doloroso sentimiento que embargaba su alma. A esa época pertenece el magnífico canto "*A la cruz*" ya mencionado, dos dolorosas elegías, y un devocionario en que desahogó Gertrudis Gómez de Avellaneda el extraordinario fervor piadoso que la poseyó en sus días luctuosos.

Entregada nuevamente a la creación literaria, escribe una novela de ambiente americano, "*Guatimotzin*" y algunas breves: "*La velada del helecho*", "*Dolores*", y corrige su primera colección de poesías, que según oportunamente vimos, apareció aumentada con riquísimo caudal de nuevas composiciones, en 1850. Broche magnífico de ella es el hermosísimo "*Adiós a la lira*", imitación de Lamartine, dedicado a su íntima amiga doña Leocadia de Zamora, con el que pretende despedirse de las musas, creyendo, en lo que mucho se equivocaba, que serían ésos sus postreros acentos. No solamente composiciones originales encierra ese tomo de poesías: la gran poetisa fué también traductora e imitadora brillante de Byron, Hugo y, muy especialmente, del ya mencionado Lamartine.

En los años subsiguientes continuó Gertrudis Gómez de Avellaneda produciendo para el teatro: en 1852 fué muy aplaudida su comedia "*La hija de las flores*" y representáronse luego dos traducciones del francés: "*La aventura*", de Augier, y "*Catilina*", de Dumas y Maquet, su drama "*Recaredo*", "*El donativo del diablo*", teatralización de "*La velada del helecho*", así como una feliz adaptación en forma de drama histórico español del argumento en que habíase basado Byron para componer su "*Werner*", por la Sra. Avellaneda intitulada "*La verdad vence apariencias*".

Los contratiempos literarios, que Gertrudis Gómez de Avellaneda no había hasta entonces conocido, aparecen para ella a esta altura de su carrera. Excitada la envidia y las bajas pasiones por sus extraordinarios triunfos, fueron mal recibidas sus piezas "*La sonámbula*" y "*Los tres amores*", que la autora debió retirar de la escena y aun, en los primeros momentos de su exaltación, quiso quemar. Pero el más grande disgusto de su vida literaria fué el que le causó la actitud de la Real Academia de la Lengua, que se opuso a que ella ocupara el sillón de don Juan Nicasio Gallego, vacante por muerte de éste. Contra su voluntad, pues creía que su sexo le vedaba la honra de contarse entre los académicos, la ilustre escritora, instada por el Duque de Rivas, don Pastor Díaz y otros de sus amigos, y alentada por el vaticinio del ilustre difunto cuya sucesión se discutía, que al prologar la primera edición de sus poesías la había proclamado solemnemente académica, presentó su candidatura. La Academia

reconoció sus altísimos merecimientos, pero resolvió, por exigua mayoría, que el bello sexo estaba excluido de la docta corporación. Ello causó profunda impresión a la insigne escritora, que en sus artículos de 1860 reunidos bajo el título de "*La Mujer*" quiso probar con desdeñosa soberbia, que "la fuerza moral e intelectual de la mujer se iguala, *cuando menos*, con la del hombre".

A principios de 1858, venciendo innumerables obstáculos, logró la representación de su drama "*Baltasar*", con el que conquistó el mayor tal vez de sus triunfos, tan grande, que acalló aún a la más exacerbada envidia. "*Baltasar*", que MENÉNDEZ Y PELAYO califica de "obra maestra" "no sólo por la ejecución brillante a la vez que madura y reflexiva, sino por la profundidad del pensamiento histórico y por la grandeza misantrópica del personaje principal", simbólica representación de la humanidad sin Dios, es un drama místico que engendra religioso terror en el alma del espectador, anonadado por el cumplimiento de la justicia providencial. Su protagonista "encarnación palpitante de su pueblo, personificación de un imperio que se hunde, síntesis de una cultura que se acaba", dice ARAMBURU Y MACHADO, lucha con la divina omnipotencia. El desenlace de tal contienda no puede ser sino catastrófico, pero al sucumbir Baltasar, rodeado de causas sobrenaturales y misteriosas, una luz celestial ilumina los postreros destellos de su inteligencia y le hace confesar a Dios. Sublime por su concepción, milagroso por su intuición dramática, su estilo es magnífico. Se ha querido ver entre el "*Baltasar*" y el "*Sardanapalo*" de Byron una estrecha relación; no hay tal, todo lo más que puede establecerse es una semejanza de rasgos generales.

A los sinsabores literarios vinieron a agregarse nuevamente los privados. Hacia 1855 había Tula contraído nuevas nupcias con el coronel de artillería don Domingo Verdugo, bajo el padrinazgo de los Reyes; pero era su destino no gozar nunca de la felicidad doméstica: al cumplirse el tercer año de la boda, el esposo, envuelto en contiendas políticas, cae herido por puñal homicida y de nuevo la poetisa se convierte en la compañera abnegada y tierna de los días tristes. Milagrosamente arrancado a las garras de la muerte el herido, realiza el matrimonio un viaje por Francia y Cataluña, cuyas

ciudades rindieron a la excepcional mujer magnífico tributo de admiración.

En busca de más propicio clima para su enfermo, designado Capitán General de Cuba, vuelve *La Peregrina* a su patria después de veinte y tres años de ausencia. La emoción que agitó su corazón al tornar a la isla nunca olvidada, no fué inferior al júbilo que sus coterráneos experimentaron al tenerla entre ellos. En acto magnífico realizado en el teatro de Tacón en La Habana, el Liceo de Cuba ciñó las sienes de la eminente poetisa con corona de laurel de oro, y triunfal fué su visita a Puerto Príncipe, su lugar de origen, y a las demás poblaciones cubanas.

Fueron aquellos cuatro años pasados en su tierra los más felices de la vida de Gertrudis Gómez de Avellaneda, que los llamaba su paraíso, mas no ha de creerse que se deslizasen en la inactividad. Fundó una revista literaria, "*El Álbum*", pronto acreditada en toda Hispanoamérica; escribió algunas leyendas y colaboró asiduamente en el popular "*Diario de la Marina*".

Tan venturosa época terminó con la muerte del esposo; quiso la viuda inconsolable dejar el mundo y buscar refugio en Dios, único objeto de amor eterno, pero disuadiéronla los médicos de su firme idea de enclaustrarse y aconsejaronla para reponer sus perdidas fuerzas un largo viaje. Dirigióse con uno de sus hermanos a Estados Unidos y contempló las cataratas del Niágara, cuya magnificencia, pese a su estado de ánimo tan contristado, halló eco armonioso en su lira. De nuevo en Europa, visitó Londres y París, para luego volver a España, cuya corte, teatro de sus glorias, dejó para establecerse definitivamente en Sevilla.

Allí silenciaron para siempre sus musas y ganóla el desaliento; para vencerlo, entretúvose en escribir alguna obrecilla dramática para aficionados, en rehacer el "*Devocionario*" de su juventud, extraviado por la empresa editora, y en preparar la edición de sus "*Obras completas*", que dista mucho de reunir el inmenso caudal literario de la genial cubana; luego vivió consagrada por completo a menesteres religiosos, practicando las virtudes cristianas y derramando piadosamente el bien.

La vida de Gertrudis Gómez de Avellaneda, feliz consorcio de las dotes de la inteligencia y las bondades del corazón,

fecunda para las letras y ejemplar para las mujeres extinguióse el 1 de febrero de 1873. Sus obras han conquistado para ella la inmortalidad.

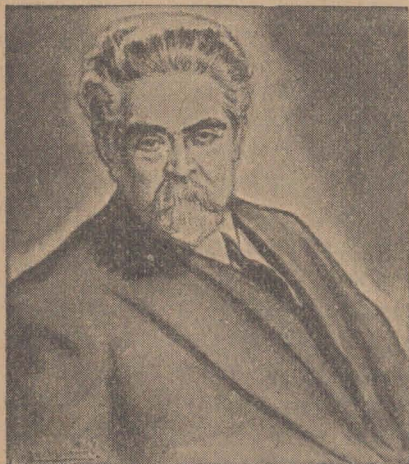
A L P A R T I R

¡Perla del mar! ¡Estrella de Occidente!
¡Hermosa Cuba! Tu brillante cielo
la noche cubre con su opaco velo
como cubre el dolor mi triste frente.

¡Voy a partir! La chusma diligente,
para arrancarme del nativo suelo,
las velas iza, y pronta a su desvelo
la brisa acude de tu zona ardiente.

¡Adiós, patria feliz, edén querido!
¡Doquier que el hado en su furor me impela
tu dulce nombre halagará mi oído!

¡Adiós! Ya cruje la turgente vela...
el ancla se alza... el buque, estremecido,
las olas corta y silencioso vuela...



JUAN ZORRILLA
DE SAN MARTÍN

El 19 de mayo de 1879 inauguróse con extraordinaria pompa en la ciudad de la Florida, del Uruguay, el monumento a la Independencia del pueblo oriental. Para celebrar el acontecimiento tuvo lugar un certamen poético, cuyos premios primero y segundo correspondieron a los poe-

tas Berro y Salterain, pero el jurado, reconociendo el extraordinario mérito de una composición que no había sido premiada por exceder su extensión de los límites fijados, autorizó su pública lectura en el acto oficial.

Era el joven autor de aquella poesía, que empezó a recitar con noble y viril acento, "pequeño de estatura, enjuto de carnes" — según dice DANIEL MUÑOZ, el celebrado hombre de letras conocido bajo el seudónimo de SANSÓN CARRASCO — y parecía imposible que tan endeble instrumento pudiese producir notas tan robustas. A medida que brotaban de sus labios los rítmicos acentos inspirados por el patriotismo, se iluminaba su mirada con resplandores guerreros, accionaba los brazos con atlético vigor, y el cuerpo raquítrico se agigantaba hasta adquirir proporciones colosales. Parecía que una aureola de luz le rodeaba y que de aquel foco irradiaban corrientes de entusiasmo que electrizaban hasta a las más apartadas filas del auditorio". Una ovación delirante y unánime, trasunto de la emoción creada por los mágicos acentos de aquel canto desconocido premió al poeta, para quien el pueblo, en patriótico frenesí, reclamaba el premio.

Ese canto magnífico era "*La leyenda patria*" y su autor Juan Zorrilla de San Martín, el paladín del catolicismo y redactor responsable de "*El Bien Público*", el adversario político y espiritual del mismo Sansón Carrasco, que haciendo gala de su nobleza e hidalguía escribía en "*El Siglo*" del 21 de mayo, la crónica entusiasta de la consagración del poeta y su obra.

"Desde aquel día memorable — dice VÍCTOR PÉREZ PETIT — "*La leyenda patria*" queda consagrada como el más alto himno de nuestras glorias nacionales, y su autor, conquistando la popularidad de un solo golpe, con un único combate, fué nuestro poeta por antonomasia".

Nació Juan Zorrilla de San Martín en Montevideo el 28 de diciembre de 1855 y fueron sus padres don Juan Manuel Zorrilla y doña Alejandrina del Pozo. Hizo sus primeras letras en el colegio de los Jesuítas y terminó los cursos del bachillerato en la casa de estudios que la misma orden tiene en nuestra provincia de Santa Fe. La educación del poeta fué eminentemente religiosa, por tradición de familia y por la índole de los colegios en que se formó su joven personalidad.

Cuando debió ingresar a la universidad, hallándose ésta en Montevideo clausurada por el atropello de los hombres que detentaban el gobierno, y sustituida por diversos centros intelectuales, aunque de labor fecunda y activa, de tendencia netamente liberal, envíole su padre, deseoso de que el hijo completase su educación tal como convenía a un buen católico, a Santiago del Chile.

Allí en 1877 el joven Zorrilla de San Martín obtuvo, tras brillantes exámenes, el título de doctor en Leyes; mas la seriedad con que se dedicó a sus estudios académicos no le impidió entregarse con entusiasmo a la tarea literaria. Asiduo colaborador desde 1874 de *"La Estrella de Chile"*, publicación que era el alma del movimiento literario de la república trasandina, sus leyendas en prosa y sus primeros versos aparecieron al lado de las producciones de Montt, Sarmiento y Juan Carlos Gómez.

Reúne Zorrilla sus poemas en un tomo intitulado *"Notas de un himno"*, que ostenta como epígrafe la primera estrofa de las *"Rimas"* de Bécquer. En ellos canta como éste en versos que "en vez de estar hechos con palabras quisieran — afirma LAUXAR — ser lágrimas y suspiros"; "es una poesía de soledad y silencio, misteriosa y vaga, para las almas tristes y las almas solas, como dice su autor". Dos de sus composiciones: *"El dolor"*, leída en una fiesta de caridad, y *"Pontífice y rey"*, escrita en ocasión de un homenaje a Pío IX, le valieron grandes triunfos en Chile.

Con su libro y su título académico tornó Zorrilla en 1878 a los patrios lares, donde muy pronto, arrastrado a la lid política, había de combatir ardorosamente desde las columnas de *"El Bien Público"* contra *"La Razón"* y desde la tribuna del *"Club Católico"* contra el *"Ateneo de Montevideo"*.

Nombrado juez, funda a poco con Elvira Blanco, su esposa, un hogar ejemplar. Al año siguiente, por imposición de Magariños Cervantes, alma de la Comisión del monumento a la Independencia, participa en el certamen con cuyo comentario encabezamos este estudio y *"La leyenda patria"*, compuesta en sólo ocho días, le lleva a la gloria en vertiginosa ascensión. En ella, a igual que en sus primeras producciones, Zorrilla de San Martín se perfila como un becqueriano. Claramente se percibe en *"La leyenda patria"*, en la que a juicio

de CEJADOR "la historia no es más que una serie de motivos líricos para desahogar el poeta los sentimientos líricos de su alma", la imitación del gran poeta sevillano.

"*La leyenda patria*", vibrante y hermoso canto patriótico, capaz de conmover y exaltar las muchedumbres, es también composición poética de altísimo valor, "un poema en el gran sentido de la palabra — dice PAUL GROUSSAC — es decir, una creación... Me parece muy superior al "*Canto a Junín*" de Olmedo. Aquí, nada de teatral, ninguna personificación mitológica, nada de heladas evocaciones de los sepulcros de los siglos: todo se agita, vive y palpita y las palabras parecen calientes aun del aliento de fuego que las lanzó". Y es que "*La leyenda patria*" es hija de la más espontánea inspiración, que llevada por el instinto de la belleza y el entusiasmo del sentimiento patriótico, se vuelca en un raudal de bellísimas imágenes, de sorprendentes metáforas, de apóstrofes grandiosos, de arranques viriles, en versos fluídos y sonoros.

La musa de la poesía exaltada arrastra al poeta, que le entrega su voluntad:

"Es la voz de la patria... Pide gloria...
yo obedezco esa voz"...

Una serie de visiones se desenvuelve luego, la patria oprimida en la noche oscura de la esclavitud:

... "¡Y, entre esa noche,
vive en esclavitud un pueblo... y vive!"

tras ella el aura de la libertad:

"y entre la luz, los cantos, los latidos,
roja, intensa mirada
que por el campo de la patria hermosa
paseó la liberta, pisan la frente
del húmedo arenal *Treinta y Tres Hombres*,
Treinta y Tres Hombres que mi mente adora,
encarnación, viviente melodía,
diana triunfal, leyenda redentora
del alma heroica de la patria mía!"

Y pasan en tropel los recuerdos del pasado glorioso: Sarandí, Ituzaingó, y canta el poeta a la tierra libre, orgullosa de sí misma, grande en el trabajo, para la que en un final

noble y hermoso, resplandeciente de serenidad, reclama la bendición del Eterno:

“Protege ¡oh Dios! la tumba de los libres;
protege a nuestra patria independiente
que inclina a Ti tan sólo,
sólo ante Ti, la coronada frente”.

Del mismo año de “*La leyenda patria*” data un folleto de combate de Zorrilla, intitulado “¡*Jesuitas!*”, al que pertenecen estas palabras, verdadera profesión de fe: “Fuí católico ferviente por tendencia generosa, por recuerdo dulcísimo y por profunda convicción”.

Sufrió luego Zorrilla de San Martín las contingencias de la política: perseguido por el gobierno del general Santos, por él combatido, conoció las amarguras del destierro, perdió su cátedra de literatura en la Universidad, que había logrado por concurso, pasó difíciles épocas de privaciones y pobreza; cruelmente herido por la desgracia, supo del dolor de verse privado de la compañera amada, que lloró en sentidas estrofas, y de verse frente a cinco criaturas de corta edad que reclamaban la madre partida hacia el más allá. Mas su hermoso espíritu de sincero cristiano sacó del dolor nuevas fuerzas para la lucha, y su noble alma de artista hizole hallar consuelo en los dominios de la poesía.

Largos años silenciaron las musas de Zorrilla de San Martín después del éxito clamoroso del certamen de la Florida, largos años que el poeta consagró a pulir con amor un poema de asunto indio, que por fin vió la luz hacia 1886. Ese poema era el “*Tabaré*”, del cual desde 1880 se conocía el nombre y algunos fragmentos, pero cuya gestación se remonta a los días en que Zorrilla estudiaba en Chile. Allí, huésped de la casa de los jesuitas, solía acudir al padre Enrich en procura de narraciones que sirvieran de base a sus leyendas; una de ellas, magnífico ejemplo de lealtad y honor de un indio boroa inspiróle un drama en verso que los colaboradores de “*La Estrella de Chile*” aclamaron, pero que Zorrilla negó a la escena, por no estar satisfecho de su obra. Tal leyenda, que convirtióse en la de “*Tabaré*”, vivió muchos años dentro de su alma, tan íntimamente unida a ella, que acabó por fundirse en una sola personalidad con el poeta.

En torno al nuevo poema la pública expectativa había bordado los más diversos comentarios y su aparición suscitó enconadas discusiones y críticas desbordantes de pasión. Consagrado primero por juicios laudatorios de los más exigentes críticos del exterior — don JUAN VALERA entre ellos —, luego por los connacionales, “*Tabaré*” ha sido aquilatado en todo su altísimo valor.

Mucho se ha discutido acerca de si ha de considerarse o no “*Tabaré*” un poema épico; niéganlo algunos por no ser su metro ninguno de los característicos de la epopeya: la octava real o el terceto yámbico, sino el endecasílabo yámbico y el heptasílabo asonantados. En verdad, esta objeción es de poca monta, pues lo que interesa saber es si Zorrilla ha creado o no una obra grande y trascendental dentro de las generales de la épica, y de ello no hay duda, pues “*Tabaré*” es la personificación de la raza charrúa, “de esa raza — dice PÉREZ PETIT — pujante y enérgica, bravía y orgullosa, cuya desaparición irremediable ante el avance del conquistador quiere cantar el poeta, describiéndonos de paso su lucha heroica y trágica por la vida, para excitar la admiración y la piedad”, y obra capaz de interesar a todo un pueblo y de convertirse en plenamente popular y nacional. Zorrilla, por su parte, la consideraba una epopeya porque en ella lo que mueve la acción e impone el desenlace es un agente superior al hombre: lo maravilloso.

En los catorce cantos distribuídos en tres libros de que consta el poema, que sobrepasa los cuatro mil quinientos versos, se canta la historia de “*Tabaré*”, el híbrido producto del cacique Caracé y la española Magdalena, que

“...nació una noche
bajo el oscuro techo
en que el indio guardaba a la cautiva,
a quien el niño exprime el dulce pecho”.

Muy niño aún, pierde Tabaré a su madre, a su madre que al bautizarle angustiada

“...le ha entregado, sollozando,
el gran legado eterno:
agua del Uruguay, llanto de madre,
caudal dos veces redentor y eterno”,

a esa madre siempre triste que le arrullaba con canciones que

no eran las de las madres de los demás charrúas, a esa madre que le enseñó a adorar la cruz...

Mozo ya, cae Tabaré, aquel indio pálido y triste de ojos azules, mitad charrúa, mitad blanco, que lleva en sus venas la sangre de lava de la raza autóctona y la sangre de fuego de los conquistadores, en poder del capitán don Gonzalo de Orgaz, cuya hermana Blanca se adueña del corazón del mestizo y le recuerda a la que le diera el ser:

“Era — dícele Tabaré — así como tú: blanca y hermosa”.

De nuevo en libertad el charrúa de la pupila azul, torna a sus selvas con la muerte en el alma, porque le han separado de la mujer que es el objeto de su vida. Allí cae junto a la cruz que señorea en el materno sepulcro y

“parece que inclinando la cabeza,
la cruz al indio, en su regazo, abraza”.

El fiero cacique Yamandú, cuya fuerza agrupa en su torno a la indiada, ataca la plaza cristiana y rapta a la inocente Blanca, entregada a plácido sueño; arráncala Tabaré de las manos del salvaje y contéplala

“como visión dormida en la maleza”.

Tras los primeros e infundados reproches comprende Blanca el puro sentimiento de respetuosa adoración de Tabaré que la arrulla:

“Ven: el charrúa posará sus labios
donde poses el pie:
Vamos con tus hermanos. A las sombras
yo volveré después.
Vamos con tus hermanos. A su selva
el indio volverá;
su raza ha muerto; se apagaron todos
los fuegos de su hogar!”.

Y ámallo también la virgen cristiana “como se aman — ha dicho un crítico — dos fuegos de un sepulcro”.

Torna Tabaré donde los españoles están; torna con Blanca dormida sobre sus espaldas. Al divisarlos entre la espesura del bosque cree Gonzalo de Orgaz, rugiente de cólera, que la búsqueda infructosa ha exarcebado, que es el mestizo quien

ha raptado a su hermana y blande contra él la espada homicida, cuya saña no puede contener el ministro de Dios.

Agoniza el charrúa, que Blanca estrecha contra su pecho; desconciértase don Gonzalo, reza la oración por los muertos el padre Esteban, muere con Tabaré toda una raza:

“Ya Tabaré a los hombres
ese postrer ensueño
no contará jamás... Está callado,
callado para siempre, como el tiempo,
como su raza,
como el desierto,
como tumba que el muerto ha abandonado;
¡boca sin lengua, eternidad sin cielo!”

ROXLO, el historiador máximo de la literatura uruguaya, que ve en Tabaré la encarnación americana del héroe romántico y juzga inverosímil el poema, inverosímil por el carácter transfigurado del charrúa y por el amor que hacia él siente Blanca, opina que es ésta una obra más soñada que escrita, “el resultado de un feliz fenómeno imaginativo más que el resultado de una afortunada labor de razonamiento”. Y prueba su aserto con la observación de que en Blanca ve Tabaré más que la mujer amada, la evocación de otra mujer a ella semejante, que vive en su recuerdo. Y es que en último análisis, “lo que da a la obra su tono, el sentimiento de orfandad convertido en culto y transformado más tarde en amor casi religioso, fué en el poeta una verdad sentida con toda el alma a través de una vida — dice LAUXAR —. El indio niño, como el poeta, queda huérfano y vive sumido en el recuerdo de su madre muerta... Tabaré es un perfecto retrato del autor, dulce, vago, lleno de misterio como él, y no seco ni brutal como los charrúas”.

Para ROXLO el mayor encanto de “*Tabaré*” está, no en su espíritu romántico con reminiscencias medioevales, no en sus personajes, no en su protagonista, que califica de “indio desolado que no parece indio”, sino en todo lo que tiene, y repetimos sus palabras, “de propio y nuestro nativo, cuando pinta sobriamente nuestras arboledas, cuando nos habla sobriamente de nuestros ríos, y cuando nos describe de un modo magistral los funerales del cacique que no se rindió al hechizo perturbador de una dulce hermosura blanca y creyente”.

También don JUAN VALERA siente cierto escrúpulo con respecto a la verosimilitud y hasta a la posibilidad de Tabaré, cuya pasión se explica y adquiere para él cierto realismo, dejando de ser vano ensueño de la poesía, luego de considerar el dominio inmenso que sobre los hombres primitivos puede ejercer la hermosura de la mujer. Y dice VALERA, "como los rayos del sol de primavera hacen brotar de la tierra fragantes rosas, las miradas de la mujer hacen que brote la flor de lo ideal en el alma del hombre".

Cabe ahora preguntar cuál era la posición estética de Zorrilla de San Martín al componer su "*Tabaré*". En el prólogo en que lo dedica a su primera esposa, dice: "el arte no es otra cosa que la reproducción sensible de la vida ideal... la única fuente de belleza artística es el pensamiento en que el bien se difunde y la belleza esplende... el poeta no puede decir mentiras por más dulces que ellas sean". Tales apotegmas de Zorrilla explican su "*Tabaré*", en el cual el símbolo de la raza charrúa, del salvajismo, del descreimiento, no puede unirse con Blanca, el símbolo de la raza española, de la civilización, de la cruz. Ésa es su verdad ideal, a la que se une esta otra: la de que Tabaré, por el milagro de una oración cristiana, oída del labio materno en la niñez, se desprenda del espíritu de la raza y muera dulcemente bajo las lágrimas de Blanca.

Todo el poema es hermosísimo y nada más gráfico para resumir esa hermosura que el juicio de ROXLO: "No hay una estrofa sin una imagen. Esa fantasía no se cansa jamás. Esa musa no sabe cerrar los ojos... como el cadáver del cacique los tiene perpetuamente vueltos hacia adentro, hacia el alma, y urde con los raudales de su luz interior el universo hechizado de su temblorosa, dulce, triste, vaga, mística y absurda quimera".

Hacia 1887 contrae Zorrilla de San Martín nuevas nupcias con la hermana de su primera esposa, de la que había de quedar luego viudo con trece hijos. Designado ministro plenipotenciario, desempeña su cargo en España, Portugal, Francia y el Vaticano. En España contrae amistad con las figuras literarias más destacadas y pronto sus cualidades de caballerosidad, sus dotes de inteligencia y corazón, su simpatía personal le conquistan general estima en los primeros círculos de la península.

Designado miembro correspondiente de las Reales Academias de la Lengua y de la Historia, toma parte en sus deliberaciones. Pronuncia varios discursos admirables, de los que son digna muestra el dedicado a don JOSÉ ZORRILLA en su velada de honor del Teatro Real; el de 1892, "*Descubrimiento y conquista del Río de la Plata*", ocasión primera en que en el Ateneo de Madrid se alzó la voz de un americano, y "*El mensaje de América*", dicho en la Rábida con motivo del cuarto centenario de la empresa de Colón.

Fruto de sus andanzas por Europa son "*Resonancias del camino*", hermosas impresiones de viaje, en que hay páginas admirables de frescura y sinceridad, publicadas en París en el año 1895. Tales impresiones no son sino las cartas enviadas a su esposa desde Europa y ellas encierran, para decirlo con las mismas palabras del autor "lo que yo sentí, y pensé, y escribí, leyendo sólo en mí mismo, en mi impresión reciente, en mis recuerdos familiares, en mi corto caudal de conocimientos humanos y de experiencia en la vida... Cada una de estas cartas es, pues, un estado de mi ánimo; debe haber en ellas algo más de lo que está escrito, acaso esto será lo menos expresivo: la índole del pensamiento es más que el pensamiento mismo... Eso será este libro: las fases de mi espíritu a través del espacio: no yo en el mundo, sino el mundo en mí".

Otra vez en la tierra natal, dió a la prensa "*Huerto cerrado*", escrito en 1900 a instancias del arzobispo Soler para recolectar fondos con destino a la erección de un santuario en Palestina y que reunido a otros artículos de diversa índole: "*El libreto de Tabaré*" a propósito del deseo del maestro Bretón de componer una ópera con el argumento del poema de Zorrilla, "*La religión de América*", "*El monólogo de Hamlet*", etc., integró su volumen.

Reasumió la dirección de "*El bien público*" y dictó la cátedra de Derecho Internacional en la Universidad, hasta que nuevas fluctuaciones de la política le apartaron. Fueron aquellos nuevos años difíciles para el poeta, padre fecundo de larga prole, que trabajó entonces en la Facultad de Matemáticas y en el Banco del Uruguay, en el que llegó a ser jefe de la sección de Emisión. Del olvido y de esas tareas tan ajenas a su temperamento le sacó el gobierno del doctor Williman, encargándole en 1910 una monografía acerca del héroe nacional, que

pudiese servir de guía a los artistas extranjeros convocados para el concurso del monumento a Artigas.

Nació así "*La epopeya de Artigas. — Narración de los tiempos heroicos del Uruguay*", en la que Zorrilla, patriota ferviente y poeta inspirado, volcó su entusiasmo escribiendo, no la monografía pedida, sino dos gruesos volúmenes que alcanzan las novecientas páginas. "*La epopeya de Artigas*", magnífica por su doctrina histórica, su inspiración artística y su belleza literaria, ha sido reconocida por los más exigentes y sesudos críticos europeos como una de las obras de mayor valía aparecidas en los días contemporáneos. MENÉNDEZ Y PELAYO, en una carta al autor, la califica de "verdadera epopeya en prosa, una evocación histórica realizada por un gran poeta". Don MIGUEL DE UNAMUNO, coincidiendo con el maestro de Santander hasta en las palabras, agrega: "Dudo mucho que artista alguno del cincel pueda erigir al culto y a la memoria de Artigas, un monumento en mármol o en bronce más sólido que éste".

Para los uruguayos "*La epopeya de Artigas*" asume verdadero carácter nacional; el autor de ella se ha convertido en rapsoda y su pueblo piensa y siente con él y se escucha y reconoce en las palabras de su boca. Porque, como lo dijo el doctor ABEL J. PÉREZ en artículo consagratorio: "Ésa ha debido ser y ésa ha sido la noble misión de Zorrilla de San Martín, el poeta nacional por excelencia, el cantor inspirado, cuya lira parece tener por misión mantener el culto de nuestros lares patrios y el fuego sagrado del alma nacional".

Del año 1917 datan los "*Detalles de historia rioplatense*", en que Zorrilla reunió algunos de sus artículos de índole histórica y sociológica: "*La realidad de Artigas*", "*Alvear y Artigas*", "*La argentinidad*", "*La familia romántica*", "*La advertencia del presidente Monroe*", etc.

Los años de la ancianidad de Zorrilla, aun pródigos de labor literaria, siempre renovada, le encontraron tal como SANSÓN CARRASCO le describiera cuando su ascenso a la gloria en la Florida. "La única diferencia — dice el ya mencionado Pérez Petit — es que ahora, los años han nevado por sobre su barba y cabellos... Lleva la barba y el bigote a la usanza de los tiempos de Felipe II, en cuanto a sus cabellos no los lleva de modo alguno, son ellos, los cabellos, los que parecen llevarlo a él... Su voz es cantante, armoniosa, clara y límpida.

de gran aliento y fortaleza: tiene, pues, la primordial condición del orador. Habla con fluidez, a veces arrebatadamente, siempre con entusiasmo y calor, siempre con convencimiento y criterio. Salta con pasmosa facilidad de un tema a otro, pues todos los domina con su vasta cultura... Es un hombre bueno en toda la extensión de la palabra; y no obstante, este hombre bueno, parece mentira, tiene sus enemigos: naturalmente por razones políticas. Es católico y nacionalista”.

Creyente fervoroso, Zorrilla de San Martín mereció por su catolicismo militante, del que ha hecho gala como hombre, como escritor, como periodista y como orador, que el papa León XIII le concediera la condecoración de la Espuela de Oro o de San Silvestre de primera clase.

Sus obras postreras son *“El sermón de la paz”*, de 1924, y *“El libro de Ruth”*, de 1928. Ambos son, dice DARDO REGULES, “libros serenos y misericordiosos... libros de sana y clara docencia... libros de bien... libros cristianos”. En ellos prevalece el profesor sobre el artista, sin desmedro del escritor. Constituye el primero una revisión de la teoría del patriotismo, contemplada a la luz de los problemas pavorosos de la post-guerra. El segundo encierra una serie de ensayos entre los que sobresalen el dedicado a Nietzsche y el preliminar, acerca de *“La dignidad de las letras”*, que para Zorrilla no reside en la gloria, ni en el aplauso, ni en la inmortalidad, sino en “una especie de reproducción espiritual, pues el hombre ama su propia perfección en la criatura que se ha formado con su palabra”.

Este hombre, que como poeta pudiera llamarse el Bécquer americano, y que fué apellidado el Castelar de América por sus dotes oratorias, es uno de los que en el pueblo hermano más hicieron por su cultura. Así lo reconoció el Uruguay, proclamándole en magnífico homenaje su poeta nacional.

La vida ejemplar de Juan Zorrilla de San Martín extinguióse en Montevideo el 4 de noviembre de 1931. Su muerte adquirió contornos de profundo duelo nacional, por ello “el hombre humilde, sencillo, modesto y pobre — dice el padre FURLONG — el ciudadano alejado de todo bullicio partidista, había de recibir y recibió, en efecto, de parte de su pueblo, el entierro más suntuoso de que hay noticia en los anales del

pueblo uruguayo". Velado en la plaza histórica de Montevideo, a la luz de las estrellas, sus restos reposan junto a los del héroe máximo por él evocado en magnífica epopeya.

T A B A R É ★

CANTO TERCERO

I

Duerme San Salvador entre rumores.
Corre a sus pies el río,
remedando el arrullo de una tórtola
con su blando y monótono rúido.

El centinela en el bastión se duerme,
y, al verlo allí tranquilo,
juegan con su arcabuz y con su adarga
los invisibles genios de los indios.

Con los ojos pequeños, y los cuerpos
desnudos y cobrizos,
con los pechos y pómulos salientes,
los labios gruesos y cabellos rígidos:

Engendros microscópicos, que miran
al soldado dormido,
trepan por él, lo palpan, cuchichean,
y, en grupos, lo recorren con sigilo,

Y danzan en su torno, de las manos,
golpeando el suelo con alegre ritmo,
o, al compás de los ruidos de la noche,
se mecen, en los aires suspendidos,

Lanzando esas fugaces carcajadas,
y esos pequeños gritos
que se oyen en las noches silenciosas
sin verse quien respira en el vacío.

¿Cómo puede dormir, soñar acaso,
ese hombre? ¿No habrá visto
esas manchas de sangre que aparecen
del astro solitario sobre el disco?

Las horas impregnadas de indolencia,
al soldado han vencido;

juegan con su arcabuz y con su yelmo
los invisibles genios de los indios.

II

¿Sentís moverse ese cardal cercano,
y ese roce de cuerpos escondidos,
que se arrastran, cual suele entre los juncos
arrastrarse callado el cocodrilo?

No veis entre las ramas asomarse
las temerosas caras de los indios,
embijadas de rojo y dibujadas
con trazos verdes, negros y amarillos?

Las plumas de sus frentes se confunden
con las hojas del cardo, el remolino
del viento suave, al agitar las ramas,
descubre acá y allá rostros cobrizos,

Brazos que se abren paso cautelosos
entre el tupido bosque de espinillos,
cuerpos a medio incorporarse. Vedlos,
salen al llano, en dirección al río.

Aquel es *Ibipué*. ¿Quién no conoce
al *tubichá*, tan fiero como listo,
que al avestruz alcanza y al venado,
y apresa entre las aguas al carpincho?

Cayú es aquel que corre entre las chircas,
se le conoce con el profundo signo
que le grabó con su hacha en la cabeza
hace algún tiempo el arachán *Siripo*.

¿También tú *Guaycurú*? De los cristianos
tú te dijiste servidor sumiso,
y ese casco que llevas, y esa adarga,
de Garay los ganaste en el servicio.

Tú fuiste el mensajero de tu tribu;
rompiste en la rodilla tu macizo
arco de *ñandubay*, y en tu piragua
o a nado, en son de paz cruzaste el río.

¿No es ésa una mujer? Es *Tabolía*.
Sabe arrancar la piel al enemigo,
y ya más de una de ellas ha colgado
en el movable toldo de sus hijos.

Ella no exprime el fruto del quebracho,
ni recoge en la selva para su indio
la miel del *guabiyú*, ni lleva el toldo,
ni entona el *yaravi* de triste ritmo.

Tiene en el labio el signo del guerrero;
suena en la lucha su salvaje grito,
y en el desnudo seno apoya el arco
en que viene la muerte a hacer el nido.

Yamandú va adelante. El negro brazo
hacia atrás extendido,
silencio impone a la jadeante turba,
con ademán nervioso y expresivo.

Mientras, él se incorpora, la cabeza
saca de entre las matas, y al tranquilo
resplandor de la luna, ya cercano,
observa el silencioso caserío.

III

Blanca duerme. La lámpara en la alcoba
de la inocente niña
su dormida cabeza en la almohada
con trémulas aureolas ilumina.

Entreabiertos los párpados
dejan adivinar en las pupilas,
como en el lago el brillo de una estrella,
la lumbre palpitante de la vida.

Los invisibles labios de un ensueño
parecen apoyarse en su mejilla
y comprimir su boca
con los pliegues del llanto o la sonrisa.

Una oración acaso
a medio terminar, interrumpida
por el sueño, ha quedado abandonada
entre los labios de la hermosa niña,

Que unos ratos parece recogerla,
moverla entre ellos pura e instintiva
y ofrecerla a los ángeles que nadan
en el callado ambiente que respira.

¿Duerme? ¿O en el vahido indescriptible
intermedio entre el sueño y la vigilia,

la realidad y la ilusión se estrechan,
y en su espíritu flotan confundidas?

¿Conserva esa conciencia vacilante,
esa confusa actividad que infiltra
la voluntad del hombre en los ensueños
que en lo obscuro procuran sumergirla?

IV

Acaso no dormía. Se incorpora;
en el espacio la mirada fija;
separa los cabellos de la frente,
y escucha inmóvil, temblorosa, lívida.

Vedla en el borde del revuelto lecho.
¿Qué ve? ¿Sueña? ¿Delira?
¿Quién derrama en el alma de la virgen
ese terror que asoma a sus pupilas?

¡Ah! Blanca no ha soñado.
La ronca gritería
que llegó hasta su oído se repite,
crece, arrecia, se acerca; no es mentira.

Es el *malón* salvaje
derramado en la villa;
el bramido terrible de la fiera
que ataca, y se revuelve, en su agonía.

¡Indios! ¡Los indios vienen!
En medio de la grita
se oye clamar: ¡Los indios! ¡El charrúa!
¡Ahú! ¡Ahú! ¡Ahú!... Suena la esquila,

Sobre el pajizo techo
de la humilde capilla,
con ayes repetidos de rebato;
estalla un arcabuz, el plomo silba.

¡Ah del valiente hidalgo!
¡Los indios en la villa!
¿Dó está la espada, brazo de la muerte,
que en las batallas don Gonzalo vibra?

El salvaje alarido
con que las tribus su valor excitan
suena cual si los átomos del aire
para aullar y gemir cobraran vida.

Y vuelan las saetas
que sus colmillos en el aire afilan,
y en ellas, discurriendo por la sombra,
silba la muerte como errante víbora.

Como el penacho ardiente
del yelmo de un demonio, va encendida,
su roja cabellera desgarrando
en los aires la bola arrojadiza;

Y se quiebran las ramas,
los árboles oscilan,
despierta el arcabuz, pero sin rumbo
el plomo vuela, el fogonazo brilla.

Y el salvaje alarido
levanta a los jaguares que dormían
y se alejan corriendo, y a los pájaros
que huyen despavoridos a las islas.

Y el malón se dilata
como reptil inmenso, que se agita
en mortal convulsión, y envuelve al pueblo,
y lo estruja, y lo ahoga en sus anillos.

¡Ay del pueblo dormido!
¡Ay de la hermosa niña!
¿Quién duerme dulce sueño, quién descansa
al lado de la fiera que agoniza?

V

Mal ajustado el yelmo,
la cota mal ceñida,
con la espada desnuda, don Gonzalo
ha estrechado a su esposa; a sus rodillas

Se ha abrazado gimiendo
su hermana Blanca. El capitán vacila.
Ruge el malón afuera... ¡Cierra España!
Se oye clamar en medio de la grito.

¡Gonzalo, no nos dejes!
Gonzalo, si te vas, ¿quién nos auxilia?
¡Santiago! ¡Cierra España!... Ruge el indio:
¡Ahú! ¡Ahú! ¡Ahú! ¡Ah, por Castilla!

De los queridos brazos
se arranca el capitán, corre a la lidia;

ha huído Doña Luz, y junto al lecho
Blanca ha caído, como flor marchita.

VI

Las *macanas* que agitan los charrúas
ya están en sangre tintas,
y los desnudos cuerpos brotan sangre,
y fuego las pupilas.

Rueda el incendio en los pajizos techos
como de aladas víboras
una bandada extensa, que entre el humo
y el rojizo fulgor se arremolina.

Con retumbante son en las rodela
chocan las masas indias,
mudo está el arcabuz, porque el charrúa
el cuerpo ciñe a la armadura misma

Del español, y clava
en él sus dientes, que la rabia irrita;
y ruedan ambos en estrecho nudo
estremeciendo el suelo en su caída.

Crecen los alaridos;
la brega recrudece, y la rojiza
claridad del incendio los pintados
rostros de los salvajes ilumina;

Se refleja en las aguas
en fantástica danza, y en la villa
las desnudas siluetas de los indios
por todas partes cruzan fugitivas,

Como sombras extrañas e impalpables
que los aires vomitan,
y a la voz de un conjuro
cuajan en las tinieblas sacudidas.

¡Ay de la dulce hermana
de la estrella que alumbró las colinas
cuando la tarde entona sus rumores
al quedarse dormida entre las islas!

VII

¿No es *Yamandú*, el cacique,
el que huye allá en la sombra?

Corre, volviendo el rostro abigarrado,
huye, trepando las cercanas lomas.

Es él; bien se distinguen
su gigantescas formas;
bien se conoce el matorral de plumas
que su cabeza en el combate adorna.

Es él. ¿Por qué va huyendo?
¿Por qué a sus compañeros abandona?
¿Teme la muerte el guaraní cobarde
después que él mismo concitó las hordas?

No: el indio ha conquistado
lo que su ardor provoca;
él fué una vez a la española villa
y vió una virgen. Lo siguió su sombra

Al bosque de los talas
a su movable choza;
hirvió su sangre; la pasión salvaje,
brutal y ciega devoró sus horas.

Miradlo: entre sus brazos
conduce a la española:
Es Blanca. ¡Blanca, la inocente hermana
de la tranquila estrella de las lomas!

Blanca, cuyos lamentos
en el aire sofoca
el último clamor de la batalla
que desgarrando los espacios flota;

Blanca, que se retuerce,
y forceja, y se ahoga,
en ese nudo de viviente hierro
que hace crujir sus delicadas formas.

Lleva tan sólo, de su lecho aun tibio
las desceñidas ropas;
entre los brazos negros del charrúa
se ven alas de un nido de palomas;

Y entre el pecho nervudo
y la mano callosa
la cabeza de Blanca va oprimida,
inmóvil, encajada entre dos rocas.

.....

.....

CANTO CUARTO

.....
.....

III

Caídos los cabellos
como el ala del ave fatigada;
insensible, sin fuerzas ni conciencia.
sin mirada los ojos y sin lágrimas;

Mal cubiertas las formas,
formas de líneas tímidas y vagas,
pues los años, artistas de la vida,
su obra tienen apenas modelada;

Hundida entre la hierba,
como una garza herida, yace Blanca.
Su cabeza se mueve sobre el pecho
cual colgada del cuello; frías, lacias,

Sus manos han caído
sobre el blanco regazo en que desmayan.
Casi ríe su labio; es esa tregua
que el colmo del dolor presta a las almas.

.....
.....

Los seibos se han echado
sobre la espalda el manto de escarlata;
en idioma extranjero están las hojas
conversando entre sí, y en voz muy baja.

IV

Un hondo grito de terror y angustia
Blanca por fin exhala,
un grito desolado que se pierde
en el misterio de la selva huraña.

Al tornar a la vida, recobrando
una conciencia vaga;
al volver a sentir que en sus pupilas
las confusas miradas despertaban,

Las derramó en su torno; vió a su lado,
entre la luz escasa,

los viejos troncos, la maleza, el bosque
y por fin, en la sombra, a sus espaldas,

Con las negras pupilas luminosas
en lascivia empapadas,
vió el rostro abigarrado del salvaje,
que de su presa el despertar aguarda.

Una estúpida risa lo contrae
con una mueca bárbara;
la cabellera rígida y oscura
sobre el pintado rostro se derrama;

El cuerpo tiembla y el jadeante aliento,
al rozar la garganta,
forma un sonido intermitente y áspero
que se acelera, y al rugido alcanza.

El salvaje se ríe; de aquel bosque
sólo él sabe la entrada;
él es *payé*; de *Añan-guazú* no teme
los fuegos ni los pálidos fantasmas.

V

El grito de la virgen se ha extinguido.
Su cabeza, ocultada
en los brazos que oprimen las rodillas,
todas las líneas de su cuerpo pálidas

Forman un nudo estrecho y tembloroso
que se ve entre la grama,
al través del cabello que lo envuelve
como el ramaje al ave amedrentada;

Nudo ajustado apenas, que la mano
de un niño desatara;
que defender no puede en aquel bosque
el tesoro que guarda.

Siente la virgen tras de sí el romperse
de sacudidas ramas,
y oprime más sus trémulas rodillas,
y así un gemido imperceptible lanza.

¿Qué pasa allí? La niña sólo siente
dos rugidos que estallan,
dos cuerpos que a su lado se desploman,
y un grito sofocado a sus espaldas.

Después, por un instante, sólo escucha
las hojas que conversan en voz baja...
Alguien también respira junto a ella...
¿Quién es? Nadie la ofende, todo calla.

No se atreve a mirar eso ignorado
que siente allí, muy cerca, como zarpa
ya dispuesta a caer; sus pensamientos
comienzan a voltear en ronda vaga;

Sin rumbo se atropellan sus ideas;
el silencio la atruena; en su mirada
las sombras se condensan; los rumores
se alejan en tropel y a la distancia.

Parecen remedar voces confusas,
indefinibles gritos o palabras;
le falta tierra, y aire, y se desploma,
y el nudo de su brazo se desata.

Ha creído escuchar, al desplomarse,
algo como un lamento a sus espaldas,
y haber visto una sombra conocida
llegarse hasta su lado sin tocarla.

VI

El indio Yamandú yace en el suelo.
En los ojos y el alma
tiene la noche; su salvaje risa
está en sus labios para siempre helada.

¿Quién es ese otro, pálido y convulso,
que entre la hierba se alza,
después que entre los dedos ha estrujado
de Yamandú el cacique la garganta?

¿Quién escuchó en el fondo de la selva
temida de los talas
el grito de la virgen española
indefensa y esclava?

¿Quién sino él? De pie, junto a la niña
que inmóvil ve a sus plantas,
como si el soplo de un ensueño frío
por sus hinchadas venas circulara,

El indio Tabaré mira el cadáver
de Yamandú, y a Blanca,

que cual visión dormida en la maleza
se ofrece allí a sus ojos yerta y pálida.

Es él, es Tabaré, que hasta aquel bosque
llevado fué por una fuerza extraña,
y al despertar de su sopor, en brazos
de la cruz de la selva solitaria,

Sintió muy cerca, entre el rumor confuso
de ramas agitadas,
el grito de la virgen española,
de Yamandú bajo la horrible garra.

Saltó, como mordido, por el aire;
saltó, y en la garganta
del indio Yamandú clavó las manos,
que sacudió con fuerza extraordinaria,

Hasta sentir la muerte entre sus dedos
crispados por la rabia,
Dejó el cuerpo del indio estrangulado...
Se alzó... miró... la virgen allí estaba.

VII

E inmóvil, tembloroso,
el indio mira a Blanca,
cual si la muerte asida a sus cabellos
su oído con sus gritos desgarrara.

Y sigue el ruido sordo de las hojas
que en voz baja se hablan
en ese idioma dulce y extranjero
en que hablan los crepúsculos al alma.

Y sobre el lecho de hojas y de espinas
la niña desmayada se destaca,
y la ilumina el rayo compasivo
de la primera luz de la mañana.

.....

XIII

Blanca mira al salvaje, que persigue
invisibles fantasmas.
Mucho más de una vida se refleja
en su pupila azul iluminada.

La extrema palidez que por sus miembros
convulsos se derrama
hace de él una sombra transparente,
forma sin cuerpo, evocación fantástica.

XIV

En la mente del indio se disipan
las visiones, y clava
con larga intensidad, en la española
las pupilas ardientes y cansadas.

Sus ojos en los ojos de la niña
la mirada descansan;
una gota de llanto brota en ellos
y brilla tristemente en sus pestañas;

Y su voz se transforma, y suena dulce,
como suenan las auras
en los bosques del *Hum*, cuando las sombras
que durmieron en él se desparraman.

.....
.....

Blanca lo escucha como se oye el eco
de canción olvidada,
que en ráfagas acude a la memoria
sin que la voz acierte a recordarla.

Pende en los labios de la absorta niña
la tímida palabra
de la trunca oración, y mira y sigue
al indio con atónita mirada.

En sus ojos azules ha creído
ver algo que esperaba;
algo como la estrella de las tardes
que en la ribera alumbró sus lágrimas.

Punto de luz en que miraba acaso
aquella madre blanca
que se acostó a morir bajo los ceibos,
y en el dolor de su hijo despertaba.

La niña vió la luz en el abismo;
y alguien que habló en su alma,
"Ésa es, le dijo, tu soñada lumbre;
pero ese abismo sólo Dios lo salva".

Todo lo comprendió. Y amó a aquel hombre
como las tumbas aman;
como se aman dos fuegos de un sepulcro
al confundirse en una sola llama;

Como de dos deseos imposibles
se unen las esperanzas;
cual se ama desde el borde del abismo
el vértigo que vive en sus entrañas.

CANTO QUINTO

I

¿Quién es ese indio pálido que cruza
las lomas solitarias,
y atraviesa el chircal y los bañados
y una virgen conduce en las espaldas?

Camina vacilante, como un ebrio;
en convulsiones rápidas
se sacuden sus miembros, y en sus brazos
oscila a veces la preciosa carga.

Es el indio imposible, el extranjero,
el salvaje con lágrimas;
la última gota de una sangre fría
que aun no ha bebido la sedienta pampa.

II

El sol ha recorrido
la mitad de su marcha,
y los viajeros sin cesar caminan
a través de las lomas solitarias.

Oyen por todas partes
la metálica voz de la chicharra,
y al *mamangá* que zumba dando vueltas,
y al *camoatí* que hierve entre las ramas;

El trémulo volido
de la perdiz lejana,
y en el quebracho el golpe vigoroso
del *carpintero*, leñador con alas.

El aire está poblado
de susurros que pasan;

como en un velo de cristal envuelto
el campo brilla entre aureolas diáfanas.

Con intervalos breves
del arbusto en las ramas
su cantarcillo igual lanza el chingolo,
prolongando la nota con que acaba;

Y se oye repetida
a diversas distancias
la misma melodía quejumbrosa,
que va, viene, contesta, ruega o llama.

El zorro entre los chircas
la larga cola arrastra
huyendo a saltos y volviendo a veces
el puntiagudo hocico entre las zarzas;

La pesada cabeza
inclina el cardo seco; de su blanda
plumazón se desprenden las semillas
como enjambres de estrellas apagadas,

Que vuelan en flotantes remolinos,
o en el suelo se arrastran;
se detienen, y emprenden nuevamente
el camino sin rumbo, atolondradas.

Y con Blanca en los brazos
el indio no descansa;
camina lento, sin cesar camina
dejando atrás las lomas solitarias.

.....

Y sigue, y sigue, y cruza, unas tras otras,
las colinas desiertas;
se pierde en el cardal de las cañadas,
y aparece, de nuevo, allá en la cuesta.

VII

.....

Blanca mira al charrúa. Con el dedo
éste a la virgen muestra

una columna de humo que a lo lejos
sobre la masa de árboles se eleva.

¡El Uruguay!

¡San Salvador!

La niña

una mirada intensa
ha clavado en los ojos del charrúa
azules y tristísimos. La estrella

Brillaba en ellos, pálida, lejana,
agonizante y trémula,
la estrella solitaria de las tardes
que las colinas últimas pasea.

El indio miró a Blanca, y sobre el pecho
inclinó la cabeza;
su mirada era fría y extenuada,
cual la última que envía entre las breñas

El inerme venado que allí muere
sin lanzar una queja,
lamiéndose la herida dolorosa,
y ya sin sangre, en su costado abierta.

.....
.....

Su cuerpo helado descendió la loma
con la española a cuestras,
cuyos largos sollozos resonaban
en la salvaje soledad desierta.

Y el grupo aquel, atravesando el llano
en siniestra carrera,
como la sombra que en el suelo cruza
de obscura nube que los vientos llevan,

Se hundió en la sombra de cercano bosque,
cuyos talas y ceibas
parecieron cerrarse tras el paso
del indio y la española.

Tal se cierran las aguas o el sepulcro,
en cuyo seno se hunden o despeñan
la flor que se desprende de su rama,
y el hombre que resbala de la tierra.

CANTO SEXTO

I

El sol va descendiendo lentamente,
y sus rayos oblicuos,
como ligeros seres embozados
en diáfanos cendales amarillos.

Van y vienen, flotando entre los árboles,
se bañan en el río,
se arrastran por el campo, o escondiendo
el rastro de su vuelo fugitivo.

Van a posarse en el ombú lejano,
a cuyo lado mismo
el *urunday*, envuelto en los vapores,
duerme a la sombra el sueño vespertino.

En la nube de bordes inflamados,
de su agrandado disco
el sol oculta una mitad; la otra
alumbra el campo con su triste brillo.

Al desprenderse entero de las nubes,
desciende como el igneo
escudo de batalla de un arcángel
que cruza lentamente lo infinito,

Dejando tras de sí por los espacios
sobre un campo rojizo
trozos inmensos de armaduras de oro
y jirones de púrpura encendidos.

Los rumores del valle se evaporan;
los vientos han huído
a echarse fatigados en las islas,
donde, a poco volar, duermen tranquilos.

.....
.....

IX

Por allá, entre los árboles,
apareció un momento
Tabaré conduciendo a la española,
y en la espesura se internó de nuevo...

Grito de rabia y júbilo
lanzó Gonzalo al verlo,
y como empuja el arco a la saeta
de su ciega pasión lo empujó el vértigo.

Los ruidos de su arnés y de sus armas,
al chocar con los árboles, se oyeron
internarse saltando entre las breñas
y despertando los dormidos ecos.

Han seguido al hidalgo
el monje y los soldados. Allá adentro
se va apagando el ruido de sus pasos;
el aire está y los árboles suspensos...

Un grito sofocado
resuena a poco tiempo;
tras él clamores de dolor y angustia
turban del bosque el funeral silencio...

.....

.....

X

¡Cayó la flor al río!
los temblorosos círculos concéntricos
balancearon los verdes camalotes
y entre los brazos del juncal murieron.

Las grietas del sepulcro
engendraron un lirio amarillento.
Tuvo el perfume de la flor caída,
su misma extrema palidez... ¡Han muerto!

Así el himno cantaban
los desmayados ecos;
así lloraba el *urutí* en las ceibas
y se quejaba en el sauzal el viento.

XI

Cuando al fondo del soto
el anciano llegó con los guerreros,
Tabaré, con el pecho atravesado,
yacía inmóvil, en su sangre envuelto.

La espada del hidalgo
goteaba sangre que regaba el suelo;
Blanca lanzaba clamorosos gritos...
Tabaré no se oía... Del aliento

De su vida quedaba
un estertor apenas, que sus miembros
extendidos en tierra recorría,
y que en breve cesó... Pálido, trémulo,

Inmóvil, don Gonzalo,
que aun oprimía, el sanguinoso acero,
miraba a Blanca, que poblando el aire
de gritos de dolor, contra su seno

Estrechaba al charrúa
que dulce la miró, pero de nuevo
tristemente cerró, para no abrirlos,
los apagados ojos en silencio.

El indio oyó su nombre
al derrumbarse en el instante eterno,
Blanca desde la tierra lo llamaba;
lo llamaba, por fin, pero de lejos...

Ya *Tabaré* a los hombres
ese postrer ensueño
no contará jamás... Está callado,
callado para siempre, como el tiempo,
como su raza,
como el desierto,
como tumba que el muerto ha abandonado:
¡Boca sin lengua, eternidad sin cielo!

XII

Ahogada por las sombras
la tarde va a morir. Vagos lamentos
vienen de los lejanos horizontes
a estrecharse en el aire entre los ceibos.

Espíritus errantes e invisibles
desde los cuatro vientos,
desde el mar y las sierras, han venido
con la suprema queja del desierto:

Con la voz de los llanos y corrientes,
de los bosques inmensos,

de las dulces colinas uruguayas
en que una raza dispersó sus huesos;

Voz de un mundo vacío que resuena;
raro acorde, compuesto
de lejanos cantares o tumultos,
de alaridos, y lágrimas, y ruegos.

El sol entre los árboles
ha dejado su adiós más lastimero,
triste como la última mirada
de una virgen que muere sonriendo.

Cuelgan entre los árboles del bosque
largos crespones negros;
cuelgan entre los árboles las sombras
que, como aves informes, van cayendo.

Cuelgan entre los árboles del bosque
tules amarillentos;
cuelgan entre los árboles los últimos
lamps de luz, como sudarios trémulos.

La luz y las tinieblas en los aires
batallan un momento;
extraña y negra forma cobra el bosque...
La noche sin aurora está en su seno.

Y cual se oyen gotear tras de la lluvia,
después que cesa el viento,
las empapadas ramas de los árboles,
o los mojados techos,

Brotan del bosque, en que el callado grupo
está en la densa obscuridad envuelto,
ya un metálico golpe en la armadura
del capitán o de un arcabucero;

Ya un sollozo de Blanca, aun abrazada
de *Tabaré* con el inmóvil cuerpo,
o una palabra trémula y solemne
de la oración del monje por los muertos.

BOLILLA IX

La literatura en la América española desde 1885. El modernismo. Breve noticia sobre las principales figuras:

José Martí, José Enrique Rodó, Rubén Darío.

LA LITERATURA EN LA AMÉRICA ESPAÑOLA DESDE 1885

EL MODERNISMO

Cuando todas las diversas escuelas estéticas: clasicismo, romanticismo, realismo, naturalismo, hubiéronse agotado en Francia, los poetas jóvenes dieron en agruparse en cenáculos, nombrándose unos parnasianos, otros decadentes, simbolistas aquéllos, afectados todos, en última instancia, de un mismo decadentismo y un común amaneramiento que, haciéndoles correr tras lo nuevo, llevólos a diversas exageraciones dentro de la lírica, que habían luego de pasar a los demás géneros poéticos y aun al teatro y a la misma prosa.

Esta nueva literatura modernista, de suyo aristocrática, no plugo a todos, aun cuando hubo en el fondo de ella algo que, abstracción hecha de los excesos, vivificó y prestó nueva frescura a la obra literaria. Fueron sus más sanas características: la absoluta libertad del poeta, que no admite sujeción a leyes a priori establecidas, el respeto de la propia personalidad, una sensibilidad más acentuada y la exquisitez en el matiz. Si a ellas se hubieran aliado la naturalidad y el profundo sentido moral, habrían conseguido los poetas del modernismo francés librarse del decadentismo, mas nacida la literatura modernista en una época en que Francia, decadente en cuanto a costumbres, habíase tornado positivista y afeminada, debió ella necesariamente ser espejo de tales cualidades. Creóse así un arte literario desviado de su primitiva pureza, enamorado de la afectación, con tendencia a la oscuridad y que se distingue por el notable refinamiento de la sensibilidad y su enfermiza propensión a la musicalidad.

El modernismo tuvo su iniciación en Francia con Catulle Mendés, joven poeta que fundó la "*Revue phantasiste*", en cuyas páginas colaboraron él mismo, Gautier, Banville, Baudelaire. Fué esta revista un anticipo del "*Parnasse contemporain*", publicación que dió su nombre a la nueva corriente, llamada desde entonces parnasianismo, y que reunió en sus filas, además de los nombrados, a Rimbaud, Leconte de Lisle, Heredia, Coppée, y luego a Verlaine y Mallarmé.

El modernismo, atendiendo exclusivamente a la sensación, fuése tras la música en la poesía y empeñóse en hacer música con palabras. Ahora bien, dos caminos se le ofrecían para lograrlo: amontonar palabras que careciendo de sentido recuerden por su sonido los instrumentos musicales, o reunir palabras con sentido, pero destinadas, con prescindencia de él, a despertar sensaciones.

El primero de estos caminos llevó a la musicalidad del parnasianismo, al predominio de la forma sobre la idea, que dió nacimiento al mote de decadentes con que los adversarios de la nueva escuela ridiculizaron a sus adeptos; el segundo al simbolismo puro, que con Mallarmé a la cabeza, pretendió "dar contenido" a las creaciones parnasianas. Uno intenta recordarnos en la poesía el sonido del clarín o del órgano, el otro se propone hacernos evocar un castillo medieval o un claroscuro de Rembrandt; pero ambos, aparte de rebajar al arte en su dignidad, pues convierten al ser racional que es el hombre en un puro sensitivo, crean un arte efectista, apartado de la perfecta armonía en que los griegos ajustaban fondo y forma, idea y expresión, pese a que los modernistas, cultores de un arte extraño, que huyeron de la realidad para encerrarse en alta torre de marfil, afanáronse por devolver a la musa helénica las gracias de su antigua mocedad. Inútil empeño, pues no en vano habían transcurrido veinte siglos de cristianismo creando una muy distinta sensibilidad.

Verdad es que los parnasianos, y con ellos Rubén Darío, que tras su estada en París y su convivir con ellos, hizo supremos esfuerzos para incorporar al castellano la nueva técnica francesa, pensaron haber logrado la helénica forma, galana y sobria, pero también es verdad que a ella sacrificaron el fondo, así como los románticos habían inmolado en aras de las ideas la expresión. El simbolismo francés, que data de 1885 como reacción contra la cruda brutalidad del naturalismo y la frialdad parnasiana, trajo un nuevo concepto de la poesía, inspirado en la filosofía espiritualista del alemán Hegel, concepto que se opuso con celo, por cierto excesivo, al también excesivo realismo en que Zola se encharcaba. Fueron las características del simbolismo, que puede ser considerado como un vuelo hacia lo ideal y una protesta contra la esclavitud de la forma: como propósito, la encar-

nación de ideas en los personajes; como procedimiento, el empleo de la metáfora, la alegoría, el símbolo, con predominio del elemento musical de la palabra; pero el vuelo fué desmedido, pues al perder de vista el arte la realidad, que es su verdadero campo, y proponerse sólo lo misterioso y desconocido, lo que estaba detrás de las cosas, su símbolo, se cayó en la oscuridad, en la nada, en el vacío, en cuanto al fondo; y la rotura de las cadenas métricas en lo que a la forma respecta, implicó el versolibrismo. El aspecto novedoso del simbolismo nace, en lo que al fondo atañe, del hecho de no presentar las cosas, sino sugerirlas: "Nombrar una cosa — dice MALLARMÉ — es suprimir las tres cuartas partes del deleite que produce la poesía, el cual nace del gusto que hay en ir adivinando las cosas: el ensueño y la verdadera poesía está en sugerir. En el perfecto empleo de este misterio consiste el símbolo: evocar poco a poco una cosa para mostrar el estado del alma, o al revés, escoger una cosa y sacar de ella el estado del alma por una serie de intenciones" y VERLAINE: "La música ante todo... Nada más caro que la canción gris en que lo indefinido se alía a lo preciso". Y en cuanto a la forma, de la dislocación del alejandrino de Hugo, con supresión de los hemistiquios clásicos y colocación de la cesura en el medio, en una palabra, trocando al verso en especie de prosa rimada o simplemente rítmica, a la manera del norteamericano Walt Whitman, para llegar al verso menos verso posible.

Hemos de reconocer que los principios de espiritualidad y libertad métrica hallábanse ya en el romanticismo, al que también pertenecía la propensión a creerse el poeta un ser inspirado que ve lo que los demás son incapaces de ver, pero todo ello exageróse en el modernismo, que por trasponer sus corifeos el mundo real, apartóse del romanticismo, del que también difiere por su carácter egoísta, aristocrático, refinado y enemigo de lo popular, y por el símbolo que es su esencia. Por otra parte, todas las veces que el simbolismo logró prescindir de las metáforas vagas e imprecisas, de la fantasía soñadora y desvanecida, que lo sumían en la oscuridad; y dentro de los límites de lo claro y definido, alcanzó el matiz, y la fantasía, sin subyugar a las demás facultades, realzó una evocación precisa, dejó de ser vicioso para convertirse en arte de buena ley, fino y elegante, exquisito y fantástico, tamizado en color y sonido. Tal el arte del Rubén

Darío, en el que puede acaso señalarse cierto predominio de la fantasía sobre el sentimiento a la manera fría del parnasianismo, y una definida tendencia al simbolismo, fundido todo ello en su fuerte personalidad.

Hemos de agregar que los decadentes modernos, justificando tal nombre, además de extravagantes en su vida, fueron bohemios en sus costumbres y anormales en su temperamento, o, cuando menos, como tales se fingieron en sus obras; exagerando en grado máximo las sensaciones, buscándolas nuevas y extrañas en el alcohol, el éter y los alcaloides. Nunca saciados de satisfacciones inusitadas, juzgaban las obras literarias por la novedad de las sensaciones que ellas despertaban.

El modernismo, escuela según acabamos de ver, netamente francesa, llegó a España en las postrimerías del siglo XIX por dos corrientes diversas: a través de **Rubén Darío** y su obra, y por las revistas francesas. A América años antes, comprobando una vez más la verdad histórica de que la Enciclopedia y las ideas francesas apartaron a España de sus hijas allende el mar. La juventud del Nuevo Mundo, encariñada durante casi un siglo a las ideas francesas, encaprichóse al finalizar el décimonono con el arte parisense, con la novela naturalista primero, con la lírica modernista luego.

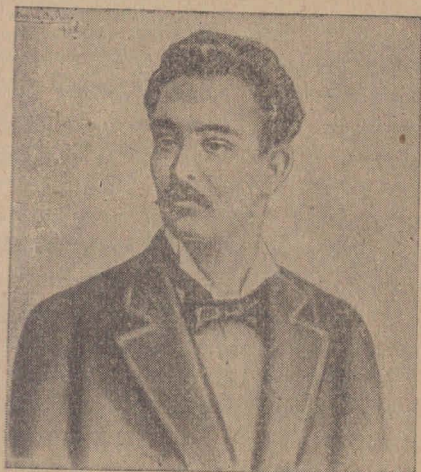
Dicen del contagio de esta última las poesías del mejicano **Manuel Gutiérrez Nájera**, del cubano **Julián del Casal** y del colombiano **José Asunción Silva**, precursores del nicaragüense **Rubén Darío**, que con extraordinarísima facultad de asimilarse cuanto veía, supo captar las diversas modalidades del parnasianismo y del simbolismo francés, forjando una manera muy personal, deslumbradora y alada, cuyo fruto primigenio fué su "*Azul*".

Convirtiendo el arte francés en castellano, hizo Darío escuela, sobresaliendo de los que en algún momento fueron sus discípulos, **Leopoldo Lugones** entre los argentinos y **Julio Herrera** y **Reissig** entre los uruguayos.

El modernismo en América corresponde al momento en que se consolidaba la organización política de las nuevas naciones; momento en que se precipitan los ideales literarios alrededor de ciertos nombres, cuyo brillo pudo hacerlos epónimos del florecimiento. Tales los ya mencionados de del Casal, Gutiérrez Nájera, Silva y Darío, que fueron el centro de la

evolución que reprodujo el renacimiento lírico del Nuevo Mundo.

La inspiración recibida de las literaturas europeas se transformó en tierras americanas en un ardor de violencias alguna vez enfermizas, siempre agudas e intensas. Sin un pasado clásico, carentes de la serenidad griega y de la elocuencia latina, nuestros poetas, por naturaleza improvisadores, de temperamento repentista, con el entusiasmo de los años juveniles, dispersaron sus cantos, cuyos modelos fueron los franceses: Verlaine, Mallarmé, Leconte de Lisle y Moréas; Poe y Whitman entre los americanos del Norte.



JOSÉ MARTÍ

José Martí, el iniciador, el apóstol y el brazo armado de la conspiración que en 1893 abatió la soberanía es-

pañola en Cuba, uno de los fundadores con Gutiérrez Nájera, Rubén Darío, Julián del Casal y José Asunción Silva del modernismo en América, nació en La Habana el 28 de enero de 1853, en hogar español. Su padre, que era oficial de artillería, arrancóse los galones al venir al mundo su hijo, para que éste no alcanzase a verlo, ni por un solo día, esclavo de nadie. Educólo desde pequeño con el propósito de que fuese un hombre libre, "porque yo no extrañaría — díjole hacia 1867, cuando ya el vástago presidía sociedades políticas secretas — verte peleando un día por la independencia de la tierra".

Los escasos medios de que la familia de Martí disponía no permitieron costearle otros estudios que los primarios, mas el favor de un amigo consiguióle la matrícula en el Instituto. Fué maestro predilecto de Martí, don Rafael María Mendive, cuyos sonetos recitaba el discípulo, el mismo que dióle una vez su reloj para que lo empeñara a fin de socorrer a un poeta necesitado, episodio por el mismo Martí contado, que agrega: "y luego yo le llevé un reloj nuevo, que le compramos los discípulos, que le queríamos; y se lo di llorando".

El grito revolucionario de Yara, en octubre de 1868, despertó las ideas separatistas de Martí, y la prisión del maestro dilecto, luego deportado a Santander, hízole jurarse a sí mismo que consagraría su vida a la defensa de sus ideales. Para lograrlos comenzó a publicar un periódico, "*Patria Libre*", en el que aparecieron notables artículos suyos y un drama, "*Abdala*", mas una carta que por aquellos días escribiera con su amigo Valdés Domínguez hizo que fuera apresado y luego de juzgado condenado con éste a seis años de presidio, pese a la opinión del fiscal, que reclamaba para Martí la pena de muerte. Dice de su estada en la prisión su folleto: "*El Presidio Político en Cuba*" al que pertenecen estas palabras que le pintan de cuerpo entero en su bella integridad moral: "Era el 5 de abril de 1870. Meses hacía que había cumplido diez y siete años. Mi patria me había arrancado de los brazos de mi madre... Rodeó con una cadena mi pie, me vistió con ropa extraña, cortó mis cabellos y me alargó en la mano un corazón... Nunca como entonces supe cuánto el alma es libre en las amargas horas de la esclavitud. Nunca como entonces me gozaba en sufrir. Meses antes era mi vida un beso de mi madre y mi gloria mis sueños de colegio.... El desprecio con que acallo estas angustias vale más que todas mis glorias pasadas... Odiar y vengarse cabe en un mercenario azotador de presidio... pero no cabe en el alma joven de un presidiario cubano, más alto cuando se eleva sobre sus grillos, más erguido cuando se sostiene sobre la pureza de su conciencia..."

Desterrado después a la isla de Pinos, fué más tarde deportado a España. Allí recibióse de abogado en 1873, y graduóse de doctor en Filosofía y Letras, gracias a la ayuda de Valdés Domínguez, luego de publicar el mencionado folleto, obra de sus diez y ocho años, con cierto dejo shakesperiano y

párrafos apolípticos, y otro "*La República Española ante la revolución cubana*", en el que estudia, en forma más lírica que científica, las condiciones que exigían la independencia de Cuba.

Dió además Martí a la stampa en aquella época dos poemas: uno en prosa, escrito en colaboración con Valdés Domínguez y otro amigo, y que en hoja suelta difundióse por todo Madrid; y otro en verso "*A mis hermanos muertos el 27 de noviembre*".

A fines de 1873, luego de visitar las grandes capitales europeas, pasó Martí a Méjico; allí fundó su hogar con doña Carmen Zayas Bazán, que le hizo padre de Ismaelillo, el hijo que con la patria constituyó para Martí "el supremo amor de su vida". Para subsistir ejerció el profesorado y el periodismo, fundando la "*Revista Universal*".

En 1877 hallamos a Martí en Guatemala, como catedrático de derecho político en la Universidad, y a fines de 1878, luego de firmada la paz del Zanjón, en La Habana, donde abrió bufete de abogado y convirtiéndose en activo conspirador. De aquella breve estada en la patria, pues en septiembre de 1879, por sus trabajos y discursos separatistas fué nuevamente deportado a España, ha quedado su famosa oración en memoria del poeta Alfredo Torroella.

Habiendo logrado al año siguiente escapar de Madrid, trasladóse Martí a Nueva York y de allí a Caracas, donde su fugaz paso dejó luminosa estela, pues a instancias de un núcleo de jóvenes intelectuales dictó provechosa cátedra de oratoria. Dedicóse también al periodismo: colaboró en "*La Opinión Nacional*" y fundó la "*Revista Venezolana*"; pronunció asimismo algunos notables discursos, entre ellos aquél del Club de Comercio, en el que convirtiéndose, según la palabra de quienes lo oyeron, "en el genio de la inspiración", proclamó que el poema de 1810 estaba incompleto. Hacia 1881 publicó José Martí su juicio acerca del eminente poeta venezolano Cecilio Acosta, que le perfila, a juicio de los críticos más exigentes, el prosista más gallardo de América después de Montalvo. X.

Vuelto a Nueva York al año siguiente, inició Martí una época de verdadera peregrinación: por tierras de Méjico, Santo Domingo, Haití, Colombia y Estados Unidos predicó, no solamente su amor entrañable a Cuba, sino su ferviente ameri-

canismo, que expresan magníficamente éstas, sus palabras: "Es cubano todo americano de nuestra América y en Cuba no peleamos por el bien exclusivo de la isla idolatrada que nos ilumina y fortalece con su simple nombre; peleamos en Cuba para asegurar con la nuestra la independencia hispanoamericana".

Como Hostos, su hermano en el ideal, Martí se estremecía al pensar en la posible anexión de las Antillas a Estados Unidos, país que conocía como nadie, y al que dedicó párrafos tan acres como éste: "En los Estados Unidos la virtud va por todas partes quedándose atrás, como poco remunerativa; que la libertad más amplia, la prensa más libre, el comercio más próspero, la naturaleza más variada y fértil no bastan a salvar las repúblicas que no cultivan el sentimiento ni hallan condición más estimable que la riqueza... La libertad propia se ha hecho sangre en estos hijos de casta puritana; pero, ingleses al fin, sólo para violarla les parece bien la libertad ajena. En la nariz excesivamente aguileña se le ve la rapacidad a la casta".

Soñaba como el apóstol de Puerto Rico con la unión de ésta, Cuba y Santo Domingo en una confederación antillana, pues en las tres islas veía "como tres tajos de un mismo corazón sangriento, como tres guardianes de la América cordial y verdadera que sobrepujará al fin a la América ambiciosa; como tres hermanas".

Durante su residencia en Nueva York hacía Martí vida ejemplar; tiernamente unido a su esposa e hijo, vivía con estrechez del producto de su colaboración en los diarios hispano-americanos, entre ellos "La Nación" de Buenos Aires, tarea ésta a la que dedicaba las mañanas; y de la retribución que recibía de una casa comercial, cuya contabilidad y correspondencia llevaba por las tardes. Por la noche dictaba clases gratuitas, de carácter verdaderamente enciclopédico, a discípulos que le adoraban, y se entregaba al cultivo de las letras. Ejerció asimismo la representación consular de la República Argentina, Uruguay y Paraguay, que le fué retirada en 1891 ante una reclamación del embajador de España.

Aunque en todo momento vivía Martí consagrado al ideal patriótico que fué norte de su vida, la labor literaria por él realizada en Nueva York es inmensa. Aparte de las colabo-

raciones periodísticas, que integran volúmenes enteros, trajo a la lengua española varias obras, entre ellas la sugestiva e interesante "*Ramona*"; escribió numerosos artículos críticos y bien meditadas memorias; pronunció magníficos discursos; compuso una comedia, "*Amistad funesta*", y un drama, "*Amor con amor se paga*"; publicó dos minúsculos tomos de versos: "*Ismaelillo*" y "*Versos sencillos*"; escribió íntegramente una preciosa revista para niños, "*La edad de oro*", de la que sólo alcanzaron a publicarse cuatro números y en la cual enseñaba a sus pequeños lectores a amar la libertad "como el derecho que tiene el hombre a ser honrado y a pensar y a hablar sin hipocresía".

Como escritor son las cualidades sobresalientes de Martí la espléndida riqueza de sus ideas, su admirable imaginación, la sinceridad y castidad más acrisoladas y las excelencias de su expresión profundamente original. Cortado y vivo el estilo, que recuerda el de los grandes maestros del Siglo de Oro, su prosa es diáfana, sobria y natural, aunque a veces, en razón de su misma diafanidad, caiga en cierto ineludible alambicamiento. Son los puntos más altos de la prosa de Martí su artículo dedicado al "*Poema del Niágara*" de Pérez Bonalde y sus páginas de "*Un poeta*", bellísimo estudio de Francisco Sellén y su obra, en que vierte admirables conceptos acerca del arte y el dolor, la obra literaria y el plagio.

Como poeta, según ya dijimos, no publicó Martí sino dos exiguas colecciones de poesías: "*Ismaelillo*", que en sus cincuenta páginas sólo encierra encantadoras y tiernas composiciones dedicadas a su único hijo, y "*Versos sencillos*", donde en menos de ochenta reúne sus poesías amorosas y patrióticas. A los dos tomitos mencionados han de agregarse los "*Versos libres*", "endecasílabos hirsutos, nacidos de grandes miedos, o de grandes esperanzas, o de indómito amor de libertad, o de amor doloroso a la hermosura, como riachuelo de oro natural, que va entre arena y aguas turbias y raíces, o como hierro caldeado, que silba y chispea, o como surtidores candentes", y los "*Versos cubanos*", saturados de pasión y "tan llenos de enojo que están mejor donde no se les ve". Unos y otros, en razón de la vida agitada del autor, no pudieron ser publicados sino después de la muerte de Martí.

Con sus poesías, que dicen de la sencillez y la gracia de su musa, de la pureza y la concisión de su verso, de su libertad de poeta que desprecia las reglas, rompe las barreras del retoricismo, se aparta de lo común y crea una nueva poética, dejando surgir el verso impetuoso y natural, influyó menos Martí sobre las tendencias modernistas de la poesía en América, que con la prédica artística, vaciada en molde de belleza; en que proclamaba las excelencias de la nueva escuela que él contribuyó a fundar.

Modernista con tendencia al simbolismo, no es Martí un escritor de corte francés, como se ha pretendido por quienes han desconocido la esencia de su manera. Como atinadamente apunta JUSTO DE LARA "su castellano, aunque sembrado de neologismos, tiene un sabor arcaico que denuncia constantemente la lectura de los grandes prosistas españoles del siglo XVI. Las entrañas de su pensamiento también eran españolas". El mismo Martí aclara su posición cuando dice: "Para ser elocuente y nuevo en español no es necesario beber los rufianismos del Siglo de Oro en la copa retorcida de los neocastizos castellanos, ni ponerse a la ubre seca de París a sorber a pura mueca la última sangre".

Martí evidencia las cualidades portentosas de su ingenio con máxima intensidad en el carácter irresistible de su oratoria. Dotado por Dios del don tribunicio, sus discursos son admirable encadenamiento de períodos estupendos y resplandecientes imágenes. Tan vigorosa era su personalidad oratoria que, dice MAX HENRÍQUEZ UREÑA, "como escritor en prosa es el mismo orador, con menos ímpetu y fogosidad, pero orador al fin. ¡Hasta en sus versos predomina el instinto oratorio! Sus discursos, aun leídos, aun privados del calor que les prestaban su acento armonioso y su gesto mesurado, dejan la impresión de ingentes bloques de mármol que se elevan al cielo bajo una lluvia de centellas!" En su trato diario y usual, su acento era persuasivo y cordial, por ello dice DIEGO VICENTE TEJERA "El que no oyó a Martí en la intimidad no se da cuenta de todo el poder de fascinación que cabe en la palabra humana".

Los principios éticos de Martí como orador son los más elevados que profesarse pudieran. Por su divisa: "Servir es mi manera de hablar", por su desprecio hacia las palabras

inútiles: "En toda palabra ha de ir envuelto un acto"; por su sinceridad: "Las palabras deshonran cuando no llevan detrás un corazón limpio y sincero", se ha dicho que Martí componía sus discursos "no de palabras, sino de sangre".

La obra enorme de Martí ha sido publicada por GONZALO DE QUESADA, su discípulo querido, que viviendo aún el apóstol de Cuba emprendió esa tarea y logró que éste le enviara algunos de sus artículos. Después de la muerte del maestro, perseveró Quesada en su propósito "para cumplir — dice — sus últimos deseos y así corresponder a su noble confianza".

Si grande fué la labor literaria de Martí, en mucho le excede la de índole política. Oigamos a AMÉRICO LUGO, su comentador: "Recoger el legado terrible de las insurrecciones anteriores, derivar de estos desastres provechosa enseñanza; pesar los errores políticos de la metrópoli y su incapacidad para modificar el sistema de gobierno colonial; estudiar profundamente la naturaleza del pueblo cubano; fundir preocupaciones de raza en el fuego de fraternal amor; unir cordialmente los elementos que parecían más antagónicos, contener el ímpetu de los impacientes, animar a los desesperanzados, persuadir a los descreídos; organizar las agrupaciones de emigrados, disciplinarlos en el cumplimiento del deber patriótico, electrizarlos con la magia de su elocuencia; reanimar en lo interior de la postrada Isla el fuego casi extinto de la insurrección, propagarlo con admirable sigilo; crear recursos, constituir el Partido Revolucionario; enseñar al pueblo a ser patriota, educarlo para la libertad, adiestrarlo para la lucha, instruirlo de los peligros, investirlo de prudencia y de constancia, inculcarle los métodos republicanos, influirle el espíritu de sacrificio, galardonarlo con el decoro, inflamarlo con el heroísmo; recorrer un continente, conmoverlo, evocar sus héroes, golpear sus ruinas; arrancarle, en fin, su secreto al destino, agitar el mundo y fijar en el espacio azul la estrella solitaria con la sola fuerza de su brazo y de su genio, tal fué la obra magna, estupenda, sin igual, realizada por Martí en este período de su vida".

El pensador y el artista que había en Martí han palidecido en Cuba al lado de su inmenso prestigio como patriota y apóstol de la libertad, apóstol en el más alto sentido de la palabra, como él lo entendía, con sacrificio: "¡El apóstol que lo sea a costa suya! ¡Ni puede decir la verdad a los hombres quien

les recibe la carne y el vino!"; patriota que proclamaba: "A quien me ama a Cuba le digo en un grito ¡hermano! Y no tengo más hermanos que los que me la aman". Mas, por encima de su altísimo valor como artista y pensador, como patriota y apóstol, está el de Martí como hombre. He aquí su retrato por el citado comentarista, que para ejemplo transcribimos: "Humilde con los humildes, sencillo de maneras, dulce y afable en la amistad, rendido ante las damas, hermano de todos los hombres, magnánimo con sus enemigos, domeñador de sus pasiones, esclavo del deber, previsor de lo remoto, cauto en elegir, audaz en el resolver, discreto en el obrar, escrupuloso en los medios, firme en sus propósitos".

Cuando la revolución que debía independizar a Cuba y que fué, sin hipérbole puede afirmarse, hija exclusiva de su patriotismo, estuvo preparada, Martí cumplió su promesa siempre renovada de ir a morir por la patria satisfaciendo su anhelo: "Todo, oh patria, porque cuando la muerte haya puesto fin a esta fatiga de amarte con honor, puedas tú decir, aunque no te oiga nadie: fuiste mi hijo".

El 19 de mayo de 1895 moría José Martí en Boca de Dos Ríos, como él lo había deseado: combatiendo heroicamente por la independencia de su tierra. Su muerte gloriosa, verdadera desgracia americana, extinguió el brillo de un astro que, de haber gozado más larga y sosegada vida, habría resplandecido entre los máximos fulgores de las letras castellanas.

ISMAELILLO

HIJO:

Espantado de todo, me refugio en ti.

Tengo fe en el mejoramiento humano, en la vida futura, en la utilidad de la virtud, y en ti.

Si alguien te dice que estas páginas se parecen a otras páginas, diles que te amo demasiado para profanarte así. Tal como aquí te pinto, tal te han visto mis ojos. Con esos arreos de gala te me has aparecido. Cuando he cesado de verte en una forma, he cesado de pintarte. Esos riachuelos han pasado por mi corazón.

¡Lleguen al tuyo!

MI REYECILLO

Los persas tienen
un rey sombrío;
los hunos foscos

un rey altivo;
un rey ameno
tienen los íberos;

rey tiene el hombre,
 rey amarillo:
 ¡Mal van los hombres
 con su dominio!
 Mas yo vasallo
 de otro rey vivo,—
 un rey desnudo,
 blanco y rollizo:
 Su cetro—¡un beso!
 Mi premio—¡un mimo!
 ¡Oh! cual los áureos
 reyes divinos
 de tierras muertas,
 de pueblos idos—
 ¡Cuando te vayas,
 llévame, hijo!—
 Toca en mi frente
 tu cetro omnímodo;

úngeme siervo,
 siervo sumiso:
 ¡No he de cansarme
 de verme ungido!
 ¡Lealtad te juro,
 mi reyecillo!
 Sea mi espada
 pavés de mi hijo;
 pasa en mis hombros
 el mar sombrío:
 Muera al ponerte
 en tierra vivo:—
 Mas si amar piensas
 el amarillo
 rey de los hombres,
 ¡muere conmigo!
 ¿Vivir impuro?
 ¡No vivas, hijo!

VERSOS LIBRES

MIS VERSOS

Estos son mis versos. Son como son. A nadie los pedí prestados. Mientras no pude encerrar íntegras mis visiones en una forma adecuada a ellas, dejé volar mis visiones: ¡oh, cuánto áureo amigo que ya nunca ha vuelto! Pero la poesía tiene su honradez, y yo he querido siempre ser honrado. Recortar versos, también sé, pero no quiero. Así como cada hombre trae su fisonomía, cada inspiración trae su lenguaje. Amo las sonoridades difíciles, el verso escultórico, vibrante como la porcelana, volador como un ave, ardiente y arrollador como una lengua de lava. El verso ha de ser como una espada reluciente, que deja a los espectadores la memoria de un guerrero que va camino al cielo, y al envainarla en el Sol, se rompe en alas.

Tajos son éstos de mis propias entrañas — mis guerreros. — Ninguno me ha salido recalentado, artificioso, recompuesto, de la mente; sino como las lágrimas salen de los ojos y la sangre sale a borbotones de la herida.

No zurcí de éste y aquél, sino saqué en mí mismo. Van escritos no en tinta de academia, sino en mi propia sangre. Lo que aquí doy a ver lo he visto antes (yo lo he visto, yo), y he visto mucho más, que huyó sin darme tiempo a que copiara sus rasgos. — De la extrañeza, singularidad, prisa, amontonamiento, arrebató de mis visiones, yo mismo tuve la culpa, que las he hecho seguir ante mí como las copio. De la copia yo soy el responsable. Hallé quebrados los vestidos, y otros no y usé de estos colo-

res. Ya sé que no son usados. Amo las sonoridades difíciles y la sinceridad, aunque pueda parecer brutal.

Todo lo que han de decir, ya lo sé, y me lo tengo contestado. He querido ser leal, y si pequé, no me avergüenzo de haber pecado.

YUGO Y ESTRELLA

Cuando nací, sin sol, mi madre dijo:
 "Flor de mi seno, Homagno generoso,
 de mí y de la Creación suma y reflejo,
 pez que en ave y corcel y hombre se torna,
 mira estas dos, que con dolor te brindo,
 insignias de la vida: ve y escoge.
 Este, es un yugo: quien lo acepta, goza.
 Hace de manso buey, y como presta
 servicio a los señores, duerme en paja
 caliente, y tiene rica y ancha avena.
 Ésta, oh misterio* que de mí naciste
 cual la cumbre nació de la montaña,
 ésta, que alumbra y mata, es una estrella.
 Como que riega luz, los pecadores
 huyen de quien la lleva, y en la vida,
 cual un monstruo de crímenes cargado,
 todo el que lleva luz se queda solo.
 Pero el hombre que al buey sin pena imita,
 buey torna a ser, y en apagado bruto
 la escala universal de nuevo empieza.
 ¡El que la estrella sin temor se ciñe,
 como que crea, crece!

¡Cuando al mundo
 de su copa el licor vació ya el vivo;
 cuando, para manjar de la sangrienta
 fiesta humana, sacó contento y grave
 su propio corazón; cuando a los vientos
 de norte y sur virtió su voz sagrada,
 la estrella como un manto, en luz lo envuelve,
 se enciende, como a fiesta, el aire claro,
 y el vivo que a vivir no tuvo miedo,
 se oye que un paso más sube en la sombra!"

—Dame el yugo, oh, mi madre, de manera
 que puesto en él de pie, luzca en mi frente
 mejor la estrella que ilumina y mata.

VERSOS SENCILLOS

Mis amigos saben cómo se me salieron estos versos del corazón. Fué aquel invierno de angustia, en que por ignorancia, o por fe fanática, o por miedo, o por cortesía, se reunieron en Wáshington, bajo el águila

temible, los pueblos hispanoamericanos. ¿Cuál de nosotros ha olvidado aquel escudo, el escudo en que el águila de Monterrey y de Chapultepec, el águila de López y de Walker, apretaba en sus garras los pabellones todos de la América? Y la agonía en que viví, hasta que pude confirmar la cautela y el brío de nuestros pueblos; y el horror y vergüenza en que me tuvo el temor legítimo de que pudiéramos los cubanos, con manos parricidas, ayudar el plan insensato de apartar a Cuba, para bien único de un nuevo amo disimulado, de la patria que la reclama y en ella se completa, de la patria hispanoamericana, me quitaron las fuerzas mercedas por dolores injustos. Me echó el médico al monte: corrían arroyos, y se cerraban las nubes: escribí versos. A veces ruge el mar, y reventía la ola, en la noche negra, contra las rocas del castillo ensangrentado: a veces susurra la abeja, merodeando entre las flores.

¿Por qué se publica esta sencillez, escrita como jugando, y no mis encrespados VERSOS LIBRES, mis endecasílabos hirsutos, nacidos de grandes miedos, o de grandes esperanzas, o de indómito amor de libertad, o de amor doloroso a la hermosura, como riachuelo de oro natural, que va entre arena y aguas turbias y raíces, o como hierro caldeado, que silba y chispea, o como surtidores candentes? ¿Y mis VERSOS CUBANOS, tan llenos de enojo, que están mejor donde no se les ve? ¿Y tanto pecado mío escondido, y tanta prueba ingenua y rebelde de literatura? ¿Ni a qué exhibir ahora, con ocasión de estas flores silvestres, un curso de mi poética, y decir por qué repito un consonante de propósito o los graduó y agrupo de modo que vayan por la vista y el oído al sentimiento, o salto por ellos, cuando no pide rimas ni soporta repujos la idea tumultuosa? Se imprimen estos versos porque el afecto con que los acogieron, en una noche de poesía y amistad, algunas almas buenas, los ha hecho ya públicos. Y porque amo la sencillez, y creo en la necesidad de poner el sentimiento en formas llanas y sinceras.

I

Yo soy un hombre sincero
de donde crece la palma;
y antes de morirme, quiero
echar mis versos del alma.

Yo vengo de todas partes,
y hacia todas partes voy:
arte soy entre las artes;
en los montes, monte soy.

Yo sé los nombres extraños
de las yerbas y las flores,
y de mortales engaños,
y de sublimes dolores.

Yo he visto en la noche obs-
llover sobre mi cabeza [cura

los rayos de lumbre pura
de la divina belleza.

Alas nacer vi en los hombros
de las mujeres hermosas:
y salir de los escombros,
volando, las mariposas.

He visto vivir a un hombre
con el puñal al costado,
sin decir jamás el nombre
de aquella que lo ha matado.

Rápida, como un reflejo,
dos veces vi el alma, dos:
cuando murió el pobre viejo,
cuando ella me dijo adiós.

Temblé una vez — en la reja,
a la entrada de la viña, —
cuando la bárbara abeja
picó en la frente a mi niña.
Gocé una vez, de tal suerte
que gocé cual nunca: — cuando
la sentencia de mi muerte
leyó el alcaide llorando.

Oigo un suspiro, a través
de las tierras y la mar,
y no es un suspiro, — es
que mi hijo va a despertar.

Si dicen que del joyero
tome la joya mejor,
tomo a un amigo sincero
y pongo a un lado el amor.

Yo he visto al águila herida
volar al azul sereno,
y morir en su guarida
la víbora del veneno.

Yo sé bien que cuando el mundo
cede, lívido, al descanso,

¡Penas! ¡Quién osa decir
que tengo yo penas? Luego,
después del rayo, y del fuego,
tendré tiempo de sufrir.

Yo sé de un pesar profundo
entre las penas sin nombres:

Cultivo una rosa blanca
en julio como en enero,
para el amigo sincero
que me da su mano franca.

Tiene el leopardo un abrigo
en su monte seco y pardo:
yo tengo más que el leopardo,
porque tengo un buen amigo.

sobre el silencio profundo
murmura el arroyo manso.

Yo he puesto la mano osada,
de horror y júbilo yerta,
sobre la estrella apagada
que cayó frente a mi puerta.

Oculto en mi pecho bravo
la pena que me lo hiere:
el hijo de un pueblo esclavo
vive por él, calla y muere.

Todo es hermoso y constante,
todo es música y razón,
y todo, como el diamante,
antes que luz es carbón.

Yo sé que el necio se entierra
con gran lujo y con gran llanto, —
y que no hay fruta en la tierra
como la del camposanto.

Callo, y entiendo, y me quito
la pompa del rimador
cuelgo de un árbol marchito
mi muceta de doctor.

XXXIV

¡La esclavitud de los hombres
es la gran pena del mundo!

Hay montes, y hay que subir
los montes altos; ¡después
veremos, alma, quién es
quien te me ha puesto al morir!

XXXIX

Y para el cruel que me arranca
el corazón con que vivo,
cardo ni ortiga cultivo:
cultivo la rosa blanca.

XLI

Duerme, como en un juguete,
la mushma en su cojinete
de arce del Japón: yo digo
“no hay cojín como un amigo”.

Tiene el conde su abolengo:
tiene la aurora el mendigo:
tiene ala el ave: ¡yo tengo
allá en Méjico un amigo!

Tiene el señor presidente
un jardín con una fuente,
y un tesoro en oro y trigo:
tengo más, tengo un amigo.

XLVI

Vierte, corazón, tu pena
donde no se llegue a ver,
por soberbia, y por no ser
motivo de pena ajena.

Yo te quiero, verso amigo,
porque cuando siento el pecho
ya muy cargado y deshecho,
parto la carga contigo.

Tú me sufres, tú aposentas
en tu regazo amoroso,
todo mi amor doloroso,
todas mi ansias y afrentas.

Tú, porque yo pueda en calma
amar y hacer bien, consientes
en enturbiar tus corrientes
con cuanto me agobia el alma.

Tú, porque yo cruce fiero
la tierra, y sin odio, y puro,
te arrastras pálido y duro,
mi amoroso compañero.

Mi vida así se encamina
al cielo limpia y serena,

y tú me cargas mi pena
con tu paciencia divina.

Y porque mi cruel costumbre
de echarme en ti se desvía
de tu dichosa armonía
y natural mansedumbre;

Porque mis penas arrojé
sobre tu seno, y lo azotan,
y tu corriente alborotan,
y acá, lívido, allá rojo,

Blanco allá como la muerte,
ora arremetes y ruges,
ora con el peso cruje
de un dolor más que tú fuerte.

¿Habré, como me aconseja
un corazón mal nacido,
de dejar en el olvido
a aquel que nunca me deja?

—Verso, nos hablan de un Dios
a donde van los difuntos:
¡versó, o nos condenan juntos,
o nos salvamos los dos!



JOSÉ ENRIQUE RODÓ

José Enrique Rodó, poseedor a juicio de ALBERTO NIN FRÍAS "de las mejores cualidades del hombre latinoamericano, unidas a esa seriedad de propósitos e integridad moral, tan hondamente características del castellano de antaño", nació en Montevideo en el año 1872.

Aunque cursó sus primeros estudios en una escuela laica, no faltó a su educación la enseñanza religiosa, que su madre, ferviente católica, cuidó de inculcarle.

Sus primeros trabajos literarios, que fueron algunos artículos de crítica y varias poesías, aparecieron en periódicos escolares, pero, en realidad, su verdadera iniciación data del año 1895, cuando con los hermanos Martínez Vigil y Víctor Pérez Petit fundó la "*Revista Nacional de Literatura y Ciencias Sociales*".

A la sazón Rodó, que no había frecuentado las aulas universitarias, era un desconocido para cuantos trajinaban en el mundo de las letras, mas su espíritu habíase formado magníficamente durante una adolescencia y una primera juventud con intensidad vividas entre los libros. Su extraordinaria inteligencia natural, su amplio espíritu, su opulenta cultura, pronto conquistaron para el Rodó desconocido que firmaba en el primer número de la "*Revista*" un artículo acerca de nuestro Juan María Gutiérrez, un puesto de primera fila en ella, en cuyas columnas consagróse al año siguiente con su magnífico escri-

to "*El que vendrá*", que mereció del brillante espíritu literario de SAMUEL BLIXEN, entonces director de "*La Razón*" de Montevideo, la transcripción en sitio de honor. En estas páginas primeras, que echaron los firmes cimientos de la fama de Rodó, éste dice en prosa profunda de concepto y limpia y elocuente de estilo, de las inquietudes y ansias recibidas en herencia de aquella generación cuyos hombres más representativos íbanse apagando en la muerte, y de la incertidumbre del presente literario proponiendo ya algunos de los problemas que en su obra futura abordaría y apuntando las soluciones que su espíritu luminoso, al llegar al punto de su culminación, habría de sugerir.

Ya en "*El que vendrá*" proclama Rodó en pocas palabras la noción de la solidaridad del esfuerzo, ley del mundo moral, y expresa el deseo del advenimiento de un arte profundamente sincero y humano, por igual alejado de los excesos de parnasianos y naturalistas, para terminar con un himno "al que vendrá", al maestro, nuncio de la verdad, que habrá de revelar la nueva palabra de vida en sustitución de la antigua ya caduca.

Sinceridad, tolerancia, anhelo de perfección moral, que la prosa impecablemente cincelada de "*El que vendrá*" refleja, son las ideas madres de este opúsculo admirable, en el que se halla como en potencia toda la futura labor de Rodó.

Muchos de los artículos por Rodó publicados en la "*Revista Nacional de Literatura y Ciencias Sociales*", entre ellos "*La tradición intelectual argentina*", "*El Iniciador de 1838*" y "*El americanismo literario*", pasaron luego con escasas variantes a "*El mirador de Próspero*", en el que integran el estudio dedicado a "*Juan María Gutiérrez y su época*", que tanto ha contribuido al esclarecimiento de importantes problemas de nuestra literatura. Ello prueba que no hubo en realidad para Rodó época de iniciación con sus ineludibles tanteos y vacilaciones: él mostróse desde el primer día en la plenitud de sus medios artísticos.

Tras la publicación de su meduloso opúsculo "*La vida nueva*" y ya profesor de literatura en la Universidad de Montevideo, dió Rodó a la stampa en 1899 su estudio acerca de *Rubén Darío* en el que afirma que éste "no es ciertamente el poeta de América", lo que no obsta para que represente una modalidad literaria que movió en el nuevo continente el

sentimiento poético. Tal juicio, osado en su época, es el que la posteridad ha debido ratificar.

La crítica de Rodó no desmerece de la poesía de Darío: "El elogio del exquisito poeta — dice GUSTAVO GALLINAL — está en páginas de rara exquisitez: la prosa del crítico bien vale la estrofa del poeta. Lo que contiene de censura es de una justeza y una claridad definitivas, en lo que ella recae sobre la obra iniciadora del poeta y con mucha mayor y más merecida severidad en lo que toca a los remedos de los que se alineaban en su séquito de príncipe de una exótica corte, en la que lucieron algunas joyas ricas y valiosas, pero en la que la moda encubrió también muchos amaneramientos, muchas vanas frivolidades y no pocas perversiones retóricas". Del año 1900, de una época poco brillante para las letras castellanas, pues los viejos maestros habían muerto o estaban para morir, data "*Ariel*", "prueba — para GIMÉNEZ PASTOR — de eminente nobleza intelectual con que se presentó a obtener el espaldarazo de la fama, no ya ante su pueblo, sino ante los pueblos todos de habla castellana".

Aun predominaba en Hispanoamérica la influencia del naturalismo y aun se vivía bajo el encantamiento de la escuela de Zola y en el apego al más crudo materialismo en filosofía, cuando surgió "*Ariel*" como bandera de combate de una reacción que comenzaba a insinuarse en el mundo de las ideas. Su aparición, saludada por los más ilustres hombres de letras de lengua castellana, que vieron en "*Ariel*" verdadera joya por su fondo y su forma, convirtiéndose para Rodó en triunfo magnífico.

En las exiguas páginas de "*Ariel*", de serena elocuencia, dialéctica sutil y soberbio estilo, Rodó se enfrenta a las influencias utilitarias y a los moldes culturales que procuran hacer del hombre un ente perfectamente equilibrado, con menoscabo de su espíritu y sus facultades creadoras. En ellas Rodó levanta una nueva voz de fe, amor y entusiasmo; una voz plena de viril serenidad y de noble sosiego espiritual, saturada de armonía, de "esa armonía fina, justa y pura que distingue — él mismo lo dice — a la música aérea que acompaña el vuelo de *Ariel*"; una voz que proclama el ideal como ley fecunda de la vida digna de ser plena y bellamente vivida por el espíritu, e incita a la juventud del nuevo mundo

latino a dejar los caminos que Calibán recorriera, el utilitarismo y la sensualidad, y escoger los de Ariel, genio aéreo de lo espiritual, amante de la inteligencia, de la belleza, de la gracia, de lo infinito. Oigámosle: "Ariel, genio del aire, representa en el simbolismo de la obra de Shakespeare la parte noble y alada del espíritu. Ariel es el imperio de la razón y el sentimiento sobre los bajos estímulos de la irracionalidad; es el entusiasmo generoso, el móvil alto y desinteresado en la acción, la espiritualidad de la cultura, la vivacidad y la gracia de la inteligencia, el término ideal a que asciende la selección humana, rectificando en el hombre superior los tenaces vestigios de Calibán, símbolo de sensualidad y de torpeza, con el cincel perseverante de la vida".

Dueño de un espíritu amplio y tolerante, Rodó combate con ejemplar lealtad las ideas opuestas a las suyas y trata con profundidad y elocuencia sin par la cuestión palpitante, ya en sus días, de la asimilación del americanismo sajón por la juventud latina, punto capital de la obra. Refuta en ella el utilitarismo por lo estrecho de los límites en que se encierra, por su carencia de ideal, de propósito digno del hombre, por su tendencia al vacío; examina luego los dos grandes ideales humanos a través de la historia: el del clasicismo helénico y el del cristianismo, que en un momento dado llegan a fundirse y complementarse, y halla que uno y otro son enemigos irreconciliables de lo que es para él la moderna barbarie utilitaria, a la que suele acompañar la democracia niveladora, que tiende al imperio de la mediocridad. Es tal la admirable imparcialidad de Rodó, que lejos de desconocer las indiscutibles grandezas del pueblo norteamericano, las enumera y analiza, para terminar diciendo: "Las admiro, aunque no las amo".

En "*Ariel*", que JUAN VALERA admiró sin reatos, por ANDRÉS GONZÁLEZ BLANCO llamado "breviario laico de la juventud hispanoamericana" y que para LEOPOLDO ALAS "no es una novela, ni un libro didáctico: es de ese género intermedio que con tan buen éxito cultivan los franceses y que es en España casi desconocido", halla este último crítico un parecido a los diálogos de Renan, pese a que no es un diálogo, sino el discurso con que un maestro, que sus alumnos han llamado Próspero, en memoria del sabio por Shakespeare descrito en "*La Tempestad*", se despide de ellos, y a que la prosa

de Rodó, genuina revelación de un temperamento, en consecuencia personal e inconfundible, es en cuanto a estilo, antípoda pudiera decirse de la del maestro francés, que innegablemente ha ejercido sobre el espíritu del americano perdurable y eficaz sugestión.

Director de la Biblioteca Nacional de Montevideo desde el mismo 1900, al año siguiente deja Rodó sus clases para dedicarse a la política, en cuyo periodismo, desde las columnas de "*El Orden*" había militado desde 1898. Diputado dos veces, en 1902 y 1908, cultivó Rodó la oratoria parlamentaria y persistió en su labor periodística, en "*El Diario del Plata*", en los años 12, 13 y 14. *7 Marchesismo*

De 1907 data su opúsculo de índole sociológica: "*Liberalismo y Jacobinismo*", en que reunió una serie de artículos vinculados con sus actividades políticas e inspirados por la medida ultraliberal del presidente Batlle y Ordóñez, que ordenó desterrar de todas las oficinas públicas y aun de los hospitales, la figura, universalmente reverenciada como símbolo de amor, de Cristo en la Cruz, asestando así golpe de muerte a una hermosa tradición perpetuada desde los días de la colonia. Rodó, aunque no católico militante, participó de la indignación que conmovió a raíz de tal medida a todo el pueblo uruguayo y, con la delicadeza y la altura que eran en él características, exteriorizó su protesta en los mencionados artículos, que constituyen documento valioso para el sociólogo y el historiador del anticlericalismo en América, y le atrajeron la respetuosa estima de la sociedad más calificada y le convirtieron en un portavoz de la conciencia nacional.

La obra de más aliento de Rodó, en la que él confesaba haber puesto lo más intenso y acabado de su labor hasta el día en que ella fué escrita, "*Motivos de Proteo*", apareció en 1909 y logró de inmediato éxito tan pleno como "*Ariel*". Como en ésta, en "*Motivos de Proteo*" hace Rodó gala de esa su donosa manera de decir que le elevó a la categoría de maestro y, al escribirla, brotan de su pluma sólo los más elevados y bellos pensamientos, pero, nacida su nueva obra en días más brillantes y sosegados que "*Ariel*", constituye ella, al decir de ARTURO GIMÉNEZ PASTOR "la efusión tranquila de una abundosa surgente de vida interior que mana y dilata su onda sobre ese mismo concepto (el del ideal), enriqueciéndolo con

las mil cambiantes que el juego fecundo de la luz suscita en su transparencia y profundidad”.

Y es que “*Motivos de Proteo*”, obra verdaderamente pro-teica por su diversidad de temas y por su enorme sinceridad, es más que un libro un conglomerado de varios libros, sin por ello ser un trabajo difuso y falto de orden, pues, como el mismo Rodó lo dice, “la índole del libro (si tal puede llamársele), consiente, en torno de un gran pensamiento capital, tan vasta ramificación de ideas, y motivos, que nada se opone a que haga de él lo que quiera que sea: un libro en perpetuo “devenir”, un libro abierto sobre una perspectiva indefinida”.

Con sus “*Motivos de Proteo*”, concepción de la que no se sabe qué admirar más: la profundidad del pensamiento, la pasmosa erudición o la belleza del estilo; la sinceridad ubérrima, el purísimo desinterés o el fecundo optimismo, Rodó se aproxima a Emerson, el gran ensayista americano, y sólo puede ser admitido en comparación con él Montalvo, el famoso ecuatoriano, a quien había de dedicar luego magistral estudio. Este libro único, del que brota el más viril y magnífico himno a la voluntad humana, escrito en gran parte en segunda persona del singular, cual confidencia amistosa al que lee, comienza sentando la premisa de que “reformarse es vivir”, para incitarnos de inmediato a orientar esa continua transformación de nuestro ser en el sentido del bien y la perfección, lo que ha de conseguirse mediante una estricta vigilancia de nosotros mismos. Preconiza luego Rodó la persistencia de la educación, pues “uno de los más funestos errores — dice — entre cuantos puedan viciar nuestra concepción de la existencia, es el que nos la hace figurar dividida en dos partes sucesivas y naturalmente separadas: la una propia para aprender; la otra en que ya no se aprende ni acumula sino que está destinada a que invirtamos en provecho nuestro y de los otros lo aprendido y lo acumulado”.

En serie de hermosísimas parábolas dícenos luego Rodó de las reservas de nuestro espíritu, en virtud de las cuales “todo bien puede ser sustituido por otro bien”; de la firme senda que ha de llevarnos a la victoria y hemos de buscar en nuestro yo interno; del espacio que siempre existe para la acción; de la aniquilación de nuestra personalidad por la sugección social.

La parte más hermosa de "*Motivos de Proteo*", de tan subido valor que ella sola e independiente constituiría obra de la mayor importancia, es la que podría denominarse "*Tra-tado de las vocaciones humanas*". Habla allí Rodó de esa "misteriosa voz que viniendo de lo más hondo del alma, le anuncia, cuando no se confunde y desvanece entre el clamor de las voces exteriores, el sitio y la tarea que le están señalados en el orden del mundo... Esta voz, este instinto personal, que obra con no menos tino y eficacia que los que responden a fines comunes a la especie es el instinto de la vocación". Y a través de tales palabras perfílase como psicólogo profundísimo, de excepcional capacidad, que extrae de sus observaciones las líneas de conducta que han de presidir nuestro perfeccionamiento moral.

Enriquecen este aspecto del libro de Rodó sus evocaciones de los por él llamados "espíritus universales", esto es, aquellos en que se presenta la "ausencia de vocación una y precisa por universalidad de la aptitud": el rey Salomón, don Alfonso el Sabio, el divino Leonardo.

Así como al iniciar el libro proclamara Rodó "reformarse es vivir", afirma luego "viajar es renovarse". Analiza a propósito de los viajes el sentimiento de la nostalgia y descubre en él la incapacidad de renovarse, la protesta de la personalidad aquietada por el hábito, contra cuanto intente dilatarla y moverla.

Establece Rodó la "necesidad de un principio director en el espíritu de cada uno de nosotros" y en la vida moral "de una potencia dominante, una autoridad conductora, principio a un tiempo de orden y de movimiento, de disciplina y de estímulo"; en los dominios de la voluntad "de un propósito que realizar, un fin para el que nuestras energías armoniosamente se reúnan"; en los del pensamiento de "una condición, una creencia o bien un anhelo afanoso y desinteresado de verdad que guíe a nuestra mente en el camino de adquirirlas".

Insiste luego en la virtud del ideal, tan cara para él: "Una potencia ideal, un numen interior; sentimiento, idea que florece en sentimiento, amor, fe, ambición noble, entusiasmo, polo magnético según el cual se orienta nuestro espíritu, valen para nosotros tanto como por lo que valga el fin a que nos llevan (y en ocasiones más) por su virtud disciplinadora del

alma; por su don de gobierno y su eficacia educadora" para concluir "La vida es arte supremo y la educación arte soberano en que se resume toda la superioridad de nuestra naturaleza, toda la dignidad de nuestro destino, toda lo que nos levanta sobre la condición de la cosa y del bruto".

A través de este somero análisis de "*Motivos de Proteo*", el libro admirable que sólo en virtud de un milagro pudo encerrar tal cúmulo de ideas, tanta belleza, aspiración tan honda de renovación, se perfila Rodó, enamorado cual Platón de lo bello, en su triple aspecto de psicólogo, moralista y erudito. Los tres conviven en la obra con un cuarto aspecto: el de maestro de la palabra, y se funden armoniosamente sin desmedro para ninguno; en Rodó el pensador y el artista se unen en dualidad la más perfecta que imaginarse pudiera. Y aunque el maestro uruguayo había hecho un culto del estilo, según estas sus palabras lo evidencian: "Decir las cosas bien, tener en la pluma el don exquisito de la gracia y en el pensamiento la inmaculada linfa de luz donde se bañan las ideas para aparecer hermosas ¿no es una forma de ser bueno? La caridad y el amor ¿no pueden manifestarse también concediendo a las almas el beneficio de una hora de abandono en el almohadón mullido con palabras bellas, la caricia de una frase armoniosa, el casto beso de un pensamiento cincelado, el roce tibio y suave de una imagen que toque con su ala de seda nuestro espíritu?" Jamás otorga su preferencia a la forma sobre la idea: "enlaza ambas cosas — dice MELIÁN LAFINUR, su sagaz comentarista — para formar el conjunto soberbio que resplandece en su obra".

En 1914 apareció "*El mirador de Próspero*", libro "de curioso título — apunta el ya mencionado GONZÁLEZ BLANCO — que define bien el espíritu inquieto e intelectualista de su autor; el más alto crítico, el más poderoso ensayista y el mayor mago del idioma que tenemos hoy entre los que escriben la lengua de Cervantes". Anticipo de una especie de galería de hombres de América que Rodó soñó construir, lo integran los ensayos a la manera del inglés Macaulay, acerca de las grandes figuras de Bolívar, Montalvo y Gutiérrez que, a juicio de IBARGUREN "no presentan esa perspectiva de bosque en que la naturaleza nos da una impresión genérica de su fecundo palpitir, con la aglomeración desordenada de grandes árboles y de enredade-

ras que revientan savia y flores, sino la de parques dibujados con primor y ornados con delicadeza”.

Montalvo, artista de la forma y de rara calidad, hombre de carácter templado para la lucha y de gallardo porte caballeresco, sedujo a Rodó que, al estudiarlo, lo hizo con amor tal, que llegó a identificarse con el modelo. Como Montalvo, Rodó amaba apasionadamente la belleza, como a él dotólo Dios del don de “arrancar de la entraña del idioma cuantos caudales de color, de luz, y de plástica energía guarda él en sus más recónditos y olvidados tesoros, para reencarnar en palabras pintorescas las cosas materiales”.

Y al hacer Rodó el cálido elogio de Montalvo, con maestría tal que, como dice GONZÁLEZ BLANCO “ha inutilizado toda pluma experta para escribir la historia general de la literatura americana y más especialmente la monografía de las letras en el Ecuador”, hizo el de la restauración erudita por aquél emprendida al exhumar de libros ya polvorientos y comidos por la polilla, abundancia de vocablos y giros injustamente proscriptos.

Por muchos críticos el ensayo dedicado a Montalvo es juzgada la obra más perfecta y completa de cuantas a la generosa pluma de Rodó se deben. En ella la prosa del maestro, dice IBARGUREN, “tejida con donaire castizo y terso, muestra, junto con colores vivísimos y acentos de pomposa elocuencia, los matices más tenues, los latidos más leves, las sensaciones más vagas, las expresiones más indefinibles de imprecisos estados de alma o de sutiles emociones”.

En Bolívar ve Rodó el héroe máximo de América, héroe tal como Carlyle los concibe, dotado de omnipotente genialidad y grande entre los grandes. Por ello lo glorifica, como lo hicieron Montalvo y Martí, no rebajándolo del altísimo pedestal en que éstos lo colocaron, antes bien, idealizándolo con exceso para hacerle brillar en escenario tan grandioso como el que tiene por fondo el Chimborazo. Literariamente en este ensayo se advierte cierto énfasis retórico, cierto conceptismo, del que los de Martí y Montalvo tampoco estuvieron exentos.

En “*El mirador de Próspero*” Rodó se acredita como formidable crítico y, muy especialmente, crítico literario, sabio y constructivo. En este libro, en el que ve ALFREDO COLMO lo más perdurable de toda la obra de Rodó, Próspero, el bron-

cíneo testigo de disertaciones y consejos, que asistió a la despedida del Maestro en "*Ariel*", del Maestro que torna a sus discípulos en "*Motivos de Proteo*" para predicar su "reformarse es vivir", se humaniza y, contemplando el cielo y la tierra, juzga la labor de contemporáneos y predecesores, cerrando el simbólico ciclo de la obra de Rodó en América.

La obra literaria de Rodó, obra de un pensador de profunda versación y de un artista exquisito, fué labor de un cuarto de siglo, lograda por una inteligencia de extraordinario vigor y admirable refinamiento, servida por una memoria prodigiosa y enriquecida con copiosa lectura. Idea madre de ella es la de que el arte es elemento activo y vital de la vida social, y corolario de la misma su profundo convencimiento de que un pueblo que hubiese recibido sólida educación estética, necesariamente debía vivir de acuerdo a la más alta moral.

No es Rodó un filósofo original y creador, pero sí un entusiasta propulsor de la cultura general, en la que ve el medio que ha de llevar al hombre a las elevadas esferas del pensamiento, donde el mal no tiene cabida.

En política se muestra partidario, no de la democracia niveladora en base de la igualdad, sino de una aristocracia racional surgida de la práctica de los más notables sentimientos humanos y de la consagración a las más puras actividades mentales. Profundamente respetuoso de la libertad, la justicia y el derecho ajeno, Rodó, sincero hasta el extremo consigo mismo, combatió con su pluma el prestigio omnipotente del poder ejecutivo en las repúblicas hispanoamericanas, en la mayoría de las cuales, pese a cuanto sus generosas constituciones proclaman en bellas palabras, el presidente de la nación es el depositario de la suma del poder; y, consecuente con tal modo de pensar, debió sacrificar su banca parlamentaria y su situación oficial, colocándose él mismo al borde de la miseria, miseria dorada, pero miseria.

Desterrado de la política y solo, desenvolviéndose en un pobre medio intelectual, carente de estímulos que acicatearan su fecunda imaginación, pensó Rodó reconquistarse a sí mismo con la visión de tierras pródigas en belleza y ricas de civilización. El puesto de corresponsal en Europa, que "*Caras y Caretas*" le ofreciera, permitió a Rodó convertir en realidad ese anhelo largamente acariciado. Su partida de la tierra natal,

que por vez primera dejaba, exaltó la admiración que a su genio profesaban sus compatriotas, traducida en espléndida demostración de despedida.

Ya en Europa, que comenzó a recorrer por Italia, patria inmortal del arte, escribió su bellísimo libro "*El camino de Paros*", dividido en meditaciones y andanzas, donde presenta el viejo mito alegórico que en el pensamiento clásico enseña el ineluctable transcurrir de hombres y cosas.

No había Rodó de ver impreso su libro postrero, luego publicado en Valencia, ni tornar a la patria: el 3 de mayo de 1917, en Palermo, Sicilia, tierra aun impregnada del viejo espíritu helénico, vecina de las aguas que los Argonautas surcaran, voló su alma, verdadera alma helénica, a las alturas en que siempre moró su pensamiento. En ellas la imagina CARLOS IBARGUREN platicando con sus iguales "de la divina virtud de las palabras, del placer de cuando se nos rinden y del dolor de cuando nos huyen, del don de evocar y de hechizar que en sí tienen".

Digamos, como última palabra, con ERNESTO MORALES lo que él dijo cuando dejó Rodó este mundo: "Con Rodó desaparecen el Maestro de más prócer talla y más sana doctrina de las letras americanas, el artista preclaro, el intenso pensador y el hombre bueno: cuadrilátero en el que se había plasmado la noble arcilla de su espíritu".

LA PAMPA DE GRANITO

Era una inmensa pampa de granito; su color, gris; en su llaneza, ni una arruga; triste y desierta; triste y fría; bajo un cielo de plomo. Y sobre la pampa estaba un viejo gigantesco; enjuto, lívido, sin barbas; estaba un gigantesco viejo en pie, erguido como un árbol desnudo. Y eran fríos los ojos de este hombre como aquella pampa y aquel cielo; y su nariz, tajante y dura como una segur; y sus músculos, recios como el mismo suelo de granito; y sus labios no abultaban más que el filo de una espada. Y junto al viejo había tres niños ateridos, flacos, miserables: tres pobres niños que temblaban, junto al viejo, indiferente e imperioso, como el genio de aquella pampa de granito. El viejo tenía en la palma de una mano simiente menuda. En su otra mano, el índice extendido parecía oprimir en el vacío del aire como en cosa de bronce. Y he aquí que tomó por el flojo pescuezo a uno de los niños, y le mostró en la palma de la mano la simiente, y, con voz comparable al silbo helado de una ráfaga, le dijo: — "Abre un hueco para esta simiente"; y luego soltó

el cuerpo trémulo del niño, que cayó, sonando como un saco mediado de guijarros, sobre la pampa de granito.

—Padre—sollozó él—¿cómo lo podré abrir si todo este suelo es raso y duro?—Muérdelo—contestó con el silbo helado de la ráfaga; y levantó uno de sus pies, y lo puso sobre el pescuezo lánguido del niño; y los dientes del triste sonaban rozando la corteza de la roca, como el cuchillo en la piedra de afilar; y así pasó mucho tiempo, mucho tiempo; tanto que el niño tenía abierta en la roca una cavidad no menor que el cóncavo de un cráneo, pero roía, roía siempre, con un gemido de estertor; roía el pobre niño bajo la planta del viejo indiferente e inmutable, como la pampa de granito.

Cuando el hueco llegó a ser lo hondo que se precisaba, el viejo levantó la planta opresora; y quien hubiera estado allí hubiese visto entonces una cosa aun más triste, y es que el niño, sin haber dejado de serlo, tenía la cabeza blanca de canas; y apartóle el viejo con el pie, levantó al segundo niño, que había mirado temblando todo aquello.—Junta tierra para la simiente—le dijo.—Padre—preguntóle el cuitado—¿en dónde hay tierra?—La hay en el viento; recógela—repuso, y con el pulgar y el índice abrió las mandíbulas miserables del niño: y le tuvo así contra la dirección del viento que soplabla, y en la lengua y en las fauces jadeantes se reunía el flotante polvo del viento, que luego el niño vomitaba, como limo precario; y pasó mucho tiempo, mucho tiempo, y ni impaciencia, ni anhelo, ni piedad, mostraba el viejo indiferente e inmutable sobre la pampa de granito.

Cuando la cavidad de piedra fué colmada, el viejo echó en ella la simiente, y arrojó al niño de sí, como se arroja una cáscara sin jugo, y no vió que el dolor había pintado la infantil cabeza de blanco; y luego levantó al último de los pequeños; y le dijo señalándole la simiente enterrada:—Has de regar esa simiente—y como él le preguntase, todo trémulo de angustia:—Padre, ¿en dónde hay agua?—Llora; la hay en tus ojos—contestó; y le torció las manos débiles, y en los ojos del niño rompió entonces abundosa vena de llanto, y el polvo sediento la bebía; y este llanto duró mucho tiempo, mucho tiempo, porque para exprimir los lagrimales cansados estaba el viejo indiferente e inmutable, en pie sobre la pampa de granito.

Las lágrimas corrían en un arroyo quejumbroso tocando el círculo de tierra; y la simiente asomó sobre el haz de la tierra como un punto; y luego echó fuera el tallo incipiente, las primeras hojuelas; mientras el niño lloraba, el árbol nuevo criaba ramas y hojas, y en todo esto pasó mucho tiempo, mucho tiempo, hasta que el árbol tuvo tronco robusto, y copa anchurosa, y follaje, y flores que aromaron el aire, y descolló en la soledad; descolló el árbol, aun más alto que el viejo indiferente e inmutable, sobre la pampa de granito.

El viento hacía sonar las hojas del árbol y las aves del cielo vinieron a anidar en su copa, y sus flores se cuajaron en frutos; y el viejo soltó entonces al niño, que dejó de llorar, toda blanca la cabeza de canas; y los tres niños tendieron las manos ávidas a la fruta del árbol; pero el flaco gigante los tomó, como cachorros, del pescuezo, y arrancó una semilla, y fué a situarse con ellos en cercano punto de la

roca, y levantando uno de sus pies juntó los dientes del primer niño con el suelo; juntó de nuevo con el suelo los dientes del niño, que sonaron bajo la planta del viejo indiferente e inmutable, erguido, inmenso, silencioso, sobre la pampa de granito.

★

Esa desolada pampa es nuestra vida, y ese inexorable espectro es el poder de nuestra voluntad, y esos trémulos niños son nuestras entrañas, nuestras facultades y nuestras potencias, de cuya debilidad y desamparo la voluntad arranca la energía todopoderosa que subyuga al mundo y rompe las sombras de lo arcano.

Un puñado de polvo, suspendido por un soplo efímero sobre el haz de la tierra, para volver, cuando el soplo acaba, a caer y disiparse en ella; un puñado de polvo: una débil y transitoria criatura lleva dentro de sí la potencia *original*, la potencia emancipada y realenga, que no está presente ni en los encrespamientos de la mar, ni en la gravitación de la montaña, ni en el girar de los orbes; un puñado de polvo puede mirar a lo alto, y, dirigiéndose al misterioso principio de las cosas, decirle: — Si existes como fuerza libre y consciente de tus obras, eres, como yo, una Voluntad: soy de tu raza, soy tu semejante; y si sólo existes como fuerza ciega y fatal, si el universo es una patrulla de esclavos que rondan en el espacio infinito teniendo por amo una sombra que se ignora a sí misma, entonces yo valgo mucho más que tú; y el nombre que te puse, devuélvemelo, porque no hay en la tierra ni en el cielo nada más grande que yo!

“Motivos de Proteo”.

LA RESPUESTA DE LEUCONOE

Soñé una vez que, volviendo el gran Trajano de una de sus gloriosas conquistas, pasó por no sé cuál de las ciudades de la Etruria, donde fué agasajado con tanta espontaneidad como magnificencia. Cierta patricio preparó en honor suyo el más pomposo y delicado homenaje que hubiera podido imaginar. Escogió en las familias ciudadanas las más lindas doncellas, y las instruyó de modo que, con adecuados trajes y atributos, formasen una alegórica representación del mundo conocido, donde cada una personificara a determinada tierra, ya romana, ya bárbara, y en su nombre reverenciase al César y le hiciera ofrecimiento de sus dones. Púsose en ensayo este propósito; todo marchaba a maravilla; pero sea que, distribuídos los papeles, quedase sin ninguno una aspirante a quien no fuera posible desdeñar, sea que lo exigiese el arreglo y proporción en la manera como debían tejerse las danzas y figuras, ello es que hubo necesidad de aumentar en uno el número de las personas. Se había contado ya con todos los países del mundo, y se dudaba cómo salvar esta dificultad, cuando el patricio, que era dado a los libros, se dirigió a un estante, de donde tomó un ejemplar de las tragedias de Séneca, y buscando en la *Medea* el pasaje donde están unos versos que hoy son famosos, por el soplo profético que los inspira, habló de la

presunción que hacía el poeta de la existencia de una tierra ignorada, que futuras gentes hallarían, yendo sobre el misterioso Océano, más allá (añadió el patricio) de donde situó a la sumergida Atlántida Platón. Este soñado país propuso que fuera el que completase el cuadro, ya que faltaba otro. Poco apetecible destino parecía ser el de representar a una tierra de que nada podía afirmarse, ni aun su propia existencia, mientras que todas las demás daban ocasión para lucir pintorescos y significativos atributos, y para que se las loase, o se las diferenciase cuando menos, en elocuentes recitados. Pero hubo quien, renunciando al papel que ya tenía atribuido, reclamó el humilde oficio para sí. Era la más joven de todas y la llamaban Leuconoe. No se halló el modo de caracterizar, con apropiadas galas, su parte, y se acordó que no llevara más que un traje blanco y aéreo, como una página donde no se ha sabido qué poner... Llegado el día, realizóse la fiesta, y noblemente personificadas las tierras desfilaron ante el señor del mundo, después de concertarse en variadas danzas de artificio, y cada una de ellas le dedicó sus ofrendas.

Presentóse, primero que ninguna, Roma, en forma casi varonil; éste era el modo de hermosura de la que llevaba sus colores; el andar, de diosa; el imperio en el modo de mirar; la majestad en cada actitud y cada movimiento. Ofreció el orbe por tributo; y la siguió, como madre que viene después de la hija, por ser ésta soberana, Grecia, coronada de mirto. Lo que dijo de sí, sólo podría abreviarse en lápida de mármol. Italia vino luego. Habló de la gracia esculpida, en suaves declives, sobre un suelo que dora el sol, al son armónico del aire. Celebró su feracidad; aludió al trigo de Campania, al óleo de Venafró, al vino de Falerno. La rubia Galia, depuesto el primitivo furor, mostró, colmadas de pacíficos frutos, las corrientes del Saona y el Ródano. Iberia presentó sus rebaños, sus trotones, sus minas. Ceñida de bárbaros arreos, se adelantó Germania, e hizo el elogio de las pieles espesas, el ámbar transparente, y los gigantes de ojos azules cazados para el circo en la espesura de la Carbonaria y de la Hircinia. Bretaña dijo que en sus Casitérides había el metal de que toman su firmeza los broncees. La Iliria, famosa por sus abundantes cosechas; la Tracia, que cría caballos raudos como el viento; la Macedonia, cuyos montes son arcas de ricos minerales, rindieron sus tesoros; y se acercó tras ellas la postrera Thule, que ofreció juntos fuego y nieve, con la fianza de Pytheas. Llegó el turno de las tierras asiáticas; y en cuerpo de faunescas hermosura, la Siria habló de los laureles de Dafne y los placeres de Antioquía. El Asia Menor reunió en doble tributo los esplendores del Oriente con las gracias de Jonia, tendiendo entre ambas ofrendas la flauta frigia, como cruz de balanza. Se ufaná Babilonia con el resplandor de sus recuerdos. La Persia, madre de los frutos de Europa, brindó semillas de generosa condición. Grande estuvo la India cuando pintó montañas y ríos colosales, cuando invocó las piedras fúlgidas, el algodón, el marfil, la pluma de los papagayos, las perlas; cuando nombró cien plantas preciosas: el ébano, que ensalzó Virgilio; el amono y malabatro, braseros de raros perfumes; el árbol milagroso cuyo fruto hace vivir doscientos años... La Palestina ofreció olivos y viñedos. Fenicia se glorió de su púrpura. La región sabea, de

su oro. Mesopotamia hizo mención de los bosques espesísimos donde Alejandro cortó las tablas de sus naves. El país de Sérica cifró su orgullo en una tela primorosa, y Taprobana, que remece el doble monzón, en la fragante canela. Vinieron luego los pueblos de la Libia. Presidiéndolos llegó el Egipto multisecular; habló de sus pirámides, de sus esfinges y colosos; del despertar mejor de su grandeza, en una ciudad donde una torre iluminada señala el puerto a los marinos. La Cirenaica dijo el encanto de su serenidad, que hizo que fuese el lecho a donde iban a morir los epicúreos. Cartago, a quien realzara Augusto de las ruinas, se anunció llamada a esplendor nuevo. La Numidia expuso que daba mármoles para los palacios; fieras para las theriomaquias y las pompas. La Etiopía afirmó que en ella estaban el país del cinamomo, el de la mirra, los enanos de un pigmo y los macrobios de mil años. Las Fortunadas, fijando el término de lo conocido, recordaron que en su seno esperaba a las almas de los justos la mansión de la eterna felicidad.

Por último, con suma gracia y divino candor, llegó Leuconoe. En nada aparentaba formar parte de la viviente y simbólica armonía. No llevaba sino un traje blanco y aéreo, como una página donde no se ha sabido qué poner... En aquel instante, nadie la envidiaba, por más que luciese su hermosura. El César preguntó la razón de su presencia, y se extrañó, cuando lo supo, viéndola tan mal destinada y tan hermosa.

—Leuconoe—dijo, con una benévola ironía—: no te ha tocado un gran papel. Tu poca suerte quiso que la realidad concluyera en manos de las otras, y he aquí que has debido contentarte con la ficción del poeta... Admiro tu dulce conformidad, y me complace tu homenaje, puesto que eres hermosa. Pero ¿quién bien me dirás de la región que representas, si has de evitar el engañarme?... ¿Qué me ofreces de allí? ¿Qué puedes afirmar que haya en tu tierra de quimera?"

—¡Espacio!—dijo, con encantadora sencillez, Leuconoe.

Todos sonreían.

—Espacio...—repitió el César—. ¡Es verdad! Sea desapacible o risueña, estéril o fecunda, espacio habrá en la tierra incógnita, si existe; y aun cuando ella no exista, y allí donde la finge el poeta sólo esté el mar, o acaso el vacío pavoroso, ¿quién duda que en el mar o en el vacío habrá espacio?... Leuconoe—prosiguió con mayor animación—tu respuesta tiene un alto sentido. Tiene si se la considera, más de uno. Ella dice la misteriosa superioridad de lo soñado sobre lo cierto y tangible, porque está en la humana condición que no haya bien mejor que la esperanza, ni cosa real que se aventaje a la dulce incertidumbre del sueño. Pero, además, encierra tu respuesta una hermosa consigna para nuestra voluntad, un brioso estímulo a nuestro denuedo. No hay límite en donde acabe para el fuerte el incentivo de la acción. Donde hay espacio, hay cabida para nuestra gloria. Donde hay espacio, hay posibilidad de que Roma triunfe y se dilate.

Dijo el César; arrancó de su pecho una gruesa esmeralda que allí estaba de broche, y era de las que el Egipto produce mayores y más puras; y prendiéndola al seno de la niña, la dejó como un fulgor de esperanza, sobre la estola, toda blanca, mientras terminaba diciendo:

—¡Sea el premio para la región desconocida; sea el premio para Leuconoe!

★

Espacio, espacio, es lo que te queda, después que la esperanza con color y figura, y el ideal concreto, y la fuerza o aptitud de calidad conocida, te abandonaron en mitad del camino. Espacio: mas no ése donde el viento y el pájaro se mueven más arriba que tú y con alas mejores; sino dentro de ti, en la inmensidad de tu alma, que es el espacio propio para las alas que tú tienes. Allí queda infinita extensión por conquistar mientras dura la vida: extensión siempre capaz de ser conquistada... Imaginar que no hay en ti más de lo que ahora percibes con la trémula luz de tu conciencia equivale a pensar que el océano acaba allí donde la redondez de la esfera lo sustrae al alcance de tus ojos. Incomparablemente más vasto es el océano que la visión de los ojos; incomparablemente más hondo nuestro ser que la intuición de la conciencia. Lo que de él está en la superficie y a la luz es, comúnmente, no ya una escasa parte, sino la parte más vulgar y más mísera. Dame acertar con la ocasión y yo sacaré de ti fuerzas que te maravillen y agiganten. Tu languidez de ánimo, tu desesperanza y sentimiento, como de vacío interior, no son distintos de los de miles de almas electas, en las vísperas de la transfiguración que las sublimó a la excelsa virtud, o a la invención genial, o al heroísmo. Si veinte horas antes de consagrarse héroe el héroe, apóstol el apóstol, inventor el inventor, o de tender resuelta y eficazmente a hacerlo, hubiérales anunciado un zahorí de corazones su destino inminente, ¡cuántas veces no se hubieran encogido de hombros o sonreído con amarga incredulidad! Dame la ocasión y yo te haré grande; no porque infunda en ti lo que no hay en ti, sino porque haré brotar y manifestarse lo que tu alma tiene oculto. De afuera pueden auxiliarte cateadores y picos; pero en ti solo está la mina. La ocasión es como el artista pintor de quien dijo originalmente uno que lo era: no crea el pintor su cuadro, sino que se limita a descorrer los velos que impedían verlo mientras la tela estaba en blanco. Hallar y traer al haz del alma esa ignorada riqueza: tal es tu obra y la de cada uno. Derramar luz dentro de sí por la observación interior y la experiencia: tal es el medio de abrir camino a la ocasión dichosa, que vendrá traída por el movimiento de la realidad. Empeño difícil éste de conocerse — ¿quién lo duda? — y expuesto a mil engaños. Pero ¿no vale todos los tesoros de la voluntad el término que quien lo acomete se propone? ¿Hay cosa que te interese más que descubrir lo que está en ti y en ninguna parte sino en ti: tierra que para ti solo fué creada; América cuyo único descubridor posible eres tú mismo, sin que puedas temer, en tu designio gigante, ni émulos que te disputen la gloria, ni conquistadores que te usurpen el provecho?

Id.



JOSÉ ASUNCIÓN SILVA

José Asunción Silva, el iniciador de la escuela modernista en Colombia, y aun pudiera decirse en casi todo el continente americano, pues con él la nueva manera estética adquiere formas más definidas y conscientes que con Martí, Julián del Casal y Gutiérrez Nájera, nació en Bogotá el 27 de octubre de 1865, allí mismo donde treinta y un años más tarde, el 24 de mayo de 1896, había de morir por su propia mano.

GUILLERMO VALENCIA, poeta de su misma escuela y su sagaz comentarista, le retrata así: "Nacido en un medio elegante, con doble atavismo aristocrático, favorecido por la naturaleza en los dones de la belleza varonil, realzada por él con exquisito esmero de dandy; con una fuerza rara de asimilación intelectual y sed implacable de sabiduría, desde los bancos del colegio; viajero aprovechado por los centros más cultos de Europa; lector incansable en varias lenguas y de múltiples materias, analizador sutil de cosas y almas; soñador y aventurero; paradojal maridaje de energía y veleidad; orgulloso, bello, sabio, escéptico y sereno".

Este hombre de fuerte individualidad no debió, por cierto, las grandes cualidades que caracterizaron su mentalidad al suelo patrio, que fué escenario de la mayor parte de su vida. Inadaptado, y en consecuencia rebelde, nunca fué el hijo dilecto de la sociedad de su tierra, que apenas llegó a tolerarle.

José Asunción Silva, cuya persona toda respiraba distinción y rareza, era un enamorado de lo artificial, por ello la vida real no hacía sino herirle, manteniéndole en continua desazón. Genial en su manera de vivir, puso su talento al servicio de las letras, pero la mayor parte de su obra, y repetimos las palabras de GUILLERMO VALENCIA "se hundió con *L'Amérique*", disolvióse el resto en el olvido con las sonoras espirales de su hablar intenso y moroso, o agoniza en la edición barcelonesa, incongruente, fragmentario, mutilado".

Profundamente pesimista, fué empresa de su escudo "Nada de nada", el lema que es compendio de la filosofía nihilista. Para su espíritu velado de tristeza, para su misticismo sin creencias, para su aburrimiento de todo, para su aversión a la rutina, sus cantos no eran sino "las sombras que proyectan las cosas cuando cae sobre ellas el sol del conocimiento", "hasta el simple ver fué mirar abismos" y el espectáculo del universo "la serena contemplación de un inmenso desastre". El fin violento de su vida, con todo, es a juicio de GUILLERMO VALENCIA, más que consecuencia de esta posición espiritual, que habíase convertido en él en tranquilo escepticismo burlón, reacción del orgullo amenazado por la humillación inminente.

Adoleció Silva, dice CEJADOR, del "mal del siglo" del que, lo dice el mismo poeta en *"Psicopatía"*, revelación de su tortura interior,

"...no se curará hasta el día
en que duerma a sus anchas
en una angosta sepultura fría
lejos del mundo y de la vida loca
entre negro ataúd de cuatro planchas
con un puñado de cal entre la boca".

Sus poesías han sido reunidas en una edición, cuyo pie de imprenta reza: "*Barcelona, 1908*", con prólogo de don MIGUEL DE UNAMUNO, "edición infame — a juicio del ya mentado CEJADOR — donde se mezclaron poesías de sus primeros años y se omitieron con mojigatería muchas de las más recias y sinceras".

José Asunción Silva, que TORRES RIOSECO juzga así: "Él fué más artista que todos los poetas que le precedieron, poseyendo en alto grado el don de la música interna. Él ensayó nuevas combinaciones, simplificó la sintaxis y fué un fuerte

espiritual. Éste fué el verdadero precursor del modernismo en lengua castellana", reconoce a su vez como precursores a poetas de muy diversas tendencias y de suyo tan complejos como Mallarmé, Verlaine y Baudelaire, así como de Poe, habiendo por otra parte contribuido en gran escala a la formación de su poesía la obra de Bécquer, al cual se parece por "la vaguedad apacible y melancólica, el hechizo dulce de la luna en los paisajes otoñales, el matiz que es la antítesis del colorido romántico, la cadencia constante de la frase". Tal cual vez, José Asunción Silva recuerda a Larra, por ejemplo en su "*Día de Difuntos*", por su humorístico escepticismo y su profunda amargura.

En cuanto a forma o expresión artística, Silva raya a inigualada altura por "su transparencia, nervio, soltura, rotundidad y casticismo del decir" proclama CEJADOR, que piensa asimismo, que de haber vivido el heraldo del modernismo americano más prolongada vida, hubiera superado en mucho a Rubén Darío y a todos los poetas del nuevo mundo. Modernista por la sensibilidad y el matiz, Silva fué castizamente español por el realismo, el color, el brío, el lenguaje, el respeto de los cánones métricos, el estilo. En el prólogo del "*Parnaso Colombiano*", GÓMEZ RESTREPO conviene en ello y agrega: "dice en versos perfectos cosas antes no oídas; nos transmite impresiones nuevas y sutiles; pone en sus paisajes matices suaves y evanescentes que ningún parentesco guardan con los colores tradicionales de la poesía española: da a sus versos una música exquisita y penetrante; produce, en suma, como todo grande artista, un *frisson nouveau*".

Bien sabemos que el más seguro medio de reconstruir la vida de un autor está en su obra artística, y que los estados de ánimo grabados en la palabra escrita jalonan su paso por el mundo y dicen de sus ideas y sentimientos, de sus luchas, sus triunfos y fracasos. Así las primeras composiciones de José Asunción Silva vierten la suave emoción de la infancia:

"Caperucita, Barba Azul, pequeños
liliputienses, Gulliver gigante,
que flotáis en las brumas de los sueños,
aquí tended las alas,
que yo con alegría
llamaré para haceros compañía
al ratoncito Pérez y a Urdimalas".

("Infancia").

mas, luego, palpita junto a la ingenuidad la inquietud:

“La sombra que sube por los cortinajes,
para los hermosos oyentes, pueriles,
se puebla y se llena con los personajes
de los tenebrosos cuentos infantiles”.

(“*Crepúsculo*”).

y se esboza la duda acerca del futuro ignorado:

“Y en las rodillas duras y firmes de la abuela
con movimiento rítmico se balancea el niño,
y entrambos agitados y trémulos están...
La abuela se sonríe con maternal cariño,
mas cruza por su espíritu como un temor extraño,
por lo que en el futuro de angustia y desengaño
los días ignorados del nieto guardarán...”

(“*Los maderos de San Juan*”).

Aun cuando UNAMUNO afirma que no fué Silva un poeta erótico, puede afirmarse que el amor y la muerte fueron sus temas predilectos. Lo atestiguan sus “*Nocturnos*”, el primero de los cuales desenvuelve todo un proceso amoroso a través de sus tres estancias. El segundo de ellos se caracteriza por lo delicado e insustancial; el tercero, intenso como una tragedia clásica, sencillo como una elegía latina y perfecto como un poema de Rubén Darío, es expresión del dolor inmenso del poeta ante la muerte de la hermana predilecta; el cuarto, saturado de irónico pesimismo, recuerda, según la gráfica frase de GUILLERMO VALENCIA “el rictus maligno de Mefistófeles silbando”.

Expresión ardiente del pesimismo de José Asunción Silva, que llega a la más refinada crueldad y al sadismo intelectual, son “*Lázaro*”, “*Día de difuntos*”, “*Noche de luna*”, “*La respuesta de la Tierra*” y “*Un poema*”, cuya lectura llega a producir escalofríos: el resucitado que lamenta haber perdido la paz del sepulcro en “*Lázaro*”; el olvido subsiguiente al dolor después de la muerte de los seres queridos, encerrado en este verso del “*Día de Difuntos*”:

“Contra lo imposible, ¿qué puede el deseo?”

la desesperanza de “*Noche de luna*”; la duda torturante de

"La respuesta de la tierra"; la fuerza disolvente de "*Un poema*" con su sádica confesión:

"Y para que sintieran la amargura, ex-profeso
junté sílabas dulces como el rumor de un beso,
bordé las frases de oro, les di música extraña
como de mandolinas que un laúd acompaña".

Los principios filosóficos y metafísicos de Silva han de espigarse en "*Obra humana*", expresión de su concepto de la vida y el arte; "*Resurrección*", que canta el eterno devenir de las cosas; "*Estrellas entre la sombra*", en que su voz resuena con los más altos acentos de la mística; "*El mal del siglo*", cuyo doctor representa el buen sentido y la higiene frente al "surmenage" literario; y "*El conocido sabio Cornelius*", en que satiriza cruelmente al sabio actual.

La falta de adaptación de José Asunción Silva a lo contemporáneo le hizo suspirar por las cosas viejas y le inspiró poesías tan hermosas como "*Vejece*", donde confiesa:

"El pasado perfuma los ensueños
con esencias fantásticas y añejas
y nos lleva a lugares halagüeños
en épocas distantes y mejores;
¡por eso a los poetas soñadores,
les son dulces, gratísimas y caras
las crónicas, historias y consejas,
las formas, los estilos, los colores,
las sugerencias místicas y raras
y los perfumes de las cosas viejas!"

También supo Silva traducir las modalidades posibles de la vida y reproducir vívidamente el paisaje y expresar la emoción de la patria; dan fe de ello su "*Paisaje tropical*" y "*Al pie de la estatua*", destinada esta última a cantar la obra de Tenerani que inspiró a Caro una de sus más famosas odas, a la que no cede en admirable potencia la de nuestro poeta.

José Asunción Silva fué también prosista elegante, dotado de amplia, sana y exquisita cultura y gran capacidad imaginativa. Como tal se le debe un admirable estudio acerca de la famosa rusa *María Bashkirtseff*, de páginas intensas, llenas de sagacidad; y una novela. "*De sobremesa*", en que hay fragmentos de su biografía espiritual, la única que logró Silva reconstruir de entre las varias que al naufragar "*L'Ame-*

rique" frente a las costas de Colombia, se hundieron en el mar. Completan su obra en prosa muchos artículos diseminados en diarios y revistas, de notable valor casi todos ellos.

Este hombre que sentía

"un cansancio de todo, un absoluto desprecio por lo humano... un incesante renegar de lo vil de la existencia digno de mi maestro Schopenhauer, un malestar profundo que se aumenta con todas las torturas del análisis"

y un temor "De todo por instantes... de la oscuridad del aposento donde paso la noche insomne... de la multitud... de los paisajes alegres y claros... de la noche oscura... de sentirme vivir, de pensar que puedo morirme"; que fué un incomprendido en su medio, calificado éste por MENÉNDEZ Y PELAYO de Atenas de América del Sur y, sin embargo, profundamente temeroso de la literatura nueva y del modernismo, "dió el primer paso — dice su crítico GÓMEZ JAIME — en materia de renovación intelectual e hizo conocer bien pronto sus raros versos musicales, de forma extraña, cuyo atrevimiento llenó de estupor a aquella burguesía literaria, que imperaba entonces con todo el peso de su carácter tradicional".

PSICOPATÍA

El parque se despierta, ríe y canta
en la frescura matinal... La niebla,
donde saltan aéreos surtidores,
de arco-iris se puebla
y en luminosos velos se levanta.
Su olor esparcen entreabiertas flores,
suena en las ramas verdes el pío, pío,
de los alados huéspedes cantores,
brilla en el césped húmedo el rocío...
¡Azul el cielo! ¡Azul!... y la süave
brisa que pasa, dice:
¡Reíd! ¡Cantad! ¡Amad! ¡La vida es fiesta,
es calor, es pasión, es movimiento!
Y forjando en las ramas una orquesta,
con voz grave lo mismo dice el viento,
y por entre el sutil encantamiento
de la mañana sonrosada y fresca,
de la luz, de las hierbas y las flores,

pálido, descuidado, soñoliento,
sin tener en la boca una sonrisa,
y de negro vestido,
un filósofo joven se pasea,
olvida luz y olor primaverales,
e impertérrito sigue en su tarea
de pensar en la muerte, en la conciencia
y en las causas finales!
Lo sacuden las ramas de azalea,
dándole al aire el aromado aliento
de las rosadas flores. —
Lo llaman unos pájaros, del nido
do cantan sus amores,
y los cantos risueños
van, por entre el follaje estremecido,
a suscitar voluptuosos sueños,
y él sigue su camino, triste, serio,
pensando en Fichte, en Kant, en Vogt, en Hegel,
y del *yo* complicado en el misterio...
La chicuela del médico que pasa,
una rubia adorable, cuyos ojos
arden como una brasa,
abre los labios húmedos y rojos,
y le pregunta al padre, estremecida:
—Aquel señor, papá, ¿de qué está enfermo,
qué tristeza le anubla así la vida?
Cuando va a casa a verle a usted, me duermo;
tan silencioso y triste... ¿Qué mal sufre?...
...Una sonrisa el profesor contiene,
mira luego una flor, color de azufre,
oye el canto de un pájaro que viene,
y comienza de pronto, con descaro:
—Ese señor padece un mal muy raro,
que ataca rara vez a las mujeres
y pocas a los hombres... ¡hija mía!
Sufre este mal: *pensar*... Esa es la causa
de su grave y sutil melancolía...
El mal, gracias a Dios, no es contagioso,
y lo adquieren muy pocos; en mi vida
sólo he curado a dos. Les dije: Mozo,
váyase usted a trabajar de lleno
en una fragua negra y encendida,
o en un bosque espesísimo y sereno;
machaque hierro, hasta que arranque chispas,
o tumbe viejos troncos seculares
y logre que lo piquen las avispas;
si lo prefiere usted, cruce los mares
de grumete en un buque, duerma, coma,
muévase, grite, forcejee y sude,

mire la tempestad cuando se asoma,
 y los cables de popa ate y anude
 hasta hacerse diez callos en las manos
 y limpiarse de ideas el cerebro...
 Ellos lo hicieron y volvieron sanos...
 —Estoy tan bien, doctor... — ¡Pues lo celebro! —
 Pero el joven aquel es caso grave
 como conozco pocos;
 más que cuantos nacieron piensa y sabe;
 irá a pasar diez años con los locos.
 ¡Y no se curará, sino hasta el día
 en que duerma a sus anchas
 en una angosta sepultura fría
 lejos del mundo y de la vida loca,
 entre un negro ataúd de cuatro planchas,
 con un montón de tierra entre la boca!

NOCTURNO

Una noche,
 una noche toda llena de murmullos, de perfumes y de música de alas;
 una noche
 en que ardían en la sombra nupcial y húmeda, las luciérnagas fantásticas,
 a mi lado, lentamente, contra mí ceñida toda, muda y pálida,
 como si un presentimiento de amarguras infinitas,
 hasta el más secreto fondo de las fibras te agitara,
 por la senda florecida que atraviesa la llanura
 caminabas;
 y la luna llena
 por los cielos azulosos infinitos y profundos esparcía su luz blanca
 y tu sombra,
 esbelta y ágil,
 fina y lánguida
 y mi sombra
 por los rayos de la luna proyectadas,
 sobre las arenas tristes
 de la senda se juntaban,
 y eran una,
 y eran una sola sombra
 y eran una sola sombra larga...

.....

 Esta noche,
 solo; el alma
 llena de las infinitas amarguras y agonías de tu muerte,
 separado de ti misma por el tiempo, por la tumba y la distancia,
 por el infinito negro

donde nuestra voz no alcanza.
 mudo y solo
 por la senda caminaba...
 y se oían los ladridos de los perros a la luna,
 a la luna pálida,
 y el chirrido
 de las ranas...
 Sentí frío, era el frío que tenían en tu alcoba
 tus mejillas y tus sienes y tus manos adoradas,
 entre las blancuras níveas
 de las mortuorias sábanas.
 Era el frío del sepulcro, era el hielo de la muerte,
 era el frío de la nada,
 y mi sombra
 por los rayos de la luna proyectada,
 iba sola,
 iba sola,
 iba sola por la senda solitaria;
 y tu sombra esbelta y ágil,
 fina y lánguida,
 como aquella noche alegre de la muerta primavera,
 como aquella noche llena de murmullos, de perfumes y de música de alas,
 se acercó y marchó con ella...
 ¡Oh, las sombras enlazadas!
 ¡Oh, la sombra de los cuerpos que se juntan con las sombras de las almas!
 ¡Oh, las sombras que se buscan en las noches de tristezas y de lágrimas!...



RUBÉN DARÍO

Rubén Darío, que hizo
 realidad el ideal de Rodó
 "cincelar con el cincel de
 Heredia la carne viva de
 Musset", nació en Segovia, Nicaragua, el 18 de enero de 1867.
 Creció lejos del padre, que desavenencias familiares habían

apartado de la esposa, primero bajo la mirada materna, luego a la vera de una de las abuelas; por fin junto a una tía de la rama paterna.

Frecuentó las aulas de los jesuítas y, niño aún, a los trece años, publicó en "*El Ensayo*" y "*El Termómetro*" versos a la manera de Zorrilla. Ya adolescente, escribió en "*La Verdad*" artículos contra el gobierno y enseñó gramática. Luego, en Managua empleóse en la Biblioteca Nacional; allí dióse con avidez a la lectura de los clásicos y románticos españoles y muy especialmente a la de Víctor Hugo.

A los diez y ocho años de edad dió Darío a la estampa su libro primigenio: "*Primeras notas*", colección de poesías, gran número de las cuales el poeta, ya célebre, reprodujo, tras afanosa búsqueda, como a hijas amadas de su musa. Estas poesías, que constituyen un devocionario a las musas, reflejan la manera de Hugo, pero del Hugo del ocaso, en el que moría, como Darío más tarde lo demostró, el romanticismo, y nacía una nueva escuela colorista y musical, plena de armonía y plasticidad, luego recogida por *los raros*, que no supieron emanciparla. "*Primeras notas*" es, a juicio de JAIME MOLINS, feliz poseedor de uno de sus rarísimos ejemplares, "anticipo augural de la musa del porvenir". Rubén Darío, comprendiendo la audaz proclama de Víctor Hugo: "La estrofa tenía una mordaza, la oda arrastraba un grillete, el drama gemía cautivo cuando yo grité: "¡Guerra a la retórica y paz a la sintaxis!... No haya desde hoy más vocablos patricios ni plebeyos; ni exista palabra donde no pueda posarse la idea bañada de éter y teñida del azul del cielo!", dió al verso los valores reales por Hugo presentidos: verso - prosa y verso - sonido, mas desprendiéndose de lo francés y marchando por senderos propios en el parnaso moderno. Entre las composiciones que integran "*Primeras notas*", aleteos primeros del colegial, se destaca la loa "*A Juan Montalvo*", no indigna de figurar con brillo entre las más robustas composiciones castellanas; el canto "*El porvenir*", con trasuntos de Quintana y Gallego y aun de nuestro Andrade; y la sátira a "*Ricardo Contreras*" en que se advierte la influencia de Horacio y un dejo de Juvenal.

Tras breve estada en El Salvador, donde gozó del favor del presidente Zaldívar, que le encomendó una oda para el

centenario de Bolívar, y donde perteneció a la Academia Literaria de la Juventud, tornó Darío a Nicaragua para luego pasar a Chile como corresponsal de "*El Diario Nicaragüense*" y "*El Imparcial*". Perteneció allí a la redacción de "*La Época*" y "*El Mercurio*", obtuvo el premio en un concurso literario realizado en Santiago y radicóse después en Valparaíso, en cuya aduana desempeñó un empleo que su afición a la vida bohemia hízole perder.

Entre 1887 y 1888 publicó Darío en Chile sus "*Abrojos*", poesías en que imita las "*Saetas*" de Leopoldo Cano y se nota la influencia de Campoamor y Bécquer, y "*Rimas y Contrarrimas*" y "*Las rosas andinas*", de corte muy becqueriano, que dicen ya de la exquisitez del oído musical del poeta, de su tendencia aristocrática y de su desenfado, que le lleva a veces a la misma extravagancia.

Del mismo año de 1888, de los veinte de edad del poeta, data su libro de prosa y verso "*Azul*"..., que el mismo Darío en "*Los colores del estandarte*", réplica a PAUL GROUSSAC, califica de "libro parnasiano y por lo tanto francés" — agregando — "En él aparece por primera vez en nuestra lengua el "cuento" parisiense, la adjetivación francesa, el giro galo injertado en el párrafo clásico castellano; la chuchería de Goncourt, la "câlinerie" erótica de Mendés; el escogimiento verbal de Heredia y hasta su poquito de Coppée".

"*Azul*"..., donde Darío revela esa su enorme fuerza de asimilación que le permitía apropiarse de cuanto leía, y su exquisita sensibilidad, en virtud de la cual vibraba al unísono con los poetas franceses, y su firme personalidad que fundía todas las influencias en su propia manera original, es obra refinadísima, de deslumbradora novedad, de alado vuelo y aristocrática galanura. A ella debió Darío su fama de gran poeta en toda Hispanoamérica y su nombramiento por el general Mitre de corresponsal de "*La Nación*" de Buenos Aires.

JUAN VALERA dedicó a "*Azul*"... una de sus "*Cartas Americanas*", en la que reflejando la sorpresa y el encanto que su lectura le ha producido, dice a Darío: "Usted es usted: con gran fondo de originalidad y de originalidad muy extraña. Si el libro, impreso en Valparaíso este año de 1888, no estuviera en muy buen castellano, lo mismo pudiera ser de un

autor francés que de un italiano, que de un turco o de un griego. El libro está impregnado de espíritu cosmopolita. Hasta el nombre y apellido del autor, verdaderos o contrahechos y fingidos (el poeta se llamaba en verdad *Félix Rubén García y Sarmiento*), hacen que el cosmopolitismo resalte más. Rubén es judaico, y persa es Darío; de suerte que por los nombres no parece sino que usted quiere ser o es de todos los países, castas y tribus. El libro "*Azul*"... no es en realidad un libro; es un folleto de ciento treinta y dos páginas, pero tan lleno de cosas y escrito por estilo tan conciso, que da no poco en qué pensar y tiene bastante que leer. Desde luego, se conoce que el autor es muy joven: que no puede tener más de veinticinco años, pero que los ha aprovechado maravillosamente. Ha aprendido muchísimo, y en todo lo que sabe y expresa muestra singular talento artístico o poético. Sabe con amor la antigua literatura griega; sabe de todo lo moderno europeo. Se entrevé, aunque no hace gala de ello, que tiene el concepto cabal del mundo visible y del espíritu humano, tal como este concepto ha venido a formarse por el conjunto de observaciones, experiencias, hipótesis y teorías más recientes". De "*Azul*"... decía el propio Darío en 1913: "Es una obra que contiene la flor de mi juventud, que exterioriza la íntima poesía de las primeras ilusiones y que está impregnada de amor al arte y de amor al amor".

Vuelto Rubén Darío a su patria y a El Salvador, casóse allí en 1890 e hizo vida política, hasta que en 1892, designado por el gobierno de Nicaragua para representarlo en las fiestas del cuarto centenario de la hazaña de Colón, pasó a España, donde desempeñó también el cargo de ministro plenipotenciario de su país. Muy bien recibido por los más célebres literatos españoles, vinculóse a Núñez de Arce, Campoamor, Valera, la Pardo Bazán; conoció a Castelar y Cánovas del Castillo; y gozó de la amistad de Menéndez y Pelayo, de quien fué compañero de pensión.

No recogió Darío, empero, en la madre patria las impresiones más hondas para construir sus obras de arte, aunque, ello ha de reconocerse, deba a Góngora no pocas sugerencias para la técnica de su versificación. Mas el alma, el sentimiento, el matiz, la inquietud, la melancolía, su "manera", para decirlo en una palabra, proceden de Verlaine y Moréas, con quienes

durante su estada en París intimó y con los que en "la villa infernal y divina" hizo una vida bohemia y gozó del funesto "encanto de los paraísos artificiales".

Tras largo peregrinaje, para el que los cargos oficiales fueron simple punto de apoyo; llevado y traído por la desorientación que fué norma de su vida real, enteramente subordinada a su labor artística; viviendo alternativamente en México, Costa Rica, San Salvador, Guatemala, Colombia, donde fundó cenáculos artísticos y dirigió periódicos literarios; huyendo de la miseria, a veces pavorosa, ejerció Darío las más diversas actividades, hasta que Rafael Núñez, con quien se había ligado íntimamente en sus días de bohemia, habiendo llegado a la presidencia de Colombia, le designó cónsul en Buenos Aires, con lo que puso punto final por cierto tiempo a esa vida angustiosa, consecuencia del propio temperamento del poeta. Habiendo luego perdido esa situación por el cambio de la política en Colombia, continuó Darío en "*La Nación*", lo único seguro con que contaba, y entró a formar parte de la redacción de "*La Tribuna*", donde diariamente debía aparecer una nota suya en prosa o verso.

En la primera escribió Darío, lo dice él mismo en su autobiografía, "una serie de artículos sobre los principales poetas y escritores que entonces me parecieron raros o fuera de lo común", artículos que reunidos hacia 1894 en volumen, constituyeron su libro de "*Los Raros*", que como "*Azul*"... evidencia las ideas y doctrinas del autor, esencialmente intuitivas y antes sentidas por el alma que pensadas por el cerebro.

Con "*Los Raros*" comienza el período más intenso y glorioso del poeta. Su aparición motivó un artículo de GROUSSAC en "*La Biblioteca*", pleno de su acre ironía, en el que, luego de referirse al "joven poeta centro-americano que llegó a Buenos Aires hace tres años... trayéndonos, vía Panamá, la buena nueva del decadentismo francés", deplora el despilfarro que en este libro hace Darío de su indiscutible talento. Después de llamarle "sugestionado", y proclamarle "heraldo de pseudo-talentos decadentes, simbolistas, estetas", y de lamentar el hecho de que "el autor de "*Los Raros*" celebra la grandeza de sus mirmidones con una sinceridad afligente y ha llegado a imitarlos en castellano con una perfección afligente", concluye: "dado el resultado mediocre del decadentismo francés, es permitido

preguntarse, ¿qué podrá valer su brusca inoculación a la literatura española, que no ha sufrido las diez evoluciones anteriores de la francesa y vive todavía poco menos que de imitaciones y reflejos, ya propios, ya extraños?"

Defendióse Darío en "*Los colores del estandarte*", que ya mencionamos, proclamando su adoración por Francia, confesando la filiación del "galicismo mental", del que hablara VALERA, al que le condujeron algunos poetas parnasianos para el verso y el mismo Groussac para la prosa, y reclamando para la lengua castellana el renacimiento que a la sazón se operaba en la francesa: "la sonoridad oratoria, los colores castellanos, sus fogosidades, ¿por qué no podían adquirir las notas intermedias y revestir las ideas indecisas en que el alma tiende a manifestarse con mayor frecuencia?"; renacimiento que había de verificarse en América, puesto que "España está amurallada de tradición, cercada y erizada de españolismo". Aclara luego: "no son *raros* todos los decadentes ni son decadentes todos los *raros*. Leconte de Lisle está en mi galería, sin ser decadente, a causa de su aislamiento y de su aspecto aristocrático; Rachilde y Lautréamont por ser únicos en la historia del pensamiento universal... No son los *raros* presentados como modelos; primero porque lo *raro* es lo contrario de lo normal, y después, porque los cánones del arte moderno no nos señalan más derrotero que el amor absoluto a la belleza — clara, simbólica o arcana — y el desenvolvimiento y manifestación de la personalidad. Sé tú mismo: ésa es la regla... "*Los Raros*" son presentaciones de diversos tipos, inconfundibles, anormales; un hierofante olímpico, o un endemoniado, o un monstruo, o simplemente un escritor que, como D'Esparbés, da una nota sobresaliente y original".

Colaboró luego Darío en "*El Tiempo*", cuyo director, don Carlos Vega Belgrano, sufragó los gastos de publicación de las "*Prosas profanas*", que aparecieron en 1896 y ejercieron prodigiosa influencia sobre la juventud de la época, que vió en el autor al poeta máximo de las letras castellanas de todos los tiempos, a cuyo lado palidecían aún los maestros del siglo de oro.

¿Cómo nació este libro magnífico? Oigamos al autor: "Asqueado y cansado de la vida social y política en que mantenía a mi país original un lamentable estado de civilización embrionario, no mejor en tierras vecinas, fué para mí magnífico refu-

gio la República Argentina, en cuya capital, aunque llena de tráfigos comerciales, había una tradición intelectual y un medio más favorable al desenvolvimiento de mis facultades estéticas... Abominando la democracia funesta a los poetas, así sean sus adoradores como Walt Whitman, tendí hacia el pasado, a las antiguas mitologías y a las espléndidas historias, incurriendo en la censura de los miopes. Pues no se tenía en toda la América española como fin y objeto poético más que la celebración de las glorias criollas, los hechos de la independencia y la naturaleza americana: un eterno canto a Junín, una inacabable oda a la agricultura de la zona tórrida y décimas patrióticas... En el fondo de mi espíritu, a pesar de mis vistas cosmopolistas existe el inarrancable filón de la raza; mi pensar y mi sentir continúan un proceso histórico y tradicional, mas de la capital del arte y de la gracia, de la elegancia, de la claridad y del buen gusto, había de tomar lo que contribuye a embellecer y decorar mis eclosiones autóctonas... con el agregado de que no sólo de las rosas de París extraería esencias, sino de todos los jardines del mundo".

Casi todas las composiciones que integran el tomo de las "*Prosas Profanas*" fueron escritas rápidamente en la redacción de "*La Nación*"; algunas, en las mesas de los cafés; otras, en casa de los amigos. Citaremos entre ellas: "*Era un aire suave*", en la que prevalece el precepto de Verlaine: "*La música ante todo*"; "*Heraldos*", donde demuestra Darío la teoría de la melodía interior y, repetimos sus mismas palabras, "el verso no existe... el juego de las sílabas, el sonido y color de las vocales, el nombre clamado, heráldicamente, evocan la figura, oriental, bíblica, legendaria, y el tributo y la correspondencia"; el "*Coloquio de los centauros*", mito en que se "plantea el arcano fatal y pavoroso de nuestra ineludible finalidad" y donde Darío aparece hermético como pocas veces; "*La página blanca*", como "un sueño cuyas visiones simbolizan esas bregas, las angustias, las penalidades del existir, la fatalidad genial, las esperanzas y los desengaños, y el irremisible epílogo de la sombra eterna, del desconocido más allá"; la "*Sonatina*", de la cual piensa RODÓ que "hallaría su comentario mejor en el acompañamiento de una voz femenina que le prestara melodioso realce... Se cultiva casi exclusivamente en ella, la virtud musical de la palabra y del ritmo poético". Incluyen las "*Pro-*

sas Profanas", bajo el título de "*Las ánforas de Epicuro*", una serie de sonetos en que se desenvuelve una exposición de ideas filosóficas: "*La espiga*", "*La fuente*", "*La anciana*", "*Palabras de la sátira*", "*Ama tu ritmo*". De "*Prosas Profanas*" dijo Darío al juzgarla años después de su aparición: "Ese libro que amo intensamente y con delicadeza, no tanto como obra propia, sino porque a su aparición se animó en nuestro continente toda una cordillera de poesía poblada de magníficos y jóvenes espíritus".

En los años postreros del pasado siglo creóse en Buenos Aires el "*Ateneo*", asociación que produjo considerable movimiento de ideas y a la que pertenecieron los más destacados cultores de las letras, las artes y las ciencias, y en la que los más jóvenes, Darío entre ellos, proclamaban la libertad mental. Allí hizo su aparición LUGONES, cuyas "*Montañas del oro*" prologó el nicaragüense.

Siendo escaso lo que su labor periodística y literaria le producían, aceptó Darío el empleo de secretario particular del doctor Carlos Carlés, Director General de Correos y Telégrafos; allí con Lugones y Piñeiro Sorondo, alternaba la tarea oficinesca, no abrumadora, con interminables charlas y ocupaciones literarias, profundizando un tanto las ciencias ocultas, que luego abandonó, él mismo lo dice: "por temor justo a una perturbación cerebral".

En 1898 envióle "*La Nación*" a España en carácter de corresponsal, para que escribiese sobre la situación de la madre patria luego de perdido su dominio colonial. Desde allí, donde volvió a alternar con las más grandes figuras de las letras españolas: Núñez de Arce, desilusionado y amargado; Campoamor, ya caduco; la Pardo Bazán, cuya casa continuaba siendo el centro de escogidas reuniones; don Juan Valera, ciego, pero conservando su aristocrática distinción; donde intimó con los jóvenes: Dicenta, del Valle Inclán; interesóse por la enseñanza con Menéndez y Pelayo y polemizó un tanto con Unamuno, que a la sazón despreciaba las letras argentinas y no conocía a Sarmiento...; envió periódicamente sus correspondencias, ávidamente leídas en todos los países hispanoamericanos, luego reunidas en su libro "*España contemporánea*".

Trasplantó Darío el modernismo en España, donde, a la verdad tuvo efímera vida; allí, la raza, de suyo realista, opú-

sose a ese continuo altibajar del arte francés, al punto de poderse decir que no hubo en la tierra de Cervantes un parnasiano puro, ni un puro simbolista. "No hubo — dice CEJADOR — aquí más que un modernismo entre unos cuantos jóvenes ávidos de novedades, y esto durante una corta temporada". Tanto es ello verdad, que en la mayoría de los periódicos españoles no hallaban cabida los versos de Darío, que sólo hacia 1910 publicaron "*El Imparcial*" y "*El Herald*".

El fin del siglo halló a Darío en París en las fiestas de la Exposición Universal, época de su vida que vivió fraternalmente con Gómez Carrillo y Amado Nervo. Escribió por aquel entonces sus famosas cartas a "*La Nación*", uno de los aspectos más interesantes, bellos y sugestivos de su copiosa producción. Visitó luego Italia, las impresiones recogidas en las andanzas por cuyas tierras compiló en su libro "*Peregrinaciones*", que JUSTO SIERRA, el eminente escritor de México, prologó.

Volvióse a acordar el gobierno de Nicaragua de Darío y designólo cónsul en París; dividió entonces el poeta su tiempo entre sus tareas consulares, la corresponsalía de "*La Nación*" y su producción literaria, que integra en estos años sus volúmenes de prosa: "*La caravana pasa*", "*Tierras solares*" y "*Parisiana*", impresiones de su ambular por toda Europa.

Inesperadamente designado en 1905 por su gobierno para actuar como secretario de la delegación nicaragüense a la Conferencia Panamericana de Río de Janeiro, luego de cumplir tal cometido pasó, por razones de salud, a Buenos Aires, tornando tras breve estada a París, donde nuevas joyas se unieron a su corona lírica: "*Cantos de Vida y Esperanza*", que "encierran — dice su autor — las esencias y savias de mi otoño", así como "*Azul*"... "simboliza el comienzo de mi primavera y "*Prosas Profanas*" mi primavera plena".

¿De qué índole es este eslabón final del ciclo? Escuchemos a Darío: "Al escribir "*Cantos de Vida y Esperanza*" yo había explorado no solamente el campo de poéticas extranjeras, sino también los cancioneros antiguos, la obra ya completa, ya fragmentaria de los primitivos de la poesía española, en los cuales encontré riquezas de expresión y de gracia que en vano se buscarían en hartos celebrados autores de siglos más cercanos. A todo esto agregado un espíritu de modernidad con el cual me compenetraba en mis incursiones poliglóticas y cos-

mopolitas. En unas palabras liminares y en la introducción en endecasílabos se explica la índole del nuevo libro: la historia de una juventud llena de tristeza y de desilusión, a pesar de las primaverales sonrisas; la lucha por la existencia, desde el comienzo, sin apoyo familiar, ni ayuda de mano amiga, la sagrada y terrible fiebre de la lira; el culto del entusiasmo y de la sinceridad, contra las añagazas y traiciones del mundo, del demonio y de la carne; el poder dominante e invencible de los sentidos, en una idiosincrasia calentada a sol de trópico en sangre mezclada de español y chorotega o magrandano; la simiente del catolicismo contrapuesta a un tempestuoso instinto pagano, complicado con la necesidad psicofisiológica de estimulantes modificadores del pensamiento, peligrosos combustibles, suprimidores de perspectivas afligentes, pero que ponen en riesgo la máquina cerebral y la vibrante túnica de los nervios. Mi optimismo se sobrepuso. Español de América y americano de España, canté, eligiendo como instrumento el hexámetro griego y latino, mi confianza y mi fe en el renacimiento de la vieja Hispania, en el propio solar y del otro lado del Océano, en el coro de naciones que hacen contrapeso en la balanza sentimental a la fuerte y osada raza del norte".

Vario es el contenido de "*Cantos de Vida y Esperanza*", algunas de cuyas notas expresan, pese al título, desaliento, duda o el temor al más allá, que siempre torturó a Darío y le hizo refugiarse en Dios y asirse "de la plegaria como de un paracaídas". Dicen de esta preocupación "*Lo fatal*" y "*La dulzura del Ángelus*".

Hay en este libro mucho hispanismo, el poeta lo confiesa: "¡Hispania por siempre! Yo había ya vivido algún tiempo y habían revivido en mí alientos ancestrales". Cantó glorias españolas en "*Retrato*", en "*Trébol*", "*A Goya*" y en el "*Soneto autumnal al marqués de Bradomín*", y preconiza en "*A Roosevelt*" la unión hispanoamericana frente al imperialismo de la América sajona.

En la "*Letanía a Nuestro Señor Don Quijote*" afirma Darío su arraigada pasión idealista por lo elevado y heroico; canta la omnipotencia infinita en "*Helios*", se remonta a Jesús en "*Spes*", y en "*Canto de Esperanza*" clama por el retorno de Cristo, única salvación frente a "los desastres de la tierra envenenada por la pasión de los hombres".

En la "*Canción de otoño en primavera*", sonata con cierto dejo de Musset, el poeta, el mismo que logra en la "*Marcha Triunfal*" "un triunfo de decoración y de música", se despide suave y melancólicamente de los años floridos.

Una parte del libro se intitula "*Los Cisnes*" y dice del culto a esta bella ave de clásica tradición, por cuyo símbolo el poeta torna a ver lucir "la esperanza para la raza solar nuestra". Los "*Nocturnos*" exteriorizan en versos transparentes y sencillos, ricos de música interior, los secretos de la combatida vida de Darío; su desaliento, del que le salvó la fe; las angustias del insomnio, cuando el alma sufre y tiembla.

Es éste un libro profundamente sincero, cuyo mayor mérito, dice el autor, "es el de haber puesto mi corazón al desnudo, el de haber abierto de par en par las puertas y ventanas de mi castillo interior para enseñar a mis hermanos el hábitculo de mis más íntimas ideas y de mis más caros sueños".

Después de dieciocho años de alejamiento tornó Darío en 1909 a la patria, a raíz de su designación como miembro de la Comisión de Límites con Honduras. Fué recibido en ella como huésped de honor y volvió a Europa con el cargo de ministro en España, desde el cual debió hacer frente a no pocas contrariedades, de las que no fué la menor la exigüidad de recursos. Fruto de su vuelta a la tierra natal fué "*El viaje a Nicaragua*" e "*Intermezzo tropical*", este último luego publicado con el título de "*Poema de otoño y otros poemas*".

Posteriormente designado enviado extraordinario de Nicaragua en Méjico con motivo de las fiestas del centenario, los sucesos políticos de su patria impidieronle cumplir la misión, pero no le privaron de una acogida triunfal en los diversos pueblos que visitó. De nuevo en París, "sin dejar mi ensueño remoto — dice Darío — he entrado por la senda de la vida práctica". Allí, donde alegra su casa la sonrisa "de un rapaz que se me parece y a quien yo llamo "Güicho", asume en 1912 la dirección de la revista "*Mundial*", magazine de actualidades publicado en español. A fin de hacer conocer en América del Sur la nueva revista, y satisfaciendo a la vez su anhelo insaciado de viajar, recorre Darío en viaje triunfal las repúblicas del Plata, en las que ofrece conferencias y lecturas, algunas magistrales. Mas a su retorno a París, flaquea, tras intenso

y exaltado vivir, su salud; llévale su amigo Sureda, en ansia de mejoría, a Mallorca, donde otrora pasara horas románticas. Restablecido, aunque sintiendo agudizarse en su fuero interno el misticismo, se radica Darío en Barcelona, de donde su inquietud indomeñable le lleva, con el pretexto de unas conferencias, a Nueva York.

Allí, a poco de llegar, cuando no había pronunciado sino dos de las disertaciones anunciadas, postróle grave enfermedad; apenas convaleciente embarcó para Guatemala, que presto dejó por la patria "en busca del cementerio del país natal". Muy pronto, en León, tras inútiles cuidados, dejaba Darío la tierra el 6 de febrero de 1916 y sus restos mortales recibían cristiana sepultura tras solemnes exequias.

Poeta alguno tuvo tan vasta influencia en la evolución literaria de América como Rubén Darío, que ejerció considerable acción, comparable a la de Góngora o Quevedo, en el vasto campo de la literatura española, a cuya lírica obligó a incorporar como cosa propia la parte perdida u olvidada de los poetas del nuevo mundo. Rubén Darío señala en las letras hispánicas una época de renovación, es el verdadero jefe del movimiento modernista, que dió a la lengua castellana una amplitud, una finura, una flexibilidad, un brillo insospechados. Él enseñó a las nuevas generaciones a reaccionar contra el atavismo retórico y a buscar la forma personal; él sacó a la lírica del estrecho círculo en que vivía constreñida desde los días del siglo de oro. Con él se incorpora a la lírica española el timbre de delicadeza que le faltaba; la teoría del matiz evanescente, antes ignorado; con él se introduce la metáfora personal, la imagen-símbolo y la "música interior", en la que veía Darío la más generosa de las cualidades del verso: "Como cada palabra tiene un alma, hay en cada verso una armonía verbal, una melodía ideal. La música es sólo la de la idea muchas veces". Él amplió el campo de la lengua remozando arcaísmos e inventando neologismos; él reformó la métrica rehabilitando formas antiguas y creando otras nuevas; él llevó el alejandrino al más alto grado de perfección, flexibilizándolo con nuevos matices y convirtiéndolo en excelso instrumento lírico, y consolidó el verso libre, con ritmo fijo o variado, e introdujo el verso amorfo.

Pero él también, como muy sensatamente lo hace notar MANUEL GÁLVEZ, “sin quererlo, evidentemente, ha conducido a los jóvenes a la extravagancia y a la ridiculez, al *literatismo*, a desdeñar la cultura científica y filosófica, a desviarse de la observación directa de las cosas y de los hombres”. Mas, y también lo dice Gálvez: “¡Cuánto debemos a Darío! Él nos enseñó que cada palabra tenía un valor musical; él aumentó el dominio de la sensibilidad, él nos hizo ver que la poesía es un arte serio, no un ejercicio de retórico; él modernizó nuestra lengua e inició la formación de un castellano nuevo, y él, al propagar la obra de tantos escritores extranjeros desconocidos, fué un profesor de cultura”.

“Puede equiparársele — dice el crítico norteamericano GOLDBERG — no sólo a los más grandes poetas que han escrito en lengua castellana, sino también a los maestros de la poesía universal. Pues por encima de su primitivo parnasianismo y de su simbolismo posterior y de su postrera complejidad humana está lo eternamente humano de un poeta que fué peculiarmente de su tiempo y, por eso mismo, de todas las épocas”.

Y, para terminar, he aquí las hermosas palabras de ÁNGEL DE ESTRADA, escritas cuando aun estaba abierta la tumba de Rubén Darío: “por lo que había en su talento, de alas y de oro, el vuelo y el fulgor; y de facundia constante, y de generosidad perenne; por el romper sin mirar los hilos de sus perlas sobre el gran diario como sobre la humilde revista; por el peregrinaje inquieto de su existencia; por su amor absoluto y fiel a su arte; por su valiente afán siempre despierto y nunca fatigado; por sus afables maneras y el don de rodearse de simpatías y de hacerse querer; fué su voz magnífica el verdadero yunque de la evolución en América y en España, arado y simiente a un tiempo, ayer enseña de combate, hoy lábaro de victoria. Y fué no sólo el arado y la simiente, sino que su sincera pasión por su causa, y lo que es extraordinario en un hombre de letras, su falta absoluta de envidia, lo llevaban a descubrir los talentos, a reanimar a los vencidos, a enaltecer a los triunfadores, y a ser en los ajenos sembradíos la brisa que evocando los oriflamas, mueve al sol el esplendor de las cosechas”.

A UN POETA

Nada más triste que titán que llora,
hombre-montaña encadenado a un lirio,
que gime, fuerte, que pujante, implora:
víctima propia en su fatal martirio.

Hércules loco que a los pies de Onfalia
la clava deja y el luchar rehusa,
héroe que calza femenil sandalia,
vate que olvida la vibrante musa.

¡Quién desquijaba los robustos leones,
hilando esclavo con la débil rueca;
sin labor, sin empuje, sin acciones;
puños de fierro y áspera muñeca!

No es tal poeta para hollar alfombras
por donde triunfan femeniles danzas:
que vibre rayos para herir las sombras,
que escriba versos que parezcan lanzas.

Relampagueando la soberbia estrofa
su surco deje de esplendente lumbre,
y el pantano de escándalo y de mofa
que no le vea el águila en su cumbre.

Bravo soldado con su casco de oro
lance el dardo que quema y que desgarrar,
que embista rudo como embiste el toro,
que clave firme, como el león, la garra.

Cante valiente y al cantar trabaje;
que ofrezca robles si se juzga monte;
que su idea, en el mal rompa y desgaje
como en la selva virgen el bisonte.

Que lo que diga la inspirada boca
suene en el pueblo con palabra extraña;
ruido de oleaje al azotar la roca,
voz de caverna y soplo de montaña.

Deje Sansón de Dálila el regazo:
Dálila engaña y corta los cabellos.
no pierda el fuerte el rayo de su brazo
por ser esclavo de unos ojos bellos.

SONATINA

A la desconocida.

La princesa está triste... ¿qué tendrá la princesa?
Los suspiros se escapan de su boca de fresa,
que ha perdido la risa, que ha perdido el color.

La princesa está pálida en su silla de oro;
está mudo el teclado de su clave sonoro;
y en un vaso olvidada se desmaya una flor.

El jardín puebla el triunfo de los pavos reales;
parlanchina, la dueña dice cosas triviales,
y vestido de rojo piruetea el bufón.
La princesa no ríe, la princesa no siente;
la princesa persigue por el cielo de Oriente
la libélula vaga de una vaga ilusión.

¿Piensa acaso en el príncipe de Golconda o de China,
o en el que ha detenido su carroza argentina
para ver de sus ojos la dulzura de luz?
¿O en el rey de las Islas de las Rosas fragantes,
o en el que es soberano de los claros diamantes,
o en el dueño orgulloso de las perlas de Ormuz?

¡Ay! la pobre princesa de la boca de rosa,
quiere ser golondrina, quiere ser mariposa,
tener alas ligeras, bajo el cielo volar;
ir al sol por la escala luminosa de un rayo,
saludar a los lirios con los versos de Mayo,
o perderse en el viento sobre el trueno del mar.

Ya no quiere el palacio, ni la rueca de plata,
ni el halcón encantado, ni el bufón escarlata,
ni los cisnes unánimes en el lago de azur.
Y están tristes las flores por la flor de la corte;
los jazmines de Oriente, los nelumbos del Norte,
de Occidente las dalias y las rosas del Sur.

¡Pobrecita princesa de los ojos azules!
Está presa en sus oros, está presa en sus tules,
en la jaula de mármol del palacio real;
el palacio soberbio que vigilan los guardas;
que custodian cien negros con sus cien alabardas,
un lebre! que no duerme y un dragón colosal.

¡Oh, quién fuera hipsipila que dejó la crisálida!
(La princesa está triste. La princesa está pálida)..
¡Oh visión adorada de oro, rosa y marfil!
¡Quién volara a la tierra donde un príncipe existe
(La princesa está pálida. La princesa está triste)
más brillante que el alba, más hermoso que Abril!

—Calla, calla, princesa, —dice el hada madrina; —
en caballo con alas hacia acá se encamina,
en el cinto la espada y en la mano el azor,

el feliz caballero que te adora sin verte,
y que llega de lejos, vencedor de la Muerte,
a encenderte los labios con su beso de amor!

MARCHA TRIUNFAL

¡Ya viene el cortejo!
¡Ya viene el cortejo! Ya se oyen los claros clarines.
La espada se anuncia con vivo reflejo;
ya viene, oro y hierro, el cortejo de los paladines!

Ya pasa debajo los arcos ornados de blancas Minervas y Martes,
los arcos triunfales en donde las Famas erigen sus largas trompetas,
la gloria solemne de los estandartes
llevados por manos robustas de heroicos atletas.
Se escucha el rüido que forman las armas de los caballeros,
los frenos que mascan los fuertes caballos de guerra,
los cascos que hieren la tierra,
y los timbaleros
que el paso acompasan con ritmos marciales.
Tal pasan los fieros guerreros
debajo los arcos triunfales!

Los claros clarines de pronto levantan sus sonos,
su canto sonoro
su cálido coro
que envuelve en un trueno de oro
la augusta soberbia de los pabellones.

El dice la lucha, la herida venganza,
las ásperas crines,
los rudos penachos, la pica, la lanza,
la sangre que riega de heroicos carmines
la tierra;
los negros mastines
que azuza la muerte, que rige la guerra.

Los áureos sonidos
anuncian el advenimiento
triumfal de la Gloria;
dejando el picacho que guarda sus nidos,
tendiendo sus alas enormes al viento,
los cóndores llegan. Llegó la victoria!

Ya pasa el cortejo.
Señala el abuelo los héroes al niño.
Ved cómo la barba del viejo
los bucles de oro circunda de armiño.

Las bellas mujeres aprestan coronas de flores,
y bajo los pórticos vense sus rostros de rosa;
y la más hermosa
sonríe al más fiero de los vencedores.
¡Honor al que trae cautiva la extraña bandera!
¡Honor al herido y honor a los fieles
soldados que muerte encontraron por mano extranjera!
¡Clarines! ¡Laureles!

Las nobles espadas de tiempos gloriosos
desde sus panoplias saludan las nuevas coronas y lauros:
las viejas espadas de los granaderos, más fuertes que osos
hermanos de aquellos lánceros que fueron centauros.
Las trompas guerreras resuenan;
de voces los aires se llenan...
—A aquellas antiguas espadas,
a aquellos ilustres aceros
que encarnan las glorias pasadas,
y al sol que hoy alumbra las nuevas victorias ganadas,
y al héroe que guía su grupo de jóvenes fieros;
al que ha desafiado, ceñido el acero y el arma en la mano,
los soles del rojo verano,
las nieves y vientos del gélido invierno,
la noche, la escarcha
y el odio y la muerte por ser por la patria inmortal,
saludan con voces de bronce las trompas de guerra que tocan la marcha
triumfal!...

CANTO DE ESPERANZA

Un gran vuelo de cuervos mancha el azul celeste.
Un soplo milenario trae amagos de peste.
Se asesinan los hombres en el extremo Este.

¿Ha nacido el apocalíptico Anticristo?
Se han sabido presagios y prodigios se han visto.
y parece inminente el retorno del Cristo.

La tierra está preñada de dolor tan profundo,
que el soñador imperial, meditabundo,
sufrir con las angustias del corazón del mundo.

Verdugos de ideales afligieron la tierra;
en un pozo de sombra la humanidad se encierra
con los rudos molosos del odio y de la guerra.

¡Oh, Señor Jesucristo! ¿Por qué tardas? ¿Qué esperas
para tender tu mano de luz sobre las fieras
y hacer brillar al sol tus divinas banderas?

Surge de pronto y vierte la esencia de la vida
sobre tanta alma loca, triste o empedernida
que amante de tinieblas tu dulce aurora olvida.

Ven, Señor, para hacer la gloria de ti mismo,
ven con temblor de estrellas y horror de cataclismo,
ven a traer amor y paz sobre el abismo.

Y tu caballo blanco, que miró el visionario,
pase. Y suene el divino clarín extraordinario.
Mi corazón será brasa de tu incensario.

ERA UN AIRE SUAVE...

Era un aire suave, de pausados giros;
el hada Harmonía ritmaba sus vuelos
e iban frases vagas y tenues suspiros
entre los sollozos de los violoncelos.

Sobre la terraza, junto a los ramajes,
diríase un trémolo de liras eolias
cuando acariciaban los sedosos trajes
sobre el tallo erguidas las blancas magnolias.

La marquesa Eulalia risas y desvíos
daba a un tiempo mismo para dos rivales,
el vizconde rubio de los desafíos
y el abate joven de los madrigales.

Cerca, coronado con hojas de viña,
reía en su máscara Término barbudo,
y, como un efebo que fuese una niña,
mostraba una Diana su mármol desnudo.

Y bajo unos bosquejos del amor palestra,
sobre rico zócalo al modo de Jonia,
con un candelabro prendido en la diestra
volaba el Mercurio de Juan de Bolonia.

La orquesta perlabo sus mágicas notas,
un coro de sones alados se oía;
galantes pавanas, fugaces gavotas
cantaban los dulces violines de Hungría.

Al oír las quejas de sus caballeros
ríe, ríe, ríe, la divina Eulalia,
pues son su tesoro las flechas de Eros,
el cinto de Cipria, la rueda de Onfalia.

¡Ay de quien sus mieles y frases recoja!
¡Ay de quien del canto de su amor se fie!
Con sus ojos lindos y su boca roja,
la divina Eulalia, ríe, ríe, ríe.

Tiene azules ojos, es maligna y bella;
cuando mira vierte viva luz extraña:
se asoma a sus húmedas pupilas de estrella
el alma del rubio cristal de Champaña.

Es noche de fiesta, y el baile de trajes
ostenta su gloria de triunfos mundanos.
La divina Eulalia, vestida de encajes,
una flor destroza con sus tersas manos.

El teclado armónico de su risa fina
a la alegre música de un pájaro iguala,
con los "staccati" de una bailarina
y las locas fugas de una colegiala.

¡Amoroso pájaro que trinos exhala
bajo el ala a veces ocultando el pico;
que desdenes rudos lanza bajo el ala,
bajo el ala aleve del leve abanico!

Cuando a media noche sus notas arranque
y en arpegios áureos gima Filomela,
y el ebúrneo cisne, sobre el quieto estanque,
como blanca góndola imprima su estela,

La marquesa alegre llegará al bosque,
bosque que cubre la amable glorieta
donde han de estrecharla los brazos de un paje,
que siendo su paje será su poeta.

Al compás de un canto de artista de Italia
que en la brisa errante la orquesta deslíe,
junto a los rivales la divina Eulalia,
la divina Eulalia, ríe, ríe, ríe.

¿Fué acaso en el tiempo del rey Luis de Francia,
sol con corte de astros, en campos de azur?
¿Cuando los alcázares llenó de fragancia
la regia y pomposa rosa Pompadour?

¿Fué cuando la bella su falda cogía
con dedos de ninfa, bailando el minué,
y de los compases el ritmo seguía
sobre el tacón rojo, lindo y leve el pie?

¿O cuando pastoras de floridos valles
ornaban con cintas sus albos corderos,
y oían divinas Tirsis de Versalles
las declaraciones de sus caballeros?

¿Fué en ese buen tiempo de duques pastores,
de amantes princesas y tiernos galanes,
cuando entre sonrisas y perlas y flores
iban las casacas de los chambelanes?

¿Fué acaso en el Norte o en el Mediodía?
Yo el tiempo y el día y el país ignoro,
pero sé que Eulalia ríe todavía,
¡y es cruel y eterna su risa de oro!

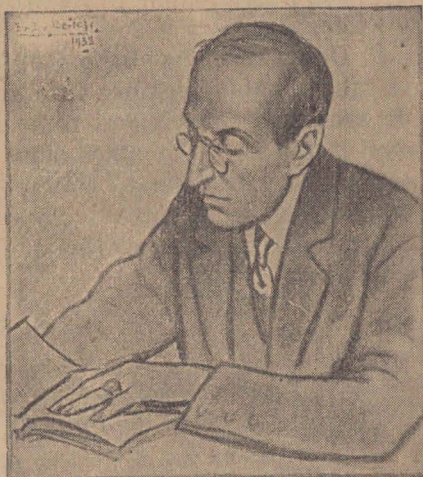
AMADO NERVO

Amado Nervo, uno de los más grandes entre los poetas americanos modernos, cuya fama ha atravesado los mares, nació en Tepic, estado de Méjico, el 27 de agosto de 1870.

Estudió en el Seminario de Jacona, donde aprendió latín e hizo numerosas lecturas místicas.

Aunque en edad temprana comenzó a escribir, su fama literaria y su popularidad arrancan del año 1896, cuando, en el primer aniversario de la muerte del exquisito poeta Gutiérrez Nájera, dedicóle una poesía.

Viajó por Europa y amó intensamente el París de Rubén Darío. Maestro en su tierra, en la que fundó "*La Revista Mo-*



derna", la publicación más importante de las letras mejicanas, y diplomático fuera de ella, pero por encima de todo escritor, Amado Nervo ha compartido su tiempo entre la creación literaria y las tareas inherentes a la representación de su patria en el extranjero, aunque él nunca se consideró tal en tierras de España o de América. A orillas del Plata, donde como embajador del país hermano y señor de la poesía fuera triunfalmente acogido, hallóle la muerte el 27 de mayo de 1919.

Amado Nervo escribió en verso y en prosa, pero su fama de poeta eclipsa la de prosista, aunque bastarían para consagrarle como tal sus prosas "*Almas que pasan*", "*Mis filosofías*" y "*Plenitud*".

De sus libros en verso señalan el vuelo máximo de su lirismo: "*Perlas negras*", "*Místicas*", "*Jardines interiores*", "*Serenidad*", "*Elevación*", "*El arquero divino*" y "*El estanque de los lotos*".

De su obra ha dicho RUBÉN DARÍO al juzgarla: "Lo que sí sabe y sabrá siempre infundir en sus versos, que se visten de sencillez y claridad como las horas de cristal que anuncian la faz de los amables días, un misterio delicado y comunicativo que nos pone en contacto con el mundo armonioso que crea su voluntad intensa..., un vago soplo bíblico que suele hacerse percibir en estrofas que se dirían acompañadas de música sacra".

EN P A Z

Muy cerca de mi ocaso, yo te bendigo, Vida,
porque nunca me diste ni esperanza fallida,
ni trabajos injustos, ni pena innecesaria;

porque veo al final de mi rudo camino
que yo fui el arquitecto de mi propio destino;
que si extraje las mieles y la hiel de las cosas,
fui porque en ellas puse hiel o mieles sabrosas;
cuando planté rosales coseché siempre rosas.

Cierto, a mis lozanías va a seguir el invierno:
¡mas tú no me dijiste que mayo fuese eterno!

Hallé sin duda largas las noches de mis penas;
mas no me prometiste tú sólo noches buenas;
y en cambio tuve algunas santamente serenas...

Amé, fui amado, el sol acarició mi faz.

¡Vida, nada me debes! ¡Vida, estamos en paz!

C O M P R E N S I Ó N

¿Por qué empeñarse en *saber*
cuando es tan fácil *amar*?
Dios no te manda entender:
no pretende que su mar
sin playas, pueda caber
en tu mínimo pensar.

Dios sólo te pide amor:
dale todo el tuyo y más,
siempre más, con más ardor,
con más ímpetu... ¡Verás
como amándole mejor,
mejor le comprenderás!

P A S T O R

Pastor, te bendigo por lo que me das.
Si nada me das, también te bendigo.
Te sigo riendo si entre rosas vas.
Si vas entre cardos y zarzas, te sigo.
¡Contigo en lo menos, contigo en lo más
y siempre contigo!

BOLILLA X

Nociones de preceptiva aplicadas a lecturas del curso.

Figuras de pensamiento; tropos.

Repaso de combinaciones métricas. Versificación sin rima. Resumen de especies líricas, narrativas, dramáticas.

Román

TROPOS Tarde

De acuerdo al sentido que a las palabras atribuimos, el lenguaje reconoce dos maneras: cuando empleamos las palabras en su significación primera y verdadera:

Dios formó lindas las flores,
delicadas como son —
les dió toda perfección —
y cuanto él era capaz —
pero al hombre le dió más
cuando le dió el corazón.

Le dió claridá a la luz,
juerza en su carrera al viento,
le dió vida y movimiento
dende el águila al gusano —
pero más le dió al cristiano
al darle el entendimiento.

JOSÉ HERNÁNDEZ.

Del monte en la ladera
por mi mano plantado tengo un huerto
que con la primavera
de bella flor cubierto
ya muestra en esperanza el fruto cierto.

FRAY LUIS.

se dice del lenguaje que es *recto*, mas cuando las palabras se hallan trasladadas de tal significación a otra semejante, tórnase él *figurado*:

Vos sos pollo, y te convienen
toditas estas razones,
mis consejos y lecciones
no echés nunca en el olvido —
en las riñas he aprendido
a no peliar sin puyones.

JOSÉ HERNÁNDEZ.

¡Oh campo, oh monte, oh río!
 ¡oh secreto seguro deleitoso!
 roto casi el navío,
 a vuestro almo reposo
 huyo de aqueste mar tempestuoso.

FRAY LUIS.

De entrambos modos, el figurado es pilar en que asientan, no sólo la elocuencia y poesía, mas también la conversación usual, toda vez que la emoción o la pasión conmueven a quien habla: brotan entonces los términos figurados, las expresiones gráficas, las comparaciones felices, que prestan al pensamiento vida y relieve. Mas no por ello el lenguaje figurado ha de ser torbellino desatado, antes bien ha de encerrarse en límites que le impidan caer en la exageración o el error. Sus maneras reciben el nombre de *tropos*, palabra cuyo valor etimológico dice de vuelta o rodeo.

Tres son los tipos de tropos: metáfora, sinécdoque y metonimia.

La *metáfora*, en griego traslación, consiste en designar una cosa, no por su nombre, sino con el de otra a la cual se parece. Su razón de existencia es, pues, la semejanza:

El tigre que en el ramaje atenúa
 su terciopelo negro y gualdo.

LEOPOLDO LUGONES.

Ya se me quiere cansar
 el flete de mi relato.

ESTANISLAO DEL CAMPO.

La metáfora, que en el precedente ejemplo es *simple*, por constar de un solo término, es *compuesta* cuando en ella se enlazan dos o más:

Si al imán de tus gracias atractivo
 sirve mi pecho de obediente acero,
 ¿para qué me enamoras lisonjero
 si has de burlarme luego fugitivo?

SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ.

San Martín es un experimentado *piloto* que frente al *timón* desde la primera hora de su misión sublime, mantiene la *proa* contra todos los *vientos* y todas las *borrascas*, hacia el *puerto designado*.

BENJAMÍN VICUÑA MACKENNA.

Y si todos los términos han de tomarse en sentido metafórico, llegamos a la *alegoría*, de la que los Evangelios ofrecen magníficos ejemplos:

PARÁBOLA DEL SEMBRADOR

He aquí que el sembrador salió a sembrar. Y sembrando, parte de la simiente cayó junto al camino; y vinieron las aves, y la comieron. Y parte cayó en pedregales, donde no tenía mucha tierra; y nació luego, porque no tenía profundidad de tierra. Mas en saliendo el sol, se quemó; y secóse, porque no tenía raíz. Y parte cayó en espinas; y las espinas crecieron, y la ahogaron. Y parte cayó en buena tierra; y dió fruto, cual a ciento, y cual a sesenta, y cual a treinta.

SAN MATEO.

Tú misma te forjaste la cadena
que a servidumbre eterna te condena,
y a duelo y amargura.
Los lazos caprichosos que otros días,
por pasatiempo a tu placer tejías,
fueron de seda y oro:
los que hora rinden tu valor primero
son eslabones de pesado acero,
templados con tu lloro.

GERTRUDIS GÓMEZ DE AVELLANEDA.

La *sinécdoque*, en griego comprensión, consiste en designar un objeto con el nombre de uno de sus aspectos o, por contrario modo, uno de ellos con el nombre del todo. Los más usuales entre los tipos de sinécdoque son los siguientes:

a) El todo por la parte:

Tú entre las calles de *mi patria* hallabas,
puesto ya el sol, su calle y su ventana,
e inclinando la frente, te parabas
ante la que era el sol de mi mañana.

JUAN MARÍA GUTIÉRREZ.

b) La parte por el todo:

Y dulce entonces me será que vengas
y para mí la eterna paz imploras
y en la *desnuda losa* esparzas flores
simple tributo de amorosa fe.

ANDRÉS BELLO.

c) El género por la especie:

Oíd *mortales* el grito sagrado:
¡Libertad, libertad, libertad!

V. LÓPEZ Y PLANES.

d) La especie por el género:

Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre,
venga a nos tu reino, hágase tu voluntad así en el cielo como en la
tierra, *el pan* nuestro de cada día, dánosle hoy también...

e) La especie por el individuo:

Inmóvil, don Gonzalo,
que aun oprimía el sanguinoso acero,
miraba a Blanca, que poblando el aire
de gritos de dolor, contra su seno
estrechaba *al charrúa*
que dulce la miró...

JUAN ZORRILLA DE SAN MARTÍN.

f) El individuo por la especie:

¿Qué fué de las indómitas legiones
que con potente esfuerzo, tremebundo,
al mando de *Camilos y Escipiones*,
leyes dictaron al vencido mundo?

GARCÍA DE QUEVEDO.

g) El plural por el singular:

En casa de *los Oros* hay un San José de buena escuela italiana; en
la casa de *los Cortínez* un San Juan excelente.

SARMIENTO.

h) El singular por el plural:

El Argentino entonces
tremola el estandarte victorioso,
y los tremendos bronces,
y el acero filoso
anima con su aliento poderoso.

ESTEBAN ECHEVERRÍA.

i) La materia por la obra:

El capitán, retobao,
peló *la lata*, y Luzbel
no quiso ser menos que él
y peló un *amojosao*.

ESTANISLAO DEL CAMPO.

g) El continente por el contenido:

No se apure; aguardesé:
 ¿cómo anda el *frasco*?...
 Tuavía
 hay con qué hacer medio día;
 ahí lo tiene, priendalé.

ESTANISLAO DEL CAMPO.

h) Lo abstracto por lo concreto:

Los áureos sonidos
 anuncian el advenimiento
 triunfal de *la Gloria*;
 dejando el picacho que guarda sus nidos,
 tendiendo sus alas enormes al viento,
 los cóndores llegan. Llegó *la Victoria*!

RUBÉN DARÍO.

La *metonimia*, en griego trasnominación, consiste en designar un objeto con el nombre de otro que le antecede o le sigue. He aquí sus tipos más usuales:

a) El efecto por la causa:

Mas ¡ay! a los que yacen olvidados
 cubre *perpetuo horror*: hierbas extrañas
 ciegan su sepultura: a sus entrañas
 árbol funesto enreda la raíz.

ANDRÉS BELLO.

b) La causa por el efecto:

Las lágrimas correr una tras una
 con noble orgullo por mi faz yo siento,
 pensando que hayan sido por fortuna
esas honradas manos mi sustento
 y esos brazos mi cuna.

VICENTE W. QUEROL.

c) El instrumento por la causa activa:

Que los horrores
 de tanta sedición, los alaridos
 que entre las ruinas salen, los clamores
 de tantos pueblos íntegros y fieles,
el rayo concitaron que dormía
 allá en el seno de su nube umbría.

JOSÉ J. DE OLMEDO.

d) El lugar por lo que de él procede:

Tiene azules ojos, es maligna y bella;
cuando mira vierte viva luz extraña:
se asoma a sus húmedas pupilas de estrella
el alma del rubio cristal de *Champaña*.

RUBÉN DARÍO.

e) El autor por la obra:

Pero al fin sacudiéndome, otra prueba
la plugo hacer de sí, y el Rhin helado
nacer vió a *Gutenberg*.

QUINTANA.

f) El signo por lo significado:

El aire el huerto orea
y ofrece mil olores al sentido
y los árboles menean
con un manso rúido
que *del oro* y *el cetro* pone olvido.

FRAY LUIS.

g) Lo físico por lo moral:

Recuerde el alma dormida,
avive *el seso* y despierte
contemplando
cómo se pasa la vida,
cómo se viene la muerte
tan callando.

MANRIQUE.

h) El nombre genérico por el específico (antonomasia):

A los muertos
que oraciones alcanzan, no escarnece
el rebelado arcángel, y florece
sobre su tumba perennal tapiz.

ANDRÉS BELLO.

FIGURAS DE PENSAMIENTO

Dando a la palabra su recto sentido, llamamos figura o forma al contorno de los cuerpos; así decimos de la tierra que es de forma esférica, y de una montaña que es puntiaguda o achatada. Por idéntico modo, suelen los pensamientos revestirse en su expresión de ciertas particularidades que se designan con el nombre de *figuras de pensamiento* y se diferencian de los *tropos* en que pertenecen al pensamiento mismo, en tanto que éstos nacen del sentido que a la palabra se dé y desaparecen cuando de ella usamos en su recto y primer significado.

Las figuras de pensamiento suelen agruparse en cuatro clases: *pintorescas*, *lógicas*, *patéticas* e *indirectas*, según en ellas predomine la imaginación, el raciocinio, la pasión, o se propongan velar el pensamiento mismo.

Entre las figuras pintorescas se halla la *definición*, que consiste en determinar un ser o un objeto, no con el rigor y la exactitud que la lógica preceptúa, mas presentándolos con aquellos rasgos que más se avienen a nuestro estado afectivo:

Yo sé de un pesar profundo
entre las penas sin nombres
*¡La esclavitud de los hombres
es la gran pena del mundo!*

JOSÉ MARTÍ.

La juventud es planta tierna y delicada, que si se agosta, no dará más tarde sino frutos raquíuticos y anémicos.

JUAN F. CAFFERATÁ.

*Árbol que brevemente se marchita
es la vida mortal. Hoja por hoja,
el huracán del mundo que le agita,
de su rico ornamento lo despoja.*

NÚÑEZ DE ARCE.

La *descripción* pinta con tal naturalidad y fuerza que hace de los hechos o de los objetos un cuadro pleno de vida y animación.

Si el objeto de la descripción es un lugar, ella se llama *topografía*:

—¿Sabe que es linda la mar?
 ¡La viera de mañanita
 cuando a gatas la puntita
 del sol comienza asomar! •
 Usted ve venir a esa hora
 roncando la marejada,
 y ve en la espuma encrespada
 los colores de la aurora. •
 A veces con viento en la anca
 y con la vela al solcito,
 se ve cruzar un barquito
 como una paloma blanca.

ESTANISLAO DEL CAMPO.

Cuando la descripción se refiere a las cualidades físicas de un ser, se la denomina *prosopografía*, y si a las morales *etopeya*:

PROSOPOGRAFIA:

Por fin está ahí León XIII vestido de su sotana blanca y su muceta roja orlada de oro; pasa a dos metros del sitio que yo ocupo. Me parece pequeño, menudo, muy fino, muy pálido; su cabeza blanca y cubierta por un solideo, blanco también, aparece entre las cabezas del grupo en cuyo centro viene; los mechones de cabellos blanquísimos le rodean la frente como una aureola de nácar desflocado; camina agobiado pero con paso firme, corto y casi apresurado; levanta la cabeza, que se hunde por ese movimiento hacia atrás en la muceta de terciopelo escarlata que cubre sus hombros, y dirige la mirada viva y movediza a una parte y a otra de las tribunas que lo aclaman; trae el brazo levantado en actitud al parecer de bendecir, y al mismo tiempo de sofocar o moderar benévola-mente aquellos estallidos de entusiasmo y de amor que lo circundan y réclaman por todos lados sus miradas; sonríe dulce y gravemente, parece el padre o el abuelo muy anciano que es recibido en triunfo por sus hijos pequeños.

J. ZORRILLA DE SAN MARTÍN.

ETOPEYA:

Aquel manso filósofo, cuya palabra escogida, mesurada, armoniosa, acariciaba amorosamente el oído de quien la escuchaba; aquel cristiano que amaba al prójimo como a sí mismo; aquel hombre de paz que estudió

por inclinación la ciencia de distribuir la justicia,—ese mismo fué un guerrero intrépido y audaz cuando el peligro de la patria puso una espada en sus manos de ciudadano. Las insignias de maestro en leyes, le fueron colocadas en la Universidad de Chuquisaca sobre el uniforme de capitán de Patricios con que se había distinguido en las famosas acciones de guerra de 1806 y 1807, en las calles y suburbios de la ciudad que tanto amó.

Bautizado por los peligros en la religión de la gloria, la gloria estará siempre desvelada sobre su tumba.

J. M. GUTIÉRREZ (*Vicente López*).

Si la descripción contempla el aspecto físico y moral del ser, constituye un *retrato*:

Mientras el orador, entre palmadas y vítores, seguía devanando sus bien sabidos períodos, sin concederse un *granum salis* irónico que pudiera debilitar su alcance: casi enfrente de mí, a poco espacio, el héroe de la fiesta, el cuerpo echado atrás, fruncido el entrecejo, las fuertes manos huesudas apoyadas en la mesa, escuchaba impasible,

a guisa di leon quando si posa.

Tenía a la sazón treinta y siete años, pisando la alta meseta de la vida en que la juventud declinante se junta con la fuerte madurez. Aun sentado y dejando sólo visible el busto, imponía su atlética estatura, toda aprovechada en armazón y músculos, sin adiposo desperdicio. Al pronto, atraía la atención la frente vasta y precozmente arrugada, coronada por el cabello lacio, de un castaño con visos rubios y que nunca debía encanecer. Los ojos oscuros, un tanto hundidos bajo el arco superciliar muy prominente, vibraban la recta mirada serena y franca. La nariz, algo chata y de alas dilatadas, acentuaba el aspecto leonino de la faz, tan marcado que nadie dejara de señalarlo. El espeso bigote, que ocultaba los labios; la corta y resaltada barba imperativa, las fuertes mandíbulas y pómulos salientes, completaban armónicamente el carácter del rostro heroico, que en ninguna parte pasara inadvertido. Las facciones de varónil belleza, expresivas todas de voluntad, energía, valor, parecían modeladas bajo el pulgar de un escultor genial, que procediera por planos vigorosos, sin una blanda redondez. Y por un contraste inexplicable, la impresión final que dejaba aquel conjunto ceñudo y formidable, era la de la fuerza generosa, dominada por una bondad infinita. Por cierto que, nacido de madre inglesa y padre francés, representaba, desde luego, una magnífica combinación de las dos razas superiores. Pero los factores atávicos no penetran hasta el misterio de la idiosincrasia individual; mucho menos, tratándose de grandes hombres, originales por esencia. Cada uno de estos seres excepcionales se exhibe como único y, por decirlo así, hecho a mano; diríase que, después de vaciarlos en molde familiar, el Demiurgo los hubiese recogido en estado de materia todavía plástica, para retocarlos según su intento y designio, imprimiéndoles el sello de la predestinación...

PAUL GROUSSAC (*Carlos Pellegrini*).

La *enumeración* reseña las partes de un todo, no cual frío inventario, mas caracterizando cada una de ellas, rápida y elegantemente, en función de sus atributos:

¿Do están aquellas plazas llenas de movimiento,
sus altas catedrales, sus grupos bulliciosos,
sus verdes arboledas, sus alazanes briosos,
que ofrecen a la vista continua variedad?
¿Qué es del perfume suave del polvo de la patria,
de aquel aroma intenso de sus lozanas flores,
de sus flotantes nubes de vívidos colores,
de la dulzura grata de su agua de cristal?

BARTOLOMÉ MITRE.

Las figuras *lógicas* más usuales son: la *comparación* o *simil*, la *antítesis*, la *paradoja*, la *concesión*, la *gradación*, el *epifonema* y la *corrección*.

La *comparación* o *simil* relaciona entre sí dos términos, que no han de ser tan parecidos que se caiga en la identidad, ni tan desemejantes que sea difícil vincularlos y ella se torne un enigma:

El tigre que en el ramaje atenúa
su terciopelo negro y gualdo
y su mirada hipócrita como una ganzúa;
el buho con sus ojos de caldo;
los lobos de agudos rostros judiciales,
la democracia de los chacales,
clientes son de tu luz severa,
y no es justo olvidar a la oblicua hiena.

LEOPOLDO LUGONES.

La *antítesis* contrapone dentro de cierta paridad y simetría los pensamientos unos a otros:

¡Ah! Nada te debemos los argentinos, nada;
si no miseria, sangre, desolación sin fin;
jamás en las batallas se divisó tu espada;
pero mostraste pronto la daga de Caín.

Quando a tu patria viste debilitado el brazo,
dejaste satisfecho la sombra del ombú.
Y al viento la melena, jugando con tu lazo
las hordas sublevaste, salvajes como tú.

Y tu primer proeza, tu primitivo fallo,
fué abrir con tu cuchillo su virgen corazón,
y atar entre tus hordas al pie de tu caballo
sus códigos, sus palmas y el rico pabellón.

JOSÉ MÁRMOL.

en tanto que la *paradoja*, modificación de la anterior, enlaza ingeniosamente ideas, de suyo contrarias, pero no en la relación especial en que en ella aparecen:

Vivo sin vivir en mí,
y tan alta vida espero,
que muero, porque no muero.

SANTA TERESA DE JESÚS.

La *concesión* aparenta convenir en el pensamiento contrario al nuestro, a fin de rebatirlo luego con mayor brío. Es de ella magnífico ejemplo el soneto de Lupercio de Argensola:

Yo os quiero conceder, don Juan, primero,
que aquel blanco y carmín de doña Elvira
no tiene de ella más si bien se mira,
que el haberle costado su dinero.

Pero también que me confieses quiero
que es tanta la beldad de su mentira,
que en vano a competir con ella aspira
belleza igual de rostro verdadero.

Mas ¿qué mucho que yo perdido ande
por un engaño tal, pues que sabemos
que nos engaña así Naturaleza?

Porque ese cielo azul que todos vemos,
ni es cielo ni es azul. ¡Lástima grande
que no sea verdad tanta belleza!

La *gradación* presenta a los términos sucesivos de una serie, mutuamente enlazados de mayor a menor o viceversa. Ningún ejemplo más admirable que las escuetas palabras de César después de su triunfo sobre Farnaces en Zela:

Vine, vi, vencí.

La cultura de los modales, el refinamiento de las costumbres, el cultivo de las letras, las grandes empresas comerciales, espíritu público de que estaban animados los habitantes, todo anunciaba al extranjero la existencia de una ciudad culta.

DOMINGO F. SARMIENTO.

Recibe el nombre de *epifonema* la reflexión final, casi siempre sentenciosa y profunda, que surge de las ideas que acaban de exponerse:

¡Oh dulces años! Por entonces era
nuestro goce mayor
hurtar las flores que en las islas abren,
y de sus voces escuchar la voz.

Las pasionarias, las achiras de oro,
y el seíbo punzó,
eran ofrendas que mi madre amaba
porque a sus hijos se las daba Dios.

¡Ingrato, ingrato si el recuerdo suyo
arranco al corazón,
si yendo en pos del oropel mundano
el hombre olvida lo que el niño amó!

RAFAEL OBLIGADO.

La *corrección* consiste en retractar o, cuando menos, modificar notablemente, por una rápida transición, lo mismo que se acaba de decir:

Gobernar es poblar, pero sin echar en olvido que poblar puede ser apestar, embrutecer, esclavizar, según que la población trasplantada o inmigrada, en vez de ser civilizada, sea atrasada, pobre, corrompida. ¿Por qué extrañar que en este caso hubiese quien pensara que gobernar es, con más razón, despoblar?

JUAN B. ALBERDI.

Entre las figuras *patéticas* hemos de contar: el *apóstrofe*, la *reticencia*, la *exclamación*, la *interrogación*, la *hipérbole* y la *prosopopeya*.

El *apóstrofe* tiene lugar cuando en forma vehemente se dirige la palabra a seres, ausentes o presentes, vivos o muertos, animados o inanimados, pues la pasión que al que habla o escribe embarga no le consiente reparar en tales circunstancias:

Tiranos alevosos,
gozaos, gozaos en la obra pasajera
de designios odiosos,
que ya se acerca la era
a vuestro orgullo y suerte lastimera.

ESTEBAN ECHEVERRÍA.

¡Ah Rosas! Nada hiciste por el eterno y santo
sublime juramento que Mayo pronunció;
por eso vilipendias y lo abominas tanto,
y hasta en sus tiernos hijos tu maldición cayó.

JOSÉ MÁRMOL.

¡Oh tarde majestuosa,
cómo muestras a Dios en tu grandeza,
cómo brota la vida misteriosa
bajo tu aliento de inmortal tristeza!

RICARDO GUTIÉRREZ.

La *reticencia* ocurre cuando, sea por influjo de la cólera, la indignación, la ternura, el respeto, o cualquiera pasión violenta, se interrumpe el curso del pensamiento y se inicia otro, mas dando siempre a entender lo que se calla:

Siguió su camino Don Quijote, y ahora fué él quien habló primero diciendo: — Tienes del sexo frágil, Sancho, que no pierdes ocasión de soltar el trapo: ¿por que metes tu cuchara en conferencias a que yo vengo con obispos y arzobispos? Donde habla el amo, calla el criado, Sancho incorregible; o por mejor decir, donde el gallo canta... ya me entiendes.

JUAN MONTALVO.

No quiero que te vayas
ni que te quedes,
ni que me dejes sola,
ni que me lleves;
quiero tan sólo...
Pero no quiero nada:
lo quiero todo.

CANTAR POPULAR.

Por *exclamación* se entiende la expresión vehemente, saturada de pasión, de los afectos que agitan el ánimo:

¡Tanto bien es vivir, que presurosos
deudas y amigos plácidos rodean
la cuna del que nace,
y en versos numerosos
con felices pronósticos recrean
la ilusión paternal!

JOSÉ J. DE OLMEDO.

¡Asombroso torrente!
 ¡Cómo tu vista mi ánimo enajena
 y de terror y admiración me llena!

JOSÉ M. DE HEREDIA.

Habían estao escondidos
 aguaitando atrás de un cerro...
*¡Lo viera a su amigo Fierro
 aflojar como un blandito!*
 Salieron como maíz frito
 en cuanto sonó un cencerro.

JOSÉ HERNÁNDEZ.

La *interrogación* pregunta, no para averiguar algo que se ignora, sino para revestir de mayor vigor al pensamiento:

Pues *¿cómo ha de estar templada
 la que vuestro amor pretende,
 si la que es ingrata ofende,
 y la que es fácil enfada?*

SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ.

Tú, que alzando el grito despertaste un mundo
 postrado tres siglos en sueño profundo,
 y diste a los reyes tremenda lección,
¿de un déspota imbécil esclava suspiras?
 ¡Eh! contra tu fuerza *¿qué valen sus iras?*
¿No has visto a tus plantas rendido un león?

JUAN CRUZ VARELA.

La *hipérbole* estriba en exagerar las cosas llevándolas más allá de sus términos naturales, no por el afán de engañar, sino en espontáneo arranque del entusiasmo o la imaginación:

Soy un gaucho desgraciao,
*no tengo donde ampararme,
 ni un palo donde rascarme,
 ni un árbol que me cubije;*
 pero ni aun esto me aflije
 porque yo sé manejar-me.

JOSÉ HERNÁNDEZ.

La fiebre me había dejado, sin embargo, *un apetito insaciable, un hambre homérica* y mortificantemente deliciosa, como pude observarlo en los días siguientes. Si durante mi convalecencia hubiera oído a cualquier individuo *decir que no tenía apetito, lo habría tenido por un audaz impostor y un gran hipócrita.* Yo soñaba con comidas y componía

platos imaginarios con todo lo que uno podía llevarse a la boca. *Si alguna vez tuve una idea clara de la eternidad, fué entonces, al considerar los millones de siglos que había entre el almuerzo y la comida.*

EDUARDO WILDE.

La *prosopopeya* o personificación atribuye a lo inanimado las características de la vida. Admite varios grados: presenta a lo que carece de vida con cualidades inherentes a ésta, o le supone actividad y movimientos:

Vístese de heliotropo la tarde solitaria;
los pensativos sauces despidense del día
con un desasosiego tal, que se creería
 hallar bajo cada uno de los sauces aquellos,
 una huérfana pálida de lánguidos cabellos.

LEOPOLDO LUGONES.

Otras veces, en virtud de la *prosopopeya* se dirige la palabra a lo inanimado, como si pudiese oírla y entenderla:

A MI GUITARRA

Tú que has sido siempre
 mi fiel compañera,
 justo es que te cante
sonora vihuela.

ESTEBAN ECHEVERRÍA.

¡Niágara poderoso!
 Oye mi última voz: en pocos años
 ya devorado habrá la tumba fría
 a tu débil cantor.

JOSÉ M. DE HEREDIA.

Y en su grado máximo, concede la palabra a lo inanimado y a los seres que de ella carecen:

El cóndor lo miró, voló del Ande
 a la cresta más alta, *repitiendo*
con estridente grito: "¡Este es el grande!"
 Y San Martín, oyendo
 cual si fuera el presagio de la historia,
 dijo a su vez: *"¡Mirad, ésa es mi gloria!"*

OLEGARIO V. ANDRADE.

El portentoso Río,
enfurecido al ver tanta osadía,
terrífico y sombrío
su ceño mostró al día
por revelar aquesta profecía.

ESTEBAN ECHEVERRÍA.

Entre las figuras *indirectas* hemos de mencionar: la *preterición*, la *perífrasis*, la *atenuación* y la *ironía*.

Mediante la *preterición* se finge callar aquello mismo que se está diciendo de enérgica manera:

Yo no pienso, ciudadanos, conmover vuestro dolor recordando las heridas de esos intrépidos defensores de la patria, cuyo heroísmo acaba de sorprender nuestra esperanza; ni quiero excitar vuestra admiración comparando el orgulloso cálculo que hacía la confianza de los déspotas, con el feliz resultado que han tenido nuestros tímidos deseos. En el primer caso ofendería vuestra sensibilidad marchitando los laureles del triunfo con la triste memoria de la sangre que han costado al vencedor: y en el segundo, defraudaría mi principal objeto, sin añadir expresión alguna que no haya anticipado vuestro propio corazón.

BERNARDO MONTEAGUDO.

La *perífrasis* consiste en mencionar una persona u objeto cualquiera sin nombrarlo, mas dando un pequeño rodeo:

Las manos juntas y los pies desnudos,
fe en el pecho, alegría en el semblante,
con una misma voz, a un mismo instanté,
al *Padre Universal* piden amor.

ANDRÉS BELLO.

El licor espirituoso
en grandes vacías echan,
y, tendidos de barriga
en derredor, la cabeza
meten sedientos, y apuran
el apetecido néctar,
que bien pronto los convierte
en abominables fieras.

ESTEBAN ECHEVERRÍA.

*El rey de la tierra, probando
el fruto del árbol de ciencia,
la muerte nos dió por herencia,
y esclavos nos hizo del mal.*

*El Rey de los cielos, cual fruto
del árbol de amor, nos convida,
la patria nos vuelve y la vida;
¡por padre al Eterno nos da!*

GERTRUDIS GÓMEZ DE AVELLANEDA.

La *atenuación* aminora la fuerza del pensamiento a fin de presentarlo sin dureza, aunque sin desvirtuarlo. Un aspecto de la *atenuación* es el llamado lenguaje de la modestia con que se alude al propio yo.

¡Triste es cantar cuando se escucha al lado
de enamorado trovador la voz!
¡Triste es cantar *cuando impotentes vemos
que no podemos*
nuestras voces unir a su canción!

GREGORIO GUTIÉRREZ GONZÁLEZ.

No dudes; ven conmigo ninfa mía;
yo no soy feo, aunque mi altiva frente
no se muestre a la tuya semejante.

HERRERA.

A través de la *ironía* se dice literalmente lo contrario de lo que se piensa, pero haciendo entender a quien lee o escucha el verdadero pensamiento. El grado máximo de la *ironía*, cuando a ella se agrega el escarnio recibe el nombre de *sarcasmo*:

*¡Qué nobleza de alma! ¡Qué bravura en los federales! Siempre en
pandilla cayendo como buitres sobre la víctima inerte.*

ESTEBAN ECHEVERRÍA.

De ahí se le cortan orejas,
barba, patillas y cejas;
y pelao

lo dejamos arrumbao,
para que engorde algún chanco
o carancho.

Con que ya ves, *salvajón*;
nadita te ha de pasar
después de hacerte gritar
¡Viva la Federación!

HILARIO ASCASUBI.

Tomó entonces Pilatos a Jesús, y mandó azotarle. Y los soldados, tejiendo una corona de espinas, se la pusieron sobre su cabeza; y le vistieron un manto de púrpura. Y arrimándose a él, decían: "*¡Salve, oh Rey de los judíos!*" y dábanle bofetadas.

EVANGELIO, según *San Juan*.

COMBINACIONES MÉTRICAS

CONCEPTO DE ESTROFA

Entendemos por *versificación* la artística distribución de una obra poética en porciones simétricas o mutuamente combinables y de dimensiones determinadas, cada una de las cuales porciones constituye un *verso*, esto es, un período rítmico constante, cuya unidad está representada por los acentos. De la combinación de dos o más versos formando un todo rítmico y expresivo, surge la *estrofa*, que hemos de definir como la unidad rítmica de varios versos que expresan íntegramente un pensamiento.

La composición poética puede constar de una sola o de varias estrofas. En el segundo caso cada estrofa, que corresponde a un momento de la inspiración del poeta con relación a la totalidad de la composición, carece de vida independiente y ha de someterse a la ley de la obra a que pertenece y fuera de la cual no existiría; por ello, su primera condición es la *unidad*, en virtud de la cual la estrofa ha de expresar un pensamiento y sólo uno. La invasión del sentido de una estrofa en otra, verdadero ejemplo de *enjanbement*¹, es siempre censurable. He aquí un ejemplo que lo evidencia:

De lo que entre - ambos pasó
no llegó al mundo ni un eco,
mas la marquesa murió.

1 Técnicamente se llama *enjanbement* o *división* a la prolongación del sentido del verso que invade la jurisdicción del siguiente:

Digo que me ha parecido
tan bien, Clara hermosa, que
ha de pesarte algún día...

CALDERÓN.

Más exageradamente usó fray Luis de León del *enjanbement*:

Y mientras *miserable*
mente se están los otros abrasando
en sed insaciable
del no durable mando.

*Con la empuñadura en hueco
don Álvaro hacer mandó*

*en Toledo el hierro aquel
que veis en manos de Nuño.*

ECHEGARAY.

Ese pensamiento único ha de diluirse en toda la estrofa, cada uno de cuyos versos, al expresar una relación especial, satisface a la *variedad*, segunda condición de la estrofa. Mas cada uno de ellos ha de responder tan estrictamente a ese pensamiento único, que no debe sobrar ni faltar verso alguno para la expresión, lográndose así la tercera de las condiciones de la estrofa: *la armonía interior*.

A esa armonía interior corresponde otra *armonía externa* o *musical*, que exige una sola ley musical dentro de la estrofa: podrán en ella alternar todas las variedades de cadencia y rima que su índole permita, pero dentro siempre de la combinación fundamental.

Las varias estrofas que integran una composición han de caracterizarse, para que se logre la armonía total de la obra, por su individualidad, que requiere que todas ellas, siendo interiormente distintas entre sí, sean de idéntica naturaleza. Magnífico ejemplo al respecto nos ofrece la letrilla de Góngora que transcribimos:

Ande yo caliente
y ríase la gente.
Traten otros del gobierno
del mundo y sus monarquías,
mientras gobiernan mis días
mantequillas y pan tierno,
y las mañanas de invierno
naranjada y aguardiente,
y ríase la gente.

Coma en dorada bajilla
el príncipe mil cuidados
como píldoras dorados;
que yo en mi pobre mesilla
quiero más una morcilla
que en el asador reviente,
y ríase la gente.

Cuando cubra las montañas
de plata y nieve el enero

tenga yo lleno el brasero
de bellotas y castañas,
y quien las dulces patrañas
del rey que rabió me cuente,
y ríase la gente.

Busque muy en hora buena
el mercader nuevos soles;
yo conchas y caracóles
entre la menuda arena,
escuchando a Filomena
sobre el chopo de la fuente,
y ríase la gente.

Pase a media noche el mar,
y arda en amorosa llama
Leandro por ver su dama;
que yo más quiero pasar
de Yepes a Madrigar
la regalada corriente,
y ríase la gente.

Pues Amor es tan crüel
que de Píramo y su amada
hace tálamo una espada,
do se junten ella y él,
sea mi Tisbe un pastel,
y la espada sea mi diente,
y ríase la gente.

COMBINACIONES MÉTRICAS

El número de estrofas es infinito, pues no han de señalarse fronteras a la creación poética, siempre legítima y bella si satisface los postulados fundamentales del ritmo y de la expresión, pero existe un número de ellas, ya sancionadas en los dominios clásicos de las literaturas, de las cuales pasamos a ocuparnos de inmediato.

La estrofa mínima de la poesía castellana es el *pareado*, que consta de dos versos aconsonantados, de indeterminado número de sílabas, y responde al esquema AA. BB. CC.... Sus antecedentes clásicos arrancan del dístico (pentámetro y exámetro); luego, en razón de su extremada sencillez, brota fácilmente en la tosca lira de los versificadores primitivos, para correr posteriormente muy diferentes suertes en las diversas

literaturas neo-latinas: apenas empleado en nuestra lengua fuera del apólogo, la sentencia, el aforismo o la inscripción, ha llegado a constituir la estrofa fundamental del parnaso francés, que le ha confiado la expresión del entusiasmo épico y de la emoción trágica.

He aquí ejemplos de pareados de diversas medidas:

DE PIE QUEBRADO:

Bosques míos frondosos,	A
de día alegres, cuanto tenebrosos,	A
mientras baña Morfeo	b
la noche con las aguas del Leteo,	B
hasta que sale de Faetón la esposa	c
coronada de plumas y de rosa.	c

ROJAS ZORRILLA.

ENDECASÍLABOS:

Sirvió en muchos combates una espada
tersa, fina, cortante, bien templada;
la más famosa que salió de mano
de insigne fabricante toledano.

IRIARTE.

DODECASÍLABOS:

Católica, sacra y real majestad,
que Dios en la tierra os hizo deidad;
un anciano pobre, sencillo y honrado
humilde os invoca y os habla postrado.

QUEVEDO.

DE CATORCE SILABAS O ALEJANDRINOS:

A la hora en que a la tarde le aparecen ojeras,
cuando aquieto mis pasos por las tristes riberas
donde entre brumas lilas esfúmanse las naves,
y afligen como adioses los vuelos de las aves
que afrontan lejanías hondas como la muerte;
cuando el sol moribundo sangre pálida vierte
en la imperial fatiga de su grandeza inútil;
cuando el amor es necio, cuando la gloria es fútil;
cuando la misma pena, por el cansancio trunca,
conoce el desconsuelo de no revivir nunca;
cuando en el pecho amagan incurables dolencias;
cuando en el alma hay naves que preceden ausencias
lo que en ambos fué dicha reza en mí una plegaria.

LEOPOLDO LUGONES.

El *terceto* clásico, cuya invención se atribuye a Brunetto Latini, presunto creador de la *terzina* italiana, tan usada, entre otros autores, por Dante Alighieri en su "*Divina Comedia*", forma una estrofa de tres endecasílabos, que aconsonantan el 1ro. con el 3ro. y el 2do. con el 1ro. del terceto siguiente. En consecuencia, cada consonante, excepción hecha de los dos del terceto inicial, se repite tres veces. Y como en el postrer terceto el verso intermedio quedaría sin compañero rímeo, todas las series de tercetos terminan por un *serventesio* (estrofa de cuatro versos endecasílabos aconsonantados 1ro. con 3ro. y 2do. con 4to., de la que nos ocupamos al tratar del cuarteto). Toda serie de tercetos responde al esquema: ABA. BCB. CDC.... XYX. YZY Z.

El terceto es la estrofa por excelencia para las composiciones de índole reflexiva: elegías, epístolas filosóficas, sátiras intencionadas.

Transcribimos algunos bellos ejemplos:

Fabio, las esperanzas cortesanas	A
prisiones son do el ambicioso muere	B
y donde al más astuto nacen canas	A
El que no las limare o las rompiere	B
ni el nombre de varón ha merecido,	C
ni subir al honor que pretendiere	B

.....

Y ¿no serán siquiera tan osadas	X
las opuestas acciones, si las miro	Y
de más ilustres genios ayudadas?	X
Ya, dulce amigo, huyo y me retiro	Y
de cuanto simple amé; rompí los lazos.	Z
Ven y verás al alto fin que aspiro,	Y
antes que el tiempo muera en nuestros brazos.	Z

¿Fernández de Andrada?

No he de callar, por más que con el dedo,
ya tocando la boca, o ya la frente,
silencio avises o amenaces miedo.
¿No ha de haber un espíritu valiente?
¿Siempre se ha de sentir lo que se dice?
¿Nunca se ha de decir lo que se siente?

.....

Suceda a la marlota la coraza,
y si el Corpus con danzas no los pide,

velillos y oropel no hagan baza.
 El que en treinta lacayos los divide,
 hace suerte en el toro y con un dedo
 la hace en él la vara que los mide.
 Mandadlo así, que aseguráros puedo
 que habéis de restaurar más que Pelayo,
 pues valdrá por ejércitos el miedo
 y os verá el cielo administrar su rayo.

QUEVEDO.

El *cuarteto* consta de cuatro versos. Pudiendo variar en ellos medida y rima, existen diversos tipos de cuartetos. Cuando los versos son endecasílabos y la rima consonante se dispone de acuerdo al esquema de la *rima chiusa*, esto es, 1ro. con 4to. y 2do. con 3ro., el cuarteto se llama *clásico*.

Este tipo de cuarteto, que apenas goza de existencia propia, pues ha pasado a ser de propiedad casi exclusiva del *soneto* (ver más adelante), responde al esquema A B B A. A continuación presentamos algunos ejemplos de cuartetos clásicos, pertenecientes algunos a composiciones totalmente integradas por este tipo de estrofa, a sonetos otros.

DE COMPOSICIONES EN CUARTETOS:

Estos, Fabio ¡ay dolor! que ves ahora	A
jardines sabiamente dibujados,	B
fueron un tiempo rústicos cercados	B
de enhiesta pita y suculenta mora.	A

RAFAEL OBLIGADO.

Canto porque en mis sueños de desvelo	A
se engañan mi recuerdo y mi amargura;	B
para robar mi alma a la locura	B
que se agita en el fondo de mi duelo.	A

RICARDO GUTIÉRREZ.

Faltar pudo su patria al grande Osuna,
 pero no a su defensa sus hazañas:
 diéronle muerte y cárcel las Españas,
 de quien él hizo esclava la fortuna.

QUEVEDO.

DE SONETOS:

Rompe el león soberbio la cadena
con que atarle pensó la felonía,
y sacude con noble bizarría
sobre el robusto cuello la melena.

ANDRÉS BELLO.

Una vuelta al volante, y suave gira
la lancha y entra en el canal dormido:
enfrente brilla el agua, oro bruñado;
atrás la tarde trémula suspira.

FERMÍN ESTRELLA GUTIÉRREZ.

Agora con la aurora se levanta
mi luz, ahora coge en rico ñudo,
el hermoso cabello, ahora el crudo
pecho ciñe con oro y la garganta.

FRAY LUIS DE LEÓN.

Si se conserva el endecasílabo, pero aconsonantan 1ro. con 3ro. y 2do. con 4to., el cuarteto recibe el nombre de *serventesio*. Es ésta una estrofa simpática al oído popular, pero refractaria al gusto refinado de los doctos; por ello, muy poco la usaron los clásicos, en tanto que los románticos, con Espronceda y Zorrilla al frente, le inyectaron nueva vida. Ya dijimos que ella es la estrofa final obligada de toda serie de tercetos.

¡Cual late el corazón! ¡Con qué zozobra	A
aquel rumor aproximarse escucha!...	B
Amor su cetro vacilante cobra:	A
en vano la razón se esfuerza y lucha!	B

GERTRUDIS GÓMEZ DE AVELLANEDA.

Nada más triste que titán que llora,
hombre-montaña encadenado a un lirio,
que gime, fuerte, que pujante, implora:
víctima propia en su fatal martirio.

RUBÉN DARÍO.

¡Quién me diera posar un solo instante
mi cariñoso labio en tus cabellos,
y así pudiera el alma enamorada
besar tu frente resbalando en ellos!

FLORES.

Al lado de los cuartetos de arte mayor encontramos los integrados por versos cortos. Cuando éstos son octosílabos, la estrofa constituye la *redondilla*, importada de Portugal. En sus primeros tiempos la medida y la rima de la redondilla fueron inconstantes, hasta llegar a la forma definitiva — cuatro versos octosílabos aconsonantados 1ro. con 4to. y 2do. con 3ro.; esquema abba — con la cual se impuso, muy principalmente en el teatro del siglo de oro, en el que compartió la primacía junto al romance, y en la poesía popular. He aquí algunas redondillas:

Muy agradecido estoy	a
al cuidado de Sevilla,	b
y conozco que en Castilla	b
soberano rey ya soy.	a

LOPE DE VEGA.

Quien no estuviere en presencia
no tenga fe en esperanza,
pues son olvido y mudanza
las condiciones de ausencia.

MANRIQUE.

Hombres necios que acusáis
a la mujer sin razón,
sin ver que sois la ocasión
de lo mismo que culpáis.

SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ.

Nace una flor en el suelo,
una delicia es cada hoja,
y hasta el rocío la moja
como un bautismo del cielo.

ESTANISLAO DEL CAMPO.

Además de los tres tipos de cuartetos que acabamos de estudiar, pueden presentarse infinitas variedades dentro de las estrofas de cuatro versos. Todas ellas se designan en general con el nombre de *cuartetos*, que ha de aplicarse a toda estrofa de cuatro versos cuyas características no permitan clasificarla como cuarteto clásico, serventesio o redondilla. El esquema de las cuartetos es, en consecuencia, variado.

Presentamos a continuación diversos tipos de cuartetos:

SEXASILABA:

Corona del cielo, a
Ariadna bella, b
conocida estrella b
del nocturno velo. a

F. DE LA TORRE.

HEPTASILABA:

Ya con dorado freno a
su carró Apolo guía, b
ya resplandece el día b
en monte y valle ameno. a

LOPE DE VEGA.

OCTOSILABA:

De noche soy parecido a
a todos cuantos esperan b
para molerlos a palos c
y así inocente me pegan. b

QUEVEDO.

DECASILABA:

(ESTROFA APROPIADA PARA LOS HIMNOS).

Oíd mortales el grito sagrado. a
¡Libertad, libertad, libertad! b
Oíd el ruido de rotas cadenas; c
ved en trono a la noble igualdad. b

V. LÓPEZ Y PLANES.

¡Orientales! La patria o la tumba a
¡Libertad! o con gloria morir, b
es el voto que el alma pronuncia a
y que heroicos sabremos cumplir. b

FRANCISCO ACUÑA DE FIGUEROA.

ENDECASILABAS:

El viento azota el destrozado monte, a
leves cortezas por el aire cruzan, b
tiembla la tierra, y el estruendo ronco c
se va a perder en las lejanas grutas. b

GREGORIO GUTIÉRREZ GONZÁLEZ.

DODECASILABAS:

De frase extranjera el mal pegadizo	a
hoy a nuestro idioma gravemente aqueja,	b
pero habrá quien piense que no habla castizo	a
si por lo anticuado lo usado no deja.	b

IRIARTE.

DE PIE QUEBRADO:

Escribidle, por Dios, que el alma mía	A
ya en mí no quiere estar,	b
que la pena no me ahoga cada día	A
porque puedo llorar.	b

CAMPOAMOR.

Cinco versos de arte mayor rimados al arbitrio del poeta, sin otra condición que la de no emplear más de dos consonancias consecutivas, constituyen el *quinteto*, estrofa que parece ser de importación italiana y en manera alguna procedente de la combinación clásica de cinco versos que Catulo ilustrara. Si los versos son de arte menor, la estrofa recibe el nombre de *quintilla*. En uno y otra pueden los versos ser todos iguales o haber entre ellos algún quebrado. Ambas estrofas admiten variados esquemas. He aquí algunos ejemplos:

QUINTETOS:

Un año más en el hogar paterno	A
celebramos la fiesta del Dios-Niño,	B
símbolo augusto del amor eterno,	A
cundo cubre los montes el invierno	A
con su manto de armiño.	b

VICENTE W. QUEROL.

Te vi una sola vez, sólo un momento;	A
mas lo que hace la brisa con las palmas	B
lo hace en nosotros dos el pensamiento;	A
y así son, aunque ausentes, nuestras almas	B
dos palmeras casadas por el viento.	A

CAMPOAMOR.

QUINTILLAS:

Aquí la envidia y mentira	a
me tuvieron encerrado.	b
Dichoso el humilde estado	b
del sabio que se retira	a
de aqueste mundo malvado.	b

FRAY LUIS DE LEÓN.

En el dulce Lambaré	a
feliz era en mi cabaña;	b
vino la guerra y su saña	b
no ha dejado nada en pie	a
en el dulce Lambaré.	a

CARLOS GUIDO SPANO.

La *lira*, estrofa exquisitamente musical, que se presta como otra ninguna para expresar los más elevados acentos líricos, nació en la pluma del italiano Bernardo Tasso, padre del autor de "*La Jerusalén libertada*". Introducida en nuestra lengua en el siglo XVI por Garcilaso de la Vega, cultiváronla con inigualable maestría fray Luis de León y San Juan de la Cruz. La *lira* consta de cinco versos, de los cuales el 1º, 3º y 4º son heptasílabos, y endecasílabos el 2º y 5º. De ellos aconsonantan 1º con 3º y 2º con 4º y 5º. Su esquema es, en consecuencia, aBabB.

Y dejas, Pastor santo,	a
tu grey en este valle hondo, oscuro,	B
con soledad y llanto;	a
y tú rompiendo el puro	b
aire, te vas al inmortal seguro?	B

FRAY LUIS DE LEÓN.

Si de mi baxa lira
tanto pudiese el son, que en un momento
aplacase la ira
del animoso viento,
y la furia del mar y el movimiento;

y en ásperas montañas
con el suave canto eterneciese
las fieras alimañas,
los árboles moviese,
y al son confusamente los traxese.

GARCILASO.

El portentoso Río,
enfurecido al ver tanta osadía,
terráfico y sombrío
su ceño mostró al día
por revelar aquesta profecía.

ESTEBAN ECHEVERRÍA.

La *sextina*, estrofa que ha llegado a nuestra lengua en diferentes épocas y con distintos orígenes (provenzal, italiano, etc.), consta de seis versos de variada medida, cuya rima consonante se dispone al arbitrio del poeta, con la sola condición de que no ha de repetirse tres veces consecutivas la misma consonancia. La *sextina* responde, pues, a variados esquemas. Transcribimos algunos ejemplos:

DE PIE QUEBRADO:

Un tiempo hollaba por alfombras rosas;	A
y nobles vates, de mentidas diosas	A
prodigábanme nombres;	b
mas yo, altanera con orgullo vano,	C
cual águila real al vil gusano	C
contemplaba los hombres.	b

GERTRUDIS GÓMEZ DE AVELLANEDA.

Recuerde el alma dormida,	a
avive el seso y despierte	b
contemplando	c
cómo se pasa la vida,	a
cómo se viene la muerte	b
tan callando.	c

JORGE MANRIQUE.

ENDECASILABA:

La generosa musa de Quevedo .	A
desbordóse una vez como un torrente	B
y exclamó llena de viril desnudo:	A
"No he de callar, por más que con el dedo,	A
ya tocando los labios, ya la frente,	B
silencio avises o amenazas miedo".	A

NÚÑEZ DE ARCE.

DE ALEJANDRINOS:

La princesa está triste... ¿qué tendrá la princesa?	A
Los suspiros se escapan de su boca de fresa,	A
que ha perdido la risa, que ha perdido el color.	B
La princesa está pálida en su silla de oro;	C
está mudo el teclado de su clave sonoro;	C
y en un vaso olvidada se desmaya una flor.	B

RUBÉN DARÍO.

Llámase *septina* la estrofa que consta de siete versos. En cuanto a sus características, son en un todo semejantes a las de la *sextina*:

EXASILABA:

Cuydé que olvidado	a
amor me tenía	b
como quien s'avía	b
grand tiempo dexado	a
de tales dolores:	c
que más que la llama	d
queman amadores.	c

MARQUÉS DE SANTILLANA.

DE PIE QUEBRADO:

No siempre es poderosa;
 Carrero, la maldad, ni siempre atina
 la envidia ponzoñosa:
 y la fuerza sin ley que más se empina
 al fin la frente inclina,
 que quien se opone al cielo
 cuando más alto sube viene al suelo.

FRAY LUIS.

Una forma *sui-générís* de la *septina*, y puede decirse que la única difundida, es la *seguidilla*, la más gallarda y típica manifestación de la métrica popular española, letra del baile de que toma su nombre, baile el más honesto y airoso de cuantos luce el pueblo español.

La *seguidilla* consta de dos partes: la 1ª o *copla* es una estrofitita de cuatro versos, *heptasílabos* los impares y *pentasílabos* los pares; y la 2ª, llamada *bordón* o *estribillo*, consta de tres versos, *pentasílabos* el 1º y 3º y *heptasílabo* el del medio. Los versos 1º, 3º y 6º son libres, los demás riman por *asonancia* o *consonancia*; responde, pues, la *seguidilla*, al esquema *AbCb.dEd*.

Dijo la zorra al busto	A
después de olerlo:	b
"Tu cabeza es hermosa	C
pero sin seso".	b
Como este hay muchos,	d
que aunque parecen hombres	E
sólo son bustos.	d

* SAMANIEGO.

En tu jardín, morena,
 planté claveles,
 y ortigas se volvieron
 por tus desdenes.
 Sois muy conformes:
 si tu jardín da espinas
 tú matas hombres.

CANTAR POPULAR.

Amoroso suspiro,
 vuela a mi bella;
 vuela tan silencioso
 que no te sienta;
 y si te siente
 dile que eres suspiro,
 no de quien eres.

LISTA.

A censor de escritores
 Poncio se mete,
 y habla en prosa y en verso
 como un zoquete.
 ¡Pobre Pilatos!
 métete a mercachifle
 o a hacer zapatos.

FRANCISCO ACUÑA DE FIGUEROA.

La *octava* es la estrofa de ocho versos, combinados al arbitrio del poeta. De todas sus formas son las principales la *octava real* y la *italiana*.

La *octava real* es antigua combinación; de origen semítico para algunos, invención del conde Teobaldo Champagne en el siglo XIII para otros. Mas lo indudablemente cierto es que el primer escritor de importancia que la empleó fué el italiano Bocaccio y que en la poesía española dominó sin rival desde el siglo XVI hasta la aparición del romanticismo, especialmente en la épica y aun en el teatro. Comprende la octava real seis endecasílabos de rima consonante eslabonada, a la que sigue un pareado. Su esquema es ABABABCC. Presentamos algunos hermosos ejemplos de octava real:

DEFINICIÓN DEL MAL QUE LLAMAN ESPLÍN

Es el esplín, señora, una dolencia	A
que de Inglaterra dicen que nos vino;	B
es mal humor, manía, displicencia,	A

es amar la aflicción, perder el tino, B
 aborrecer un hombre su existencia, A
 renegar de su genio y su destino, B
 y es, en fin, para hablarte sin rodeo, C
 aquello que me da si no te veo. C

IRIARTE.

Besa el aura que gime blandamente
 las leves ondas que jugando riza;
 el sol besa a la nube en occidente
 y de púrpura y oro la matiza;
 la llama en derredor del tronco ardiente
 por besar a otra llama se desliza,
 y hasta el sauce, inclinándose a su peso,
 al río, que le besa, vuelve un beso.

BÉCQUER.

El agua es muy sabrosa, clara y fría,
 mas yendo ya la caña madurando
 un gusano se engendra dentro y cría,
 y al cañuto el gusano horadando
 afuera mariposa parecía,
 con las alas comienza de ir volando,
 y por tiempo las pierde, y queda hecho,
 de forma de ratón hecho y derecho.

MARTÍN DEL BARCO CENTENERA.

La *octava italiana* está compuesta por ocho endecasílabos; de ellos el 1º y 5º son libres, 2º y 3º, y 6º y 7º, forman pareados; 4º y 8º, aconsonantados o asonantados, son necesariamente agudos. La misma combinación, pero integrada por versos de arte menor, constituye la *octavilla italiana*, estrofa ligera, armoniosa y agradable. La octava y la octavilla italianas cuyos esquemas son respectivamente ABBC.DEEC y abbc.deec, casi no aparecen en nuestra poesía clásica; puestas en boga por el romanticismo, no arraigó la primera y sí la segunda, que llegó a ser una de las estrofas predilectas del siglo pasado. Transcribimos varias octavas y octavillas italianas:

OCTAVAS:

Vé a rezar, hija mía. Y ante todo A
 ruega a Dios por tu madre; por aquélla B
 que te dió el ser, y la mitad más bella B
 de su existencia ha vinculado en él; C

que en su seno hospedó tu joven alma, D
 de una llama celeste desprendida, E
 y haciendo dos porciones de la vida E
 tomó el acíbar y te dió la miel. C

ANDRÉS BELLO.

Hoy no quiero que brillen mis palabras
 al resplandor de mi abrasada mente
 ni tampoco que exhale tristemente
 un tono melancólico mi voz.
 Hoy siento que me abruma la existencia,
 me pesa el corazón, me duele el alma,
 y quiero, solo, en majestuosa calma,
 salir del mundo para hablar con Dios.

JOSÉ MÁRMOL.

Al hallarme, después de larga ausencia,
 bajo esas naves donde tantas veces
 mi pobre madre levantó sus preces
 a Dios, por mis hermanos y por mí;
 al mirar las imágenes que objeto
 eran de su piedad, me parecía
 que aun algo de ella en el recinto había
 y como una mujer me enternecí.

JOAQUÍN CASTELLANOS.

OCTAVILLAS:

EXASILABA:

Serena la luna	a
alumbra en el cielo,	b
domina en el suelo	b
profunda quietud;	c
ni voces se escuchan,	d
ni roncó ladrido,	e
ni tierno quejido	e
de amante laúd.	c

ESPRONCEDA.

EPTASILABA:

Y a tan continuo vértigo,
 a tan funesto encanto,
 a tan horrible canto,
 a tan tremenda lid;
 entre los brazos lúbricos
 que aprémianle sujeto,
 del hórrido esqueleto,
 entre caricias mil.

ESPRONCEDA.

OCTOSILABA:

Ruega, hija, por tus hermanos,
 los que contigo crecieron,
 y un mismo seno exprimieron,
 y un mismo techo abrigó.
 Ni por los que te amen sólo
 el favor del cielo implores;
 por justos y pecadores
 Cristo en la cruz expiró.

ANDRÉS BELLO.

La *décima* o *espinela*, cuya invención se atribuye al poeta andaluz Vicente Espinel, y decimos se atribuye, porque ella fué usada muy anteriormente por el trovador Ferrant Manuel de Lando y antes aún por don Alfonso el Sabio, debiendo a Espinel sólo el perfeccionamiento de su forma, consta de diez versos octosílabos dispuestos en dos quintillas simétricas, de acuerdo al esquema abbaa.cddc, esto es, rimando por consonancia 1º con 4º y 5º y 10º con 7º y 6º, y formando pareados 2º y 3º, y 9º y 8º.

Esta estrofa, muy difundida en la poesía española, es también una de las predilectas de nuestra lira gauchesca. He aquí ejemplos tomados de una y otra fuente:

Si puede haber males justos,	a
éstos, Gonzalo, son tales,	b
pues de tus trágicos malos	b
sacas generales gustos:	c
Sepan los pechos robustos,	c
si en desdichas te embarazas,	c
que con celestiales trazas,	c
entre agravios y querellas,	d
las desdichas atropellas,	d
y las virtudes abrazas.	c

ESPINEL.

¿Quién eres, ciego rapaz,
 monstro famoso en la tierra,
 que con hábito de guerra
 vienes prometiendo paz?
 Inconstante y pertinaz
 te llaman todos. ¿Quién eres
 tú, que a la muerte prefieres,
 por donde aumentas las vidas,
 pues lo que quieres olvidas,
 y lo que aborreces quieres?

LOPE DE VEGA.

Santos Vega cruza el llano,
alta el ala del sombrero,
levantada del pampero
al impulso soberano.

Viste poncho americano,
suelto en ondas de su cuello,
y, chispeando en su cabello
y en el bronce de su frente,
lo cincela el sol naciente
con el último destello.

RAFAEL OBLIGADO.

El *ovillejo* es una décima de pie quebrado, de caprichosa estructura, en la que alternan tres octosílabos con tres quebrados, que riman a pares, y terminado por una redondilla, cuyo último verso recoge los tres quebrados. Es una combinación ingeniosa, que el poeta de ley por lo común desdeña, pues sin agregar armonía a la expresión, la traba, obligando a veces a construir versos tan malos como el penúltimo del ejemplo que de inmediato transcribimos:

—¿Qué queréis, buen caballero?	a
—Quiero.	a
—¿Qué queréis? Vamos a ver.	b
—Ver.	b
—¿Ver? ¿Qué queréis ver a esta hora?	c
—A tu señora.	c
—Idos, hidalgo, en mal hora.	c
¿Quién pensáis que vive aquí?	d
—Doña Ana Pantoja, y	d
quiero ver a tu señora.	c

ZORRILLA.

¿Quién menoscaba mis bienes?
Desdenes.
¿Y quién aumenta mis duelos?
Los celos.
¿Y quién prueba mi paciencia?
Ausencia.

De ese modo en mi dolencia
ningún remedio se alcanza,
pues me mata la esperanza
desdenes, celos y ausencia.

CERVANTES.

El *soneto*, cuyo nombre significa etimológicamente cualquier especie de canto (del italiano *sonetto*, diminutivo de *suono*), se compone de catorce endecasílabos agrupados en dos cuartetos clásicos de iguales consonancias, y dos tercetos, cuya rima consonante se dispone según el capricho del poeta. Las formas más usales del soneto responden a los esquemas: ABBA.AB.BA.CDE.CDE; ABBA.ABBA.CDE.DCE; ABBA.

Los catorce versos del soneto han de encerrar un pensamiento completo; cuando ello no es posible, suelen añadirse algunos pies que reciben el nombre de *estrambote*, cuya misma etimología indica su esencia extra - estrófica (del latín popular *strambús*, cojo). El estrambote deslucе, por lo común, al soneto, cuya armonía rompe. Muy excepcionalmente Lope de Vega, Cervantes o Quevedo lo han empleado con éxito.

En cuanto a la historia de esta combinación estrófica, hemos de decir que en la lengua de los trovadores, conservándose el valor original de la palabra, se llamó soneto cualquiera especie de canto. Más adelante restringióse el significado del nombre, que pasó a connotar únicamente la forma poética que hoy conocemos por soneto, forma que ha de considerarse como uno de los tantos tipos estróficos de origen popular destinados al canto. Erróneamente se atribuye a Petrarca su invención: ella parece deberse al canciller de Federico II, Pedro de la Viña, que floreció en la primera mitad del siglo XIII.

La forma definitiva del soneto fijóla el toscano Pietro Aretino y la gloria de su consagración corresponde al Petrarca, a quien imitó nuestro marqués de Santillana, enamorado ferviente de las trovas italianas y provenzales, que difundió el endecasílabo en castellano y escribió sus famosos *sonetos al itálico modo*, abriendo así a la admirable combinación de catorce versos el glorioso porvenir que en la literatura hispano - americana le cupo.

Hermano menor del soneto es el *sonetino*, que en versos octosílabos reproduce el esquema de aquél: abba.abba.cde.cde.

Ofrecemos a continuación algunas bellas muestras de uno y otro:

SONETO:

Un soneto me manda hacer Violante,	A
que en mi vida me he visto en tal aprieto:	B
catorce versos dicen que es soneto,	B
burla burlando ya van tres delante.	A

Yo pensé que no hallara consonante	A
y estoy a la mitad de otro cuarteto:	B
mas si me veo en el primer terceto	B
no hay cosa en los cuartetos que me espante.	A

Por el primer terceto voy entrando,	C
y aun parece que entré con pie derecho	D
pues fin con este verso le estoy dando.	C

Ya estoy en el segundo y aun sospecho	D
que estoy los trece versos acabando:	C
Contad si son catorce y está hecho.	D

LOPE DE VEGA.

Detente, sombra de mi bien esquivo,
imagen del hechizo que más quiero,
bella ilusión por quien alegre muero,
dulce ficción por quien penosa vivo.

Si al imán de tus gracias atractivo
sirve mi pecho de obediente acero,
¿para qué me enamoras lisonjero
si has de burlarme luego fugitivo?

Mas blasonar no puedes satisfecho
de que triunfa de mí tu tiranía;
que aunque dejas burlado el lazo estrecho

que tu forma fantástica ceñía,
poco importa burlar brazos y pecho,
si te labra prisión mi fantasía.

SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ.

SONETO CON ESTRAMBOTE:**AL TÚMULO DE FELIPE II**

¡Vive Dios! que me espanta esta grandeza
y que diera un doblón por describilla,
porque ¿a quién no sorprende y maravilla
esta máquina insigne, esta belleza?

¡Por Jesucristo vivo! cada pieza
vale más de un millón y que es mancilla
que esto no dure un siglo ¡oh gran Sevilla!
Roma triunfante en ánimo y braveza!

Apostaré a que el ánima del muerto
por gozar de este sitio hoy ha dejado
el cielo de que goza eternamente.

Esto oyó un valentón y dijo: "Es cierto
lo que dice voacé, seor soldado;
y quien dijere lo contrario, miente".

Y luego, incontinente,
caló el chapeo, requirió la espada,
miró al soslayo, fuése, y no hubo nada.

CERVANTES.

SONETINO:

La noche del odio eterno
cristalizó en el diamante
de tus pupilas que el Dante
tomara por el infierno.

Desoladas en su interno
maleficio obsesionante,
hay en su noche enervante
vacío, Caos e invierno...

Aunque a traición me han herido
con sus filosos destellos,
dame por Dios esos bellos

ojos, que tanto he querido,
¡ay! para enlutar con ellos
el féretro de tu olvido.

JULIO HERRERA Y REISSIG.

La combinación de indeterminado número de versos de siete y once sílabas, aconsonantados al arbitrio del poeta, pudiendo haber también algún verso suelto, constituye la *silva*, cuyo nombre (del latín *silva* = selva), dice de lo irregular y frondoso de esta combinación, la *strofa libre* de los italianos, predilecta de Leopardi y de los modernos poetas españoles, que la han empleado, atraídos por su maravillosa amplitud y flexibilidad, ya en la oda, la elegía y el madrigal, ya en la poesía dramática y en la didáctica, con extraordinario éxito.

He aquí dos preciosos ejemplos:

Pura, encendida rosa,
 émula de la llama
 que sale con el día,
 ¿cómo naces tan llena de alegría
 si sabes que la edad que te da el cielo
 es apenas un breve y veloz vuelo?
 Y no valdrán las puntas de tu rama
 ni tu púrpura hermosa
 a detener un punto
 la ejecución del hado presurosa.

FRANCISCO DE RIOJA.

¡Salve, fecunda zona,
 que al sol enamorado circunscribes
 el vago curso, y cuanto ser se anime
 en cada vario clima,
 acariciada de su luz, concibes!
 Tú tejes al verano su guirnalda
 de granadas espigas; tú la uva
 das a la hirviente cuba:
 no de purpúrea flor, o roja, o gualda,
 a tus florestas bellas
 falta matiz alguno; y bebe en ellas
 aromas mil el viento;
 y greyes van sin cuento
 paciando tu verdura, desde el llano
 que tiene por lindero el horizonte,
 hasta el erguido monte,
 de inaccesible nieve siempre cano.

ANDRÉS BELLO.

A veces distribuye el poeta los versos de la silva en grupos de igual número de versos e idéntica estructura: cada uno de ellos constituye una *estancia*. Así la égloga primera de Garcilaso de la Vega consta de una serie de estancias de catorce versos:

El dulce lamentar de dos pastores,
 Salicio juntamente y Nemoroso,
 he de cantar, sus quejas imitando;
 cuyas ovejas al cantar sabroso
 estaban muy atentas, los amores,
 de pacer olvidadas escuchando.
 Tú, que ganaste obrando
 un nombre en todo el mundo,
 y un grado sin segundo;

agora estés atento, solo y dado
al inclito gobierno del estado
albano; agora vuelto a la otra parte
resplandeciente, armado,
representando en tierra el fiero Marte.

GARCILASO DE LA VEGA.

Primitivamente dióse el nombre de *romance* a todas las composiciones escritas en lengua vulgar o neolatina, en el *roman paladino* que dice Gonzalo de Berceo:

Quiero fer una prosa en *roman paladino*,
en qual suele el pueblo hablar a su vecino,
ca non so tan letrado por fer otro latino.

Tales composiciones fueron en un principio series monorrimas de indeterminado número de versos asonantados, aunque tal cual vez aparezcan algunas consonancias, cuya medida oscila entre la de versos tan cortos que parecen incompletos, y la de otros tan largos como el fatigoso de dieciocho sílabas. Los más comunes, empero, son el alejandrino (7 + 7) y el de dieciséis sílabas. Transcribimos algún fragmento del poema del Cid y de Gonzalo de Berceo:

ALEJANDRINOS:

DEL POEMA DEL CID

Los moros yazen muertos de bivos pocos veo,	A
los moros e las moras vender non los podremos	A
que los descabeçemos nada non ganaremos.	A

DE DIECISÉIS SÍLABAS:

Vio que entrellos y el castiello mucho avie grant plaça;	A
mandó tornar la seña, a priesa espoloneavan.	A

DE GONZALO DE BERCEO

En el nombre del Padre, que fizo toda cosa,	A
et de don Ihesucristo, fijo de la Gloriosa,	A
et del Spiritu Sancto, que egual dellos posa	A
de un confesor sancto quiero fer una prosa.	A

Este sentido general de la palabra *romance* restringióse luego, y ella vino a designar, posiblemente por influencia francesa, las narraciones heroicas o fantásticas (del francés *romans*). Y, despreciada la forma poética popular por los

escritores cortesanos, la voz *romance* descendió a significar el verso propio de la gente baja e inculta, para decirlo con las mismas palabras del marqués de Santillana, el verso "sin ningún orden, regla ni cuento". Imperó entonces, como metro del *romance*, tras la fluctuación entre los versos de siete y nueve sílabas, el octosílabo, que no puede considerarse como desdoblamiento del monorrimo de dieciséis sílabas y la explicación más atinada de cuyo triunfo sería la siguiente: El octosílabo es, por excelencia, el metro típico, genuino y espontáneo de España, cuyos poetas, deseosos de imitar el verso largo francés, fueron sustituyendo el primitivo monorrimo de variado número de sílabas, por el adosamiento de dos octosílabos, cuya cadencia resultaba más grata al oído español. Un paso más, y los dos octosílabos, a influjo de los trovadores, pasan a ocupar un renglón cada uno, y he aquí que hemos llegado a la forma definitiva del *romance común*: la serie indeterminada de octosílabos, asonantados los pares y sueltos los impares, del cual ofrecemos a continuación algunos ejemplos:

Contaré que Carlomagno	y todos los caballeros	A
se volvieron para Francia	muy alegres y contentos	A
dándole gracias a Dios	y a la reina de los cielos.	A

ROMANCERO.

En París está doña Alda	a
la esposa de don Roldán,	b
trescientas damas con ella	c
para la acompañar:	b
todas visten un vestido,	d
todas calzan un calzar,	b
todas comen a una mesa,	e
todas comían de un pan,	b
sino era doña Alda,	f
que era la mayoral	b

ANÓNIMO.

Murió Gonzalo Bermúdez
que del príncipe don Sancho
fué ayo, y murió en el tiempo
que más le importaba el ayo;
pues dejando estudio y letras
el Príncipe tan temprano,
tras su inclinación le llevan
guerras, armas y caballos.

GUILLÉN DE CASTRO.

Remeditos, Remeditos,
 ¡Cómo le sienta de bien
 al capullo de la rosa
 la vecindad del laurel!
 La niña cuenta quince años;
 treinta y cuatro cuenta él;
 pero un día se prendaron
 la niña y el coronel.
 Doña Tomasa, la madre,
 no lo quería creer.
 Y el padre... Mucho le plugo
 a don Antonio José.
 Se prendaron y se casan.
 —¿Va a las bodas su merced?
 (Era en el mes de setiembre
 y en el año doce fué).

ARTURO CAPDEVILA.

Existe otro tipo de romance, pleno de majestad, el *romance heroico*, formado por endecasílabos, que apareció en la poesía castellana de las postrimerías del siglo XVII. Poco difundido al principio, reservósele para expresar los acentos trágicos, mas muy luego halló terreno propicio en el campo de la leyenda, al que le llevó el duque de Rivas con "*El moro expósito*". Los poetas románticos le introdujeron con éxito en los dominios de la lírica y, en particular, de la elegía.

Los cielos van girando silenciosos,	A
el hombre busca en ellos su morada;	B
que siempre por oculto sentimiento	C
alza los ojos y en su azul los clava.	B
Esta creencia universal, eterna,	D
¿será tal vez quimérica esperanza?	B
Desde la cuna a la forzosa tumba	E
el agitado corazón la halaga;	B
¡si incierto fuera, con afán perenne,	F
con frenético amor no la abrazara!	B

ANÓNIMO.

Versos, que si no son la poesía,
 son de su jerarquía el atributo,
 la pedrería son de su diadema,
 de su manto real son los armiños:
 La poesía por el verso es Reina.
 La versificación es la cuadriga
 de corzas blancas en que va a las fiestas,

la góndola de nácar en que boga
 y las alas de cisnes en que vuela.
 El verso es noble y de divino origen;
 de los dioses no más habla la lengua;
 bebe con ellos néctar y ambrosía,
 calza coturno y desparrama esencias.

JOSÉ ZORRILLA.

El mar dormido en repentina calma,
 laguna o claro espejo se dijera,
 y como en la llanura están los pinos,
 inmóviles en él las naves quedan.
 Lento el sol a occidente descendía,
 su faz velando en vaporosas nieblas
 que, el remoto horizonte confundiendo,
 borró a la vista las cercanas tierras.
 Después entre enlutados nubarrones,
 que desde el Sur a sepultarlo vuelan,
 como cadáver que húndese en la tumba,
 se hundió, dejando claridad siniestra.

DUQUE DE RIVAS.

De versos de menos de ocho sílabas se compone el *romancillo*:

EPTASILABO:

Cantando la cigarra
 pasó el verano entero,
 sin hacer provisiones
 allá para el invierno;
 los fríos la obligaron
 a guardar el silencio
 y a acogerse al abrigo
 de un estrecho aposento.

SAMANIEGO.

EXASILABO:

Bailan las gitanas,
 míralas el Rey:
 la Reina, con celos,
 mándalas prender.
 Por Pascua de Reyes
 hicieron al Rey
 un baile gitano
 Belilla e Inés.
 Turbada Belilla,
 cayó junto al Rey,
 y el Rey la levanta

de puro cortés,
mas, como es Belilla
de tan linda tez,
la Reina, celosa,
mándalas prender.

CERVANTES.

La combinación de versos de 11 y 7 sílabas, o 10 y 6, u 8 y 4, sueltos los impares y asonantados los pares, constituye el *romance de pie quebrado*:

DE 11 Y 7 SÍLABAS:

Volverán del amor en tus oídos	A
las palabras ardientes a sonar;	B
tu corazón de su profundo sueño	C
tal vez despertará:	b
Pero mudo y absorto y de rodillas,	D
como se adora a Dios ante su altar,	B
como yo te he querido... desengáñate,	E
así no te querrán!	b

BÉCQUER.

DE 10 Y 6 SÍLABAS:

Cuando miro el azul horizonte
 perderse a lo lejos,
al través de una gasa de polvo
 dorado e inquieto.

BÉCQUER.

VERSIFICACIÓN SIN RIMA

Entre los elementos de la versificación no es la rima el más importante: Puede haber verso, verso en el concepto clásico, prescindiendo de ella, mas nunca del ritmo. Cuando leemos versos como éstos:

Dulce vecino de la verde selva,
huésped eterno del atril florido,
vital aliento de la madre Venus,
céfiro blando;
si de mis ansias el amor supiste,
tú, que las quejas de mi voz llevaste,
oye, no temas, y a mi ninfa dile,
dile que muero.

VILLEGAS.

tanta es la belleza que del ritmo fluye, que nuestro oído no echa de menos consonantes ni asonantes; en tanto que pretendidos versos perfectamente rimados, pero carentes de cadencia, sólo semejan pobre prosa. Y es que la rima es un remedio de que las lenguas modernas se valen para suplir en ellas la falta de apreciación musical que surgía de la cantidad silábica griega y latina.

El verso blanco, sin rima, o suelto, en contadas lenguas, entre ellas el italiano, el portugués y nuestro romance, noble, rico y hermoso cual ninguno, ha alcanzado categoría de verdadero verso. Introdujose él en España por el afán de imitar a los maestros italianos. Puestos los ojos en Bernardo Tasso, nuestro Boscán en su "*Hero y Leandro*", y muchos otros poetas tras él, dieron en prescindir de la rima. Contra la innovación prodújose Cristóbal de Castillejo, ridiculizando a los versificadores que

"usan ya de cierta prosa
medida sin consonantes".

y la escuela culterana que no concebía la supresión de gala alguna de la forma. Olvidado el verso libre, sepultado por el

triunfo de los gongoristas, no resurgió sino a mediados del siglo XVIII con el catalán Cabanyes, paladín de la cruzada contra la rima.

Los más felices ensayos de versificación sin rima los hallamos en composiciones a base de endecasílabos, ya puros, ya alternando con heptasílabos y en la estrofa sáfico - adónica de que es admirable muestra la oda sáfica de Villegas a que pertenecen los fragmentos antes transcriptos.

He aquí ejemplos de versificación sin rima:

EN ENDECASILABOS:

Señor Boscán, quien tanto gusto tiene
de daros cuenta de los pensamientos
hasta en las cosas que no tienen nombre,
no le podrá con vos faltar materia,
ni será menester buscar estilo.

GARCILASO DE LA VEGA.

Si la pura amistad que en dulce nudo
nuestras almas unió, durable existe,
Jovino ilustre; y ni la ausencia larga,
ni la distancia, ni interpuestos montes
y proceloso mar que suena ronco,
de mi memoria apartarán tu idea.

LEANDRO DE MORATÍN.

DE ENDECASILABOS Y EPTASILABOS:

Con membrillos maduros
perfumo los armarios.
Tiene toda mi ropa
un aroma frutal que da a mi cuerpo
un constante sabor a primavera.

JUANA DE IBARBOUROU.

ESTROFA SÁFICO - ADÓNICA:

Mas a deshora singular tumulto
doquier se escucha en la eternal morada,
y trastornando la divina pompa
rápido crece.

JUAN VALERA.

Hemos de agregar que el verso suelto satisface las modernas tendencias poéticas por Luisa Luisi admirablemente definidas en "*Inquietud*":

Al fácil ritmo de los viejos tiempos
sucede extrañamente un ritmo extraño;
no contenta al espíritu en ansias de Armonía
la sonoridad de las viejas palabras:
el ritmo de ideas y de emociones
reemplaza a la cadencia de sílabas y acentos.

Empero, nuestro Lugones, paladín de la renovación de la métrica castellana languideciente por su sometimiento a los cánones artísticos, que en su ansia por impulsarla hacia el modernismo clama por el verso libre (que no es el blanco o sin rima), por "el verso libre que quiere decir, como su nombre lo indica, una cosa sencilla y grande: la conquista de una libertad", defiende a la rima "elemento esencial en el verso moderno, que con él reemplaza el ritmo estrecho del verso antiguo".

EL RITMO ACENTUAL

La pronunciación ha de marcar el enlace de todas las sílabas de una palabra con el mismo cuidado con que distingue a esa palabra de la precedente y la siguiente. La diferencia cuantitativa que el verso clásico establecía entre las varias sílabas de una palabra, dividía ésta en varias partes, conspirando contra su unidad, en tanto que el aumento intensivo del sonido o acento la favorece, pues la voz que se ha esforzado para recalcar una sílaba necesita descansar antes de elevarse en otra, de manera que la sílaba acentuada o dominante relaciona con respecto a sí misma a las demás, por una sucesión de tiempos fuertes y débiles de que es ella el centro, siendo a la vez desde el punto de vista intelectual la parte más significativa de la palabra. Por ello en el acento, que para Varrón es la imagen de la música, hemos de ver el alma de la palabra, la ley de su unidad, como poéticamente lo dice Benloew "el resplandor que brilla sobre una de las sílabas, pero que las ilumina a todas".

Y así como cada palabra posee su acento invariable, a cada verso le corresponde una acentuación propia que lo individualiza, al punto que versos de idéntica medida pertenecen, merced al acento, a diversas especies.

He aquí los principios fundamentales de la ley acentual que gobierna la métrica castellana:

Los versos de arte menor, así como los de arte mayor, llevan necesariamente acentuada la penúltima sílaba, condición que se cumple aun cuando el verso sea de suyo agudo o esdrújulo, pues en el primer caso la sílaba acentuada final se computa doble, y en el segundo las dos sílabas que siguen a la tónica valen por una. Así:

VERSOS LLANOS:

¡Fina brillas hacha mía,
ancha, espléndida, cortante,
que abrirás la frente al toro

que probar tu filo osare!
 En los bosques para siempre
 voy contigo a sepultarme;
 que los hombres ya me niegan
 una tumba en sus ciudades.

JOSÉ EUSEBIO CARO.

VERSOS AGUDOS:

Oíd mortales el grito sagrado: = 10

^{1 2 3 4 5 6 7 8 9 +1}
 ¡Libertad, libertad, libertad! = 10

Oíd el ruido de rotas cadenas; = 10

^{1 2 3 4 5 6 7 8 9 +1}
 Ved en trono a la noble igualdad. = 10

VICENTE LÓPEZ Y PLANES.

VERSOS ESDRÚJULOS:

^{1 2 3 4 5 6 7 8 9 10 11}
 Ello es que hay animales muy científicos = 11

^{1 2 3 4 5 6 7 8 9 10 11}
 en curarse con varios específicos. = 11

^{1 2 3 4 5 6 7 8 9 10 11}
 y en conservar su construcción orgánica = 11

^{1 2 3 4 5 6 7 8 9 10 11}
 como hábiles que son en la Botánica. = 11

IRIARTE.

En cuanto a acentos secundarios en los versos de arte menor, no existe razón alguna que justifique las reglas de los preceptistas, ni las han observado los mejores entre nuestros poetas clásicos. El *octosílabo* castellano, libre de la triple acentuación de que con tanta escrupulosidad cuidan los italianos en su verso de ocho sílabas, responde admirablemente a los inesperados cortes de la poesía dramática y de la narración romancesca. Admitiremos como única condición que ha de llevar acentos secundarios en una o dos de las cinco primeras sílabas:

^{1 2 3 4 5 6 7 8}
 Hoy tus alcaldes mayores 1ª y 4ª

^{1 2 3 4 5 6 7 8}
 agradecidos pedimos 4ª

^{1 2 3 4 5 6 7 8}
 tus pies; porque recibimos 2ª

1	2	3	4	5	6	7	8	
en	su	nombre	tus	favores				3ª
1	2	3	4	5	6	7	8	
jurados	y	regidores						2ª
1	2	3	4	5	6	7+1		
ofrecen	con	voluntad						2ª
1	2	3	4	5	6	7+1		
su	riqueza	y	su	lealtad,				3ª
1	2	3	4	5	6	7	8	
y	el	cabildo	lo	desea,				3ª
1	2	3	4	5	6	7	8	
con	condición	que	no	sea				4ª
1	2	3	4	5	6	7+1		
en	daño	de	tu	ciudad.				2ª

LOPE DE VEGA.

Los versos de arte mayor llevan necesariamente acentuada además de la penúltima sílaba, una o dos de las demás. Veamos con algún detalle su acentuación: El *decasílabo* ofrece dos formas de acentuación, según sea su división en hemistiquios; cuando éstos son dos pentasílabos, sus acentos obligatorios cargan, como es lógico, en las sílabas 4ª y 9ª, pudiendo llevar los secundarios en 1ª y 7ª o tan sólo en la 7ª:

Yo soy un ⁴sueño, | un ⁹imposible
v⁴ano fantasma | de niebla y ⁹⁺¹luz;
soy incorpórea, | son ⁹intangible;
no puedo ⁴amarte. | ¡Oh, ven; ven ⁹⁺¹tú!

BÉCQUER.

Cuando los hemistiquios son un tetrasílabo y un exasílabo, el verso de diez sílabas lleva acentos obligatorios en 3ª, 6ª y 9ª, marcando tres alturas equidistantes:

Los que ³andáis ⁶empollando ⁹obras de otros,
sac³ad pues a volar ⁶vuestra ⁹cría;
ya dirá cada ³autor: "Esta es ⁶mía",
y ver³emos que os queda a ⁶vosotros.

IRIARTE.

Existe otro tipo de endecasílabo, el *anapéstico*, esporádicamente usado por nuestros versificadores, con acentos necesarios en 4ª, 7ª y 10ª sílabas:

Tus claros ⁴ojos ¿a ⁷quién los ¹⁰volviste?

Tu dulce habla ¿en ⁴cuya ⁷oreja ¹⁰suenan?

GARCILASO.

El *dodecasílabo* ha de considerarse formado por dos exasílabos, por ello sus acentos obligatorios recaen en las sílabas quinta y undécima, pudiendo llevar los secundarios en 2ª y 8ª, o en 3ª y 9ª:

Católica, ⁵sacra y real ^{11 + 1}majestad,

que Dios en la ⁵tierra os ^{11 + 1}hizo deidad;

un anciano ⁵pobre, sencillo y ¹¹honrado

humilde os ⁵invoca y os ¹¹habla postrado.

QUEVEDO.

En cuanto al *alejandrino* castellano o verso de catorce sílabas, integrado por dos heptasílabos, no se halla taxativamente fijado el lugar que a cada acento corresponde, aun cuando lo usual es que los acentos necesarios carguen en la 6ª y 13ª sílabas y los secundarios en 2ª y 9ª:

Algo tuyo que ⁶gime flota en el ¹³oleaje

taciturno, y ⁶agrava la ¹³inquietud del paisaje,

y estoy tan ⁶triste, tanto, que ni ¹³llorarte puedo;

pues bajo esa ⁶nostalgia que se ¹³acurruca en miedo;

no sé por qué ⁶inconclusa ¹³sugestión de las brisas,

sufro, y las mismas ⁶lágrimas se me ¹³vuelven sonrisas.

LEOPOLDO LUGONES.

ESPECIES LÍRICAS

La poesía lírica revela por la palabra rítmica la interior belleza espiritual. Mas no por ser su objeto el mundo subjetivo, prescinde ella del objetivo, no; canta éste tal cual el poeta lo ve y lo comprende en los dominios de su propio sentimiento, en una palabra, en su relación con el propio yo.

Por su esencia misma, la poesía lírica, la más libre y original, ha de gozar de mayores franquicias en cuanto a metros y combinaciones: el ritmo de su verso ha de desenvolverse como melódica expresión del sentimiento.

Tres aspectos fundamentales ofrece la lírica, según predomine en ella el entusiasmo, o la delicadeza, o equilibrándose ambos, señoree la inspiración profunda. En el primer supuesto, el prototipo de la lírica es la *oda*, en el segundo el *madrigal*, el *soneto* en el último.

La *oda* (etimológicamente y por antonomasia *canto*) el más noble de los poemas líricos, es la expresión del alma rebosante de entusiasmo. A ella corresponde indiscutiblemente el verso de arte mayor; los mejores entre nuestros poetas han empleado de preferencia el endecasílabo, ya solo, ya combinado con el heptasílabo.

Tan dilatado es el mundo interior del poeta, que ofrece no pocas dificultades clasificar la oda de acuerdo a su asunto; usualmente se las distingue en *sagradas*, de tono majestuoso y elevado, que cantan la belleza de orden religioso; *heroicas* o *profanas*, de expresión más arrebatada, que celebran las excelencias de la humanidad o las bellezas de la creación: *filosóficas* o *morales*, más graves y reposadas que las anteriores, destinadas a expresar las reflexiones que en nuestro ánimo evoca la contemplación de la vida humana y sus condiciones. Si la oda sagrada o profana se escribe para ser acompañada de música y cantada, adaptando a tal fin el metro, recibe el nombre de *himno*. Las llamadas odas *anacreónticas* o *festivas*

no tienen de común con las especies precedentes, a nuestro modo de ver, sino el nombre de oda, pues por su índole amable, por su carácter ligero y hasta por su versificación de arte menor, encajan mejor en el grupo del *madrigal*. Su creador fué Anacreonte, el delicioso poeta griego, que en ellas cantó la vida y sus placeres, con un criterio asaz sensual.

Como ejemplos magníficos de odas hemos de citar: entre las sagradas, las hermosísimas "*A la virgen*" y "*En la Ascensión*" de Fray Luis, y el bello canto a "*La Cruz*" de Gertrudis Gómez de Avellaneda; entre las *profanas*, la de Quintana "*A la invención de la imprenta*" y la de Heredia "*Al Niágara*"; entre las filosóficas, las admirables "*Vida retirada*" y "*Noche serena*" de Fray Luis y la muy hermosa de José Joaquín de Olmedo: "*A un amigo, en el nacimiento de su primogénito*".

Cultivaron con gracia y delicadeza la anacreóntica, más a tono con la concepción que del amor tuvieron las edades media y modernas, que le miraron como a una de las más nobles pasiones que en el pecho del hombre pueden anidar, Villegas, Meléndez, Iglesias y Forner. Transcribimos algunas de las anacreónticas que a su pluma debemos:

No busco de Alejandro
los prósperos sucesos,
no envidio sus haberes
al opulento Crespo,
no a Adonis su hermosura,
no a Alcides el esfuerzo,
no, no a Platón su ciencia,
no, no su lira a Orfeo;
sólo la dulce vista
de la que me ama quiero;
que estimo en más sus ojos
que todo el orbe entero.

IGLESIAS.

Quiero cantar de Cadmo,
quiero cantar de Atridas;
mas ¡ay! que de amor sólo,
sólo canta mi lira.
Renuevo el instrumento,
las cuerdas mudo aprisa;
pero si yo de Alcides,
ella de amor suspira.

Pues, héroes valientes,
 quedáos desde este día,
 porque ya de amor sólo,
 sólo canta mi lira.

VILLEGAS.

Si el cielo está sin luces,
 el campo está sin flores,
 los pájaros no cantan,
 los arroyos no corren,
 no saltan los corderos,
 no bailan los pastores,
 los troncos no dan frutos,
 los ecos no responden...
 Es que enfermó mi Filis
 y está suspenso el orbe.

CADALSO.

Cuando la oda se propone expresar afectos tristes o melancólicos: los desengaños de la vida, la pérdida de una persona querida, las desgracias que afligen a todo un pueblo, se llama *oda elegíaca* o simplemente *elegía*, cuyos metros favoritos son el terceto, la silva y el verso suelto. Son inmortales las elegías de Jorge Manrique "*A la muerte de su padre*", de Gallego "*Al dos de Mayo*", de Martínez de la Rosa "*A las Musas*". Entre los poetas argentinos hemos de citar a Juan Crisóstomo Lafinur y Juan Cruz Varela con sus cantos elegíacos "*A la muerte del general Belgrano*".

Especie menor de la elegía es la *endecha*, impregnada de tierna melancolía:

A la noche funesta
 sucede el claro día,
 y torna a los mortales el consuelo;
 la parda nube opuesta,
 que el aire entristecía,
 en gruesos hilos de agua baja al suelo,
 y se descubre el cielo;
 y la mar, alterada
 del vendaval furioso,
 recobra su reposo;
 sigue a la guerra cruel la paz amada;
 sólo eterno percibo
 de mi fortuna airada el ceño esquivo.

FRAY DIEGO GONZÁLEZ.

Al lado de la oda surge la *canción*, que nacida del gusto italiano, se ha adaptado en las letras castellanas el molde de la lira o la estancia. De ella, que se caracteriza por el tono menor de su entusiasmo, nos brinda hermosísimos ejemplares el parnaso español, tales: “*A la flor de Gnido*” de Garcilaso y la famosa “*Canción*” de don Antonio Mira de Mescia que comienza:

Ufano, altivo, alegre, enamorado,
rompiendo el aire el pardo jilguerillo.

.....

Hemos de agregar que, por la misma influencia italiana, fué usual en los siglos XVI y XVII llamar canciones a las odas, como las del divino Herrera “*A don Juan de Austria*” y “*A la batalla de Lepanto*”, y a las elegías, como las muy preciosas del bachiller La Torre tituladas “*La cierva*” y “*La tórtola*”.

El *madrigal*, prototipo del segundo aspecto de la lírica, es la cristalización poética de la delicadeza. Él expresa, casi siempre en unos pocos versos, los sentimientos de mayor finura que en el alma existen. Su cuerda predilecta es la amorosa y su metro favorito la lira o la silva. Muy cultivado en los siglos XVI y XVII —debemos a Góngora, Baltasar del Alcázar, Gutierre de Cetina y Luis Martín modelos preciosísimos, verdaderas joyas — apenas se escribe alguno en nuestros días:

Dejó la venda, el arco y el aljaba
el lascivo rapaz, ¡donosa cosa!
por coger una bella mariposa
que por el aire andaba.
Magdalena, la ninfa, que miraba
su descuido, hurtóle
las armas y dejóle
en el hermoso prado,
como a muchacho bobo y descuidado.
Ya de hoy más no de Amor gloria ni pena;
que el verdadero amor es Magdalena.

BALTASAR DEL ALCÁZAR.

La *letrilla* es un poemita ingenioso, de animada y esbelta contextura, rebosante de espontánea gracia, a cuya índole se aviene admirablemente el verso de arte menor. Suele iniciarse con un pensamiento que sirve de tema a la composición, la

cual aparece dividida en estrofas idénticas, por lo común terminadas en un mismo verso o grupo de versos, que se llama *estribillo*. Su fondo, unas veces amoroso, otras es burlesco o satírico. En ella descollaron Góngora, Quevedo, Iglesias y Meléndez. He aquí una hermosísima de nuestro Rafael Obligado:

LA FLOR DE SEÍBO

AL POETA CALIXTO OYUELA

Quiero realce su gentil figura
La túnica sencilla y elegante
Con que se adorna y viste la hermosura.
C. OYUELA.

Tu "Flor de la caña"
oh Plácido amigo,
no tuvo unos ojos...
más negros y lindos,
que cierta morocha
del suelo argentino
llamada... su nombre
jamás lo he sabido;
mas, tiene unos labios
de un rojo tan vivo,
difúndese en ella
tal fuego escondido,
que aquí, en la comarca,
la dan los vecinos
por único nombre,
la flor del seíbo.

Un día — una tarde
serena de estío —
pasó por la puerta
del rancho que habito.
Vestía una falda
ligera de lino;
cubríala el seno,
velando el corpiño,
un chal tucumano
de mallas tejido;
y el negro cabello,
sin moños ni rizos,
cayendo abundoso,
brillaba ceñido
con una guirnalda
de flor de seíbo.

Miréla, y sus ojos
buscaron los míos...
Tal vez un secreto
los dos nos dijimos,
porque ella, turbada,
quizá por descuido,
su blanco pañuelo
perdió en el camino.
Corrí a levantarlo,
y al tiempo de asirlo,
el alma inundóme
su olor a tomillo.
Al dárselo — "¡Gracias,
mil gracias!" — me dijo,
poniéndose roja
cual flor de seíbo.

Ignoro si entonces
pequé de atrevido,
pero ello es lo cierto
que juntos seguimos
la senda, cubierta
de sauces dormidos;
y mientras sus ojos,
modestos y esquivos,
fijaba en sus breves
zapatos pulidos,
con moños de raso
color de jacinto,
mi amor de poeta
la dije al oído;
¡mi amor, más hermoso
que flor de seíbo!

La frente inclinada
y el paso furtivo,
guardó aquel silencio
que vale un suspiro.
Mas viendo en la arena
la sombra de un nido
que al soplo temblaba
del aire tranquilo,
—“Allí se columpian
dos aves — me dijo;
dos aves que se aman
y juntas he visto
bebiendo las gotas
de fresco rocío
que absorbe en la noche
la flor del seíbo”.

Oyendo embriagado
su acento divino,
también, como ella,
quedé pensativo.
Mas como en un claro
del bosque sombrío,
se alzara, ya cerca,
su hogar campesino:
detuvo sus pasos,
y, llena de hechizos,
en pago y en prenda
de nuestro cariño
hurtando a las sienes
su adorno sencillo,
me dió, sonrojada,
la flor del seíbo.

El *epigrama*, en el significado que las literaturas modernas atribuyen a la palabra, es una brevísima composición en la que campea el ingenio. Parecido en ello al madrigal, diferénciase de éste por su esencia, pues lejos de ser tierno y amoroso, es burlesco y satírico. Dentro de su brevedad, cuando mucho ocho o diez versos, distínguense nítidamente en él dos partes: una inicial en que se exponen los antecedentes del asunto, y otra final que encierra el desenlace, casi siempre una agudeza o una graciosa y repentina ocurrencia. A veces tiene el epigrama un sabor melancólico. He aquí algunos:

La calavera de un burro
miraba el doctor Pandolfo,
y enternecido decía:
¡Válgame Dios, lo que somos!

MORATÍN.

Tanto gustas de pleitear,
que, aunque sea en tu favor,
recibes mucho dolor
de ver un pleito acabar.
Si ese gusto te convida,
cásate a disgusto, Bras,
porque así asegurarás
pleito por toda tu vida.

SALAS BARBADILLO.

Con Juan hablé mal de Pablo,
con éste hablé mal de Juan:
Sábenlo, y conmigo están

por esto dados al diablo.
 Con gusto Pablo me oía,
 con gusto Juan me escuchaba,
 y uno y otro me incitaba;
 ¿en qué, pues, los ofendía?

FORNER.

En la cabeza le dió
 un palo Juan a Ginés;
 ¿y rompiósele? Al revés,
 el palo se le rompió.
 Ginés era aragonés.

CADALSO.

Solamente el hombre ríe
 y ningún otro animal;
 él solo ríe, y ninguno
 tiene más de qué llorar.

DE LA TORRE.

Muy distinto fué el epigrama en sus orígenes. Como la transparencia de su nombre lo deja entrever, entre los griegos llamóse así a toda inscripción destinada a grabarse en las estatuas, monumentos públicos y sepulturas. Mas, ya los latinos, entre ellos Catulo y Marcial, le desviaron de sus características primeras, volviéndole a crear tal como hoy le conocemos.

Hermano del epigrama es el *epitafio*, estrofa burlesca cuya índole hemos de apreciar en los ejemplos que siguen:

Muriendo quien yace aquí,
 de sí mismo murmuró,
 pues sólo se confesó
 para decir mal de sí.

EL PRÍNCIPE DE ESQUILACHE.

No riegues, oh caminante,
 con lágrimas mi sepulcro;
 que las lágrimas son agua
 y el agua no es de mi gusto.

IRIARTE.

Aquí yace Calderón.
 Pasajero, el paso ten;
 que en hurtar y morir bien
 se parece al buen ladrón.

EL CONDE DE VILLANEDIANA.

Aquí Fray Diego reposa
y jamás hizo otra cosa

PABLO DE JÉRICA.

El *soneto*, que oportunamente estudiamos como combinación métrica, es el molde ideal de las composiciones líricas en que predomina la inspiración profunda e intensa. Exige el soneto íntima armonía entre el pensamiento, que ha de ser uno, y la forma, prieta y equilibrada, que no consiente digresión alguna y ha de llevar gradualmente a un final brillante, hondo y oportuno.

Los poetas y preceptistas de todos los tiempos han ponderado hiperbólicamente las dificultades que la composición del soneto supone. Así de él se ha dicho que es invención de Apolo para mortificación de los malos poetas, y Boileau no vacila en afirmar "que un buen soneto vale tanto como el más dilatado poema". En tanto que Lope de Vega, haciendo alarde de su extraordinaria facilidad poética, complacióse en burlar a unos y otros con aquel famoso que comienza:

Un soneto me manda hacer Violante
y el que finaliza:

Perdona, Fabio, que probé la pluma.

Se han escrito sonetos de la más variada índole: amatoria, religiosa, filosófica, histórica, descriptiva, jocosa, etc. Con todo, los buenos sonetos no abundan. En él son maestros: Garcilaso, fray Luis, Lope, Góngora, los dos Argensolas. En las letras de América citaremos entre los más notables alguno de sor Juana Inés de la Cruz, "*Al partir*" de Gertrudis Gómez de Avellaneda, el de Ricardo Gutiérrez "*La victoria*", "*El milagro de los lirios*" de Angel de Estrada, que transcribimos. Helo aquí:

EL MILAGRO DE LOS LIRIOS

Dijo a unos lirios de su Asís, el santo:
"Sois por María humanas criaturas,
Gabriel os descendió de las alturas,
y ella vertió sobre vosotros llanto..."

Se arrodilló para elevar un canto,
y la Virgen surgió de las blancuras,

hecha de azur, y con sus alas puras,
las vivas flores le tejieron manto.

Flotó ante el monje, se encendió una estrella
en pleno día, de su frente, y bella,
ascendió entre el flotar de los colores;

fué un resplandor que disipó la brisa,
dejando sobre el alma de las flores
aroma y sol de su feliz sonrisa.

ANGEL DE ESTRADA.

El *romance*, la más genuina y espontánea combinación métrica de la lengua castellana, de la que en su oportunidad nos ocupamos in extenso, encierra a veces tan sólo el sentimiento del poeta, que en él vierte su propio yo. En tal caso, el *romance* constituye una verdadera especie lírica, de la que Bécquer nos ha dejado felicísimos ejemplos. Es muy hermoso, asimismo, el de José Eusebio Caro, que a continuación ofrecemos:

EL HACHA DEL PROSCRIPTO

¡Dieu! qu'un exilé doit souffrir.
BERANGER.

¡Fina brillas, hacha mía,
ancha, espléndida, cortante,
que abrirás la frente al toro
que probar tu filo osare!
En los bosques para siempre
voy contigo a sepultarme;
que los hombres ya me niegan
una tumba en sus ciudades.
En mi patria me expulsaron
de la casa de mis padres;
¡y hoy también el extranjero
me ha cerrado sus hogares!
¡Vamos, pues, que ya estoy listo!...
¡Oh! salgamos de estas calles
do el dolor del desterrado
nadie entiende ni comparte:
¡Ay! tú me entretenías
en mi niñez:
¡Ven, sígueme en los días
de mi vejez!
Yo, durante nuestra fuga,
tengo al hombro de llevarte,

y un bordón en ti y apoyo
hallaré cuando me canse.
De través sobre el torrente
que mi planta en vano ataje,
tú echarás del borde el árbol
por el cual descalzo pase.
Si del Norte al viento frío
mis quijadas tiritaren,
tú derribarás los ramos,
y herirás los pedernales.
Tú prepararás mi lumbre,
tú prepararás mi carne,
la caverna en que me acoja,
y hasta el lecho en que descanse!
¡Ay! tú me entretenías
en mi niñez:
¡Ayúdame en los días
de mi vejez!

A mi alcance y a mi diestra,
muda, inmóvil, formidable,
me harás guardia; cuando el sueño
en mis párpados pesare.

Si del tigre el sordo paso,
si el clamor de los salvajes,
acercándose en la noche,
del peligro me avisaren;
en mi mano apercibida
te alzarás para el combate;
y del triunfo o la derrota
siempre llevarás tu parte.

¡Ay! la luz del nuevo día
nos verá en otros lugares;
débil yo, cansado y triste;
roja tú con fresca sangre.

¡Ay! tú me entretenías
en mi niñez:

¡Defiéndeme en los días
de mi vejez!

De camino veré a veces
las lejanas capitales
relumbrar al tibio rayo
de los soles de la tarde.
Y esos rayos vespertinos
jugarán al reflejarse,
cual relámpagos de oro,
en tu hierro centelleante,
o, del mar a la alta orilla,
los pies sueltos en el aire,
cantaré yo al sol y al viento
de la patria los romances,

y a la roca tú de lomo
sin cesar dando en la base,
el compás irás notando
con tus golpes resonantes.

¡Ay! tú me entretenías
en mi niñez:

¡Ayúdame en los días
de mi vejez!

¡Sí, consuelo del proscrito!

¡Oh, jamás aquí le faltes!

¡Ay! ¡de cuanto el triste llora,
si es posible, veces hazle!

Patria, amigos, madre, hermanos,
tiernos hijos, dulce amante;

¡cuánto amé, cuánto me amaba
vas tú sólo a recordarme!

Nunca, nunca, pues, me dejes:

sígueme a mis soledades!

¡No abandones al proscrito
sin que al fin su tumba excaves!

¡Por el mango hundida en tierra,
tu hoja se alzaré en los aires,

de los picos de los buitres
defendiendo mi cadáver!

¡Ay! tú me entretenías
en mi niñez:

¡Sepúltame en los días
de mi vejez!

JOSÉ EUSEBIO CARO.

ESPECIES NARRATIVAS

La poesía épica es la expresión por medio de la palabra poética, y en forma narrativa, de la belleza objetiva. No ha de concluirse de tal definición que de ella se excluye el elemento subjetivo, no. Verdad es que la epopeya, su forma más perfecta, no es personal, sino creación colectiva del pueblo o la época, mas no es menos cierto que es el poeta quien interpreta lo que vive difuso en la conciencia humana, y lo condensa, y le da forma, y lo convierte en unidad artística.

Con el nombre de *epopeya* se designa la narración poética de una acción extraordinaria, de enjundia tal, que es capaz de interesar a todo un pueblo y aun a la humanidad entera. La epopeya ideal ha de caracterizarse por su unidad: uno solo ha de ser el hecho principal que ella narre; por su integridad: ha de comprender todo lo que ese hecho comprenda y sólo eso; por su grandeza: es la especie de mayor fuste dentro de la poesía; por su interés: él ha de fluir de la feliz elección del asunto y de la pericia en mover los personajes y conducir los hechos hasta su desenlace. Su metro favorito es el endecasílabo, combinado ya en la majestuosa octava real, ya en el sonoro terceto, ya en la frondosa silva o el romance heroico. No es la epopeya fruto de la literatura de nuestros días. Hemos de encontrar sus más felices realizaciones entre los clásicos: Homero con la "*Níada*" y la "*Odisea*", y Virgilio con su "*Eneida*"; luego, en el período anterior al Renacimiento italiano: la "*Divina Comedia*" del Dante y "*La Jerusalén libertada*" de Torcuato Taso. Como epopeyas modernas citaremos "*El Paraíso perdido*" de Milton y "*Los Lusíadas*" del portugués Camoens. Dentro de las letras castellanas se destacan "*La Araucana*" de Alonso de Ercilla, de asunto americano, la conquista por España del valle de Arauco; "*La Cristiada*" de Hojeda y el "*Bernardo*" de Valbuena.

Junto a la epopeya, especie máxima entre las narrativas, existen los *poemas épicos*, cuyas principales variedades son el

canto épico, el *poema heroico*, el *burlesco*, el *descriptivo* y la *leyenda*.

El *canto épico* es un poema semejante a la epopeya en su fondo y en su estilo, mas de breves dimensiones, tal el de "*Las naves de Cortés destruidas*" de Moratín (don Nicolás), escrito en magníficas octavas reales, y el sonoro "*Canto a Junín*" de José Joaquín de Olmedo.

En el *poema heroico*, muy semejante al anterior en cuanto a asunto y forma, el poeta se ciñe más a la verdad histórica, dejando poco espacio a la fantasía, así Lucano en "*La Farsalia*".

El *poema burlesco* se caracteriza por su asunto, por lo común jocoso, satírico algunas veces, desarrollado en la noble forma de la epopeya, de la que es una verdadera parodia. Es famosa la "*Batracomiomaquia*", que refiere la guerra entre ranas y ratones, atribuída a Homero; y notable por su belleza de buena ley y chispeante gracia la "*Gatomaquia*" de Lope de Vega, escrita en flúidas y armoniosas silvas.

Cuando el poeta describe la Naturaleza, recreándose en realzar sus innúmeras maravillas, crea el *poema descriptivo*, uno de los más difíciles de lograr, pues fácilmente se torna monótono y carente de interés. Uno de los más hermosos es, sin duda alguna, la "*Silva a la agricultura de la zona tórrida*" de Andrés Bello. Variante del *poema descriptivo* es el *didascálico*, que ofrece en forma poética los principios de una ciencia, las doctrinas de un sistema, o la teoría de un arte, especie ésta en completa decadencia hoy y cuyos valores más altos son el "*Arte poético*" de Horacio y "*La naturaleza de las cosas*" de Lucrecio, entre los clásicos; y el "*Tratado de la música*" de Iriarte.

La *leyenda* es una narración de hechos, tradicionales casi siempre, inventados por la fantasía del autor a veces. Sencilla en su forma, de breve extensión, se caracteriza por la animación, lograda en su versificación flexible, que admite desde el ligero romancillo hasta el grave endecasílabo; por la variedad de sus cuadros, por las digresiones que la enriquecen, por la libertad que a la imaginación brinda, por el diálogo que alterna con la narración. En la leyenda el duque de Rivas es inigualable maestro, y como leyenda hemos de considerar el "*Tabaré*" de Zorrilla de San Martín, aunque su autor, y él algunos críticos, vean en la historia del charrúa una verdadera epopeya. Oportunamente hicimos el elogio de la más famosa leyenda de Obligado "*Santos Vega*".

Entre las especies épicas hemos de incluir también el *romance*. Desconocida la historia antigua para los poetas populares que de ciudad en ciudad, de castillo en castillo y de plaza en plaza recorrían las tierras de España, hubieron ellos de cantar en romance las acciones guerreras, los hechos heroicos, las tradiciones, los milagros, las hazañas fabulosas, los lances de amor, los misterios de la religión, en una palabra, cuanto vibraba en el alma del pueblo todo. Y se difundieron así los romances, primero conservados oralmente, por transmisión escrita luego, imitados más tarde por los poetas cultos. De acuerdo a su contenido, hemos de distinguir entre los romances: los *históricos*, también llamados *de gesta*, los *caballerescos*, los *religiosos*, los *amorosos*, los *moriscos*, los *pastoriles*, los *satíricos*, los *místicos*, los *jocosos*. Su acervo, el *Romancero*, constituye la verdadera epopeya española y el más rico patrimonio de la poesía castellana.

Junto a las especies narrativas en verso, hemos de considerar las que se valen de la prosa, la más importante de todas las cuales es la *novela*, narración completa y ordenada de hechos, aunque ficticios, verosímiles. Su origen debe buscarse en el origen mismo de las primitivas sociedades, pues en todo tiempo el hombre gustó de satisfacer mediante la narración su ansia por lo desconocido.

La primera manifestación de la novela son, pues, los cuentos y tradiciones que, pasando primitivamente de padres a hijos por vía oral, fueron luego fijándose por escrito hasta constituir un nuevo género literario, cuyas etapas sucesivas son los famosos cuentos indios, árabes y persas, las narraciones griegas de Jonia y Mlesia, los ensayos novelescos de la Roma de la decadencia.

Pero el verdadero auge de la novela arranca de los días de la Edad Media, cuando en el norte de Francia aparecieron los *libros de caballería*, luego diseminados por todo el continente, cuyo fondo está constituido por los sucesos más descomunales, increíbles y fantásticos. A la *novela caballeresca* siguieron la *heroica*, derivación de aquélla, con predominio del elemento guerrero sobre el extraordinario y maravilloso; la *pastoril*, que presenta acciones y personajes ficticios en un medio totalmente desprovisto de realidad; la *histórica*, destinada a hacer revivir una época determinada a reanimar un personaje de exis-

